Obras completas
de
José Sánchez Rojas

Tomo IV



Edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

Lo que a mediados del siglo XIX, fue un breve periodístico dando noticia de algún libro o personaje, se convirtió a finales del mismo siglo y principios del siguiente en un artículo extenso en que se daba cuenta de las publicaciones contemporáneas, incluso de autores. Dio esto lugar a la crítica artística en general y literaria, en particular. En la mayoría de los casos correspondía al proceso de bombeo o incensario propio de esos tiempos. El autor de algún libro mandaba un ejemplar a algún periodista para que realizara una crítica favorable del mismo con que dar a conocer la obra y al escritor. Tan extendida estaba esta práctica que hubo quien pensó en crear una asociación de autobombos, en que los socios se incensaran unos a otros.

En otras ocasiones y autores, la crítica era espontánea, sin petición alguna, lo que le concedía al crítico más libertad. La crítica se extendió a conferencias, autores, e incluso estilos o corrientes literarias. También representaciones teatrales, directores, actrices y actores, exposiciones de pintura y cuanto fuera susceptible de crítica.

Este tomo IV recoge las críticas variopintas de José Sánchez Rojas divididas en sus diversos apartados: cinematográficas, pintura o escultura, literarias, musicales, teatrales y de asunto variado. Todas ellas con la gracia y maestría de su pluma, pero también con la profundidad de su análisis de lector y espectador infatigable. Casi siempre en un tono afable, aunque justo y cordial. Rojas pasó en su vida y época por un maestro de la crítica ligera, de fácil y agradable lectura, informativa sí; pero sin excesos conceptuales.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo IV

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo IV

Edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual con el número 00/2025/8663
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/





José Sánchez Rojas en el año 1928

ÍNDICE

CRÍTICA CINEMATOGRÁFICA 17
Don Quijote 19
"La casa de la Troya" 20
Al margen de una película 21
CRÍTICA DE PINTURA Y ESCULTURA 25
En el estudio de Sánchez Verona 27
Nuestra pintura en Venecia 28
Monna Lisa 29
La exposición de Bellas Artes 30
Romero de Torres 32
Un cuadro que se va 32
El Santo Cristo de Palencia 33
La Exposición Nacional de Bellas Artes 34
El monumento a Gabriel y Galán 35
Un escultor gallego y una casa regional 37
Meditación de Semana Santa 39
En la Universidad 40
La conferencia de Sánchez Rojas 41
La exposición Bonome 44
Ante la exposición de Maeztu 46
Una impresión de conjunto de la exposición Maeztu 46
La Exposición de Gustavo de Maeztu en Salamanca 47
En el Retiro 48
Meditaciones de Viernes Santo 49
En torno al caso de Goya 51
Una exposición de arte mejicano en Madrid 53
De Sevilla a Madrid 53
Luisa Roldán y su talla de la Virgen de la Amargura 54
Sensaciones de Sevilla 55
Algo de Madrid que Madrid pierde 57
CRÍTICA LITERARIA 59
La novela española contemporánea: Pereda 61
De buena cepa 65
Galán y Medina 65
Originalidad y humorismo 67
Los muertos que viven 68
Crónica ligera 69
Crónica ligera 70

¿Qué es estilo? ... 71
Gramática y estilo ... 72
Oraçâo á Luz ... 74
"El Intruso" ... 75
Los pequeños filósofos ... 76
El regionalismo gallego ... 77
La velada de anoche ... 78
Vicente Medina ... 79
Pachín González ... 81
La maja desnuda ... 82
Varios ... 83
En el Ateneo de Madrid ... 86
«La sombra del padre» ... 87
La velada de Larra ... 87
El cuento de Valle Inclán ... 88
El poeta de los llanos ... 89
"Pecado venial" ... 90
Varios ... 91
La condena de Marinetti ... 92
"Juanita Tenorio" ... 92
Joaquín Montaner ... 93
Del pesimismo de Leopardi ... 93
Varios ... 97
Armando ... 98
Flor de Vida ... 99
"La losa de los sueños" ... 99
Acotaciones ... 100
Los futuristas ... 101
Gabriel y Galán ... 102
Azorín ... 104
Al margen de un libro bello ... 105
María ... 106
Silvia ... 107
Marta ... 108
El ama ... 109
Maruja ... 110
Los poetas y el pueblo ... 111
Corina o la Italia ... 112
Don Quijote y las Novelas Ejemplares ... 113
El espíritu del Quijote ... 115
Las poesías del tiempo ... 117
Acotaciones al Romancero ... 118
Romancoj I ... 119
Romancoj II ... 121
Romancoj ... 123
Jorge Manrique ... 124
Diálogo al pasar… ... 126
Romances ... 127
Poesías de Salvador Albert ... 130
Vida nueva ... 132
Stanco mío cor… ... 133
Leyendo a Garcilaso ... 134
La novia de Hugo Fóscolo ... 136
Al margen de unos poemas ... 137
Tarde de Carnaval ... 138
Madrigales y elegías ... 139
Santa Rogelia (I) ... 140
Santa Rogelia (y II) ... 141
El buey, piadoso. ... 142

Daniel de la Vega 143
Elogio de los asnos y de los bueyes 144
Ambición 145
Glosas a las "Nuevas Canciones" de Machado 146
Francia, vista por Lope 148
El poeta de la tiranía 149
En torno a Maquiavelo 151
Paisajes 152
Lecciones de un poema 153
Camina Don Bueso 154
Una embajada espiritual 156
Comentario espiritual 156
Al margen de Antonio Machado 158
Leyendo a Leopardi 160
Los dos burladores 161
Escuelas literarias 162
Diálogo de las lenguas 163

CRÍTICA MUSICAL 165

Crónica ligera 167
"El final de don Álvaro" 168
Amalia Molina y los cantos charros 168
La crítica musical 169
Tórtola Valencia 169
La Fornarina 170
Elogio de la Fornarina 171
Cantares 172
Lucero de la mañana 173
Comentarios a una conferencia 175
Confidencias 176
Divagaciones sobre el cante jondo 177
Isabelita Ruiz 179
Pepe Romeu 179
Angelina Bretón 180
Marcos Zapata o la restauración 182
Las chicas del Olimpia 183
Fermina Atarés 184
Una teoría sobre Fleta 185
La guitarra en España 185
Ofelia de Aragón 187
Ofelia de Aragón reaparece en nuestros escenarios 188
Varietés 188
"La Lola" 189
Las "andaluzas" noches de Barcelona 190
Laura de Santelmo es el barrio sevillano 191

CRÍTICA TEATRAL 193

Una compañía teatral 195
Echegaray y la juventud española 196
A propósito de un sainete 197
Casandra 198
Un sueño 200
El mismo amor, comedia de Linares Rivas 201
El vacío del Español 202
Hablando desde las nubes 203
«Penas buscadas» 203
Voto con Rubio 204
El estreno del Español 205
Doña María la Brava 206

Ermete Zacconi 207
"El trust de los tenorios" 209
"La neurastenia de Satanás" 209
"La rima eterna" 210
"El conde de Luxemburgo" 211
Las prisas de Benavente 211
El teatro español en Italia 212
El teatro de arte 213
"La suerte de Isabelita" 214
"El gran Carracedo" 215
Problemas de amor 215
La losa de los sueños 217
Jammy Samson 218
Enrique Borrás 219
Lyda Borelli 219
"La nostra Margarida" 220
La vanidad y el amor 221
Hablando con Guimerà 222
Josefina 224
Acotaciones 225
La Compañía Caramba 227
La compañía Caramba 228
"L'amore in maschera" 229
Intermezzo 230
Nota del momento 230
La pastora y el rey 231
La obra de anoche 232
La orquesta 233
Un poco de psicología 233
Escarceos 234
A rivederci... 235
"La Inmaculada de los Dolores" 236
El teatro 237
La verbena de la Paloma 238
¡Lo que Dios quiere! 238
El castigo 240
"Dos en una" 240
Marcelino Domingo, escéptico 241
Los muñecos de Podrecca 242
"Cancionera" 244
Pirandello en Barcelona 245
El teatro es triste 247
"La Bejarana" 248
"Cancionera" 248
El teatro y los salmantinos 250
Doña María, don Fernando, Rosarito 251
Don Luis Mejía 252
Sobre un estreno de Pirandello 252
Ernesto Vilches 254
La crisis del teatro 254
El teatro y la niñez 255
Los hijos de Susana y de Julián 256
"Una yanquée en París" 257
Seis personajes en busca de autor 258
"La boda de Quinita Flores" 260
Estreno de "Mi tía Javiera" 261
"Rosario la cortijera" 261
Son mis amores reales 262

El estreno de «Rosa de Francia» en el Liceo ... 264
Estreno de «El vuelo», comedia en tres actos ... 264
El chanchullo ... 265
La dama salvaje ... 266
"Los hijos mandan" ... 267
Ayer, en el Liceo ... 268
Volver a vivir ... 269
Piénsalo bien ... 269
Encarna la Misterio ... 271
El dulce veneno ... 271
Old Spain ... 272
Estreno de "Todo un hombre" ... 272
Los dos burladores ... 274
La comedia de los Machado ... 275
Los medios seres ... 276
Por si las moscas… ... 277
"La melodía del jazz-band" ... 278
"Los andrajos de la púrpura" ... 279

CRÍTICA Y RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS ... 281

Bibliografía ... 283
Maritornes y Schopenhaguer ... 284
La «Canción de la muerte» por Vicente Medina ... 285
Una Guía histórico-descriptiva ... 286
La canción de la huerta ... 287
Navarro Ledesma ... 288
Rebelión (Novela) ... 289
Los Jardines Interiores ... 290
Poemas de Terra ... 291
Poesías de Unamuno ... 292
Literatura y derecho ... 295
"La Nave" y los austriacos ... 298
Varios ... 299
Varios ... 301
Varios ... 303
Varios ... 305
Varios ... 306
Varios ... 311
Italianas ... 311
Italianas ... 314
Italianas ... 315
A modo de prefacio ... 317
Varios ... 318
Varios ... 320
Varios ... 321
Italianas ... 323
Las "Moradas" de Santa Teresa ... 324
Varios ... 325
Varios ... 327
Italianas ... 330
Italianas ... 335
Impresiones de un lector ... 337
"La canción de la sombra" ... 338
Un libro de Bombita ... 339
"Las Evas del paraíso" ... 340
"Despertar para morir" ... 341
Italianas ... 342
Italianas ... 344
Italianas ... 347

Varios ... 350
Varios ... 351
Varios ... 352
Varios ... 357
Fogazzaro y la prensa italiana ... 358
Italianas ... 364
Italianas ... 366
Italianas ... 368
La República portuguesa ... 371
A.M.D.G. ... 372
Garcilaso ... 373
Angelina Alcaide de Zafra ... 374
"María de Magdala" ... 374
"Por tierras de Portugal y de España" ... 375
Varios ... 376
Italianas ... 377
"Por tierras de Portugal y de España" ... 379
Italianas ... 380
"María" ... 384
"Don Quijote" ... 384
"La vida del Buscón" ... 385
El Rey Lear ... 386
Leopardi ... 386
Libros clásicos ... 387
Libros nuevos ... 388
Navegar y vivir ... 389
Revista bibliográfica ... 389
Libros y folletos ... 391
Italianas ... 393
"Lecturas españolas" ... 395
"La ruta de Don Quijote" ... 396
"Castilla" ... 397
Italianas ... 398
El porvenir de España ... 400
Un poeta ciego ... 400
"Constanza" ... 402
José María de Pereda ... 403
Las mejores catedrales de Europa ... 404
De mística y otras cosas ... 406
Lo cómico en "Don Quijote" ... 407
Cartas a un viejo garibaldino ... 409
La obra de Cervantes ... 411
La causa del catolicismo ... 413
Un libro sobre Cervantes ... 414
Varios ... 416
Literatura salmantina ... 416
Italianas ... 417
Italianas ... 419
De la guerra ... 421
Literatura castellana ... 422
Varios ... 423
Italianas ... 424
Italianas ... 425
Libros extranjeros ... 426
Leyendo a Casanova ... 427
Correspondencia de Nietzsche ... 429
Dos libros castellanos ... 430
El partido republicano ... 431
La crisis del republicanismo ... 433

El problema de la mujer ... 435
Los pueblos de Ramón ... 436
Don Corta Rincones ... 438
Divagaciones sobre un nuevo libro de Julio Senador ... 439
Cartas de Gabriel y Galán ... 441
Cadena de agravios ... 442
Más sobre Jorge Manrique ... 443
Una visión española de Florencia ... 445
Los libros españoles en Italia ... 446
Una digresión sin importancia ... 447
El bearnés y el manchego ... 448
El venturoso ... 450
El cántico espiritual ... 451
Nimiaturas ... 452
Ayer ... 453
Anatole France y las mujeres ... 454
Pequeñas confidencias ... 455
La reina gobernadora ... 456
El libro amigo ... 457
Leyendas y poesías ... 458
Cristóbal de Castillejo ... 459
Las andanzas de Pepe Zorrilla ... 461
Breve glosa a Tomás de Kempis ... 462
Las crisis del constitucionalismo y del señor Goicoechea ... 462
El impulso adquirido ... 463
El libro de los tres millones ... 464
Un liberal castellano ... 465
Valera y Rubén Darío ... 466
El proceso de Mata-Hari ... 467
"Alma de España" ... 468
A los doce años ... 470
Un amigo de España: Havelock Ellis. ... 471
«En busca del gran Kan» ... 472
Las codornices del Conde ... 473
El conde de Bolonia ... 474
Libros para niños ... 476
El libro de Cambó ... 477
¿Incógnitas? ... 478
Èl caso de Menéndez Valdés ... 479
La Universidad ... 480
Un libro de Ludwig Pfandl ... 481
El cardenal Cisneros ... 483
Santa Teresa y otros ensayos ... 484
La perfecta casada ... 486
26 Cuentos infantiles, por Antonio Robles ... 488
"España vista otra vez" ... 489
Los amores de Jovellanos ... 490
"Superrealismo" ... 492
Sobre la Dictadura ... 493
España vista por un argentino ... 494
"Cómo se forma un pueblo" ... 495
Otro libro de Cambó ... 496
Una bella antología ... 497
Los libros ... 497
En la visión de España de Teófilo Gautier ... 499

CRÍTICA CINEMATOGRÁFICA

Don Quijote[1]

Un actor francés, de cuyo nombre no quiero acordarme, ha hecho impresionar unas películas representando las escenas más culminantes de la vida del glorioso caballero don Quijote de la Mancha. En esos cines de Dios –están de moda las dichosas películas, así en Madrid como en Barcelona– podéis saborear las habilidades del actor francés. El despacho del buen caballero, modesto y sencillo, como corresponde a todo hidalgo pobre y manchego, está repleto de cachivaches y de *bibelots*[2]. La aldea del Toboso tiene a lo lejos perspectivas flamencas, esas perspectivas que nos impresionan gratamente en los cuadros del regocijado Téniers.

Don Fernando rapta a Luscinda, y la figura de la linda Dorotea –una de las figuras más sugestivas y admirables del *Quijote*– no aparece por ninguna parte. En cambio, Sancho Panza –que es un analfabeto– lee de corrido la carta que don Quijote escribe a su dama en las estribaciones de Sierra Morena, no sabemos si con pluma estilográfica de la marca Watterman. La princesa del Toboso, la gentil Dulcinea, aparece ante don Quijote en la susodicha Sierra. Maritornes, cuando arma caballero al de la Triste Figura en un patio gótico, papel que desempeña con todo desembarazo una linda actriz parisién, está bastante mejor imitado. A don Quijote, en su retiro aldeano, le sale un sobrino. Cuando muere el casto amante, aparecen en la cabecera del lecho, ayudándole a bien morir, Luscinda y Cardenio.

El actor francés, de cuyo nombre no quiero acordarme, gesticula en toda sazón como payaso de circo, con aire bulevardiero. Constantemente –tal debe ser su propósito, porque de ser otro, harto bien lo disimula– constantemente, digo, pone en ridículo, pero en un ridículo absurdo, caprichoso y arbitrario, las andanzas del glorioso caballero. En la libertad de su personal interpretación, ni siquiera se atiene al tejido de la fábula admirable.

Llamaré, aprovechando la oportunidad del esperpento cinematográfico, la atención de los lectores sobre la admirable creación cervantesca. No se hablará nunca bastante de *Don Quijote*; jamás, se apurará el tema; siempre han sido inagotables las canteras del genio. Cuando los eruditos sin espíritu, cuando los gramáticos sin calor como Clemencín[3], a guisa de cuervos, se han echado a otear la tumba del glorioso caballero, han bastado unas cuantas páginas de Enrique Heine, de Carducci, de Tourgueneff[4], de Unamuno, para revivirle y resucitarle.

En estos días, uno de los más fuertes y menos conocidos poetas españoles, Joaquín Montaner –educado en Cataluña al calor de Juan Maragall– ha escrito una piadosa, una cristiana elegía a la muerte del caballero de Dulcinea, y con Dulcinea de la Gloria. Vive con don Quijote y en don Quijote todo el espíritu español; es toda nuestra historia un constante asalto a los molinos de viento, una viril arremetida a los cueros de vino; sobrinas, amas, barberillos, bachilleres, duques, arrieros, yangüeses y mozas de la venta nos han salido eternamente al paso, rom-

[1] Existe otro artículo de Sánchez Rojas, con este mismo título y distinto contenido, también publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo IV, página 384).

[2] Figura pequeña de adorno

[3] Diego Clemencín y Viñas (1765 – 1834). Escritor español autor de una versión comentada de Don Quijote en varios volúmenes que no llegaría a finalizar. Los dos últimos volúmenes serían realizados por sus hijos con sus notas póstumas.

[4] Así en el original por el más común Turguenev o Turgeniev.

piéndonos el sueño; hemos hecho Dulcineas de las Aldonzas, y, en nuestra soledad espiritual, hemos tenido que tomar a Sancho de cañamazo para bordarle nuestras mejores confidencias.

Pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, con la cabeza llena de aire pero con la bolsa limpia de blancas, hemos salido por esos mundos de Dios, llanos de Montiel adelante, a convertir infieles, a pelear con herejotes, a que la tierra entera proclamase que era nuestra Dulcinea la más hermosa y lozana de todas las señoras existentes, posibles e imposibles. Con un pobre yantar, con una olla de algo más vaca que carnero y salpicón las más noches, hemos salido de casa, con el estómago vacío, sin dudar que en los venideros tiempos saldrían cronistas que narrasen nuestros quehaceres después de dejar las ociosas plumas. Por yelmo de Mambrino tomamos la vacía barberil; cambiamos nuestro modesto sobrenombre de Alonsos por otros más resonantes y sonoros... Y a la hora de morir, cuando con la muerte y el derrumbamiento de nuestras locuras nos llegó la hora de la verdad, pensamos en apacibles cosas, abrazamos a nuestro Sancho, a nuestro buen Sancho, y rogamos a la sobrina que no case con andante caballero.

¡Oh, pueblo loco de Don Quijote, pueblo mío, de troveros y mendigos, de soldados y curiales, que tienes siempre gesto de gran señor! ¡Otumba y Lepanto, San Quintín: nombres que sonáis a hueco, a compás de tamboril en la hora de la derrota! ¿Y quién no ve la historia de España en la historia de Don Quijote? ¿Y sus propias andanzas en las andanzas del manchego caballero?

No es figura que se preste a la burla la de Don Quijote, sino a la meditación. Y a la tristeza. Y al propósito firme del bien obrar. Y a la renovación de todos nuestros valores. Don Quijote debiera ser nuestro Kempis nacional, español...

Por eso a este humilde escritor castellano le llena de tristeza que un actor francés, de cuyo nombre no quiere acordarse, ridiculice la figura de nuestro buen caballero, haciendo contorsiones y piruetas de payaso de circo.

El Adelanto (03-02-1913)

"La casa de la Troya"

Aunque no me agrada cosa mayor el cine, tal vez porque, en el fondo, me interesa mucho más el diálogo que la acción, fui anoche a ver la película española, «La casa de la Troya», al teatro de la Zarzuela. He de confesar que tampoco me agrada esta novela; que la leí cuando apareció por no desagradar a mi pobre amigo el doctor Nogueras, que sobre aquel cañamazo bordaba sus mejores añoranzas compostelanas; que su estilo me parece mediocre, su acción trivial, y muy floja y desleída la pintura del ambiente. Pero sin interesarme cosa mayor la novela, me interesaba la película, porque tenía deseos de tornar a ver, aunque no fuera más que en la pantalla, los paisajes y las ciudades de la dulce y mimosa Galicia.

Y como evocación de cosa española, la película es una maravilla. He pasado un rato delicioso anoche resucitando mi conocimiento con Santiago, hecho allá, en los años más alegres y tempestuosos de mi arriesgada vida estudiantil. Santiago es para mí, con Toledo, Tarragona y Salamanca, una de las ciudades españolas que más me placen.

Visité Santiago en Julio, ya en vísperas del Apóstol, con mi amigo, el registrador de Alba de Tormes, Julio Fernández Feijoo. No encontramos en Compostela entonces, aquel ambiente monótono de lluvia y de tristeza que tanto desespera al protagonista de «La casa de la Troya», antes de entregar las llaves de la fortaleza de su corazón a Carmina Castro. Un sol espléndido besaba las figuras del Pórtico de la Gloria del gran Mateo, la Plaza del Consistorio, la Quintana, el Paseo de la Herradura. Y el aire monumental y aristocrático de Compostela se coló en mi alma viajera y ansiosa y se incorporó fuertemente al patrimonio de mis recuerdos.

¡Días de fuerte emoción estética aquellos días de Compostela! Recuerdo que estalló una huelga y que no comimos pan de trigo, sino de maíz. Nos levantábamos temprano a contemplar las piedras. En la Basílica, nuestro espíritu parecía revivir los tiempos de las peregrinaciones medioevales, cuando la visita al Apóstol Sant Yago, era obligada excursión para los fieles y devotos. Y ante la ciudad exquisita y romántica, comprendí que, desde el cielo, se señala la ruta que conduce a la ciudad piadosa y académica, porque tiene mucho de celestial aquel pueblo gris, cercado de leyendas y de evocaciones. ¡Qué dulce debe ser amar, de estudiante, en Compostela, a la primera Carmina que nos sale al paso!

No habrá estudiantes entonces en la ciudad, pero se advierte su falta en los cafés solitarios y en aquella Rúa d'o perguntorio [sic], tan silenciosa. Los catedráticos, con su levita y con su chistera, se rimaban con el ambiente, y todas las mujeres de alguna edad tenían el aire de patronas. ¿Quién de ellas sería la excelente Troya?

Compostela, como Salamanca, es una de las ciudades más amadas por la juventud. Sus piedras grises, como las nuestras, rojas como brasas, rezuman madrigales. Con ese ambiente de simpatía que despierta Compostela, ha contado Pérez Lugín para el éxito indiscutible de su novela y de su película. Las muchachas de Santiago, apasionadas, mimosas, nacidas para la poesía un poco obscura del hogar, las amigas de Carmiña Castro Retén, han alumbrado las mejores horas de los estudiantes de Farmacia de nuestra Castilla. Son muy peligrosas a lo que cuentan, las santiaguesas, por su aire de mansedumbre, de tristeza y de resignación. La mujer gallega, que es tal vez la más inteligente y sensible de nuestra España, no protesta jamás ante la adversidad y se somete a ella de antemano.

Los pícaros estudiantes, que lo saben abusan un poco de su divino papel. Pero a la postre, se declaran vencidos y preparan sus papeles en la Vicaría. Con una castellana, con una andaluza, con una manchega, es fácil romper un idilio por un quítame allá esas pajas; con una gallega, y sobre todo con una compostelana, no. Castilla está invadida de boticarias. Estas boticarias guapas, de ojos que tienen la humedad y la imprecisión de los jirones de la niebla, asistían anoche al teatro de la zarzuela.

Yo las oía, desde mi butaca, su acento cantarino y musical, y recordaba, no sé por qué, aquellos versos de Manuel Curros Enríquez, que solamente en Compostela, ante sus piedras, ante sus mujeres, ante el peso de su tradición y de su gloria, recobran la plenitud de su sentido y la exquisita fragancia de esta divina «sandade».

¡Ay d'o que leva n'a frente una estrela
ay d'o que leva no bico un cantar! [5]

El Adelanto (03-02-1925)

Al margen de una película

He aquí las bellas cuartillas que nuestro colaborador don José Sánchez Rojas leyó anteanoche en el teatro Moderno, con motivo de la proyección de la película «Santa Isabel de Ceres»[6], basada en la obra del mismo título de Alfonso Vidal y Planas. La charla de nuestro camarada Rojas, fue, como siempre que se trata de este notable escritor y lector magnífico, un éxito rotundo que mereció el aplauso unánime de la concurrencia:

«Señoras y señores:

Detened un momento vuestra impaciencia y vuestra curiosidad ante las figuras, las escenas y –permitidme el eufemismo– los paisajes espirituales que va a proyectar ante vosotros la pantalla, dentro de unos momentos. Debiera haberse buscado un leguleyo mucho más convencido que yo para defender la belleza de una tesis en la que no he creído nunca, ni podré creer tampoco en lo sucesivo. Me apresuro, pues, a declarar que no soy devoto de Santa Isabel de Ceres, que no he pisado jamás por la famosa calle madrileña y que no creo ni he creído nunca en el romanticismo de las chicas averiadas que veréis desfilar por esta cinta, ni en el de los mozos que las explotan y las burlan ni en el de los bohemios que merodean en torno a los garitos y mancebías, como la que Vidal y Planas quiere hacernos pasar por una antesala del cielo. Por un hondo respeto a la triste suerte de este pobre y desgraciado Alfonso, que acaso purga en un presidio su alocada pretensión de imaginar que en los basureros pueden encontrarse perlas, velaré pero no recataré mi pensamiento en torno a esta su producción teatral.

[5] Del poema "A Rosalía" en *La patria gallega*, Santiago, (30-5-1891), p. 7: "¡Ai, d'os que levan n-a frente unha estrela! / ¡Ai, d'os que levan n-o bico un cantar!" (¡Ay, de los que llevan en la frene una estrella! / ¡Ay, de los que llevan en el beso un cantar!)

[6] Escrita primero como novela, el mismo autor la convirtió en obra teatral. Narra los amores de un pintor hacia una prostituta y viene a ser un argumento autobiográfico ya que Alfonso Vidal se casó con la que fuera prostituta Elena Manzanares. Fue llevada posteriormente al cine por el director José Sobrado de Onega y se proyectó en Salamanca el 26 de octubre de 1925.

Me valdré de toda suerte de miramientos y de respetos. Se los debo a ustedes, señoras y señores, y me los debo a mí mismo también, y en lugar de andar hocicando por las alcantarillas, en la compañía poco grata de los poceros de nuestras letras, prefiero yo y preferiréis vosotros que apenas rocemos este escabroso y falso tema de la prostitución sentimental, capaz de sugestionar únicamente a los pobres muchachos que no han visto la luz de las estrellas en la primavera de su vida.

Pero si no tiene interés artístico de ninguna clase «Santa Isabel de Ceres», es altamente dramático y triste el motivo que impulsó a su autor a escribirla, mirando únicamente a la taquilla y pensando en el mal gusto de las personas, que seguramente la celebrarían y jalearían, porque se ven muy justamente retratadas en este ambiente de miseria y de degeneración morales. Hace ya muchos años que conozco íntimamente a Vidal y Planas. Ha sido amigo mío y no he de negarle mi amistad en estos momentos en que sufre una condena demasiado pesada, tal vez, ante los juicios de la justicia de los hombres[7].

Vidal y Planas es un muchacho alto, moreno, pálido; sus ojos, negros e inquietos; se mueven desorbitados y rápidamente de un lado para otro; toda su traza física es la de un hombre que no posee, acaso, ni el sosiego moral ni el mental, ni el puramente corporal. Ha sido blanco de todas las agresiones de la vida y víctima de los mayores atropellos que puede acarrearnos la imprevisión y la falta de serenidad. Por un corrusco de pan respondió de artículos que no escribiera y por algo menos de un plato de lentejas pasó largas temporadas en las cárceles y en los presidios. Pero Alfonso Vidal y Planas es de un temperamento tan optimista, que se imagina que todo el mundo gira en derredor de su ombligo.

Harto de padecer hambre y frío, y sed, y toda suerte de inclemencias y de desdenes, pensó algún día en dedicarse al teatro. Y escribió «Santa Isabel». Por aquella fecha Catalina Bárcena se había ausentado temporalmente, por enferma, de su hogar del escenario de Eslava, y Eslava explotó la vanidad del buen Vidal y Planas, para salvar a su compañía del fracaso económico con que luchaba por aquella temporada. Martínez Sierra sabía muy bien que con la comedia del desdichado escritor catalán se salvaba de un naufragio seguro. A ese hombre no le importa nunca el arte, sino la explotación de un negocio. En el mundo literario vive de prestado, pero en el de los negocios camina siempre con la mayor cautela.

Como no pertenezco, gracias a Dios, a ningún cotarrillo literario, ni creo que la de ganar dinero sea la misión más importante del hombre sobre la tierra, me da la gana decir estas cosas, con la mayor claridad. A Vidal y Planas le regeneró económicamente Martínez Sierra, pero llevó a su espíritu para siempre, el demonio de la vanidad y del recelo.

No me olvidaré jamás del destino que a sus primeras diez o doce mil pesetas juntas dio el pobre Vidal y Planas. Se empeñó en regalar un bastón a cada actor de la compañía, y en estos obsequios se le fue el primer billete grande. A continuación quiso deslumbrarnos a todos sus amigos, pidiendo para él nada menos que todo un piso del Hotel Palace. Luego se dedicó a la estúpida compañía de los hijos de los tenderos enriquecidos con la falta de peso en el pan y de los pescados podridos, y naturalmente, a comprar el amor de las niñas «bien» de las casas mal. Hasta creo que adquirió a plazos un automóvil que tuvo que empeñar o que vender a los ocho o quince días.

Martínez Sierra explotaba la vanidad infantil de este pobre muchacho, que no había tenido tiempo de hacerse una cultura, ni de calentar el espíritu al contacto del amor de una muchacha decorosa, que le alumbrase el sendero de la vida.

Lo interesante en «Santa Isabel de Ceres» es, no la tramoya teatral, que no vale nada, ni los gritos de ese pobre Abel de la Cruz, que merece, por sus tonterías, una ducha, un chaleco de fuerza y una larga cura de reposo en un sanatorio, sino la tragedia personal que va incubando en el alma de un muchacho sin experiencia, a quien su esperpento teatral renta en el primer año, como derechos de autor, la suma más que respetable de cerca de cuarenta mil duros.

El pobre escritor que no tiene editores ni periódicos, que duerme las noches de invierno en los bancos de las plazas públicas y que se mantiene por espacio de cuatro días con una simple ración de chicharrones en la taberna de Pascual, de la calle de la Luna, se encuentra de la noche a la mañana con una amante bonita, con un talonario de cuenta corriente en el Hispano Americano y con la amistad de toda la golfemia[8] dorada de la villa y corte. Las representaciones de su comedia se cuentan por centenares; no hay Celestina bigotuda ni muchacha descarriada

[7] En 1923 asesinó a su socio Luis Antón de Olmet y le impusieron una condena de 12 años de los que cumplió solo 3.
[8] Neologismo creado a partir de *golfería* y *bohemia*.

que no sea partidaria del pobre Alfonso. Este muchacho se imagina desde entonces que puede hablar a Shakespeare de tú. Nadie le dice la verdad ni nadie se atreve a conducirle por el buen camino. Los cuarenta mil duros se van acabando lenta y paulatinamente y el pobre muchacho piensa con horror que pueden volver para él las inclemencias de las noches frías y las hambres atroces de los días interminables.

Alfonso Vidal y Planas, en la opulencia, o mejor dicho, en los términos y remates de la opulencia, se trueca real y verdaderamente en el auténtico Abel de la Cruz, que él pariese con su fantasía de hambriento que no puede soñar a gusto. El drama de su vida es precisamente el triunfo de su comedia. Si acierta económicamente, es por el tono de clandestinidad que a la propaganda de su comedia da el propio Martínez Sierra. Todos, menos él, estamos en el secreto de que aquello no vale nada, y de que es un filón que fatalmente se agotará muy pronto.

Vidal y Planas comienza a vislumbrarlo a su modo cuando se da cata de la disparidad que existe entre la benevolencia del público grueso y la crítica, certera y justa, de la prensa documentada. Piensa entonces que ha de triunfar con nuevas obras por el estilo. Y escribe «Los gorriones del Prado», encuadrando el marco de miseria y de abyección sociales que se imagina que él conoce maravillosamente. «Los gorriones del Prado», sin embargo, no tienen éxito; son protestados abiertamente por el mismo público devoto de «Santa Isabel», y entonces el pobre muchacho, que ha rodado por los escalones más bajos de la pobreza y por los más altos de la opulencia casi señorial, pierde el ritmo íntimo de su espíritu, y en su alma se perfila la tragedia de que es protagonista y que le ha de familiarizar un mes después con las celdas de la cárcel Modelo.

Recuerdo que la última vez que hablé con Vidal y Planas fue en El Gato Negro; me leyó precisamente el manuscrito de «Los gorriones del Prado», que tres días más tarde había de estrenar en Eslava la compañía de Martínez Sierra, y me pidió mi opinión leal sobre su engendro. Le dije que me parecía francamente detestable, pero no inferior ni superior a «Santa Isabel de Ceres». Creo que no me agradeció para nada la franqueza, antes al contrario, tengo para mí que me reclutó, desde entonces, en el número de sus enemigos imaginarios, vengándose de mi rudeza de expresión, no enviándome la consabida butaca para la noche del estreno.

La taquilla de «Los gorriones» fue tan mísera como opulenta había sido la de «Santa Isabel de Ceres». Entonces nació en el alma, débil y enfermiza, de Vidal y Planas, el pensamiento de la venganza. Antón del Olmet, un hombre violento, que siempre le trató sin la menor condescendencia, había de ser fatalmente su presa y su víctima. A este suceso vulgar se le ha barnizado con toda suerte de retoques literarios.

Pero en el fondo del fondo, no hay más que un pleito miserable de competencia literaria. A Vidal y Planas los dedos se le antojaban huéspedes y se imaginaba que todo el mundo había nacido para acabar con sus fantasías de hombre optimista y vencedor.

Mató, creo que con la mayor inconsciencia, y hasta presumo que el más sorprendido de la tragedia fue el propio protagonista que la causara.

Aquí tenéis cómo, señoras y señores, esta cinta que vais a ver ahora causó la desgracia de un pobre muchacho, que no supo burlarse de sus éxitos, ni superarse tampoco a sí mismo en las horas de fracaso y de miseria.

He preferido contar esta tragedia íntima, a disertar sobre el tema de la comedia que vosotros conocéis, y que yo os confieso lealmente que no conozco. Confieso que tampoco me interesa. Rehúyo –y sirva toda mi vida literaria de ejecutoria de mi conducta– el tema escabroso y arriscado de todos mis escritos y de todas mis conferencias. Me repugna ser corruptor de menores. No concibo a la mujer –a todas las mujeres– perdiendo su instinto maravillosamente material entre cigarrillos de tabaco infecto, soltando blasfemias baratas en lupanares melancólicos, sino creando ensueños en torno a su figura en el corazón del hombre, o enseñando a un niño una plegaria, o coqueteando, por lo menos, con arreglo a los dictados de la higiene y del buen gusto.

Acaso esta «Santa Isabel de Ceres» merezca verse, porque nos produce inmediatamente, por reacción espiritual, un malestar profundo. Sin embargo, las mujeres que por esta pantalla desfilan no merecen llamarse así, ni estos chulos son hombres, sino caricaturas de personas, ni este pobre Abel de la Cruz, finalmente, es un muchacho, sino un pobre enfermo que padece hambre, frío, calamidades y toda suerte de repulsas y de desdenes de los hombres. Y concluyo, porque el tema realmente no da más de sí, ni merece otros comentarios de mayor transcendencia. He dicho».

El Adelanto (28-10-1925)

CRÍTICA DE PINTURA Y ESCULTURA

En el estudio de Sánchez Verona

He andado toda la tarde a [la] caza de algo artístico, de algo que me diese una sensación fuerte. En los templos no he visto más que vírgenes francesas, adocenadas, de pésimo gusto, presbiterios con estrellitas doradas y mantos azules, copias de cuadros de Murillo y de Zurbarán, restauraciones anodinas. Sólo quedan allá, en lo alto del pueblo, casonas típicas con ventanas soñadoras, una iglesia románica donde limosnean unos mendigos clásicos, un torreón que fue del alcázar cacereño. La tarde es triste y obscura. He callejeado a mi sabor. Y a las cinco, un amigo y paisano muy querido, el Sr. González Trilla, me asegura que él conoce un rinconcito donde pasar las horas, el estudio de un pintor joven, que tiene audacias y gallardías poco frecuentes en esta atmósfera del servilismo artístico y del respeto a los maestros.

A duras penas, me convence. Le he replicado que el Sr. Verona será un principiante vulgar que pinte cuadros de D. Alfonso XIII para las Diputaciones provinciales, con una faja azul en la cintura del Soberano y unos galones, muy dorados, en la boca-manga. El Sr. González Trilla ha vuelto a la carga y me ha vencido. Nos hemos encaminado a una calleja silenciosa, estrecha, que es difícil el tránsito de un carromato. Tiene grandes parecidos con la calle del Silencio, de esa ciudad. Hemos atravesado un portalón convenientemente tapizado de rollos dispuestos con simetría; hemos salido a un patio y después de atravesar buen número de corredores y pasillos hemos acertado con una sala donde el pintor, Sr. Sánchez Verona, en traje de faena, nos ha recibido con esa amabilidad ruidosa, tan característica de los amadores del Ideal y de los desdeñados de la Fortuna. Y el Sr. Verona no ha recibido todavía, en sus mofletes rosados, las caricias de esa coquetuela que reparte medallas, cintajos, diplomas y laureles en las exposiciones del Arte pictórico gubernamental que se celebran, periódicamente, en la capital de las Españas.

El Sr. Sánchez Verona ha mostrado, seguidamente sus cuadros, los peores, los lienzos que embadurna para vivir, retratos de pollos elegantes, de señoritas cacereñas, una reproducción del *Correio*, cosas que termina con cuatro brochazos, de mucha luz y muchos efectos inocentes, cosas hechas de mala gana, infidelidades a su Musa, severa, sencilla, intensa, psicológica.

Luego nos ha enseñado un *Mendigo*, un pequeño retrato que me ha hecho brincar de gozo, un lienzo lleno de verdad y de vida. Es un viejo simpático, mofletudo, de ojos vivarachos y negros. Fuma en una pipa larga, los cabellos sueltos, desgreñados, a lo Rusiñol, dan una ligera expresión bohemia a estos nómadas socarrones, beatos, que mascullan bendiciones babosas cuando se les tiende la mano compasivamente, que sueltan por la boca improperios terribles, extraños, bíblicos, cuando les echamos de casa con un desdeñoso "¡Dios le ampare, hermano!".

El mendigo tiene blancos también los bigotes, manchados, cerca de la boca, con las manchas de la nicotina; los dientes están sucios y la camisa está desabrochada, pegajosa, como si el viejo acabase de llevar a cabo una fatigosa caminata por carreteras interminables. En el pecho lleva también una caja de latón, donde guarda el vejete, codicioso, todos los enseres de su hogar ambulante. La impresión que produce el cuadro es sencillamente maravillosa.

Nos ha enseñado, luego, lienzos anodinos, apuntes hechos de prisa, carantoñas inexpresivas, labor de principiante. De vez en cuando, algún brochazo valiente, alguna tentativa audaz, algún esfuerzo rebelde contra la técnica al uso. Hemos asentado nuestros reales, en fin, ante un lienzo enorme que tapa la pared entera. Es una composición sencilla, de tonos obscuros; la tragedia última de un hogar pobre. En un lecho miserable una mujer agoniza. Tiene el cabello de

un negro aceitoso, pegado a las sienes blanquecinas, los ojos están sin vida; el cuerpo, flácido, anémico, pugna por levantarse del lecho. En frente de ella una señora caritativa, cubierta de un manto obscuro, la ayuda a bien morir; más cerca, a los pies de la cama, el marido, arrodillado, rumia oraciones sedantes. En el fondo, otra mujer, de ancha frente, con mantilla –una de estas mujeres que pertenecen a las conferencias de San Vicente de Paúl y que leen provechosamente el *Visitador del pobre*– consuela a los hijos de la moribunda. Y al otro extremo del cuadro, una anciana coja que lleva en sus brazos a un chiquitín enfermizo, penetra en el cuartucho triste, con la cara llena de ansiedad y de terror.

Otros cuadros notables, y un magnífico retrato de la madre del pintor completan el estudio del Sr. Sánchez Verona, digno de ser visitado por los forasteros aficionados a la pintura y amigos de los artistas que declaran guerra sin cuartel al dogmatismo viejo y a las viejas reglas.

Se pasa el rato, aunque el pintor pague sus demasías con no exhibir una medallita, que le conceda prestigio oficial y encargos fáciles de los mecenas compasivos.

Gente Joven (17-06-1905)

Nuestra pintura en Venecia

En la hermosa ciudad del Adriático y de los ensueños, acaba de abrirse una galería internacional del arte moderno. En esa galería figuran, naturalmente, los cuadros de Jank, Brangwyn, Gaston La Touche, East, Cottet, las esculturas de Rodin, etc., etc. Los españoles ocupan también un lugar preeminente. Figuran cuadros de Ignacio Zuloaga, de Joaquín Sorolla, de Santiago Rusiñol y de Anglada. Sobre esos cuadros y sobre nuestros pintores se ha escrito mucho estos días en Italia. Y yo quiero recoger esas opiniones para que sean conocidas en nuestro país.

Barbantini, entre otros críticos eminentes, ha dedicado un estudio muy largo a la galería veneciana. Y no solamente se ocupa de nuestros pintores, sino que se atreve a hacer sobre nuestro temperamento pictórico, muchas, muy radicales y muy atinadas observaciones. Para Barbantini, la historia de la pintura española se reduce a una fórmula sencillísima. Como que consiste «en el turno» –suponemos que pacífico– de dos tendencias opuestas. Esas tendencias ya se notan, en España cuando Herrera el Viejo lucha «con el eclecticismo académico de la escuela sevillana.» Ahora bien: una de esas tendencias es de un realismo brutal, es vigorosa en los modos de expresión, en los caracteres del dibujo y en el arte del color; la personifican Zurbarán, Velázquez, Montañés. La segunda tendencia es lánguida, de inspiración ascética y anecdótica, superficial y afeminada. «La representa –añade el crítico de *Nuova Antologia*– Murillo, una de las glorias más absurdas, mantenida por los adoradores del Baedecker y de sus asteriscos.»

Y en el siglo XIX puede representarse como la sucesión de tres periodos claramente diversos. Uno se desenvuelve en torno a Goya que vivió hasta el año 1828; el segundo se caracteriza por el triunfo de la tendencia escenográfica y viñetista que puede personalizarse en Mariano Fortuny, «ya que este afortunado e insípido pintor –escribe cruelmente Barbantini– es su representante más acreditado; el último se retrotrae a Goya y Velázquez –¿y por qué no al Greco y a Ribera también?– de ella son discípulos Rusiñol, Zuloaga, Anglada y Sorolla, genios semejantes a pesar de sus contradicciones aparentes.»

Como ve el lector, que haya seguido cuidadosamente el hilo de la exposición del Sr. Barbantini, su estudio se resiente de hacer generalizaciones demasiado vagas e imprecisas. Si Murillo representa una dirección amanerada del arte pictórico español, no es ciertamente por el abuso de asuntos ascéticos. Esta palabreja, ascetismo, que no puede comprenderse del todo, según he podido darme cuenta, en un ambiente pagano, ha tenido un representante eximio en el Greco, maestro de Velázquez, a quien para nada cita Barbantini. Es, además, discutible que los cuatro pintores que han presentado cuadros en la bella ciudad de los mármoles y de los canales, sean genios semejantes «a pesar de sus contradicciones aparentes.»

Ciñéndose más al tema que motiva este reflejo de los juicios de la crítica italiana sobre nuestros pintores, el Sr. Barbantini –cuyo estudio traduciré íntegramente para La Lectura– se ocupa de los tres cuadros españoles que más le han detenido en sus correrías por los salones. Uno de ellos es *Cosiendo la vela*, de Sorolla. Este cuadro le parece «luminoso y robusto de color, vivaz y sanamente realista»; *La Tía Luisa*, de Zuloaga, es un cuadro que pertenece todavía a la polémica. «Es inútil que yo me detenga en él –escribe resignadamente Barbantini– porque el entu-

siasmo y el escándalo que produjo, hará cosa de tres años, aquí, en Venecia, no se ha apagado aún». *Caballo y gallo*, de Anglada, no entusiasma del todo a Barbantini. Indudablemente: está pintado con un vigor y una solidez extraordinarios. Él lo prefiere a esas escenas de débauche[9] parisino que han hecho grato en Francia al oído de las gentes el nombre de nuestro pintor.

Se me orea el alma cada vez que nuestros pintores, montados en Rocinante, salen a campo traviesa de la casona solariega, caballeros de ideales a propagar y bendecir nuestro nombre por ahí fuera. Un año entero pasado lejos de España, me ha hecho más fuertemente español que nunca. Antes no creía –y ahora creo a pies juntillas– en el glorioso resurgir de nuestra raza. Don Quijote tornará a sus andadas, después de cuatro siglos de modorra. Ya lo brezaremos y despertaremos nosotros. Nuestra pintura puede extender su nombre en el pueblo de Rafael Sanzío. Eso y el teatro. Podemos bromear con Ibsen los que tenemos a Benavente, que, a veces, a veces, se codea con Shakeaspeare.

Nuevo Mundo (04-03-1909)

Monna Lisa

– ¿Dónde está la Gioconda, portero?

– Donde siempre.

– Con este cambio... –objeto para que el subalterno no me tome por un visitante que ha caído por el Museo como ha podido caer en palacio a ver la parada–. Todo está cambiado y todo está peor. ¿De modo que abajo está la copia esa de Leonardo?

– ¿Cómo copia? Original[10] –replica el portero–. Original y bien original. Mire usted, cuando don Federico, cayeron por aquí unos franceses que decían que era mejor que la del Louvre. Y ahora ya sabe usted el remolino que han levantado los yanquees.

– ¡Sí, sí, ya sé! Habrá alguna copia análoga en Chicago y algún choricero ilustre querrá desprenderse de ella.

– No, señor, no. ¡Fíjese usted bien! ¿Usted conoce el original?

– ¡Claro!

Y cortando el diálogo con el portero, que calándose las viejas antiparras se dispone a darme todo un curso sobre Leonardo, bajo a saludar a Monna Lisa. En la sala de Murillo, unas señoritas pedagogas se deleitan con los cromos del pintor sevillano.

Un japonés, en la de Velázquez, guiña sus ojillos oblicuos, ante la opulenta hilandera sudorosa de brazos carnosos. Dos o tres chicos de la institución contemplan el Carlos V, del Tiziano, pálido, febril y diabético caballero en un corcel que tiene más grande majestad que su imperial persona. En la sala de retratos, nadie.

Monna Lisa sigue sonriendo con su sonrisa grave de juventud eterna. La figura, como sabéis, descansa en un fondo negro, separándose del indiscutido original del Louvre, donde hay la perspectiva de un paisaje. Esta Monna Lisa parece más joven que su hermana, sin que podamos precisar su edad, como acaece con las personas que amamos. Sobre el vientre descansan las manos finas de Monna Lisa, esas manos breves, veladas, transparentes, hechas para animarnos en nuestros dolores, para revolver crenchas de niños rubios, para besarlas santamente cobrando confianza en la vida. Y el rostro de Monna Lisa ¡me dice tantas cosas!, ¡habla tan calladamente a mi espíritu!, ¡despierta con tanta diligencia el pobre angelillo que todos llevamos dentro y que comienza a velar así que duerme nuestra bestezuela interior! En la grave serenidad del bello rostro, en su alegría reposada e íntima, en la sonrisa enigmática de Monna Lisa, en su mirada casta, apacible y, sin embargo, preñada de misterio, hay un no sé qué de dulcemente paternal, que nos infunde amor y silencio. Ante el Tiziano, se ama; ante los fusilamientos del 2 de Mayo, de don Francisco de Goya, se blasfema; ante las figuras angustiosas, trágicas, espirituales, de Greco, se medita; ante Monna Lisa, se reza. Se reza y se llora. Lloramos por nuestras tragedias interiores, por haber pasado frívolamente en la vida excitando amores que no podíamos apa-

[9] Libertinaje, en francés.

[10] En 2015 se dio a conocer un estudio sobre esta tela del Museo del Prado llegando a la conclusión que es obra de algún miembro del taller de Leonardo: Salai o a Francesco Melzi, los alumnos más cercanos al maestro.

gar; lloramos por nuestros deseos muertos, por ese calor de la adolescencia que ahora nos falta, por aquellos sueños de los diez y ocho años, cuando el mundo era chico para nuestras correrías, pocas las bocas que besar, pocos los ojos en que mirarnos, pocas las crenchas que revolver. Pero Monna Lisa sigue sonriendo gravemente.

¿Por qué sonríe Monna Lisa? No conoce la burla aquel rostro; la burla se queda para nosotros, los débiles, para los que llevamos las sandalias rotas y las plantas de los pies heridas. Es una sonrisa de triunfo, de esperanza, de alegría. Las ilusiones nuevas se cimentan siempre en el solar de las viejas. Cambiamos de ídolos en la vida sin cambiar de culto. Solamente nuestro yo permanece y nos acompaña; un yo moribundo hecho de sombras, de ecos, donde hay la perspectiva de un camino que no supimos hollar, y la silueta de un rostro amigo que no supo vibrar con nosotros, y el fantasma de un sueño roto.

Monna Lisa sonríe siempre. ¡Arriba, corazón! Sonríe como la *Gioconda*, con sonrisa contenida, dejándote mecer por tú verdad interior, por la que tú, sólo tu conoces, por la que te trajo al mundo, por el arca cerrada que no sabes vender en la plazuela, por esa verdad que descubre, al mirarte, Monna Lisa. Leonardo, al pintar el cuadro, pintó nuestras amarguras, nuestras viejas ruinas, la portada mohosa de nuestro espíritu, sobre la que flamea, desplegada, la banderola de la esperanza. Su pregunta, su ¿quién sabe? inquietador, nos mece dulcemente en las olas del mar de nuestra propia vida.

El Adelanto (09-05-1911)

La exposición de Bellas Artes

Profesión de fe

Amigo lector: Amo los viejos lienzos llenos de pátina y las nuevas telas alegres. Amo los pintores nuevos y mucho más ¡ay! los pintores viejos, no porque sean viejos, sino porque son mejores. No prefiero los cuadros tristes a los cuadros alegres, ni los cuadros alegres a los cuadros tristes. Me gusta verlo todo, saborearlo todo, comprenderlo todo. El Greco me llena de inquietud mística pero Teniers –el pintor de los niños– me regocija con sus tipos siniestros de la plebe vil que se regodea con el bajo apetito de los sentidos. Monna Lisa sigue desconcertándome; la maja desnuda, con sus carnes apretadas y marmóreas, habla gratamente a mi muchachez; saludo con respeto a un grave caballero velazqueño; me deleitan los paisajes, las marinas, los retratos. Prefiero, como el gallego del cuento, lo mejor de la bodega.

Ahora se arma un gran estruendo con eso de los símbolos. Tienes que formar partido con Romero de Torres o contra Romero de Torres; tienes que llamarte reaccionario o modernista; tienes que declararte partidario de estos o de aquellos procedimientos pictóricos. Y yo no sé a qué carta quedarme, porque me gusta la del barquero y me gusta también la de los puntos. Y quedo mal con todos, pero bien con mi conciencia. Hasta tengo con el permiso del señor Alcántara, mi opinión y si hubiera sido jurado, también hubiera formulado mis propuestas.

El Fallo del Jurado

Salaverría, Martínez Cubelles y Rusiñol son las tres primeras medallas del certamen. Me parece justa, aunque un poco estrecha, la sentencia de los señores jueces.

Salaverría, aunque haya sido monaguillo, aunque sea vascongado, ha pintado el mejor lienzo del certamen. Un atardecer en un caserío vascongado. Los rayos del sol quiebran contra el palio que cubre al sacerdote. Unos devotos aldeanos siguen la custodia. Tipos recios, castizos, maravillosamente entonados, fuertes de expresión. Detrás de los devotos, esas beatas viejas de todos los pueblos, lacrimosas, arrugadas, tristes, plañideras y curtidas. Una maravilla de observación, de sagacidad, de vigor. Hombres de carne y mujeres de carne son aquellos tipos. No se olvida nunca aquel recogimiento, aquella sobriedad, aquella tristeza, de Elías Salaverria. No recuerda a nadie el desde hoy ilustre pintor vascongado. Es sincero, veraz él. Hay en esta noble tierra vascongada un sello de individualismo, de bravura, de fuerte y descolladora personalidad que encanta.

Martínez Cubelles presenta unas marinas. La titulada *De vuelta de la pesca*, ha llamado la atención de los señores jurados poderosamente.

Reposa una barcaza al atardecer; pescadores membrudos y fuertes recogen la pesca; brillan las escamas como si fueran de plata; las olas del mar mugen y brincan. El sol se hunde entre fiesta de fuego. Este paisaje descriptivo de Martínez Cubelles es fuerte, luminoso y bello. Recuerda un poco a Sorolla; la luz, cruda, es luz mediterránea y luz levantina.

Nuestra tierra española es fecunda en contrastes; están bien; son de verdad los trazos sombríos del Greco, y son verdad también las luces de Goya. Nuestra España es las callejas de Toledo, pero es también las luminosas playas de Levante.

Conocéis también a Rusiñol. Ha pintado sus jardines melancólicos de siempre.

Ante los de Aranjuez, de nuevo, ha remozado su paleta.

Un paisaje de otoño con las doradas hojas de los árboles viejos. Una fuente escondida, mundana, alegre, frívola, del Real Sitio.

El extraño poeta de *El patio azul*, de *El pueblo gris*, ha tornado a darnos esa impresión de los pobres jardines abandonados.

Nos acordamos de la sentencia de Enrique Federico Turiel[11]: «El Paisaje es un estado de alma». El estado de alma de Santiago Rusiñol sale fuera en estos lienzos suyos, que desconciertan un poco a primera vista, pero que luego uno no se harta de mirar.

Romero de Torres.

Y don Julio se ha quedado sin medalla. Valle-Inclán escribirá unas cuantas frases despectivas contra el jurado.

A nosotros no nos ha gustado el envío del señor Romero de Torres.

Sin expresión, sin alma, se nos antoja ese hierático retrato de Pastora Imperio, que parece una dama inglesa ofreciendo un té en el parque de un jardín.

No nos ha gustado, ni hemos entendido *Las dos sendas de la vida*.

Italiano por la factura, por la entonación, por la colocación de las figuras, se nos antoja esa *Consagración de la copla*, con Adela Carbone actuando de sacerdotisa, con Machaco ataviado con el traje de luces en la simbólica ceremonia, con la Pastora, cuyos ojos verdes os contemplan enigmáticos.

Recordamos todavía el *Tríptico del amor* y la *Musa Gitana*.

Este Romero de Torres de hogaño, alambicado, enigmático, simbólico, se presenta de nuevo con cierta *pose* que nos separa del entusiasmo de otras veces.

Hermoso

También Hermoso se ha quedado sin medalla. Y nos parece mal.

En el berrocal es un cuadro gracioso, bien pintado, lleno de toda suerte de dificultades técnicas que ha saltado con gran discreción el joven pintor extremeño.

Es el mejor pintor de los niños.

Se apodera de su psicología adorable y franca; pinta con amor, sin acordarse para nada del retoque, de la falsificación, de mejorar el modelo o de caricaturizarlo.

Respiran alegría, salud, despreocupación, estos nenes aldeanos de Fregenal de la Sierra, estas mocitas de ojos claros y bondadosos que van ataviadas con toda suerte de colores crudos, estos chiquillos morenos, de apicarados ojos negros, que juegan, que saltan, que corren, que chillan, que alegran nuestros oídos a todas horas.

Verdad es que *En el berrocal* hay un tono general, crudo, fuerte, agrio acaso.

Pero no importa.

El cuadro de Hermoso es de los cinco o seis de la actual exposición –no llega a más– donde descansan los ojos con deleite.

Advierto que este artículo aparecerá ilustrado, y que aún me queda mucho por decir; concluiré otro día.

La Ciudad (01-06-1912)

[11] Así en el original. Sin duda se refiere a Enrique Federico *Amiel* (Henry Frédéric Amiel, Ginebra, 1821-1881).

Romero de Torres[12]

Se ha modelado ya la medalla de oro que regalan al pintor cordobés sus amigos y admiradores. Ese homenaje, naturalmente, significa una protesta contra el fallo del Jurado de la última Exposición de Bellas Artes.

Valle Inclán ha escrito que Romero de Torres es el viejo pintor español, porque tiene una estética suya, personalísima, inaccesible para el vulgo. Junto a Valle Inclán, se ha formado un núcleo de ateneístas y literatos que han puesto al Jurado como no digan dueñas. El buen visitador que ha ido, sin prejuicios de ninguna clase, al raquítico Palacio del Retiro, se ha preguntado por la causa del estruendo y ha sabido acoger los lienzos de Romero de Torres con la mayor indiferencia.

No me importa declarar que yo he sido uno de estos indiferentes. Romero de Torres, que empezó bien, muy bien, con la Musa gitana, con el Tríptico del amor, a pesar de todas sus reminiscencias italianas, tizianescas, anunciaba la aparición de un gran pintor, que muy pronto había de abrirse paso. Llega la Exposición y nos sorprende. Su retrato de Pastora Imperio no tiene movimiento alguno; parece un santo de palo vestido; la postura de la gran bailarina es afectada y artificiosa. En el fondo del cuadro un bravo jinete en un caballo de sangre, rejonea un toro andaluz. Otro retrato pequeño *La Sibila de la Alpujarra*, recuerda, por la entonación, por la compostura, los bustos de Alberto Durero. El retrato de la señorita Carbone tiende a la caricatura. Los dos grandes cuadros *La consagración de la copla* y *Las dos sendas* nos dejan perplejos. Aquellas facciones alargadas, aquellas caritas inexpresivas, fotográficas, aquellos simbolismos a ultranza nos hacen recordar el consejo de Maese Pedro al chico del retablo: "Mira, muchacho, que toda afectación es mala."

¿Qué se quiere exaltar en el pintor cordobés? No hablemos de su españolismo; aquellas figuras no son de la tierra.

El pincel no quiere darnos una impresión del modelo, sino hacernos recordar los grandes, los venerados maestros.

"El Greco –escribe un cronista– pintaba estas caras largas que ahora se quieren censurar en Romero de Torres." En efecto: No creemos que Pastora Imperio estuviera agitada por aquellos problemas torturantes, por aquel miedo al infierno, por aquella rigidez altiva y señorial, que supiera infundir a sus modelos el pintor de *El enterramiento del conde de Orgaz*.

Es verdad que Andalucía es triste y que es desoladora la impresión de Romero de Torres. Pero él ha querido llevar un problema intelectual a sus cuadros, que, al serlo, nada tiene que ver con las notas coloristas de una región determinada.

El público es el eterno juez del arte.

Por esta vez ha señalado con una mueca de disgusto, los nuevos lienzos de Romero de Torres. La medalla de oro no ha sido un homenaje popular. Los amigos de Romero de Torres se han reclutado, por esta vez, entre los literatos incomprendidos y entre los pintores incomprendidos. Y ellos, solos, se habrán ufanado de lanzar un reto contra las condecoraciones oficiales, que nadie toma en serio.

El Adelanto (31-07-1912)

Un cuadro que se va

Cuando la prensa se hace cargo de una cuestión cualquiera, e insiste y remacha, y torna a remachar e insistir, puede asegurarse que no interesa al público. En cambio, más es lo que calla que lo que dice la prensa sobre una cuestión de interés vital. Ahí está, sobre la mesa, el cuadro de Van der Goes. Yo lo vi hace dos años, haciendo un viaje desde Astorga a Monforte de Lemos.

Está en lo alto de un cerro, en el colegio de padres Escolapios. El cuadro no es mejor ni peor que otros muchos. Mejores –ha dicho muy bien en *La Vanguardia* Azorín– son los lienzos que tenemos en el Museo del Prado de Patrius y de Petrus Christus; indudablemente, mucho mejores.

[12] Existe otro artículo de Sánchez Rojas con este mismo título y contenido diferente publicado en *Mundo Gráfico* (O.C. Tomo II, página 222).

¿A qué todas esas zalagardas sobre si [se] llevan o no el cuadro? El año pasado se vendió un cuadro de Velázquez; lo vendió nuestro amigo el marqués de Vega-Inclán, en uso de su perfectísimo derecho; nadie dijo una palabra de aquel lienzo tan español que tomaba el billete de ida para los Estados Unidos, pero no el de vuelta. Nuestro Museo, el del Prado, es indispensable para estudiar pintores como el Greco, Velázquez, Goya, Murillo, Rivera; para completar estudios sobre Ticiano, sobre Rubens... Pero nada más; hay muchas lagunas en nuestra Pinacoteca, muchas. Basta haber paseado por Florencia, por Milán, por Roma, por Munich, etc., para darse cuenta de ello. Eso de que nuestro Museo sea el primero del mundo, no pasa de ser una linda metáfora.

El cuadro de Van der Goes...

Si hablan del cuadro gacetilleros que no le han visto; hablan del cuadro como pueden hablar de literatura china contemporánea. Si se exceptúa un hombre tan competente como don José Lázaro Galdeano, que sabe lo que trae entre manos y los cuadros que compra, ¡los demás, qué cosas escriben más chuscas y regocijadas!

El honor nacional pendiente de una tabla flamenca; los frailes de Monforte –que no tienen qué comer– acusados del terrible delito de querer vender el cuadro para sostener el colegio con algún decoro. La farándula, la ligereza, el hablar por hablar siempre, en este asunto, como en todos o en casi todos.

Y por todas partes, como contera al desbarajuste y al clamor por el cuadro que se va, nadie se acuerda de que el convento de San Marcos de León es un cuartel para sementales; que la Catedral vieja de Lérida es otro cuartel; que se hunde sin remedio el Colegio viejo de San Bartolomé, de Salamanca; que están destruyendo lentamente Cáceres. ¿Qué se yo? Pero el honor nacional depende de que se lleven o no se lleven a Berlín el cuadro de la Adoración de los Reyes Magos, de Van der Goes, que todavía puede verse en Monforte de Lemos y que conviene ver para juzgar de su valor. Eso es, al menos, una precaución elemental de respeto a los autores.

El Adelanto (03-05-1913)

El Santo Cristo de Palencia

Hay un precioso y romántico monasterio en Palencia, que se llama el monasterio de las Claras. El infante Don Bueso de nuestro Romancero popular, el caballero que cabalga las mañanas frías por buscar amiga, está enterrado en ese monasterio; de las Claras es tornera la dulce Margarita, a quien sonríe la Virgen después de una escapatoria de amor; en las Claras, a la derecha del coro capitular, se exhibe el Cristo yacente más horrible y trágico que figura en la colección de Cristos españoles. Es un Cristo momia, un Cristo tierra, al que el vulgo palentino llama, indistintamente, el Cristo de las Claras, el Cristo del Almirante, o por antonomasia, el Santo Cristo de Palencia.

Este Cristo tiene su historia y su leyenda. La historia no deja lugar a dudas. El monasterio de las Claras fue fundado en Reinoso y trasladado después a Palencia. Lo fundó la mujer de Don Juan II de Castilla, Ruiz Díaz de Bueso –el Don Bueso de nuestro Romancero– donó al monasterio heredades y solariegos vasallos, en Villafruela y en Villoldo. Las Clarisas o Claras –princesitas, infanzonas, hembras de pro– no pagarían «por siempre jamás amén, ni martivieja[13], ni fonsadera». Don Fernando IV de Castilla ordenó a los merinos «que anduvieran en la memoria de Cerrato, por Sancho Sánchez, mi adelantado mayor el Castilla, para que las defienda y ampare (a las monjas).»

Andando el tiempo, los Enríquez, almirantes de Castilla, heredan el patronato de las Claras o Clarisas. Como el monasterio de Reinoso está solitario «y al presente, por razón de guerras que hasta hoy estuvieron en gran fuerza y están en los reinos de León y Castilla, aún en el tiempo presente, casi irreparablemente destruido y devastado», se traslada la fundación a Palencia, junto a San Lázaro, el solar de los Díaz de Vivar. El monasterio se edifica en el palacio del almirante Sancho Martínez, que así lo manda la alteza real de su puño y letra. Alonso Enríquez, hijo bastardo del maestre de Santiago Don Fadrique, asesinado en Sevilla por su hermano Don Pedro el Cruel, en el Alcázar, es el primer patrono del monasterio palentino.

[13] Así en el original. Se refiere sin duda a la *martiniega*, impuesto medieval que se pagaba por san Martín.

Y este Don Alonso, hombre de carne y hueso, es también varón de mito y de leyenda. Hunde con trece galeras veintisiete galeras moras en Villamarín, pelea en Antequera, asiste a la coronación del aragonés Fernando siendo miembro de su Real Consejo y es señor de Rioseco, de Mansilla, de Palenzuela y de Torrelobatón.

Don Alonso padece achaques, dolencias, males y «malencolías de amor». No le quiere su esposa Doña Juana Hurtado de Mendoza, hija de aquel Don Diego que mataron los bravos y valientes portugueses en Aljubarrota. El Rey Don Juan I pega a su tocaya para que case, de grado o por fuerza, con el almirante. Nacen de este matrimonio, impuesto por la realeza, una Beatriz muy linda; una Isabel que es condesa de Benavente; una morenita María, que se desposa con el marqués de Pozas, Juan de Rojas; una Mencía, muy devota, que es, andando los años, condesa de Castañeda.

Don Alonso –cuenta la tradición monjil–, encuentra al Cristo yacente de las Claras en el mar, peleándose con sus trece galeras contra el moro. Pero de don Alonso, cuenta la crónica del Sennor Rei Don Juan el segundo: «Fué de mediana estatura, blanco e roxo, espeso el cuerpo, la razón breve e corta; asaz gracioso en el decir; turbábase mucho a menudo con sauna[14], e era muy arrebatado en ella; de grande esfuerzo e de buen acogimiento a los buenos. De los que era de linaxe de Rei, e no tenían tanto estado, hallaban en él favor y ayuda». Y concluye el cronista con estas palabras la admirable semblanza: «Tenía honrrada casa, ponía buena messa, entendía más que decía. Murió en Guadalupe, anno de 29, de edad de setenta y cinco años; está enterrado en Santa Clara de Palencia».

El Santo Cristo de Palencia no es otra cosa que la momia, embadurnada con una tinta roja en el siglo XVI y admirablemente conservada, del almirante Don Alonso Enríquez. Es un Cristo pecador, un Cristo hombre, un Cristo momia, un Cristo tierra, el Cristo de las Claras. Roja es la copiosa cabellera; blanca y rubicunda la faz horrible, contraída en un espasmo agónico que perdura a través de los cinco siglos de existencia; el cuerpo es espeso y los sacudimientos de la agonía dejaron en él las huellas del arrebato. Y la talla acusa mediana estatura, y los labios gordezuelos son labios de glotón y de lujurioso, y los muslos son de varón de «grande esfuerzo», y la frente despejada y noble de quien «entiende más que dice». Y este Cristo momia, este Cristo hijo del pecado, que en vida no supo amar y aceptó una hembra que, sometida, le entregó el monarca a palos, sale procesionalmente el Viernes Santo en la ciudad de Jorge Manrique, del Rabí Don Sem Tob y de Don Abilio Calderón, bajo los porches de Palencia, y las beatas le alumbran, y las monjitas le cuidan las melenas con amor, y el obispo da al pueblo creyente bendiciones en su nombre.

¿Es que no se sabe en Palencia el origen de este Cristo? Las monjitas afirman que le crecen las uñas y las melenas; la faz horrible, más que devoción, inspira repugnancia. No es un Cristo que eleva los ojos al Padre Celestial apurando el cáliz, sino un hombre sensual que se despide aterrado de los placeres carnales.

Pero… pero «el Cristo del Almirante» es ídolo de la superstición popular y nadie se atreve a desenterrar la historia y a descubrir la tremenda farsa que hay en esta suplantación. El Almirante fue sacado de su huesa y convertido ¡el pobre! en un Cristo yacente, que compite con el de Limpias y con el «Cristo negro» de Barco de Ávila.

España (08-04-1922)

La Exposición Nacional de Bellas Artes

La Exposición Nacional de Bellas Artes es este año un poco peor que la de años anteriores. La vista se fatiga ante la abundancia de colores agrios y chillones que dominan en las salas. La escultura, es, sin embargo, un poquito mejor, más ponderada, más sobria, de mejor gusto. Los señores pintores, en cambio, hay que convenir en que juegan adrede al despropósito. Trivialidad, amaneramiento, exceso de técnica, *savoir faire* quizá, pero ni inspiración, ni gracia, ni menos cordura. ¡Santo Dios, parecen unos locos, salvo raras excepciones nuestros maestros de la pintura!

[14] Posible errata o error. En el libro *Generaciones y Semblanzas* de Pérez del Pulgar, de donde se toma la cita, se lee, obviamente, *saña*.

Lo mejor de la Exposición, como asegura un amigo escéptico que me acompaña, son las chicas que asisten a ella y que hoy, lunes de moda, están verdaderamente deliciosas con sus trajes transparentes y claros.

Apunto dos cuadros primorosos de Eugenio Hermoso: "La enamorada" y "Un desnudo" de una aldeanita morena. Eugenio Hermoso es a la pintura lo que José María Gabriel y Galán a la poesía: sencillez, inspiración, técnica disimulada: tales son sus características.

Delicado de tonalidades y de gamas "El poema del Atlántico", del canario Néstor De la Torre.

Estupendos los retratos de Mezquita, sobre todo el del cronista de "La Libertad", Pedro de Répide.

Algunas aguafuertes de Castro Gil, firmemente ejecutadas, como, pongo por caso, "El monasterio de Carboeiro", que aquí reproducimos. Y cosas sueltas, momentos, chispazos, que en nada afectan a la mala calidad del conjunto. Así unos cuadros de Lafuente, Diego San José y César Falcón, "El viático", de García Romero, etc., etc.

Romero de Torres no acude al concurso, Rusiñol presenta en él uno de sus melancólicos jardines del Real Sitio de Aranjuez.

En la escultura nos encontramos, en cambio, con la talla policromada "O tesouro", del artista gallego señor Asorey, que es un verdadero hallazgo. Se trata de una aldeanita gallega, fuerte y maciza, que ofrece el ternerillo a los compradores en el mercado. La composición, la gracia, la armonía de la figura son dignas del mayor encomio.

El artista santiagués, que no ha obtenido, sin embargo, más que una segunda medalla con su talla policromada que es la pieza de talla más hermosa de la Exposición y la que mejor atrae la atención de las gentes, va a dar, seguramente, días de gloria a la escultura española. Su arte entronca con el de los viejos imagineros de su *terriña*.

Hay muy bonitos bustos: sobresalen los de Juan Cristóbal, con las dos maravillosas cabezas de Indalecio Prieto y de la señorita Pilar Millán Astray.

El busto del abuelo del socialismo español, Pablo Iglesias, debido al buril del artista valenciano Bassad, es también muy elogiado por el público y por la crítica.

Y una cabeza tempestuosa de Miguel de Unamuno, el ilustre confinado de Fuerteventura, debida a Moisés de la Huerta, también es comentada con elogio por el público que asiste a esta Exposición.

Minutos después. En la terraza. Tomamos cerveza varios amigos: el conde de Castelo, Asorey, Basilio Álvarez, yo mismo. Unas chicas deliciosas pasan junto a nosotros.

– ¡Viva la raza! – exclama uno.

– Parodiando a Costa, debo añadir –señala otro– que en España no quedan más hombres que las mujeres.

Es verdad. Ni más arte tampoco. El tango, el "cabaret", la cocaína, el Directorio, están fastidiando a la Raza.

El Hogar (05-08-1924)

El monumento a Gabriel y Galán

A las cuatro, en casa de Juan Cristóbal, este bravo escultor, pequeñito, rubio, ceceoso y granadino. Hemos de pasar toda la tarde en él. Alfonsito, este as de los fotógrafos, nos acompaña. Nos acompaña también Ortiz de Zárate, amigo íntimo del artista. En el patio del hotel nos espera el café, el cognac. Yo me dedico a las uvas de la parra con honda indignación de la hermana de Juanito:

– ¡Te advierto que va a tirarte con un tiesto!

En el patio, las esculturas del monumento al poeta salmantino, José María Gabriel y Galán. La montaraza, esquiva y huraña, belleza campesina, de amplias y anchas caderas, nos mira con un ceño adusto y sombrío. Su belleza tranquila y serena, me recuerda las facciones de Aurorita Redondo.

– ¡Ella me ha servido para modelar! –confirma Juan Cristóbal. ¿Le gusta?
Evoco el momento de la montaraza, uno de los más felices y salmantinos de José María.

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino,
moza como Ana María...

Ana María debe ser espléndida, un poco «grande», silvestre, roja como una manzana; los ojos castaños, con las cejas un poco sombrías y pobladas, han de mirar de frente, infundiendo tranquilidad y confianza al que miran. El alma sencilla, honesta y nada complicada de la montaraza, ha de plasmarse en un cuerpo recio y musculoso. Los brazos han de ser macizos y fuertes, hechos para abrazar haces de mies al descargar los carros.
– ¿Ez ezto? –sigue preguntando Juanito.
– ¡Eso es, Juanito! ¡Enhorabuena!
Descansamos mirando unas cabecitas, ya acabadas, del genial escultor. «Rafaela» nos sonríe con sus anchos ojos cordobeses y sus magníficas espaldas desnudas; Indalecio Prieto, el padre Indalecio, abotargado, inteligente, sagaz, con las comisuras sensuales de su boca grande, parece un prior de benedictinos que paladea los vinos viejos y que sabe leer en la soledad del claustro los deliciosos cuentos del Acetino[15]; Comba es un medallón romano y la risa le retoza por su faz burlona y galaica; Pilarita Millán Astray nos muestra los primores de su cabecita inteligente y el sabio peinado de sus cabellos. Alfonsito, mientras tanto, obtiene algunas instantáneas...
Contemplamos la figura del poeta, que, dicho sea de paso, es bien poco escultórica. Pero de ella ha sacado todo el partido posible nuestro ilustre y querido Juanito. Va tocado con un ponche de cazador y sostiene un libro en su diestra. Es el campesino madruguero, que sabe orearse con las auras del campo que paladea la canción de las espigas, el murmullo de los regatos, la grata sombra de los encinares. Y el «ama», después. El ama tiene perspectivas primorosas, desde las cuales se adivina todo, la intensa fuerza motriz que el escultor ha puesto en la figura. ¿El ama está pensando...? ¿En los hijos, en el esposo fiel, en el número de huevos que le ponen las gallinas, en la panera y en la despensa colmadas? ¿En qué piensa esta bizarra y hermosa matrona de Juan Cristóbal?
Piensa en todo y en todo está, a la vez, la señora ama. Es el símbolo materializado de nuestras madres, de nuestras esposas,

una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que pudo soñar ningún poeta.

– Esta es... Juan Cristóbal.
– Sí, la misma. ¿Cómo lo sabes?
– Creo que me ha hablado de ella Emilio de Zúñiga. ¡Hermosa mujer, caramba!
– ¡Una señora hembra, chico!
Pero infunde respeto y castidad.
– ¡No digo otra cosa, hombre!
En efecto; el ama de Juan Cristóbal no es sólo una mujer hacendosa del campo de Salamanca; es la esposa eterna; la sulamita del Rey Sabio y la perfecta casada del fraile agustino, a la vez. Parece meditar en su actitud de recogimiento, en su mirada discreta y sagaz, aquellas sabias palabras de Fray Luis: «No se desciña, esto es, enmollezca, ni haga de la delicada, «ni tenga por honra el ocio», ni ponga por estado el descuido y el sueño, sino ponga fuerza en sus brazos, y acostumbre a la vela sus ojos, y saboréese en el trabajar, y no se desdeñe de poner las manos en lo que toca al oficio de las mujeres, por bajo y menudo que sea; y entonces verá cuánto valen y a dónde llegan sus obras».
Y es también esta maravillosa figura del escultor granadino, «la que buscó lana y lino y dio con el saber de sus manos», de que nos habla el Eclesiastés. El navío que trae de remotas tierras el pan de cada día, la que sabe madrugar y busca las heredades para el sustento de sus retoños; la que «planta viñas, en fin, con el fruto de sus palmas.»
Me distrae de mi contemplación Anita, la preciosa modelito del escultor, que se une confiadamente al grupo que formamos nosotros en el patio del hotel. A duras penas conseguimos

[15] Creemos que se trata de una errata de imprenta y que, en realidad, debería decir *Aretino*.

retratarla con nosotros. Acurrucada detrás del bloque de Ana María, la muchacha sonríe discretamente, mientras Juanito oye nuestros elogios sinceros y cordiales.

– Ahora farta que veas la madre del «Cristu», la campezina eztremeña que eztá dando la teta a zu nene.

Allá, arrinconada en el pasillo de entrada, está la madre. El nene harto de teta,

... sueña
que anda de retozu con los angelinus
en la gloria mesma,

mientras la madre, satisfecha, contenta, enamorada del pedazo de cielo, al que nutre y calienta en su regazo, tibio y amoroso, no piensa en más gloria que en la de tenerle así, sobre sus rodillas, dormidito y harto. ¡Acierto supremo el de Juanito al esculpir este grupo delicioso, candoroso y delicadísimo! Esta madre –como todas las madres– es santa en estos momentos, no sólo porque nutre con su leche al bebé, sino porque vela con un amor que acaso los hombres no sabremos valorar nunca, los sueños del infante, estos sueños que luego ha de romper la vida brutalmente, matando primero la inocencia, luego la espontaneidad en el corazón y en la mente de todos los que hemos de ganarla y de merecerla para vivirla.

– ¡Muy bien, muy bien, Juanito! –digo, abrazando a mi amigo.

Hemos pasado toda la tarde con el escultor, viviendo momentos inefables de arte y de poesía. Salimos a la calle de Torrijos. La noche, tibia y perfumada, nos invita a caminar a pie. Por aquellos barrios, los de Pardiñas, regresan las modistillas a sus casas, de vuelta del taller. Los tranvías populares traen carga de obreros que se diseminan minutos después por toda la ocre, roja y amarillenta llanada de las Ventas del Espíritu Santo. Algunos coches fúnebres vacíos regresan de pagar su tributo diario a la muerte.

Frente a la puerta de Alcalá, tan simpática, tan madrileña, nos refugiamos en una cervecería. Juan Cristóbal nos habla paternalmente de sus sueños, de sus iniciativas. Luego hablamos de Salamanca –Juanito es un enamorado de nuestro pueblo– y evocamos sus atardeceres. Y yo no veo ya este cielo rosa del atardecer, en esta luz ambarina de la ancha urbe, ni los manchones obscuros de los jardines del Buen Retiro ante la luz que se diluye... Veo –con una precisión maravillosa– la estampa de nuestra ciudad, por el Puente, desde el Matadero Viejo. El Puente Metálico, y el de Enrique Esteban y Santo Domingo, y las torres catedralicias, y el campanil universitario, y la Vega, y la fábrica de Mirat, más allá... y por el lado del Puente Romano, bañado de sol, el convento de los mercedarios, y el montón de casucas doradas que se agazapan discretamente al cobijo de la Escuela.

– Me gustaría –me dice Juan Cristóbal– que el monumento se pusiera en el Campo de San Francisco ¡tan íntimo y tan recogido es el paraje!

– ¡Pero allí tenemos que poner, el día que Salamanca cobre conciencia de su deber ciudadano el busto de don Miguel! –le replico.

– No; el de don Miguel, que sería estupendo de hacer, ¡cómo me gustaría esculpirlo! –yo le pondría mejor en la glorieta de Zamora, mirando a la calva Armuña, al Prado de Panadoros, a la carretera de Vigo, donde el maestro ha soñado tanto...

– ¡Tal vez, tiene razón!

Volvemos a callar, Juanito evoca acaso su Darro y su Genil, mientras yo pienso en mi Tormes. Nos sirven nuevas cañas de cerveza. Una pareja de enamorados busca discretamente un ángulo penumbroso de la cervecería, seguros de que nosotros no somos curiosos, ni impertinentes. Y contestamos al saludo de él y a la sonrisa, un poco forzada y vergonzante de ella, una rubia muy bonita...

El Adelanto (26-10-1924)

Un escultor gallego y una casa regional

Mi amigo, el escultor santiagués Bonome[16], que ha heredado del gran Mateo, el del Pórtico de la Gloria, el sutil y difícil arte de la imaginería, ha expuesto una serie de preciosas figuritas de madera en la casa de Galicia. Todo el Madrid elegante y curioso ha desfilado, un poco por

[16] Santiago Rodríguez Bonome (1901-1995), escultor y ceramista de Santiago de Compostela (Galicia).

snobismo, un poco por curiosidad, por los preciosos salones de la Exposición. Bonome ha vendido todas sus tallas, y, económicamente, le ha sido de gran provecho su gesto de venir a conquistar Madrid sin intermediarios. A nadie puede sorprender el triunfo de Bonome; a mí no me ha sorprendido, porque el excelente rapaz compostelano comparte con otro gran muchacho, con Asorey, el de «O tesouro», la representación de una escultura que me atrevo a llamar gallega, que me atrevo a llamar compostelana, que trabaja y talla en madera, policromándola, y expresando con ella los más sutiles y complejos estados espirituales de aquella región.

Bonome ha echado, como suele decirse, toda la casa por la ventana y esta crítica fría y pedantesca, que por aquí padecemos, ha tenido que rendirse ante la garra y el espíritu del joven y ya glorioso escultor.

Sus figuras de mujer, sobre todo, me han seducido completamente. Hay una Rosiña, deliciosamente esbelta y guapa, con esos ojos gallegos que parecen hechos y fundidos por la niebla de las rías bajas, que es un poema de ternura y de amor a Galicia. Y un grupo, el de una madre, el de una «naiciña» que se apoya en sus dos hijos, macho y hembra, mientras contempla el mar, añorando al ausente, al emigrante, que es un acierto supremo de arte y de psicología. La madrecita es aquí, más que persona, naturaleza, y su amor al ausente y a los retoños en que se apoya, es una necesidad psicológica, tan graciosa y tan naturalmente expresada, que parece un poema de Rosalía:

Cando van, van como rosas,
cando ven, ven como negros![17]

Y hay un niño heredero, caribobo, rico, feliz y contento, que apuña un juguete con su manecita, y un grupo de «romeiros» que torna de ver al Apóstol y unas figuras enharinadas de antruejo y carnestolendas, y un guapo de aldea, farruco y fanfarrón, perdonando la vida a las mozas de los contornos, y el escorzo de un desnudo ejecutado con toda honradez y sin trampa, y unos «festeiros» que vuelven melancólicos y cabizbajos del baile aldeano, y una mendiga ciega, que dice romances de amor y de crímenes a la puerta de los monasterios, y cien figuras más, que he contemplado muchas veces, con admiración creciente, arrobado y suspenso, contento de que este Galicia, tan bello y tan sutil, nos traiga nuevas modalidades de arte a este Madrid de hogaño, tan opaco y tan triste, que no vibra, que no sabe vibrar, pero que acoge amorosamente en su regazo a todo el que tiene que expresar algo con el pincel, con el buril, con el lápiz o con la pluma, para lanzarlo al mundo de la polémica, que vale tanto como lanzarlo a la posteridad y a la gloria.

Los gallegos –digámoslo de una vez– han conseguido dar una fisonomía espiritual a su numerosa y simpática colonia. La casa de Galicia le sirve de estimulante y de nexo. Hace meses Asorey; ayer, Ofelia Nieto; hoy Bonome; hablan desde la casa de Galicia a los rincones españoles más apartados y ocultos. Éstos gallegos organizan constantemente exposiciones, celebran conferencias y festejos en honor de los elegidos y de los consagrados de la región, y cuando se trata de festejar a un gallego, todos son uno, desde Portela a Martínez Anido, desde Rodríguez de Viguri a Basilio Álvarez, desde Bugallal hasta el conde de Castelo.

Los hijos de Vasconia siguen el mismo derrotero, para lo cual han fundado el Hogar Vasco. Y los catalanes tienen también su Casal Catalá. Y los aragoneses su Centro Aragonés, presidido por la Pilarica...

Solamente los castellanos en esto, como en todo, somos una excepción por nuestra apatía y por nuestra dejadez. Sobre todo los salmantinos; los sorianos tienen ya su hogar y los segovianos están instalando el suyo.

¿Por qué los salmantinos no nos decidimos, de una vez, a tener nuestra casa colectiva? A Isidro Pérez Oliva, a Clemente de Velasco, al Marqués de Selva Alegre, a Marcelino Herrero, a Gregorio Fraile, a Luis de Zúñiga, a Cipriano Rodríguez Arias y a otros amigos me dirijo, a fin de que, públicamente, digan su opinión y se decidan ellos, con su prestigio, a convocar a la numerosa colonia charra de Madrid para la fundación de un centro. Otro día volveré sobre la idea, que habrá de reportar grandes beneficios a la tierra y una mayor unión entre salmantinos.

El Adelanto (08-02-1925)

[17] Rosalía de Castro. *Cantares Gallegos*, "Castellanos de Castilla".

Meditación de Semana Santa[18]

Hay en Barco de Ávila un Cristo, llamado por los devotos el Cristo Negro que compendia en sus trazos generales, todos los sombríos matices del ascetismo de la raza.

Es un Cristo ya muerto, con la cabeza caída hacia el pecho, de brazos agarrotados y esqueléticos. La cabeza, pinchada por la corona de espinas, arrastra los hombros hacia adelante, y en los ojos cerrados, hay el cansancio del hombre sediento de sacrificio, para quien la muerte es la primera liberación. Tiene la escultura esa paz del justo que no ha conocido en la hora de la expiación el torcedor de las inquietudes y la conciencia del Dios que se sacrifica, libre y alegremente, por los pecados de la humanidad. La muerte, en el Cristo Negro de Barco de Ávila, es el tránsito natural a una vida mejor, el acabamiento del cuerpo ante la plenitud del Dios que sigue viviendo en los cielos cuando todo lo consumaron en la tierra los sayones.

Este Cristo, bizantino, de madera tallada, escondido en una capillita tosca donde anidan los vencejos de la calle, es un Cristo hombre que nos hace pensar, más que en el terror de sus fallos inexorables, en la flexibilidad y en su tolerancia de su divina comprensión humana.

En Palencia, y en el monasterio de las Clarisas que fundara don Bueso, aquel dulce hermano de la princesa Rosalinda de que nos habla el Romancero, yace en su sepulcro el Cristo más terrible, tétrico y sombrío de toda la cristología castellana. El Santo del Almirante le llaman los palentinos, o simplemente y por antonomasia, el Santo Cristo. Hablando del Almirante de Castilla don Alonso Henríquez, nos cuenta la crónica de don Juan II que «...fue de mediana estatura, blanco é roxo, espeso en el cuerpo, la razón breve é corta, pero discreto é atentado; ajaz gracioso en el decir; turbábase a menudo con saña y era muy arrebatado en ella; de grande esfuerzo o de buen acogimiento a los buenos. De los que eran de linaxo de rey, o no tenían tanto estado, hallaban en él favor y ayuda. Tenía honrada casa, ponía buena mesa, entendía más que decía. Murió en Guadalupe, año de 29, de edad de setenta y cinco años; está sepultado en Santa Clara de Palencia.»

Y el Cristo del Almirante que es la misma momia carnal de don Alonso Enríquez, del que padeció «males y melancolías de amor» porque su mujer, doña Juana Hurtado de Mendoza, no le guardó la fe jurada, es, por ende, un Cristo tierra, un Cristo hombre también, del que dicen las monjitas que le cuidan que le crecen los cabellos rojos y las uñas de los dedos.

Este terrible Cristo momia, que no ha de resucitar al tercer día, porque es carne mortal y perecedera, es un Cristo yacente, que no mueve a la piedad, sino a las más tristes meditaciones sobre la facilidad con que circulan las leyendas. Un habilísimo pintor del siglo XVI pintó de color tierra este cuerpo «blanco é roxo» y acentuó en la faz «la saña», y «el arrebato» de que nos habla el buen Pedro López de Ayala. Cristo que teme la muerte, que aún lleva en el semblante los últimos rictus de la agonía, el Santo Cristo del Almirante de Palencia ha de trocarse en «humus» que ha de fecundar las parameras inhóspitas y terribles de la ciudad que le cobija.

Y en mi Salamanca del Renacimiento, en la preciosa catedral románica que se acuesta sobre su hermana mayor la catedral gótica, hay el Cristo más español de todos cuantos conozco en Castilla. Es el Cristo de las Enagüillas, llamado también de las Batallas y del Cid. Cristo romántico, parece simplemente una araña y tiene la forma de maza o de martillo. En el poema del Mío Cid, vemos a este Cristo del brazo del obispo don Jerónimo, amigo del Campeador, de aquel obispo, oriundo de las mimosas tierras del Perigueux, a quien convierte su amigo en el primer arzobispo de la Valencia redimida. Más que una imagen piadosa es un arma guerrera. Con él, su dueño, aquel bravo monje que peleaba siempre a la vera de Rodrigo:

atorgando las feridas primeras,

anduvo a cristazos rompiendo la crisma de los infieles, que aullaban de dolor en las batallas.

Este Cristo de mi Salamanca ha presidido toda la epopeya española, desde la noche de la Edad Media, cuando comenzó a balbucir nuestro romance, hasta el día de hoy. Conquistó a Valencia, peleó en las Navas, presidió los pendones de Santa Fe, junto a Granada la bella y peleó

[18] Tratará de los tres Cristos en «Meditaciones de Viernes Santo», *La Voz de Guipúzcoa*, 15 de abril de 1927 (O.C. Tomo IV, página 49) y otros periódicos que lo reprodujeron, utilizando parte del texto de este.

todavía en Annual, a la hora terrible del fracaso. Es un Cristo bélico, que no quiere descansar en África, cansado de haber reducido los dominios del Islam dentro del suelo propio.

Y estos tres Cristos, el Cristo hombre de Barco de Ávila, el Cristo momia del Almirante que veneran los palentinos en el monasterio de Santa Clara, junto al solar de la mansión de los rudos Almirantes de Castilla, y el Cristo maza y el Cristo martillo de mi Salamanca leonesa y fronteriza, forman, fundidlos en una sola imagen, el concepto del Cristo español, tétrico, ceñudo y sombrío, que lejos de perdonar al pecador sus desafueros y demasías, se las recuerda a todas horas amenazándole con las penas del infierno. Y todavía preside nuestros destinos, entre chisporroteos de cirios amarillos, como en los autos de fe.

El Noroeste (11-04-1925)
El Luchador (11-04-1925)
El Pueblo Gallego (12-04-1925)

En la Universidad

Todos estos muchachos que dibujan y pintan en Salamanca –Vilches, García de la Cruz, Ardid, Mucientes– no han podido escoger sitio más bello para la exposición de sus cuadros. ¡Donoso salón el de los artistas salmantinos en estas tardes de lluvia! El claustro bajo de nuestra Escuela convida a reposar y a quedar en él. Entre los viejos medallones, a la vera de las lápidas centenarias, aquel lugar es el cobijo más agradable y más grato para el arte. Por él han destilado las ilusiones de todos los mozos y en él vuelven las añoranzas de todos los que somos hombres.

Pero la exposición es tan juvenil, tan inquieta, tan revolucionaria y ardorosa, que pugna con la majestad y con el decoro de aquellos muros. Muchachos los artistas, al fin y al cabo, se han propuesto «epatar». No ha pasado para ellos el consejo de la madurez, ni la reflexión del que ha encontrado su sendero y se propone caminar por él. Ardid recuerda demasiado a otros dibujantes y caricaturas como las de Blasco Ibáñez y Fernández Flórez, nos alejan mucho de la visión directa de los modelos. García de la Cruz es más cauto y más sencillo y la caricatura de Eloy Bullón es un verdadero acierto.

Un poco sombrío Sabater, pero hay un Cristo macerado que se entronca con la buena tradición clásica, y un retrato de un hombre joven que nos hace pensar ligeramente en los buenos retratistas ingleses y flamencos.

Vilches, del que me dicen que es un empleado del Catastro, se me antoja el de más sólido porvenir. Dos cabezas, las de Teodoro Somoza y de una bella mujer morena, están primorosamente logradas.

Lo que me ha dejado un poco suspenso y atolondrado, es la consideración de que ninguno de los cuadros salmantinos están entonados con la luz de Salamanca. Solamente los de fuera –recuérdese al pintor toledano Vera– saben verle y gozarle al primer golpe. Es una luz rosa, al amanecer, y roja, de brasa encendida, a la hora de poniente.

Los matices y las gradaciones, distintos siempre, según la hora, se funden en una borrachera de luz, que conviene aprisionar sin efectismos y sin trucos. Creo que Salamanca es, por ejemplo, más pictórica que Toledo o que Tarragona, por ejemplo, y es lástima que los indígenas no sepan verla, acaso porque no puedan contrastar la luz, esta luz maravillosa, en la de otros parajes y la de otros ambientes.

Salamanca no ha dado pintores todavía. Es posible que los dé; este primer intento es muy simpático y muy agradable. Si estos muchachos se preocupan un poco menos de las convenciones de moda y un poco más de sí mismos, es posible que logren dar su sensación personal de las cosas. La mejor manera de realizar esa misión artística es la de no preocuparse demasiado de las normas de las escuelas ni de los secretos del «metier».

El arte –da igual que se exprese con el buril, con el pincel o con la pluma– no es más que sencillez y emoción. Sintiendo las cosas, pensándolas, se expresan pronto y se expresan bien.

Los estilos, lejos de ser máscaras y alcahuetas de nuestra personalidad, deben ser su espejo más discreto y más bruñido. En las cumbres sólo pueden otear las alturas, los sencillos, los humildes y los despreocupados de todo artificio.

El Adelanto (23-07-1925)

La conferencia de Sánchez Rojas

Como estaba anunciado, el domingo, a las once y media, tuvo lugar en los locales que en la Universidad está instalada la exposición, la conferencia de nuestro querido compañero el ilustre escritor don José Sánchez Rojas.

Nuestro camarada leyó su bellísimo discurso ante la expectación y el interés más extraordinarios de la selecta concurrencia. Pepe Sánchez Rojas, el sutil escritor, el cronista maravilloso y el pulcro y fino estilista, cuya prosa borda, pule y cincela con el aticismo de su ágil pluma, trazó estas cuartillas bellísimas y emocionales, que constituyen un supremo acierto y la evocación de esta Salamanca de las piedras de oro.

A escuchar la conferencia acudió un número de público extraordinario, por esto y por no incurrir en omisiones, nos abstenemos de publicar nombres, solo diremos que entre el público figuraban muchas y bellas señoritas.

La presidencia la formaban los señores Pérez Fernández, arquitecto municipal; Sánchez Rojas y Sabater, pintor.

El acto.

Abierto el acto, el señor Sánchez Rojas se levanta en medio de una nutrida ovación y lee las siguientes admirables cuartillas:

«Señoras, señores:

Estos muchachos que han organizado la Exposición de Pinturas de hoy que recibe su decoro, prestándole los ardores de su entusiasmo juvenil, de los muros de esta Escuela, me han rogado que les hable. He vacilado mucho antes de elegir el tema. Se me han pegado al corazón la modorra y la quietud de Salamanca, por una parte, y por otra, estoy en un momento de un terrible confusionismo intelectual, que no me permitirá, a buen seguro, la claridad que yo quisiera en la exposición de mis ideas. Saldré del paso lo más lucidamente que me sea posible. Una Exposición de Pintura en Salamanca se presta a las más variadas, complejas y sutilísimas conmiseraciónes, y yo, escritor, mal escritor, hombre que vive de contar las intimidades de su espíritu por medio de la pluma al público, estoy en el deber de decir lo que pienso del entusiasmo de estos artistas, de la esperanza que tengo puesta en su labor y de cómo debe ser su esfuerzo para hacerse dignos de la ciudad en que viven y del ambiente espiritual donde nutren sus entusiasmos y sus rebeldías.

Este grupo de pintores, de dibujantes y de caricaturistas que aquí exhiben sus cuadros, apuntes y dibujos, tienen las virtudes y los defectos comunes a la mocedad. Están viviendo el momento más interesante de su vida. No pueden recordar, porque las emociones más intensas de los veinte años, el libro, el paisaje, la moza adorada, están presentes en su alma, y no pueden esperar tan poco, porque sólo saben que hay algo superior a la misma realidad, que es la imagen que de ella nos formamos todos. Así van las cosas, y las personas todas, crudamente, a pleno sol y a plena luz, y así estos muchachos no vacilan ni dudan: afirman o niegan, y ríen o lloran, pero no saben sonreír con esa sonrisa de la madurez, que es, para los que empezamos a gustarla, una mezcla de amargura y de desdén, con sus posos infinitos de comprensión y de ternura. Se creen dueños del ambiente y aún no se ha afirmado en su corazón la terrible sospecha de que es el ambiente el que nos forma o nos deforma a lo largo de la vida. Todos estos artistas, con sus aciertos, con sus desaciertos, con sus incorrecciones, hasta con sus puerilidades, si así lo queréis, están luchando por encontrarse y por buscarse a sí mismos, y yo quiero recordarles con emoción y con sencillez que en ninguna parte pueden buscarse a sí mismos mejor que en Salamanca, y que en ninguna parte se encontrarán más pronto que en este rincón de la tierra donde crecieron y donde se forman, porque Salamanca es, ante todo, luz y calor, que con los dos elementos de expresión que tiene el pincel más a su alcance para manifestar sus emociones íntimas.

Permitidme que no os hable de técnica. Ni sé ni quiero saber de técnica.

Esos son secretos y martingalas del oficio que sólo a los del oficio debe interesarles. Lo que a mí, espectador, me interesa del artista, es la expresión lograda. El medio más derecho de llegar al logro de la expresión, está, como decía San Pablo de la verdad, dentro de nosotros mismos, La escuela, el procedimiento, es algo mecánico y secundario; lo importante es dar nuestra visión directa de las cosas y llegar al cogollo de ellas por medio de la sinceridad. Y como sólo sentimos lo que amamos, y sólo amamos lo que vemos, y por los ojos nos llegan las cosas derechas al corazón, debéis de recogeros un momento dentro de vosotros mismos, y pintar y dibujar lo

que tenéis delante de los ojos y lo que hace vibrar con fuerza las fibras de nuestra alma, que es vuestro escenario, el escenario grato de nuestra muchachez dorada, este Salamanca de mujeres donosas y de estudiantes inquietos, en cuyos muros brotan lo mismo que las amapolas en los campos los vítores de mocedad y en cuyo aire se filtran sutilmente la desconfianza, el recelo, la pereza, el chisme y el cuento de la comadre desocupada, siempre pendiente de quitar las liendres al chiquillo en los ocios del serano.

Salamanca es, señoras y señores, una ciudad que recibe su influjo del campo, que lo está invadiendo con sus egoísmos y que tiene la simplicidad y la cazurrería de la aldea junto a la gravedad, un poco empalagosa y solemne, de la academia tradicional. En el alma del salmantino pelean muy graciosas batallas el aldeano, el charro y el doctor que todos llevamos dentro y nuestra vida ciudadana es, en consecuencia, a ratos granero y a ratos aula. ¿Por qué no aprisionáis vosotros este momento de la ciudad, pintores? No os hablo del ayer glorioso, ni del mañana turbio: os hablo de hoy, Salamanca tiene su color inconfundible en este momento de nuestra historia, donde hemos comenzado a hablar en voz baja desde que no se nos tolera la libertad ni la independencia en el diálogo. A los retratistas –no hablo todavía de la ciudad porque todavía estoy hablando de sus ciudadanos– se les abre un horizonte infinito, solamente con que tengan ojos en la cara y sensibilidad en el espíritu. No formamos todavía una cosa orgánica, una cosa común con nuestras piedras, vivimos despegados de ellas.

Somos inteligentes y somos cazurros; somos campesinos desengañados. En el fondo, estamos tristes, porque somos prisioneros del cinto de cuero de nuestras luchas arrabaleras, y desconfiamos de los demás, porque no estamos seguros de nosotros mismos. El salmantino no quiere sentir todavía las inquietudes del mundo y las preocupaciones del momento. Hay, indudablemente, un salmantino, como hay una salmantina también, del siglo XX, y el pintor que sepa ver al hombre, entrará a saco en el fondo de la psicología de la ciudad, que es, a ratos, malicia refinada; otros, bobaliconería plena; a veces, emoción intensa, y que siempre, siempre acusa con vigor y con agudeza, un matiz local, que o se expansiona cantando las excelencias de sus toros de lidia, o se acurruca medrosa y acobardada, porque es tan pronta para el pensamiento como tarda y retusa para la acción.

Nos empeñamos en aparecer como no somos y es el caso, señoras y señores, que somos mucho mejor de lo que parecemos. No he visto, y lo digo con dolor, rastro de este momento de nuestra historia local en esta Exposición de Pinturas. Las graciosas y traviesas caricaturas de Ardid nos dan, y no es un reproche para el joven artista, hombres de selección, que están fuera del rasero común, y por encima de él, Filiberto Villalobos o «Zapaterito»; pero no al artesano que juega al chamelo, ni al torerillo que se empapa de novillos en nuestras dehesas, ni a nuestras muchachas lindas, serenas y desengañadas. Vilches, en los retratos de una mujer vieja que yo no conozco pero que he visto por esas calles, y de Teodoro Somoza, recoge con mayor precisión, acaso sin proponérselo, dos cabezas netamente castellanas, en cuyos hondones estallan tempestades silenciosas y cantan a veces tonadas de esperanza y de amor las alondras, que todos sentimos cantar en los pocos instantes de alborada que nos es permitido saborear en la vida.

El escenario es completamente, en cambio, hijo del ayer y está lleno, como antes os decía, de luz y de color. Mucientes, Gonzalez Ubierna y otros han querido aprisionarlo. ¡Y qué interesantes son estos escarceos! Luchan a brazo partido con el supremo hechizo de la ciudad que es la luz y en algunos momentos nos han dado una tentación muy próxima de ella. Las piedras de Villamayor son tan sensibles a las caricias del alba y del crepúsculo como las caras de las novias al beso del elegido, y esta luz, rosa al amanecer, oro viejo de pelucona amarilla en las tardes veladas, rojo de ascua y de brasa encendida a la hora del poniente, ha sido sorprendido alguna vez por estos pinceles mozos que hoy ofrecen sus primeros frutos a la crítica, Pero junto a la luz, tiene Salamanca la gracia y la majestad y el decoro de todo pueblo rico y señor que no se ahíta solamente de placeres materiales, de las viandas y de las siestas, sino que tiene que vivir también con los placeres del pensamiento, al lado de un libro delicioso y confidencial, y también de un ensueño, que a las veces se encarna en el rostro de una mujer, a las veces en la sonrisa de un niño y en los deleites del aire que orea los huertos junto al Tormes y en la vida placentera del que, ni envidiado ni envidioso, divide su tiempo en regalar su cuerpo, su corazón y su cabeza.

Permitidme un recuerdo personal. Yo recordé Salamanca desde las orillas del Arno, en el mes de mayo, en plena primavera de la vida, contemplando las torres encendidas las agujas, las flechas y las cimeras de Florencia, desde el altozano de San Miniato. Con un poeta recorría

de nuevo, detrás del viejo amigo Dante, la senda del bosque sagrado, desde el Puente Viejo, en busca de la huella eterna de Beatriz Portinari. En el cielo, las nubes formaban figuras caprichosas de ciudades imaginarias, de caballeros que cabalgaban en monstruos fantásticos. Cantaba el Arno los suspiros y los temblores y las ternuras y los recelos y las tristezas del impetuoso gibelino, y yo llevaba, en el recuerdo, una mancha roja, la de esta ciudad, y una franja azul, la de este cielo, y la luz de San Esteban tenía la intensidad del oro del Palacio de la Señoría y mi puente Mayor del Tormes, este puente donde roba el Lazarillo, y donde sutiliza el estudiante de sopa, y por donde lleva recados de tercera la madre Celestina, y donde ama Cervantes, y donde primorosea Tirso, y donde discurren los árcades bobos del siglo XVIII, era para mí más bello que el Viejo Puente Florentino. Descubrí mi Salamanca ideal desde Florencia, señoras y señores, porque es desde el Paraíso donde se otean los cielos todos, y sentí entonces, y supe entonces, y aprendí entonces, lo que quería decir Renacimiento para la mente de los veinte años, y Salamanca para España, y España para el español ausente y errabundo que soñaba para ella días de gloria y de justicia en el escenario donde se maduró el amor más grande que los mortales conocieran.

Renacimiento quiere decir nacer de nuevo, nacer dos veces, volver a nacer, Y es el segundo nacimiento mayor que el primero, porque el volver a la vida, al pensamiento y a la naturaleza, no desde la juventud ardorosa y atropellada, sino desde la madurez serena y reflexiva. Todo hombre nace dos veces, cuando nace él y cuando nace su hijo, y yo no lo sé, pero la revelación de la paternidad debe ser algo así como una segunda vuelta a la suprema emoción de la niñez. La planta errabunda que era juguete del viento dejó sus raíces chupando la tierra y fructificó pronto y fructificó bien. Y en aquel renacimiento de la vida que tiene conciencia de esta rueda de dolores y de renunciamientos callados; que es la existencia, debe sentir el hombre la eternidad de su emoción y el señorío de su mente, y la primera dulce, tranquila, copiosa cosecha de su corazón, que será tierra algún día, pero que ya es sangre por los siglos y que nunca, nunca más cesará de latir.

Salamanca es una ciudad del Renacimiento porque es una buena madre, paridora y fecunda, que antes de formar a los demás se formó a sí misma. De su historia y de su tradición, hizo su vida y la grabó en sus piedras. Una eterna evocación es Salamanca, pintores, y si aprendéis a quererla como a una madre, y a cortejarla como a una novia, y a mimarla como a una nena en vuestros cuadros y en vuestros lienzos, en el momento actual de su vida, que en el mejor y el más sabroso de la vuestra, haréis una obra eterna. Ningún huerto más lindo ni más digno de ser cultivado que el que tenéis delante de los ojos. Miradla por donde queráis, Ahí tenéis el Tormes. No lejos de aquí, en Alba, en el castillo de sus Duques, canta sus coplas Juan de la Encina, músico, viejo y poeta, que espera a enamorarse de las doncellas del palacio cuando las pícaras le cuentan las canas de la cabeza y las arrugas del rostro.

Por aquellas riberas discurren también Silicio[19] y Nemoroso y son las ondas de este río las que sugieren la imagen de aquella mujer dulce y sabrosa

> más que la fruta del cercado ajeno,
> más blanca que la leche, más hermosa
> que el prado, por Abril, de flores lleno[20]

y las que espejan uno de los primeros palomares místicos que funda Teresa, la que se aplicara al llegar a la ciudad para Tomasa Pérez pare al Lazarillo en un molino de Tejares[21], y se subliman después para que unos novicios agustinos canten los nombres del Cristo, y se hacen endebles con les Batilos y los Filis de trapo, orillas del Zurguén. ¿Os habéis percatado, pintores y dibujantes, del paisaje? Solamente los necios, que no vieron jamás salir el sol, han hablado de la pobreza de nuestro suelo.

Decidme si esta vega no es rica de matices con sus remansos, y sus contraluces, y sus jardines, y sus huertos, y las ringleras de sus pinos.

Y este campo, al encinchar a la ciudad, la hizo a su imagen y semejanza. Salamanca, además de la ciudad del Renacimiento, es la ciudad de altas torres, del alto soto de torres que cantó Unamuno en horas para él menos amargas que las que vive ahora. Aquí tenéis rincones que

[19] Así en el original por Salicio.
[20] Garcilaso de la Vega. Égloga III
[21] Frase un tanto confusa debido, sin duda, al copista.

están pidiendo el pincel a gritos: cien patios de cien palacios y de cien casonas, plazoletas silenciosas, rejas, puentes, escudos, ermitas como las de Vera Cruz, jardines como los de San Francisco, perspectivas de la ciudad como las que se gozan desde el Hospicio o desde el Rollo. Tenéis labor, artistas, para muchos años, para toda la vida, acaso. Y vuestro tema eterno debe ser vuestra ciudad.

Y voy a concluir, No me propuse nunca, al hablaros desde aquí, enseñaros nada porque nada sé, pero si sé recoger de nuestra Exposición una esperanza: la de que vuestra obra fructifique, a la sombra de aquel Vidal González Arenal, que, desde Roma, en sus años de mozo, aprendió que tenía que retornar a su tierra para recoger de ella mil sugestiones maravillosas. Ciudad Rodrigo y Ledesma, aquél con su campiña maravillosa, que ya nos hace presentir los mimosos campos de Portugal, y Ledesma con los peñascos por donde llora el Tormes las estrecheces de su cárcel, Béjar con la blancura perenne de sus crestas de serranía, Alba con su pátina de abandono y de tristeza, están perdiendo su pintor.

Y lo piden los bosques de encinas, y las vegas, y los oteros, y los montes y las costumbres de esta tierra. Salamanca tiene muchos doctores, demasiados doctores, y muchos literatos, demasiados literatos acaso. Daría seguramente muchas mucetas y muchas plumas por un pincel o por un lápiz. Es de creer que alguno o algunos de vosotros sois los predestinados a recoger y a perpetuar nuestras bellezas.

Yo deseo que al año que viene hagáis una nueva exposición y que en ella mostréis el encanto de este rincón. Así como a vivir se aprende viviendo y no con fórmulas que todas se deshacen ante la traición de un amigo o ante la sonrisa o el desdén de una mujer, así a pintar se aprende saliendo por esos campos, curtiéndose de sol y de aire, olvidando recetas de momento y dejando que la mano traduzca la visión que tenéis de las cosas y la inquietud que saben produciros.

Espero que al año que viene, y hasta entonces me despido de vosotros, traigáis el alma y la fisonomía de nuestra ciudad, de nuestro campo y de nuestra tierra a esta Escuela, que de nuevo os acogerá como a hijos, y que nos servirá de deleite a todos nosotros, que esperamos vuestra obra, que creemos en ella y que en ella tenemos puestas nuestras ilusiones más granadas y más íntimas.

El Adelanto (28-07-1925)

La exposición Bonome

Una tarde gris y tediosa de diciembre; llueve… En la Biblioteca del Congreso unos cuantos amigos –Luis Bello, Álvaro de Albornoz, *Ángel Guerra*– comentamos, *sotto voce*, los incidentes políticos al amor de los irradiadores. El Directorio ha suprimido *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de los cinematógrafos públicos, porque el antiespañolismo de su autor puede provocar las iras de las muchedumbres…, aunque en el cine Goya los patrioteros han recibido la mejor parte del reparto de los bastonazos y bofetadas correspondientes, teniendo que abandonar el campo al enemigo… Sonreímos… A la cárcel va, inevitablemente, todo español que lleva el consabido folleto *Alphonse XIII démasqué…*[22] Renacen los cirios verdes y las piras rojas del dominico Torquemada…

Un amigo mío, el ex diputado a Cortes Albiste Nicasio León Bencomo, que ayer visitó el Juzgado Militar para que recordara si en el café había oído ciertas conversaciones, me levanta bruscamente del cómodo sillón frailuno en el que estoy sentado:

– ¡Vámonos!

– ¿Dónde? –exclamo.

– ¡Vámonos!... Bonome expone hoy sus figuritas de madera tallada, en el Centro de Galicia. Exactamente es la hora de la inauguración: las seis y media. ¡Vámonos!

Ganamos en unos minutos la calle de Alcalá y asistimos, discretamente apartados de los figurones, a los fogonazos de los fotógrafos. El señor subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, señor García de Leániz, declara abierta la Exposición, en nombre de la Majestad,

[22] Blasco Ibáñez, Vicente. *Alphonse XIII démasqué, la terreur militariste en Espagne* (Alfonso XIII desenmascarado, el terror militarista en España), Paris: Ernest Flammarion Éditeur, s. a., 1925

ausente… Al lado del representante del Directorio, José Francés, orondo y panzudo, crítico oficial de arte, que juzga a los cuadros, como los ciegos por el tacto, lleno de osadía en su inconsciencia crítica insondable; Basilio Álvarez, presidente de la casa haciendo los honores de ella, con sus hábitos de presbítero, optimista, risueño y feliz; Bonome, el escultor, con sus ojos escrutadores, recelosos y gallegos. Y luego una piña de muchachas preciosas, de militares, de calvas relucientes y vientres abultados…

Desfilamos, deshecho el cuadro, y nuestros ojos caminan de asunto en asunto. Veinticinco o treinta figuritas talladas en madera presenta el escultor compostelano Bonome en este salón, figuras gallegas de la aldea, llenas de verdad y de poesía y de humorismo. He aquí un entierro: el cura, revestido con la capa negra, sonríe dejando al aire sus dientes, fichas negras de dominó; el sacristán, famélico, sonríe; el enterrador asiste indiferente al espectáculo. Sobre la caja mortuoria, tumbada, gime la viuda, y una nena enlutada, abre los ojos sin comprender. El grupo es una glosa a un esperpento de Valle Inclán. Otro grupito: *Cembranza*. Una madre; hijo e hija a su lado. Los tres, con la vista fija en el mar, añoran al ausente, al emigrado. Esta madre de *Cembranza* es ante todo y sobre todo, naturaleza. Vive para tener hijos, para recordar, para esperar siempre. Y al lado de *Cembranza*, una mocita gallega, *Rosiña*, tocada de pañolón al cuello, pacata y con la mirada suave y humillosa, está pidiendo a gritos un mimo y una caricia.

Santiago Bonome es –ya lo he dicho– compostelano santiagués. A la sombra y al cobijo del gran Mateo, el que talló el Pórtico de la Gloria de la Basílica, se ha creado su espíritu. Pensando en él y en su paisano Asorey, que expuso en la última Exposición Nacional *O tesouro*, del cual hablé en estas páginas, damos en la flor de pensar que solamente en Santiago puede crearse este arte sutilísimo de llevar a la madera tallada las más inefables impresiones del espíritu. Bonome tiene más garra y más brío que Asorey; Asorey más conocimiento de la técnica, del "savoir faire" que su paisano. Bonome, sintético, busca, ante todo, el efecto, la emoción dramática; Asorey cultiva mejor el detalle, la incidencia…

Todas estas figuritas del ilustre imaginero santiagués están robadas a la realidad en la aldea o bajo los soportales de la "rúa d'o Perguntoiro", una tarde de lluvia. Mirad este *Vincoleiro*. Es el niño, el heredero de los labradores ricos, el primogénito o el hijo único, satisfecho, bien alimentado, sonriente, que no teme el porvenir, y que apuña, con su manecita izquierda, el cuello de un gallito de cartón. Hay una tranquilidad augusta en su sonrisa, tranquilidad heredada a lo largo de varias generaciones, tranquilidad que él dará, de mozo, a sus hijos, cuando case con la moza más guapa y de más posibles de la aldea. Y mirad a la nena *Friorenta*, que lleva los huesos calados por la humedad de las rías y de los valles natales, que se refugia en sus mitones. Estos nenes de Bonome están cincelados con más amor que las personas mayores. El ansia de paternidad se diría que se refleja temblorosamente en su buril gracioso y certero.

Tres cabezas primorosamente logradas, las del grupo *Festeiros* atraen, por el contraste de su expresión, nuestra curiosidad y nuestra simpatía. Tornan de la fiesta aldeana con una desilusión más, sin haber logrado convencer a los mozos de la calidad de sus baratijas y confituras. Del mismo modo que vuelven a su lar esa pareja y esa niña de *A volta d'a feira*, con su cigarrillo apagado y su palitroque él, cabizbaja y con la cestilla al brazo ella, con las manitas dentro del pañuelo la nenita, la única para la que no existe pasado ni futuro, sino presente, todo lleno de venturas y de promesas.

Hemos vuelto varias tardes a la Exposición Bonome. El escultor ha vendido todas o casi todas sus figuras. Todo Madrid desfila ante las graciosas figuritas de madera. Bonome está llamado a dar días de gloria a nuestra escultura tan académica, tan relamida, tan floja, tan poco expresiva, tan reñida con la emoción y con el decoro: la escultura de los Benlliures, de los Queroles. Con Bonome, con Asorey, con estos artistas santiagueses, se reanuda la buena tradición de los Mateos, de los Salcillos, de los Gregorios Fernández. Es el genio hosco y rebelde, un poco montaraz, con garras que no transige con el artificio y con la convención.

Y hay que decir, en honor del gran público de Madrid que descubrió al pobre Julio Antonio en una Exposición inolvidable, y que ha prohijado inmediatamente a Bonome y que el escritor, la señorita bien, el obrero y la modistilla disponen de unos minutos para admirar, y para comprender, llenando a todas horas el magnífico salón de exposiciones de la Casa de los Gallegos.

El Hogar (04-09-1925)
Revista del Centro Gallego (Montevideo, Uruguay) (Abril y mayo-1927)

Ante la exposición de Maeztu

Gustavo de Maeztu, nerviosamente, retoca los mejores cuadros que ha de presentar esta noche en la apertura de su exposición del Casino. Discutimos, charlamos, fumamos... Maeztu, vasco, y como vasco, infantil e inquieto, parece un escolar en espera de prueba de curso:

– ¡Mira que si fracaso!

Sánchez Gómez sonríe. Y yo también. En su cuarto del hotel del Comercio están diseminados lienzos, apuntes, dibujos, libros, achiperres[23], Gustavo sigue dando rienda suelta a sus preocupaciones:

– Conozco lo suficiente a Salamanca para sentir un hondo respeto por ella. Para mí, estar aquí equivale a vivir en Bolonia, en Oxford, en Cambridge. Todos son doctores, es decir, doctos, y todos saben perfectamente donde les aprieta la suela del zapato. ¿No lo crees así, Pepe?

Yo, en realidad, no creo nada; pero me solaza observar a este gran holgazán en una lucha terrible consigo mismo, desde hace tres o cuatro días, pendiente del trabajo, del retoque, del matiz de última hora. Vuelve enseguida a sus vacilaciones:

– ¿Fracasaré?

– Indudablemente, no –le dije realmente conmovido de su posición espiritual que no oculta un momento.

Y es que este gran pintor, que ha puesto tan alto el nombre de España en el extranjero, que ha sido y que es en la hora actual tan discutido como pudiera serlo Zuloaga, el eibarrés, o Anglada y Picasso, desconoce en absoluto la «pose». Es un artista honrado y veraz. Deja que sus pinceles copien las cosas que ve tales como las ve. Luego, que el público las juzgue y las comente. Siente la responsabilidad de su obra artística y tiene la conciencia del sacerdocio estético ante las muchedumbres.

¿Pintor revolucionario, pintor clásico, este querido Gustavo de Maeztu? Él no lo sabe. Ni yo tampoco. Ha pasado por Italia, por los fondos venecianos y veroneses, por el sentido de perspectiva y de color del gran Ticiano. Lo que es evidente es que Maeztu ha revolucionado los procedimientos tradicionales de la pintura. Debajo de un gran artista, hay un técnico consumado. Y él, que lo sabe, que lo sabe demasiado tal vez, vacila y tiembla como un niño ante el regaño de los mayores de la casa.

La casa es aquí la tradición salmantina que tanto parece pesar sobre Gustavo de Maeztu. Agradecidos a su temblor veremos esta noche, en el Casino, a este niño vasco, soñador o diligente según sopla el viento, gozar con su obra, cuando advierta que su esfuerzo no ha sido estéril, que Salamanca sabe agradecer maternalmente estos aires salitrosos que vienen ahora de la gran ría de Bilbao, camino de la civilidad, de Europa y de la cultura.

El Adelanto (26-01-1926)

Una impresión de conjunto de la exposición Maeztu

A las siete, nuestro Gustavo estaba profundamente dormido en el Hotel. Se abría el salón; entraban en él, con las autoridades, nuestras más lindas mujeres. La exposición se trocaba en una fiesta mundana, llena de gracia y de color.

– ¿Y el pintor? –me preguntaba el gobernador.

– ¿Dónde está el señor Maeztu? –demandaba angustiosamente Enrique Esperabé.

– No sé –respondía a todos– lo traeré a empellones y como pueda. ¡Señores, hasta luego!

En el salón, decorado con una elegante sobriedad, no se puede dar un paso. Ni tampoco puede contemplarse a gusto ningún lienzo. Aparece Gustavo sonriente, adormilado y un poco aturdido... Le fascinan tantos ojos bellos, tantas caritas saladas como le contemplan. Alguien susurra la idea infernal de que se pronuncien discursos. «¡Vade retro!» Lo primero de todo es que los salmantinos vean esta exposición; luego que se la enseñen con detalles...

Los cuadros de Maeztu están bien elegidos, cuidadosamente seleccionados. En él se acreditan todas las influencias que, a través de su vida pictórica –y Maeztu nació pintando– han formado el espíritu del pintor. Sus dudas y sus vacilaciones –«Encarna», que recuerda la pintura de

[23] RAE: *Archiperres*, trastos, cacharros. También se puede ver *cachiperres*.

Anglada– como sus aciertos supremos –«Resignación»– están aquí. Aquí también sus escarceos, sus anhelos, sus inquietudes y sus rebuscas fatigosas para topar con la expresión de nuestra alma ibérica. Las influencias italianas se advierten en los fondos, en la justeza y en la sobriedad de los fondos. Sus aptitudes como dibujante son bien notorias con sus apuntes de Juan García, sonriente y feliz, y de nuestro querido Andrés García Angoso, con su edad indefinible y su espíritu que se debate entre el tedio y la melancolía. Pero...

Pero no es posible alargar más esta impresión. Estos días, cuando estemos un poco menos cansados, cuando podamos sentarnos y contemple a gusto los lienzos que nos son familiares, hablaremos de esta exposición, tan completa, tan admirable. «Mis» tunos me interrumpen ahora, con la alegría de sus pasacalles, el sosiego de que he menester para hilvanar estas notas en la placidez de la biblioteca del Casino. Las muchachas, anhelantes ante la estudiantina que pasa, aguardan el desfile de los escolares por la exposición. ¡Amigo Gustavo: la vida juega estas malas partidas al arte y al ensueño! Al conjuro del tuyo florecen, en esta tibia noche de Enero, en esta Salamanca nuestra, más lozanas que las rosas de la tradición académica y universitaria que tu ansías tanto, los claveles, nunca marchitos, de la esperanza que nos redime y de la juventud que ha de juzgarnos.

El Adelanto (27-01-1926)

La Exposición de Gustavo de Maeztu en Salamanca

Comienza a oírse en esta dulce y roja Salamanca opiniones en torno a los cuadros de Gustavo de Maeztu, que acaba de inaugurar su Exposición en el Casino, las unas demasiado ingenuas porque son de literatos, y las otras demasiado técnicas quizá, porque brotan de los puntos de la pluma de los profesionales salmantinos. El literato, sin querer, hace literatura con los cuadros y con las estatuas, y el profesional, también sin percatarse de ello bien a las claras, se imagina que lo único interesante en el arte es el procedimiento; es decir, el modo de obtenerlo. El literato convierte la gallina, si esta gorda y bien criada, en la gallina de los huevos de oro, y para el profesional, lo interesante es no comerla sazonada y bien condimentada, sino estudiar todas las incidencias y acaecimiento de la generación ovípara.

Nosotros, ante los cuadros del querido pintor alavés, nos situamos en vulgo y en espectador. Nos interesa, no la revelación de sus impresiones, sino la nuestra a través de las que él ha querido y sabido sugerirnos. Y prescindimos de epatar al lector, preocupándonos, eso sí, de decirle las cosas decorosa y bellamente si podemos, y desdeñamos además los secretos del «metier», no porque nos sean absolutamente desconocidos, sino porque no importan nada para fijar nuestra opinión y comunicársela al público, que es la misión única del crítico que tenga conciencia de su labor.

En Gustavo de Maeztu hay, naturalmente, muchos pintores, tantos como cuadros, y tantos además como momentos distintos de pintura hay en él.

De «Encarna» a «Redención» media todo un abismo, como media también de «Los novios de Voz Mediano» a ese desconcertante lienzo de «Un viejo procurador», que es a la pintura lo que vigoroso fragmento de Balzac a la novela dramática de nuestros días. Influjos hay muchos, y notorios y evidentes muchas veces, y otros velados y ocultos para los ojos que se detienen en la superficie de las cosas sin atreverse a arañar en las entrañas u hondones de ellas.

Se ve en estas chulas –desgarradas, cloróticas, viciosas, cansadas de vivir y de esperar la hora del reposo– en la «Encarna», en «Remedios», en «La del mantón blanco» el influjo de Anglada[24]; pero no se ve la huella del Tiziano y de Pablo Veronés y de los buenos maestros en general de la escuela veneciana, vistos y sentidos después de haberse familiarizado Gustavo en París con los lienzos de Zuloaga, en «Los patios de Voz Mediano», y en aquel hombre resignado que se tiende en la llanura, con la silueta de su pueblo en la lejanía. Naturalmente, su arte es como el arte de todo hombre que sabe no ya solo sentir, que ese no es artista, sino expresar su sentimiento por medio del pincel o de la pluma o del buril, la historia de las rectificaciones y de los aciertos de su temperamento artístico personal.

[24] Hermenegildo Anglada Camarasa (1871 – 1959). Pintor español, destacado representante del modernismo catalán.

Y este temperamento se da de un modo definitivo en esta bella Exposición, tan decorosamente instalada en nuestro Casino de la calle de Zamora. Maeztu, todo él, con su picardía, con su plenitud, con su gracia, con sus enormes y copiosas habilidades técnicas, se da, por ejemplo, en el boceto «Alegría de la taberna» con tipos de nuestra tierra, mozo y moza de Ciudad Rodrigo, y se da también en esos chinos, canallas y degenerados, que pasean su miseria física y espiritual por un barrio hampón de Londres.

Aquí está el pintor alavés completamente logrado. Y hay que agradecerle que haya tenido la humorada de mostrarnos las distintas sendas que ha recorrido en su arte hasta llegar a la hora de ahora, que nos haya mostrado sus preferencias y amores de otros tiempos con sus vacilaciones y desmayos.

El mismo barrio de las Tenerías de Ciudad Rodrigo, con el castillo de los Trastámaras en lo alto, con los manchones del foso de sus murallas, es tal vez, la última obra surgida del pincel de Gustavo de Maeztu. Y en esa tela se da completo y seguro de sí mismo.

He de decir el día de la clausura de la Exposición todo mi fervor por la persona de Gustavo de Maeztu y las razones de mi admiración por su obra pictórica.

Resumiendo, diré ahora en estas queridas páginas de EL LIBERAL que Maeztu es un formidable dibujante ante todo y sobre todo, y que en su pintura se da la conciencia del que sabe ejecutar y la belleza y lozanía del que expresa su sentimiento con toda emoción y con entera valentía.

El Liberal (30-01-1926)
El Adelanto[25] (28-01-1926)

En el Retiro[26]

¡Deliciosa la tarde de hoy en el Retiro! El Parque de Madrid –uno de los más deliciosos de Europa– aparece lleno de sol y lleno de perfumes. El sol juega colándose en los intersticios de los chopos centenarios; la rosaleda está cuajada de claveles y de flores; las muchachas, curiosas, visitan la Exposición Nacional de Bellas Artes, pasando de largo, un poco coloradas, ante los desnudos.

Esta exposición es decididamente mala. Unas cuantas figuras de Hermoso y los jardines de Aranjuez y de Gerona, de Santiago Rusiñol. Nada más. La exposición es este año el escaparate de lo mediocre y de lo académico. Los desnudos, grotescos, fofos, son sucios y de mal gusto. Ninguna selección en la admisión de cuadros. Las eternas rameras de cabaret, los señoritos chulos con hongo y con trabillas, las cabezas relamiditas y lánguidas e inexpresivas, los paisajes –más literarios que pictóricos– de los pueblos castellanos, manchegos y andaluces. Este año ha expuesto en el Retiro todo el que ha querido exponer. Y las esculturas son peores aún que los cuadros. Mujerotas gordas y tumbadas, gigantes grotescos. El buril puede echarse a reñir con el pincel.

No vemos nada que valga la pena en las 24 salas de la Exposición. Apenas si apuntamos dos marinas de Cantabria y de Levante que están mejor concebidas que logradas. Aquello es una borrachera de añiles, de rojos, de amarillos, de verdes rabiosos. Un pintor novel nos exhibe una Venus del espejo, que intenta recordar la de Diego de Velázquez en Londres. Un escultor nos ofrece dos bustos de Horacio Echevarrieta y de Pablo Iglesias, cuya fisonomía nos es imposible reconocer. Ferrer, el valenciano, exhibe una mujer desnuda, con antifaz, envuelta en un riquísimo mantón de Manila. Un pintor de Mérida, Trajano, pinta dos campesinos extremeños que no están mal. Una discípula de Hermoso, la señorita de Velasco, nos ofrece una linda cabecita, tocada con pañuelo, de una mujer del pueblo. Un pintor, argentino nos ofrece una perspectiva madrileña de Puerta Cerrada. Y nada más.

Salimos de la Exposición. Al lado, visitamos otra –maravillosa– de flores naturales. Geráneos [sic], pensamientos, claveles de Sevilla y de Málaga, rosas de Valencia... El espectáculo es espléndido. Las muchachas aspiran el perfume de los riquísimos ejemplares ebrias de sol y ebrias de alegría. Un público aristocrático pregunta precios a los floricultores. Hay plantas que valen toda una fortuna.

[25] En *El Adelanto* su título fue «Ante los cuadros».
[26] También publicado, con el mismo título, aunque distinto contenido, en *El Adelanto* en mayo de 1911 (O.C. Tomo I, página 54).

La rosaleda, llena de sol. Desde ella presenciamos un imponente crepúsculo madrileño. El llano se tiñe de rojo y el sol traspone lentamente. Las nubes forman en el cielo figuras fantásticas y misteriosas. El rojo se trueca en rosa, y el rosa en azul. Anochece. Aún permanecemos largo rato en el Retiro, pendientes del encanto de la hora. Indalecio Prieto, que corretea como un chico en día de vacación, descansa en un puesto de cerveza, contándonos anécdotas de su vida de luchador. Pepe Valenzuela y Soler, el ex diputado por Daroca, nos habla emocionado de Aragón. Elorrieta cuenta que no acaba, de problemas constitucionales; y Zancada, el antiguo subsecretario del pobre don José Canalejas, nos habla de los buenos tiempos de Camo[27]. La tertulia se prolonga hasta muy tarde. Yyo, desde el Retiro, pienso que, a estas horas, el Olimpia[28] estará espléndido y lamento no poder cenar con un grupo de queridos amigos oscenses esta noche...

El Diario de Huesca (26-05-1926)

Meditaciones de Viernes Santo[29]

El Cristo del Cid[30]

Se conserva en la Catedral Vieja de Salamanca, en la «Fortis Salmantina» fortaleza más que templo, iglesia románica que tiene la luz de las mezquitas orientales y la gracia de los primeros balbuceos de la dulce habla leonesa. Este Cristo del Cid se llama también de las Batallas o de las Enagüillas. Es tosco. Es feo. Es torvo. Cristo martillo le llama nuestro querido don Miguel de Unamuno. Lo llevaba en las batallas aquel buen obispo don Jerónimo, el amigo del mío Cid, para andar con él a «cristazos» contra moros e infieles.

No es un Cristo de piedad, sino de terror, el Cristo de mi pueblo. Es un Dios-Marte, un Dios guerrero, el Dios de Santiago matamoros, el Dios de Marruecos, y el del Turco, y el de los Castillejos; es también –¡ay!– el Cristo de Annual. Un Cristo castizo, simbólico y españolísimo, para decirlo de una vez, el Cristo de las Enagüillas. Es el enemigo de Mahoma y el que asiste al reparto de todo botín. Adquiere un ceño adusto ante la Media Luna y no se sonríe jamás[31].

Cristo Martillo, Cristo lanza, Cristo maza, Cristo espanto de moriscos. Cristo de una España templada en guerras que la desangran. Conoce este Cristo el destierro, las hambres, las miserias de Rodrigo, de Alvar Fáñez, de Minaya, de Antolínez, de don Jerónimo, su dueño, el primer arzobispo de Valencia. Asiste a las misas de alba en Cardeña, al cerco de Zamora, a la jura de Santa Gadea; oye llantos de reyezuelos destronados y súplicas y preces de aventureros de la espada. Preside los asaltos, acompaña los pensamientos, oye el concierto de las cajas, atambores y cornetas al amanecer. Cristo miliciano no sonríe nunca, y tiene esa dureza de expresión del que ha hecho de la disciplina el único culto.

El Cristo del Almirante

Se venera en la iglesia de las Claras de Palencia, al lado del enterramiento de don Bueso, el infante hermano de la Rosalinda de nuestros romances infantiles, junto al coro capitular donde soñaba en los amores del mundo Margarita la tornera. Es un Cristo yacente el Cristo de las Claras. Terrible, de cabellera roja, de faz amoratada, de ojos lívidos y errabundos, perdidos en la sombra de la agonía. Le crecen, al decir de las monjitas, los cabellos y las uñas de las manos y de los pies. El Cristo yacente de Palencia no resucitará, dentro del tercer día, de entre los muertos. Está definitivamente muerto, y nacido del polvo, en polvo tornará a convertirse.

[27] Manuel Camo Nogués (1841 – 1911). Político y periodista español fundador, entre otros, del periódico *El Diario de Huesca*, alcalde de esta ciudad y diputado en Cortes, en varias legislaturas, por la provincia oscense.

[28] Teatro situado en el Coso Alto de Huesca inaugurado el 1925 por el tenor Miguel Fleta. Con este mismo nombre y en esta misma época también existía una sala en la plaza de Lavapiés de Madrid en la que se exhibían representaciones teatrales y proyecciones cinematográficas, aunque, por el contexto, nos inclinamos a pensar que Sánchez Rojas aludía en este artículo al teatro de la ciudad altoaragonesa.

[29] Sólo en *La Voz de Guipúzcoa* aparece con el título "Meditaciones de Viernes Santo", en el resto lleva por título "Meditaciones del Viernes Santo".

[30] En *La Esfera* su título fue "El Cristo de las Batallas" y con este mismo epígrafe, y en esta misma revista, Sánchez Rojas publicaría una semblanza similar, aunque de mayor extensión, en marzo de 1929 que posteriormente recogería en su libro «Sensaciones de Salamanca» (O.C. Tomo VI, página 333).

[31] Este párrafo fue censurado en *El Noroeste*.

Tiene también su tradición devota el Cristo de las Claras. De moriscas galeras le rescató un señor Almirante de Castilla, pero el Almirante fue enterrado en aquel Monasterio y, al cabo de los siglos, el retrato que de él trazara Pero López de Ayala, concierta a maravilla con la fisonomía del Cristo yacente. La misma boca sensual, la misma cabellera roja y espesa, la misma frente despejada de hombre «que entiende más que dice», idéntico cuerpo recio y bien proporcionado, los brazos anchos y musculosos, el pecho alto y robusto. En el día de hoy, acompañado de penitentes y nazarenos, pasea las calles palentinas el Cristo, sembrando el terror de la muerte en la ciudad de las mantas y de los telares.

El Santo Cristo de Palencia es un Cristo momia, un Cristo tierra, un Cristo fugaz y transitorio que no ha de prevalecer. Yace para no levantarse más, porque no ha conocido el suplicio de la Cruz. No es el justo que muere, sino el pecador que agoniza. No se presiente en él al Hijo de Dios, que sabe sacrificarse generosamente en el Gólgota por los pecados de los hombres; no se advierten en su fisonomía la quietud, la serenidad, la secreta confianza del que sabe que muy pronto tornará al seno de su Padre, de donde ha surgido. El Cristo de las Claras, que es carne humana y mortal, perecedera, acabará de consumirse un día entre almohadones, encerrado en su urna de cristal, y aquel día, las mujercitas que hoy cuidan mimosamente de sus uñas y de su cabellera, nos dirán que ha volado al cielo, cuando no habrá hecho por otra cosa sino convertirse en mantillo y en sustancia orgánica.

El Cristo de Lepanto

Iba el Santo Cristo en la proa de la galera capitana que dirigió don Juan de Austria; salió con la flotilla española de Barcelona, entre aragoneses y catalanes; paseó en Nápoles, se asomó a la isla de Corfú... Acaso oyese la plegaria de Miguel de Cervantes, pidiéndole un pronto remate a sus desventuras; seguramente escuchó las imprecaciones de los mercenarios que invocaban a la Madonna, y tuvo piedad para los turcos que aullaban de dolor en el momento de la derrota.

Este Santo Cristo, que se venera en la elegante y clara Catedral de Barcelona, Lonja de la piedad, tiene la cabeza agachada. La agachó para sortear una flecha del infiel. Ante el milagro, patente y notorio, se redobló el entusiasmo de los cristianos en aguas de Lepanto.

El Santo Cristo de Barcelona es, en contraposición al Cristo miliciano salmantino, un Cristo naval, tolerante, comprensivo y discreto. Sabe ganar las batallas, no imponiendo, sino transigiendo, agachando la cabeza, afrontando el peligro al mismo tiempo que lo esquiva. Es el Cristo que perdona a Dimas en el momento de morir, el que pide al Padre Celestial que aparte de él todo cáliz, el que consuela a las pobres mujeres que lo acompañaban, en todo el duro calvario de su amargura, desde Jerusalén.

El Cristo de Lepanto es un Cristo neta y limpiamente catalán. ¡Dulce tierra de Cataluña! No se comprende este Cristo sin el denso silencio de la calle del Obispo, sin la gracia y la simetría de la Casa del Canonje, sin la soledad del archivo de la coronilla de Aragón, sin las Ramblas, sin Montjuich, sin el Tibidabo y sin el mar. Sobre todo sin el mar, Cristo de los «Usatges», del Código de Tortosa, del Consulado. Cristo de navegantes y de mercaderes. Cristo que se asoma a Oriente, ante él se hincan de hinojos, todas las tardes, en la silente Basílica, esas discretas y bellas «donas» catalanas, que le piden un hogar, un hombre trabajador y un bebé rollizo y mantecoso que sepa algún día dirigir un escritorio o una fábrica y contar los compases de una sardana.

El Santo Cristo evoca las rutas del mar glorioso, las Baleares y don Jaime, Valencia, las costas de Italia y de Grecia, el comercio de Oriente. Debiera presidir el puerto este Cristo, que concede tres gracias todos los Viernes Santos, mirando hacia las tierras de luz. Es un Cristo levantino, que huele a salitre, y a resina, transigente, dulce y humano. Tal vez mirándole a los ojos pensó Maragall que la muerte del Justo es un nuevo nacimiento, ante la faz inmensa de Dios.

El Cristo de la Vega

A la caída de la tarde, toma declaración el Escribano al Cristo que está en la Vega. Diego Martínez dio palabra de matrimonio a Inés de Vargas; pasaron los años; Diego llegó a capitán en los campos de Flandes.

Y no volvió a acordarse de la moza.

Pero los dos se juraron amor ante la faz del Santo Cristo. A las confidencias sucedieron los desengaños y, las palabras se las llevó el viento. Mas el Cristo actuó de testigo, y al jurar con su voz que venía de lo alto, desclavó del leño de la muerte su diestra, y la diestra permanece desclavada del madero en la capillita oscura y silenciosa, allá al lado del Tajo y de sus cigarrales.

Visita, amigo mío, el Cristo de la Vega, después de haberte inferido realidad uno de esos porrazos que rompen el ritmo interior del espíritu, durante algún tiempo. Abandona Zocodover a la caída de la tarde; baja las cuestas de Toledo por la Puerta del Sol; lee los epitafios del camposanto de la Vega y penetra solo en la capilla. La diestra desclavada del Crucificado es la condenación, la execración vivas de tu conducta. La conciencia del peso de tu culpa está señalada por aquel brazo que ha movido los mundos, por aquella mano descarnada del Hijo de María que ha depuesto ante el Escribano, seguido de corchetes y de mozas de partido. Y la ausencia del bien perdido, de la mujer que creyó en tu juramento, de sus ojos castaños que supieron sorber luz en los tuyos, y de sus manos que refrescaron el ardor de tus sienes, se clavará en tu recuerdo como un torcedor de angustia. Y volverás a oír dentro de tu alma la voz recia y poderosa, voz acusadora, voz de espanto, voz que «machacará la cabeza de los poderosos», voz de Dios.

No del Dios Juez, del Dios Señor de los Señores, sino del Dios-Hombre que depone, para condenar la mentira, en los testimonios humanos. El Cristo que está en la vega, oyendo los bramidos del Tajo –torrente más que río, encerrado en la cárcel de sus peñas–, es el Cristo de los arrepentidos y de los humildes que todavía esperan en su piedad y en su misericordia. Y si le pedís con fe tornará su brazo suavemente al leño de la muerte, devolviéndoos una vez más aquella Virgen que perdisteis ganando grados en los Tercios de Flandes, orgullosos de vuestras bandas y vuestros chambergos con plumas.

La Voz de Guipúzcoa (15-04-1927)
El Pueblo Gallego (15-04-1927)
El Noroeste (15-04-1927)
El Luchador (14-04-1927)
La Esfera[32] (12-04-1924)

En torno al caso de Goya

Hasta tres exposiciones se están celebrando simultáneamente en Madrid para solemnizar el primer centenario de la muerte del genial pintor de Fuendetodos. Interesantísima y llena de sugestiones inmutables la del Museo del Prado, la colección del señor Lázaro Galdeano que se exhibe en los salones del "ABC" y las seis obras inéditas que se muestran en la casa de «Heraldo de Madrid» son también ricas en señalarnos facetas nuevas del espíritu de nuestro gran baturro. No creo que sean los críticos profesionales de pintura, los que hayan de decirnos la última palabra acerca de este hombre que pasa tan bizarramente la barrera que separa al siglo XVIII del XIX y que en el XX torna a sugestionarnos con verdadera obsesión.

El público madrileño, sin preocupaciones artísticas ni profesionales, no se harta durante estos días de contemplar los cuadros, los cartones y los dibujos que, por un dichoso acaso, pude ahora saborear juntos y agrupados. Admira y se asombra con independencia de los juicios que le formulan, y hace bien. La pintura de Goya no necesita de interpretaciones especiales. Las cosas del oficio, los chirimbolos de la técnica y del métier, nada tienen que hacer en este caso singularísimo de nuestro Goya. Goya pinta para desahogar sus humores y su pincel es un hacha que derriba todas las preceptivas y todas las tendencias. Es un genio, no porque haya expresado mejor sus intenciones que otros, sino porque las ha expresado más valiente, y sobre todo, más humanamente que todos. Al lado de sus grandes aciertos técnicos, vemos también en estas exposiciones sus desmayos y flaquezas de pintor, y el caso cierto es que estos nos asombran y nos deleitan tanto como aquellos. Goya es algo más que un pintor, como Shakespeare, con el que tantos puntos de contacto tiene nuestro aragonés, es mucho más que un dramaturgo.

En el Museo del Prado, sobre todo, la nota dominante es la del desconcierto y la de la alucinación. No podéis escuchar dos juicios iguales porque no hay dos temperamentos idénticos. Ante Goya no se juega: o nos entregamos o reaccionamos. Allí está danzando todo el siglo XVIII, y dentro de él la vida española, y en medio de ella, el mismo autor gritando y aullando, sin que le importe un comino el juicio que pueda formularse de su postura ante los hombres

[32] *La Esfera* publicó, bajo el título general «Cristos españoles», las mismas semblanzas con muy ligeras variaciones, pero en distinto orden.

y ante las cosas. Sus cuadros son panfletos y son piezas de escándalo, pero también de convicción. Podrá pintarse mejor, pero no podrá sacarse jamás mayor partido de la pintura. Habrá manos más diestras, pero no ojos que calen con más hondura que los suyos. Ante el modelo, el pintor reacciona o se entrega. Sin formular su protesta o sin decir su loa, no puede pararse Goya. Tal vez es un temperamento satírico a pesar suyo. Él no tiene la culpa de poseer una retina superior a la de los demás mortales. Ve sin querer, y al mirar, se apodera de todo el espíritu del personaje, y lo sublima o lo ridiculiza para siempre.

¡Qué serie de intimidades nos cuenta Goya! Es un charlatán que no sabe callarse. El disimulo es ajeno por completo a su psicología. Pinta, por ejemplo, a don Gaspar Melchor de Jovellanos, al conde de Floridablanca, a Meléndez Valdés, y ya nos advierte, desde el primer trazo, que no se halla en presencia de peleles. Les trata de igual a igual y nos transmite íntegramente toda la emoción de su espíritu y su opinión personalísima sobre estos ejemplares superiores de la humanidad española. Hace el retrato de Josefa Bayeu[33], de *La Pepa*, de su mujer, y se previene contra sí mismo para no engañarse y para rematar una obra de la que él quiere quedar satisfecho. Así, también, en los dos retratos, bellísimos, de su hijo, a los que su paternidad comunica una fibra insospechable de ternura.

Enseguida, el león torna a rugir. Ora de lascivia, cuando persigue, hasta sin darse cuenta, la silueta y la arrogancia de Cayetana –en la colección del señor Lázaro hay un retrato del marido de esta, del marquesito de Villafranca, que es toda una revelación,– ora de asco cuando se detiene en el rostro repelente de María Luisa, o de burla cuando la toma con el buen Carlos IV, o de ironía cuando tiene que habérselas con un petimetre del fuste del conde de Fernán Núñez, o de gracia cuando quiere darse gusto inmortalizando a la lecherita de Burdeos. Podría decirse que, en todos los cuadros de nuestro don Paco, no es el modelo lo que acertamos a percibir, sino el modelador. Nos obsesiona no que sea de tal linaje la persona sino por qué la vio de ese modo el pintor. Él no está oculto jamás. La obra no es la importante, sino la glosa. Y la glosa la pone porque tal vez ve lo que no ha visto nadie como él, pero que sabe trasmitir al contemplador con la misma intensidad con que él la siente y la formula. Y al encontrarnos dotados nosotros de un instrumento nuevo de observación que ignorábamos tener y que nos ha regalado el genio, ya estamos dotados de cualidades superiores para observar. Y ante lo gracioso del hallazgo, viene el desconcierto, y vivimos como alucinados y obsesionados con el refuerzo que ha recibido gratuitamente nuestro espíritu.

Esta reflexión se ha hincado en mí durante estos días en que he vivido emociones perdurables ante este Goya, casero, familiar, íntimo y confidencial, que solamente conocía a través de las estampas y de las fotografías. Claro está que no conocemos toda la obra del gran pintor porque es muy posible que llegue y hasta que pase del millar el número de sus cuadros. Pero lo cierto es que nunca lo hemos visto, ni probablemente lo veremos ya, más completo que durante estos días. Su semejanza con Shakespeare se me antoja que llega a los extremos de una identidad absoluta. Ambos genios no tienen nada de común con el rebaño humano; no hay matices que desconozcan ni estados de animalidad y de espiritualidad por los que no hayan pasado. Son groseros, y violentos, y feroces, y sublimes, y contradictorios, y desconcertantes a la vez; son ellos y solamente ellos. En un momento, rompen todo el tinglado en el que los demás asentamos nuestras ideas y nuestras emociones, y a cambio del daño que nos hacen, nos comunican a renglón seguido el supremo consuelo de la compensación y de la risa, y a las veces, hasta el del desquite, cuando sorprendemos que sus pecados son mayores que los nuestros y que negligencias que les advertimos, notoriamente y en buena lógica no se nos escaparían a nosotros. Pero... si sus errores no son limitados como los nuestros, porque danzan a gusto por vericuetos que a nosotros nos asustan, tampoco lo son sus aciertos, que son ya divinos, que les acercan e Dios y que les hacen como dioses, y que no se fundan en razones, en miserables razones, sino en algo que se nos escapa porque es inefable, lo mismo cuando el aragonés nos dice los desastres de la guerra que cuando el britano hace cantar en la alborada al ruiseñor, dentro del jardín de Verona, cuando la sombra de Julieta acaba de esfumarse.

El Luchador (03-05-1928)

[33] Esposa de Francisco de Goya, a quien el pintor apodó, cariñosamente, como *Pepa.*

Una exposición de arte mejicano en Madrid

Un ilustre artista, D. Gabriel Fernández Ledesma, representante de la Universidad Nacional de Méjico y uno de los valores más fuertes y representativos creados en la República al socaire de la revolución, se encuentra en Madrid desde hace días, de regreso de Sevilla, para organizar una Exposición de Arte Mejicano que resuma todo el maravilloso y difuso arte popular de su gran pueblo. Nosotros le acompañamos en sus primeras exploraciones por la villa del oso y del madroño, y estamos más que maravillados de las cosas que nos enseña y que nos muestra, a cada paso, con su sagrado optimismo de muchacho liberal y patriota. En Méjico la revolución ha dado nada más y nada menos que un sentido estético a las masas. Lo mismo que en Rusia. La situación política de un pueblo es –siempre– espejo o estampa de los sentimientos estéticos de un país. La situación estética, paralelamente, refleja asimismo las ideas políticas. Ahora que en Méjico, donde todo el mundo está inquieto y anda vivo, tiende a cristalizarse toda esta ya larga época de continuo sobresalto y de algarada perenne. La anormalidad es allí ya lo normal, y nada más extraño en el solar de los aztecas que el orden y la disciplina sociales. A Méjico le es tan natural la bulla como el juego violento al chico sano de diez a doce primaveras.

El Sr. Fernández Ledesma, que ha instalado con gran talento dos salas de arte del pabellón mejicano de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, trae a Madrid, bien provisto de su pasaporte diplomático y en excelentes y cordiales relaciones con su Embajada, la representación máxima de la juventud liberal de su país. Conmigo anda buscando, seguro de encontrarlo, alojamiento oficial, decoroso y digno, a la obra de sus amigos. Trae cuadros, esculturas, tallas en madera, hierros, hasta juguetes hechos por los niños de las escuelas y por los obreros de su país. Nada más desconcertante y más bello que lo que trae. Hay en estas cosas, junto al recuerdo azteca, el marchamo español y, sobre ambas cosas, el sello de la inquietud y de la preocupación, o la luz del alba que asoma en los cerebros y en los corazones de aquellas gentes que, son liberales por temperamento, son en otros pueblos retardatarias y obtusas a todo instinto de superación.

Contemplad estas tallas que el mismo Fernández Ledesma proporciona para que sean reproducidas en estas acogedoras y queridas páginas de Heraldo de Madrid. Pensáis en Mateo Hernández, pensáis en la escultura egipcia, pensáis en Grecia y pensáis en Roma, naturalmente. Pero advertís en seguida que han sido talladas en el siglo XX y que en Méjico están las almas acongojadas y en espera de algo que les liberte plenamente. Un soplo de juventud las anima y un aliento de arte las dignifica y estiliza. Méjico abre el pensar a toda suerte de posibilidades. Pero Méjico es algo muy nuestro, muy español, y nosotros advertimos con deleite que el hijo sueña y se revuelve en sueños de ventura. Aquí está, en Madrid, con su obra de gigante, la Universidad Nacional de Méjico, integrada por todo el pueblo mejicano, y dentro de muy pocos días se mostrará, tal como es, a los españoles.

Y nosotros queremos saludar a este pueblo. No puede tener, por el momento, este artículo otro alcance. Por medio del arte popular, Méjico viene a nosotros. Aquí está en cuadros, en estas estatuas, en estos cantares, en estos "corridos", en estos hierros, en estas arquetas, en estos juguetes, después de haber padecido la dictadura porfiriana, y de haber recibido el gran impulso educacional de Vasconcellos, y de haber conocido bajo el cauterio de Elías Plutarco Calles su propia llaga interna que ha logrado curar del todo. ¡Bien venido sea Méjico al viejo solar hispano, que antaño fue también manantial de inquietud!

Heraldo de Madrid (25-05-1929)

De Sevilla a Madrid

(Del Concurso de crónicas de La Libertad.- Recomendada especialmente para su publicación)

De Sevilla a Madrid por unos días, con este querido y admirable dibujante mejicano, Gabriel Fernández Ledesma, que ha organizado dos salas del pabellón de Méjico, en Sevilla, y que viene ahora conmigo a organizar también la Exposición de Artes Plásticas y Decorativas de la Universidad Nacional de su país. Cordialidad en el tren. Temas políticos y artísticos durante el camino. Almodóvar del Río, con su castillo en un altozano, entre praderas sobre el Guadalquivir. Córdoba, llena de sol, de luz y de blancura. Baeza, en cuya estación esquilean los tranvías

con rumbo a Linares. Los olivares de Jaén y las margaritas en el campo. Después la Mancha. Fernández Ledesma saluda la sombra de Don Quijote. Polvo de yeso, cielo azul, aduares: Madrid.

Nada menos que un amigo más en este viaje. Hablamos de Méjico. España, mi España, no es una mera nomenclatura geográfica. Es América y es la lengua –recia y sonora– de Castilla. Es el espíritu español. Es Méjico, con sus revoluciones, y Chile, con sus nitratos. «En Méjico –me dice este querido amigo, tuteándome– estalló la revolución cuando ya estábamos mi compañero el escultor Guillermo Ruiz y yo de viaje. Abortó la revuelta. Era un simple conato anticonstitucional que por ahora, «ahorita», no cuaja por allá. El asesinato de Obregón colmó la indignación del espíritu civil de mi patria. Ya ves tú cómo ha culminado la inquietud política en las cosas de arte que tú conoces de Sevilla y que ahora traemos a Madrid. Una conmoción política es también, querido mío, una conmoción artística. La expresión política de un país es la síntesis de sus manifestaciones estéticas. Paralelamente, la fórmula estética de un país resume y compendia sus valores políticos. Yo, formidable crociano como tú, sé que hay un solo arte, arte único e indestructible. Pero, en realidad, hay un arte por el pueblo y para el pueblo. Méjico tiene, después de su revolución, es decir, de su dolor, de su ansia de futuro, un arte nuevo. Los chicos y los obreros, forjadores, rejeros, decoradores, pintores, lo han creado. Tiene la tradición azteca, el marchamo español y los ojos asomados a las ventanas del futuro. Ahí tienes a Diego de Rivera con su mano vacilante mientras espera el estallido, con su mano recogida en puño mientras pelea, con su mano firme y serena –contención, y freno, y dique– cuando ha vencido. Y venimos a Madrid a mostraros cómo somos, lo que hacemos y cuánto hemos padecido bajo Porfirio... ¿Y aquí?»

Fumo y callo. Vanguardias. Cubismos. Gacetas literarias de niños que tienen imprenta propia y que entienden de tarifas de publicidad. Juventud de escalafón, de dietas y de señoritismo huero y cerril. ¿Vanguardismos? ¡Quiá! Tosecillas de maricas constipadas. Patas de mula estéril por todo lo alto. Torre de marfil y despacho con el Espasa, cuando el pueblo sufre y espera. De aquí no surgirán más que dietas, y prebendas, y matrimonios con chicas feas, colocadas por la Escuela superior del Magisterio. Estos viveros de técnicos futuros, que ya justificarán discretamente toda su arte de piruetas sucias, no pueden ser el plantel de la nueva España. ¿Cubismo? ¡Pero si no saben escribir, ni pintar, ni dibujar, ni esculpir, señor! ¡Si no han amado nunca de veras a una mujer de carne y hueso; si no han luchado a brazo partido por una idea; si no saben de hambres, ni de cárceles, ni de dolor! ¡Si tienen miedo a lo cursi! ¿Jóvenes? ¡Tampoco! Los jóvenes somos nosotros, los que entramos en el umbral de la madurez, los que éramos republicanos o carlistas en los claustros de la escuela, los que luego, de hombres, ante el arrivismo imperante, serenos y llenos de fe en nosotros y en nuestro pueblo, hemos sabido esperar y estamos esperando todavía, acaso hasta la muerte, y más allá de ella, que la vida es una esperanza siempre renovada, como el amor. ¡No, mi querido Fernández Ledesma, España no es Méjico! La juventud es vuestra. Y aquí no podéis ser comprendidos ni estimados más que por nosotros, los que somos ya maduros, los que sabemos atesorar alegría interior en las horas difíciles!

Ya en Madrid, entre diálogo y diálogo, nuestro amigo prepara su Exposición. Estos hierros, estas maderas, estos lienzos, estas esculturas, estos juguetes del pueblo mejicano, tienen un ideal. Se concibieron cuando Porfirio, pudieron realizarse gracias al impulso pedagógico de Vasconcellos, son la realidad más viva y admirable del actual momento artístico del Mundo, cuando Plutarco Elías Calles comienza a construir su patria con normas de justicia y libertad. ¡Méjico español, que fusilas a Maximiliano y que recluyes como a una apestada una monja analfabeta: Dios y España te bendicen!

La Libertad (18-08-1929)

Luisa Roldán y su talla de la Virgen de la Amargura

Sevilla, 1674, 1676. La hija de Pedro Roldán, *la Roldana,* es una de las mocitas más guapas de la ciudad. Su padre, el escultor Pedro, la lleva consigo a Jaén, a Úbeda, a Cádiz; a Madrid. La nena es la misma estampa de la gentileza. Alta, morena, espigada, con grandes y melancólicos ojos negros, ayuda a su padre en sus trabajos de escultura. Ella misma esculpe unas lindas

cabezas de angelitos para el retablo del presbiterio del Hospital de Mañara. Las estatuitas pequeñas y menudas de barro son el trabajo predilecto de la preciosa criatura. Figuritas suyas, destinadas a Nacimientos caseros, se recuerdan siempre con deleite. En la colección del duque de T'Serclaes hay tallas policromadas de Luisa que son las joyas del tesoro ducal.

La obra escultórica de Luisa Roldán, la sevillanita morena, es considerable. Los angelitos del presbiterio del Hospital de Mañara en Sevilla son suyos. Suya también la escultura de San Miguel en El Escorial. Suyo el Jesús Nazareno del convento de San Diego, de Alcalá. Suyo el San Fernando que se exhibe en la Catedral el día de la fiesta del patrono. Pero Luisa Roldán ha pasado a la posteridad por su preciosa talla de la Virgen de la Amargura, que se venera en la iglesia de San Juan de la Palma. Los sevillanos llaman a esta imagen familiarmente «la Roldana». Dícese que la escultora trazó en ella para siempre su semblante moreno, sus ojazos negros, melancólicos y rasgados, su primorosa boquita contraída en un doloroso gesto de amargura. Esta imagen es una sevillana más, de carne y hueso. A todas horas, en la Puerta de la Carne, en la Alameda de Hércules, en la plaza de San Fernando, contemplamos las mismas facciones de *la Roldana* en las sevillanas de ahora. Su manto puede trocarse por una mantilla y su preciosa corona virginal por una peineta. Esta virgen de la tierra, recriada en la Pradera de San Sebastián y en las márgenes del Guadalquivir a mediados del siglo XVII, cuando su padre Pedro Roldán tallaba imágenes para las iglesias de Cádiz y de Úbeda, de Jaén y de Sevilla, esta virgen andaluza y sevillana llega directamente a los pliegues más íntimos del sentimiento popular. Como sus hermanas las Esperanzas de Triana y del barrio de la Macarena, reclama, con una oración, un piropo y una saeta. Este pueblo ha sabido humanizar entre todos los cristianos la figura de María, asevillanándola y dándola carta de naturaleza entre sus jardines y al cobijo de sus alminares, y sabe muy bien que el arte puede lograr el milagro de la conversión de la mujer en madre de Dios.

Luisa Roldán talló su propia imagen poco después de casarse con Luis de los Arcos, a los veinte años de edad, cuando se trasladaba a Madrid para ser escultora de cámara de Carlos II. Para la iglesia de Recoletos talló una Virgen del Carmen, y en el guardajoyas del Palacio Real figuran sus barros de Santa Ana dando lección a la Virgen y a varios ángeles. Pero en toda su labor se destaca su propia imagen de la parroquia sevillana de San Juan Bautista. A los cuarenta y ocho años moría en Madrid la hija de Pedro Roldán. Sevilla ha consagrado a su memoria la calle donde naciera la bella artista, y no sabe llamar más que «Roldana» a esta estupenda talla de la Virgen de la Amargura, que en estos días de Semana Santa comparte la devoción de los sevillanos con las Esperanzas, tan andaluzas y tan humanas, de los barrios más populosos de la ciudad del Guadalquivir.

Crónica (13-04-1930)

Sensaciones de Sevilla

Las fiestas de Semana Santa comienzan Oficialmente, en la bellísima ciudad del Guadalquivir, con la procesión de la Virgen de la Amargura que sale el domingo de Ramos de la parroquia de San Juan de la Palma, acompañada de los doctores y catedráticos de la Universidad. La Virgen de la Amargura, conocida vulgarmente con el nombre o remoquete de la Roldana, no es otra cosa que la vera efigie o la real estampa de aquella bellísima hembra, sevillana y moruna, Luisa Roldán, hija del escultor Pedro del mismo apellido, que esculpió las más bellas figuras de barro de su época a mediados del siglo XVI y que falleció en Madrid, en los primeros años de la centuria siguiente, sirviendo de escultor de cámara de don Carlos II el Hechizado. Aquella Virgen es una sevillana más. Alta, morena, donairosa, con los ojos grandes, rasgados y melancólicos, con la boca roja contraída en un rictus de amargura, su corona puede trocarse perfectamente en una peineta y su manto en una graciosa mantilla de blondas. Está pidiendo, con una plegaria, un piropo y una saeta. El pueblo sevillano necesita humanizar sus imágenes para prosternarse ante ellas. Y a todas horas, en la Puerta de la Carne y en la calle de las Sierpes, en las plazas del Duque y de San Fernando, contempla rostros como el de la imagen de San Juan de la Palma y no llega a las cumbres de la adoración religiosa más que por la vía previa de la contemplación estética.

El caso de la Roldana es el más conocido y hoy todo el mundo sabe que la lindísima Virgen de la Amargura, a la que acompaña en su dolor el discípulo bien amado, Juan el Bautista[34], no es el único caso de la reproducción fidedigna de rostros humanos en la iconografía sevillana. Las lindas gaditanas tienen también su imagen en la Divina Pastora que se venera en el convento de Capuchinos. La gaditana es una de las Mujeres más espirituales, frágiles y finas de la Península; no es tan expresiva, la Sevillana, pero es más correcta; no es tan graciosa y tan menuda, pero sí más sugestiva y espiritual. La Divina Pastora es la mujer gaditana del mismo modo que la Virgen de la Amargura, la Roldana, es la mujer de Sevilla.

Pero Sevilla tiene sus matices, sus tonalidades, como una gran ciudad que es, esto es, como un gran criadero de civilización. En Sevilla, por estar todo cuajado y logrado, no hay casa alguna que no esté tamizada y afinada por la tradición. Las Hermandades o Cofradías son el índice y la resultante históricos del esfuerzo artístico y cultural de los distintos barrios. Los de Triana y la Macarena son los más diversos y característicos. Triana ha conservado su hegemonía geográfica hasta bien entrado el siglo XIX. Separada de Sevilla por el río y por el puente de su nombre, aunque se ha fundido con su casco urbano, conserva un grato espíritu de independencia con relación a la gran ciudad. Un trianero no se dirá nunca sevillano y preferirá siempre las naves de su linda Santa Ana a las de San Lorenzo o a las de San Gil. Pueblo de paso para las tierras de Huelva, asiento de gitanos y de nómadas con los que han convivido gratamente los trianeros, sede de los Monipodios, de las Carihartas y de las Generosas de la vieja picardía española, Triana no se limita a convivir con los sevillanos en estos días tradicionales de Semana Santa. Hace más: rivaliza con ellos.

Su Esperanza, amorenada, castiza y comprensiva y tolerante como sus devotos, sabe pararse a la puerta de la cárcel, para oír las saetas de los reclusos, no desdeña la oración callada de los arlotes y más de una vez desfiguró con los capuchones de los nazarenos, a los que sufren no precisamente hambre y sed de justicia, sino la persecución inexorable y desaforada de ella. No es sevillana Nuestra Señora de la Esperanza del populoso barrio trianero; es más bien una señora gitana a la que rinden culto todos los bohemios de nuestras ferias. Con sus hábitos de cristianar, la dulce Señora es evocada en esas pintorescas ferias andaluzas y castellanas, donde se celebra el alboroque a cambio de jacas tísicas y caballejos sarnosos, y su estampa aparece, solitaria y pura, en el silencio de las celdas y en la lobreguez de los calabozos de las cárceles de nuestra España.

A su vera, la Macarena ya es castiza y típicamente sevillana. Su culto comienza cuando la cruz del campanario sucede al almiar y cuando el mirah[35] es reemplazado por el presbiterio de la iglesia de Cristo. Si en Triana pueden quedar reminiscencias de otras razas, en la Macarena no hay recuerdo de símbolos que no sean la Cruz, ni de épocas que no sean posteriores a la reconquista de la ciudad por San Fernando. La Macarena es el culto típico del pueblo, como el Señor del Gran Poder es el culto tradicional de la clase media. En derredor de la Alameda de Hércules, por los aledaños del precioso monasterio de San Clemente, comenzó a poblarse la Sevilla medieval, y, pegado a las murallas, el templo de San Gil es uno de los más encarecidos y celebrados de Sevilla durante el siglo XVI. Los gremios de los oficios manuales lo colman y habitan antaño como hogaño. Los que quieren encumbrarse a fuerza de riquezas y ganar una ejecutoria de hidalguía a fuerza de desprendimientos, crean capellanías con pingües rentas o devociones flamantes en el centro de la ciudad; San Gil es siempre, en cambio, la iglesia de los artesanos. El artesano en Sevilla es siempre acomodado y sabe vivir descansadamente de su trabajo. Funda su hermandad o su cofradía al cobijo de San Gil y no se aparta nunca de su inclinación primera. Las riquezas de su cofradía han llegado a ser tradicionales. El culto a la Macarena es el que sabe sostenerse siempre con más rumbo. De acuerdo con la expresión corriente, el macareno nunca se para en gastos.

Yhe aquí cómo las tres imágenes más representativas de la ciudad, la Roldana y las dos Esperanzas, representan las tres fases, más destacadas, del espíritu de la ciudad. La Roldana es el símbolo de la mujer sevillana y las dos imágenes populares representan, por contraste, el espíritu cristiano de Sevilla y la independencia de un pueblo que, aun fundido a la ciudad, pugna por conservar los últimos restos de su independencia y hegemonía. En estos días de Semana Santa,

[34] Lapsus de Sánchez Rojas. Es sabido que el discípulo amado y apóstol de Jesús no fue *el Bautista*, sino Juan el hijo de Zebedeo.

[35] Sin duda se refiere al *Mihrab,* lugar de las mezquitas, generalmente una hornacina, que indica la dirección de La Meca.

el pasado todo revierte sobre el presente y el espíritu de la ciudad conserva el aroma inefable de su gracia a través de los tiempos y de las generaciones.

La Voz de Guipúzcoa (18-04-1930)
El Pueblo Gallego (19-04-1930)
El Luchador (18-04-1930)

Algo de Madrid que Madrid pierde

El estudio de Julio Romero de Torres, el gran pintor cordobés por su nacimiento, pero madrileño por adopción, es trasladado a Córdoba para formar parte del Museo de esta capital… y Madrid ve desaparecer uno de sus refugios de arte más hospitalarios y gratos.

Escribo en el estudio de nuestro Julio Romero de Torres, a la vera de su hijo Rafael, en una de estas tardes bochornosas de estío, cuya luz cruda aprovechaba el maestro hasta el mismo instante del crepúsculo. El estudio está casi desmantelado. "Pacheco", el galgo fino y señoril, duerme su mejor siesta, repantigado en una "chaise-longue"; Mariquilla lía unos cigarrillos para nosotros, incansables fumadores; Rafaelito escribe una larga carta familiar a los que quedan en Córdoba. Paz, silencio, modorrera... Pensamos –pensamos a todas horas– en el querido maestro. En el caballete está el último cuadro que empezara, y no le dejó rematar la muerte; una muchachita morena, de ojos vivos y luminosos, está sentada a la vera del dorado brasero; allá, en el fondo del lienzo, el maestro sugiere los contornos de otra figura de una mujer, de pie, que no pudo realizar. "Nocturno" –su cuadro único de asunto madrileño, pintado el año pasado por ahora– está delante de mis ojos, evocando, con dolorosa intensidad que me lacera, los últimos meses del maestro entre nosotros. En las altas horas de la madrugada, por la calle de Atocha, por la del Olivar, por la de Ministriles, bajo los porches de la plaza Mayor, buscábamos las heroínas para este cuadro de dolor y de miseria. De regreso, recalábamos en el puesto de horchata de Vicente, frente al ministerio de Estado. Allí nos sorprendían las primeras luces de la aurora. A la noche siguiente continuaban nuestras exploraciones. Romero de Torres vivía como el pez en el agua en los barrios bajos. Le gustaba detenerse en la capilla de San Andrés y en la del Obispo, y bajar hasta la fuente de la calle de Segovia, perderse por el callejón de la Pasa, internarse en la calle del Nuncio y evocar los rincones y las figuras galdosianas. En cambio, no estoy muy seguro de que cruzase, ni aun por sorpresa, el barrio de Salamanca. Su Madrid, con estos barrios populares, era el trayecto comprendido entre la plaza Mayor y la acera del Banco de España.

Con "Nocturno" espera también el momento de ser embalado para la plaza del Potro ese otro cuadro, "El cante jondo", que pintó hace ocho años, a su regreso de Buenos Aires. El maestro había condenado al ostracismo a ese cuadro exaltado, donde se abrazan en un abrazo inacabable los dos hermanos gemelos del amor y de la muerte. El cuadro, maravillosamente entonado, rico de inspiración y sabio de técnica, acaso le servía de pesadilla y le sumergía en reflexiones de las que quería huir a toda costa. En cambio, esta "Diana cazadora", rubia, y principesca, con los rosados pies descalzos, amorosa y plenamente ejecutado, le tornaban a su mocedad y a su parentesco, tan reciamente acusado a las veces, con Ticiano, con Rafael y con otros grandes maestros de la madre Italia.

Así, por una rara coincidencia, estos tres lienzos, y algunas lindísimas cabezas de mujer que aún cuelgan de estas paredes, nos recuerdan, con las facetas luminosas del arte de Romero de Torres, sus diez y siete años de estancia en este Madrid, que era su segunda patria. El estudio, lleno de bargueños, de tapices, de rica cerámica talaverana, comenzó pobremente. A diario se iba enriqueciendo y saturando de objetos bellos y delicados. Luego, el espíritu del maestro se iba filtrando en él. Una espingarda, una guitarra, un mantón de flecos, retratos de "Pacheco", el bandido valiente y leal; el museo –completo– de nuestro padre "Lagartijo", que tuvo la gracia serena y la majestuosa prestancia de los cordobeses de solera; fotografías artísticas de sus viajes a París, a Roma y a Florencia; el cuarto de las chiquitas, los sillones fraileros, la mascarilla de Julio Antonio, el busto en bronce, modelado por Juan Cristóbal, del patriarca de la familia, de aquel venerable don Rafael Romero Barros, amigo de Gustavo Adolfo Bécquer, pintor como

sus hijos, erudito y bueno, que dio a Córdoba, en largos años de magisterio, la conciencia de su valer y su decoro…

A Córdoba van ahora todos estos objetos, a reintegrarse a la "Casa-Museo de Julio Romero de Torres", que la gratitud de los paisanos de este levanta a su memoria. Del Museo formarán parte hoy muy cerca de cuarenta cuadros. El estudio de Madrid va a ser reproducido exactamente en uno de los salones de la Academia que la Diputación cede para la Casa-Museo. Los cuadros –todos los cuadros menos uno, que la familia, cumpliendo un encargo expreso del maestro, regalará estos días a la Casa del Pueblo de la ciudad de los califas– formarán parte del patrimonio artístico de los cordobeses, al fallecimiento de los hijos del pintor. Y yo me atrevo ahora a sugerir una idea y a manifestar un anhelo. ¿No hay modo de adosar el que se proyecta al lindo Museo de la plaza del Potro? Yo no concibo, fuera de aquel ambiente tan cordobés, el Museo de Romero de Torres. Tiene que estar enclavado, para conservar todo su espíritu, en la parroquia de San Francisco; tiene que mirar a la calle de Romero Barros; ha de asomarse a la Ribera y al Rastro; otear la Calahorra y espejarse en las aguas del claro río "de arenas nobles, ya que no doradas", como cantaba Góngora, el racionero. Necesita los naranjos, las fuentes y los arrayanes del estudio de Córdoba. Ha de estar protegido por el amor tenaz de esta dinastía de los Romero, a la que va vinculada toda una tradición de arte, de gusto, de belleza y de bondad. Y este Rafaelito que ahora escribe a los suyos su carta inacabable, primogénito y camarada de su buen padre, recibe una herencia de tradición amorosa que no puede acabar en él. En la Casa-Museo de mañana, en la mansión de la plaza del Potro de hoy, harán falta algún día flores frescas, cortadas a diario por manos familiares, ya que las mercenarias no suelen tener clara noción de la frescura ni del aroma. La cadena no ha de romperse en él; hay que alargarla, renovándola y perpetuándola, a mayor honra y gloria de los Romero Barros, de los Romero de Torres, de los Romero de Torres y Pellicer y de todos los Romeros que surjan en los venideros tiempos, junto a la Mezquita, bajo el cielo añil. Y la sombra de Julio sonreirá complacida, contenta de su sangre y de su tierra.

Diario de Córdoba (06-08-1930)
Crónica (03-08-1930)

CRÍTICA LITERARIA

La novela española contemporánea: Pereda[36]

Señor presidente:
Señores académicos:

Es un deber añejo y justiciado, en principiantes como yo, saludar a los que oyen este linaje de conferencias, alabar sus virtudes y reconocer sus buenas prendas.

Así lo hago, y al saludaros, manifiesto mi simpatía por la idea que ahora en vuestros cerebros, rebulle. Desearía que en la ciudad clásica del viejo estudiante de la sopa, capa raída, mal traje y buen vivir, presenciemos torneos literarios donde acuda la juventud, la que tiene bríos y robustez en el espíritu.

Es también recurso de estas ocasiones, mostrar la insuficiencia, admitir la ignorancia y probar la ineptitud, del que presenta, en público escaparate, sus ideas para que el público culto las aplauda o las deseche, indignado, en el catálogo grande de lo inútil y de lo vacío.

Líbrenme Dios y mi ánimo de reírme de tal recurso; lo que sí hago, es, encasillarlo entre los trastes cándidos. Considerarlo como uno de los medios de que la humanidad se vale para pintar de coloretes y cubrir de apariencias el severo y desnudo esqueleto de la idea.

Y dicho esto a guisa de prefacio y saluda, allá voy con mi tema, a ver si descubro en él algo nuevo y útil que pueda seros entretenido y agradable.

Pero antes de empezar, conviene que aclare el título de la conferencia. *Estudio sobre la novela española contemporánea*, digo, y en verdad, que si únicamente se atendiese a la disertación de hoy, el título resultaría enfático y muy vago. Quiero ocuparme, pues, en distintas ocasiones, de las diversas personalidades literarias, que en el reino novelero se disputan el trono. Y como según mi concepto, el que debe ocupar tal puesto y tan honrosa distinción, es Pereda, por él comienzo y de él me ocupo en estas cuartillas mal escritas y peor hilvanadas.

Cuando aparece un cuerpo en el espacio, nuevo, jamás descubierto, muéstranse afanosos los astrónomos, primero en averiguar qué cuerpos entran en su composición, luego aquel carácter físico o aquella cualidad distintiva que le separa de los cuerpos restantes; más tarde tratan de indagar si puede ser habitado o no; y una vez hechas estas elementalísimas disquisiciones, en que grupo alistarlo y en que clasificación meterlo. Esto ha pasado con Pereda. Escribió hermosos cuentos y descripciones bellísimas en una revista de Santander; unos cuantos paisanos del poeta de la Montaña, escandalizáronse que su renombre no hubiera llegado a Castilla. Escribió

[36] Conferencia leída en la Academia de Santo Tomás de Aquino de Salamanca por el académico numerario José Sánchez Rojas el día 16 de noviembre de1901. Se publicó en dos números consecutivos de *Noticiero Salmantino*, si bien aquí lo hemos agrupado bajo un único epígrafe.

luego *Los hombres de pro…* y ya fue otra cosa. Los románticos espeluznantes y jóvenes ilusos, idealistas, de cabellos largos y amantes de platonismos, y poco amigos de la Fortuna, no tuvieron inconveniente en hacer de Pereda, un romántico rabioso y un idealista declarado.

Pero los franceses, fanáticos hasta la exageración del atrevido Zola, no vieron en el cantor de la tierra montañesa otra cosa que un imitador del naturalismo francés. En un librito de Mr. Sabine, no solo inclúyese a Pereda entre los naturalistas, sino también a la Pardo Bazán, a Palacio Valdés, Octavio Picón, Ortega Munilla y Pérez Galdós.

Y bien; estoy hablando de naturalistas, y los críticos literarios aseguran que Pereda es *realista*. Debo, pues, indicar qué es el naturalismo, y qué es lo que por *realismo* se entiende. Nadie mejor que los Hermanos Goncourt pueden contestar a esta pregunta: «El toque, el busilis de la nueva novela iniciada por Zola y seguida por nosotros, escriben, consiste, en hacer pasar un mal rato a cuantos la lean, en turbar su indigestión, en dañar su higiene, en vencer sus repugnancias y dominar sus ascos para que sufra, sin valor y sin vómito, el espectáculo inmundo de las más espantosas miserias». Fácilmente puede colegirse de estas frases la definición del naturalismo. El procedimiento que consiste en pintar al desnudo los poco edificantes cuadros de la borrachera contumaz; del egoísmo constante; la pintura desnuda de la mancebía; el fantasear del escritor describiendo la vida de los garitos, de las tabernas, y de las casas de juego, constituyen el procedimiento naturalista de la novela moderna.

Pero Pereda ¿emplea estos medios? ¿sigue estos procedimientos? ¿Púedesele encasillar en esta Escuela de Zola que según frase ingeniosa de un estilista notable, parece un apéndice a la medicina experimental? Leed las obras de Pereda, recorred con vuestra vista las páginas más preciadas de sus castizos libros. Veréis un realismo sano como su cuerpo fornido, puro como su ser, cristiano como su alma, que nada tiene que ver con la pintura de lo feo de que hace alarde el escritor francés, y demás secuaces que forman, según el exsenador de nuestra Universidad don Juan Valera, *la cola de Zola*.

Lo que al idealismo se opone se llama *realismo*; si un escritor se deja de fantasías, de cosas que no existen sino en su cerebro y quiere hacer que sus héroes vivan la vida real, se llama *realista*; y como Pereda retrata la vida normal, el curso regular de la vida, el rodar de su existencia, de ahí que se afirme que Pereda es *realista*.

Pero dentro del realismo existen grados. Puede un escritor describir campos, edificios o calles, vaga y generalmente, y entonces es realista, realista a secas. Pueden acentuar más estos caracteres, retratar mejor estos tipos, consignar detalles, considerar minucias que a tal región o a tal clase de habitantes se refiera; entonces, se añade, que es *regionalista*.

En España, casi todos los que escriben novelas o cuentos son regionalistas. Así, doña Emilia Pardo Bazán, gallega de nacimiento, es también gallega en sus novelas, pinta Galicia y sus campos poéticos bañados de una luz tibia, crepuscular. Armando Palacio Valdés, refleja en sus libros, las notas tristemente dulces, profundamente melancólicas de las gaitas de los Astures. Arturo Reyes, entona un vigoroso y enérgico canto, al garbo, la sal y *dolce far niente* andaluz, de los árabes heredado. Juan Valera, en *Pepita Giménez*, retrata los mismos tipos y analiza idénticas costumbres; algún escritor de nuestra hermosa tierra hace notar lo sentidos que son los campos castellanos, la fe de nuestros charros y la alteza de sus sentimientos, por algún indiscreto puesto en duda… pero ninguno de ellos ha logrado imprimir un carácter hondo, arraigado, como Pereda en sus paisanos.

Aún pueden establecerse distingos y conceder grados, dentro del regionalismo. Un novelista que habla de los campos castellanos, de las bellezas naturales de Galicia o de los sombríos picachos de las Provincias, será regionalista. Pero si retrata determinada aldea o determinado pueblo, en este caso, es local. Y como Pereda, v. gr., en *Pachín González* o en *Peñas arriba*, tiene un solo escenario, en el que escudriña sus edificios y quiere investigar en la piedra mohosa de un edificio destartalado, su historia, puede asegurarse que es *local*.

Resulta, pues, de estas disquisiciones y aquestos distingos, que Pereda es *realista*, que en sus libros no ha influido para nada la nueva literatura francesa trashumante, mal que pese a nuestros vecinos, y que puede añadir a esto, dos nuevos títulos que el crítico menos perspicaz descubre en seguida: los de ser regionalista, y a mayor abundamiento, *local*.

Vamos a ver ahora si estos caracteres que he consignado, se reflejan en sus libros.

Las patronas ridículas; los cómicos desvergonzados; los usureros sin entrañas; los estudiantes politiqueros, los oradores castelarinos y tamborilescos; los diputados insulsos, cuákeros [sic] y charlatanes; los camaleones políticos; las bajezas de los intrigantuelos; los solterones recalci-

trantes y filósofos *a lo Balzac*; los marrulleros concejiles, los caciques locales; los figurines tan comunes en nuestra política actual; el marinero creyente y honrado; el pedante ridículo; la mozuela guapa y cristiana; el amante del pueblo, no en el modo de la concejil rúbrica, sino a la manera de los tiempos bíblicos; la suegra fea y pegajosa; la señorita de manos largas, talle corrido y poco esbelta; el gomoso santanderino; la pescadora de mala lengua, y peores hechos… son tipos que hace mover constantemente Pereda en sus cuadros, formando con ellos un cinematógrafo curioso, variado y completo. Nada de laúdes sonoros; de lamentaciones y quejumbres amorosas, de pinturas rebuscadas, insinceras y artificiosas, de romanticismo postizo y falso…

A Pereda no le gusta tener la escena entre cristales, en suntuosos salones o en palacios alfombrados. Al aire, al aire libre, en la calle, en la alameda, en el mar y lo que es más grande, en el templo. Si alguno de vosotros habéis leído *Pedro Sánchez* y no habéis sentido una impresión dulcísima, algo celestial, superhumano, cuando el pobretuco montañés oye la primera misa en la Catedral de Santander, no os envidio la suerte.

Las montañas grandes y tristonas agarradas a las nubes; la contemplación, de un paisaje septentrional cargado de dulzura y de poesía, la reunión en una plazuela de los Cabildos; la fiesta de las regatas; la reunión de los pilluelos en el Muelle Naos para echar unas coles; el club en la taberna de un pueblo; los feriales de *ganaos*; las romerías montañesas; el viático en la aldea; las tertulias en la farmacia de una villa o en la cocina de un pueblo… he aquí el escenario que elije Pereda para mostrar sus héroes.

De las novelas de Pereda, no puedo precisar cuál es la mejor. Todas me gustan, aunque haya algunas de un mérito relativamente inferior; porque también Pereda ha tenido sus fracasos, sus *Electras*; nubecillas ligeras y tenues que no han logrado empañar el cielo de su reputación. *Pachín González*, por ejemplo, novela que escribió después de la destrucción del Machichaco, es pesada, monótona, de la pesadez de la carretera derecha y larga. En las descripciones se extiende mucho y el dialogo no es tan lozano y fresco como otras veces. Tampoco está muy acertado en la *Montálvez*; Pereda salió de la Montaña, llegó a Madrid y quiso que los tipos novelables vistiesen a la moda fatua… pero la inspiración también se marchó. Esta anda por los atajos y vericuetos de la sierra, por los ríos y las iglesias y las tabernas de su pueblo, y se muestra altiva e imprudente con el indiscreto que quiera sacarla de sus justos límites.

Más que novelista, Pereda es un pintor de costumbres, de cervantesco toque. Excluyendo *Bocetos al temple*, *Escenas montañesa*s, digno de parejar con *Escenas Matritenses*, de Mesonero Romanos, y *Bocetos al temple*, ni *Peñas arriba*, el más hermoso libro de Pereda, ni *Sotileza*, ni *La Puchera*, ni *Los hombres de pro*, ni *El buey suelto*…son verdaderas novelas. Sólo deben incluirse en este grupo *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y de *Tal palo, tal astilla*. Si consideramos *Sotileza* como novela, es defectuosa; si respecto de pintura de costumbres la miramos, es magnífica, hermosa. Y digo que como novela tendría defecto, porque faltaría a la tan recomendada unidad de argumento, a la variedad dentro de la unidad. Aun cuando conste el nombre de la arrogante mora en la portada del libro, que quiere decir tanto como que ella y ningún otro de la hermosa *Silda* distinto, sea la protagonista, sin embargo, no se sabe qué se propone el autor, si retratar las miserias de los marineros pobres, si describir la cómica vida del *Pae Apolinar*, pintarnos el cuadro de ilusiones de Andrés dentro del marco de la realidad, triste; o vivificar la vida muerta del Santander viejo, destartalado o antiguo; esto es lo más probable, pues según el señor Menéndez Pelayo afirma «*Sotileza* no es más que una epopeya de la vida de los marineros, una recomposición del antiguo tiempo donde abundan personajes reales con supuestos nombres».

Peñas arriba es una apología de la vida del campo, donde abundan los paralelismos entre la vida ruidosa y vocinglera de las poblaciones grandes, y el reposo y tranquilidad que se disfruta en el rinconcito de un valle. Como seguramente es el libro mejor hecho de Pereda y mejor pensado, ha sido combatido por la inmensa falange de escritorzuelos que pululan en todas partes. Y lo más digno de lástima, es que el señor Valera, crítico competente, novelista ilustre y bastante imparcial, haya coreado y se haya propuesto impugnar en su último libro de *Ecos argentinos*, no solo esta novela, sino las doctrinas que en las serenas regiones del arte escénico, sostenía Pereda. Valiéndose de un argumento a todas luces sofisticado, concluye «que la vida es más aceptable en las grandes poblaciones que en las aldeas pequeñas», «que la cultura, elemento importantísimo vital, contribuye a vivir con mayor comodidad y más grande holgura»; dedúcese de estas frases, o de otras parecidas, que Valera o no ha entendido o no quiere entender, y esto es lo más probable, lo que Pereda asegura. Él niega que la vida sea más cómoda, más

holgada y más entretenida en los pueblos grandes; pero de esto a afirmar que «en la aldea son más puras las costumbres, más sano el corazón y más higiénicos los condimentos», y que «roña por roña, prefiere la de los campesinos, labradores y hombres de campo», hay gran distancia.

Detalle curiosísimo, es, consignar el parecido que hay entre Pereda y muchos de los montañeses de quien él se ocupa en sus novelas. Todos sabéis, que en los tan renombrados tiempos de la gloriosa[37] donde aparentemente adquirió el pueblo la libertad ¡el pobre pueblo español que sigue esclavizado por los mercachifles de la política maquiavélica! representaron [¿a?] nuestros pueblos hombres rudos, incultos y cómicos.

Yo sé de uno de ellos que no sabía decir proposición, de otro famosísimo orador que decía coram populi, Mayenza, Cidadanos, y otras lindezas de esta facha. Pues bien, algunos amigos de la minoría católica, indujeron a mi héroe a que luciese sus habilidades, quiero decir que se presentase Diputado a Cortes. Proclamose candidato no se si por Reinosa o por Santander, la capital, y pocos días después, cabalgaba Pereda en rocines huesudos y flacos por los pueblluchos de la jurisdicción. Muy poco antes de la elección, abandonáronle todos, tirios y troyanos y Pereda, imaginándose lo que le iba a suceder, pero no atemorizándose por ello, lejos de retirarse, siguió buscando votos y fue derrotado. De las observaciones que adquirió en aquellos días el montañés zumbón, del pesimismo que en su alma se engendró por la deslealtad de los suyos, hubiere podido escribir muchos volúmenes. Buen reflejo de lo que le aconteció, son los tomos primero y tercero de su colección, llamándose el primero *Los hombres de pro*, y respondiendo el ultimo por *Don Gonzalo González de Gonzalera*, el libro más irónico que he leído en mi vida, aquel con el famoso prólogo de Menéndez Pelayo, con una dedicatoria de Pereda a Mesonero Romanos este.

Imaginaos que un hortera va metiendo sus ahorros en lo más hondo de sus arcas; que se casa con una mujer presumida, vana, de achatada nariz y hocico rugoso y otros detalles físicos de este jaez; que debido a ciertas usuras va convirtiéndose su comercio de ultramarinos en una casa de préstamos donde acuden los vecinos a llorar sus cuitas y a lamentarse de sus desdichas; que viento en popa el comerciante Simón de la aldea pobre, traslada sus lares a la ciudad, poniendo un enfático letrero a la puerta de su casa: *Comercio de San Quintín, líquidos y otros comestibles*; que su fortuna sigue en aumento y de tímido prestamista, se convierte en usurero escandaloso; que deseoso Simón de figurar como opulento banquero en una capital de provincia; que se presenta diputado a Cortes y resulta elegido, que llegado a Madrid es objeto de los bombos de un gacetillero mentiroso llamado Arturo Marañas; que este se enamora de la única hija del andaluz y ex comerciante; que llamado don Simón por un Ministro entérale de los embustes del Marañas y le ruega que se suscriba en una deuda del gobierno; que el poco avisado legislador echa de su casa a Marañas y se suscribe con ochenta mil duros en la referida deuda; que la hija del diputado se escapa con el periodista; que cae el gobierno de quien es partidario el atolondrado hortera; que pierde su fortuna y su honor, y deprecia luego todos los honores mundanos, figuraos todo esto y os habréis hecho idea del argumento de los *Hombres de pro*.

Como el narrar el argumento de todas y cada una de las novelas, me llevaría muy lejos, voy a indicar brevemente las tendencias que cada una de las novelas representa.

El buey suelto… muestra la egoísta vida del solterón filósofo y cuán dulce es crearse un hogar dichoso; es una sátira contra la *Physiologíe du Mariage* de Balzac; *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, novela *satírico política*, manifiesta los inconvenientes que se originan de la política local, la más baja y miserable de todas las políticas; *De tal palo, tal astilla*, enseña la esterilidad mental que originan en las inteligencias las ideas materialístas y las funestas consecuencias, que en la práctica de la vida se desprenden; *El sabor de la tierruca*, que tiene un prólogo de Pérez Galdós, es una manifestación entusiástica del amor al terruño nativo y declaración decidida de odio hacia lo profano e intruso; *La Puchera* tiene dos objetos, a mi modo de pensar; es el primero demostrar el gran papel que los padres de almas tienen que tener en su feligresía y mostrar lo criminal del amor, cuando se origina por interés, por belleza física o por otra cualidad corpórea; *Esbozos y rasguños*, *Tipos y Paisajes*, *Bocetos al Temple* y *Escenas Montañesas* son una serie de cuadros, llenos de vida, descollando entre todos *La leva* y *El fin de una raza*, y en *Peñas Arriba* maneja el poeta de la Montaña, el pincel y no la pluma para describirnos en su grandiosidad salvaje e imponente, lo patriarcal de las costumbres, la religiosidad campesina, todo junto, amalgamado, con frases sublimes, diálogos encantadores, párrafos brillantes, con

[37] La Gloriosa, o revolución acaecida en España en el mes de septiembre de 1868 que tuvo consecuencia el derrocamiento de la reina Isabel II.

una lengua, clara, pura, elocuente, castiza, y robusta como la sangre que corrió por las venas de los montañeses, los montañeses indómitos y fieros que jugaron tan mala partida a Augusto…

Poco, muy poco he dicho de Pereda y de sus libros. Las descripciones del novelista famoso, las llevo dentro, muy dentro del alma, y en mi espíritu, tienen un rinconcito de ídolo. Con Pereda se aprende a vivir, a vivir y a amar. Cuando se ojean sus libros no se piensa jamás cuánto sabe, sino cuánto ha amado y qué noble es su alma.

Si el rostro es el espejo del alma, el libro es el espejo del escritor.

También en Salamanca, siguen sus huellas los señores Maldonado y Barco (don Juan) cantores eternos de la charrería andante.

He dicho.

Noticiero Salmantino (29 y 30-11-1901)

De buena cepa

Por Francisco Acebal

Uno de los escritores más jóvenes de España es el autor *De buena cepa*, que ha escrito también *Huella de almas* y *Aires de mar*. Castizo y elegante, maneja el pincel y la pluma, al mismo tiempo, con tanta galanura, con toques tan hondos y sutiles que recuerda, a menudo, a Bécquer y Heine.

Tiempo ha que dirige *La Lectura*, revista intelectual de Madrid.

Política, literatura, filosofía y cuestiones de trascendencia, como las económicas, caben en los moldes de la Revista. Y Acebal escribe, escribe mucho, hasta tal punto, que han asegurado sujetos muy graves, maestros en las ciencias y entendidos en literatura, que Acebal es de lo mejor que aquí tenemos.

De buena cepa es una novelita, con grabados de Apeles Mestres y editada elegantemente por Bernardo R. Serra. En ella derrama Acebal observación y sentimiento, retrata fielmente el alma popular (los héroes *De buena cepa* son marinos) y maneja el habla castellana con primor.

Don Nazario, señor fidalgo Lácredos, tiene un hijo, Zario, novio de Rosarito, que va a la guerra mandando una cañonera.

Es Bañeces una villa costera de callejas tortuosas que huelen a parrocha. El ambiente salitroso del mar se cuela por Lácredos, y penetra en el alma de los marinos.

Don Nazario ha sido un héroe. Le gusta la poesía sin rima, el mar y el cielo... y pasa ratos deliciosos, ya en la villa donde está enclavada la casa solariega, ya en un pueblecito *tierra adentro*.

Doña Clementina, su mujer, es cristiana y seriota. Ruega a Dios por su hijo, Zario el marino, para que venga salvo y sano de las balas de los pícaros filibusteros y yanquis.

Un *rum rum* extraño circula entre los marinos. Zario no escribe; el fidalgo, que no ha llorado nunca, que ha sido duro, de *buena cepa* siempre, cae enfermo de *reuma*. Su alma tiene *reuma* también; se carcome y derrumba. Piensa siempre en su hijo, en su hijo del alma, y doña Clementina le replica con cierto dejo de amarga ironía: "Nazario, tu hijo vuelve, vuelve".

El muchacho ha muerto como un héroe. Ha defendido su patria y su nombre. La fragata en que iba, arrostró el peligro y las balas. Un pobre cura sabe la muerte de Zario y lo dice a doña Clementina. Pero el fidalgo no sabe nada, nada; le dan el viático; el *cabo del puerto* le dice todo. Y el padrazo se consuela, se pone bueno; las dolencias del alma huyeron de él y repite a los tertulianos del puente de Bañeces:

"¡No saben ustedes! ¡Mi hijo murió como un héroe, como un héroe!"

El Estímulo (22-12-1902)

Galán y Medina

A mi buen amigo Fidel Sánchez

Cuando se celebraron los primeros juegos florales en Salamanca, el 15 de Septiembre de1901, leí, no sé dónde «que así como don Luis Maldonado era el Pereda de la tierra charra, Galán era el Medina de los campos castellanos».

Aquella comparación, hecha muy de repente, porque aún no conocíamos más que tres poesías de Galán (*Castellana, Varón* y *El Ama*), así como la inmensa labor literaria de Medina se había publicado ya, en libros y revistas, se gravó intensamente en mi memoria; y yo creo que después de la publicación de *Castellanas* y de *Extremeñas*; sobre todo de *Extremeñas*, no es aventurado resolver el pleito, o informar, al menos, sobre él, con cierta luz y un relativo conocimiento del asunto.

A dilucidar esté punto quiero dedicar algunos artículos.

Es Galán un grandísimo católico, castellano de vieja cepa, enamorado, supongo yo, de Felipe II, y un creyente a macha-martillo. Medina es de aquella juventud revolucionaria que se preocupa de la cuestión obrera y de la trata de blancas, que ha sufrido muchas privaciones en este mundo; privaciones estas, que le han llevado por un encadenamiento de cosas, a un escepticismo amargo. El ambiente es muy distinto. Galán es un burgués (en el buen sentido de la palabra) y Medina un pobre hombre que comparte sus trabajos literarios con la redacción de cartas comerciales y talones.

«Pero lo que se desata en los bajos mundos de la prosa, se une en las celestes esferas de la poesía con lazo indisoluble» ha dicho alguno, por decir algo, y Galán, con su hondo espíritu religioso, y Medina, con sus anarquismos, sus justificaciones de crímenes y sus pinturas a lo vivo de las costumbres modernas; se parecen mucho, aunque en grandes cosas –en las más–, se diferencian profundamente.

Galán se preocupa más del campo; el sentimiento de la naturaleza es en él más profundo, más arraigado, que el conocimiento de los hombres. Medina tiene *mucho mundo*, como se dice vulgarmente y no ha tenido tiempo, si hemos de creerle, de levantar himnos a la madre Naturaleza, porque ha tenido que ocuparlo en lidiar con los hombres en forma de procuradores; en llevar togas a las audiencias, y en luchar en Cuba, por la vieja España. Las mujeres le dieron mucha guerra y tuvo que llorar sus ingratitudes, las ingratitudes de la niña del vestidito azul, que le olvidó por otro…[38]

Galán es más épico. Su vida es serena, reposada; no ha tenido que luchar por la vida, y su alma grande de poeta entero no ha sufrido obstáculos, para cantar la austeridad solemne del campo castellano, y describir, con hermosísimos colores, las canciones gangosas, de largas cadencias, de los gañanes salmantinos, la paz de la alquería donde se incuba el amor callado y las frases del alma enamorada que llora las tristezas de la mujer querida...

¿Por qué estas triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
Con querer tan singular,
De esos que hacen llorar
De doloroso placer?[39]
. . . . . .

Medina, por el contrario, es más dramático. Narra, cuenta muchas cosas; describe poco, y cuando lo hace, como en la *Noche-güena*, es para interesarnos más en el argumento, para contarnos las maldades humanas, y raras veces, aunque si alguna (*Murria*) por motivos puramente estéticos. Galán canta con desinterés, canta porque el campo es bello y porque lo siente. En Medina no anda muy lejos el monte roturado, que presta abrigo al pobre en el invierno, de la niña que tirita de frio y pide pan y del pobre que reniega de las cosas de aquí abajo.

Las poesías de Medina son historias amargas, tristes, pero historias al fin de cabo, realzadas con la pluma del poeta, y surgidas directamente de la realidad. Las de Galán son largas y hermosas descripciones, tiradas de versos con toques homéricos a veces; pero se narra muy poco. Hay muy poca acción, aunque sí mucha poesía. Algunas composiciones extremeñas de Galán recuerdan las de Medina. *El Desahuciado* me recuerda *Cansera*. El procedimiento es el mismo, y la impresión que en el ánimo producen muy parecida.

Galán se cuida mucho de la armonía de sus versos, los pule con mucho esmero y los corrige con más cuidado, aunque a veces resulta una trasposición violenta o una cacofonía. Es Medina más descuidado aparentemente, pero lo que es en el fondo llevan sus composiciones un ritmo intensísimo, una música algo salvaje que recuerda las cuerdas metálicas de una guitarra, como

[38] Recomiendo a todas las personas de buen gusto que lean el hermosísimo prólogo que ha puesto Medina a su último libro *La Canción de la Vida* (Cartagena, 1902). Allí se conoce el *hombre*. (Nota del autor)

[39] José María Gabriel y Galán. *Castellana*.

recuerda Galán en algunos pasajes (en la parte segunda del *Poema del Gañán*, por ejemplo) notas de piano, alguna sinfonía de Suppé cantando la vida campestre, o alguna melodiosa partitura, elegante y sencilla, de un músico italiano…

Mi dolor es morirme tan lejos,
No ver mi barraca,
No ver a mi novia,
No ver mi guitarra,
No sentir el calor de los besos,
Que mi madre llorando me daba.[40]
. . . . . .

Y aquí dejo la pluma, porque la loca de la casa me tienta a copiar todo lo que Galán y Medina han escrito, para compararlo luego. Dejo la tarea por hoy, por no hacer un artículo larguísimo, ya que mi salud no me lleva a tales trotes, y volveré a ocuparme muy pronto de los autores de *Carmencica* y del *Cristu Benditu*, honra y prez de Murcia y Castilla respectivamente.

Noticiero Salmantino (09-02-1903)

Originalidad y humorismo

Para mi buen amigo don
Modesto Pérez Hernández[41]

Pocos escritores tendremos en España sinceros de veras y amantes del jugo literario de su tierra. Aun los que más presumen de originalidad, de concisión y de fuerza expresiva, leen solos, a ratos perdidos, las conferencias de Pidal, los prólogos de don Emilio y las demás exuberancias de verborrea de sus paisanos. De alguno sé yo que conoce a maravilla los discursos del *Diario de Sesiones*, las lindezas de los *Meetings*, de sus credos políticos y aun los preámbulos gacetiles de la Reforma del Notariado.

Pues esos publicistas aborrecen de la poca originalidad española, de su falta de humorismo y de la sobra de sandeces, frases hechas y lugares comunes.

Yo me atrevo a sostener hoy, después de maduro examen de un asunto tan blando como éste, que nosotros, los españoles, los que aplaudimos a Nocedal o a Pablo Iglesias, según el temple, somos, por fortuna, el pueblo más original y más humorístico del mundo.

Cada día entiendo menos esto de la originalidad. Ya se yo que en España se entiende por arriba, en la superficie. Original quiere decir hablar bonitamente, emplear lindezas de lenguaje para charlar como todos y expresarse como todos. Es original el que habla bien, no el que piensa bien una cosa nueva. Según nuestras retóricas de Instituto, original es aquella salida del sol que describe Cervantes en la primera parte de su Quijote, cuando es cosa vulgar, un párrafo que seguramente copió, así al pie de la letra, de algún libro caballeresco, el mejor de los novelistas.

Somos ramplones. Vivimos en una atmósfera espiritual saturada de prejuicios, de líneas rectas, de afirmaciones o negaciones rotundas, de vejez experta y de juventud engañada. Con aquello de que los años dan ciencia, virtudes y... *egoísmos*, rechazan lo que del alma nace, la afirmación más noble que arranque del espíritu. Pero, en medio de la vaciedad colectiva, hay originalidad. Esto suena a Fulano, aquello a Zutano, lo de más allá es de este. Si hay trescientos escritores profesionales, doscientos noventa y cuatro escriben lo mismo y copian las mismas cosas. Siguen las mismas reglas, educáronse en la misma escuela de declamación oratoria y continúan profesando culto a las ondulaciones y a los párrafos largos terminados en *ente*, que según me explicaron a mí, son de mucho gusto para las personas sensatas y entendidas. Pero todos tienen su ramplonería, su imagen favorita, su actitud estudiada delante del espejo. Y la originalidad estriba en esto. Que en un pueblo original de suyo, como el inglés, exista esta

[40] Vicente Medina. *Murria*.

[41] Amigo y compañero de estudios de Rojas, aventajado alumno mirobrigense, obtuvo en enero de este año premio extraordinario de licenciatura en la facultad de Filosofía y Letras. Fue colaborador de *El Adelanto* en las mismas fechas que José Sánchez Rojas. Perteneció como él a la Academia de Santo Tomás de Aquino, siendo expulsado en 1902 por sus ideas socialistas.

característica en las costumbres, no es cosa extraordinaria. Lo estupendo es lo que aquí tenemos de castizamente español. Tener cada escritor su originalidad curiosa dentro del grandioso marco de la ramplonería colectiva.

Citemos ejemplos que aclaren la tesis. (Esta también es tópico de la familia.)

Los predicadores para sus pláticas usan un lenguaje manso de amor poético y de palabras dulzonas. Hacen consumo de arroyuelos, de sombras frescas, de tonos apacibles, de claridades lechosas, todo lo más inaguantable que supongan el más imaginativo el mejor *creador* de las cosas que le digan. A las veces, la oratoria sagrada es de combate. Clarines que chillan, montes que se hunden, flechas que cruzan el espacio, nubes de sangre, repiqueteo de tambores, confusión y muerte. Los profesores aprendieren a discursear en los manuales de la escolástica apolillada, "nuestra tesis", "nuestro aserto", "luego esto es así", "corolarios que se desprenden", "conclusiones prácticas fundadas en principios filosóficos" etc. etc. Es oratoria descolorida, consumida por la anemia y la falta de oxígeno.

¿Y los abogados? Dorado Montero pedía la extirpación del benéfico y noble gremio al que yo tendré la honra de pertenecer. Como medida artística, sería, de seguro, conveniente. Pero brotarían nuevas plantas, o mejor dicho, no morirían las viejas, porque el espíritu leguleyesco está a flor de tierra en la colectividad. El encasillamiento, el articulado, las tesis provisionales y definitivas son más españoles que las mantillas de encaje y las corridas de toros.

Y ahora que hablo, bien que incidentalmente, de nuestro espíritu leguleyesco o inquisitorial, que todo viene a ser uno, creo firmísimamente que el mal viene de la escolástica, del procedimiento pseudo-científico, de la rutina muerta. En España no tenemos más que un Joaquín Costa que estudie *en vivo* las Instituciones jurídicas. Tenemos pocos que entiendan de constituciones políticas internas y menos aún quienes las sepan ver. En cambio, de Bolonia nos vinieron una legión de Gregorios López; una tropa de comentadores de *leges*. En España todos somos abogados.

Y humoristas son también los españoles, a su manera. Llamamos Quevedo de la historia de Marco-Bruto, al orador que asesta golpes a su enemigo, a todo lo que no sea humorismo. Las gracias son fúnebres, los chistes retóricos, el sainete teatral, de maestros hambrientos, suegras furiosas y concejales ladrones. La verdad es que en España se dijo aquello de «más vale caer en gracia que ser gracioso».

Con la mentira no cabe humorismo. Los que mienten por fuera se conocen por dentro, y estos son los mejores del grupo. En cambio, los sensatos, los que dicen verdades, esos se mienten a solas, hablando consigo mismos. Suenan a metal falso.

Es el genio español de tristeza honda, de amargura queda, que destroza y hace daño. Nuestros mismos cantares populares lo demuestran. Necesitan excitaciones para la risa, necesitan amigos, huyen de la soledad que es la compañía de los buenos. Necesitamos amistades, relaciones, todo lo que no sea entrar en cuentas con nosotros mismos.

Nuestro humorismo es la falsificación del género Solo he notado verdaderos rasgos en Cervantes, entre los escritores del siglo XVI. Unamuno, Palacio Valdés, Valera y Estévanez, el diputado republicano, entre los de ahora.

Pero si el humorismo estriba en la insinceridad, sí lo somos.

Así como todas las comedias viejas tienen su curioso, así todas las reuniones unisexuables tienen su payaso, el *humorista*.

El que no gusta de una cosa, o le privan de lo que quiere, se cansa y aburre. Aquí (y este el *único* rasgo que de humorismo conozco entre la gente española) somos capaces de aplaudir a Rodríguez Sampedro en persona. Mark Twain disgustaría.

Pero el asunto es ameno y el artículo va siendo largo. Otro día acabaré con esto.

Provisionalmente, hay que convenir, en lo de la originalidad y humorismo del pueblo español.

Digo... tu tesis es falsa que dijo el otro.

El Adelanto (06-07-1903)

Los muertos que viven

En las revistas y periódicos donde escriben gentes líricas, aparecen crónicas todos los meses. En ellos disértase sobre la fugacidad de los placeres, lo corto de la existencia, la coquetería de

las hijas de Eva y otras gaitas del mismo linaje. Porque es el caso, que los autores no son viejos sensatos ni almas laceradas por pesimismos negros, sino muchachos alegres, henchidos de esperanzas, que fingen tener enlutado su espíritu para ganar palmas en la literatura insincera de última novedad.

Las crónicas del mes de Noviembre, son tétricas, lúgubres, sombrías. Cementerios solitarios donde moran los vivos de ayer. Viejas que rumian oraciones apagadas. Esperanzas que se fueron, ilusiones tronchadas, apenas concebidas, salmodias de campanas que se oyen por la noche, fantasmas aparecidos, silencio y paz. El bellísimo libro que Balart[42] dedica a su mujer y las Rimas de Bécquer, son fuentes inagotables de donde sacan mis héroes sus pensamientos y sus crónicas.

Aquel romance que empieza:

¡Qué solos
se quedan los muertos!

aparece, sin interrupción, todos los días como este, a guisa de tema, en todas las crónicas fúnebres.

Me parece bien que se escriba, pero censuro la insinceridad flamante. A mí no me inspiran las calaveras, los huesos, gusanos y enterradores, en boca de un muchacho, más que carcajadas. Y las suelto todos los años.

Lo que sí nos importa a todos –a nosotros los jóvenes más que a los viejos– es el estudio de los muertos que viven, de gentes sin corazón y sin cabeza que por ahí pululan. Son hombres mecánicos, incapaces de todo lo noble y alto. Cuerpos sin espíritu, vasos sin licor. Los hay de todos los tamaños. Altos y bajos, ricos y pobres, viejos y jóvenes. ¡Con cuántas juventudes se tropieza uno por ahí, viejos en el pensar, viejos en el sentir, arropados en un bajo sentido común, con pensamiento encasillado y voluntad hecha! Son los tales los tipos más razonables de la tierra. Ni dicen grandes cosas ni disparatan con frecuencia. Son absolutamente inútiles. Pesan sensatamente los inconvenientes y las ventajas de una cosa, examinan cuidadosamente la bolsa de su mujer y mantienen los tópicos de siempre. Nada espontáneo, nada violento. Su voluntad no choca con nada; a lo más, confronta. Tienen una teoría particular para su uso y abuso. Aborrecen la inconsecuencia. Califican la nobleza de locura, de quijotismo al amor y aborrecen, por instinto, la poesía.

¡Qué cementerio más grande es el mundo! Pero un cementerio sin cipreses, ni losas, ni flores, sin suelo que rieguen lágrimas ni capillas donde se murmuren oraciones íntimas. El cementerio del mundo es árido y seco. Lugar donde sus muertos sienten, piensan y hablan por mecánica.

Es preciso declarar guerra a estos muertos. Es necesario educarles. Y servir de maestros nosotros, los jóvenes, que concebimos el mundo como un paraíso, y hacer soñar con él a los otros, a los que se entierran en vida, ahogando su personalidad.

El Adelanto (02-11-1903)

Crónica ligera[43]

Ya me río yo de la temperatura, del tiempo, de la lluvia pertinaz de estos días. No tendremos flores en los campos, pero los jilgueros han cantado de lo lindo toda la semana. La primavera se nos echa encima.

Santo Dios ¡y qué semana! Todo ha sido cantar, piar, con mil tonos diferentes, con mil píos diversos. Hemos tenido una semana enormemente literaria. Desde la oda a la biografía; desde la conferencia donde se fustiga el modernismo, hasta el descubrimiento de nuevos seres con nuevos cánticos y nuevos sones. Los rayos X aplicados a la literatura regional, han valido a mi amigo el señor Lomba buen montón de réplicas. Y yo también le censuro, porque dolerse de la preterición de Agapito Fernández, es el colmo de las inocentadas.

[42] Federico Balart a quien *Azorín* calificó de prosaico e insincero.
[43] Artículo firmado como Jorge de Alba, seudónimo utilizado ocasionalmente por José Sánchez Rojas.

La señora Viuda de Calón, Núñez, Manuel Hernández, Cuesta, los libreros de Salamanca, han andado de la ceca a la meca sacando del escaparate libros viejos y metiendo otros nuevos. Poesías de Galán, biografía de Hernández Gutiérrez[44], poesías de Luis Romano[45]; decididamente, Salamanca es el cerebro de Castilla. Nadie dirá que somos remolones y perezosos, por descontentadizo que sea.

Gumersindo Santos Diego[46], trina, desde «El Lábaro», queriendo pasar por discípulo de Galán.

«El Adelanto» nos da la noticia de haber marchado a Gijón el conocido poeta señor Serrano.

Y yo pienso que la fábula vieja del arriero de Sancti-Spíritus vive entre nosotros, porque si no todos sabemos latín, andamos muy cerca de ello.

¡Ah! me olvidaba.

El señor Blázquez[47] escribe una bella poesía, desde la cárcel modelo, a su madre.

Lo que siento es que allí se habla de malos gobiernos, porque un buen poeta no debe pensar en Maura.

Este buen señor es prosaico, por lo político.

El Diario (15-03-1904)

Crónica ligera

El Adelanto de ayer, publica el esperado trabajo de mi querido amigo D. Federico de Onís[48], que es un muchacho que lee mucho, piensa siempre por cuenta propia y escribe cosas de miga.

Se le pide una biografía del maestro León y hace mucho más que una biografía, no precisamente un relato de hechos y de fechas; –escribe– «sino unos cuantos esbozos generales acerca de las empresas en que empleó su actividad.»

Existen, en efecto, señores muy graves que toman esto de la biografía, a título de *inventario*. Cofunden los estudios biográficos con las cédulas personales, donde constan, taxativamente el nombre, estado, domicilio y profesión.

«Enamorado de la paz y adorador constante de la lucha,» el maestro León es hombre de pasiones y cree el Sr. Onís «que una de las luchas más valientes que riñó el fraile agustino fue, precisamente, por la rehabilitación de la lengua vulgar.»

Es preciso, en efecto, meter la lengua popular en la literaria, regenerarla hacerla fuerte, expresiva, pasional; en los códigos literarios no caben tonalidades.

Sucede con la lengua popular algo semejante a lo que sucede con la costumbre jurídica de los pueblos. El derecho, como la lengua se impone de arriba, brutalmente, con los diccionarios y los códigos. Unos y otros contienen lo único racional, al decir de sus admiradores. Y así como no admiten los legistas *la costumbre contra ley*, tampoco los cultores del literatismo cerrado, y de formas que ellos monopolizan, aceptan el lenguaje del pueblo.

La batalla debe darse aquí, haciendo al pueblo con su lengua y sus costumbres, y su música y sus leyes.

«Su vida (la del maestro) en la Universidad no fue otra que en sus escritos. Rodeado de enemigos, sostenía siempre sus convicciones contra el parecer de todos». Y en ellos laten profundos desprecios y violentos ataques contra personas e ideas de su tiempo, escribe el Sr. Onís.

Es muy bonito esto de sostener oposiciones contra el parecer de todos. El papel de Soriano y de Nocedal me encanta.

[44] Enrique Hernández Gutiérrez, corresponsal de *El Globo* en Salamanca. En esa fecha publicó un folleto bajo el título *Apuntes biográficos del excelentísimo señor don Isidoro García Barrado*.

[45] Luis Romano, redactor igualmente de *El Diario*, publica la poesía "Tierra Castellana" de su libro *De la vida* el mismo día en que se publica este artículo.

[46] El día 9 había publicado una poesía sobre "La Siesta" en *El Lábaro*. Su poesía imita a Galán.

[47] José María Blázquez de Pedro director del periódico republicano *La Dinamita* de Béjar. Ingresó en febrero en la Cárcel Modelo por escarnio a la religión.

[48] Se trata de un trabajo que leyó este alumno en el acto literario en honor de Fray Luis de León en *La Flecha* el día 14 de abril de 1904 publicado después en *El Adelanto* bajo el título "Sobre el maestro León".

Los viejos de antaño fueron los jóvenes de ayer.

Y estos hombres que hoy nos parecen sensatos y formales fueron revolucionarios en su tiempo.

Y Fr. Luis lo fue.

Habla este de la estrechez de la vida universitaria y la condena en sus *Nombres de Cristo*. Aquel retiro deleitoso, preñado de paz, que riega el Tormes, es más grande que la cátedra. Y las expansiones amistosas; las charlas de los tres amigos, son más dulces y más gratas que las disquisiciones de los maestros. Hay en el alma de Fr. Luis una protesta contra las trabas, que en la ciencia como en todas las cosas, le sujetan.

Estudiemos al maestro, acudamos a él, libres de toda suerte de prejuicios; estudiémosle con ideas nuevas, con el ambiente de ahora. Dice muy bien el señor Onís en su bello, en su original trabajo «en el maestro León se puede ir a buscar armas para combatir hoy».

El Diario (20-04-1904)

¿Qué es estilo?[49]

Aquí me tienen ustedes con achaques de dogmático y definidor de cosas de retórica. Porque estoy, tiempo ha, enfadado a medias con aquel atildado Buffon, con el definidor del estilo.

«El estilo es el hombre» se ha dicho y repetido hasta la saciedad. Y se entiende por estilo el achatamiento académico, la vulgaridad literaria, el afán de amoldarse a todos los patrones, a todas las reglas consagradas por el uso y por los escritores eminentes. Y aquí se llama estilo lo común a todos los hombres y nadie se acuerda de que estilo es *lo otro*, lo que no puede definirse, los nervios, la volubilidad, la incoherencia de las gentes, lo suyo.

Ese Tribunal Supremo de la gramática y de la literatura, la casa de que es jefe y señor el anciano conde de Cheste[50], está llamado a desaparecer. Verdad es, que como ha escrito donosamente Machado, esas reuniones de los académicos son juegos divertidos, del siglo XVIII, fiestas de señores de pluma, disertaciones atildadas e inútiles pasatiempos. Pues bien: *académicamente* se juzga del estilo, por el corte de las oraciones, las gramaticalerías de las frases y las construcciones sintáxicas[51].

Claro está que yo apunto, en este artículo, a mi buen amigo el Sr. Hernández Gutiérrez, con quien yo tengo ganas de desahogarme por estas discrepancias doctrinales. Él ama la gramática y yo la desprecio, él se fija en el estilo y yo en el hombre, que son cosas bien distintas, diga lo que quiera el bueno de Buffon, y que no porque me haya elogiado el Sr. Gutiérrez, voy a dejarme yo de dar el gustazo de discutir un poquito estos curiosos temas.

El estilo periodístico, el literario, el técnico, todos los estilos del mundo, contribuyen a desfigurar a los hombres. Existe una diferencia tremenda entre una simple carta familiar, con tanta mayor cantidad de *estilo* cuanto más íntima sea, a un libro, un folleto o un simple artículo de periódico. Y es que el respetable público se nos cuela y nos impide ser sinceros, hablar como hablaríamos en casa.

También sabe muy bien el señor Hernández Gutiérrez lo que son las empresas periodísticas. Cuando se publica algo, se tiene muy en cuenta si el artículo encaja o no encaja en el periódico, en los gustos de su público, etc. etc. En fin, que todas estas martingalas, a las que algunos llaman *estilo*, desfiguran horriblemente a los escritores.

Y luego la sensatez, ese aforismo de las gentes formales de que hay cosas que pueden decirse en la intimidad pero que no deben decirse en público, el afán de dar realce a cosas que no lo tienen, etc. etc., dificultan también la sinceridad. No hay, pues, que fijarse, en las construcciones de las frases y en el casticismo de las palabras. El estilo es otra cosa bien distinta.

¿Qué cosa? No sé definirla.

El Castellano (21-05-1904)

[49] Firmado como Jorge de Alba.
[50] Fue Director de la Real Academia de la Lengua desde 1875 hasta su muerte, sucedida en 1906.
[51] Sánchez Rojas prefiere esta forma menos común derivada directamente de *sintaxis*.

Gramática y estilo

Para el Sr. Hernández Gutiérrez

I

He dejado pasar adrede varios días, leyendo y releyendo el artículo que usted me dedica[52], mi complaciente amigo, y declaro con nobleza, que ni sus argumentos me han convencido, ni que he variado de modo de pensar, ni que tomo por cosas serias esas inocentadas de los colegas del Sr. Conde de Cheste. Y sigo teniendo para mí, como antes tenía, que la gramática no sirve para maldita la cosa, si no es para perder el tiempo y envenenar las inteligencias.

¿Que esta no es la manera de pensar de muchas gentes y que usted, entre ellas, arremeten con sus lanzas y fusiles en defensa de la señora gramática? Bueno. ¡Desdichado quijotismo el de usted! ¡Yo pienso tan raramente de una porción de cosas!...

¡Y no me venga usted, amigo mío, con el socorrido tópico de las sugestiones! Es mejor pensar por cuenta propia, a fuerza de hipnotismos, que no desparramarse, completamente equilibrado, en la vulgaridad corriente.

Y que es una vulgaridad de tomo y lomo esa de que, las reglas gramaticales hacen estilo, se me antoja indiscutible, sencillamente indiscutible.

La elegancia de los trajes no aumenta jamás la belleza de las muchachas, aunque muchas no tengan otras prendas que las prendas de vestir.

¿Para qué sirven las reglas gramaticales? ¿Es que la armonía, la cadencia, si miramos más allá de la sintaxis, se impone por una academia de viejos gomosos, cuajados de gramática y de reumatismos, o brota espontánea, libremente, del espíritu del escritor? Y no me hable usted de Valera; su atildamiento, su corrección, su gravedad, constituyen el patrimonio del espíritu en el más atildado de nuestros escritores. Yo no sé, querido amigo, quién le ha dicho que a mí no me encanta, ni que yo aplaudo, su lindísima *Pepita Giménez*. Lo que yo tengo por indiscutible es que el señor Valera es un excelente *diplomático*. ¡Este sí que tiene un zorro dentro! Lo que sucede es que hay presos que gimotean toda su vida en los tristes calabozos y otros que se burlan donosamente de sus jueces.

El señor Valera es el primero que se burla de estas tonterías académicas.

Además, el señor Hernández Gutiérrez no puede ignorar que la gramática es posterior a la lengua y que ha nacido aquella, no de las entrañas del propio idioma, sino de su comparación con el extraño.

El lenguaje ha seguido, como manifestación humana, los mismos, absolutamente los mismos derroteros que el derecho, digan lo que quieran los escolásticos de la gramática y de las leyes. Las primeras gramáticas que se escribieron en Roma fueron escritas por los preceptores griegos, que necesitaron clasificarla al servirse de ellas en sus comparaciones. La gramática de Nebrija, primera que se compuso en nuestra patria se hizo para aprender el latín. Si el idioma que hablásemos todos los hombres fuera el mismo, no hubiéramos necesitado nunca gramática. "La fisiología, –ha dicho el gran sugestionador Unamuno–, no enseña a digerir", y yo agrego que la fisiología de las funciones digestivas nació precisamente de las indigestiones, como casos anormales y patológicos. Y este casillero endiablado de las construcciones gramaticales, ha nacido, (es una cuestión histórica que no admite distingos) no de la propia [¿lengua?] sino de su comparación con las extrañas.

El estilo, por otro lado, es una manifestación espontánea, libre y *libertina*, que no está sujeta a trabas, ni se encierra en formulismos, ni reconoce reglas. Se me antoja un claro río, de corrientes caudalosas, que salta peñas y murmura con estrépito, como una catarata. El aprovechamiento de sus manantiales es libre, y seguirán ellos mofándose, en su carrera, de los señores preceptistas Ticknor y Revilla, Coll y Canalejas. Y si vuelve usted a aconsejarme, excelente paladín de la Academia, que me recree leyendo a estos señores, volveré a replicarle que prefiero leer las obras que critican, a los comentarios que de ellas hagan. Me interesan más los propios juicios que los que me dan hechos, de segunda mano, unos tratadistas, por insignes y académicos que sean. Y sepa usted, mi buen amigo, de ahora para siempre, que no me entusiasman,

[52] Este artículo pertenece a una polémica establecida con Enrique Hernández Gutiérrez, redactor de *El Adelanto* sobre el estilo literario. Cuatro son los principales artículos de E.H. Gutiérrez: "Un cronista" (14-05-1904), "A Jorge de Alba" (23-05-1904), "Cuatro palabras" (01-06-904) y "Punto Redondo" (07-06-1904) en *El Adelanto.*

gran cosa, los retratos, porque este arte de la fotografía no es muy limpio de suyo, con sus ácidos, revelados y virajes. Prefiero los originales.

II

Quien lee las páginas de don Quijote de la Mancha, a caza de estilo, de giros sintáxicos y oraciones gramaticales, no sabe lo que hace. Lee con prejuicios hostiles de inexorable Catón. Y tengo para mi capote que el papel de Clemencín es repulsivo en alto grado. Yo leo las aventuras del pobre caballero y no me preocupa *cómo* dice las cosas, sino *qué* cosas dice.

¿Y Luego me pregunta V. que con quién me voy? Con don Quijote.

Como él, ofrezco votos a la fermosa Dulcinea, cuando en este mundo solo tropezamos con Aldonzas Lorenzos que huelen a cebolla y huelen también a vulgaridad y tilinguismo. Ya sabe usted que esta palabreja es, hoy por hoy, mi *mot de la fin*...[53]

Ni don Quijote, ni su papá Cervantes, hubieran sido jamás académicos de la lengua. Nadie ignora el enorme revuelo que causó, entre los literatuelos pulidos de la época, la publicación de nuestro libro de oro.

El Presidente de la Academia hubiera sido, en todo caso, el Bachiller Sansón Carrasco (que, según mis noticias, terminó en Inquisidor General como terminan los Carrascos de hoy en maridos de mujeres ricas,) teniendo por secretarios al Cura y al Barbero, los Catalinas de hoy, si es que no se otorgaba alguna vicepresidencia, sin retribución ni sueldo, a aquellos prosaicos duques, que tan burdamente se mofaron del caballero de la Triste Figura.

Y aun tomando el asunto, por otro lado, amigo Gutiérrez, no es, precisamente, el *estilo* lo que sobresale en la genial novela, ni está forjada, tampoco, en la esclavitud del académico ritmo. Amanerado fue, en ocasiones, Cervantes, y es lástima que sigan mostrándose por ahí como ejemplos de pureza y casticismo, párrafos endemoniados, escritos con arreglo al gusto de la época, que no fue del todo *aurea*, sino que tuvo mucho de relumbrón y oropel. Todavía curas rústicos, catedráticos de segunda enseñanza y Universidades, se extasían leyendo aquella deleznable y ramplona descripción de la salida del sol, que Cervantes escribió, sinceramente, aunque, a ratos, sospeche que lo hizo para burlarse de los condenados libros de Caballería, que por tan malos senderos llevaron el cerebro de Santa Teresa: «Apenas había el rubicundo Apolo...» En otro error gravísimo cae usted, amigo Gutiérrez, en otro gravísimo y transcendental. Tan defendible es Sancho Panza, en esto de la gramática y del estilo, como el andante caballero. Primamente, los decires de Sancho Panza son tan ingeniosos, y tan ingeniosas sus razones y sus sentencias tan agudas, como las sentencias, razones y decoros del malhadado Caballero. No conocerá ningún criado el señor Gutiérrez que hable como Sancho Panza hablaba. Y es que Cervantes hablaba por los dos[54].

Y esto por el lado gramatical, que en el psicológico jamás acusaría yo al reposado escudero de la farsa cervantesca.

Los Sanchos son necesarios en el mundo, si queremos que existan Quijotes. Y si el acompañante del de la Triste Figura tenía fe en su amo, los Sanchos de hoy, depósitos de sabiduría, cajones de sensatez y pozos de memadas, solo creen en sus menudas hazañas y en sus crímenes rastreros.

No es muy simpático, ciertamente, el que sueña con gobernar una Ínsula, pero sí merece nuestro cariño el hombrecillo grosero que se contagia con la locura ajena.

Ideal de nuestros Diputados, de nuestros Alcaldes, de nuestros ministros, de todos los hombres que nos gobiernan, sería el de *aquijotarse* un poquito, en medio de su *sancho-pancismo*.

III

Y voy a terminar.

Me propuse no ser muy largo, ¡y lo que son las cosas! he soñado con don Quijote y defendido al escudero. Y despertando ahora, recuerdo otras afirmaciones de mi amigo que necesitan desmentirse.

Machado no ha dicho que yo sepa, que el estilo es el achatamiento académico, la vulgaridad literaria. ¡Eso lo habrá leído el Sr. Gutiérrez en algún *tratadista* de Machado! ¡Qué bien haría-

[53] Última palabra.
[54] Véase a este propósito, el saladísimo libro de Valera, *El nuevo modo de hacer novelas* (Nota del autor)

mos a la Humanidad quemando todas las gramáticas y comentarios del mundo, quedándose solo las fuentes directas de conocimiento!

Déjenme leer los Evangelios y rechazaré los Astetes [55].

¿Y dónde están los disparates? ¿Cree el Sr. Gutiérrez que va a convencerme en una cuestión que es de *gusto*, de sentimiento, de tendencias artísticas? No se discurre solo con la cabeza; se discurre con el alma.

Y ríase también mi amigo de los que se burlan del modernismo.

No hablemos, de los *asexuales* del decadentismo literario, no, esos son ridículos. Pero en las nuevas corrientes literarias hay espíritu, vigor y belleza. Ahí está Vicente Medina para comprobarlo. Y si quiere el veterano periodista que sigamos entusiasmándonos con el clasicismo (que no ha sido otra cosa que el modernismo de ayer) va a resultarnos esta vida un teatro de normalidad y de afecciones gotosas.

Déjeme, pues, el Sr. Gutiérrez estampar mis ligerezas, que no aspiro al título de licenciado *en pesadez*; déjeme con mis rebeldías al arte añejo, con mis anarquismos literarios y con mis burlas a los viejos académicos, que convencidos de su ineptitud en la política y en las profesiones liberales, quieren demostrarla también en las letras, escribiendo diccionarios insulsos, redactando memorias que nadie lee y... cobrando dietas. Son tan toscos como su detractor, Antonio de Valbuena, otro gramático inaguantable.

El Castellano (30-05-1904)

Oraçâo á Luz

(Poema portugués)
de Guerra Junqueiro

El vate lusitano canta a la luz en el último de sus cantos. Un canto melodioso y grave, con voz de trueno, a las veces, y otras con ritmo suave y deleitoso. Obra de un filósofo y de un poeta, *Oraçâo á Luz* sugiere pensamientos y mueve a la ternura.

En estas serenas y puras regiones del arte, lejos de la farsa, se me antoja Guerra Junqueiro más simpático que exponiendo su terrible sistema panteísta. Ha cantado ya la humildad de la gente campesina de su tierra, a la que salva de sus hermosos arañazos Eça de Queiros; y aquí, en *Oraçâo á Luz*, nos enseña encantos ignotos de la Madre Naturaleza. El que tiene imaginación, y mucho más si es tan poderosa como la de Junqueiro, tiene que pensar muy hondamente, por lo menos, como cualquier filósofo de tanda. El Dante, con su *Divina Comedia*, dio más que soñar a los jóvenes de espíritu, que Newton, con su *Caída de los graves*, a todos los físicos del mundo.

La luz es madre de todas las cosas, de los pájaros, de las flores, de los insectos. En su seno germina la vida. Las tinieblas son la muerte.

Pou teu fulgor genesico e materno
Surdem nupcias das campas viridentes
E um novo abril palpita en cada inverno...
. . . . . .
. . . . . .

Para Junqueiro tienen alma las cosas, «almas lentas, ínfimas, nocturnas, ciegas y sordas, que se están besando.» Y tiene matiz la luz. En el hermoso *Oremus* final del poema, le sirve la luz para el canto, para la lucha, para el sueño, para el llanto y para orar con su Dios. La viva luz de las mañanas, preñadas de esplendor y llenas de luz universal, presta cuerdas a su lira; y la luz de fuego,

Arde em meu sangne, meu vigor inflama,

para luchar con tesón.

Y sueña, luego, con la luz de las penumbras que se estremecen en las aguas, evocando montañas de mágico vapor, y le hace llorar la blanda, plateada luz de la luna, y la de las estrellas, que cae de los abismos del ardiente misterio, eleva su espíritu en religiosa contemplación...

---

[55] Catecismo publicado por el jesuita Gaspar de Astete.

El poema de Guerra Junqueiro es hermoso. Dentro de su aparente suavidad se descubre, a la legua, la rebeldía portuguesa.

Estos buenos burgueses de Lusitania son terribles, pero ante éste me descubro, diciendo a mis amigos:

– ¡Ahí va un hombre!

El Adelanto (14-06-1904)

"El Intruso"

Novela por Vicente Blasco Ibáñez

Es la novela, novela de pelea, de combate al *intruso*, a la influencia jesuítica que se cuela en el espíritu de los ricachones de Bilbao, de ese Bilbao de las fortunas fantásticas, de las minas, de las fábricas, de la bolsa, y de la vejez intransigente y de la juventud, no menos intransigente, que forman los chicos de Deusto.

Blasco Ibáñez es un meridional, un valenciano, cargado de odios, como buen hijo de los árabes. Es, además, un político más o menos militante, un fanático feroz. Y de este fanatismo proceden, a mi entender, las bellezas y los lunares de la novela. Las bellezas, por la energía viril que da el novelista a los tipos, bien estudiados; a las escenas, adivinadas con sagacidad penetrante, a los lunares pintados con toda la riqueza de que es capaz la pluma del gran escritor. Y los lunares, porque debajo del novelista se descubre, a las veces, al diputado republicano, al orador fogoso del Parlamento.

A mi me parece muy bien que se pegue al intruso, que bien lo merece, pero no solo al intruso negro. El rojo merece, de vez en cuando, una paliza. Tan censurable es el proceder de aquellos que tiran las imágenes de los santos a la ría, como la de aquellos clérigos que, desde la Basílica de San Nicolás en el Arenal, quieren propagar la devoción a la Virgen de Begoña a pistoletazos y pedradas.

Blasco Ibáñez no ha hecho una novela de imaginación, no. Estuvo, hace meses, en Bilbao. Se enteró de aquella explosión de salvajismo del pasado año[56], en aquel domingo de la peregrinación sangrienta, se documentó haciendo caso a los suyos, e hizo una novela en *republicano*, y en republicano bilbaíno, que es peor.

Lo otro, lo de la guerra al *intruso*, merece mil enhorabuenas de los indiferentes como yo. Bilbao está siendo la cuna de la memez y del orgullo, del fanatismo y de la gazmoñería. En la villa «invicta», dirigen las conciencias y las fortunas los jesuitas de la Residencia y los cerebros los padres de Deusto. El espíritu seco y recortado, cargante, de los hijos de Loyola germina muy bien en el modo de pensar de aquellas hembras duras y fanáticas, y por las hembras en sus maridos que a mí se me antojan indiferentes del todo. Un millonario no tiene tiempo de formarse su concepción religiosa; aunque tire a jesuita, es por aquello de tener paz en su casa.

El *bizkatarrismo*, que dejará de ser un movimiento político digno de estudio cuando su fuerza no radique en las mujeres, es también blanco de valientes apóstrofes, en el autor de *La Barraca*. Es cierto lo que dice la novela. Los piropos vascuences a la Virgen de Begoña tiran a destruir la integridad de la patria. Por debajo del fervor a la patrona de Vizcaya no hay otra cosa que el odio al *maketo*, al castellano, al intruso que espolea los estrechos caletres de aquellos gomosos de pantalón blanco.

Y muy digna de aplauso es aquella aseveración de Aresti, el buen doctor, cuando afirma que en su país no hay sentimientos afectivos. Y es preciso que entren en Bilbao a impulso de las gentes de fuera.

La farsa que sirve de pretexto a los desahogos de Blasco, es de interés y amenidad. Un millonario, Sánchez Morueta, dedicado solo a su negocio, vegeta tristemente, bostezando y aburriéndose enormemente. El millonario tiene una hija, Pepita, que quiere a Sanabre, un

[56] En octubre de 1903 se organizaron peregrinaciones a Bilbao para proclamar a la Virgen de Begoña patrona de la villa. Su ostentación en la vía pública fue considerada por los republicanos y socialista como un provocación y atentado contra la libertad de culto. Ambos grupos se enfrentaron en El Arenal, provocando un muerto y varios heridos. Grupos anticlericales descolgaron de algunas fachadas imágenes de santos y las tiraron a la ría.

ingeniero de los Altos Hornos, hombre del siglo. Pero un señorito brutal, fanático, cargado de pedantería y erotismo (el tipo es frecuente) ronda también los millones de Pepita. Ha estudiado en Deusto y los padres jesuitas le protegen en sus amoríos. La chica, que no tiene más voluntad que la de su confesor, desprecia a Sanabre. Sánchez Morueta, que se divierte en Biarritz con una *cocotte*, ha sido sorprendido en sus juegos por su mujer, la cual consulta al P. Paul. Este la aconseja que vuelva al siglo. Un primo de Morueta, que es médico en Gallarta, conoce el plan de los jesuitas y lo advierte al millonario. Pero a este le convencen al fin, lo largan a Loyola a practicar ejercicios y casan al antipático Fermín Urquiola (el abogado de Deusto) con Pepita. Blasco Ibáñez describe magistralmente, en el curso de la acción, las minas de Gallarta, los Altos Hornos de fundición, una fiesta regional en Azpeitia, el monasterio de Loyola (Guipúzcoa) y, por último, el choque del año pasado, con todos sus pelos y señales.

La novela dará mucho que hablar, porque se presta como ninguna a todas las violencias del sectario. El libro es fuertecito como él solo. Nueva *Electra*, de más alcance, de más intención que el desdichado drama de don Benito, desgarrará los cuerpos en nueva lucha civil, de odios e intransigencias.

El juicio de Blasco Ibáñez sobre Bilbao se condensa en esta frase de Aresti: «Este es un país sin corazón. No se ha dado todavía el caso de que una muchacha se escape con su novio».

NOTA.– Me olvidaba de mi inteligente amigo, aquel «vecino de Villa–Regia», que, sin más señas, se metió conmigo no ha muchos días, en este mismo periódico. El artículo está bien hecho y es lástima que no sepamos la gracia del incógnito gracioso.

Créame, mi buen amigo, el vecino de marras; a pesar de no tener cédula personal (¡qué feo!), le he conocido de pies a cabeza, porque hay frases y giros y cosas que solo proceden de caletres distinguidas.

Y no toco el pandero en son de ironía.

El Adelanto (25-07-1904)

Los pequeños filósofos[57]

«Azorín» ha sido víctima de los policías de Ontaneda[58].

¿Por qué ha sido víctima «Azorín»? ¡Ah, señores, hay cosas profundamente extrañas, profundamente *grises*! «Azorín» ha merecido su desgracia.

«Azorín» ha causado muchas víctimas también. Han sacado a relucir sus tonterías muchos tontos, sus vaciedades muchos hueros, sus cosas infantiles muchos niños... Y «Azorín» tiene la culpa.

Ha inundado de capas azules los hombros de sus imitadores; ha suprimido muchos bigotes de rostros virginales; ha hecho terribles revolucionarios de linfáticas criaturas, y ha convertido grandes aptitudes en simples memadas.

Las poblaciones viejas y anodinas se han llenado de recuerdos y grandezas; los idilios de las modistillas, de tristezas amargas y de recuerdos opacos.

Y «Azorín» tiene la culpa de que les suenen a sus imitadores, pausadas y graves, las campanas de la Colegiata. Las de las monjas, es sabido que tintinean puras y argentinas como voces de niños o arrullos de enamorados.

Además, la pequeña filosofía del pequeño «Azorín», ha parido un enjambre de pequeños filósofos. Seres que toman en serio sus penas de muchachos, que han adoptado su *pose* de aburridos y superiores y que se han acostumbrado a ver, desde la lectura de *La Voluntad*, la profunda filosofía de las cosas.

Estos pequeños filósofos no tienen nunca novia, ni fuman, ni beben licores fuertes. Se cuidan mucho del vestido, en este país donde solamente los sastres hacen señoritos. Y en cuanto

[57] Firmado como Jorge de Alba.

Azorín había publicado en este año *Las Confesiones de un pequeño filósofo*, autobiografía de su infancia y juventud. El género, si no el libro, tuvo éxito y muchos le imitaron. El mismo Miguel de Unamuno, unos años más tarde publicaría sus *Recuerdos de niñez y mocedad* (1908).

[58] Al parecer Maura iba a pasar unas vacaciones en Ontaneda y la policía que lo custodiaba investigó a *Azorín* considerándolo un temible ácrata que pudiera atentar contra la vida del presidente del gobierno.

al amor, no les preocupa la muchacha que no ha perdido la virginidad, sino aquella otra que, arrojada en el arroyo, puede recuperarla gracias a los versos azules y a los ojos en blanco del amante.

¿A qué, pues, protestar de lo ocurrido al pobre «Azorín»? Yo quisiera que nos charlase ahora, disculpándose y pegando a sus tontos imitadores.

A los imitadores de la capa azul.

El Castellano (04-08-1904)

El regionalismo gallego

Se ha verificado, en la Coruña, un hermoso acto literario, al cual han concurrido representaciones de Galicia entera. El poeta regional mimado, señor Curros Enríquez, se ha despedido de sus paisanos para la Habana[59], donde ha tiempo que dirige un periódico, y, en la despedida, les ha leído una poesía, donde habla de las bellas noches de blanca luna, de las romerías y santuarios de la patria chica y de los ojos de las coruñesas, negros y grandes, como los pecados del poeta.

Y estas coplas, estos versos sencillos y dulces, han tenido más importancia para el espíritu regional gallego, que las declaraciones políticas de cualquier Montero Ríos. No hablo aquí para los filisteos, para los que no saben comprender cómo unas coplas mueven a Galicia en honda conmoción política. Sigan ellos sin conceder valor positivo a los poetas y en considerarlos como buenas personas que ayudan la digestión de los hombres serios.

Galicia no tiene predicadores que la charlen de su independencia, ni políticos que exciten su regionalismo. Hay problema religioso en Pontevedra; los protestantes levantan capillas en Vigo y el señor Arzobispo de Santiago ha fundado un periódico «El Áncora», que se opone a la expansión de los disidentes, del bellísimo pueblo de Marín.

Existe problema social también, en las costas y en el campo. La cuestión de los jeitos y las traíñas[60], que tan revueltos ha traído a los pescadores de las rías bajas, no es, en el fondo, más que esto. Y en el campo, no es el capital el que lucha contra huestes bien organizadas de proletarios. El campesino pelea contra el cacique, contra el diputado, contra el usurero que le explota. Y como es débil y pobre, sufre la derrota y emigra.

Lo que no ha habido nunca, –y empieza a evidenciarse ahora–, es el problema regionalista. No se ha puesto jamás este país en frente del Estado, ni ha discutido con él, ni se ha sentido con fuerzas bastantes para exigir.

Galicia ha carecido de conciencia colectiva, de sentimiento regional serio. Y empieza a sacudir su modorra y a despertarse, en estos momentos, arrullada por los cantos de sus trovadores, entre los cuales descuella el señor Curros Enríquez.

Este poeta tiene, además, su historia política correspondiente. Amante de la libertad, una libertad que peca, a ratos, de ciertas audacias inocentes, sufrió la imposición del clero de Orense.

Fue excomulgado y denunciado por un obispo, a raíz de la publicación de sus "Aires d'á miña terra". Y a pesar de todas las vejaciones imaginables, que terminaron en una sentencia absolutoria de los magistrados de la Coruña, ese libro inimitable, que tiene cantares que canta el pueblo, y sátiras violentísimas contra el papado y el jesuitismo, constituye el catecismo de aquella gente. Es el himno regional.

He oído cantar los versos de Curros a las campesinas del país. Eran unas chiquillas, de trenzas doradas, de abombado seno, que, cogidas por la cintura, iban a su aldea en una deliciosa tarde de otoño, en que reía el paisaje. Hay que oírlas cantar aquella dulcísima trova:

Cando se pon a lúa;
Tras os penedos.
Choran as estrellinas,

[59] Emigró para La Habana en 1898. Volvió a su tierra natal y en este año de 1904 le obsequiaron los regionalistas con un homenaje. Su recibimiento por parte de sus paisanos no fue como él esperó y se volvió de nuevo a Cuba. Es de esta vuelta de la que habla Sánchez Rojas.

[60] *Jeito* y *traíña*: redes propias de pesca.

Todas d'o ceo
Tamen eu choro
Cando non m'allumean,
Eses teus ollos.[61]

y entonces se comprende la enorme popularidad del vate, que tanto han agasajado los coruñeses. Llamará bergante a San Ignacio de Loyola y dirá atrocidades del abad del Concejo. Lo sectario no entra en las entrañas del pueblo. Solo entiende cuando le hablan del amor, de los oteros, de la dulzura de la gaita y de las tristezas infinitas que pasan los emigrados, fuera del terruño.

Galicia termina sintiéndose región como empezó Cataluña; por un gran movimiento literario.

Con la celebración de la velada han coincidido varios estrenos de dramas del país, el país dramático por excelencia. Y lo que ha empezado por ser una cosa del gusto de los literatos, lleva trazas de concluir en algo serio, algo que obligue a pensar a nuestros políticos y legisladores.

Entre los organizadores de la famosa velada, ha dominado un espíritu de transigencia. El patriotismo ha salido triunfante de los caminos y envidiucas de toda laya. Antes que sectarios se han sentido gallegos.

Todos los literatos regionales estaban allí, sino en presencia, en espíritu. Allí el viejo Murguía, insigne historiador; el poeta bicense Jesús Rodríguez López; el satírico Labarta José; la Pardo Bazán; el joven dramaturgo, autor de «El Abolengo» Millán Astray; el insigne Casas; el cuentista Ojea; el cantor de *Os orfos d'a inmigración* Eladio Rodríguez; Ortega Munilla y el tiernísimo Lamas Carvajal, uno de los poetas regionales más interesantes, y, en fin, todos los que continúan la labor de Rosalía Castro, de Pondal, de Bucetto[62] y de otros mil, dignos de encomio y aplauso[63].

Los literatos de ahora que hacen arte, acabarán por hacer región.

No es de aplaudir, sino con reservas y distingos, que Curros encarne, por entero, el ideal de su país. Su dialecto se aparta en demasía del castellano; se aportuguesa con frecuencia. Y ha ido en busca de inspiración a los grandes poetas lusitanos contemporáneos, Antero de Quental y Guerra Junqueiro.

El mayor reparo que puede hacerse, respecto de la eficacia del movimiento que se inicia ahora, es el mismo carácter de sus habitantes.

Tienden a la disgregación. Emigra el pueblo y cuando vive lejos, se siente fuerte, por la inconcebible repulsión que sienten otros hacia el gallego.

El señor Lerroux ha notado, en su viaje a Galicia, un descontento general y una fuerte rebelión pasiva que puede convertirse, al estallar, en un estado de anarquía. Pero no es el cambio de postura, la mudanza de instituciones, lo que anhela el campesino gallego. Esos "cambios de postura" no conmueven jamás las entrañas sociales. A lo que tira el pueblo gallego es a un cambio de organización social.

Esto por un lado, que por el otro, la dificultad del movimiento estriba en la propia emancipación individual. De conseguirse, traerá, como corolario inevitable, la fuerza de Galicia como país que tiene su dialecto y afecciones y tendencias propias.

El Castellano (02-11-1904)

La velada de anoche[64]

Los jóvenes académicos de Santo Tomás de Aquino celebraron ayer la velada inaugural del presente curso. Asistieron, entre otros, los señores Reymundo, Giménez y R. Miguel, el Juez de Instrucción señor Carrera Bermúdez, el señor Muñoz y buen número de señoritas guapas, jóvenes elegantes y curas no tan elegantes.

[61] "Cuando se pone la luna / tras los pinedos, / lloran las estrellas / todas del cielo, / también lloro yo / cuando no me alumbran / esos tus ojos."

[62] "Seguramente se refiere a Isidro Buceta Buceta.

[63] Y los cuales puede estudiar el que se interese de la génesis de este proceso literario en el libro del señor Murguía, *Los precursores* (Nota del autor)

[64] Artículo firmado como Jorge de Alba.

El señor Íscar leyó una memoria bien escrita. Salióse de lo vulgar y el inquieto Sirkassir[65], dejó salir por la boca el humorismo sano que le pasea por dentro y sacó partido de todo, hasta de unos retratos que cuelgan de las paredes del salón, los cuales serán buenos cuando estén ennegrecidos del todo. Muy bien.

El señor Laca defiende, después, en un bonito discurso, el servicio militar obligatorio. Declamó como cualquier discípulo de Vico, Calvo o compañía y entretuvo a las gentes un buen rato. Yo le escuché con gusto.

El señor Muñoz, leyó unas cosas sobre *Feminismo necesario*, vamos, de feminismo de Académicos de Santo Tomás, para andar por casa.

¡Comienzo a padecer!

El señor Burgos lee, después, una simpleza estupenda: «¡A la China, a la China!» No hay derecho para decir simplezas, señor Burgos. Sus coplas, preñadas de ripios hasta reventar, son malísimas y cargantes, sin enjundia ni salero. Son un calendario de nombres raros, que así tienen que ver con la tierra de los mandarines, como los versos de usted con los aciertos de Vicente Medina.

El señor Valencia diserta después sobre las coquetas. Este tema de la coquetería debe ser tratado, en efecto, por un chico que coqueteó con la otra niña, desde las columnas de *El Porvenir*, para terminar poniendo cara risueña ante los frailes dominicos. Bien es verdad que la Academia de los tomasitos no tiene nada que ver con la República ni con las expansiones anticlericales del Sr. Valencia. Basta con el arrepentimiento y con un buen peinado para ingresar en la sociedad.

El vice-presidente, señor Cimas, pronuncia un discurso burlándose del duelo. Me parece bien; son unos fantoches los que se baten. Algo pudiera, sin embargo, ocurrírseme sobre el estilo del señor Cimas. Está cargado de metáforas viejas; es falsamente retórico. Declama con alguna corrección y es lástima que no sea más sencillo. Esos tonos de viejas leyendas medioevales, con briosos corceles y demás tópicos del caso, han pasado ya a la historia. Se lo digo sinceramente al señor Cimas; deje esos andadores y gustará más, aunque no entusiasme a la galería.

José M.ª de Onís lee un trabajito sobre *El Amor*. Tiene observaciones psicológicas, dignas de estima. Escribe con soltura, ¡tiene *contenido*! ¡Duro con los jóvenes bellos! Pero reforme sus pésimas opiniones sobre la mujer. Está bien lo que dice este académico del amor del corazón, pero también conviene un poquito de amor con la cabeza. ¡Pobres intelectuales, chiflados con la lectura de las novelas!

El señor Gutiérrez Pereira presenta un trabajo, *Notas de la vida* que lee, bastante mal, por cierto, un señor Aldea. Habla, en él, de su infancia. Está bien hecho el trabajo de mi querido amigo. Tiene atisbos, soltura y elegancia. Pero procure, para otra ocasión, el señor Gutiérrez leer por sí mismo lo que haga. Anoche quedaron bastante deslucidas, a causa sin duda del lector, sus *Notas de la vida*.

Y otra vez el señor Valencia con... *se suplica el coche*. Protesto, desde aquí, de que se lleven cuestiones personales a esos sitios, para hacer chistes de dudoso gusto. Cada estudiante, cada compañero del señor Valencia, es libre para hacer cuanto le venga en ganas. Es una chiquillada eso de sacar a relucir viejos trapos. Y si hubo *combinaciones*... me abstengo de comentarios.

A las diez salimos de la velada.

Yo vine silbando a casa lo de mi paisano Bretón.

A la China, na, China, na, y dispuesto a ser franco y serio en la reseña del acto. Hubo trabajos muy bonitos y discursos y versos inaguantables.

El Castellano (19-11-1904)

Vicente Medina

En estos días de luto por la muerte de Gabriel y Galán, me he acordado mucho de otro poeta, de musa agreste y bravía, que también rima en habla popular. Vicente Medina que es, acaso, el mejor poeta español contemporáneo, merece, sin duda, los mismos elogios que hemos tributado a nuestro vate.

[65] Seudónimo de Fernando Íscar-Peyra

No es la musa de Medina resignada y prudente como la de Galán. Es altiva, se revuelve contra los formulismos de toda laya. Derriba, a trompazos, los viejos monigotes seculares. Su canto es lucha encarnizada, combate sangriento contra los hartos y los felices.

Y ha buscado en el pueblo la inspiración; canta los amores y las tristezas de todos. Y ha sido Murcia el escenario de sus héroes, héroes que no filosofan cachazudamente en los escaños de las cocinas como los nuestros, héroes impulsivos que se matan por disputarse las caricias de una morena, nietos de árabes.

Al revés de Galán, no ahonda Medina en los afectos humanos, purificando los espíritus.

Saca a flor de tierra las pasiones animales; retoza con la bestezuela que llevamos dentro. Pierde la cabeza con la muchacha desenvuelta, le embriaga el vino y una mirada fría del rival le hace sacar la navaja y convertir el baile dominguero de la huerta en campo de Agramante.

La musa de Galán sume en deliciosa quietud; la de Medina revuelve la digestión y marea el caletre mejor asentado. Un rebelde no puede sentir la dicha del hogar ni canturrear coplas a la reja de la moza casta. La vida se le hace despreciable con su procesión de negruras y de tristezas.

Para el hombre sencillo de los campos, la religión es un consuelo. Para el hombre complicado de la ciudad, hay miserias que necesitan otros remedios que la fe. Con las limosnas que da el ama ricachona al señor cura, se arregla el hambre en la aldea. En la ciudad no basta el pan que tape las bocas hambrientas. Hay hambre de otra cosa: de venganza.

La visión del mundo en ambos poetas es contraria. La de Medina es pesimista, alegre y bonachona la de Galán. La concepción de la vida en ambos, es cuestión de ambiente. No es lo mismo haber sido labrador contento con el oficio, que mozo de cesta y soldado en Filipinas; ni deja igual estela en el espíritu, una juventud de anhelos satisfechos, que un montón de fracasos y de penas. Y la poesía de ambos es igualmente intensa, porque está forjada en sinceridad. La mujer de Galán, prudente y candorosa, que le hace dulce la existencia, tiene que ser el ídolo casero, a quien saluda, con efusivos rendimientos, no desprovistos de ligerilla vanidad, el amante correspondido.

La hembra de Medina está engendrada en sueños; no tiene realidad objetiva. El poeta castellano ofrece a la reina de sus amores claveles y gamarzas, el de la huerta regala sus lauros de poeta a otra mujer para que los ciña en la frente de su novio, porque sus amores

> se fueron una tarde de otoño en que las hojas
> de los añosos álamos se desprendían secas [66]

Para Galán la vida es un poema íntimo de alegrías fuertes y monótonas, de placeres constantes. Para Medina es una farsa indigna que levanta indignación en su pecho:

> Cuando en la prosa vil de la vida la hiel apuro,
> Cuando en la farsa del mundo necio soy comediante,
> Cuando al empuje de los humanos troto entre bestias,
> También yo canto.[67]

Pasó los años de su vida Gabriel y Galán en amables caricias con sus hijos. Consume Medina la suya; aperreada y obscura, haciendo guarismos comerciales que le rinden unas cuantas pesetas al mes. Galán no pasó jamás por hondas crisis de espíritu; al menos no las dejó traslucir. Para él todo estaba resuelto; no tenía problemas que plantear ni dudas que amortiguaran su fe de labriego. Como era dueño de los corazones y del trabajo de sus criados y les consolaba en sus cuitas, no escuchó jamás lamentos de infelices. Medina ve en la ciudad donde habita, en Cartagena, golfillos que duermen en las calles durante el invierno, muchachas enflaquecidas que echan cuentas imposibles delante de los escaparates de los tenduchos, obreros que maldicen la vida, Y tal espectáculo le irrita; la musa, delicada y tierna, se torna rígida e implacable:

> que no dejas a los hartos digerir tranquilamente
> pobre musa, musa triste, del dolor enamorada.[68]

Galán supo embobarnos cuando nos decía como cantan las mozuelas lavando en el regato y a que sabe el tañido de la gaita pastoril. La música severa de Castilla vibraba dentro de sus

[66] Vicente Medina. *La canción de la vida.* "Mi reina de la fiesta".
[67] Ibidem. "Canto".
[68] Ibidem. "A mi musa".

versos con languideces exquisitas. Medina sabe decirnos también como son las coplicas de la huerta:

¡Qué dolor de caëza!
¡Que se callen tós esos que cantan!
Pa' coplicas, aquellas tan durces,
Y aquéllas, a veces, tamien tan amargos,
Aquellas que paecen quejios de pena.
Aquellas que paécen risicas del alma.[69]

Galán canta la belleza de la charra "de ojos castaños"

con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades[70].

Medina se admira de sus paisanas y exclama con arrobamiento, hablando de una chiquilla:

¡Señor! Si es una cría.
Si ayer mesmico como dijo el otro,
corría esaliñá por la pradera,
empués, allá en el soto
siempre pegando brincos, tan secuza,
¡que tó en su cara se golvían ojos!
. . . . . .[71]

No he podido resistirme a la idea de hacer un paralelo entre los dos poetas regionales más insignes, que comparten con Curros Enríquez (de quien hablaré otro día), las glorias de la poesía española contemporánea.

Se fueron al mundo de las almas buenas Galán y Verdaguer. Quedan los *otros*, los que comulgan en otras iglesias.

No he de caer en la manía ridícula de comparar los unos con los otros. Imitando a Guerra Junqueiro, yo no sé dividir a los poetas en monárquicos y republicanos. A todos los admiro por igual siempre que canten afinadamente.

El hombre de procedimientos artísticos más parecidos a los de Galán, es Medina. Y me deleita el anarquismo de este y gozo con la fe de mi pobre paisano. No arrojaría flores en el sepulcro de Galán porque cantase esto o lo otro, sino [sic] hubiera cantado como un ruiseñor.

Gente Joven (11-02-1905)

Pachín González

El viejo hidalgo montañés de tez morena y de expresión desdeñosa, de perilla recortada y de charlar castizo, don José María de Pereda, ha publicado, con su viejo y fúnebre *Pachín González* a la cabeza, los cuentos y narraciones cortas que archivaba en sus cartapacios y gavetas.

El cronista, hojeando el último libro del escritor santanderino, ha recordado por un momento aquellas lecturas de sus quince años, aquellas lecturas de colegio que obtenían el beneplácito de aquellos buenos clérigos, sus maestros, y que eran el contentamiento y la delectación de sus amigos y compañeros. El ambiente moral del colegio coincidía con el ambiente de las novelas del viejo don José María. Las pasiones mundanas se estrellaban en las paredes de aquel encierro de jóvenes prudentes.

Discretos, como el Sr. D. Ramón Pérez de la Llosía, eran aquellos maestros.

Como el buen hidalgo de Coteruco, aquellos profesores del cronista sostenían que en una fábrica de relojes, el oficial que desmontaba un cronómetro debía de ser distinto del que lo compusiera, y que uno debía confeccionar la cuerda, y el otro imprimir las horas en la esfera, y el de más allá componérselas con el minutero, y el de la acera de enfrente arreglar los dientes de la máquina, porque, de otra suerte, el desquiciamiento era indudable en el ramo de la relojería. Sencillas, sanotas y buenas, como la hija de D. Román, eran las mozas que veían

[69] Vicente Medina. *Aires murcianos*. "Murria".
[70] José María Gabriel y Galán. *Castellanas*. "Mi montaraza".
[71] Vicente Medina. *Aires murcianos*, "Carmencica".

los amigos del cronista, jueves y domingos, al ponerse en contacto con el mundo. Y nuestros sueños eran imitar a los apuestos y gentiles donceles que ha visto Pereda, en las viejas casonas solariegas de su montaña, rondando y chicoleando castamente a las hijas de los caciques de aquellos contornos...

Y he aquí cómo un acontecimiento literario de un ingenio moribundo tiene el don singular de remover pagadas añoranzas y recuerdos personalísimos. Es que los libros de entretenimiento influyen decisivamente en nuestra vida, y, que, a la inversa, nuestra vida influye también en las lecturas de un modo positivo. Cuando llevamos latentes las sensaciones en el espíritu, y tenemos el corazón amodorrado y no muy fuerte la voluntad, queremos que nos aprisionen las redes de la farsa, y nos creemos héroes de carne y hueso actuando en el escenario de nuestro autor favorito.

Más tarde, queremos acallar nuestros gritos de dolor, nuestros íntimos sentimientos de rebeldía, acudiendo a otros melancólicos y a otros rebeldes, que, antes que nosotros, sintieron las mismas impresiones y del mismo modo. Primero, queremos hacer de la existencia un remedo de la farsa que nos deleita. Más tarde, a las primeras voces del desengaño, queremos hundirnos más y más en las propias cavilaciones...

El cronista no gusta hoy del procedimiento artístico del escritor montañés, ni se interesa con sus relatos cándidos e inocentes. Sonríe, sin hiel, como hombre, ante las bribonadas de Patricio Regüelta y ante el acento americano del Sr. González de la Gonzalera y ante los sabrosos idilios de Peñas arriba... Pero no puede olvidar jamás que Pereda es el escritor exclusivo de los colegiales ingenuos.

Pereda no será el sacudidor de energías, ni el que sepa, como Flaubert, analizar almas complejas, pero pocos, muy pocos, ninguno de estos mozalbetes de pro que hoy hacen gemir las prensas con sus hermosas creaciones, sabrán pintar cacerías de osos, viáticos a curas bonachones, paisajes montañeses, labriegos cazurros y muchachas hacendositas, –un poquito tímidas, levemente cursis– como el viejo y moribundo autor de *Pachín González*.

Nació para describir fachadas de la Naturaleza, no para penetrar en su interior.

Y a fe, a fe, que no tornaremos a gozar en mucho tiempo, de visiones más admirables que las de esta retina que ha sabido dibujarnos firmemente *Tipos y paisajes*, *Escenas montañesas*, *Sotileza* y *Peñas arriba*.

El Castellano (02-02-1906)

La maja desnuda

Al terminar de leer esta novela, la última del popular escritor valenciano, no he podido menos de echarme las manos a la cabeza y exclamar para mí solo: pero ¿es este el hombre de las revoluciones? ¿Es esta novela una cosa batalladora, viril, llena de enérgicas imprecaciones contra el organismo social que nos rodea y acaba por ahogarnos casi siempre?

Nada de esto. Blasco Ibáñez se ha convertido en un fabricante de libros, a tanto la pieza, como Pérez Galdós. De jefe de las kábilas [sic] republicanas de Valencia, ha pasado a mangoneador y definidor del gusto de las kábilas artísticas. Es una desgracia.

Blasco Ibáñez rastrea el gusto medio nacional, le sigue, le adula, se impone a él y le llena de prejuicios rojos, de fanatismos iguales a los que él censura tan duramente en sus libros.

Porque toda «La maja desnuda», aun no careciendo de bellas páginas y de felices atisbos técnicos, no pasa de un vulgarísimo canto al pecado de la carne. Renovales, el héroe de la novela, es un sátiro que sabe pintar muy bien y que ama, sobre todas las cosas, el desnudo. El artista, para Blasco Ibáñez, es un ser excepcional, que puede obrar sin necesidad de resortes éticos que muevan su conducta. La moral es para las muchedumbres, para las kábilas.

Ellos, los pintores, los literatos, los músicos, deben ser enteramente amorales. He aquí la teoría cómoda que desenvuelve Blasco Ibáñez, teoría sencilla que halaga el espíritu infantil del público, dispuesto a conceder toda clase de privilegios a las gentes superiores.

Está bien que se reaccione contra la moral al uso, siempre que se asienten las bases de otra ética. No me parece descabellado el propósito de invertir sus casilleros, y sobre todo, de modificar los valores convencionales de sus jerarquías, siempre que se creen otras jerarquías y otros casilleros. Pero de esto a tener por aceptable la moral de la canalla, hay todo un abismo. Es tan dañoso el privilegio de la aristocracia como el privilegio del arte. Las capas superiores han de

impulsar el movimiento ético, pero sin crearse para ellos, *colectivamente*, la holgada creencia de que todo les está permitido. Una condesa, como la condesa de la Alberca, que figura en *La maja desnuda*, es, a pesar de todas sus incoherencias, a pesar de todas sus extravagancias cursis, una perdida, una mujer del arroyo. Y Renovales, el gran pintor, un bohemio sin grandeza, un pecador anónimo, un salvaje distinguido.

Es muy fácil rastrear la fuente de muchos de los episodios que componen *La maja desnuda*. En todos ellos lo que se ve con los ojos de la cara, lo exterior, está divinamente reproducido. Las notas estéticas de más enjundia, los perfiles delicados, escapan a la penetración del discípulo del *cerdo triste*, de este hombre que se ha fijado, ahora más que nunca, en la estética zolesca, con todos sus bellos andamiajes, con todas sus geométricas proporciones, con todas sus filosofías baratas al alcance de los cerebros de más escasa fortuna.

Ante todo y sobre todo, Blasco Ibáñez ha vuelto a fabricar un libro erótico, de erotismo de grisetas[72] y de estudiantes. No hay detalle puerco que ahorre, ni incidente pornográfico que no meta al lector por los ojos.

El libro pornográfico es pasadero cuando no está hecho adrede para escandalizar al inocente público, para asustar al buen burgués que dentro de nosotros vive. Así, las celebradas narraciones de Eça de Queiroz, pornográficas y todo lo que se quiera, se resisten y agradan. Son porquerías urbanas, de gomoso corrompido que sabe reírse de ellas y despreciarlas. Lo que es inaguantable es frotar las narices del lector con malos olores, estropearle el estómago, y, luego, asegurarle muy formalmente que en las letrinas está la alegría y la verdadera salud moral, la que se nutre de despreocupaciones.

El fanatismo meridional sigue inspirando al señor Blasco Ibáñez sus peroratas sañudas y calientes. Aprovecha un clavo ardiendo para burlarse de los clérigos y para hablar mal de los automóviles. Todo esto resulta pueril hasta la saciedad. Estas diatribas pueden ser muy bien firmadas por los reporters de última fila y por los más humildes propagandistas republicanos.

Y no quiero seguir imitando «La maja desnuda» porque su lectura no me ha sugerido más que reparos y extrañezas.

En resumen: es un libro que no me interesa y que hará las delicias de los chulos, de los trasnochadores y de los viejos verdes.

Editorialmente, el libro será un negocio redondo, porque espolea la bestia humana y porque excita las pasiones animales del gran público.

El Castellano (04-07-1906)

Varios

El alma castellana, por *D. Pedro* González García[73]. Doctor en Letras. (Premiado en los Juegos florales celebrados en Salamanca en Septiembre de 1905.) Salamanca, 1906. Un folleto.

El autor de este folleto, «sumiso a una voz interior que le pedía trabajar por Salamanca», ha contribuido eficazmente a los escasísimos estudios de psicología regional con unas cuantas páginas hechas de prisa, sí, pero amasadas con espíritu y con juventud y matizadas de muchas, muy discretas y atinadas reflexiones. Confieso que para mí ha sido un descubrimiento feliz el hallazgo de un joven que piensa con brío mental y con férrea independencia de espíritu sobre las cosas y las costumbres de las gentes castellanas. El folleto *El Alma castellana,* del Sr. González García, obtuvo el premio ofrecido por el Excmo. Sr. Conde de Romanones en los Juegos florales organizados por la revista *Gente Joven,* de Salamanca, y es de agradecer a los señores jueces que calificaron los trabajos presentados en aquel concurso que se fijaran en la meritísima labor de un muchacho que ha logrado hacer algo de provecho, con base científica, sobre la psicología de Castilla. El Jurado calificador no fue injusto del todo; verdad es que no supo distinguir

[72] Del francés *grisette*. Viene a significar lo mismo que *modistilla* en esta época. Es un tipo de mujer proletaria muy novelesco a cuyos amores recurren con frecuencia los estudiantes sin dinero sabiendo que la abandonarán en cuanto terminen su carrera, su doctorado o viaje de estudios.

[73] Previamente, Sánchez Rojas habría publicado este artículo en el periódico salmantino *El Castellano*, donde lo hizo en 2 entregas; una primera, que no hemos conseguido localizar, y la segunda, incluida en el número correspondiente al 13-03-1906 que se correspondería, con ligeras variaciones, con la segunda parte de esta reseña, esto es desde «Piel de cordero, intención de lobo y hacerse el bobo» hasta el final.

con una modesta mención honorífica una de las más briosas y viriles composiciones de Vicente Medina; también se hace preciso consignar aquí que, en el reparto de los premios y cintajos, no se procedió con la exquisita corrección que es propia de tales casos... Del vulgarísimo montón de ripios, simplezas, inexactitudes y esperpentos que ha salido de aquel concurso, únicamente es aprovechable este folleto, del cual quiero dar alguna idea a los abonados de LA LECTURA.

El Sr. González García da un tono doctrinal a su esbozo psicológico. Estudia, primero, los factores estáticos del carácter (medio físico, raza), los caracteres dinámicos luego (movimiento y densidad de la población, historia, la leyenda dorada, cultura y sus principales manifestaciones), para terminar con unos ligeros apuntes de etiología castellana, que no son otra cosa sino aplicaciones psíquicas de sus premisas anteriores sobre los factores estáticos y dinámicos del carácter.

En la primera parte del trabajo se notan, muy pronto, las huellas que han dejado en el espíritu del autor los libros de Macías Pícavea *(Tierra de Campos),* Unamuno *(En torno al casticismo),* Martínez Ruiz *(El Alma castellana),* y los trabajos literarios de los escritores regionales Gabriel y Galán, Domínguez Berrueta, Luis Maldonado, García Maceira y algunos otros.

No he de seguir al Sr. González García en el orden de su exposición. Acaso yo prefiriese que el autor hubiera hecho menos caso de método tan riguroso y tan serio. Como esto de la psicología colectiva se presta a muy lindas equivocaciones, mejor hubiera sido el estudio de un castellano solo (Santa Teresa, San Juan de la Cruz), o apuntes de autopsicología; que no digresiones amenas sobre el espíritu regional. Las observaciones del joven autor del folleto que vengo examinando están, sin embargo, hermosamente hechas, apoyadas en datos concretos y, finalmente, entrelazadas en el texto por el sutil temperamento de artista que se esconde en el benemérito Sr. González García.

No es el folleto un ditirambo de las virtudes colectivas del pueblo castellano, una caliente apología de este pueblo dormilón y cansino que necesita de muchos latigazos para moverse en un sentido o en otro, no. El Sr. González deshace, con valentía, la mentirosa leyenda de las virtudes hospitalarias de Castilla (no hay pueblo que resista más el *intrusismo*); truena contra la sanidad moral de sus aldeanos (también podía haber aplicado el cuento a los señoritos de sus ciudades y villas) que casan con mujeres cloróticas pero terratenientes; culpa del atraso en que yace la agricultura a la escandalosa pereza y a la ignorancia supina del labriego, y, por último, reconoce sinceramente que «la fe religiosa de Castilla se va transformando en ateísmo práctico». Añade que esta región es el «país de la indiferencia religiosa», y asegura que han matado el sentimiento religioso esos «césares, poniéndole al servicio de fines políticos»; esa «teocracia inflexible y ambiciosa», ese «atraso general en que vamos cayendo».

También examina serenamente el Sr. González García las manifestaciones de la cultura castellana. Produce abogados la tierra de Campos (Palencia), como produce curas la tierra de Armuña (Salamanca). Son los primeros los que paran en caciques, en síndicos de su pueblo o en diputados provinciales, gente maleante, violenta, caprichuda, amoral, «salvaguardia –que dice el autor– de la pereza y holgazanería tradicionales», y «curtidos en los agiotajes de la recomendación», como son los segundos, los sacerdotes, brazos robustos, robados, en su mayor parte, a las faenas agrícolas: muchachos sanotes de poca finura mental, que juegan rudamente a los silogismos como pudieran jugar a la pelota, a trompazo limpio; «jóvenes dóciles que aseguran el pan de la vejez de sus padres».

De cultura artística, «más vale no hablar» –escribe circunspectamente el autor–. Solamente las novilladas entusiasman a los campesinos... y ¿dónde deja el Sr. González García las comedias que se *echan* el día del Santo Patrono en la panera más grande de cada pueblo? ¿Qué nos dice de la emoción artística que siente el castellano, y mejor el *charro,* ante *Don Álvaro o la Fuerza del sino,* ante *Don Juan Tenorio,* ante *La Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo,* o ante algún aborto dramático, frecuente en la literatura anónima, del pedagogo o del secretario del lugar?

Al castellano le interesa, sobre todo, lo plástico, lo que suena, lo que mete ruido, como ha observado un distinguido escritor salmantino, el Sr. D. Mariano Berrueta. Una tempestad mejor que un tiro; cien cañonazos mejor que una tempestad, y más delicioso que todas estas cosas juntas el terremoto de la Martinica y la erupción del Vesubio. El castellano necesita sangre, polvareda, *hule,* para entusiasmarse y para llorar a moco tendido. El castellano de la aldea no ha visto una buena corrida si los toretes no han cogido, por lo menos, a un banderillero: esta es la verdad. Y pide caballos con voz ronca y con intolerable constancia; y tira cáscaras de sandía,

desde la cazuela (cuando se larga a la feria de Zamora, de Salamanca o de Ávila), a los pobres bohemios que no dicen a voz en grito su papel; y juzga mal del caletre del predicador cuando no tiene buenos pulmones, y no elige de defensor del lío en que le ha enredado la curia a un abogado, si no se compromete, no sólo a sacarle libre y sin costas, sino a mandar al palo a su enemigo. El castellano no goza sino con el éxito material. Le divierten los juegos de pirotecnia más que los títeres, y éstos más que los sermones, y los sermones menos que los juicios orales.

El castellano es poco delicado. Ama la gallardía en bruto, sin pulimentar. Si es urbano, y entiende de eso que llaman política, considera necesario para ser republicano, por ejemplo, insultar a la institución monárquica. Aborrece el Parlamento, no porque los señores diputados no hagan nada, sino porque se dan la mano y establecen un discreto tacto de codos los blancos y los negros. Las comadres del pueblo riñen mientras toman el sol o despiojan a los abandonados rapaces, y, en el pueblo, las comadres son las que tienen talento y elocuencia. Son los diputados ideales con faldas, los que necesita el país.

¿No se han de estudiar, tampoco, entre las manifestaciones de la cultura castellana, las coplas de ciego que se guardan en el arcón, esas tremendas coplas sobre el *Torrino,* o sobre la muerte del cura de Galisancho, o, eróticas, sobre el Fulano y la novia, y sobre las andanzas del clérigo alegre? ¡Con qué fruición se leen en los escaños de la cocina humosa, y a la luz indecisa del candil de aceite, estos pliegos que el buen aldeano compra en las ferias de Segovia, de Alba de Tormes, de Fermoselle o de El Barco!

Y en estas coplas, lo mismo que en las novilladas, lo mismo que en las comedias, es donde con más fuerza se revela el gusto estético castellano...

«Piel de cordero, intención de lobo y hacerse el bobo», que reza nuestro muy castizo refrán, es el axioma –apunta acertadamente el Sr. González García– del caciquismo y de la desdichada política de campanario. Padecemos, en Castilla, caciques políticos por indiferencia, por quietismo, por el cobarde «no echarse a la calle», porque el castellano no es actor de la Historia, sino espectador pasivo de ella, atento únicamente a aprovecharse de sus locos vaivenes. Se encuentra muy a su gusto en este valle de lágrimas. Es indolente y es estoico. Se conforma con medirse en el rasero de sus semejantes; si éstos son esclavos, esclavo será él; si sus amigos mandan, él adquirirá un bastón de borlas para ordenar a sus subordinados que «ninguno se ponga enfermo sin su permiso». La cosa es no hacer piruetas, ni saltos mortales ni juegos peligrosos. Puede ser rico, pero no lo es. Puede montar una fábrica, hacer el bien, aspirar a dejar huellas en la jornada de la vida, y le resulta más cómodo vivir de la usura; del juego, sin exponer grandes cantidades; de la caridad de sus parientes, de cualquiera cosa que no le obligue a trabajar. Es una triste verdad la de que, en Castilla, es donde menos se canta y se llora hoy. Las gentes están dormidas, amodorradas más bien. Están descansando de las fatigas de sus abuelos todavía.

Además, el castellano –proseguiré con el tema del caciquismo que padece–, se precia de ser cuco, de ser hábil en enredijos leguleyescos. Se jacta de «empapelar» al lucero del alba, si le va contra el pelo. El «cuco» del pueblo, el monterilla del lugar, que no es otra cosa, según el Sr. González, sino «un solemne y desvergonzado mamarracho», no pasa de un ambiciosillo vulgar, de una medianía mate, que pone en jaque al pueblo menos revoltoso de la comarca. En Castilla se ha inventado esa terrible tontería de que «la política no tiene entrañas», como si esta pasara, en toda la región, de una sabrosa merienda de negros, de una reunión de rabadanes o de un coqueteo repugnante de comadres y de compadres.

Ni en política, ni en religión, ni en cultura tiene elevación moral el pueblo; verdad es que no siente necesidad de ellas.

No se pregunte al espíritu inquieto y rebelde de dónde viene, sino adónde va: si al abrevadero de enfrente o al pesebre de la izquierda. Resulta una tremenda inocentada eclesiástica eso de hablar de pan y de catecismo, aquí donde necesitamos colchones y barajas. No somos ateos prácticos, Sr. González García, somos algo peor: materialistas vergonzantes. Se casa el castellano con una mujer que sea de su gusto; pero, ante todo y sobre todo, de su conveniencia, como nieto de aquellos conquistadores que iban a las Américas, no a propagar la fe, sino a llenarse las alforjas con los repartos del botín.

Tiene, en cambio, la raza castellana, según afirma el Sr. González, una gran resistencia física y mental. Impuso su lengua a las regiones españolas todas, imponiendo, además, con ella, su

concepto político y religioso. «Nuestro pueblo –añade– ha sido capaz de sostener terribles guerras *para imponer generosamente su dicha* y *su civilización* a *sus propios enemigos».* Efectivamente; son ciertos nuestros generosos ímpetus de expansión fanática. ¿Y no es esta expansión, acaso, neta y puramente quijotesca? Don Quijote impone también a los arrieros, que no han visto el rostro de Dulcinea, ni estampa o copia de él, que crean, a pies juntillas, en la hermosura y gentileza de su dama, si no quieren irritarle y desasosegarle. Pero también el grito egoísta de «¡Sálvese el que pueda!» ha sido lanzado por fortísimos pulmones castellanos.

Me parece muy discutible la afirmación de que «los países nebulosos septentrionales nunca se han distinguido por la riqueza de sus imágenes»; tampoco creo, como el autor, que *Don Juan Tenorio* sea una creación imaginativa de altos vuelos, sino una copia fotográfica, y como fotográfica poco imaginativa, de nuestra extraordinaria vanidad tenoriesca; creo, al revés precisamente del Sr. González García, que demuestra más imaginación, es decir, mayor aptitud creadora, un pintor que pinta figuras fantásticas de raro y complicado mecanismo, que no aquel otro que copia fielmente de la Naturaleza un objeto determinado; e igualmente, no tendría reparo alguno en sostener con el autor, que nuestras gentes del campo poseen memoria imaginativa, aunque no posean imaginación. Una cosa es repetir metáforas, y otra muy distinta crearlas. El Sr. González García sostiene que la fantasía castellana es tosca, pero intensiva; asegura, a renglón seguido, que el castellano posee un ideal elevado de justicia, «que proviene –como diría Ángel Ganivet– de la exaltación del espíritu jurídico, no de su corrupción», y comenta, rechazándolas, algunas de las aseveraciones del Sr. Unamuno sobre la pobreza imaginativa de los castellanos.

Recapitula, al final del folleto, las virtudes de la raza el señor González García. Tiene este una fe profunda en el porvenir de la casta, y, confiado, no receta los medicamentos regenerativos que son de rigor en tales casos. La voluntad ha de ser la palanca del progreso, y lo que necesitamos es una honda y fuerte autoeducación de la voluntad; aquí, para el Sr. González, estriba el problema de nuestro futuro engrandecimiento.

El folleto *El Alma castellana,* del cual he hablado con la extensión que merece, debe ser meditado y conocido de todos. Ni adula ni deprime el carácter castellano. Es justo y es sincero. El folleto tiene una cualidad extraordinaria; la de ser obra de un espíritu inquieto que revuelve el de los lectores. «La inquietud –ha dicho Anatole France– hace sugestivo el pensamiento humano». Y yo debo repetir con el profundo y elegantísimo ironista francés, que «el espíritu que no está ansioso, me irrita o me enoja».

La Lectura (Septiembre-1906)
El Castellano (13-03-1906)

En el Ateneo de Madrid
(Notas telegráficas)

Salimos Ateneo ocho noche velada honor don Juan Valera.

Mujerío delicioso, aristocrático, llena butacas y estrados salón actos Ateneo. Pardo Bazán ha copado todas las localidades.

Gloria Laguna, condesas guapas, marquesas deliciosas, enjambres hembras atrayentes. Sitios ocupados todos.

Velada comienza retraso 5.10 tarde con discurso Emilia. Con refritos de trabajos publicados en *La Lectura*, lee un estudio preciosamente escrito sobre personalidad crítica y literaria de don Juan Valera. Habla equilibrio mentalidad Valera, serenidad clásica. Al ocuparse de *Pepita Jiménez*, doña Emilia tiene frases de injusta dureza, sobre las que se hacen luego apasionados comentarios. Aplaudidísima eximia gallega.

García de Cándano

Este joven y cultísimo escritor refiere primorosamente una visita que hizo a Valera. Tiene tonos honda perspicacia crítica; trabajo gusta muchísimo todos.

Enrique de Mesa, enfermo, no puede leer.

Silvela (Eugenio)

Diputado ex-villaverdista lee dos poesías Valera, mal escogidas y recitadas mal.

Francos Rodríguez
Director *Heraldo*: hace discurso sincero narrando penalidades periodísticas. Hace elogio Valera. Defiende vulgo ataques Pardo Bazán y dice que el vulgo supo admirar bellezas *Pepita Jiménez*.

Desfile
Brillantísimo. Automóviles, carruajes llenan calle Prado. Éxito organizadora doña Emilia. Personalidades ilustres banca, política, letras, además de bellezas, inundan hoy Ateneo.

El Castellano (25-02-1907)

«La sombra del padre»

Gregorio Martínez Sierra es un poeta. Y ha llevado al teatro un poema de amarguras: una casa que se viene abajo, apuntalada, no por el dinero que sobra, sino por las amarguras que nunca faltan a cada cual. Y ha hecho una cosa desprovista de picardías técnicas, de teatralerías ridículas, pero fuerte en emociones.

Simó Raso, protagonista de la obra, está sencillamente estupendo. No creo que se pueda sacar más jugo al papel de un pobre indiano, que harto de luchar a trompazos con la miseria, allá en América, torna a su hogar y encuentra a sus hijos corroídos de las más torpes pasiones. No estoy, sin embargo, conforme con la moraleja de la obra. Los hijos deben abandonar al padre porque sí, porque tiene que ser, porque lo manda la vida, porque entre la mujer amada y la familia dejamos a esta para unirnos con aquella. La lógica de los veinte años no es afortunadamente, la de los cincuenta. Nuestros padres abandonaron a los suyos por la misma razón por la cual les abandonamos nosotros. Pero luego nos creen su patrimonio y la bestia que duerme en todos nosotros, se desata y muerde. Lo otro es un convencionalismo, de moral de señorita modosa, pero absolutamente falso.

La compañía de Lara está muy bien en *La sombra del padre*. Hasta Puga, ese desabrido, petulante y mediocre Puga, tiene acierto en algunas ocasiones. Seduce casi bien de tablas adentro. A mí que no me gusta casi nunca, que me parece hoy encariñado con su figurilla pretenciosa, me arrancó aplausos anoche. Inimitable la señorita Ortiz. Y graciosa, fresca y vivaracha, como siempre, esa monada encantadora de la señorita Pardo.

Al salir del teatro, me empareje hasta la calle de Alcalá con Martínez Sierra. Mi hombre estaba satisfecho. Y a mi me tocaba algo de la satisfacción del amigo poeta. Allí hay poesía, no palabros. Una poesía mansa, dulce, sin violencias, la musa de ese hombre bueno y leal que ríe siempre y que cuando llora, sonríe también.

El Castellano (26-03-1909)

La velada de Larra

– A buena hora, querido.
– Pero ¿ya concluyó la velada?
– Ya, y para eso no valía la pena que te hayas puesto levita flamante y sombrero de copa recién planchado.
– Hombre había que hacer los honores a las mujeres, a don Segis.
– ¿Al respetabilísimo don Segis?
– ¡Claro! ¿Y qué hubo? Cuenta alma mía.
– Zancada, el resplandeciente Zancada, leyó, un artículo de *Azorín* que pasó sin pena ni gloria para su autor.
– ¿Después?
– Castro dijo unos versos y repitió, con voz de cómico malo, tres o cuatro veces este verso:

era mujer y desnuda.

– ¿*E logo*?

– Luego Marquina leyó una poesía algo desigual, pero con fragmentos verdaderamente maravillosos y extraordinarios. Aquello salvó la velada de una derrota segura.

– ¿Finalmente?

– Finalmente Moret dijo que Larra había nacido el año 10, o el 9, o el 8. Habló con la graciosísima imprecisión de costumbre. Y añadió que hacía 70, 71 o 72 años que había muerto... Larra. Y nos regaló para postre una noticia estupenda, «En España –dijo con su hermosa voz de barítono– hay solamente una persona capaz de comprender a nuestro héroe».

– ¿Quién? ¿Unamuno, Baroja, Benavente?

– No. ¡Don Marcelo Menéndez[74]!

– Pues no suele ser normal eso de que un erudito atiborrado de librotes como el escritor santanderino sea el más capaz de penetrar en el alma de un galante escéptico que se pegó un tiro por una siendo bonita y casada. Castro lo comprendería mejor.

– ¿Y qué más dijo el bueno de don Segis?

– Habló de la armonía de las bóvedas celestes e hizo otros cuantos periodos sonoros.

– Pues yo, chico, lamento mi ausencia por Marquina. Por lo demás hice muy bien.

– ¡Pero que muy bien!

– ¿Y de mujeres?

– Doña Emilia...

– Hombre, además de doña Emilia...

– Pues mujeres muy guapas.

– ¡Hasta luego, Pepe!

– ¡Hasta luego, tocayo!

El Castellano **(03-04-1909)**

El cuento de Valle Inclán

– El cuento de Valle-Inclán no se ha vendido –vociferan en la cacharrería del Ateneo unos cuantos escritores malos–. Eso da idea de nuestro público –agregan–. ¡Es verdaderamente un horror!

A mí no me parece un horror que el público deje de comprar a Valle-Inclán. Y me extraño de la extrañeza de mis amigos. Valle-Inclán es un artífice no un artista. Es un primoroso sin primor. Es un hombre que, a pesar de machacar en hierro frío, limando cuartillas de día y de noche, trabajosamente, consigue engatusar a los del oficio, pero no al buen público que no quiere los secretos de la emoción, sino emociones.

Yo conservo mi bobaliconería provinciana, que no desaparecerá nunca.

Es mi novia esa mi bobaliconería, que me hace entusiasmar a cada momento o encogerme fríamente de hombros. ¡Oh, Dios mío! Dejemos para nuestras charlas nuestros secretos de *métier*[75], pero demos en nuestros libros, en nuestros artículos, en nuestros ensayos pedazos de nuestra alma a las gentes que nos estiman y que nos leen. ¡Sinceridad, amigos! Que nuestras lágrimas y nuestras risas, nuestros amores y nuestros odios nos den, combinados, fundidos, nuestras obras más queridas. No nos prostituyamos jamás; no nos industrialicemos. Tengo la osadía de hablar así yo que quemaría toda mi labor menos dos cosas. Una engendrada por el odio *La psicología de Villa Regia*. Otra por mis amores de mozo *La alegría interior*, en torno a cuyo tema vengo escribiendo, desde hace mes y pico, mi primer libro original. Ambas cosas son viejas en mi ya larga vida periodística.

Lo otro lo escribo –como lo escribe todo Valle– por los cinco duros, o por los diez, o por los cuatro.

Que no es vileza, señores inmaculados, vivir de la pluma, sino consumirse en la impotencia.

El Castellano (19-05-1909)

[74] Obviamente se refiere a don Marcelino Menéndez Pelayo.
[75] Profesión, oficio.

El poeta de los llanos

De entre mis empolvados recuerdos de estudiante, hay uno que me viene a la memoria cada vez que tengo la desgracia de oír discursos. Es mi *debut* como orador. Se celebraba un banquete en Salamanca, en honor de Unamuno y de Gabriel y Galán. Asistían senadores, diputados, catedráticos, abogados. A mí me encargaron que dijese algo en nombre de los estudiantes. Aprendí de memoria una cosa escrita, y ya iba a levantarme, cuando el orador que me precedía dijo exactamente lo que yo pensaba decir. Me hice un lío. Me levanté, dije no sé qué cosas de los llanos grises, de las mozas castas y de los amores callados. Me aplaudieron. Yo creí que se burlaban de mí. Galán me abrazó y Unamuno –que jamás hace una mueca– asintió con la cabeza expresivamente mientras yo hablaba. Aquello me calmó y torné a la carga. Y seguí hablando de mi maestro, de mi poeta y de mis paisanas. Un periódico local me llamó al día siguiente *orador de cuerpo entero*, y los republicanos escribieron que *mi discurso era jugoso*. Mimado, he vuelto a hablar muchas veces. Y siempre de mal en peor. Hoy tengo una repugnancia invencible para hablar en público. Me entusiasma, en cambio, la *causerie*, la charla entre amigos. Si hay mujeres, prefiero siempre que hablen ellas. Si estoy con niños, prefiero que ellos me enseñen y no actúo nunca de maestro.

Galán me habló aquella noche de sus versos con una modestia, con una sencillez, con un tan acendrado amor al terruño pardo, que me sedujeron completamente. Desde aquel día fui un gran amigo de José María. Y me leyó las capillas de *Campesinas, El vaquerillo, El embargo, La noche de San Juan*. Y luego recitó unos versos sobre una pedrea que acogota las mieses y para unas bodas de aldeanos. Y me habló del campo y de cómo cantan las alondras en la madrugada. Aquellos amores del poeta, intensos, sanos, amores de llanura, empapados de tomillo y mejorana, me oreaban el alma moza en un salón cargado de humo y de vino. Y soñé en un idilio de alegría. La mujer, fecunda y prodiga en frutos, era madrugadora y beata. Unos mocosuelos rubios iban de los brazos del ama a mis brazos jóvenes. Nos despertábamos con el sol y comenzaba el casero trajín. Ella escuchaba los saludos de los viejos, confortadores como el vino añejo. Yo, callado, saboreando mi alegría, me tumbaba en los surcos, bajo la sombra de un pino, leyendo las ocurrencias del buen Sancho. Ella ordeñaba las vacas con sus manos rechonchas y trabajadas. Y sonaban las todas en la torrecilla de adobe. Fumaba en el atrio un cigarrillo con el señor cura. Ella rezaba al buen Dios y le pedía nuevos frutos...

– Muy bonito, Galán –decía yo al Mistral del terruño, realmente conmovido, sin celos ni reservas profesionales, que no he padecido nunca.

– Tenemos que descubrir esto –respondía animado el poeta–. Nosotros tenemos que hacer Castilla. Una Castilla austera, seria, monogámica y fecunda. Fecunda en obras, ¿eh? El Dios de la llanura es el más grande de todos. Nuestro campo es un templo y un taller. ¡A labrarlo, a regarlo bien, muchacho! ¡A resucitar de nuevo este Salamanca!

– Ya nos veremos, Galán –exclamaba alguien.

– No; me voy mañana, a las cinco, a mi pueblo. Tengo que dirigir mi labranza. Y no quiero holgar más en la ciudad, que pesa sobre mi alma simple como losa de plomo.

Y nos dejaba el poeta. Su apretón de manos tal vez no era muy correcto, pero sí muy afectuoso. Y el hijo predilecto de Fr. Luis y de Mira de Amescua, con su sombrero ancho de campesino que curte su cara al sol, su chaleco abierto, su chaqueta tosca y sus botas fuertes, hechas a pisar tierra ingrata, abandonaba las alfombras del Casino...

No volví a ver más al poeta. Le conocí aquella noche por primera y por última vez.

Murió al año siguiente, pocos días después de su padre.

Cuando murió en Guijo de Granadilla recitaba, en el delirio, versos propios, ansiando sementeras, y eternos ayes de Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos,
Que van a dar a la mar
Que es el morir.
Allá van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir.
¿Que se fizo el rey don Juan?
Los Infantes de Aragón,

¿Qué se ficieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
Como truxeron?

Gabriel y Galán fue algo más que un poeta: fue un hombre. En estos míseros tiempos que corremos, en los cuales el arte suele andar tan divorciado de la vida, el poeta castellano acertó a vivir su arte, a convertirlo en carne y en verdad. Nunca es afectado ni artificial el bardo de la llanura. Las estrofas brotan espontáneas y naturales de su pluma de oro. Galán canta como la alondra: da alegría, al salir del sol, porque la sombra de un árbol le recrea y la copla de un gañán le estremece. Poeta y labrador, pintor del campo y habitador de él, hace coplas al anochecer para recrearse, cuando las faenas del campo le han fatigado. Un día manda esas coplas a un amigo. Ese amigo las encuentra bien y las propaga. Al día siguiente, un periódico local las reproduce entre párrafos elogiosos. El labrador se anima. Publica un libro, luego otro. Vence en los torneos y tiene asegurado un nombre. No de otra suerte surgió la fama de nuestro poeta. Pero ella no le cegó jamás. Ni se apartó por ella de la moral común. Legó un nombre honrado a sus hijos –que serán educados por cuenta de D. Alfonso XIII– y grabó en el corazón de su mujer, buena y leal, un afecto inquebrantable de amor sencillo.

En esas aldeas, en esos pueblos de Cáceres y de Salamanca, todos conocen a Galán. En los veranos recitan las mozas sus romances, que escuchan embobados los tenorios de sombrero cónico y de pantalón de pana.

– Está eso mesmamente que si la hubiá pasado –dicen las comadres en sus corrillos.

Y Galán, que cantó para el pueblo, ha dejado en él su memoria, su corazón y sus coplas. Y no ha muerto aún. El ejemplar de Campesinas o el de Castellanas que posee el cura, el médico o el maestro de estos lugarejos, mugriento ya, pasa por todas las manos y queda en todas las almas que amaron o lloraron alguna vez.

La Ilustración Española y Americana (30-10-1909)

"Pecado venial"[76]

Con gusto acabo de leer esta bonita novela del escritor extremeño señor Sánchez Ocaña. De *El Robledal de Ruidías* a *Pecado venial*, existe felizmente para su autor una diferencia harto notable.

Los personajes están mejor dibujados, hay mayor unidad en la acción, colorido más rico en la pintura, más fina agudeza en la observación y una más grande naturalidad en el diálogo. Además, el señor Ocaña ha descrito, viéndolo no de memoria, el escenario en que se mueven sus personajes, Madrid y los campos extremeños.

El argumento es muy sencillo. Una guapa extremeña, María Luisa, hija de los marqueses de Monteazul, vive feliz y satisfecha en un caserón viejo, enclavado en una dehesa de Extremadura. Un primo suyo la enamora y se casa con ella. Paralelamente, otro mozalbete extremeño, Manolo Sandoval, que también vive en Extremadura, enamorado de su tierra y de sus haciendas y labores, marcha a Madrid. Da una conferencia en el Ateneo, que le abre pródigamente las puertas de la fama. Allí conoce Manolo a una de esas mujeres, de rica cuna, de seducción cortesana y de rostro angelical: la hija de los barones de Brezales, que le seduce y le atrae. Como tantos y tantos provincianos, Manolo pierde con el amor madrileño para siempre, el ritmo interior de su vida. Se casa con Luz, y es, naturalmente, desgraciado. También lo es María Luisa Monteazul, con su primo Luis Barrantes. Los dos matrimonios se desunen. Tornan los extremeños a su cortijo y se quedan los cortesanos en su corte. Finalmente, María Luisa y Manolo se enamoran, cuando sus amores pueden ser ya criminales a los ojos de la sociedad.

El autor, juicioso y ponderado, como buen extremeño, no se desata en improperios contra los enamorados. Las inclinaciones que se esconden en solteros o en solteras pueden brotar, y

[76] "Pecado venial", novela corta por Pedro Sánchez Ocaña.– Plasencia, 1910. –Librería de Generoso Montero.–Precio: dos pesetas. (Nota del autor)

es natural que broten luego que las han cerrado para siempre los pactos matrimoniales. Los pecados de amor no son pecados. A la Magdalena la perdonó el Señor, porque habiendo pecado mucho, amó también mucho. Solamente es pecador y criminal el egoísta. Pero el querer es santo siempre que sea querer; no importa que cambie de nombre, ni que varíe de dueño, ni que adopte nuevas apariencias, ni aspectos nuevos. María Luisa es tan digna de amor y de piedad, enamorada de la calavera de su primo, el juerguista impenitente, que enamorada, después de la separación conyugal, del noble Manolo Sandoval, herido también en lo más hondo del alma por las desavenencias con su mujer, la coqueta incorregible y peligrosa.

El señor Sánchez Ocaña, a lo que yo entiendo, ha querido desprender de su bella novelita la verdad del viejo adagio "cada oveja con su pareja".

Entrinquen [sic] [¿Entronquen?] cortesanos con cortesanas y ámense rústicos y rústicas para que la unión sea fuerte y sano y vigoroso el fruto. Pero la novela del señor Ocaña, a mi me sugiere otra cosa, y es: que el amor sano, el de las almas capaces de amar y de sacrificarse, está por encima de las convenciones, ridiculeces y miramientos sociales.

Lo que se traduce para el vulgo en infidelidades sociales, son a los ojos del interesado amarguras propias. Y deduzco también de la fábula la apostilla de que si en otro linaje de cosas nadie puede ser juez de sus propios actos, en querellas de amor, por el contrario, no hay más juez que el mismo interesado. Las equivocaciones se corrigen en amor con personales desengaños y justo y humano es que el equivocado salte por todo. En el amor, como en el juego, lo criminal es la equivocación y lo moral el acierto; el burlado es siempre indigno y el que pierde es despreciado. Y para concluir, acordémonos del *humanum est errare et errandum discitur*[77].

Otras consideraciones que no hago más que esbozar, me sugiere el libro de Pedro Sánchez Ocaña.

No es oportuna la ocasión de desarrollarlas y de cumplirlas por ahora.

El autor, si continúa bien, me dará pretexto para desarrollarlas en sazón.

El estilo es suelto y generalmente bien cuidado.

Enhorabuena al autor del *Pecado Venial*.

El Adelanto (01-04-1910)

Varios

Breviario di un anima.- La Veglia di *Marcus de Rubris*. Rocca di San Casciano. Licinio Cappelli, editare: MCMX. Precio: 2,50 liras.

Del Sr. Marcus de Rubris, elegante prosista ligur, y de su libro reciente *Nostre Memorie*, he hablado con elogio en estas páginas. El Sr. Rubris es un joven sincero, de alma ardorosa y calidad y de ansias vehementes.

Al conocerle hoy como poeta, no creo que haya de rectificar nada de cuanto aquí he consignado. Su alma se sutiliza más y más cada día. La huella que ha dejado en su espíritu una mocedad solitaria y sin amores se revela aquí con más vigor, con más intensidad, que en otras producciones suyas. *La Veglia. Breviario di un anima* es un diario íntimo, rimado con la rima de la palabra y con aquel otro ritmo más suave, más imperceptible y más hondo, que presta el corazón a sus emociones y sobresaltos. ¡Dios mío, y que hermosa es la sinceridad! Digamos cada uno fervorosamente nuestra verdad y cantemos nuestros amores, los nuestros, el ídolo aquel de carne y hueso a quien amamos de mozo, la niña aquella de ojos negros y de cabellos castaños que nos inundó de luz y de paz, nuestros entusiasmos, nuestro credo... Y seremos artistas como lo es Marcus de Rubris, con espontaneidad, con abandono, con exquisita y tierna emoción, que hollando nuestros senderos cantaremos las piedras amigas y los altozanos donde, una tarde a la puesta del sol, dimos al aire una canción hija de nuestra alma, que se perdió en la llanura, pero que tornamos a encontrar cuando topamos con nosotros mismos.

La facha externa del libro de Rubris es la de un libro d'annunziano; mas, en su interior ¡cuán diverso es el espíritu de los dos artistas! Lo que es *pose*, artificio, recuerdo libresco, evocación fría en los *Laudi*, en *Francesca di Rimini*, en *La Nave*, es verdad, frescura, muchachez y sangre en el artista ligur:

[77] Frase latina que podría traducirse como *Equivocarse es humano y equivocándose se aprende*.

Troppo, troppo a sofferto il tuo figliolo
ne la trascorsa ventenne existenza,
perche in punto gli nieghi il pio consolo
ch'esso T'implora ne la sua ecxistenza,
Oh Madre! benedice il chi ne'l duolo
Ti crebbe, ne'l tuo stesso duolo: senza
riposo: senza la tregua d'un solo
sorriso ne l'avversa adolescenza![78]

Lamento que por apremios del día no pueda dedicar más tiempo al nuevo libro del Sr. Rubris. Afortunadamente, el poeta ligur publicará en seguida otros libros de versos, *Le Implorazioni, Hyperion* y *Madrigali de l'Onda*, y ya tendré ocasión de volver sobre el poeta, con el reposo y con la serenidad de espíritu que su noble fantasía merece.

La Lectura (Mayo-1910)

La condena de Marinetti

El señor Marinetti es un escritor italiano, que tiene mucho dinero, buena figura, un auto, una revista primorosamente ilustrada y unos amigos que siguen su escuela que se conoce con el nombre de *futurismo. El futurismo* es una escuela anárquica, regocijadamente anárquica, que nadie toma en serio más que el respetable Ministerio público de la Corte de Justicia de Milán. Los magistrados han condenado por escritor pornográfico a Marinetti a dos meses de prisión. Y el señor Marinetti nos envía a todos los que tenemos el humor de escribir sobre literatura italiana en los periódicos de Madrid, manifiestos, anuncios, programas, apremiándonos para que demos nuestra opinión sobre el asunto.

La mía es clara. Lamento que no haya sido condenado con más severidad el señor Marinetti. Aplaudo sin rodeos la campaña que hace contra la pornografía, en Italia, el presidente del Consejo de ministros señor Luzzatti, que no es ni reaccionario ni beocio. Escribiré para que cunda el ejemplo en estas tierras de pan llevar. Me agradaría ver quemada toda esa literatura de kioskos y cafés cantantes y creo que debieran llevarse, en cuerda, a la Cárcel Modelo, a todos los productores, fabricantes y propagandistas de esa mercancía ilícita y repugnante.

Señor Marinetti: el diario en que escribo mi opinión, que como usted verá, me apresuro a enviarle, es diario provinciano, de una tirada de cinco mil ejemplares. Con más calma justificaré la condena a que ha sido usted castigado en alguna otra parte, para que vaya haciendo colección de opiniones.

El Adelanto (21-02-1911)

"Juanita Tenorio"

He aquí el título de una linda novela de Jacinto Octavio Picón. Es escabrosilla la novela, picarona, llena de gracia y de donaire. Ni resbala ni cae su autor en la vulgaridad, en la plebeyez, en la falta de gusto y en la porquería ambiente. Burla burlando, el señor Octavio Picón sabe decir las cosas, deleitarnos; prácticamente, nos enseña que se puede hablar de toda suerte de temas sabiendo hablar de ellos; que se puede ser Aretino sin acercarse a Belda; que a la mujer, como sujeto literario, es juguete frágil al que hay que tratar con mimo y con ironía serena.

Juanita Tenorio, como su otra tocaya, aquella aplaudida Juanita Jiménez del buen don Juan que nos hizo admirar la sencillez y limpieza de estilo de nuestros místicos, es un libro ingenuo, con su dosis de mostaza para los paladares estragados, que puede y aun debe caer en manos

[78] "Mucho, mucho ha sufrido tu hijo / en el transcurso de veinte años de existencia, / porque se le ha negado absolutamente el piadoso consuelo / que Te imploró en su existencia. / ¡Oh, Madre! ¡bendice a quien en el duelo / creció, en tu propio dolor: sin / descanso, sin la tregua de una sola / sonrisa en la adversa adolescencia!". La poesía está dedicada a la Virgen, de ahí las mayúsculas *T'implora, Ti crebbe* y *Madre*.

de toda suerte de lectores. Nada perderá con ello el buen gusto. Nadie perderá tampoco su tiempo. Todos los profesionales aprenderán además a bordear los temas más escabrosos, a no confundir la pincelada certera con el brochazo duro, a escribir como Dios manda el castellano.

Con franqueza confieso que conocía muy fragmentariamente la labor del señor Octavio Picón, que yo miraba, desde lejos, con ciertos reparos que no tenían más consistencia que un castillo de naipes. *Juanita Tenorio* me ha reconciliado con el autor, apartándome de mi pereza e inconstancia, reciba el sabroso novelador la enhorabuena más respetuosa, desde este rincón humilde, al que asomo, cinematográfica y torpemente, la vida de esta corte del oso y del madroño, más de lo primero que de lo segundo.

El Adelanto (24-02-1911)

Joaquín Montaner

He tenido el gusto de conocer estos días un poeta mozo de Extremadura, que vive en Barcelona, estudiando nuestros clásicos. Con el señor Montaner he estrechado estos días los vínculos de amistad. No vive en la farándula el poeta; no cata tampoco los claretes de hogaño. Ama los vinos rancios, de la castiza solera castellana. Habla de Garcilaso, de Gutierre de Cetina, de Góngora, de Luis Martín, como de viejos amigos suyos, y tan familiarizado está con las letras gloriosas, que es un encanto oírle.

Y también escribe el señor Montaner. Por las librerías anda un librito suyo, cuidado, pulcro y sutil, de canciones y sonetos a la vieja usanza. En otra parte consignaré mi entusiasmo por el libro. Como Leopardi cuando era mozo, anda ahora el señor Montaner estudiando griego, latín, humanidades. También sabe al dedillo los poetas italianos, Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso, Fóscolo, Parini, Manzoni, Carducci. Y su familiaridad con los poetas, con los altos y nobles poetas, le da una seguridad, una fijeza, un aplomo, que ya la quisieran para sí estos mozos que creen cosa fácil y hacedera cantar los ojos de la novia, sin olvidar los viejos madrigales.

Esta tarde me ha leído el señor Montaner algunos versos. La mayor parte de las composiciones son sonetos. Yo quiero trasladaros uno para que me perdonéis lo enfadoso de la presentación de un amigo que se quiere con el primor de unos versos que no se leen si no de muy de tarde en tarde:

A unos ojos

¡Ojos tocados de melancolía!
ojos que recogisteis en un vuelo
paz de la tierra, claridad del cielo,
vivida de la misma vida mía.
Aquella ánima pura que os movía
¿cuándo la encontraré por este suelo,
sin traspasar el azorado velo,
ni dar un paso hacia la eterna vía?
¡Señor! Si el corazón late tan fuerte,
juntadle de estos míseros despojos
que yo, por lo que alcanzo de la muerte,
sospecho que tan sólo nacería
para morir por unos dulces ojos
¡ojos cargados de melancolía!

El Adelanto (24-04-1911)

Del pesimismo de Leopardi

Son tan profundas, tan agudas y tan completas las últimas investigaciones críticas sobre Giacomo Leopardi, arrojan tan viva luz sobre la vida del gran poeta, que apenas va quedando laguna que no se colme, ni obscuridad que no se alumbre, ni rinconcillo psicológico que no sea debidamente comentado.

Al padre de Leopardi, el conde Monaldo, el último güelfo de Recanati, le absuelve la crítica contemporánea de las acusaciones que le lanzaran, un poco caprichosamente, los contemporáneos del gran poeta. En cambio, cada día es más repulsiva y antipática la figura de la madre del poeta, la marquesa Adelaida Antici, espíritu dominante, seco, frío, para quien el pobre jorobado era un muchachuelo caprichoso que podía mantenerse perfectamente de su literatura, lejos del calor del hogar.

Leyendo atentamente el Epistolario completo de Leopardi, que publicaron los editores florentinos Sres. Monnier, a expensas del Gobierno italiano, puede seguirse, paso a paso, toda la desdichada vida del poeta, primero en la casona solariega de Recanati, luego en Bolonia, en Florencia, en Pisa, en Roma, en Nápoles. Un crítico tan culto y tan estudioso de Leopardi como el profesor Michele Scherillo, ha intentado esta labor[79]. Es Leopardi quien nos cuenta sus intimidades, directamente en el Epistolario, a través del velo de la farsa en los *Pensieri* y en sus versos. Y estos relatos ingenuos, calientes, verdaderamente terribles a las veces, nos dan la medida cabal de su pesimismo. Pocas existencias más duras que la del pobre Giacomo. Contrahecho, enfermizo, débil, se encierra en los muros de la rica biblioteca paterna, desde niño hasta los veinticuatro años, edad en que escapa de Recanati. No tiene maestros sino para los primeros rudimentos, y con una intensa labor personal, verdaderamente admirable, aprende el hebreo, el griego y el latín. Los preceptores de su niñez, Giuseppe Torres y Sebastiano Sanchini, eran dos buenos eclesiásticos que no sospecharon nunca la cantidad de inquietudes que había de despertar en el discípulo el estudio de los clásicos griegos y romanos. Fatigosos estudios de Gramática comparada, de Filología, de idiomas –Leopardi conocía el inglés, el francés, el alemán, y muy posiblemente el castellano que, al menos, leía de corrido–, llenan las horas de su adolescencia. Su vida, escribía el hermano del poeta, Carlos, a Viani, fue siempre «retraída y uniforme, dedicada exclusivamente al estudio». Y en aquel mar inexplorado, sugestivo, del mundo clásico, vive Leopardi, orientándose él sólo, entre tanteos, rectificaciones y tropiezos. Vive en medio de la más terrible soledad. Es un incomprendido. Su padre, víctima de la tacañería de la marquesa Antici, aunque tiene pujos de escritor, es un delicioso tarambana, no desprovisto de talento, pero de muy dudosa cultura y de ideas pintorescas y rancias. Son admirables las cartas del conde Monaldo. Con estupenda desenvoltura afirma que escribe de todo y no sabe de nada. Otra vez reconoce que tiene talento, pero que sus maestros le enseñaron pésimamente. Una vez se le ocurre decir que, si todos los nobles profesaran como él amor a las letras, otra sería la influencia de la aristocracia, no en Italia –que no la presintió nunca–, sino en los Estados Pontificios y, especialmente, en la Marca, cuya capital era, y sigue siendo, Recanati. El conde Monaldo era uno de tantos condes papales, de brillantes blasones, pero de bolsa exhausta. Es la primera víctima de su mujer que, con mano férrea, quiere evitar la ruina económica de la familia. En la casa se come mal, se viste pobremente, pero la carroza está siempre dispuesta para los señores. Leopardi dice con gracia que sus antepasados paseaban en carroza hasta para estar un minuto en la calle principal del pueblo, y que en su casa se guarda el recuerdo de todas las tradiciones. Con el padre no puede entenderse el hijo.

Y se quieren, es indudable que se quieren Monaldo y Giacomo. En la correspondencia, muy nutrida y constante, que sostienen los dos después de salir el poeta de Recanati, reina la más cordial intimidad y el cariño más entrañable. Las pocas veces que, sacudido por la necesidad, pide el hijo dineros al Conde, este le complace a espaldas de la Marquesa, que cree –no sabemos si de buena o de mala fe– que el cultivo de las letras es un manantial de oro. Hasta el disgusto que proporciona a Monaldo la visita de Giordani a sus hijos en Recanati, es evidente señal de su afecto. Y hay un momento en que Monaldo no puede amparar al poeta. Entonces cuenta todas sus cuitas al hijo, y le revela el gran misterio de la casa, que, ciertamente, no le deja bien parado. Confiesa que la dueña de la bolsa es su mujer. Insinúa que las cartas de Giacomo, las cartas apremiantes, son secuestradas en la casona. Y luego se alía con sus hijos, Carlos y Paulina, para burlar la vigilancia del verdugo de todos.

La vida de Leopardi es azarosa y de una dignidad en la pobreza sobrehumana. Padece del cuerpo y del alma. Del cuerpo, porque su dolencia de los ojos es incurable. El día que estudia demasiado, que copia en limpio sus traducciones y sus versos, sufre una recaída que le tiene encerrado en su casa. La frescura de la mañana le perjudica; le hace daño también el frío del anochecer. Los cambios bruscos de temperatura le proporcionan los más terribles dolores en Bolonia, cuyo frío maldice; sus achaques físicos le hacen mirar con indiferencia las bellezas de

[79] Giacomo Leopardi.- *Poesie*.- Milano, 1906.- Ulrico Hoepli, editore.- Vid, Prefazione. (Nota del autor)

Roma; solamente Pisa calma sus nervios y templa su espíritu de acero. El alma también está enferma de soledad, de frío. Ama entrañable, locamente, a la *mamma,* que, ceremoniosamente, le aparta de su lado una vez que quiere besarla. Otra le escribe una carta, breve, fría, cortesana, donde le participa que le "estima". El hijo paga el desdén con la idolatría, la frialdad con el entusiasmo. Siempre ruega al padre o a los hermanos, en sus cartas, que saluden a la madre y que la digan que nunca quiera el cielo que caiga en desgracia con ella. Adelaida abruma al hijo con molestias, con majaderías enojosas; así, por ejemplo, le ruega que busque un buen partido para Paulina entre los petimetres de la alta sociedad, que no frecuenta Leopardi; le hace recorrer las prenderías en busca de retazos de paños; le distrae las pequeñísimas cantidades de que dispone con encargos de futilidad mujeriega. Hay momentos en que Leopardi se revela. Recuerdo un fragmento de los *Pensieri* donde la alusión a la madre es clara y patente. *En el Canto notturno di un pastore errante dell' Asía,* también se queja tristemente el poeta:

Nasce l'homo a fatica
Ed è rischio di morte in Nascimento.
Prova pena e tormento
Per prima cosa; e un sul principio stesso
La madre e il genitore
Il prende a consolar dell'esser nato.
Poi che crescendo viene,
L'uno e l'altro il sostiene, e via por sempre
Con atti e con parcel
Studiasi fargli core
E consolarlo dell'umano stato;
Altro ufficio piú grato
Non si fa da parenti alla lor prole.[80]

En Paulina, en la dulce Paulina, que es la gentil narradora de las menudencias locales en las largas ausencias del poeta, encierra todo el perfume de sus afectos familiares el trágico poeta. Refresca el espíritu la correspondencia entre los dos. Paulina tiene fe ciega en el pobre hermano; el poeta, siempre tan formal, tan serio, tan fríamente irónico, se permite bromear con ella, contarle sus impresiones íntimas sobre tipos pintorescos que conoce o trata. Y en un momento de dulce, de santa inspiración, Leopardi poetiza las bodas de su hermana que siempre fue soltera. Y no se cumple su profecía:

Sorella mia, che in gravi
E luttuossi tempi
L'infelice famiglia all'infelice
Italia accrescerai…[81]

Pero resuena grata la esperanza en un corazón cerrado a ella:

Donne, da voi non poco
La patria aspetta; e non in danno e scorno
Dell'umana progenie al dolce raggío
Delle pupille vostre il ferro e il foco
Domar fu dato.[82]

Amó Leopardi, pero su amor no fue correspondido. Hablo del amor natural de los mozos que, cuando no da fruto de bendición, deja flores de luz en el recuerdo. Amó Leopardi a una parienta suya, que vivió en su casa unos días; naturalmente, fue callado y contenido aquel amor. Pobre, jorobado, enfermo el poeta, su amor hubiera sido recibido entre carcajadas alegres. En el castillo interior de su arte guardó el autor de *Ginestra* aquel recuerdo. *Il primo amore, La sera del di di festa, A Silvia, Le ricordanze, Il sobato del villagio;* todas estas maravillosas, estupendas composiciones están empapadas en el perfume del recuerdo.

[80] "Nace para el dolor el hombre / y ya hay riesgo de muerte en el nacimiento. / Es la pena y tormento, / lo que, desde el principio, va sucediendo. / La madre y el padre / comienzan a consolarle por haber nacido. / Y después, cuando crece, / uno y otro le sostienen, y así, por siempre, / con actos y con palabras, / intentan darle ánimo / y consolarle de su estado humano: / porque no existe tarea más grata / de padres con su prole."

[81] "Hermana mía, que en graves, / y luctuosos tiempos, / la infeliz familia a la infeliz / Italia acrecentará". *Canti,* "Nelle nozze della sorella Paolina".

[82] "Mujeres, no poco de vosotras / espera la patria; no en daño y en vergüenza / de la progenie humana / el dulce rayo / de vuestras pupilas el hierro y el fuego / doma". *Ibidem.*

¿Se comprende ahora el valor del pesimismo de Leopardi? ¿Fue un creyente? ¿No lo fue? ¿Es un temperamento frío, escéptico, burlón, o su pesimismo no es otra cosa que la queja de una pobre alma dolorida?

Leopardi no maldice; se queja, se queja siempre. Hasta sus apóstrofes más tremendos:

Amaro e noia
La vita, altro mai nulla; é fango é il mondo,[83]
con aquel admirable, supremo final,
… Al gener nostro il fato
Non donò che il morire. Omai diaprezza
Te, la natura, il brutto
Poter che, ascoso, a comun dano impera
E l'infinita vanitá del tutto,[84]

son eso: quejas en voz baja, dichas en tono menor, entre sollozos. El pesimismo del poeta italiano no deriva de la contemplación serena de las cosas, no procede de fuera para adentro, sino al contrario, de adentro para fuera. Es la lágrima que enrojece los ojos, la voz que no sabe ahogarse dentro del pecho, la huella exterior del dolor contenido íntimo.

El pensamiento dominante, la eterna inquietud del mozo que ama y no es amado es «dulcísimo dominador de su profunda mente». El pensamiento «es un terrible, pero querido don del cielo», «el compañero de sus días lúgubres». He aquí otros lamentos suaves, dulces, apacibles. Su serenidad clásica sabe que la injuria es arma plebeya de encrucijada, la maldición recurso de los débiles, la alegría absoluta, inconsciente, patrimonio de los imbéciles que no se han interrogado nunca en silencio. Luego el pesimismo que brota del corazón, que no obedece a cerebrales empeños, es monótono, sostenido, igual. Salomón, de mozo –como advierte muy bien Eça de Queirós– prorrumpe en el himno triunfal del *Cantar de los cantares,* y ya viejo es cuando recuerda que el mundo es vanidad de vanidades y todo vanidad. Schopenhauer así mismo se apacigua con los años. Solicitado por los editores, tranquilo en la quietud de su filosofía de buen burgués alemán, procede a la inversa de Salomón, a medida que saborea la dulzura de murmurar en el bar cominerías con sus tertulios. En Leopardi es una sola queja. Será distinta la canción, pero invariablemente el motivo es siempre el mismo. A fuerza de familiarizarse con el dolor, se abraza a él con Leopardi.

Su pesimismo es de poeta, no de filósofo, con ser Leopardi una de las mentes más serenas del siglo pasado. Traslada su dolor a todas las cosas, y de queja personal lo trueca en malestar cósmico. A tanto alcanza el imperio del arte en el poeta triste.

Italia ha descuidado mucho el culto a Giacomo Leopardi. Es natural. Uno de los más sabrosos historiadores de la generación última, Pietro Orsi, escribe que Leopardi, poeta del dolor y del aislamiento, no puede formar jóvenes activos y vigorosos, que fueron precisamente los que cimentaron la flamante nacionalidad. Pero ya constituida la patria, deben volverse los ojos al poeta. Como al Dante, como al Petrarca, le formó la adversidad. El italianismo imperialista de nuevo cuño, el de Gabriel D'Annunzio, el de Ciro Alvi, está ya en gérmenes en el pensamiento del poeta, que por serlo adivinó la formación y la unidad de su patria. Y este es otro de los rasgos característicos del poeta trágico: el de haber despersonalizado sus amarguras, convirtiéndolas en añoranza patriótica:

O patria mia, vedo le mura egli archi
E le colenne e i s¡mulacri é l'erme
Torri degli avi nostri,
Sua la gloria non vedo...
……
……..io solo
Combatteró, procomberó sol io
Dammi, ó ciel, che sia foco
Agl›italici pettí il sangue mio.[85]

[83] "La vida es un amargo / Fastidio, nada más; el mundo, lodo." *Canti*. "A se stesso"

[84] "A nuestra especie el hado / sólo nos dio el morir. Desprecia ahora / a Natura, al indigno / poder que, oculto, impera sobre el daño, / y la infinita vanidad del todo." *Ibidem*.

[85] "Oh, patria, veo los muros y los arcos / Y las columnas y los simulacros y solitarias / Torres de nuestros antepasados / pero no veo la gloria […] ...Yo solo / combatiré, sucumbiré yo solo. / Concédeme, oh cielo, que sea fuego / mi sangre para los pechos italianos." *I Canti*, "All'Italia"

¿Resonarán las estrofas de este canto en Italia ahora que se celebra con esplendor ciudadano el aniversario de la muerte de Carducci?

Nuestro Tiempo (Mayo-1911)

Varios

La Spagna e il Vaticano, lettere spagnoli di *Romolo Murri*. Fratelis Treves, editori. Milano, 1911.

Es una desdicha que en cuanto un espíritu de cierta notoriedad pasa la frontera y se pone al habla con nosotros se apoderen de él esos señores sectarios, rojos o negros, que, a guisa de cierta comunión espiritual, que reside más en la corteza que en la entraña, le cuentan las cosas del país con un absoluto cinismo, que cuando no es cinismo es algo peor: pobreza mental, uniteralismo, memez y ceguera. Aquí tengo, ante mis ojos, el nuevo libro del Sr. Murri, lleno de inexactitudes y de ligerezas; achacables, no a él, sino a sus informadores. Escribo estas líneas con pena; admiro al Sr. Murri: he traducido recientemente al castellano un libro suyo, que se me antoja de cierta valentía moral; en estas páginas he hablado, con sincero elogio, de su labor política y de sus libros. Pero cuando llegó a mis manos este libro no pude reprimir un gesto de asombro. «Me huele –escribí al Sr. Murri, al acusarle recibo– a que sus informadores le han engañado, y eso no está bien.»

Murri es un espíritu ansioso de verdad. Separado de su Iglesia por las razones que conoce todo el mundo, dedicado después a una intensa acción política, colaborador asiduo en el Parlamento de los problemas que hoy preocupan el espíritu de su país, nada tiene de común Romolo Murri con los curas renegados que por aquí nos gastamos, declamadores hueros de un anticlericalismo de mal gusto y plumas rabiosas y procaces. Y no lo sé, pero presumo con harto fundamento que, por este lado, vienen los informes. Y así son ellos de flojos, de inexactos.

Y vamos con el libro. En el primer capítulo, el elocuente y agudo diputado italiano expone el problema religioso (?) reducido a interpretar un sencillo artículo del Concordato, todavía vigente, de 1851. Antes, nos informa el autor de las fuentes de que se ha valido, de las fuentes escritas, para componer su trabajo. El libro de John Chamberlain, *El atraso de España*; el de Cantaclaro, *Comentarios al Concordato*; el de Antolín López Peláez, escrito hace nueve años por el hoy inquieto Obispo de Jaca, *El derecho español en sus relaciones con la Iglesia*; el de Sánchez Díaz, *Europa y España*, y el artículo del Sr. Unamuno publicado en la revista inglesa *The Englísh woman* sobre *The spirit of Spain*.

Bien poca cosa, en verdad. Para conocer el pensamiento religioso de Unamuno en los comentarios hay que acudir, por ejemplo, a la *Vida de D. Quijote*, a *Tres Ensayos*, a *En torno al casticismo*. Hace falta leer también el *Idearium* de Ganivet, los libros de Costa, etc., como preparación inmediata. Esto sin tomar la cosa desde lejos con un estudio religioso de nuestros clásicos, especialmente de nuestros místicos y ascéticos. Y como fuentes orales, el Sr. Murri reproduce entrevistas con los Sres. Canalejas y Burell. Pues en su primer capítulo, Murri inicia la cuestión por la simple lectura de los periódicos. El problema religioso no es hasta ahora, entre nosotros, para citar una palabra clásica, un *Kulturkampf*, una lucha por la cultura. Sigue siendo a secas, como en los tiempos dichosos del Sr. Sagasta, el cuento de la buena pipa, un almohadón para la caída en blando de los liberales y cañamazo barato para que borde primores en él la prosa republicana.

Murri afirma, en este primer capítulo, que las negociaciones con el Vaticano comenzaron con Maura, que Moret siguió tratando, que Roma valióse de toda suerte de ardides para prolongar la cuestión y que Canalejas dio pruebas de impaciencia con el Mensaje de la Corona a las Cámaras primero, con la presentación sin previa inteligencia con el Papa de la llamada ley del Candado después, con la ausencia de Roma del Embajador cerca de la Santa Sede, «acto teatral que suscitó infinitos comentarios, excitando y desviando la fantasía». Y continúa, unas páginas más abajo: «La verdad es que, políticamente, la cuestión religiosa española se contrae a una modesta cuestión, a un divorcio que no amenaza con resultados graves e inmediatos; pero mirando la cosa desde más lejos, se reduce, pura y simplemente, a una lucha por la cultura.»

El segundo capítulo está formado por una conferencia que celebró el Sr. Murri con el Sr. Canalejas. «Canalejas –escribe Murri presentando a los italianos el político español– debe tener

poco más, de cincuenta años, bajo, vigoroso, impetuoso en el gesto y en la conversación, de ojos vivos y penetrantes. Militó al principio en las huestes de Sagasta; fue luego a la disidencia porque quería una política más radical y fundó el partido que se llamó radical precisamente, con programa anticlerical y de reformas sociales. Después moderó un poco su programa; el partido se llamó democrático. Es de los mejores oradores de la Cámara española; divide con Moret la jefatura del gran partido liberal.» No es cosa de reproducir aquí la conferencia. El Sr. Canalejas nos tiene tan acostumbrados a decirnos lo que piensa, que hemos de extractar muy sucintamente, porque tiene alguna novedad, la que celebró con el político italiano. «He tratado –le dijo– de que los Obispos, por ejemplo, se elijan de acuerdo con el Gobierno. El episcopado actual es hechura del Sr. Pidal. Ahora tenemos dos diócesis vacantes –Agosto de 1910– y hemos propuesto dos sacerdotes cultos y de ideas bastante amplias. No son gratos al Vaticano, que propone dos candidatos que nos desagradan. No nos entenderemos y esos Obispos no serán nombrados mientras yo esté en el Poder, y no creo que esto sea un mal grave. Sigo una línea de conducta precisa. Cuando subí al poder dijeron los clericales que yo era un hombre impetuoso, impulsivo, desequilibrado y que no permanecería mucho tiempo al frente de la situación. Han dicho que hablo mucho; en efecto, hablo mucho, pero no digo más de lo que quiero decir; en la política se habitúa uno pronto.» Y continúa el Sr. Canalejas: «La mayoría es segura y coherente. Como la voluntad del país se manifiesta claramente en el Congreso, procura el Senado obrar con cautela para no provocar una cuestión análoga a la que se ha provocado en Inglaterra. Me honro con el favor de nuestro rey. Alfonso XIII es católico, pero muy inteligente y de espíritu profundamente liberal.» No quiero que tales puntos de vista del Sr. Canalejas queden enterrados en los libros extranjeros sin que antes se propaguen convenientemente entre nosotros.

En los capítulos sucesivos, el Sr. Murri está completamente descentrado. Afirma que los jesuitas son los dueños de la mayor parte de los edificios de la calle de Alcalá, y que el Sr. Urgrüio –Urquijo, seguramente– es el banquero de las huestes ignacianas.

Refiere que los Condes de Pasteana –de Pastrana– dejaron a los jesuitas 50 millones de pesetas y que el último Conde murió pobre, en casa ajena. Asegura que los frailes hacen ejercicios de tiro de fusil todos los días para prevenirse contra posibles atentados de las masas. Hay en todo el libro algo así como un tono desdeñoso de compasión, intolerable, para nuestros hombres y nuestras cosas. Harto se echa de ver la información española del Sr. Murri; lo ha visto todo a través de Francia, y con los datos perfectamente equivocados de que se vale no es posible construir sino un libro endeble, flojo, tendencioso, ligero, sectario, que no está en consonancia, ciertamente, con el mérito de su autor, con el interés del asunto y con la discreción que debe presidir la formación espiritual de libros de tal linaje.

Si el Sr. Murri obtiene favor de su público y reedita este libro, debe modificar, por lo menos, más de cien páginas de las 190 que componen el volumen *La Spagna e il Vaticano*.

La Lectura (Mayo-1911)

Armando

– ¿Y a usted, le gusta Armando?

– Mucho. Me parece el primer novelista español –respondo. Todos los años leo con admiración devota *Maximina*. En el ejemplar que yo poseo –digo al amigo del novelista– han resbalado acaso lágrimas de todas las mujeres que amé.

– Crea usted que *Maximina*, es autobiográfica.

– No lo dudo. Es más: en escritos míos, desde lejos, juzgando por indicios del que conoce algo su oficio, he sustentado la misma opinión.

– Claro está –agrego– que todos los que escribimos nos explotamos de un modo escandaloso. Yo, por ejemplo, recuerdo muy bien pero no sé inventar. Y ahora que acabo de escribir una novela, he cogido personas de carne y hueso, las he variado la estatura, el color, el traje, la posición social, pero su psicología entera la he extraído de las canteras de la realidad inagotable. ¿Dice usted que *Maximina*?

– Digo que *Maximina* es el relato fiel, minucioso, exactísimo de los primeros amores del poeta. La heroína no era de Pasajes, ni sobrina de estanquero, sino asturiana y de un pueblecito

junto a Gijón. Era un rapaz Armando y veraneábamos juntos. Y se enamoró. Y el amor dio alas a su fantasía y a su pluma. Fue sincero, acaso sin quererlo. Vertió sobre el papel todas las dulces inquietudes de un gran espíritu enamorado y bueno y escribió la novela admirable. Mire usted... Ella, convengamos en llamarla Maximina, conoció a Armando cuando ya había luchado, sufrido y acaso devaneado en otros amoríos. Armando tendría la edad de usted, acaso era mayor que usted; Maximina –Maximina hemos de llamarla– quince años. Las rapazas de quince años son tiernas, pudorosas, confiadas, tranquilas; puso en Armando toda su fe. Casó con él. Murió a los dos años del matrimonio. Aquella muñeca dejó un reguero de luz y de amargura en el corazón de Armando; acaso su *humour* un poco arisco, solitario y melancólico, brota de aquel recuerdo. ¿Usted conoce perfectamente *Maximina*?

– Sí; en general, toda la obra de Palacio Valdés. Ya le digo que tengo por él una admiración entusiasta.

Y el amigo del novelista sigue hablándome del hijo preclaro de Asturias. Bebemos sidra. Yo brindo mentalmente por el padre de *La Hermana San Sulpicio*, de *Riverita*, y de la dulce, dulcísima *Aldea perdida*.

El Adelanto (29-08-1911)

Flor de Vida

Había oído que el libro de Diego Garoglio, *Fior di vita*, era algo así como el rival de *Cuore*, el encantador libro de Edmundo de Amicis, que todos saboreamos en esas horas gratas en que apunta la adolescencia y comienza a inquietarnos dulcemente el misterio de las cosas. Y he leído el libro de Garoglio.

En Italia, lo mismo que en Inglaterra, comienza a iniciarse una literatura infantil, copiosa y abundante, alejada de nuestras niñerías castizas de los cuentos de Calleja y de los libros pseudo científicos que nos recomendaban, hace doce, hace catorce años, en los devotos colegios de segunda enseñanza. El libro de Garoglio reanuda la tradición de las historias militares y patrióticas de Edmundo de Amicis. Forman el libro poesías mimosas que aprenderán a recitar con su encantadora medialengua los niños italianos, y artículos de hogar. *El nido de las flores, El santo de mamá, Garibaldi* –¡no puede fallar Garibaldi en libro alguno!– *Abuelo y nieta*, etcétera, etc.

A nosotros, los españoles, parece que no nos preocupa la infancia, aunque la desdeñamos, que no nos preocupamos de depositar en ella una gran reserva de energías morales para mañana. Cuando Benavente pensó en el teatro infantil no encontró el calor de las clases aristocráticas que tan necesario le era para comenzar a subir la cuesta, y siempre así. Y los niños necesitan luz, ambiente de bondad, ríos de poesía donde bañen sus almitas, tolerancia forastera que ante sus pequeños egoísmos, amor, en una palabra que los haga colaborar, desde sus posiciones de inocencia, en la obra social.

Hablo con gusto del libro de Garoglio, porque anhelo que entre nosotros surja un poeta que consagre su labor a los niños, formándoles y preparándoles para los combates venideros. Ciertamente, es una tarea difícil, llena de escollos y de peligros que conviene sortear con habilidad y delicadeza, pero a las dificultades de la tarea corresponderá, sin duda, la excelsitud del premio

El Adelanto (28-09-1911)

"La losa de los sueños"[86]

Jacinto Benavente –le llamaría genial si no hubieran gastado la energía expresiva del vocablo los reporteros chirles– vuelve al teatro, después de un año de reposo. Y vuelve a cantar. Ya no razona Benavente, llora. Ya no necesita, para sacudir de su letargo al buen público, recrearle los oídos, ni transigir con él. Expone una cosa sencillísima, una cosa vulgar, la historia de una

[86] Existe otro artículo con este mismo título y contenido diferente, publicado en *La Ciudad* (O.C. Tomo IV, página 217).

pobre muchacha seducida, lo de siempre. El novio abandona a la muchacha. Y ella no se queja; fuerte en su dolor, hilvana en la Singer[87] pedazos de tela, que han de ser el envoltijo del nene sin padre. No comenta Benavente. ¿Para qué el comentario donde está la realidad, la eterna losa de los sueños? ¿Quién no vive con una losa encima de su pasado?

Benavente ha dicho de la ironía que es una mueca, que pugnando por llorar, ríe y equivoca el camino. Generalmente se presenta al más grande de nuestros ingenios, digno de codearse con Shakeaspeare y muy por encima de los Braceo, Bernstein, Sudermann, Hauptman, Ibsen y demás genios de tesis que nos exhibe Europa, como un escéptico, como un pesimista que contempla el espectáculo de la vida de mal talante. Nada más lejos de la verdad. El payaso, embadurnado de colorete tiene dentro a un hombre de carne viva, y en la frase de Benavente lo que parece restallar de fusta, es una emoción temblona de hombre bueno. Es el hombre de la decadencia el dramaturgo madrileño. No canta el éxito, la fuerza, el dinero, la belleza, el talento, lo que es madurez, sazón y lozanía; no sabe cantarlo, ni puede cantarlo, porque no es ese su ambiente, porque no es esa España, porque no es ese nuestro tiempo, resignado y melancólico. Pasaron las estocadas en la vida y en el teatro; pasaron las tragedias de alto coturno y de noble gesto. Nuestra raza, nuestra generación, mi generación, camina por el mundo con la terrible dolencia de Hamlet, preguntando no sabe qué, desesperanzada, trágica, llena de rabiosa inquietud que la desgarra las entrañas del pensar. Odia la luz fuerte y ama el crepúsculo. Quiere silencio y paz. Quiere que la dejen tranquila para llorar sus propios errores.

Y Benavente llega a la entraña de su pueblo por eso, porque es pueblo también, y a la de los muchachos, porque es muchacho, y a la de los viejos, porque ahora todos padecemos de vejez prematura. ¿A dónde vamos? ¿Y para qué ir a parte alguna? ¿Para qué gritar?

Benavente tiene que concluir esta tragedia cantando la del muchacho que abandona a la pobre chica. Sí, no blasfemo. También él, el señorito desocupado y alegre, que abandona a la chica resignada, tiene su losa de los sueños. Su primera tristeza es la de no llamar hijo al que él mismo diese vida en horas de amor. Es muchacho juicioso, y sus padres no tienen su concepto del deber. Luego la vida aprieta, y siempre es un refugio un buen matrimonio. Sí, los dueños de la fuerza y de la alegría aparentes, son los forzados del ideal. El que tiene manto de señor, tiene, a las veces, alma de esclavo. De esclavo que no puede cortar sus cadenas. A Rosa la queda el hijo; al seductor, ni el hijo. A ella le queda una justificación, la prueba de su amor, que fue su delito. A él, la horrible amargura de haber deshecho un alma inconscientemente. Ella se liberta de su culpa con su martirio y la ennoblecen los suplicios de sus hermanas, celosas guardianas de la honra ajena. El no paga su delito en toda la vida. Como Juan Ashaverns[88], girará eternamente alrededor de sí mismo, y no podrá llorar nunca de alegría. ¡Pobre señorito! Su egoísmo le hace estéril y comienza a amar a Rosa cuando Rosa le desprecia.

El Adelanto (16-11-1911)

Acotaciones

Estoy tan apartado de los libros españoles que no sé lo que se publica, ni me importa cosa mayor. Yo también tengo "mis" clásicos y quiero resarcirme del tiempo que me hicieron perder los caseros y presentes con los pasados de fuera y de dentro. Me importa, por ejemplo, Garcilaso más que Amado Nervo; Quevedo más que Trigo, Valera más que Ricardo León, el literato artificioso y frío, lealmente es broza casi todo lo que se publica. Leyendo a Benavente, debe ahorrarse uno la lectura de todos los demás dramaturgos. Leyendo a Palacio Valdés los demás novelistas. Leyendo a don Marcelino, los demás críticos profesionales. ¡Lo que se publica es tan

[87] Marca de una máquina de coser.

[88] Así en el original, por Ahasverus, también conocido como, Ashavero, Buttadeu, Larry el Caminante, Joseph Cartaphilus, Juan Espera en Dios, Alvarus Stevenson, Michob-Ader, Samuel Belibeth, Juan de los Tiempos…; todos ellos nombres atribuidos al judío errante, quien, según la leyenda, negó un sorbo de agua a Jesús en su ascensión al Gólgota, por lo que recibió el castigo divino de vagar errante por la Tierra hasta la segunda venida de Jesucristo. Desde la ideología antisemita se interpreta esta leyenda como una metáfora de la diáspora del pueblo judío, condenado por Dios como responsable de la muerte de su Hijo.

malo, tan malo, tan malo! Lujurias de estudiante, paisajes de cartón, personajes de greda, todo con retablo deleznable de maese Pedro.

Abro, por ejemplo, una novela que me recomiendan y que no pienso leer. Me es sospechoso el autor: admiro a Blasco Ibáñez, para quien el secreto de la descripción literaria está en las crudas manchas de color del escritor valenciano, confundiendo, por ende, la descripción literaria con la pintura. Y dice el autor "En el silencio campesino..." ¿A qué seguir? Hay, por lo visto, silencios rústicos y urbanos. Los silencios son de las mismas clases que las servidumbres. Otra página está rellena, amazacotada, de metáforas manidas, esas tranquillas de los escritores malos.

Dejo la novela por un libro de versos, también recientes. No hay ritmo, forma, y, por lo tanto, no hay poesía. Supongo que tampoco habrá ritmo interno, pensamiento. Supongo que no serán poesías "densas" –según el credo de Unamuno– ni falta que hace. La densidad debe dejarse para la obra mental. A la poesía la basta con ser sonora y dar una sensación de belleza, no la sugestión de un magno problema. No hay que sacar las cosas de quicio; si hacemos "densos" a los versos, haremos "sonora" a la filosofía.

Cuentos, erotismo de anémico, lascivia de chimpancé, figurillas femeninas sin consistencia, cuento con tesis para demostrar que la vida en Madrid es cara, otro para demostrar que la novia primera es la que queda dentro del corazón.

¡A otra cosa! Otra cosa es un estudio sobre los escritores de fuste: doña Emilia, Valle Inclán, Benavente, Unamuno, Baroja. La crítica que hace el autor de doña Emilia, hace sospechar que no la ha leído con cuidado. Habla de "la estupenda escritora realista gallega"; el autor no se ha enterado de la evolución idealista de la condesa. *La sirena negra, La quimera, Dulce dueño*. Tampoco conoce a Unamuno; aplaude demasiado sus versos –y hay de todo, como en la viña del Señor– y se queda demasiado corto, elogiando sus trabajos en prosa. Le gustan, por ejemplo, los últimos libros editados por *Renacimiento*. De Benavente repite lo de *Miquis*[89], lo de Bueno, lo de *Caramanchel*[90], lo que han escrito aquellos a quienes ha escapado el pensamiento informador de Benavente, a Bueno por odio personal, a *Caramanchel* por educación literaria, a *Miquis* porque se ha parado en la concepción del teatro a estilo de Zola.

Y... ¿para qué seguir? Torno a mis clásicos. Ellos me indemnizan el tiempo perdido.

El Adelanto (21-11-1911)

Los futuristas

Nuestros buenos amigos, los futuristas italianos, acaban de lanzar un nuevo manifiesto. El jefe de la escuela, Marinetti, se ha largado a la Tripolitania, a luchar contra el turco y los futuristas se preparan para una Exposición de pintura que ha de celebrarse en París en Marzo del año próximo. Así nos lo dicen, en grandes letras negras, desde Milán, como postdata a un artículo de Camilo Manclair, sobre el futurismo.

Se ha hablado alguna vez, entre nosotros, del futurismo. Yo mismo he escrito a propósito de Marinetti y de sus secuaces en las páginas de *La Lectura*, sin tomar la cosa completamente en serio, como es natural. Solamente Ramoncito Gómez de la Serna y su revista *Prometeo*, han hecho profesión de fe futurista. El desprecio a la mujer y el reto a las estrellas conmovieron las ansias iconoclastas de varios muchachos españoles, que gustaban, sin embargo, de las buenas mozas y que ningún rencor tenían que guardar al sistema planetario.

Los futuristas venían a romper moldes y a derrocar ídolos. Aquí cundió la cosa. Porque el futurismo de Alomar nada tenía que ver con el de Marinetti: El sueño de Alomar era el sueño de un catalán que está muy a gusto con sus Ramblas y los anhelos de los milaneses eran precisamente todo lo contrario de un anhelo de ciudad. Coincidían tan solo en las apreciaciones sobre la comodidad de los ascensores y en las ventajas de los timbres eléctricos.

Grey regocijada y levemente petulante la futurista, su labor era la de epatar al burgués y la de servir de engañabobos en las contradanzas literarias. Sus gustos eran los de los chicos mimo-

[89] Tal vez se refiera al crítico literario de origen asturiano Juan Ochoa Betancourt (1864 – 1897) que firmaba con el seudónimo *Miquis*, aunque quizá sea retrotraerse muy lejos.

[90] Ricardo José Catarineu López-Grado (1868– 1915), poeta español, firmaba bajo el pseudónimo de *Caramanchel*.

sos y mal educados, que han vivido siempre al calorcillo de la mamá, y que al hacer valer sus fueros por el mundo, incurren en novatadas y muchacherías disculpables. Pedían la decapitación de los *ciceroni* que infectan a Italia, la Inquisición para las guías Beadeckes[91] y para los agentes de la casa Cook, la pena de muerte para los académicos y profesores graves y la desaparición de los cuadros de Rafael y Ticiano y de los frescos de Miguel Ángel. ¡Cosas de chicos! Los vejetes se escandalizaban y no veían que eran suficientes unos azotes para reducirlos al silencio. Hasta un elocuente predicador carmelita, de frases recias, a lo Savonasola[92], se indignaba, hace poco, con los futuristas. Y ellos encantados de su papel de engarita bobos[93], asusta suegras y espanta moscas, seguían soltando periódicamente sus truculencias en francés, en italiano, en castellano... ¡hasta en ruso!

¡Ay! Las criaturas dejan de serlo alguna vez y acaban siendo formalitas y juiciosas. Y los futuristas que al fin y al cabo van para subsecretarios como los rebeldes de nuestro país, se han formalizado de repente. Italia sostiene una guerra. Ellos, los antipatriotas, se han dado cuenta de que la patria es un contenido espiritual de cultura. Pensando en Austria, recuerdan que leyeron, al dejar la teta, las tristes lamentaciones de Silvio Pellico. Paseando por el Canal Grande, recuerdan a Trieste. Actuando de geógrafos, llaman al Adriático "lago italiano." Y Marinetti –*¿pose,* ternura?– coge las armas, se alista voluntariamente bajo las banderas de su país y resucita en su corazón los ensueños de sus abuelos, los senadores romanos.

¡Estos niños! No podemos enfadarnos con ellos. Son traviesos, pero no son malos. Juegan, corren, saltan, pero los muy chicos dejan las correrías cuando mamá enferma y guarda cama. Y solamente tiene derecho a batirse en la paz el que se juega la vida en la guerra.

Es de desear que Marinetti no corra ese riesgo y que al fin de la aventura, nos cuente el muy picarón alguna cita nocherniega con una turca guapa. Con un poco de realidad y un mucho de fantasía, condimentará la fábula. La leeremos paternalmente. ¡Qué diablos! Ya sabemos todos lo que es la juventud.

El Adelanto (11-12-1911)

Gabriel y Galán[94]

Estos días se cumple el aniversario del poeta castellano José María Gabriel y Galán, que poco a poco va cayendo en el foso de los preteridos, de los olvidados. Su muerte fue como su vida: modesta y obscura. Y después de muerto Galán, comenzó a advertir Castilla que faltaba su poeta, como advertimos la muerte de los nuestros, no el día del entierro, sino después, cuando nos damos cata del sillón vacío, de la alcoba fría, de la voz que no se oye, de la caricia que ha dejado de halagarnos.

Galán era como su tierra y como su gente. Creía en Dios y amaba a la mujer. A la mujer, como medio para llegar al hijo. Su canto a la fidelidad conyugal es, por dentro, un canto a la paternidad. Cuando dice «¡amada mía!», quiere decir «¡hijo mío!». El poeta que escribe *El ama:*

ella y el campo hiciéronme poeta,

compone las estrofas de *El Cristu benditu*, donde canta con vibraciones de ternura el amor de padre, que apenas resuena en la lira castellana y, en general, en la lira hispana, pero que tiene precedentes en la escuela salmantina: recuérdese el estupendo canto al hijo del bondadoso don Ventura Ruiz Aguilera.

Gabriel y galán es el último poeta clásico, entendiendo esta palabra, tan adulterada hoy por los profesionales en toda su fecunda plenitud. Todos saben el origen de la palabra clásico y de la palabra romántico, y de cómo ambas surgieron con su sentido actual, moderno, de la famosa disputa entre Goethe y Schiller. Sostenía aquel que en la literatura debía predominar el elemento objetivo y Schiller en su artículo «De la poesía ingenua y sentimental» (*Ueber naive*

[91] Así en el original, por Baedeker: Guías de viaje impresas por el editor alemán Karl Baedeker..

[92] Así en el original, por Savonarola.

[93] *Engaritar* es tanto como *engañar*. A pesar de ser más frecuente "*engaña-bobos*", Sánchez Rojas utiliza este sinónimo en varias ocasiones en sus escritos.

[94] Existe otro artículo de Sánchez Rojas publicado con este mismo título, aunque distinto contenido en *La Vanguardia* (O.C. Tomo II, página 244).

und sentimentalische Dichtung), decía que la palabra ingenua *naive* valía tanto como clásica, la palabra romántica a la de sentimental equivalía. Luego, los hermanos Schelegel –de los que tanto se burló Carducci en su estudio sobre nuestro Calderón– rellenaron de sentido histórico los dos términos tradicionales. Y los explicaron y comentaron a maravilla.

Me detengo en estos pormenores para definir mejor la personalidad literaria de Gabriel y Galán. Aquí, en España, donde hay escasa conciencia estética ente los escritores, clásico vale tanto como libresco, y romántico tanto como impulsivo. Nuestros profesores, nuestros manualetes, dicen de un escritor que es clásico cuando recuerda a otros autores, cuando su estilo sabe a cosa muerta. Porque cunde ogaño la peregrina idea de que debemos escribir como Fulano o como Mengano, sin advertir que el contenido espiritual de la lengua castellana de hace dos siglos, por ejemplo, no es el mismo contenido espiritual de hoy. Junto a la pedantería filosófica de los que vuelven de Alemania después de leer a Kant –para lo que no hace falta salir de Madrid–, hay otra terrible pedantería, la de los neo-clásicos –más tienen de lo primero que de lo segundo–, que no han comprendido que la lengua es una cosa dinámica, corriente de río, no agua muerta y podrida de estanque. Citaré nombres: Valera, *Azorín*, supieron forjarse un estilo, porque ambos tienen sentido de la lengua. Otros, hoy flamantes, recuerdan los escritores de cuarta o quinta fila del siglo XVII. Ni aun en la elección de modelos anduvieron acertados.

Galán, no a libros, a romero y a cantueso campestre huele que da gloria. Nada dice el que diga que *El Ama* recuerda *La perfecta casada*, de Fr. Luis, *La perfecta casada* recuerda a su vez *El cantar de los cantares*, del sultán asiático que, cuando llegó a viejo, entonó el «vanitas vanitatum» para uso de los reumáticos. En las tres obras, la del poeta, la del fraile y la del monarca, hay una nota común: la sinceridad, la pureza de emoción, idénticas, porque idéntico es el fondo de humanidad de que proceden. ¿Se parece Galán a Jorge Manrique? Sí, también. Las famosas coplas lloran la muerte de un padre, la de una madre los endecasílabos del poeta castellano. Galán es clásico porque su temperamento es sereno, apacible, ecuánime. Canta por lo que cantan los pájaros. Porque luce un buen sol en el altozano, porque el crepúsculo deja huella roja en la llanura, tiñéndola de sangre; porque deleita hollar el rocío mañanero, porque están cargadas de perfumes las eras por las noches.

Nos reveló Castilla Galán como ningún poeta nos la había revelado antes. Las mismas «Tierras llanas», de Ferrari –cuyo ritmo creador vive en los ensayos de «En torno al casticismo», de Miguel de Unamuno–, no saben dar una impresión directa a los que vivimos en Castilla. Hay una Castilla para uso de extranjeros –la de Emilio Verhaêren, la de De Amicis, la de los franceses, la del lusitano Eça de Queiroz– absolutamente falsa, como la de Zuloaga, ese pintor que nos pinta siempre en francés, y otra Castilla falsa también en nuestra literatura clásica; recuérdese el viaje del Buscón de Alcalá a Segovia, por ejemplo. Castilla no es pelada y calva siempre. Sin tener su Versalles, tiene su Aranjuez, su Tajo, su Tormes, su Granja. Castellana es la Flecha del fraile agustino, donde el aire el huerto orea, y castellanas son las riberas

de aquella tierra de Alba tan nombrada

que canta señorilmente Garcilaso. Santander es Castilla, y don José María de Pereda de raigambre castellana es. El encendido Frailecillo de Ontiveros, San Juan de la Cruz, es castellano, y de limpio linaje de caballeros Teresa de Jesús, fresca y risueña, graciosamente espontánea, que escribe como salta el agua por las piedras, entre regatos: con abandono y con gracia. Galán sintió Castilla, toda Castilla. Y supo expresar lo que sentía. Porque lo expresó bien fue poeta:

Y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas [95].

Cantó Galán el bobito amor aldeano, la carirredonda faz de la mozallona que sufre los primeros embates de amor, la ronda de San Juan, la ilusión que se rompe para dejar huella de eternidad en el espíritu, hasta los fustazos de los celos que hacen encabritar nuestras pasiones como potros salvajes y sin domar. La vida le parece buena a nuestro poeta y canta la vida, a diferencia de los árcades del siglo XVIII, que cantan el campo, del que creen gustar porque le

[95] *Castellanas*. "El ama", I.

gusta a Horacio. En su intuición de poeta, advierte Galán los pasos de la muerte y sonríe. Como Maragall, su padrino literario, pedía que la muerte fuera un mayor nacimiento, José María sabe que lo que tiene de arcilla quedará en sus hijos de carne, y lo que tiene de Dios en la vida universal de las cosas.

Pocas veces protesta Galán. Poco antes de morir, únicamente, arremete con los zánganos de la colmena social. Pero, generalmente, sonríe, y cuando su optimismo no llega a tanto, se burla con donosura de sus aldeanos como Cisneros se burla de los nobles, como Teresa de las monjitas que juegan a estar alegres, hasta como Sancho del pobre Caballero con las mujeres poco graciosas que vuelven del Toboso. Hay marrullería en el fondo de todo buen castellano, y José María tiene sus adarmes y más que sus adarmes de marrullero. De marrullería bonachona, claro está. Es más terrible la tontería que la maldad humana, aunque ambas cosas suelen vivir en fraternal consorcio.

En estos días se cumple el aniversario de la muerte del poeta excelso, que fue un buen hombre, un excelente muchacho, un labrador de pro. Socialmente, a lo sumo hubiera llegado a concejal de su aldea, como Federico Mistral. Y como no fue diputado, ni consiguió carreteras, ni repartió dones y sinecuras entre los compadres, como la farándula cortesana lo va olvidando todo demasiado aprisa, no dejará más huella su recuerdo que una esquela mortuoria, enterrada en el rincón inasequible de algún periodiquito provinciano. Y yo quiero que os descubráis con respeto ante la tumba de un poeta y de un amigo. No tiene flores de trapo la sepultura; en aquel campo santo del Guijo no prenden más que las flores silvestres agradecidas.

El Noticiero (26-01-1912)

Azorín[96]

La publicación del libro *Lecturas españolas*, del insigne escritor *Azorín*, nos mueve a escribir cuatro palabras sobre la personalidad literaria de este ingenio peregrino. Recordemos brevemente su labor.

Azorín, al comienzo de su carrera literaria, era un cronista brillante, apedreaba los sustantivos de epítetos y hacía párrafos largos, sonoros y cadenciosos. Hizo sus primeras armas como periodista en diarios de la izquierda.

Escribió un libro de Sociología criminal. Produjo un gran escándalo la publicación de su folleto *Charivari*. Apareció el periódico *España*; entonces adquirió *Azorín* su popularidad enorme; estaba dotado de un gran sentido de observación. Evocaba maravillosamente los paisajes, las gentes, el alma de la raza vieja.

Dio a la imprenta *La Voluntad* y *Alma Castellana*. Nos descubrió, con ironía mansa y certera, el retablo del Parlamento. Allí acaso, en la tribuna de prensa, se preparó su evolución conservadora.

Los liberales no tienen ideas ni carácter, y Maura tiene carácter al menos. *Azorín* fue diputado por Purchena. Publicó esa joya, de estilo limpio y sobrio, que se llama *El Político*. En *ABC* se burló donosamente de la vanidad de Gasset, de la abulia de Canalejas, de la debilidad de Moret. La impopularidad de los conservadores aumentó su fanatismo de neófito. Y después de una larga ausencia de la polémica *Azorín* nos ofrece *Lecturas españolas*.

Lector, este es un libro hermoso, uno de los más grandes libros que se han escrito en lengua castellana. Estudiado como historia literaria, es el único que tiene un criterio científico.

Fíjase *Azorín* en los eslabones de nuestra tradición cultural: Luis Vives, Gracián, Cervantes, Quevedo, Cadalso, Larra, Mor de Fuentes.

Por ser tan consciente y atinado el libro, es de un franco y consolador optimismo. Enfoca con seriedad, con justeza, el problema de España. Atisba cuando hace arrancar nuestros males de nuestra pereza, de nuestra falta de curiosidad intelectual.

Llega a las más altas cumbres del estilo cuando diserta sobre Guevara y el campo.

[96] Artículo publicado con el mismo título, y distinto contenido en todos ellos, en *El Adelanto* y en la revista *Mercurio* (O.C. Tomo II, páginas 233 y 308).

Tiene ternura, emoción, poesía, cuando evoca los jardines abandonados de Castilla, los interiores, cuando canta elegiacamente a sus favoritos.

Llega a una justicia objetiva, honradísima, perenne, cuando aquilata los méritos de Pérez Galdós.

Aquí tienes, amigo lector, a *Azorín*.

Tiene una cara redonda de luna llena. Unos ojos azules y curiosos. Silencioso es como un cartujo. Fuerte y robusto como un aldeano. No fuma, madruga, tiene un pequeño bigote rubio, viste discretamente, con gusto; es tímido y bueno este gran escritor contemporáneo.

La Ciudad (13-04-1912)

Al margen de un libro bello

Dora Melegari, la perspicaz y delicadísima escritora italiana, es muy poco conocida entre nosotros. Maucci se ha encargado de traducir, detestablemente por supuesto, a Matilde Serao y a Grazia Deledda, dos temperamentos vastos, vulgares, masculinos a pesar de sus faldas, que escriben en profesional, en frío, antipáticamente y sin pizca de emoción.

Dora Melegari escribe en francés. Vive en París, desde niña. Lleváronla a Francia las desdichas de su padre, el general Amadeo Melegari, que conspiró e hizo grandes migas con José Mazzini. Dora, muy despierta, muy sagaz, afinó, con su cultura, su corazón y su exquisita sensibilidad. En su edad madura, ha comenzado a escribir. Todos sus libros son muy bellos: *Chercheurs de sourles*, *Faiseurs de joies et faiseurs de peines*, Âmes *dormantes*. Releo ahora el primero, después de tres años de posarse en mi espíritu las impresiones de la lectura primitiva. Diserta la señora Melegari, en un capítulo maravilloso, *Las amigas del hombre*, de la amistad entre los dos sexos, fruta exótica aquí, en España, donde impera el receloso adagio de "entre santa y santo, pared de canto". Y equipara esa amistad al amor. Al hombre, ambicioso y luchador, le sirve esa amistad de consuelo y de sostén en las horas difíciles; afina lo que hay en él de delicado e íntimo. A la mujer –que en sociedad no conoce más que el aspecto grosero, violento, impositivo del hombre– se la revela de esta suerte, el vigor intelectual de este su desapasionamiento por las pequeñas cosas, su mayor rectitud de juicio. Y ganan ambos amigos en estas confidencias, donde no aparece, ni de cerca ni de lejos, el fantasma sexual. Se establece, en esta corriente de simpatía, una ternura, un perfecto sosiego, una tolerancia, una identidad de propósitos –comprenderse, tolerarse, ayudarse, complacerse mutuamente– que deja en el espíritu un surco hermano del amor. Así pudieron amarse, sin amarse, Miguel Ángel y Victoria Colonna. Así pudo decir San Jerónimo de Paula y de Eustoquia: "Que el mundo lo quiera o no lo quiera, ellas son *más* en Cristo".

¿Y qué decir, qué diría la señora Melegari de nuestros muy castizos y pintorescos amoríos españoles? En ellos juega la mentira su principal papel. Nuestra vanidad supera, en achaques de amor, a la vanidad femenina. En el fondo, queremos porque nos quieren. Daríamos todos el mejor bocadito de nuestra gloria, de nuestro buen nombre, de nuestra reputación, por añadir un número más en el catálogo de las víctimas inmoladas a nuestra vanidad. Por vanidad miente el hombre y por reserva interesada miente la mujer. Y así, el noviazgo es la escuela del disimulo, eterno juego de sorpresas que tiene la mayor en el matrimonio. Y envolviendo la natural hipocresía, la preocupación sexual, más fuerte en el hombre que en la mujer y la solución económica, importante para la mujer, subalterna en el hombre. El amor con trabas no es amor. Nada más prosaico que el gestecillo con que nuestra burguesa dice "mi marido"; nada menos cordial que el endiablado humor con que el hombre alude a "su mujer". El matrimonio parece el sepulcro de las ilusiones.

A estas conclusiones no llega la señora Melegari; llego yo por mi cuenta y riesgo. El amor tiene que ser amistad en un principio, y la amistad se basa en el conocimiento, y el conocimiento acarrea la estimación. Aquí, donde muchachas y muchachos no nos conocemos, no podemos amarnos. No se llame amor la llamarada del deseo; no se llame amor la vanidad satisfecha. Seamos amigos de las mujeres. Sean las mujeres nuestras mejores amigas. De cerca, desaparecerán los prejuicios. El ideal no se alienta con el deseo; a la satisfacción del deseo es la muerte del ideal. Nuestros mejores recuerdos son los de los amores cuyo misterio no supimos romper

y sólo vislumbrar. Que la amistad ilumine nuestras esperanzas más conscientes. Rompamos esa pared de canto cuanto antes. Y así no habrá sorpresas, y todos nos conoceremos mejor, y conociéndonos, nos querremos. Nos querremos por primera vez. Y ellas no se casarán para vengar agravios, ni nosotros nos casaremos para dar una postura elegante a nuestro egoísmo y a nuestro horror por la soledad.

El Adelanto (08-10-1912)

María[97]

Siempre el que ama es poeta!
Pero, ¿quién, oh María,
Entre conceptos pálidos sujeta,
La inspiración fugaz?»
(Vicente W. Querol. *Rimas.*
Cartas a María. Primera.)

María fue la novia de uno de los más nobles, puros y delicados poetas que tuvo nuestra lengua en las postrimerías del siglo XIX. Evoquemos la figura de María. Era valenciana; era pálida; el poeta la conoció de mozo siendo estudiante de Derecho en la Universidad de Valencia. El rayo azul luce en las pupilas de María; la sonrisa de sus labios copia el arte de Vicente Wenceslao Querol.

Ama tanto María a su novio –aquel romántico que paró, al rodar de los años, en abogado de lo Contencioso de la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante– que penetra en su espíritu y conoce su silencio. El poeta la evoca sentada y sola en el hogar. La blanca lámpara ilumina la sien de la amada en blanca y mística aureola. El poeta aspira, desde el rústico albergue donde su dolor de amar le lleva, el perfume de los cabellos rubios de María. Eleva en la penumbra la vista María; pensando en los amores ausentes una santa llama se enciende en sus mejillas. «El casto rubor de los amores», dice el poeta de la llama roja de la faz de María.

María piensa en el novio, en el poeta loco que llena de sonetos los bancos de las aulas, sin prestar gran atención a las nobles y profundas reflexiones de los viejos jurisconsultos y filósofos. Oye la voz lejana del amado ausente. Un tímido beso envía el poeta a María, envuelto en el agreste aroma del viento del pinar. María escucha absorta algo misterioso, lejano. «No temas –añade el poeta–, no temas.»

... Es que tras de ti inclinada
Te está hablando mi sombra.

Y el poeta, aprovechando los elementos externos del paisaje que contempla, sigue evocando a su María. Viendo el cielo, desde las cumbres altas, bañado de luz tranquila, se acuerda de la luz que los ojos de María irradian en los suyos. El abismo sólo es comparable al enojo de su novia. Columbra una choza en la ladera; allí quisiera descansar para siempre el poeta con María, tejiéndole guirnaldas con las flores sencillas y frescas de los campos. Entra en una capilla el ausente; se postra de hinojos a los pies de la Virgen, y exclama:

¡Fínjome que la Virgen sin mancilla
Tiene algo de tu rostro!

El susurro del viento y el trino de las aves suenan como el acento dulce de María; bulle una fuente con la blanda risa de María; cuando la brisa roza la sien del poeta, el poeta siente las plumas de las alas de María, que es un ángel.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Y detrás del balcón piensas tú acaso
Que oyes sonar mis pasos por tu calle.

[97] Del libro Retratos de mujeres, próximo a publicarse. (Nota del autor)

«No llores –dice Querol–, no llores.» Azules flores de romero, aves, cristales de las grutas, mariposas, sazonadas frutas de árboles viejos ha recogido el poeta para María. Ha recogido más el poeta: ha recogido en su corazón la querella que cantan las mozas y los mozos al bajar de la montaña. Y sabe las consejas que dicen lentamente los viejos, cuando silba ronco el aire, las noches invernales.

Y mañana, cuando azote la lluvia el cristal de la ventana de María; cuando ella doble sobre el telar su cabecita rubia, el poeta dirá a su amada, para endulzarle las horas, las historias sencillas que conoce y el canto eterno del amor.

La Lectura[98] (Enero-1913)
Mundo Gráfico[99] (14-01-1914)
El Adelanto[100] (08-03-1913)

Silvia[101]

Pepe.- No vas a creer que se ríe de ti.
Aurelio.- De mí se ríe sólo con reír...
(*La gata de Angora.* Acto IV. Escena IV.)

Mira el retrato de Silvia, amigo mío, ahí está. Si eres pintor; si eres músico; si luchas a puñadas por la gloria; si has olvidado el camino recto de tu vida alguna vez; si has tropezado por algún vericueto con alguna mujer frívola, casquivana, que amó un minuto no tu espíritu como es y a pesar de como es, sino el eco de tu nombre en la plazuela, el estruendo del escándalo de tu fama, tu desmesurada exhibición histrionesca, recuerda. Recuerda, amigo mío. Mira ese retrato; ahí está; contémplalo un momento y vete luego donde te llaman tus afectos puros, la madre de tus hijos, la novia que te espera anhelante, tus hermanos, los amigos que luchan silenciosamente como tú, por la gloria, gran loco.

Mira el retrato de Silvia, de la gatita de Angora. Al cuello tiene una cadena de perlas. Con muchos dijes. Los ojos son azules, sucios, fríos, pero bellos, muy bellos. Está vestida de blanco, como su espíritu, que es una caja de muerto, forrada de moaré blanco también. Tiene frío. Se abriga con un cuello de plumas. Sobre la falda blanca juega una preciosa gata de Angora; parece hermana de Silvia.

Lleva también dijes al cuello la gatita. Todo es felino, monstruoso, en Silvia. ¿Su voz? Su voz miente; no habla; maulla, maulla. ¿Sus ojos? Mienten también; no miman, ni acarician, ni consuelan, ni reprochan nada. Son lindos ojos de muerta. ¿Su risa? Ya lo dice Aurelio, el favorito de unos días de triunfo... «De mí se ríe tan sólo con reír...» De Aurelio se ríe, y de ti, y de mí, y de todos Silvia, sólo con reírse. ¿Su amor? Pero no encanallemos esa palabra, la única viva, y primitiva, y personal de cada lengua, así que sale un poeta que la interpreta, volcando en la calle lo que lleva en el corazón. Silvia no sabe de amor. Hoy te acaricia a ti, pintor glorioso; mañana a ti, torero guapo; al mes que viene a ti, cantante forastero.

No a vosotros: al estruendo de vuestro nombre, al éxito consagrado, al resultado final, a la espuma que rebrota arriba, no al líquido de que procede. No entiende de calidad; le basta el prospecto. Quiere su vanidad Silvia; se arroja sobre la presa gloriosa para que el señor Todo El Mundo presencie la función, como en un circo. Silvia no se quiere más que a sí misma. Ni a sí misma se quiere Silvia. Nació para sembrar el dolor en los pobres Hamlets que andan por el

[98] Se publicó bajo el epígrafe «Mujeres españolas», y en el mismo artículo se incluían las semblanzas de «María», «Silvia», «Marta», «El ama» y «Maruja».

[99] *Mundo Gráfico* publicó, en un mismo artículo, las semblanzas de «Esclavitud» y de «María», omitiendo en esta última la cita relativa a las *Rimas* de Vicente W. Querol y el párrafo «Entra en una capilla el ausente; se postra de hinojos a los pies de la Virgen y exclama:

¡Finjome que la Virgen sin mancilla
tiene algo de tu rostro!»

[100] En *El Adelanto* advierte que se trata de una semblanza que forma parte "Del libro en prensa de este título [*Retratos de Mujeres*] que saldrá el próximo mes de Abril". En el mismo periódico publicó otro artículo de igual título pero distinto contenido (O.C. Tomo IV, página 384).

[101] Del libro *Retratos de mujeres*, próximo a publicarse. (Nota del autor)

mundo; alimenta deseos sabiendo que no puede saciarlos; rompe el ritmo de muchos corazones nobles, puros, candorosos.

El espíritu de Silvia ya nos dice Aurelio «que es un espíritu felino de gatita traicionera». Es el espíritu diabólico, el espíritu del mal.

No llores escritor, músico, político, torero, cantante, por un amor que crees muerto cuando en realidad no ha sido nunca. ¡Nunca!

Ya has contemplado bastante la imagen de tu tortura, de tu dolor oculto, del apartamiento de tu deber... Ahora vete donde te llamen tus afectos puros, la madre de tus hijos, la novia que te espera anhelante, tus hermanos, los amigos que luchan silenciosamente, como tú, como yo, por la gloria... ¡gran loco, Aurelio, amigo mío, hermano mío!

La Lectura[102] (Enero-1913)

Marta[103]

Marta.- La Marta no vale nada; pero
la mujer de Manelich vale mucho.
(Guimerá: *Tierra baja*. Escena X. Acto III.)

La Marta no vale nada; lo dice ella. Es como un sapito de la charca; lo dice el burlador. Marta tenía una madre ciega. De niña, pedía Marta con la madre, en la grada de una iglesia catalana que no se acababa nunca. Parecíale a la Marta que, desde antes de nacer, pedía limosna ya. Y así era. Pedía limosna en el vientre de su madre. Dormía con la ciega en la calle, en el pajar de la *masía* –hoy en uno, mañana en otro–. La madre de la Marta, la ciega, hasta durmiendo extendía la mano. Y la niña tenía mucho miedo. Un día conoció a un hombre la Marta; pedía junto a su madre. La Marta creyó que era ciego; creía que todos los pobres eran ciegos. Y murió la madre, con la mano extendida. Y al volver del camposanto el hombre llamó *hija mía* a la Marta. Y un día acertó a pasar por un molino. Y en el molino, el hijo del amo la perdió. Y el hijo del amo la casó con un bestia del pueblo, medio hombre, medio lobo: con Manelich. Y Manelich adoraba a la Marta. Y la Marta, olvidando al hombre que la perdió, al hijo del amo –¡todo se olvida en este mundo, todo!– quiso a Manelich. Primero porque era *suyo,* de *ella,* su hombre, su marido, su lobo, y luego porque el corazón de Manelich ablandaba a las peñas, y el sapito de la charca, la Marta, la hija de la ciega, no era una peña precisamente.

Pero... pero Marta, siendo buena, había engañado a Manelich.

¡Si Manelich la perdonase! Pero decirle a Manelich todo, todo, lo de Sebastián, lo del hijo del amo, lo del molino, ¿no era algo superior a su alma de esclava? ¡Si Manelich perdonase! Manelich la despreciaba, pero la quería, sobre todas las vilezas, sobre todos los engaños, sobre todas las mentiras de ella. Manelich la quería a su pesar, precisamente porque era así, precisamente –¡oh misterios del corazón del hombre y del lobo!– porque le había engañado.

Pero el amor perdona siempre, cuando es amor de calidad.

Y Manelich te perdona y venga tu propia honra en la sangre del burlador. Y contigo huye a la tierra baja, donde nadie ríe, donde nadie se burla de ti, donde nadie te conoce, donde eres completamente de él, de Manelich, y donde Manelich es tuyo, completamente tuyo, de ti, Marta, que antes de nacer pedías limosna ya, en el vientre de tu madre, en la grada de una iglesia catalana que no se acababa nunca.

El amor es así, Marta; el amor es así. Perdona del todo, para que te perdonen del todo también. Es mendigo y es señor; canalla y santo; fiera y ángel. Y el amor perdona siempre, Marta, lo de Sebastián, lo del hijo del amo, lo del molino...

Ahora, en tierra baja, sola con tu Manelich. ¿por ventura te acuerdas de eso?

La Lectura (Enero-1913)
El Eco de Santiago[104] (28-06-1917)

[102] Se publicó bajo el epígrafe «Mujeres españolas», y en el mismo artículo se incluían las semblanzas de «María», «Silvia», «Marta», «El ama» y «Maruja».

[103] Del libro Retratos de mujeres, próximo a publicarse. (Nota del autor)

[104] *El Eco de Santiago*, además de esta, contenía una semblanza de «Maritornes».

El ama[105]

Pero bien se conoce
Que ya no vive ella,
El corazón, la vida de la casa...
(Gabriel y Galán: El ama. *Castellanas*.)

¡Y cómo se conoce que no vive el ama en la alquería! ¡Qué triste es la vida de los gañanes, de los criados, en la cocina, en la bodega, en la panera, en el corral, en el ejido, en las *tenas,* en las eras! Y el dolor del amo, ¡qué triste y qué mudo es! Pláticas en voz baja; silencios de esos que, al no decir nada, nos lo dicen todo; el señor cura que se encierra con el amo Juan largas horas; el caballo en la cuadra, piafando, quejándose del abandono; la codorniz que no canta en la jaula; el galgo corredor, aburrido, espatarrangado, debajo del escaño, junto al fogón. Falta la vida de la casa, la sangre que hacía circular la vida de la casa. Murió el ama Mari-Juana cosa hará de dos meses. Fue un entierro lucido, con los montaraces, con los ganaderos, con los charros de pro, en la comitiva.

Se la llevaron una tarde de Junio, con las espigas granadas que era una bendición el verlas, el cielo de topacio, el sol de fuego, monte adelante, al rústico cementerio de Valdesoto.

¡Dios mío, la alquería! El poeta nos lo describe sobriamente en la hora de dolor. Los mozos no alegran la besana con sus cantos guturales, largos, lentos, que se cantan a pleno pulmón y a tierra abierta, para que el aire se los lleve aprisa. Las yuntas no ajustan sus cadencias a las cadencias del campesino cantar. No dicen los hombres y las mujeres una sola palabra a la hora de la cena. Rezan todos el rosario, sin decirse por quién; pero es por el alma de la difunta; harto lo saben ellos.

Las horas ruedan con lentitud encima de las almas que lloran y que sufren. El pan tiene la levadura amarga de las lágrimas; entristece la casa; no mueve a cuidado el cariño de la propia hacienda. El pastorcillo de los ganados, hablando con el amo Juan, la otra tarde, en el monte, dejó temblar en el pañote de la zamarra un lagrimón que quemaba; aún se conoce la mancha, como si fuera de fuego. El vaquerillo que trisca detrás de amor por cañadas y veredas, ni ha vuelto a ver la novia, ni canta en los valles, ni restalla la honda, ni le dice sus amores al amo Juan. Los pobres ya no tienen las limosnas secretas que daba el ama al señor cura. El amo no sabe amar el campo, no comprende la melodía del silencio que en el llano descansa y reposa. No le dicen nada la copa de la encina vieja, los zarzales floridos, las mieses, el ruido manso de la alameda. No sabe que sigue su carrera la vida solemne de los mundos. ¡Pobre amo Juan! No le recrea el paso del caballo, no le envanecen los bueyes gordos y bien criados –flor de la feria de Alba– no dice versos cuando trinan los pájaros del monte, no le suenan a música las brisas, el olor de las majadas ha dejado de embriagarle, no percibe el sano perfume del trigo que se está encerando.

Y todo por el ama, por su mujer, por la madre de sus hijos. El hombre sencillo no conoció más que ese amor. Se casó a los veinte años; Mari-Juana tenía diez y ocho. Era lozana y fresca, limpia y sanota, como mañana de campo. Diéronle los padres dos *yugás* para levantar las casas. Boda de rumbo la de los amos. El padrino –que representaba nada menos que al Duque de Medinaceli– regaló las arras: trece peluconas amarillas, como trece soles, del muy amado Rey Don Carlos III de España y de sus Indias. En los arcones están envueltas con un bolsillo verde de punto; pasarán a los hijos, a los nietos. Y fuera de la alquería, los hijos del amo Juan. El mayor por los Madriles, hecho un misinguín; hablan los papeles del hijo mayor de cuando en cuando, y el amo Juan guarda los papeles como las onzas de las arras de sus esponsales con la difunta. Todo se guarda en la alquería. El más pequeño es labrador, y maestro, y poeta; anda por las Extremaduras. Los pajarillos se fueron del nido, pero todos quieren tornar a él cuando la vida les hace daño.

La paz de los campos era la imagen exacta, el espejo bruñido de la paz de la familia. ¡Pero hoy...! Da frío en la alcoba conyugal; el amo no duerme en ella. El barbecho interminable de tono amarillento es antipático, feo; quisiera no tener ojos en la cara el amo Juan para no ver. Pero el amo es cristiano; Dios ha querido la muerte de la madre de sus hijos, y bendice a Dios al recordarla, al llorar por ella.

[105] Del libro Retratos de mujeres, próximo a publicarse. (Nota del autor)

Dolor de mi Castilla, de mi Salamanca: ¡Qué grande, qué fuerte, qué rudo y qué silencioso eres! Y encontraste el poeta que necesitaba tu dolor: José María Gabriel y Galán. Sobre la tumba de mi amigo, de mi paisano, de mi poeta, arrojo a brazadas estas flores ingenuas de mi pluma humilde, en horas también de dolor mudo de mi corazón solitario. Y –desafiando la petulancia del siglo, la incredulidad del siglo, las risas de las peñas y las burlas de las cortesanas– rezo por ti, tocayo, un *Paternóster*.

La Lectura (Enero-1913)
La Nación (26-01-1917)
El Hogar[106] (07-02-1919)

Maruja[107]

¿Por qué estás triste, mujer?
(Gabriel y Galán: *Castellana*, castellanas

¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, Maruja, ¿por qué estás triste? Dímelo a mí en secreto, de corazón a corazón, de boca a boca, de oído a oído, así como estamos ahora, con las manos mías sobre tu cuello, con tus ojos mirándose en los míos, con tu boca aún fresca de la humedad de mis besos. ¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, Maruja, ¿por qué estás triste?

Sonríe. No seas boba. El trovador no sabe decirte que te quiere. No sabe hablar el amor de los hijos de nuestra tierra castellana. Sentir, sí; anhelar, sí; soñar, sí; hablar, no. Aquella mirada tuya de aquella tarde, en la romería, junto a la ermita del Otero, de tal suerte descompuso el latir de mi ritmo, que ya no sé decirte nada. Vivo como embrujado, como hechizado por el fulgor de aquellos ojos. Son dos soles, y queman, y ciegan como lo que son, Maruja, rosa de Mayo.

¿Por qué estás triste, mujer? No es hablador el hondo amor. Mejor te digo que te quiero con mis silencios que con mis palabras. No juzgues de amor nunca por lo que dice, sino por lo que calla; no por lo que hace, sino por lo que quiere hacer. Amor vive lo mismo en las charcas donde croan los sapos, que en las selvas vírgenes donde rugen los leones y sacuden perezosamente su melena al sol. Es Rey de Reyes amor. Manda en santos y en galopines; en héroes y cobardes; en vírgenes y mujerzuelas. Sujeta al imperio de amor vive la vida.

Como tú y como yo, tu poeta, vivimos sujetos a su imperio. Cumple tu gozo mirando desde esta colina ese pueblucho tendido a tus pies. Pueblucho y colina son novios. ¡Qué secretos –que el arte no sabe descifrar– se dicen todos los días! ¿Te place mi patria, Maruja, rosa de Mayo? El campo, es mudo, serio, grave, pelado, solemne, llano, igual, monótono, largo, tan largo, como el cielo que se espeja en él. Busca soledad, melancolía, tristeza, plegaria, humildad, oración, calma, reposo, pureza de conciencia en nuestra tierra castellana. Depón tu ceño adusto. Liebres cazaré para ti en los eriales; perdices en los matorrales de los cerros; alondras en los baldíos; sisones en los peñascos; en los carrascos, en las matas, conejos. Mataré para ti ese milano que cruza el cielo; ya verás cómo al caer, ante la destreza que tu amor graciosamente me regala, clava los ganchos de sus garras en los surcos del barbecho. Te daré violetas, gamarzas, amapolas, campanillas. Sabrás cómo gano el pan para ti, para los hijos, trabajando en la besana con mis gañanes. Te enseñaré el ritmo, el balanceo de las espigas, que son olas del mar de la llanura. De clavelillos azules formaré tu corona; te haré reina, mi corazón, no de mi arte –que ya lo eres –; no de mis sueños –que ya lo eres–; no de mis esperanzas –que ya lo eres–; sino de las tierras que heredé de mis padres, de mis ganados, mis caballos, mis bueyes, mis ovejas, mis corderos, mis gallinas. Te bendecirán mis aperadores, mis *trilliques,* mis segadores, mis pastores, mis zagales, mis zagalas, mis criados, mis pobres, mis deudos. Todos los que me quieren te querrán a ti más que a mí mismo, cuando sepan que más que a mí mismo te quiero yo. Te besará mi madre; mi anciano padre –que aún monta a caballo, con sus setenta años– te besará llorando, Maruja, mi rosa, mi bien, mi patria.

Alégrate, mujer. Te quiero de tal suerte, que estoy llorando de alegría. Toda mi hacienda eres tú, y yo quiero conservar mi hacienda, que es mandato de Dios el conservarla.

[106] Incluía las semblanzas de «El ama» y «Maruja».
[107] Del libro Retratos de mujeres, próximo a publicarse. (Nota del autor)

¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, Maruja, ¿por qué estás triste? Mi Salamanca, mi Castilla, ¿por qué estáis tristes si yo estoy incubando, para vosotras, el ritmo inefable de mis canciones futuras?

La Lectura (Enero-1913)
El Hogar (07-02-1919)

Los poetas y el pueblo

Como el pueblo no va a los poetas, quieren ir los poetas al pueblo.

En el Ateneo de Madrid –la idea es de Jacinto Benavente– todos los domingos, escritores jóvenes y cultos, resucitan, leyéndolos, versos de poetas clásicos; antes de la lectura, a guisa de proemio, el lector estudia la personalidad del poeta o de los poetas a quienes se consagra la velada. Un selecto y escogido auditorio asiste a estas veladas. Benavente ha leído a San Juan de la Cruz; los Álvarez Quintero a Gustavo Adolfo Bécquer; a Góngora, Enrique Diez Canedo.

Los grandes escritores consagrados, así los de musa fácil y festiva como los tiernos y delicados, los pícaros como los místicos, los desenfadados como los llenos de gravedad y empuje, figuran en el florilegio de las lecturas del Ateneo. Asiste a él un público de cultura media, en el que predominan las damas y damiselas de la burguesía. Acaso el verdadero pueblo no aparece por la casa de la calle del Prado.

Pero ¿es que la lectura de los poetas clásicos puede ejercer sobre el frívolo auditorio de hogaño una influencia educativa? Indudablemente, sí. Vivimos en una época de cerebralismo; pueden más las ideas que los sentimientos sobre las masas; a un cerebro privilegiado, sólido, no suele acompañar un corazón exquisito, fino, educado para las grandes sutilezas y ternuras de la vida espiritual.

El corazón se defiende actualmente con la ironía, arma de los débiles y de los cobardes. No tenemos inconveniente en aparecer listos, sagaces, avisados, inteligentes; consideramos, en cambio, como debilidad que debe ocultarse con cuidado la aristocracia del corazón, lo que llamó Dora Melegari la elegancia moral.

Es que la poesía huye de nosotros porque no sabemos incorporarla graciosamente, así a las menudencias subalternas del vegetar corriente, como a las grandes expansiones y fiestas mayores del corazón. No sabemos vivir la poesía. Y como no sabemos vivirla, bien está esa comunión, por rápida que sea, con los grandes poetas de las letras españolas.

El mayor bien que nos hacen los poetas –ha dicho Unamuno– es que nos curen de las heridas y golpes que los razonadores nos infieren, rompiendo nuestros sueños. El poeta que no sobrepuje, hasta disolverlo, el círculo de la lógica, no puede llamarse verdaderamente poeta. La poesía no prueba ni rechaza nada; antes bien, todo lo comprende y todo deja de comprenderlo. La emoción es el desquite que nos da la naturaleza contra el silogismo; la metáfora, la donosa burla que hace el corazón contra las rígidas, inevitables igualdades matemáticas. Un sentimiento que de reflejo nos inspira un poeta, una emoción que nos regala, un estado de espíritu que nos hace revivir, valen tanto como una verdad que se conquista en lento y doloroso análisis. Como que es un escape al dolor la poesía. Como que es un manantial de consuelo. Como que es, antes que nada, luz, fuego, y vida, y consolación.

Hacen bien Jacinto Benavente y sus colaboradores en el Ateneo de Madrid, procurando que el pueblo se acerque a los poetas. Si el pueblo no acude al llamamiento, tanto peor para el pueblo. Los poetas del Florilegio no pueden estar elegidos con más acierto. Claro está que algunos faltan en la lista. A José María Gabriel y Galán, no puede olvidársele tan pronto. Algunos poetas regionales como Juan Maragall y Jacinto Verdaguer, como Rosalía de Castro y Manuel Curros Enríquez, deben figurar también en las lecturas: esto por lo que hace a los poetas de ahora. Y no estaría de más leer, y releer, nuestro sabroso y fresquísimo Romancero. Es de suponer que los organizadores de las lecturas en el Ateneo de Madrid, han pensado en todo y que solo se han preocupado de rematar la labor del presente curso.

Y que para los venideros han de apurar y de agotar el tema. Vaya nuestro aplauso por esa labor que ya comienza a tener imitadores en los centros de cultura de otras poblaciones españolas. Como acontece en esa querida Salamanca. Muy bien por las iniciativas de esa Juventud Excursionista y de su presidente, el simpático amigo Federico C. Alaguero. Cuenten con la modestia, con la insignificancia de mi pluma los bravos jóvenes excursionistas para esa empresa y otras análogas y no olviden el consejo de Jacinto Benavente, cuando les decía que son las

incursiones a las zonas inexploradas, pero explorables, del espíritu las más deliciosas de todas las incursiones, las que dejan perenne luz en el corazón,

El Adelanto (23-01-1913)

Corina o la Italia[108]

Madame Stael viajó mucho por Italia a fines del siglo XVIII y a principios del XIX. Muy conocidos son los motivos de esta excursión de la esposa del embajador de Suecia en Francia, excursión que tuvo todos los caracteres de un verdadero destierro. Durante la Convención, el Comité de Salud Pública invitó a monsieur Stael a que alejase a su esposa de París. Esta orden no fue cumplida, sin embargo, ante la insistencia del diplomático. Más tarde, en 1795 el Directorio hace vigilar a madame Stael en Coppet, risueño pueblecito en los alrededores de Ginebra. Para Alberto Sorel[109], el defecto de la ilustre escritora no era otro sino el «de querer gobernar el Estado desde sus salones». Así, se propuso nada menos que dominar al general Bonaparte con toda suerte de mimos, embelesos y ficciones. Napoleón no dio su brazo a torcer, sino que, por el contrario, sintió la más viva repulsión hacia la escritora. Bonaparte la calificó de marimacho. En una fiesta de las Tullerías, preguntó la escritora a Bonaparte: «General, ¿a qué mujer amaría usted más? –A la mía –replico el general–. Naturalmente –insistió la dama– pero ¿a cuál estimaría usted más. –A la que mejor se ocupara de su casa–. Sí, lo comprendo, pero ¿cuál sería para usted la primera entre todas las mujeres? –La que más hijos tuviera, señora–. Y girando sobre sus talones, la dejó con la palabra en la boca». En estos pintorescos términos relata la entrevista Arnault, ministro de Relaciones Exteriores.

Madame Stael se puso, desde luego, a la cabeza de los enemigos del Primer Cónsul.

Napoleón la desterró al Leman. La escritora viajó entonces por Suiza, por Inglaterra, por Italia. Fruto de las observaciones de este viaje es el libro del que quiero hablar ahora, recientemente editado por Nelson en su colección de *Clásicos franceses* y autorizado por un agilísimo prefacio de Emilio Faguet.

Corina es una novela más. Romántica, ardorosa, apasionada, como todos los libros de ficción escritos bajo la influencia del Ossian y de Juan Jacobo. No nos interesa la trama –un episodio real de la vida de lord Campbell– sino las observaciones desperdigadas, aquí y allá, sobre el espíritu italiano, observaciones que dan a Corina un aspecto de actualidad permanente

«En Roma –escribe Madame Stael– todo es extraño, hasta los mismos romanos, que parecen habitar allí, no como verdaderos dueños, sino como peregrinos que descansan al pie de sus tumbas». «En el Mediodía –observa en otra parte– se emplean tan naturalmente las más poéticas expresiones que se diría que flotan en el aire y son inspiradas por el sol». El encanto musical del italiano no se escapa a la viva penetración de la autora; las palabras maravillan, por su ritmo, con entera independencia de las ideas que expresan, «todas estas palabras –añade– tienen algo de pintoresco y pintan lo que expresan». Comparando la despreocupación de las costumbres italianas con la austeridad de las inglesas dice que hasta la infidelidad en Inglaterra es más moral que el matrimonio en Italia. Curiosas, justas y penetrantes son sus observaciones sobre la literatura italiana. Goldoni es el autor cómico de mayor finura de percepción; sin embargo sus comedias son monótonas y apenas existe variedad en los caracteres. Alfieri es enérgico, profuso, magnánimo, exagerado, valiente. Sus héroes son siempre mejores o peores que sus hombres en la vida real. Es un espíritu antiguo Alfieri transportado a los tiempos modernos. Sus tragedias tienen el valor de buenos actos morales. Los prosistas italianos de aquel entonces escriben una lengua declamatoria, difusa, llena de superlativos, de frases hechas y de giros convencionales. (Recuérdese que aún no había aparecido Manzoni).

Bellísimas son algunas descripciones de Roma; la del Foro, la del Capitolio, la de San Pedro, la de San Juan de Letrán, la de la villa Borghese. Venecia produce una impresión, acaso demasiado triste, en el espíritu de Madame Stael. La ausencia del árbol, de la campiña, confunden y desaniman a la autora. No comparte Madame Stael el entusiasmo –muy justo, a nuestro jui-

[108] *Corinne ou l'Italie* (1807), novela en 4 tomos escrita por Madame de Staël (1807) y traducida al italiano como *Corina o Italia*.

[109] Se refiere a la biografía *Madame de Staël* de Alberto Sorel (1890).

cio– que la ciudad de los Dux ha producido en otros poetas pensadores posteriores –Ruskin, Lord Byron, Alfredo de Musset–. Tampoco se entusiasma Madame Stael con el arte, con la naturaleza de Florencia. El palacio de la Señoría, la villa Pitti, Fiésole, las orillas del Arno no hacen vibrar tampoco el espíritu de la autora. Se diría que todo el entusiasmo de Madame Stael se agota en Roma. El espíritu de Madame Stael es ávido, justo, sutilísimo, pero lleno siempre de equilibrio y cargado siempre de razón; rara vez se emociona; su discurso está repleto de ideas, pero no de sensaciones; un cuadro la hace discurrir, pero no llorar; se apodera del espíritu de las cosas, pero no deja que el suyo vibre con ellas ni que se confunda en íntimo, misterioso abrazo; es, acaso, demasiado fría; demasiado impersonal, demasiado literaria, la Señora Stael. Este libro, en una palabra, es exacto, justo, interesantísimo, pero glacial. Es la obra de un crítico antes que la de un creador.

Las preferencias del autor parecen inglesas, y digo que parecen, porque en su avidez de análisis, de descomposición microscópica de los elementos que le sirven de juicio, antes oculta su entusiasmo que su repulsión. El retrato de Lord Nelvil sorprende y desconcierta un poco; un joven delicado, generoso, de austeridad cuákera, se comporta en el asunto más espiritual y transcendente de su vida como el hombre de más pobres recursos morales. No deja de ser paradójico tal procedimiento; si Lord Nelvil ha de ser, en opinión de la autora, un símbolo de la moral inglesa, mal parada queda la tal moral en sus manos. Corina, la italiana apasionada, elocuente «hasta en la expresión de sus sentimientos personales», que es la elocuencia más difícil y menos conocida, imprevisora, incauta, generosa, llena de gracia y de abandono, es, en todos los momentos, el más alto espejo de delicadeza, generosidad y sacrificio; si la encantadora protagonista de la novela es un símbolo de Italia, hay que prescindir de la ligereza romana, de la grosería boloñesa, del impudor napolitano, de la avaricia milanesa, para juzgar, aun a fines del siglo XVIII en que escribe madame Stael, el espíritu de un pueblo que ha pasado de la «servidumbre gimiente»: *servi siam, si, ma servi ognor frementi,* al sentido político más equilibrado y moderno, en poco más de cincuenta años.

Corina es, a pesar del exceso de ponderación de la autora, un libro encantador, amenísimo, que por la justeza de sus descripciones, la profundidad de sus juicios, el hechizo de su prosa, tiene derecho a la actualidad permanente, entrando de lleno en la luminosa vida de los libros clásicos. Muy bonita y muy bien presentada la edición en dos lindos volúmenes; el editor Tomás Nelson ha prestado un excelente servicio a las letras.

La Vanguardia (03-01-1914)
La Publicidad (08-02-1922)

Don Quijote y las Novelas Ejemplares

Escribe el señor Unamuno, página 418 líneas 26 31, de su *Vida de don Quijote y Sancho*, 1ª edición, Fernando Fé, Madrid –1905 (no quiero que me acuse el querido maestro de citar de memoria, y por analogía de conceptos y de palabras, como otras veces); escribe el señor Unamuno en ese su libro, por tantos conceptos admirable y profundo, estas palabras que acabo de meditar: «No cabe duda sino que en *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* que compuso Miguel de Cervantes Saavedra se mostró este muy por encima de lo que podríamos esperar de él juzgándole por sus otras obras; se sobrepujó con mucho a sí mismo». Verdad es que luego agrega don Miguel, para dorar la píldora, que la figuración retórica del original arábigo de Cide Hamete Benengeli no es un puro recurso literario y que a Cervantes le dictó el Quijote «un espíritu que en las profundidades de su alma habitaba». Quedamos, pues, en que Cervantes, al escribir las andanzas del caballero Manchego, se superó a sí mismo y quedamos, además, en que la obra literaria de Miguel es muy inferior a su autor, exceptuando el Quijote, que está muy por encima, a juicio del señor Unamuno, de lo que podíamos esperar de Cervantes, juzgándole por sus otras obras.

Un compromiso editorial reciente me ha obligado, durante una temporada, a familiarizarme con la obra entera de Miguel de Cervantes; he de volver, pues, sobre este juicio del señor Unamuno, varias veces si La Vanguardia considera que es de actualidad atraer la atención de sus lectores, pendientes los dos centenarios de la publicación de la segunda parte del Quijote para octubre próximo y de su muerte para abril del año que viene, en torno a cuestiones literarias del ingenio de más enjundia de nuestra España. Vamos a ver ahora si las *Novelas Ejempla-*

res son tan inferiores como se ha dicho a la novela inmortal y si en aquella parecen o se muestra indigno Cervantes de su talento y de la calidad altísima de su linaje espiritual.

Excusado es decir también que lejos de regatear valores a don Miguel de Unamuno, que ha penetrado como nadie en el espíritu de don Quijote, propóngame únicamente probar la identidad de los términos, *quijotismo* y *cervantismo*, que el señor Unamuno, por justo horror a ciertos eruditos, ha querido hacer opuestos y hasta incompatibles. Y he de añadir, por último, que estas discrepancias son un homenaje al ingenio inquieto y desconcertante del profesor salmantino, que en su citada *Vida de don Quijote y Sancho*, mostró a la juventud española el único camino para entrar de lleno en los divinos alcázares de la fantasía de Cervantes. Pero ese su libro que tan honda huella ha dejado en mi espíritu, ese su libro que yo mismo vi nacer durante mis años estudiantiles como reacción contra el cervantismo corriente y moliente de cara al voquible y de atención a la letra, sin curarse para nada del espíritu, sembró recelos en mi corazón hacia Cervantes, –recelos que acaso no estaban y no están en la mente del señor Unamuno– y que se han disipado completamente ante una lectura sosegada de la obra completa de Cervantes, admirable por su unidad espiritual y por la trabazón lógica, orgánica y suprema de los elementos distintos que la integran.

La opinión corriente sobre las *Novelas Ejemplares* no difiere gran cosa de la que aduce el señor Unamuno al juzgar la obra de Cervantes, prescindiendo del *Quijote*. Casi todos los manualetes que andan en manos de nuestros estudiantes se dan la mano en sus juicios a este respecto. Estas novelitas son, para muchos de los señores encargados de explicar literatura en las Universidades e Institutos, ensayos alegres, livianos, sin trascendencia mayor en la historiografía cervantesca.

El señor Rodríguez Marín, al publicar el primer volumen de las *Novelas Ejemplares* en la colección de *Clásicos castellanos* que edita *La Lectura*, más se cuida en el *Prólogo* de arremeter a los que han puesto reparos a sus notas del *Quijote* que de mostrarnos su opinión sobre las novelas. Otra edición incompleta, muy extendida recientemente en el gran público –la de Nelson– va encabezada con un prefacio del señor Mesa y López que demuestra, harto a las claras, su poca familiaridad con los problemas literarios. Abundan las notas críticas y eruditas sobre las *Novelas Ejemplares*, pero faltan y se cuentan con los dedos los estudios de conjunto, de interpretación interna, de glosa espiritual. Apenas hay otros materiales utilizables que el libro de Icaza, sobre *El Licenciado Vidriera* no pueden olvidar los lectores de este diario la glosa sutilísima de *Azorín*, recientemente publicada en estas mismas columnas.

Y, sin embargo, las *Novelas Ejemplares* son algo más que una pintura sabrosa y preciosísima de las costumbres españolas, vistas por Cervantes, en las postrimerías del siglo XVI y albores del XVII. Eso sólo sería bastante para que no las hiciéramos indignas de vivir al lado de *Don Quijote*; pero son mucho más que todo eso. La misma impresión plena, desbordante de verdad, circula por todas ellas; el mismo soplo de gracia las anima; atisbos hondos de exquisito, de profundo, de penetrante valor psicológico, están sembrados en las páginas de *La gitanilla*, de *La ilustre Fregona*, de *La fuerza de la sangre*, de *La tía fingida*, de *El celoso extremeño*, de *La española inglesa*, de *Las dos doncellas*. Creaciones más vigorosas que las del *Quijote* vemos a montones por estas páginas: La Argüello nada tiene que envidiar a Maritornes, ni Costanza la del mesón a cualquiera mocita de la venta, ni la dueña Marialonso a la dueña Dolorida. *Las Novelas Ejemplares* –escritas después de la primera parte del Quijote y paralelamente tal vez, a la segunda– son trazos de la misma pluma, partos de una sola fantasía y gallardísima prueba de la frescura, de la lozanía y de la juventud eternas del espíritu glorioso de Cervantes.

Cualquiera de las *Novelas Ejemplares* no sólo parece, sino que es hermana carnal de *Don Quijote*. El señor Ortega y Gasset ha dicho en sus *Meditaciones* que toda la vida española está presente en las andanzas del ingenioso hidalgo; su donosa teoría del bosque latente es tan aplicable al *Quijote* como a las *Novelas Ejemplares*. Abro al azar: *La fuerza de la sangre*. «La noche era clara, la hora las once, el camino solo y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pensión que traen consigo las holguras que en el río o en la vega se toman en Toledo». Nada más. Nada más... y basta. Ahí está Toledo con sus cuestas, con su Puente de Alcántara, con el bramido del Tajo quejándose de su angostura. Saltamos: *La tía fingida*. «Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, más amigos del baldeo y rodancho que de Bartolo y Baldo...» Basta también. Ya oímos la cencerrada a la puerta de casa de Esperancica; ya percibimos el rumor de los patios estudiantiles; ya vemos en las portaladas de los casones los rojos vítores... *Las dos*

doncellas: el mesón de Castilblanco, la llegada a Barcelona de Teodosia y de don Rafael. ¿No está aquí toda la luz, toda la limpieza, toda la claridad de las tierras mediterráneas? Y Cervantes no describe menudamente; cuenta con sencillez, pero un nombre evoca en nosotros toda suerte de sugestiones. *El casamiento engañoso*: «Salía del hospital de la Resurrección, que está, en Valladolid, fuera de la puerta del campo…» Ni un rasgo más, pero vosotros ya conoceréis Valladolid. Y veis la llanura desolada, sin árboles, y al alférez Campuzano con sus barbas, y a la ducha Estefanía con su medio asiento, y a la corte de hampones, de arbitristas, de mendigos y de bravos brujuleando bajo los pórticos, harapientos y miserables.

No son inferiores a Miguel las *Novelas Ejemplares*; lo que ocurre es que al lado del Quijote cervantino, hay otro formado por las sugestiones que ha provocado, por las glosas que ha producido, por los estados de alma que su lectura ha ocasionado en los leyentes. Las palabras de Don Quijote se han comentado en todos los tonos; la figura de Dulcinea ha sido vislumbrada por todos los mortales en horas de amor y de esperanza; los refranes de Sancho han sido reídos por diez generaciones. Lo que hay es que las Novelas Ejemplares han sido olvidadas ante la luz que proyecta en los espíritus la figura del buen Alonso.

¿Pero indignas de Cervantes, inferiores al espíritu de Cervantes? ¿Pero, qué es la obra más que el autor y el autor que su obra? ¿Quién nos habla de genios inconscientes, de obras que sobrepujan a sus autores, de autores que sobrepujan a sus obras? ¿No hay en todo esto un juego de palabras del señor Unamuno para sacar de quicio a los eruditos? *Las Novelas Ejemplares* –ya acabaremos de verlo otro día– no solamente tienen grandes analogías con el Quijote, sino que ellas llevan gérmenes de creaciones, de atisbos, de apuntes de paisaje, de plasticidad vigorosa, que luego fructifican en la segunda parte del Quijote.

La Vanguardia (16-06-1915)
El Adelanto (29-06-1915)

El espíritu del Quijote

¿Cuál es el espíritu del Quijote? ¿Qué se propuso Cervantes al escribir el libro? ¿Obedeció a un plan preconcebido, a una tesis inicial? Nos parece que bien vale la pena de escribir sobre este tema en el número extraordinario que dedica LA VANGUARDIA a la conmemoración del tercer centenario de la muerte de don Miguel de Cervantes.

Sobre el Quijote, sobre la Divina Comedia, sobre los dramas de Shakespeare, se han hecho toda suerte de cábalas y de suposiciones. Esos libros han sido siempre la Biblia de todos los textos, la justificación de todos los credos literarios, el santo y seña de las innovaciones más peregrinas. Cervantes y el Alighieri y Shakespeare han sido sucesivamente clásicos, románticos, naturalistas, simbolistas, veristas, humanos y divinos. Han sido el patrón eterno de todas las modas. Han sido el lábaro de todos cuantos han agitado una idea con visos de novedad. Han servido de pantalla a todos los que se atrincheran en posiciones conservadoras y de municiones para los ataques de todos los revolucionarios. Y unos y otros han tenido siempre razón. Estos autores –el castellano, el toscano, el inglés– han resistido a todo intento de clasificación, esto es, de limitación de las gentes y nos han advertido de la torpeza que se comete al querer encastillar la expansión del espíritu en los calabozos deleznables del tiempo y del espacio.

¿Qué se propuso Cervantes al escribir su libro? Posiblemente, no se propuso nada más que escribir, borrar sus amarguras con las fiestas de la imaginación, ocultar sus dolores íntimos bajo el manto diáfano de la fantasía. Y él fue escribiendo, escribiendo, a salga lo que saliere, y se fue encariñando, identificando con los hijos de su ingenio, y advirtió que su obra estaba bien, y lo que comenzó por un deleite estético acabó por una confidencia dolorosa. Debajo del escritor, está el hombre; debajo de la ficción literaria, vive, palpitante y fresca, la realidad del dolor; en los sueños de Alonso Quijano el Bueno se descubren los jirones de los sueños del propio Miguel de Cervantes; a través de las aventuras caballerescas y escuderiles del buen hidalgo y de su edecán inseparable, se percibe la huella de un hombre que sufre, que es incomprendido, la necesidad de la afirmación de un alma, que para llamar la atención sobre sus anhelos, cubre sus pantorrillas con cascabeles.

Todo hombre vulgar que lee el Quijote celebra seguramente las burlas de que es objeto el buen caballero; todo hombre que ha presenciado la muerte de algún ideal querido, compadece y comprende las torturas del pobre don Alonso. Un tendero se ríe de Dulcinea y un espíritu

delicado no soporta el tufillo que desprende Aldonza Lorenzo. Quiero decir que en el Quijote hay argumentos para todos los gustos; que con el libro en la mano podemos defender la codicia de Sancho y con él en la mano también podemos arbitrar toda suerte de recursos mentales para apadrinar el loco desinterés, la ausencia de realidad del Caballero de la Triste Figura. Ese libro es, en suma, un fragmento de vida humana, que ha pasado por los más complejos estados cordiales e intelectivos, en el que han quedado huellas de las ideas más contrarias y heterogéneas.

Cervantes admira unas veces a Don Quijote y otras se burla de él; Cervantes nos habla de un Sancho cazurro, socarrón, interesado, y a medida que va desarrollando la trama de su ficción, le va contagiando poco a poco de los ensueños de su señor. Don Quijote va dejando sus sueños en los zarzales del camino y se va contagiando de realidad, hasta que se abraza a ella enteramente en la hora de morir. En cada lucha épica entre el espíritu y el ambiente, las dos figuras van perdiendo su relieve inicial, cobrando otros matices bien distintos. Sancho se va quijotizando a medida que Don Quijote va bebiendo en la amarga fuente de la vida. Don Alonso es caballero, y luego pastor, y a la hora de morir, quiere ser, a secas, aquel Alonso, estimado de sus convecinos, a quien sus costumbres le dieron el sobrenombre de Bueno. Y pensamos, al cerrar las páginas finales de la novela inmortal, que Sancho se ha trocado en caballero andante y que, al contagio de la locura heroica de su señor, ha de buscar una dama andante o ha de revestir a su mujer –Teresa– de las prendas de las más altas y linajudas princesas del mundo de los ensueños de nuestro pobre corazón, sediento de ternuras.

Cervantes encarna en las dos figuras centrales de su epopeya, las fuerzas de cuya ponderación depende el sosiego de la vida. Nuestros sueños han de nutrirse de frutos de realidad. Nuestra realidad ha de ir envuelta en la neblina azul de nuestros sueños. Debemos, sí, aspirar al mundo de los ensueños, pero es yendo antes a la conquista de la realidad. Sueños que no se viven; antes destrozan que fortalecen el espíritu. Realidades que no se sueñan, que no se ganan, a las que no nos damos con toda la generosidad de nuestro corazón, dejan el alma insatisfecha y dolorida.

¿Qué se propuso, –tornemos a repetir–, Cervantes al escribir Don Quijote? ¿Cuál es el espíritu, la tesis inicial, el pensamiento central, –que dicen ahora los sociólogos– de la obra de Cervantes? ¿Encarnó en Don Quijote la fuerza del entusiasmo y en Sancho Panza la incomprensión ambiente? Advirtamos que estos personajes, tan reales, son, sin embargo, dos aspectos distintos de consideración ante la vida. El genio estriba precisamente en haber encarnado en dos hombres dos posiciones, no tan opuestas como parece, del espíritu humano frente a la realidad, de cuya fusión brota el pleno sosiego, la seguridad en nosotros mismos, la conciencia de nuestra limitación, de nuestra resignación y de nuestro sacrificio ante las cosas.

Don Quijote amó a Dulcinea, ficción caballeresca, sombra de mujer, idea más que carne de ensueño; es decir, Don Quijote –diga lo que quiera el señor Unamuno de los amores contenidos y castos, de los que sólo se sustentan de miradas y de deseos que no han de realizarse–, no amó. Más sabía Sancho de mujeres, con saber solamente de su Teresa, que el pobre don Alonso, que no sacrificó sus aventuras a la paz de un hogar y al reposo que sigue a la renunciación de nuestros ensueños impracticables. Y no logró cosa alguna de sus propósitos descentrados; nadie le hizo caso; nadie comprendió el ardor que ponía en sus empresas generosas. Y con nadie pudo compartir sus torturas y sus anhelos.

Muchas veces he leído Don Quijote. En los momentos más opuestos de mi vida espiritual. Con el corazón deprimido y con el corazón rebosante de confidencias. No hace aun tres meses que lo cerré, después de repasarlo con toda calma para ciertos menesteres editoriales, y se dijera que acababa de reñir con Don Quijote, de reconciliarme con Sancho, de sentir piedad por los bachilleres, hasta de manifestar ciertos deseos de fingidas zalemas ante los duques.

Y es que veía, que comenzaba a ver al héroe de la Mancha a través de los primeros sueños perdidos de mi juventud. A través de mis 30 años, contemplo hoy el espíritu del Quijote. Y después de topar con los yangüeses, de desatar a los galeotes, de conocer las maritornes de las ventas, no siento deseos –¡Dios mío!– de redimir doncellas equívocas, viudas incomprendidas, de soltar por las calzadas a forajidos, de rogar a los yangüeses que confiesen que su ensueño es el más hermoso de todos. Mi mundo es mi huerto, y tu mundo es tu huerto, lector, y nuestro deber es cultivarlo, sin pensar en los huertos vecinos. No es la fórmula del egoísmo; es la conciencia de la limitación.

El mundo es ancho; todos los caminos nos solicitan a la vez; no dejemos al Rocinante de nuestra impaciencia que vaya por donde guste; refrenémosle –solamente Dulcinea– que no el

ventero puede armarnos caballeros andantes. Queremos la vida; hundámonos en ella; pongamos todos los amores en un solo amor, en una sola mujer. Reduzcamos todas las aventuras a una sola, a la de huir del renombre, de la fama, que es cosa transitoria. Ganemos nuestra alma, hurtémosla a las solicitaciones del ambiente, y cuando la vida sea dura, cuando el Bachiller nos incite a la polémica, cuando los yangüeses se burlen de Dulcinea, refugiémonos en unos ojos claros. Hagamos feliz enteramente a uno solo antes que medio felices a todos. No dejemos nacer en nuestro corazón iniciativas que se malogren. No nos azotemos en Sierra Morena por sombras de ficción. Pongámonos a bien con nuestra alma, para ser caballeros y cristianos. Así veo el Quijote hogaño; un poco lúgubremente, un poco tristemente quizás....

La Vanguardia (25-12-1915)

Las poesías del tiempo

No es solamente en el poema *Alemania, canto de invierno*[110] donde se revela Enrique Heine[111] contra la brutalidad de su raza y patria alemanas. En las sátiras políticas tituladas *Poesías del tiempo* (ZEITGEDICHTE) llega a la mayor rudeza de expresión el dulce poeta del *Intermezzo*. Las hordas de bárbaros, procedentes del Asia, que vinieron a Europa a corromperla, a destruir la cultura grecorromana, a borrar la huella del Cristo en nuestra vida social y ciudadana, se perciben en las páginas de las *Zeitgedichte* con la marca de sus pezuñas, la secreción de sus excrementos y los cascos de sus guerreros, más amigos del botín que del laurel, desde los tiempos de Tácito. «Nosotros no somos romanos –canta Heine–, pero fumamos tabaco. Cada pueblo tiene sus gustos y sus grandezas; en Suecia se hacen las mejores pastas para sopa. –Somos alemanes, honrados y valientes; dormimos sueños sanos y profundos como las plantas; cuando despertamos solemos tener sed, pero no de la sangre de nuestros príncipes...»

¿Llegará Alemania a salvarse con una Revolución? ¿Dejará avergonzada su concepción imperialista de anexión y de despojo de los pueblos débiles? ¿Seguirá siendo patrimonio de príncipes locos, bellacos y exhibicionistas? Heine no lo cree: «Hacemos que engorden nuestros príncipes –exclama–; pero no nos los comemos crudos. No somos paganos los alemanes; somos cristianos. Matamos ocas por San Martín y las devoramos con un delicioso relleno de castañas.» Las devoran en un mar de cerveza. Y en la borrachera, construyen esos poemas sentimentales –de que tanto gustan las jamonas– adobados con minas a la luz de la luna, novios pálidos y muchachas sonrosadas y calladitas. Pero cuando acaba la excitación alcohólica, la rubia se entrega al primer jayán que topa en el camino y el poeta roba cajas de caudales, apalea a los niños con la culata del fusil y entra a saco en la despensa del enemigo para continuar su digestión de las ocas. Únicamente, después de tales digestiones, se explica uno los discursos de Guillermo II y únicamente por ellas se explica uno también la esclavitud y la vileza en que viven sus vasallos.

Porque Alemania no tiene ciudadanos: bien nos lo advierte Heine: «Somos fieles como selvas de alcornoques, y como nuestros bosques de tilos somos soberbios».

Y los bosques de tilos y las selvas de alcornoques no gozan naturalmente de la plenitud de unos derechos políticos que no necesitan. Son vasallos a secas y criados. Criados los diputados de esos Parlamentos medioevales donde los ministros no responden ante el pueblo, sino ante el príncipe; criados y vasallos esos caudillos del Estado Mayor que exponen sus filas de combatientes a los caprichos de un príncipe heredero; criados y vasallos esos soldados austriacos, a los que Boroevic[112] tiene que hablar de los tesoros del enemigo y de los graneros repletos para que duerman, después de la ofensiva, su sueño, bien cebados, a la sombra; criados y vasallos, en fin, esos socialistas imperiales de Prusia, organizados a lo militar, que solamente se mueven ante proclamas de cuartel.

Y Alemania no es tampoco una patria, que es un valor espiritual, sino un patrimonio de príncipes, una finca de tiranos, un coto de caza donde solamente cobran piezas los *junkers*. «Tenemos treinta y seis amos dice Heine; no son muchos. Cada uno lleva sobre el corazón una

[110] Véase el artículo que con este mismo título público el autor en el número 165 de IBERIA, correspondiente al 15 de junio pasado (Nota del autor).

[111] Christian Johann Heinrich Heine (1797 – 1856). Destacado poeta y ensayista alemán del siglo XIX

[112] Feldmarschall Svetozar Boroevi (1856 – 1920). Mariscal de campo austrohúngaro considerado uno de los mejores estrategas defensivos de la I Guerra Mundial.

estrella que lo defiende y nada tiene que temer de las iras del dios Marte.» No se dirá que la causa de Heine no profetizó las actuales relaciones de Guillermo con su Dios, su viejo amigo, su aliado de siempre, su consocio y su compadre en la guerra. Y este pobre Dios de los alemanes, este fantoche de su *gott*, es la malla de la barbarie y la coraza que defiende la rapiña. Es un Dios asiático que necesita para vivir de la sangre de sus creyentes, un idolillo que presencia las matanzas con una mueca helada y repulsiva, el Anticristo al margen de la historia.

«No tropezaréis con un Bruto en el país de las selvas y de los bosques» –añade Heine–. Lo sospechábamos. Los Césares no mueren en los bosques, sino en las ciudades. «Pero es que tampoco hay Césares entre nosotros.» Césares, no; hay solamente kaisers. Porque César era algo más que un caudillo militar: un político. Y los kaisers son amos de milicias, cabos de tropas, farsantes y cómicos irresponsables entre los tilos y entre los alcornoques. No. El pobre poeta se nota sin patria y por eso huye a Francia, patria de todos, sede, no ya de Europa, sino de la humanidad. Aborrece a los príncipes y a un país que los llama padres. Y añade con esa incoherencia tan suya, pero tan reveladora de la proximidad de ideas que teníamos por muy remotas: «Llamamos patria al país que pertenece por herencia a los príncipes. Amamos el sauerkraut[113] con salchichas.»

Iberia (06-07-1918)

Acotaciones al Romancero

A mi amigo el Dr. Nogueras

El conde alemán

Hay en nuestro *Romancero* un conde alemán que se solaza con una infanta desde que se alza la luna en el horizonte hasta el mediodía. Nadie conoce en la Corte a este extranjero. De lejanas tierras ha venido el conde alemán a palacio, ha entrado en los patios y en las antecámaras, ha visto una garrida moza que estaba comiendo con sus doncellas «sopas en vino», y levantándola en alto, dándola un bebedizo, se ha atrevido a forzarla. Y cuando ha logrado su propósito, el extranjero, que no sabe tablas de amor ni de caballería, promete a la niña mantos de oro fino para que se calle.

La reina descubre el crimen del conde alemán; pero, ante los hechos consumados, trata de disculpar a este para que no padezca la honra de su hija. Pero esta no sabe disimular su enojo. No quiere mantos de oro del conde alemán, del mal caballero.

–Que el conde es niño y mochacho,
hacerlo ha por burlar

replica la madre para calmar su inquietud. Y la infanta no entiende de burlas, ni de mochacherías. Quien tal hizo, que tal pague. La reina comprende que la infanta tiene razón. Y prenden al conde alemán. Y le encierran en una obscura mazmorra. Y cuando los criados de la reina se disponen a recibir las órdenes de esta, la reina ofendida, ultrajada, ante el hipo convulso de la infantita que no se harta de llorar, dispone la muerte del conde para el día siguiente, antes del alba:

En antes que el sol saliese,
yo le mandaré matar.

La infantina de Francia

En muchos romances canta nuestro *Romancero* los amores de la infantina de Francia. Todos ellos resuman admiración al gran pueblo vecino. París es «la gran cibdade». Nobles caballeros franceses, infanzones de solar, acuden a los torneos de París. Cuando la infantina deja su lecho en palacio, las avecillas cantan sus querellas en los bosques. La niña lleva los pies desnudos, y los cabellos dorados tapan los senitos tentadores y florecientes.

La infantina no quiere casarse. Un pastorcillo, que madruga con los jilgueros y que canta como los ruiseñores, dice un cantar que quema el alma de la niña:

[113] Col ácida.

¡Besado me ha la doncella
por mi fe!
¡Otra vegada con ella
a mi sabor folgaré!

En el praderal, el cantorcillo está mirando una gallina de oro que alegremente cacarea. A cambio de la gallina, la infantina le ofrece un beso de su boca. El pastorcillo no sabe resistirse y quedan sellados los dulces tratos con la promesa.

Y en la hora del alba, cuando canta el gallo –¡este buen gallo de las Galias!– vela el amor de la infantina y del pastor, riéndose de las convenciones que presiden las bodas de los príncipes. El bosque francés oye, en la noche, los besos del amor y las alegres carcajadas de la juventud y de la libertad.

El Gran Turco Solimán

El Gran Turco está enojado. Los malteses le corren el camino hasta Grecia y la Morea, asolándole el imperio. Y monta en furia y se pone la mano sobre la barba Solimán. Y acuerda mandar sobre Malta, a las órdenes de Pialí-Bajá, una gruesísima armada: cincuenta mil combatientes con doscientas velas. Los comendadores defienden las puertas de Malta. Ante la canalla, ante los perros labradores y furiosos, los cristianos no tienen miedo. Un artillero dispara sobre el turco Dragut, matándole. Pero los perros entran en la ciudad sin que se acobarden los cristianos. «Treinta días y más» asienta sus reales Solimán sobre Malta; pero, al fin, vencen a los suyos los comendadores.

Los perros cometen toda suerte de crímenes. Menudamente los va señalando el romance de Timoneda. Degüellan a los niños, fuerzan a las mujeres, engañan al adversario con toda suerte de estratagemas...

Los turcos son «gente bruta». «Treinta y cinco mil personas», nada menos, mueren en aquella empresa...

El alcaide de Florencia o el caballero de las tres M M M

Un caballero de Florencia ha venido a la plaza de Madrid a jugar alegremente las cañas; el caballero, que trae marmota y capellar, «toda cuajada con emes», es el alcaide de la ciudad del Arno, en la Toscana. Nadie acierta con el sentido de su divisa misteriosa.

El caballero, con lanza, alfanje cortador y cuchilla corta sube en un caballo precioso y ligero, de larga crin. Rompiendo al aire las cañas, traba el toscano la más graciosa y gallarda escaramuza del mundo. Se abre el toril. Un torillo furioso de enroscada cola arremete al caballo que le espera; firme el alcaide le clava la lanza y le derriba gentilmente.

La Fama canta, desde entonces, la gentileza, la apostura, la gallardía y el valor del caballero italiano que lleva la divisa de las tres emes. La divisa deja de ser un enigma misterioso. Las tres emes quieren decir que el alcaide de Florencia del Arno, en la Toscana, abaja los montes, hace temblar a los turcos y mata a los toros que babean de rabia y de coraje.

¡Abajo los montes...! ¿Por qué no hemos de dar un sentido simbólico y actual a estos viejos versos del *Romancero*? ¿Por qué no hemos de actualizar, asimismo, estos castellanísimos romances del turco Solimán, de la infantina de Francia y del caballero germano, releídos con deleite, durante una mañana nítida y clara del mes de octubre, en un pueblecillo de Castilla?

Iberia (15-06-1918)

Romancoj I[114]

Vojagas don Bueso

–Al la maura lando– Iras *Don Bueso*... Cu vi rememoras la ravan romancon infanan? Gin kantas la infanoj en Asturio, sub la foliaro de la pomarboj; gin kantas la infanoj, apud la ulmoj plenaj je polvo en Kastiljio gin rememoras ni, la viroj – ciuj viroj–, tremante, kiam ni suferas doloron kaj malespero estas kaptinta nin:

[114] Puede consultarse en castellano en *Crítica literaria: Camina Don Bueso* (*Mediterráneo,* 12-05-1928) (O.C. Tomo IV, página 154).

Al la lando maura,
malvarma mateno,
serci amantinon,
iras Don Bueso.

Don Bueso renkontas knabinon lavantan ce fonto. Ho, la manoj de *Rosalinda* – cu perlamoto, rozo? – ludantaj la klaran akvon de la rivereto! Kaj *Don Bueso* alparoladas al si. Kaj la knabino –kun ora hararo, eknaskigataj mamoj, voco delikatema, bluaj okuloj– sin konfidas al la kavaliro. Ili rajdas sur la cevalo al la kristanaj kamparoj-kie estas la fonto, kiu kvazau spegulo reflektas la dometon de la princino? La mateneto estas malvarma; la vento gemas dolore tra la kampoj; la aero, kvazau akrigita ponardo, sâjnas tranci; la cielo havas diafanecon kristalan, kaj en la cielo sajnas tremi la profiloj de la ebena o –kreskajo, la tegmento de domaco, lentiskoj[115]–. La vilagoj mauraj estas malhelbrunaj kaj malafablaj. Agitas la malamojn ce ili; la virinacoj kun okuloj brilaj kantas kriantajn kantojn kaj dancas rirevence sed hipokrite kaj perfide. Cu kamparo de Toledo, de Madrid, de Cuenca (Kuenka), de Guadalajara (Guadalahura)?

Sur cevalon sian,
tuj li sin rajdigis;
sed si, dum dek mejloj,
nek parolon diris.

La knabino ne parolas en kamparo, kiu ne estas sia. Sed la suno jam aperas supren la herbejoj kaj la valoj sin montras al ni tute verdaj kaj herbacojn emajlas la roseto; la brutaroj vagadas sen gardistoj, blekas la bovinojn, piedbruas la safidoj ec la jusnaskitaj, la safinoj blekas dolce en la soleco.

Kaj la knabino, kaptita de mauroj, rekonas la teron en kiu si naskigis kaj kreskadis. Kaj siaj manetoj manplatfrapas gojege, kiel kolombidoj revenantaj al la kolombejo. Kaj en la blua lago de siaj okuloj aperas ondo el rava kaj ridetanta maltrankvileco. Kaj si spiradas avide kaj forte. Kaj sia brusto blanka kaj eknaskiganta movigas, ampleksigas kadence sub la jaketo. Kaj sia hararo ora sajnas esti formata el radioj de tiu tagigo:

Si konas la teron
de naskigo sia,
kaj kun dolca ridet'
kaj goj› diri scias
«Ho!, herbejoj gajaj,
kie tolojn siajn
sternis la regino,
la patrino mia,
dum mia infanec';
kie, ankau tial
rego, mia patro
la hundaron tiam
dresis kaj kurigis;
kaj kie filon lian,
Don Bueso, frato
tre amata ciam,
la militaj agoj
tre famigis iam,
ankau heroajoj
ec kavaleriaj.

La knabino kaptita de la mauroj estas la princino *Rosalinda*; la malbenitoj sklavigis sin; dum dek jaroj devigis sin lavadi, malproksime de la gepatroj, apud la fonto; *Don Bueso* konfuzigas kaj ne scias kion kredi; sed *Rosalinda* montras al li la rozon difinantan sian devenon, metita sur la brusto. La gefratoj brakpremas sin reciproke kaj, lacaj je rido kaj je kisoj, ploras. En la palaco festis la liberigon kaj revenon de la knabino, okazis festoj ec kavaliraraj kaj rajdbatataloj inter du kavaliroj por rompi kvazau lancoj. La regidino edzini as kun nobelo juna kaj bela malmultajn tagojn poste.

[115] *Lentiscus*, malalta arbo.

Sed *Don Bueso*, ve!, ne estas felica kiel sia fratino. Li de nove foriras serci amon –serci amantinon–, ree spronfrapas sian brunflavulon ce l' silento kaj kvieteco de mateno dangera:

Don Bueso rajdis,
pro sia decido,
kaj rajdas, rajdadas,
en mauran landlimon,
malvarma mateno,
ser i amantinon.

Kaj la romanco finas ne dirinte al ni kiam revenis kaj kun kia dolca sargo sur la brunflavulo, kaj kun kia gojo au malgojo en la animo, la frato de la princino *Rosalinda*. Kaj la infanoj, kiuj nun kantas la romancon ne atentas, car ili nun estas maturuloj, pri cio kio mankas al la romanco naiva je doloro kaj melankolio.

Hispana esperantisto (Julio 1919)
Mediterráneo[116] (12-05-1928)
El Adelanto (14-03-1925)
La Libertad (18-07-1923)
El Sol (06-07-1919)

Romancoj II[117]

Bordoj de la Duero supren...

La remparo de *Zamora*, plej malsupren, dekstren, la delikata valo de *Valorio*. La rivero *Duero* lekas la grizajn terojn de Portugalio. Tien, malproksimen kaj orienten, post la antikva pregejo de *Santiago*, kvazau sur la domacoj el sabla stono facitrompebla, la makulo helblua do la unuaj montoj portugalaj: Falanta roso el nebulo, denso kaj delikata pluveto, nebulo apud la rivero. Sur el ponto sajnas stari romana turo, vere staranranta apude, kaj plej malproksimen, plej malproksimen, sur la altajoj de la kvartalo *Santa Lucía*, altenigas la graciaj kupoloj bizantinaj de *San Salvador*.

Zamora, lando de romancoj kaj kantoj de Sanabria (cefurbeto karakterizanta regioneton); tero malrica, nefruktodona kaj malvarma! *Zamora* havas silenton muzikan, silenton cimbalan kun asonancoj el Romancaro (*Romancero* poeziaro popola).

Bordoj de la Duero supren... Du zamoranoj rajdas apud la patro Duero; verdaj estas iliaj devizoj, brunflavaj la cevaloj. Multvaloraj estas la spadoj de la rajdantoj, poluritaj kaj flekseblaj; ledsildoj sirmas la trunkojn de la kavaliroj. El argento estas la bridingoj.

Tien iras –deklivsupren– rapidaj kiel hundoj. Harditaj, fortaj, timigantaj estas niaj barbuloj, niaj konatoj. Tien, apud kruco staranta sur la vojo, ili haltas arogante por rigardadi la tendon de *Don Sancho* (Sanco, rego de Kastiljio sieganta *Zamora'n*). Paroloj eliras el iliaj busoj kvazau sagoj; neniam humiligis la du kavaliroj de *Zamora*:

Kaj post iom longa pauzo,
diris kun fier'mieno:
– Jen ni estas du por du
el kastiljiaj nobeloj,
kiuj povos batali:
Por doni klaran komprenon
al vi, per la venko nia,
ne agas kavalire rego
elpreni el Doña Urraca (Urraka, fratino de Sancho)
la sian patran heredon!!!

Kaj la Romancaro daurigas sian mirindan mallaudon faman. Du, tri, kvar, kvin, kvincent; sengrava estas por la du kavaliroj la nombro da malamikoj. Ne batalontaj kontrau la *Cid'o* (fa-

[116] En *Mediterráneo* su título fue «Camina Don Bueso», en La *Libertad* y *El Sol,* «Romances», y en *El Adelanto,* «Glosa al romance de Don Bueso». En todos ellos se publicó en castellano.

[117] Puede consultarse en castellano en *Crítica literaria: Romances* (*Diario Español de Sao Paulo*, 02-05-1922) (O.C. Tomo IV, página 127).

mega kavaliro) kaj *Don Sancho*, la zamoranoj batalos kontrau Satano men. Ciam en la arenoj estis venkintoj la patro kaj la filo, la du kanatoj. Dum la siego de la urbo ili batalis kontrau sep samtempe. Ili faligis ses el sep, kaj tial ke la sepa forkuris el armiloj de *Arias* (patro kaj filo),

Ili la haroj de l' barboj
turmentigas por elpreno.

La batalintoj revenas al la urbo.

– Al Zamor' kaj giaj stratoj,
al la nrb', fil',ni revenos;
rimarku de la virinoj
por ni ilian atenton!!!

Tien, supren la pordeto de la remparo, de fenestro de la palaco, fenestro el tiuj de fasado al *Valorio*. *Doña Urraca* rigardadas kortuse la junulon. Figuro, kiel tiu de li, kiun si kredis malaperinta el sia rememoro, jus vundis sian korinternajon delikatan. Ha *Rodrigo, Rodrigo*!... (La fratino de la rego amas *Rodrigon*, kiun oni alnomis Cid'). De la alia flanko de la tenda, *mio Cid'* (*mia Cid'o*), nescianta tiajn okazintajojn, adiauas kurieron kaj lian sekvantaron al sia mastrino *Doña Ximena* (*Himena*), portantan trutojn de *La Puebla* kaj vinberarojn de *Toro* por si kiu restis tie, en teroj de Burgoso, sopiranta je li.

La cuberniestro de Florencia

En la *Madrida* areno goje oni ludas lancojn. Kiam venis la kavaliro de la urbo de l›Arno al la *Madrida* areno? Kial forlasis giajn valojn, giajn gardenojn, giajn termurojn kun cipresoj, la balkonon do *Sankta Niniato* kaj la carmon de *Fiéscole* –ripozo kaj bonodoreco– la kavaliro de *Toscana*?

Tute per moj nuancita,
deviz' timiganta la mondon,

la nobelulinoj penadas koni la signifon de la devizo, kiun montras la italo kun mauraj tuniko kaj mantelo. Cu Morte, *Amore*...? Kion volas diri la moj? Cu cefliteron de virinnomo? Kiun virinon? Cu amikinon, senkorulinon, mortintinon, vivantan perfidulinon, tiun kiu pro li eble sopiras dum printempaj noktoj, tie, en lu gardenoj de *Pitti*, tiun vidantan kiel fendas la cielon la pinto de la turo de lu guberniestrejo?

Mistera kavaliro, vere la guberniestro de *Florencia*, Neniam li atentas pri rigardoj du belulinoj. Li rajdas sur saltema cevalo,

–longaj kolharar' kaj vosto–,

audas sonorojn de milittrumpetoj kaj tamburoj, rompas gaje kaj lerte en la aero la ludlancojn, preparas la bataleton kaj sin pretigas lancovundi tauron elirontan je la momento de la eliro.

Kiel sen devus eliri
taur' kun granda furiozo,
por simila heroa o,
tiel gi eliras, kaj montro
estas la vost› tordigita,
pri ia tre sovaga povo.

La guberniestro levas la brakon por vundi; la tauro mallevas la kapon por ataki kaj eligas kracajojn pro furiozeco; la nobelulinoj aplaudas la gracian kaj arogantan sintenadonde la italo. Cu lia blazono? Kian sekretan doloron kasas la ridetanta vizago de la kavaliro? Kial de tiel malproksime venis, en fremdan landon, lancovundi kaj faligi taurojn la kavaliro de la devizo kun tri moj?

Hispana esperantisto (Agosto 1919)
El Sol[118] (13-07-1919)
La Libertad (20-10-1923)

[118] En *El Sol* su título fue «Romances II», en *La Libertad* «Nuevos romances» y en *Diario Español de Sao Paulo*, «Romances», si bien este último contenía, además, los romances «Compañero, compañero» y «Triste estaba el caballero». En todos ellos se publicó en idioma castellano.

Romancoj[119]

Kamarado, kamarado!...
Edzinigis mia bela amikino...

Edzinigis kun vilagan';
tial, jen cagreno mia!

kaj tiel kantadas malgoje, same kiel mal oja estas la unua konvinkigo pri ne sukcesinta espero, la belega romanco, la malfelica amvundito volas forveturi el sia vilago. Li hontigas tial ke iu vidos lin. Li forkuras el cio satata de li, el cio altiranta lin

Iri, por farigi mauro,
al maura lando deziras;
al kristano renkontota,
li deprenos vivon lian!

Forkuras el anguloj, el konfidencioj, el antikvaj kaj firmaj amikecoj, el sercoj de malsaguloj, la malfeliculo perdinta kontakton kun la promeso, kun la konfido kaj kun la iluzio. Edzinigis kun alia –ne kun li– lia bela amikino. Li ne tion diras, sed en la internajo, samtempe amas kaj malamas sian kontrauulon. La brakoj de la amikino subtenas la kolon do ci tiu; dum la nokto, i1i miksas siajn spirojn, kusantaj la kapoj sur la sama kapkuseno; je la tagigo, la bela amikino ekveki as dolce sur la brusto de la kontrauulo. Cio estas malagrabla al amanto cagrenata. Sajnas al li vidi grimacojn mokantajn cirkau li. Ec la bela amikino havas jam alian vizagon kiun neniam si havis dum tempoj de intima amikeco, ju pli proksimaj, des pli malproksimaj pro la doloro. Kaj sia voco havas tonojn, kiujn antauo li ne sciis auskulti. Kaj sia figuro sekretan graciecon havas, kiun neniam li sciis percepti.

Dolca amikino, dolca amikino! Kiel la cagrenoj kauzataj de la amo rompas la flugilojn de 1'koro!

En maro da konfuzoj dronas la penso do la cagrenata amanto. Nenio estas logika; cio estas absurda kaj maltrankviliganta kiam unua amo frakasigas. La ajoj kaj la koro perdis sian kontakton. Sajnas, ke la ideoj dolorigas la cerbon; sajnas, ke la doloroj gojas en la rompitaj internajoj. Cu ni promenas tra nuboj borderitaj el oro, Cu ni pla das en la kotejo de kolereto. Kaj neutilaj estas konsiloj de amiko diligenta:

Tion vi ne devas fari,
Kamarad', pro vivo via!;
el la miaj tri fratinoj,
elektu la plej gracian.

Venko tre malgranda post malvenko tiel granda. Ne estas balzamo kuraconta la cikatron de la amanto cagrenata. La vengo estas ja, por la koro, la plej granda el malnoblajoj. Nur rezignacio estas kuracilo:

sin mi ne volas por edzin'
nek la amikecon sian;
car tiun, kiun mi amas,
gui mi povos neniam!!!

Kaj la korvundita amanto spertas, fine, ke tial ke li ne povis gui sin, li felicigos eterne sin rememorante, rememoro pri si ju pli malproksima, des pli radiluma kaj amata.

Malgaja estis la kavaliro...
–Malgaja, sen gojo ia–. Sen ojo, ne. La anonima diranto de la Romancaro volis esprimi ne estas pli granda gojigilo ol malgojo de la koro kiam ci tiu guas siajn esperojn en la dolceco –tiel maldolca– de l' foresto. Soleco de koro sin nutranta el forestantaj amoj!

Kun la okuloj plenlarmaj,
diranta la buso lia:
«Kien estas mia felic'?
Kien la mastrino mia?

[119] Puede consultarse en castellano en *Crítica literaria: Romances* (*Diario Español de Sao Paulo,* 02-05-1922) (O.C. Tomo IV, página 127).

La animo de amanto via, sen akompananto, iras sercante vin, belulino! Tro bone vi tion scias. Je ciu horo, du mil mortojn por li mem via, sentiu, kiu tro amas vin.

Ha, kia felico servi vin, felico neniam sufice laudata! Kaj tiel, lau ordo elmontrita, el grenigas siajn malgojojn –tiel ojaj– la amanto de la Romancaro, scianta esti amata de la forestantino.

Dum oni amas, nur estas libereco kiam la spirito sin sentas sklava. Ci tiu kaj ne alia estas la filozofio de la carma romanco.

Car kondamnos min la vivo
al servut' kaj blindec iam,
se mankas sia konsolo,
bezonata de mi ciam!!!

Kaj estingigas je sopiro, je dolca bruetado de flugiloj batantaj, ci tiu kanto, kiun kortegana poeto verkis eble ce l'Arno, au rigardante, eble en *Bolonia*, dum printempa nokto, lampirojn kuletantajn sur la altajoj de San Miguel, lumigantajn la nigrecon de la du turoj, *Asnieta* kaj *Garisenda*.

Hispana esperantisto (Octubre 1919)
El Sol[120] (01-08-1919)
Diario Español (02-05-1922)
La Libertad (06-09-1923)
*El Adelanto (*13-06-1925)
El Pueblo (17-06-1925)

Jorge Manrique

El hombre.

Jorge Manrique es más devoto de la espada que de la pluma. Lucha contra los moros, defiende la causa de Isabel de Castilla contra los magnates y los señores ensoberbecidos; pelea continua, rudamente, en estas postrimerías del turbulento y agitado siglo XV, que nos traen una colonia ficticia –las Américas– y una metrópoli no menos ficticia, la España que arranca del matrimonio de Fernando con Isabel.

¿Cómo es Jorge Manrique, cuál es su fisonomía espiritual, cómo vive, quién es por dentro este excelso, dechado, sobrio poeta y caballero palentino? En 1471 –cuentan las crónicas de la época–, el infante D. Alfonso le hace merced de la encomienda de Montizón en la orden de Santiago. En 1474, Jorge obtiene uno de los trecenazgos de la misma Orden en Uclés, cuando su padre D. Rodrigo es elegido maestre de los caballeros santiaguistas. Al año siguiente, en 1475, Jorge defiende a la reina contra los nobles en el campo de Calatrava. En seguida liberta la fortaleza de Uclés del asedio que la tiene puesto el marqués de Villena. Y vence al marqués, y los enemigos quedan asombrados del valor y del empuje de los Manriques.

Con Pedro Ruiz de Alarcón, el caballero libertino que da origen a la leyenda de Margarita la Tornera, Jorge continúa castigando y reduciendo al rebelde marqués con una serie de lucidas escaramuzas en Chinchilla y en Garci-Muñoz, en Alarcón y en Belmonte. En el castillo de Garci-Muñoz, muere nuestro poeta, yendo luego sus restos a recibir sepultura en la vieja iglesia del monasterio de Uclés, lugar de sus hechos de armas más conocidos y brillantes. Muere con honor el capitán D. Jorge Manrique: según escribe sobriamente el cronista de la época y contemporáneo de nuestro poeta, Hernando del Pulgar. "El capitán D. Jorge Manrique –escribe– se metió con tanta osadía entre sus enemigos, que por no ser visto de los suyos; para que fuera socorrido, le hirieron de muchos golpes..." "El cuerpo –cuenta D. Marcelino Menéndez y Pelayo– fue sepultado en la iglesia vieja del monasterio de Uclés, y al revestirlo de paños mortuorios, le hallaron en el seno unas coplas que comenzaba a escribir contra el mundo..."

No creo que se sepa algo más, a la hora de ahora, sobre el capitán y poeta D. Jorge Manrique, hijo del maestre de Santiago.

[120] En *El Sol* su título fue «Romances III», en *La Libertad,* «Romances de amor», en *El Adelanto*, «Dos romances de amor» y en *El Pueblo* y *Diario Español de Sao Paulo*, «Romances», si bien este último contenía, además, los romances «Riberas del Duero arriba» y «El Alcalde de Florencia». En todos ellos se publicó en idioma castellano.

Las canciones de Jorge.

Sin las coplas de pie quebrado, el poeta carrionés hubiera logrado un alto nombre en la antología de nuestro cancionero. Jorge es un caballero galante y atrevido, a quien le placen los discreteos y sutilezas sobre el inagotable e inagotado sujeto del Amor. Conoce Jorge las canciones italianas de su época; el Renacimiento toscano llega también a Paredes de Nava y a Carrión de los Condes, al mediar el siglo XV. Abramos el "Cancionero" del poeta. Tres motes, o carteles, o enseñas gustan al poeta en sus deportes amatorios y poéticos. El primero es "Sin Dios, sin vos, sin la dama y sin mí." El segundo: "Siempre amar y amor seguir." El tercer mote de Jorge Manrique reza literalmente –castellanamente, palentinamente–: "Ni miento ni me arrepiento." El poeta glosa estos tres motes o carteles en su Cancionero. Al finalizar el siglo XV circula por Palencia, por Medina del Campo, por Toro, por Salamanca, un curioso libro, venido de Nápoles, que contiene el más bizarro diálogo que hayan leído jamás los lectores españoles. Dos caballeros discuten si vale más el amor correspondido o por corresponder, si el amor debe ser sujeto activo o pasivo de la pasión amorosa, si el amor es un accidente o una sustancia, con otras cosas peregrinas de semejante jaez. A un amante se le ha muerto la amada y es correspondido. El otro ama con la esperanza vaga y remota de satisfacer su melancólica inclinación. Como advertirá el lector, los interlocutores del diálogo se pierden en unos interminables laberintos. Además de los diálogos, el libro contiende muchas cartas. Las mujeres que figuran en la ficción novelesca son muy de carne y hueso y harto conocidas en las cortes de Nápoles y de España. Desfila por el libro Bona Sforza, rubia, blanca y coqueta, haciendo carantoñas a la vez a un capitán español y al que luego fue su marido, el rey Segismundo de Polonia, aquel pobre hombre que se lamentaba de su mujer con aquellas terribles y bufas expresiones de "faciem pictam, doten fictara et vulvam non estrictam"[121]. Desfilan por aquel libro las Marías, las Isabeles, las Antonias, las Julietas, las Lucrecias, hijas, mujeres, amantes de los Cardona, de los Pignatelli, de los Borbón, de los Moncada y de los Centellas. Jorge Manrique conoce este libro y lo ha leído y releído muchas veces. En la antecámara de los Reyes Católicos –tan admirados y cantados en Nápoles por las mujeres y por los poetas–, ese libro de las disquisiciones amorosas de dos caballeros; desocupados anda en manos de damas, capitanes, pajes, bufones, escuderos, palafreneros, corchetes, dispenseros y dueñas tocadas y sin tocar.

En las glosas a los tres motes, el caballero Jorge, el hijo del conde de Paredes de Nava, el santiaguista que tiene trecenazgos en la Orden y una encomienda en Montizón, gusta de los retruécanos, de las paradojas, de los refinamientos y de las sutilezas que nos exportan, juntamente con los justillos, cofias, jubones, redecillas, pañuelos y cueros, de las ciudades y cortes italianas:

Conmigo lo contiendo
en una fuerte contienda,
y no hallo quien me entienda,
ni yo tampoco me entiendo.
Entiendo y sé lo que quiero;
mas no entiende lo que quiera
quien quiere siempre que muera
sin querer creer que muero.

El amor trae a nuestro Jorge fuera de sus casillas. La verdura de las eras también prende –durante los días primaverales de la mocedad– en los arenales resecos de su corazón. Vive desasosegado, inquieto, literalmente dado a Satanás. ¿Acaso la reina Isabel, que premia los hechos de armas y de caballería de sus familiares con matrimonios gustosos, le ha prometido la mano de alguna damisela risueña y burlona, como doña Guiomar, su futura esposa? El capitán pelea, el caballero ama y el poeta rima. Oíd en qué polémicas tan disparatadas se destroza su corazón:

Yo soy quien libre me ir;
yo, quien pudiera olvidaros;
yo soy el que por amaros
estoy, desque os conocí,

[121] Cuenta Benedetto Croce en su libro *España en la vida italiana durante el Renacimiento* que Bona Sforza, de vida anterior algo disoluta, casó en 1517 con el rey Segismundo de Polonia y este se quejó de sus tres desilusiones con esta frase: "[Regina Bona attulit nobis tria dona:] faciem pictam, dotem fictam et vulvam non strictam" ("[La reina Bona nos trajo estos tres dones:] cara pintarrajeada, dote ficticia y matriz nada estrecha")

sin Dios y sin vos y mí.
Sin Dios, porque en vos adoro;
sin vos, pues no me queréis;
pues sin mí ya está de coro
que sois vos quien me tenéis.
Así, que triste nací,
pues que pudiera olvidaros;
yo soy el que por amaros
estoy, desque os conocí,
sin Dios y sin vos y mí.

El "Cancionero" de Jorge Manrique tiene inmensa resonancia en Italia, donde todos los cortesanos hablan maravillosamente nuestra lengua. Yo me imagino a un hijo de Bona y de Segismundo –medio italiano, medio polaco– leyendo estas disquisiciones rimadas de nuestro poeta palentino y meneando melancólicamente la cabeza, porque piensa en las casas pintadas, en las cotas fingidas[122] y en aquellos otros reparos que puso el predestinado Segismundo a las musas de carne y hueso de los ociosos y atropellados trovadores.

El Sol (07-10-1919)

Diálogo al pasar…

– ¿Qué lee usted?
– La novela de un novelista, de Palacio Valdés.
– ¿Y le gusta ese libro?
– ¡Mucho!
– ¡Pero está pasado de moda ese don Armando!
– Eso dicen ustedes siempre los ultraístas, los delicuescentes, los del ritmo corto y los del ritmo largo. Pasado de moda quiere decir, en cambio, para mi lenguaje interior, que, como la moda es cosa transitoria y efímera, una cosa ha entrado en la eternidad. Mis libros predilectos todos están pasados de moda. San Francisco de Asís no es actual. Ni lo es el Dante. Ni lo es Leopardi. Ni lo es Cervantes y Saavedra. Y este D. Armando –el D. Armando de *La Hermana San Sulpicio*, de *La alegría del capitán Ribot*, de *Maximina*– me seduce y me deleita, por ejemplo, mucho más que cualquiera Pío Baroja.
– ¿Que cualquiera Pío Baroja, dice usted?
– ¡Sí, hombre, sí! Lo digo y lo repito. Baroja es un vulgar como un conserje de una cátedra de Anatomía, que dice que no existe el alma porque él no la ha visto con un escalpelo. Baroja es un cínico que cuenta cómo hizo de niño una comunión sacrílega. Baroja es, espiritualmente, un hombre cobarde, que no responde de sus artículos y que consiente que procesen a otros por las truculencias que él escribe, visitando a *Azorín* y a Romanones para que le sirvan de pararrayos.
– ¿De modo que usted campara a Palacio Valdés con Pío Baroja?
– ¡No, no los comparo, Dios me libre!
– *Recuerdos de niñez y adolescencia*, dice el subtítulo de ese libro. Luego don Armando fue niño y adolescente.
– A mí me da la sensación de que lo continúa siendo. Por eso me agrada. No es, como ustedes, los ultraístas, que no son niños, sino gansos. Ni como los otros, que han nacido ya viejos del vientre de su mamá. Nada más distante de un niño que Baroja; nada más apartado del arte que sus libros.
– ¿Tiene usted manía personal contra Baroja?
– Ninguna. Es amigo mío y lo saludo. El editor, su cuñado, el rubio y regordete Caro Raggio, en cambio me ofreció publicar un libro, que no he querido hacer, y luego se olvidó del compromiso, porque escribí en una revista de Barcelona lo que le cuento a usted de D. Pío. Don Pío es a la novela lo que Cotarelo es a la crítica.
Nada. Un mediquillo analfabeto que hace psicología para su espesa clientela.

[122] Dos erratas: *casas* por *caras* y *cotas* por *dotes*.

– Y volviendo a Palacio Valdés...

– Pues, volviendo a Palacio Valdés, le aconsejo que lea usted este libro. Es honrado, bueno, tierno, mansamente irónico este libro. Nos devuelve nuestra pureza de los ocho años y nos hace olvidar los afanes cuotidianos [sic] del corazón...

–¿Me presta usted *La novela de un novelista*?

– Con gusto. Pero devuélvamela. Ese ejemplar me lo regaló el autor.

– ¿Es usted amigo suyo?

– Sí. Y es idiota que me haga esa pregunta con intención. Es amigo mío porque le admiro, le quiero, le estimo y le respeto. Es D. Armando un viejecito de barba blanca y de ojos azules, con el que me gusta departir, de cuando en cuando, allá en su despacho penumbroso de la calle de Lista.

Algunas veces veo surgir, de aquella semi obscuridad, la graciosa figura de Gloria –la monjita sevillana– y la regordeta y sana de Maximina y la esbelta y airosa de Julita Rivera, y sus diálogos me entretienen más, mucho más que los de ustedes.

– ¡Gracias!

– ¡No hay de qué!

El Adelanto (09-02-1922)

Romances

Riberas del Duero arriba

La cerca de Zamora, y más abajo, a la derecha, la hondonada mimosa de Valorio. En el Duero, las tierras pardas, camino de Portugal. Allá a lo lejos, y al Este, detrás de la vieja iglesia de Santiago, sobre las casucas de piedra arenisca y deleznable, la mancha de los primeros montes lusitanos. Orvallo, lluvia menuda y fina, niebla junto al río. Sobre la puente se destaca un campanil romántico [sic][123] cercano, y más allá, en los altozanos del barrio de Santa Lucia, las elegantes cúpulas bizantinas de San Salvador...

Zamora, tierra de romances y de sanabreses; tierra pobre, apelotonada, estéril y fría. Tiene un silencio musical Zamora, silencio de timbales y de asonancias del Romancero.

Riberas del Duero arriba... Dos zamoranos cabalgan a la vera del padre Duero; son verdes sus divisas, los caballos alazanes. Ricas espadas ciñen los dos jinetes, bruñidas y flexibles, y sus cuerpos van resguardados por adargas. Y de plata son los frenos. Allá van, repecho arriba, rápidos romo galgos. Son duros, fuertes, barbudos, temibles nuestros amigos. Allá, junto a la cruz del camino, detiénense, apuestos, a contemplar la tienda del rey don Sancho. Las palabras salen de su boca como si fueran vocablos; no se humillaron jamás ante la vida los dos caballeros de Zamora.

Y al cabo de una gran pieza,
soberbios, ansi han fablado:
– Tendremos dos para dos,
caballeros castellanos,
que puedan armas facer
conn otros dos zamoranos,
para daros a entender,
no face el rey como hidalgos
en quitar a doña Urraca
lo que su padre le ha dado.

Y sigue, magnifica, la famosa imprecación del Romancero. Dos, tres, cuatro, cinco, quinientos; no importa a los caballeros el número de adversarios.

No batiéndose con el Cid ni con don Sancho, los de Zamora medirán el hierro de la lanza con el mismo Satanás. Padre e hijo fueron los vencedores de todos los torneos. En el cerco de la ciudad, campo tuvieron a la vez con siete. Y han derribado a todos. Por uno que se les va a los Arias,

[123] Por románico

«las barbas se van pelando.»

De cara tornan a la ciudad los combatientes.

– ¡Volved, hijos, a la ciudad,
a Zamora y sus andamios,
mirad dueñas y doncellas
cómo nos están mirando!

Allá, sobre el Portillo, en las ventanas del palacio de la Infanta, que miran a Valorio, doña Urraca contempla, tiernamente el mozo. Una estampa como la suya, que ya creía borrada en el recuerdo, acaba de herir la delicada retina de su corazón. ¡Ah, Rodrigo, Rodrigo...! Del otro lado de la tienda, el mío Cid, ajeno a tales citas, manda una embajada, con muchachas de la Puebla y racimos de Toro, para su señora doña Ximena, que allá queda, en tierras burgalesas, suspirando por el ingrato…

El Alcalde de Florencia.

– En la plaza de Madrid, alegres juegan a las cañas… ¿Cuándo ha venido el caballero de la ciudad del Arno a la plaza de Madrid? ¿Por qué ha abandonado sus rosas, sus vegas, sus jardines, sus tapiales con cipreses, el balcón de San Niniato [sic][124] y el canto de Fiésole –reposo y fragancia– el caballero de la Toscana?

«Todo cuajado con emes,
divisa que al mundo espanta,»

las damas se pelean por conocer el sentido de la leyenda que lleva el italiano de la marlota y del capellar. ¿Morte, amore, qué quieren decir las emes? ¿inicial de nombre de mujer? ¿De qué mujer? ¿De la amiga, de la ingrata, de la muerta, de la que vive engañándole, de la que por él suspira acaso en las noches de primavera, allá junto a los jardines de Pitti, viendo como hiende el cielo, por la noche, la aguja de la torre de la señoría?

¡Misterioso caballero, en verdad, el alcalde de Florencia! Él no se cura jamás de que le miren las damas. Monta en un caballo saltador.

Larga crin y cola larga;

oye el ruido de clarines, cajas y trompetas, rompe alegremente sus cañas al aire el italiano, trata la escaramuza y se prepara a rejonear junto al toril.

Un toro sale furioso,
la cola toda enroscada,
como si solo saliera
para semejante hazaña.

El alcalde levanta el brazo para clavar el rejón; el toro dobla la cabeza, babeando de coraje: las damas baten palmas, admirando la gentileza del alcalde de Florencia. ¿Y su escudo? ¿Qué dice su escudo? ¿Qué secreto dolor oculta la faz risueña del caballero de la marlota y del capellar? ¿Por qué viene tan lejos, a tierra extraña, a clavar rejones y a derribar toros el caballero de la divisa de las tres emes?

¡Compañero, compañero…![125]

Casóse mi linda amiga…
Casóse con un villano,
que es lo que más me dolía…»

y prosigue, triste como el primer desengaño, el bellísimo romance. El pobre enamorado quiere marcharse de su pueblo.

Tiene vergüenza de que los demás le vean. Se le antoja que los hombres y las cosas no cesan de burlarse de él. Huye de todo cuanto le ha sido grato y acogedor al pobre enamorado.

[124] San Miniato al Monte. Basílica románica de Florencia.

[125] Por error del cajista no se insertó este epígrafe que da título al romance (como así se hizo en el resto de publicaciones), sino que apareció como la primera estrofa del verso: "«¡Compañero, compañero…! / Casóse mi linda amiga… / Casóse con un villano, / que es lo que más me dolía…»"

Irme quiero a tomar moro
allende la morería;
cristiano que allá pasare
yo le quitaré la vida.

Huyó de los rincones, de las confidencias, de las amistades viejas y firmes, de las chacotas y vayas de los necios, el pobrecito que perdió su contacto con la promesa, con la confianza y con la ilusión. Casó con otro –que no era él– su linda amiga. Él no lo dice, pero, en el fondo, odia y quiere a su rival al mismo tiempo. Los brazos de la amiga sostienen el cuello de este; por las noches confunden su aliento sobre la almohada; al amanecer, la linda amiga desperezase mimosamente sobre los brazos del rival. Todo es hosco y ceñudo para el amante despechado. No acierta a ver sino muecas de burla en su derredor. Hasta la linda amiga tiene ya otro rostro que no tuvo jamás en los tiempos tan próximos y tan lejanos de la alianza común. Y su voz tiene matices ahora que no supo escuchar antaño. Y su figura un secreto ritmo que no acertó a percibir jamás. ¡Dulce amiga, dulce amiga! ¡Y como rompen las alas del corazón los despechos del cariño!

En un mar de confusiones se hunde el pensamiento del amante despechado. Nada hay lógico; todo es absurdo y desconcertante en estos achaques del primer amor que se disipa. Se ha perdido el contacto con el corazón. Duelen las ideas en la mollera; alegran los dolores de las entrañas rotas. Ora nos paseamos en las nubes ribeteadas de oro, ora nos chapoteamos en el cenagal del despecho. Y vanos son los consuelos del buen amigo oficioso.

No lo hagas, compañero.
No lo hagas por tu vida:
de tres hermanas que tengo
darte he yo la más garrida.

Victoria bien pequeña para una derrota tan grande. No hay bálsamo que cure la cicatriz del amante despechado. Lu venganza es ya, para el corazón. La mayor de las ruindades. No queda más triste medicina que la de la resignación.

Ni la quiero por mujer,
ni la quiero por amiga;
pues que no puedo gozar
de aquella que más quería.

Y el amante despechado aprende, al fin, que, por no poder gozarla, la gozará siempre eternamente en el recuerdo más luminoso y querido cuanto más lejano es.

Triste estaba el caballero

… Triste está sin alegría. Sin alegría, no. El anónimo juglar del Romancero quiso decir que no hay cosa más alegre que la tristeza del corazón cuando rumia sus esperanzas en la dulzura –tan amarga– de la ausencia. ¡La soledad del corazón que se nutre de amores de ausencia!

Llorando de los ojos,
de la su boca decía:
¿Qué es de ti, todo mi bien?
¿Que es de ti, señora mía?

¡El alma de tu amador te va buscando sin compaña, señora! Harto bien lo sabes tú. A cada hora, dos mil muertes desea quien bien te quiere. ¡Ay, la ventura jamás bastante loada de servirte! Ahora que estoy suelto no gozo de libertad. Y así, por esto orden, va desgranando sus tristezas –tan alegres– el amador del Romancero, que se sabe correspondido de la señora ausente.

No hay libertad en amor cuando el espíritu no se siente atado por la servidumbre. No es otra filosofía la del sabrosísimo romance:

Que si tú no me consuelas,
la vida me desafía
a quedar captivo y ciego
más sin mi que no solía.

Y se apaga en un suspiro, en un murmullo tenue de batir de alas, este bellísimo cantar, que un poeta cortesano de Castilla escribió, tal vez en Florencia, junto al Arno, o contemplando,

acaso, en Bolonia, una noche de primavera, las luciérnagas que corretean por las cumbres de San Miguel, alumbrando las negruras de las dos torres Asinella [sic][126] y Garisenda.

Diario Español de Sao Paulo[127] (02-05-1922)
El Sol[128] (13-07-1919 y 01-08-1919)
Hispana Esperantisto (Agosto 1919 y octubre 1919)
La Publicidad (26-04-1921)
La Libertad (20-10-1923 y 06-09-1923)
El Adelanto[129] (13-06-1925)
El Pueblo (17-06-1925)
El Adelanto[130] (27-10-1929)

Poesías de Salvador Albert

"Salvador Albert[131] –escribe Fernando Maristany[132]– es uno de los poetas liricos más puros, más delicados y más intensos del Parnaso español". Y por serlo, lo traduce maravillosamente en esa colección de "las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas" que está publicando, con tanto tino como gusto, la "Editorial Cervantes". Este hombrecillo modesto, sensible, franco y cordial, de mirada diáfana, de hablar callado y de largos silencios, que vemos nosotros todas las tardes en el Congreso huyendo de las comparsas de los figurones, que se sienta sin ruido y sin llamar la atención en los escaños de la extrema izquierda; este Salvador Albert con el que nos place departir, en un rincón de la biblioteca o del "buffet", de Juan Maragall, de Antonio Machado, de la montaña y del mar, de las agitaciones ciudadanas y de las resistencias campesinas, es, en efecto, un hondo y altísimo poeta al que debemos nosotros los más gratísimos solaces espirituales. ¡Ah, "les hores que tornen", y cómo volvieron, con el libro, a nuestro corazón, las horas de la niñez y del primer amor que todavía trabaja sus hilos sutiles en nuestro laboreo callado por el mañana! ¡Ah, "Florida de tardor"[133], breviario mío, devocionario lírico de mis soledades, y que gustosos son los frutos del otoño cuando aún aciertan a brillar los últimos rayos solares en las bardas de nuestro recuerdo! ¡Y el libro sobre Enrique Federico Amiel, el ginebrino, y cómo me recordáis mis horas de Montreux[134], del cementerio de Clarens[135], de mi pensión calvinista en la rúa de Mont-Blanc y los ojos de Marta y de Susana, mis compañeras de estudio! Y los "Ensayos sobre Ibsen" ¡qué buenos, qué nobles, qué honrados son!

¿Un estudio crítico del libro? ¿Para qué? Prefiero divagar a mi talante en las páginas de este querido diario. Salvador Albert, como hombre, como ciudadano, como poeta, es un alto ejemplo de pureza y de desinterés. Hay que verle, preocupado con sus cuitas de La Bisbal, en este alcázar de desilusiones, que a ratos parece un casino de golfos, que se llama el Parlamento español. Está siempre donde hace falta, en el ministerio, en las comisiones; nunca donde su presencia puede significar imbibición.

[126] Por Asinelli.
[127] En *El Sol*, *Hispana Esperantisto* y *La Libertad* se publicó en entregas diferentes; una primera que contenía «Riberas del Duero arriba» y «El Alcalde –Alcaide en otras publicaciones– de Florencia», y otras en la que se incluían «¡Compañero, compañero…!» y «Triste estaba el caballero».
[128] En *El Sol* sus títulos fueron «Romances II» y «Romances III», en *Hispana Esperantisto*, donde se publicó en esperanto, «Romancoj» y «Romancoj III» y en La Libertad «Nuevos romances» y «Romances de amor».
[129] Los artículos de *El Adelanto,* donde se publicó bajo el título «Dos romances de amor», y *El Pueblo* contenían, únicamente, los epígrafes «¡Compañero, compañero…!» y «Triste estaba el caballero».
[130] En El Adelanto (27-10-1929), su título fue «Romance de toros y romance de amor» y únicamente contenía los romances «El Alcaide de Florencia» y «¡Compañero, compañero!...».
[131] Salvador Albert i Pey (1868 – 1944). Político, escritor y poeta catalán.
[132] Fernando Maristany y Guasch (1883 – 1924) Editor, poeta y traductor de poesía catalán. Publicó la traducción de tres de los poemas de Albert en la revista España (02-07-1922, n.º 330, página 7).
[133] Libro de Salvador Albert
[134] Ciudad suiza situada en la ribera septentrional del lago Leman
[135] Villa suiza adscrita al municipio de Montreux,

Sabe hablar; sabe callar, sobre todo. Siente en las entrañas de su espíritu civil y ampurdanés la majestad de su representación. Las categorías están perfectamente delineadas en su mente. Primero, es hombre. Luego, liberal. A continuación, español. En seguida catalán. Luego del Ampurdán. Los intereses generales humanos, y luego los liberales, y los específicos después de su raza y de su posición particular en el mundo.

Por aquí anda como abstraído, como ensimismado, este santito laico. Cuando calla, oye el ritmo de la sardana y sorbe, a raudales, en silencio, los raudales del mar:

Aunque viviera siglos jamás me cansaría
De contemplar extático la tierra, el cielo, el mar
Mi corazón al ritmo eterno batiría
Del de Dios[136]

Pero ¡si está batiendo a cada momento, a cada minuto! El poeta es tan modesto que finge anhelar lo que posee positivamente.

Mis inquietudes: sombras, disípanse en la sombra;
El gozo que en mí canta es mío plenamente.
El yermo que me diste yo lo sembré de flores.

– ¡Hola, Albert!

– ¡Hola!

– Celebro encontrarle. Mañana es la verbena de Maragall en el Ateneo. Estoy fastidiado, enfermo. ¿Quiere orientarme en mi trabajo?

–No sé si es corto o largo. ¿Tiene la bondad de consagrarme unos minutos?

– ¡Con mil amores!

Y allá arriba, en el pasillo de secciones, sentados en un diván, dando la espalda a unos retratos inexpansivos de unos hombres que parece que no tuvieron nunca vida, que fueron presidentes del Consejo, magnates, grandes cruces, lee Salvador Albert su delicado trabajo. Aquello es un brazado de violetas que un hombre bueno regala a otro hombre bueno. Ni un ripio. La palabra, justa; el pensamiento, sobrio y ceñido a la palabra; la semilla deja emoción perfumando el pensamiento y la palabra.

Estoy encantado, subyugado, rendido.

– ¡Muy hermoso, Albert, muy hermoso!

– ¿Cree?

– ¡Sí!

Y le aprieto la mano con efusión. ¿Para qué palabras? ¿No estamos saludando al poeta que cantó el silencio? ¿No estamos oyendo, dentro de nuestro espíritu, durante esta dulce tarde, las inefables cadencias de la oda infinita?

Tinc una oda començada
que no puc acabar mai…[137]

Este libro de versos, que tiene la gentileza de enviarme Fernando Maristany –sobre el que otro día cualquiera divagaremos– es un presente exquisito, hecho para ser recitado, o en el silencio, o allí donde el silencio no se profana; en voz baja, al oído de la Madre, de la Amada o de la Amiga. Con armonías inefables de órgano están trabadas las cadencias de las poesías de Salvador Albert, vertidas al castellano.

Mientras arden las lámparas, vemos:
Oremos, alma mía.
Antes que mueran en luz del día.[138]

La Publicidad (29-06-1922)

[136] Salvador Albert. "Beatitud".
[137] "Tengo una oda comenzada que no puedo acabar nunca..." Joan Maragall, "L'Oda Infinita".
[138] Salvador Albert. "Es la hora de rezar..."

Vida nueva

«Dantis amor... Incipit Vita Nova.» «Amor del Dante... Comienza la vida nueva.» Contemplo con amor mi riquísima y elegantísima edición torinesa, con su magnífica cubierta en pergamino, sus primorosas orlas rojas y sus bellas estampas prerrafaelísticas de Gabriel Rossetti, regalo de mi querido amigo y compañero Marcus De Rubris...[139] Contemplo las bellas estampas: el Dante, atormentado, reconcentrado en sí mismo, ensombrecido, enamorado, en una palabra, con exclusivismo egoísta que rehúye cualquiera otra preocupación; Beatriz, con su aureola de gloria eterna, magnífica en su serenidad augusta, de mujer que sigue siempre las huellas del instinto; la «Niña de la ventana», con su ondulante cabellera castaña y su amplia túnica arrocada... Contemplo con deleite casi sensual este libro, la joya de mi biblioteca, del que no he acertado a separarme nunca, y no sé por dónde comenzar, por centésima vez acaso, la lectura de los más perfectos y maravillosos sonetos que jamás fueron escritos en lengua humana.

«La Vita Nova» es el monumento de la maravilla y de la gracia, porque es el parto, bien colmado, de la inteligencia excitada por el amor. La inteligencia que no está sacudida por el corazón es seca y estéril y no sabe regar con su jugo el intelecto ajeno. El amor que no reacciona intelectualmente en el hombre, excitándole a la piedad, a la tolerancia, a la benevolencia, a la comprensión; el amor que no se desparrama sobre las cosas, sobre todas las cosas, para mostrarnos en secreto la gracia y la «humildad» de ellas, podrá ser bajo apetito, carnal y grosero, pero nunca una palpitación del amor universal, que nos hace comprenderlo todo porque todo también lo amamos. El gran amor no es contemplativo, sino acicate y espuela de la acción fecunda. Deriva, naturalmente, de una mujer concreta, de una mujer de carne y hueso; pero luego, en sus reacciones sucesivas, se transfigura, y se eleva, y aumenta su caudal, siendo pródigo de su desparramamiento. Desconfiad del amor que se limita a cantar endechas y que no se resuelva vitalmente en manifestaciones de acción. Dante, enamorado de Beatriz, no es un señorito de Florencia, sino un Gibelino que pelea por la gloria de su patria –de su patria, que es un reflejo de su Amor–, que conoce la amargura del fracaso y las mieles de la gloria, la cárcel, la deportación, la miseria, por servir un ideal. ¡Ay el que no piensa más que en una mujer, ni en una mujer piensa!

No hagáis caso, mujeres, de esos varones sentimentales y dulzarrones que os aseguran que les llenáis tan por completo, que en su corazón no caben ya más estímulos de acción que vuestros ojos parleros, que vuestras manos breves y cuidadas, que vuestras boquitas de clavel. Aquel hombre está disfrazado de hombre, pero no pasa de ser un mico. El hombre que es... hombre y que obra siempre, aunque no lo sepa a impulsos de una razón sentimental –Dante, Julio César, Napoleón Bonaparte–, se acerca a vosotras alejándose de vuestro lado para cincelar un pueblo, para ganar una batalla, para penetrar de vuestro brazo en el reino de la inmortalidad. Estos tres grandes enamorados que recuerdo ahora fueron duros y hasta terribles en sus relaciones de amor. Víctimas de un espejismo, fueron a la acción, a la conquista, a la gloria, para ganar una sonrisa vuestra; pero saturados del pudor de las grandes pasiones, han tenido que pasar muchos años, siglos tal vez, para que la Humanidad se diera cuenta del callado dolor que les guiaba... Y vemos al romano pendiente de los crímenes de una hembra de mala ralea; al florentino, caminando por el Puente Viejo y rumiando versos que tienen la luz de los luceros de la mañana, y al corso, contemplando mimosamente a una Habsburgo, que no quiere compartir, naturalmente, su lecho con un Bonaparte plebeyo, que ha hecho una revolución y que ha jugado con los reyes, como, vosotras, de niñas, jugáis con las muñecas.

«Dantis amor... Incipit vita nova.» ¿Por dónde comenzar, Dios mío?

> Pensozo dell andar, che mi sgradia,
> trovai Amore in mezzo della via
> su abito leggier di peregrino.[140]

¿Recordáis? Ella, Beatriz, le llamó por su nombre y a él le tembló la emoción en las entrañas. Ella, Beatriz, viene de la región lejana, donde habitan los corazones que están sedientos de sa-

[139] Pseudónimo de Marco Rossi (1885-1944), poeta simbolista italiano.

[140] "Pensoso de l'andar, che mi sgradia, / trovai Amore in mezzo della via / in abito leggier di peregrino" (*Meditando sobre el camino que me desagradaba, / encontré a Amor en medio de la calle / con traje ligero de peregrino.*) Dante Alichieri, *Vita Nuova,* Soneto IX.

crificio. Y, sin saber cómo, la voz maravillosa desapareció de repente, sin que el poeta pudiese decir cómo desapareció.

Negli occhi porte la mia donna amore
per che si fa gentil ció chi ella mira...[141]

El amor es la luz natural de los ojos de Beatriz. Beatriz hermosea y embellece cuanto mira. Todas las cosas son, entonces, el reflejo de sus ojos.

Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia, cuand'ella altrui saluta,
ni ogni lingua divien tremando muta
e gli occhi non l'ardiscon di guardare[142]

Sí. Cuando Beatriz saluda a los demás, tan honesta y tan gentil parece, que la lengua enmudece en su presencia y los ojos no se atreven a mirarla. Y ella camina, por Florencia, entre alabanzas y bendiciones de los hombres, vestida de humildad.

Sus ojos transmiten dulzura al corazón, dulzura que no sabe expresar el pobre que no ha sabido gustarla.

¡Poetas, hombres, amigos!; ¿Por qué no leéis, por qué no gustáis esta fuente de emoción que es «La Vita Nova»? En estos versos alados, divinos, misteriosos, contempláis, siempre renovada, la tremenda lucha de un cerebro enorme con un corazón tan grande como ese cerebro, que es la tragedia interior de todo Gibelino, de todo luchador, de todo hombre que es algo más que mico y algo más que marioneta, dulzarrona y perezosa.

La Libertad (22-08-1924)
El Pueblo (23-09-1924)
El Adelanto (27-09-1923)

Stanco mío cor…

"Or poserai per sempre" –leo en este divino poeta del dolor y de la soledad, en este condesito jorobado y enfermo que se llamó Santiago Leopardi–; "or poserai per sempre, stanco mío cor!". O lo que es igual: "¡Descansa desde ahora para siempre, cansado corazón mío!" "Pereció la ilusión extensa en la que eternamente creí" –continúa el poeta–. Y añade después, en un grito que aún nos lacera las entrañas: "Por nada merece latir mi corazón. La tierra no es digna de suspiros, El mundo es enojo y amargura. Fango es el mundo. ¡Cálmate, mi pobre corazón! El hado te da la muerte de supremo reposo. Lo desprecio todo: te desprecio a ti, a la Naturaleza, al feo poder que impera escondido para el daño común de los hombres; desprecio la infinita vanidad de todo".

Palabras más sombrías y más bellas no llegaron jamás tan a lo hondo del corazón de los hombres. Estos maravillosos versos del más alto poeta moderno de Italia son el breviario de los suicidas y de los desesperados:

e l'infinita vanitá del tutto...[143]

Leopardi, enclenque, monstruoso, jorobadito, enfermo, no sintió nunca de niño, en su faz, los besos de la madre, de la "mamma"; a Leopardi, en las horas del primer amor, de mozalbete, le despreció Silvia, la de "los ojos risueños y fugitivos"; poco antes de su muerte, de su suicidio mejor, Leopardi, cargado de gloria, disputado, solicitado de empresas y editores, propuesto para profesor de Griego en una Universidad alemana; solo encuentra en torno su espíritu la incomprensión del propio hogar, la sumisa compañía de las mujeres, la indiferencia de los filisteos... Solamente su hermana Paulina adora a su "Giacomino", le festeja, le mima, le besa en la frente cargada de pensamientos y reclina su cabecita rubia sobre el fraterno corazón, preñado

[141] "*Amor brilla en los ojos de mi amada, y se torna gentil cuando ella mira*" *Ibidem*, soneto XXI.
[142] "Tanto gentile e tanto onesta pare / la donna mia, quand'ella altrui saluta, / ch'ogni lingua diven tremando muta / e li occhi non l'ardiscon di guardare" ("Se la ve tan amable y tan honesta / a mi amada, cuando saluda a los otros, / que cada lengua, temblando, se vuelve muda / y no se atreven los ojos a mirarla.") *Ibidem*, soneto XXI.
[143] "*y la infinita vanidad de todo ...*"

de tempestades. Pero al conde no le basta ¡naturalmente! el plácido amor, sereno y puro, de la hermanita, que más tarde casa con un marquesito de París... Y los hijos, y los amores, y las joyas, y el bulevar le hacen olvidar a "Giacomino"... ¡Al fin, mujer!

A nosotros nos place mucho leer a Leopardi de cuando en cuando. Lo tenemos en la mesilla junto al Kempis, junto al Quijote, junto a la vida de Teresa de Jesús, junto a una edición popular de las baladas de Heine. Y en las horas de turbación nos serena, y en los momentos de dolor nos sirve de bálsamo y de consuelo. ¡Bah! ¡Pero qué miserables son nuestras tragedias junto a las suyas!

Hemos sido pródigos de nosotros mismos. Hemos viajado mucho; hemos leído bellos libros; hemos conocido el amor de muchas mujeres hermosas. Nos han rodeado de mimos; de preferencias delicadas, de amistades selectas con los hombres más insignes de nuestro pueblo y de nuestra época. Hemos estudiado con Dorado Montero, con Unamuno, con don Paco Giner, con Croce, con Pascoli, con Ferrero. Nuestros amigos se llaman Antonio Machado, "Azorín", Bueno, Juan Papini, Alberto Beccari... Conocemos las novedades de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Portugal... Hemos bajado a las catacumbas, hemos visto salir el sol en los Canales de Venecia, oído cantar los pájaros en Verona; hemos amado de mozos, a las modistillas en el Barrio Latino... Y una pequeña contrariedad nos enfurece. Y ante una mentira que roza nuestra delicadeza y nuestra buena fe nos encabritamos como potros salvajes. Y ante una vileza, elevamos al cielo los puños con ira, pidiendo cuentas. ¡Majaderos!

Luchemos, sí, pero sin dejar abrojos, espinas, hieles en nuestro sendero. Si la lucha no nos hace mejores, más buenos, más puros, más comprensivos, ¿en qué nos diferenciamos de un mico, de un tigre, de un sapo, de un avestruz? Solamente el dolor cincela y pule los espíritus. Recibámoslo siempre, siempre, amigo, como un regalo del Padre Celestial, como un don del buen Dios que nos sonríe.

Leopardi… Leopardi de nuevo, en esta noche en que nuestro corazón, angustiado, quiere devolver ternuras por vilezas y caricias por injurias plebeyas y soeces:

…Or poserai
Per sempre, stanco mío cor!

¡Nada, nada! No nos acobardan los versos del sublime poeta del dolor. Serenos, pensamos que estas vilezas ajenas de hogaño son acaso respuesta a pasadas vilezas nuestras, de las que ya no nos acordamos. Y nuestro corazón no se cansa por una prueba más. ¡Bah! Tu, alma ajena que me has herido por la espalda, te has clavado a ti misma el puñal. Y vendrás, una vez más, a llamar a las puertas de mi corazón, como has venido otras veces, y él te servirá de regazo para que descanses, para que reposes del aguijón de tus heridas, y yo te sorberé las lágrimas en silencio y con amor. ¡Alma que me hieres: bendita seas!

El Pueblo Gallego (03-09-1924)
La Noche (05-08-1924)

Leyendo a Garcilaso

El dulce lamentar de dos pastores

El poeta imita las quejas del dulce lamentar de dos pastores, Salicio y Nemoroso. Y canta las cuitas de ellos desde esta ancha y espaciosa vega. Miradla. Unos pinos bordean las orillas del sacro Tormes. Enfrente se inicia una ladera que «sojuzga la vega». Es la villa de los Duques. Tiene altas torres y muros bajos la villa ducal. Asentada en un lecho de pizarra, extiende sus casucas agazapadas, míseras, hasta el castillo por un extremo, y hasta la alhóndiga, siempre repleta de dorado grano, por el otro. Toda la villa parece un apéndice del palacio de sus señores...

¿Por qué amaba Garcilaso esta vega? El poeta era un soldado de vida tempestuosa, inquieta. Batióse con los comuneros en Olías, con los franceses en Fuenterrabía, con los italianos en Florencia. Con las huestes de Solimán peleó en Viena y contra Barba Roja en Túnez. Gozaba Garcilaso fama de temerario y de valiente.

Estos hombres inquietos, audaces, turbulentos, gozan del descanso más intensamente que los mortales pachorrosos. Nada más suave y regalado que la vida en compañía de los Álvarez de Toledo. Uníase el castillo con un jardín; discretas y donosas damas eran huéspedes de los duques. Contábase, entre ellas, a doña Isabel de Freyre, de la que era muy devoto Garcilaso. Era doña Isabel la musa campesina de las églogas, la Galatea, la Elisa que añoraban Salicio y Nemoroso en sus pláticas de la vega. Hablaba toscano doña Isabel, y se regalaba con los versos de Boscán. Las mismas preferencias literarias, la identidad de gustos, la igualdad de dos espíritus tan sutiles, tan finos, tan aristocráticos, crearon, como era natural, otra identidad más alta. El amor que rezuman las églogas, tierno y tranquilo, era, en la realidad, una pasión de fuego, de las que consumen y llenan toda una vida.

Y sigue el Tormes cantando su canción de quietud junto a la vega. Si sabéis interpretar las cadencias de su murmullo, tornaréis a oír –eternamente– las dulces quejas de los dos pastores enamorados:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso
he de contar, sus quejas imitando…

Escrito está en mi alma…[144]

Escribe por la mañana Garcilaso; tiene en el castillo reservada la estancia de los poetas, la estancia donde compuso sus autos Juan de la Encina, la estancia que había de servir más tarde de destierro a Calderón. Unos frescos italianos la decoran; un muro representa la fragua de Vulcano; otro, un Mercurio rojo, de ojillos negros, penetrantes y de señoril apostura. Un balconcillo corrido muestra un risueño paisaje castellano. No es siempre uniforme y gris el paisaje castellano. El páramo sabe tener sus oasis –en Aranjuez, en la Granja, en la Flecha, en el Zurguén–. Un monasterio Jerónimo rodeado de huertas, de viñas se divisa a lo lejos. Concluye la villa a las puertas de este monasterio. Se oye el traqueteo monótono de las aceñas junto al puente. El sol ilumina las manchas cárdenas de las viñas; luce un cielo transparente, sin una nube. Y más allá del río, una calzada concluye, se pierde entre los alcornoques de una dehesa.

Quiere rimar el poeta; tiene el espíritu henchido de plenitud; el paisaje de su alma está lozano y verde como el de la vega; quiere explorar en él. Un gesto de la dama tiene escrito en el espíritu Garcilaso. Toma la pluma para descifrar estas letras misteriosas. El poeta no crea: copia, imita, traduce el gesto tenue, mimoso, acariciante de doña Isabel. Acaso la dama lubrifica los labios rojos con la lengüecita en un alarde irónico de coquetería; acaso ha paseado la manecita tibia y breve por la cabeza para poner en orden los revueltos cabellos rubios; acaso ha dicho, al pasar, una frase al poeta que le ha dejado embobado y suspenso.

Escrito está en mi alma vuestro gesto. La dama lo escribió; pero el poeta –sutil amador– se recata de ella para traducirlo. Las rimas han de quedar en el silencio; ningún osado las profanará con su mirada. Para esa tarea ha nacido el poeta; esa tarea le consumirá sus horas; en ella «estará siempre puesto». Es verdad que no caben en el poeta todos los matices, todos los tonos, todas las maneras, todos los gestos, todos los silencios, todas las palabras, todas las sombras, todos los resplandores del alma de la amada. No entiende tanto bien; pero lo cree. La fe es la palanca movedora de las almas. «Tomado ya la fe por presupuesto», como dice Garcilaso, son livianas las cargas más pesadas y quedan bien cimentados los fundamentos de las más locas empresas.

El poeta ha nacido para amar; a la medida de la amada se ha cortado el espíritu de Garcilaso:

«por hábito del alma mesma os quiero.»

Y acaba el soneto:

«Cuanto tengo confieso yo deberos:
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.»

[144] Desde este punto hasta el final constituye otro artículo que se publicaría, con algunas variaciones, en el mes de julio de 1925 en los diarios *El Adelanto* y *El Pueblo* (diario republicano de Valencia).

El poeta ha concluido. Tiembla de emoción su espíritu. A la estancia llegan las risotadas de los pajes. Fuera se oye el traqueteo monótono de las aceñas, junto al río. El sol ilumina las manchas cárdenas de las viñas. Luce un cielo transparente, sin una nube.

El Liberal (04-09-1924)
La Semana Gráfica[145] (02-06-1928)
El Adelanto (02-07-1925)
El Pueblo (08-07-1925)

La novia de Hugo Fóscolo

Repasando estas noches la literatura italiana del siglo XIX, que tanto me gusta y me subyuga, he pasado desde Leopardi, y desde Alfieri, y desde Silvio Pellico, de un tirón, a este alma loca, tan agradable y tan incoercible, que es el alma de Hugo Fóscolo. ¡Noches inolvidables estas noches de placidez, en que, después del fatigoso trabajo cotidiano, nos refugiamos en la soledad de nuestros gustos y aficiones personales! Por el alma encendida de Fóscolo corre siempre el pensamiento en una mujer determinada. ¿Quién es esta mujer? ¿Cómo se llama la novia de Hugo Fóscolo? ¿Qué mujer diosa es esta mujer que de tal modo enciende el corazón y de tal modo apaga la inteligencia de una sensibilidad tan rica de matices y de una cabeza tan poblada de pensamientos?

Este hombre, Hugo Fóscolo, monologa siempre en alta voz; por eso me place. En sus comedias, en sus odas, en sus libros, en su correspondencia íntima, asistimos continuamente al espectáculo, siempre renovado, de un tremendo problema sentimental, que cuanto más lo oculta, más claramente surge a la superficie de su prosa precisa, elegante, de sus versos impregnados de la más dulce melodía. Unas veces es él el que quiere; otras veces ella. Su novia es unas veces un puro reflejo de la divinidad, digno de culto y de plegaria:

E avrai, divina, i voti
Fra gl'inni miei delle insubre nepoti! [146]

Y otras la hembra que «tiene un trozo de cerebro en el puesto del corazón».

¿Cuándo tiene razón, cuándo no la tiene Hugo Fóscolo? Esta mujer, ¿es realmente una hija del cielo o una hembra liviana y vulgar? ¿Merece alabanzas o vituperios esa mujer? No lo sé; pero siempre es sincero el poeta. Es sincero cuando ama y es sincero cuando aborrece. Buen italiano, sabe que no hay más mundo interior que su mundo personal y tiene el impudor del verdadero poeta que se sabe a sí mismo protagonista de todas las luchas y de todas las complacencias.

Toda la obra de Hugo Fóscolo es, derechamente interpretada, una verdadera autobiografía personal que hoy se lee con el gusto de una novela complejísima, tan llena de contradicciones y aventuras, como nuestro propio corazón.

Y corre por todas las páginas del gran patriota italiano, una punta de ironía y de humorismo, que nos hace pensar, más de una vez, que es el corazón el que discurre en todo hombre y que es más poderoso que el proceso lógico de nuestras propias ideas. Sobre la diosa de ayer; sobre la hembra de hoy que volverá a ser la diosa de mañana; sobre la novia de siempre que es el «ritornello» eterno de su eterna canción, borda, muchas veces, Fóscolo el cañamazo de sus donaires y burlas más terribles. Y sobre sus sueños, sobre sus esperanzas. Y sobre sus desengaños. Y sobre la patria. Advertimos continuamente en Hugo Fóscolo, que el hombre es más sereno que su obra, parto permanente de la inquietud y del anhelo.

¡Ay, patria, patria de Fóscolo, patria mía, patria de todos; por algo tienes nombre de mujer! ¡Luego que leemos a Fóscolo y damos la vuelta a la llave para apagar la luz, pensamos, con Somoza y Carvajal, el liberalote de Piedrahita, que andas siempre en lenguas de los que no te quieren, y que, al lado de tus amadores silenciosos y leales como Fóscolo, tienes tus chulos que te explotan, invocando tu santo nombre, como los blasfemos invocan el de Dios en vano!

El Adelanto (12-12-1924)

[145] En *La Semana Gráfica* su título fue «Al margen de Garcilaso» y se corresponde completamente con el publicado en *El Liberal*.
[146] De *Alla amica risanata* (A la amiga curada) dedicada al parecer a Antonietta Fagnani Arese.

Al margen de unos poemas

Lectura de «Soledades, galerías y otros poemas», el bellísimo libro de Antonio Machado, uno de estos días de fiebre y de catarro, en que nosotros mismos nos recetamos un día entero de dieta y un día entero de cama. Lectura obsesionante, detenida, desmenuzadora, de unos poemas que hemos leído de estudiantes y que tornamos a leer de hombres. Los años proyectan una luz nueva sobre las cosas, luz menos cruda que en los días de mocedad, menos deslumbrante, más velada, y, por eso mismo, más discreta, que nos permite ver mejor los matices, las perspectivas, los claros oscuros y las lejanías.

Este poema:

Llamó a mí corazón un claro día
con un perfume de jardín, el viento.
– A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.
– No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya; todas han muerto.
Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba...
Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

este poema, decimos, no puede sentirse, saborearse a los veinte años. Pero cuando se ha roto el huerto del corazón, ¿acaso no lo saboreamos demasiado?

Sentimos una ola
de sangre en nuestro pecho
que pasa... y sonreímos
y a laborar volvemos.

"A laborar, a sonreír –querido Antonio– y, sobre todo, a esperar, a esperar siempre la oleada de sangre que pasa. Otra vez desesperanzados, tornamos al refugio de tejer nuevos pensamientos, de paladear silenciosamente sensaciones nuevas. Y otra vez la ola, que creemos que ha de ahogarnos definitivamente en el mar de lo imprevisto. Pero el ritmo acelerado cede el paso al normal. Y así siempre, siempre. Y el día del proyecto eterno, la víspera del gran día, cuando íbamos a lograrlo, cuando tocábamos la meta con las manos, llega la muerte..."

De toda la memoria sólo vale
el don precioso de evocar los sueños.

Y no pudiéramos evocar,[147] es decir, recordar y resucitar los sueños, no podríamos vivir, la vida es un cañamazo de recuerdos, de cosas pesadas, porque el momento presente no existe jamás y el futuro sólo vale mientras nos sirve de andamio para la esperanza. La memoria borra y pierde lo anecdótico, lo subalterno, lo inútil, para dejar el gesto. Memoria es siempre evocación y lo que no sabemos evocar, no existe porque se murió en el olvido.

¡Oh, angustia…! Pesa y duele el corazón... ¿Es ella?
¡No puede ser! Camina... ¡En el azul, la estrella!

¡Y cómo pesan y cómo duelen las ideas dentro del corazón, poeta...! Pero nada se detiene en la vida, nada. Caminamos, y con nosotros, las personas y las cosas que nos rodean. ¿Ella? ¡No, no puede ser! Subió muy alta, muy alta, se remontó a los cielos, mientras nosotros dábamos tumbos en los baches de la calzada. Subió muy alta, robó la luz de los luceros y se confundió con ellos al amanecer. Es aquella estrella tan alta que no nos ve, pero nos alumbra. y esperamos

[147] Parece exigir una conjunción condicional: *Y [si] no pudiéramos….*

ansiosamente la hora del alba para verla brillar y desaparecer, estrellita saltona, por el espacio azul...

¿Eres la sed o el agua en mi camino?
Dime, virgen esquiva y compañera.

La virgen esquiva no te contesta jamás, Antonio. ¿Sed, agua? Una cosa y otra, las dos cosas a la vez, amigo. Los labios refrescan cuando se tiene fiebre; queman cuando se brama de pasión. Y como los labios, los ojos de las vírgenes. Sino [sic] preguntamos, responden; si anhelamos una palabra, permanecen eternamente unidos. Sed, agua; reposo, combate, paz, inquietud... ¿quién sabe jamás lo que nos traen al camino de la vida las vírgenes, compañeras y esquivas?

El Adelanto (15-01-1925)

Tarde de Carnaval

Mi amiga Margarita Nelken[148] me invita a pasar unas horas en su casa, durante esta tarde de Carnaval. Habrá té, habrá pastas, habrá cigarrillos turcos, habrá muchachas agradables y un butacón enorme, junto al fuego, al lado de los libros. El retrato que Julio Romero de Torres hizo a Margarita adquirirá tonalidades rojas. Veremos, desde el balcón, los descampados del Abroñigal. Y me excuso. «No, no puede ser. Estoy con una gripe, más o menos disimulada, pero con gripe al fin.» me envía Margarita un libro de Brousson que acaba de traducir para la Biblioteca Nueva: «Anatolio France en zapatillas.»

¡Excelente regalo el de Margarita para una tarde como esta, helada como un carámbano, estúpida, digna de la plebe municipal y espesa, que da voces y aporrea latas por las calles céntricas! Pido un cuchillo para deshojar el libro y entre sueño y sueño, despertando recuerdos y acariciando esperanzas, me consagro a las anécdotas del señor France. Brousson, como todos sabéis, era su secretario. Y leo un rato, y abandono el libro, y torno a tomarlo de nuevo. Y la compañía de aquel hombre, tan complejo, tan amable, tan desengañado, tan francés, me hace bien por unas horas .

Un día el Maestro coge las manos de Brousson en las suyas y fija en él sus ojos arrasados de lágrimas:

– Se dice, amigo mío, que el hombre es el rey de la creación. ¡El hombre es el rey del dolor!

– Querido maestro, pero usted inspira envidia.

Y suspira Anatole.

– No hay en el mundo entero una criatura tan desgraciada como yo. Me creen feliz, ¡no lo he sido un solo día, una hora sola!

El hombre tiene tres estilos. Tres. El sensible. El sublime. El moderado. «¿Escribe uno acaso con la misma tinta, la misma pluma y el mismo tono al arzobispo de París, a la amiga o al tendero?»

¿Napoleón? Napoleón, y Josefina, y María Luisa obsesionan a France. A Santa Elena comunican al prisionero que María Luisa es, acaso, demasiado amiga de Neiperg. Los ministros de Luis XVIII siempre pequeños como su amo, mandan al cautivo, diariamente, buena cuenta de los chismes de Corte.

Napoleón lo ignora. «Representa –dice France– más que una comedia, una tragedia. Un emperador, ante la posteridad, no puede ser amado. Y en su testamento da a la emperatriz un magnífico certificado de fidelidad conyugal».

---

[148] *Margarita Nelken* Mansberger (1894 –1968) escritora y política española.

«Como todos los ultramontanos, Napoleón es grotesco, pero pomposo».

Napoleón se conduce con la viuda del general Custine, como un patán. Un domingo figuraba la encantadora muchacha con la corte, cubriendo la carrera en las Tullerías. Napoleón acababa de oír misa. «Avanza hacia ella –cuenta– y con su voz de introductor de quintos:

– ¿Sigue usted aficionada a los hombres?

¡Qué bruto! Pero ella le pone las peras a cuarto, por muy emperador que sea.

– ¡Sí, señor, cuando tienen educación!»

Y así, la tarde, leyendo humoradas, frases, observaciones, sutilezas –algunas de ellas intrasladables a este sitio– del maestro. Y la silueta perfecta del bonachón patriarca, con su barbita nevada, con su profunda mirada gris, con su gorro de Persia, con sus zapatillas de orillo, en la intimidad de su Villa-Said, mientras, Josefina, su criada, y Madame, su esposa, le tratan como un niño, porque se le ha olvidado ponerse una camisola para una comida de etiqueta y porque es muy posible que se le haya olvidado llevar dinero en el bolsillo para el tranvía o para el taxis.

El Adelanto (25-02-1925)

Madrigales y elegías

Tus ojos.

Nuestro querido poeta don Ventura Ruiz Aguilera, vive, desde hace tiempo, embrujado por el hechizo de unos ojos de mujer. Como no somos eruditos, no sabemos exactamente la fecha en que se ha iniciado este embrujamiento en su espíritu. Lo que sí podemos afirmar, porque nos consta, es que el embrujamiento es ya perfecto y definitivo. El poeta no piensa más que en ella, no siente sino por ella y no vive sino para ella. Hace todas las bobadas de los enamorados tardíos nuestro don Ventura.

Y un día deja en cuatro versos sencillos, en un cantar, todo el perfume de su primera y última pasión de madurez:

Tus ojos copian el día:
entornados, amanece;
¿los abres?... el sol deslumbra;
¿los cierras?... la noche llega.

Todas las luces de la naturaleza quedan, en efecto, dentro del espíritu cuando viven pendientes de los ojos de una mujer. Entornados son aurora, sí; pero abiertos, no son siempre medio día, como quiere el poeta. Son, a veces, noche cerrada y misteriosa, hasta que vuelven a entornarse y nos dejan oír, a través de su resplandor, entre el matiz lechoso y zarco de las primeras luces matinales, el jilguerito alocado que comienza a cantarnos dentro del corazón.

El saboyanito.

Hace pocos días, muy pocos, que la nena del poeta ha bajado a la tumba. La niña del poeta era morenita y pálida; sus ojos, negrísimos y anchos, revelaban un sosiego y una alegría perfectos; la cabellera, partida en dos crenchas, era, de tan negra y lustrosa, casi azul.

El poeta está sentado en su mesa de trabajo y no puede rimar. Está llorando. Murieron sus padres, y el recuerdo es plácido y tranquilo, porque los siente vivir en él; murió la compañera y el dolor fue tan rudo, que le dejó insensible, porque todos los grandes dolores insensibilizan; pero murió la nena y ha presenciado en la de la hija su propia muerte anticipada. Lo que hay de cieno y lo que hay de espíritu en él, se ha perdido para siempre. Vivirá para la gloria, pero su amor fue peor que estéril, porque dejó de florecer cuando cerró los ojos la nena para siempre.

Un saboyanito se ha puesto a cantar una canción triste del país, debajo del balcón donde trabaja don Ventura. Todos vosotros conocéis a estos niños pobres de la Saboya que, muy de pequeños, abandonan los dulces valles de la patria para ganarse la vida, ayudados de las arpas, de los órganos y de los violines. Elisa –la nena– era la amiguita de estos cantores callejeros. Les daba cuartos, les socorría con panecillos y galletas, les oía cantar, en su dulce lengua, las tristezas del destierro y de la tribulación.

El órgano dice ahora un viejo aire de la Saboya. Montes azules, novia morena, casita blanca, regatos verdes, vaquitas... Allá, a lo lejos, asoma su cofia blanca la cumbre de Monte-Rosa. Don Ventura, transido de dolor, ruega al saboyanito, después de socorrerle, que se vaya:

No mires a mis balcones;
¿por qué miras, saboyano,
si ya no ha de salir ella
a este balcón solitario,
para echarte la limosna
bendecida por su labio?
No mires a estos balcones,
y si vuelves, saboyano,
la voz del órgano apaga
y pasa, por Dios, callando...

Los ojos del viejo y del niño se encuentran en una larga mirada. El niño va calle abajo sollozando y el viejecito ha cerrado el balcón, idiotizado de pena…

El Adelanto (29-10-1925)

Santa Rogelia (I)

Don Armando Palacio Valdés, este querido abuelito asturiano de los ojos azules y dulces, de la barba blanca y de la figurita exigua, ágil y nerviosa, ha publicado estos días una nueva novela, que nos apresuramos a leer con devoción... Don Armando no nos olvida nunca cuando publica una nueva novela. Una carta breve y cordial, el libro con la tinta húmeda y fresca todavía, y de vez en cuando, un ejemplar más de «José», o de «Marta y María», o de «La hermana San Sulpicio», que hemos solicitado de él para cualquiera admiradora suya, humilde, discreta y provinciana... A don Armando le place mucho dedicar sus libros a las muchachas.

– Ellas –suele decirnos en aquel despachito suyo, penumbroso y discreto de la calle de Hermosilla–, son mis mejores amigas, mi público más querido y devoto. No me han abandonado nunca, nunca...

Y con su sonrisa burlona y asturiana sin hiel, añade bonachón y resignado:

– Ahora que voy para Villavieja, es cuando las quiero más. He contribuido a formar los sueños de las mujeres de mi España. Mi buena hermana San Sulpicio, mi sevillanita pizpireta y morena, figura en todos los cestos de costura... te advierto que tú llevas el camino con tu «Tratado de la perfecta novia». ¿Cuándo escribes el del perfecto amor?... Bueno, se ha traducido mi querida hermanita a todas las lenguas del mundo, hasta en japonés… Mira que edición más bonita.

– ¿Y cómo escribió usted «La hermana San Sulpicio»?

– ¡Ay, hijo! Fui a Sevilla hace ya muchos, soltero y mozo. Joaquín Fernández Prida, este hombre que se ha cansado ya de ser ministro, académico y catedrático, era entonces, como yo era, admirador ferviente de las morenitas que lucen sus ojos como soles junto a la Giralda. Joaquín me enseñó los rincones, las iglesias, los jardines, las perspectivas de Sevilla. Yo, asturiano de nieblas y de paisajes velados por el celaje, me emborraché de luz, de sol y de miradas de mujer en aquella gran ciudad.

¡Mira que es linda Sevilla! Descubrimos la tertulia de las Anguitas, trabamos amistad con toreros y «tocaoras» y... salió el libro. Tres o cuatro millones de él se han publicado ya en todas las lenguas.

– Aquella Isabel, aquella Condesita del Padul –interrumpo– y aquel papá castizo que confunde a Ruiz Zorrilla, el caudillo revolucionario, con Zorrilla el poeta bohemio y melenudo de las orientales, se me antojan también dos figuras arrancadas de la realidad, Don Armando...

– ¡Y lo son, hijo! Como lo son todas. Ahora me da vueltas en el magín la figurita de una obrera que conocí de estudiante, aquí, en Madrid. Aún tengo que urdir el cañamazo de nuevas novelas. No he dicho todavía todo lo que tengo que decir. ¿Te gustan estas cosas últimas?

– ¡Mucho, don Armando, sinceramente!

– ¿Y «Tristán o el pesimismo?

– Prefiero las «Memorias del doctor Angélico», la verdad.

– Pues yo prefiero, sobre todas las cosas, a «Tristán».

– No me extraña, don Armando, los padres tienen siempre cierta preferencia por los hijos más desgraciados, que son, muchas veces, los mejores.

Y don Armando, poniéndose repentinamente serio, pregunta:

– ¿Crees tú? ¡Es posible!

Y vistiéndose en un santiamén, trayéndome un habano, me dice de pronto:

– ¿Vamos al Retiro?

– ¡Vamos!

A don Armando no le conoce la gente. Pasa por la calle, mirando las cosas y las personas, con sus ojos azules y buenos, en una oleada de optimismo bonachón. Salta como un gamo, habla con la alegría de un mozalbete dichoso, el querido abuelito asturiano. De vez en cuando, una gran dama, un aristócrata, un escritor, le saludan con respeto.

– ¡Adiós, don Armando!

Y don Armando, que me cuenta ahora una excursión hecha a Toledo con Galdós, cuenta con sus ideas a vueltas, el plan del nuevo libro:

–Verás Quiero contar un episodio de mi juventud, tan remota...

Esta «Santa Rogelia…» Verás...

El Adelanto (03-12-1925)

Santa Rogelia (y II)

Pepito Montero Alonso, uno de mis numerosos sobrinos espirituales, se acerca a nuestro grupo y saluda respetuosamente a don Armando, y con un abrazo cordial de camaradería a mí. Don Armando interrumpe un momento sus sabrosas confidencias literarias.

– ¡Hola, pollo! –saluda don Armando.

– Les he visto y vengo a pasear con ustedes.

– ¿Y esas modistillas? –pregunta, malicioso, Palacio Valdés.

– Tan guapas siempre –asevera Pepito, que viene de primera comunión. ¡Qué peques, don Armando. Por cierto –agrega dirigiéndose a mí– que he visto a Tere y me ha preguntado que cuándo la lleva usted al estudio de Julio Romero de Torres, y a que Zúñiga le haga un retrato.

Pepito Montero nos habla con exaltación de sus conquistas últimas. Este muchacho es ingenuo, bueno y confiado, sobre toda ponderación. Cree todavía que con los artículos se llega mejor al corazón –¡al corazón!– de ciertas «damas», que con los automóviles y los brillantes. Sonríe don Armando, y sonrío yo. Y con nosotros, el Angel Caído, a la conclusión del paseo de coches, y el sol que traspone magníficamente perezoso, tiñendo de un fondo rosa el telón levemente verdoso del Retiro, y las muchachas «bien» que con sus carabinas regresan hacia el centro en busca del cine.

Don Armando parece, al escuchar a Pepito, revivir sus veinte años. Recuerdos de sus veinte años son estas páginas de «Santa Rogelia». El secreto del hechizo del arte de novelar de Palacio Valdés consiste, precisamente, en que sus páginas son sencillas autobiografías. No hay otro camino, en efecto, para llegar al corazón y a la inteligencia del público. Para ser originales, basta con que digamos toda nuestra verdad, con que descubramos a las gentes parte de nuestro mundo interior. No hay sino ser sinceros para ser originales. Cuando las gentes creen que el escritor rebusca sus tesoros fatigosamente, no sabe advertir que los extrae de la cantera inagotable de su propio espíritu. El arte, que está por encima de la verdad porque se amasa con el anhelo eterno y no con el deseo contingente, se compone de las emociones cerebrales, que son las ideas, y de las cordiales que son las palpitaciones, siempre distintas y siempre semejantes del amor –roce de lo infinito con nosotros– en nuestro corazón, anheloso y esperanzado. Acertamos cuando nuestro arte es una proyección hacia fuera de nuestro espíritu; desbarramos cuando somos sinceros y desleales con nosotros mismos.

Palacio Valdés –el querido abuelito asturiano– no lo ha sido nunca. No se ha traicionado jamás. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, aquella deliciosa excursión por el Guadalquivir cuando Sanjurjo busca la conciliación con su novia? ¿Y aquella página –maravillosa– en «Maximina», del nacimiento del hijo? ¿Y los amores de Demetria en la «Aldea perdida»? ¿Y la muerte del cieguecito, que espera unirse a los suyos, una noche de invierno, en la calle, en «Pájaro en la nieve»? ¡Ay, don Armando, don Armando...! Los que escribimos más que por costumbre, por

devoción y hasta por necesidad imperiosa, por vocación inexorable, sabemos leer entre líneas, y a través de Marta, de Mary, de Julita, de Maximina, de Isabel, distinguimos las líneas verdaderas de las mujeres de carne y hueso de las falsas de la simple y pura composición literaria, y descubrimos el grano de oro de la paja, y comprendemos que haya espiga, para que «se goce –como lo dijo un aldeano salmantino a nuestro ilustre don Miguel– el chocho en el vaso...» sobre la crudeza de la verdad –dijo con estas o parecidas palabras, aquel diablejo lisboeta de Eça de Queiroz, en «A reliquia»– el manto diáfano de la fantasía.

Bajo ese manto, decoroso y leve, de la fantasía, palpita y se descubre siempre mejor el anhelo vital, la huella de la emoción del recuerdo –o de la esperanza– sobre nuestras pobres obras de arte. En la comunión con la belleza, hemos de entregarnos sin reserva a ella para que ella se dé íntegramente a nuestra pluma y a nuestra fantasía. «Los amores de Beatriz con el Dante –dice Maragall en su maravilla de los «Elogios»– tuvieron un hijo, que son las obras del Dante». Porque el amor se revela a los hombres por lo más sutil e inefable que hay en ellos, la palabra, y es la palabra cuando recoge fresca y virginal de nuestro espíritu la más exquisita calidad humana.

«Santa Rogelia» es la juventud, la mocedad de Palacio Valdés, hecha arte, vista a través de cincuenta años de vida, cuándo aún hay sol en las bardas del corral. La vejez, cuando es el coronamiento de una vida noble y pura, es la más alta corona real que podemos llevar sobre nuestras sienes. Por eso, la ancianidad es algo tan sagrado e ingenuo como la niñez. ¡Qué dulce debe ser recordar cuando ya no se espera nada, porque se ha comprendido y se ha sentido todo, y hemos salido adelante de los golpes que no han podido asestarnos la vileza y la malicia de las gentes!

El Adelanto (04-12-1925)

El buey, piadoso.

A Paco Maldonado

Esta mañana, al levantarme, he querido solazar el espíritu con un exquisito manjar... Y he cogido de la mesilla las «Poesie» de Carducci y recitado en voz baja su estupendo soneto al buey,

Yo t'amo, pío vove,[149]

con aquel maravilloso final, digno de la musicalidad del Dante –el de Beatriz– o de Petrarca –el de Laura– o del divino Tasso –el enamorado sin esperanza de la dulce duquesita de Ferrara:

del divino del piau silenzio verde.[150]

¡Qué simpático es el buey, amigo! A Josué Carducci, el poeta liberal –liberal porque era poeta y poeta porque era liberal–, a Josué Carducci le entusiasmaba sinceramente. El buey es un místico. Hincha el espíritu del poeta de un manso sentimiento de paz; de paz y de vigor. Secunda con orgullo la obra inteligente del hombre. Se inclina con alegría al pesado yugo. ¡Dulce, piadoso buey! Si le pican con la ahijada, no protesta. Al contrario, circunda al hombre –su compañero– con una honda mirada de suprema piedad. Y exhala su espíritu, vierte su alma el buey, querido Paco, por su nariz húmeda y negra y ancha. «Y su mugido –nada trágico– canta el poeta de «La Reina Margarita»– alegra los campos, perdiéndose en el aire azul».

De sus ojos, no hablemos. No son lascivos, No son líricos. No sabrían cantarlos ni el «Caballero Audaz», ni Villaespesa. ¡Dulce, piadoso buey amigo! Sus ojos glaucos retratan el divino silencio verde de la llanura, en su azul es dulce, ancha y tranquila.

Yo no sé por qué llamamos bueyes a ciertos eruditos, a ciertos académicos, a ciertos maridos complacientes. No tienen de semejante con el piadoso buey más que su fácil inclinación al yugo.

Mientras escribo, en el Casino de Huesca, una mañana lluviosa de domingo, oyendo cómo doblan a muerto las campanas de la Colegiata –tan aragonesa, barroca y oscense– de San Lorenzo, contemplo a un buey que trabaja la tierra. Está dialogando en voz baja con un gañán. Y yo que entiendo, por la costumbre de tratarlos, el lenguaje de los bueyes, te aseguro, Paco amigo, que se queja de que le comparemos a ciertos hombres. El no cree –te lo aseguro yo–

[149] El soneto de Carducci titulado *Il Bove* dice: T'amo pio bove… (*Te quiero generoso (piadoso) buey*)
[150] Errata por: "Il divino del pian silenzio verde". (*El divino silencio verde de la llanura*)

merecer esa injusticia. Y se encara con la línea azul del Pirineo cercano y labra los panes que hemos de comer, en paz y con alegría, los que jamás le comparamos a ciertos seres, que no son semejantes a él –¡qué más quisieran!– ni semejantes tampoco a nosotros, a ti, a mí y a nuestros amigos, Paco amigo y dilecto «sobrinico».

El Noroeste (17-04-1926)
El Adelanto (15-04-1926)

Daniel de la Vega

De nuevo, para Mary Santiago Mirat

¡Oye al poeta, Mary! Este poeta de hoy es un muchacho de Chile. Se llama Daniel de la Vega. En su país le adoran todos, porque ha escrito muchos y muy lindos versos. He de enviarte sus libros más bonitos. «Al calor del terruño» (1911), «Cielo de provincia» (1913), «Claridad» (1916), «Nuestra vida vulgar» (1921)... Es, además, periodista, Daniel de la Vega. En «La Mañana» de Santiago de Chile escribe, día a día, sus impresiones, con el título general de «Motivos» ¡Que hermosas páginas intimas ha escrito Daniel de la Vega en estos «Motivos»! ¡Oye al poeta, Mary; oye al poeta…!

Hoy este corazón se ha transformado en cuna
en el día no cabe entero mi cariño.
Tú no lo sabes, árbol; tú no lo sabes, luna;
tú no lo sabes, agua… ¡Mañana llega el niño!
¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!
Que detrás de ti viene su mirada, su boca,
su entusiasmo, su mano... ¡Todo eso es carne mía!
Tú no lo sabes, nube; tú no lo sabes, roca...
Y el día va tan lento, cansado bajo el peso
de mi ternura inmensa… ¡Apresúrate, día;
mira que aquí en la boca ya no me cabe el beso
y en la espera me está doliendo la alegría!

¡Qué lento es el día de hoy, Mary bonita! Hasta mañana, es decir, hasta dentro de cien siglos, no llegará el niño a los brazos del poeta, su papá. Ha de pasar antes, toda una noche –lenta e interminable– de invierno; ha de apagar el alba, universal y sucia, el fulgor de las estrellas, antes de que llegue el niño a nuestros brazos. Antes de que llegue el niño, podemos contar, una a una, todas las estrellas del cielo. Hemos de esperarlo todo, de subirlo todo, de llevarlo todo, antes de que llegue el niño:

¡Y tener que esperar que el alba soñolienta
apague las estrellas; que suene una campana;
que una vaca distante muja solemne y lenta,
que pase un campesino; que se abra una ventana...!
Y salga el sol. Y rompa la fina algarabía
de los pájaros ebrios con la gracia del vuelo.
¡Acórtate, camino! ¡Apresúrate, día!
Que ya he contado todas las estrellas del cielo.

El niño va a llegar, al fin, a nuestros brazos. Ha de venir a nosotros desde tierras remotas a sonreírnos, a iluminarnos la vida… En el mundo ha de ser nuestra promesa eterna el niño que ha de venir. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Pero el sol se ha parado... Corazón mío, ve
sola, llevando a cuestas tu cariño profundo,
entra en la eternidad y grítale a Josué
¡que el sol se ha detenido otra vez en el mundo!

¡Ya ves, Mary. Ya ves! ¡qué deliciosamente se pasa en el destierro! Nos visitan otras almas; nos cuentan sus confidencias; tienen el pudor de no ocultarnos sus lágrimas estos poetas, amigos y distantes. Por el correo te envío las confidencias de este poeta de Chile; ¡tan parecidas a todas las confidencias, tan semejantes a las más que ahora, por vez primera, te cuento a ti…!

El Adelanto (24-04-1926)

Elogio de los asnos y de los bueyes

Uno de los poetas más exquisitos de la Italia contemporánea, Josué Carducci, ha cincelado dos bellos sonetos, en elogio del asno uno y del buey el otro. Dos poetas españoles han traducido bastante bien estos sonetos. Ante el asno, el ilustre profesor de Bolonia se conmueve sinceramente piadoso. Oigamos al señor Estelrich, el traductor afortunado:

¿Qué rebuznas al cielo en son doliente?
¿Será amor que, gallardo te convida?
¿Que recuerdo flagela o qué fluyente
anhelo aqueja tu cansada vida? [151]

¡Ay, el burro sueña también, según el cantor de «Miramare» y de Satanás! Sueña, aunque no lo parezca. Sueña el burro con la Arabia ardiente y con las tierras donde nacen los audaces y afortunados garañones de todo pelaje y condición. Y a las veces prefieren los burros acampar en la Hélade.

Los bueyes son también amados por el poeta fervorosamente. Su célebre soneto.

Io t'amo, pio bove...»

con aquel maravilloso verso final

«del divino del pian silencio verde

fue también vertido al castellano por nuestro pobre amigo Fernando Maristany. Esta traducción, como la del soneto «A un asno», del señor Estelrich, puede verse en «Carducci», volumen XI de la preciosa colección «Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas», que publica en Barcelona la Editorial Cervantes. No resisto a la tentación –piadosa– de estamparlo aquí. Dice de esta manera:

Te amo, buey pío; en manso sentimiento
de paz y de vigor mi pecho inundas;
ya si, solemne como un monumento,
miras las tierras libres y fecundas,
y si al yugo inclinándote contento
la ágil obra del hombre, fiel secundas;
él te exhorta y te pincha, y con el lento
girar de tu mirada lo circundas.
Por el ancha nariz, húmeda y negra,
tu alma se exhala, y tu mujido [sic] alegra
los campos, y en el aire azul se pierde;
y de los ojos glaucos en la grata
dulzura, amplia y tranquila, se retrata
la del llano divina quietud verde.[152]

Estos dos simpáticos animalitos, los asnos y los bueyes, merecen, en efecto, ser reivindicados. Había de ser un poeta, y un gran poeta además, el primero que los defendiera de las calumnias sistemáticas de los hombres. Se dice burro del hombre poco inteligente. Llamamos bueyes a los queridos semejantes nuestros que son pesados, lentos, cansinos y machacones; solemos llamar bueyes a los eruditos, a los académicos y a ciertos oradores sagrados y profanos. Sabemos aplicar también esta denominación a ciertos maridos indulgentes que llevan con alegre resignación algunos apéndices córneos sobre sus cabezas, testas o testuces veneradas. De aquí que sea tan general el remoquete. Y la palabra buey tiene además una tercera acepción: se llama buey, metafóricamente, es claro, al varón falsamente docto, seudoerudito, que se aplica con envidiable fortuna al cultivo del camelo. La metáfora en verdad que no puede ser más injusta ni descabellada.

Los asnos que pastan en la Hélade y los bueyes, cuyos mujidos [sic], según el poeta, alegran los campos, y cuyos ojos, saben perderse en los horizontes amplios y tranquilos que retratan en sus pupilas, han iniciado sus rebuznos y sus mujidos de queja por estas torpes comparaciones de que son objeto. No quieren ser hombres ni parecerse a ellos. Han decidido querellarse, de

[151] Estrofa de un soneto de Giosuè Carducci. *A un asino* ("A un asno"). Traducción de Juan Luis Estelrich, 1920.
[152] En el mismo libro citado por el autor.

continuar estas esperanzas, ante el tribunal de la Historia universal. Los bueyes y los asnos son asombrosamente trabajadores; gánanse muy bien la vida, sin quejarse jamás. Luego, los asnos son pacientes, humildes, mansos y resignados; cocean y respingan con menos frecuencia que los humanos; son los mejores compañeros del pueblo y le ayudan a soportar sus cargas. No son líricos ni quejumbrosos jamás: prefieren la epopeya y la dramática, como los genios. Los garañones protestan con menos eficacia porque reconocen, en efecto, que hay ciertos varones que se les asemejan notablemente.

En cuanto a los bueyes, mujen [sic] melancólicamente pensando en la similitud engañadora que se ha establecido entre ellos y los maridos, o cónyuges calderonianos. No conocen el duelo, ni el género epistolar, ni el suicidio, ni tampoco, que se sepa, el «ménage á trois». Se jactan de no haber leído nunca a Paul de Kok[153] ni al «Caballero Audaz»[154]. Afirman que son poco complacientes con las vacas una vez que las han utilizado para la reproducción de la clase bovina. Tampoco reconocen familiaridad alguna con los eruditos, con los académicos ni con ciertos escritores de la derecha. Contemplan la paz de los anchos horizontes, saboreando el «divino silencio verde» de las cañadas y de los valles, y cuando inclinan venerablemente su testuz al suelo es que pasan por éxtasis contemplativo. «Tiramos más bien –me han dicho en secreto– más a místicos que a catedráticos. En resumen, querido cronista, tú conságrate a historiar las andanzas de tus semejantes, los hombres, que no las nuestras; eso está al alcance de una fortuna mental tan limitada como la tuya. Para cantarnos a nosotros tienes que codearte –¡pobre de ti!– con tu maestro Carducci. Hasta, para cantar a las vacas defectuosas, a las ciegas, tendrías que tener un espíritu tan noble, tan puro y tan inmenso como el de tu amigo Juan Maragall.»

El Liberal (07-05-1926)

Ambición

El poeta –este poeta Daniel de la Vega, chileno, con cuyos versos me oreo el corazón todas las mañanas– el poeta tiene una sola ambición. Quiere forjar un verso, limpio y eterno, fuera de las ligaduras del tiempo y del espacio. Forjarlo en silencio, darle una sonoridad inmortal que no puede ser superada nunca, nunca... Sabe el poeta su tragedia más honda: su mejor verso no será cantado jamás. Lo sorprenderá fugitivamente mirándose en los ojos de la amada, besando su boca. Pero lo que se llama aprenderlo, sujetarlo, eso no le ocurrirá.

¡Dios mío! El poeta siente ternuras infinitas… Lo comprende todo, lo ama todo, lo perdona todo, lo olvida todo. Pero no sabe, ni puede, ni debe contarlo todo. El ritmo del Amor, el único ritmo del Amor, por ejemplo, es el del silencio.

Hay un pudor superior a nosotros mismos que nos veda hablar cuando querríamos hablar, ¿Cómo aprisionar en un verso «aquella» mirada, «aquella» sonrisa, «aquella» tarde de Abril en que el corazón –como las cosas que le rodean– tiene una transparencia de porcelana? Las palabras de los poetas son, en cierta medida, el ritmo imperfecto de su silencio interior, porque la mejor palabra –la que solamente a nosotros mismos nos decimos en el sagrario de nuestro espíritu– se pierde si la queremos lanzar al viento.

Lo queramos o no lo queramos, nuestras palabras son hijas de nuestro estado espiritual. Hablamos porque sentimos. Cantamos solamente cuando el sentimiento nos invade en una ola de piedad y de amor. Cantamos por un acto de amor a nuestros semejantes. Somos tan felices, tan felices, que nuestro verso de plenitud se ha colmado y tenemos que verterlo en los demás. Pero no del todo. Si lo volcásemos del todo, quedaríamos exhaustos y moriríamos para la vida del espíritu.

Y nuestra ambición es, no hacer la poesía, construcción de forja estéril, sino vivirla. Para nosotros mismos nada más. Solamente, unos ojos alguna vez, fugitivamente, de pasada, los ojos de la Amada o de la Madre, han de sospechar que vivimos como iluminados, como encendidos, en eterna fiesta de luz y de ideal. Pero luego, nuestra ambición –querido poeta– ha de ser muy

[153] Charles-Paul de Kock (1793 – 1871) Novelista y dramaturgo francés. A lo largo de su vida, publicó cerca de 400 volúmenes de narrativa y representó más de doscientas piezas teatrales.

[154] José María Carretero Novillo (1887 – 1951). Escritor y periodista español, más conocido por el seudónimo de "El Caballero Audaz", fue un especialista del género denominado, por entonces, "interview".

otra: apagar los fuegos y sonreír humildemente. Parecer como los demás y hasta ser, si pudiéramos, como los otros. Y crear el alma de una mujer que pasa, con una sonrisa, que sea nuestro presente más delicado.

¡Y nada más, Daniel de la Vega, nada más…!

El Adelanto (08-05-1926)

Glosas a las "Nuevas Canciones" de Machado

El libro de Antonio Machado, leído en voz baja, de flor de corazón a flor de labio rezado más que dicho, en horas de inquietud y de turbación espirituales:

Aunque me ves por la calle,
también yo tengo mis rejas,
mis rejas y mis rosales.

Aunque me ves por la calle, mujer, no te rías si me ves errabundo y distraído, que yo tengo mi jardín interior. Tengo, dentro del corazón, mis rosas, mis claveles, mis jacintos; mis siempreviva. Riego a todas horas la tierra de que se nutren sus raíces, cuido sus tallos y tengo el orgullo de ser el primero que aspiro el perfume de tu flor. ¡No te rías, mujer, cuando me veas por la calle!

Y canta Antonio, canta el poeta dilecto con el que nos place conversar, y callar, y soñar por las calles de Segovia:

Se abrió la puerta que tiene
gonces en mi corazón,
y otra vez la galería
de mi historia apareció.
Otra vez la plazoleta
de las acacias en flor
y otra vez la puerta clara
cuenta un romance de amor.

Otra vez cuenta un romance de amor la fuente clara. ¡Otra vez, corazón! La fuente clara cuenta, dentro de mis entrañas, un romance de amor: el de las tres hijas del rey moro. La más pequeña de las tres hijas se llama Delgadina. Es morena como el trigo encerrado en Agosto; lleva pulseras en las manos y carcajes en los pies. Los ojos, muy negros, se clavan vergonzosos en la tierra, ante el misterio de lo infinito que comienza a vislumbrar.

Y la fuente clara cuenta otro romance de amor dentro de mi espíritu, tembloroso y esperanzado, poeta, como el tuyo: el romance de don Bueso. A tierra de moros camino una mañana fresca en busca de amiga. La encuentro sacando en la fuente del camino, monta conmigo a la grupa en el caballo negro de mis inquietudes y la niña sabe mostrarme la señal que lleva en el pecho. ¡Ay: la hermana de Rosalinida no puede amarme! Y torno otra vez –de nuevo, siempre de nuevo, Antonio–

a tierra de moros,
a buscar amiga,

y el romance no dice que no quiero volver al hogar, porque llevo carga de penas en el corazón y sombra de silencios en el alma.

... y otra vez la fuente clara
cuenta un romance de amor.

Noche castellana.
la canción se dice
o mejor se calla.
¡Cuando duerman todos
saldré a la ventana!

¡Noche castellana, noche buena de Junio, noche de Julio con el caminito lechoso de Santiago; noche de Agosto, de eras y de parvas, de trojes y de espigas, noche de frutos; y cuántas canciones dices, o mejor, callas en tu seno! ¡Cuando todos duerman saldré a la ventana!

Cuando todos duerman, y, sobre todo, cuando duermas tú. Canto como Don Luis el estudiante cuando duerme Clarita en la venta. Como Torcuato Tasso cuando vela en el calabozo de Tenara los desdenes de su Leonor. Como el Alighieri cuando sorprende en el Puente Viejo la sombra blanca de su Beatriz. Canto cuando duermen todos. Cuando duermes tú.

Y tú duermes, aunque no lo sepas, al ritmo hecho de silencio que tu sola, interpretas, de rumores lejanos que te aduermen cerrando tu boca de serafín, de armonías que te hacen inclinar graciosamente –sobre la almohada– tu cabecita.

Noche castellana,
la canción se dice
o mejor se calla.

La primavera ha venido;
¡Nadie sabe cómo ha sido!

La primavera del corazón llega por que el corazón ignora siempre que puede llegar.

Un cantar de esta mi tierra dice que no viene de buena sangre, que no es buena la sangre del corazón que no se alegra:

Alégrate, corazón,
aunque sea por la tarde.
¡Corazón que no se alegra
no viene de buena sangre!

Esta tarde, a la hora del crepúsculo, se diluye la alegría, hecha azules, en el cielo. El condesito Santiago Leopardi, el enamorado de su prima, sorprendió, más de una vez, volviendo de las romerías de verla «a ella», el perfume del día de fiesta que se va.

Pero todos los días son de fiesta para el corazón que se renueva. Por eso canta Antonio:

¡Tardecita alegre!
¡Canta, ruiseñor!
¡Es la misma hora
de mi corazón!

De noche, entre las encinas con las copas plateadas por la blancura de la luna, «ella» volverá. ¿Cuándo? ¿Cómo, Antonio? ¿De noche? ¿Qué estrella vive, recibiendo su luz del fulgor de sus ojos negros? ¿La veremos al resplandor de la luna?

«Yo venía, pien d'angoscia, a rimirasti»[155] canta este melancólico y desesperado Leopardi, refiriéndose no sabemos si a la luna, como cree Unamuno, o a Gertrudis, como creo yo.

Pero sí; «ella» volverá de noche.

Cuando durmamos como ángeles. Cuando el suyo de la guarda retoce en el nuestro. «Ella» volverá con la blanca luna, diluyendo, rasgando las sombras. ¿Cuándo, cómo?

Antonio filosofa por las calles de Segovia. Camina a largos pasos, ensimismado, triste, viudo, emborrachado por la música de sus versos, con las manos en los bolsillos, con el cigarrillo en la boca, salpicándose de ceniza, quemándose, tal vez, con el fuego.

Y piensa. Antonio:
Si vivir es bueno,

[155] La frase en italiano es incorrecta, seguramente debido al copista. Se trata de un verso del poema *Alla luna* de Leopardi que dice así:

O graziosa luna, io mi rammento	¡Oh graciosa luna, yo me acuerdo
che, or volge l'anno, sovra questo colle	Que, hará ahora un año, sobre este monte
io venia pien d'angoscia a rimirarti	*Venía angustiado a verte de nuevo*

es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar.

¿Despertar? ¿Para qué, amigo? ¿Para que nos ciegue la luz? ¡Cuánto mejor es dormir al arrullo de la fuente clara que nos cuenta un romance de amor! ¡Cuánto mejor es dormir arropado en el seno de la esperanza, resguardado de vientos, y de nieblas, y de nieves, y de fríos! ¡Cuánto mejor es dormir cuando gorjea nuestro espíritu como un jilguero con las primeras luces del alba! ¡No blasfemes, por Dios, tú, querido Antonio, que no blasfemas nunca, porque te has resignado a todo!

El Noroeste (27-06-1926)
El Adelanto (19-12-1925)

Francia, vista por Lope

Juan Labrador

El aldeano que nos describe fray Lope de Vega Carpio en su linda comedia «El villano en su rincón», es un campesino francés que vive a dos leguas de París y que no ha salido nunca de su aldea. Al hojear el libro póstumo del señor Icaza sobre la vida íntima del Gran Lope, evocamos, por su modernidad, la figura de este campesino. Describe amorosamente el fecundo y desenvuelto dramaturgo castellano, en esas páginas, el campo de «la Francia»; nada más elegante y actual que la pintura de estas tierras mimadas, acariciadas, cuidadas con amor por las rudas y celosas manos de los labriegos. Los trigos, las vides y los ganados cubren en toda su extensión las tierras vecinas; las olivas bajas, colmadas y henchidas están de «blanco» aceite; los quesos nadan «con deleite» en las tinajas; las colmenas, repletas de dorada miel, oyen el zumbido de un ejército de abejas que labran incesantemente su panal: los trojes en las eras, son monte de trigo rubio. Y las «azules» uvas rebosan los bordes de los lagares y las cubas, solemnes, anchas, no son bastante para encerrar el néctar recogido.

En estos mimosos y pletóricos campos de Francia vive el villano en su rincón, tan ricamente como el rey Ludovico, en sus palacios de París. Si este es señor natural de la Francia «desde Arlés hasta Carlés y desde la Rochela hasta la Jona», Juan Labrador es dueño de cuanto alcanza la vista en su derredor. Si el rey se deleita con yantares exquisitos y selectos, Juan tiene siempre a mano perniles con verdura y chorizos sazonados, carne de vaca y pechuga de gallina, quesos con ojos y conservas de frutas y compotas. Si Ludovico oye las más dulces trovas de los poetas ociosos, el labrador, al caer la siesta, recorre a caballo sus heredades para oír la música de la fuente que hay junto al prado. Ni envidiado ni envidioso, Juan Labrador no siente apetitos cortesanos, ni desea honras ni encomiendas, ni gusta de ver al rey. Cuando Ludovico pasa con la corte por la aldea, Juan Labrador se esconde, que no quiere ver al príncipe, bastándole con estimarle y servirle de «lejos» como buen vasallo.

Ludovico el rey no comprende el retraimiento ni la manía del buen aldeano francés. Y queda prendado de su formalidad, y de su cortesía, y de su exquisita ponderación, el rey. Y para probarle le pide después dineros que se apresura a enviarle Juan, y luego los hijos, que tampoco le niega el buen vasallo. Y Ludovico, pagado de tanta devoción, le colma de beneficios.

«El villano en su rincón», de Lope de Vega, está henchido de ardiente simpatía por el alma francesa. Si donde el clérigo escribe rey leemos nosotros patria; si donde el dramaturgo –vasallo de los Felipes– escribe lealtad al soberano, nosotros leemos respeto a la ley y amor casi sensual al suelo, a la tierra, la comedia de Lope de Vega remata en las candilejas del mismo modo que en la realidad.

Juan Labrador ha dado a su patria cuanto tenía: el trigo de sus paneras, la miel de sus panales, el aceite de sus olivos, los huevos de sus gallinas, la levadura de sus panes, y lo que vale más que todo esto: la sangre de sus hijos. Y las puertas del palacio se abren ante el villano, rey de su rincón, que no quiere oír hablar de príncipes donde todos lo son por la natural aristocracia del espíritu ni de privilegios en una edad que ha consagrado a todos los villanos por igual.

Lisarda

Lisarda es la hija, la única hija de Juan Labrador. Cuando se levanta el telón en la comedia de Lope, Lisarda, acompañada de Belisa «en hábito de dama», pasea por las calles de París. Las costumbres rústicas no han dejado huella alguna en el espíritu naturalmente distinguido y señoril de la muchacha. Luce con donaire su cuerpo, primoroso, parla con atinada discreción, enseña sus piececitos y algo más que sus piececitos a un galán que la persigue, sostiene un diálogo de amor –al pasar– con deliciosa picardía.

Lisarda, hija de Juan Labrador, gusta, al revés de su padre, de los placeres de la corte, de los paseos por la gran ciudad, de los diamantes que refulgen en los deditos de rosa, de las sedas que se ajustan gallardamente a las carnes, de los manteos franceses con basquiña verdemar, de las galas, plumas y lisonjas de los cortesanos.

En el tipo de Lisarda, que enamora nada menos que al mariscal de Francia, convertido en la sombra de la chiquilla, desde que esta pone los pies en París, ha intuido el enamorado y desenvuelto Lope el carácter de la mujer francesa y, por extensión, el de todo el pueblo francés. Lisardilla está en todas partes como en su casa. Es señora con las señoras, y si parece rústica entre los rústicos, es que sabe disimularlo y fingirlo con sutilísima afectación. Porque Lisarda es siempre princesa. En los talleres, en las fábricas, en los oficios más humildes. Y los hombres son vasallos de su sonrisa. Y las muecas, los mohines de Lisarda rinden los imperios más altos y domestican a los príncipes menos urbanos.

Lisarda ha sonreído a Juan Labrador mientras sufría. Por Lisarda, Juan Labrador se ha despojado de todo cuanto tenía para salvar el suelo. Solamente los necios fingen no advertir los encantos de Lisarda. Y es que están todavía rechinosos de los desprecios de esta buena muchacha que esquiva lo mismo a los campesinos que a los mariscales, que ama el ingenio más que la bolsa y el recuerdo de sus gestas más que las facturas comerciales, importe de su reciente sacrificio por todos los demás.

El Pueblo (31-08-1926)
El Noroeste (29-08-1926)
El Pueblo Gallego (01-09-1926)
La Voz de Guipúzcoa (28-08-1926)
El Sol[156] (16-06-1919)
Iberia (16-11-1918)

El poeta de la tiranía

Los versos y los dramas de Pedro Calderón de la Barca están iluminados por las hogueras del Santo Oficio; sus imaginerías acusan la madurez de una decadencia; su pesimismo –tan admirado por los hermanos Schlegel[157]– la filosofía del escolástico, del fanático, del retórico conceptuoso y acartonado ante el derrumbamiento que no se puede evitar. Una idea central hay en toda la obra de Calderón de la Barca: la vida es una sombra y un compás de espera; ante el mundo no cabe otro gesto que el de la contemplación indiferente; la divinidad señala la ruta de nuestros propios destinos y es vano el intento del entusiasmo y de la voluntad. Y pues los hombres son juguete de un hado favorable o adverso, es inútil que reaccionemos; inútil y pecaminoso.

He aquí el hombre, he aquí la España de los Austrias que él simboliza maravillosamente en todo su teatro. Escolásticos grotescos que encierran toda la vida en un silogismo y que niegan el amor si casa con los dos términos de su dilema. Un rey absoluto, lugarteniente de Dios, más que hombre y menos que divinidad, que desencadena guerras, destruye pueblos y recibe inspiraciones de lo Alto en informes reservados y confidenciales. Un pueblo apartado

[156] En *El Sol* se tituló «Francia y Lope de Vega», y en *Iberia* «Acotaciones a Lope de Vega»

[157] Augusto Guillermo y Federico Schlegel tradujeron cinco obras de Calderón al alemán y despertaron en sus lectores el culto por el dramaturgo español. La visión de Rojas no es de culto, sino de crítica, llegando a considerarlo germano más que español.

de los negocios públicos –soldados, plebe y gente– actuando de gracioso, destilando grosería e incomprensión, rascándose las llagas ante los rayos solares que iluminan constantemente los dominios del rey. Una política de privados y de validos, concertando matrimonios de príncipes que no se conocen, viviendo del cohecho y de la intriga, astutos, lujuriosos y corrompidos. Una religión que no es freno de conciencias, sino razón de Estado

El pensamiento de "La vida es sueño" se repite constantemente en toda la obra de este poeta de la escolástica, de la teología, del catolicismo austriaco, del discreteo conceptuoso, de la lealtad dinástica y de la servidumbre palaciega. El sueño de Segismundo persigue al devoto del Santo Oficio, al de las comedias de Felipe III, que le representan en los jardines del Buen Retiro, como una obsesión. En "El cisma de Inglaterra" es la mujer secreta de Enrique VIII, Ana Bolena, la que desciende desde el tálamo del monarca hasta la obscuridad de una mazmorra. En "La exaltación de la cruz", es el rey de los persas, Cosdroas, el que, luego de haber vencido al emperador Heraclio, se ve perseguido por éste y por los cristianos y entra prisionero de ellos en los muros de Jerusalén. En "El mágico prodigioso", el amor se trueca en sombra, y la belleza de Justina, la cristiana, en un inmundo esqueleto. Jamás la dulzura de un sentimiento, el consuelo de un ideal, la esperanza de un amor, mueven el corazón de este hombre. Sus personajes son meras abstracciones y sus argumentos silogismos. Y no deleita porque trata de probar. La primera jornada es la proposición mayor, la menor la segunda y la tercera, naturalmente, la conclusión.

Cátedra seca, tosca, estirada, de escolástica manida, de polvo de libros de atracciones sin jugo, es el teatro de don Pedro Calderón de la Barca. Su teatro no es español más que de nombre. La graciosa habla popular ha perdido su llaneza elegante en este dramaturgo, todo hinchazón y solemnidad. Su poesía es la huella de zarpa del flamenco-alemán y austriaco, acogotando el recio espíritu de castellanía. Y su teología es alemana, porque los Estados no viven para el servicio de Dios, sino Dios para el servicio de los Estados. La divinidad calderoniana es un Gott[158] germánico, indiferente y agresivo. Calderón de la Barca –elogiado por los hermanos Schlegel– es un nuncio del imperialismo y del despotismo y tiene la grandeza fugaz del crepúsculo de la tarde, del sol moribundo que ilumina el llano de colores rojos, antes de acostarse.

Las cajas y los tambores juegan con la teología papel importantísimo en la técnica teatral de Calderón. El protagonista es el jefe de la tramoya o el encargado de la pirotecnia. Todo es estruendo y ruido; los relámpagos iluminan la escena, los truenos retumban, los montes revientan los abismos se abren los cielos se desatan, los muros se rompen, las ciudades cambian de asiento.

Los reyes han ido escamoteando sucesivamente el espíritu democrático y municipal de Castilla, y como el de Castilla, el de toda España. Carlos I ha saqueado el país, ha disuelto las Cortes y ha colgado a los comuneros en el rollo de Villalar. Felipe II, su hijo, el de la Armada Invencible, lucha con denuedo contra la Reforma. Felipe III es un juguete de los validos. Felipe IV...

En el reinado de Felipe IV luce sus cualidades y excelencias de pirotécnico mayor del reino don Pedro Calderón de la Barca. Vasallos y monarcas se corresponden perfectamente. Felipe IV, que para comenzar la campaña de Cataluña confiesa a sor María de Agreda que ha prescindido de toda previsión humana y que solamente confía en la bondad de Dios, ha de aplaudir con entusiasmo a estos héroes de su vasallo, a quienes un nigromante, sin esfuerzo alguno, les asegura el éxito en las empresas más dificultosas. Felipe IV, después de arrancar a la Calderona de los brazos del duque de Medina de las Torres y de tener con ella hijos adulterinos, la recluye en un convento y comienza a sentir una gran ternura por su esposa doña Isabel de Borbón, ha de admirar necesariamente a este escolástico del escamoteo, de la resignación y del oportuno arrepentimiento.

Calderón de la Barca representa, para muchos, el momento del apogeo de nuestra grandeza.

Calderón, sin embargo, es un ídolo al que conviene derribar. Sus damas tapadas, sus soldados vengativos, sus clérigos violentos, sus criados groseros y desleales, anuncian la mueca inex-

[158] Dios, en alemán

presiva de Carlos II el Hechizado, que nos muestra en toda su repulsión el pobre idiota con el que acaba una raza de flamencos.

El Luchador (23-10-1926)
La Voz de Guipúzcoa[159] (23-10-1926)
El Pueblo (23-10-1926)
Nuevo Mundo (18-19-1924)
La Libertad (11-05-1922)
La Publicidad (10-01-1919)

En torno a Maquiavelo

He vuelto a leer atentamente el maravilloso libro del secretario de la Señoría Florentina; mis ocios me llevaron a traducirlo un día para la Colección Universal de Calpe. Hoy se me antoja que es libro de clave –bien ajeno, por supuesto, a las filosofías fascistas de hoy– y que tiene matices ocultos que dependen, en gran parte, de la sazón y de la oportunidad de la lectura. "El Príncipe" del secretario republicano de Florencia es de carne y hueso; hereda su jerarquía de los mayores o la conquista por sí mismo, y todos los medios de conquista son lícitos cuando son eficaces.

El pueblo, patrimonio del príncipe, ha de redundar en provecho material de este. La licitud política es un corolario de la conveniencia personal del que gobierna. Los vasallos, los súbditos, son menores, que en ningún caso, están capacitados para conocer de sus destinos de su suerte.

La política, más que juego de azar, es un juego de tresillo, con sus tretas, sí, pero también con sus jugadas reglamentarias, en las que tienen escaso papel el arbitrio y la imaginación. Políticos no pueden ser nunca los tontos, ni los técnicos consiguientemente, ni tampoco los representantes de castas. Políticos no pueden ser más que los secretarios, es decir, los que conocen los secretos del príncipe. Como sólo se gobierna por delegación y por gracia generosa del señor, es claro que, para Maquiavelo, buen político puede ser, exclusivamente, el amigo, el compañero y el confidente del príncipe.

Y no se arguya que la naturaleza del príncipe depende de la estructura política del país. Son los príncipes los que hacen a los pueblos y no al contrario. "Dime, vasallo, qué príncipe tienes y te diré cómo eres tú". El vasallo sigue, aunque no lo quiera, al señor, y marcha siempre detrás de él. La psicología de los pueblos es un reflejo de la psicología de sus señores. A los príncipes a quienes la historia, ciencia de comadres, moteja de abyectos, sus vasallos y coetáneos les daban el dulce remoquete de deseados. El destierro de Bayona no se explica sin el otro destierro de las virtudes cívicas en los gobernados. Es la luz de las cumbres la que refleja el valle. El sol alumbra al mundo sencillamente, porque esté más alto.

El príncipe se debe a su propia gloria y el secretario vive de sus secretos. Los dos son de bulto y de carne y hueso, porque el vasallaje es montón de sombras que danza estúpidamente en las tinieblas. Hay un momento en que toda Italia es Alejandro VI, como hay otro momento posterior en que media Europa es Bonaparte. Si acaso existen también los Borgias, el duque Valentino y la bella Lucrecia con Alejandro, y Josefina, y María Luisa, y dos o tres mariscales más con Napoleón.

Todo lo demás es comparsa de drama calderoniano, ficción de tramoyista, ruido de cajas y de tambores dentro de las candilejas, coro de duques y de tiranuelos innominados que cuelga César gentilmente de la horca, o carneros humanos que se sacrifican en masa ante un juego del Emperador.

La historia de los pueblos es la historia de sus principales. La sucesión de una dinastía es la historia de un país, y cuando aquella cambia, cambia también por arte de magia y hechicería la faz de los pueblos.

---

[159] En *La Voz de Guipúzcoa* su título fue «El poeta de "La Vida es Sueño"»; sin embargo, en *Nuevo Mundo, La Libertad y La Publicidad* se publicó bajo el epígrafe «Cajas y tambores».

La lectura del libro de Maquiavelo es una ducha de agua fría sobre una cabeza donde anidan los sueños y los romances. Los pueblos no progresan cuando no tienen realidad. Son los príncipes, exclusivamente los príncipes, los que inician una marcha y retroceden en medio del camino y desandan lo andado y tornan a correr sin pasar nunca de la meta que ellos mismos se propusieron. Son los príncipes la encarnación, la personificación y la síntesis de los vasallos que guían y que conducen. Son los príncipes, finalmente, el cuerpo de las sombras, la voz de los ecos, el barómetro y hasta el termómetro que marcan la presión y la temperatura espirituales de los pueblos.

Maquiavelo, republicano, plebeyo en el fondo, admira a Savonarola, pero no se atreve a elogiarle, porque el encendido monje –más peligroso para la nobleza florentina que fuera para la aragonesa su colega Ramiro II que atropella por todo ante la sombra del noble Atarés[160]– no se apoya en las bayonetas, sino en los razonamientos para convencer al pueblo en la plaza de la Señoría. Maquiavelo, plebeyo, enemigo de los españoles que han despedazado a Italia, odia, sin género de duda, a Fernando V de Aragón, pero sabe elogiarlo ardientemente, porque Fernando V, el marido de doña Isabel y alma de ella, más a su gusto peleando contra italianos que contra moriscos, no pierde nunca el tiempo y sabe fabricar un pueblo apto para sus empresas, como un espadero toledano una espada de combate, acerada, fina y bruñida. Así, Savonarola, con toda su elocuencia, muere en la rechifla y en la hoguera, y así, para deshacer la obra de Fernando el Aragonés, se requiere un enjambre de flamencos robando actas concejiles y levantando rollos a la entrada de las villas, una reina loca, una armada invencible, guerras con Portugal y con Cataluña, un Santo Oficio, un pueblo esquilmado, una herejía triunfante y de remate y por contera, un príncipe, a todas luces idiota e impotente.

El Luchador (30-05-1927)
El Pueblo (26-05-1927)
El Pueblo Gallego (22-05-1927)

Paisajes

No ideas, sino paisajes, ha logrado despertar en mi espíritu, esta tarde, la doctísima conferencia del doctor Sainz Rodríguez, sobre los problemas de la investigación que ha tenido que resolver el joven catedrático de la Universidad Central para escribir su ya terminada «Historia de la mística española». Y así he visto, desde el Paraninfo, la Flecha, en estos días que preceden las vísperas y los calores de San Juan, con la cumbre airosa y la fontana pura que «parescía reírse». Y he visto Alba con sus Isabeles[161], y su pórtico con los escudos ducales, y su calzada peñarandina, desde donde se comienza a ver la vega y los picachos blancos de la sierra de Gredos. Y el soto lleno de donaire, que surge en Fontiveros, velado por una cortina de agua en una triste mañana de Diciembre. Y Toledo, y Segovia, y Medina, y Palencia, y Pastrana, y Beas, y Malagón, y Becedas, y todos aquellos lugarones de nuestra Castilla, abiertos al cielo, donde el alma de Teresa dialoga a solas con Dios, buscándole y poseyéndole en las horas de meditación y de plenitud.

Yo no lo sé, pero presumo que solamente puede comprenderse nuestra mística castellana dentro de este marco y como hija exclusiva de este ambiente y de este cielo. Sin las murallas, sin los fosos y contrafosos, sin las almenas de Ávila, Teresa no hubiera encontrado metáforas guerreras para las «Moradas». Sin los sotos, oteros, valles y altozanos de Fontiveros, sin el rumor de sus fuentes discretas y escondidas, Juan de Yepes no hubiera sabido cosa mayor de majadas y pastores. Sin las riberas del Tormes y sin sus olmos y negrillos, no hubiera cantado el reposo aquel agustino violento que no supo reposar nunca con las disputas y cominerías de los claustrales de nuestra Escuela.

Y no se ha olvidado esta tarde el señor Sáinz Rodríguez de uno de los mejores exégetas de nuestros místicos, de Miguel de Unamuno, el austero patriarca de nuestras letras. «De Fray Luis

[160] Pedro de Atarés (1083 – 1152). Noble perteneciente a la familia real de Aragón, señor de Aibar, Javierrelatre y Atarés, pedanía perteneciente al municipio oscense de Jaca.
[161] Convento de las madres Isabeles (franciscanas) donde se hospedó Teresa de Jesús en las primeras visitas a Alba de Tormes.

a Unamuno –ha cantado un poeta de nuestros tiempos– corre un puente encendido»[162]. Sí; de Hendaya a Salamanca corre ese puente todavía. Y evocando estas piedras, y el esqueleto de Gredos, y las tierras pardas de la calva Armuña, reviviendo paisajes, pueden escribirse tratados místicos, llenos de angustia y de emoción.

El Adelanto (18-06-1927)

Lecciones de un poema

Orillas del Arlanzón

El cantar del Cid, el de los siete Infantes de Lara, el de Fernán González, Burgos, puerta de Santa María, huellas de Don Pedro y sus favoritas, Caput Castellae, los condes... Mañana placida, lluvia, árboles, reposo y quietud de corazón. Nos hemos sentado en un banco del paseo de la isla a leer una vez más en su ambiente justo el viejo cantar rimado del mío Cid. Rodrigo se despide de su rubia Ximena y de sus hijas en San Pedro de Cardeña, con rumbo a tierras valencianas; el héroe tiembla de emoción; que se casen sus hijas y que él, de viejo, goce de la paz de la familia:

Plega é Dios e a Santa María
que aún con mis manos case estas mis fijas,
e quede ventura e algunos dias vida,
e vos, mugier ondriada, de mi seades servida!

Ya ha partido el Cid de Burgos. Sesenta pendones lleva el héroe en su compaña. Las mujeres y los hombres se asoman a las ventanas para despedir al desterrado

plorando de los oios, tanto avien el dolore!

Y nadie se atreve a hospedar al Cid en Burgos, nadie. Quien le hospede perderá los haberes y los ojos de la cara. Es el maldito desterrado de las tierras ingratas de Castilla. Solamente una niña de nueve años hace el regalo de su sonrisa al guerrero infeliz. Ella quisiera socorrerlo, pero no puede. El Cid sale de Burgos por la puerta de Santa María. Como buen caballero, al abandonarla,

fincó los inojos, de coraçón rogaba.

Hinca la tienda con los suyos fuera de la ciudad. El castillo, en altozano, recibe los rayos de una mañana desapacible de primavera. Las casas de la ciudad se enrojecen por el sol. Flota un vientecillo sutil que viene del Moncayo, por las tierras paniegas. No tiene dineros el Cid, ni ilusiones para comenzar sus gestas. Solamente allá, dentro del corazón, le sonríe la luz de los ojos de Ximena y de las caricias de sus hijas. Y acordándose de lo que deja en el monasterio de San Pedro de Cardeña, Rodrigo Díaz de Vivar piensa en el botín primero que en la gloria.

El burgalés "conplido"

Hay un burgalés conplido en el cantar; Martín Antolínez se llama. A mío Cid e a los sos les da pan y vino que lleva Martín en su cabalgadura. Gracias al buen burgalés, los guerreros que han caído en desgracia del Señor Rey no se mueren de hambre por los caminos. Martín Antolínez es bueno, leal, honrado y valiente. Quiere a Rodrigo como merecen ser queridos los héroes por las almas puras e infantiles. El poeta del cantar cita una frase del burgalés conplido:

ya Campeador, en buena hora fostes nacido!

Por la noche yogarán, descansarán todos para abandonar el lecho de madrugada. No cura mucho Martín de las iras violentas del monarca. Confía en el que protege como en verdadero salvador. Al lado del Cid, el buen Antolínez medrará a la larga con el Rey:

si nom, quanto dexo no lo precio un figo.

[162] Salvador Rueda en la poesía que obtuvo la flor natural de los Juegos Florales de Salamanca (1909) titulada "Salamanca, madre nuestra".

Y el Cid abusa un poco del buen amigo por la pícara necesidad que le aprieta al cuello con toda suerte de cordeles. Y vuelve Martín a Burgos a engañar a Raquel y a Vidas, los judíos. Se descubre en los anales de nuestra picaresca el timo llamado "del portugués". Cargan los usureros con las arcas de avena, el buen Martín sonríe y Rodrigo, el que en buena hora nació, se adelanta unos cuantos siglos a aquel triste caso de nuestro señor Don Quijote cuando tiene que volver el caballero de la Mancha desde los campos de Montiel a aguantar las impertinencias caseras de Antoñita, la antipática sobrina, para que esta le provea de alforjas, de alimentos, de medias de punto y de cuantas provisiones son necesarias en la vida para que los caballeros caminen por ella sin tropiezo.

Gloria y botín

Los ojos en el cielo y los pies firmes, bien agarrados a la roca de la necesidad, he aquí la lección que se desprende de la lectura del cantar de las gestas de Rodrigo. La gloria, el nombre, halagan el corazón, pero Ximena y las hijas están en la tierra con necesidad, socorridas por unos monjes indigentes. ¡Gloria, si, pero provecho! Valemos cuanto tenemos. En la vida las gentes no saben ver el panorama de nuestras ideas y de nuestros sentimientos. La frivolidad ambiente no da valor a otras prendas que a las prendas de vestir, y son los sastres los encargados de hacer las reputaciones de los tontos que se encaraman sobre el pedestal de nuestro desprecio.

Gloria y botín. Oración para que las hijas casen y procurarlas yernos, aunque sean de Carrión, que ya habrá tiempo, si no son delicados con nuestras obras, de molerles a palos las costillas. Amistad con Martín, pero astucia para meterle en la aventura de Don Raquel y de Don Vidas. Lealtad de Martín a Rodrigo, pero esperanza en amigarse con el Rey, a la sombra del protector, cuando llegue la hora de la ventura.

El poema del Cid es el poema de Castilla. Y debiera ser también espejo donde las ansias de la mocedad se aquietaran y reflejaran. ¡Antoñitas: Moderad vuestro provecho, concediendo algo al corazón, que no se nutre sólo de esperanzas inmediatas! ¡Bachilleres, abogadillos, señoritos de casinejo de mi Castilla: Labrad en el trabajo vuestro amor! ¡Poetas, locos de atar, soñadores de la meseta: Rimad versos, muchos versos; conversad de noche con las estrellas; amad de todas veras a la mujer que os alumbra vuestro sendero; pero cultivad también, con vuestra contención, con vuestra formalidad, un pequeño huerto para que vuestra princesa no descienda de su trono!

La Semana Gráfica (28-04-1928)
El Sol[163] (03-09-1919)
La Esfera (20-09-1924)
Diario de Burgos (04-09-1919)

Camina Don Bueso

«A tierra de moros – camina Don Bueso...» ¿Recordáis el delicioso romance infantil? Lo cantan los niños en Asturias, a la sombra de las pomaradas; lo cantan los niños en Castilla, junto a los olmos polvorientos; lo recordamos los hombres –todos los hombres–; temblorosamente, cuando sufrimos un dolor y hemos agotado el crédito de las esperanzas:

Camina Don Bueso,
mañanita fría,
a tierra de moros,
a buscar amiga.

Don Bueso encuentra a la niña lavando en la fuente. ¡Oh, las manos de Rosalinda –¿nácar, rosa?–, jugando con las aguas tersas del arroyuelo! Y departe Don Bueso con la niña. Y la niña –trenza dorada, senitos incipientes, voz mimosa, ojitos azules– se confía al caballero. A la grupa montan entrambos, de retorno a las tierras de cristianos. ¿Dónde está la fuente que refleja la casita de la princesa? La mañanita es fría; el viento aulla de dolor sobre los barbechos; el aire corta como la hoja de un afilado puñal; el cielo tiene una transparencia cristalina, y en el cielo parece que tiemblan los resaltos y relieves del llano –una espadaña, el tejaroz de una casuca,

[163] En *El Sol*, *La Esfera* y *Diario de Burgos* su título fue «La sombra del Mio Cid».

una mata de lentiscos–. Los pueblos de la morería son hoscos y ceñudos. Revuelven sus odios en las gusaneras; las mujerucas de ojos refulgentes dicen canciones gritadoras y se revuelven en zalemas de falsía y de traición. ¿Tierras de Toledo, de Madrid, de Cuenca, de Guadalajara?

Montóla a caballo,
por ver qué decía;
durante diez leguas,
no hablara la niña.

La niña no habla en tierras que no son las suyas. Pero ya sale el sol por encima de los montes; los prados y los valles se cubren de verdura, y los yerbajos se cubren de recencio; vagan los ganados, sin pastores; mugen las vacas, triscan los corderillos y los recentales, las ovejas balan con un dulcísimo balido en la soledad. Y la niña, cautiva de moros, reconoce la tierra donde se criara. Y sus manitas palmotean gozosas, como pichones que tornan al palomar. Y en el lago azul de los ojos de la niña aparece una honda de deliciosa y risueña inquietad. Y respira con fuerza y con firmeza. Y sus senitos blancos y apretados se mueven y ensanchan, debajo del juboncillo, en aleteos de cadencia. Y su trenza de oro se confunde con el matiz de los rayos de la aurora:

Conoce la tierra
adonde nacía,
y dice gozosa,
con dulce sonrisa:
– ¡Oh, prados alegres,
donde, siendo niña,
mi madre, la reina,
sus paños tendía,
donde el rey, mi padre,
sus perros corría,
y donde mi hermano,
Don Bueso, crecía
en hechos de armas
y caballería!

La niña cautiva de moros es la princesa Rosalinda. Cautiva la hicieron los malditos; diez años la tuvieron lavando, lejos de sus padres, junto a la fuente. Don Bueso vacila y no sabe que creer; pero Rosalinda le muestra la rosa de su alcurnia que lleva en el pecho. Los hermanos se abrazan, y, cansados de reír y de besarse, lloran. En Palacio celebran el retorno de la niña con torneos y fiestas y juegos de cañas. La infantita casa con un noble y guapo mozo a los pocos días.

Pero Don Bueso, ¡ay!, no es feliz como su hermana. En busca de amor torna a caminar el caballero; de nuevo –a buscar amiga– prieta los ijares del alazán en el silencio y en la frialdad de la mañana borrascosa:

Partióse Don Bueso,
que partir quería,
y va caminando,
mañanita fría,
a tierra de moros,
a buscar amiga.

Y el romance concluye sin decirnos cuándo volvió, y con qué dulce carga en el alazán, y con qué alegría o con qué tristeza en el ánimo, el hermano de la princesa Rosalinda. Y los niños que ahora cantan el romance no se dan cata, porque no son hombres, de todo lo que calla este romance ingenuo de dolor y de melancolía.

Mediterráneo (12-05-1928)
El Adelanto (14-03-1925)
La Libertad[164] (18-07-1923)
El Sol (06-07-1919)
Hispana Esperantisto[165] (Julio 1919)

[164] En *La Libertad* y *El Sol* su título fue «Romances», y en *El Adelanto* «Glosa al romance de Don Bueso».
[165] En *Hispana Esperantisto* se publicó en esperanto con el título «Vojagas Don Bueso…» (O.C. Tomo IV, página 119).

Una embajada espiritual

Cuentan de un diplomático argentino, muy celebrado por su ingenio y perspicacia, que visitaba en cierta ocasión el palacio Farnesio con el menor de sus hijos. Los dos, padre e hijo, se detuvieron ante la famosa escultura *El hombre en marcha*, y el pequeño preguntó al autor de sus días:

– ¿Qué es eso, papá?

– Una escultura de Rodin.

– Pero observo –replicó el pequeñuelo– que la estatua carece de cabeza y de brazos. Y, bien; ¿quieres decirme lo que representa?

Y cuentan que el diplomático contestó sonriéndose:

– Eso, hijo mío, representa la diplomacia.

Traigo a colación la curiosa anécdota para hacer resaltar el hecho de que hoy, y en ciertas embajadas y con ciertos embajadores, la estatua de Rodin ya no puede ser el símbolo de aquellos pueblos y de aquellos hombres para quienes las relaciones diplomáticas no se limitan a un simple cambio de saludos protocolarios y de notas incoherentes sin sentido alguno. El embajador de Cuba en España, señor García Kohly, ha venido estos días a Sevilla a tomar posesión de los terrenos donde ha de levantarse el pabellón de su país en la Exposición Iberoamericana. Y artista exquisito, el señor García Kohly hace algo más que tomar posesión de esos terrenos: se apodera lindamente del alma de los sevillanos y de todos los españoles hablando en el Ateneo de los poetas de su raza, del mismo modo que realiza desde Madrid una de las acciones más inteligentes, que recuerda la historia de la diplomacia hispanoamericana en los últimos tiempos. El señor García Kohly, por lo tanto, no tenía que sincerarse de cofia alguna, ni hacer protestas de amor, venía a Sevilla como cubano, es decir, como un español más. Y así ha sido recibido.

La conferencia del señor embajador, que hemos oído con verdadero deleite en el Salón Lloréns, organizada por el Ateneo Sevillano, ha sido, sencillamente, la ofrenda espiritual más exquisita que podía regalarnos el orador.

La historia de la poesía en Cuba no puede ser en puridad otra cosa que la de las aportaciones de los matices espirituales cubanos dentro de la gran alma española. Esos acentos nos son bien conocidos. Gertrudis Gómez de Avellaneda, por ejemplo, figura por derecho propio en todas las antologías poéticas. Su mismo exaltado misticismo, ardiente, sensual, enraíza con las corrientes de la tradición mística española de nuestro Siglo de Oro. San Juan de la Cruz y Teresa de Jesús han de encontrar ecos insospechados de sus arrobos y deliquios, andando los siglos, en tierras ultramarinas. Hoy mismo yo no encuentro representante teresiano más digno de estudio que la poetisa uruguaya Juana de lbarborou, que tanto recuerda a la monja del Carmelo y a la poetisa de Cuba. El espíritu civil y ciudadano de otro gran escritor de Cuba, José Martí, hay que buscarlo también en la solera de la raza. El señor García Kohly, al evocar entre otras grandes figuras de su pueblo, estas dos, con su verbo cálido y su dicción justa y españolísima, realizaba la más alta política que le era dado realizar en aquellos momentos. Cuba, por su mano, entraba en Sevilla, vieja metrópoli de España y viejo camino de sus Indias, con todo su patrimonio de amor intacto. Y se realizaba este pequeño milagro, florecido por ser artista y poeta el representante de Cuba en la metrópoli de antaño.

La vieja escultura de Rodin no puede inspirar al señor García Kohly, como a su colega de la Argentina, un comento donoso, con sus puntas y ribetes de ironía. La diplomacia es hoy llana y sensible. Tiene los ojos bien abiertos y sus brazos están siempre en actitud de acariciar. El embajador de Cuba le ha dado también elocuencia cordial, y lo que vale más que todo: corazón…

La Semana Grafica (23-06-1928)

Comentario espiritual[166]

Fuente que mana y corre

Aunque es de noche bien sabe nuestro santito –Juan de la Cruz, el hijo de Catalina, la de Fontiveros– de la fuente que corre y mana. Está oculta la eterna fuente, y bien conoce nuestro

[166] Existe otro artículo, con el mismo título y similar contenido, publicado previamente en *El Adelanto* y *La Vanguardia* (O.C. Tomo I, página 76).

santito su manantial, aunque es de noche. ¿De dónde nace la fuentecica, quién la surte de aguas de cristal, quién mantiene su curso y aquel cantar de su chorro que se pega bien adentro en el corazón, y aquella sombra del álamo grande que está a su vera, y aquella luz líquida que eternamente envuelve a la fuentecica que mana y corre? El santito, en éxtasis, medita; bueno... no medita: sueña, ve cosas inmateriales, sin forma, pero con línea; sin volumen, pero en contorno. La fuente que mana siempre y que corre siempre, esa fuente donde todos hemos ido a abrevar con nuestros apetitos y con nuestras ambiciones, está oculta. ¿Y su origen? La fuente no tiene origen, porque todo el origen viene de la fuente.

¿Dónde está la fuente? ¿En el prado, en el soto, en la alameda, en el jardín? ¿Dónde está, la fuente que mana y corre? Toda la naturaleza es fuente para nuestro santito; las cosas fluyen, cantan, corren, murmuran; las cosas todas son líquidas y sonoras en el corazón de Juan. Él no ve la fuente, aunque es de noche, pero la oye cantar y la siente correr. Y la ve en sueños, y en ella calma su sed, y el verso fluye en su alma a chorros, traído por un manantial oculto. ¡El manantial de la fuente que mana y corre!

«Cosa bella es la fuente» –canta el poeta. En la fuente beben los cielos; la hermosura de la tierra es un reflejo de la hermosura de la fuente. La fuente no tiene suelo; «ninguno puede vadealla, aunque es de noche.» Pero se percibe de lejos, de muy lejos, desde una infinita lejanía, la fuentecica que mana y corre. Se percibe desde el valle, y desde el soto, y desde el monte, y desde el otero, y desde la ladera. Metidos en un barranco sentimos la fuente, y desde el prado la sentimos, y desde la colina; allí donde estemos sentiremos eternamente, eternamente, la fuentecica por su murmullo, que es un murmullo tejido de silencios de paz. Y la sentimos porque su claridad jamás se encuentra oscurecida, porque son criaderos de soles y de estrellas los chorros de la fuente; porque la fuente, sin origen, es manadero de luz para los ojos.

¡El manantial de la fuente que mana y corre! Aguas bien caudalosas son las suyas; son torrentera y son diluvio; arrasan vallas, caen bardales, tronchan árboles fuertes, descuajan y arrancan raíces, arrastran animales en su curso. No hay furor como el de las aguas de la fuente. Y se llevan el limo, y dan limpieza y decoro al paraje por donde corre, y el paraje queda para siempre tocado de su luz.

Escondida y oculta está la fuente, aunque de todas partes se la divisa, porque es la fuente de la luz. Y canta para llamar a las criaturas, y su canto se oye en toda la tierra, porque la fuente que mana y corre es la fuente del deseo y la fuente del amor.

Una estética de la intuición[167]

«Entréme donde no supe» –advierte el poeta–. Entróse donde no supo y le ocurrió una cosa singular: transcendía, intuía, conocía toda ciencia sin saber de cosa alguna. Plena ignorancia de lo relativo y plena intuición de lo absoluto. La ciencia le partió del corazón. Amor,

che a nullo amato amar perdura,[168]

le hizo, como al Alighieri, conocer todas las cosas sin conocerlas.

Entróse en un lugar desconocido nuestro Juan de la Cruz; entendió grandes cosas y no supo decir lo que sintió, aunque lo dijera después cantando. La ciencia que aprendió fue de paz y de piedad; conoció el camino recto de la soledad profunda; al unirse a las cosas eternas se apartó y desligó de las cosas temporales para siempre. Y quedó absorto, enajenado, privado de sentido. Su espíritu «entendía no entendiendo». Y balbució, balbució como un niño el divino poeta en éxtasis. Su saber es de metáforas, como todo saber. La imaginación, el arte de criar y de parir imágenes es la madre de la sabiduría, harto más fecunda que el menguado y seco raciocinio. Se crea imaginando y apenas se percibe la relación de las cosas por la razón.

A la noche «esclarece» una tenebrosa nube. Por eso toda claridad arranca del misterio. Con la razón se aprenden los conceptos verbalmente y en la cáscara, y con la imaginación se les da vida. En el sitio donde se ha entrado el poeta, sin conocer dónde está, todo saber anterior se le antoja saber bajo:

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder
que los sabios, arguyendo,
jamás le pueden vencer.

[167] En *La Esfera*, *La Publicidad* y *El Sol*, este pasaje se denominó «Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación».
[168] *"[Amor,] ch'a nullo amato amar perdona"* ("[Amor,] que a nadie amado amar perdona") Dante Alighieri. *Inferno*, canto V.

Los argumentos de los sabios no pueden destruir este «saber no sabiendo» del frailecito iluminado. No es de este mundo su ciencia, compuesta de «lances de amor». Cuando en el suelo «queda falto» alientos y fuerzas le presta su entendimiento para dar «alcance a la caza». Y vencido, enamorado, rendido de emoción y de fatiga de amar, este dulce poeta dice toda su sabiduría cantando como los jilgueros, cuando el alba asoma por los sotos y oteros de su corazón.

La Semana Gráfica (07-07-1928)
El Noroeste[169] (22-07-1926)
El Luchador (22-07-1926)
El Pueblo (23-07-1926)
La Esfera (29-12-1923)
La Publicidad (27-06-1922)
El Sol (20-05-1919)
La Libertad[170] (11-11-1913)

Al margen de Antonio Machado

La calle en sombra.

Ha nacido Antonio Machado, como sabe el lector, en Sevilla. En el palacio de las Dueñas, de la casa de Alba, ha pasado su niñez el poeta. Siempre recordará su patio de la niñez con limoneros y en sombra. Después marchará a Madrid y recorrerá los pueblos inhóspitos de Castilla, sin olivos, sin limoneros en flor y sin naranjos. Antonio vivirá los años de su madurez en Baeza, en Soria, en Segovia. Amará a una pobre niña; casará con ella; le dejará –pronto, muy pronto– soledad en la alcoba y frío en el corazón. Tornará a caminar solo, melancólico y descuidado, por la vida el querido Antonio.

Otro viaje de ayer
por la tierra castellana,
¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la Muerte un día!
¡Mano fría que aprietas un corazón![171]

Y se va quedando tan solo el pobre Antonio que nunca más sabrá, si está con él o si va a solas viajando con él mismo por la vida.

Pero aunque vaya muy lejos el poeta no se apartará nunca demasiado de Sevilla. Ante una calle sevillana en sombra acabo de recordarle ahora. Es el momento del atardecer. Los caserones altos ocultan y tapan «el sol muriente»; en los balcones –balcones de Sevilla– quedan «ecos de luz».

¿No ves en el encanto del mirador florido
el óvalo rosado de un rostro conocido?[172]

¿No he de verlo, amigo? En la calle solitaria y moruna de tu ciudad, Antonio, se apaga el rumor de mis pasos, y con él las lumbres del trasunto.

Y la angustia que a ti te invadiera algún día invade también mi corazón en esta tarde de Junio, bochornosa y ardiente. ¡Ay, no! No es de ella el óvalo rosado del rostro que asoma en el mirador con flores de la calle solitaria y sevillana. Ella está muy lejos, y el vivir la ha tapado el soñar. ¡Yo sé, como tú, que no es ella, Antonio!

No puede ser... Camina. En el azul la estrella...[173]

[169] En *El Noroeste*, *El Luchador* y *El Pueblo* se publicó bajo el título global «Una fuente y unas coplas».
[170] En *La Libertad* el título de este artículo fue «Del santo poeta», y en él, el epígrafe «Fuente que mana y corre» se tituló «La fuente de San Juan», mientras que «Una estética de la intuición» lo hizo como «Un éxtasis contemplativo»..
[171] Antonio Machado. *Campos de Castilla*. "Otro viaje", XXXI.
[172] *Soledades*. "La calle en sombra", XV
[173] *Ibidem*.

Estrellita de la noche que dejas polvo de luz en tu carrera por el espacio. ¡Ella no podrá verte tampoco! Caminemos, caminemos siempre, por Sevilla o por el desierto, mientras nos pesa y duele el corazón.

Saeta.

Saeta. Saeta en Triana. Vía ancha y rumorosa de Sevilla, Mujerucas cobrizas de roja flor al pelo en la puerta de los corrales. Luz de amanecer, con reflejos metálicos, en la noche. Cristo del Cachorro. Gitanos. Y el cielo, que es espejo del río, que no el río espejo del cielo, como sucede en todas partes menos en Sevilla.

Saeta. Voz de cristal que quiebra la placidez de la noche. Plegaria que necesita del canto, y del ritmo, y del gesto, y de la palabra justa para salir. Saeta.

¡Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía
que echa flores
al Jesús de la Agonía
y es la fe de mis mayores![174]

Saeta, saeta sevillana que asomas una lágrima a mis ojos y pones un dogal de hierro en mi garganta. Saeta que haces, en el paroxismo de tu dolor, blasfemar a Antonio, el santo:

¡No, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero,
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar![175]

¡Pero yo sí, poeta, yo sí! Yo quiero más a ese Jesús del madero que a ningún otro Jesús. El mío –como el tuyo también– es el Cristo del Gólgota, el del sacrificio y el de la expiación. Precisamente por lo que la expiación tiene de inútil, por lo que el sacrificio tiene de estéril para el hijo de María. Y como tu pueblo andaluz lo sabe por intuición, todas las primaveras se vale de la escala de su saeta para subir a la cruz y acompañar al mártir, que necesita renovar su martirio todos los años para que los hombres no se olviden de Jesús del todo.

Si yo fuera un poeta...

Si yo fuera un poeta, como tú, Antonio, cantaría un cantar de agua y de nieve a esta sevillana que pasa. Es alta, rubia, grácil, linda, delicada, esbelta. Tiene el ritmo de la palmera y la majestad del pino. Se toca con mantilla y peineta altas, a la sevillana, y viste de negro de los pies a la cabeza. Sonríe y calla al pasar. En sus ojos azules hay –tú lo sabes–todo un mundo en flor. Hay toda una niñez perenne que nos transporta a la nuestra y nos lleva, ya hombres, a lo largo de los años y de nuevo, a los brazos de la madre.

Si yo fuera un poeta
galante cantaría
a vuestros ojos un cantar tan puro
como en el mármol blanco el agua limpia.[176]

Y mi cantar sería puro, y nuevo, y niño. Tal vez no tuviera ni palabras mi cantar. Nada pediría a los ojos azules de esta sevillana que pasa, camino de San Lorenzo, de contarle sus cuitas, sólo con los ojos, al Jesús del Gran Poder. La diría que me dejara sorber siempre, siempre, la buena luz tranquila de sus ojos azules e infantiles; que me mostrara la senda clara por donde ella camina siempre; que me dijera en qué hora misteriosa presta su color al cielo y su resplandor al alba; que me enseñase en secreto a qué hora las alondras van a decirla sus canciones por la mañana.

Y en una estrofa de agua
todo el cantar sería.
Ya sé que no responden a mis ojos,

[174] Antonio Machado. *Campos de Castilla*. "Saeta".
[175] *Ibidem*.
[176] Antonio Machado. *Galerías*. "Si yo fuera un poeta"

que ven y no preguntan cuándo miran,
los vuestros claros, ¡vuestros ojos tienen
la buena luz tranquila,
la buena luz en flor que he visto
desde los brazos de mi madre un día.[177]

La Semana Gráfica (08-09-1928)

Leyendo a Leopardi

Amaro e noia la vita…
("Leopardi-*A se stesso*")[178]

¡El hastío de vivir del dulce poeta de Recanati[179]! ¡El hastío de ser yo, siempre yo, eternamente yo, con mi carne y con mi sangre, con mi espíritu y con mi tristeza, con mis remordimientos que siempre me punzan, y con mis esperanzas que jamás se logran! ¡El hastío terrible de la permanencia, de la eternidad de mi conciencia en torno a lo efímero y a lo accidental! ¡La tragedia de mi pensamiento que cuanto más bucea más deja de bucear, que cuanto más sabe más ignora! ¡El ritmo de mi corazón que ama lo inaprehendible [sic], lo incoercible, lo inlograble, lo quimérico y lo absurdo! ¿Comprendéis? Tomar un sendero es renunciar a los demás senderos. Amar a una mujer es renunciar al amor de las demás mujeres. Consagrarse a una disciplina es condenarse a ignorar todas las demás. Limitación de cerebro, limitación del esfuerzo, limitación del resultado. Hombres, llevamos en nuestra humanidad la cadena de nuestra limitación y los grilletes de nuestra servidumbre.

Leopardi, enclenque, enfermo, jorobado, deformado por los libros y por la soledad, maldice y blasfema de su suerte. A la edad de los besos él se abisma en el estudio. Cuando debe entablar relación con unos ojos parleros y mirar a través de ellos lo infinito, se enfrasca en los clásicos griegos y latinos. No conoce la edad del amor y comienza su vida con la edad del conocer. ¡Pobre poeta! "¡Descansa para siempre, dolorido corazón mío –gime entre sollozos–, descansa para siempre! Pereció mi esperanza en el último engaño. He apagado los deseos y las esperanzas de las ilusiones queridas. ¡Descansa para siempre, corazón!"

¿Para siempre? ¡Pero si el corazón no descansa nunca, nunca, condesito! El corazón jamás "palpita demasiado" por fortuna. Sobre el solar de las ilusiones perdidas fabrica sus edificios de esperanza el corazón. El tuyo, el mío, todos los corazones. Porque la limitación no reza con él. A mayor dolor, más capacidad de amar. Con el uso no se desgasta el corazón: se engrandece. Vendrán días amargos, negros; se nos caerán las alas en el fango y en el estiércol de las pasiones; olvidaremos a Dios. ¡No importa! Los hechos buenos son fecundos siempre. Cada minuto de amor es una eternidad, porque el corazón no tiene tiempo. Y cada latido de él es una vibración del Universo.

¡Bah, bah, poeta, no me convences, que soy cristiano! "¡Ya latiste demasiado, corazón! –exclamas–. Tus latidos ¿quién, qué cosa los merece? La tierra no es digna de suspiros. Amargura y hastío es la vida y es fango el mundo. ¡Aquiétate! Desespera por última vez. El hado que nos rige no nos hizo más presente que la muerte. Hoy te desprecio a ti, a la naturaleza, al feo poder que impera oculto, procurando el común daño y la infinita vanidad de todo".

¡Cómo te duele la terrible joroba dentro del corazón! Te duele tanto que la has convertido en malestar cósmico, porque en tus horas de dolor no has acudido al Cristo. Tu esterilidad te corroe dentro de las entrañas, poeta. Un hijo, ¡cómo te hubiera redimido!

Porque ellos nos enseñan que nuestra vida no es sino un puente entre la tradición y lo venidero. Cuando nace un hijo, la noción del hastío no tiene razón de ser. Se puede morir, se debe morir, se muere a gusto, cuando ya vivimos en otro nuestra vida Y, paralelamente, morimos en vida, somos los cadáveres de nosotros mismos, restos, piltrafas de nuestro ya pasado y ¡ay! de nuestro yo presente, cuando el hijo se nos va y se trueca en polvo y naufraga en el mar del olvido eterno.

[177] *Ibidem*.
[178] "Amarga y pesada es / la vida" *A se stesso* ("A sí mismo"). Giacomo Leopardi.
[179] Municipio italiano ubicado en la provincia de Macerata en la región de Marcas, ciudad natal del poeta Giacomo Leopardi y sede del Centro Mundial de la Poesía.

Y tú ¿qué sabes del dolor, poeta?

Tu dolor es teórico, imaginario, lírico; casas a tu hermana Paulina, que muere soltera; te debates con la barrera de "la infinita vanidad" porque no has conocido realmente el supremo dolor: el de la muerte de ti en los demás.

El dolor grande, el insondable, es enemigo del hastío. Lloras, enmudeces porque no hay palabras para decirlo, te revuelves, se encabritan tus entrañas, se acorchan tu cabeza y tu corazón y... blasfemas. ¡Sí! ¡Blasfemas! En aquel momento, Dios te sonríe y te perdona. Todo pasa. Nada queda. Detrás de tu muerte hay un nuevo nacimiento. Con los últimos hielos del invierno coinciden los primeros brotes primaverales. Y te resignas y aquel día, tú, hombre, eres semejante a Dios.

Solamente aquel día. Lo que te ha embrutecido y encanallado el hastío, te ha purificado el dolor. ¡Y solamente, ante tu hijo muerto, ante la piltrafa de ti mismo, de tu apetito, de tu lujuria, convertida en gusanera, aprendes a resignarte y a bendecir tu limitación!

¡Y el dolor de tu corazón se torna, dulce poeta de la melancolía, gracias al Cristo y a su cruz, en placidez infinita, en infinita serenidad!

El Adelanto (22-09-1929)

Los dos burladores[180]

De los dos burladores castizamente españoles, el de la leyenda y el de la historia, don Juan Tenorio y don Miguel de Mañara, quedan en Sevilla, su patria, natural e histórica, respectivamente, huellas muy diversas y ecos muy encontrados y contradictorios. Del hijo de don Diego nadie se acuerda ya en Sevilla; cuando Federico Oliver ha querido matarlo echando sobre él libros y más libros de Gregorio Marañón, de Ramón Pérez de Ayala, de Moliére, de lord Byron, de Zorrilla, estaba el hombre con un pie en la sepultura; apenas si una calle de segundo orden, cerca del Osario, recuerda su nombre. Luego no hay modo de que los eruditos de hogaño sitúen la escena del sofá en Tablada, ni de que haya suerte humana de emplazar la casa de doña Inés en cualquiera de las vías, estrechas y pintorescas, de la ciudad del Guadalquivir. A don Juan le ha matado la generación actual de jóvenes luises[181] y upetistas[182]. Hoy no se pesca a las hembras, porque son las hembras las que pescan a los novios a la vera de los perritos de lanas. El flirt de la mocedad actual no requiere ni sofás ni cámaras secretas para sus expansiones. El amor está vigilado por el escalafón y por la cautela. Don Juan es hogaño uno de esos maridos de cuota que vive del patrimonio de su costilla, y que no se arriesga jamás a regalar bolsas con doblones de oro a las terceras que median en las conquistas. Los castigadores se han tornado castigados. El donjuanismo lleva faldas y sostenes, y los varones se limitan a catalogar sus preferencias. Dígase lo que se quiera, Rodolfo Valentino y don Juan Tenorio son incompatibles en el mismo tablado de la farsa. El cine, el fútbol y hasta el lalandismo[183] en los circos taurinos han venido conspirando contra don Juan hasta que le han retirado de la circulación. No es que haya muerto don Juan, porque es inmortal como el mito que le engendró, con estos o los otros nombres, en todas las literaturas y en todos los pueblos; lo que sucede es que malvive y que anda arrinconado y mustio el pobre. El viejo don Juan que vio Papini en una cervecería de Florencia riendo amorosamente y tratando de pagar las cañas con doblones de oro de 1620, que ya no admiten los camareros, se ha casado casi octogenario con su propia ama de llaves. Y sale de higos a brevas a orearse porque sus disponibilidades financieras son harto precarias, como su salud. Se arropa en su pañosa, requiere su bufanda, calza mitones en las manos, tose y desaparece rápidamente de nuestra vista.

En cambio la figura del burlador don Miguel de Mañara y Vicentelo de Lecca está, cada día más viva en el corazón de los sevillanos. Si don Juan era un macho, nada más que un macho, cosa que está, a la altura de cualquier garañón de precio, el caballero Mañara, al que la Igle-

[180] Sánchez Rojas público otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, en *La Voz de Guipúzcoa*, que se reprodujo también en *El Pueblo*, *El Noroeste* y *El Luchador* (O.C. Tomo IV, página 274).

[181] Congregación de jóvenes, bajo el patronazgo de San Luis Gonzaga, activos en la defensa de la iglesia católica y comprometidos con las necesidades sociales de su época.

[182] Perteneciente a la Unión Patriótica (UP) partido único bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

[183] Se refiere a partidarios del torero Marcial Lalanda, que además de buen torero era gafe, ya que fue el que más compañeros vio morir en el ruedo.

sia ha hecho ya venerable, y beatificará y canonizará cualquier día, para elevarle a sus altares, es nada más y nada menos que todo un hombre. Goza de la mujer, pero la ama además. No pregona en carteles sus conquistas ni lleva cuenta de las rendidas a sus encantos. Le basta una corazonada, un aviso de la Providencia durante uno de sus devaneos nocturnos en las calles sevillanas para acordarse de que la hombría y el sexo residen también en la cabeza y en el corazón. Le dicen una noche que detrás de una aventura amorosa con una mocita de buen ver se esconde una celada, y el hombre arroja el bolso de oro que lleva a la primera mujer famélica que encuentra al paso y se retira a su casa. Sevilla está llena entonces de mendigos, de delincuentes y de aventureros. Don Miguel regala todos sus bienes a estas gentes y les da comida y lecho. El ardor que ha puesto antes en el amor a la hembra, el mismo ardor, lo pone ahora al servicio de sus hermanos los hombres. Crea el hospital de la Caridad, y él mismo lo dirige y lo administra. De noche recoge cadáveres y enfermos, y perseguidos de la justicia de los hombres, y los pone a buen recaudo. La casa de Mañara es pronto el asilo y el refugio del dolor. A nadie se pregunta por su procedencia, pero a todos se les consuela y se les conforta. La casa de la piedad es también relicario del arte y de la belleza. El hombre que no ha temido al amor no teme tampoco, naturalmente, la muerte. Valdés Leal y Murillo son los intérpretes del estado de alma de don Miguel de Mañara. Y la caridad de Sevilla se hace viva y humana, y florece como el rosal que hay en el patio de la casa.

El alma de Sevilla es la misma alma de Mañara. Su fundación, la obra sevillanísima por excelencia. Tiene allí la beneficencia un gesto de comprensión, un perfume de ternura, que no se advierte en ninguna otra ciudad del mundo. El libertino de ocasión es siempre un místico, y el viejo trotacalles sevillano es el caballero santiaguista, cuyo cadáver descompuesto pinta años después Valdés Leal, comido de los gusanos en su caja de muerto, con su cruz roja al pecho y su espada, maravillosamente cincelada, al cinto. Y el hombre que se llama "el más miserable de la tierra" trueca las armas del orgullo por el cayado de la humildad. Don Miguel de Mañara del que algunos han pretendido extraer la figura literaria y teatral de don Juan Tenorio, vive, y la fábula muere... El amor que no se desparrama sobre todos los humanos y sobre todas las cosas, ni supo nunca de mujeres ni fue tampoco amor de calidad.

El Heraldo de Madrid (02-11-1929)

Escuelas literarias

Un estudiante salmantino que parece discreto y avisado, propone recientemente, en las páginas de El Adelanto, que se cree una escuela literaria en nuestra ciudad. Servirá, nos dice, de aprendizaje y de iniciación para las aptitudes literarias. La Escuela cuenta ya, a lo que asegura su panegirista y propulsor, con escolares entusiastas y hasta con maestros y doctores que orientarán los futuros humanistas en [su] labor. ¿Me permite el señor Gómez Málaga que eche un jarrico de agua fría sobre sus entusiasmos juveniles? Aparte de que en Salamanca no se crea ni se creará cosa alguna que no vaya bien acompañada de su cohorte de dietas y subvenciones y emolumentos y vaya bien seguida de su correspondiente Comité paritario, esa Escuela no tendrá eficacia alguna como vivero de literatos. Se nace escritor como se nace linfático o sanguíneo. Una Escuela literaria no fabrica humanistas del mismo modo que un Instituto de Belleza no fabrica mujeres guapas.

Se nace escritor y se escribe por instinto, primero, y por vocación, después. El escritor escribe por una necesidad superior a su misma voluntad. En él la cuartilla, la tinta y la pluma, son achiperres de primera necesidad. Es un menester orgánico y un menester espiritual a la vez. El provecho que puede derivarse, es en el literato de raza, cosa secundaria. Escribe por escribir como el pájaro canta por cantar. La cultura puede avalorar ciertas facultades, pero no crearlas. Se aprende a escribir… escribiendo. La técnica viene sola con la costumbre. Si el escritor tiende a decir lo más sencillamente que puede lo que tenga que decir, pronto se irá adueñándose de los secretos del oficio, que son, al fin de cuentas, el externo de la sencillez y el interno de la emoción.

Pero la belleza no la dan los libros, ni los maestros, ni la cultura. Las disciplinas gramaticales y retóricas se ven implícitas en el buen gusto. Se puede digerir perfectamente sin saber fisiología y nos damos cabal cuenta de que nos duele unas ¡partes! determinadas del cuerpo, sin que sepamos la anatomía de esa parte dolorida. Para producir una emoción que se transmite al que

lee, hay que vivirla. Para vivir, no creo que hagan falta Escuelas. Puede y debe haberlas –eso es otro cantar– para los escritores ya hechos que necesiten una cultura especializada. Para el literato en embrión se me antojan del todo inútiles. El instinto y la vocación literaria la dan los dioses... o el demonio; pero jamás la práctica escolar. No puede haber una cátedra de hacer versos, porque al señalar el tema, se fuerza y se tuerce la inspiración natural. No se puede enseñar a fabricar un artículo como se fabrica un buñuelo. Y la cultura se adquiere personalmente o no se adquiere. Eso es cosa del escritor. Pero en la Escuela no reforzará sus cualidades naturales si carece de ellas, y si las tiene, ya lucirán por sí solas, criándose silvestre, en la libertad y en el silencio.

Deje esa Escuela para mejor ocasión el señor Gómez Málaga. A su edad, échese novia; una o varias. Viva intensamente su vida en la clase y fuera de la clase. Ya le visitará la alegría, y con mayor frecuencia, el dolor. Viva primero. Y un día, sin saber cómo, escribirá lo que ha vivido. Sus páginas, aunque él no lo pretenda ni se de cata de ello, serán su embozada biografía, la reacción de su espíritu contra el medio. Sin saber cómo, volcará su espíritu en el papel y dirá lo que quiera como quiera decirlo. Para aprendizaje, loe, en prosa y en verso, los ojos y el palmito de su novia. Por ahí se empieza. Después… ¡ah! después, cuando haya logrado vencer las dificultades del oficio, se habrá arrepentido de haber sido un simple histrión y nada más que un simple histrión. Yo creo que en toda República bien organizada debiera desaparecer este oficio de escritor. Es preferible dar patadas a un balón o vender lentejas y patatas. No crea el señor Gómez Málaga en el romanticismo de las mujeres. Los poetas y los escritores no van a parte alguna. No tiene importancia que la firma de uno sea conocida del público, sino de un Banco. Igualmente, una mujer prefiere los cheques a los autógrafos. ¡Cosa razonable que los humanistas –gentes limitadas– no saben, ni quieren, ni pueden comprender!

El Adelanto (08-12-1929)

Diálogo de las lenguas

Si yo fuera rico repartiría, como recuerdo de las fiestas de confraternidad celebradas en Barcelona el domingo pasado entre intelectuales de Cataluña y de Castilla, aquel discurso que pronunciara Maragall, cuando tomó posesión de la presidencia del Ateneo de Barcelona, "Elogio de la palabra"... ¿Recordáis? Palabras más sencillas, más puras, más henchidas de emoción y al mismo tiempo de eso que los catalanes llaman "seny", han salido pocas veces de labio humano. "Veis al hombre en su silencio –exclama el poeta– y os parece nada más que un animal, más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, muévense sus labios; vibra el aire en una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa inmaterial desveladora del espíritu: la idea". Todos los sonidos materiales, los mismos de la Naturaleza, por bellos y sonoros que sean, apenas si dejan como poso y como estela una gran vaguedad sentimental. Y... "bastará con que un niño pequeño, que apenas se hace oír, diga suavemente: ¡Madre!, para que, ¡oh, maravilla!, todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de nuestras entrañas". Y apenas si se trata de un suave, de un leve, de un imperceptible movimiento del aire. Pero eso responde –prefiero emplear las mismas palabras del poeta de San Gervasio– a la viviente variedad de las cosas y suscita lo infinito, con su aleteo en nuestras entrañas, una idea que es una emoción y una emoción que es una idea.

En la palabra se encierra toda la luz del mundo. Así deberíamos hablar, como encantados, pero solamente cuando tuviéramos algo que decir. Las palabras son ripios y cascotes de ideas cuando no expresan nada. Vamos perdiendo el sentido de la nobleza y de la santidad de las palabras. Solamente cuando nuestro espíritu sabe estremecerse ante la inquietud de la expresión, deberíamos mover la lengua. Es que entonces las palabras "brotan como flores en primavera". Los enamorados hablan así en perfecta floración. Las palabras no suelen ser en ellos más que el reflejo de su silencio. Cualquiera palabra, por trivial que sea, que brota de su lengua, está henchida de sentido, porque se creó entre miradas y en el parto fecundo de la inquietud. Y los poetas hablan así también. ¿No recordáis aquellas sabrosas palabras de Josué Carducci sobre la rima generadora? ¿Es el ritmo el padre de la idea? ¿Es la idea la que engendra el ritmo? Las palabras vivas son las fuentes de las cosas, las que les dan su matiz y el puesto que ocupan en el Universo y en nuestro espíritu. Y así hablan los pueblos cuando hablan su lengua natural.

¡Qué bien habla el pueblo siempre! ¡Cómo dice lo que quiere decir! Pastores y marineros son siempre poetas, porque nunca se expresan vanamente.

Para Maragall los hombres se entienden solamente cuando no hablan entre sí con una lengua forzada y aprendida. A lo sumo, pueden ponerse de acuerdo en las cosas de superficie y de trivialidad, pero nunca en las cosas de la vida del espíritu y de la libertad. Cada tierra, cada lengua, cada pueblo, da a sus palabras todas, un sentido sutil, inefable y en puridad, inaprehensible, que no puede traducirse siempre en toda su pureza y en toda su frescura. A los demás pueblos, a las demás lenguas, a las tierras que son de otro pueblo y de otra lengua, esas palabras llegan ya muertas y sin el soplo creador que las formase en el corazón y en los labios de los hombres que las emplean. Para entenderse unos y otros, hace falta que las palabras no suenen solamente hacia fuera, sino que conserven toda su luz al penetrar en el espíritu. Y los hombres seremos verdaderamente hermanos ante el espíritu único, que hace que las palabras suenen "diferentes en la variedad misteriosa de la tierra".

El "Elogio de la palabra", de Juan Maragall, es, en los días que corren, la mejor oración que puede brotar de los catalanes y de los castellanos conscientes que quieran llegar a una inteligencia cordial, bien limpia de equívocos y de confusionismos. Si Castilla quiere entender a Cataluña, es preciso que, ante todo y sobre todo, la deje hablar en catalán. Si Cataluña pretende hermanarse con Castilla, es preciso que no la confunda con la burocracia al uso y que no olvide que la sombra de Casanova fue precedida cronológicamente por las de Padilla y Bravo. Todos hemos padecido de las mismas violencias y Castilla ha sufrido la más dolorosa mistificación histórica que conocemos: la confusión de su espíritu con el de los flamencos que vinieron a turbarla y a robar los doblones de sus arcas concejiles. Lo que pasa es que el problema se plantea hoy de modo distinto. Mientras Cataluña necesita un trato regional, Castilla tiene bastante con la libertad de sus Concejos, que es, a la larga, el rescate de su tierra y el goce de su pan. Pero el diálogo ha comenzado y es de esperar que continúe. La simple afirmación de que Cataluña tiene derecho a emplear su lengua, no basta, sin duda alguna, para la inteligencia entre el litoral y la llanura. Junto a una lengua hay un derecho y hay un pueblo que tiene también su sentido histórico y sus inquietudes colectivas. ¿Habrá llegado el momento de resolverlas amigablemente? Es posible si dejamos a los catalanes que se expresen con toda libertad. Un diálogo amistoso supone precisamente la mayor franqueza. Y no podemos olvidar la de Cataluña tendiendo la mano a los escritores que, en los días amargos de la dictadura, expresaron la convicción de que les asistía el derecho –y deber– de expresarse en su lengua. Despacio se va lejos... Esa afirmación implica otras muchas, indudablemente, aunque no tan apremiantes ni tan elementales en los pueblos que quieren vivir de las normas del derecho y de la equidad.

El Adelanto (09-04-1930)
La Voz de Guipúzcoa[184] (29-03-1930)
El Luchador (29-03-1930)
El Pueblo Gallego (30-03-1930)
La Publicidad (06-04-1930)

[184] En *La Voz de Guipúzcoa, El Luchador* y *El Pueblo Gallego,* su título fue «Catalanes y castellanos»; en *La Publicidad* se publicó bajo el epígrafe «L'Elogi de la paraula»

CRÍTICA MUSICAL

Crónica ligera

El señor don Antonio Diez, Alcalde de Salamanca, es una persona amable y simpática.

Yo no sé si habla bien; sé solo que es hombre de grandes alientos y hermosas iniciativas. Con eso me basta. Ha dado permiso para que los organilleros salgan por esas calles de Dios, tocando el tango del «Cangrejo»[185], «La Alegría de la Huerta» y otras piezas alegres y divertidas. La primavera llega tarde y en este dichoso mes de los atentados, hace frío, sopla el aire que es un placer, y los organillos tocan.

¿Creéis que no influye el calor o el frío en los pianillos que tocan el tango del «Mozo cruo» ¡Sí, vaya si influyen! En esas mañanas deliciosas en que pían los pájaros, abrasa el sol y se sale a cuerpo, es un cuadro bonito eso de oír, en la Plaza Mayor, las alegres notas del tango antimaurista. Los chiquillos, horteras estudiantes y las cocineras guapas que no tienen nada que hacer, acompañan con el canto, inconscientemente, aquellas coplejas maliciosas y no es difícil escuchar a un muchacho estos versos que ponen foscos a los municipales por la divina ley de la solidaridad:

Aquí está un pobre guindilla,
De los pocos caballeros,
A quien no ha tocado nada,
Del millón del cantinero.

———

Siempre p'atrás, siempre p'atrás
tu lo verás, tu lo verás.
……

¡Y luego escriben por esos periódicos de Dios, señores tiesos y formales esas cosazas de que el Himno de Riego es música celeste y el tango cangrejil pretexto de Empresas para hacer cuartos!

¡Mentira! Sí, señores. Eso es mentira. Mientras haya en el mundo cocineras guapas que tomen el pelo, musicalmente, a D. Antonio Maura y al Sr. Sánchez Guerra, esas predicaciones del orden, del gobierno de la nación, y de la buena administración, no entrarán en el corazón del pueblo. Por eso aplaudo al Sr. Díez, nuestro flamante alcalde. Sin quererlo, hace política antigubernamental. ¡Esos permisos a los organilleros pueden traer la ruina a las familias!

El Diario (28-04-1904)

[185] Canción de la zarzuela *El mozo crúo* estrenada en 1904. La obra fue prohibida, multados los actores y encarcelados por el gobierno. El *Tango del cangrejo* se hizo muy popular. Los primeros versos decían: Cuando Dios crió el cangrejo / dijo, por lo estrafalario, / tú serás siempre la pauta / del partido reaccionario… Los versos citados por Rojas no pertenecen a la zarzuela a excepción de "Siempre p'a atrás / tú lo verás.". Tal vez fueron inventados por él para eludir la censura del gobierno Maura.

"El final de don Álvaro"

Como de costumbre, los críticos musicales han tocado el violón con motivo de la nueva ópera de Conrado del Campo. En este Madrid se gana la gloria por escalones, poco a poco, suavemente, a fuerza de humillaciones y de aguante. Nos pasamos tres años de distinguidos, de segundos tenientes de la milicia; el paso a capitán, esto es, a culto, agudo, intencionado, profundo o remoquete por el estilo, dura menos, seis meses. Luego, de comandantes, brotan admiradores en provincias. En teniente coronel y coronel se corre pronto la escala. De generales, no se desciende nunca. Doña Emilia, capitana de la cuarta región, es eximia; don Benito, el maestro; Jacinto Benavente, el colosal, el único; de don Felipe Trigo –don Felipe Jiménez se murió– han dado en la flor de decir que es el maestro de la Vida, así, con v grande.

Volviendo a mi cuento, diré que Conrado del Campo es segundo teniente, Lleó entra más en los oídos. Chueca en el cuerpo y Vives en las ajenas partituras, Conrado del Campo debe limitarse, pues, a componer cosas que halaguen los oídos de los horteras y de los señoritos con buena voz. Pero eso de atreverse a escribir una ópera, pasa de castaño obscuro y los señores críticos musicales tenían que poner chinitas en el camino.

Lo que no obsta para que *El final de don Álvaro* sea una obra, y no lo sea –qué sé yo– *Margarita la Tornera*. Hay una canción de siega en la ópera, de recia estirpe castiza, perezosa, plástica, que entra en el alma como vinillo de Jerez en el gaznate. Tiene la ópera un himno al sol, valiente, rico de color, brioso, pujante, que demuestra qué grande es el espíritu y el talento del joven compositor. Tiene, por fin, *El final de don Álvaro* una plegaria que, naturalmente, no puede encajar en los oídos de los críticos que conciben la música castellana... traducida del italiano.

Pero correrán las escalas pronto. Y para entonces se le adjetivará a Campo, poniéndole en el cogote, con pinzas, un remoquete, como a los bicharracos del museo. Y así va el mundo...

El Adelanto (24-03-1911)

Amalia Molina y los cantos charros

– ¿Cómo está usted, Amalia?

Y estrechamos cordialmente la diestra de la graciosa coupletista.

Amalia tiene una memoria feliz.

– ¿Y EL ADELANTO? ¿Todos los amigos? Tengo un gran placer en estrechar su mano.

Hablamos de Salamanca. Yo la felicito por haber importado las canciones charras en este Madrid del garrotín y de la polka. Ella está muy contenta; el empresario más contento que Amalia. Brillan de gozo los ojos expresivos de la menuda mujercita.

Me habla de sus triunfos. En la Habana ganó mucho dinero. La campaña de Méjico también fue muy hermosa. En Salamanca ¡ah!, en Salamanca, en aquel Liceo, a las siete, la escuchaba un público de señoras, de chicas guapas, un público suyo, a quien no olvidará nunca Amalia. Habla con sinceridad la graciosa sevillana. Yo la escucho embelesado. La escuché infinitamente con más interés que a un farandulero cualquiera de nuestra política.

– Y usted, ¿cómo le va por Salamanca?

Y la he dicho que me he ido desganando, poco a poco, de la ciudad querida. Ya me son extraños sus estudiantes. Ya pregunto, al pasar por la plaza Mayor, quién es una muchacha que me gusta. ¡Este Madrid nos absorbe tanto! Y como ella al recordar a Salamanca recuerda a su público, así también yo, al recordar aquello, recuerdo mi adolescencia, mis maestros, aquellas aulas de la vieja Escuela donde quedaron tantos jirones de ensueños míos.

Y me he despedido de la bella actriz que ha cantado canciones charras. Trae un telón con la plaza. ¡Con la plaza!

Y en el Príncipe Alfonso, mientras un público frívolo se disponía a descargarse de la digestión dando voces, el cronista, desde un rincón, recordaba días lejanos y luminosos que luego le han ido desquitando la vida en otros anubarrados y tristones.

El Adelanto (13-04-1911)

La crítica musical

Si los que escriben sobre música hubieran leído el bellísimo estudio del crítico bohemio Eduardo Hanslick sobre la Belleza musical, no incurrirían en los errores en que incurren y no estamparían los dislates que suelen estampar. ¡Estamos en vísperas de la apertura del Real y en esos periódicos de Dios se dice cada cosa...! "En las más insignificantes elucubraciones musicales –escribe agudamente Hanslick– donde el microscopio más potente no describiría cosa alguna, hay gentes que ven una Noche de verano en Noruega, una Tarde ante la batalla, una Aspiración hacia el mar..." Si Hanslick conociese nuestra ramplonería estética. Se hace de la música crítica literaria. Literariamente se discurre de temas musicales como si la música fuera literatura. Los partidarios de Wagner ven dragones y cisnes blancos por doquier y creen que la música les sugiere lo que lean en el título de la cubierta. También ahí, con motivo del concierto de Espino, ha habido quien ha extraído el alma de la Ribera del Duero, de las melodías del maestro como mi amigo Crotontilo[186], y quien ha hecho psicología charra con motivo de los aires populares del compositor salmantino, fría psicología, por otra parte, como mi maestro Luis Maldonado.

Sin embargo, la música no expresa, si con la palabra expresión se quiere dar a entender la transmisión de ideas. Las ideas en música son ideas, sí, pero musicales. El que la música nos alegre o entristezca, no quiere decir que tenga potencia para ello, sino que es grande nuestra aptitud para dejarnos reducir por ella. La música no puede sugerir estados de paisaje, por ejemplo, ni aun en la interpretación personalísima que de éste daba Enrique Federico Amiel. Padecemos, en último término, una ilusión, pero no otra cosa. Si somos sinceros, y lo serán los críticos musicales el día que sepan que la interpretación literaria de la música es un dislate que ha perdido todo crédito científico, hemos de confesar que la música nos sume en un estado de deliciosa contemplación pasiva. ¿Qué ideas de Beethoven, Mozart, Wagner?

Y es que toda crítica musical es imposible, porque la crítica tiene un lenguaje y la música otro. Una sinfonía se puede comentar con otra sinfonía; un adagio, con otro; una marcha triunfal, con otra marcha triunfal. El que siente la música, la reproduce, vuelve a cantarla, y al cantarla de nuevo, la interpreta a través de su temperamento, y al interpretarla, la critica. Pero nada más. Beethoven no sugiere ideas de amor, ni Wagner sus amores con la dulce casadita, ni Espino la charrería. Hablan, cantan, y lo que en ellos parece expresión de ambiente, es expresión de su propio espíritu. Galán no reproduce un ambiente, sino que extrae el de su espíritu. Cuando un poeta, un músico, un escultor se dicen hijos de su época, no se debe entender que fueran por ella moldeados, sino que ellos la moldean. La universalidad en el arte depende de la fuerte personalidad del autor. Claro es que hay un punto de coincidencia siempre allí donde descansa la admiración; el de la semejanza del autor con el medio.

Pero... ¡dejemos paso al cuello largo de los cisnes blancos del teatro wagneriano! La cuestión es pasar el rato.

El Adelanto (20-11-1911)

Tórtola Valencia

No, señores periodistas, no. Tórtola Valencia[187] no es precisamente una bailarina india, a lo Mata Hari, ni su danza es religiosa, ni cosa que lo valga. No hay en la linda bailarina española que trabaja en Romea nada de hierático, de ritual, de religioso, de solemnemente rítmico y de gravemente simbólico. Decís todas esas cosas para pasar el rato, decís todas estas cosas para engañar sistemáticamente al buen público que ya no os hace caso. En la danza religiosa que vosotros admiráis, ven mis ojos pecadores airecillos de garrotín, gestos de picardía, movimientos que nada tienen de solemnes. En la danza de la Tórtola esa –dice bien el público– hay contorsiones de titiritero, movimientos ¡qué diablo! que no son todos gracia ni son todos ritmo.

[186] Pseudónimo de José González de Castro, médico y colaborador de *El Adelanto*.

[187] Carmen Tórtola Valencia, conocida como Tórtola Valencia (1882- 1955) ejerció de bailarina exótica durante toda su vida.

Lejos de mi ánimo el desacreditar a tan bella muchacha, el evitar que cobre buenas y excelentes contratas, el iniciar un contrarreclamo que la prive de un buen puñado de pesetas. Son reparos estéticos los míos. Comprendo que se agoten los epítetos al hablar de la Argentina, que se llegue a la más caliente apología al describir el gracioso movimiento –aleteo de aves, suave movimiento de hojas, blando ritmo de espigas– de las manos de la Fornarina.

Eso está muy bien. ¡Pero Tórtola! La he sorprendido –pudiera describirlos prolijamente– varios movimientos plebeyos, castizos, sevillanos. Soeces será la palabra mejor.

Parece mentira, pero no lo es. Hay muchachas perfectas en la quietud de graciosas líneas llenas de espiritualismo y de finura. Pero, al moverse, pierden todo su encanto.

Un brazo que no sabe moverse, una boca que no sabe besar, una pierna que avanza plebeyamente creando una figura tosca, una mano que no sabe hacer un gesto, elegante y aristocrático, hasta unos ojos que no saben decir con dulzura y que necesitan apoyarse en la lascivia.

Se baila con los ojos, con la boca, con los pies, con las manos, con la cabeza, con el cuello. Es el espíritu el que danza, no una parte del cuerpo. Y la danza, si es artística, habla al espíritu, no a la carne.

Y por hablar demasiado a la carne Tórtola Valencia –con perdón de los señores periodistas que pierden la cabeza ante la hermosura de la bailarina española– es por lo que yo escribo estos comentarios, un poquillo escépticos.

El Adelanto (15-12-1911)

La Fornarina

Solamente vosotros, amigos míos, registradores de la propiedad que estuvisteis en la Corte unos meses haciendo oposiciones; notarios probos, profesores provincianos, honrados padres de familia y excelentes maridos hogaño, solamente vosotros estáis capacitados para comprender toda mi intensa, toda mi enorme emoción

La orquesta preludia la macha de *Carmen*; sobre el tablado de Eslava va a surgir, de pronto, la delicada, la espiritual silueta de nuestra común amiga Consuelo Fornarina.

La Fornarina –vosotros lo sabéis tan perfectamente como el cronista– es una chiquilla encantadora, un poco de madera de diablo, un poco de madera de ángel, ingenua y maliciosa, que tiene las manos leves y delicadas de Monna Lisa, ojos azules como la duquesa de Vallieré, boquita de madonna rafaelesca, y un ricito profundo como el pecado en la nuca, tan perfecto, como el de aquella opulenta duquesita de Ferrara que pintara Ticiano, ora vestida con el medallón de oro sobre la garganta nívea, ora desnuda en lecho de púrpura, con gesto cándido no exento de aniñada voluptuosidad.

Sobre la Fornarina corren –recordadlo conmigo– mil historias peregrinas. La nena es inconstante y caprichosa, como todas las grandes amadoras.

¡Aquel salón japonés, aquel Romea, aquel Price, aquella transformación de la comedia en que la chica, castiza, trajo el aire del boulevard con aquellos *couplets* del Polichinela!

Es muy joven Consuelo y ya tiene historia. Apenas hay hortera que no la haya amado en silencio; apenas hay señorito provinciano que no haya procurado rendirla para contarlo a la vuelta en el casino, apenas hay aristócrata linajudo que no la haya vertido en la orejita apetitosa una proposición resbaladiza.

Mas ella, Consuelo, ama la santa bohemia. Sus preferidos son los poetas que son golfos y los golfos que son poetas, casi toda la República de la poesía.

En el fondo, Consuelo es una chica romántica, un poco mimosa, merecedora de confites, pero digna de un azotito de vez en cuando. Unas veces tiene dinero, otras veces no tiene… como todos los mortales. Cuando lo tiene lo gasta; cuando no, comprende que hay que someterse a la santa burguesía.

Pero siempre es un pajarito, que canta en todos los nidos, parlero, muy parlero, que quiere romper su pequeña jaulita y que piensa en algo transcendental. Entonces, embozadita en la cama, con aire tristón, lee *La Imitación de Cristo*, del «Kempis»: *El Elogio del Silencio*, de Maeterlinck.

¿Comprendéis, amigos, toda mi enorme emoción? Ya está Consuelo en la escena; el público aplaude a rabiar; un diputado carlista parece congestionado. Un ¡olé! Rotundo, apretado, unánime, sale de todos los labios y de todos los corazones.

Y así como los toros en la plaza, ante la majeza de los diestros, redoblan su fuerza y su bravura, de la misma suerte Consuelito se crece ante la espontánea emoción del público, que la es tan familiar, que la es tan querido.

¡Su marcha triunfal! No he visto nada más bello, más elegante, más hondamente español. Ríen su carita, sus brazos, su pecho robusto; sus dedos, estos dedos tan expresivos, tan finos, tan señoriles, tan cuidados, cargados de sortijas, subrayan su alegría. Consuelo canta con aire de picardía:

El buen señor
que es un conquistador.

Mueve el cuerpo rítmicamente, sin un gesto lascivo, sin plebeyez, con elegancia. Es la única canzonetista española que no añora el fregadero. Lleva los dedos a la boquita; guiña los ojos cobalto; sus brazos carnosos, amplios, de lienzo veneciano, se mueven con aparente timidez, pero con real y positiva desenvoltura.

Sin hablar al espíritu, habla al espíritu; sin hablar a la carne, habla a la carne.

Todo son reticencias, puntos suspensivos, peligroso juego en alambres, en esta mujer. Literalmente, no dice nada. Es esclava del gesto y de la mímica. La emoción estética se confunde con el grato placer de los sentidos. Ora parece una colegiala que suelta terribles disparates sin darse cata de lo que dice, ora mujerona que, a pesar de su experiencia, de su larga y terrible experiencia, incurre en inexplicables infantilismos. ¿Con que los niños vienen de París? ¿Con que a mi me trajeron en un cajón muy grande? ¿Con que no pueden tenerse hijos sin casarse antes?

De aquí el positivo; el innegable hechizo de la Fornarina. La Fornarina, como los grandes textos, *La Biblia, La Divina Comedia, El Quijote*, requieren una interpretación libre.

Los positivistas fundan su positivismo en los tales textos y su idealismo de los idealistas. Consuelo habla a la carne de los adiposos y al corazón de los románticos. Es ángel y diablo, mujer y hembra, niña y cotorrona, ingenua y pícara, asidua a la taberne Richelieu y vecina de rompe y rasga de la plaza de la Cebada. Siempre está bien. Emociona a la novia que sueña y al mozallón que jaranea entre dos luces. Es siempre igual y siempre distinta. Es España con alma desdeñosa de gran señora con espíritu pedigüeño de mendigo suplicante.

La Ciudad (10-02-1912)

Elogio de la Fornarina

La señorita Fornarina se encuentra en Madrid; la señorita Fornarina rubia, sonriente, ángel con piel de diablo, es una linda madrileña exótica. Y no sé dónde, en el Maxim, en los Bulevares, ha refinado su espíritu, señorial y elegante, y la maja brava de Madrid, que lleva en el pecho claveles y en la testa mantilla, puede figurar por derecho propio en un cuadro de Watteau, en un lienzo de Poussin, de obrerilla parisién, de damisela legitimista saboreando la taza de té con una *causerie*[188] discreta, de pastorcilla con un sombrero grande y blanco destacándose sobre el fondo verde de unos arbolillos frondosos.

Siento por la Fornarina el culto que me atrae a mi generación. Consuelo es arte y espíritu. Y elegancia. Y refinamiento. Y suave acentuación discreta de las cosas fuertes, y glosa, un poco mortificante, de la ñoñez ambiente. ¡Sus manos! Como las de la Gioconda, lloran, ríen, juegan, acarician, cantan, murmuran, brincan, hablan, son expresión y frase, silencio; son ritmo. ¡Sus ojos! Pues sus ojos escudriñan no sé si en los recovecos del corazón o en los de la vanidad. Y su figura armoniosa y dulce, de Goya ingerta [sic] en Watteau, su figura diabólica de colegiala, maestra en ficciones de candor, su vocecilla insinuante, que sin acentuar subraye, y que sin subrayar acentúa, su aire, su gesto son de una España futura, de una España que se regodea con Don Procopio[189] en la catástrofe, y que después medita, en las orillas del Rhin o añorando un cantar de sol o de fuego, con hembras y toros.

[188] Charla, conversación.
[189] Ópera en dos actos de Georges Bizet con un libreto italiano que se representó por primera vez en 1906.

La Fornarina, la señorita Fornarina –que rabien los burgueses de ambos sexos que ven las cosas en bloque, sin parar en la *nuance*[190]– es una de las figuras más salientes del Renacimiento español. Ha limpiado del humillo del fogón, del vaho del fregadero, del olorcillo apestante de la cocina, las tablas españolas. Ha declarado guerra abierta a la memez. Ha puesto espíritu en la frivolidad. No ha querido esconderse detrás del biombo de las tonadillas clásicas –que no son ni tonadillas ni clásicas– ella que sabe, más por instinto que por reflexión, que tanto más española se es cuanto la originalidad educada y graciosa se muestra con mayor esplendor y más gentil desenfado. La señorita Fornarina, en una palabra, es España y es Madrid. El oso, y el madroño, y Goya, y la pradera, y las tardes de sol, y la placidez de un tiempo loco que sabe volar sin tasa. La señorita Consuelo Fornarina, con aquellas historias pretéritas del Japonés, del Kursaal, con aquel músico que desafinaba el clarinete ante la belleza sin trampa ni cartón, ante la espontaneidad viva y femenina, nos recuerda aquellos años de mocedad bravía –hace cinco, hace seis años– en que desconocíamos el texto del señor Ureña, un arabista de buena ley, pero sabíamos de memoria toda la letra de Don Procopio, terror del cuerpo de coros.

¡Ay! Don Procopio se ha formalizado. Es ya un grave senador maurista, por derecho propio, y contempla a las modistillas con un gestecillo de desdén. Pero nosotros, que sabemos que la formalidad sistemática es calidad saliente de los asnos, seguimos admirando los couplets de la señorita Fornarina. Y ellos, los couplets, con la picardía de Romanones en el mundillo político, y con la zumba aristocrática de Benavente, nos parecen el más bruñido espejo de este gran poblachón despreocupado, de majas y chisperos, de duquesitas mimosas y de muchachas del pueblo altivas, que es la Corte de las Españas.

La Actualidad (30-05-1914)

Cantares[191]

Fue hace ocho años, una noche de luna del mes de Marzo, en Venecia. Salí al acaso de la plaza de San Marcos. Fui a parar no sé dónde. Las aguas verdes de un canaletto dormido me hicieron detener el paso. Había un palacio negruzco y musgoso, de mármol, en frente. Una voz potente de barítono comenzó a cantar ¡María, Mari!... Oí en silencio arrobado la popular canción napolitana. El ausente añoraba a la amada.

Y no me gustó aquel cantar; pensaba en España. No era el alma pura de Mari lo que evocaba el cantar; era su cabellera de ébano, sus ojos negros, sus brazos torneados, los hechizos de su cálida figura meridional. Pensaba en los cantares de mi tierra.

Aquí, en mi tierra, era de otro modo el amor:

Labrador de mis padres
serás mañana;
¡echa surcos floridos
a mi ventana!

Y en Venecia, al lado del Palacio Ducal, oyendo los lejanos ecos de una orquesta en el Lido, añoraba este paisaje duro y masculino, sobrio, sin blandura, que nos da la imagen más augusta de la eternidad y del reposo.

Pero anoche, oyendo a la eminente soprano señorita Ivanissi los cantos de vendimia de Villarino y la Charrascona mirobrigense, recordé, en cambio, los cantos populares de Italia.

Una noche fue allá, en el corazón de los Apeninos, en un pueblecito que se llama Maggio. Comenzaba la primavera. Muchachas y muchachos, compañeros de Universidad, habíamos salido de excursión al campo. Relucían las luciérnagas en la noche. Los valles estaban perfumados de flores y de silencio. Y un estudiante comenzó el:

¡Caro mío ben…!

el «mi bien querido» y las notas de juventud, de amor y de esperanza rompieron el silencio denso de la noche para hacerlo más potente.

[190] Matiz.

[191] Años más tarde, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título y distinto contenido en *La Libertad* (O.C. Tomo I, página 276).

Y fue otro día en Bolonia, bajo los pórticos. El día del primer aniversario de Josué Carducci. Cantaban los escolares emparejados:

¡Bologne, Bologne,
Cittá delle belle donne!
Noi siamo le colonne
Dell'Universitá.[192]

Y fue otro día en Venecia, al amanecer. Había pasado la noche contemplando los encajes de la Puerta de la Carta verdaderamente fantásticos a la luz naciente del alba. Amaneció.

Por la plaza de San Marcos cruzó una veneciana rubia, de mantón de pico –visten las venecianas como las madrileñas– de tacones altos, de primoroso peinado. Iba la muchachita hacia la Riva degli Schiavoni. Y dijo ésta un cantar que concluía así:

Che l'amor e lume
Nell' inmensitá!

El amor era luz en la inmensidad del mundo para la cantora...

Y anoche, oyendo los sentidos compases de la Charrascona, oyendo los cantos de vendimia de la Ribera del Duero, primorosamente cantados por la veneciana señorita Ivanissi, añoré los cantos de los canales, de los pórticos, de los viccoli [193]de la dulce y querida Italia, digna de los más altos destinos...

La señorita Ivanissi estuvo anoche realmente admirable, lo mismo en *La viuda alegre* que en los cantos charros, sobre todo. Diríase que los artistas de la calidad de la señorita Ivanissi, saben adivinar por intuición el alma de los pueblos.

Los gañanes que se enamoran en tiempos de vendimias –ahora, por San Miguel– las novias bobas que se ponen coloradas ante el galán en estas tierras tuvieron anoche su apología en la voz cálida, vibrante, de la gentil soprano veneciana.

Escribimos muy de prisa, sin tiempo apenas para corregir estas impresiones que nos sugiere el momento. Pero creemos interpretar el deseo del público salmantino, que anoche llenaba completamente la sala del Bretón, rogando a la señorita Ivanissi que repita otra noche estos cantos... Hay muelos, alboradas, cantos de siega, rondas, que merecen una intérprete como ella.

Los coros, afinadísimos. La orquesta, a la altura de ayer y de mañana, realmente maravillosa, y el maestro Bellezza a la altura de su reputación artística.

El Adelanto (15-09-1915)

Lucero de la mañana[194]

Anoche tornó a cantar la señorita Ivanissi los cantos charros, con el gusto, con el arte y con la espléndida voz a que nos tiene acostumbrados. La orquesta y los coros secundaron admirablemente la labor de la señorita Ivanissi. Bien puede estar orgulloso el maestro y amigo Dámaso Ledesma de haber encontrado intérpretes tan duchos, artistas y avisados.

Un cantar dijo la señorita Ivanissi que no está en el *Cancionero* del señor Ledesma. El cantar dice así:

Lucero de la mañana,
alumbra con tus resplandores,
que viene mi niña
cogiendo flores.

Y este cantar espontáneo, natural, bellísimo, sin afeites, como todo lo que sale de la imaginación del pueblo, apareció con toda su poesía en los labios de la gentil soprano veneciana.

---

[192] "¡Bolonia, Bolonia, / ciudad de mujeres hermosas! / Somos las columnas / de la universidad."

[193] Callejones.

[194] En 1926 Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título y distinto contenido en *El Noroeste*, *El Adelanto* y *El Socialista* (O.C. Tomo I, página 132).

Yo no sé si la señorita Ivanissi habrá visto el lucero mañanero en estas llanuras. Sospecho que no, porque la señorita Ivanissi debe levantarse demasiado tarde. Yo no sé tampoco si la bella soprano dramática conoce un soneto de un bardo *trecentista* de su país. Se llama el soneto *Il mattino*. El poeta despierta y se acuerda de su amada. «¿Cómo dormirá ella?» se pregunta. «Pues dormirá –se contesta– con el cabello suelto y una sonrisa de paz ilumina su frente al mismo tiempo que el alba se desliza por el campo. Y pensar en ella es rociarme de alborada el corazón.»

Este soneto del ingenuo poeta toscano y la visión del lucero mañanero en la llanura, pueden servirnos de elementos para saborear todo el delicioso zumo de este cantar charro.

¡Ea! ¡Soñemos! Somos unos pobres gañanes que nos despertamos antes del alba. Ahora que llegan las vendimias, nos hemos enamorado de María Manuela, de María Antonia o de cualquiera otra mozallona de la alquería. Dormimos en un cuartucho que tiene de fondo el telón gris de un encinar. Oímos de noche los mugidos de las vacas en el establo, los relinchos de los potros en la cuadra y el fiero ladrar de un perro, sujeto a la cadena del portón. La imagen de María Manuela o de María Antonia, nos ha llenado de una dulce inquietud toda la noche.

Hemos recordado nosotros –pobres gañanes– las frases de ella, los gestos de ella, los silencios deliciosos de ella. ¡Qué guapa estaba, coloradota la faz, con el pañuelo a la cabeza! ¡Y qué bien llevaba la mantilla redonda a misa el domingo pasado! ¡Y cómo se arreglaba los pelitos revueltos de la nuca con su diestra breve y pequeñita!

Dormimos. Dormimos de un tirón, que hemos trabajado todo el día, pisando el mosto. Amanece. Un fresco sutil se nos cuela por el cuerpo ágil y remojado. La ringlera de encinas se ha teñido, allá enfrente, en el monte, de una coloración azul. Parpadea arriba en el cielo, un lucerito, el lucerito de la mañana:

Lucero de la mañana,
alumbra con tus resplandores,
que viene mi niña
cogiendo flores.

Y allá, en Florencia, hace muchos años, muchos, se despierta otro cantor, el divino Alighieri. Está cansado de las luchas ciudadanas; no le quieren en su pueblo; los mercaderes, los militares, los espías, los esbirros le persiguen sin descanso. Despierta el Dante de una terrible pesadilla; sobre los aleros de las casas fronteras, sobresale la espadaña del Palacio de la Señoría, hendiendo el cielo azul. Piensa en Beatriz el Dante.

De una mujer ha hecho un ideal, un recuerdo, una esperanza, un presentimiento nacional y hasta un símbolo de fe. ¡Beata Beatrix! Los enemigos suponen que conspira y él está cincelando el alma de un soneto. Se levanta el fiero gibelino del lecho. Baja por la plaza de los tiranos hacia el Puente Viejo. Y por allí camina su Beatriz, vestida de blanco, adornada de azucenas. Es tan bella que sonríe y canta el Arno con los valles cercanos cuando pasa.

El Dante, como el pobre gañán, ha visto aquella mañana su lucero.

¡Cantares, cantares de mi tierra charra...! Muelos, aradas lentas, alboradas alegres, cantos de siega y de vendimia, monótonos relatos de princesitas lejanas y de reyes peregrinos que vais a Compostela, ¿quién os dijo por primera vez? ¿En qué momento os forjó para siempre el corazón del pueblo? ¿Por qué sois tan austeros, tan puros y tan limpios, cantares de mi tierra charra?

Lucero, lucerito de la mañana, que vemos cuando se apagan los últimos reflejos de la luna lunera en la paz de la llanura... Lucero, lucerito; no eres privilegio de los poetas gibelinos que vieron a su Beatriz, de los poetas *trecentistas* que despertaron con el nombre de su amada en los labios, no... ¡El corazón de mi tierra también te ha visto y te ha cantado, lucero, lucerito de la mañana!...

El Adelanto (20-09-1915)

Comentarios a una conferencia

Fue muy hermosa la conferencia leída por el padre Villalba el sábado en el Ateneo. Algunos reparos de poca monta tengo que hacer, sin embargo, a la labor del ilustre padre agustino. Su conferencia versó sobre apreciaciones estéticas y sobre música española del siglo XVI. Las apreciaciones estéticas del distinguido musicógrafo no las comparto por entero. Nos hablaba, por ejemplo, el orador de la dificultad de darnos perfecta cata de todo el hechizo singular de las viejas canciones españolas. Decía que los siglos envejecen los cantos, que hay que resucitar el ambiente, que hay que revivir la época en que los cantos fueron recitados. Así, el padre Luis Villalba hacía literatura. Ya se apercibiría el orador de cómo el público entró de lleno en las canciones y cómo las saboreó sin necesidad de sabias disertaciones eruditas. Lo muy viejo tiene sobre lo novato el encanto misterioso de la vejez. Se diría que nosotros ya hemos oído esas canciones a través de nuestros abuelos. Y que tornamos a revivirlas con nuevos bríos, oyéndolas con unción. El problema, en estética como en todo, estriba en tener alma o en no tenerla.

En cambio, al entrar en el tema concreto de la música española durante el siglo XVI estuvo sencillamente insuperable el benemérito religioso agustino. No hablaba entonces el erudito; hablaba el poeta. El padre Villalba, forma con Felipe Pedrell, con Miguel Salvador, con Manrique de Lara, con Otaño, el estado mayor de nuestra crítica musical. Supo sortear maravillosamente las lagunas del no colmado tema. Nos dijo todo lo que puede saberse de los vestigios musicales de la raza.

Acaso prescindió de algunas canciones muy populares. Miguel de Cervantes –en *El celoso extremeño*, me parece– resucita algunos de los villancicos más en boga en Sevilla al acabar el siglo XVI. En *La ilustre fregona* y en *La gitanilla*, también nos refiere ejemplos de zarabandas y folias cuando bailan a la puerta del mesón del Sevillano las mozas y mozos de servicio. Ejemplos de música erudita nos suministra también Cervantes en el bellísimo episodio de Clarita, la hija del oidor, con el estudiante don Luis.

Yo creo que de estas cosas prescindió el reverendo padre Villalba por el carácter alegre, chocarrero y a ratos desgarrado de tales canciones. Pero fijó preciosamente el carácter de las distintas composiciones y tuvo el primoroso acierto de darnos a conocer bellísimos ejemplares de la época.

Sobresalió por su pureza, por el sabor agreste, por la sencillez, un cantar amoroso de estas tierras, cantado por Juan de la Encina. Dice la copla que en Mayo, por las calores, andan mozas y mozos en amor. Nada más. Pero la melodía llevaba envuelta el hechizo del cantar. Mayo parecía algo inseparable del amor. Y revivíamos el idilio campestre tan sobriamente evocado por el poeta: las mozas tienen la faz roja y los ojos brillantes; detrás de ellas van los galanes desgranando besos. Este cantar, con diferencias muy tenues de expresión, se oye todavía en esta provincia, a la puerta de casa.

Nos dio a conocer también el padre Villalba las coplas musicadas de Jorge Manrique, el hijo del Maestrante de Santiago. Pasó por el distinguido auditorio la ráfaga inefable de una emoción colectiva. La compenetración de los dos temas, el musical y el poético, no puede ser más absoluta. Se diría que murió ayer el Maestrante y que le está llorando el hijo todavía. Este dolor del poeta, resignado y suave, puesto en manos de Dios, se concentra en unas notas solemnes, litúrgicas y llanamente sencillas y severas.

Oímos también el madrigal de Gutierre de Cetina,

Ojos claros, serenos...

En la canción galante y caballeresca se diluye la azulez serena de los ojos de la dama española y rubia. Nos placía sentir la vihuela llorando los fingidos desdenes del trovador. Era en una estancia limpia; la luz se filtraba a través de una celosía; piaban los jilgueros en un huerto vecino. Un soldado triste que ha llegado de Flandes dice la canción en la vihuela; una dama le escucha con el codo apoyado en la ventana:

Ojos claros, serenos:
ya que ansí me miráis, miradme al menos.

Pero en estos ojos, que amó Gutierre de Cetina, vive toda la poesía de nuestras cántigas, de nuestros romances, de nuestros villancicos, de nuestras recitaciones, cantando los milagros de Santa María. Eso nos probó anoche, con espíritu de artista, el padre Luis Villalba. Y ese es

el rico patrimonio espiritual de la raza. Mientras don Quijote dice coplas de pie quebrado a Dulcinea en sus penitencias de la Sierra, en las viejas calles de París Cyrano define el beso a la rubia Roxana, rimando con las estocadas de un desafío las consonantes de un soneto. Y allá, en Toscana, bajo el cielo azul de Prato, un guerrero feroz, sentado en su tienda de campaña, escribe una canción petrarquesca al sosiego, a la hermosura y a la discreción de una bella.

Nosotros exprimimos las uvas de Champaña
Para beber por Francia y en un cristal de España,
y los brindis llegan hasta Venecia y hasta Messina.

El Adelanto (11-10-1915)

Confidencias

Dos o tres veces he ido a Romea a escuchar esta cupletista. No es joven, no es bella Luisa Vila. Tiene ese crepúsculo lento de los jamones en sazón, y esas arrugas en la faz de la hembra que ha vivido mucho y que, tal vez, ha amado demasiado.

Luisa Vila canta con una vocecita débil y con un gesto de melancolía. Es muy gestera esta artista. Habla con los ojos y con los brazos, estos terribles suplementos de lengua que tiene toda mujer inteligente, y al concluir de cantar, al anunciar otro *couplet* nuevo, se retira con un leve mohín de fastidio y de cansancio.

¿De dónde es Luisa Vila? No lo sé. Antecedentes de su vida artística tampoco los conozco. Jamás he cruzado con ella una sola palabra. Pero, sin preguntarla, me contesta cuando la oigo, y sin pretender confidencias de sus labios gordezuelos y sensuales, me las regala a manos llenas cuando tengo el humor de consumir unas horas en el teatrillo de la calle de Carretas, en el teatrillo donde nació a la vida del arte y de dolor la dulce pecadora rubia que se llamó Consuelo Fornarina.

Luisa Vila canta siempre, de manera distinta, sus *couplets*. No hay afectación, no hay amaneramiento, no hay eso que las cocineras que pueblan nuestros teatrillos llaman *escuela*.

Canta canciones de la Goya y no se parece a la Goya. Aprovecha Luisa tonadas de la Raquel y no recuerda, en un solo momento de la interpretación, el alma ingenua y un poco simple de la señora de Gómez Carrillo.

Dice aires exóticos de las alegres chicas de Berlín y de las cocottes que beben champaña en los cabarets de Nueva York, y solamente por la letra de la canción, no por su espíritu, pasa por el desván de nuestras recuerdos la sonrisa y la gracia, tan españolas, de aquella Consuelito, que lloraba leyendo *El Cristu Benditu* de Galán, que prefería las amistades de los escritores a las de los banqueros y que moría una mañana de Julio, pidiendo ser amortajada con los hábitos de las Hijas de Teresa de Jesús.

Viste muy bien sus creaciones Luisa Vila, sacrificando, casi siempre, su carita gestera y su cuerpo esbelto, elegante y lleno de flexibilidad. Vedla de modista: una pobre blusilla cubre su pecho; una falda de merino deja al descubierto unas piernas vestidas toscamente de algodón. La modista ha tenido un novio; es madre; los padres la echaron de casa, calderonianamente, para lavar la afrenta.

«Ahora –dice Luisa en su couplet– soy una de tantas», y se limpia las lágrimas con el percal de los brazos. Nada más.

Luisa, ahora, es una *cocotte*. La peluca rubia, barata, está mal oxigenada; es pobre, lacia y sudorosa la peluca. La mujer es una piltrafa del mercado del placer. Los labios están pintados; un cerco cárdeno, amoratado, sirve de cerquillo a sus ojos. La *cocotte* recuerda un vals, el vals que bailaba con él, con el primero, con el novio que la hizo asomarse a un mundo de ilusiones que se desvanecieron.

¡Aquel vals! Los tzíganos[195] preludian frívolamente los compases. La mujer recuerda su mocedad. Y el recuerdo la aniña y la purifica, y la redime de su cautiverio moral. Nada. Todo. Dos gestos y la terrible tragedia no necesita otro desarrollo.

[195] Un artículo en *Tierra y Libertad* agrupa en la misma categoría gitanos, tziganos, tzínganos, bohemios, etc. –sin duda *cíngaro* también– procedentes de distintos países pero expulsados todos por los brahmanes de la India. Blasco Ibáñez habla de "tsíganos" o bohemios como grupos de población del este de Austria y origen oriental. En esta época el grupo musical de txíganos, vestidos con casacas rojas, comenzaron tocando por bares y restaurantes y posteriormente se hicieron imprescindibles en bailes de prestigio. Fueron muy apreciados por los modernistas.

Más tarde, Luisa es la hermosa enamorada y desdeñada por el hombre amado. «¡No me beses! –grita– ¡no me beses! ¡Aparta, mal hombre! ¡Tus besos son fríos como la muerte! ¡Como me besas tú a mí ahora, te besarán a ti las que tú buscas y no te quieren! ¡Aparta, mal hombre! ¡No me beses, ea!» Y la hembra se crece ante el desdén como el toro ante la pica que le hace sangre. Y ruge, y se desespera Luisa, y, en el fondo, pide piedad, transacciones, beligerancia, la pobre enamorada. Poca cosa, como veis, pero toda la psicología de la hembra aplebeyada, más rendida ante la fusta del gañán que ante la caricia del amante tierno y mimoso ante el amor.

Nadie me ha dicho quién es Luisa Vila, pero yo lo sé. Aquí, donde las coupleteras actúan en los grandes teatros, es justo que se refugien las grandes trágicas en los teatrillos de *varietés*. Luisa es una trágica, una estupenda actriz trágica, que conoce la fuerza de la fatalidad, y que sabe lo que pudo ser la flor sin llegar a cuajar en fruto de plenitud para el eterno anhelo que nos consume. Exhibe su alma con el impudor de una artista que vive de lo que rinden en calderilla sus sueños de oro, con la inconsciencia del escritor que vende trescientas páginas de emoción por las cinco pesetas que nos cuesta su volumen, con el infantilismo de un poeta que cede su primer amor –rimado– al director de una revista literaria por siete duros con descuento.

¡Luisa Vila, Luisa Vila! ¡Peregrina del desengaño, sacerdotisa del dolor, ya te conozco! Tu alma vale más que lo que cobras por exhibirla en el contrato con la empresa. ¡No te prodigues, Luisa; no te prodigues! Gusta de tus rentas, pero no toques nada del capital de tu dolor. El público es más veloz que el hombre amado, que suele ser un miserable –como todos los hombres– con la mujer. ¡Lo mismo, lo mismo que vosotras sois también bestias feroces con el cordero y babosicas tediosas y dóciles cuando os cruzan las mejillas del corazón con el fustazo de una canallada!

El Adelanto (18-01-1922)

Divagaciones sobre el cante jondo

(Don Antonio, el gitanillo y la Restauración.- Hipos de alcoba.- Rito y liturgia.- Boadil y don Niceto.- Los mozos de hogaño.)

Presencié, hará cosa de un mes, en Villa-Rosa, algo así como los preparativos oficiosos de esta fiesta del «cante jondo» que acaba de celebrarse en Granada bajo los auspicios del músico Falla y de Ignacio Zuloaga, el gran pintor eibarrés.

Estábamos en la fiesta artistas, literatos, políticos; y el filósofo que había organizado la cuchipanda suprimió de la concurrencia las mozas de partido que suelen arrendarse, como los simones, a tanto la hora, en tales corroblas y juerguecitas.

Más de doce horas duró la sesión de lo jondo.

Montoya, el gran tocaor, que pega y castiga a la guitarra como si fuera una mujer celosa; Antonio Chacón, «Don Antonio», el viejo maestro, lleno de gracia y de sensibilidad y de tristeza; «Frasquito», el gitanillo de Jerez, que salió por «martinetes», «livianas» y «deblas», cantando solemnemente, litúrgicamente, cerrando los ojos para recordar mejor las traiciones de la gitanilla negra: un señorito postinero, pendiente de la raya del pantalón y de la raya del sombrero, académico, sabidor de los matices del cante jondo y de sus modalidades y secuelas, fueron mis iniciadores en esos cantos de lujuria y de hambre, de calabozo de presidio y de rejas de cárcel y de hipos de alcoba y de convulsiones de hospital que se llaman cante hondo, andaluz, gitano o flamenco.

En la accidentada sesión, hubo de todo.

Don Antonio, con su figura noble de gran señor arruinado y decadente, es el representante del cante puro y popular. Es el rey de lo jondo. Por serlo, heredó el trono de Brieva, fue gran amigo de Don Alfonso el Pacificador, a quien algunas malas lenguas llaman también el Flamenco, y en su mocedad, que coincidió con la Restauración y con la *saguntada*, supo más de un secreto real y más de una augusta intimidad con las mocitas livianas y dadivosas. En cambio, Frasquito, el gitanillo de piel cobriza, de ojos negros y ojerosos –hondos y melancólicos– de cabellos azules y metálicos de puro negros, es devoto del flamenco, del flamenco puro, canto de tablado, de burdel y de patíbulo. Frasquito es como el Príncipe de Asturias de lo flamenco. Montoya, que tiene cara expresiva de clown, acompañaba a Chacón, que crea siempre una canción según la va cantando y que no se somete a más reglas que a las de su buen gusto y a las de su inspiración momentánea.

Los demás *cantaores* eran ya de escuela: académicos, relamidos, apagados, grises. Todo en ellos era rito y liturgia. Cerraban los ojos, se golpeaban las rodillas, abrían la boca en un espasmo sensual, llevaban la mano al pecho, temblaban de celos como hienas paridas y añoraban los grilletes de Santoña, el ruido de las llaves de la requisa, el mal olor de las cuadras y los puñales que aparecen a la hora del rancho, cuando es notoria su parvedad y su miseria.

¿Mis impresiones? Don Antonio me daba siempre una sensación estética. Sus coplas tenían la tristeza de las campesinas andaluzas, la finura y la melancolía de nuestras moras:

Rosa, si no te cogí,
fue porque no me dio gana;
al pie de un rosal dormí,
y rosas tuve por cama,
por cabecera un jazmín.

Y había en la voz cascada del viejo cantaor, amigo de reyes y piedra angular de nuestra Restauración borbónica, toda la tristeza de su rota juventud, y el perfume; el resol de los blancos pueblos andaluces.

Y entre cantos y cantos, entre la «solear», que es la matriz del canto, y la copla granadina –fina y graciosa– y la playera –máximo desarrollo sentimental del decir amoroso y contrariado– y la «carcelera o martinete», que rechina como grilletes y cadenas, y la clásica «toná» cadenciosa y bella, yo pensaba para mi capote:

– La historia del canto andaluz y de sus mixtificaciones y falsificaciones que saltan a la vista, aun en un espíritu tan poco iniciado como yo, es la misma historia de influencia de este pueblo, corrosiva y anárquica, en los destinos españoles. Va la misma diferencia de la guitarra de Montoya a la del señorito postinero, de la voz temblona y cascada de don Antonio a los hipos convulsivos de Frasquito, que va de los llantos de Boabdil el Chico a las piezas oratorias de Niceto Alcalá-Zamora. Conquistamos a los árabes el territorio, pero los árabes nos ganan el corazón y nos lo rompen con sus mocitas, con sus coplas, con sus vinos, con sus políticos, con sus tahúres, con sus señoritos, con su flamenquería, con su música decadente, con sus toreros, con su elegancia avara.

Toda España es Andalucía, sin la vieja finura cordobesa, sin el estoicismo de los Sénecas, y la luz que proyecta Góngora, sobre sus sueños; sin el color de Francisco de Rioja, pero con el histerismo macerado de Valdés Leal. España es hogaño una colonia de Boabdil. Un falso sentimiento de adoración a la mujer, que no es sino menosprecio y burla, lujuria de pueblo que come gazpacho, ayuntamiento sexual que asquea apenas se inicia y se consuma, domina hoy en todos los españoles. La facundia es el patrimonio de los políticos andaluces, de los Moret y de los Cánovas, de los Sánchez Guerra y de los Bergamín, de los Barrosos y de los Borbollas, de los Natalio Rivas y de los Lachicas, de esa pléyade de señoritos ligeros, huecos, botarates y analfabetos. Se hacen los andaluces esclavos del Régimen en su acepción más amplia, sus devotos, domésticos y corifeos, para oprimirnos, encadenarnos y aprisionarnos a todos.

La puñalaíta es el arma de nuestras crisis orientales, conciliábulos y conjuras, de todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva. Un curro sevillano corrompe nuestra Prensa, personificando y simbolizando el sentido medio, añoñado y cobarde de nuestros pseudo-intelectuales y pseudo-honrados. Un curro de Almería canta pomposamente coplas y más coplas que cosquillean los sentidos, pero que dejan amodorrado el corazón. Un curro granadino, medio tahúr, medio hombre, fusila estudiantes, se adueña de una provincia y tiene la eficacia suficiente para abrir las puertas de la cárcel a los asesinos que militan en su facción. Y el gladiador de Pomares, y la niña de Málaga, y la bayadera de Cádiz, y el estadista de Cabra, y el retórico de La Carolina, son las glorias nacionales, porque toda la nación es una Arabia poblada de camellos y sin ninguna fuente de agua cristalina donde vaya a beber el corazón cansado.

La tragedia de los campos andaluces es nuestra suprema tragedia. El señorito, con la tierra, adquiere el dominio de los hombres, las riendas del Poder y los aplausos de los circos. El señorito mata al campesino de hambre, pero le lleva a Marruecos, le presta una guitarra, le abre una timba y le da una corrida los domingos y fiestas de guardar. Le cierra la escuela a cal y canto, pero le pone de patitas en Cádiz para que emigre. Le llena los oídos de música ratonera, y le encharca el corazón con imágenes de lascivia, y le quema la piel con el resol de las lomas secas; pero le deja una guitarra y un puñal...

Estos cantos, estos polos, estas seguiriyas, estas poliaeñas, estas tonás, que brezaron la cuna de nuestra Restauración y de nuestra *saguntada*, de nuestros aristócratas castizos y serranos, serán pronto, si no sabemos evitarlo, los cantos de nuestra mortaja.

España (24-06-1922)

Isabelita Ruiz

Mi amigo Rafael Solís, el distinguido redactor del «Heraldo», que goza de gran predicamento entre los coristas de casi todos los teatros, está muy preocupado con los bailes de la saladísima Isabelita Ruiz, a la que ha calificado nada menos que de cubista, de pirandeliana y de otros excesos. Y así, anoche tuve el buen humor de contemplar los bailes de la gentilísima danzarina, en el teatro Romea. Ni cubista, ni pirandeliana, querido Solís, sino española, y madrileñísima, y casticísima, y muy antigua, y muy moderna, Isabelita Ruiz. Baila muy bien, y como baila muy bien, imprime un sello pasional a su ritmo, que lo va creando todos los días un poco, al compás de la música.

El baile, que primitivamente debió ser una ceremonia religiosa para calmar, aplacar y sonreír a los dioses, tiene mucho de ceremonioso, de solemne y de ritualista. Isabel, que no debe picar demasiado en estas sutilezas, baila porque sí, porque se lo pide el cuerpo, y también el alma, no danzas extrañas, sino danzas suyas, muy sencillas y muy transparentes, porque todo es claridad y gracia en esta chiquilla. Pero claridad y gracia españolas. Recuerda los contrapases de la Gitanilla, en la calle de Toledo. Y el juego de brazos de Pastora Imperio. Y la elegancia naturalísima que tuvo –pues ahora se va amanerando un poquitín– la simpar Argentinita.

Isabelita Ruiz, arbitraria siempre, tiene, naturalmente, una noción del ritmo, que parece tal vez demasiado personal a muchos, sencillamente porque es el ritmo de su figura extraña, esbelta, graciosa, espigada y distinguidísima. La belleza de Isabelita es de matiz, de silueta y de detalle. De matiz, de lo que los franceses llaman «nuance», porque allá, en París, ha aprendido la muchacha que es el tono lo que salva siempre en los conjuntos, el no llamar demasiado la atención hacia lo que quiere llamarse. De silueta, porque Isabelita sabe que no se han hecho solamente las piernas y los brazos para bailar, sino el cuerpo todo, con la cabecita, y con los ojos, y con la boca, y con la nariz, y con el «aire». De detalle, en fin, la gracia de Isabelita, que viene más que bien enjoyada de Buenos Aires, porque ha aprendido que cada danza tiene un momento, y este momento es el que sabe fijar siempre y destacar prodigiosamente en la memoria del espectador.

Vea, pues, nuestro querido compañero Rafael Solís a lo que queda reducido el pirandelismo y el cubismo de la señorita Ruiz. A lo sumo, el baile de Isabel será muy «isabelista», elogio el más discreto a que puede aspirar todo cultivador del arte. Muy «isabelista», porque recuerda siempre otros ritmos suyos y otros momentos también suyos. El pretendido exotismo de Isabel es muy de la Cava Baja, muy de la Plaza de San Andrés o muy de la calle de la Encomienda.

Contemplad las fantasías de una chulilla cuando baila a su gusto o con una pareja que sabe lo que se trae en cualquier baile dominguero de barriada. Y no os extrañará que Luisita Quirós, que Copelia, que Isabelita Ruiz, hayan salido de la entraña de los distritos del Hospital, de Chamberí o de la Latina, sin haber oído jamás hablar del cubismo ni hablar de Pirandello.

El Adelanto[196] (05-11-1924)

Pepe Romeu

«La muerte del ruiseñor», la deliciosa comedia dramática de mis excelentes amigos Leopoldo López de Sáa y Miguel Contreras y Camargo, pretende ser una resurrección de la vida y del carácter del tenor roncalés Julián Gayarre. Pero en la fábula que les ha servido para trazar la trama, no todos los accidentes de olla se ajustan a la verdad.

[196] Un año más tarde, en 1925, Sánchez Rojas publicaría, también es este periódico, otro artículo, más reducido, con este mismo título dedicado a esta artista y bailadora española (O.C. Tomo II, página 218).

Así, por ejemplo, Gayarre no se casó nunca; no tuvo –jamás– tiempo de casarse. Si dejó en el Roncal mozas enamoradas con la esperanza de su retorno, Julián lo disimuló muy bien, enredado siempre con las contraltos y sopranos de turno. De lo que sí ha quedado recuerdo en los escenarios es del amor de Julián a los suyos.

Impuso a su padre en el «camerino» y trató a patadas a los empresarios que se lo censuraban. La amistad de Julián Gayarre con Marcos Zapata, el autor del libreto de «El Anillo de hierro», fue también muy conocida y comentada en los escenarios de la época. Gayarre, finalmente, murió de una «grippe» vulgar que se manifestó cantando y quebrando, por primera vez, sus notas viriles y robustas, en aquella suavísima confesión de artista:

Oh, santa poesía,
tu sei'l bisogno
dell existenza mía![197]

Pero con todas las licencias que se han tomado los autores para aderezar y condimentar «La muerte del ruiseñor» –que aplaudiréis esta noche en el Liceo– el Gayarre de mis amigos, interpretado maravillosamente por Pepe Romeu, se parece bastante al que trataron, conocieron y aplaudieron nuestros padres, de estudiantes, desde el paraíso del Real. Hombre rudo, llano, sincero y demócrata, «Don Julián», como se le llamaba respetuosamente en el teatro, no se mareó nunca con el vértigo de las alturas, ni olvidó su valle natal, que no es de rudos campesinos, sino de campesinos inteligentes, porque hace ya más de treinta años que no se da un caso de analfabetismo en los habitantes de aquella comarca.

Todos los años visitaba el Roncal, Gayarre, y todos los años, por el Pilar, cantaba la Salve en Zaragoza, en honor de la Virgen de los Aragoneses. Y para las obras de beneficencia, el primer óbolo era siempre el de don Julián, espléndido y generoso como un príncipe, y no había pobre, enfermo o desvalido a su lado que no sintiese en el acto el apoyo de su protección, y el mimo caricioso de su amistad.

Pepe Romeu, actor y cantante en una pieza, es, tal vez, el único artista español que puede revivir por unas horas en el teatro la figura del excelso roncalés. Sobrio y justo de ademanes, canta además maravillosamente las mismas jotas que Gayarre, de mozo, cantaba a la reja de la mujer amada:

Al león, con ser león,
las horas le rinde el sueño,
¡Y yo, criatura humana,
de pensar en ti, no duermo!

Y con las jotas, los fragmentos líricos que le dieron a Gayarre renombre eterno...

Pepe Romeu es un actor de emoción. Dice muy bien, canta muy bien y siente lo que dice y lo que canta. En el pasado mes de Octubre, el «todo Madrid» que caricaturiza «Bon» y que conoce de vista «Monte Cristo», pasó por los palcos y butacas del teatro Cómico, rindiendo a mi amigo y tocayo Pepe, un devoto homenaje de admiración y de respeto. Es de suponer que el público tan sensible a ratos, de Salamanca, refrende también la fama de esto joven actor y cantante, que se despidió de Madrid con el amor despechado de una dama que, furiosa tal vez, no por visitar la Vicaría, quiso depositar graciosamente sus rencores en el Juzgado de guardia, promoviendo escenas de tragedia que tuvieron un divertido desenlace de sainete.

El Adelanto (11-12-1924)

Angelina Bretón

Angelina Bretón luce un traje muy lindo, que remata en puntillas, un escote muy agradable, una deliciosa melena, unas medias color de rosa y unos zapatitos grises de tacón muy alto. Delgadita, menuda, fina, sonriente, muy ágil y muy espiritual; la gentil muchacha ensaya nuestro

[197] Tomada del aria de Fausto (ópera Mefistófeles de Arrigo Boito cuya estrofa completa dice: "Ah! Voglio che questo sogno / Sia la santa poesia / E l'ultimo bisogno / Dell'esistenza mia." ("¡Ah! Deseo que este sueño / Sea poesía sagrada / Y la última necesidad / De mi existencia")

couplet [sic] con Gerardito Gombau. Los ojos negros giran de acá para allá, rápidos e infantiles. Yo no les dejo trabajar. E interrumpo el ensayo a cada momento:

– Yo la conozco a usted, Angelina. Y no sabría precisar de dónde.

– Y yo a usted también.

– ¿Del Colonial, acaso?

– Del Colonial, no, hijo.

– Pues de otra parte, y de Madrid.

– O de fuera de Madrid.

– ¡Somos cosmopolitas, Angelina!

– ¡Indudablemente!

Gerardito Gombau se pone nervioso. Teme por nuestro couplet como una madre teme por el hijo que acaba de escaparse del hogar. Pero yo, tranquilo, seguro del regazo y del mimo de la gentil criatura para con nuestra canción, fumo sin cesar.

– ¿Coñac? –insinúa Gombau.

Bebo y ofrezco:

– ¡Señorita, una copita!

Angelina toma su taza de café cargado; enseñando una lengüecita roja que se asoma por los pliegues rojos de una boquita de piñón, capaz de trastornar a una mente tan equilibrada como la de Gerardo Benito Corredera, pongo por mente. Angelina es todo una señorita bien; sé dijera educada en un colegio dé monjitas francesas, gangosas, y remilgadas; sus ademanes sobrios y distinguidos; su conversación, cordial y encantadora.

– Ese apellido, Bretón ¿es salmantino?

– No, hijo. Mi abuelo fue hermano de don Manuel Bretón de los Herreros.

– ¿El autor de «La escuela de las casadas» y de «El editor responsable»?

– Él mismo, ¿qué ha creído usted?

– Excelente barbián su pariente, Angelina, y de un genio de mil demonios.

– Sí, ya lo sé. Y era un liberalote tío Manuel.

Gerardito interrumpe:

– ¿Vamos con el estribillo?

Y Angelina, con un chorro de voz dulce y briosa, al mismo tiempo, dice el estribillo de la canción:

Las morenas y las rubias
han dejado el Manzanares
por el Tormes...

Interrupción:

– ¿Y por qué quebró usted el verso, Rojas?, me pregunta Angelina.

– Yo no lo sé. Tal vez pensando en la música.

– Pues ha salido mejor –asevera Gerardito.

– ¡Ya lo creo! –ayuda, galante, Angelina.

Y yo que sé, por experiencia, que los versos, se hacen un poco inconscientemente, no de suerte distinta a como los chavales hacen el amor, sonrío y continúo fumando.

Ahora evocamos, con Angelina el mundillo de las varietés, sus estrellas, sus constelaciones, sus cupleteros y hasta su eclipse actual. A Jenaro Monreal, el baturro, con su carota de sacristán, y a Rica, el bilbaíno, con su brillante claro y pequeñín, y a Pepito Landeira escribiendo de oído «Celitos»: ¿Y las estrellas? ¿Qué es de Lolita Astolfi? ¿Y de Isabelita Ruiz? ¿Y de los ojos verdes de Pastora?

– Pastora es prima mía –insinúa Angelina.

Y Angelina nos cuenta anécdotas de su vida artística, mientras la tarde declina dulcemente. Tenemos ante los ojos la fachada de Monterrey. Monterrey, antes rojo, se torna pajizo y después negro. Nuevos ensayos del couplet. Enseguida ha salido matizado. Angelina sabe infundirle una vida, una gracia y una expresión que solamente tiene en sus labios. Si nosotros somos los papás de la canción, Angelina es la mamá linda que le nutre pródigamente antes de nacer.

– Yo no voy al teatro mañana, Angelina.

– ¿Por qué?

– Porque no.

– Irá.

– Aseguro a usted que no.

– La silba o el aplauso para ustedes dos: para Gerardito, que dirige, y para usted que lo canta tan bonitamente.

Regaños de Angelina. Protestas de Gerardito:

– ¡Tu saludas por los dos desde la orquesta!

Continúa la charla, ya casi en la penumbra.

Angelina, con su gracia simpática, y risueña, se me antoja una linda colegiala que está ensayando al piano con unos excelentes camaradas. Prosigue el diálogo discreto, suave y, fraternal. La sobrina de don Manuel Bretón de los Herreros, escucha ahora varias tonadas salmantinas. Hay una que la subyuga. Gerardito la tararea al piano:

A la mar se van los ríos
paloma revoladora,
no pongas el pie delante,
deja que ruede la bola
¡y al aire!

– ¿Por qué no me hacen una canción a base de ese aire tan bonito? La cantaré en mi repertorio.

Gerardito promete; yo también.

– Pero a usted se le olvida todo –interrumpe amonestándome–; si no me hace esa letra antes del doce, le pego.

– Pero a cambio de un cachete de usted, Angelina –insinúo– soy capaz de hacerle mil canciones. A canción por cachete. ¿Trato hecho?

No me pega Angelina. ¡Cosa lamentable! Las mujeres –ha dicho en una profunda sentencia el maestro Arniches– sólo pegan cuando están en punto como la cola.

Reímos. Salimos los tres los mejores amigos de la tierra. Vistas de cerca estas muchachitas, parecen como son: excelentes, trabajadoras y humildes. Vistas de lejos, como las ven estos terribles Don Juanes provincianos, a través del rimmel [sic], de los polvos de arroz y del agua oxigenada, parecen unos diablillos tentadores y peligrosos. La señorita Bretón, de gloriosa estirpe, es una muchachita soñadora y romántica, capaz de inspirar, en los tiempos que corremos, una fuerte y honda pasión al que sepa lucear en sus ojos parlanchines con discreción, con inteligencia y con dulzura. Acaso añora el hogar esta criatura con más fuerza que las candilejas.

El Adelanto (11-09-1925)

Marcos Zapata o la restauración

En el teatro, la reposición de «El anillo de hierro»[198]. Rodolfo, Margarita, el fraile, el barón, son antiguos conocidos nuestros. El preludio del tercer acto sigue deleitándonos como cuando éramos niños. La letra, en cambio, nos hace sonreír. Es mucha suerte impía, mucho arcano misterioso, mucha bonanza, mucho surco del mar bravío, mucho dueño amado y mucho loco frenesí.

Es la cursilería romántica de 188... Pollean Canalejas, y Francos, y Luis Monote. El duque de Osuna se ha quedado sin una peseta. Angelita Medinaceli recibe a los magnates y escritores en su palacio de la calle de las Cortes. Clarín, un pollo, comienza a escribir con Palacio Valdés, burlándose del Ateneo, de los mosquitos líricos y de los peces de color. Cristino Martos, mujeriego, feo e ingenioso, es el encanto de las damas. Emilio Castelar cobra dos mil pesetas por cada una de sus correspondencias a los periódicos americanos. Valera lee a Bembo y al Aretino. Doña Emilia –una chiquilla– compone, de recién casada, sus primeros cuentos. Fernán Flor dirige «El Liberal». Alfonso XII pela la pava con su prima María de las Mercedes en un bello patio de Sevilla.

Mil ochocientos ochenta y tantos. Don Pedro Antonio de Alarcón viaja por Nápoles; Pereda sale diputado carlista por Santander; don Marcelino es nombrado catedrático de la Central. El teatro se alimenta de la hoguera de López de Ayala y de los primeros destellos de Echegaray. La

[198] Zarzuela dramática con música de Pedro Miguel Marqués y letra de Marcos Zapata, estrenada en Madrid el 7 de noviembre de 1878.

restauración luce su buen tono, con sus duquesas –algo manolas– tocadas de mantilla, con sus condes sometidos a Cánovas del Castillo, con sus generales pendientes del humor de Martínez Campos, que fuma cigarros de hedor insoportable.

188... Nuestros padres pollean y comen callos en los callejones del tío Lucas, en lo que es hoy la calle de Sevilla; nuestras madres, con su polisón, se dejan arrullar por el Retiro y el salón del Prado. Querol piensa en su dulce Mary valenciana:

Siempre el sincero amor fue poesía,
siempre el que ama es poeta,
pero, ¿quién, oh, María,
entre conceptos pálidos sujeta
la inspiración fugaz?
::
Bulle la fuente con tu blanda risa,
da la rosa el perfume que tú exhalas
y cuando por mi sien cruza la brisa
siento que son las plumas de tus alas [199]

Federico Balart dice a su murciana Dolores:

Llevo en un relicario colgado al cuello
tu retrato y un rizo de tu cabello,
y sobre esas reliquias de mis amores
la imagen de la Virgen de los Dolores,[200]

palabras de amor junto a la ermita de la Virgen de la Fuensanta; Pepe Zorrilla huye a Palencia y a Valladolid acosado por los acreedores, y Mariano de Cavia escribe sus primeras crónicas y se coge sus primeras borracheras.

Todo el prestigio de España se compone de parejas. Hay los posibilistas de Castelar y los federales de Pí. Hay los admiradores de Calvo y los entusiastas de Vico. Unos votan por Lagartijo y otros por Frascuelo. En la monarquía turnan pacíficamente el malagueño voluntarioso y el riojano burlón y sensual[201]. Y Galdós se pelea con Pereda, Antonio de Valbuena con el conde de Cheste, Paca la malagueña con Pepa la sevillana y las coristas de Eslava con las figurantas del Pasaje del Alhambra.

«El anillo de hierro»... Marcos Zapata, con su capa española, su rostro cetrino y espigado y su perilla en la faz, compone versos románticos y adora en la persona de Julián Gayarre, su amigo y protector en los momentos difíciles. Muere Ventura Ruiz Aguilera. Don Ramón de Campoamor es señalado con el dedo por las mujeres guapas cuando regresa al anochecer Carrera de San Jerónimo arriba, a la librería de su amigo don Fernando Fe... Alfonso XII llora la viudedad de Mercedes. Los niños cantan en las plazas solitarias el romance de la reina morena y enamorada:

Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid...

He aquí el Madrid, lectoras y lectores, de «El anillo de hierro».

El Adelanto (07-01-1926)

Las chicas del Olimpia

Novedades y novedades encantadoras las del teatro Olimpia. Las *Girls* que nos trae a Huesca el amigo Carceller son realmente unas *girls* extraordinarias. Se ha cantado la gracia y la distinción de Elenita Cánovas del Catillo; en América y en España son populares su figurita exigua, sus ojuelos picaros y su gesto de duquesita del siglo XVIII. Merceditas García Martín, madrileña –Elenita es murciana– es, en cambio, una damita de un ser francés que oye trovas galantes

[199] Vicente Wenceslao Querol. *A María*.
[200] Federico Balart. *Resignación*.
[201] Antonio Cánovas y Mateo Sagasta respectivamente.

en un jardín versallesco. Odette Vanda es una parisién con sangre húngara, polaca o rusa, que tiene unos ojos que son la atracción del abismo. Consuelito Nieto es una barbiana goyesca que puede haber nacido en la calle del Olivar, y Aurea Bengoechea es una santanderina bien señoril, traviesa y dúctil y maleable como el mejor de los metales.

Y todas las demás, Adelita Adriani, las hermanas Beza, Pilar Muñoz –con un lunar en el mentón que enloquecería a un Padre del Desierto– y Mariana Aranda, son, también, algo serio y extraordinario. Es el conjunto más bonito de señoritas que hoy puede verse, no ya en Huesca, sino en toda España. Han hecho muchas tournées y han llenado de humo muchos corazones. Es bastante extraño que el salón –el bello salón del Olimpia–, no estuviese anoche completamente lleno.

Pero lo estará hoy, digo, en las dos sesiones, y mañana. Porque es seguro que la empresa se verá obligada a prorrogar el contrato por un día más. En este caso, yo he prometido a estas lindas amigas mías que daré una conferencia sobre el skect[202], apunte o impresión de conjunto, comentario lirico de un amante dramático, presencial o simplemente galante, y yo les diría a los oscenses lo que hay de femenino y de poético en estos conjuntos que son el *clou*[203] de los escenarios de Londres y de París, de Roma y de Petrogrado a la hora de ahora.

El Diario de Huesca (11-04-1926)

Fermina Atarés

Antes que vosotros, queridos señores del Casino Mercantil de Zaragoza, he oído yo a Fermina Atarés. Con desconfianza primero, con interés creciente luego, con emoción y completamente subyugado y vencido al concluir. Un ballet de Debussy, ligero y plácido, y cristalino, y aniñado, y una fantasía de Listz[204] donde muestra sus dotes de virtuosa, y la divina Córdoba, sensual y morena, del maestro Albéniz, que añoró a España desde los canales venecianos, y no sé qué más. La gentil señorita Atarés, con su melena, con sus ojos negros y soñadores, contaba los secretos de su alma ante un magnífico piano Gaboreau, el del Casino Oscense, durante una mañana tibia y primaveral. Ricardo del Arco y yo éramos los dos únicos confidentes del piano. La línea zarca y azul del Pirineo sonreía a lo lejos. Y la señorita Atarés, de propina, y fuera de programa, nos regaló con la canción del Solvej [sic] del extraño Grieg[205].

¡La canción del Solvej! ¿Recordáis? Es la primavera de la nieve. Sobre la nieve que no sobre la arena, brotan también flores. Despierta el corazón, y de madrugada, cuando huyen los luceros, el corazón recuerda a la amada… Decía las ingenuas, las candorosas frases del noruego la señorita Atarés sencillamente, poniendo todo su corazón en los dedos. Vestía la amada de blanco y llevaba azucenas en la cabellera rubia. «Oye, niña; yo siempre te seré fiel –susurra la canción noruega– siempre, siempre. Vendrán días amargos y te buscaré de almohada; vendrán días alegres y pondré pámpanos sobre tu cabecita rubia». ¡La canción del Solvej! Y nuestro espíritu se inundaba de candor como ante un romance de corros de niños o ante una balada de Heine.

La señorita Atarés, señores del Casino Mercantil de Zaragoza, es una linda baturrica del Alto Aragón. Para mí eso quiere decir una muchacha fina, inteligente, sagaz, recatada y femenina. Es el aire del Pirineo el que orea su espíritu desde la infancia. Tiene la señorita Atarés –y yo no sé hacer mejor elogio, y tratándose de ella no quiero hacer otro– más espíritu que técnica, más sentimiento que virtuosismo. Este vendrá con sus trucos después. Pero su espíritu flota libre de toda suerte de ligaduras. ¡Oídla vosotros con la misma unción con que yo la escuché ayer en esta querida ciudad de mi destierro!

El Diario de Huesca (18-04-1926)
El Adelanto[206] (20-04-1926)

[202] Sin duda quiso decir *Sketch*.
[203] Del francés, *clavo* o *uña*. Lo mejor, la atracción de un espectáculo.
[204] Por Liszt
[205] Edvard Hagerup Grieg (1843 – 1907). Compositor y pianista noruego, uno de los principales representantes del romanticismo musical, autor, entre otras de «La canción de Solveig»
[206] En *El Adelanto* su título fue «Sánchez Rojas en Zaragoza».

Una teoría sobre Fleta

El día 6 de Marzo del año pasado, oí por primera vez, en Huesca, las jotas populares aragonesas que cantaba, a pulmón abierto y a las ventanas de las muchachas más bonitas, una rondalla estudiantil que celebraba la víspera de Santo Tomás de Aquino.

La noche era espléndida y la luna plateaba las cumbres de la Sierra de Guara. Allí, sobre el Coso, al lado de la casona de los Vistahermosa, una voz, que era mimosa y varonil al mismo tiempo, dijo no sé qué ternezas de los ojos de una María Teresa y, poco después, un coro de estudiantes glosaba la copla del cantor enamorado, entre un torrente de armonías cálidas y pastosas, al mismo tiempo que los guitarricos sonaban alegres y bravíos, rompiendo el silencio de la ciudad dormida.

Las voces sonaban a maravilla y el alma masculina de Aragón, antes mandato que súplica, protesta primero que resignación, se desgranaba, espléndidamente viril, en aquella ronda improvisada de amorosas joticas, dichas con fiereza de pasión que no quiere ni sabe contenerse.

He aquí –pensaba yo– el verdadero solar de la jota. Empieza más allá de esa sierra, en la hondonada del valle del Roncal, y acaba en las riberas del Cinca, entre Monzón y Fraga, para abandonar las aguas de Lérida, besar las agujas del Montserrat y perderse entre cantos de payeses, Gerona arriba, y sepultarse en los primeros valles del Pirineo catalán.

En el Roncal se orea el pecho de Julián Gayarre y los pulmones prodigiosos de Miguel Fleta, son el parto natural de Albalate, que produce laringes extraordinarias, no de otra suerte que en Fraga se crían higos y manzanas sabrosas en Binefar o en Egea de los Caballeros. Hipólito Lázaro, y Sagi Barba, y Conchita Supervia, y María Barrientos, bebieron también, en su infancia, del manantial pirenaico.

Este Pirineo, tímido y encogido en Guipúzcoa y en Navarra, se expande a sus anchas en el Alto Aragón, conformando las cuencas y los valles, a los que lleva el aire de sus cumbres y resina de sus pinos. Tal vez –sigo pensando– el Pirineo produce naturalmente divas y divos; los menos llegan a la gloria; los más se exhiben de tarde en tarde en estas ingenuas rondallas y en el silencio de las sierras, y en los precipicios de Benasque, y en los picos de la Maledetta, y entre las nieves de Hecho y de Ansó, se reclutan con gentileza entre pastores y contrabandistas.

La jota, que comenzó siendo baile, salto, ejercicio físico, esto es, «sota», para trocarse en canción, es aragonesa, de la montaña de Huesca, que no de Zaragoza ni de Teruel, aunque se adopte en estas dos provincias lo mismo que en Navarra y en Valencia. La jota de las Cinco Villas o la de Jaca, es siempre más vieja que la del Torrero o que la del Albañil: Miguel Fleta, que a la jota debe todo su renombre, cuando se presentó en Zaragoza, eclipsando a José Moreno, a Juan Pardo, a Isabelita Muñoz y a Julia Garcés, debe, como Gayarre, todas sus facultades a este Pirineo, que le ha dado esos pulmones y esa laringe.

Hasta aquí mi teoría sobre el divo aragonés, adivinada en Huesca, durante una noche de Marzo, templada y risueña. Hace días, en una reunión, le preguntaba yo a Fleta:

– Y de pecho ¿cómo anda usted?

– Tengo 101.

Y me lo expliqué todo, y subrayé para explicar algún día con todo detenimiento cómo la voz que no da el Cinca no pueden prestarla Nápoles ni Milán.

El Adelanto (20-04-1927)
El Diario de Huesca (23-04-1927)

La guitarra en España

Con las cuartillas que van a continuación, Pepe Sánchez Rojas hizo el sábado, por la noche, en el teatro Moderno, la presentación al público salmantino del formidable artista de la guitarra José Mora Romero. Dice así Sánchez Rojas:

«Señoras y señores: La guitarra es el instrumento musical español por excelencia. Hay la guitarra, a la que los romanos llaman guitarra hispánica, y la vihuela de nuestros poetas cortesanos, y el sistro, y el guitarrico baturro y riojano. Hasta la técnica, hasta el procedimiento de tocar la guitarra parece que es cosa oriunda de nuestra raza, de nuestro suelo y hasta de nuestra misma sangre. Y el «rasgueado» es cosa española, como lo es el punteado, que inicia aquel

famoso fraile guitarrista, Fray Basilio, que da lecciones a la reina María Luisa, esposa del dos veces coronado Carlos IV, punteado en el que culmina después Dionisio Aguado, y en nuestros días, músicos famosos que son de todos vosotros conocidos.

La guitarra tiene su época de esplendor, desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX. Es la compañera inseparable más que del sentir popular de la canción académica, de la rima de salón y del madrigal tierno y tembloroso, dicho a flor de labio en los oídos de las damas. Hace competencia a la clave en los palacios y en los estudios de los poetas y no se encanalla hasta los primeros años del reinado de Isabel II.

Y se encanalla después, no porque el pueblo la acoja y la haga suya, bien para servir de instrumento de rondas en el Norte y de madre del canto flamenco en Andalucía, sino porque pierde su prestancia aristocrática, aplebeyándose en las ferias para cantar crímenes, servir de ilustración malsana a truculencias de taberna y a confidencias de cuadras de presidios. El guitarrista se convierte de artista selecto en pobre juglar de burdel.

El eclipse dura poco en realidad y la guitarra recobra su abolengo de instrumento completo y exquisito, esplendísimo, que hace competencia al órgano, reclamando el comentario sabroso de un romance o un madrigal.

Julián Arcos es el primero que, desde su retiro de Almería, descubre todas las movilidades de que es capaz la guitarra en los tiempos que corremos. Sus polcas y sus rondas recorren en triunfo todos los escenarios españoles. Desprecia la guitarra flamenca, que acaso por ser más estrecha de caja que la guitarra corriente, es de suavidades más apagadas, y arregla para su instrumento los más ingenuos y sencillos cantares populares. Y Cano, el cieguecito de Lorca, amigo de Sixto, de Tamames, de Alfonso XII, transcribe a las cuerdas las óperas italianas más en boga y enseña fuera de Europa las modalidades de Arcos.

Sort y Tárrega culminan más tarde. De ellos es hijo espiritual con Llovet, con Segovia, con Fortee, con Pujol, con Sainz de Maza, este querido amigo José Mora Romero, tan sencillo, tan modesto, tan artista, tan lunario, tan enamorado de su arte y tan exquisito en su dicción que esta noche se presenta ante nosotros.

Oyéndole, no ha muchas noches, en una reunión íntima, un delicioso minuetto de Beethoven que aparece por cierto en el programa de la segunda parte de su recital de esta noche, me recordaba, no sé por qué, la sombra de Segovia, otro gran artista como él. Pero no sé por qué prefiero en aquel momento el arte de Mora Romero al de Segovia. Segovia, acaso, sabe más. pero indudablemente siente menos. El minuetto de Segovia es evocación, pero el de nuestro guitarrista de Huelva es creación.

No recuerda a nadie. Su comento tan gracioso y tan elegante, que nos hace pensar en los jardines simétricos de Lenotre[207], y en los abates casquivanos, y en las marquesitas rubias, y en las delicias de la corte del Rey Sol, y hasta en los besos tímidos de aquella cojita que se llamó la Pompadour, es una evocación personalísima, tal vez un poco arbitraria, pero no lo consagrada y cristalizada en las estampas ñoñas y en los libros y muebles de la época. Con ese minuetto hace Segovia una crónica de sociedad y nuestro Mora Romero un romance suyo, que él sólo sabe decir y él sólo sabe cantar.

Mora Romero, no sólo conoce los secretos de la guitarra, sino también los del órgano. En sus peregrinaciones artísticas por las viejas ciudades españolas que visita, plácele encerrarse en las iglesias para llenar de armonías inefables los muros que saben oírlas con fervor. Hay en este romántico impenitente una inclinación a la plegaría, un sentido religioso, místico, que no le abandona nunca. Tocando, reza, y tocando, sueña. Su elegancia estriba precisamente en su precisión y en su cautela. Pero estas dos calidades de su temperamento artístico, le descubren y le definen bien. Ni dice más, ni dice menos de lo que quiere decir. Sabe que la sencillez no es la trivialidad y mucho menos el virtuosismo.

Lo que en él acaba siendo parto de la inspiración, ha pasado antes por el tamiz del estudio, del forcejeo, para encontrar la sonoridad justa y la vibración exacta.

Fijaos, por ejemplo, en la «Romanza sin palabras», de Mendelshon, que le oiréis al remate de este concierto. Decidme si cabe más honradez musical en la ejecución.

Mora Romero forma parte del estado mayor de nuestros grandes guitarristas españoles. Rehuyamos de comparación; cada artista, si lo es verdaderamente, tiene su matiz inconfundible.

[207] André Le Nôtre (1613 - 1700). Jardinero del rey Luis XIV de Francia, encargado de diseñar, entre otros, los jardines del palacio de Versalles.

El matiz de Mora Romero es el de la sencillez emotiva. Oculta coquetonamente las dificultades con que tropieza para darnos la sensación de que su técnica es hija de su trabajo, sí, pero su trabajo pasó inevitable para descubrirnos su alma.

He dicho ya, hablando de este artista, que cuando interpreta a los demás se interpreta un poco a sí mismo, y ese es el elogio más grande que de su arte puedo haceros y sé haceros. De la fiesta de esta noche os quedará –estoy seguro de ello– un perfume en el corazón, porque Romero no viene a sorprendernos con sus condiciones excepcionales de ejecutante, sino a descubriros su alma en un momento musical, dando a frases que todos habéis oído calores de intimidad, de ternura, de mimo, de delicadeza que antes de él no habéis percibido, y que, después de él, no podréis olvidar jamás.

El Adelanto (16-08-1927)

Ofelia de Aragón

Después de cuatro años de ausencia por tierras argentinas y uruguayas, ha tornado a su casa solariega entre nosotros la gentilísima Ofelia de Aragón[208]. Aquí donde apenas bastan unos días para que el público olvide a sus artistas más queridos y celebrados, cuatro años no han servido, en este caso, para otra cosa que para darnos perfecta y cabal cuenta del vacío que dejaba en nuestros escenarios la saladísima soprano aragonesa. El milagro tiene, sin embargo, una explicación elemental. Ofelia sabe cantar, y canta muy bien. Su voz pastosa y vibrante, clara y robusta, voz de mañica que pone en el cantar su alma y en el alma la variedad más rica de matices y de tonos, tenía que ser añorada necesariamente ante la serie de maullidos, más o menos elegantes, con que nos han aporreado las pecadoras orejas durante su ausencia. Parece lo natural que una muchacha que se dedica al teatro sepa cantar, y, sin embargo, es un mirlo blanco la que canta. Ofelia, que ha sacudido los nervios de los españoles con sus jotas navarras y baturricas, que recuerda y evoca en los que ya vamos entrando en los umbrales de la madurez las jornadas gloriosas de su paisana Lucrecia Arana, vuelve a España en el momento preciso en que los cantos regionales comienzan a decaer precisamente por carencia absoluta de cultivadoras competentes y entusiastas.

Vuelve Ofelia de la Argentina más ágil, más fina y no digo que más guapa, porque los piropos en mis labios, tratándose de ella –una muchacha cordialísima y leal– apenas si tienen valor alguno. Vuelve seguramente con plata, porque, hormiguita previsora, sabía muy bien que si no pisaba el charco, a pesar de sus talentos, España es un país donde la gloria no nos pone a cubierto de los rigores y de las escaseces invernales. Otra cosa ha ganado también Ofelia en su excursión por América: su conocimiento del tango. Oyendo los que trae, es cosa de sostener y hasta de afirmar que estas canciones sensuales, lánguidas, que parecen nacidas al contacto del gaucho con el cliente del *cabaret*, se cocieron antes por estas latitudes y en nuestra solera. No sé si es que Ofelia españoliza todo cuanto canta, que, mujer de raza al fin, se ha hecho más baturra en la capital platense que lo fuera –y lo era verdaderamente– entre nosotros; pero es indudable que sin la interpretación personalísima y maravillosa de Ofelia de Aragón, los tangos, con sus pegotes y modificaciones cosmopolitas, son españoles, y bien españoles, del mismo modo que la sanjuanina se me ha antojado siempre un buen cantar de moda de los campos de Castilla.

Y ya Ofelia en su Madrid, no quiere ni sabe permanecer ociosa. Habla de formar una Compañía a base de revistas y de cantos regionales; habla de marchar a provincias; habla de debutar en Madrid en esta segunda fase de su carrera artística. ¿A qué espera Ofelia para decidirse? ¿Qué la hemos hecho nosotros para que no se decida de una vez? El teatro de variedades; la canción regional, están pasando en España por una crisis grave y honda, y la gentil soprano aragonesa tiene el deber de remozar sus laureles, siempre llenos de verdura, y de prestar el calor de su decoro artístico y de su voz maravillosa a un arte, del que se han apoderado las gatitas de todas las castas, para agriarnos nuestras escasas horas de ocio con sus maullidos inarmónicos y guturales.

Mundo Gráfico (17-04-1929)

[208] Nombre artístico de la aragonesa Jacinta Roy Yagüe (1888-1980), cantante de jota y cupletista.

Ofelia de Aragón reaparece en nuestros escenarios.

Con un trabajo señorial –que tiene sus dejos y retoques de traje de manola– ha vuelto a representarse ante el público madrileño, después de su larga ausencia por tierras americanas, nuestra gentilísima Ofelia de Aragón. ¿Necesitamos decir que el público acogió a la primera figura de nuestras canciones populares con el más unánime aplauso y con la simpatía más fervorosa? Artista y público volvieron a ser la noche del miércoles en los jardines del buen Retiro los buenos y leales amigos de siempre. Ofelia vuelve de América más remozada y fresca; su timbre de voz, tan pastoso y tan grato, gana en bríos y en modulaciones cada día; su vestuario es, sencillamente, lindísimo y fastuoso; su figura gana en arrogancia y su voz… ¿Qué diremos de la voz de Ofelia; que el público del Buen Retiro no se dijera?

Breve fue la actuación de Ofelia; pero fue inolvidable. Un saludo a España, brioso y entusiasta, que fue subrayado por una ovación clamorosa. Y después, tres tonos de jota, tres joticas de moda, cantadas como sólo puede y sabe hacerlo esta baturra de pura cepa.

Aseguramos a Ofelia de Aragón éxitos continuados y repetidos, lo mismo en Madrid que en provincia. Tenemos por seguro que las Empresas se la disputarán, y que la genial continuadora del arte bravo y varonil de Lucrecia Arna –también aragonesa, como Ofelia– va a concluir por completo con el aburrimiento que se ha apoderado de nuestros espectáculos de varietés.

Heraldo de Madrid (16-08-1929)

Varietés

Estos días –ya con el pie en el estribo para esa roja y querida Salamanca– con la tertulia disuelta, con toda la mañana –desde que sale el sol– en amoroso contacto con las cuartillas, el problema de las noches es verdaderamente trágico. El maestro Romero se ha marchado a Córdoba; Monterito Alonso –el premio nacional– sigue castigando chicas en Santander; Antonio Linares no sale de casa; nuestras compañeras de Negresco[209] –Custodia Romero, Perlita Greco– andan pensando, las muy morenas, en el modo de situarse durante el invierno. Desde que anochece camino solitario y bostezante como el espíritu de Garibay...

Así esta noche, durante dos horas y media seguidas, he permanecido sentado en una butaca del teatro Romea. Las hermanas, no sé cuántas, inglesas y huesudas... Una cupletista del viejo régimen. ¿Hay algo más absurdo que una cupletista, después de la guerra? ¿Hay algo más idiota, más deprimente para la inteligencia humana? Todos los currinches, todos los analfabetos de las letras han vivido antes con decoro y hoy con vilipendio, del llamado género ínfimo.

Coma usté
su bisté
que yo soy muy cañí.
Porque a mi,
una gachí,

etc., etc. Amontonad estupideces, ponedles música y obtendréis una canción.

Después de la boba cupletista que ha soltado por su boca, un poco desguarnecida, una legión de despropósitos, Pilarita Calvo. Yo no conocía a Pilarita Calvo, pero es una morenita deliciosa. Se enardece ante la danza como el pachón ante el rastro de la liebre. Es una criatura, todo ritmo y toda armonía. Ha danzado melodías de Isaac Albéniz, acaso el músico español que más me agrada –¡compases de Granada, de Córdoba, de Mallorca, de Asturias!– con una gracia celeste e inefable. ¡A qué divagaciones nos llevó la presencia de una hermosa mujer! Pilarín Calvo es toda España, interpretando a Isaac Albéniz. ¿Es sevillana Pilarín? ¿Dónde he visto yo sus ojos gachones y maliciosos, antes de ahora? ¿En la Alameda de Hércules, en San Lorenzo ante los pies del Señor del Gran Poder, diciendo una "saeta" a la Macarena en la calle de la Feria? ¿O fue en Córdoba una noche de luna? ¿Dónde he visto yo antes de ahora, Dios mío, estos ojos que bailan danzas de luz delante del corazón...?

[209] Café situado en la madrileña calle de Alcalá, observatorio del acontecer diario del Madrid de los años veinte y sede de numerosas tertulias de periodistas, escritores, poetas, pintores e, incluso, una de las primeras compuestas exclusivamente por mujeres.

Para final de fiesta, Ofelia de Aragón. Ofelia es muy amiga mía; me da paella casi todos los domingos; a su hotel de la Ciudad Lineal voy yo a dormir grandes siestas al jardín... Mañica efectiva ella, baturrico honorario yo, por impulsos del corazón que ama tanto aquella tierra como esa, somos los mejores amigos del mundo. Ofelia ha cantado ¡olés!, poniendo en ello toda su alma independiente, voluntariosa y bravía. He aplaudido a rabiar a mi amiga. El público, enardecido, entusiasmado, no ha dejado de aplaudir a Ofelia. Espero que la empresa del Liceo, para después de ferias, nos consienta admirar a la baturrica, que ha vuelto de la Argentina –¡ché!– cargada de brillantes y de trajes, fastuosos y magníficos. Decía Ofelia anoche esta jota:

La culpa la tuve yo
por entrar en la tu puerta,
tu madre por admitirme
y tú por estarte quieta...

Pero las "varietés" –querida Ofelia– lo mismo que la ortografía, que el beso, la forma política y que esos caballeros solemnes que lo mismo en tu Ricla que en mi Alba de Tormes se llaman diputados provinciales, están llamadas a desaparecer. Tú te sostienes porque cultivas la canción regional, aunque cuando dices alguna canción, te la firma Endériz, un poeta, o los Álvarez Quintero, dos poetas. Las varietés pasarán con las fregonas, sus cultivadoras. El ritmo huele a fregadero: a jabón malo, los compases...

¡Bostezo, Ofelia! ¡Me aburro! Mañana tendré que ir, por la noche, a tu hotel a cerrar los ojos, contar las estrellitas del cielo y dormirme en una tumbona, lejos de las cuartillas y de los hermanos cajistas. ¿Cantarás una jota para mí solo, mañica?

El Adelanto (05-09-1929)

"La Lola"

Oí la copla en el valle de Riotinto, una tarde de Mayo, entre Nerva y Zalamea la Real. Tierras de Huelva, chalets de ingenieros ingleses en la ladera de un monte, casitas blancas y uniformadas del proletariado de las minas... Cantaba una mujer en la tierra del fandanguillo, cuando brotan las primeras amapolas en los praderales y los atardeceres son lentos y tibias y perfumadas las noches.

La Lola,
La Lola se va a los puertos;
la isla se queda sola...

¿Quién era esta enigmática Lola –gaditana, morena y bayadera– a la que aludía la copla de la moza? ¿Por qué quedaba sola la isla –la isla de San Fernando– cuando ella marchaba a los puertos? ¿Por qué la recuerda el poeta y por qué la tonada es de tan honda y tan melancólica lentitud? Con esta copla, dos poetas de estos tiempos, Antonio –San Antonio Machado– y su hermano Manolo, flor de ingenio y de sevillanismo, han compuesto un drama que estrenó Lola Membribes[210], en Fontalba[211]. Allá iremos si nos deja la dolencia que nos tiene recluidos. Los dos son poetas y son amigos, la Membribes es toda una actriz y nos interesa saber cómo saludan el ocaso del cante jondo estos dos sevillanos, recriados en las Castillas.

Porque se va el cante jondo, el canto flamenco, el canto gitano puro, ante la aparición del flamencoide de los tablados y de las coplas de los camposantos y de las madrecitas muertas, que nada tienen que ver con el canto faraónico, el de las deblas y el de los martinetes, el de las seguidillas y de las soleares. Se va cuando le han industrializado, es decir, cuando le han prostituido. Se va para refugiarse en alguna calleja moruna, de Córdoba, o en alguna aldea de Huelva. El que no ha oído cantar a una mocita en Zalamea la Real una tarde de Mayo, diciendo todo su sentir, tal vez después de haber pelado la pava con el novio, no sabe lo que son estas

[210] Se encuentra escrito en los periódicos de la época indistintamente Membrives y Membribes, si bien en los carteles y en su firma figura con uve.
[211] El teatro Fontalba fue uno de los primeros teatros construidos en la Gran Vía madrileña.

cadencias. El que no ha visto en Triana la llegada de los romeros y de las romeras desde la tierra de Ayamonte, con su Virgen del Rocío pasando por Triana, entre carretas adornadas con flores, sin pecados [sic], estandartes y caballos enjaezadas, no sabe lo que son las seguidillas:

La carreta y los bueyes
son de mi pare;
el carretero es mío...
¡Dios me lo guarde!

Antonio y Manolo nos cuentan que la acción de su comedia empieza en los olivares de Jaén. Allí la canción es casi la tonadilla manchega todavía. Andalucía es hechura del Guadalquivir, el Guadalquivir nace en la serranía de Cazorla, y el cante hondo no sabe teñirse de tristeza y de melancolía hasta que las aguas del río, valles abajo, no tropiezan con las torres de la Calahorra y con el viejo Puente, y con el campo de la Merced, en Córdoba la sultana. Allí, en el barrio de la judería, hoy habitado por los gitanos, rodeando la Mezquita, o en la calle de la Feria, junto al Rastro, suena la copla todavía entonada por cálidos –y a la vez frescos– labios de mujer. Allí hemos oído romancillos, que recuerdan el ritmo del martillo en el yunque y cantos carcelarios, supervivencia de aquellos bandidos generosos, hijos naturales de marquesitos juerguistas, que se escapaban a la Sierra con una buena hembra a la grupa y ayudaban al triunfo de los bravos del Puente de Alcolea. Desde Córdoba, pasando por Posadas, y por Almodóvar con su castillo moruno en el altozano, y por Cantillana, donde es fama que el diablo tentaba a todos, y por Rosales, y por el viejo monasterio de San Jerónimo, siguiendo siempre el curso del río, la Lola, la canción, busca el cobijo de la Alameda de Hércules y del prado de San Sebastián, en torno a la fresca sombra de la Giralda. Y en las marismas gaditanas, pasando por Jaén y por la Isla, la canción se va a los Puertos...

Se va a los puertos, pero sin el ambiente, sin la luz, sin la gracia de la cuna que la meció, deja sola la isla y se encanalla. La Lola, mocita en su casa, se achulapa fuera y vive como puede y como sabe. El cante jondo de Levante "ya no es..." Veremos cómo simbolizan el ocaso del cante estos dos grandes poetas. Decae el cante cuando brotan los "Niños" de toda laya, profesionales de la guitarra, del ritmo fácil, del amaneramiento tedioso y artificial. Acaso con el inmenso Chacón murió para siempre este canto que él solo sabía expresar con la voz quebrada, sí, pero con el corazón entero. No queda más que un leve dejo faraónico, campero, de languidez y de melancolía, que ya solo se oye en los valles onubenses, en las callejas árabes de Córdoba o el día de San Fernando, en Triana, cuando vuelven las sevillanas montadas a la grupa con sus novios, guardando, entre estandartes y simpecados, la Virgen morena del Rocío, que torna, con ellos, de las marismas de Ayamonte:

La Virgen del Rocío
entra en Triana.
¡Es de noche, y parece
que es la mañana!

El Adelanto (12-11-1929)

Las "andaluzas" noches de Barcelona

Creo que fue Alfredo de Musset el que nos habló, al loarnos la belleza de la menuda y morenita marquesa de Amaegui, de las "andaluzas" noches de Barcelona. El dislate no es tan terrible como parece a primera vista. Substitúyase la palabra andaluzas por flamencas si queréis calificar las noches del buen pueblo barcelonés.

Hay que vivir al lado de Sans, de Horta, de San Martín o de Badalona, para sentirnos del todo castizos y flamencos. A la *Niña de los Peines*, si Cambó no lo remedia, va a suceder en el trono del mundo cañí la *Noya de Castelltersol*, y al *Niño de Marchena* el *Noy de Granollers*. Hasta hay una docena de establecimientos abiertos toda la noche, dedicados al cultivo del "cante jondo". Resuenan los fandanguillos, los martinetes y las deblas, acompañando al ruido de las sirenas de las cercanías del puerto y en el estrépito callejero y popular del Paralelo. Todo el distrito quinto es hoy una sucursal de Triana o de las tabernas y colmados de una gran urbe andaluza. El *Niño de Marchena*, con su carita de señorito hogareño y sus amaneramientos de

niño bitongo, ha venido a estrenar en el Teatro Cómico *La última copla*, de Quintero y Guillén, y las ovaciones se suceden sin interrupción durante toda la jornada. El fandanguillo conmueve las entrañas de estas noyas y de estos noys, que han pasado todo el día sobre la aguja o el libro mayor, y el pasmo marchenero sale del teatro en hombros como los grandes diestros las tardes que realizan las faenas cumbres.

Esta noche me ha dado el naipe por asistir a uno de esos *cabarets* de medio pelo, tan corrientes y concurridos en la vida nocturna barcelonesa. Se trata –no tengo porqué guardar el secreto– del Edén Concert, en la calle del Conde del Asalto, la misma donde perecieron las libertades catalanas a manos de Felipe V, frente al palacio medieval del señor conde de Güell. El *cabaret* en Barcelona tiene algo de litúrgico, de solemne y de formalote y austero. El público que ha abandonado dos horas antes el escritorio cree que la risa es un pecado mortal y oye a los artistas con el mismo religioso silencio con que puede escuchar la lectura de un balance. Por el escenario desfilan hasta cuatro o cinco docenas de artistas anónimas y perfectamente vulgares, que lanzan idioteces por la boca, no siempre fresca ni pequeña, acerca del amante desdeñoso, de las burbujas del champaña o de los encantos de los bulevares parisinos. Los extranjeros, especialmente los alemanes, que acompañan a sus costillas, lanzan hurras de admiración profunda y consciente que conmueven las fibras más recónditas de nuestro espíritu. Pero los números fuertes son los flamencos, y como número de fuerza figura esta noche la saladísima Carmencita Vargas, bautizada en el mismo San Lorenzo, de Sevilla, hará cosa de veinte años, a la vera del Señor Jesús del Gran Poder. Carmencita encuentra en la calle del Conde del Asalto un calor cordial que difícilmente puede sentir en la calle de la Sierpe, de Sevilla, o en la de las siete Revueltas, de Málaga la bella. Al amor de la guitarra retuerce su cuerpo retrechero Carmencita, y sus brazos son, en la danza, como lenguas de fuego que ascienden a lo alto suplicantes, llenos de ritmo y de majestad, hasta que, cansados de rogar, se deshacen en una preciosa zarabanda, donde se da rienda suelta a todos los apetitos y a todos los deseos. Carmencita la sevillana, en el Edén, como el Niño marchenero en el Cómico, saca de sus casillas a este pueblo cronométrico y trabajador, y pensamos por un momento que estamos en la venta de Eritaña, en una noche clara, viendo correr estrellitas saltonas como cohetes por el firmamento azul.

Los castizos y los flamencos se refugian junto al Mediterráneo, y si Cambó y Puig y Cadafalch no lo remedian, la sardana va a desaparecer ante la invasión del agarrao, y la dulce caramella tendrá que refugiarse en la montaña para ceder el paso al fandanguillo y al martinete.

Y yo os digo que es algo inefable oír a un noy de la Barceloneta, con el acento de su áspera y noble lengua, los dolores de *Simón el enterrador* o las saetas que se dicen a la Esperanza de Triana la madrugada del Viernes Santo, cuando la muchedumbre se detiene a las puertas de la cárcel y oye los lamentos de los cautivos que esperan el premio de su libertad de las manos de la Dulce Señora que parece mirarlos con ternura y con melancolía.

Nuevo Mundo (06-06-1930)
El Adelanto (16-02-1930)

Laura de Santelmo es el barrio sevillano y maravilla de la Macarena, hecho baile[212]

Pastora Imperio, Antonia Mercé (la Argentinita), Laura de Santelmo... Apenas si encontramos nosotros otros nombres en nuestros recuerdos a través de la danza española. Pastora Imperio, brazos de fuego, ojos de tigresa, cuerpo de goma. Evocaciones ancestrales de aquellos tiempos en que la danza era un rito y era una religión. Bayaderas egipcias y bayaderas gaditanas. Hay en Pastora la añoranza del salto de la selva. El eco del ritmo de Salomé bailando bíblicamente ante la cabeza ensangrentada del Bautista. Los graciosos puntos y contrapuntos de aquella Preciosa, coterránea y paisana suya, que en la calle de Toledo y en las ferias estivales de Castilla se llevaba de calle los piropos de los letrados y señoritingos de buena cuna.

Luego, nuestros recuerdos nos llevan a Antoñita Mercé. Decoro, elegancia, sobriedad, estética. El baile estilizado, depurado, hecho ritmo y espíritu a través de un temperamento de ensueño. Para bailar Antoñita Mercé como baila tienen que venir antes el siglo XIX y la corriente

[212] Sánchez Rojas firma este artículo como Jorge de Alba, un seudónimo que utilizó en algunas ocasiones.

romántica; Albéniz tiene que añorar, desde su retiro, a la vera de los *canalettos* venecianos, los ritmos de la noche lunera en Córdoba, y de los jardines del Alcázar en Sevilla, y las reverberaciones del crepúsculo en Mallorca, y las romerías asturianas en Entralgo y en Avilés; tiene Falla que sugerirnos los compases que oye al amanecer, de retorno de la romería del Rocío. En Antoñita Mercé, el ritmo es elegancia reflexiva, complejidad de espíritu, gracia. Y aún espera nuevos magos del ritmo, para descubrirse de nuevo a sí misma.

Laura de Santelmo es Andalucía hecha baile, y más concretamente, Sevilla, y más concretamente aún, el barrio maravilloso de la Macarena. Solamente a la vera de San Gil, en el mes de Mayo, en torno a las cruces floridas de los patios de vecindad, hemos visto danzar nosotros como danza Laura. Ausencia de cánones, inspiración a chorro libre; el baile es como una plegaria dicha de pronto, en un momento de expansión cordial, a la Esperanza, morena y sevillana, que entra majestuosamente en la calle de la Feria para reconocer su clientela de todos los años. Laura no lleva jamás el baile del mismo modo. Juglaresa de su propia canción, nunca dice la danza uniformemente. La crea de nuevo, todas las veces, a medida que su estado de ánimo, siempre distinto, se la va sugiriendo. Laura no puede tener un estilo, porque es siempre un temperamento, y su ritmo siempre virginal, siempre distinto, siempre nuevo y siempre sevillano, es hijo de la intuición del momento y de la inspiración de la hora.

Nunca son iguales las horas en el arte de Laura. Jamás sabe repetirse a sí misma. Es –volvamos a decirlo– la chica macarena de alma impetuosa, abierta a todas las impresiones, que sabe extraer del ritmo su poesía inefable y nueva, distinta siempre y siempre evocadora y balbuciente. Laura de Santelmo, como sus hermanas mayores Pastora Imperio y Antoñita, es, como ellas y más que ellas, el pueblo hecho danza, Sevilla trocada en ritmo, la Macarena y toda la barriada de San Gil en plena exaltación primaveral, cuando llega Mayo florido y las cruces se visten de flores en los patios populares, y los caballistas del Rocío, con su chaquetilla blanca, tornan con sus «sin pecados» [sic] de Ayamonte de cantar sevillanas, llenas de frescura y aromadas de fe, a la Virgen que se queda sola en las marismas.

Crónica (07-09-1930)

CRÍTICA TEATRAL

Una compañía teatral

No quiero hacer un reclamo de la compañía dramática, que actúa en el Teatro del Liceo, bajo la inteligente dirección del Sr. Balmaña; no he sabido adular nunca. Con los cómicos, en general, hay que ser inflexibles. Con ellos no se puede tomar muy en serio la lisonja. Habitan en un mundo artificioso, de pequeñas menudencias. Viven siempre en las tablas. Y no son las del teatro las más peligrosas. Las peores son las que forman los abonados de buen corazón, los gomosos que lanzan miradas incendiarias a las actrices guapas y los *reporters* agradecidos que les colman de elogios despampanantes, en la tercera plana del periódico.

El Sr. Balmaña dirige una compañía muy aceptable; no merece estar en Salamanca, donde tan poca afición existe por las cosas de teatro. La primera actriz, Srta. Planas, es una bellísima y muy inteligente artista, que tiene inspiración y que, a veces, nos sorprende con atisbos deliciosos y con momentos inspiradísimos. El Sr. Cerro tiene conocimiento de la escena, aborrece el artificio, sabe ser natural. Y Balmaña tiene temperamento dramático, sabe sostener a gran altura las situaciones difíciles, no carece de soltura en la escena. Es un hombre que salva las mayores pamemas; consiguió, una tarde, que el público no silbase *El brazo derecho*, un juguete, mal hilvanado, digno de representarse ante seminaristas o colegiales de Deusto.

La compañía se compone, además, de otras partes muy discretas. Ninguna desentona del conjunto, que si no acusa grandes relieves, no deja de poseer los precisos.

Desde luego, es muy superior a las que por aquí nos gastamos en los días de rúbrica. La empresa del Liceo se conforma con endilgarnos, en el mes de Septiembre, una compañía mediana, capaz, únicamente, de poner en tensión los nervios charrunos. Cada dos o tres años, a lo sumo, viene un actor de segunda fila, empeñado en echar agua a los éxitos que alcanza en otros sitios. Los cómicos, al llegar a Salamanca, se entusiasman de las faenas de la Plaza de Toros. Como los toreros, rematar de un golletazo y... ¡hasta la vuelta!

Con estos precedentes, ha venido el señor Balmaña a nuestra ciudad. Ninguna persona de gusto se aventuraba a bostezar tres o cuatro horas mortales en el teatro. Era este, cuando más, un sitio para matar el tiempo, no un manantial de goces artísticos. Y para lo primero bastaba con la voz áspera y dura de la Morelli y con los enternecimientos melodramáticos de la Cañete.

El Sr. Balmaña ha hecho una labor muy seria. Ha querido dar la batalla con las vigorosas producciones de los escritores noveles y ha vencido. Discretamente se ha conformado con presentarnos poquitas veces algún engendro apolillado de Echegaray y la gente se ha retraído. Los éxitos morales que ha tenido el Sr. Balmaña se los debe a los jóvenes. El naturalismo ha triunfado. Las ideas que vertió Zola entre sus paisanos, más devotos del oropel y del retoricismo que nosotros, han germinado también en nuestra vieja urbe, carcomida por la historia. *El abolengo* y *El amor que pasa*, sobre todo, han dado movimiento a la taquilla. Los admiradores de los viejos dramones espeluznantes han pasado embobando, como es natural, a los soldados y criadas de servicio entre la rechifla de los inteligentes.

El Sr. Balmaña probó todos los registros hasta romper el hielo de la indiferencia salmantina. Probó con chocherías y se hundió. Como es hombre activo y animoso, a quien las contrariedades encorajinan, se dispuso a representar los dramas de Linares Astray, de los Quinteros, de Benavente y se impuso. Es la primera tentativa seria de regeneración del público, emprendida, entre nosotros, por un actor inteligente y laborioso.

Para GENTE JOVEN esta campaña teatral no puede ser más simpática. Todo lo que no sea luchar por cosas de arte nos tiene sin cuidado. Y es de suponer que el Sr. Balmaña ha logrado algo más que entretener ocios de solteras más o menos definitivas: ha logrado mover muchos cerebros e interesar no pocos corazones.

Deseábamos que Salamanca dejase sus gustos estragados. Soñábamos con el teatro nuevo, atrevido, que se hilvana con trozos vulgares de la realidad. La poesía no está en el mecanismo de los hábiles, ni en los secretos de la trampa, ni en la manera de enredar las cuerdas de las situaciones embarazosas; está en la vida casera, tomada al natural, por artistas jóvenes y audaces.

Ahora podemos saborear nosotros los guisos que son de nuestro gusto. Los admiradores de la moral ñoña, de los crímenes a destiempo, de las retahílas tamborilescas, de los incidentes enojosos y de la farsa burda pueden quedarse en la cama.

Estarán en su sitio.

Gente Joven (18-02-1905)

Echegaray y la juventud española

Si los entusiasmos colectivos fueran, en nuestra España, sinceros y entusiastas y no torpes burbujas del jabón oficialesco, yo no tendría inconveniente alguno, en adherirme al homenaje nacional en honor del dramaturgo señor Echegaray. Sin embargo, a pesar de la humareda ministerial, a pesar de los tufillos villaverdistas y monárquicos a que huele la fiesta echegariana, yo no tengo gran empeño en declararme disidente y en hacer coro a Martínez Ruiz, a Grandmontagne, a Unamuno.

El señor Echegaray no es el ídolo de la juventud española. Nos deja fríos con sus diálogos, de cartón y con sus situaciones falsas e inverosímiles, con el torrente de su retórica manida.

Pero el señor Echegaray ha encarnado los encantos y los vicios de la generación que nos precediera, ha resucitado todo un mundo de ideales, ha sido, durante mucho tiempo, el jefe indiscutible de nuestra infecunda generación dramática y merece, sin disputa alguna, los honores que se deben al luchador brioso.

El señor Echegaray pertenece a otra raza de artistas. Su teatro no es el de la sinceridad y el del realismo.

Sus tipos no son hombres, sino muñecos, que se mueven con arreglo a mecanismos inocentes. Su diálogo no es el vulgar y el callejero, sino el amanerado relleno de metáforas sabidas. El señor Echegaray no se aviene al arte contemporáneo, es una momia respetable ¿Pero nosotros, los jóvenes, los que luchamos por otros ideales, habíamos de restar admiraciones al viejo dramaturgo y huir cobardemente, ante la glorificación de un hombre que no piensa como nosotros y que no siente lo que nosotros sentimos?

El señor Echegaray ha sido –ya lo he dicho más arriba– un luchador constante; esto merece simpatías. El señor Echegaray ha ganado el corazón del público, del gran público que solo conoce las emociones fuertes, de las muchachas sensibles, de los burgueses pacíficos, de todos los que sienten en crudo tonalidades y nosotros, tenemos que confesar, lealmente, que estamos en insignificante minoría. La compenetración de Echegaray con la nación entera nos mueve a ser cautos y prudentes.

¿Que no ha hecho psicología, que sus observaciones carecen de sagacidad, que el Amor, tocado por este dramaturgo, solo le sugiere estrofas cadentes, parrafitos redondeados, literatura huera? ¿Qué importa esto?

El señor Echegaray no solamente ha tenido en cuenta la ramplonería general de nuestro público, sino los intereses de la taquilla, pero en el género dramático, han sido muy pocos los rebeldes de veras, los que han afrontado su prestigio por la rectitud literaria.

El señor Echegaray recibirá a estas horas, toda clase de homenajes y de felicitaciones; la juventud española también se ha adherido al homenaje. Es verdad que pertenece al pasado, pero nuestros procedimientos no han de ser tampoco eternos, y por eso glorificamos su nombre.

Nuestro homenaje no significa el aplauso a su obra, no representa, de ningún modo, nuestra adhesión espiritual. Es el tributo al hombre de inmenso talento, de grandes recursos técnicos, aunque hayan sido mal empleados casi siempre. Nuestro homenaje es el aplauso al hombre que ha luchado por un teatro que se desmorona, pero que ha sabido sostenerlo con mano férrea ante el gran público, hasta su vejez.

Ha hecho su obra, se le llena de laureles y de coronas, se le proclama genio, y los jóvenes se descubren, con galantería y con respeto, ante el hombre que dio toda su alma a nuestros padres y que ha dado emociones, alguna vez, a la juventud actual, aunque esta tiene su corazón con Ibsen, con Suderman, con Björnson en otras tierras, en las tierras de la Verdad y del arte, sin falsedades ni estruendos.

El Castellano (20-03-1905)

A propósito de un sainete

No hace muchas noches todavía que vi en el teatro una zarzuelita muy mala de Carlos Arniches, por cierto, y que lleva por título *Las Estrellas*. Aquel esperpento, con tendencias económico-morales, me hizo reír no poco y observar, por centésima vez en mi vida, qué grande es la flojedad de nuestras concepciones morales en las tablas y... en todas partes y qué bien encajan los párrafos huecos y las escenas burdamente preparadas, en las buenas gentes que acuden al teatro, a esparcir su ánimo por las "impurezas de la realidad."

En *Las Estrellas*, un padre sugestionado por el inmenso cariño que profesa a sus hijos, quiere hacer de ellos dos celebridades cuando no son más que dos alcornoques, según todas las cuentas. Lleva a su hija Antoñita al teatro y es silbada estrepitosamente la noche de su *debut* en Romea.

A su hijo Camilo le hiere gravemente un toro, y el padre que ha querido ver en él un nuevo Mesías del tan decantado arte nacional, se encuentra con un pobre inválido. Para comprar el traje de luces y los trapos de bailarina a sus retoños, ha traspasado una barbería, que le daba de comer modestamente, y se ha quedado, con el fracaso de sus hijos, como el gallo de Morón; sin plumas y cacareando. La madre del desgraciado torero y de la bailarina silbada, que les aconsejó siempre la vida casera para que se apolillen convenientemente, se sale con las suyas, y, en un arranque de grandeza y vulgaridad que conmueve hondamente las fibras del público, se lleva a sus hijos con ella, para que el Montes en capullo reanude sus viejas tareas de tipógrafo y para que la Fornarina en agraz espume el puchero, de ahora en adelante y cueza los garbanzos y pegue muchos botones en las camisas de la familia. El padre corrido, avergonzado, hace las paces con su santa mujer que sigue dueña de la barbería, porque a Carlos Arniches le da la gana, y reina el amor, la castidad y el ahorro en el hogar alterado por las locuras de los hijos y por la protección que les ha dispensado el disoluto barbero. La moraleja está bien clara; los buenos padres deben arrancar de sus hijos las malas inclinaciones, predicarles continuamente las ventajas del trabajo humilde y obscuro, y, sobre todo, apartarles de los tangos y de las cornadas.

Hay en este burdo pasatiempo de Carlos Arniches una tendencia contra la que es preciso ponerse en guardia. Claro está que no es lo más decente el educar a las hijas para que enseñen las piernas a los pacíficos burgueses que acuden a las diversiones pornográficas y que es muy dudoso, moralmente, eso de ponerse delante de una bestia, para contender con ella, en furor y salvajismo; pero no se olvide tampoco que la moral de Arniches, como la de casi todos los sainetes españoles, vence a todas horas con la mayor frescura, porque saben dominar el retablo, mover los muñecos y mandar a la venta más cercana al idiota que les fastidie en sus planes regeneradores de la burguesía que asiste a los teatros.

Esta moral sainetera, cargada de ñoñeces y de escrúpulos monjiles, o mejor aún, esta moral de nuestra raza me carga de un modo indecible. Esos rumores de aprobación de nuestro público delante de un pudor barato o de una virtud pesetera, me crispan los nervios. No acierto a comprender las ventajas de esa educación pueril que cose a los niños a las faldas de sus padres, ni he podido explicarme tampoco esas simpatías del público hacia lo pazguato y lo chabacano.

Si se condena la ligereza del que aconseja a su hija la exhibición en el escenario, condénese también con toda solemnidad, toda nuestra educación burguesa, criminal, y solapada, que se recubre, casi siempre, de una timidez asquerosa. Condénese, además, el culto a las buenas formas, el disimulo, la cuquería, la formalidad risible, la amabilidad hipócrita, la coquetería femenil. Silbe la galería los endiosados muñecos del Sr. Echegaray y proteste de sus lecciones de moralista y de sus pujillos de Catón intransigente.

Si afirmo, de buenas a primeras, que la mejor, que la única educación posible para los hijos es la basada en la libertad absoluta, se me dirá que afirmo un disparate enorme y que atento contra esas monsergas de bases en que descansa la sociedad presente. Muy bien; atento de

buen grado y a sabiendas contra todo eso. Del vicio se huye mejor conociendo todos sus precipicios que no presentándole, con mil circunloquios y rodeos, como una cosa tentadora. Nada hay más insubstancial y descolorido que la virtud forzosa, la virtud por absentismo obligado. La honradez sin lucha no es tal, sino una máscara de ella. Desconfío de las mujeres que se ruborizan ante una palabra inocente que puede tener doble sentido; porque conocen la acepción torpe se ruborizan. En el caso contrario, sería muy difícil que perdiesen la calma. Recuerdo, siempre que pienso en estas cosas, aquellas doncellas tímidas que bajaban la vista religiosamente ante una estatuilla de la diosa Venus. Si la naturaleza es una obra perfecta y acabada ¿por qué la rehuimos y nos escandalizamos de ella? Y si, en efecto, nos escandalizamos y ponemos cátedra de virtud innecesaria a cada esquina ¿no es que nuestra conducta es solapada y rastreros y canallescos nuestros móviles del obrar?

He leído que las señoritas inglesas son muy dignas y muy honradas y que el nivel medio de su moralidad es muy superior al de las naciones del continente.

Sabido es que viajan solas, que no tienen reparos en leer toda clase de libros y periódicos y que viven, de continuo, en la calle. Acaso, y sin acaso, su moralidad proceda del roce continuo, de la misma contemplación del vicio, de la lucha con él, sostenida a todas horas, frente a frente, con bravura femenina. En nuestra atmósfera monjil, la virtud no puede ser completamente meritoria. Es difícil deshojar las flores que se cultivan con exquisito mimo en el invernadero del hogar.

Nuestra educación, ya lo he dicho, es pudorosa en su corteza. Todo lo que no sea la vulgaridad más absoluta sobrecoge de espanto a nuestras tímidas doncellas y a sus prudentes madres, tan prudentes, por lo menos, como la esposa del disolvente barbero de *Las Estrellas.* Cualquier exhibición que no sea delante de galanes casados en estado de merecer, les llena de profundo terror.

La literatura mujeriega es, para nuestras hembras un delito que debiera ser penado por los códigos. Emilia Pardo Bazán y Carmen de Burgos Seguí son el escarnio del sexo femenino. Se desdeñan, como es natural, en cruzar la palabra con las mujeres que tienen esas perversas inclinaciones de embadurnar cuartillas y protegen y sonríen, con marcada superioridad, delante de una actriz o de una bailarina distinguida. Como aquellas muestran matices de su alma, delicadezas, pensamientos, es preciso echarlas del gremio con una excomunión más fuerte que la redactada por los judíos de la dicta portuguesa de Amsterdam contra el filósofo Spinoza; y como las bailarinas exhiben curvas, que son, con frecuencia, las partes más delicadas, de su espíritu, se las tolera y aplaude.

Cargan, en efecto, estas ínfulas de moralización casera; encubren, a las veces, las llagas y pupas más asquerosas de nuestras costumbres. Y un curso de moral explicado y comentado por el Doctor Carlos Arniches excita todavía más.

Apláudese, casi siempre, un episodio pasional infame, cualquier zarandaja oratoria cursi, y este mismo público se santigua, luego, si entre novios o amigos de distinto sexo se encabezan las cartas llamándose queridos o queridas.

En el teatro se puede ser sincero como en todas partes. O confesamos la bancarrota de nuestra desdicha moral o seamos, sinceramente, impúdicos.

A nadie convence la protesta de un público ante una muchacha que quiere debutar en Romea si ese público, aplaude luego, cualquier indecente *couplet* o cualquier tango obsceno.

El teatro, la "escuela de costumbres", educa así y ya se sabe cómo recibe el auditorio sus lecciones, tolerando a un Arniches y desbancando a Linares o a Benavente.

Gente Joven (24-06-1905)

Casandra

"Los tiempos piden al teatro –escribe Galdós en el prólogo de este su libro– que no abomine absolutamente del procedimiento analítico, y a la Novela que sea menos perezosa en sus desarrollos y se deje llevar a la concisión activa con que presenta los hechos humanos el arte escénico". Por eso Casandra es una novela corta o un drama extenso, según por el lado que se la mire; por eso está escrita en forma dialogada y convenientemente dividida en escenas, lo

mismo que *Realidad*, lo mismo que *El Abuelo*, y por eso, finalmente, tengo para mí que *Casandra* irá al teatro, logrando conquistar más aún al oyente colectivo que al lector individual, corriendo las mismas aventuras que sus hermanas mayores, ya citadas.

Yo no sé si *Casandra* es el libro definitivo de Galdós, lo que sí aseguro, desde luego, es que es una obra recia, de ataque, acaso demasiado violenta para el teatro, si no se la poda antes convenientemente. Y como es de combate, como tiene todos los registros agudos, chillones, de un clarín guerrero y todos los sonidos rechinantes, destrozones, de una dulzaina del país, y además desprende unos tufillos mareantes de anticlericalismo *enragé*, ha de lograr un éxito inmediato, ruidoso, como *Electra*. Indudablemente. Casandra es una moza hermosa y brava, brava como una leona que ve heridos a sus cachorros. Pero ¿simboliza esto o lo otro, la juventud triunfante y libre que se abre su camino a puñetazos o el establecimiento definitivo de la libertad? En esto de los símbolos, cada mortal es muy dueño de forjárselos a su antojo. Me parece forzada, pueril, muy a propósito para una sangrienta ironía, la actitud de los jóvenes escritores que, ante Casandra, no disimulan la ridícula vanidad que les corroe el espíritu, creyendo que son ellos, ¡ellos solo!, los que simbolizan la hermosa matadora de la repulsiva vieja doña Juana, amparadora de la santurronería corriente y moliente a todo ruedo, de la beatería triunfante. Repito que hay tantos símbolos en Casandra como lectores tenga el hermoso libro. Y añado por mi cuenta y riesgo, que lo mismo puede ser un símbolo político, que jurídico, que artístico. Se truena en él contra el régimen existente de propiedad a ratos. Un tenue soplo de la piedad, de esa piedad que hace venerable el nombre de Magnaud[213] y que irrita tanto a los juristas, corre también por las páginas del libro. Otras veces es el canto desnudo, valeroso, a la sinceridad, un desafío cuerpo a cuerpo con los viejos cañones, con las pragmáticas prehistóricas que agarrotan, con tan desgraciada frecuencia, el arte eunuco de nuestros días.

El ambiente de la novela es clerical pidalino[214], santurrón, bestialmente cómico, por la importancia que da Galdós a los amaños y escándalos sacristanescos. En ese ambiente, se mueve la beata de tanda, doña Juana, otorgando pequeñas mercedes y prometiendo otras mayores y más excelsas a los clérigos, allegados, deudos y parientes de mayor y de menor cuantía. Esta repugnante señora favorece también a Rogelio, un hijo natural de su difunto esposo el marqués de Tobalina; Rogelio vive amancebado con Casandra, de la que tiene dos hijos. Casandra es víctima también de la insultante protección de doña Juana, que quiere llevarla al buen camino. La bella moza, cuyo sueño es casarse con Rogelio, se deja engañar de la vieja. Esta tiende a Rogelio otro lazo, el de dos millones de pesetas. Rogelio quiere el dinero y quiere a Casandra. Pero no cogerá los dos millones si no separa a los hijos de la amante para llevarlos a casa de una parienta.

Inventa el joven una desgraciada estratagema para atrapar los cuartos y no desasirse de Casandra. Está separada de sus hijos, ignorando el paradero de Rogelio, mata a doña Juana, en ocasión que esta señora deja a las asociaciones religiosas su inmensa fortuna.

Los parientes, a favor de los cuales existe un testamento, heredan a la tía, gracias al crimen. Casandra, procesada, escarnecida, presa en la cárcel, se casa con Rogelio, después de una cariñosa explicación recíproca. Los herederos, ambiciosos, tienen que regalar inmensas cantidades a propagandas eclesiásticas. El espíritu de doña Juana, flota en la sociedad. Una mendiga, parecida a la difunta, limosnea de noche. La mendiga aterra a los herederos con sus gestos iguales a los de doña Juana.

Pero Rogelio pronuncia el nombre de Casandra a los oídos de la mendiga y esta se descompone, huye, desaparece... Casandra saldrá pronto de la cárcel porque el jurado se muestra inclinado a la benevolencia.

He aquí, a grandes rasgos, las escenas más culminantes de Casandra. El diálogo es sobrio y conciso, las escenas dramáticas, el interés creciente y encantador y sugestivo, el brío de la hermosa heroína, que tiene toda la entereza de la juventud y todo el sublime coraje de la pasión concentrada, que se desborda. En verdad os digo que algo de misteriosamente fatídico flota por la última producción del gran maestro de la novela española, algo que es el remate de las tristezas y el comienzo de las alegrías del nuevo reinado del Amor que vislumbran los soñadores y los audaces.

[213] Paul Magnaud (1848 – 1926). Magistrado francés conocido como el «buen juez» por la equidad y benevolencia de sus sentencias.

[214] Se refiere, sin duda, a Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), embajador que fue en la Santa Sede y fundador del partido político la Unión Católica.

Pero ¿acabará pronto Casandra con doña Juana, asestándola una puñalada firme que la deje muerta, bien muerta, sin herederos que lleven su sangre, sin deudos que se hagan lenguas de su magnanimidad y grandeza? ¿Es tan numeroso y valiente el ejército de vanguardia que termine, de una vez, con toda la familia de la hedionda señora? ¿Acaso es tan avanzada la noche, que ya las estrellas pierden su brillo argentado y la aurora, lejana, envuelve el espacio con sus primeros matices tímidos? Creo que no. El corazón de las gentes está todavía completamente acorchado. Y como el corazón, así está el cerebro de las multitudes. Vivimos en plena mesocracia intelectual. Los consejeros de doña Juana son nuestros propios consejeros y nuestros también sus deudos del afecto y de la sangre.

Como ella, nos erigimos en cargantes y groseros juzgadores de las pasiones que no han sacudido nunca nuestros nervios.

Odiamos a Casandra porque es bella y porque es libre. Se rebela contra nuestros ridículos casilleros de moral estatuida y la reputamos liviana. Casandra es hermosa, sabe de arte porque sabe de amor, y los secuaces de doña Juana ven en el arte, por instinto de conservación, un enemigo terrible que ha de darles disgustos sin cuento.

Galdós combate con tesón y con furia, convencido de la necesidad de proclamarse jefe para que los animosos le sigan, sin mostrar cansancio. Ya veremos los frutos del arte rebelde y descontento. Por de pronto, Galdós ha dividido los campos, ha desenmascarado a los fariseos y les ha dicho que el Dios que ellos se han fabricado es un fetiche repugnante, y que el grande, el verdadero Dios de la piedad y del amor está peleando al lado de Casandra, aguzando sus puñales y ayudándole en sus arremetidas, como las de Judith, bellas y santas.

El Castellano (29-12-1905)

Un sueño

Después de leer la protesta que el Ayuntamiento en masa y las sociedades piadosas de mi pueblo suscriben contra el drama de Catulle Mendes[215], se han cerrado mis ojos y he comenzado a soñar. Yo quiero referiros mi sueño. Se unen en él, en tan pintoresco conjunto, añejos recuerdos de realidad y elementos tan disparatados de imaginación febril, que, minutos después de encontrarme despierto, he tenido que hacer formidables esfuerzos de memoria para recomponer mi sueño…

He visto, en primer lugar, nutridas filas de adorables paisanitas mías, elegantes, muy elegantes, llenitas de gracia y de candor, que, llevando del brazo a sus hermanitos, rubios y sonrientes como ángeles, salían del pueblo en busca de herejes y de moros, anhelantes de alcanzar la palma del martirio. ¡Qué bello sueño el mío! Santa Teresa, vestida de blanco, iba a la cabeza del numeroso ejército de los pequeños mártires. ¡Que alegres iban! Sus papás les despedían ¡hasta el cielo! Las cabecitas hermosas de sus hijos rodarían por el suelo, ante el cuchillo de los verdugos. Correría en abundancia sangre fresca, sangre joven, por la gloria de Dios en la tierra…

El peor de los impíos se llamaba Catulle Mendes, que vivía allá muy lejos, en una hermosa ciudad dorada, donde las mujeres eran bellas y libertinas, y bonitos los palacios, y las calles anchas y alegres, y los niños rubios e inocentes como los de mi pueblo. ¡Qué fatigosa era la marcha! Los niños estaban cansaditos; las adorables paisanitas mías, fatigadas, recobraban nuevas fuerzas en su fe y en su amor a Dios. Santa Teresa, con voz celestial, presidía el inocente ejército de los esforzados y animosos soldaditos.

Y se llegaron todos a la ciudad dorada, donde había risas de cinismo, y muecas de libertinaje, y trallazos de envidia y de pasión. En ella reinaba Catulle Mendes. Y una hermosa tarde de otoño, Teresa y su esforzado ejército vio pasar a su lado al libertino, al peor de los malos, a Catulle Mendes.

[215] Catulle Mendès (1841 – 1909). Poeta, narrador, dramaturgo, ensayista, historiador y crítico francés, autor, entre otras muchas, de una obra teatral, *La Virgen de Ávila* (Biblioteca de Temas Albenses, Alba de Tormes, 2018), de gran éxito en París en noviembre de 1906, pero que en España no llegó a representarse, aunque en Ávila y Alba de Tormes, centros teresianos por excelencia, despertaría un gran malestar y una enorme polémica al considerar escandaloso el peculiar tratamiento con el que su autor presenta la figura de Santa Teresa.

Los niños, olvidando su papel de mártires, querían convertirse en verdugos, querían ellos descabezar al sacrílego con sus manitas. Pero Teresa les dijo:

– Perdonadle

– ¿Cómo, si es tan malo? Replicaron los niños

– Porque es malo merece vuestro amor, hijos míos, y Catulle Mendes fue perdonado, porque no entraba la ira en el corazón de Teresa.

Los niños lloraron lágrimas dulces de perdón y regresaron a sus casitas a contar a sus papás lo sucedido.

Y yo me desperté.

El Castellano (05-12-1906)

El mismo amor, comedia de Linares Rivas

El mismo amor, comedia en dos actos y en verso, estrenada esta noche en el teatro Lara, ha sido una de las equivocaciones más lamentables, –la más lamentable, acaso–, de su autor, el señor Linares Rivas. Yo que presentía, acaso por la discreta admiración que siento por tan excelso dramaturgo, si no un éxito ruidoso y flamante, cuando menos una noche agradable y entretenida entre frescos diálogos, entre incidentes simpáticos del vivir, entre estos momentos agradablemente poéticos que exaltan las existencias más sencillas y que tan acertadamente, lleva a sus ficciones el señor Linares Rivas, me he llevado un desencanto por esta vez. Lo siento de veras por este hombre que sabe burlarse sin hiel de las tonterías humanas, por este dramaturgo que sabe reírse por dentro y por fuera a la vez y que no forma parte de cenáculos ni de corrillos literarios. ¡Buena noche para el escalpelo de los señores críticos de los rotativos!

El mismo amor sería una comedia bonita, nada más que bonita, sin otros calificativos de más valor, si no fuera soporífera, si los personajes que en ella se mueven fueran hombres y no muñecos manejados por un resorte caprichoso, si el autor pusiera cara más risueña y no disparara sentencias inocentes para excitar la admiración de los tenderos, y, finalmente, si despejara con claridad, determinadas dudas que nos han asaltado a todos los espectadores acerca de la existencia de unos cuantos señores y del nacimiento de algunas pasiones en los personajes principales.

Es sencilla la fabulación de *El mismo amor*. Al levantarse el telón, vemos una salita retocada, limpia, hasta elegante, donde trajinan una muchacha azorada y nerviosa, Lolita, una respetable jamona de no mal ver, Guadalupe, y la madre de la jamona y abuelita de Lola, Isabel. Limpian muebles, enfundan sillones, colocan jarrones de flores y dejan la habitación como si el mismo genio escrupuloso y anímico de la pulcritud femenina morase en ella. Lolita va a ser pedida por don Esteban, antiguo novio de Guadalupe, para su hijo Emilio. El tío Nicasio, hermano de Guadalupe, habla y juega y toca a la doncella Paquita, y un abrazo arroja a la doncella de la casa. Preséntanse el novio y el papá del novio a pedir a la muchacha, que está risueña con el amor que se la avecina, y cuando llega la petición de mano, Linares Rivas echa del escenario a Lolita, y a Isabel, y al tío Nicasio, y deja a los padres de los novios *tete á tete* en escena.

Y resulta que los papás se amaron en sus mocedades, y que ellos también se dijeron lindezas que hicieron palpitar de fuego sus corazones. Tanto Guadalupe como don Esteban, se casaron con otros, y aquel viejo ensueño retoña, poderoso y decidido en el hombre, tímido, inseguro y débil en la mujer.

Hasta aquí, el primer acto. En el segundo, concertada ya la boda entre Lolita y Emilio para Octubre, –un octubre que espera con impaciencia la muchacha–, Guadalupe y don Esteban embisten ya más francamente con su situación. Guadalupe confiesa a Isabel, su madre, el amor que siente por el futuro suegro de Lolita. Isabel lo bendice y aprueba y lo descubre a su nieta, la cual accede también a ello, y enamorada, feliz, arrullándose con ensueños de virgen mimada, abraza a su mamá quien se avergüenza de esta pasión de su edad madura. Y baja el telón.

Todo esto estaría muy bien, si la naturalidad, la gracia, la frescura y el humorismo que campean en otras obras de tan esclarecido dramaturgo, –en *El Abolengo*, en *Bodas de plata*, y aún mejor, en *La Cizaña*–, fuesen las cualidades sobresalientes de la nueva comedia. Pero no es así; las muchachitas frescas y alegres como el cantar de un ruiseñor se han tornado en doc-

toras hueras y graves; los enamorados en tontos de capirote; los tíos de las novias en calaveras vulgares que pellizcan los brazos de las Maritornes. Y conocemos a una Presentación, que va y viene y nos cuenta unos amores desgraciados, que no nos interesan, y a un señor León que no quiere batirse por un duelo cuyas causas no nos importan, y las visitas femeninas se prolongan indefinidamente haciéndonos pensar en el sueño reparador. En resumen, una mala jornada para Linares Rivas.

El público estuvo frío y con fieros conatos de hostilidad toda la noche. Y no se apeló a una silba imponente por la discreción tradicional de los espectadores del teatro de la Corredera Baja[216].

La *mise en scéne* irreprochable. Grave y natural la señorita Valverde de abuela; encantadora y elegantísima la señorita Ruiz, de Lolita.

La compañía en conjunto, mal. Los actores hicieron primores por salvar la obra; la estropearon con sus equivocaciones y su falta de estudio.

El Castellano (19-01-1907)

El vacío del Español

Nadie va nunca al Teatro Español. Las funciones que en él se representan, transcurren en medio de la más espantosa soledad. Acaba de hacerse *El Caballero Lobo*, y, a pesar de los pesares, la gente se ha retraído. Anoche, en el estreno de *El talón de Aquiles*, de Manuel Bueno, hubo, naturalmente el público de los estrenos, pero yo os apuesto buena cosa a que el público se retraerá una vez más.

¿En qué consiste semejante fenómeno? ¿Quiere sacarnos de dudas, este mixtificador de charras[217], Ceferino Palencia, empresario del teatro? ¿Quiere Ceferino Palencia que yo se lo diga, con la más absoluta, con la más trasparente claridad? ¿Estamos nosotros condenados en provincias a decir lo que no podemos ni siquiera sospechar en Madrid?

Pues... Pues el busìlis estriba en que Ceferino Palencia ha pasado de moda, como ha pasado de moda su cara costilla, la señora Tubau. El busilis estriba en que Ceferino quiere pasar por dramaturgo no lo siendo como diría un clásico. El busilis estriba en que los porteros, los conserjes, los taquilleros y todos los demás subalternos del señor Palencia no saben tratar al público con la exquisita corrección que es de ley…

Las obras que se han hecho, además, son muy malas, con la honrosísima excepción de *El Caballero Lobo* de Manolo Linares Rivas. Hasta las señoritas con localidad regalada, se han reído a mandíbula batiente de *La Nube* y siguen, en cartera [¿cartelera?], *El surco* de Cavestany, *La tierra madre* de Enrique Amado y no sé cuantas finuras más. Yo tengo para mí que también reiremos con alguna de estas futuras obras.

Ya sabe el señor Palencia la opinión de un modesto crítico provinciano. Me es indiferente, que le importe o no. En el Español sé que ha importado, al menos, mi crítica sobre *El Caballero lobo* y que, ha originado protestas de esas reputaciones hechas de pedestal intangible. De todo ello me felicito plenamente.

Y crea la señorita Asquerino que contra ella no va nada, absolutamente nada. En el fondo, puede ser que mi protesta esté originada por el afán, justificadísimo, de que se la vea y se la aplauda más y más cada día.

Y *voilá*, señor Palencia, *voilá*.

El Castellano (16-02-1909)

[216] Teatro Lara

[217] Ceferino Palencia escribió *La Charra* (1884) que representó con su mujer María Álvarez Tubau como protagonista. Una obra que contrapone el amor paternal y el amor sexual, la moral rural y la urbana. Sánchez Rojas no comulgó con los caracteres presentados por Palencia, razón por la que le llama "mixtificador de charras". Curiosamente los charros de la obra son de Alba de Tormes (Salamanca).

Hablando desde las nubes

Para mis lectoras

La segunda vez que volví a presenciar una representación de *Por las nubes*[218] fue anoche, digo mal, torné a ver el segundo acto que era el que verdaderamente me interesó desde el principio. Y salí del teatro bajo una presión de tristeza infinita.

Emilia, la protagonista de *Por las nubes* –papel que representa con alguna falsedad la señorita Moreno– tiene un novio. Lo quiere mucho. Posee en el novio un hombre inteligente y un hombre bueno, lleno de la vehemencia que da la muchachez sincera y enamorada. Está dispuesta Emilia a casarse con él. Pero el novio quiere largarse a América con un empleo. Y Emilia –hembra, hembra española, al cabo, educada al amor del brasero– riñe con el novio. No puede dejar a su mamá. Y el novio, en un estallido de cólera, despide a la hembra cobarde, la despide él.

¿No es esta, lectora, la historia de todos los días? ¿La tuya, la de tu vecina, la de tus padres, la de tu primer desengaño quizás? La eterna dualidad siempre: el padre que considera propiedad suya a su hijo –para eso lo mimó– y el hijo que quiere declarar intangibles los fueros de su cariño. Pero entre la propiedad del padre y los fueros del hijo, vence, en la vida, la propiedad.

El lector sabe perfectamente que siempre he gustado de las actitudes rebeldes y que no hace aun muchos años que puse, con escándalo de todos los fariseos canosos y reumáticos, mi desgarbada pluma al servicio de una chiquilla que se rebeló contra sus confesores, aquellos confesores –tengo a gala el decirlo– fueron trasladados del convento, a raíz de la publicación del artículo. Dije en voz alta lo que los demás nos cuchicheábamos al oído.

Hoy también quisiera decir algo fuerte a mis lectoras. No seáis nunca resignadas. Aprended a querer y a jugar el todo por el todo, con el alma abierta, a la luz del sol que os hace bellas. Sed como el acero que no se doblega a los golpes, pero que se funde al rojo vivo. Tened la ternura de la oveja, la astucia del zorro y las garras del león. Limad vuestras uñas para el combate, mujeres; que en vuestras entrañas jóvenes palpita el alma de la España venidera. Y ya veis, mujeres, vuestro sino. La mayoría de los jóvenes que os dicen tonterías en el casino, en la iglesia, en la calle, no saben ser dignos de vuestro amor. Pero tampoco vosotras sois dignas de un cariño grande e irreductible. Vosotras y ellos sois hijos de un pasado escéptico y vividor. En los besos de vuestros padres anduvo la escritura de hipoteca, el apuro económico, la resignación, la caza del dote, la admiración a un mostacho fiero. Y sois retoños de vanidad y de mentira. No llaméis amor a la gratitud, a la paz reposada, a la mansedumbre, al buen tono. Llamad amor, en cambio, al sobresalto, a la inquietud, a la confesión valiente, al llanto surgido sin saber por qué, a la blasfemia, sí, lectoras, también a la blasfemia. El que no insulta no bendice; el que no llora no sonríe; el que no confiesa no comulgará en amor con almas ajenas...

¿Sermón perdido, Pepita, Carmen, Luisa, Rosario, lectoras de revisteros de salones, de *Colombine*[219], de jaculatorias ñoñas?

Sí. ¡Si ya lo sé! Pero los muchachos serios que escribimos para entreteneros, amigas mías, tenemos algo de sembradores. Fecundemos con lluvia los surcos. ¡Ay de vosotras si no sabéis recoger la cosecha que os preparamos con desinterés y con amor en una hora sincera de amargura!

El Castellano (10-03-1909)

«Penas buscadas»[220]

– ¿Has estado anoche en la Comedia?

– Sí, allí estuve padeciendo una vez más *Penas buscadas*.

– ¡La novia, quizá!

– ¡Nada de novia, chico! La comedia de esos hermanos Cueva. Todo sabe a cosa ya vista, a lecturas ya hechas. Los tipos, los caracteres, el diálogo, todo eso es de los Quintero. Pero solo se parecen a los saladísimos autores sevillanos estos mozos de ahora en una sola cosa; en lo de la hermandad.

[218] Obra de teatro de Jacinto Benavente.
[219] Pseudónimo de Carmen de Burgos.
[220] Comedia en dos actos escrita por Jorge y José de la Cueva (1909).

– Se trata, por lo visto, de imitadores ¿eh?
– Sí, pero de imitadores malos. La gracia fresca y espontánea de los autores de *Los galeotes* es inimitable, como no se imita tampoco la prosa limpia de *Azorín* o la *sans-façon*[221] estupenda del insigne Sol y Ortega.
– ¿Y ese jaleo de los periódicos?
– ¿De periódicos hablas tú con seriedad todavía?
– Es que Manuel Bueno...
– ¡Si, sí! Manuel Bueno habló con elogio de *A fuerza de arrastrarse*. Ya conocemos por acá la probidad crítica de Bueno.
– ¡Eres feroz, hombre!
– Hay que serlo, amigo.
– Pero el público...
– El público toma lo que le dan. Es un niño grande de tragaderas magníficas. Se traga Carmen Andrés en Eslava; los fondos de Morote en el *Heraldo*; la sinceridad de Sol; la crónica de Dicenta en *El Liberal*; se traga las gansadas de Arniches en la Zarzuela. Se traga por último a estos hermanitos…
– ¿Y el argumento de *Penas buscadas*?
– ¡Psé! Cualquiera. Una que quiere a uno y el uno este que quiere a otra. Lo de la calle.
– Sí, pero las grandes comedias son asuntos vulgares.
– Y yo no lo niego. Ahí está *Por las nubes* que yo titularía *A ras de tierra*, porque los espíritus no vuelan. Se calientan al brasero con las sayas de mamá.
– ¿De mujerío qué tal?
– Bien. Las de siempre, las de los domingos.
– ¿Y de actores?
– Bien. Mejor que todos los teatros de Madrid juntos. Oye; una noticia agradable.
– ¿Cuál?
– Que se cerró el Español[222]. ¡Alabado sea Dios!
– Alabado sea. ¡Hasta luego!
– ¡Adiós, hombre! ¡Hasta luego!

El Castellano (30-03-1909)

Voto con Rubio

Esta noche, después de asistir a *Lara* y escuchar *De cerca*, la última creación de Benavente, llego al Ateneo. Es ya muy tarde. Hojeo los periódicos. De su vitrina saco EL CASTELLANO y paso la vista por el artículo de mi amigo don Ramón Barco.

Y voto con Rubio. ¿Para qué hemos de andar con tiquis-miquis, con rodeos, con pelillos de gramáticos, de retóricos, de académicos de la lengua? (El cajista puede comerse la *n*, si le place).

Me aburre *La vida es sueño*. Aguanto la lectura de nuestros dramaturgos clásicos, sus razonares, discreteos y parlamentos sabrosos, pero ni yo, ni don Ramón Barco, aguantaríamos la representación de esos dramas, ¿Por qué comparar los nuevos con los viejos tiempos? El teatro era entonces discreteo, argucia escolástica, razonamiento de pasiones, versos, corte retórico, ejercicio de humanidades, oposición a ingenioso y discreto. ¿Recordáis? ¿Calderón, Rojas, Moreto, Tirso?

El teatro es hoy otra cosa. Algo que no vive aparte de la vida, sino que es la vida misma. El reflejo de esta época de transición; de equilibrio inestable, de paz armada, de angustia interior, de sobresalto hacia adentro. No se puede comparar, ni en broma, *La vida es sueño* con *Los intereses creados* o con *La fuerza bruta*. Y si llamamos genial a Calderón, que reflejó nuestra época caballeresca, nuestro honor de capa y espada, nuestra psicología nacional en un momento de grandeza, en el remate de la grandeza, cuando comenzamos a hundirnos en el polvo de la historia, hay que llamárselo también a Benavente que representa esta época de contraste

[221] Descaro, frescura, en francés.
[222] Teatro madrileño.

entre el ideal y el bolsillo, entre la ilusión y el recuerdo amargo, entre la verdad que nace con la mentira que muere, entre el sueño que se rompe y el que comienza a rasgarse en nuestra alma, llenándola de luz.

¿Que Rubio ha llamado genial a Benavente? Ha hecho perfectamente bien.

¿Cree don Ramón Barco que las comedias del ilustre dramaturgo madrileño no quedarán en las antologías futuras, como han quedado las de Calderón, Rojas, Tirso y Moreto?

Ya responderán nuestros nietos, pero yo anticipo su respuesta afirmativa.

El Castellano (16-04-1909)

El estreno del Español

El caballero Lobo, fábula en dos jornadas y prólogo en prosa de don Manuel Linares Rivas.

Yo tengo que declarar honradamente, sin reservas mentales, que la comedia estrenada anoche por el señor Linares Rivas ha sido un verdadero éxito de público y de críticos. Y cuenta que los críticos teatrales son autores silbados, en su mayor parte. Al menos anoche me decían Marquina, Catarineu, Graus, Canedo, Candamo –todos los dioses mayores de nuestras pobres letras– que la fabulita estaba bien y que era tierna, finísima, delicada y donosa.

Supongo que algo de esto habrán escrito hoy en los periódicos desde donde pontifican.

Y así es, en efecto. La interpretación caía fácilmente en lo grotesco, si los actores se deslizaban un poco. Siendo los protagonistas un lobo, una corderita –¡qué guapa estaba de cordera la señorita Asquerino!– una gata, un lobezno, un zorro, un oso, un perro, un gallo, una mariposa y un sapo, tenía que salvar de los desmayos de algún actor memo o novato el mérito intrínseco de la obra.

El prólogo es una monada que supera a todo lo que ha brotado de la pluma del señor Linares. Es un cuento que recita la señora Tubau como abuela, y claro está que en esa edad y haciendo de abuela doña María está imponderable.

Y la fábula es también de una finura de retablo primitivo de algún viejo miniaturista florentino, anterior al Renacimiento. Un lobo quiere de amor a una corderita. Y el lobo, al amar, se olvida de su fuerza y bravura y quiere entrar en el rebaño de los corderos. Pero estos se oponen a recibir al lobo en su redil, y la cordera que está locamente enamorada del caballero lobo prefiere irse a la cueva a disfrutar su amor. El sapo dice a los galanes baboserías inmundas y el zorro maquiavelismos de buena ley –aunque todos los maquiavelismos lo sean– y el señor oso consejos gruesos, manoseados y bonachones. Cae el telón con una ovación unánime al autor y al escenógrafo señor Muriel.

En la segunda jornada, el lobo y la corderita –¡torno a declarar mi admiración a la señorita Asquerino a quien tuve el gusto de saludar y de conocer anoche en el saloncillo!– tienen ya un lobezno. Y la cordera es feliz con su lobo. Pero el repugnante sapo le revela que su lobo va a traicionarla aquella noche, pretextando la ausencia del lecho conyugal con una batida a los jabalíes. Y la cordera, celosa, hembra humillada por su macho leal, se siente loba y quiere tomar venganza de su odiosa enemiga. Mas el oso, prudente y sensato como todos los osos de todos los climas, aconseja a la corderita de lana blanca y rizosa que no pelee con su galán más que con sus armas naturales: La humildad y la ternura. El lobo, desarmado ante el candor de su compañera, desiste de la batida nocturna y cae el telón, entre una ovación ruidosa del público, que llama al autor a escena un sin número de veces.

Hay escenas hermosísimas. La lección del zorro al lobezno en la jornada segunda, es una maravilla. Y lo es el diálogo de la misma jornada entre el sapo nauseabundo y el lobo.

El Caballero Lobo, es una obra que chorrea arte, poesía y frescura. ¿Por qué no está escrita en algún sabio romance pastoril? No es un éxito grueso de concesiones a los brutos de las alturas, sino trabajo sutil de orfebrería.

Enhorabuena, muy cordial, al señor Linares Rivas, mi querido amigo. Que no sonrían los maliciosos, ni los sapos croen. Aquí mismo hablé, desencantado, de *El mismo amor*, que no me satisfizo.

Muy bien Muriel. Hizo unas decoraciones bonitas. El cielo de la segunda jornada no me agradó ya tanto.

La mise en scéne, irreprochable. El sastre, magnífico. Levantar el telón ha costado –sospecho– buenos miles de francos.

Muy bien la señora Tubau en su medio adecuado de señora formal y añosa. ¡Comienza a tener asiento doña María! La señorita Asquerino –ya ve la monísima actriz como su cordial apretón de manos no ha sido del todo estéril– muy cordera y muy bien de voz y de gesto. La gata, señorita Velázquez, mayando y arañando con toda propiedad.

Bien el caballero lobo, señor Reig, aunque a veces aullaba con exceso, como no aúllan, de fijo, los lobos enamorados. Afortunados Prado, Torres y Mendiguchía. Los demás no desentonaron, aunque pudieron haberlo hecho un poquito mejor. La obra bien lo merecía.

El Castellano (25-04-1909)

Doña María la Brava[223]

Como saben los lectores de ALREDEDOR DEL MUNDO, Marquina[224] acaba de estrenar un drama en el teatro de la Princesa con este mismo título. Tratándose de tan extraordinario artista y de intérpretes tan felices como María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, ese estreno ha constituido un acontecimiento literario. La crítica encuentra en el drama del poeta catalán no pocos aciertos y bellezas, y ciñéndose al valor histórico que pueda tener su obra, coincide en que se ha separado de la tradición, al dar calor y vida a figuras de tanto relieve como Doña María la Brava y Don Álvaro de Luna.

¿Puede un poeta separarse de la letra de la historia, de la tradición consagrada y comúnmente admitida, para hacernos comprender mejor su espíritu? Desde luego que sí. Se trata además, de dos figuras, la del favorito y la de la vengadora salmantina, enormemente representativas. Están las dos tan por encima del común rasero, simbolizan también una época de sequedad, de rigidez, de ausencia de ternura, de comprensión austera de los deberes cívicos, que el poeta puede y aun debe cargar la mano en la pintura, para darnos más cabal idea de todas las turbulencias, rivalidades y banderías de los reinados de los últimos monarcas castellanos.

Mi propósito al escribir estas líneas, es resucitar la figura de doña María la Brava , que no tiene ciertamente nada de legendaria, como ha supuesto Manuel Bueno, sino que condensa un capítulo, sin duda el más dramático de la historia salmantina.

Doña María de Monroy, viuda del caballero salmantino Don Enrique Henríquez de Sevilla "dio tan buena cuenta de sí –escribe sobriamente un cronista de la época– que fue ejemplo maravilloso su vida." Su esposo, regidor de Salamanca, falleció probablemente el año 1456. Quedó Doña María con dos hijos, Don Pedro de 10 años y Don Luis de 18, los cuales eran –escribe Alfonso de Maldonado– "asaz dispuestos". Ambos mozos trabaron amistad íntima con otros dos caballeros de la ciudad –ascendientes probables de los actuales marqueses de Castellanos– Gómez y Alonso Manzano, los cuales, porfiando un día con el más pequeño de los Monroy, lo mataron ayudados de sus criados y deudos. Temiendo los Manzanos las iras de Don Pedro, "dijo uno de ellos –sigue escribiendo el cronista Maldonado– que sería bien que lo enviasen a llamar que se viniese a jugar, y que venido le matarían, y así fue hecho porque no tuvieran de que temer. Venido que fue el Henríquez, lo mataron en un comedor, y andándose y paseando el uno con el otro, Manzano le hirió de gran herida con una chuza. El Henríquez echó mano a la espada como hombre de buen corazón, pero poco le aprovechó porque luego le mataron; los Manzanos huyeron a Portugal."

Y aquí comienza el famoso episodio que ha hecho de Doña María de Monroy una figura de notable relieve. Las circunstancias de la muerte de los Monroyes cundieron por toda la ciudad.

[223] Con un contenido similar, aunque distinto, Sánchez Rojas publicó varios artículos con este mismo título en *La Libertad, La Esfera, La España Moderna* y *El Adelanto*; todos ellos recogidos en sus libros "Paisajes y Cosas de Castilla" y "Sensaciones de Salamanca" (O.C. Tomo VI, páginas 212 y 341).

[224] Eduardo Marquina Angulo (1879 – 1946). Periodista, poeta, novelista y dramaturgo español. Estrenó la obra de *Doña María la Brava* en el teatro Princesa de Madrid en 1909.

Llevaron los cadáveres a la madre. "Doña María –sigue diciendo el cronista testigo de los sucesos– les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningún acto mugeril, mas estaba con el corazón tan fuerte que *ningún varón romano se le igualaba*: asaz se parescía en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego."

Los Manzanos huyen a Portugal, temerosos de las iras de la fuerte matrona salmantina. Doña María quiere vengar entonces la muerte de sus hijos y pone en práctica sus atrevidos pensamientos.

Monta a caballo con veinte de sus más leales escuderos y sale con dirección a Villalba. Arenga en el camino a sus gentes, haciéndoles un discurso varonil, hablándoles de venganza y de amores, poniéndose a la cabeza de sus soldados y ordenándoles militarmente, con grave y fiera apostura. Delante de su mesnada, manda sus espías, los cuales averiguan el paradero de los Manzanos. Llega por fin, a la posada de estos Doña María acompañada de diez escuderos, dejando a los restantes de guardianes de la venta. Trábase una gran pendencia; los portugueses acuden a la defensa de los Manzanos, pero ya es tarde, "porque sus cabezas –las de los Manzanos– sigue escribiendo el cronista, estaban ya en la mano izquierda de Doña María de Monroy. Ella y los suyos cabalgaron a priesa en sus caballos y se fueron; y llegaron un día a medio día a Salamanca, que todos pensaban que estaban en Villalba, y fuese a apearse derecha a la Iglesia adonde sus hijos estaban enterrados, y puso las cabezas que traía, sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino a su casa. Gran espanto puso este hecho en toda la tierra."

El Señor Villar y Macías[225] reputa la narración de Maldonado como "la más antigua y auténtica del suceso." Un cronista posterior, Gil González, describe lo mismo la hazaña de Doña María. En lo que se separan los historiadores, es en creer algunos que los espías que fueron a Villalba fueron diez pajes de los Monroyes, y en afirmar otros que no hubo más espía que el paje Don Diego de Morales a quien también ha llevado al teatro Eduardo Marquina. Pero, aparte de menudencias y detalles, la aventura salmantina está narrada siempre de la misma manera.

Naturalmente, Marquina ha aprovechado tan ricos elementos dramáticos para escribir un hermoso drama. En él, Doña Maria ha dejado de ser una heroína local para convertirse en la personificación del espíritu castellano durante el reinado de Don Juan II. Con su instinto de poeta, ha agradecido, al enmascararla o al prescindir de ella, la leyenda castellana. Porque algunas figuras salmantinas, como ha escrito el mismo poeta, son tan grandes que no caben en su noble recinto. Salamanca, es cierto, ha dado más de una vez el tono de su heroísmo, de su mentalidad, de su arte a toda la región castellana, que ha ido brotando de las piedras, tantas veces besadas por el sol, de su Escuela, de sus casonas solariegas y de sus hijos.

Alrededor del Mundo (15-12-1909)

Ermete Zacconi

Conocí al "señor comendador" Ermete Zacconi, durante una *tournée* artística, por las ciudades del Norte de Italia, a principios de la primavera de 1908. Ardía en deseos de saborear el arte del trágico insigne. Acababa de oír a Novelli y a De Sanctis, sus gloriosos colegas. Y con devota ansiedad asistía por las noches al teatro del Corso en Bolonia, viendo como se las arreglaba el gran trágico creando, con arte insuperable, con una sobriedad pasmosa, con un buen gusto irreprochable, con un conocimiento de los más recónditos amasijos del alma que rayaba en lo genial, personajes tan distintos como el cardenal Lambertini, de la comedia del mismo título, de Alfredo Testoni, y el melancólico y extraño Oswaldo de *Los Espectros*, de Enrique Ibsen.

Conservo, completamente frescas y rozagantes, en mi memoria, las impresiones artísticas de aquella campaña inolvidable. El gran trágico comenzó con la comedia *Il cardinale Lambertini.* El autor de la comedia es boloñés, como boloñés era el protagonista de la farsa –Benedicto XIV–. Testoni es un fabricante mediano de piezas teatrales; recuérdese *La Modella,* que representó Tina Di Lorenzo la temporada última de la Comedia, y que se salvó en gracia a la belleza –más exhibible aquí que en otras piezas– de la gentil artista. *Il cardinale Lambertini,* es hermano carnal de *La Modella,* sin ironías. La misma exposición brillante, a la francesa, el mismo diálogo relleno de gracia y de ironía; la misma trama floja, endeble y forzada; el mismo

[225] Manuel Villar y Macías (1828 –1891). Escritor e historiador español autor de una voluminosa *Historia de Salamanca* publicada en 1887.

desenlace frío, precipitado y soso. A pesar de los pesares, Zacconi, que hacía de Cardenal, dijo su papel con tan admirable desenvoltura que el Lambertini de cartón que había fabricado el dramaturgo boloñés, se convertía, por momentos, en hombre de carne y hueso, en figura histórica, viviente, movida por pasiones y no por resortes mecánicos, por gradaciones humanas, y no por el capricho del fabricante que descubre torpemente sus chirimbolos de *métier*. En Zacconi resucitaba el Benedicto XIV de la historia, el regocijado y desenvuelto cardenal de Bolonia, que decía frases picarescas a las damas y que llevaba su *bonhomie* hasta el punto de perdonar esos tropezones tan naturales en achaques de amor, que los moralistas rígidos motejan de nefandos y mortales. Recuerdo una escena del Cardenal con un pobre cura de aldea, acusado de un desliz, tan llena de gracia y de interés dramático, y al mismo tiempo tan hondamente humana, que el público prorrumpió en un aplauso cerrado, unánime, formidable. El artista había corregido al autor. En los silencios, en los apartes, en el gesto, Zacconi había hecho una obra precisa de verdad y de belleza. Torné dos veces más a presenciar la obra. Era, sin duda, una de las *creaciones* del señor "comendatore".

Luego vi *Il Diabolo* que aún no conocen los madrileños. Celebraría que Zacconi lo diese a conocer en España. Se trata de una creación singular del artista húngaro, F. Molnar, que fue representada con éxito clamoroso en Budapest. En la comedia húngara no es el diablo el genio legendario del mal, sino un caballero, de edad indeterminada, ni viejo ni mozo, elegante en sus modales, vestido con impecable corrección, que habla bien, elegante y serenamente, con desenvoltura, con claridad, con exquisita y oportuna crudeza, de cosas graciosísimas. El diablo dice grandes verdades trascendentes y pequeñas verdades molestas, con giros paradójicos.

La tesis es sencilla. La verdad no es lo que los hombres dicen, sino lo que los hombres piensan y callan. El diablo, en la comedia húngara, se encarga de decir en voz alta lo que los personajes no se atreven sino a pensar. Se trata de un episodio de amor, en que dos seres, enamorados, llegan al natural desenlace que estos episodios tienen. Llega fatalmente, porque los dos enamorados –un pintor y una mujer del gran mundo de Budapest– encallados en los bajos fondos de la hipocresía social, se ven obligados, por la misma indiferencia de las cosas, a convertir en situación extrema lo que no pasaría de un vulgar accidente callejero.

Cada episodio escénico tiene su antecedente en la comedia húngara, antecedente que –permitidme la expresión– entraña dentro de sí una retroescena que se esconde a los ojos del público, que no se ve, pero que existe.

En el primer acto, al levantarse el telón, aparece un jardín con árboles, y con flores, decorado de estatuillas elegantes y desenvueltas. Mirad dentro de las cosas, acercaos al jardín, enteraos de los misterios de la quinta. La escena se transforma. Los árboles son de papel verde, las flores de tela, las estatuas de cartón. Y como en la escena, en la vida... Despojad al hombre y a la mujer de sus sombras y apariencia, de sus artificios y convenciones, de sus miedos, de sus *poses* escénicas, y aparecerán como son: sedientos de placeres y goces físicos, de vanagloria y de lujuria.

Molnar no cubriría a Venus con la túnica del pudor, temblorosa de deseos, no. Nos diría crudamente –escondido dentro de su diablo– que sus desdenes son caricias, sus repulsas invitaciones, su pudor vivero de deseos, y conveniencia sus escrúpulos y desfallecimientos.

Comprended ahora el arte inimitable de Zacconi, su inspiración sostenida y constante, en esta comedia, dos veces comedia como la vida que desentraña con crueldad. Repleta de conceptos agudos, de pensamientos hondos y densos, construida con solidez pasmosa, escrita en elegante y primoroso diálogo, Zacconi multiplica la agudeza del concepto, la hondura del pensamiento, la pujanza dramática de aquella obra maestra, llamada, de representarse ahora en Madrid, a alcanzar uno de los éxitos más clamorosos de la época, y todo, porque Zacconi es digno de Molnar, mientras en España, patria de los más galanos dramaturgos del mundo, el cómico Rodríguez o la actriz López no son dignos de Benavente.

Desearía que Zacconi no se olvidase ahora ni de *Il Cardinale Lambertini,* ni de *Il Diavolo.* Los que aplaudieron, hace años, con devoción entusiasta, al trágico italiano representando *Los Espectros,* de Ibsen, apreciarán ahora la flexibilidad de ingenio, la adaptación a otros momentos menos forzados, pero más emocionantes acaso, del más grande de los trágicos europeos.

Alrededor del Mundo (25-05-1910)
El Hogar[226] (18-02-1916)

[226] En esta revista argentina se tituló «El actor Ermete Zacconi».

"El trust de los tenorios"

¡Pobre ingenio el de Arniches, santo cielo! ¡Pobre ingenio el suyo que vive de retruécanos, de equívocos de mal gusto, de frases estereotipadas, que reproduce siempre el mismo tipo, y el mismo ambiente, y las mismas escenas!

Caso como este de miseria de ingenio, de sequedad de imaginación, de carencia de gusto, simboliza este Madrid de los colmos, de las charadas, de la correspondencia amorosa de *Radamés*, de los versos de Pérez Zúñiga y de los artículos ¡tristes artículos! de Félix Méndez.

He visto *El trust de los tenorios*. La obra es el mismo *Pollo Tejada*, el *Pobre Valbuena*, algo que ya conocemos y que han reído los públicos satisfechos y fáciles de contentar. Comienza la obra con una reunión de la sociedad de los tenorios, en cuyos bancos se ven mujeres, en calidad, sin duda, de representantes de doña Inés.

Se quiere expulsar a un socio porque ha fracasado en una aventura amorosa de menor cuantía. Pero el residenciado exhibe su hoja de servicios, que es admirable y nutrida. Casadas, viudas y solteras han sido seducidas por este don Juan de Arniches, tipo, como todos sus Juanes, de menguado ingenio, de absoluta memez moral, ni libertino ni candoroso, del que cabe presumir que no goza, no ya de los encantos de las señoras histéricas, sino ni siquiera de sus criadas, siervas y proxenetas.

El residenciado quiere probar con una nueva aventura su fortuna en achaques de amor. Y se compromete a conquistar la primera hembra que pase por la calle. La hembra es la señora del presidente del trust. El presidente huye con la esposa a París; el conquistador sigue a la pareja. De París a Venecia. Muriel, el escenógrafo, nos da una Venecia absolutamente inverosímil, de hombre que no ha visto ni fotografías de la ciudad del Adriático.

El tenorio impertérrito sigue a la India, huyendo de la persecución del tenorio. Y la mujer escapa con un pintor que ha conocido en el viaje. Ambos tenorios, marido y burlador, tornan a Madrid desencantados y vencidos.

No puede darse cosa más inverosímil, ni más necia, ni más idiota. Mas los públicos ríen y la taquilla se llena de dinero. Y de eso y de la simpleza humana viven Arniches y sus aprovechados colaboradores.

El Adelanto (28-12-1910)

"La neurastenia de Satanás"

Muy pocas veces voy al Gran Teatro. Me es desagradable acaso porque está algo lejos del centro, acaso porque no conozco su público, acaso porque ha desaparecido de su escenario temporalmente la gentil Rosario Soler. Luego, Ursula López no me agrada, como en general no me gustan las mujeres gordas. Tampoco me gustan, naturalmente, las espinacas.

No sé sí en el medio está la verdad, pero desde luego, en el medio está la belleza para el cronista. Digresiones aparte, fui al Gran Teatro noches pasadas, donde me sirvieron *La neurastenia de Satanás*, una cosa absolutamente anodina y desagradable.

¿Argumento? ¡Pero estas cosas no tienen argumento! La neurastenia del buen diablo se reduce a una serie de pretextos para que el cuerpo de coros luzca sus formas. Y no está mal de formas el cuerpo ese. Es más agradable, por ejemplo, que el de Eslava, donde las coristas son unas pobres cincuentonas barnizadas de un rubio de siete cincuenta; mejor que el de Apolo, donde las pobres chicas andan averiadas pensando en un nabab que las convierta en Rosarios Guerreros o en Carolinas Oteros; de mejor ver que las coristas de ese indecente teatrucho del Noviciado, donde los estudiantes y las modistas van a presenciar una lascivia triste, dolorosa, de pueblo que come mal y quiere reír.

Úrsula López, un centenar corrido de kilos de carne apretada, no está mal. Es, más distinguida, menos plebeya, por ejemplo, que Carmen Andrés. La tiple millonaria, hay gentes que aseguran que el remoquete es una dulce metáfora. Tiene, sin embargo, conatos de ex hija de portera. Su descoco es sencillamente achulado y de mal gusto.

El diablo neurasténico es un tipejo de tan menguado ingenio como sus progenitores. Parece incapaz de corromper a los hombres. Es tonto de capirote. Para curar su indolencia, se consuela con unas vulgares pecadoras. ¡Y cuidado que del diablo, personaje eminentemente

dramático, puede sacarse partido, señores míos! ¡Con oponer al *Fiat* del Creador un *Pereat* rotundo, decisivo, anárquico, con sacar partido de ese espíritu destructor de que puede hacer gala ese personaje de la leyenda, con modernizar ésta, hay tela cortada para rato y taquilla llena para noches!

Pero vivimos en plena crisis dramática y en plena crisis nacional.

El Adelanto (31-12-1910)

"La rima eterna"

Y mientras haya una mujer hermosa,
habrá poesía,

recita con los ojos en blanco, con la voz débil y apagada, con el gesto sobrio, la gentil Conchita Ruiz en esta linda comedia de los Quintero.

La comedia parece eso toda ella; un comentario, una apostilla, una amplificación de la poesía becqueriana. Parece, pero no lo es. Consigno una opinión personalísima; de ella no derivo elogio ni censura para los autores sevillanos. Cada uno es libre de interpretar los autores favoritos como le venga en ganas; cada cual es también muy señor de aceptar o rechazar la interpretación ajena, aunque proceda de alta estirpe mental.

Acaso por miopía, mis ojos no topan en el escenario de Lara con el espíritu del dulce y manso poeta. ¿Estará infiltrado en el alma del profesor de Historia que perdió a su hijo? ¿En el mozo que se enamoró de un gesto, de una voz, de una sombra, de un rayo de luna? ¿En la colegiala que visita el monasterio para acompañar a una señora romántica y madura? ¿En el ventero parlador y alegre como cascabel de diligencia en la calle de un pueblo dormido? No acierto; no veo a Bécquer por ninguna parte. A veces, lo vislumbro –¡también interpretación personalísima y libre!– en los ojos, monísimos, de la Pardito; en la cabellera romántica de Conchita Ruiz, *la Ensoñadora*...

¿Hemos de censurar por ello a los Quintero? Ellos tienen su Bécquer glorioso; el cronista, humildemente, el suyo. Nuestros ídolos tienen carne de la nuestra y espíritu de nuestro espíritu. Por esta filtración, por este inocente escamoteo, viven vida interna en nuestra propia vida y en la vida de nuestros hijos. Sin este calor, serían momias; con este calor son almas que nos crean y que creamos, en continua renovación vital.

El amor de Bécquer, estéril en obras, fue fecundo en líneas, en aromas, en arrobamientos, en éxtasis. Nos enseña a cantar mansamente sin protesta; a someternos serenamente al hado; a engendrar en nuestros propios sueños venturas ajenas que bendecimos.

Y el mozo y la colegiala de *La rima eterna* caminan hacia la vicaría. Yo escribiría un tercer acto para aclarar el desenlace al espectador. Los novios no se casan. Ella, la musa del poeta, casa luego con el tabernero de la esquina.

El mozo, que ha tenido otros amores con la luna, entronca, pasada la época de los monasterios, de las flores y de las leyendas, con una buena chica sensata que, en sus plenitudes, tuvo también su poeta que la cortejara.

Porque los amores del gran poeta, amigo y señor de nuestra adolescencia, no triunfan nunca; siempre se rompen como los rayos, se quiebran, se evaporan, desaparecen. Y de ellos queda este perfume, aquella estela, aquella luz, aquel acento, aquel gesto, aquella voz mimosa, aquella mano breve, aquella luminaria roja en campo azul. Esto, que no es nada y que lo es todo, esto queda. Bécquer adivinó, trazó, dibujó la dulzura de la derrota en el amor; la alegría de declararse vencido; el placer de que otros seres vulgares, hermanos nuestros, recojan nuestra sementera; el ideal de que nuestros sueños prendan en otros ¡que ignoran nuestra labor oculta de sembradores!

Sí. Ese fue Bécquer. Un vencido del ideal, que fue siempre vencedor. Por eso le amaron las mujeres. Por eso nosotros, adivinando el encanto de lo que fue y no será nunca, regalamos sus versos a la primera novia, a la colegiala del monasterio... que prefería a Luis Taboada y a Enrique Pérez Escrich.

El Adelanto (14-01-1911)

"El conde de Luxemburgo"

¿Cómo les ha parecido *El conde de Luxemburgo*[227] por esas latitudes, caballeros? Aquí hemos quedado en que la música es insinuante, mimosa, acariciadora, levemente melancólica; aquí hemos quedado en que Juan José Cadenas ha hecho una traducción apresurada, ramplona, escrita de prisa y sobre seguro para ganar unos cuartos. Todo esto lo decimos, pero nadie lo escribe; yo, sí. ¡Me es tan dulce ese querido rincón de Salamanca! Ahí puedo ser sincero; aquí, no. ¡Hay tantos compromisos! Porque se finge desdeñarnos, pero luego, cuando hace falta un bombito para ayudar ¡somos tan listos, escribimos tan bien, tan bien! ¡Oh, es una delicia el oficio este, caballeros!

Aquí nos íbamos cansando un poquito del dichoso vals de *La viuda alegre*; ahora *El conde de Luxemburgo* empieza a fastidiarnos. ¡Si no fuera por Julita! Porque en admirar a Julita están conformes el crítico de *El Radical* y la vaselina esa de *El Universo*. Estos chicos de la buena Prensa en Eslava se refocilan; luego, al llegar a la redacción, se calzan la mano con guante blanco para escribir horrores contra las piececillas un poco subidas de color. Convencionalismos que nos hacen reír estrepitosamente.

El conde de Luxemburgo sigue todas las noches usufructuando el dinero del público, gastándose alegremente con los poetas sin editor y con las modelos sueltas. Y Julita sigue con el vals de los besos. Los que protestan son los admiradores de Carmen Andrés. A mí me parece bien que se haya ido, que deje de representar *El conde*... ¡Es todo aquello tan sutil, tan voluptuoso, tan evocador, tan divinamente dulce!

Aquello no es el "¡ahí va!...", ni las mujeres de Babilonia, ni las peripecias de Putifar, ni el garrotín que subraya el grotesco José de la zarzuela faraónica.

El Adelanto (26-01-1911)

Las prisas de Benavente

La empresa de Lara anuncia que muy pronto estrenará una comedia de Benavente, *La losa de los sueños*. Y todos se ríen de la seriedad con que lanza la empresa sus afirmaciones.

Benavente vive ahora muy retirado, trabajando en la traducción de las comedias de Shakespeare, que editará *La Lectura*.

Benavente es un trabajador formidable, pero completamente irregular en su trabajo. Escribe cuando quiere y como quiere. Entrega un acto de una comedia, y pasan meses y meses hasta que entrega otro. No conoce las prisas ni el valor del tiempo.

Despista, por ende, a los empresarios, que son hombres formales, que tienen sus compromisos, a plazo fijo, con el público. Benavente, rara vez presencia los ensayos de sus obras.

Hay que cazarle cuando el público le aclama una noche de triunfo. Se le busca por todas partes. El soberano dramaturgo, que tantos días de gloria está dando a la escena española, aparece al fin, entre las candilejas, en medio de las actrices. Aparece y sonríe con gesto desdeñoso.

Un cómico me refería, pocos días ha, las peripecias a que dio lugar el estreno de *El hombrecito*. Benavente había entregado la obra, incompleta, a Tirso Escudero; faltaban dos días para el estreno; faltaba también, un acto.

Escudero estaba dado a los diablos. Benavente no aparecía por la calle del Príncipe. Y dos días antes del estreno apareció por contaduría. Se le rogó, se le suplicó que acabase la obra. El heredero de Shakespeare, el genial mago de *Los intereses creados,* pidió café, cuartillas; se encerró en contaduría. Y con su letra menuda fue llenando un rimero de cuartillas. En tres, en cuatro horas, quedó hecho el acto último, que es el más lindo de toda la comedia. Se enviaron las cuartillas a los copistas, estudiaron los cómicos de firme, y dos noches después el público de la Comedia aclamaba al hijo del doctor Benavente...

¿Estrenará ahora, a plazo fijo, *La losa de los sueños* la empresa de Lara? ¿Quién lo sabe?

[227] Opereta del compositor austro-húngaro Franz Lehár y libreto en alemán de Alfred Willner, Robert Bodanzky y Leo Stein. Fue estrenada en el *Theater an der Wien* de Viena en 1909 y en España en el *Teatro Eslava* el 9 de octubre de 1910 con traducción de José Juan Cadenas.

Acaso no esté escrita la comedia; acaso la escribe ahora el autor entre sorbo y sorbo de café; acaso no la tiene planeada todavía. ¿Qué más da? Será bella; por lo menos tan bella como la que escriba cualquiera otro.

Guerrita, el hoy hacendado de Córdoba que dogmatiza ahora en su *club* entre señoritos achulados, dijo una vez que él era el primer torero del mundo y de otras partes; que detrás de él venía *naide*, y detrás de *naide* el Fuentes[228]. Eso pasa con Benavente en el teatro. El es el primero, detrás de él *naide*, y detrás de *naide*... ¡cualquiera, cualquiera! Linares, los Quintero, el que ustedes gusten.

El Adelanto (27-01-1911)

El teatro español en Italia

Recientemente en el teatro *Argentina*, de Roma, ha representado la compañía cómico-dramática de Tina di Lorenzo la comedia *L'anima allegra (El genio alegre)*, de los dramaturgos españoles Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. El estreno de la graciosa comedia andaluza ha despertado la más viva simpatía. Comentan con donaire sus agudezas los críticos, ríe el público la sal y pimienta de los ingenios sevillanos, juzgan serenamente desde su púlpito los definidores y maestros de las revistas doctas. Los hermanos Quintero tienen ya su público italiano, y es de esperar que el interés que ha despertado el Teatro español contemporáneo en la nación hermana aumente a medida que se vayan conociendo otras obras, ya anunciadas, de Jacinto Benavente, Manuel Linares Rivas y Santiago Rusiñol.

Esperaba yo un estudio de conjunto sobre el Teatro de los hermanos Quintero, trazado por algún crítico teatral de justa nombradía. No se ha hecho esperar mucho tiempo ese estudio. Giustino L. Ferri, crítico eminente, espíritu maduro y sazonado, inteligencia aguda y despierta, redactor teatral de *Nuova Antología*, dedica la primera parte de su *Rassegna* última a estudiar el Teatro de los Quintero; titula esa parte de su ensayo *Desde* EL AMOR QUE PASA *a* LAS FATIGAS DE HÉRCULES, que así se ha vertido al italiano la comedia *Las de Caín*.

Y es curioso. El Sr. Ferri no ha comprendido el Teatro de los Quintero. A ratos tiene atisbos; pero en el fondo se equivoca lamentablemente al definir la naturaleza artística de nuestros dramaturgos. *El genio alegre* parécele "una comedia llena de garbo, amanerada, divertida, con dosis exactamente proporcionadas de verdad superficial, de falsedad interna, de pseudo poesía y de aparentes osadías." Y completamente despistado, sigue diciendo: "Pocos saben revestir y modernizar a Scribe como los hermanos Quintero."

¿Será culpable de tales juicios la inhabilidad del traductor? "La España de los Quintero –sigue diciendo Ferri– me hace efecto de un *folklore* de vuelta, de una reimportación con el marchamo francés." Pero este juicio del mejor de los críticos teatrales italianos obedece seguramente a la torpeza de traducir un cuadro absolutamente local a lengua extraña.

Los tipos andaluces de la comedia no pueden hablar la sonora lengua dantesca sin grave menoscabo de la verdad. La misma Tina di Lorenzo, flexible como pocas actrices, ¿podrá acaso dar la sensación justa de la muchacha franca, traviesa y habladora de *El genio alegre*?

Las de Caín (Le fatiche d'Ercole) también ha saboreado el aplauso del público de la *Argentina*. Tampoco ha sido acertada la elección, a mi juicio. Los espectadores han ido en busca de la España de pandereta y han encontrado otra cosa. El Sr. Ferri ignora acaso que una de las características mas importantes de S. y J. Alvarez Quintero es precisamente la de no haberse dejado influir nunca por la fantasía francesa. Hasta posible es que los hermanos sevillanos conozcan muy fragmentariamente a Eugenio Scribe. Es puramente castizo y de raigambre casera el ingenio salado de nuestros dramaturgos.

Las de Caín ha sido una equivocación lamentable del traductor.

El señorito tonto de los colmos, ¿es explicable, medianamente verosímil siquiera, hablando italiano?

Y ese tipo fue uno de los aciertos circunstanciales de la obra, allá cuando se estrenó, hará cosa de tres años, en el teatro de la Comedia. Hoy mismo aquel personaje no entretendría

[228] Seguramente se refiere a Antonio Fuentes y Zurita (1869-1938) quien reconoció a *Guerrita* como el único que podía hacerle sombra..

como en aquellos tiempos de ingeniosidades fáciles, en que los hermanos Quintero satirizaban aquellos retruécanos y descomposiciones de palabras tan absurdos.

Otras comedias de los Sres. Quintero serán representadas en Italia. El público las acogerá con beneplácito. Porque la nota disonante la ha dado el Sr. Ferri haciendo recaer sobre los dramaturgos andaluces las culpas de los importadores.

En otro lugar he insistido sobre la oportunidad de aclimatar nuestras letras en el ambiente italiano. Pesa demasiado sobre las gentes la hegemonía francesa: Italia quiere sacudirse de ella. Además, la moda, que antes se deleitaba entre las brumas de los países del Norte, quiere bañarse ahora con la luz cruda del sol meridional, con el casticismo sombrío de la tierra de D. Quijote. Verdad es que el extranjero busca primero las liviandades de D. Juan que las fantasías del pobre hidalgo manchego. Nuestro talento de exportadores debe vigilar cuidadosamente para evitar las posibles falsificaciones.

Ha llegado el momento de traducir a Benavente. Días de gloria esperan al Teatro español contemporáneo en Italia. Tenemos harto escondido nuestro tesoro. Ni en Milán, ni en Roma, ni en Florencia, se tiene una noción exacta del valor, de la alta calidad mental del padre de *Los intereses creados*. ¿Por qué no se ha de comenzar la versión de su Teatro por esta linda y definitiva farsa, que ha de sonar muy gratamente en los oídos italianos? Aquel Crispín acaso paseó bajo los pórticos boloñeses, soñó aventuras de amor frente al Palacio de los Dux, embistió a un su enemigo en las austeras calles de Florencia. Y después de *Los intereses creados* encajarían perfectamente en Italia *La gata de Angora, Rosas de otoño, La señora ama, Por las nubes* –que también Italia padece del vegetarismo burocrático– etc., etc.

Paralelamente a este anhelo de conocer casi por completo nuestro Teatro contemporáneo, el editor florentino Sr. Ferrante Gonnelli, ayudado por Gilberto Beccari, Mario Schiff y otros hispanófilos serios y amantes de nuestras cosas, está publicando una *Biblioteca de autores hispano-americanos*,

En Turín la Sociedad tipográfica editora nacional se dispone a disputar a los editores españoles el mercado americano, haciendo libros en castellano y versiones castellanas de libros extranjeros famosos. Ya han aparecido algunos volúmenes, y se quiere acabar definitivamente ciertas enojosas cuestiones preliminares para lanzar al mercado libros españoles.

El momento es, pues, definitivo para nuestras letras. Sacudamos la modorra clásica y espoleemos a Rocinante para que atraviese los Alpes a galope...

La Ilustración Española y Americana (30-01-1911)

El teatro de arte

Funciona en este Madrid del oso y del madroño una Academia intitulada Teatro de Arte, que de seguir como ha comenzado, dará frutos fecundos para el renacimiento de la interpretación teatral. Nuestros cómicos son detestables. Detestables porque no han estudiado y porque no han vivido: más acaso por esto que por aquello. Partidarios de la vieja escuela, del insoportable tamboril echegariano, del latiguillo, de la retórica, del empaque, no saben decir sencillamente, expresarse con naturalidad, sin afectación, corrientemente, como se expresarían en la vida... Casi todos nuestros prestigios teatrales son enteramente de cartón.

De mí sé decir que fuera de Rosario Pino, que me hace sentir intensamente, todos los demás faranduleros, sin excepción, me saben a muy poca cosa.

El Teatro de Arte celebra sus ensayos y sus lecciones en la planta baja del Ateneo.

Por las noches, cuando me ha vencido el trabajo, a guisa de paréntesis bienhechor y sedante, paso media hora viendo ensayar a mis amigos. El profesor es admirable. Desentraña y analiza pintorescamente lo que hay dentro de las comedias que estudian los alumnos, haciéndoles notar, a cada paso, los matices, las inflexiones, las *nuances*. Elige bien las comedias. Son de aquellas en las que el interés está dentro del espíritu del personaje y no fuera. Actualmente

ensayan *Agua en cestillo*, de Pedro de Répide. No se puede desdeñar a Répide[229], como han hecho algunos en esa ciudad, porque el literato madrileño buscaba en Salamanca algo que buscaba y que no tiene: ambiente castellano. Salamanca no es Castilla; no es Burgos, Zamora, Toledo, Ávila. Salamanca es un pueblo de eflorescencia plateresca, leonés, alegre, con algunas notas, muy pocas, de austeridad y tristeza. Salamanca es pueblo para mozos escolares, para juglares, para tapadas damiselas. Y Répide dio una impresión, que no es la mía, ciertamente, una impresión artística, extraña, pero no penable. Cada cual es dueño de interpretar las piedras como le venga en gana. Si Répide se quejó además de nuestro abandono tradicional, no hizo más que reforzar la campaña que ahí hacen los periodistas y que de vez en cuando saca de su soledad al señor Unamuno.

Volviendo al tema, diré que *Agua en cestillo* es una linda comedia de Pedro de Répide. La acción, al final del siglo XVIII. El escenario, Nápoles. Una cortesana jamona. Diana de Montalbán, ama con la excesiva devoción de la juventud que se marcha, a Fernando IV, rey de Nápoles, antes de subir al trono este príncipe, cuando es un gentil botarate, que corteja a las bellas para gustarlas un momento y abandonarlas luego. El príncipe llega a Nápoles, de paso para Viena, donde le espera su prometida doña María Carolina de Austria. Diana sigue amando al príncipe, que ya no se acuerda de una pasajera noche de amor que con ella pasara.

Como nada hay más enojoso que la exigencia tardía de las personas que se han amado y que han llegado a ser indiferentes, el príncipe se harta de Diana. Amor es agua en cestillo. Escúrrese por las varillas de nuestro espíritu tornándonos a la vulgaridad común cuando nos hemos dado cata de un gesto vulgar, de una exigencia importuna, de una palabra traicionera.

Frívolo es, en villanos y príncipes, el amor de la adolescencia. Acaso no comienza este a enraizarse sino cuando le vemos muy alto y queremos cogerlo y acapararlo, como los niños recogen entre sus manitas los rayos de sol.

Agua en cestillo se estrenará un día de estos en el Conservatorio. También se estrenará una comedia regocijada, *La utopía*, de Ramoncito Gómez de la Serna.

De la prueba hablaré en sazón oportuna.

El Adelanto (18-04-1911)

"La suerte de Isabelita"

Isabelita es una muchacha bonita, vivaracha, embustera, soñadora, que, haciendo coronas fúnebres, sueña con novios ricos, con cenas en la Parisiana, con autos, con vestidos de seda y con sombreros de ochenta duros.

Gana diez mil pesetas a la lotería y gasta bonitamente su dinero en un viaje de placer por Holanda, Francia y Suiza. En el lago de los cuatro cantones, enamora a un madrileño.

Gasta su dinero pronto y torna a Madrid, al comercio de coronas. E Isabelita se casa con el del lago, a la vuelta, después de hacerse pasar por una marquesa viuda.

Con un argumento tan ingenuo, tan infantil, ha hecho Martínez Sierra una linda zarzuela en Apolo. Una linda zarzuela; nada más que eso. Logra que el espectador no se avergüence de haber gastado su peseta. No sacude su sensibilidad, ni hace falta. Martínez Sierra estaría bien haciendo zarzuelas, sin meterse en otras cosas más graves y complicadas.

Canción de cuna, por ejemplo, quiere ser una cosa genial y resulta un juguetito ñoño, muy de acuerdo con la sensiblería de la clase media de dinero y de inteligencia. La sombra del padre es una cosa efectista, levemente melodramática, porque levemente melodramático es siempre Martínez Sierra. *La suerte de Isabelita*, sin pretensiones, a la chita callando, consigue agradar por su misma modestia y porque dado al rasero actual de los fabricantes de piezas teatrales, una cosa medianamente donosa, resulta un portento de gracia y de interés.

Lástima que tenga moraleja la zarzuela como una fábula de Iriarte. Los artistas no han venido al mundo para enseñarnos. Que canten, que pinten, que esculpan y que nos dejen a los mortales la facultad de interpretarlos como nos venga en gana. La moraleja de *La suerte de*

[229] En *El Liberal* (19-09-1910) Pedro de Répide escribió un artículo con el título "La ciudad doctora" referido a Salamanca de modo despectivo que despertó las iras de todas las fuerzas vivas de la ciudad. Entre otras cosas la encontraba *mezquina* y *carente de valor*.

Isabelita, por lo demás, es de un absurdo romanticismo, tan descabellado como el de *La rima eterna.* "Para ser felices –nos dice Martínez Sierra escondiéndose detrás de una modista– basta con imaginarlo así." Tesis más ñoña no puede darse. Isabelita triunfa, no porque se lo imagine, sino porque es bonita, lo cual es otra cosa.

Que no sea linda la obrera y nos hartará pasando su soltería con llantos e hipos de histerismo. Además, es una tesis de pereza y de abulia, cómodamente burguesa, de moral ramplona.

Está bien hecha la zarzuela, mejor, por ejemplo, que el segundo acto de *Canción de cuna* que, entre paréntesis, no es la obra de la temporada, ni del mes siquiera. Maruja Palou hace una Isabelita deliciosa. Gana mucho terreno la tiple sevillana. Debiera dejar el canto y dedicarse, desde luego, a la comedia. Sabe decir con gracia y con naturalidad, viste muy bien, tiene picardía, es encantadoramente ingenua. Acaso por esto no la elogian los señores críticos, que conciben el arte como un oficio, con reglas y regletas, y las comedias como una oportuna sucesión de entradas y de salidas, donde el mecanismo mata al fluido que lo produce.

El Adelanto (01-06-1911)

"El gran Carracedo"

Adrede no he querido decir una palabra de los estrenos de estas noches últimas, *La familia Real*, en Apolo, de Martínez Sierra, y *El paraguas del abuelo*, en el Lírico, de Berrín y Palacios. No es cosa de matar los mosquitos a cañonazos. Anoche se estrenó otro esperpento en Lara, *El gran Carracedo*[230], y ya no resisto a la tentación de decir sencillamente que no se puede ir al teatro, que nuestros autores teatrales son deplorables, y que si no tuviéramos a Benavente sería cosa de pasar la noche en casa, jugando al tute, escribiendo a la familia o pelando la pava con una buena moza.

Se habla del gusto del público por el género ínfimo. Es natural. De su aceptación tienen la culpa los fabricantes del género grande. Son preferibles las pantorrillas de la Chelito a la profunda cursilería de los personajes de Martínez Sierra o a la estupidez ingénita de los muñecos de Berrín y Palacios. Las mismas situaciones, los mismos tipos, la misma ausencia de emoción, los mismos recursos de siempre, la misma música poco honrada de Calleja. Prefiero la Fons con su vals de los besos, con el conde imbécil, con la música tibiamente sensual de las operetas vienesas. Prefiero la Chimenti bailando la rueda, el clown con la cara barnizada y con la nariz roja de bermellón, el género francamente descocado con viejos verdes en la primera fila de butacas y mozas de mirada procaz en los palcos de preferencia. Prefiero la charla del café, el libro del Ateneo, la camarera del turno: todo menos esta memez que nos invade y que acabará por ahogarnos.

Y no hablemos de don Miguel Echegaray ni del doctor Madrazo. ¡Oh, no! Aunque nos enfademos, el fruto de los perales serán siempre las peras.

El Adelanto (04-12-1911)

Problemas de amor

Y una vez más, al salir de *La losa de los sueños*, comentamos el hondo problema que ha planteado Benavente ante el público frívolo, logrando interesarle vivamente. Y mi amigo y yo nos dirigimos al Colonial. Todos vosotros conocéis este café a la una de la madrugada; las mozas alegres en él se citan; reina una grata confraternidad entre músicos y danzantes; nos acordamos vagamente de los cafés de París y de Lyón... Pero mi amigo y yo estamos absortos. Charlamos. Aunque jóvenes, también tenemos nuestro pasado y nos damos el tono de creernos protagonistas de una tragedia triste y silenciosa, que sólo nosotros conocemos y que ha dejado en nuestro espíritu eterna huella de dolor... Y ¿por qué no ha de ser como nosotros imaginamos? ¿Quién no siente, al cabo de los veintiséis años, un poco de escepticismo en su corazón?

[230] Obra en un acto de José Romeo y Sanz.

¿Quién ha sido tan fuerte y tan feliz que haya dejado de asomarse a la ventana de la realidad? ¿Quién se cree el mismo de los años de adolescencia y de los primeros años de mocedad?

Y charlando, charlando, entre las carcajadas alegres de las buenas mozas, entre los ojillos de lujuria de los viejos verdes, entre los moños teñidos de agua oxigenada, entre el crujir de los cristales de la vajilla haciendo examen de conciencia, ¡nos sentimos tan poco culpables de los derrumbamientos de nuestros sueños! ¡Tan poco culpables! Con la inteligencia, se afina el corazón. La bondad acaba por empacharnos cuando es bondad en bruto y no entiende de sutilezas y de refinamientos. Y pensamos que son los defectos de educación los que nos alejan de las mujeres que hemos amado. Siempre es muy cómodo en el hombre cargar su inconstancia y su egoísmo en la mujer.

¡Oh, las burguesitas españolas! Nacen para el amor, y la educación añoñada de los colegios primero, y luego, cuando entran en sociedad, la postura de defensa contra el sexo contrario, los cálculos prudentes de la mamá, la vida inexorable que se encarga de señalarles como meta de sus aspiraciones el matrimonio, sin preocuparse de cómo ni cuándo, las incapacita para la lucha, médula del amor y de la vida. Piensan en su casita burguesa con el nene rubio y el marido casero. Quizás una vida plácida, de arrope, sin preocupaciones y sin ensueños. Quizás el modesto pasar y las asusta la crueldad de vida de las poblaciones grandes, la contienda en la plazuela y al aire libre, la lucha sin finalidad, por el simple placer de ejercitar los músculos y de orear la mollera. Y se plantea la separación por este lado, casi siempre. De sangre árabe, las mujeres sienten a lo mejor celos de gata festejada.

Quieren, ante todo, rendir la plaza, esto es, llegar al matrimonio, por la razón de que una amiga casó joven y de que las vecinas murmuran compasivamente ante unas relaciones largas. Y sin pasar nada, pasa todo. La mujer se casa con el primero que llega, que para eso ha nacido. El hombre sigue luchando, que para eso ha nacido también. Y cuando logra vencer la cuesta, advierte con dolor que le falta el calor del nido, el éxito íntimo que no puede comunicarse; advierte que se le han caído las alas y que tiene que someterse.

Todos los mozos que vienen a Madrid ¿qué sé yo? en busca de gloria, de dinero, hartos del ambiente cominero de su rincón, hastiados de la vanidad provinciana que se satisface con el objetivo de un fotógrafo o con un puñado de duros, todos ellos, más tarde, más temprano, tienen que renunciar a los sueños de su adolescencia. Les veréis distraídos en el tráfago de la vida cortesana, aparentemente satisfechos, adoptando una postura de ironía, que suele ser una confesión de fracaso. Saldrán adelante o se estrellarán desde luego; no importa. Serán grandes escritores, aplaudidos dramaturgos, poetas, ministros, cuando dejen de ser ellos mismos.

Advertirán que también la sumisión tiene su dulzura, y a última hora, para normalizar sus rendimientos, para trabajar en paz, para hacerse la ilusión de que no ha muerto en ellos enteramente la vida del espíritu, se asirán como unos desesperados a un simulacro de amor.

¡Pobres! Estas caras afinadas por los malos pucheros de las patronas, por una rima, que se atasca dentro del cerebro y tarda en brotar limpia a las cuartillas, estas ojeras moradas, esta mirada cansada y dulce de nuestros amigos los quijotes, ¡saben de tantas cosas! Lo saben todo porque saben perdonar...

Pero es tarde y nos retiramos. Hemos saludado a un amigo que quiere olvidarse de sí mismo alquilando una noche de amor. Y no le hemos censurado, ¿para qué? Es un pobre hombre; también ella es, seguramente, una pobre mujer. La honradez es cosa quebradiza y se puede pecar mucho cuando se ama mucho. Los perfumes de la Magdalena son más gratos al señor que las protestas de honor y las censuras de nuestra burguesía contra las pecadoras. ¿Qué diferencia radical existe entre la que alquila sus caricias unas horas para comer y la que alquila toda su vida, fríamente, con guarismos? El que censura, el que no sepa perdonarlo todo, todo, el que no ame a los buenos porque lo son y a los malos porque su maldad les aleja de los goces del espíritu, ese no entrara en el Reino de los Cielos.

El Adelanto (05-12-1911)

La losa de los sueños[231]

(En el Lyon d'Or[232] a la una de la madrugada. Poetas, cocottes, políticos, fuerzas vivas que llegan de provincias a ver a los ministros y a paladear la vida. *Lola, Carmen y Pepe* que regresan de Lara).

Camarero.- ¿Qué va a ser, señores?
Pepe.- ¿Qué queréis vosotras?
Lola.- Chocolate
Carmen.- Yo.
Camarero.- ¿Bizcochos, ensaimada, torta de Alcázar?
Lola.- A mí me apetecen picatostas.
Carmen.- ¡Y a mí!
Camarero.- ¡Se tardará un poquito más, señoritas!
Lola.- ¡No importa!
Camarero.- ¿Y usted, señor?
Pepe.- Bizcochos
Camarero.- ¡Está bien!
Pepe.- ¡Estás algo mustia, Lolita! Tienes los ojos brillantes. Soltaste el trapo casi desde que se levantó el ídem en el segundo acto y te salía cada lagrimón como un garbanzo.
Lola.- ¿Qué quieres? Soy así. No es aquello cosa de broma, me parece. Y luego, la Bárcena está tan bien, tan bien, que parece que aquello no es cosa de comedia, sino que a ella misma le ha pasado. Aquel hilo delgado de voz, acariciante y mimoso; aquel saber contener el dolor y hacerse fuerte en la inmensidad de su desgracia; aquella simpática modestia de su persona; hasta aquella apariencia de insignificancia, aquella postura de estudiada bobería que adopta en el primer acto… ¡Nada, hijo, que estoy enamorada de la Bárcena! ¡A la Pardito, en cambio, la han soltado un papelito que ya, ya! Si me das gusto, Pepe, tienes que influir con papá para que volvamos a Lara. ¿Lo harás, Pepito?
Pepe.- ¡Sí, mujer! ¡Pues no faltaba más! Ahora estás en la edad de las emociones, chiquilla. Y tú, Carmen, ¿qué dices?
Carmen.- ¿Yo? Nada. Que tenía unas vecinitas al lado imposibles. Decían que era más tierna *Canción de cuna*.
Lola.- ¡Qué profanación! Yo no entiendo de estas cosas ni pizca, ni tanto así, pero me parece que la dichosa cancioncita es de boro como el imperdible de doña Isabel y lo de esta noche de oro de ley. ¿No es eso, Pepe?
Pepe.- ¡Eso es, Lola! Observa la sencillez primitiva de la técnica, o para que tú lo entiendas…
Lola.- ¡No soy tan bruta, hombre! Algo se me pega de ser hermana tuya…
Pepe.- Decía que el procedimiento es de una sencillez encantadora. Allí no hay exposición, ni desenlace, ni nada de esas boberías de las que son tan cuidadosos los fabricantes de piezas teatrales. Un cuadro todo carne: el café con los poetas que sueñan, con el matrimonio burgués que lee el *Heraldo*, con la pareja de chulos que ventila sus cuentas ante el cerillero del café, con las chicas pobres que llegan del Real emocionadas de la música sensiblera de Puccini… El Nuevo Levante, un café de la calle Atocha donde escribe González Blanco sus cuentos del *Blanco y Negro*. ¿Queréis que luego vayamos a un café de estos, niñas? Los divanes, rojos, descubren vergonzantemente, su mullido de paja; dormita el camarero; los bohemios rompen una botella y el cerillero admira, desde lejos, dormitando también, las paradojas pintorescas que restallan como fusta de cochero. Y el segundo acto, otro fragmento de vida; sí, Lolita, sí, Carmen, es más frecuente de lo que parece el caso de Rosina. Y es tan hermoso el acto, que él basta solo para la comedia, como basta solo el primero. El fragmento más insignificante es la comedia toda. Imaginaos un brillante grande que se rompe en fragmentitos pequeños, no pierden en belleza porque pierden en peso. Y es la obra de un poeta, un canto alegre de vida, que convida a la lu-

[231] «La losa de los sueños» es una obra de teatro original de Jacinto Benavente estrenada en el año 1911 a la que Sánchez Rojas dedicaría dos artículos –*El Adelanto,* 16-11-1911 (O.C. Tomo IV, página 99) y este publicado en *La Ciudad*– titulados con el mismo epígrafe, aunque con distinto contenido.
[232] Antigua cervecería y café madrileño, situado en el número 18 de la calle de Alcalá que sirvió de sede a numerosas tertulias literarias.

cha y a saborear el dolor humano, que tiene en sus desiertos un oasis de ternura, inexplotable para las que no sean buenas almas…

Lola.- ¡Eso digo yo, Pepe! Bien mirado, Rosina es más feliz ahora, cuando está la pobrecita deshonrada, con los besos de su nene y con la justificación plena que halla su conducta en el alma pura de Cipriano, que antes cuando era juguete, más que de la lujuria, de la vanidad del señorito calavera. Su hijo la purifica, y su pecado se limpia con el amor de otro hombre que no exige réditos. No creas: yo soltaba trapo, pero de alegría, de ver otra vez en alto la que en el fango no pudo mancharse, porque fue caída de pasión la suya, no anticipo de matrimonio acomodado. ¡Pobrecita Rosina! Como ella cayó, caería esta, yo, todas…

Carmen.- ¡No digas bobadas, mujer! ¡Pues no tomas tu poco en serio una comedia!

Lola.- Una comedia que no lo es; si quieres decir que no sea cosa de verdad, ¡vamos! De estas que se pasan todos los días, en nuestra calle sin ir más lejos. ¡Acuérdate de Pepita! Murió su papá, tardaron en cobrar la viudedad cerca de dos años, vinieron los apuros, se vendió el piano, perdió la chabeta con aquel señorito de pueblo que la dejó mal parada y lo… ¡de la *Losa*, cabalmente, lo de la *Losa*! Ahora anda por ahí con la cara harinada, con amigotes de la Peña y dicen que va a debutar, a llamarse *La bella Pinguitos*. ¡Desdichada! Y no era mala Pepita…

Carmen.- ¡Vamos, mujer, no la justifiques!

Lola.- Ni la justifico, ni dejo de justificarla. Digo que es una víctima más.

Carmen.- O un pingo más.

Lola.- ¡Bien, un pingo que fue antes como nosotras, ni mejor ni peor que nosotras, y que hoy ha sido vencida! A ella le faltó papá, a nosotras, no. Tuvo sus novios como nosotras. Y luego…

Carmen.- Sí, el cine

Lola.- Bueno, pero nos salimos del tiesto. Rosina no va al cine. Dice que acepta todas las consecuencias de su falta, y ya ves tú, las acepta.

Carmen.- Pero ya verás tú como el tercer acto es una *liaison* razonable con Cipriano, una *liaison* romántica.

Lola.- ¿Y qué? ¿Acaso tienen más valor moral nuestros matrimonios que el caso concreto que Benavente nos presenta? ¿Crees tú, Carmen? Al matrimonio suele irse por vanidad, por asegurar la plaza otras, por derrote de ilusiones alguna vez. Pocas se casan con su amor. Las sorprende un día el corazón algo viejas, algo desilusionadas y aceptan la coyunda con el primero que llega, con un extraño del corazón, con un advenedizo, sin raíces… Inclínate siempre a perdonar.

(Se sirve el chocolate. Pausa)

Pepe.- A mí, la verdad, la comedia me ha llegado muy adentro, me ha removido el alma que yo creía helada.

Lola.- Nunca tenemos el corazón seco, hermano. Y de la nieve salen flores.

Pepe.- Y de la arena, dice un poeta inglés que no, Carmen. Esto va contigo.

Carmen.- ¿Yo soy arena? Gracias por la lisonja.

Pepe.- No hay de qué. Mejor te quisiera Rosina que Estela.

Carmen.- ¡Bárbaro!

Pepe.- ¿Qué quieres? Me es más simpática Santa María Magdalena que la burguesa que habla del corazón como de ligerezas que hay que dominar. ¡Y cuando se peca por amor se comete menos pecado que cuando nos entregamos con todas las formalidades sociales por egoísmo!

La Ciudad (09-12-1911)

Jammy Samson[233]

El teatro de la Comedia nos ha entretenido con otro drama policíaco.

En las tablas vence siempre la habilidad del *detective* a la habilidad del ladrón; en la vida real, sucede todo lo contrario. Los ladrones campan por sus respetos, lo cual no suele ocurrir a los policías. El señor Samson es un tipo mucho más general que el del señor Evans.

[233] En realidad, *Jimmy Samson:* Comedia en tres actos de Paul Armstrong.

El drama policíaco que nos ha soltado Tirso Escudero, está, sin embargo, muy bien. Yo soy un poco inocente y suelen agradarme las cosas llenas de candor. Me gustan los títeres, los cinematógrafos y el teatro infantil. Después de Shakespeare y de Benavente, mis clásicos son *Diego Corrientes, El esclavo de su culpa* y *Las huérfanas del amor*.

Hay juego de luces, robo de una caja de caudales, se violenta la puerta de una cueva: todo muy bonito.

Las señoras suspenden la respiración, angustiadas; los novios cesan de charlar; el cronista, por instinto, se tapa los oídos para que no descarguen una batería. El amor, que todo lo enreda, prende en el ladrón. La vida de aventuras se trueca en un idilio tierno. Ortega y Frías, Pérez Escrich, tienen alguna novedad traducidos al inglés y revertidos, luego, al castellano.

Y Merceditas Pérez de Vargas, amada y amadora de Jammy Samson, luce una *toilette* muy linda. Los modistos y los escenógrafos son los que suelen ir ganando en empresas de tal linaje...

El Adelanto (07-02-1912)

Enrique Borrás

¿Y qué hacer esta tarde lluviosa, sucia, fría, sino ir al Español a presenciar *Fin de condena*[234], del señor Arzadun? El señor Arzadun tiene mucho talento; le conozco como colaborador de *La Lectura*; en las páginas de esta revista ha escrito páginas militares de gran interés. Luego, el señor Arzadun es vascongado, y, por lo tanto, honrado e ingenuo. Fuera de Manolo Bueno, que se adapta a todo, los otros, Baroja, Unamuno, Iturrino, Maeztu, son inadaptados e inadaptables...

Y es como sospecho. *Fin de condena* es un hermoso drama para el público, al que puede llamar candoroso, inexperto, un fabricador de piezas teatrales. Rebosa verdad y conocimiento directo del ambiente de los presidios.

A veces, surge, con honrada timidez vascongada, el moralista, y entonces decae el drama. El arte se da de cachetes con la pedagogía, con la docencia, con la moral. Si es verdadero arte, lo es todo porque todo lo instruye. Y en muchos casos, en los más, es de verdadero arte la madera de *Fin de condena*.

Y Borrás, admirable en todo momento. Es sencillamente genial en un instante de ternura amorosa, cuando abraza a su mujer después de algunos años. Luego, da miedo verle estrangulando a un bufón de presidio, entraña negra sobre cuya inconciencia pesa la ajena felicidad como losa de plomo. Sobre el espectador cae unos minutos la emoción trágica. Aquel hombre aúlla como una fiera, acaricia como una amante, siente como un hombre. Baja la farsa de los bastidores, palpita, caliente y viva, la pasión humana. A hombre, y no a cómico, sabe Borrás.

Recuerdo, oyéndole, a Zacconi. Hay momentos en que no tiene nada que envidiar al gran trágico italiano.

Puede hacerse perfectamente un parangón entre el Borrás de *El Místico*, de *El alcalde de Zalamea* y el Ermette Zacconi, de *Los espectros*.

Es más vario, más complejo, el actor italiano; más humano, más pasional el español. Surge, de vez en cuando, en Enrique Borrás, el catalán áspero y rudo, que ruge como águila a la que cortan las alas, muerta de frío, en el pico más alto de los Alpes.

El Adelanto (08-02-1912)

Lyda Borelli

Se anuncia, para muy pronto, la llegada de Lyda Borelli a Madrid. Representará unas treinta funciones en el teatro de la Comedia. Los diarios ilustrados preparan los ánimos, publicando hermosos retratos de la actriz, que es muy guapa. Los diarios sueltos de contaduría. Yo también puedo anticiparos mi impresión personal, porque he visto representar en Italia, muchas veces, a Lyda Borelli.

[234] Juan Arzadun y Zabala (1862-1950). Poeta, dramaturgo y militar vizcaíno que alcanzó el grado de general.

El primer argumento, que ahorra los demás, que tienen estas actrices italianas para procurarse una acogida favorable en el público, es el de su belleza. Belleza juvenil es la de Lyda Borelli. Es muy joven; no creo que cuente veintidós años de edad. Su cuerpo, flexible y ondulante, tiene la armonía de las estatuas griegas. Y los movimientos, la actitud, el gesto, dignos de su cuerpo, maravillosamente clásico.

De una corrección admirable son sus facciones. No recuerdo rostro de farandulera más bonito que el suyo, si no es el de esa monísima chiquilla Ritta Sachetto, que es hoy acaso la mujer más bonita de todas cuantas se exhiben en los escenarios. En Madrid la conocimos un poco en crisálida; ahora ya es la mariposa perfecta, o dejando el manoseado símil, la mujer cabal. Lyda Borelli es una carita expresiva. Los ojos, azules, tienen un fondo de inocente picardía o de picara inocencia, como ustedes gusten. La leve raya roja de su boquita, pierde con frecuencia su gracia ante la risa de esta mujer. Lyda ríe mucho porque tiene unos dientes muy bonitos.

Y viste con gran originalidad. Y debe vestir con un gusto exquisito, a juzgar por las miradas de reconcentrada ira de las señoras que dan el tono en los salones y en el gran mundo. Entre las mujeres no cabe amistad leal. Dime quién te maltrata, lectora, y te diré quién es tu íntima.

Para acabar: Lyda figura mucho en ciertas histerias de príncipes enamorados y de archimillonarias yanquees, hijas de choriceros que necesitan sobre su cabeza una corona prócer de rancia estirpe. El príncipe del cuento tropezó con una real familia, un poco testaruda. Y hay quien dice que Lyda recibió alegremente las decisiones de la etiqueta, que no consiente entronques con hijas de choriceros, aunque estén cargadas de dollars.

De la labor de Lyda os hablaré cuando venga. Hace tres años que no la veo. Tres años pueden ser la vida de una actriz. Entonces me agradaba más su belleza que su arte; pero su belleza es, en verdad, sorprendente, digna, no de un madrigal, sino de una antología de madrigales.

El Adelanto (29-02-1912)

"La nostra Margarida"

Al concluir la representación de *La Reyna Jove*, la genial actriz Margarita Xirgu, durante su brevísima estancia en Barcelona antes de marchar a América, el público, electrizado de entusiasmo loco, en uno de esos momentos en que el espíritu del pueblo vibra al unísono con el espíritu de sus poetas favoritos, aclamando a Margarita y a Guimerá, pidió que hablaran ambos. Breves palabras dijo Margarita. "Muchas gracias para este público que es tan bueno y que ha sido tan indulgente para mí." Margarita sonreía infantilmente, como niña mimada, gozando las delicias de subyugar un público heterogéneo. Habló después Guimerá; estaba realmente conmovido el autor de *Tierra baja*. Su figura alta, huesuda, aristocrática, de hidalgo manchego, en el que el espíritu cobra su fortaleza robándola al cuerpo, dijo también breves palabras como la trágica insigne, en catalán: "Estos son momentos tristes y alegres; tristes porque se marcha Margarita; alegres, porque no deja su trono como en la comedia, sino que se lleva nuestra Margarita, *La nostra Margarida*, el trono de gloria que han tejido para ella en Cataluña". Apretando fuertemente Margarita la mano de Guimerá, mientras hablaba este, lloró, lloró de veras, con apretada alegría, al sentir la unción que ponía el maestro en sus palabras. Una voz popular ¡*Visca la nostra Margarida!*… interrumpió, cortó las palabras del maestro. Y estalló una ovación clamorosa, inenarrable. Margarita, *la nostra Margarida*, seguía llorando dulcemente. Llanto que es lluvia del corazón sobre el esfuerzo que se impone, al fin, dejando de ser estéril.

¿Os he de contar, amigos míos, mi emoción castellana ante un pueblo al que sorprendo en plena intimidad, entregado al deber de consagrar sus artistas? Un artista de un pueblo dice lo que el pueblo calla, pero siente. Es por la voz de los poetas, por el arte, por la poesía, gracia del cielo, por donde adquieren conciencia de su personalidad los hombres y los pueblos. Borrad Maragall y borrareis el momento actual de Cataluña. Pero tampoco sin Margarita Xirgu, sin esta mujer todo espíritu, todo gesto, todo expresión, primitiva, infantil si queréis, pero, por eso mismo, mas humana y mas grande. No es la actriz, sino la mujer que hay dentro de la actriz la que subyuga y confunde. No hay artificio en Margarita; no hay gradación; no sabe de pragmáticas y cánones esta mujer singular. Es toda ella, como es, de cada momento; su gesto asombra por su fuerza y por su naturalidad; su voz opaca, sombría, cuando ruge, sabe ser mimosa y can-

tarina cuando dice la belleza del amor. Y así el catalán en ella, o es áspero, o suena gratamente a cristal veneciano. Anoche, en algunos pasajes de *La Reyna Jove*, la prosa caldeada, vibrante, pasional, de Ángel Guimerá, parecía cincelada en Florencia por un poeta del Renacimiento.

Yo, castellano, extraño al sentir íntimo de este pueblo, que veía en el homenaje del pueblo a Margarita el anhelo de algo que se halla como disperso en la atmósfera, pasando un momento difícil, angustioso; crítico, que algún poeta recogerá para que Cataluña no se detenga en su marcha, decía también para mí solo, *la nostra Margarida*, la *meva* Margarida, y tenía para ella, a flor de labio, aquellos versos que dijera Carducci a otra Margarita, reina también, como la genial actriz catalana:

Fulgida e bionda, ne l'adamantina
luce del serto tu passi, e il popolo
superbo di te si complace,
qual di figlia che vada a l'altare[235]
Salve,
¡Viva Margarita, «la nostra
Margarida» la meva Margarita!

Mundo Gráfico (19-02-1913)
El Adelanto (25-01-1913)

La vanidad y el amor

Hace decir Jacinto Benavente a uno de sus personajes en *Rosas de otoño* que si un rey se enamorase de una campesina, la campesina callaría con gusto su amor. Y que si, por el contrario, una reina ardía en amor por el último y más indigno de sus súbditos, el amado no podría menos de dar rienda suelta a su vanidad, y de contar a todo el mundo sus amores. No sabría, ante un amor tan abnegado, hacer el sacrificio del silencio.

La observación es aguda y sagaz y diría que generalmente exacta. Exacta al pié de la letra, sí; exacta, con el alcance que quiere darla el dramaturgo glorioso, no. Claro es que cada cual acude a la cantera viva de su mundo interior. La campesina podía callar el amor de su rey porque era su rey y porque tales amores se deshacen al andar en lenguas de las gentes, "El amor callado y el pimiento colorado", dice un refrán de mi tierra salmantina. El indigno súbito que gozase de los amores de su soberana los publicaría, no tan solo por vanidad –con ser la vanidad un factor tan importante en el corazón masculino– sino porque el amor del hombre se alimenta en la expansión como el de la mujer de la contención.

Dime, hombre, cuánto hablas de tu amada y te diré cómo la quieres. Dime, mujer, cuanto callas de tu amado y te diré también cuánto le quieres. En el asalto amoroso, es siempre la mujer la que conserva mayor serenidad. Y también lo de la contención hasta cierto punto; siempre hay una amiga íntima que está al cabo de la calle.

Claro que es cosa inocente y pueril esto de venir a descubrir –como un novelista francés de a tres francos cincuenta el descubrimiento– el corazón de la mujer o del hombre. Con asomarse al corazón de una sola mujer y descorrer apenas el velo del misterio de un alma, ya puede darse por contento el hombre más exigente. Con sorprender las lágrimas de un hombre en pleno momento de emoción, con descubrirle una tristeza, con sentir el alba de una alegría en su espíritu, ya puede darse por satisfecha la mujer más insaciable de amor.

Lo que ocurre es que las mujeres llaman vanidad del hombre al aparato con que este rodea sus aventuras de amor, sus aventuras pasajeras, porque en ellas no pone más corazón que el anhelo de un capricho, que más pronto se apaga, cuanto más pronto se satisface. Hablo de las aventuras no sentimentales, de los pecadillos, de los trotes y retrotes en que todavía se mete el bueno de don Juan.

[235] "A la Regina d'Italia" del libro *Nuove odi barbare*. *"Radiante y rubia, diamantina / luz de la corona que pasas, y el pueblo / orgulloso de ti se complace, / como de una hija que va al altar…"* Hasta aquí Carducci, el resto o prolonga los versos del poeta por su cuenta o tendrían que ir en punto y aparte en prosa como conclusión. En *El Adelanto* dice: "Salve, Margarita, la «nostra» / Margarida la «meva» Margarida!"

Lo que ocurre es que los hombres buscan fuera de su casa, no amor, que allí lo tienen firme –y ellos lo saben bien y porque lo saben bien no le dan valor alguno– sino aparato de amor. Una mujer que no sepa mantener en el hombre la duda, no será nunca querida con la misma intensidad. Un hombre de talento que, aunque no sea cierto, no deje entrever a su amada que hay algo que no la pertenece del todo y que tiene que conquistarlo, y conquistarlo eternamente, perderá el amor más pronto o más temprano.

¡El corazón humano! Bien decía Hamlet a Laertes, ante la tumba de Ofelia. "¿A qué palabras rimbombantes? Yo la quiero como tú, Laertes, y más que tú."

Vanidad es postura de amor, y Benavente, que tan sutiles y profundas cosas dice de las enamoradas, no las quiere decir igualmente de los enamorados.

Así, en *Rosas de otoño*, Isabel fue engañada por Gonzalo. Pero no quiso decirnos el genial dramaturgo si Gonzalo fue antes engañado por otra mujer, y si fue Isabel, la pobre Isabel, la que pagó los vidrios rotos en estas cuentas tan extrañas que hace el corazón en su balance.

El Adelanto (28-02-1913)

Hablando con Guimerà

Me dirijo al teatro Eldorado a saludar a Tallaví[236].

– Hombre, ¿ha visto usted lo que escribe de mi don Miguel? –me dice el gran actor valenciano.

– Sí, enhorabuena. Eso no lo ha dicho de nadie don Miguel –le digo a Tallaví. Y su drama ¿cuándo va?

– Mañana le diré exactamente la fecha del estreno. Venga por aquí.

– Vendré. ¿Qué hace usted mañana?

– *Espectros*.

– ¡Ah! Entonces no vengo, amigo Tallaví, sino a última hora, No puedo soportar *Espectros* sino una sola vez cada temporada. Zacconi, pase, vela algo, muere pidiendo el sol dulcemente. Pero usted, amigo Tallaví, parece que se complace en horrorizar al buen público. Y...

Quiero decir algo a Tallaví; que lo patológico no es lo artístico; que el arte debe de ser una copia, no de la realidad cruda, sino de la realidad piadosa, de la realidad artística. Tengo que dejarlo todo para mejor ocasión; aparece en el cuarto del gran actor el glorioso dramaturgo de esta tierra don Ángel Guimerá, el autor de *Tierra Baja*, alto, espigado, seco, con la ancha y noble frente puntiaguda, la color sana, el pelo blanco en punta, les ojillos miopes, tristes, –¡ay, casi ciegos!– detrás de los quevedos de oro.

Las presentaciones de rigor.

– Señor Rojas –me dice sencillamente Guimerá, como un novato cuyo primer libro, que no leemos, elogiamos con alguna hipérbole.– Muchas, muchas gracias.

– ¿Por qué?

– Por lo que de mí dijo usted en el Gráfico, ¡Cuánto cariño, amigo mío! Gracias, gracias de nuevo. Y gracias también por el artículo que le traducen en catalán en la revista *Catalunya*, de esta semana, sobre Margarita, tomándolo de un periódico de Castilla... *El Ideal*... No; no es *El Ideal. El Civismo*; no sé; algo de esto.

– *La Ciudad*, señor Guimerá, *La Ciudad*, un semanario que hacemos en Salamanca unos cuantos amigos.

Tallaví, ya vestido de Manelich, es llamado a escena. Quedo con Guimerá a solas.

– ¡Ha visto usted qué hombre este Tallaví!

– Sí, es extraordinario.

– Pero sí, extraordinario. Eso es. Yo no le conocía y le vi mi *Tierra baja* que repite esta noche. Y vendré todas las noches. Muy en su punto el elogio de Unamuno. No viene la gente a verle –no sé por qué– acaso porque la gente no sabe todo lo que vale este actor. Yo estoy conmovido, realmente conmovido. Tallaví es sobrio. Ha visto usted el segundo acto: ¡qué bien! No

[236] Recordemos que el actor y empresario teatral José Tallaví preparaba en estas fechas. *El pasado que vuelve…,* una obra de Unamuno.

hace pausas; desdeña el efectismo, el latiguillo; es sobrio, honrado, artista siempre. En Madrid ¿cómo no ha entrado de lleno en el gran público? ¿Usted sabe algo?

Algo sé. Lo que sé, se lo digo a Guimerá. Tuvo sus querellas con esta crítica teatral insincera, analfabeta, en la que –con la excepción de dos o tres nombres de prestigio– todos hablan por hablar, llenando cuartillas sobre las representaciones que son, de *cap a cúa* –de pies a cabeza, en romance– un verdadero absurdo, todo un ripio. Un crítico de esos llamó dulce a Carlyle; otro encontró la biblia del pesimismo en *La losa de los sueños*. Con la pareja aristocrática Guerrero Mendoza, todo son atenciones, elogios incondicionales. Y Mendoza no vale, por ejemplo, lo que Morano, lo que Tallaví, lo que Thuillier. Pero ¡con los demás!

Tallaví representó en la Princesa, hace seis años, *Espectros*; era yo estudiante. Aún perdura en mi espíritu la emoción de aquellos días; la de mis amigos Federico de Onís, Marcelino Martín González y otros.

La crítica se metió con Tallaví. No le toleraba tanta perfección, sin haberse contado con ella. Pues... Tallaví se metió a su vez con ese enano de la venta de la crítica teatral española.

Guimerá se lo explica todo. Yo también. No está deformado por la farsa ambiente el actor valenciano. Ni yo tampoco. Un redactor de *El Salmantino*, por ejemplo, escribe mejor que José Rocamora, director del *Heraldo de Madrid*. Al último periodista de Salamanca, al compañero más modesto de esa prensa querida, no se le ocurre tacharme de anticlerical como un director de un periódico de Madrid, porque le envié un artículo donde llamaba al santo de Asís... ¡pobrecito! ¡*poverello!*

– Hombre, eso es fuerte –me dijo–. Borre usted eso.

– ¡Pero si *poverello* se le llama por todos, por los curas desde el púlpito, en documentos oficiales de la iglesia, señor...!

– No me tome usted el pelo, amigo Rojas.

Pues ese del *poverello*, Rocamora, los que hacen los colmos, los insectos de los ministerios, el arrivista, el beocio, el que no ha tenido tiempo de hacer su cultura, esos, todos esos, quitan y dan prestigios. De papel de estraza, de humo. Y cuando el humo cesa, el *mont gol fier*[237] cae a tierra. Mientras dura la ascensión, no surge la protesta más que aquí... en un rincón provinciano... porque en Madrid no nos dejan. Barcelona tiene una prensa más pura. En la corte, apenas *La Lectura* para decir a un público serio lo que debe saber el público de la calle: que le engañan, que le roban los cinco céntimos, que le mienten... Maldita prensa de Cavite y de Santiago de Cuba: ¡qué de veras te desprecio!

Llaman a Guimerá a escena. La ovación al autor, al actor es clamorosa, indescriptible. El teatro tiene un medio lleno...

Espero en el cuarto del actor. Torna Tallaví. Se despide Guimerá y yo también. Un actor lleva del brazo a Guimerá por el teatro que ya está a obscuras. El actor, señor Merino, me hace una mueca que cojo al vuelo. Pensaba irme a la cama, pero, pero... acompaño al señor Guimerá.

Y tengo la gloria de sostener su brazo cansado, en el mío, joven, anhelante de nuevas luchas y de caricias nuevas.

– Don Ángel: aquí un paso... Espere: un auto... Ea, pasemos a las Ramblas.

Llevo hasta su casa al insigne literato catalán. No sé qué tiene el arte que separa barreras. Podrá ser Guimerá un furibundo catalanista, no lo sé, no me importa; pero enfermo, casi ciego, el señor Guimerá me pertenece. Es de mi tierra y es de mi raza, porque es hombre, porque es artista. Me habla Guimerá de Castilla con emoción; –¡Dios se lo pague!– ¡Cómo se quiere el llano desde lejos, amigos míos!

– Castilla consagra los artistas, amigo mío –dice Guimerá–. Cataluña no sabe de sus artistas hasta que no prueban fortuna en Madrid. Pero Madrid nos los devuelve formados. Castilla es generosa...

¡Sí! Castilla –lo dijo el poeta– hace los hombres y los gasta. Pero acepta los que vienen de otros ambientes. Y los recibe en amoroso abrazo. *Tierra baja* es tan castellana como *La vida es sueño*. Se aplaude en el último villorrio. Manelich no es catalán, es hombre que quiere a una mujer sobre todas las cosas, y ese hombre es de todas partes, que en todas partes reina amor. ¡Viva Castilla generosa! Y con ella, Cataluña. Cataluña, también. Y viva España que es todo eso, y Aragón, Extremadura, Galicia, Vasconia. Sea la patria símbolo de la humanidad pequeña,

[237] Los hermanos Montgolfier son considerados los inventores del globo aerostático y por extensión del globo en sí.

de las grandes familias regionales. Y formemos el himno nacional con *Els Segadors*, el *Guernikako*, las dulces baladas asturianas, los nobles y puros cantos de mi rincón. Y cuando digamos España, digamos amor.

Queda en su casa el señor Guimerá.

– Buenas noches, don Ángel –le dice el vigilante.

Le despido y pienso que el que hace una obra de arte hace más por su país que todos los maquiavelillos tarasconenses con sus habilidades caseritas.

El Adelanto (11-03-1913)

Josefina

«JOSEFINA.-... ¡De más buena gana te hubiera dado un bofetón muchas veces!... Por tonto, por cobarde...»

(BENAVENTE. *La gata de Angora*. Acto II.)

Josefina es la hermana de aquel pintor Aurelio, amigo nuestro, hermano nuestro, que sintió sobre su alma el zarpazo de la gatita de Angora, de Silvia –la mujer sin corazón–, que jugó con él los días de triunfo y le arrojó en el mar del olvido cuando quebró la reputación de Aurelio ante otras reputaciones. Josefina es la hermana del loco, del bohemio, del pintor. Cuando los hombres honrados se escandalizaban de Aurelio, de sus amores con la gatita, de las trampas y falsedades en que andaba metido el famoso retratista; cuando del pueblo de Aurelio llegaban hasta Madrid paletadas de cieno de esos buenos señores y de esas buenas señoras que no han reído nunca de veras, ni llorado nunca de veras tampoco; cuando aumentaban las deudas y llegaban los plazos inexcusables de cantidades que había tomado por amor Aurelio para fingir lo que no tenía, para complacer de tal suerte a Silvia, para no descubrir la pobreza, que siempre huele mal y es mal recibida siempre, Josefina, la santa, la buena, la fuerte, la brava, la abnegada, la grande Josefina –¡al fin mujer!,– justificaba a su hermano, y le besaba en la frente, y entraba despacito en el taller, para proteger sus sueños. Los sueños de los hombres, que no saben comprender las mujeres, Josefina sí los comprendía. Y los alentaba. Y cuando más grande era el batacazo, mayor era la esperanza. De esta mujer, de Josefina, apenas nos ha revelado Benavente, en un brochazo y como de pasada, sus amoríos con el pintor honrado, con Pepe, pero no nos ha dicho su lucha silenciosa en el hogar, los peligros que evitó a su hermano, cómo ella vivía por amor, sin exhalar una queja, para el arte de él, para el sueño de él, para la gloria de él, sacrificándole todo: su sentir oculto, sus callados amores, el momento de dar el bofetón a su Pepe –el pintor que pinta marinas sin ver el mar, y mujeres, sin adorar mujeres, y barquitos, sin haber contemplado una mala lancha pescadora–, «por tonto, por cobarde».

Josefina no es guapa. Se atavía caseramente, para que el hermano luzca frac, y tenga tapices en su estudio, y suenen los estampidos del champaña en la mesa del comedor. Huimos del dolor de la vida cuando no sabemos ganarla, y es el caso que, al escapar de ella, nos enredamos más en sus redes, para que los buenos señores –usureros, hombres que no tuvieron que luchar, porque por ellos lucharon sus padres, discretos que antes prefieren pecar a pasar por pecadores–, y las buenas señoras –las que se casaron sin emoción a su tiempo, las que tienen pasta flora en lugar de carne viva en su corazón– nos execren y maldigan. Es natural que el ambiente se rebele contra Aurelio, contra el artista, contra el soñador que quiere hacer de su sueño su moneda para vivir. Es, en el fondo, la envidia de no haber luchado, de no haber soñado, de no haber padecido hambre, de no haber tenido que torear a usureros, ladrones y galopines, de no haber estrechado brazos de mujeres enamoradas, lo que mueve a hostilidad al ambiente farisaico, beocio, necio, anticristiano y cazurro de nuestros días contra los Aurelios que luchan y que quieren afirmarse. Josefina lo sabe, y sin dar la razón a su hermano, enjuga sus lágrimas. Y sufre como sufren las mujeres: en la soledad, en el silencio, en la ignorancia del bien callado que vierten a raudales sobre los hombres que, queriéndolas mucho, necesitan, para quererlas, dinero, porque no hay sin dinero dignidad ni redención.

No es guapa Josefina. No es elegante. Tiene sobre la faz la huella de un amargo dolor, que, al cristalizar para siempre en ella, se ha trocado en una sonrisa; sonrisa de compasión, de tolerancia, de piedad infinita para los Aurelios, para los artistas. No sabe la buena gente de

hogaño que cuando es el arte vocación y no mercancía, se vence tarde, pero se vence. Y eso sabe Josefina, y eso espera, y esa es la luz que, al verterse fuera, traza la silueta de su sonrisa, a la vez triste y confiada.

Aurelio ha vencido ya. Es académico de Bellas Artes; los mozos discuten sus cuadros y tienen para ellos palabras de desdén. Aurelio lo sabe, pero es la vida la que le ha impuesto ese sacrificio. Para orientarse, para definirse, para encontrarse, hay que volar primero; las águilas nos dan el ejemplo rasgando el azul. Y Aurelio ha sacrificado su arte a su hermana. Hoy come bien Aurelio; no tiene deudas; Josefina es una buena burguesa que casó con Pepe; pero Pepe ya no es pintor, sino empleado de un Banco. Y ha dejado Josefina de ser mártir, que es la profesión de centenares de mujeres en los hogares españoles. Nosotros las sacrificamos a nuestra vanidad de ser, a nuestra hambre de ser, y es el caso que las Josefinas, pero solamente las Josefinas, nos disculpan y ayudan, vertiendo a raudales el bien callado sobre nuestros pobres corazones de artistas.

Mundo Gráfico (04-02-1914)

Acotaciones

La Priora

> LA PRIORA.- "Y a ver en qué quedamos; yo confieso que el corazón me pide quedarme con la niña…"
>
> (Martínez Sierra.- *Canción de cuna.-* Acto 1.)

A la Priora le pide el corazón quedarse con la niña; a todas las monjitas les pide el corazón quedarse con la niña que se les ha colado de rondón por el torno. ¿Qué culpa tiene la niña de los pecados de la madre? El angelito del envoltorio blanco, ¿es, acaso, hija de una madre? ¿No es un regalo que hace el cielo a las monjitas? ¿Por qué no recibir el regalo del cielo, el presente que el buen Dios hace a sus esposas que, por ser sus esposas, no son madres, para que gocen de lejos las delicias de la maternidad?

Las monjitas se deciden a recibir a la niña. Siente sus escrúpulos monjiles la madre vicaria: Sor Sagrario contempla la boquita de la nena; sor Juana de la Cruz –que tiene hermanitos pequeños en su casa, allá, en el mundo– quiere cuidarse de la cría; la hermana tornera recibe el angelito del Señor con los brazos abiertos; la madre Crucifixión tiene en el corazón esparto; la madre Priora –resumiendo la opinión de sus hermanas, opinión de mujeres, que es, casi casi, opinión de madres, por muy monjitas que sean– escucha la voz de su corazón que le pide recibir a la nena con los brazos abiertos. De esta suerte discurre también el médico de la Comunidad.

Es de la Orden de Santo Domingo de Guzmán –esa Orden tan española, tan castiza– la madre Priora[238]. Fue muy guapa la madre Priora; no se sabe a punto fijo si tuvo novio cuando dejó la trenza por el moñito y vistió los largos; sus padres, sus hermanos, la llamaban Carmen. No bailó nunca, en el mundo, la madre Priora. No atrajeron su espíritu las inquietudes del amor humano y terrenal. Oía misa a las cinco de la mañana, tempranito, Carmen; abandonó las joyas, los pendientes, los teatros, los paseos, las reuniones, las frivolidades de la mocedad; vistió a los diecisiete años –un año antes de entrar en el convento– el hábito de su patrona, la dulce Virgen del Monte Carmelo que fue también, como recordará la lectora, como recordará el lector, la devoción de Teresa de Jesús. Entró en el Monasterio, Carmen; profesó; tomó el hábito; cambió el nombre de Carmen por el de Sor Dominica. Por su discreción, por su tacto, por su don de gentes, por su arte de decir las cosas sin decirlas y de callarlas sin callarlas, ya para tres años que fue elegida Priora. Son negros los ojos y muy blanca la frente; de sus cabellos apenas

[238] Adviértase que las monjas de la orden de Santo Domingo de Guzmán son *dominicas*. En la obra de Martínez Sierra, *Canción de cuna*, el convento donde dejan a la niña es efectivamente de dominicas. Sin embargo, Sánchez Rojas comete el despiste de hacerlo posteriormente de carmelitas.

han dejado rastro las tijeras; pero tan negros eran que parecían azules. Los ojos han cobrado una dulce serenidad y los labios –que fueron húmedos y rojos– se han tornado blancos. Así también, la color –que fuera rosa– es hoy pálida, blanca, de marfil.

Llaman a coro. La madre Priora, sor Dominica, se dirige a él con sus monjitas. Queda sor Juana de la Cruz con la nena del torno; la llama *vidita, vidita mía*. Es la nena la vidita de la alegre, de la traviesa Sor Juana de la Cruz, que tiene hermanitos pequeños en su casa, allá en el mundo. La madre Priora, Sor Dominica, se acuerda de la nena. Y reza gangosamente: *Deus in adjutorium meum intende… Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis… Tecum principium in die virtutis luce in expledoribus sanctorum, ex utero ante luciferum gennui te…*[239] Y tiemblan las entrañas de la madre Priora, de Sor Dominica.

La mujer de Alvargonzález

"En la tierra en que he nacido supo
afincar en indiano;
por mujer a una doncella
rica y hermosa ha tomado"
(Antonio Machado.- *Campos de Castilla*. La Tierra.- IV.)

Ha sabido afincar el hidalgo, a su regreso de América, en los campos de Soria. Ha comprado fincas y ha tomado mujer, que es el mejor afincamiento. Los hermanos de Miguel, del indiano tienen sobre su alma el peso de un parricidio; la imagen de una fuente, de un padre que duerme, de un hacha, del seno de las aguas de la Laguna Negra. Miguel, que ha pasado lo mejor de su vida ganándola y mereciéndola, al tornar a sus campos, con los ojos cargados de melancolía, ha vuelto a comprar las fincas de su padre que los asesinos malvendieron, y ha tomado por esposa a una doncella hermosa y rica.

Rica, porque hay que cuidar que los hijos futuros tengan hacienda en tierras más ingratas que el dinero, pero más permanentes que él, aunque sean tierras malditas; y hermosa: una soriana, llena, nutrida, guapetona, de ojos negros, de vestir modesto, de sobria plática, de querencia honda, capaz del sacrificio callado. Juana se llama la mujer de Alvargonzález.

Al casarse casa nueva han levantado en la aldea de Castilla. De ladrillo rojo: del color de la sangre, de la puesta del sol, de la amapola. El indiano, allá en la Argentina, conoció *la plata* y lo que cuesta ganar *la plata*. A su aldea de mendigos, de tahúres, ladrones, galopines, corchetes –a su aldea, donde se masca el recuerdo de Caín– ha llevado Miguel Alvargonzález a la doncella hermosa y rica, a la que ha dado su nombre sonoro, de rancia raigambre castellana, tan rancia como la tierra amarilla y seca que circunda el lugar.

Han sido las bodas tristes. Miguel ha tiempo que dejo de ser mancebo. Conoce la tristeza de la vida y quiere la tranquilidad de la vida. Desde las Pampas añoraba el campanario de adobes de la aldeúca, el caserón solariego de los Alvargonzález, las tierras del abuelo. Como al luchar son rápidos y breves los años, un día supo la muerte del padre; otro se alegró cuando levantaron la horca por el buhonero miserable y asesino; otro supo vagamente del malestar, de la miseria, de la pobreza de los hermanos. Y liquidando sus haberes, reduciéndolos a plata, tornó a España por Vigo el buen Miguel. Después de los valles de Galicia, de las rías, sin salir de la cuna de Rosalía, el páramo interminable, infinito, pajizo, muerto; gañanes embrutecidos, bueyes pensativos, tristes como los gañanes, pueblucos sórdidos. ¡Qué pena daba la visión de España! Y, al pueblo. Llama en casa de los hermanos; los hermanos no tienen lumbre en la cocina; son pobres. La cosecha ha sido mala. Por el pueblo han pasado voceros, escribanos, procuradores y corchetes durante el invierno. Miguel, espléndido, repone tanta desolación. Y un día, al volver al pueblo, del huerto de sus padres de recoger unas patatas, sintió un hormigueo extraño ante el fulgor de los ojos de Juana que le sonreían.

[239] Salmos litúrgicos: *Deus in adjutorium meum intende…* ("Ven en mi ayuda, Dios mío..."), Salmo 69. *Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis...* ("Dijo Yahvé a mi Señor: 'Siéntate a mi diestra...'") Salmo 109, 1. *Tecum principium in die virtutis tuae in expledoribus sanctorum, ex utero ante luciferum gennui te… ("Tuya será la autoridad / en el día de tu poderío, / en los resplandores de la santidad; / Él te engendró del seno antes del lucero.")* Salmo 109, 3.

Se han casado Miguel y Juana esta noche. Muy tristes son las bodas en el lugarón. Miguel ha dado su primer beso de esposo a Juana; le ha dado el alma en él. Y ha llorado. Y con él ha llorado Juana. Y la luz del alba ha sorprendido a los novios llorando en el lecho nupcial.

También los hermanos lloran. Y los campos. Y el sol al asomar su faz roja sobre el páramo. Y también llora Castilla sin consuelo.

Mundo Gráfico (24-02-1915)

La Compañía Caramba[240]

Los italianos, Salamanca

Yo no sabía que el arrendatario del teatro Bretón señor Corona, fuese una especie de Don Quijote de la Mancha. Y sin embargo, lo es. Solamente al Caballero de la Triste Figura se le ocurre traer una grandiosa compañía de opereta a nuestra ciudad. En Salamanca no interesa el arte; en Salamanca no conmueve el arte. Al pueblo, a las masas cultas de la sociedad –estudiantes, abogados, médicos– suele llegar directamente la emoción estética; otras clases están separadas de ella por una masa aisladora de algodón. No toda Salamanca ha visto la compañía italiana. Ni por curiosidad siquiera. Ha preferido quedar sentada a la camilla, después de la cena, dando la última vuelta al suceso local de más boga.

El señor Corona ha firmado otro contrato con la compañía Caramba. Tornará al teatro para las ferias de Septiembre. Pocas veces, acaso ninguna, podrá contemplar la provincia un espectáculo semejante. Los italianos volverán a la ciudad dorada del palacio de Monterrey y del patio de los Nobles Irlandeses.

Salamanca es la ciudad más elegante, más fina, más espiritual de Castilla. Es la Florencia de la meseta. Sus piedras rojas, llenas de vítores, se reproducen con terracota bajo las arcadas de Bolonia. Nuestra plaza Mayor tiene su aire de familia con la plaza veneciana de San Marcos. El palacio de Monterrey puede servir de digna morada a una guapa y sutilísima dama del Renacimiento. La plaza de la Señoría no desdeña la Casa de las Conchas...

Los italianos se llevan de Salamanca algo íntimo, inefable: la visión de nuestra ciudad. ¿Quedará en nuestro espíritu la huella de su paso por nosotros?

María Ivanissi, canta

María Ivanissi canta aires españoles. Una cancioncilla de *Alma de Dios*. Una briosa jota. Y canta con brío, con fiereza, españolamente:

Te quiero, te quiero,
como se quiere a una madre,
como se quiere al dinero.

María Ivanissi es veneciana; se ha criado en Venecia; lleva en sus ojos la imagen dormida del Canaletto, de la Piazzetta, de los palacios de mármol perdidos a la sombra de un viejo rincón henchido de poesía. María Ivanissi, veneciana, es en este momento española. Su fuerte, su bella comprensión artística, la ha cambiado de patria mientras canta con su voz llena, espléndida y victoriosa.

¡Santos milagros del arte! María Ivanissi es ahora una española más. Es la maja callejera, la hembra apasionada que quiere a su moreno, que está celosa, que dice todo el mimo, toda la fiereza de su pasión. El público se ha compenetrado con la artista. Estalla una ovación delirante, extraordinaria, que pocas veces contemplamos en las zonas frías de nuestros teatros. La compañía celebra el triunfo de la Ivanissi como si de cada uno de los artistas fuera; la señorita Csillag abraza a su compañera; el maestro Bellezza está henchido de júbilo.

Y yo siento no tener veinte años y yo siento no ser estudiante. Porque hubiera llevado una capa al escenario. Y la hubiera tirado a los pies de la hermosa veneciana. Para gritarla con entusiasmo:

–¡Písala, castiza! ¡Viva tu madre!

[240] Tres meses más tarde Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título, y distinto contenido en *El Adelanto* que reproducimos a continuación.

El diablejo húngaro

La señorita Stefi Csillag es una mujercita encantadora. Lleva una blusilla abierta de escote; por la espalda cae graciosamente una borlita y un capuchón de seda blanca. La señorita Stefi Csillag es un manojo de nervios, que revela un espíritu inquieto, audaz, franco y juvenil. La aristocracia, la suprema distinción de esta chiquilla de Fiume se revela en todos sus gestos. En todos sus ademanes. Lo dice todo. Lo expresa todo. Lo siente todo. Y nunca es vulgar. Y no se repite nunca. Cada minuto es distinto en su espíritu; todos los momentos son diversos en sus inagotables y traviesas creaciones femeninas.

Mirad a la señorita Csillag. Dirige la Orquesta. Habla con la boca, con las manos, con los bracitos de acero, con el busto pequeño y apretado, con los cabellos de la peluca que se revuelven como al soplo del huracán. Es un lindo diablejo la señorita Csillag...

He aquí una raza fuerte, inteligente, abierta a todas las expansiones del espíritu. Estamos muy lejos ahora de la ñoñez tradicional de nuestras castizas compañías nacionales. Entre nosotros, se copia la personalidad. Una artista española recuerda a todas las que con ella han convivido. Hay entre las cómicas de la raza el empaque sonoro de María Guerrero, la dulce feminidad de Rosario Pino, la afectación de naturalidad que nos hace pensar en la Pardito.

Pero el diablejo húngaro es único.

Siempre va de veras. Al pobre segundo director de orquesta le ha hinchado un ojo el nerviosismo de la señorita Csillag, el diablejo húngaro.

¡Queridos italianos, hasta Septiembre! ¡Queridos italianos, *a rivederci presto*!

El Adelanto (22-06-1915)

La compañía Caramba

Yo tengo también, como mi querido amigo el doctor Pinilla, una liadísima amiga que se corresponde epistolarmente conmigo acerca de la guerra. Mi bellísima corresponsal apenas ha cumplido veintiún años, tiene una agilidad de espíritu extraordinaria, una franqueza llana y abierta, una inteligencia que ya quisieran para los días festivos los estrategas de café... ¿Necesitaré decir que mi amiguita es aliadófila? Mi amiga es partidaria de los rusos, porque su corazón se pone siempre, por generoso instinto, al lado de los vencidos; mi amiga es anglófila porque otea en las islas británicas elegancia, buen gusto y vida austera de hogar; mi amiga es italianófila, *guerra fondaia*, porque Venecia es bonita, porque canta muy bien Titta Ruffo y porque Elena de Montenegro tiene unos ojos grandes, negros y dulces; mi amiga es francófila porque la conmueve el ejemplo de la mimosa Francia, aguantando el temporal sin aspavientos, con altivez digna y serena... ¿He de añadir también que coincido absolutamente con los puntos de vista de mi amiga? Pues bien; la itanofilia de esta linda muchacha, salmantina de origen, se ha recrudecido este verano en el teatro de la Zarzuela, en el Magik Park, oyendo a la compañía Caramba, que actuará el día 7 de los corrientes, con *L'amore inmescerato*, en el teatro Bretón.

Mi amiga fue partidaria de la señorita Stefi Csillag, de sus monerías, de su gesto sorprendente, de su grata movilidad espiritual. Después cambió de ídolo; la voz vibrante y cálida de María Ivanissi, su figura decorativa y teatral, su gran capacidad dramática, la conmovieron completamente. Ahora, mi amiga, ecléctica, como toda muchacha que es de veras inteligente, admira a María Ivanissi y a Stefi Csillag por igual. El tenor Borghese es otro de los ídolos de mi amiga; Pasquini, el excelente actor, la parece de buen año y dice que debe ponerse a dieta. «Anoche y antes de anoche –me escribía hace unos días– fuimos a ver a los Caramba que siguen tan simpaticones. Luego nos quedamos para verlos salir los ciento y la madre que fuimos, y sacamos en consecuencia que la Csillag no pierde nada, que la Ivanissi tiene una gran figura como en escena, que Valle ya es crecidito, que el gordo, o sea Pasquini, está de buen año. También sacamos en consecuencia que Borghese está casado con una señora que no trabaja, pero que tiene unos brillantes que nos gustaron más que el matrimonio, y mira tú que el matrimonio es simpático. Cuando vayan a Salamanca, ya te preguntaré detalles, pues fuera de escena me divierte también saber de ellos. Tú dirás que qué curiosa, ¿verdad?»

La curiosidad de mi liadísima amiga es muy natural. Coincide con la legítima expectación de la ciudad, mejor aún, de la provincia de Salamanca, ante el espectáculo artístico que se aproxima. El maestro Bellezza, por ejemplo, es un portento de agilidad, de gracia, de seguri-

dad sostenida y constante. Jamás se ha oído en Salamanca una orquesta como la que forman esos cuarenta y tantos profesores de la Sinfónica de Madrid, dirigida además por una batuta tan gallarda y tan consciente. Si María Ivanissi sabe llegar cuando quiere a las cumbres de la emoción dramática, Stefi Csillag es un temperamento tan complejamente femenino, tan diabólico, que sorprende y despista a cada paso. A pesar de su abolengo húngaro, la señorita Csiliag tiene un genio artístico completamente latino. Esta compañía, con su hermosa disciplina de igualdad y de compañerismo, con su exquisita educación, con la elegancia de sus gustos refinados, nos da una sensación de esa querida Italia, tan lejana y tan preocupada hoy con sus ensueños patrióticos. Así, la italianofilia de mi amiga y mi propia italianofilia aumentan y se vigorizan a la vista de estos italianos tan duchos, tan inteligentes, tan sagaces y tan artistas.

El Adelanto (04-09-1915)

"L'amore in maschera"

¿El amor enmascarado?... Yo recuerdo vagamente esta opereta. ¿Dónde la he oído? ¿En Madrid, en Barcelona, en Italia? No lo recuerdo bien. Mi fuerte no es el de las operetas precisamente.

Una viuda enamorada; un hijo, fruto de ese amor; el tenorio de tanda, que se retira, con la abyecta cobardía de todos los tenorios, en el momento de la responsabilidad. Todo esto, encuadrado en el marco de la languidez vienesa, interpretada por temperamentos italianos y latinos, es decir, cordiales. El tenorio recuerda que ella era buena, que quizás fue honrada, que los pecados de las mujeres débiles son producto de la eterna vanidad masculina.

En un baile de máscaras, años después, torna a tropezarse con la víctima. Y la consabida boda, con toda la *mise en scéne* que requiere la gravedad de las circunstancias.

Todo eso me parece que es *El amor enmascarado*. No recuerdo bien. Reforzaré o rectificaré mis impresiones esta noche. Después de todo, da lo mismo. Es una opereta de visualidad, de gran riqueza escénica, de terribles sobresaltos para el jefe de máquinas. La viuda, como casi todas las viudas, es un poco dramática; de viuda sospecho, pues, que actuará María Ivanissi. No he tenido tiempo de preguntar a mi buen amigo el señor Corona el reparto de papeles. Luego hay una coqueta más o menos ligera de cascos, y eso no puede hacerlo más que la tiple cómica señorita Stefi-Csillag. Borghese quiero suponer que será el pillín de tanda y que Valle será un discreto consejero, uno de esos discretos, graves y sesudos consejeros que tanto nos fastidian cuando intervienen con su lógica de aprovechados en las resoluciones íntimas de nuestro propio corazón, que ellos no conocen ni por asomo.

Esta noche torna a presentarse en el teatro Bretón la compañía Caramba. Como no estoy subvencionado, como la presencia de esta compañía en Salamanca no obedece a planes estratégicos del Estado Mayor italiano ni a reclamaciones del generalísimo señor Cadorna, puedo escribir estos días cuanto me venga en gana, contando con la grata hospitalidad de El Adelanto. Porque en estos momentos hay que prevenirse contra todo. Yo prefiero, naturalmente, una romanza cantada por la señorita Ivanissi a una opereta de Guillermo II y hasta a la ciencia de un profesor tudesco con gafas gordas, pero estas preferencias son absolutamente desinteresadas, y por eso, reciamente personales. Me consuela pensar que si mi italianofilia sólo se fundara en una romanza, con ser de base muy quebradiza, no lo sería tanto como la germanofilia de otros estimados amigos, emocionados porque tienen un barómetro que no se rompe, una muñeca de trapo que dice mamá ella sola o un instrumental quirúrgico que no se oxida.

Con la orquesta viene el primer violoncello español: el señor Villa, hermano del ilustre director de la Banda Municipal, de Madrid, de este apellido.

Con tales elementos, es cosa de volver a refrescar las impresiones de *L'amore in maschera*. Y conmigo, Salamanca entera, donde el sentido estético necesita, de vez en cuando, fuertes corrientes tonificadoras.

El Adelanto (07-09-1915)

Intermezzo[241]

Los representantes de eso que llamaría el señor Unamuno el trogloditismo artístico local quieren aplicar un criterio proteccionista al arte, señalándole y marcándole fronteras. Nada más absurdo para nosotros que ese plano espiritual. Ni más cómico. Ni más pintoresco. Como arma de empresa, es una cosa bufa. Como criterio estético, completamente pasado de moda. Como razón de germanofilia, las operetas son vienesas. Es decir, austriacas. O lo que es igual, de los imperios centrales.

He leído en unos cartelitos que se proteja el arte español. Por mí, que se proteja. Para eso, podemos ponernos de acuerdo en lo que quiere decirse con esas dos palabras del arte español.

No lo entendemos bien. Y tratándose de la lírica, menos. La música no es lenguaje articulado. Es simplemente una manifestación espiritual. Hay músicos españoles que parecen alemanes y alemanes que parecen españoles. Bretón, un salmantino, escribe una jota aragonesa, *La Dolores*, y siente en aragonés. Vives precisa en húngaro, trazando los compases de *La balada de la luz* y en parisién perfecto componiendo el himno al amor del preludio de *Los bohemios*. El arte, como el corazón, no tiene patria.

Ese proteccionista, que se siente tan alarmado ante la invasión del arte extranjeril en Salamanca, puede abrigar –como él escribe– los más grandes escepticismos respecto a la eficacia de su propaganda. El cobijo augusto, es decir, Salamanca sabe lo que hay en estas manifestaciones tan espontáneas. Podemos muy bien tener dos velas encendidas o una misma vela por dos cabos.

¡Muy bien los insignes artistas extranjeros y muy bien los eminentes artistas españoles! Todos caben en esta tierra de garbanzos. La cortesía, sin embargo, nos obliga a ser hospitalarios –además de la justicia– con los que nacieron bajo otros cielos, hermanos de los nuestros.

Nada tengo que rectificar de mis recuerdos de ayer. Una viuda, un hijo, el viejo tenorio que siente retoñar en su corazón el fruto tardío de la paternidad. María Ivanissi, admirable de expresión dramática. La Csillag, monísima, buscando a la sombra de un hongo el consuelo a sus penas de amor. Muy expresivos y justos Borghese, Valle y Pasquini. Afinados los coros y muy firme y segura la batuta del maestro Bellezza.

Como va a parte la reseña, aquí cortamos hasta mañana.

El Adelanto (08-09-1915)

Nota del momento

El prestigio de los archimillonarios yanquees va pasando un poco de moda, desde que hemos oteado en estas latitudes que los reyes del petróleo, del carbón, de la bencina, del plomo, del hierro y de la malaquita tienen sus congéneres por estas tierras de pan llevar. Ahora, que aquí son más modestitos. Sus retoños femeninos tampoco son tan extraños, tan bravíos y tan elásticos como las *fanciulle*[242]del Norte de América. Las chicas no se escapan con el novio. Los papás no se enamoran tampoco de cualquier domadora rusa de leones[243].

Ningún exotismo pasa por el corazón de estos príncipes de más acá de los Pirineos. Las Olgas pueden sustituirse por las Maritornes, y tal vez las Daisy Gray no se atreven a ser demasiado líricas en el momento oportuno. Yo diría a la señorita Ivanissi que por acá, los secretarios particulares no desdeñan a las hijas de los figurines a los que se arruinan ni aun en broma, y diría también a la señorita Csillag que las Daisy, muy preocupadas en las preocupaciones de la reja, no tienen tiempo de firmar pactos escritos para divorciarse... oficialmente.

Anoche estuvo el teatro muy bien. La señorita Csillag sorprende cada noche con un talento nuevo; tiene una flexibilidad prodigiosa de gestos y mohines del más alegre, espontáneo y exquisito sabor cómico. María Ivanissi –yo la encuentro mejor de figura que en Junio– aborda

[241] Existe otro artículo, también publicado en *El Adelanto*, con este mismo título, aunque distinto contenido (O.C. Tomo I, página 69).

[242] Doncellas, jovencitas, damiselas…

[243] Sin duda se refiere a la opereta *La princesa del dólar* de Leo Fall que se representaba en el Bretón.

con gran soltura las situaciones dramáticas y tirantes. Pasquini estuvo anoche admirable de voz. Tozzi, Consalvo y de Lugo, muy acertados. Los coros sin un descuido y muy ágil de batuta el segundo director de orquesta, señor Bazán.

El Adelanto (09-09-1915)

La pastora y el rey

«Oh!..., *il suon di Lei!*»
(LEOPARDI, *Canti*).

He aquí una comedia, *La bella Risette*, que es más verdadera que la verdad, más real que la vida, tan linda como el amor y como la santa inocencia de la niñez de candorosa. A mi me place, por excepción, glosar esta noche el argumento.

Pues, señor... Allá, en un reino muy raro y muy lejano, el reino de la quimera, un rey se enamoró de una pastorcica. Y dejó su corte, su manto, su cetro y su corona –¡sabio rey!– para consagrarse al amor. Como luceros de la mañana eran los ojos de la pastora. Blanco y suave, como cuello de cisne, era el de la pastorcica correspondida. Los labios eran de grana y la frente tenía resplandores de aurora. Los brazos acariciaban la mirada con su ritmo y remataban en unos dedos amasados con leche y sangre, tan suaves, tan lindos, ¡ay, tan lindos! que a su contacto el buen rey pensaba que aquellos brazos eran el reposo del mismo cielo. Y hablaba la pastora con dulzura de arpas eólicas y gorjear de ruiseñores mañaneros. Cuando lloraba la pastorcica, se empañaba el paisaje con turbias cortinas de agua. Cuando reía, tornaba a las cosas todas la rosada luz del alba... Como que no hubo nunca niña más bella, más bonita, que la bonita y bella pastorcica Risette. Todos vosotros habéis leído o habéis soñado esta blanca balada del Norte –¿inglesa, tal vez?– si tenéis limpio el corazón y si el Ángel de la Guarda os visita de vez en cuando, durante el sueño...

Hasta aquí el prólogo de la comedia.

Pero surge la vida real. Habéis despertado del candoroso sueño; os ha despertado un hombre que blasfemaba en voz alta, una mujer que acogió vuestro inefable silencio con groseras risotadas de incomprensión, el Demonio que sustituyó al Ángel, cuando huía de vuestra cabecera. ¡Ea, estáis despiertos! ¡Escuchad! Ya la canción es otra; ya no modula el mismo ritmo; un velo de amargura ha tapado el rosal de vuestra inocencia, marchita para siempre.

Reymundo, vuestro escudero –vosotros sois el Rey enamorado– viene a deciros que vuestros súbditos, es decir, vuestras pasiones, se han amotinado dispuestos a destronaros violentamente, si no abandonáis a la pastorica. ¿Comprendéis la enorme trascendencia psicológica de esta linda comedia? Vosotros no vaciláis, pero es Risette la que vacila. Os quiere hombres pero os quiere reyes. Reyes, cuando menos, de vosotros mismos. Risette se hunde en los dictados de su deber que son siempre, siempre, más miserables que los dictados del corazón. Y la pobre Risette, desolada, abandona a su Monarca en el momento de la lucha.

¿Qué has hecho, pastorica, qué has hecho? ¿Por qué huyes de tu Rey? ¿Qué te ha hecho si no es quererte? ¡Mira que ya no vuelves a subir a las estrellas, ni a las cumbres; mira que no vuelves a jugar con los angelitos rubios de alas blancas ribeteadas de oro y con ojos azules; mira que no oirás nunca el canto de la alondra, pasando por tu frente y por tu corazón!

El Rey, el pobrecito Rey, se desespera; quiere morir de dolor. Pero del dolor de amar no se muere nadie, cuando el Rey no se muere. Sueña el pobrecito Rey con el amor y el amor le dice que la leyenda de la bella Risette es eterna como la vida. Y como la juventud. Y como la fe. La bella Risette no existió nunca –mejor sería decir que no ha existido verdaderamente más que la bella Risette– ni existió nunca tampoco el rey Guiscardo de la fábula. Pero en la vida real Pedro I, el Rey y Gianetta, la pastora, se quieren y se comprenden bien en comunión de amor.

El corazón celebra siempre los aniversarios de sus quimeras. Diez y siete doncellas, más bellas que la luna, eligen siempre esposo durante estas fiestas. El rey Pedro I se marcha de caza. Gianetta, la novia del Rey, entra en escena con sus amigas, ataviada de blanco, con sencillez, que es el hábito de la pureza y del decoro de las vírgenes. Y detrás de Gianetta viene Margot, la novia oficial, la impuesta por el rango, la hembra del protocolo..., vestida de pastora, ya que así ataviada, puede mirar de cerca a su presunto prometido, pues no le conoce todavía, ni... le conocerá nunca.

Pedro ha sido sustituido por Edgardo en la ceremonia nupcial. Cuando ya ha empezado esta, entra el buen Pedro, el Rey verdadero. Como es el verdadero Rey, no puede amar más que a Gianetta. La novia del protocolo, Margot, elige al Rey postizo, a Edgardo. El primer ministro –nada más insoportable que un ministro, suponemos que constitucional, en las regiones actuales de la poesía– advierte el escándalo que va a producir esa ficción. ¿Esa ficción?

Pero ocurre lo que tiene que ocurrir. El Rey se convierte en pastor para seguir a la pastora; no quiere más gloria que la de los ojos de su Gianetta. Margot, que quiere ser Reina, hace de Edgardo un Rey con cetro, manto y corona –¡eso sí!– pero sin majestad.

Y pasan años, los años de los sueños. Estos han prendido como frutos sazonados de realidad en el corazón de Pedro. Un día –en el teatro de Palacio– unos cómicos representan la leyenda de la bella Risette. Les dice a voces Pedro a los faranduleros que abdiquen real y positivamente para seguir a la pastora. La cómica, la bella Risette, es Gianetta. Y Gianetta abraza a su Pedro, jurándole eterno amor.

Amigos míos: no digáis que *La bella Risette* es una comedia más. Desdichados de nosotros, si no es también nuestra esperanza para amar la vida, y a Dios que nos la ha entregado, para que la vivamos con santa alegría interior.

He escuchado esta noche un canto de Italia, durante la representación. Nosotros, los poetas, oímos los cantos más lejanos. ¡Oh, *il suon di Lei!* –lloraba el dulcísimo poeta, el pobre jorobado de Leopardi, *–¡Oh, la huella de ella!* –cantaba en las aladas en las inefables estrofas de *Il primo amore.*

Y el poeta, en su soledad, revivió la imagen de Beatriz sobre el puente viejo, allá en Florencia, junto al Arno, rodeado de cipreses, de olivos y de rosas.

Si esta noche vosotros no habéis presentido la huella de Beatriz en el teatro, yo os aconsejo que os acostéis pronto y que ronquéis a pierna suelta.

«La noche –dijo Verdaguer– no se ha hecho para los amadores mundanos».

Se hizo, querido poeta catalán, para los niños, para los poetas, para las pastoras y para los reyes...

Dos líneas sobre la función. La señorita Csillag –que llenaba toda la escena– representó el papel de la linda princesita Margot, la cabecita loca que prefiere una corona a una cabeza y un cetro a un corazón. Merecía, por la delicadeza y la gracia de sus gestos, haber sido la verdadera bella Risette, de la dulce y encantadora leyenda que he contado.

El Adelanto (10-09-1915)

La obra de anoche

Amor húngaro. Si os empeñáis en ello, y con más propiedad tal vez, *Amor gitano*, o lo que es igual, amor brioso, pujante, indómito, bravío.

Todos vosotros conocéis *Amore zíngaro*. Para mí, es la mejor opereta, sin disputa, de ese buen Lehar, que no ha escrito sino valses añoñaditos y monótonos. Por eso se pegan tan pronto a los oídos de las modistillas y de los soldados de la guarnición. Yo pongo ciertas óperas, muy conocidas del aprovechado compositor vienés, al lado de esos couplets de la Goya y demás compañeras. Me amartillan los oídos y me producen malestar.

Pero Lehar supo acertar en *Amore zíngaro*. Esta sí es música de buena ley. Brío, coraje, ímpetu. *Emoción*, para decirlo de una vez. Notas sentidas y vividas. Algo que se sale del marco de su eterno artificio voluptuoso. Música bella y primorosa, de hombre que sabe sentir cuando llega el caso.

Dos figuras, la señorita María Ivanissi y el tenor señor Pasquini compartieron anoche los vítores y aclamaciones del público, rendido, desde luego, a la belleza de la partitura. María

Ivanissi lució los encantos de su figura, sus mejores gestos dramáticos y los recursos de su voz, cálida y vibrante. El señor Pasquini compartió con aquélla los honores escénicos tan merecidamente, que en pocas obras luce mejor sus prodigiosas facultades artísticas.

La batuta de Bellezza, imponderable. Donde más me ha gustado siempre el habilísimo director de orquesta ha sido en *Amore zíngaro*. ¿Y no se queda usted rendido, maestro, con la fatiga física que supone la dirección de una opereta tan recia y tan poco descansada?

El Adelanto (11-09-1915)

La orquesta

Durante la última representación de *Eva*, el público dio pruebas de darse cata de que la orquesta era sencillamente un prodigio de elegancia, de exactitud, de habilidad y de inteligencia. Dirigía la orquesta el maestro Vincenzo Bellezza. Anteanoche, dirigiendo la orquesta el inteligente director de la misma compañía Caramba, Sig Domenico Bazán, el público entró de lleno en la partitura musical desde las primeras notas de la deliciosa opereta *La figlia di Madama Angot.*

Más vale tarde que nunca, dice el adagio castizo. Por esta vez hay que decir, en honor de Salamanca, que se ha enterado a tiempo.

Muy a tiempo. Los elementos que reúne la orquesta de Bretón son sencillamente admirables Por delicadeza y por aquello de que no hay piel más fina que la de los locos, niños, poetas y músicos, no elogiamos a algunos elementos de los que integran la orquesta. Los hay pertenecientes al Teatro Real, a la Sinfónica y a la Banda Real de Alabarderos. Ya se les conoce. Ningún descuido, ningún desmayo, ninguna maca de ejecución. Y cuando la batuta de Bellezza quiere, y quiere casi siempre, la orquesta, mágicamente, hace maravillas.

En Junio me preguntó la señorita María Ivanissi por la música popular salmantina. La señorita Ivanissi, con la impaciencia de todo artista, conoció pronto nuestras aradas, nuestras alboradas, tan bellas ¡ay! como las que yo he oído en Venecia al amanecer. Hoy cantará nuestros cantos charros la señorita Ivanissi. Estoy impaciente yo también por oír la orquesta interpretando la poesía de nuestras austeras y castas llanuras. Y los artistas dramáticos de la compañía y los inteligentes profesores de la orquesta, yo espero que han de llevarse algo más que el recuerdo de una estancia grata; el eco de estos cantares de amor fecundo y silencioso que el aire se lleva a prisa por estos oteros, por estos valles, por estos llanos de mi tierra salmantina.

El Adelanto (14-09-1915)

Un poco de psicología

Puede, siempre que guste mi querido amigo el señor Valero Martín, escribir cuanto le venga en ganas sobre los artistas de la compañía Caramba; cuente, desde luego, con mi gratitud.

Duermo una hora más y evito a los lectores de El Adelanto el enojo de leerme. Su elogio tan bonito de la señorita Csillag es digno de las dotes poéticas del señor Valero Martín. Entre nosotros, que somos de la clase llana, no hay cotos cerrados jamás y el de la emoción es tan universal que comprende a todos los hombres.

Del beneficio de la señorita Csillag hablará seguramente en otro lugar de este número el revistero encargado de esta sección. El público salmantino ya conoce, desde luego, los encantos de la primorosa artista húngara. Sus encantos en las tablas. En la vida corriente y ajena al teatro, he podido advertir, de pasada, que la Colombina de que ayer hablaba el señor Valero Martín, que el diablillo a que yo me refería hace unos meses, es una muchacha perfectamente seria, equilibrada y segura de sí misma.

He hablado algunas veces, pero siempre brevemente, con la señorita Stefi Csillag.

No he visto jamás que tolere a las personas que han tenido el honor de saludarla, ese tono ligero y un poco incorrecto de galantería barata que aquí es moneda corriente en el trato social con las artistas españolas. Con un inciso, con una breve interrupción, tenuemente, como quien no da alcance a las frases que dice, la señorita Csillag varía de charla y se mantiene en un suave plano de decoro gentil. Y siempre la oigo la misma frase:

–¡*Sono stanca io*¡ (Estoy cansada).

Cansada de la tensión física y del esfuerzo psicológico de la creación del papel. Y además de cansada, triste. Sabe que tiene una vida insoportable, que vive del público y que sus piruetas a costa de su reposo se mantienen frescas y ágiles.

Yo creo que no da importancia ninguna a esta fácil gloria en que vive envuelta. Casi me atrevo a asegurar que tiene una idea humilde de su profesión artística. Y ella, húngara, en una compañía italiana, soporta estos graves momentos de patriotismo general con una altivez dulce, que es la mejor prueba de su calidad espiritual.

La señorita Csillag, por ejemplo, no habla de la guerra. Tiene un hermano en la Escuela de Oficiales de Viena y otro ha sido herido en las filas austriacas, peleando contra el frente ruso. Hace unas cuantas noches se habló incidentalmente de la causa italiana. La señorita Csillag habló así:

– Lo que yo quiero es que este disparate de la guerra se acabe cuanto antes. No le hablo a usted como húngara; le hablo como mujer. A fuerza de rodar por el mundo, la humanidad me importa más que mi Patria. Digo sinceramente que lloro lo mismo la muerte de un soldado italiano, como la muerte de un pobrecito soldado alemán. ¡Pobres de todos! ¡Que acabe esto y torne la paz a los espíritus dislocados ahora!

La señorita Csillag, la que dirigía ayer la orquesta como si fuera una muñeca de goma, el gracioso *Pilluelo de París* que para ella escribiera precisamente el dramaturgo italiano señor Montanari, el diablejo de todas las noches, tiene un grave concepto de la seriedad, de la santidad de la vida.

Tal vez, dentro de algunos años, cuando la señorita Csillag haya asegurado una bella fortunita, haga su vida de hogar en la Hungría lejana. Colombina no se ríe; es cristiana; reza al acostarse. Y descansa de las piruetas que son su pan y su calvario.

El Adelanto (17-09-1915)

Escarceos

En cambio –¡siempre las paradojas de la vida!– la señorita María Ivanissi, que llega cuando quiere a las cumbres de la emoción dramática, es una mujer o parece una mujer llana, satisfecha y contenta de la vida. Nada más sorprendente, pintoresco y absurdo que la realidad. En el fondo, la vida parece una defensa. Adoptamos una postura para vivir. Hay el teatro de la vida –común a todos los comparsas humanos– y la vida del teatro, que sólo viven los artistas teatrales. Me dan ganas de preguntar a la señorita Ivanissi y a la señorita Csillag qué es más verdadero para ellas, si la ficción teatral o la vida real y cotidiana. Si son sinceras, hondamente sinceras, no sabrán qué responderme.

Un amigo mío, muy inteligente y celebrado escritor malagueño, Salvador González Anaya, me habla siempre con delectación de la alegría íntima de las personas graves y del fondo de tristeza que hay en el corazón de los que viven solamente para el público –artistas, políticos, escritores–. No es cierta más que a medias la observación.

Así, a los que vivimos de estas cosas literarias nos supone la gente preocupadísimos por negocios que no nos van ni nos vienen. Y vivimos una vida de paz y hacemos los artículos con la misma calma que un zapatero confecciona sus zapatos.

El público nos sirve de ensayo; es un lindo conejillo de Indias para nosotros.

De igual modo, la mayoría de los políticos que al recibir los aplausos saben las vilezas con que han sido comprados, y los artistas, que conocen la lenta elaboración de las manifestaciones espontáneas, fingen satisfacción para salir del paso.

En Madrid hay un escritor satírico que vive de escribir chirigotas. Pocos hombres más fúnebres que este buen señor. Tiene muchos hijos y hace una cosa tan antipoética como estar a las órdenes de un jefe de Negociado del Ministerio de Hacienda.

En un banquete con que tuvo la bondad de obsequiar *Mundo Gráfico* a sus colaboradores, me senté junto a este celebradísimo escritor. Ni un chiste, ni una frase ingeniosa; nada. Junto a nosotros almorzaba una muchachita de trece años que trabaja en el taller de los cosidos. Acariciando la niña estuvo un hombre toda la tarde. Hablamos de Fulano, de Zutano, de todos.

– ¿Ha visto usted algo más triste que la conquista del cocido?

Y aquel hombre hablaba de su hogar. Quise celebrar un escrito suyo; no me dejó concluir. Con una humildad extraordinaria, me atajó aquel hombre diciéndome.

– ¡No sea usted cruel, amigo mío! ¡Tengo hijos! El vulgo me da de comer, pues yo escribo para el vulgo. ¡Que se fastidie!

Y me añadió una cosa que no he olvidado nunca:

– Dirán que soy así y asado. ¡Bah! Lo humano para vivir es darse a la vida y tener entre las muchedumbres su castillo de roca. ¡Y desafiar a todos desde allí!

¿A qué viene todo esto, lector amigo? Ni yo mismo lo sé. En estas horas de la noche parece que tenemos la obligación de ser sinceros, no ya con nosotros mismos, sino con esa cosa anónima que se llama la gente. Y todo ello se traduce, al fin de cuentas, en un elogio para los artistas de la compañía Caramba.

Oyéndoles cantar, viéndoles representar sus operetas, me percato de que estoy en presencia de hombres como nosotros y de mujeres como tú, lectora, con sus odios, sus amores, sus esperanzas y su vida interior en una pirueta disfrazada.

El Adelanto (18-09-1915)

A rivederci...

Los artistas italianos se despidieron anoche de nuestra ciudad con *La casta Susana*. La despedida es un verdadero acierto. Esa opereta del músico austriaco señor Gilbert es de asunto universal. En puridad, el artificio escénico está formado de

...pláticas de familia...

Yo he recordado, viéndola, de escenas deliciosas de Madrid. Las comisiones de nuestras fuerzas vivas a la corte siempre coincidían con la aparición de alguna estrella más o menos luminosa en un teatrillo. A las veces, el señor ministro tenía que esperar, para citarles, a que acabase la última de Apolo. Había que verlos en las butacas, con los gemelos siempre diligentes. Luego tornaban a casa y hablaban en serio de las gestiones y molestias que se habían impuesto los pobrecitos para defender los intereses comunes.

La casta Susana es, en suma, la estancia en cualquier merendero de la Bombilla de algún paisano conspicuo.

Aquí del *género ínfimo* de los Quintero:

– Como llueve ¿sabe usted?... pues he venido a este teatro. Pero ¡vaya! No volveré, le digo a usted que no volveré.

Lo malo es que en Madrid caen muchos chaparrones.

Los artistas italianos que forman la compañía Caramba nos han dado ratos inolvidables de emoción artística.

La Ivanissi y Csillag, con Borghese, Pasquini, el insuperable Consalvo y Valle, forman el estado mayor de la compañía. Pero esta compañía se distingue, sobre todo, por su conjunto. Nadie desentona en ella. Los cuadros están completamente acabados. No se advierte jamás un descuido y ha presidido la más exquisita discreción en el elenco.

El día 24 comenzarán a representar veinte funciones en el teatro Victoria Eugenia, de San Sebastián.

Les deseo en Guipúzcoa el mismo éxito que entre nosotros. Acaso se trate de un público menos asequible al entusiasmo todavía que el nuestro. Pero es de esperar que los guipuzcoanos se dejen convencer enseguida.

¿Tornarán los italianos a Salamanca?

El señor Corona tiene la palabra.

El público ha respondido en general a los esfuerzos de la empresa, pero no con aquel entusiasmo, con aquella devoción, con aquella asiduidad que merece la calidad artística de tan excelsos artistas.

¡**A** *rivederci*, queridos italianos!

El Adelanto (22-09-1915)

"La Inmaculada de los Dolores"

He venido a sentarme a esta butaca del Teatro de Lara con el mejor de los propósitos. Quiero olvidar por un momento la germanofilia del autor, su amor a la retórica de estos últimos tiempos, sus coincidencias espirituales con los señoritos bien, su acta de diputado maurista por Madrid. Estoy dispuesto, si me apuran un poco, a comulgar en un mismo entusiasmo literario con el señor Presidente del Consejo de Ministros. Quiero entusiasmarme como el más optimista de los espectadores provincianos. Fácil a la sugestión y al entusiasmo, mi espíritu quiere volver a aquellos buenos tiempos estudiantiles en que confundíamos las heroínas de las comedias de Jacinto Benavente con las muchachitas de carne y hueso que alteraban el ritmo de nuestro corazón, a aquella dichosa edad en que nos creíamos nosotros héroes de novela cuando una chiquilla nos posponía a un elocuente abogado en ejercicio con bufete abierto, a un opulento vendedor de salchichas o a un chico colocado de excelente y sólido porvenir.

Y se levanta el telón. Y un chico cuenta a otro que en Moraleda hay una muchacha preciosa, a quien se le murió el novio, hijo de unos marqueses que viven en la ciudad. Asunción, la novia romántica, lleva luto riguroso por el prometido, y un cronista local la ha designado con el nombre de Inmaculada de los Dolores. Concluye el acto al acabar la confidencia y torna a levantarse el telón con una escena, un tanto recargada, de una visita de pésame en el palacio de los marqueses, con motivo del aniversario de la muerte del heredero. La novia viuda, sin haberse casado, goza del amor de los que no llegaron a ser sus padres políticos; el padre de la novia es el administrador de la casa y estados del señor marqués; las familias viven en la más dulce de las intimidades.

El muerto vamos sabiendo que era un señorito perfectamente insubstancial. Se encaprichó de Asunción como pudo haberse encaprichado de una Hispano, y en su tozudez de señorito rico salió adelante con el propósito, venciendo la obstinación de los padres ante la desigualdad de la boda. Y surge un primo del marquesito, que gusta de Asunción, pero Asunción no le hace cara. La Inmaculada tiene bastante con ir sublimando, sutilizando, espiritualizando en su corazón el recuerdo del difunto. Los padres de la chica explotan suavemente el fervor de la muchacha; pero el nuevo pretendiente de la hija, primo del muerto, es heredero de los marqueses.

Y se propone la boda. Y Asunción, que tiene una hermanita, se la endosa al primito. Y por el pueblo pasa un señorito de Madrid a quien intriga el drama de Asunción. Y escribe el final de una novela que entrega a esta cuando desaparece del pueblo. Y Asunción, que sentía cierta inclinación por el forastero, se da cata de que hubiera amado al literato madrileño. Esto, condimentado con cosas episódicas más o menos acertadas, forma la médula de la nueva producción dramática del señor Benavente.

Estoy dispuesto a entusiasmarme, pero no veo el conflicto dramático por ninguna parte. Benavente, para resolver los problemas de la vida, los bordea negándolos, como esos niños que se imaginan que nadie les ve cuando ellos cierran los ojos. Yo no acierto a comprender la dificultad psicológica insuperable para que una muchacha que no ha llegado a casarse se case alguna vez. «Es que –nos dice Benavente– Asunción es como la ciudad; como no tiene porvenir, se aferra al pasado, hermoseándolo». Pero Asunción no tiene porvenir, porque se lo niega gratuitamente el señor Benavente.

El novio, además, ha sido un perfecto botarate; de modo que, o la chica es tonta de capirote, o sus escrúpulos no tienen razón de ser. Fuera Asunción viuda, fuera madre, hubiera dejado el amor frutos positivos y huella perenne en su mocedad y el drama existiría. Pero el amor sigue siendo para Asunción un misterio; no ha conocido más que ese noviazgo de nuestra vida provinciana que consiste en bailar un rigodón en el casino con el novio, en dejarse acompañar por él a misa y en contestar a diario unas cartitas donde mutuamente aparecen los dos palomos confundiendo la realidad de su afecto con la apariencia de su egoísmo mutuo. Una muchacha en estas condiciones, a medio desflorar el misterio de las cosas, es mucho más curiosa que una jamona, que ya está al cabo de la calle, o que una pobre novicia, que vive en plena bobería. Así, pues, Asunción, psicológicamente, está precisamente en el momento de morder la manzana con avidez. Pero no la muerde «porque el pasado tiene para ella más valor que el presente, como las viejas piedras llenas de pátina son más hermosas que las que acaban de traerse de las canteras, etc.»

Literatura, literatura y literatura: he aquí la comedia, el drama, la novela dramática o como quiera llamar Benavente a su nueva producción. Producción escrita no acertamos a ver con

qué finalidad. Desde luego, el ingenuo público de Lara se apodera de la obra y no se cansa de aplaudir y de admirar las escenas de ella. Esta ausencia de observación la hace, indudablemente, asequible al honrado público. Las mujeres, al presenciar una comedia, se ponen en el caso de la protagonista, y si esta es linda como la señorita Pérez de Vargas y los hombres lo confiesan de buen grado, no hallan el menor reparo en identificarse con ella. Además, viste mucho el culto al pasado, tratándose de un señorito que entendía de jacas y de motos. En este mundo maurista, que con tan rara habilidad traza el dramaturgo, el conflicto se escamotea fatalmente.

Y todo se reduce a una sucesión de metáforas, más o menos admisibles, muy al alcance de nuestra plebe cuartel, en cuyos lomos corre ahora Benavente sus carreras de obstáculos.

Y, yo que venía dispuesto a olvidarme de la germanofilia del autor, de su acta y de su prólogo a *La Alianza Hispano-germana*, tengo que mudar de propósito. Hay también teatro germanófilo. *La Inmaculada de los Dolores* es una mixtificación de las pasiones humanas, una explicación artificial de los que no tienen pasiones sobre los actos pasionales de los demás. Un buen señor provinciano, que oía la comedia a mi lado y que no conocía lo que se dice en los coterrillos literarios, dijo en voz alta a mi lado:

– Este hombre no ha tenido nunca novia.

Yo no oí después a la gente del oficio glosa más expresiva sobre *La Inmaculada de los Dolores.*

Iberia (11-05-1918)

El teatro

Desde que estoy en Madrid –y llevo ya de quieto más de tres meses– apenas he asistido a los teatros. Y he visto, fragmentariamente y de prisa, las novedades que sirven en los mejores coliseos de la villa del oso y del madroño. Entre tantas novedades apenas si hay una sola novedad. Mujeres guapas y cuadros vistosos en el Reina Victoria; un astracanada en la Comedia que se llama "Mi hombre" y que enternece a todas las cocineras románticas de Madrid; un drama de prostíbulo, falso hasta en los accidentes puramente exteriores y formales, que ha llevado a Eslava, Alfonso Vidal y Planas con el título de "Santa Isabel de Ceres"; un gracioso sainete de los hermanos Quintero en el Infanta Isabel. ¿Qué más? No sé si hay más en los teatros de Madrid. Pero lo que hay es bien poca cosa.

Estamos en un momento tan triste, tan obtuso, tan cerrado a la sensibilidad, que lejos de influir la realidad sobre el teatro, es el teatro que influye en ella. Y nefastamente. La política al uso, con los teatros y los toros al uso, consumen y agotan casi todos los temas de conversación. Arniches, Belmonte y La Cierva son los hombres. Se reconoce con esta captación de temas que la realidad no existe. La realidad del pensamiento y del espíritu que es la más pura y la más grande de todas las realidades.

Un distinguido articulista que oculta su nombre en el anónimo refiere, en uno de los últimos números de la interesante revista "España", que nuestro país vive eternamente en la interinidad. Más exacto hubiera sido decir que vive al margen de la vida, y todavía más exacto que no vive. Desde la butaca, oyendo la charla de los espectadores vecinos, presenciando la frivolidad que entre candilejas se desenvuelve, nos muestra algo así como un vaho de irrealidad y de sueño torpe de beodo recalcitrante. Aquello no es vida, ni es vida tampoco lo que recibe el eco de aquellos fantasmas y de aquellos íncubos.

La calle, el café, el tranvía, la Academia, el Parlamento, el libro, el diario y la revista son como una continuación del teatro. Está definitivamente acorchada la sensibilidad del pueblo. Y con la sensibilidad, la inteligencia y el anhelo de querer. Se diría que no tenemos problemas dentro. Se diría que la esfinge no tiene ya secretos para nuestras inquietudes. Vivimos en pleno imperio de la frivolidad. Y como la frivolidad es hermana gemela del cinismo y del crimen, no hay más caballeros que los caballeros de industria que viven del bacarrat y del treinta y cuarenta, ni más políticos que los abogadillos a quienes el Alcubilla ha borrado el sentido de la realidad, ni otros escritores que los que viven encharcados entre el légamo de la lujuria, ni más Prensa que la que vive con vistas a la caja de caudales y las conveniencias de la administración.

Momento más hueco, más triste y más desconcertador no he visto jamás en nuestra España. En vano se lanzan al desierto algunas palabras honradas y sentidas bellamente. No se oye. Adrede no se quiere oír. Así como en los buenos tiempos de Sánchez Guerra y de Cierva, estos dos

caballeros se liaban la manta a la cabeza, ahora el instrumento gubernamental por excelencia consiste en taparse los oídos con algodón.

Volviendo al teatro, fiel reflejo de las costumbres según la receta clásica, debemos añadir que, como no tiene costumbres buenas ni malas que reflejar, se debate, como todas las restantes manifestaciones espirituales, en la más espantosa vaciedad que hayamos conocido nunca. Si la realidad que refleja es nuestra realidad, hay que confesar que estamos sumidos en la más densa de las modorras. Somos como aquellos soldados que forman la guardia del Emperador alemán en la canción de Heine. Sin embargo…

Sin embargo, afirman amigos míos que ahora, en estos días, comenzará en Madrid precisamente una tenue alborada de sentido liberal. No lo creo. No lo espero. Nuestra vida, lejos de ser un trabado tejido de acaecimientos, es una mezcla extraña de episodios sin ilación ni continuidad. Desde 1917 acá, no hemos adelantado un solo paso. Vivimos en los tiempos de Narváez y cuando paso algunas tardes por la plaza de Oriente se me antoja que surge del balcón central la figura de Isabel II, rodeada de Claret y de la monja histérica y visionaria, Sor Patrocinio, que luchaba con el demonio a brazo partido, todas las noches, en su oratorio de la calle del Caballero de Gracia.

La Publicidad (02-03-1922)

La verbena de la Paloma[244]

Han dado "La verbena de la Paloma" en el Real; una mala verbena. Julián, el que está perdido por una morena chulapa, y su madre, y la señá Rita, y Susana, y el boticario, han danzado, de nuevo, por el escenario de nuestro teatro lírico oficial. Y la música de Bretón, alma del alma de Madrid, ha sonado insinuante, mimosa, bravía, como un reto de este pueblo de manolas y de chisperos.

Para interpretar Madrid hace falta una condición indispensable: no ser madrileño. (Madrileños ya no quedan más que tres: Benavente, "Cien higos" y el conde de Romanones). De Salamanca, del pueblecito de Madracón, por más señas, es Mesonero Romanos[245]. Y Antoñito Casero, el de la pañosa española y del hongo, es –¡oh dioses!– aunque él no lo diga, de Salamanca también. Y el que pinta para siempre la madrileñita de carnes transparentes y apretadas, de piececitos menudos y ágiles, es un aragonés: D. Francisco de Goya y Lucientes. Y el que descubre el alma del Guadarrama, un sevillano: D. Diego de Silva y Velázquez.

Madrid no es nada, mientras no se trueque en un crisol. La población flotante es la que imprime el carácter de no tener ninguno, a Madrid; la indígena es de aluvión y de paso. Madrid es una síntesis, una prisión, provocada por el entronque y ayuntamiento en él de las gentes oriundas de todas las regiones y comarcas españolas. Un forastero es el único capaz de apoderarse de su alma y de interpretarla.

El Pueblo Gallego (06-03-1924)

¡Lo que Dios quiere!

– Pero ¿van ustedes al Español? –nos pregunta un compañero a unas lindas amigas mías y a mí, que nos disponemos a abandonar la tertulia por unas horas de teatro.

– Sí, –respondemos.

[244] Existen otros artículos de Sánchez Rojas, con este mismo título y distinto contenido, publicados en *La Libertad*, *El Hogar* y *El Adelanto* (O.C. Tomo III, páginas 105, 109 y 117) en los se recoge un discurso pronunciado por él en el teatro de La Latina.

[245] Sus biógrafos le hacen nacer en Madrid el 19 de julio de 1803 si bien la visita con su padre a los Arapiles –en su tierna infancia– poco después de la batalla y varias visitas posteriores, hizo que algunos escritores salmantinos le considerasen nacido en un pueblo de Salamanca. El mismo Mesonero Romanos cuenta que su padre tenía propiedades rústicas en los pueblos de Las Torres y Pelabravo (Salamanca).

– Es que la crítica –nos aseguran– se ha metido con la obra de Manolo Bueno[246].

– Conocemos bien la crítica. Sonreímos, y conocemos también –y queremos y admiramos de todas veras– a este delicioso escritor y a este excelente camarada y amigo que se llama Manolo Bueno. Es Manolo una de nuestras mayores devociones literarias y uno de nuestros afectos más hondos. Le estimamos y le queremos. Es un escritor elegante, facilísimo, pulcro, burlón y suavemente desengañado y escéptico. Su donaire corre parejas con su sagacidad y se toca con un aparente desaliño a las veces que hace más agradable su zumba y más sabrosa su disertación. Escribe con la misma naturalidad y con la misma gracia que el agua corre por los regatos. Odia la afectación, y el castellano en que escribe tiene matices y vibraciones poco frecuentes en esta época de pseudo-clásicos idiotas que han dado en la flor de imaginar que la lengua es achaque de talco y de taracea y no una función de la fisiología espiritual, tan sencilla de explicar como una secreción cualquiera. Manolo Bueno, que es hoy, tal vez, el mejor escritor contemporáneo –y, por descontado, uno de los hombres más simpáticos que conocemos y tratamos– no puede ser juzgado por la *crítica* esta teatral de hogaño, ahíta de idiotez y de cerrazón mentales. Y mis lindas amigas y yo abandonamos el restaurant por el teatro.

– Oiga usted, ¡pero si el diálogo es delicioso! –exclama Maruja, una muchacha rubia que conoce todo el teatro europeo y que habitualmente vive fuera de España.

– Y las escenas están henchidas de gracia, de emoción y de malicia –apunta Carmen, que no pierde literalmente una coma y que está pendiente de los gestos de los actores y de la intensidad psicológica de la escena.

Me ocurre, lo que a mis amigas, y aquel ambiente de una casa aristocrática de Madrid se me antoja sobria, graciosa y honradísimamente visto y llevado a la escena. Ese señor del Sindicato de la Buena Prensa es un viejo conocido con el que nos tropezamos cuando tenemos la humorada de hojear "El Debate". Esa doncellita pizpireta y guapa que trae de cabeza al señor y a los señoritos la hemos visto más de una vez, a la puerta del bar del Casino, del brazo de cualquier senador vitalicio que no puede ser ya sujeto activo, sino pasivo, en los trabajosos achaques del amor. Ese marqués que la entretiene y que la paga, es un buen amigo, a quien hemos oído en el Senado una violenta diatriba contra la sicalipsis, y en la Academia de Ciencias Morales y Políticas una ponencia muy documentada llena de citas estadísticas, contra la trata de blancas.

La trama de esta linda comedia de Manolo Bueno. "Lo que Dios quiere", no puede ser más sencilla ni más veraz. Es la historia de una provincianita cualquiera que, acogotada por la ñoñez ambiente, tiene que vivir cobrando un canon razonable al usufructo no muy molesto, de sus encantos. Y en ese cañamazo borda Manolo las más frescas rosas de su ingenio y de su donosura. El interés de la obra está en la agilidad sorprendente del diálogo, en la sagacísima observación de los tipos corrientes y molientes a todo ruedo que desfilan con sus pasiones de estopa y de cartón por el escenario y en la sátira formidable y despiadada que se desprende de la evolución natural de las situaciones.

Mis amigas y yo –su fidelísimo escudero– pasamos un rato delicioso en el palco. Al retorno, nuestros compañeros nos preguntan. Y vamos desgranando lentamente nuestras impresiones. Y confesamos que nos ha interesado tanto la comedia, que volveremos muy pronto a verla.

En este ambiente de memez colectiva que nos ahoga, la sonrisa de Manolo Bueno, sonrisa de desdén, sonrisa de piedad, para con estos macacos, que somos los hombres, y para con estas marionetas que son las mujeres, nos hace recordar que a las veces pasa por nuestro cerebro la sombra de una idea y por nuestras entrañas el aleteo de la emoción.

El Pueblo Gallego (14-06-1924)

[246] Manuel Bueno Bengoechea (1874-1936), periodista, dramaturgo, crítico y novelista. Aunque anticlerical, colaboró con la Dictadura de Primo de Rivera y posiblemente con la Falange. Murió a manos de los milicianos en agosto de 1936.

El castigo

Acaba de estrenarse en el teatro Reina Victoria la comedia dramática –última de una trilogía– original de los señores Lezama y Meneses. He de decir sencilla y llanamente que he pasado un excelente rato acudiendo a presenciar la representación. Aparte de la delicia que es para los ojos y para el espíritu la contemplación de una belleza tan sugestiva como la de María Fernanda Ladrón de Guevara –han de permitirme los autores que no me olvide de los fueros de la galantería– aparte de esa delicia, la comedia justifica la permanencia en una butaca durante dos horas estas noches de calor. "El castigo" es una comedia dramática íntegramente construida, tal vez, pero con toda sobriedad y con toda honradez artísticas. Hay coraje y hay pasión en el asunto, y primor en el diálogo, aciertos muy felices en la rebusca y en la preparación de los momentos dramáticos. En una palabra, que si la crítica de Madrid estuviera manejada por hombres y no por pedantes, hubiera hablado de "El castigo" con detención y con amor. Bien es verdad que hace pocos meses, en un teatro cercano, la misma crítica tuvo pretericiones insoportables para la deliciosa comedia de Manuel Bueno "¡Lo que Dios quiere!" De ello nos ocupamos, no ha muchos días, en este mismo lugar.

¿Y qué es "El castigo" de los señores Lezama y Meneses? Un obrero honradísimo, Pedro, se enamora de Luisa, una lindísima chicuela que con Pedro comparte las faenas en una fábrica. Pero Luisa está enamorada de sí misma, de los trajes de seda y de los brillantes. No puede soportar la chica la estrechez y la miseria de su clase. Un día, con la madre enferma, Luisa abandona la casa, se olvida del novio y se enreda en un lío vulgar con el hijo del dueño de la fábrica, con el "señorito" de turno. Burlada, vuelve al hogar. La madre ha fallecido, y Pedro, alcohólico, idiotizado por la pena, mata por dinero a un patrono. Cuando Luisa se enamora del antiguo novio, el amor es imposible ya. Pedro va a la cárcel y Luisa está condenada a llorar su ligereza durante toda su vida.

Este es el drama en toda su crudeza. No puede negarse que este es el drama de todos los días. De Luisitas están pobladas las casas equívocas de Madrid. Hasta los hogares que tienen apariencias de honradez, y de modestia. Muchachas que no quieren ser mujeres de obreros, son dos, tres años, mancebas de señoritos, y al final, carne podrida de hospital y de prostíbulo. Muchas veces, las pobres Luisillas que nosotros conocemos son víctimas de la codicia familiar, pero muchas veces también de su falta de sesos en la frente y de su ligereza en el corazón. En el drama de Lezama y de Meneses, no. Luisa tiene una casa honrada, una familia decente, un hogar sano. Cae por vanidad. Pero destroza el corazón de un hombre y se hiere con el arma misma con la que trata de matar a los demás.

¿Hace falta el crimen para que "El castigo" nos dé una completa sensación de vida, de realidad? Yo creo que no; pero añado que tampoco sobra. Es posible. Un hombre amargado. burlado por la vileza del ser que ama, por la abyección de la mujer a quien su corazón había santificado, es capaz, si tiene rotos todos los resortes humanos, de convertirse, poco a poco, en una piltrafa deleznable. Y el drama, a pesar de sus alcances y apariencias sociales, no deja de ser nunca puramente íntimo, espiritual, de hombre de carne y hueso y de mujer de veras. La vida está, en este caso, de acuerdo con el arte, y con arte y con emoción cálidamente humana han sabido construir un drama intenso y muy bello los escritores señores Lezama y Meneses. Por eso he dicho antes, y torno a repetir ahora, que "El castigo" indemniza con usura de la molestia de un encierro, durante dos horas, en un local cerrado, estas noches de bochorno estival. Yo creo que en provincias la comedia dramática estrenada en el Reina Victoria, tendrá la misma clamorosa acogida que ha merecido en Madrid del público que es mayor de edad y que no suele hacer caso del sarampión de la pedantería que se ha apoderado de un tiempo a esta parte, de nuestros orondos críticos, autores dramáticos silbados y fracasados por regla general.

El Pueblo Gallego (10-07-1924)

"Dos en una"

Tampoco por esta vez ha tenido suerte, entre nosotros, Luis Pirandello, el genial escritor italiano. Pero ahora tiene él razón, y no el público madrileño. La compañía de Matilde Moreno, que actúa en el teatro Cómico, interpretó, medianamente, la honda comedia pirandelliana; la

traducción, de mi amigo Paco Gómez Hidalgo, no pasó de ser tampoco un «succés d'estime». Y así, el estreno de anoche dejó, sin frío ni calor, al respetable público que acudió en busca de emociones, al coliseo de la calle de Mariana Pineda.

Y no hay símbolo que valga en el caso de la señora Morli, la protagonista de la obra. El marido ha dejado en su hogar a una mujer a la que adora, y a los quince años de ausencia y al retorno de él, se encuentra con una mujer completamente distinta... Me daban ganas de abrir la boca y de llamar papanatas a todos los bobalicones que no acertaban a explicarse el cambio... El cambio, ¿de qué?.. Físicamente, yo no soy la persona que fui hace quince años; no me queda un átomo de esa época. Espiritualmente, he acrecido, como es natural, mi patrimonio psíquico con las aportaciones que de aluvión me han ido trayendo los años... Se trata, en el fondo, de una ley biológica, a la que estemos sometidos todos: tú, lector o lectora, la señora Morli, el imbécil de su marido y yo. Afectos que antes nos atenazaban, hoy no nos preocupan; ideas que antaño nos dominaban del todo, las hemos abandonado ya como calzado roto e inútil. El sedimento que va dejando la vida en nosotros es lo que constituye precisamente nuestra moral y nuestro modo de ser.

Dos en una, hay, por lo menos, en cualquiera señora Morli. A veces, tres y cuatro en una. En ciertos casos, ciento. Solamente los tenorios creen interpretar enteramente el corazón de la mujer. Y ya se plantean mal el problema al hablar de «la mujer», de algo genérico y de algo abstracto. No hay más que mujeres distintas y concretas; todas diferentes, algunas deliciosas y casi todas inasequibles al lente [sic] de nuestro examen y al escalpelo de nuestra observación.

Insistamos y pongamos más al alcance del lector el argumento de «Dos en una». La señora Morli, casada, tiene un hijo de su marido y riñe con este por unas u otras causas. Da lo mismo. El hecho es que riñe. Y divorciada del marido, vive después con un amante, del que tiene también un segundo retoño. A los quince años, cuando vuelve a encontrarla el marido, este advierte que su Evelina no fue la Evelina que él dejó. Y se sorprende el pobre hombre, y el público no percibe chispa del trágico conflicto. Trágico por lo corriente, por lo natural y hasta diríamos que por lo biológico.

Eso claro que es un drama que nos pasa del todo inadvertido, precisamente porque todos los humanos somos protagonistas y actores de él. Lamentamos esos cambios en las personas a las que hemos amado a lo largo del camino de nuestra vida, hasta que los años nos hacen alzar el hombro desdeñosamente y acostumbrarnos a no sorprendernos de las sorpresas.

Luis Pirandello, un meridional, que se resigna a quebrantos tan sencillos que duelen, eso sí, que duelen mucho, hasta que advertimos que son necesarios y que nos sirven después para la edificación de futuros sueños.

«La signora Morli, due ed una» ha pasado por el escenario de un teatro popular de Madrid, sin pena ni gloria. Se conservará, sin embargo, a lo que sospecho, en los carteles, a falta de cosa mejor.

Pasamos por un momento de una terrible crisis de producción teatral. En el Centro triunfa una tragedia italiana, «La enemiga», gracias al arte exquisito de Mimi Aguglia. En la Zarzuela gusta cada día más el «Teatro dei piccoli», que solaza también a los mayorcitos y entrados en años. Las dos producciones de Benavente no llevan público, ni a Lara ni al flamante teatro del marqués de Fontalba. Solamente en Apolo se ríe la gracia madrileña de Enrique García Álvarez, con un sainete bien condimentado en la malísima compañía de «La bejarana». Pero de este esperpento de «La bejarana» hablaremos con calma y en otra ocasión.

El Adelanto (11-07-1924)

Marcelino Domingo, escéptico

La comedia dramática «Vidas recias» del querido amigo y compañero, Marcelino Domingo, estrenada anoche con un estimable éxito en el teatro Cómico, ha tenido la mágica virtud de remover en mi espíritu tiempos olvidados de campañas agrarias por las tierras –inhóspitas y esteparias– de Castilla. Porque estimamos de todas veras a Domingo, porque somos antiguos y leales amigos suyos, porque más de una vez hemos oreado juntos nuestros ideales y reverdecido nuestras esperanzas en un mundo mejor, más justo, más bueno y más hermoso, le debemos el homenaje de toda la verdad. Y sí hemos de decirle que el ambiente castellano de su comedia dramática, no lo encontramos justo de tono y de matiz, que el pobre pueblo que allí –como en

todas las aldeas– sufre, no está tan embrutecido, ni es tan insensible como nos lo pinta el autor, que los hijos de los caciques no se enamoran jamás de los revolucionarios, y que éstos, en fin, no tienen razón, si no creen, si no pueden apoyarse ciegamente en el pedestal de la confianza de los que le siguen.

La comedia de Marcelino Domingo, que para mí tiene el grave inconveniente de ser una comedia de «tesis» y de propaganda, desde el momento en que es una concesión al escepticismo y a la desesperanza, está perfectamente de más como obra educativa, pedagógica, y hasta si queréis, como obra política y revolucionaria.

Lejos de exaltar el ánimo, lo deprime, y en lugar de empujarnos a la acción, nos estimula al aquietamiento y a la crítica, que no es labor apostólica, sino puramente negativa. Máximo, el jefe de los huelguistas agrarios que Marcelino nos presenta, es todo un pobre hombre para mí. Pobre hombre, porque no cree en los suyos; pobre hombre, porque se defiende de ataques inevitables en toda acción política; pobre hombre, porque flaquea ante los ojos bonitos y ante el palmito tentador de la hija del cacique. Y esta, la señorita pueblerina, aunque nos la eduque Marcelino en colegio moderno y la suponga en comunión espiritual con los ideales de Máximo, es una pobre necia porque no sigue queriéndole, porque no se casa con él, y porque, a la hora de ajustar las cuentas al corazón, le abandona por un señorito más, por un señorito, que, como todos los señoritos, tiene el corazón cerrado a las emociones y la cabeza a las ideas.

Sobra, además, el conflicto sentimental de Máximo en «Vidas rectas». Ya sé yo que en todo hombre, verdaderamente hombre, es la mujer la que atiza siempre el fuego de sus explosiones espirituales y que en el fondo de todas nuestras luchas palpita siempre, o una sombra de desquite, o un anhelo de justificación ante la mujer que adoramos, bien en público, bien en el rincón más íntimo y recatado de nuestra conciencia personal. Un adagio, muy castellano comprueba la evidencia de esta afirmación. Es el corazón –y Marcelino lo sabe muy bien– el que atiza el fuego en la caldera del cerebro, la emoción amorosa la que engendra la idea, y no al contrario. Pero, siempre, en planos distintos. El amor a la mujer se convierte en episódico y el amor a la idea en sustancial y necesario para la vida del espíritu. Muchas veces he pensado que los hombres más caldeados por el ideal, son, en la superficie, los más serenos, y que los grandes descubrimientos en el mundo del arte o de la ciencia no son más que nobles concesiones que el hombre rinde en holocausto a la mujer. Pero en el caso de Máximo, escéptico y receloso como buen toledano, su inclinación por la señorita no está suficientemente explicada, y parece –yo no digo que lo sea– una concesión a los gustos corrientes del vulgo ignaro, que si no ve conflicto amoroso en las cosas, no ve conflicto y que si no otea en los personajes que estima conmociones medulares, se llame a engaño, embrutecido como está por una literatura decadente y del peor gusto que le aderezan a diario los Beldas, Retanas, Carreteros, Insúas, marqueses de Vinent «et ejusdem furfuris».

«Vidas rectas» me recuerda, en su trama central, a «La reina joven», del glorioso don Ángel Guimerá, pero si la memoria no me flaquea, yo recuerdo que en aquel drama que vi estrenar, en Barcelona, por cierto, en catalán, a Margarita Xirgu, entre emociones inolvidables, la reina tira por la calle del medio, como es natural casándose con el jefe socialista, y cambiando el trono de talco por el tálamo con un hombre austero, noble, ejemplar y enamorado. Pero en estas «Vidas rectas» no encontramos, a pesar de los esfuerzos de Marcelino por convencernos de lo contrario, rectitud de vida en ninguno de los personajes. Y así, esta comedia, nos desalienta a nosotros, luchadores por temperamento, y la reputamos como una equivocación y como un momento de escepticismo y desesperanza pasajero en la vida de un hombre que, como Marcelino Domingo, el queridísimo amigo y camarada, ya nos ha sabido probar hasta la saciedad que sabe pelear briosamente con los galeotes, barberillos, canónigos, bachilleres y mozas de partido, que nos salen al paso, para estorbar inútilmente nuestros sueños.

El Pueblo (25-11-1924)
El Adelanto (23-11-1924)

Los muñecos de Podrecca

Domingo; domingo madrileño, tedioso y aburrido. El despertar con el alba, el abandono del lecho con las primeras luces del día, el santo, cotidiano trabajo, que es el pan y la alegría de ir fijando, en las anchas y altas cuartillas que nos esperan familiarmente, las impresiones, gozo-

sas o amargas, que agitan, por el momento, nuestro ánimo. Unas páginas de una traducción; dos artículos… ¡Ea, ya está ganado el día! Y una boda después de dos amigos. La ceremonia, el besuqueo de las muchachas, los parabienes, el almuerzo, el viaje de los tórtolos a tierras de amor y de ensueño. Y luego, un café donde nos refugiamos a saborear las queridas cartas familiares y a contestar las más urgentes. Y los niños de nuestro amigo, de nuestro compañero, que arman una chillería alborozada a los papás y que quieren marcharse conmigo:

– ¡Tío Pepe: llévanos a los muñecos! ¡Ea: llévanos a los muñecos!

En Madrid soy una especie de «tío Pepe» universal. Mi querida sobrinería es muy dilatada y muy heterogénea. Más de doce niños y niñas creen de buena fe en su parentesco conmigo. Y no se engañan los queridos nenes. A lo largo de la vida, la amistad, la convivencia, la comunidad en la lucha y en el dolor, van creando lazos espirituales tan fuertes o más fuertes que los de la misma sangre.

Asiento al deseo de mis amiguitos, una nena y un nene, Carmencita y Joaquín, hijos de un altísimo poeta, que nacieron, robustos y bellos, como una rima más del padre. Los dos, batiendo palmas, se acogen a mi brazo. La mamá les recomienda que se arropen con las bufanditas al salir del teatro; el papá, que conoce hasta qué punto me refresca y me solaza el corazón la amistad con los niños, sabe de antemano que voy a gozar de una fiesta improvisada en esta tarde –tediosa– del domingo.

«Yo quisiera ser grande, muy grande –ha cantado en una magnífica estrofa catalana mi fraternal amigo, el diputado «federal» por la Bisbal y altísimo hombre de bien, Salvador Albert–; yo quisiera ser grande, muy grande, para mirar el mundo con ojos de niño».

Si Salvador hubiera venido con nosotros a la Zarzuela esta tarde, hubiera visto el mundo de Podrecca, sus marionetas, sus bailarinas, sus payasos, sus Colombinas y sus Pierrots, con los ojos anchos y grandes y puros de Carmencita, y a través de la retina, escuchada y expresiva, de nuestro ilustre sobrino don Joaquín. Y se hubiera reído con todas sus ganas y se hubiera... «emocionado» con todas sus ganas también. Se hubiera reído con los negritos que bailan un «fox» entre contorsiones trágicas y piruetas asombrosamente burlescas, llenas de gracia y de hondo sentido cómico.

– ¡Qué risa, tú! –ha contestado Carmencita.

Y Joaquín ha reído, a su vez, sin tasa ni medida, contagiado por el alborozo de los niños que llenan literalmente la sala.

Los muñecos de Podrecca, manejados sabiamente por una red inextricable de hilos, dejan de ser muñecos para convertirse en hombrecitos que razonan, que se mueven, que charlan y que se enamoran y pelean como las personas mayores en esta tragicomedia que llamamos la vida. Lo de menos es que se vean los hilos; antes, gracias a ellos, la ilusión óptica es perfecta. ¿Pero es que en la vida corriente y moliente no vemos también los hilos y los «signoris» Podreccas que los mueven entre bastidores? Engaño por engaño, es preferible el cartón, la cera, el celuloide, a la carroña humana. La muñequita que baila la graciosísima danza de Salomé con más amor que una Genoveva Vix o que una Tórtola Valencia cualquiera; los figurones que en «La serva pedrona» aguantan a la fregona impertinente y curiosa; los ratas de la «Gran vía»; aquellos rápidos «Cinco minutos en el Japón» entre geishas adorables, casitas de laca y luz eternamente nueva, primitiva y «alboroggiante», como dicen estos italianos con una frase intraducible, han regocijado de tal modo a mis amiguitos, los niños, y a mí –que he vuelto por unas horas a la infancia– que hemos aplaudido a rabiar, al final de cada cuadro, dichosos de habernos sumergido, por unos minutos, en el olvido, en el engaño y en la ilusión de los sentidos.

Había una pequeña dificultad para los niños: los muñecos hablan en italiano. Estos muñecos, piadosos y buenos, que han alimentado los sueños de todos los niños pobres de las escuelas públicas de Roma, de Nápoles, de Milán y de Florencia, aunque hablan despacio y «pronuncian» mejor que nuestros oradores, no son entendidos completamente por nuestro público infantil, aunque los hombres y los muñecos de Italia se expresan mejor con el gesto que con el sonido.

Pero ha sido mejor, porque he ido traduciendo, bastante libremente, los parlamentos a los nenes y he ido bordando para ellos, en el cañamazo de mi fantasía, lindos cuentos que ya no olvidarán nunca. Una versión bastante libre de la danza que baila Salomé ante la cabeza ensangrentada de Juan, el Bautista, me ha salido bastante redonda. Una interpretación de

«La serva pedrona», hecha a mi antojo, me ha parecido una sátira bastante decorosa contra las maritornes respondonas. Y mi visión del mundo japonés, que solamente conozco, como es natural, a través de Pedro Loti, he hecho exclamar a Carmencita que ella, cuando se case, marchará a ver las geishas, los samurays, las casitas de laca y la luz velada y eternamente azul.

El espectáculo «e finito»... Se apaga la luz de las candilejas y devuelvo los niños a los papás.

Ellos están radiantes de alegría; yo también… les he presentado a Podrecca y Podrecca les ha invitado a la fiesta, el domingo, entre bastidores. Lo nenes han pagado al actor italiano su generosidad con un beso; Podrecca no esperaba tanto...

¿Por qué vosotros, las mamás y los papás ricos, no lleváis los muñecos de Italia a Salamanca? Muy bien –el espectáculo es barato– podría darse ahí, en Bretón o en el Liceo, todo el delicioso repertorio infantil. Un niño necesita, más que la ropa, más que el alimento, el juguete y la ilusión, eternamente renovada.

Si yo tuviera la suerte de ser padre, del mismo modo que hoy no paso de ser el tío Pepe, me sacrificaría con más gusto que por un vestido caro y lujoso, por tener siempre cerca de mis hijos una muñeca deliciosa, un teatrito formal, un caballito mecánico. Me apenan las niñas pobres, no sólo porque carecen de zapatos, sino sobre todo porque carecen de muñecas y no pueden hacerse la ilusión –¡ilusión de ricos!– de que son madres y de que les brezan con sus cantos de amor y de ternura.

El Adelanto (27-11-1924)

"Cancionera"[247]

Ya he dicho en «El Liberal» y en una de las crónicas semanales que normalmente envío a la preciosa revista «El Hogar», de Buenos Aires, mi honrado parecer acerca del procedimiento artístico que ha servido para trazar «Cancionera», la celebrada comedia dramática de los hermanos Álvarez Quintero. No tema, pues, el lector que me repita aquí. Pero es el caso que anoche he tornado a ver la celebrada comedia de los saladísimos autores sevillanos, con el propósito de que un escritor italiano, amigo mío, que recorre España en viaje de novios, admirase a una actriz tan pasional y tan española como Lola Membribes. Y sin disimular para nada la admiración que me producen aquellos versos tan limpios, tan sueltos y tan agradables; aquellas eternas evocación y glosa de la musa popular que tanto ha profundizado en las querellas amorosas de hombres y mujeres, quiero poner al margen algunas observaciones de espectador independiente que no me importa hacer ahora en este lugar.

No creo que una mujer pueda querer con igual intensidad a su hombre antes de haberla engañado que después de haberla engañado. Paralelamente, no creo tampoco que un hombre sienta la misma pasión por una mujer en los primeros días de explosión cordial que luego de haberla descubierto vilezas y bellaquerías de marca. El amor que se apaga un poco acaba por apagarse del todo. El día que desaparece la confianza desaparece el amor. Una inclinación puramente carnal puede vivir entre el engaño y la mentira, por la misma razón que hay flores que no se marchitan en un muladar, pero la atracción libre e inteligente de dos almas desaparece en cuanto se interpone la más leve sombra de una duda.

Hay momentos bellísimos en «Cancionera», donde parece que va a flotar esta verdad tan simple y corroborada por la experiencia de todos los días, pero enseguida el nudo se retuerce con toda suerte de retorsiones artificiales para personificar en la pobre Soledad escarnecida, en la dulce y buena Cancionera, la Fatalidad y el Destino. Un soplo de tragedia domina siempre todos los pasos de esta mujer hacia el dolor. Nos conmueve hondamente su inconsciencia, pero cuando advertimos que ni la maternidad le impide tornar de nuevo a los brazos de un hombre

[247] Sánchez Rojas publicaría otro artículo, con este mismo título y contenido distinto, en la revista argentina *El Hogar* (O.C. Tomo IV, página 248).

que volverá a escarnecerla, deja de interesarnos su dolor, porque nos damos cuenta de que es una mujer que entra de lleno en la zona de la patología.

Las grandes enamoradas –María Alcaforado, Julia de Lespinasse, Luisa de la Valliere– no han sabido perdonar nunca. La facilidad en el perdón ha sido, en la historia de las grandes pasiones, la facilidad en el olvido. Toda mujer, y acaso más que ninguna otra, la mujer española, consiente el olvido y la indiferencia, pero nuca la burla. Cuando quiere menos, va dejando de querer. Y no creo que en Andalucía, el tenorio de hoy, señorito, mequetrefe y matón, todo en una pieza, pueda jactarse hogaño impunemente en sus bellaquerías, porque doña Inés se ha hecho mayor de edad e hila muy delgado, y ya no comete tonterías si no le traen a la larga buena cuenta.

Pero a cambio de estos reparos ante los cuales no tiene para qué meditar el ingenio público de Lara, público honrado de novios que han pedido la entrada, de niñas que ya preparan su «trousseau», y de mamás que se duermen plácidamente, la versificación es un asombro, y con tal arte están engarzadas las coplas populares en el cuerpo del diálogo, que todo él parece trazado por una sola mano habilísima, experta y abierta a toda suerte de emociones.

Lola Membribes hace una maravillosa Soledad. Las coplas viven, suspiran y mueren en sus labios de mujer enamorada con un murmullo de brisa y con un dejo de caricia tenue y mimosa que llega derechamente al corazón en ondas de escalofrío. Para el público burgués, que no ha corrido nunca temporales del corazón, Lola Membribes debe ser la pasión hecha carne y el ímpetu vestido de mujer. El público aplaudía sinceramente, y muchas veces, los incontables aciertos de esta señora en casi todas las escenas de «Cancionera», mi amigo, el escritor italiano, que viene a olvidar en nuestro pueblo las violencias fascistas, me recordaba el nombre de una gran actriz italiana que no es conocida aún de los españoles: de Irure Grammática. La voz áspera, el ceño duro, el gesto violentamente apasionado y amoroso de la señora Membribes; se corresponde, en efecto, con el gesto, el ceño y la voz de la actriz veneciana, que allá, en nuestros años mozos, nos deleitaba en los teatros boloñeses y florentinos, creando las mujeres del teatro de Gabriel D'Anunzzio.

El Adelanto (05-12-1924)

Pirandello en Barcelona

Las respuestas que ha dado Luis Pirandello en el teatro Romea de Barcelona[248], pueden traducirse al lenguaje estético –lenguaje que apenas balbucean los escritores españoles– de una manera muy parecida a la siguiente:

– ¡Bellas damas, respetables caballeros! El *novelliere*, es decir, el autor de cuentos y de narraciones cortas que hay en mí, se ve precisado a contestar, con la sonrisa en la boca, y por pragmáticas y cánones de galantería, a las inocentes preguntas que ustedes me formulan. Un hombre como yo que ha nacido en la tierra donde vinieron al mundo Leonardo y Vico, y, en épocas más recientes, Francisco de Sanchis y Benedetto Croce, está siempre de vuelta cuando ustedes, españoles hidalgos y queridos, emprenden el viaje de ida. El poeta que soy yo, el "uomo" filósofo que soy yo –poeta y filósofo son la misma cosa– no se propone nada, ni sabe nada, ni desarrolla tesis, ni se afana a conclusiones de ningún género.

Escribo en mangas de camisa cuando hace calor y bien arropado en una manta, o junto a una chimenea donde arde y crepita la encina siciliana, cuando hace frío. Y como el dramaturgo se sorprende de la interpretación que dan a sus personajes los actores de toda laya, yo, Luis Pirandello, me sorprendo también de las críticas que han despertado mis obras en el mundillo literario de las Españas.

Confieso a ustedes que, sintiéndolo mucho, no acierto a reconocerme en ellas. Acaso la previa censura ha dado a mis obras teatrales en España una transcendencia y una amplitud que,

[248] Hacia el 13 de diciembre de 1924 llegó a Barcelona para dar una conferencia sobre su teatro a la vez que se representaba su obra.

a mí, su padre, que estoy en el secreto de sus engendros, me tiene conmovido y caviloso a la par. Os diré que como veo que en el teatro preocupa todo el conflicto amoroso y sentimental, yo me propongo que ahora, se ventilen en él las luchas y las querellas de la inteligencia. Parece que os digo algo, y en realidad, no os digo nada, pero sé muy bien que me gasto el dinero con hombres candorosos y sencillos, infantiles, que os contentan con el primer juguete comprado en el bazar. Unamuno, ese espíritu tan parecido al mío, que escribía "Amor y pedagogía" y que componía sus "nivolas" antes de que la criada Fantasía me trajese las gallinas de "Sei perssonaggi in cerca di autore"[249], me diría que al lado de una inteligencia apasionada, hay una pasión inteligente; que todas las inteligencias, si lo son de veras, se apasionan por la verdad, y que toda pasión necesita de la inteligencia para desarrollarse y asearse en la posesión del objeto que apetece. Y Unamuno desharía, con otras palabras las mías, y mi formulita se trocaría en un chirimbolo dialéctico para andar por casa.

Un escritor de raza no se propone nunca nada más que escribir. Y piensa porque escribe, y escribe porque piensa. Nunca sabe uno, ni el mismo Carducci que inventó la fecunda y sugeridora teoría de la "rima generatrice", si es el pensamiento el que crea el ritmo o el ritmo el que crea el pensamiento. Los problemas de la creación artística son tan misteriosos como los de la creación humana. La fecundación es dolorosa y placentera a la vez y la exposición artística perfecta es lo que nosotros llamaríamos la exposición "rinscita" y vosotros la lograda y la cabal. Si se expresa mal es que se piensa mal y cuando hay obscuridad, imperfección en nuestro pensamiento tiene que haber necesariamente lagunas y deficiencias en nuestra exposición. El arte es siempre la totalidad de la exposición y lo que vosotros llamáis trascendencia es lo que nuestros abuelos llamaban genialidad y nosotros, con más modestia, inspiración o emoción, que no es otra cosa que el roce de las alas de nuestro espíritu con lo infinito...

Ahora bien: ¿yo soy genial? Comprenderéis que no soy el llamado a formular, y menos, a contestar a esta pregunta- "Force che si, force che no"[250]. Pero lo que sí puedo afirmaros, desde luego, es que, como los llamados genios, voy creando mi obra a medida que la escribo. Nada de tesis: la tesis la ponéis vosotros; yo bordo el cañamazo. ¡Lo que he podido distraerme con la literatura engendrada en derredor de mis "Seis personajes"!... Es la misma distracción que hoy tendría vuestro Cervantes con los símbolos que le han colgado a Don Quijote, nuestro Dante, al advertir que su Beatriz Portinari no es su novia florentina.

amor ni mosse che mi ta parlare[251]

sino la teología, y, para alguno, nada menos que la libertad.

Luis Pirandello en Barcelona, como en Milán, como en todas partes donde ha dialogado con el gran público, ha tenido que actuar de crítico de sí mismo, con la inconsistencia que los poetas de nacimiento ponen en la autocrítica de su propia labor. Se ha repetido, una vez más, el caso de Josué Carducci con Benedetto Croce, cuando poeta, al fin y a la postre, tuvo que replicar que cantaba porque sí, como cantan los pájaros cuando nace el alba. Pirandello no es jefe de ninguna escuela, ni lo ha pretendido nunca. Su técnica es... humorismo. Hace muñecos, que los demás creen hombres, a los que insufla o una inquietud mental o un conflicto de pasión, que el autor se divierte luego en desarrollar y resolver lógicamente, a sabiendas de que los fueros de la vida son los de la contradicción y los del desconcierto.

Una verdad enorme como un templo nos ha dicho, sin embargo, Pirandello en su conferencia del teatro Romea de Barcelona. La vida no tiene desenlace mientras es vida, porque solamente los momentos de ella son los dramáticos. La vieja sentencia se equivoca cuando nos habla de la contabilidad de los caracteres. Los caracteres todos son discontinuos y jamás se da el absurdo en ellos. Aquel maestro, que, para rehabilitar a una mujer, se casa con ella, respetando los derechos anteriores del amante, puede escandalizar a un sector pazguato de la sociedad

[249] *Seis personajes en busca de un autor*, la obra más famosa de Luigi Pirandello.
[250] Seguramente quiso decir "Forse che si, forse che no" (Tal vez sí, tal vez no)
[251] Los periódicos que reproducen este artículo escriben el verso como "amor mi (o ni) mosse che mi ta parlare". En realidad, deberían haber dicho: "amor mi mosse che mi fa parlare" (El amor me mueve, eso me hace hablar).

contemporánea, pero no lo ha inventado Pirandello, porque se lo dio hecho la crónica social del medio ambiente que el "novelliere" vive en Italia.

Pirandello nos ha venido a demostrar que él es, ante todo y sobre todo, un supremo humorista que no se atreve a descubrirnos del todo su corazón, por miedo a que los demás no le comprendan con todos sus absurdos y con todas sus paradojas.

La Voz de Guipúzcoa (27-12-1924)
El Pueblo Gallego (27-12-1924)
El Noroeste (27-12-1924)
El Pueblo (28-12-1924)
El Luchador (30-12-1924)

El teatro es triste

Voy a Maravillas con este querido compañero Federico Gil Asensio, al que todas las artistas de varietés acaban de consagrar un homenaje merecidísimo y entusiasta. Federico es un caballero muy inteligente, un excelente camarada y todo un hombre de bien. Voy con Federico a Maravillas, y charlamos en los pasillos del escenario, con las muchachas de conjunto que están a las órdenes de Pepe Campúa, el querido director de «Mundo Gráfico».

– ¿Cuándo comemos ese cocido, Elenita? –pregunto a la señorita Cánovas del Castillo, de cuya belleza sugestiva y de cuya gracia netamente madrileña ya os he hablado en estas mismas columnas.

– ¡No sé cuándo podrá ser, chico! –me responde Elenita con un dejo cansado y tristón–. Comienzo a ensayar a las dos de la tarde y casi siempre me retiro de aquí a la una de la madrugada.

Y luego añade con verdadera pena:

– ¡El teatro es muy triste!

Vestido de payaso, viene a saludarnos Luisito Esteso. Luisito Esteso es uno de nuestros cómicos más cultos e inteligentes. Conoce muy bien el teatro clásico. Tiene una condición hermosa y una modestia ejemplar.

– ¿Qué hay, muchachos?

Estrechamos su mano. Luisito deja caer sus dedos cansadamente sobre nuestra diestra. Bromeamos pero la cara pintada de Luisito refleja una profunda preocupación.

– ¿Qué pasa, hombre? –le decimos.

– Nada, chicos. ¡Que es preferible escribir! ¡El teatro es muy cansado y muy triste!

– ¡Eso acaba de decirme Elenita Cánovas!

– Pues Elenita sabe lo que te dice.

Asoman la carita morena y los ojazos negros de Luisita Quirós, la preciosa bailarina. Viste de gaucha la lindísima criatura.

– ¡Luisita!

– ¡Don Pepito!

– ¿Qué es de tu vida?

– ¿Y de la tuya? ¿Has entrado en la Cartuja? ¿Has profesado en la Trapa?

–Llevo camino de eso, preciosidad...

– ¡Déjate ver…!

– Me acuesto pronto... Oye, ¿cuándo devoramos ese cocido Elena, Esteso, tú y yo?

– Hasta que no acabe este período de estrenos, será imposible. Oye lo que te digo: ¡el teatro es muy pesado! Mucha bambalina por fuera pero ¡por dentro!

Salen las chicas de escena cansadas, tristes, dispuestas a lavarse y a escapar de la prisión. Las princesas de un momento, las cortesanas, las mujeres amadas apasionadamente en la escena, son, fuera de ella, unas pobres chicas llenas de hastío, que tienen una profesión más aburrida que la de la costura o la de cocinar. Hasta que no salimos a la calle, no recobran la ligereza y la agilidad de sus veinte años.

El mismo Federico, que ya ha olvidado las ovaciones del homenaje que le han tributado esta tarde, añade por su parte:

– ¡Nada más parecido a un cementerio que un escenario! El día que te familiarices con estas cosas advertirás que todos somos proletarios. Yo quiero a estas pobres chicas de todas veras. Me da pena de su vida.

¡Y a mí también me da pena! Entramos en un café. Apenas podemos conseguir que las muchachas tomen chocolate: se están cayendo de sueño. Solamente los provincianos suponen un alma aventurera en estas chicas, que darían toda su gloria por un hogar, por el brazo de un hombre honrado, por el amor de un mozo que las hablase con delicadeza y sin la grosería peculiar del sexo fuerte, al que tengo el honor de pertenecer.

El Adelanto (09-01-1925)

"La Bejarana"

Ni he asistido al banquete en honor de los autores de «La Bejarana», celebrado ayer en los comedores del ruidoso café de San Isidro, ni he tenido el humor de asociarme al acto con una de esas cartas de puro trámite, en la que, pretextando una ocupación urgente, dirigimos a los autores unas cuantas frases breves, sencillas y cordiales, que a nada comprometen. Como salmantino, me ofenden la ligereza y la inconsciencia con que han sido hilvanadas y tratadas las escenas de «La Bejarana». Luis Fernández Ardavín, que es un buen muchacho, es hombre que no repara en pelillos, y, enamorado de todos los tópicos en circulación sobre Castilla, colgó a Béjar y a sus gentes lo que él imaginaba específicamente charro y específicamente salmantino.

El público ha comenzado a sospechar que «La Bejarana» es una burda mixtificación, ni peor ni mejor que esas otras a que nos tiene acostumbrado Ardavín, relatándonos, por ejemplo, los amoríos del Greco con las cortesanas de Toledo, y esta es la hora en que el ligero y desenfadado poeta segoviano no ha dado su brazo a torcer. Por el contrario: en la Sociedad de Autores circula la leyenda, tal vez por el mismo propalada, de que «La Bejarana» obtuvo en Salamanca un éxito y una consagración definitiva cuando a Fernández Ardavín le consta todo lo contrario.

Hasta recordaréis, si no tenéis flaca la memoria, que el autor tuvo que acudir a la hospitalidad de EL ADELANTO, explicando que el título de su zarzuela era puramente simbólico, y que él no había pretendido pintar las costumbres de la ciudad laboriosa y desgraciada, sino las de las gentes castellanas en general.

Pero esa disculpa, lejos de atenuar la probidad del escritor, contribuye a aumentarla y agravarla poderosamente. Béjar se encuentra a pocas horas de Madrid, y con tomar el tren en la estación de las Delicias, sale uno de zozobras y de vacilaciones. Llamárase la zarzuela «La ledesmina», «La mirobrigense» o «La peñarandina» y no tendríamos que oponerla grandes reparos. Pero llamándose como se llama, no nos queda mejor recurso que el de alzar los hombros, sonreírnos y recordar a Fernández Ardavín que su error literario es de los que no tiene disculpa de ningún linaje.

Por estas razones no quisimos asociarnos a la fiesta de ayer. La explotación afortunada de un producto industrial, nada tiene que ver con las prerrogativas, con las excelencias y con las calidades del arte. Celebramos que los señores Alonso y Fernández Ardavín, hayan ganado un puñado de miles de duros con «La bejarana», pero seguramente la liquidación hubiera sido más respetable si la pintura hubiera sido un reflejo exacto del ambiente bejarano, que no es de llanos bajos, sino de altivas y bravas cumbres serranas, decoradas graciosamente por la nieve, que se derrite en hilillos de agua, que son la riqueza y el venero de su industria.

El Adelanto (21-01-1925)

"Cancionera"[252]

A propósito de "Cancionera" –la bella comedia dramática de los señores Serafín y Joaquín Álvarez Quintero en el teatro de Lara, con argumento a base de nuestras coplas amorosas po-

[252] En diciembre de 1924 Sánchez Rojas publicó un artículo, con este mismo título y distinto contenido, relativo a esta obra de los hermanos Álvarez Quintero, en el diario salmantino *El Adelanto* (O.C. Tomo IV, página 244).

pulares, argumento que no debo pararme a contar menudamente–, hemos de recordar que los celebrados escritores sevillanos siguen la misma trayectoria que nuestros gloriosos dramaturgos de la edad de oro. Nuestro teatro clásico es, en la forma y en el fondo, nuestro romance escenificado. Sin el romancero popular, sin la poesía épica, no habría teatro español, a buen seguro. Los romances guerreros nutren a Guillén de Castro, y los amatorios a Lope, y a Calderón, y a Tirso, y a Rojas y Zorrilla, el toledano. Podría sostenerse más: podría sostenerse también que los historiadores –Moncada, Solís, el Padre Mariana– acuden al romance popular, manadero de leyendas; que la novela caballeresca es también glosa y apostilla de los cantares populares, y que estos son, en suma y para decirlo de una vez, el abrevadero general de todas las manifestaciones literarias de la raza española. Fenómeno que probablemente se repite en los pueblos sudamericanos que hablan nuestra lengua.

El éxito resonante de "Cancionera", con el éxito personalísimo de Lola Membrives, que ha dicho las coplas con honda unción emotiva, bordando con el cañamazo de ellas la trama ingenua y popular de la última comedia de los Quinteros, nos invita a meditar, una vez más, en nuestros romances y coplas populares. Nuestro tesoro es inagotable. No hablemos solamente de Andalucía; en Castilla –región que yo conozco bastante– vive todavía el romancero en los labios de la gente campesina.

Los amores de Gerineldo, de Don Bueso, del Conde de Alba, se cantan todavía; durante la recolección –por agosto– y por las vendimias –en las postrimerías de septiembre y con el nacimiento del otoño– se cantan los peregrinos villancicos de Juan de la Encina, el músico juglar que huele a cantueso y mejorana:

Por mayo era, por mayo,
cuando facen las calores,
y las dueñas y doncellas
todas andan en amores

Hogaño se canta el madrigal de Gutierre de Cetina: "Ojos claros, serenos…", con una melodía popular que se conserva en los archivos musicales que poseen en el Escorial los Agustinos. En algunos pueblecitos de Palencia se oyen algunas de las coplas de pie quebrado de Jorge Manrique, conde de Paredes de Nava, pueblecito, como es sabido, de aquella provincia, cercano a la capital. En las sierras salmantinas y abulenses se cantan los romances moriscos de la toma de Granada, y se recuerdan aquellos tiempos en que la reina Isabel, rodeada de muchachas guapas y donosas, las ofrece en matrimonio a los que mejor pelean, junto a los muros de Santa Fe, contra el morisco. Todo este tesoro es, tal vez, por su copiosidad y transparencia, agua en canastillo, ya lo sé; pero debiera edificarse el cofre de cinc que recogiera toda la savia, delicadísima y fluyente, de la emoción popular.

Nuestros coleccionadores, por otra parte, a pesar de su labor benemérita y obscura, no pueden aprehender lo inaprehensible. Cabe sostener desde luego y sin paradoja que las mejores coplas populares no han pasado todavía a las colecciones. Hace ya catorce o diez y seis años que un benemérito folklorista castellano, don Dámaso Ledesma, recogió y armonizó las canciones más bellas del campo salamanquino. Pocos días después de haber editado la Academia de San Fernando la preciosa colección, oía yo en un pueblecito, en Mata de la Armuña, una estupenda copla que no figura en ella. Hela aquí:

En el cantar conozco
la que está virgen;
tiene la voz delgada
y el eco triste.

Y así siempre.

Cancionera debiera ser el punto de partida para la formación sistemática y completa del tesoro encerrado, por esos poblachos y aldeas, de nuestro folklore popular. Nos encontraríamos con la sorpresa de que todo nuestro romancero está vivo y bien vivo en los labios y en el corazón de nuestros aldeanos, y que nuestra musa popular se enriquece a todas horas, pero a todas horas, con toda suerte de matices y de tonos exquisitos. Rodríguez Marín, Martínez Torner, Ontañón, Ledesma, apenas si han podido aprisionar unos hilillos del caudaloso río de nuestra poesía épica y de nuestras coplas populares. Posiblemente, se pensará en un homenaje para expresar nuestra admiración a los ilustres escritores sevillanos. Ningún tributo mejor que crear un premio anual para estimular a los coleccionistas de nuestras coplas, por regiones, comarcas y provincias. Seguramente, existen focos en Cataluña, en la Mancha, en las sierras palentinas

y leonesas –cuyo resplandor, lejos de apagarse, revive en las Pampas remotas– que nos harían topar con los hallazgos más deliciosos y más gratos.

El Hogar (23-01-1925)
El Liberal[253] (12-11-1924)

El teatro y los salmantinos

Dos queridos amigos, muy doctos y discretos, los señores Blanco y García Boiza, discuten en estas páginas la capacidad y aptitud de los escritores salmantinos para el teatro. En el debate ha terciado también don Cándido Rodríguez Pinilla, señalando acaso la verdadera causa de este apartamiento porque, en realidad, el teatro de ahora es un coto cerrado y bien cerrado. Para contestar a las alusiones que amablemente me han dirigido todos, voy a intervenir yo ahora, diciendo que, como buen español, también tengo mi drama lírico correspondiente, que espera turno en uno de los teatros de Madrid, y que hilvanaré otros, si el que está en puerta, con un asunto en parte salmantino porque todo el acto primero sucede en Salamanca y en la Plaza de Monterrey los días de la invasión francesa, me proporciona prestigio, o sencillamente, un decoroso rendimiento económico.

Por lo demás, no creo que el teatro de ahora –al que desdeño, con excepciones, escasísimas en absoluto– requiera condiciones literarias especialísimas. Los éxitos los proporcionan las figuras y las pantorrillas de las actrices, el decorado, el sastre, el escenógrafo y el jefe de las baterías. Si una canción es imbécil, obtiene inmediatamente gran popularidad. ¿Conocéis algo más absurdo que «La Java»?

Apriétate junto a mí como un autobús.

Si una actriz es linda, obtiene el asentimiento inmediato de un público, como el actual, facilísimo de contentar, con tal de que no se le obligue a pensar y a sentir. Si un decorado es arbitrario, goza mejor del favor de las gentes. El teatro de hogaño es hoy un «métier» aparte con sus trucos, combinaciones y secretos que nada tienen que ver con el arte.

Por lo demás, protesto de que los señores García Boiza y Blanco nos clasifiquen a todos como a bicharracos disecados que se conservan en el estante de un museo zoológico, sin tener para nada en cuenta que somos personas vivas y, por ende, inclasificables y arbitrarias. Yo no me conformo, sinceramente, con el papel de cronista que me adjudican en el reparto. Cultivo la crónica, sencillamente porque es breve, porque no me cuesta trabajo componerla y porque me proporciona inmediatamente unos dineros. Si yo tuviera que escribir para mí solo no haría más que versos –y ¿qué se yo?– divagaciones puramente y esencialmente líricas. Tampoco veo que Fernando Íscar sea a secas un novelista, don Miguel de Unamuno un ensayista, etcétera. Creo que todos son, ante todo y sobre todo, líricos. Lírico es Juan D. Berrueta con «La alegría del pensar» y con la «Guía espiritual de Salamanca»; lírico el Don Miguel de los «Ensayos»; lírico, y siempre lírico Pinilla; líricos todos. Es la fruta salmantina y no podemos quejarnos, porque es la más grata y gustosa al paladar.

Unas palabras para el señor García Boiza, que me han herido a propósito de sus alusiones a Francisco Sánchez Barbero, sangre de mi sangre y hombre de cuya descendencia me enorgullezco. Sánchez Barbero fue algo más que un escritor: fue un hombre. Casi todas sus comedias fueron quemadas en Pamplona cuando estuvo condenado a muerte, por tener la funesta manía de... pensar hidalgamente. De Sánchez Barbero conocemos sus obras sólo fragmentariamente. Pero un hombre como él, que luchó por la libertad y por la dignidad de su patria, merece los mayores respetos del crítico.

Yo conozco, ciertamente, poesías suyas añoñadas, endebles, lacrimosas, ni mejores ni peores que las de la época «imbécil» en que viviera. Pero conozco su vida, que fue su mejor obra, muchas de sus cartas íntimas a Martínez de la Rosa, la duquesa de Alba, José María Calatrava y otros personajes de aquel entonces, que hoy se guardan en la Biblioteca Nacional, y son un dechado de entereza, de gracia, de amor al desvalido y de delicadeza moral.

[253] En *El Liberal* se publicó bajo el epígrafe «A propósito de "Cancionera"».

Él, un hombre rico, aguantó la confiscación de sus bienes y murió en el presidio de Melilla por llamarse liberal. Y por la libertad sacrificó su dinero, su juventud y hasta sus afectos más íntimos y callados.

Cuando se haga una valoración razonable de los hombres que nos precedieron, Francisco Sánchez Barbero aparecerá, ante todo y sobre todo, como un humanista robusto y como un precursor de lo que ha de ser el perfecto político. Y su labor vale, para mí, por la de todos aquellos añoñados colegas suyos, ficticios pastores del Zurguén, que se imaginaban Batilos de Floris y de Cloris también fingidas. Sánchez Barbero, querido García Boiza, fue un hombre de carne y hueso, con pasiones verdaderas, con amores verdaderos, amigo inseparable del dolor y de la adversa fortuna que le ha perseguido hasta más allá de su muerte.

El Adelanto (20-02-1925)

Doña María, don Fernando, Rosarito

Me gustaría representar en estos momentos la opinión de todos los artistas, de todos los quijotes, de cuantos padecen hambre y sed de belleza y de ideal en esta adorada Salamanca nuestra, del Renacimiento, para saludar efusivamente con tan gallardo mandato, a doña María Guerrero y a don Fernando Díaz de Mendoza. Sean bien venidos esta dama errante y este caballero andariego generoso a este rincón, tan propicio para rumiar los sueños que nos deleitan de mozos y que luego no sabemos, no podemos, o no queremos vivir de hombres. Usted, gentil María, que supo encarnar la figura de una rica hembra que vivió en Salamanca rompiendo esta quietud de muerte, sería nuestra castellana y nuestra señora. Y usted, Fernando, que en el apogeo de su gloria y de su renombre, se acerca al pueblo humilde para fundirse en él y para amarle, y para enaltecerle, y para recordarle que con el pan de cada día ha de dársele también el sueño de cada noche, redoblaría nuestra legión, con su prestigio y con el humo de las ilusiones que se le fueron para siempre.

Porque ustedes, María y Fernando, marqueses y grandes por la cuna, han sido redimidos por el arte, que es humildad, que es abnegación y que es también, ustedes ya lo saben a fuerza de sentirle, manantial de sacrificios humildes y callados. Se vive para el arte, pero nunca se vive de él. Nuestra Señora de la Belleza admite caballeros en su capilla, pero nunca malandrines que conviertan la adoración en provecho y la gloria de sentirse acariciados por sus confidencias en beneficio tangible y material. El que se amiga con ella en vocación invencible ha de vivir siempre de espaldas a la vida, que las manos del artista son pródigas y manirrotas; acaso porque el caudal de la inspiración aumenta siempre con el despilfarro y con el estruendo.

¡Amigos faranduleros, pobres retoños de nuestro padre común, Hamlet, el rubio y melancólico príncipe de Dinamarca, sed bien venidos a Salamanca, donde pueden dialogar, cuando gusten, con la calavera de York, en las noches de luna y a la sombra de los bellos palacios abandonados y muertos! El alma de Hamlet le gritará, angustiada, que la vida es de la madera de nuestros sueños, y el Tormes le enseñará después el secreto de la muerte de Melibea, despeñándose del torreón, y las piedras, rojas de vítores, de la eternidad de la juventud y las almenas y cresterías de Monterrey, de las confesiones que solamente hacemos a la luna en nuestros momentos de plenitud: «io venia pien d'angoscia a rimir arti»[254]

¡Artistas próceres, bohemios errabundos y tocados del mal del anhelo insatisfecho que sobrecogía a nuestro querido Hamlet, el enamorado de la blanca y espiritual Ofelia, estáis en vuestra casa! Aquí os queremos y, además, os comprendemos. Hemos vivido, junto al Tormes, la leyenda de «El Pavo Real» en nuestros años mozos; hemos preferido, después, querer a la usanza de «Don Luis Mejía» a ser queridos al modo de Don Juan; hemos odiado, y seguimos odiando, a esta taimada «Doña Perfecta», que no logra, por más que lo trabaja, casarnos con ninguna sobrina suya; conociendo a «la diabla», queremos hacer un alto en nuestra vida de luchadores; oyendo «Cancionera», de los saladísimos troveros sevillanos, hemos aprendido que nuestras mejores canciones no surgirán nunca o surgirán tan sólo junto a una cuna... Y nuestra mejor ejecutoria en vosotros la hemos hallado, porque antes que hormigas preferisteis ser cigarras.

[254] "*Io venía pien d›angoscia* a *rimirarti" (*angustiado venía a contemplarte nuevamente*). Alla luna. Giacomo Leopardi, 1831.*

Y reciba también Rosario Pino nuestra bienvenida, entusiasta y generosa. ¡Rosario Pino: «Rosas de otoño»; los primeros años en Madrid; el doctorado de Derecho con los regaños de Azcárate y las broncas de Aramburu, la vocecita grave y temblona, los ojos negros y dulces, Málaga hecha carne y espíritu en una mujer! ¡Rosarito Pino –manos, voz, minio, celos– es usted nuestro pasado y nuestro presente! ¿Cuándo reposará usted? ¿Cuándo aquieta usted la loca de la casa, Rosarito? Nunca, ¿verdad? Locuela bella y romántica a quien el arte no ha permitido ni permitirá tampoco descansar como una burguesa cualquiera: para usted nuestro, saludo henchido de evocaciones que no saben morir. Al lado de esta pareja de María y de Fernando, yo me explico muy bien esta unión sagrada y esta camaradería fraternal, e inteligente, que honra a los tres por igual. Yo, aquejado como ustedes, del terrible mal de Hamlet, me la explico perfectamente y sé lo que hay en ella de generoso y de triste, en relación con los tres.

El Adelanto (05-09-1925)

Don Luis Mejía

Bretón.- Con Don Luis Mejía hemos querido hacer –me han dicho varias veces Hernández Catá y Eduardo Marquina– una contrafigura de Don Juan. Si a Don Juan le amaban las mujeres, Don Luis ama a las bellas. Si el hijo de don Diego Tenorio machaca siempre en hierro frío, Don Luis Mejía pone a contribución todo su corazón en los conflictos sentimentales que le suelen salir al paso. Lo contrario de Don Juan es, evidentemente, Don Luis.

Oyendo anoche la admirable representación que las huestes de doña María y de don Fernando, pensaba yo que, realmente, no caben símbolos, ni alegorías, ni razonamientos, en estas terribles querellas del amor. No se puede ser amado sin amar un poquito, según la terrible sentencia del Dante:

Amor a nullo a cuato amar perdona.

No se puede amar completamente y a la buena de Dios, sin que la esperanza ponga en nosotros un haz de rayos luminosos, sin que nos sintamos halagados por el querer ajeno.

Don Luis no es símbolo. Tampoco don Juan lo es. Uno y otro son hombres de carne y hueso. Nada más. Nada menos. Don Juan es eterno como la sandez femenina. Don Luis es eterno como la indiscreción del hombre. Y los dos se completan porque el perfecto amante ha de tener un poco de don Juan y un poco de don Luis. Cabeza para contenerse e ímpetu para decidirse. Tímido y canalla a la vez, inocente como un niño y doble como una Celestina conseguiría tal vez dominar casi del todo a nuestra Era contemporánea.

La representación, un encanto. María Guerrero López va muy bien y llegará muy lejos. Tiene ternura, delicadeza, buen gusto. Sabe matizar como quiere. Fernando Díaz de Mendoza, insuperable. Doña María, briosa y llena de temperamento dramático, como en sus mejores días, y muy bien la gentilísima Carmencita Jaureguiza, que es tan guapa como discreta mujer.

Celebro el éxito de Luis Mejías, puesto en escena con toda esplendidez. Pocos saben que Hernández Catá es salmantino, porque nació en el pueblo de Aldeadávila de la Ribera, de esta provincia.

El Adelanto (08-09-1925)

Sobre un estreno de Pirandello

Ha pasado con la comedia dramática, «Como antes, mejor que antes», interpretada felicísimamente por Margarita Xirgu, lo que con sus hermanos «Enrique VIII», «Seis personajes en busca de autor», «El placer de la honradez» y «La honra de los demás», del mismo celebrado autor siciliano. El público deja pasar sin protesta, pero también sin un íntimo deleite, las originalidades del gracioso y del profundo humorista, que tantos puntos de contacto tiene con nuestro Unamuno. Las comedias y los dramas y los cuentos de Luis Pirandello, son puramente cerebrales y ricos en sugestiones y en ideas, pero no se plantean casi nunca en la realidad. Así, por ejemplo, la comedia que se estrenó el viernes por la noche. El talento de nuestra Margarita la salvó posiblemente de una protesta.

¿Por qué? Para comprender a Pirandello hay que conocer un poco Italia; mejor sería decir el momento actual de Italia. La mujer ha perdido el ímpetu del sexo a fuerza de solazarse con los delirios, o para decirlo con toda franqueza, con las bestialidades elegantes de D'Annunzio; el italiano de hogaño ha llegado a despreciar profundamente a la mujer. Apenas si hay hogar. El muchacho se junta con la muchacha o para discurrir o para gozar: pocas veces para amarse y para caminar juntos por la vida. La guerra ha traído una honda transformación en la familia italiana. Yo la dejé ya de mozo tambaleando, pero todavía luchando contra los asaltos de la sensualidad. Las que fueron nuestras amigas de muchachos habían perdido acaso el candor, pero no habían vuelto la espalda al buen gusto.

Hoy –no olvidemos que Pirandello es fascista y que tiene a gala la amistad de Mussolini– las cosas van por los carriles que nos llevan de «Il Santo» a «Il Piacere», del «Piccolo mundo antico» a «Le vergini delle rocce», de Fogazzaro a D'Annunzio y de Carducci a Farinacci. Esta reacción es, en lo espiritual, el triunfo de la carne y la prepotencia del dinero sobre el espíritu.

Sería curioso señalar las fuentes del actual momento histórico, los abrevaderos y las charcas de que se nutren los sapitos que tanto croan ahora... Pirandello, que los oye con cierto regodeo de intelectual puro, de hombre que no tiene más que inteligencia, refleja en su teatro este momento de vacilación y de crisis por que atraviesa la sociedad de su país.

Yo me explico perfectamente la sorpresa de las muchachas y hasta de los hombres maduros, que acudieron anoche al Liceo, ante la amargura de aquella hija engañada y para la cual no hay otro conflicto sentimental que el que ha planteado en su curiosidad una mentira innecesaria.

Aquel hogar italiano, tan minado por la licencia y por la tiranía, les sabría a casa exótica. No podían sentir y menos pensar al compás de Pirandello. El escepticismo elegante de este autor es, visto por los lentes españoles, una desvergüenza en el fondo y su inteligencia falta de emoción ante los problemas verdaderamente humanos, universales e íntimos a la vez.

Pirandello fabrica unos muñecos que no son precisamente los que nos solazan o nos enojan en el mundo de la realidad española. Y sus mujeres, de puro cerebrales, no son tampoco mujeres. Al menos no son las nuestras jamás, que no han pasado, como la italiana, por las sacudidas colectivas de una sensualidad desbordada y vergonzante.

Ni tampoco por complejos abismos puramente intelectuales. La muchachita española es bien poco pirandelliana. Le preocupa el novio, o el vestido, o ambas cosas a la vez, pero nunca el problema de su liberación interior, o en todo caso, el derecho a vivir la vida que mejor le acomode. Hablo de la mujer honesta, que la que no lo es posee una psiquis cuyo secreto tiene a lo sumo el profesor de patología y el especialista en histerismo y en achaques puramente mujeriles.

El novio y el marido español van bien servidos teniendo por panegirista a Muñoz Seca, o, a lo sumo, a Linares Rivas, o, cuando más, a Gregorio Martínez Sierra. Apenas si hay más problemas hogareños que los de alargar el presupuesto hasta la paga próxima. Nuestras señoras conciben a lo sumo la estética aplicada del modisto y del tapicero, pero no han pasado por la estética d'anunziana. Las italianas, en cambio, estas muñequitas alocadas de Pirandello –¡ah, las páginas de «Il Piacere»!– están corroídas por la «bellezza» entendida a la toscana, belleza de gesto, es decir, originalidad, y desenfado, y hasta desenfreno si queréis. Margarita Xirgu, catalana y mediterránea, tiene el espíritu más cerca de Turín o de Venecia que de Soria o de Guadalajara; por eso otea, en todo caso, lo que vislumbra Pirandello entre mujeres y hombres, fuera y aparte del socorrido matrimonio, con presbítero y juez municipal. Y es que no hemos pasado aún de las fórmulas, de las ceremonias y de la corteza. Lo cual después de todo, acaso sea un bien para la conservación de la especie.

Por aquí no hemos pasado todavía del matrimonio, visto trágicamente como Calderón lo veía, o visto como sainete eterno, al modo de Muñoz Seca. En la Italia de Pirandello y de las escuadras negras de los fascistas, con calavera y compás, queda el problema estético del amante, del amigo, de la situación tortuosa, del conflicto literario y pasional, que por aquí no se gozan ni se comprenden todavía. Para fortuna de las muchachas y para consuelo de los hombres maduros que abren desmesuradamente los ojos ante las paradojas de este clown triste, escéptico y burlón, que se llama Luis Pirandello.

El Adelanto (13-09-1925)

Ernesto Vilches

Nuestro querido Ernesto Vilches pertenece, por derecho propio y por genuina tradición castiza, a la falange de aquellos cómicos errabundos, andariegos, enamoradizos y trotones que se llamaron Lope de Rueda y Bartolomé de Torres Naharro. El carrito de la farándula de estos notables artistas, visita continuamente las ciudades, las villas y los lugarejos de nuestra meseta. Son conocidos en Segovia, junto al Azoguejo; y en Salamanca, junto al Corrillo; y en Ávila, junto a la puerta del Carmen; y en Toledo, junto a Zocodover. Llevan el estruendo y la alegría a las muchedumbres, ansiosas de emociones, y en los atrios de las catedrales y de las iglesias mayores, andan a cintarazos con Calderón, gesticulan y primorosean con Tirso, o con Rojas y Zorrilla nos dicen mil crudezas de nuestras lindas tapadas y de los resabios y melindres de nuestras damiselas.

Ernesto Vilches, muy siglo XX, muy antiguo y muy moderno, como el estro de Rubén, ya no utiliza el carro de la farándula, pero sí el tren, el vapor, el automóvil, y si le apuráis, el avión, en sus excursiones y peregrinaciones artísticas. Es el eterno trotacalles. Aparece en Méjico, perdéis su rastro en Venezuela, torna a asomar sus narices en Buenos Aires, recorre los Andes, resucita en la Quinta Avenida y una linda mañana se nos muestra con su teatro en Madrid. Todo es exótico y extraordinario en este hombre: su imaginación, su infantilismo, su gracia, su terrible e insaciable curiosidad. Y en Nueva York parece un americano, y en Veracruz un general insurrecto, y en Francia un marido feliz, y en todas partes, un grande y un soberano artista.

Vilches conoce el teatro europeo, y en eso lleva la ventaja de sus colegas que no han pasado de Manolo Linares Rivas o de Fernández Ardavín.

Entre nosotros, sin ir más lejos, ha hecho popular el nombre sugestivo y un poco trágico de Oscar Wilde, Sem Benelli, Testoni y el mismo Pirandello, son santos de la devoción de nuestro Vilches. Y de cuando en cuando este hombre, con la colaboración espiritual de la siempre sugestiva e interesante Irene López Heredia –alta, graciosa y espigada como una palmera– cultiva el extranjerismo a caño libre, haciendo un amigo Teddy que parece arrancado de los clubs y de los salones neoyorkinos.

Sirvan estas breves líneas de saludo –escritas de prisa, en una convalecencia– y de bienvenida al preclaro artista y a su interesante y dilatada familia espiritual. Toda clase de lauros y de provechos materiales deseamos a los excelentes actores a su paso por Salamanca.

María Guerrero y Díaz de Mendoza, aman el teatro clásico; Margarita Xirgu tiene también sus preferencias –Galdós, los Quinteros, Guimerà–. Con Ernesto Vilches completamos la psicología de nuestros actores. Curtido con todos los aires, este hombre singular, viajero incorregible –monóculo, gardenia al ojal, chalina– hace del teatro una continuación de su vida, de su vida un poco arbitraria y pintoresca, vivida al modo de aquellos sus gloriosos precursores que se llamaron Lope de Rueda y Bartolomé de Torres Naharro.

El Adelanto (18-09-1925)

La crisis del teatro

– Observe usted el repertorio de esta compañía: «Un marido ideal», «Una mujer sin importancia», «Wu-li chang», «El eterno Don Juan». Y no hace aún ocho días que se estrenó «Como antes, mejor que antes». ¿Quiere usted decirme dónde están los autores españoles?

– Pero, en realidad, amigo mío, esta crisis teatral española es de siempre. No tenemos teatro. El nuestro, es el mismo romancero escenificado. Y con Calderón, la teología. Teatro, lo que se llama teatro, es posible que no lo hayamos tenido nunca.

– Pero ¿y esta crisis?

– ¿Usted cree en ella? Hablo de crisis en el sentido de escasez de producción. Ese es un error insigne. Todos los españoles somos autores fracasados de tragedias o de sainetes.

No salen a la superficie por brutalidad de las empresas. Piden siempre autores consagrados, como si estos no hubieran hecho nunca su primera comedia. Les fastidian las cosas literarias por eso; porque son literarias. Y las no literarias porque no se «ajustan nunca –dicen– a las exigencias del público». ¿Quién les entiende? «Hágame usted algo –suelen decir al pobre hom-

bre, muy recomendado– algo a la manera de Muñoz Seca o de Linares Rivas». ¿Usted concibe sandez mayor?

– ¿Y por eso no se estrena?

Por eso. Se tiene un miedo loco a la innovación. El dinero es un cobarde que no arriesga jamás el cardenillo próximo por el oro remoto.

Y la experiencia habla, sin embargo, de que este miedo es infundado. La señorita Millán Astray triunfó plenamente por primera vez. Y por primera vez –no digamos con qué ocasión ni por qué– ese pobre Vidal y Planas con el esperpento de «Santa Isabel de Ceres». Por primera vez, también, el curita Granada con «El niño de oro». En realidad, el público está cansado de los prestigios hechos que caminan de tumbo en tumbo.

– ¿Usted cree?

– Indudablemente. Don Jacinto, el pobre señor, declina a un ocaso lamentable. Las comedias de Linares Rivas se escuchan hoy completamente en broma, porque todos sabemos hasta dónde llega la perspicacia psicológica de don Manuel. Los Quintero, en realidad, dan ya la última vuelta a su tema cómico.

«Cancionera» es «Cristalina» y «Cristalina» es «Concha la limpia» y «Concha la limpia» es «Malvaloca». No hablemos de los fabricantes del astracán. Pero eso da dinero, dicen, y así nos moriremos sin renovarnos.

– Además, el cine es un enemigo peligroso del teatro.

– Es posible. Es un espectáculo más barato. Además, se da a obscuras. Factores son estos dos capaces de entablar la competencia con el propio Shakespeare en los tiempos que corremos.

– Pero el cine es muy malo...

– ¿Y qué? Seamos sinceros. Yo voy al teatro, a los estrenos, no por los estrenos, sino por ir, por ver a los amigos, al editor con el que estoy en falta, a la muchacha a la que ofrecí un librito, al crítico a que me desasne un poco, a la bella mujer para que me sonría y me haga la limosna de prestarme la luz de sus ojos en los entreactos. En el cine no me molestan tanto. No oigo, veo, y ya es bastante. Entre las personas civilizadas no debería hablarse nunca. Las mujeres no necesitan hablar para hacerse comprender. Los hombres debíamos imitar en esto a las mujeres. El cine es más íntimo, más hogareño, más tentador.

– ¿A obscuras?

– Con la luz de la pantalla que usted necesite. Los actores mudos me sugestionan. La mímica me ha parecido siempre el arte más sublime de la tierra.

– ¿Y en lo de la crisis?

– En lo de la crisis quedamos que los actores buscan el teatro donde lo encuentran. Hacen bien. Yo soy un hombre muy poco patriota. Yo no divido los dramaturgos en nacionales y extranjeros, sino en idiotas y en inteligentes. Tal vez, si algún día soy empresario de un gran teatro de Madrid, cambie de modo de pensar. Pero dejemos el tema para otro día.

El Adelanto (19-09-1925)

El teatro y la niñez

El retoño menor del ilustre naviero bilbaíno don Ramón de la Sota, se ha consagrado al teatro poético. En la primavera pasada estrenó en Bilbao un drama lírico «Pedro Ignacio», de ambiente vasco, que publica ahora elegantemente editado el buen Manolo de la Sota. Precede al drama lírico un prólogo bellamente escrito. Para el dramaturgo archimillonario y vizcaíno, el teatro –todo el teatro– está en crisis. Los modernos nada tenemos que enseñar a los antiguos en achaque de amor y de pasiones. Desde Troya acá, ha sido siempre Elena la que ha movido los hilos de la antigua y de la moderna farsa. Romeo y Julieta han agotado el repertorio romántico y los teatros francés e italiano el patrimonio realista y sensual.

En realidad ya nada puede enseñarnos la literatura dramática sobre las pasiones de los hombres.

Perfectamente de acuerdo con Manolo de la Sota. Parece que las mujeres sólo tienen cuarenta y dos maneras de engañar al amante y solamente diez o doce de jugársela al marido. En total, cincuenta y dos maneras que ya han nutrido completamente el vodevil. El hombre, mucho menos fecundo que la mujer en adiestrar enredos a medias verosímiles, es increíble que

posea un repertorio superior a media docena de artimañas. No quedan, por ende, arriba de cincuenta y ocho trucos tolerables para distraernos razonablemente durante un par de horas desde una butaca de teatro.

Para Manolo de la Sota, no queda más que un camino: el drama puramente imaginativo, o, si queréis, poético. «Tenemos que pensar por un momento que hasta las cosas imposibles pueden suceder. Si fe es creer lo que no vimos, fe teatral –apunta Manolo de la Sota– es ver lo que no creemos.»

Pero la fe, la fe viva, la fe del niño que cree en el dragón, y en la bruja, y en el diablo, y en el hada bonita, y, en los duendes, la fe poética, en suma, ha de descansar –¡santa palabra!– en el lirismo.

Lirismo es lo que necesitan los hombres que han dejado envejecer su espíritu. De lirismo, sobre todo, ha menester Bilbao para seguir viviendo.

«En los pueblos metalizados –agrega Sota con la autoridad de los millones de las acciones navieras y de los créditos de su papá– en los pueblos metalizados es donde son más necesarios los individuos que crean que las estrellas son monedas de oro que han volado al cielo y que las monedas son estrellas de plata que han caído al suelo»: ¡Donosa declaración de un muchacho rico! Porque de otra manera, y de no creerse esto, «llegará un día en que hasta nuestros niños se avergonzarán de echar flores por la ventana el día de Corpus Christi».

He aquí un camino –querido Ernesto Vilches– para remozar el teatro: tal vez el único camino: ¿Nos vendrá de Vasconia el cambio, como nos ha venido en la pintura con Ignacio Zuloaga y en el mundo del pensamiento con Miguel de Unamuno? El vasco no es «chocholero», mezquino, sino «arlote», aventurero, escotero, o como decían nuestros padres, soñador. Y el alma de la raza –sigo glosando a Manolo de la Sota– «es esa «reposada inquietud» tan entrañablemente nuestra».

¡La reposada inquietud! ¿No será esta la que nos haga un poco más ingenuos e infantiles? Después de las truculencias pasionales ¿seremos incapaces de volver a gustar de los cuentos de hadas, gnomos, brujas y duendes, como en los días de la niñez? ¿Logrará interesarnos en el teatro algo que no sea el desdén de una mujer hermosa, los celos de un marido ridículo o las jactancias del amante, afortunado y esquivo? Pedro Ignacio parece demostrarlo así.

Los que no creemos en la historia, porque sabemos cómo se construye ¿por qué no hemos de soñar, con los ojos abiertos, en la leyenda? Si el razonar, es triste y enojoso, el imaginar puede ser una bella labor humana que acabe reconciliándonos con nuestro dolor y con nuestras inquietudes de pobres fantoches comidos por la vanidad, por el egoísmo, por la lujuria y por la codicia, nuestros grandes pecados capitales.

El Adelanto (20-09-1925)

Los hijos de Susana y de Julián

Para Pepe Sánchez Gómez

Días después de la famosa bronca con don Hilarión, Susana, la morena chulapa, y Julián, el cajista madrileño, se casaron como Dios manda en la parroquia de San Andrés. Madrina de la boda fue la del bautizo del novio, la señá Rita, y padrino, un concejal del distrito, dueño de la imprenta donde Julián trabajaba, y, según malas lenguas, consocio de las tres o cuatro casas de compraventa mercantil que hay en La Latina, y, además, romanonista. Desde la boda de Julián y Susana han transcurrido ya treinta años. En la actualidad, Susana es una matrona guapa y carirredonda que se acerca al medio siglo, y Julián un pez gordo de la directiva de la Casa del Pueblo, gran amigo de su tocayo Besteiro, de Saborit, de Largo y de otros santones del socialismo madrileño.

El matrimonio es feliz. Julián, de linotipista, gana casi una fortuna, y Susana es apañadita y económica, como una urraca. Viven los dos en la calle de San Isidro, no lejos de San Francisco el Grande, con tres hijos: un varón y dos hembras. Motorista el varón, es un punto fuerte en la Cuesta de las Perdices y en casa de Juan, en la Bombi[255]. Las chicas se consagran al corte en casa

[255] Apocope de *la Bombilla*, popular y muy concurrido –en aquella época– merendero madrileño situado entre la Ciudad Universitaria, el Paseo de la Florida y la Estación del Norte. En su lugar hoy hay un parque con el mismo nombre.

de Madame Petit, la maestra de la calle del Barquillo. El muchacho, sentimental, romántico, ha salido al padre. En cambio, las chicas, Charito y Patro, han heredado la parsimonia, el leve desdén de Susana, y por ellas beben los vientos cuantos chavales van a presumir los domingos al café del Pilar, con un puro canario en la boca y luego a Terpsícore, con cinco duros en los bolsillos.

El escenario ha variado radicalmente en estos treinta años. El Madrid de la Gran Vía, del teatro Fontalba, de los Almacenes Rodríguez, del Metro, del Maxim's y de Spaventa, ya no tiene encantos para Susana y para Julián.

Ya no se bailan schotis [sic] ni polkas en las kermeses; las tascas se han trocado en bares y los organillos han desaparecido de la vía pública, las chicas no se cuidan más que de sus medias de seda, de sus zapatitos, de su melena y de sus novios, medio señoritos, medio tahúres.

La «señá» Antonia pasó a mejor vida y sus huesos asendereados reposan para siempre en el cementerio de San Isidro, sobre el cerro de la pradera. Y el muchacho, soñador y mala cabeza, prefiere el coctel del Maxim's, de retorno de una juerga nocherniega, a la media tostada del café de Platerías, y las hembras fáciles y complacientes a esas chicas adustas, huraña s y esquivas, que es grato derrotar a fuerza de constancia y de atenciones, cuando corresponden a nuestros amores con sus desdenes y a nuestras delicadezas con sus berrinches y gestos de soberanas, a quienes se les da una higa del dolor de sus esclavos.

Amigo Pepe: el mundo de «La Verbena» ha desaparecido ya completamente de los Madriles. Yo he asistido a la transformación. Los organilleros de ayer son los motoristas y los chauffeurs de hoy; las chulaponas se han trocado en las tanguistas de ojos y de labios pintados que leen al «Caballero Audaz», que se adoban la carita con «rimmel» y que conocen esas pobres delicias del ajenjo, de la morfina y de toda suerte de paraísos artificiales. De vez en cuando, la visión rápida de una matrona guapetona y limpia, detrás del mostrador de un colmado, o de un tipógrafo sensato y ceremonioso, ya sin el hongo a la cabeza y sin el pañuelo blanco de seda al cuello, nos recuerdan vagamente aquel mundo encantador de Tomás Bretón y de Ricardo de la Vega, cuando los hombres se veían perdidos por las morenas chulapas y las morenas chulapas se dedicaban a la estrategia elemental de encelar a sus novios con los viejos jaraneros y llenos de postemas y alifafes.

El Adelanto (09-10-1925)

"Una yanquée en París"

El viernes por la noche, la faceta trágica; anoche –y ayer tarde– la faceta cómica de Mimi Aguglia. ¿Es un temperamento trágico, es un temperamento cómico la excelsa actriz italiana? Acaso lo trágico y lo cómico no son elementos opuestos, sino paralelos. En todo personaje trágico hay sus pasos de comicidad inmensa; igualmente, en todo temperamento cómico asume, más de una vez, su jeta[256] lamentable de tragedia. Italia, patria de Mimi Aguglia, nos ofrece más de un ejemplo de esta duplicidad psicológica. Alfieri es trágico hablando de la patria y cómico y hasta ridículo haciendo el amor a las condesas patrioteras. Bandello, cómico, ríe en los intermedios de su desesperación y de su canto.

La mujer X, abyecta, con el corazón amodorrado, con la mente deshecha, del viernes, fue anoche la encantadora marquesa de Loreux. ¿Encantadora? «Passer le mot», lectoras y lectores. Una yanquée [sic][257], una americana es... encantadora hasta cierto punto; lo indudable es que resulte mucho más compleja en las tablas que en la vida real. Para las norteamericanas, mejor que para sus compatriotas, las inglesas, debió escribir Oscar Wilde aquellas palabras terribles de que «toda mujer es una esfinge sin secreto».

Ninguno tiene, en realidad, la comedia de Benson, demasiado arbitraria, demasiado espiritual y demasiado... poca cosa.

[256] Así en el original, aunque nos resulte disonante aún para Sánchez Rojas.
[257] Por yankee

El argumento de «Una yanquée en París», si alguno tiene en realidad, se resuelve poderosamente contra la tesis que pretende desarrollar su autor. Si lo «chic» en París, era, antes de la guerra, el adulterio, la yanquée que quiere aparisionarse acepta un amante para la galería, pero sin perder jamás al marido, a quien respeta. Sus besos son puramente candorosos, como los de actriz a dramaturgo en noches de estreno afortunado. Los demás muñecos que se mueven en torno a la grácil figura de la norteamericanita, son borrosos y añoñados y no tienen consistencia alguna.

Mimi Aguglia tapa con su talento, con su inagotable vis cómica, con la ductilidad de su gracia y hasta con su conocimiento del inglés, que habla estupendamente, la mala fortuna del dramaturgo. Sabe ser ingenua y primitiva como un animalito y hace de la marquesita de Loreux una creación que no puede ser superada por ninguna actriz española. Es una verdadera pena que la estancia de Mimi Aguglia sea tan breve en Salamanca. Pasa como una estrella saltona en noche de verano, dejando una estela demasiado rápida, de su luz y de su claridad. Con la comedia de Woes, «Muñecos», que hará esta noche, y con «Seis personajes en busca de autor», de Luis Pirandello, y «La dama de las Camelias», que hará mañana la insigne actriz, apenas si nos da una breve muestra de su brío dramático y de su exquisito temperamento artístico.

¿Por qué no representa Mimi Aguglia, la tragedia pastoril de D'Anuzzio, «La Figlia di Jorio»[258]? ¿Por qué no hace Lasa? ¿Por qué se marcha en el momento preciso en que Salamanca se da cuenta del maravilloso talento de esta mujer, dejándonos a medias mieles?

Con Mimi Aguglia disfrutaron anoche del aplauso y de la admiración del público los demás elementos –muy bien conjuntados, por cierto– de esta excelente y admirable compañía, que debiera volver a Salamanca en otra «tournée» más larga y de repertorio más extenso y nutrido.

El Adelanto (18-10-1925)

Seis personajes en busca de autor

«¿Por qué no nos ha hablado usted de «Seis personajes en busca de autor»? dice una carta anónima que acabo de recibir. Yo he de confesarle a usted –añade con la mayor franqueza mi amable comunicante– que no he entendido una jota de la comedia de Pirandello». Hasta aquí la carta. En realidad, esa fue la posición de casi todo el público salmantino en el teatro del Liceo, durante la tarde del lunes; estuvo, si hemos de ser justos, mucho más discreto que acertado. En cambio, una bellísima muchacha que ocupaba una platea no muy lejos de la butaca desde donde yo presenciaba la discutida comedia de Luis Pirandello, exclamaba ante ciertos gestos de impaciencia y de estupor de algunas personas que la rodeaban:

– Pero, hija, ¡si esto es una sátira para demostrar la diferencia que va de la verdad a la mentira!

No se puede, ciertamente, decir nada mejor, ni más discreto, ni por labios más bellos, tampoco.

«Commedia a fare», comedia por hacer, llama irónicamente Pirandello a esta tragedia suya, lograda, completa, o para decirlo en el mismo idioma del autor, «riuscita». Sátira de las compañías teatrales y de los dramaturgos, sátira de las convenciones de las tablas, del amor, del arte, y, en general, de la vida, el buen señor prefiere darnos las tripas a las bambalinas y a las apariencias de las cosas.

Pero hay más que sátira, dolor en estos «Seis personajes en busca de autor». El segundo acto me arrancaría lágrimas verdaderas de coraje desesperado, si ya no hubiera perdido el don divino de llorar ante las emociones fuertes. Todo ese acto es, para mí, la sensación de que la expresión artística pierde su valor cuando es interpretada por un espíritu ajeno a nuestro espíritu. Así, todo arte no puede lograrse con plenitud artística más que por aquel que ha sabido parirlo con emoción pura en un momento de infinito, «de doloroso» amor. A través de las carcajadas del dramaturgo, yo percibo un lagrimón que le quema la mejilla, y cuando quiere burlarse de los demás, es de sí mismo de quien se burla. Aquel padre grotesco es Pirandello, y eres tú, lector, y soy yo, cuando pugnando por ser sinceros con nosotros mismos, nos damos cata de nuestra pequeñez y de nuestra limitación.

[258] Así en el original por *Iorio.*

Porque el que sabe mucho, sabe que ignora mucho más, y en los momentos de mayor fusión con las personas que amamos, hay un diablejo –el de la inteligencia– que nos dice que por seguir un camino que estas nos trazan –inexorablemente– hemos abandonado otras muchas sendas, amables y desconocidas. Hasta la mujer, que desde Adán a Pirandello, es lo único que verdaderamente nos consuela de haber nacido, deja de ser un poco de nosotros cuando la sabemos entregada a nuestro antojo y esclava de nuestra voluntad.

Pero sacad el símbolo de los dominios del arte, llevadlo a la vida, y la afirmación pirandelliana permanece incólume. Poned pasión donde digo arte y os daréis cata del hondo sabor trágico, de la infinita amargura,

amaro e noia,[259]

con que Pirandello, burla burlando, ha confeccionado su discutidísima comedia. Nuestro mundo interior, aquel que nace en nosotros para morir en nosotros también, aquel mundo en el que habita la verdad, según San Pablo, está herméticamente cerrado a las miradas, al cerebro y al corazón de las gentes que nos rodean. ¿Comprendéis la terrible lección de los muñecos a los que hace hablar como hombres Pirandello?

Yo, al menos, pretendo haber entendido a Luis Pirandello y haberme dado cuenta perfecta de toda la claridad y de toda la amargura de su tragedia, a la que sólo por broma, llama comedia, y más modestamente, comedia por hacer. Como nosotros no somos nosotros, sino la proyección de nosotros en los demás, así los demás existen en nuestra vida y en nuestro arte, según nos imaginamos que son, aunque no sean así en la realidad, que ellos sólo conocen y sólo ellos viven. Y nos vemos unos a otros como sombras, sin bulto ni consistencia, eternamente solos, aunque queramos decirnos toda nuestra verdad, porque las palabras no tienen el mismo valor en dos labios o en dos almas diferentes. Aquellos fantoches del padre cínico, de la hija descarriada, del hijo legítimo y del retoño asustadizo e idiota, son personas, gentes de carne y hueso, en cuanto observan que «los otros», los cómicos –¿y quién no lo es un poco?–les toman a burla y a chacota.

Los gritos de la madre me convencen más que todas las escenas rizadas, relamiditas, insinceras, que a todas horas nos preparamos, hombres y mujeres, muñecas y fantoches, en el teatro y... en la vida.

Sospecho el regodeo espiritual con que ha escrito «Seis personajes» Luis Pirandello. Comenzó a escribir por escribir; le haría falta dinero, le apremiaría su editor, le presentaría una factura demasiado urgente su otra costilla. Y la broma acabó en serio. Cuando tuvo acabado su primer acto, observó que se había producido muy seriamente en medio del «scherzo», de la broma. Y es que bromeando, decimos siempre las cosas más serias. Y a la inversa, cuando damos a nuestras palabras el mayor aparato de solemnidad, nos ponemos, francamente, grotescos y apayasados. ¿Paradojas? ¡Bah! Que lo digan las mujeres, esas excelentes actrices del disimulo y del medio tono, que suelen calar más hondo que nosotros, los pobres hombres, en estas sutilezas.

Y no se me ocurre, señor corresponsal anónimo, glosa de mayor alcance. Podría decir muchas más cosas en torno a esa impotencia del talento o de la virtud o –señoras mías– de la belleza, ante nuestro cretinismo de incomprensión y de incapacidad para asomarnos a las almas ajenas. Pero... no es cosa de que yo mismo vaya a desnudarme sin necesidad. Quedamos en que la mejor expresión es la que no se formula y el mejor sentimiento el que se calla. Y no voy ahora a disertar sobre las ventajas de la mímica, porque no acabaría nunca de deciros toda mi verdad, que no me entenderíais, porque seguramente, no es la vuestra. ¿Recordáis el elogio del silencio de Maeterlinck? Yo lo recordé mucho el lunes, porque calla más cosas que las que dice Pirandello en su comedia. Recurso que me viene a mí ahora como anillo al dedo para terminar.

El Adelanto (23-10-1925)

[259] "amargura y hastío". Giacomo Leopardi. *A se stesso.*

"La boda de Quinita Flores"

Comedia en tres actos de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Realmente, la comedia de los insignes sevillanos, estrenada anoche en el teatro Liceo, que presentaba el aspecto de los días solemnes, no presta ni tampoco quita realce alguno a la copiosísima labor de los autores de «El patio», de «Concha la limpia» y de «Cancionera». Es una comedia más, ni mejor ni peor que algunas de sus hermanas más obscuras y modestitas. Se oye con agrado, pero se olvida pronto. Por sensibleros y románticos que seamos nosotros, lamentando muy de veras la mala suerte de la pobre Quinita, que se queda compuesta y sin novio en el día solemne de las bodas, pensamos, al final, que su prometido, Amalio, puede tener razón en abandonarla, por tratarse de una mujer que olvida en una noche de primavera, y en un amanecer andaluz, con alboradas, flores y confidencias íntimas, quince años de amor con un hombre a quien se inclinó de niña, al que quiso de moza y al que dio, cuando mujer, palabra de esposa y de compañera.

Yo no digo que el argumento de «La boda de Quinita Flores» sea inverosímil, porque nada hay de inverosímil en amor y entre mujeres y hombres. El amor es una cosa tan arbitraria, irracional y compleja que en él caben todas las situaciones y resuelve todas las dificultades. Lo que digo es que «La boda de Quinita Flores», que pudo ser un hermoso drama, lleno de pasión y de vida, remata miserablemente en una comedia más.

Cierto es que los momentos de máxima tensión amorosa –de abnegación o de bellaquería– son siempre irreparables, pero no hasta el punto de estar sujetos fatalmente a plazos cronológicos inmutables, como los cambios de luna o como las fiestas del Calendario.

En un mes no olvida una mujer al hombre al que ha querido siempre. En veinticuatro horas, ni los estudiantes, ni los cadetes, ni los horteras de corazón volcánico, se casan con una mujer a la que han conocido, en un balneario, la tarde anterior, aunque sea la hermana de nuestro mejor amigo.

Si los señores Álvarez Quintero hubieran llevado su pensamiento por otras vías menos apremiantes y menos cómicas, la vida de Quinita nos hubiera logrado convencernos y conmovernos. Pero insisten demasiado en detalles que a todo hombre que ha corrido sus temporales de corazón, le visitan y enojan por demasiado evidente y por completamente nimios.

La aparición de Amalio, el novio bellaco, en el balneario, no es necesario para justificar el desprecio de Quinita. La precisión de que Eugenio, su marido, tenga que casarse en cuarenta y ocho horas para heredar con un título unos millones de pesetas, nos mueve a risa y convierte en bufa y grotesca una situación que, en otro caso, puede ser gallardísima y humana.

Recurso es el primero que sólo puede tolerarse a los que no conocen la mujer más que a través de su fantasía; truco es el segundo propio de un principiante que se desvía lamentablemente de su situación para extirparla y mixtificarla con perjuicio de la verdad artística y de la verosimilitud.

Aparte de estos lunares y de algunos más sorprendentes de técnica en tan hábiles comediógrafos, como la escena primera del acto segundo –diálogo del padre Cristino y de Manrique, el hermano de Quinita, harto pesado y monótono– hay tipos graciosamente cómicos, como el del poeta Lagartera y el de doña Trenza, dignos del ingenio de sus autores.

Y junto a esos tipos, escenas hondamente vividas y repletas del más fino donaire y de la observación más aguda y perspicaz. Y momentos verdaderamente felices, como la despedida interminable, cómica y dramática a la vez, de Eugenio y de Quinita, en el segundo acto. Despedida muy humana y muy corriente, cuando dejamos el corazón en prenda para que lo destroce o lo mime –tanto monta– la mujer en quien depositamos, con nuestra suprema confianza, nuestra suprema inquietud.

Ha sido una pena que Serafín y Joaquín Álvarez Quintero no hayan presenciado el estreno de su comedia en Salamanca. La empresa nos explicó su ausencia por una dolencia repentina de uno de los dos saladísimos autores sevillanos. Realmente, la interpretación fue un acierto, sobre todo, por el señor Valentí que hizo un Eugenio insuperable. Muy mona, muy espiritual y muy emocionada, la señorita Barroso que tiene unos ojos parleros y una figura muy bonita. Las señoritas Sánchez y Castillo y los señores Linares Rivas, Pino, Javaloyes y Blanco, estuvieron también muy discretos y acertados.

Como fin de fiesta, una preciosa morena y sevillana –la señorita Custodia Romero– nos sorprendió con sus danzas alegres, y, sobre todo, en la estupenda coloración de su piel cobriza

y en sus ojos negros, inquietadores y errabundos. Pocas veces hemos contemplado una mujer más linda y más finamente sensual y femenina. Nos parecía caminar por la calle de las Sierpes, una mañana soleada de Abril, detrás de unos ojos negros que se burlaban de nosotros, y que se nos habían colado corazón adentro, despertando en nosotros celos de muchas y malas pasiones de hombres que quieren acabar en el puñal y la navaja, entre una copla inflamante, sus desventuras y penas de amor mal contenido.

El Adelanto (15-11-1925)

Estreno de "Mi tía Javiera"

Juguete cómico en tres actos, de los señores don Joaquín Dicenta (hijo) y Antonio Paso (hijo).

Tres actos de hilaridad continua, de risa franca y perenne, es este delicioso juguete cómico que se estrenó anoche con un éxito extraordinario. Apresurémonos a decir que se trata de una obra sin pretensiones y que en esto reside precisamente su mayor encanto. Joaquinito Dicenta me lo confesaba anoche sin rebozo:

– Antonio y yo hemos procurado hacer reír a todo el mundo. Hemos entrado, desde luego, en la astracanada, procurando, sin embargo, trazar algunos tipos completamente reales. ¡Tú no me negarás verosimilitud a este sablista madrileño que abraza a las criadas y las saca dos pesetas para su suscripción sentimental!

El juguete gira en derredor de una herencia y de un truco de personas que se fingen matrimonio para catequizar a una tía sensible que exige a su sobrino que se case con una muchacha determinada.

El embrollo da lugar a una serie de situaciones verdaderamente cómicas y graciosas. La tía Javiera se enamora de un sinvergüenza indocumentado. Y todo el juguete es una sucesión de episodios disparatados y completamente absurdos.

Joaquinito Dicenta fue llamado a escena al final de todos los actos y recogió aplausos calurosos y sinceros, del público que llenaba, casi por completo, el teatro de la calle del Doctor Riesco.

La compañía hizo primores de interpretación. La señorita Seco hizo una deliciosa casadita, y la monísima Carola Fernán Gómez una criadita andaluza capaz de trastornar el seso, no a un sinvergüenza profesional como el Atilano del juguete, si no [sic] a un padre del desierto. La señora Rojas, muy bien de tía Javiera, y las señoritas Laura Leiti, Pagés y Ordóñez, contribuyeron a la excelencia y armonía del conjunto.

Del sexo fuerte, Vargas y Camacho, mantuvieron al público en una eterna carcajada. Nieto parecía un verdadero tartamudo de nacimiento, y Dafauce, en su papel de Alfredo, demostró fingir un cínico de cuerpo entero.

Para hoy, por indisposición de la señora Rojas, que padece una fuerte afonía, se representará «Rosario, la cortijera».

Y mañana, «Son mis amores reales», el precioso drama histórico de Joaquinito Dicenta.

Este honrará mañana nuestras columnas contándonos la historia íntima de la gestación espiritual de su preciosa obra, que ha sido, durante la primavera pasada, el primer éxito de los teatros de Madrid.

El Adelanto (19-11-1925)

"Rosario la cortijera"

Refundición dramática en tres actos de Antonio Paso (hijo), y Joaquín Dicenta (hijo).

Los hijos han puesto mano piadosa en la obra de los padres. La zarzuela de Dicenta y de Paso, «La cortijera», es esta bella obra dramática, cuya refundición aplaudimos anoche en el teatro del Liceo.

«Rosario la cortijera», es un drama de ambiente típicamente andaluz. Una chavala que quiere a un hombre y que deja de quererle. La eterna sustitución en el corazón y en la lascivia de

una hembra del hombre honrado por el gozador profesional y poco escrupuloso de la honra de la mujer amada. Una cortijera voluble, Rosarito –voluble como mujer y como andaluza– un vaquero sentimental y un as de la torería que se ha apoderado del corazón de Rosarito.

El novio humillado, lleno de celos y de dolor, mata a su rival triunfante en el momento en que va a fugarse la mujer amada con el favorito. Y el telón que cae entre la alegría del homicida y la amargura de la hembra que contempla muerto a sus pies al mozo que faltó a su honra. Y junto al episodio principal, otro secundario, muy lindo, lleno de placidez, del idilio de una preciosa muchacha, Carmela, con el picador Varillas, idilio que remata lógicamente con la lectura de la epístola de San Pablo.

La refundición conserva la gracia viril de Dicenta padre, y el salero y el donaire del primero de los Pasos. Torerillos y chavalas, coplas y manzanilla, noches andaluzas perfumadas de azahar y ambiente cargado de sensualidad y de gracia. Joaquinito Dicenta fue llamado al palco escénico entre los nutridos y cariñosos aplausos de la concurrencia.

La compañía trabajó con ahínco y con «amore». La señorita Seco hizo la Rosarito, complicada y contradictoria, que requiere el drama. Carola Fernangómez, guapetona y mimosa, fue la real moza que saca de quicio a los chavales enamorados y constantes. Rafael Calvo, en su papel del pobre vaquero desdeñado, dijo los versos con primor, siendo muy aplaudido. Dafauce, en su papel de novio preferido por la inconstante Rosarillo, estuvo muy bien. Y Menéndez, que por indisposición de Nieto tuvo que encargarse del gracioso papel de Varillas, demostró ser un actor trabajador y honrado. Y muy bien en sus respectivos papeles las señoritas Pagés y Ordóñez y los señores Jiménez, Cuenca y Wanden-Berghe.

Para las dos secciones [sic] de esta tarde, el estreno del precioso drama histórico de Joaquín Dicenta, «Son mis amores reales». Deseamos que nuestro querido amigo y compañero obtenga en Salamanca el mismo clamoroso éxito logrado en Madrid y en las poblaciones donde se ha puesto en escena. Ciertamente lo merece por la conciencia histórica que ha puesto en el personaje principal, el arriscado[260] y tierno don Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana y correo mayor de la católica majestad de don Felipe IV; por la belleza de los versos y por la precisión y exactitud en el ambiente histórico. Con toda calma hablaremos mañana de aquellos amores reales de un hombre audaz, generoso y sarcástico, que fue asesinado misteriosamente por amar a una reina, a una reina que nunca es más que una mujer y a la que muchas veces, el protocolo no la consiente llegar a esta humana –o esta divina– categoría.

El Adelanto (20-11-1925)

Son mis amores reales

Drama histórico en cuatro actos y epílogo, de Joaquín Dicenta (hijo), estrenado anoche en el Liceo.

Siempre he tenido una vivísima curiosidad por conocer el espíritu de don Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana, y siempre me han deleitado sus versos airosos, un poco petulantes como petulante es siempre el amor en el corazón del hombre, pero tiernos, gentiles, emotivos y alados. El conde de Villamediana era un perfecto cincelador de sonetos. Y el soneto es la canción amorosa por excelencia, porque es breve como un suspiro, y preciso y evocador como el resplandor de una sonrisa o como la caricia de una voz femenina que nos canta dentro del corazón, cuando conversamos con nosotros mismos, su eterno murmullo de inquietud y de amor. Tal vez, nuestro don Juan de Tassis es el tipo representativo del caballero enamorado de nuestra España de todos los tiempos. Rendido con las damas, juguete de sus pasiones y víctima de sus propias ensoñaciones e imaginerías, destila, en una sátira, afilada como un estilete y ruidosa como una tralla, la amargura de su espíritu conturbado por el amor. Que se dirija el conde a una reina es lo de menos; todas las mujeres a las que se quiere por un impulso innato del corazón, llevan en sus sienes la corona que nosotros tejemos con las rosas y claveles de

[260] Salmanticismo que recoge José de Lamano (*El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca, 1915) como *peripuesto, majo. Gallardo, esbelto. El que lleva bien ceñido el calzón.*

nuestra fantasía y el tratamiento obligado de majestad que las rinde nuestro vasallaje humilde y nuestro sincero acatamiento.

El Villamediana de nuestro entrañable y querido Joaquinito Dicenta, no está fabricado tan sólo con el polvo que despiden los legajos en las tablas carcomidas de los archivos, sino muy principalmente –y que me perdone el señor Dicenta este secreto a voces– con su propio corazón y con sus innatas esperanzas íntimas.

Yo no creo mucho en los alardes de erudición que nos hacen los poetas de la estirpe de Joaquín.

La verdad histórica, en el hombre que lucha, y vence, y es derrotado, y ama, y odia, es un poco la verdad de nuestra vida. Por eso, los hijos de nuestra fantasía llevan el aire de nosotros, sus progenitores, que los engendramos con amor, y el sello de nuestra conformación espiritual. Así, Villamediana es un poco nuestro Joaquín y doña Isabel de Borbón... ¡ah!, doña Isabel, la rubia y mimosa hija del rey Enrique IV, una mujer de carne y hueso, a [la] que se pone un andamiaje histórico para disimular, pero que tiene un cimiento humano en las realidades «en las únicas realidades –diría Croce– de nuestros sueños de hoy».

Y he aquí el mejor elogio, el mayor, más justo, emocionado y amistoso elogio que puedo hacer de «Son mis amores reales.» ¿Quiere Joaquín que le diga que su drama es parte de erudito, de ratoncete de archivos, de hombre sesudo y documentado, si los hay? Para mí, eso no es un elogio. Prefiero decir que el poeta ha derrotado al erudito y el hombre de pasiones al investigador de los amores, tan sonados, de la francesa Isabelita y del español don Juan.

El drama del señor Dicenta no es, pues, la historia del amor que une a dos desventurados, una reina obligada a soportar un idiota que no la comprende –Felipe IV– y un conde mordaz y agresivo, que «a fuerza de picar bien y picar alto» según la famosa frase del amante de la Calderona, encuentra la muerte en el momento en que empieza a paladear para sí mismo la callada dicha de su ventura. No; el drama del señor Dicenta es más que la historia, la leyenda, y más que la leyenda, la poesía de unos amores muy españoles que nos recuerdan carruseles y alcancías, cañas y divisas, burlas y donaires, almas en pena, privados mediocres y encanallados, comediantas aprovechadas: el reinado de Sor María de Agreda, de las guerras con Portugal y con Cataluña, del nepotismo y del fraude.

En los cuatro actos del hermoso drama, que fue saboreado desde el primer momento por el público que llenaba literalmente la sala del teatro, se va afinando el sentido romántico, más aún, simbólico de las dos figuras centrales. La tragedia se perfila desde que Isabel llena de dudas el espíritu de Felipe al saludarle como conde de Barcelona. Y en la fiesta de Aranjuez, con los discreteos de los poetas y la osadía de Villamediana –osadía natural en hombre enamorado– y el buen juicio y la discreción del gran cordobés Góngora de Argote, ya nos damos cata de que el bueno y loco de don Juan de Tassis Peralta va a morir asesinado en las gradas de San Felipe de Neri, al retorno de palacio, al anochecer.

Por ser obra de un poeta y de un hombre este bellísimo drama de «Son mis amores reales», se abre ante nuestro espíritu una perspectiva ilimitada de la época de los Austrias que en ella se dibuja con trazos vigorosos y precisos. ¿Muere don Juan de Tassis por su amor a una mujer o por su ingenio? ¿Le matan los ardores de su corazón o las puñaladas de su pluma incisiva?

El conde Duque de Olivares, aquel don Baltasar de Zúñiga[261], ejemplo el más lozano de la ramplonería, de la mediocridad y de la ausencia absoluta del honor en nuestros favoritos y privados, alma –como reza el famoso soneto de Góngora– del asesinato de Villamediana, es el pórtico que sirve de entrada al padre Nitard y a Carlos II, el embrujado y endemoniado.

El drama, rico en perspectivas históricas, lo es también en sus episodios. Para mi gusto, el más bello, y el más ideal, y el más delicado, es cuando se funde el dolor de dos mujeres rivales, la reina y doña Francisca de Tabora, ante el presentimiento de la desgracia en que ha de sucumbir el conde, al salir de palacio.

El triunfo del señor Dicenta fue inmenso y resonante. A nosotros, que sabemos cuántos sinsabores cuesta esta terrible carrera literaria que no sabe jamás de meta, nos llenó de honda y sincera alegría el triunfo de nuestro amigo.

A él contribuyeron también los actores. Rafael Calvo hizo un conde apasionado, soñador, arbitrario, incisivo, un poco niño y un poco loco, como todos los amadores y poetas que en el

[261] En realidad se llamaba Gaspar de Guzmán como le hace saber *La Gaceta Regional* y que dará lugar a una contestación de Sánchez Rojas con "Para alusiones" (*El Adelanto*, 22-11-1925) (O.C. Tomo I, página 342).

mundo han sido, son y serán. La señorita Seco hizo la pobre reina nacida en París, preterida siempre a las partidas de caza, a las representaciones teatrales y a los conciertos clandestinos con las figurantas en que se deleitaba la católica majestad de su marido.

Carola Fernangómez, que estaba pidiendo a gritos un nuevo Velázquez que la inmortalizara en su papel de damita cortesana, dijo muy bien sus parlamentos, sobre todo el final y bellísimo del cuarto acto con el conde de Villamediana.

María Larrabeiti, una vasca, muy linda, dió vida a su papel de deliciosa infantita de los Austrias. Concha Ordóñez, Elisa Parejo y Florentina Jiménez, muy bien en sus papeles respectivos de azafatas y princesitas. Lindísimo pajecito, la señorita Pagés. Añadimos que Nieto –Felipe IV– parecía arrancado de un cuadro del Museo del Prado, que Dafauce hizo un conde-duque petulante y canallita como requiere la verdad histórica, que Ricardo Vargas bordó su papel de Góngora y Argote y que Camacho, Cuevas, Menéndez y los hermanos Wande-Berghe se mantuvieron a gran altura en sus respectivos papeles, para concluir que la compañía no quiso olvidar un momento que se trataba de un triunfo propio, de una obra de Joaquín, con el que están todos unidos en el más recio espíritu de cordialidad y de camaradería, la obra se hizo sin concha[262].

El Adelanto (21-11-1925)

El estreno de «Rosa de Francia» en el Liceo

Un drama de amor, con versos muy lindos y situaciones deliciosamente afectivas: tal es la comedia en verso «Rosa de Francia», de Eduardo Marquina y Luis Fernández Ardavín, estrenada anoche en el teatro del Liceo. La comedia es una hermosa historia de amor de dos muchachos: Luis I y Luisa Isabela, que puede en ellos más que todas las razones de Estado y que las maniobras de la suegra de Luisa, aquella intrigante Isabel de Farnesio, que se apodera de la voluntad de Felipe V, haciendo de la corte de España un asiento de la frivolidad y de la tramoya.

Los artistas estuvieron muy bien. Carmita Oliver Cobeña dijo los bellos versos de Marquina y Ardavín como si fueran madrigales y salían limpiamente de su boquita fresca como el agua clara por los chorros de un surtidor en un patio sevillano.

Con Carmita, tan inteligente y tan gentil, compartieron los aplausos del público las señoras Alcalde, Zori, Montserrat, Alonso de los Ríos y Hurtado.

Muy bien y muy discreto, el señor Canales, galán joven, de Luis I, y muy acertado Avelino Nieto, que hizo un estimable Felipe V. Los demás contribuyeron a la mejor interpretación de la obra, que fue escuchada con interés y puesta en escena con gran decoro artístico.

El Adelanto (27-11-1925)

Estreno de «El vuelo», comedia en tres actos de Darío Nicodemi

Italia ha pasado por la guerra, y con Italia, las mujeres buenas y los hombres inteligentes. Y ha creado estados de conciencia, y conflictos sentimentales, y dramas silenciosos, como este maravilloso que en «El vuelo» plantea el talento viril y profundo de Darío Nicodemi. Drama –que no comedia, como reza el cartel– intenso, humanísimo y muy italiano, que explica, en lo social, el fascismo, y en lo intelectual, las angustias de Papini y las gallardías de Croce: la «Historia de Cristo» del brazo de los «Elementos de política».

¿Argumento? Uno, cualquiera. Se trata de la exaltación de los derechos del ensueño y de los fueros de la inteligencia, a la vez. Es el presentimiento de que, al fin, vendrá a nosotros el reino de Dios. Con el mayor gusto elogiaría, con emoción y con sobriedad, los aciertos, las bellezas infinitas que contiene esta hermosísima producción escénica; premuras de espacio y de tiempo

[262] Sin apuntador.

me lo impiden. Procuraré resumir, sin embargo. Una «contessina» italiana, Dora, hija de los condes de Lusena, es novia de un hombre inteligente y vulgar.

Dorita «ha pasado por la guerra», por los hospitales, por las ambulancias, entre los hombres que luchan, sufren y esperan, y su alma se ha abierto al mundo de la libertad. De un aviador se ha enamorado y se casa con él, pasando por todos los convencionalismos y mentiras del medio social a que pertenece. He aquí «el vuelo» espiritual de una muchachita italiana de la post guerra, vuelo que se explica por la revolución que abrió en las almas la catástrofe en que se forjó, como en un altar, el alma nueva de Europa.

Carmita Oliver estuvo muy mimosa, muy mujer; era una verdadera «contessina» de Florencia o de Bolonia. Excelente de carácter y de matiz la señora Alcalde. José Lucio, de conde calavera y Manuel Kaiser, de maño desdeñado, ponderados y justos.

Una excelente representación, en resumen, y una excelentísima obra, llamada a perdurar en la antología dramática de los mejores valores europeos.

El Adelanto (29-11-1925)

El chanchullo

Comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca

El que ha sido hasta ahora rey del astracán, de la incongruencia y del disparate a chorro libre, quiere volver ahora por los fueros del buen gusto, de la lógica y de la sobriedad artísticas.

El Pedro Muñoz Seca, autor de «El chanchullo», merece todos nuestros respetos, y casi, casi, toda nuestra admiración. Yo sospecho que a este graciosísimo autor cómico ha concluido por molestarle que se le clasificase siempre como un hombre artificioso y disparatado, que jugaba con los papeles y jamás con las ideas, y menos aún, con las emociones y con los sentimientos, y que harto de ser para los críticos, una cosa muerta, nomenclatura de bicharraco en museo zoológico, ha procurado redimirse de la frase hecha y del elogio convencional, para seguir otros derroteros y abrazar otras normas dentro de la actual literatura dramática española.

«El chanchullo», comedia estrenada hace pocos días en el teatro Lara, ha sido, en el día de ayer, muy del agrado del público salmantino. El primer acto es, en efecto, aceptable; el segundo precioso, y si en el tercero el talento del autor no decayese visiblemente, hubiéramos asistido al estreno de una comedia, verdaderamente aceptable y verdaderamente digna de ser tenida en cuenta. Los personajes son muy humanos, las situaciones perfectamente claras, los caracteres sostenidos, y solamente marra al final, acaso porque Muñoz Seca, acostumbrado a manejar muñecos, no ha cogido la costumbre de mover todavía a mujeres y hombres de carne y hueso, y solamente marra al final, decimos, la natural trayectoria de dos corazones que no pueden volverse a encontrar jamás, porque la desconfianza puso en ellos barreras infranqueables.

Barreras que Muñoz Seca destroza de un soplo, fácilmente, dejándonos poco convencidos y con la sospecha de que el astracán ha abierto en la alta comedia recuerdos enojosos y huellas lamentables.

La acción es muy sencilla. Un ministro tiene un secretario particular que se enamora de la hija de S. E. La hija de S. E. le corresponde. El secretario, muchacho listo, caballeroso, goza de la confianza de su futuro suegro; este muchacho, de niño, ha sido recogido por una buena señora y por el hijo de ésta, Luis.

La pobre señora se arruina ante una quiebra bancaria, y el hijo de ella, abusando de la confianza del secretario, comete una estafa, que compromete al ministro y al subalterno. Este, por agradecimiento, carga con una culpa que no es suya y se sacrifica por el bienestar de su antigua protectora. Descubierto el sacrificio, su novia, que ha dudado, vuelve a él, se reanuda el idilio y los tórtolos se casan y son felices.

Contado así el argumento, parece natural, discreto, decoroso, y lleno de buen sentido, de ponderación. Pero la verdad en la vida es muy otra. Cuando desconfiamos de la persona amada, es decir, cuando hemos perdido la fe en ella, dejamos de amarla automáticamente, por elegancia moral.

Toleramos, en efecto, a nuestros mejores amigos, que duden de nosotros; pero no podemos tolerárselo, sin caer en la abyección, a la mujer que, por conocernos interiormente, está obligada a leer de corrido en nuestro corazón y a calar hondo y de lejos en las intenciones últimas

de nuestros actos. La novia del secretario, ante la acusación de que éste es objeto, no duda en sumarse a la execración general que su conducta inspira a los que le creen culpable. No se pone a su lado ni siquiera vacila; acusa, desde luego.

Aquellos amores están muertos en el corazón de todo hombre decoroso. Pero en esta comedia de Muñoz Seca –y este es su desacierto principal– basta con una liviana explicación de la muchacha, demasiado tardía, para que las relaciones acaben felizmente en bodas. El desenlace, tan burgués y tan añoñadito, nos pareció incomprensible y muy precipitado.

«El chanchullo», en cambio, es rico en personajes cómicos. Acaso les sostiene demasiado Muñoz Seca para construir largas y a veces enfadosas digresiones, que le sirven de pretexto para hacer reír al auditorio.

Aquellos Picatostes se pasan, en efecto, la vida de visita, y el desfile de tíos vascos, muy bien observados, por lo demás, en el tercer acto, es un poco lento y monótono.

Muy bien la compañía. Si Pepe Romeu olvidase que es un hombre guapo y una figura arrogante, hubiera estado mejor en su papel de secretario. Parecía pendiente del lente del fotógrafo y de la mirada de las bellas que presenciaban el estreno. Por no descomponer su figura, dio poco calor a las escenas culminantes. Insuperable, en cambio, Arturo la Riva, en su humanísimo y agradable papel de tío Braulio. Y acertados los demás actores en sus papeles respectivos. Muy guapa y muy bien vestida Blanquita Alonso de los Ríos, encarnando el tipo, antipático y muy poco madrileño, de Isabel. Entremetida y habladora como requería su actuación Guadalupe Mendizábal y las señoritas Roca, Armiñana, Barrios y Romero, discretas y entonadas.

Para hoy el estreno de los «Payasos» «Pagliacci». De esa agradable comedia italiana hablaremos mañana con entera calma.

El Adelanto (08-12-1925)

La dama salvaje

Comedia en cuatro actos de Enrique Suárez de Deza, estrenada anoche.

Realmente se trata de una comedia que ha de pasar sin pena ni gloria para el prestigio de su autor, que no nos parece muy familiarizado con el arte de Thalía, bastante más convencional que sincero y más artificioso que artista.

Los alrededores de Bristol en que nos asegura el autor que transcurre la acción de su comedia, parecen más bien los arrabales de Cuenca.

Las «ladyes» de «La dama salvaje», no tienen nada que envidiar, por lo habladoras y poco discretas, a las damas de Estropajosa o de Villatriste. Aquellos criados que dialogan y discuten con sus dueños, se nos antojan también muy poco británicos. Para decirlo de una vez, creemos que el señor Suárez de Deza recuerda con poca precisión las costumbres sociales, y los hábitos de buena crianza de la vieja Inglaterra. Nos placen mucho más las comedias inglesas de Oscar Wilde.

Este buen señor Suárez de Deza, que debe ser novato en estas lides, no ha querido documentarse, como dicen hoy. Todo nos parece «schoking»[263] en las escenas, un poco monótonas y pesadas, de esta obra. La misma salvaje Arisca, que tan poco arisca y salvajemente se comporta, es un tipo absurdo del todo en Bristol y en Calatayud. No deja de ser como es Arisca por aquel clown de Míster Coock Coock que la da lecciones de etiqueta social, sino porque es, naturalmente, un tipo refinado y aristocrático. Sería cosa de disertar aquí acerca de si la civilización agudiza o disuelve el instinto de las mujeres; para nosotros, es evidente que lo agudiza.

La mujer, menos impresionable, más práctica que el hombre, se hace más natural y femenina con la civilización, tal vez porque el artificio es, en ella, naturaleza. La Arisca de los salones –suponiendo que esta mujer fuese real– es la misma de las montañas y demuestra tener gran

[263] *Shoocking*: malo, ofensivo, de poco gusto.

inteligencia, defendiéndose de los hombres con más diligencia que de los lobos. No sabemos que ha querido demostrarnos el señor Suárez de Deza con esta su creación femenina de Arisca.

Ysin embargo, esta obra, magníficamente decorada, con una «mise en scene» poco frecuente en Salamanca, sirve de lucimiento a las notables huestes que acaudilla la bellísima Pepita Meliá, que lució anoche lindísimos trajes, una figura arrogantísima y una cara de siempre novia, capaz de trastornar a un académico de la Lengua o a un magistrado de lo Contencioso, que son los seres menos trastornables de la creación.

El talento de la señora Meliá corre parejas con su donaire y con su belleza.

No podemos juzgarla del todo por un papel tan poco complicado y en el fondo tan vulgar como el de Arisca, pero sospechamos que estamos ante una actriz de verdadero talento.

Con ella compartieron los aplausos del público, las señoritas Galiana, Collado, Palencia, Sánchez y Gamborino.

Del sexo fuerte, Benito Cibrián luchó gallardamente con su papel borroso y un poco arbitrario de Ricardo. Estuvo muy bien y supo sacar el mejor partido de su «embolado».

Los señores Bonell, Castaños, Castro, Prieto, Gonzáles y Caballero, muy entonados y muy discretos en sus respectivas intervenciones.

Para hoy, el estreno de los «Hijos mandan». Nos agradaría encontrarnos ante una obra de mayor consistencia artística que la «Dama salvaje», y apropósito hará lucirse las modistas y los escenógrafos, pero poco a propósito para que en ella revelen su verdadero temperamento actores de gusto y de categoría.

El Adelanto (12-12-1925)

"Los hijos mandan"

Comedia en tres actos, original de C. Gómez de Miguel[264] y de J. Andrés de la Prada, estrenada anoche.

«Los hijos mandan», más en el corazón de las mujeres que en el corazón de los hombres. Un hijo, puede apartar a una mujer eternamente de sus esperanzas amorosas, pero no suele ser obstáculo para que los hombres gocen de otros amores sucesivos, ya que es una eterna ley de vida que el hombre no puede vivir sin aquella participación en la ventura que legítimamente le corresponde. Sin embargo, la comedia estrenada anoche se oye con agrado, y aunque es falsa y absurda en algunos de sus episodios, puede ser verosímil y en muchas partes se ajusta a la verdad del corazón.

Los señores Gómez de Miguel y Andrés de la Prada, obtuvieron un éxito resonante con esta comedia en el Thalía de Barcelona, donde la estrenaron, y si aquí no ha dejado huella perdurable su paso por la escena, se recuerda, no obstante, con agrado y hasta con respeto.

El argumento es sencillísimo. Un ministro de España en Tokio, viudo y con dos hijos, recoge en su casa a una hermosa mujer, huérfana de un diplomático compañero. La maledicencia se ceba en esta noble hospitalidad y el diplomático se casa con la recogida. El hijo del ministro ama también a esta mujer. Y su hija se pone en relaciones, andando el tiempo, con un marino, que fue a la vez novio de la madrastra de la elegida de su corazón. Los autores resuelven estas complicaciones haciendo que el hijo se marche a España y que ella renuncie a sus bodas. Pero la víctima ha de ser Celia, la mujer del diplomático, que para que su marido viva en paz con los hijos, resuelve ausentarse durante una temporada fuera del hogar.

No da más de sí la comedia. La falsedad de la situación es evidente. Una mujer digna puede pasar sin bajar los ojos a la vera de los hombres a los que ha podido amar en los primeros albores de su juventud.

Las complicaciones ocurren más en las tablas que en la vida real. En cambio el problema estaría muy en su punto si Celia hubiera sido madre de estos dos hijos y en su vida se hubiera interpuesto el amor de otro hombre.

Nuestro Código civil es todavía tan estúpido que priva de la patria potestad a la mujer que se casa en segundas nupcias. Pero el hombre que pierde su mujer joven casi está obligado por amor a los hijos a buscarles una segunda madre. Si esta le ama verdaderamente, casi, casi puede sustituir dignamente a la verdadera madre.

[264] En realidad, se trata de Emilio Gómez de Miguel.

La comedia estuvo magníficamente presentada por el escenógrafo señor Jiménez Solá.

La señora Pepita Meliá, linda y fresca como una rosa de Mayo, lució bellísimas toilettes en todos los actos. Y dijo la obra tan hermosamente como la vistió. Al final del segundo acto en una escena verdaderamente dramática, con su hijastro Enrique, tuvo momentos de verdadera inspiración. Las sospechas de anoche las hemos confirmado plenamente hoy y podemos asegurar que la señora Meliá es una de las actrices de más talento que pisan actualmente las tablas españolas. Muy guapa la señorita Palencia en su papel de la obra. Deliciosa su hermana, de japonesita.

El señor Cibrián hizo un barón de Altasierra, muy digno, muy sobrio, verdadero espejo y estampa de la verdadera hidalguía española. Afortunadísimo de galán joven en su papel de Enrique el señor Castro. Y los señores Bonell, Martí, González y Caballero, contribuyendo a la perfecta armonía del conjunto, escucharon muchos aplausos.

Para esta tarde, el estreno de la comedia, en tres actos, de Antonio Paso y Antonio López Monís, titulada «Mujercita mía».

El Adelanto (13-12-1925)

Ayer, en el Liceo

Por la Tarde, «El Madrigal de la Cumbre», comedia en dos actos, de Juan José Lorente

No conocíamos como dramaturgo al cronista aragonés, Juan José Lorente, pero su comedia «El madrigal de la cumbre», nos ha parecido, sencillamente, una obra bella y estéticamente honrada. Acaso peca de algún candor en el manejo de los resortes escénicos y en el modo de mover los personajes, pero el candor –lo mismo en los poetas que en las mujeres– se nos antoja una virtud de subidos quilates y de inestimable calidad. No sólo nos ha gustado mucho «El madrigal de la cumbre», sino que nos ha emocionado también.

El encuentro con Upe, con la mimosa, bonitísima, discreta, honrada y leal Upe –que es la mujer de Aragón y... de Castilla– nos ha hecho, con el bien de una caricia, el reproche de traernos con ella nuestros recuerdos más íntimos y más lejanos.

Upe quiere a un hombre, este hombre la adora, pero este hombre es casado.

Se olvidó de su situación legal, no por vileza, sino por la timidez del enamorado que se imagina que sobre la mentira puede cimentarse el amor a la mujer. Este problema lo resuelve Lorente con la mayor honestidad artística. Amor roto por la desconfianza, amor muerto para siempre.

Los novios se separan. Ella, con el corazón destrozado, se casará con otro. La pobre Upe será ya mujer de cualquiera, pero mujer honesta, que vivirá del recuerdo que no sabe ni puede esperar. Él, con su cruz a cuestas, se abrazará eternamente en su dolor, sin más remanso que la certidumbre de que una mujer le amará siempre, sin decírselo nunca.

He aquí, en dos palabras, toda la trama de «El madrigal de la cumbre». En un pueblo del alto Aragón ocurre la tragedia callada. Tipos maravillosamente observados desfilan por la escena. Hay el de una criada vieja, el de Anica, que es un soberano acierto, y que vale por sí sólo toda una comedia.

Lamento no poderme detener a mi gusto en el análisis de la obra y de la interpretación, que fue insuperable. La compañía Meliá Cibrián está magníficamente acoplada. Pepita Meliá hizo una Upe llena de nobleza, de candor y de dignidad a la vez. Inspiradísima de gesto en los finales de los dos primeros actos, tuvo en el tercero –el mejor de la obra– la discreta sobriedad de todo dolor hondo y lacerante. La señora Sánchez hizo una Anica magistral; ya hemos dicho que la creación de esta vieja criada aragonesa es el mayor acierto de la comedia. Muy bien las señoritas Collado, Galiana y las hermanas Palencia.

Del sexo fuerte, se destacaron, con Cibrián, Castaños, que es un excelente actor, y nuestro paisano Delfín Prieto, en su papel de aturdida calavera provinciano. Para todos los actores hubo abundante cosecha de aplausos, merecida.

Por la noche, «Después del amor», comedia en cuatro actos de Wolf y Duvernois, adaptada por José Juan Cadenas y Gutiérrez Roig.

Comedia «no apta para señoritas» rezaba –picaronamente– el programita. Así es que la concurrencia del sexo fuerte fue extraordinaria, después de cenar, en el teatro Liceo.

Todos los coscones se guiñaban satisfechos al levantarse el telón, deseosos de saber los secretos que nos proporciona el amor, después de logrado y satisfecho. Se equivocaron, los pobres. La comedia de los escritores parisinos no es cochina; es tan solo humana y un poco despreocupada, porque el amor es despreocupado en París... y en Vítigudino.

La compañía deja un excelente recuerdo de su paso por Salamanca. Va a Pamplona, y por las trazas, volverá a visitarnos durante el próximo mes de Enero. ¡Hasta la vuelta, lindísima señora Meliá; señor Cibrián, hasta la vuelta!

El Adelanto (17-12-1925)

Volver a vivir

Estreno del drama en tres actos de Felipe Sassone.

Siempre nos ha parecido el distinguido literato peruano un escritor completamente vulgar y adocenado. No le hemos visto nunca pensar ni sonreír. Hace poco asistimos al estreno de una comedia del mismo señor Sassone, que nos desagradó, con invocaciones a la Virgen mejicana de Guadalupe y con cantos líricos al íbero americanismo.

Hace años vimos «Calla corazón» patrón perfecto, hecho a la medida de la cursilería sensiblera de todo el horterismo pseudo romántico. El drama de esta noche, que no es fuerte ni es hondo, ni es siquiera drama, merece otro calificativo más fuerte. El de grosero. Si el público no lo rechazó anoche abiertamente, fue porque estuvo desinteresado de él desde el principio.

El argumento es de una crudeza tan espantosa, que avergonzaría al más desenfadado de nuestros cocheros: El consabido trío de amante, mujer y marido, caminan por la vida de todo acuerdo, hasta que los amores adulterinos retoñan con el nacimiento de una nena, al morir la esposa culpable. El marido descubre en el «secrétaire» de la muerta –daos cuenta del tamaño descuido en una mujer que tiene que vivir una vida de doble hipocresía– el vergonzoso secreto, para ampliar el cual acude el burlado al testimonio de la doncella que, al parecer, está enamorada del viudo. Este mata en duelo a su rival y el esposo ultrajado se despide del espectador besando a una criatura que sabe que no es suya con toda certeza.

Esa es la trama y ese es el argumento. Contarlo es certificar de su falsedad, y de su inverosimilitud, y de su mal gusto. Ese pobre engañado que acude a las confidencias de la doncella para darse entera cata de las intimidades de su vida conyugal, lejos de ser un caballero como pretende Sassone, justifica «a posteriori» el desamor que ha merecido de su esposa. No hay hombre dolorido que se conduzca así. O mata, o calla, pero al profanar su dolor, se convierte en un muñeco despreciable, absolutamente grotesco, que merece su desgracia.

La compañía hizo cuanto pudo para justificar la elección de su estreno. Las señoritas Cáceres, León y Fuentes, muy bien. Paco Fuentes, de marido ultrajado, no logró conmover al público, aunque su labor fue acertadísima, porque el papel salió desenfocado y desdibujado de la pluma del autor. Los actores de la compañía, Fuente, Abad, Musell, Jerez y Queipo, contribuyeron a la discreta interpretación del desdichado drama del señor don Felipe Sassone.

El Adelanto (30-12-1925)

Piénsalo bien

Comedia en tres actos de Luis Pirandello.

La deliciosa comedia del genial autor italiano, estrenada ayer con escaso público, en el teatro del Liceo, acaso porque las gentes, con un excelente sentido, prefieren las zarzuelas españolísimas de fines del siglo pasado a las astracanadas y tonterías de la época crítica que corremos, la hermosísima comedia estrenada anoche, digo, es la escenificación hecha por el

mismo Pirandello de uno de sus «racconti» más conocidos y populares del «Pensatelo bene, Giacomino!». No pierde emoción lírica ni interés la famosa narración al convertirse en comedia, que sale madura y de un solo bloque del cerebro de su autor. Sabia de técnica y de recursos, el público la gustó desde el principio y salió complacidísimo de la fiesta.

El argumento no es precisamente el concreto y personal del pobre profesor Totti –no Toty, que rezan los programas– casándose con una pobre muchacha, para darle un nombre y libertarla a la vez de la deshonra de las gentes y de la burla y crueldad de sus propios progenitores. En toda obra de Pirandello, se esconde siempre otro argumento escondido, ideológico, el más sabroso de todos.

Burla burlando, el autor nos presenta la tragedia de todo hombre bueno e inteligente frente a la polilla social que no comprende sus actos y que los juzga con arreglo al estúpido patrón de su ignorancia y de su frialdad morales. El caso del profesor Totti, aguantando a pie firme el chaparrón de toda la crítica cominera de su ciudad, se repite a diario en esta sociedad de danzantes y de mujerzuelas, que al penetrar en el pensamiento ajeno lo deforman para siempre, y que al adentrarse en la emoción del prójimo la llenan de baba y de basura.

Tal vez me dirán algunos que el caso del profesor Totti, prestándose a parecer como marido complaciente de una mozuela a la que sólo quiere con amor paternal, es un poco arbitrario y que pertenece del todo al mundo de la fantasía, porque se da de cachetes con la realidad.

Perfectamente. Pero lo interesante de Totti, como hombre representativo de todos los bondadosos e inteligentes que pasan por la vida a nuestro lado contando las estrellas del cielo, no es su posición dudosa ante Liliana y su novio Santiaguito, sino su estado de espíritu y su posición personal ante todo lo mediocre y todo lo malvado.

En el tercer acto, bellísimo por cierto y de una perfección técnica maravillosa, el público se da cata de que la médula de la comedia es a secas un drama perfectamente humano, que todos vivimos un poco en la zona íntima de nuestros amores o de nuestros pensamientos –tanto monta– y se rindió a los primores de la frase sobria y a la hondura del pensamiento, siempre profundo y henchido de sugestiones del autor, haciendo levantar varias veces las cortinas en honor del mismo.

Si yo dispusiera de humor y de tiempo en esta noche de Año Nuevo, siempre gratamente ocupada en cuestiones familiares y en agradables pasatiempos de amistad, en lugar de escribir casi de pie y con agobios verdaderamente intolerables de tiempo y de espacio, compararía el ingenio de Pirandello al de otro escritor que nos es muy querido y que tiene con el autor grandes parecidos espirituales, don Miguel de Unamuno, y la deliciosa narración «Pensatelo bene, Giacomino!», convertida en esta comedia, con el cuento «Nada menos que todo un hombre», también llevado a la escena por su autor y estrenado con un éxito clamoroso, hace pocas noches, en el teatro Infanta Beatriz, de la villa y corte, por las huestes que acaudilla nuestro entrañable amigo Ernesto Vilches.

En el cuento de don Miguel, la protagonista es la muchacha, la belleza profesional del pueblo, que casa por huir de sus padres con un indiano brutal e indiferente a las delicadezas y ternuras femeninas; en el cuento de Pirandello, el personaje principal es el profesor Agustín Totti. En ambas narraciones, la del autor siciliano y la del autor vascongado, hay como un cierto aire de familia. Las incidencias cómicas tapan del todo la preocupación hondamente trágica y cristiana que se descubre en las páginas de ambos escritores.

Otra coincidencia: frente al derecho de los padres se acentúa y se da la primacía a los derechos, más sagrados, de los hijos. No hablemos aquí de plagios, Dios me libre. «Pensatelo bene Giacomino», es anterior, indudablemente, al cuento «Nada menos que todo un hombre», pero Unamuno conoció a Pirandello después de haber escrito su famoso cuento.

Las «nívolas» de don Miguel también parecen pirandellianas, o las «nívole» de Pirandello, unamunescas. Lo que quiero señalar aquí es que en ambos cerebros, verdaderamente gigantescos, se han cocido los mismos pensares más de una vez, e idénticos pensamientos.

Muy bien Paco Fuentes, de hombre profundamente bueno, de «pobre hombre» comprensivo y cordial. Su profesor Totti, nos convenció sin reservas de ninguna clase.

Afortunadas las señoritas Cáceres y Artero, de hija y madre, respectivamente. Los demás actores contribuyeron anoche a la discreta interpretación, que podía haber sido más esmerada, de la bellísima comedia de Luis Pirandello. ¿Por qué no representa esta compañía «El placer de la honradez», del mismo autor?

El Adelanto (02-01-1926)

Encarna la Misterio

Sainete en dos actos, de Fernando Luque y Enrique Galonge; música de Soutullo y Vert.

No conozco demasiado el ambiente de los señoritos peras y de las supertanguistas cloróticas y románticas de Maxim's y del Alcázar, pero sí lo bastante para afirmar que Encarna la Misterio es una «rara avis» y un mirlo blanco entre estas palomitas de amor que nos sacan graciosamente los cuartos, en la hora fatal de la cena, entre cigarrillos egipcios y botellas de la distinguida viuda del señor Clicquot[265]. Hay perlas, a las veces, en los muladares, como existen objetos de gran valor en los fondos del carro de la basura.

El caso de Encarna es, desde luego, verosímil, y, por ende, puede ser cierto. Estas pobres señoritas pueden ser víctimas de la dureza de su propia existencia. Van al cabaret, no por vicio, ni por el lujo, sino sencillamente por la necesidad. Viven una doble vida: de princesas por la noche y de pobres muchachas durante el día. Sobre ellas cuelga toda la familia: el padre vicioso, la madre víctima, la chiquillería famélica y descalza, y se someten alegremente a las paradojas de su vivir.

Con este ambiente han construido los señores Luque y Calonge un sainete madrileño, muy bonito, muy bien observado y lleno de gracia y de salero.

El primer cuadro, en las puertas del Ideal Room, con el hampa que pulula a las tres y media de la madrugada por aquellas terrazas de la calle de Alcalá, está maravillosamente visto.

Los amores de la Encarna con un señorito vicioso, Carlos, que, por devoción a la mujer amada, se va trucando en un estudiante razonable y aprovechado, es muy frecuente en la vida, para que lo tachemos de inverosímil.

Basta que una mujer se muestre esquiva y desdeñosa de nuestras atenciones, para que nos guste más y tratemos de vencerla a toda costa. El sainete acaba en boda, dejando una grata impresión en el auditorio. La música, muy ligerita, fue oída con agrado.

Muy bien las huestes de Vallejo, que estuvo graciosísimo en su papel de Damián. Con él compartieron los triunfos la señora Llanos y las señoritas Saturnini, Martín, Piosa y Ruiz. Y del sexo fuerte se destacaron, luciéndose todos, Cumbreras, Segura, Bayón, Aranguren y Soriano.

Como final de fiesta, la primera tiple, señorita Ferri, y el tenor, señor Laguna, cantaron unas lindísimas canciones mejicanas, ingenuas y aniñadas, que gustaron mucho.

El Adelanto (21-01-1926)

El dulce veneno

Estrenaron aquí anoche, en el lindísimo teatro Olimpia, las huestes de Ricardo Simó Raso y de Paco Zorrilla, antes de marchar para Salamanca, una comedia de costumbres aragonesas, titulada «El dulce veneno». Firma esta comedia Juan José Lorente, cronista de «La Voz de Aragón», y autor de una comedia muy estimable que se llama «El madrigal de la cumbre». El señor Lorente es un escritor de «avant guerre»; por él no han pasado los veintiséis años que van de siglo; literariamente, se ha parado en Bécquer o en Fernández Flores. Como hombre de mundo, es un tantico ingenuo el señor Lorente; se diría que no ha frecuentado más que «cabarets» de quinta categoría. Cree en el amor de las muchachas aragonesas a los bailarines y en el carácter rectilíneo de sus paisanos. Confunde su adorable sinceridad con la grosería en las palabras y en los modales. Si el señor Lorente frecuentase más plazas que las del Terrero y más paseos que los de Santa Engracia, seguramente que sería muy otra la técnica de «El dulce veneno».

Seguramente estrenarán esa comedia en Salamanca, Paco Zorrilla y Ricardo Simó Raso; vosotros la veréis en el Bretón. A mí –francamente– no me agrada. Le falta espíritu, le falta vida. Las chicas son bobas; los nuevos ricos son memos imbéciles de lo que el autor supone gratuitamente, ya que, a las primeras de cambio, hace caso del entrometido hermano político, y todo en ella es literatura, pero de la mala, y observación superficial y añoñadita. Es en el defecto que suelen caer los apologistas o los detractores de determinados caracteres y de estas o de las otras regiones españolas. En el mundo, no hay diferencia fundamental entre los hombres de climas

[265] Prestigiosa marca de champán

más diversos. La civilización, la cultura, el trato de gentes y la familiaridad con los viajes, están borrando insensiblemente las diferencias puramente accidentales que nos separan. Yo voy creyendo que, en puridad, y como dice muy bien el agilísimo escritor oscense, don Manuel Bescós, no existen más que dos categorías de hombres: los bárbaros y los helenos. El señor Lorente no ha dado todavía el paso definitivo que separa a la segunda casta de la primera.

El Noroeste (29-04-1926)
El Adelanto (27-04-1926)

Old Spain

– Pero ¿sigues con interés esa guerra que con batería de grueso calibre hace «Azorín» a la crítica teatral?

– ¡Hombre, no puedo negarte que me divierte! ¡A falta de otros temas…! ¿Quién había de decirnos que el bueno de «Azorín» pierda los estribos de este modo? «Azorín», por espacio de un año, viene preparando el buen éxito de su comedia: elogia a los actores, elogia a los empresarios, elogia a los críticos teatrales antes del estreno. Pone a Benavente en los cuernos de la luna y tiene para Muñoz Seca los elogios más expresivos y altisonantes. Estrena su comedia en San Sebastián y el estreno es, meramente, un «succés d'estime». Reforma, entonces, con la colaboración de Santiago Artigas, el actor de Figueras, su «Old Spain» y reaparece con la nueva edición en Santander, sin conmover excesivamente al auditorio. Torna a flamantes mutilaciones para presentarse en Valladolid, sigue sin acertar; se presenta en el Reina Victoria y cuando los críticos la emprenden con él, «Azorín» pone el grito en el cielo, arremetiendo contra la crítica, que, en general, ha estado respetuosísima y cariñosa con él. ¡No me negarás, que el espectáculo es edificante!

– Ha perdido los estribos...

– En general, los pierde siempre «Azorín». Su fogosa sangre alicantina sale siempre a la superficie en cuanto se pone a ventilar un asunto personalísimo. El panfletista de Charivari ha sido subsecretario, y ha entrado, a fuerza de aldabonazos, en la Academia Española; pero no por eso ha dejado de ser panfletista. En cuanto ve en peligro el propio tejado, se revuelve como un niño díscolo y travieso contra los palmetazos del preceptor. Y, así, no ha tenido inconveniente en mandar a ciertos parajes excusados a los críticos, por estimar que son el sitio más a propósito para que estos lancen al viento sus elucubraciones.

– ¿Pero tú no crees la polémica virtualmente terminada?

– ¡Yo, no! En el fondo estamos asistiendo a una renovación de valores. «Azorín» se defiende; pero los impugnadores insistirán en el ataque. Detrás de las censuras al comediógrafo, vendrán los reparos al escritor, al estilista. Todo ello es muy humano, y, además, muy justo. Y no debe tener «Azorín» una fe extraordinaria en su aportación literaria al actual momento histórico, cuando ha perdido en la refriega la única arma indestructible que tenemos para el adversario que nos ataca sin razón: la de la sonrisa.

El Adelanto (08-01-1927)

Estreno de "Todo un hombre"

La novela dramática del señor Unamuno, «Nada menos que todo un hombre», fue escenificada y dividida en cinco jornadas, como sabe el lector, por don Julio de Hoyos, y estrenada por las huestes de Ernesto Vilches el día 19 de Diciembre de 1925, en el teatro Infanta Isabel, de Madrid. El estreno fué, acaso y sin acaso, e1 acontecimiento teatral de aquella época. Después de recorrer triunfalmente esta comedia dramática del Señor Unamuno los escenarios de América y de la mayoría de las ciudades españolas, fué estrenada anoche en Salamanca por la compañía del ilustre Borras.

Es natural que entre nosotros, tan amigos y devotos de la persona y de la obra del señor Unamuno, el estreno produjese cierta expectación y la sala se viese poblada de un público selectísimo que siguió con verdadera curiosidad, y en los momentos dramáticos con marcado entusiasmo, la bella y ponderada adaptación del señor Hoyos, eco fiel y a veces bruñidísimo

espejo de una de las novelitas más jugosas; frescas e interesantes del insigne pensador vascongado. El éxito de anoche fué rotundo y absoluto.

La adaptación teatral sigue, paso a paso, las incidencias de «Nada menos que todo un hombre», y el personaje principal, Alejandro Gómez, hombre de cierta brutalidad agresiva, interesa y hasta sugestiona al público, así que aparece en las candilejas, no para declarar su secreto a la mujer que prefiere, sino para decirla que desde luego cuenta con su amor y casará con ella. Julia, la que ha de ser fatalmente mujer de Alejandro Gómez, es una de esas pobres muchachas de la clase media española, esclava de los ahogos económicos del hogar y de la voluntad de sus progenitores.

Un acto de rebeldía de Julia ante una ternura involuntaria de Alejandro une a estos seres tan distintos, sirviendo al señor Unamuno para trazar un carácter varonil, que ha de ser clásico en nuestro teatro contemporáneo y que basta y sobra para colocar al señor Unamuno en la cumbre de los más perspicaces y agudos psicólogos de nuestros días.

Alejandro Gómez, nada más que Alejandro Gómez y nada menos que Alejandro Gómez, que ha hecho millones nadie sabe cómo allá, en América, es uno de estos hombres que jamás pierden el tiempo y que va derecho a las cosas hasta apoderarse de ellas.

Camina sin lastre y sin preocupaciones en la vida porque toda su familia empieza en él y con él acaba. No dice nunca sus sentimientos íntimos por un instinto de pudor que no le abandona, ni aún en frente de los que han de ser sus adversarios obligados. La fe en sí mismo no le permite vacilar, y cuando sostiene una partida que le interesa, gana siempre, en parte, porque no cree en el riesgo, y en parte también, porque lo arriesga todo.

Julia, que al cambiar de posición económica cambia también de gustos, y naturalmente de carácter, se siente cautiva de un hombre que no solamente cree en sí mismo, sino que tiene seguridad de la fidelidad de su esposa, aunque para avivarla y sostenerla no haga demostraciones de afecto ni aun las naturales concesiones a que nos obliga el respeto con relación a las personas que comparten nuestros sentimientos más íntimos.

En aquel hombre no hay ficción posible. Eva, tentadora, no hace morder a Adán en la manzana de la duda, y cuando trata de sembrar de recelos el corazón del marido, recibe un castigo brutal que la pone a cubierto de nuevas piganetas. Restaurada la paz en el hogar, Julia no consigue que su marido la arrulle jamás los oídos con palabras de amor, y cuando Julia muere, aquel hombre no puede sobrevivir a la catástrofe de su soledad, suicidándose bonitamente por amor a su propia mujer, sin la cual le es imposible ya la vida.

He aquí contada a grandes rasgos, y sin detenerme en incidentes y pormenores que no son del todo necesarios a la acción, la trama de la novela dramática del Señor Unamuno, escenificada por Julio de Hoyos. Lo que yo veo y aplaudo sin reservas es la pintura sostenida de un carácter, que se me antoja enteramente logrado, aunque no creo que por ser Alejandro Gómez quien es, asegure el amor de su esposa.

Si Julia no peca, no es precisamente por devoción a su marido, sino porque uno de sus adoradores, un condesillo que juega con Julia al ajedrez, retrocede a la luz del peligro cuando ha de enfrentar sus sentimientos con los del ogro. La mayor parte de nuestras supuestas victorias sobre la mujer se reducen, en puridad, a que nuestros adversarios nos dejan libre el campo, para no compartir con nosotros los gastos de las empresas bélicas comunes. Lo que nos parece un éxito es casi siempre, bien poca cosa, una retirada del contrario, que no quiere cargar con un botín dudoso en las horas amargas.

Seguramente estos días tendremos ocasión de volver sobre la obra del señor Unamuno y fijarnos más detalladamente en sus aciertos. Digamos que el más notorio y patente es el de la creación del carácter de Alejandro Gómez, que puede simbolizar la fe en nuestra propia obra, como Hamlet simboliza la duda y Otelo los celos. José Rivero, en su papel de Alejandro, hizo anoche un copioso derroche de sus cualidades de actor.

Sobrio, incisivo, seguro de sí mismo, los mejores aplausos de la concurrencia fueron para él. La señorita Calderón compartió con el señor Rivero los plácemes del auditorio. Muy ajustados también en sus respectivos papeles Rosario Molina, Teresa Molgosa, entre el bello sexo, y de ellos, Segura, Dafauce, López Carrión y Oztolano, la interpretación fue excelente en conjunto y digna de la dirección artística de Enrique Borrás.

El Adelanto (09-10-1927)

Los dos burladores[266]

Esta pasada primavera, en Sevilla recorriendo de noche los rincones más sugestivos del barrio de Santa Cruz y los parajes que mejor evocan las correrías amorosas del seductor Mañara, llegué a pensar que, por una de esas paradojas que se dan con tanta frecuencia en la psicología de los pueblos, la figura de Don Juan Tenorio es exótica en nuestro suelo y la de Don Miguel de Mañara y Vicentelo de Seca naturalísima y abundante en él. Don Juan, a pesar de sus calzas, de sus jubones, de sus justillos, de su chambergo, de su petulancia, de su complicidad con las terceras y de no olvidar jamás el oro en sus empresas amatorias, es todo un pícaro italiano, nacido en la República de Venecia o en las rumorosas plazas de Nápoles. A pesar de su aire español y sevillanísimo, Don Juan se despega de nuestro ambiente. Es posible que tenga razón Farinelli cuando cree en el origen italiano de la leyenda del Convidado de Piedra. El castizo enamorado español no se cuida nunca de invitar a los muertos en sus banquetes ni se enreda en sutilezas teológicas cuando discute mano a mano en las mancebías con las celestinas y proxenetas. Don Juan, en el drama del buen Tirso, donde se luce en realidad es en Nápoles y en las ciudades y cortes italianas, Zorrilla nacionaliza el tipo, haciéndole sevillano y andaluz. Pero en Sevilla no se advierte su rastro, y en cambio, el de Mañara permanece inalterable. Otra curiosa coincidencia, Mañara es italiano de origen, posiblemente maltés y en todos sus actos se conduce a la española. Es siempre caballero y siempre hombre, lo que no es lo mismo precisamente que macho. Del amor a la mujer se eleva al amor a la humanidad. Acaba en ascético y en místico y el dolor de la muerte no causa espantos a quien ha conocido el dolor de amar y de ser tal vez amado pero no comprendido.

Recordaba yo ante el hechizo de los jardines de Catalina Rivero y oyendo el canto de las fuentes en el callejón de las Aguas, que, de hecho y en la realidad histórica, Don Juan no ha tenido, más que una sola encarnación personal. Aparece en el siglo XVIII, y al final de su vida, cuando tal vez se ha casado en secreto con la vieja cocinera para comerla sus ahorros, se dedicaba a contarnos al por menor todas sus pintorescas aventuras eróticas, las reales y las imaginarias. Es petulante y es embustero si los hay el caballero Giacomo Casanova, llamado también el barón de Scingalt. Venecia es la patria de este emperador de los chulos. Ama, y juega, y miente, y cultiva el espionaje, y hasta parece que inventa la lotería para salvar a Francia de un desastre financiero. Ama en Italia, y en Francia, y en Holanda, y en Alemania. En Rusia nos insinúa que la Emperatriz Catalina puede muy bien haber sido estrujada entre sus brazos y por España aparece en Agreda y luego en Madrid, cuando nuestros abuelos se amotinan contra Squilache por lo de las capas y lo de los sombreros, trazando un mapa absurdo de la calle de la Cruz y contándonos los amores de la Pichona con el duque de Medinaceli, en los que acaso interviniese Casanova de corredor. El perfecto Don Juan reencarnado es este caballero de industria veneciano, mezcla de tahúr y de príncipe, fastuoso y a la vez miserable, que discute con Voltaire en Ferney y roba una hija a un empleado del Papa, después de haberle honrado este con una altísima condecoración pontificia. El hombre escala conventos, roba monjas, va del brazo con ellas a los bailes de carnaval e ingresa en la cárcel, cuando vienen mal dadas las cartas, en traje de etiqueta y de corte. Aventaja positivamente a Don Juan en el número y en la calidad de las conquistas. Es el gallo de más suerte en todo el corral de Europa. De haber conocido Zorrilla las memorias de este hombre se hubiera dado cata de que, en el fondo, las empresas de su Don Juan era juegos infantiles, tropezando con bobas como Doña Inés y disponiendo de urracas en la servidumbre que atrapan al aire las bolsas llenas de doblones.

El burlador español se produce en realidad con bastante más juicio que Don Juan. Es un insatisfecho, a lo largo de nuestra historia, no del deleite de la carne, sino de la limitación espiritual que trae aparejada en el fondo la inquietud amorosa que ha conocido la posesión; nuestros don Juanes, debajo de su cáscara de pícaros, son unos desengañados y tristes hombres a quienes redime precisamente su lujuria pasajera. Abundan los ejemplos hasta lo infinito. El marqués de Santillana que en compañía de sus galgos corredores no conoce más deporte que perseguir las liebres y las mozas frescas y rojas como manzanas en las serranías del Moncayo y en las montañas santanderinas, no logra aquietar su espíritu después de haber aquietado su carne y se refugia filialmente en el amor a la Virgen como un niño en el regazo de su madre. Aquella bala perdida del capitán Jorge Manrique, conde de Paredes de Nava, que ha hecho

[266] Sánchez Rojas publicó otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, en *El Heraldo de Madrid* (O.C. Tomo IV, página 161).

toda suerte de tonterías con centenares de damas y coronado a cientos de maridos de la corte de doña Isabel, acaba en un perfecto padre de familia cuando doña Guiomar de Meneses le castiga –como diría un donjuanillo de hogaño– con unos cuantos quiebros, enredándole para siempre. Siendo un chiquillo poco antes de la tragedia de Uclés, canta y llora la muerte de su padre con las lágrimas más dulces y conmovedoras de la tierra. Garcilaso, otro militar y otro tenorio, pensando acaso en sus amores con doña Isabel de Freye[267] a espaldas de su esposo, nos traza la más sagaz de sus observaciones, hablándonos del "caballero del dolorido sentir" que no es otro sino él mismo. Los burladores de España son siempre estos caballeros del sentir doloridо, que no esperan a temblar "al pie de la sepultura" porque se han enfrentado y encarado con la muerte mirando a los ojos, donde tiembla el infinito, de la mujer que aman. No hablemos de San Ignacio y del duque de Borja, porque casos como estos son corrientes en toda la vida española de los siglos XVI y XVII.

Tornando al burlador Mañara, su obra perfuma y ennoblece hoy el alma encantada de Sevilla, que ha olvidado por completo ser la patria de Don Juan. Solamente una calle de segundo orden, cerca del Osario, recuerda el nombre del arriscado hijo de don Diego. Y no sé de ningún erudito que haya fijado exactamente el paraje donde se levantara, a orillas del Guadalquivir, la finca donde don Juan hizo su escena del sofá con la pobre monjita incauta y envenenada por la literatura de los Veronas, de los Insúas y de los Caballeros Audaces de aquella época. De Mañara queda su propia obra, y, lo que vale más: su propio espíritu. Frente al hospital que él fundara, se alza su estatua recogiendo a los muertos y a los enfermos por las calles de la ciudad. Y en la iglesia, Murillo y Valdés Leal interpretan, no su visión directa de las cosas, sino el alma atormentada de Mañara, que se cree el hombre más vil y miserable de la tierra, precisamente cuando las mujeres enardecidas ofrecen la frescura de su boca para consolarle de su "dolorido sentir". El caballero calatravo, buscando el olvido y el reposo, encuentra el amor cuando quiere huir de él. Hace de la caridad un sentimiento vivo, que nada tiene que ver con la beneficencia protocolaria, y el rosal que él mismo plantara en el refugio de sus pobres, sigue embalsamando la noche de ánimas sevillana, cuando las campanas de las iglesias doblan a muerto. Y si don Juan, lívido y tembloroso, presencia su propio entierro, Miguel de Mañara, sonriente, asiste al espectáculo de su propia resurrección y a la de los burladores españoles, los caballeros del "dolorido sentir", que no conocieron las terceras ni los doblones, ni las escalas, ni los forajidos, forzando, a través de las rejas de una ventana o de las llaves de una puerta, el corazón de una mujer.

La Voz de Guipúzcoa (01-11-1928)
El Pueblo (03-11-1928)
El Noroeste (03-11-1928)
El Luchador (02-11-1928)

La comedia de los Machado

He podido asistir, por fin, a la representación de la deliciosa comedia de Antonio y de Manuel Machado "La Lola va a los puertos..." Lola Membrives está sencillamente maravillosa. Se ha dado perfectamente cuenta –cosa que ocurre rara vez en el caletre de una actriz española– del tesoro de poesía que los ilustres sevillanos han puesto en su figura, y Lola se lo devuelve todos los días, mejorado en tercio y quinto. Subraya lo que debe subrayar, y sobrecoge, de cuando en cuando, al espectador, con una oleada de emoción. Más que la personificación del cante hondo, me parece a mí esta Lola, el simbolismo del arte puro, que no puede dar amor a los hombres, porque lo vierte enteramente en las coplas. La "relación flamenca" de que habla Heredia, el guitarrista, para explicar la clase de inclinación que le ata fuertemente a la cantadora, es, simplemente, la ligadura que, de una manera o de otra, nos ata al ideal, y que no podemos sacudir nunca, porque constituye en nosotros una segunda naturaleza.

La comedia –ya lo he dicho– es un simbolismo. Esa mujer que canta en los cortijos de Jaén y en los colmados de Córdoba, Sevilla y Cádiz, es el cante flamenco que desaparece, para no

[267] En todos los periódicos en los que se publicó este artículo figura este nombre: Isabel de Freye. Debió decir: Isabel de Freyre.

volver, o para volver, falsificado, a los tablados de las camareras castizas, gordas y grasientas de nuestros días. Pasa el cante puro sobre la lujuria como los cisnes por el légamo, sin mancharse. Brieva y Chacón lo recogen en toda su hermosura, y, al morirse, se llevan el secreto de su arte. Las granadinas tienen en ellos el color y la gracia del Albaicín y la pureza de las cumbres de Sierra Nevada; las "soleares" son la queja lenta y lánguida del corazón que sufre y se revela ante la pena; la seguidilla, el resol andaluz, la gallardía de la queja viril y el aire campero que le dio el pueblo al lanzarlo en la soledad de la vega, junto a las aguas claras del Guadalquivir. La invasión de ahora procede derechamente de los centros mineros y de los patios carcelarios. No se conservan más que el rito, la solemnidad y la liturgia, pero se apagó el fuego sagrado. Quejas de lujuria mal alimentada, aspavientos con ripios a caño libre; el flamenco de hogaño tiene con la tradición clásica la misma relación que va de la chula madrileña a la tanguista de hogaño y del organillero al chauffeur de ahora. Las Coplas son torpes asonancias que no saben conmover. Y el profesionalismo, cegando el manantial fresco de la poesía popular, brota por todas partes como planta parasitaria, dando lugar a que las gentes rehúyan una manifestación espúrea [sic] de un pseudo arte ramplón y cursi, que invade ya los escenarios, envenenando a las gentes con su oropel.

Porque, voy a decirlo con toda claridad. Nos vamos afeminando demasiado. Como aquel personaje de "Varón" se lamentaba en la poesía de Gabriel y Galán, el hombre no parece hombre, ni la mujer, mujer. Vistos por detrás y a cierta distancia, no podemos precisar el sexo sin exponernos a una linda equivocación. El cante flamenco, canta la mujer, la novia, pero no la querida.

La decadencia ha venido en el cante, y en el toreo, y en la literatura, y en la política, ante el abandono de la virilidad. Se ha contrapuesto lo que se llama falsamente arte al valor, como si el arte no fuera el valor inconsciente y quintaesenciado. Las artes puras han pasado a ser artes aplicadas y no se piensa más que en el provecho que puede reportarnos la actividad espiritual, como si ésta conociera otro premio que el placer de su espontáneo florecimiento. El detalle ahoga el conjunto y hemos confundido ya la limitación con el matiz...

Los Machado han hecho bien saludando elegíacamente el ocaso de un arte, que traspone. De paso, nos han dado el ambiente natural de su Andalucía. En Andalucía es aristocracia el pueblo, y cuando el pueblo sale de cauce, corre el riesgo de aplebeyarse. Los versos, preciosos, fluidos y fáciles. La gravedad de Antonio se ha hermanado con la llana fluidez de Manolo, y los dos hermanos, nacidos en la casa de Pilatos, que tiene un patio donde florece el limonero, han sabido llevar al teatro oleadas de ternura, de emoción y de frescura, que nos refrescan el espíritu y hacen brotar canciones nuevas dentro de nosotros mismos.

El Adelanto (24-11-1929)

Los medios seres

Nadie en el teatro, ni los familiares de Ramón Gómez de la Serna. Nadie... La farsa fácil, no de vanguardia, sino de transición. ¿De transición a qué? ¿A la oquedad retórica y tediosa? ¿Al despropósito puro? ¿Al sueño reparador en la cómoda y anchísima butaca? "Ábrame usted su corazón, señora, como yo abro esta petaca", exclama un medio ser en un diálogo de amor. "Usted tiene las pupilas de envenenadora", exclama el mismo ser, u otro. Nadie en el teatro y nadie en el escenario. Ni derrota ni victoria. Ni vanguardia ni retaguardia. Memez pura, como toda la obra de Ramón. No hay en "Los medios seres" otra cosa digna de aplauso que el romance gitano, muy bello y muy desenvuelto, de Federico García Lorca.

Hay, en este engendro desdichado, todos los tropiezos, todos los despropósitos, todas las lacras de la obra de Gómez de la Serna, hombre aprovechado que ha hecho toda su vida elogiando y banqueteando a todo el mundo para que le elogien y le banqueteen a él.

Grafómano impenitente, escribe trescientos artículos diarios, que coloca donde puede, con retribución o sin ella, actuando, cuando no hay otro remedio, de esquirol. Endiosado y engreído, pontifica en las tertulias y hace crónicas fáciles, que rectifica prontamente cuando tropieza con un caballero que puede medirle las espaldas. Ramón es fundamentalmente cobarde y fundamentalmente payaso. No distingue entre la academia y el circo, y lo mismo se exhibe, con la cara enharinada, en un columpio, que en los postres de un banquete pombiano, descubriendo a un Gómez checoeslovaco o gringo, a quien traduce, para que, a renglón seguido, el gringo

o checoeslovaco le traduzca a él. Publica libros, pero nadie los compra y tiene que regalar las ediciones enteras. Se pasa la vida solicitando bombos y "coincidiendo" con las empresas que monopolizan la publicidad. Cuando se ha presentado directamente al público, como ahora, el público le ha rechazado abiertamente. Aun acudiendo a todos los reclamos, hoy se retira la obra del cartel. La compañía está que echa las muelas. En potingues y betunes para pintar de negro media faz de los actores, ha gastado todos los ahorros de "Tarari". Y entre los cómicos del Alkázar, circula esta frase, que simboliza el colmo de todas las desgracias: "Cómico seas y medio ser te veas..."

Yo he querido retener algo, un pensamiento, una frase, un gesto, un asomo de intuición dramática en "Los medios seres", y no me ha sido posible. He visto un desfile absurdo de gentes que han pasado tres actos diciendo impertinencias. El movimiento de los muñecos es también primitivo. Los actores se visitan unos a otros y entablan diálogos inconexos, deslavazados y absurdos. Es preferible Muñoz Seca con mil demonios. "Los medios seres" dicen las mismas estupideces que los seres completos, y no hay entre ellos más diferencia que la no despreciable de que, al final, no se calan de chorrete la ropa interior. El prólogo, el mismo prólogo, no es una pieza de antología, ni mucho menos. Gómez de la Serna no sabe escribir. En ese prólogo anuncia no sé cuántas cosas; dando, por supuesto, que es un Pirandello o un Lenormand hispano, pero la farsa, fácil, es un balbuceo torpe e infantil, una hueca greguería inacabable, una serie inacabable de ordinarieces. Ni las mujeres ni los hombres hablan como les hace hablar este Ramón, tan distante de otros tocayos suyos, como Pérez de Ayala o Valle-Inclán. El público estaba dulcemente dormido. Yo también me dormí. Al acabar la obra, el público no se movió de los asientos. No sabemos si esperaba nuevos actos o si estaba soñando con los párpados caídos. Los acomodadores tuvieron que batir palmas para levantar a los dormilones. Aquello no fue el estreno de "Hernani", ni mucho menos. La gente no protestaba; se reía. Ha sido siempre la risa el único comento posible a la obra total de este clown de las letras, que confunde la originalidad con la impotencia y la transcendencia con la torpeza de la expresión y la dificultad del pensamiento.

El Adelanto (19-12-1929)

Por si las moscas…

Si quieres ver chicas bonitas, bonitas de veras, viajero salmantino que vienes a la Corte a pasar unos días de asueto, no dejes de acudir al teatro Romea. Te recomiendo una de las primeras filas, de la 0 a la 6, ambas inclusive. Cualquiera de las chicas que se mueven en este lindo escenario de la calle de Carretas –Perlita Grecos, Antoñita Torres, Amparito Perucho– tienen tratamiento de excelencia. No sé qué arte maligno de selección tiene este Pepe Campúa para los menesteres coreográficos de su teatro, pero es el caso que sus revistas son las mejor montadas de Madrid. Las de Martín, a la vera de las de Romea, son un espectáculo soez y plebeyo; el arte de exhibición de la mujer entra dentro del dominio o zona de la estética.

"Por si las moscas" –que me perdonen los libretistas, señores Vela y Campúa y el músico señor Alonso– se me antoja un pretexto para recrear los ojos del espectador con figuras sabia y bellamente combinadas de mujeres bonitas. Hay una botones capaz de trastornar el seso a un senador vitalicio, a un académico de la Española, a un opositor de registros, a todo el mundo, menos a un vanguardista, lector, más o menos asiduo, de "La Gaceta Literaria". ¡Y qué bien ha llenado Perlita el hueco de Celia Gámez! Perlita Greco –que ya nos había descubierto el maestro Romero de Torres cuando era de todo punto ignorada por el gran público de Madrid – es una ingénita "divette", una frágil figulina, una muñequita pampera, llena de alegría y de humor, que nos sugiere la comezón de ser un poco los protagonistas atorrantes de esos tangos dulzarrones de su tierra, que pierden la cabeza en una noche llena de tristeza y de champaña. Amparito Perucho es algo más que la rival de Pepita Sampere: es la reina natural de esta villa del Oso y del Madroño, con su pelo de endrina, con su tez morena y olivácea, con su cuerpo gentil, proporcionado y rítmico. Y todas las señoritas, absolutamente todas, en el coro de los nadadores, en el de las manuelas, en el de los marineros, están elegidas con un criterio rígido de elegancia y de buen gusto, que las convierte en conquistas del arte más depurado y exquisito.

Cuando quiero pasar el rato por las noches, acudo, guiado por una fuerza superior, al teatro Romea. Me divierto como un estudiante que ha soportado toda la mañana a Quintiliano Salda-

ña, a Luis Olariaga, a Fernando Pérez Bueno, o a otro pelmazo de este tipo. Lo que lamento es no tener veinte años para tirarlo todo a rodar, esperar a una chica de estas a la salida y hacer el cadete con todas las de la ley.

Para desgracia mía, advierto que mis compañeros de butaca –senadores vitalicios, jefes de negociado, miembros de las sociedades de la trata de blancas– rumian ya con mis desengaños y con mi tedio. De vez en cuando, olvido, sin embargo, el momento actual y revivo los tiempos estudiantiles: es que he visto sonreír a la Perucho.

Si quieres ver chicas bonitas, bonitas de veras, viajero salmantino que vienes a la Corte por unos días de asueto, no dejes de acudir al teatro Romea. Ya sabes: en la calle de Carretas, a mano derecha...

El Adelanto (17-01-1930)

"La melodía del jazz-band"

Comedia dramática en tres actos, de JACINTO BENAVENTE

Por no haber madrugado esta mañana, presencio en el Liceo, con el teatro lleno el estreno de esta comedia de Benavente, que ha sido jaleada y censurada, según los diferentes puntos de vista, por alusiones y reticencias a la tarea financiera que desarrolla desde el Ministerio de Hacienda su titular don Indalecio Prieto. Aquí, todas esas frases de mal gusto, muy propias del temperamento poco varonil del señor Benavente, han sido retiradas, afortunadamente, del diálogo. La obra es muy bonita, y aunque choca en casi todas sus situaciones con la sensibilidad media de nuestro público, fue oída con respeto, y en algunos momentos, con interés.

El título es lo único impropio de la obra, y si me apuran, lo único deleznable de ella. El busilis está en otra parte. ¿Hasta qué punto una mujer, que ha vivido irregularmente con nosotros, en nuestra mocedad, se sacrifica después por nuestros afectos sociales y familiares? Si nos quiere esa mujer es obvio que hasta el más callado e inefable de los sacrificios. Esta Lucía, madrileña y francota, no es, precisamente, la Margarita Gauthier que rezan los sueltos de contaduría, sino un producto femenino de puro abolengo nacional, que no acertamos a valorar nunca, porque lo tenemos delante de las narices a cada paso. Cuando queremos, queremos también lo que ama el ser amado, precisamente por amarle y por desear, antes que la nuestra, y a costa de la nuestra, su felicidad. Lo de menos es la naturaleza social del amor, si por dentro el amor es de buena ley. Uniones irregulares conozco yo harto más honestas que determinadas coyundas canónicas, y son el egoísmo y la vanidad del hombre los que clasifican a la mujer, según esta se ha doblegado o no, antes que a nuestros derechos, a nuestros caprichos de amantes.

La melodía no se recobra, como quiere Benavente, porque no se pierde en aquellas ánimas que se han entregado a las contingencias y vicisitudes de la vida por pasión y no por cálculo. Cualquiera que haya vivido una intensa vida de amor en su arriscada mocedad, sabe que prohijamos en el santuario de nuestra intimidad, al llegar los años de calma, a los hijos de la mujer que hemos amado a lo largo del sendero de nuestra vida. ¿Por qué no ha de ocurrirles a ellas lo mismo con nuestros hijos? El tiempo, que parece que borra todos los afectos, torna, cuando ya ha realizado su tarea laminadora, a prestarles el relieve que tuvieron en nuestro corazón durante los días felices y durante los días tristes. La comprensión, y su hermana más pequeña, la indulgencia, son hijas del tiempo. Lo que no comprendemos en sazón, lo comprendemos demasiado bien al cabo de los años, no porque vuelva a cantar la melodía del olvido o del recuerdo –tanto monta –en nuestro corazón, sino porque vemos con las cenizas aún calientes del fuego de la juventud, el panorama total de nuestra vida melancólicamente, sí, pero con la alegría un poco huraña del que, al fin y al cabo, se da cuenta de que todas las cosas pasan porque tienen que pasar, y porque no tienen más remedio que pasar... como pasan.

La obra de Benavente, estrenada anoche en Salamanca, si no es de las más perfectas y acabadas de este ingenio tan lozano como maligno, tampoco es de las más deleznables y subalternas de su ya vastísimo repertorio. Hay figuras, como la insignificante de Carmen, la mujer de Pepe Tomillar, que sobran completamente en escena, como sobra, tal vez, el último acto; el conflicto dramático se produce tan pronto como Pepe es padre y tiene que sacrificar su vida a la de su retoño. En cambio, hay tipos tan bien logrados, como el de Fulgencio, el portero, que más que un "jabalí" de las Constituyentes tiene categoría de un diputado cunero y tonto de los últimos Congresos monárquicos; de su mujer Visitación y de la madrileñísima y saladísima doncella

Juanín. Excelente la labor de las artistas que dirige el amigo Felipe Sassone. María Palau, es un recio temperamento dramático, que expresa muy bien estados de espíritu harto complejos y delicados. Las señoritas Seco, Martín e Iparraguirre, y los actores Teófilo Palau, Manuel Soto y Máximo Fernández, contribuyeron, con los demás, a una buena y acertada interpretación de la última comedia de don Jacinto.

El Adelanto (20-11-1931)

"Los andrajos de la púrpura"

Comedia dramática, en cinco actos, de don Jacinto Benavente

Con honores de estreno se representó anoche, con la sala casi llena, por las huestes artísticas que acaudillan bravamente Felipe Sassone y María Palou, la comedia dramática de don Jacinto Benavente "Los andrajos de la púrpura". De cuantas obras se han llevado al teatro español en estos últimos años, con excepción de las piezas teatrales de alta envergadura lírica de don Ramón del Valle-Inclán, la estrenada anoche es, positivamente, la mejor construida y la más rica en matices y sugestiones de toda suerte. Los amores de Gabriel D'Annunzio y de Eleonora Duse , que conmovieron el mundo literario europeo, hace veintitantos años, cuando yo mismo me encontraba en Italia tejiendo mis sueños mozos bajo los porches boloñeses y a lo largo de los canales venecianos, sirven a Benavente de fondo para trazar estas escenas de miseria y de dolor. Escuchándolas con toda diligencia anoche, yo mismo he tenido que escarbar en mis propios recuerdos de adolescente para resucitarlas y revivirlas. D'Annunzio, gran payaso lineo, espíritu de farsa y de vanidad si los hay, actual príncipe de Monte-Nivosso, visitaba mucho Bolonia por aquella época. A la Duse, tuve ocasión de oírla con este motivo, "La cittá morta", "La figlia di Jorio" y otras obras de su insigne amigo. Su voz, aquella voz de la Duse, acariciante, mimosa, musical, cristalina, aquella voz única, de surtidor de plata en fuente veronesa, es de las que no se olvidan nunca. Como no se olvidan aquellas manos largas, nacaradas, huesosas, lirios humanos de dolor, tan expresivas para la reconvención y para la caricia. Ya puede morir tranquilo el que fue acariciado amorosamente por aquellas manos. Pues entonces –en Febrero o marzo de 1908– los amores de Eleonora y de Gabriel eran la preocupación romántica de todos los muchachos. La Duse llevaba las de perder, y D'Annunzio trasladaba al libro, a "Il fuoco", a "Il piacere", esas escenas inefables e íntimas del amor que pierden todo su encanto si se revelan a los demás. D'Annunzio destrozaba sin piedad el corazón de la pobre víctima. El buen Marinetti, en un folleto cuyo título no he olvidado todavía "Les dieux s'en vont. D'Annunzio reste"[268], denunciaba aquellas vergonzosas escenas de la playa del Lido, en Venecia, cuando, al dios que surgía del Adriático como un nuevo dux ungido, le coronaba la pobre enamorada con una corona de roble y le cubría los hombros con un magnífico manto de púrpura. La Duse no se daba cuenta de las calidades del espíritu de su poeta. Pero estallaba el escándalo de "Il piacere", y a la Duse tuvieron que encerrarla en una casa de salud. En menos de un año, se poblaron de nieve sus pobres cabellos de pecadora; en menos de un año, las arrugas tomaron posesión de su faz, haciéndola vieja y poco deleitable. Solamente aquella voz celestial se libraba del derrumbamiento físico y moral; solamente aquellas manos seguían siendo insinuantes y cariñosas después de la catástrofe.

Después de la catástrofe, D'Annunzio se encerraba en una "villa" de Niza con su perro y una pelandrusca rusa, Princesa de no sé cuántos, que le financiaba los gastos del estreno de su ópera "San Sebastiano", en París. Duse paseaba su dolor y su vejez por los escenarios de Europa, arribaba a Nueva York y a Chicago, y moría, a la vuelta, obscuramente, en un manicomio provinciano. Todos los poetas y todas las muchachas sentimentales de Italia arrojaron, a brazadas, flores de Roma y de Nápoles en la tumba de la dolorida mujer.

D'Annunzio tuvo el descaro –uno de tantos en su vida de histrión– de consagrarle unos versos, que no fueron escuchados. Se acentuó, con este motivo, su eclipse literario. Benedetto Croce, en sus famosas "Lecciones de estética", la emprendía a mandobles con la inspiración de trapo y de cartón que teje la musa del poeta del mar. D'Annunzio se quedaba sin la cátedra de

[268] "Los dioses se van. D'Annunzio queda". Escrita en francés por Filippo Tommaso Marinetti. Los dioses que se marchan son Verdi y Carducci, quedando D'Annunzio.

literatura de Bolonia, a la muerte de Carducci, y el Consejo de Instrucción Pública otorgaba unánimemente sus votos al poeta Juan Pascoli. La Duse comenzaba a ganar sus primeras batallas, después de muerta. D'Annunzio escritor, perdía su crédito en el mercado de las letras y Eleonora Duse, la trágica, ascendía a las primeras cumbres de la consideración universal. Se comenzaba a ver claro que lo maravilloso era la intérprete, y lo artificial y lo deletéreo, el autor. Era el amor el que hablaba en los labios de Eleonora; los ripios se trocaban en caricias y los tropos en momentos de alta y cálida emoción indescriptible. Cuando se haga la historia literaria de Italia en los últimos años, D'Annunzio será un poeta de exportación, amanerado y frío, ajeno al hogar espiritual del Dante, y del Tasso, y del Petrarca, y de Leopardi, y Eleonora Duse la más alta trágica que viera Europa en los albores de este siglo.

Si me he detenido con alguna prolijidad en escarbar en mis propios recuerdos, ha sido para que el lector salmantino discurra, por su cuenta, dónde se aparta y dónde se acerca don Jacinto a la fuente histórica y real del argumento de su propio drama. Como es natural, no le sigue literalmente de cerca. Una fotografía es siempre menos exacta que un cuadro bien trazado. En algunas escenas, en la ruptura de Laura Dolenti con Renato del acto primero, en la visita al asilo de artistas inválidos, del cuarto, en algunos momentos de la muerte, pasa por la fábula benaventiana un cálido soplo de emoción y de poesía. Digamos también que María Palou destaca en toda la obra su fuerte personalidad de artista y de mujer. Hay fibras delicadamente florentinas en la naturaleza sensible –tan sevillana– de la señora Palou. No creo que haya en la actualidad actriz española que pueda, no ya superar, sino igualar su exquisita interpretación en esta obra. Hasta en detalles pequeños, menudos, que pasan inadvertidos para el espectador, se compone la figura para recordar la de aquella enamorada del dolor que fue Eleonora Duse , "la divina". Si tuviera espacio y tiempo, me detendría, con el mayor cuidado, en analizar todas y cada una de las excelencias de la magistral interpretación de anoche, que a mí no me duelen prendas ni en el elogio ni en el reproche: A continuación de la señora Palou, la señorita Gelebert que estuvo muy bien, pero muy bien en su papel de Regina. Aceptables, y nada más que aceptables, las restantes actrices y los restantes actores de la Compañía.

El Adelanto (03-12-1931)

CRÍTICA Y RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Bibliografía

*El arte de estudiar, por M. Rubió y Bellv*é. –Manuales Soler . –Barcelona.

Forman el contenido de estos Manuales, tratados de muy diversa índole.

Hay en la colección estudios jurídicos, médicos, militares, antropométricos etc., etc. La mayoría de los Manuales que yo conozco merecen leerse. Están bien hechos, con competencia. Sus autores aportan en esta labor los conocimientos a que especialmente se dedican (Costa, Piernas, Posada, Altamira etcétera).

Uno de los últimos, el *Arte de estudiar*, del señor Rubió y Bellvé, Comandante de Ingenieros, según la portada del libro reza, me ha descorazonado por completo. Es uno de esos libros que no dicen nada. Es todo él, un sermoneo machacón y pesado, una pieza tejida de retazos de sentido común, una prédica preñada de lugares comunes, de frases hechas, de tópicos vulgares. Con un título tan sugestivo, con un asunto tan hermoso, del que tanto partido pudiera sacarse, consigue el señor Rubió y Bellvé que se duerma el más despierto y que se fatigue el que comience a leerlo.

He leído no sé dónde que Darwin, el pobre calumniado Darwin, acostumbraba a romper las páginas de los libros donde nada de provecho se decía. Y así, muy pocos libros estaban enteros y algunos con la portada solamente. Si el del señor Comandante de Ingenieros hubiera llegado a sus manos, tengo para mí que hubiera sido más violento aún el naturalista inglés. Repetiría lo que el Cura y el Barbero hicieron en la librería del ingenioso hidalgo; condenarlo al fuego:

Habla el señor Rubió de la conversación, del libro, de la voluntad de estudiar, de la tarea diaria, de la lección, de los estudios experimentales. Después de afirmar que "no hay reglas para el estudio" diserta en todo el manual, a guisa de preceptor y consejero, dando reglas formulando preceptos. Me recuerda a La Rochefoucauld. "No hay cosa más sencilla que hacer máximas", dice, –en un libro voluminoso formado de ellas.

La conversación diaria en el café, en la calle, es una fuente de estudio, para el señor Rubió como para todo el mundo. Para quedarnos con *lo bueno y rechazar lo malo*, que por las conversaciones resbale, hay que fijarse, en la calidad de las personas, –escribe– en las cosas que nos dicen y en la competencia del que las dice. Así no creerá el señor Comandante en un matemático que le hable de combinaciones políticas. De esta *novedad* son todas las reflexiones que a él le ha sugerido el tema: arte de estudiar.

Sí; de esta novedad son todas ellas. "El Universo es un gran libro" (p. 19). "Basta cotejar dos libros diferentes que traten de un mismo hecho concreto, para comprender que uno u otro autor anduvieron desacertados", (p. 29). "Si en los libros que se leen aparecen citados lugares geográficos, es, sumamente útil tener a la vista un mapa" (id id). "No debe aceptarse la lectura inconsciente" (página 31). "El estudio de un idioma para que sea completo, hay que realizarlo en el país mismo en que el idioma se habla" (p. 95). *Et sit de cæteris*[269].

El estilo es sencillo, pero cuajado de vulgaridad y de sosez.

[269] Etcétera, en latín

Se habla en él de libros que ni el análisis ni la refutación merecen y lo forman toda clase de lañas del lenguaje académico, hecho, en cuya virtud ya no creen hoy más que los senadores y abogados viejos.

Casi todos los libros de la Biblioteca, he dicho antes, merecen leerse. Pero es el que me ocupa ahora, una excepción, bien lastimosa, por cierto. Un libro que no tiene miga, en mi sentir.

El Adelanto (26-11-1903)

Maritornes y Schopenhaguer

A mi buen amigo don Julio F. Feijoo

Hace pocos días, concluí de leer el libro de Schopenhaguer [sic] *El amor, las mujeres y la muerte.* Ya conocía yo algunas afirmaciones de libro tan peregrino, que, burla burlando, como quien no quiere la cosa, desparrama el frío y la indiferencia en los corazones jóvenes. Teodoro Ribot ofrece, en un libro dedicado al ingeniosísimo alemán, buen extracto de las principales afirmaciones.

Es socarrón como Sancho, aquel amable burgués de Dantzig [sic], es socarrón y temible. Escribiendo, hiere, hiriendo, apaga los instintos quijotescos que todos llevamos, quien más, quien menos, en el fondo de nuestra alma. Cuando yo concluí la lectura, con aquella tremenda bofetada que da a sus paisanos, motejándoles de necios y de imbéciles, quise arrojar aquellas páginas al fuego. Pero poseído de «aquel feroz encanto del goce de lo triste», que dijo Medina, los recogí cuidadosamente y a usted, mi buen amigo, le espeté aquello para los paréntesis que en su ánimo dejasen los artículos de la Ley Hipotecaria.

Y yo soñaba, al dulce calor de la chimenea, que el bueno de Arturo Schopenhaguer ni era alemán, ni filósofo, ni había nacido en Dantzig, ni era un amable burgués, comedor de ostras. Schopenhaguer era español y del siglo XVI, por más señas. Natural de Arévalo o Piedrahíta, que en ninguno de dichos pueblos se conservan actas de nacimientos tan añejas, metióle su padre en el desdichado oficio de arriero y tratando en mulos y con mulos, hoy en un mesón de Castilla y mañana en una venta de Extremadura, adquirió pronto fama y renombre por sus donaires y agudezas.

Refocilóse con venteras, frecuentó el trato de truhanes y aseguran las crónicas que jamás entendió de cuentas más que por los dedos y que el amor rondóle por el alma, viejo ya y mohíno. Su amor fue Maritornes, la ramera asturiana de feliz recordación.

En aquella venta de los manteamientos de Panza y de la moledura de quijadas de su amo y señor don Quijote, conocióla, y de la guisa más famosa que imaginarse pueda, contó el arriero Schopenhaguer sus sentires a la moza Maritornes. No se ahogó ni se inmutó, que no era hombre de agallas para trotes de este jaez, y Maritornes, que sabía lo que son hombres y lo que han sido y serán siempre los arrieros, tratóle, primero, ásperamente, y, con dulzura, más tarde, otorgándole gratuitamente los dones de que la Naturaleza y el cielo la habían colmado.

Y el puntual Cide-Hamete, amigo de los detalles más recónditos y pacienzudo escudriñador de los sentimientos más escondidos, nos da cabal cuenta, en la famosa noche del encantamiento venteril, de las fogosidades de la hembra y de las impaciencias del arriero, convertido, dos siglos más tarde, en filósofo pesimista por los azares de la suerte.

Y tengo para mí que D. Arturo, por obra y gracia del recuerdo de aquella noche, escribió malhumorado su libro sobre el *Amor, las mujeres y la muerte*.

Dejé de soñar. Y notaba que mi alma se daba la vuelta y que mi yo no era el mismo, después de aquella ducha de razonamientos ingeniosos, de frases duras y de hondas verdades que Shopenhaguer lanza contra el bello sexo...

Contra el bello sexo de Maritornes.

El Adelanto (18-01-1904)

La «Canción de la muerte» por Vicente Medina

Cartagena, 1904

El ilustre poeta murciano nos ofrece, ahora un libro nuevo.

Por esta vez ha dejado su musa bravía y escribe, sencillamente, en prosa. Después de la *Canción de la vida*, publica la *Canción de la muerte*. Después de cantar el amor fecundo, el placer apasionado y la naturaleza madre, narra hoy, con la sencillez del que siente de veras, las desdichas, sufrimientos y miserias que hacen la vida aborrecible.

El medio ha hecho de Medina un revoltoso, un cantor apasionado de ideales nuevos, de vida nueva, un hombre que odia la sociedad moderna con sus maldades e injusticias todas.

Él mismo nos cuenta con sencillez, sin alardes ni rebuscamientos retóricos, en prosa salvaje, lo que vale su vida dedicada al trabajo y templada por los dolores, en uno de sus libros. Es un hombre que no se resigna. Odia el justo medio que es propio de necios. Puede apelarse a todo, si el fin es legítimo; tal es su lema. Radicalismos de toda laya, arranques fogosos y calientes, sermones llenos de unción del apóstol convencido. Medina contamina de fiebre a los lectores.

Me ocurre con Medina lo que me sucede con Dicenta. Un drama de Echegaray, por ejemplo, me entretiene mientras lo representan, descubro enseguida el enredo, y lo artificioso de su psicología, lo declamatorio y rebuscado de su estilo y lo aparatoso de las situaciones se me borran enseguida de la memoria. Pero un *Juan José* una *Noche güena*, una *Canción de la muerte*, dejan profunda huella en el espíritu, porque son dramas de la calle, trozos arrancados de la realidad, dolores que pasan, dejando desengaños y amarguras. Y no es que crea en los procedimientos, ni en la eficacia curativa de los medicamentos sociales que nos proponen Dicenta ni Medina, no.

Es que no me asusto por el mote; es que entiendo que en estas cosas de literatura no deben existir pendones negros y pendones encarnados. El que algunos se sirvan de la novela, del drama y de la poesía, para predicar soflamas y enganchar adeptos, es otra cosa. Defecto este que tienen el uno y el otro. El mejor comentario es el hecho. Nuestras glosas valen poco.

La *Canción de la muerte* es una colección de cuentos rápidos, llenos de ternura, de pasión, de sentimientos, vividos tal vez.

...Voy creyendo, cada vez con más ahínco, que los libros de los autores más celebrados no son otra cosa que biografías disfrazadas, disueltas entre la farsa. Y los cuentos de Medina pertenecen a esas impresiones que todos sentimos y que él ha tenido la fortuna de expresar, cosas que es preciso escribir *en caliente*, cuando la pasión nos llena y la ternura nos hace llorar. Léanse los artículos que llevan por título «¡Los hombres!», «Cuenta imposible», «Sin pasaporte», «Los cuchillos», «¡El hambre es dura!», «Ocaso», «Mamita» y la «Sinceridad muerta». Es imposible darles más calor y fuerza de la que tienen.

Medina es un gran sectario y un poeta más grande todavía.

Algunos artículos son de propaganda de ideas anarquistas, «Una vida», «Por el suicida», «El perdón», «La gran piadosa» y otros que ya se han citado, como "¡El hambre es dura!"

A mí me entusiasma el Medina primitivo, el de los aires murcianos, el enamorado de la poesía popular, el que canta los amores, los disgustos, los afanes, la armonía de los cantares, la belleza de las mozas de la huerta.

¡Qué dolor de caëza!
¡Que se callen tós esos que cantan!
¡Pá coplicas aquellas tan durces,
Y aquellas, a veces, tamién tan amargas,
Aquellas que páecen quejíos de pena,
Aquellas que páecen risicas del arma!

El otro, el Medina de *Alma del pueblo* y la *Canción de la muerte*, contamina, pero no convence.

¡Y es lástima que en hombres del inmenso valer de Vicente Medina, el apasionamiento sobrepuje a la razón y el sectario achique, obscureciéndole a veces, al poeta!

El Adelanto (31-01-1904)

Una Guía histórico-descriptiva

En Alba de Tormes circulará muy pronto un pequeño libro, impreso por el Sr. Núñez Izquierdo, cuya portada reza *Guía histórico descriptiva*. Aquel folleto lleva un prólogo mío. Su autor un muchacho modesto, que vislumbra algo, aunque no haya llegado a formulismos y concreciones todavía, tiene la pretensión, harto inocente, de presentar a sus convecinos, unas cuantas páginas, deshilvanadas y sueltas, de la historia de aquella villa. D. Fidel Criado, que así se llama el novel autor, es el poeta más insigne de todos los mozos de café y el mozo de café más insigne de todos los poetas. Y cuenta, lector, que no escribo esto a humo de pajas ni para burlarme del señor Criado, y hazme el honor de suponer también, que no saco el artículo a colación para darme tono y actuar de padrino en este bautizo tan poco sonado, que no tiene importancia más que para los que hemos visto nacer la criatura, en las pasadas Navidades, entre los golpetazos de las fichas del dominó, las discusiones sobre la guerra ruso-japonesa, el agitado vocear de los estudiantes, el ruido de las bolas de billar y el clamoreo de las campanas vecinas que tocaban incesantes.

La *Guía histórico-descriptiva*, con sus matemáticas y descoloridas descripciones de calles, monumentos y pergaminos que duermen eterno sueño en los estantes del concejil archivo, ha traído a mi espíritu, viejos recuerdos, pasadas añoranzas, el alma de aquel poblachón cuya historia escudriñó, de pasada, el Sr. Araújo y cuyos fueros sacó a relucir el Sr. Sánchez Ruano[270].

No hay nada más apropósito que una escueta guía, de sitios que se conocen al detalle, para que el espíritu vuele a sus anchas, por donde bien le acomode, ni encuentro nada mejor que unas narraciones de menudencias externas, para forjar, a mi capricho, sin trabas de ningún género, mil ilusiones disparatadas de lo que ha sido mi pueblo (con el cual estoy reñido, dicho sea entre paréntesis) según mis amables paisanos, porque, a las veces me resbalo y caigo, sin cuidarme de las pupas para nada y sin pegarme vendajes en la parte dolorida.

Y ahora me aprovecho del libro del Sr. Criado, para poner en ringla mis ideas, un poco desordenadas, sobre la villa donde murió Teresa de Jesús. No encuentro mejor ocasión para el caso. Y confieso, sin rebozos, que en mi pecho late, como en el de un pedagogo cualquiera, el santo amor a la patria chica, aunque sea muy chica, y que yo quiero a mi pueblo, con todas las veras de mi corazón.

Mi pueblo es un montón de casitas de tonos claros, a cuyas plantas murmura el Tormes, lentamente, la canción de la quietud. Festonéanle, a lo largo de su carrera, una fila de chopos estirados que de noche, se me antojan gigantes que aguantan, a pie firme, las crudezas del invierno, para calentar, con sus corpachones, el tranquilo pueblo de seculares ruinas. En lo alto, una torre desvencijada, que fue de homenaje, deja al descubierto, sus grietas y remiendos.

La sombra de los grandes conventos se proyecta en las calles obscuras. Y muchas veces, en mis paseos nocturnos, he visto que las negruras protegen juveniles amores de mozalbetes, que tiemblan de dicha a las rejas, donde aprendieron a ser felices sus abuelos.

Y por las mañanas, cuando se va esfumando la eterna neblina, que nos regala el Tormes, a las siete, a las ocho, suenan limpias, como voces infantiles, las campanas de las monjas, sonoras y graves las de los frailes; más reposadas y solemnes aún voltean las campanas de las parroquias. Los fieles madrugan a cumplir con sus devotos quehaceres. Las muchachas, pasan ligeras y rápidas las calles, con sus toquillas negras. Acude, presuroso, a presencia del Señor, el cristiano padre de familia. Y aquellos tañidos y estas pisadas son mi dulce despertar todos los días.

Llevo, grabadas en mi espíritu, todas las fiestas de mi pueblo; la ausencia me las hace aún más gratas y sugestivas. Aquellas romerías a Otero, desde cuya ermita he sentido eso que llaman la alegría del paisaje; aquellas dianas del mes de Octubre, que me hacían brincar en la cama, de chiquillo; aquellas canciones a la Virgen que entonan plañideramente las beatas un día sí y otro también; aquel viejo Cristo, que fue de los Jerónimos, de ojos que miran dulcemente al pecador; aquellas ruinas del convento de San Francisco, donde anida el misterio… todas estas cosas son viejas películas que llevo dentro de mí mismo, que miro y torno a mirar, cada vez que me encuentro fuera de los míos.

Agradezco al Sr. Criado la publicación de su *Guía*. Me ha proporcionado un rato delicioso con ella. Leyéndola esta noche, pasando unas cosas y deteniéndome en otras, ha surgido ante

[270] Julián Sánchez Ruano publicó el *Fuero de Salamanca* (1870), pero no el de Alba de Tormes que lo darían a la luz, precisamente, Américo Castro y Federico de Onís (1916)

mí, la visión de mi pueblo, alegre y soñadora visión de los viejos campanarios, del lecho de pizarra en que se aduerme la tranquila villa, de su inútil e histórico castillo ducal, de sus calles estrechas, del murmullo de su río y de las muchachas, que caminan presurosas, a la iglesia todos los días.

Gente Joven (11-03-1905)

La canción de la huerta

Por Vicente Medina.

He dicho alguna vez, hablando de este insigne poeta, que el ritmo de sus versos se parece al sonido de una guitarra templada por dedos de algún diestro tocador, y hoy agrego que el dejo amargo que sus canciones imprime en el espíritu, recuerda también a esa pena intensa, a esa íntima melancolía, que llevamos dentro cuando escuchamos el guitarrillo y creemos que se destrozan, lentamente, ilusiones gratas de la juventud.

Parecía que la *Canción de la Huerta* fuese la tonada alegre y risueña de Murcia, la visión pintoresca de los naranjos en flor y de las palmeras, reinas del horizonte, la canción de la juventud amadora y riente, el himno de la sangre meridional, con sus pasiones en bruto y sus rencores de raza. Pero hay en este libro de Medina, como en todos los suyos, la preocupación de la tristeza. Sus pobres paisanos sufren; las nenicas murcianas lloran palabras de amor que se lleva el viento; los viejecicos recuerdan sus horas añejas de bienandanza y la Huerta, entera, es un muestrario de penas.

Y la musa de Medina, aquella musa que no deja a los hartos digerir tranquilamente, se revuelve, de nuevo, airada. Sus cantos rasgan el aire con ecos de amargura. Y los hombres plácidos, los mecidos en una quietud sedante, lloran con la musa de Medina lágrimas de amor.

Medina es el único poeta verdaderamente *popular*, –en el hondo sentido de la palabra–, que tenemos en España. Su inspiración brota del pueblo y al pueblo vuelve. No ha habido poeta que haya llegado nunca tan hondo a las entrañas de lo verdaderamente humano como él, ni cantor que sepa encontrar tan deleitosos y gratos filones de inspiración.

Alejado de todo elemento conceptual, con el espíritu en la calle, a todos retrata y de todos es entendido.

Y sin quererlo, sin afán sectario de ninguna especie, realiza verdadera labor social, labra el corazón de las muchedumbres.

Es verdaderamente extraño y singular que este hombre, respirando oleadas de espíritu nuevo, viviendo constantemente en una ciudad mercantil como Cartagena, con el alma metida en las complejidades urbanas y en los vaivenes de redentores presentimientos sociales, no se haya dejado llevar en la *Canción de la Huerta* de sus pasadas inquietudes. Cada día adquiere de poeta lo que va perdiendo de sectario. Y cada día, sin él darse, acaso, clara cuenta, se va convirtiendo en el más terrible revolucionario, que desparrama inquietudes en el corazón, aunque no se cuide de las dudas que pueda hacer brotar en el cerebro.

Clasificar las composiciones de este libro, como se clasifican bicharracos en un museo de Zoología, me parece una labor inútil. Todas responden a un mismo sentimiento, todas están impregnadas de un purísimo amor a la Huerta «que le brinda, espléndida, ricas pomas, exquisitas frutas, ramilletes de perfumadas flores, pajarillos de mágico cantar, frescas y cristalinas aguas».

Extractar aquí trozos de sus cantares a Murcia, es también labor difícil. Todos los versos suenan a música divina, porque el poeta tiene la armonía metida en el espíritu y maneja el ritmo con un encanto no superado por ningún otro de la edad presente.

Nosotros, los salmantinos, tenemos con Medina grandes deudas que pagar. Ha sido el único poeta contemporáneo que ha tenido una influencia positiva sobre el llorado cantor del *Cristu Benditu*.

Lean todos *La Canción de la Huerta*, y si no sienten con el poeta, es que tienen el corazón seco y el alma huera.

El Castellano (17-04-1905)

Navarro Ledesma

Verdaderamente, es difícil para mí, intentar la apología de este escritor que tantos aplausos ha conseguido estos días. Gústame, a veces, su castellano viejo, admiro su donaire, pero me cargan esas ínfulas de dómine, esa reacción que se esconde en sus defensas cervantinas, ese fárrago de erudición del que no sabe o no quiere desprenderse nunca. Me dicen que es catedrático, y catedrático de un Instituto de la Corte, y así me lo pinto yo siempre, delante de unos muchachos cerriles, ahuecando la voz y castigando con la palmeta.

Sin embargo, Navarro Ledesma es artista. Su libro reciente *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, nos da la sugestiva impresión de la España de los siglos XVI y XVII con sus graves eclesiásticos, varones doctos, dueñas asexuales, doncellas tímidas, soldados inquietos, pícaros y vagabundos. Ha sacado vida de los archivos y ha reconstruido, con sus legajos, toda una época.

Además, Navarro Ledesma tiene las grandes condiciones de luchador. Es el leguleyo defensor de los litigios simpáticos; cuenta, de antemano, con la aprobación de la galería. Ha echado sobre sus hombros la carga de defender a Cervantes de las imputaciones maliciosas que sobre él han arrojado los malandrines contemporáneos. Su sentido medio de las cosas encaja perfectamente con el sentido de las masas y su entusiasta cervantismo es fiel expresión de lo que se piensa en las Academias por los hombres inteligentes y sensatos.

Navarro Ledesma ha visto en el Quijote, no un libro de grandes inquietudes del espíritu, sino un maravilloso monumento literario, modelo del buen decir y de sana prosa castiza. Le maravilla Cervantes, no como hombre, sino como eximio literato. La descripción que hace Navarro Ledesma de los amores del autor del Quijote con Dª Catalina Palacios, en Esquivias, revela una frialdad en el cronista que contrasta con la hermosísima imitación de estilo del libro español de más enjundia. La hermosísima tarea de erudición de Navarro Ledesma no es, ciertamente, despreciable porque la ha sabido hermanar con el arte y porque ha dado movimiento y color a sujetos de una época desconocida. Sin que me dé, gran cosa, por estos trabajos de excavaciones y rebuscamientos, no los desdeño, aunque no los conceda, tampoco, trascendencia.

Supongamos que hay muchos Navarros Ledesmas que resucitan a Cervantes, que le sacan de la fosa y colorean su rostro y descubren el tono de su voz y averiguan el exacto colorido de sus ojos y el peso de su cuerpo y las andanzas en que anduvo aquel genio soberano. ¿Para qué sirve esto? ¿No es mejor revestirle de las prendas que tengamos por conveniente e imaginarlo, como yo lo imagino, galante, andariego, fracasado en el amor, donairoso, melancólico y templado por la ironía más grande que han visto los siglos?

Desdeño casi siempre la erudición porque sirve de pretexto para las comidillas literarias, para los seranos de los holgazanes. Y como no se ha dado el caso de topar, entre papelotes rancios, con la psicología de un alma, con las inquietudes más internas de un hombre, no es cosa de darse malos ratos para descubrir anécdotas exteriores, opiniones de los contemporáneos de un autor insigne, inquinas de los rivales y ditirambos de los amigos. Sólo los artistas saben desprenderse del lastre de su sabiduría. Navarro Ledesma ha producido también, de esta manera, un libro hermoso, aunque algo igual y machacón.

Y sigo con el tema. Me atrae desde que los señores Unamuno y Rodríguez Miguel se han tirado, graciosamente, los trastos a la cabeza, por una cosa tan insignificante como la fecha de la primera edición del *Quijote*. La novela que se ha dado en llamar *arqueológica*; se debe en su contextura exterior, a las tareas eruditas.

El mismo Sr. Salillas, en otro orden de conocimientos, estudió la psicología hampona sirviéndose del Lazarillo del Tormes, de Guzmán de Alfarache, de Rinconete y Cortadillo. Lo que me parece, a todas luces, indudable es que la erudición no tiene razón de ser si no produce belleza.

Y termino relatando mis impresiones acerca del Sr. Navarro Ledesma. He sospechado, leyéndole, si efectivamente, ha penetrado en el espíritu de la época en que vivió Cervantes –como asegura Dionisio Pérez, otro estilista intransigente–, o si nos produce a nosotros tal impresión en gracia de los primores de un lenguaje inmaculado. Y digo esto, porque hay poetas, que sin estar emocionados, emocionan a sus lectores y gentes que toman por oro de buena ley lo que no es sino corrección perfecta y machacar en hierro frío.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el Sr. Navarro Ledesma ha triunfado y que yo, humilde jovenzuelo, apunto estas sospechas acerca del autor de *El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, aunque lo lleven a mal los bachilleres graves que piden en el que juzga experiencia, título oficial, algunas veintenas de años y mucho respeto a los prestigios indiscutibles.

Gente Joven (20-05-1905)

Rebelión (Novela)[271]

Por S. González Anaya
Málaga, 1905

S. GONZÁLEZ ANAYA es un desconocido en el mundo de las letras. No se trata, verdaderamente, de un *parvenu*[272] que se ha encaramado de pronto en el más alto pedestal por elogios ajenos e interesados, sino de un mozo (supongo que será un mozo) que ha producido un libro hermoso, muy hermoso, delicado, sugestivo, de factura encantadora. Más que una narración de hechos, es un muestrario del alma del autor, alma escogida y valiente, que sabe batallar y herir, cubriendo el puñal entre flores de exquisito aroma.

Es un libro, esta novela, *Rebelión*, que provoca emociones inquietantes, hecho para excitar las más bellas y recónditas energías del alma del lector, no una charla cargante y fastidiosa que amodorra y enerva la sensibilidad. La literatura de *Rebelión* esconde, veladamente, por supuesto, una fuerte, una robusta dosis de humanidad, y en estos tiempos de memez de la sinceridad artísticas, del machacar en hierro frío, con ritmos cortos largos y cadencias linfáticas, es de aplaudir con calor esta briosa producción de un *hombre*, que amasa su relato de lágrimas recientes, de protestas viriles, de amores purísimos y de odios descarados.

Estoy cansado de leer cosas que no me interesan, que no pueden interesarme seriamente, cosas de mucha corrección, ¡eso sí!, acicaladitas y brillantes, oliendo a cosmético y a potingues de tocador. Pero con páginas exquisitas, que forje la valentía y temple la pasión y componga todo el coraje de nervios, no he topado, en todo el año de 1905, más que con estas del libro de S. González Anaya que lleva por título *Rebelión*. Lea *Aurora Roja* quien goce con insultos dictados por la envidia y *La Horda* quien guste de las cosazas de un novelista que se aprovecha de un clavo ardiente para hacer estériles propagandas, que no le envidio la suerte ni le cambio la lectura.

Rebelión es un relato delicioso de los amores de un joven aristócrata, Polito Alcázar, con Carmen Suárez, una muchacha rubia a quien hace su esposa. Divorciado de ésta, vive luego con su amante, Rosario Vélez, gustando, en una posición dudosa, de las inefables dulzuras del amor que no pudo saborear al amparo de una institución legal.

El relato es fecundo en incidentes primorosamente escritos y sentidos con calor. La escena en que Polito arroja a Carmen, acusada de infiel, del hogar doméstico, tiene una fuerza salvaje, sentida con la intensidad de macho herido. Hay también un capítulo donde se describe un baile de máscaras, digno de la pluma del mejor maestro contemporáneo. También son muy dignos de leerse los capítulos que se refieren a los amores de Polito y Rosario (el alumbramiento de ésta, la vida de ambos en Villa-Buby, etc., etc.).

El libro, en conjunto, y para mi gusto, [es] la mejor novela del año y una de las mejores de la literatura contemporánea nacional.

Lea *Rebelión* quien se detenga en este artículo y me dará la razón.

Es una lástima, que, por el escaso espacio que dedica Gente Joven a la revista de libros recientes, no pueda demostrar, largamente, como sería mi deseo, que S. González Anaya ha triunfado en toda la línea.

Gente Joven (29-07-1905)

[271] Artículo firmado como J.S.R.
[272] Advenedizo, en francés.

Los Jardines Interiores

AMADO NERVO: Los Jardines Interiores.– México, 1905.

Cada vez se me antoja más difícil el escribir razonadamente sobre un libro que me gusta. Y si el libro es de versos, y el autor tiene atisbos de verdadero poeta, entonces la dificultad sube de punto, y me quedo perplejo y abobado delante de las blancas cuartillas...

Amigo lector; como tú, soy candoroso y soy bueno. Ni yo sé de minucias profesionales, ni de secretos de puertas adentro. Gusto de las impresiones directas y primitivas, y no preguntes más. Contemplo una bella muchacha provinciana, roja y honesta, en una limpia mañana de Mayo; cubre una negra mantilla su cabecita castaña, lleva en la diestra el devocionario y dentro de él la última carta de su novio. Y cuando ella pasa, digo para mis adentros: «¡qué bonita es!», y no acudo a sorites, ni a dilemas, para explicarme la tierna impresión que se me ha colado corazón adentro.

Y lo que me sucede con mis provincianitas, me ocurre también con los versos. Estos y las mujeres nos libertan del raciocinio. Por eso gusto de mis provincianas y de mis poetas. Que cuando se es poeta verdaderamente y la corriente de las inspiraciones corre por los cauces del sentimiento, nuestra alegría interior es grande, y rompe barrotes, y destroza jaulas, y desclava grilletes, y nos hacen libres un instante.

Gusto de los poetas que, como Amado Nervo, lo cantan todo... sin cantar nada. Los estados de espíritu, transitorios y fugaces, de las almas ajenas, me impresionan de veras. Un beso, unos ojos, un suspiro, ¡casi nada!; algo que es el eje de nuestra vida espiritual; matices tenues que dan color a nuestras emociones recónditas; tardes de lluvia que pesan sobre las cosas con melancolía infinita... estos son los primorosos *Jardines Interiores del poeta* y diplomático mejicano Amado Nervo.

¿Que el poeta es rabiosamente modernista? No sé de escuelas, ni de tendencias, ni de exclusivismos. Me gustan los clásicos y los románticos; los viejos y los innovadores, los ancianos y los mozos. De todos los aires de la plazuela me dejo curtir el rostro y todos ellos me tonifican. Devoto de todos los altares, pedigüeño para todos los santos, admirador de todas las mujeres bonitas que pasan por la calle, todas las cosas me parecen buenas, y fecundos todos los ritmos, y todas las imposiciones violentas y estúpidas. Amado Nervo es poeta, y eso me basta. Cante como cante, él canta bien, y tiene una voz timbrada.

Los Jardines Interiores de Amado Nervo son, acaso, impresiones demasiado personales, sueños de artista a media luz, y son ya claros, ya de una tonalidad rabiosa.

Bellamente dichos, casi siempre:

¡Tan rubia es la niña que
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Algunas composiciones, *Son los sueños que pasan*... y *El Retorno*, están recalentadas en el suave horno de la sinceridad y del amor.

En el *Retorno*, que me hace pensar, no por semejanza externa, sino por la identidad de la sensación en la bellísima *Carta II a María*, del poeta valenciano Vicente W. Querol, Amado Nervo sabe ser dulcemente amargo, expresar el encuentro del bien perdido, del que se ha renegado en las horas de locura y de abandono:

Vuelvo, pálida novia, que solías
mi retorno esperar tan de mañana,
con la misma canción que preferías
y la misma ternura de otros días
y el mismo amor de siempre, a tu ventana
. . . . . .
. . . . . .

Recíbeme tranquila, sin encono,
mostrando el dejo suave de una hermana;
murmura un apacible; «Te perdono»
y déjame dormir con abandono
en tu noble regazo hasta mañana.

Abre, amigo lector, este libro del gran poeta. A mí me agrada, y como no soy amigo de consignar fallos, que admiten siempre recusación, te digo, sencillamente, que me gusta y que me gusta mucho.

Y no me taches de incoherente, ni de irrazonable. ¿Razonas ante tu novia, ante tu madre, ante una caricia de tu hijo, ante un cuadro bello y ante una sinfonía genial? –No.

Entra en estos *Jardines Interiores*, llenos de fragancia y de perfumes, paséate por ellos y yo te prometo que has de tener una hora grata.

Vida Intelectual (1907)

Poemas de Terra

Apeles Mestres. Poemas de Terra. Edició il-lustrada per l'autor.- Llibre primer.- Barcelona. Antoni López, editor.

La primera impresión que me produce el libro de Apeles Mestres es la de envidia. Si el poeta es además dibujante, si su lápiz sabe recrear sus fantasías, si además de componer lindos cantos los ilustra, entonces la dicha es completa. YApeles Mestres, sin embargo, no es un hombre feliz.

Está enfermo. Apenas sale de casa. Son muy pocos los amigos que departen con él en su retiro de Cataluña. Era natural que apareciese escéptico, malhumorado, gruñón, y no es así. Sus *Poemas de Terra*, como antes sus *Poemas de Mar*, revelan una paz horaciana, una serenidad clásica, la quietud que debe inspirar el Mediterráneo a todos lo que oyen el apacible rodar de sus olas azules.

El libro de Apeles Mestres me hace pensar, antes que en el poeta, en el hombre. Tiene que ser forzosamente un hombre bueno, esto que llamamos los castellanos un viejo caballero a carta cabal. No tienen sus cantos la malignidad de los poetas de oficio; lo comprende todo, y como el Santo de Asís, también lo ama todo. El gran poeta hace libros primeramente para consolarse el mismo, y luego para deleitar a los demás. ¡Santo refugio el de la poesía, que así consuela del vivir monótono y nos hace soñar quimeras que tienen la virtud de contentarnos!

De los poemas que componen este bellísimo libro, que merece ser leído en estos ratos en que el malhumor se apodera de nosotros y nos agobia la melancolía, me gustan sobre todo *El sátir vell* y el *Llop*, sobre todo el primero.

Jamás he podido con los sátiros, así con los ancianos como con los mozos, pero como el fondo de nuestra vida interior se va sedimentando por debajo de mil mudanzas aparentes, me voy reconciliando con el sátiro, con el viejo sátiro que:

De centuria en centuria
els sens muscle fornits se van esllanegant
com escorxa de pi, resseca y ennegrida,
aclivellan sa pell arrugas de dalt-baix [273].

El retorno del sátiro a nuestra civilización, siglo XX, decadente, femenina y crapulosa, supone siempre vigor y fuerza, y además, fecundidad, santa y noble fecundidad. Es de suponer que Apeles Mestres torne a cantarlo, con nuevo ritmo y de distinto modo, cuando escriba su segundo libro de *Poemas de Terra*, ya anunciado, y como la fecha ha de ser corta, y el libro primero no es más que un preludio, para entonces será cosa de estudiar con detenimiento y al detalle la obra de un hombre bueno, de un exquisito dibujante y de un poeta vigoroso, que sabe dar a la lengua catalana inflexiones dulces, tiernas, pero viriles y templadas siempre.

Vida Intelectual (1907)

[273] "De centuria en centuria / los fuertes sin hombro se resquebrajan, / como corteza de pino, reseca y ennegrecida, / las arrugas agrietan su piel de arriba abajo."

Poesías de Unamuno

MIGUEL DE UNAMUNO: *Poesías.*– Madrid, Librería de Fernando Fé y V. Suárez.–1907.

I

Es curioso observar cómo ha surgido la crítica en la gran Prensa diaria alrededor de la última producción del insigne rector de la Universidad Salmantina. Ha guardado una actitud respetuosa, discreta, es cierto; pero del libro han hablado, no críticos oficiales, sino colaboradores independientes. Unamuno no es, para dicha suya, un compañero de la casa a quien se guarda toda clase de consideraciones, sino un hombre que molesta, que irrita, pero que se impone a la larga, los poetas de oficio han callado; los tenores que cantan en todas nuestras óperas poéticas se empeñan en no sacar de la mano, para que reciba los aplausos del público, a este nuevo compañero que viene en son de lucha, imponiéndose y sin transigir con el oído africano de las gentes. Unamuno, al ungirse él mismo poeta, llama renacuajos de lagunas estancadas, y seres preñados de ramplonería, a estos colegas que tienen monopolizado el secreto del buen ritmo y del decir elegante y poético.

Al mismo tiempo que salen a la plazuela pública los versos de Unamuno, se desentierran otros muy lindos y muy hermosos, del gran maestro del periodismo, Alfredo Vicenti. Muy lejos de mí el comparar a estos dos escritores. Admiro a los dos con todo el entusiasmo de mis años y de mi independencia, pero notad de qué manera tan distinta han sido recibidos. Para Unamuno el elogio discreto, el pero del sonsonete y del ritmo, el consejo del tamborilero que no quiere cambiar de repique y que aconseja se escriba en prosa, en elegante y castiza prosa; para Vicenti el elogio cerrado, el aplauso incondicional, sin reservas mentales. Todas las alabanzas se deben al sutil ingenio, a la exquisita ternura del poeta gallego, pero la razón no estriba en esto. Unamuno no es periodista, Vicenti sí y director de un periódico de gran circulación además. Y el aplauso a Vicenti, significaría –si este gran poeta no fuera hombre de una ética irreductible– un medio de asegurar la colaboración en *El Liberal*; y la acogida, fríamente cordial, que se ha dispensado a Unamuno, representa el miedo al intrusismo.

–¿Unamuno? Unamuno que haga paradojas y se deje de versos –me decía un cincelador de rimas.

En la república de las letras –¡no está mala esa república que no pasa de una oligarquía de vivos y de tontos!– no se puede cambiar de postura. El zapatero hará zapatos, aunque sepa cortar divinamente levitas, y relojes el relojero, aunque construya mejor escopetas. Hay un cajón y una etiqueta para cada ingenio, a quien se le mata para encasillarle y ponerle encima la consabida tablita con el conocido rotulejo. Si no se conforma ¡duro con él! Se permite una rectificación, pero, pero de ningún modo, una pirueta.

Todo esto se relaciona también con el espíritu estrecho y mezquino de nuestra juventud literaria y esteticista, que es la juventud menos respetable de todas. Se llama intelectual y es, sin duda, de lo que menos tiene. De moral, no digamos. De voluntariosa, si; pone toda su actividad al servicio del cotorreo, de la intriguilla, de la diatriba personal. Padece, además, de incomprensión; es torpe y boyuna; tiene obturada la sensibilidad por el erotismo literario y por el otro.

No gusta de Unamuno por eso. Carece de cultura para comprenderle; necesita calor cordial para amarle; no sabe de preocupaciones religiosas, morales y políticas, porque vive solamente para hacer literatura. El ajenjo requiere una comida sólida, pero el mozo al uso disimula la digestión con una segunda copa y aún con otra tercera. Y se emborracha y cae en el fango. ¿Unamuno a ellos? No: hombres que canten no el amor –porque no es cosa de prostituir la santa palabra– sino la cochinería, erotismo de modistas y de horteras, charcos podridos.

Pero esa juventud no es toda. Es la que más rebulle, pero también la que menos surco deja. Junto a esa, alienta y vive otra, la que educa el gran poeta y el gran pensador salmantino, –pensador porque es poeta y poeta porque es pensador–. Juventud de vaguedades intelectivas, de anhelos místicos, de preocupaciones religiosas; mocedad que vive rica vida interior, que es buena y que es sana, que es rebelde y despierta. Para ella y para los cabreros está escrito el libro del Sr. Unamuno.

Para los cabreros, lector; para mí y para ti que de niños oímos a Don Quijote su discurso de la edad de oro, mientras yantábamos un buen puño de bellotas rústicas y besábamos, con delicia, el zaque de rico vino alegre que corría de mano en mano; para ti y para mí, que no vemos la vida por el prisma literario, sino en toda su rica y grandiosa complejidad; para ti y para mí, que hablamos con Dios a solas, que guardamos hondos afectos en el corazón y nos conservamos

puros e íntegros, son estos «cantos de secretos» y estas «flores de otoño» que llama Unamuno a sus versos.

Sígueme a través de mis divagaciones y me darás buena razón en todo.

II

No es *Poesías* la primera manifestación del temperamento altamente poético del Sr. Unamuno. En toda su obra hay gérmenes de su última producción, Unamuno es divagador porque es lírico y es despertador de corazones y de cerebros, –pero de corazones, sobre todo– porque toda su obra es genuinamente poética. Recuerde el lector las páginas finales de su *Paz en la guerra*; bañemos nuestro espíritu en aquel mar de surcos y de encinas, en aquella evocación del atardecer de Castilla que nos pinta con unción en su *En torno al casticismo*; volvamos los ojos a sus ensayos *Soledad* y *El sepulcro de Don Quijote*; recordemos los más singulares comentos de Unamuno al libro de Cervantes... y dígaseme si allí no hay poesía, lirismo, unción, aciertos maravillosos. Si Unamuno ha llegado al cerebro de la juventud contemporánea que piensa y siente, si el apostolado del Maestro ha influido en la conducta y ha hecho la noción de la vida de sus discípulos, es porque les ha recalentado antes el corazón. Los jóvenes que le admiran –y le admiran mucho– le quieren más que le admiran, y si le consultan curioseos intelectivos, planes de trabajo mental, le lloran como a un padre, y a él acuden en las horas de angustia y de melancolía.

Unamuno no es literato en el sentido profesional de la palabra, porque es muy hombre. En el sentido estricto, sí: es hombre de letras y aún tiene –diga él lo que quiera–, la preocupación literaria y técnica. Pero así como en la literatura de los jóvenes del día no se encierra nada, en la de Miguel de Unamuno se esconde pasión, coraje y ansiedad. Unamuno viste su humanidad de literatura, como visten otros su literatura de virilidad postiza. Toda su obra de publicista esconde una legión de incidentes afectivos y de estados espirituales. Desde *Paz en la guerra* a *Poesías* puede estudiarse el alma de Unamuno. Y así cada obra es germen de la siguiente y cada obra posterior nos ha sido revelada, más o menos fragmentariamente, por el maestro. El autor de los maravillosos ensayos publicados en la *España Moderna* ¿no hace presentir al autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho, comentada y explicada*, uno de los libros de más enjundia del mundo? El que escribe estos hondísimos *Salmos* de hoy, rellenos de un espíritu ansioso, amargado ¿no nos anuncia al futuro místico del *Tratado del amor de Dios*?

Con tener una tan grande trabazón interna toda la obra del gran poeta, no puede decirse nunca que un libro suyo sea definitivo. Cabe el *summum* de la perfección en un artífice, en un fabricante de mosaicos, en un inventor de un chirimbolo mecánico, pero el artista del temple de Unamuno, el alma llena de inquietudes y de anhelos, nunca acaba de manifestarse tal como es. Entre los literatos –el fenómeno se observa todos los días– el hombre es casi siempre muy inferior a su obra, ya que el estilo –lo que aquí llaman estilo– la perfección técnica y la colocación de las piezas en el tablero son cosas muy poco subjetivas. Los poetas, los grandes removedores de ideas, son, por el contrario, muy superiores a la obra, por hermosa y transcendental que esta sea. Como la ley es la estancación de la costumbre, la laguna donde se pudren las aguas corrientes de la conciencia colectiva, así el libro del pensador representa un momento, que muy pocas veces deja relucir y generalmente oculta otros análogos de su creador. Valle-Inclán, un exquisito literato, es la *Sonata de Otoño*, y Flaubert es *Madame Bovary*, y Eça de Queiroz es *A cidades e as serras*, mas Santa Teresa es ella y no sus libros.

Unamuno vive y vive enormemente despierto, y como al vivir, llora, ríe, rabia, canta y conoce el momento de la aurora y las horas del crepúsculo, escribe para desahogarse en nosotros, sus hermanos. También en esto es el reverso de nuestros profesionales que se fingen así mismos que aman, odian y ríen, para que la risa, el odio y el amor les sirva de hediondo tema literatesco. Un amigo mío tiene una «novia–Rubens» –rubios de oro los cabellos con reflejos metálicos, fofas las carnes y blandengues– para escribir d'apès nature no sé cuántas majaderías. De otro escritor se cuenta que hizo de un afamado pintor una novela. De muchos sé yo que saludan a una actriz, aguantan la charla insípida de un torero o la solemne y empachosa de un político para hacerles una crónica. *Et sic de coeteris*[274].

Unamuno, no, y eso que sus ataques, aún los más transcendentes, parecen siempre enfilados contra alguna persona concreta, de carne y hueso. Mas esto es distinto y, aún mejor, opuesto al procedimiento anterior que es anti-humano y repulsivo. Unamuno, como La Bruyere, necesita especializar primero para generalizar después, por lo mismo que sus acometidas le

[274] "Y así para los demás".

salen del batallar continuo. A un conejillo de Indias, a una ficha antropométrica, a un anormal, a una «novia Rubens» como la de mi amigo, el futuro psicólogo, no se les insulta; nos sirven de análisis y su misión concluye aquí.

Mil cosas más podría decir del temperamento del señor Unamuno, pero noto que ya divago demasiado, y que no es de él, sino de su libro *Poesías*, de lo que yo debo hablar aquí con alguna calma.

III

El libro del Sr. Unamuno –libro de versos– sorprende y desconcierta a todo aquel que no tenga oído. Yo creo seriamente en el prodigioso ritmo de las estrofas unamunescas, sin duda porque a él –y no a otros– he oído mil veces recitar las composiciones contenidas en este libro. Y no se me diga que esto es un expediente cómodo para salir del paso. Wagner no triunfó hasta que no le oyeron los públicos en discípulos educados en él; los tenores italianos, acostumbrados a las cavatinas, arias, etc., destrozaron horriblemente la música wagneriana. Carducci tuvo que luchar con el público de su país que no estaba educado para oírle, y hoy mismo, en el nuestro, es de muy buen tono, entre las gentes literarias, admirar a Rubén Darío, a Eduardo Marquina, a Juan R. Jiménez, etc., y he podido convencerme de qué modo más absurdo les leían.

Sabemos de tamboril, pero nos molesta el órgano. Sabemos de declamación –nuestros grandes lectores, cómicos muchos, son declamadores y declamadores malos– pero no llegamos al recitado. Declámese teatralmente este pasaje de Marquina y se estropeará:

Bajaremos al pueblo por la calle
donde habitabas tú de pequeñuela.
Allí, los viejos de hoy, mozos de entonces,
que te llevaron niña en sus rodillas,
te dirán al pasar aquellas rancias
palabras de cariño de los viejos
que como un vino secular confortan, etc.[275]

Quítese el énfasis a cualquiera de las detonaciones echegarianas, a nuestras pintorescas odas patrióticas con su cortejo de Lepanto, espanto, canto, santo, manto y Arapiles, viles, civiles, miles, etc., y no quedará nada. Unamuno quiere los versos densos, densos ante todo y sobre todo. El verso ha de tener su contenido y su perfección brota para el poeta de la identidad entre el pensamiento y la forma. La técnica de Unamuno, lejos de ser gárrula, es precisa. Dice lo que quiere y nada más que lo que quiere. Y lo dice con un ritmo singular, evocador de los viejos cantos hebreos, con un ritmo que tiene su tono singular y único. En los Salmos hay buenas pruebas:

¡Mira Señor, que va rayando el alba
y estoy cansado de luchar contigo
como Jacob lo estuvo!
. . . . . .
Lejos de mi el impío pensamiento
de tener tu verdad aquí en la vida,
pues sólo es tuyo
quien confiesa, Señor, no conocerte.[276]

No es exterior ni aparente la armonía de los versos de Unamuno: brota del pensamiento y este da justeza a la expresión. En los referidos *Salmos*, yo no he podido encontrar técnica más bella que la empleada por su autor. En buena hora dijo Rafael Urbano que los tales *Salmos* le dan la impresión de una maravillosa paráfrasis de los textos sagrados. Y no anduvo descaminado aquel escritor que afirmaba que Unamuno ha debido encontrar la vieja era de los olvidados poetas clásicos de la escuela salmantina. Unamuno ha venido, en efecto, a reanudar el hilo roto de la vieja tradición mística.

En Unamuno, lector, todo es movimiento y vida, todo es angustia y congoja. Es un libro para un espíritu ansioso y removido. Un idiota puede muy bien convertir en tangos bailables estas composiciones deleitosas. Tanto peor para él. Es un libro para las almas y no para las orejas de la carne, aun cuando sí para los oídos del corazón.

En él, la personalidad de Unamuno se exalta cada vez más y más. Sus problemas nos hurgan, nos remueven a todos. La inquietud mana abundantemente de los cantos de este gran

[275] Eduardo Marquina. *Elegías*. "La calle amiga"
[276] Miguel de Unamuno. *Poesías*. "Salmo I".

espíritu que busca y llama a su Dios para que le diga que es, para que le revele su nombre que es su esencia, y morir luego.

En otras composiciones –aunque las de índole religiosa son las mejores y quedarán para siempre– canta Unamuno a Castilla, tierra de místicos, y a la noble Cataluña, en cuyos destinos públicos ha influido tanto el rector de Salamanca. Las primeras, las castellanas, tienen para mí un encanto indefinible porque son el escenario de mi mocedad.

Hay otras, de incidentes afectivos; tiernas y delicadas algunas, *Al pie del sauce* y *El ciprés de la niña*; otras de una sublimidad desconocida en nuestra literatura; *Elegía a la muerte de un perro*; terriblemente irónicas, *Solemne verbum*, etc.

Lector, si los grandes problemas del espíritu te inquietan, acude a esta obra que acaso traiga una revolución necesaria a tu alma sencilla y poco atormentada; pero si eres ligero y fatuo, no te molestes en abrir este libro.

Vida Intelectual (1907)

Literatura y derecho

Aromas de leyenda (versos), por D. Ramón del Valle Inclán
Villavicencio, editor. Año MCMVII. Madrid

Ramiro de Maeztu, escritor de extraordinaria potencia cerebral, que viene mereciendo los plácemes de todo el mundo, desde que se dedica –y se ha dedicado casi siempre– a realizar una obra social desde las páginas de su diario, afirma, en uno de los últimos números de *El Nuevo Mercurio*, que «prefiere a D. Ramón del Valle Inclán como modelo y ejemplo de energía», entre la actual generación que, a todas horas, se moteja de modernista, sin que nadie se haya puesto de acuerdo sobre lo que el modernismo sea. Pero Maeztu no cree en el triunfo de la generación novísima. Su triunfo, a lo sumo, presume que ha de ser momentáneo. «Razón de más –concluye– para admirar el espíritu luchador del Sr. Valle Inclán, quien de haberlo puesto al servicio de una causa más practica y altruista a la vez, como, por ejemplo, el abaratamiento de los transportes ferroviarios, se vería convertido a estas fechas en gloria nacional, habría enriquecido a sus secuaces, encendido el optimismo patrio y conquistado la gratitud de generaciones venideras».

Hay, en efecto, un fondo de justicia en las afirmaciones del Sr. Maeztu, sin que, por eso, trate yo ahora de rebajar los méritos extraordinarios del Sr. Valle Inclán. Padecemos de una monotonía literaria, producida, entre los chicos del oficio, por la limpidez cristalina del estilo del autor de «Aromas de leyenda». Todas las cosas las mira la generación novísima, los cachorrillos del buen D. Ramón, por un solo cristal: por el cristal de la literatura. Se resoba, se limpia y se monda el estilo quitándole frescura y naturalidad para imitar al maestro. Se desdeñan las locuciones corrientes, se acude a los clásicos para aprender el manejo de la lengua, desdeñando a los gañanes. Hay la preocupación estilista, la cochina preocupación «esteticista», Y esta escuela, de cuyos extravíos no es ciertamente culpable Valle Inclán, llega al desprecio de todo cuanto no es literatura, aborrece a hombres estimables que dicen «empero» y «ahora bien» y ha llegado a considerar como delito social de la frase, el abandono de los giros y la despreocupación por la forma. Se torna a sentir de nuevo, en suma, aquel «odio literario» que obscureciera mil veces la serenidad crítica del ilustre Clarín y se intenta la «literalización» de la vida, como si toda ella se redujese a trabajar el estilo. De mí sé decir que los registradores de la propiedad me parecen bien y que guardo tanta gratitud al Dante como al humilde y desconocido autor de las aceras. Todos hemos venido para algo a este mundo, y Pero Grullo y Kant me agradan casi igualmente. La literatura, cosa excelsa y maravillosa es; pero las matemáticas, la obstetricia y el derecho hipotecario no están de más tampoco. Sí, querido Maeztu; el abaratamiento de los transportes ferroviarios ha de merecer mejor la gratitud de las gentes que el hallazgo de las cadencias largas y de las cadencias cortas. Padecemos de literalismo y hay que ir contra eso. Valle Inclán nos está causando estragos horribles –ya digo que sin intentarlo– porque se estudia demasiado su técnica –acaso porque es inimitable– y el arte deja de ser tal cuando se descorren los secretos de puertas adentro y se nos exhibe, en el estruendo y con la luz rabiosa de la plazuela, los chirimbolos, las quisicosas del «metier». El escultor que no trabaja en su taller, se expone a que los chiquillos traviesos de la vecindad estropeen su busto a pedradas y con bolitas de barro…

Hablemos ya del libro.

«Aromas de leyenda», contiene, a modo de prefacio, un soneto de Rubén Darío, donde se nos habla de «las barbas de chivo» y donde se nos dice que el poeta es un «viejo dios esquivo».

Rubén Darío ha visto, por último, como D. Ramón se arrancaba del pecho la saeta que le lanzan los siete pecados capitales.

Los versos de Valle Inclán son exquisitos y lapidarios. Si en su construcción ha existido un lento trabajo de forja, tienen la habilidad pasmosa de ocultar el esfuerzo. Dijérase que son trinos de alondra mañanera que saluda al sol. Son cantos argentinos, evocadores de misterios. Brota la armonía en chorros, a raudales, y son ellos como los ojos de una niña, y tristes, como el sedimento de alocados amoríos estudiantiles. Sus cadencias recuerdan el tañido de la campana del pueblo, que está cerca, cuando la oímos en la alborada y en la espesura del bosque; tienen la languidez de un canto gallego, la inocencia de una travesura infantil y la gravedad de una conseja aldeana. Son estrofas jugosas y frescas como los valles y aparecen como envueltas en una neblina azul. Saben a tomillo y a cantueso, y tienen la primitiva sencillez de los versos del Arcipreste de Hita y la maravillosa soltura de los de Jorge Manrique:

Tañía una campana
En el azul cristal
De la santa mañana
Oración campesina
Que temblaba en la azul
Santidad matutina.

Y en el viejo camino
Cantaba un ruiseñor,
Y era de luz su trino.[277]

Hay cuadros de tan exquisito color, de tanta justeza como este:

Bajo la bendición de aquel santo ermitaño,
El lobo pace humilde en medio del rebaño,
Y la ubre de la loba da su leche al cordero,
Y el gusano de luz alumbra el hormiguero,
Y hay virtud en la baba que deja el caracol
Cuando va entre la yerba con sus cuernos al sol.[278]

Y momentos de honda poesía:

El céfiro que vuela, como un ángel nocturno,
Da el amor de sus alas al monte taciturno,
Y blanca como un sueño, en la cumbre del monte,
El ave de la luz entreabre el horizonte,
Toca al alba en la ermita un fauno la campana,
Una pastora canta en medio del rebaño,
Y siente en el jardín del alma, el ermitaño,
Abrirse la primera rosa de la mañana.[279]

Y, para terminar, no concibo mejor elogio que el que ha de salir de los labios del lector, cuando conozca la lindísima composición «Son de Muiñeira» que transcribo casi integra:

Cantan las mozas que espadan el lino,
Cantan los mozos que van al molino.
Y los pardales en el camino.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!... Bate la espadela,
¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!... Da vueltas la muela,
Y corre el jarro de la Arnela…

El vino alegre huele a manzana,
Y tiene aquella color galana
Que tiene la boca de una aldeana

El molinero cuenta un cuento,
En la espadela cuentan ciento,
Y atrujan los mozos haciendo el comento.[280]

[277] Ramón María del Valle Inclán. “El milagro de la mañana”.
[278] Ramón María del Valle-Inclán. “Ave Serafín”.
[279] Ibidem.
[280] Ramón María del Valle-Inclán. “Son de Muñeira”.

Alma nueva, por D. Waldo A. Insúa.
Pérez Villavicencio, editor. Madrid, 1907

Es un libro muy discreto, muy discreto, este del señor D. Waldo A. Insúa, veterano periodista y escritor, que lejos de abandonar sus tareas, vuelve a ellas con nuevos ímpetus.

El Sr. Insúa es un hombre amable que no desentona nunca. Amigo de la normalidad, no quiere seducirnos con sacudidas violentas. Es templado, ameno y candoroso. Escribe con facilidad, y si bien sus cuentos no impresionan grandemente, también es cierto que no desagradan.

El Sr. Insúa me da la impresión de un estimable señor, reverencioso y cortés, que cuenta historias viejas y tibias a chiquillas atentas, junto al fuego de la chimenea del hogar; historias que no tienen interés, ni dejan de tenerlo. Los cuentos que contiene el nuevo volumen «Alma nueva» son pasatiempos que están bien. Ya digo que ni alegran ni enfurecen.

«Alma nueva» no inquieta al lector, cualidad muy recomendable en estos tiempos de aplomo, de equilibrio y de ponderación

Guignol (Teatro para leer), por José Francés.
Villavicencio, editor. Madrid, 1907

Entre la última hornada de escritores jóvenes, figura D. José Francés entre los primeros de línea. Yo le conocía por algunas notas bibliográficas que ha publicado «La Lectura» y por un cuento «Alma viajera»[281]. El primer libro suyo que he leído es este, sobre el cual escribiré brevemente.

Y siento decirlo: no me gusta. Me desagrada un literato que escribe «cuando finalizara su carrera, ya viejo, feble, egeno de músculos» (pág. 70); «salían los labriegos estelando humildanza» (pág. 78); «era un carcajear sano, excitante, en a» (pág. 62); «no quería placear sus deseos por temor a que lo dehortasen» (pág. 56); «tornose en silenciario y copetudo» (idem) y cosas por el estilo.

Estos señores literatos son incorregibles. No quieren convencerse de que la lengua es cosa dinámica y movediza. Para escribir bien, no hay necesidad de saquear a Gracián, ni a los antiguos, venerandos modelos. Cada época tiene su expresión literaria. Y es lástima que escritores que pueden escribir con entera naturalidad, se cuelen en laberínticas empresas, que conducen al ridículo o la indiferencia del público.

El Sr. Francés escribe con amaneramiento, y esto es intolerable en los jóvenes[282].

«Guignol» es teatro «para leer» según reza la portada del libro. Hay una tragedia, «La fuente del mal», que tiene marcada tendencia simbolista; un paso de comedia, en la terraza de un elegante casino, donde hay cocotas melancólicas, y un rey destronado y un viejo poeta amigo del rey que no recuerda ya sus viejas trovas: D. Alonso Quijano, ¡pobre D. Alonso!, que vive en compañía de Aldonza Lorenzo, prima en la fábula de Francés, de D. Alonso; y, finalmente, un cuadro monjil.

Este «teatro para leer», del Sr. Francés, es un conjunto de «lindas» cosas. Se ve, en ellas, el gusto de la época: femenil, sin alientos, sin fuerza y sin vigor. En el demuestra apreciables condiciones de novelista su autor. Entretiene.

Pero yo quiero algo más que «entretenimiento». Estas producciones recientes son demasiado objetivas, demasiado secas, para ser intensas. No vemos nunca al hombre en ellas. Son trabajos de artificio, no emociones de jóvenes. Aplaudiré con toda mi alma el día que encuentre entre los literatos recién salidos a luz, uno solo que me enoje o me subyugue por entero. «La inquietud –ha dicho Anatole France– hace sugestivo el pensamiento humano». ¡Y estos libros ni enojan, ni irritan, ni sugieren, ni agradan!

Las siestas del Cañaveral, por Federico García Sanchís.
Villavicencio, editor. Madrid, 1907

Otro libro editado por el Sr. Pérez Villavicencio, y editado con exquisito gusto como los anteriores, es esta colección de novelitas que da a la estampa este mozo verdaderamente de provecho y de brío, si abandona la excesiva preocupación de estilo. García-Sanchís interesa y conmueve hondamente al lector cuando se da tal como es: fresco, espontáneo y jugoso. Porque es demasiado sano, porque es un cordial amigo mío, debo decirle que pierde el tiempo si

[281] En un número de *El cuento Semanal* (Nota del autor)

[282] Por desgracia hay muchos que incurren en el mismo vicio. En una apreciable revista de provincias acabamos de leer la despedida de un joven deambulante que *ofrenda a tres damas el remembro de su amical afecto.* (Nota del autor)

prosigue considerando al arte como algo exotérico, como algo que es patrimonio exclusivo de los iniciados y de los sutiles. En sus *Romances*, primera parte de su libro y la más floja para mí, se adivina el afán de agradar, no al gran público, sencillo e ignorante de tiquis-miquis, sino a tal o cual tertulieja de amables ateneístas, cuya preocupación única, del alba a la noche, es la de pensar rarezas y embrollos para é*pater le bourgeois*, para interesar a los bobalicones amantes de las cosas extrañas.

El Sr. García-Sanchís, que tiene mucho talento, debe perder completamente el miedo a los murmuradores de café, a los estéticos de la *Maison Dorée*, para crear obra provechosa y juvenil. Se desata fácilmente del ideal propio para no incurrir en el desagrado de los definidores de la tertulia, y eso es un signo de cobardía impropio de todo muchacho de alientos.

El segundo cuento, *Yermo*, que esta dedicado al noble poeta Maragall, es una maravilla de observación y de fineza psicológica. Estaría mejor todavía, si Sanchís hubiera sacado todo el partido posible de los personajes que dibuja y del ambiente en que los coloca, haciendo de *Yermo* una novela hermosa a juzgar por los apuntes que nos ofrece.

Sanchís, que tiene conciencia de su labor de artista, debe regatear, antes de la hora del éxito enervante, toda clase de concesiones a un estado de opinión que no es el suyo, y seguir derechamente su camino, lleno de sanidad, de fuerza y de color.

Estas tertulias de murmuradores y de mozos horriblemente incultos se empeñan en estropear todo lo que de fuerte y de vigoroso les viene de fuera. Por eso, hay que insistir en el peligro; aparte de todo, tales mozos afeminados y fatuos, solo merecen la beligerancia que otorgamos a las moscas, Sanchís habrá de convencerse algún día y se preocupará menos de esta condenada manía de agradar.

El anarquismo. (Estudios sociológicos), por Federico Lindholm.
Versión directa del sueco, por E. Miñana. Madrid, 1907

La literatura sobre anarquismo va siendo, a estas horas, abundantísima y copiosa. El estudio del profesor Lindholm, que no tiene, ciertamente, intenciones transcendentales, ni grandes conocimientos en torno al tema, no pasa de la categoría de un folleto impresionista, como tal, recomendable y útil.

Afortunadamente, los países del Norte se han visto, hasta la fecha, más libres de los crímenes terroristas que los pueblos meridionales (Francia, Italia y España). Federico Lindholm se limita a exponer algunas ideas de Kropotkin y Max-Stirner, a rebatirlas y a sospechar, con discreción, que el anarquismo actual es efecto, en parte, del malestar económico, que le da vitalidad y fuerza. Su plan terapéutico es complejo y digno de aplauso, porque sus tendencias reformistas alcanzan por igual, a las esferas jurídica, moral, política y religiosa.

Reseña también, en larga enumeración, las evoluciones últimas de la acracia, los crímenes terroristas más odiosamente famosos y dedica los dos últimos capítulos del libro a exponer las orientaciones de Narr, Weitling, Max-Stirner, Bakunin, Kropotkin, etc., respecto del problema y a resolver el problema de la delincuencia anarquista en el sentido de que los legisladores «dediquen muy especialmente sus esfuerzos en pro del mejoramiento del proletariado».

El libro en cuestión dedica sus apéndices a publicar un famoso artículo de Conte sobre la intervención que pudo tener Carlos Malato en el atentado contra Don Alfonso XIII y Mr. Loubet en París, a comentar la prensa anarquista contemporánea, y, finalmente, a presentar un resumen de la legislación mundial contra el anarquismo.

Es un libro bastante útil para todos y que se deja leer con agrado, gracias, sin duda, a la clara versión del señor Miñana, que hace un estudio preliminar sobre el tema, documentado y erudito, donde expone el concepto, las causas y lo remedios del anarquismo.

Vida Intelectual (1907)

"La Nave" y los austriacos

Gabriele d'Annunzio, el *poseur*[283] más inaguantable de la tierra, está obteniendo un éxito político con su última obra teatral, *La Nave,* éxito que nace cuando el otro, el literario o artístico, está ya suficientemente aquilatado y discutido. A los austriacos se les ha ocurrido protestar de aquel verso,

[283] Presumido, en inglés

fa di tutti gli Oceani il mare nostro,[284]

al que dan una endiablada intención de futuras conquistas próximas, y han enviado notas diplomáticas a Roma pidiendo explicaciones concretas sobre la intención que quiso dar D'Annunzio a su brindis famoso; y, para remate de fiesta, un escritor vienés, el barón Leopold von Chlumecky, publica un artículo en la revista *Osterreichische Rundschau,* que ha sacado de quicio a los buenos patriotas italianos, que piensan ya en fortificar sus fronteras y en prepararse para cualquier acontecimiento desagradable que pudiera sobrevenir.

«Gabriele D'Annunzio –escribe Chlumecky en su tan comentado artículo– ha querido obtener un éxito loco y dejando aparte el terreno artístico, se ha colado de tapadillas en el de la política populachera. Rovetta le había enseñado el camino decidiéndose a hacer vibrar en el alma italiana el nervio sensible del odio contra el Austria, escribiendo, a este fin, un drama retórico, que ha desencadenado, durante cinco años, en todos los teatros de Italia, tempestades de injurias contra Austria y aplausos en Trieste y en Istria."

El barón austríaco encuentra en toda *La Nave,* del prólogo a la cruz, toda suerte de alusiones veladas contra el Austria. Verdaderamente, es demasiado extraordinaria la sagacidad del señor barón, pero no da su brazo a partir y dice las cosas más pintorescas que puedan imaginarse. *"¡Rendici l'Adriático! ¡Purga dai pirati il nostro mare! ¡Tutto l'Adriático per la gloria dei Veneti!"*[285] Tales palabras, son para el señor barón, una provocación intolerable. No recuerda que las frases del gran poeta que he subrayado, y que he dejado en su lengua nativa porque se pueden traducir fácilmente por todos, quieren resucitar un pasado de esplendor. Muy al contrario: se trata de evocar un futuro glorioso. "¿Quién ha triunfado en *La Nave* –se pregunta Chlumecky– el poeta o el demagogo? Indudablemente el demagogo.» Y ahuecando la voz, dando a sus palabras aires proféticos y graves, exclama el buen austríaco: «¿No sabe D'Annunzio que estos dramas contienen gérmenes peligrosos y que pueden dar lugar a acontecimientos políticos dramáticos, y, tal vez, trágicos?

Nosotros, por nuestra parte opondremos –concluye el articulista– a *La Nave* de D'Annunzio las naves de nuestra pequeña flota de guerra que aumentaremos y reforzaremos; reconquistaremos la Dalmacia política y económicamente; y trataremos de apretar con los más fuertes lazos a la población eslava del Adriático.»

Tales salidas de tono, que, en la ocasión actual, no tienen el más ligero fundamento, han producido un estallido de patriotismo y las más sangrientas burlas. D'Annunzio consigue, de paso, que se vaya hablando de él. Y los estudiantes, piensan hacer una excursión a Trieste que acaso se haya realizado ya cuando estas líneas lleguen a manos del público. De lo desagradable que, con tal motivo haya podido ocurrir, habrá sido culpable este barón Leopold von Chlumecky, que resucita importunamente rivalidades antiguas y hondas.

Nuevo Mundo (23-04-1908)
Boletín Mercantil de Puerto Rico (27-05-1908)

Varios

Da un carteggio inedito di Giosue Carducci, con prefazione di *Antonio Messeri*. Zanichelli e Cappelli, coeditori.– Vol. in 8 de 183 págs.– Precio, 3 liras.

Acaban de publicarse, aquí, en Bolonia, algunas de las cartas que el gran poeta italiano dirigió a su grande amiga y admiradora la Condesa Silvia Pasolini-Zanelli, en los últimos años de su vida. El volumen sobre el que escribo en este momento no es, pues, un epistolario completo del recio y varonil autor de las *Odas Bárbaras,* pero las diez y ocho cartas que contiene poseen, indudablemente, un gran valor anecdótico.

Recuérdese que, allá, en los últimos meses del año 905, los periódicos anticlericales afirmaban y publicaban, a tambor batiente, que Carducci se estaba tornando imbécil; que, aprovechándose los sacerdotes de esta imbecilidad, penetraban en la casa del gran poeta y conseguirían convertirle al Catolicismo, y que, finalmente, el alma de todos estos manejos de los clérigos

[284] "*fa di tutti gli Oceani il mare nostro*" ("haz de todos los océanos nuestro mar")
[285] "¡Rendid el Adriático! ¡Limpiad nuestro mar de piratas! ¡Sea todo el Adriático para la gloria de los venecianos!"

era la Condesa Pasolíni-Zanelli. La negación más rotunda de tales leyendas es, precisamente, este epistolario. Que Giosué Carducci conservaba íntegras sus facultades mentales harto lo demuestran estas cartas, que comprenden desde el 18 de Julio de 1897 hasta el 11 de Abril de 1906, es decir, diez meses antes de la muerte del poeta, ocurrida aquí, en Bolonia, en Febrero del año pasado. De las creencias religiosas de Carducci nos habla esta carta, que lleva el núm. 16 en la colección, que transcribo casi íntegra y que no me atrevo a traducir, dejándola en la lengua en que fue escrita:

«Voglio fare le mie confesión –escribe Carducci, desde Bolonia, el día 23 de Diciembre de 1905–; cioè vo'dir cose che, dopo morto, tolgano ogni dubbio del come io pensassi e credessi.

Cominciamo dal principio; da Dio, o da chi è tenuto Dio.

Poco più che ragazzo cominciai un inno a Cristo, cosi:

Io non so chi tu sia, nè per che modo
venuto se'quaggiú...

applicando a Cristo i versi che Dante poneva in boca ad Ugolino.

Uomo fatto, rincarai con parole mie proprie quel che avevo accennato di sbieco, segnatamente nella *Chiesa gotica:*

O inaccessibile re degli spiriti,
tuoi templi il sole escludono.
Cruciato martire tu cruci gli uomini,
tu di tristizia l'aër contamini[286]
e nelle *Fonti del Clitumno:*

...un Galileo
di rosse chiome el Campidoglio ascesc,
gittolle in braccio una sua croce é disse:
–Portala, e servi–[287]

Y continúa a renglón seguido, el poeta: «E certo sono cose forti e indimenticabili. Confesso che mi lasciai trasportare dal principio romano, in me ardentissimo: e fu troppo. Ma quasi al tempo stesso soavi cose pensai e scrissi di Cristo:

Oh, allor che del Giordano aí freschi rivi
trae le turbe una gentil virtú, etc.[288]

Y concluye la confesión del poeta a su amiga de este modo:

«Resta che ogni qual volta fui tratto a declamare contro Cristo, fu per odio ai preti; ogni volta che di Cristo pensai libero e sciolto fu mío sentimento intimo. Ciò non vuol dire ch'io rínneghi quel che ho falto: *quel che scríssí, scrissi; e la divinità di Cristo non ammetto.* Ma cer-

[286] Carducci, *Poesie* (Ed. Zanichelli), pag. 817. (Nota del autor)
[287] Carducci, *Poesie*, idem id., pág. 804. (Nota del autor)
[288] Per Giuseppe Monti é Gaetano Tognetti, en *Poesie*, ídem, pág. 415. (Nota del autor)

TRADUCCIÓN: «Quiero hacer mis confesiones, o sea, quiero decir cosas que después de muerto, no dejen duda de cómo pensé y creí.

Comencemos por el principio; sobre Dios o de lo que se entiende por Dios.

Siendo poco menos que un niño comencé un himno a Cristo que decía así:

No sé quien eres, ni por qué
viniste aquí abajo…

aplicando a Cristo los versos que Dante puso en boca de Ugolino.

Siendo ya hombre adulto con mis propias palabras añadí a lo que había insinuado anteriormente, en concreto en la *Iglesia gótica*.

Oh, inaccesible rey de los espíritus,
tus templos excluyen el sol.
Mártir crucificado crucificas a los hombres,
tu tristeza contamina el aire.
Y en las Fuentes de Clitumno:
… un Galileo
pelirrojo ascenció al Campidoglio,
puso en su brazo su cruz y dijo:
- Llévala y sirve.

Y ciertamente son cosas fuertes e inolvidables. Confieso que me dejé llevar por el principio romano, muy ardiente en mí: y fue demasiado. Y casi al mismo tiempo pensé y escribí cosas dulces sobre Cristo:

Oh, qué frescas corrientes fluyen del Jordán
que trae a las multitudes una virtud dulce, etc.

to alcune espressioni son troppo; ed io, senza adorare la divinità di Cristo, mi inchino al gran martire umano.»[289]

Las leyendas de los periódicos anticlericales, que llegan a oídos del poeta, por medio de un recorte del diario boloñés *L'Avvenire d'Italia,*[290] no le inspiran comentarios fuertes; pero cuando estas leyendas suponen a la Condesa Pasolini como alma del movimiento clerical que quiere convertirle a toda costa, el poeta se desata en ira y prorrumpe en todo género de dicterios contra los periodistas:

«E come Voi usate dire –escribe a la Condesa con tal motivo– la *pitantana*[291] mi aveva colto sul serio; e chi sa che cosa avrei scritto a quei cialtroni, degno di loro e dell'ira mia; se poi uomini di senno, e voglio contare specialmente in questa categoria il Bacchilega[292], non mi avessero persuaso che erano parole spese inutilmente, e che nessuno badava a quel che era scritto in quel giornale, e che quella turba di mascalzoni non vale il

... fango che mi lorda i piedi.»[293]

El libro del que vengo hablando contiene un brillante prefacio de Antonio Messeri sobre Carducci y la Romaña, y está editado con sumo gusto por sus editores. Lo ilustran numerosas fotografías de escenas de la vida de los últimos años del poeta. Se deja leer con facilidad, de un tirón, y en esta ciudad tan querida y tan cantada por el supremo poeta, su publicación ha constituido un interesante acontecimiento literario.

La Lectura (Mayo-1908)

Varios

I problemi de l'Italia contemporanea.- La política clericale e la democrazia, por *R. Murri,*

Societá Naz. di Cultura. Roma, 1908. Precio: 2,50 liras[294].

No sería muy aventurado suponer que Rómulo Murri ha sido el precursor del modernismo católico en Italia. Sus campañas en la *Cultura Sociale* primero, en la *Rivista di Cultura* después, su intervención en el célebre Congreso de Bolonia poniéndose a la cabeza de los socialistas cristianos, su famosa *interview* del año pasado con el *Giornale d'Italia,* donde se declaró él –un sacerdote católico– furibundo anticlerical, sus trabajos de organización en la Liga democrática social han aumentado su creciente popularidad en toda Italia. Es el político del movimiento neo-católico, como Fogazzaro es el literato.

El libro que tengo ante la vista trata de marcar orientaciones al partido neo-católico italiano. Y desde luego se nota que este sacerdote, suspendido *a divinis* el año pasado por los manejos de la derecha intransigente del Vaticano, es de una habilidad pasmosa en sus raciocinios. Tal vez mira unilateralmente los problemas, tal vez no ha sacudido enteramente de su mollera los inocentes asaltos de los torneos silogísticos del Seminario, pero hace gala de una inteligencia flexible que ve mucho y que ve muy lejos.

La mayor parte de estos estudios, *De un Papa a otro, Por la autonomía política de los católicos, Los primeros católicos en el Parlamento, La nueva política eclesiástica,* etc., han visto ya la

[289] «Queda por decir que cada vez que traté de clamar contra Cristo, fue por odio a los curas; cada vez que pensé libre y distendido sobre Cristo fue mi sentimiento íntimo. Esto no quiere decir que reniegue de lo que he hecho; lo que escribí, escrito está; y no admito la divinidad de Cristo. Si bien ciertamente algunas expresiones son excesivas; y yo, sin adorar la divinidad de Cristo, me inclino ante el gran mártir humano.»

[290] *L'Avvenire*, vaticanista, clerical conocido por sus violentas campañas contra Linda Murri, copiaba del *Asino*: «... el poeta ha llegado casi a un estado de inconsciencia y los curas se aprovechan de su estado para invadirle la casa, esperando que se confiese a última hora.» (Noviembre de 1905.) (Nota del autor)

[291] Pitantana. Palabra veneciana, equivalente a desdén, cólera, etc.

[292] Un amigo del poeta. (Nota del autor)

[293] «Y como Vos acostumbráis a decir me había tomado en serio la indignación; y quién sabe lo que hubiera escrito a esos sinvergüenzas, digno de ellos y de mi ira; si entonces hombres de sentido, y quiero contar especialmente en esta categoría a Bacchilega, no me hubiera persuadido de que eran palabras dichas en vano, y que nadie prestó atención a lo que estaba escrito en ese periódico, y que esa turba de bribones no merece

...el fango que ensucia mis pies.»

El verso último es de Vincenzo Monti. *Poesie Politiche*. "La Mascheroniana", canto terzo.

[294] En 1911 Sánchez Rojas traducirá esta obra de Murri al español.

luz en revistas. Algunos otros, como *La crisis religiosa en Francia,* son correspondencias escritas al *día,* precipitadamente, para periódicos de gran circulación. Todos están animados de una honda y cálida elocuencia que hace agradable y seguida su lectura. Murri no es precisamente un analista reposado y sereno, sino un buen italiano, lleno de pasión y desbordante de ingenio, poseído del afán del proselitismo.

Al final del libro, como apéndice, publica Murri varios de los más conocidos documentos de la *Lega democrática nacionale.* Uno de ellos, relativo a la política cultural, nos interesa desde luego. Los modernistas piden, entre otras cosas, el monopolio por parte del Estado de la instrucción elemental y secundaria de *todos* los institutos de educación, la *abolición* de la enseñanza religiosa en las escuelas elementales, exámenes de habilitación por cuenta del Estado y, finalmente, la enseñanza de la historia comparada de las religiones, de la filosofía de la religión y de la historia del Cristianismo en las más concurridas Universidades italianas.

El catolicismo romano y vaticanista está recibiendo a todas horas, en este país que comienza a preocuparse seriamente de asuntos religiosos, terribles de maza. Un día es un artículo de Minocchi; otro, un libro de Giuseppe Prezzolini sobre *Il Cattolicismo rosso* –del cual hablaré otro día–; un tercero, un opúsculo terrible de Papini: en seguida, una carta anónima de sacerdotes católicos contra la última Encíclica del Pontífice. El conflicto no se remedia con excomuniones, a lo que parece. Los focos de rebelión son, precisamente, los Seminarios. Y los rebeldes, cada vez más confiados, no se cansan ni se asustan.

Buena prueba de esta asiduidad en el ataque es este volumen sobre *La politica clericale e la democrazia.*

La veritá sul processo contro la contessa Linda Murri Buonmartini, por *Karl Federn*. Prefazione di *Björnson Björnstierne*. 1908. Tres liras.

El autor de esta monografía es un erudito publicista alemán que ha escrito sobre cosas de Italia y que ha comentado ingeniosamente al Dante en su país. En este libro, que el mismo autor ha vertido al italiano, se revela como un hombre habilísimo, seguro, agradable y ameno. Escribe con elegancia y con soltura, y nos da, en absoluto, la impresión de habérnoslas con un hombre latino. De su raza conserva la seguridad dialéctica, el método y la precisión.

Karl Federn quiere probar al lector la inocencia de la famosa Linda Murri en el asesinato de su marido el Conde Francisco Buonomartini. Para ello el paciente alemán ha estudiado durante dos años las piezas del proceso, sin olvidar tampoco los materiales que pudieran aportarle alguna luz (periódicos, folletos, las Memorias de Linda, los discursos de los abogados de defensa y de la acusación, etc.), y ha compuesto este agradable estudio.

El cual nos da la impresión de que los jueces y la opinión pública se equivocaron lamentablemente en el caso Murri juzgando con una precipitación infantil. Cada incidente nuevo (la detención de Linda Murri y de su amante el Dr. Secchi, la supuesta complicidad del Dr. Pío Naldi, las acusaciones insidiosas y canallescas del *Avvenire d'Italia* contra el famoso maestro Augusto Murri, padre de la Condesa y de Tulio, el asesino del Conde, etc., etc.), destruía la fábrica del juez instructor, que tenía que acudir a nuevas hipótesis para urdir sus cargos contra los detenidos. El proceso fue, además, como todo el mundo sabe, político, y los clericales aprovecharon la coyuntura para jugar una mala partida al maestro Murri, que está afiliado a las logias francmasónicas. Luego, la altura social de los supuestos delincuentes deslumbró a unos y a otros, no permitiéndoles ver claro ni penetrar en la médula de la cosa.

Karl Federn estudia detenidamente el influjo pernicioso de la prensa de partido en el asunto, y rebate con garbo y con acierto las leyendas que circularon por toda Europa a raíz del asesinato.

Para el autor, el único delincuente, de delincuencia probada por su propia confesión, es Tulio Murri, hombre violento y generoso, que aseteó [sic] a puñaladas a su cuñado en un momento de cólera por suponerle incompatible con su hermana. El muerto, por el contrario, era, en opinión de todos, un hombre libertino y pródigo, que daba citas a las *cocottes* en su propia casa y que no se recataba de contar a su mujer las más vergonzosas intimidades eróticas.

La monografía está llena de esbozos psicológicos muy acertados. El autor reproduce varias cartas de Linda Murri a sus hijos, que son un prodigio de delicadeza y de ternura.

El dramaturgo noruego Björnson Björnstierne prologa el libro. Como el autor, sostiene la inocencia de Linda Murri, que le parece evidente después de haber leído cuanto se ha publicado sobre el particular.

Les dieux s'en vont. D'Annunzio reste, por *F. S. Marinetti*, París, I908. Precio: 2 francos.

El Sr. Marinetti, director de la conocida revista internacional *Poesía,* que escribe el francés con la misma corrección que su lengua materna el italiano, publica libros en Francia sobre asuntos italianos y en Italia sobre cosas francesas. Su revista tiende, ante todo, a aproximar literariamente a las dos naciones latinas, y deja, de vez en cuando, algún rincón a los poetas españoles. ¡Dios se lo pague!

El Sr. Marinetti dedica, por esta vez, sus habilidades lingüísticas a poner en solfa las bizarras extravagancias del autor de *Più che l'amore.* Después de leído el libro de un tirón en un viaje, he pensado que Marinetti no las condena del todo, y que, a la larga, le tienen sin cuidado, como al resto de los mortales. Yo no apruebo las intenciones del autor por esta sospecha. Si Marinetti ha querido burlarse en serio de Gabriele D'Annunzio no tenía necesidad de haber escrito un libro: con un artículo tenía de sobra. Si ha querido, por el contrario, congraciarse con el poeta, bastaba con haberle escrito una carta particular. De todos modos, lo peligroso de estos libros es que producen siempre un efecto contrario del que sus autores, por muy morales que sean, se proponen. Sirven de *réclamme* a la vanidad, lo que es muy malo; sirven de pasto a los maldicientes, lo que es peor y siempre, siempre, son labores inútiles, para un día, de cuya paternidad se reniega a la semana siguiente. En este caso particular ha servido para que todos los majaderos que admiran en D'Annunzio lo mismo sus talentos que sus extravagancias, canten un himno a su dios.

Marinetti, reconociendo el valor artístico inmenso del buen *posatore,* haciendo resaltar a cada paso sus condiciones de poeta, de novelador, de estilista exquisito, nos va contando toda la vanidad enorme de Gabriel el Magnífico. Un día, el autor de *Il fuoco* invita a comer, en su casa, a Eleonora Duse y a su editor, y él se sienta a la mesa sobre un trono. Otro día se baña en el mar completamente desnudo montado en uno de sus caballos favoritos, y a la salida del baño, una trágica insigne, ¡la pobre Duse, sin duda!; le cubre triunfalmente con un manto real. Otro... pero ¿a qué seguir?

Todo esto es sencillamente necio; necio y vergonzoso.

Mal hace Marinetti propagando por esos mundos las comidillas caseras de los escritores italianos. El mayor bien que podemos hacer a D'Annunzio es olvidarle en absoluto al leer sus libros. A mí me cuesta trabajo declarar que el autor de *La Nave* sea algo más que un hábil y peregrino falsificador de las más singulares emociones artísticas. Cuanto más me hablan del hombre menos me gusta el escritor.

Beato Angelico, con *163* ilustrazioni.- **Benozzo Gozzoli e la sua scuola**, con 121. Dos volúmenes de la colección Alinari. Firenze, sin año. Precio de cada volumen, 5 liras.

La mayor parte de mis lectores conoce seguramente los volúmenes que, dedicados a los mejores pintores del mundo, está publicando un editor londinense, el Sr. Gowans.

Esta colección tan elegante y tan popular del editor inglés apenas vale la pena si se la compara a la que ha comenzado a publicar en Florencia, para servir de *réclamme a* sus fotografías, un conocido artista florentino, el Sr. Alinari. Hasta la fecha van publicados dos libros dedicados, el uno, al Beato Angélico, y a Benozzo Gozzoli y sus discípulos el otro. Los grabados, reproducciones fotográficas estampadas en un papel duro, agarbanzado y fuerte, son verdaderamente maravillosos.

Ambos bellos libritos llevan un prefacio del editor sobre la personalidad y la significación artística de ambos pintores.

Recomiendo su adquisición a los coleccionadores de estampas y a los entusiastas de los dos grandes pintores italianos.

La Lectura (Septiembre-1908)

Varios

Nuevas castellanas, poesías de *José María Gabriel y Galán*. Prólogo de *Emilia Pardo Bazán*. Salamanca, imprenta de Núñez, 1905.

He aquí un nuevo tomo de versos del poeta salmantino Gabriel y Galán, que no aumenta ni disminuye la gloria de su autor. Con la muerte del poeta-labriego, «cuidadoso de su huer-

to» como el maestro León, coincidió una crisis poética, que hubiera dado, definitivamente resuelta, ópimos y sazonados frutos. Quiero decir que Galán se iba haciendo *otro* cuando le sorprendió la muerte en su lugarejo. Sentía más intensamente, no digo más poéticamente que antes, la Naturaleza; era más natural en la expresión poética; a medida que se le iba definiendo su panteísmo –Galán tenía un espíritu panteísta debajo de su coraza de católico– conocía mejor el alma de las cosas.

En *Nuevas Castellanas* se inicia el alborear de un poeta más de su tiempo, más siglo XX, que al andar de los años hubiera casado bien con B. Jiménez, Villaespesa, Marquina, Machado...

Un ansia de fecundidad monogámica, casta, genuinamente charra, vivifica las páginas del libro.

Así dice en las *Sementeras*, una de las más bellas poesías del autor, y de la que hizo un cumplido elogio la Sra. Pardo Bazán en ocasión solemne:

¡Aquella del hogar sí que es hermosa!
¡Aquella si que es santa sementera!
También yo la presido,
también Dios la bendice y la gobierna.
. . . . . .
¡Señor, que das la vida!
Dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

Y en otra parte (*El barbecho*):

¿Qué es el barbecho, Teresa?
Si amor no está en él, confiesa
que barbecho es un erial.

Y en el hermoso romance octosílabo *Noche fecunda*:

Juan Antonio está aterrado,
rígido como una estatua,
mira a las cerradas puertas,
que súbito se abren ambas,
y oye que desde una y otra
se dicen estas palabras
uno de los del establo
y una de las de la sala:
- ¡Dos churros... y dambos muertos!
- ¡Dos niñas... y vivas dambas!

Y, finalmente, en su *Canción* –última poesía que escribió Galán pocos días después de la muerte de su padre y pocos días antes de la suya propia– exclama:

¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

Por todas partes la fecundidad abrahámica, la sementera del amor, el ansia de los retoños y de los gérmenes que perpetúen la vida del poeta.

El prólogo de la Sra. Pardo Bazán, lleno de jugo y de donaire, es un estudio crítico de la personalidad artística del poeta salmantino. En él campea una observación prodigiosa, lírica, del paisaje castellano. El recuerdo del viaje de la autora a Salamanca, en Marzo de 1905, le sugiere sabrosos comentarios acerca del espíritu regional, en el cual la Sra. Pardo Bazán ha querido ver un paréntesis de entusiasmo. ¡Ojalá fuera así! Pero lo cierto es que el castellano, contemplando todavía su ombligo histórico, sigue adormilado, indiferente en su colosal modorra.

La política en 1906. Del Rey abajo ninguno. Estudio crítico, por *A. de Lara y Pedrajas*. Madrid, 1907.

El Sr. de Lara y Pedrajas ha publicado, en un librito de algo más de 100 páginas, sus impresiones sobre los acontecimientos políticos del año pasado. Acabo de leerlo y me ha parecido un libro bastante desigual, en conjunto; a ratos, ameno, interesante y atractivo; machacón,

fastidioso y uniforme, a las veces. Todo él parece hecho de un tirón, y la pluma más gallarda, lo mismo que el ánimo más varonil, se cansa, en cuanto produce más de lo normal, en un tiempo determinado.

Como los acontecimientos de 1906 han sido de bulto –el pleito de las jurisdicciones, la conferencia del Rector de Salamanca en la Zarzuela, la boda del Rey, la Conferencia de Algeciras, las riñas enconadas entre los compadres liberales, la sucesión vergonzosa y cinematográfica de los Ministerios–, el Sr. de Lara y Pedrajas tiene hartas ocasiones de lucirse y de comentar. Pero también los comentarios son desiguales. Casi siempre pasa del blanco o se queda atrás, y alguna vez conscientemente, por el empeño, demasiado visible en el autor, de no atacar lo inatacable, de no llegar, con sus censuras, a las inviolables esferas, nos cuenta cosas inocentes y pueriles.

Al hablar del pleito entre el Parlamento y los señores Oficiales de nuestro Ejército, el Sr. de Lara y Pedrajas sabe incomodarse briosamente. Y en algunas impresiones de ambiente (*Los Ministros y El Congreso ante el país*), moja su pluma en sangre, y suelta a la desesperada, no palos de ciego ni porrazos de gañán, sino finas, delicadísimas ironías, alfilerazos que duelen de veras. ¡Lástima que sea tan poco delicada la epidermis de nuestros profesionales de la política!

Con los desmayos que van apuntados, y que serán corregidos sin duda alguna por su autor –ya que éste nos promete, al final de cada año, impresiones análogas a las del volumen que originan esta nota bibliográfica–, el librito *La política en 1906. Del Rey abajo ninguno*, merece leerse y meditarse.

¡Meditarse, señores literatos, meditarse! El Diputado, el Ministro, el cacique, el diplomático, el Gabinete, todas estas cosas deben llamar nuestra atención para ensalzarlas o para barrerlas. Que no se encierra, ciertamente, todo Madrid y, por descontado, toda España, en los salones de la Cacharrería del Ateneo. Hay muchas cosas que ver y que estudiar.

La Lectura (Septiembre-1908)

Varios

Il pensieroso. Studio su Enrico F. Amiel, por *C. B. Marchesi*. Ulrico Hoepli, editore. Milano, 1908. Precio: cuatro liras.

No tenía el gusto de conocer, antes de ahora, ningún escrito del Sr. Marchesi. Si leí su estudio sobre Amiel fue, ante todo y sobre todo, por el interés que siempre me ha despertado la personalidad complejísima e inquietadora del filósofo ginebrino. Y confieso, desde luego, que el autor del libro me gustó mucho, y que, desde ahora en adelante, buscaré todo cuanto publique el distinguido publicista italiano.

Porque el Sr. Marchesi es ¡*rara avis*! un hombre. Un hombre pasional, irreflexivo, injusto a las veces con el pobre Amiel, pero un hombre que desdeña las preocupacioncillas literarias y que quiere descubrirnos un corazón en un *dilettante* y una orientación fija en quien, como Amiel, pudiendo serlo todo, se conformó con no ser nada.

En Amiel hay un poeta, un pensador, un filósofo, un místico –más a la española que a la francesa–, un exquisito pintor de paisajes –«el paisaje es un estado de alma»–, todo esto y muchas cosas más; pero Amiel carece –y la aseveración de Marchesi lleva trazas de confirmarse– de una personalidad. Amiel se confunde con las cosas. Siente en sí mismo la vida de todo el universo: si repasa la historia, se agitan en él las luchas de todas las generaciones; si estudia filosofía en su obscuro cuarto estudiantil de Berlín, batallan en su cerebro todas las contradicciones de todas las escuelas. Amiel asimila y no crea; recibe y no da, no precisamente por codicia o pobreza de entendimiento, sino por exquisito aislamiento aristocrático. En él, un hombre de tanta cultura, y, sobre todo, de tan fina y delicada sensibilidad, hay un *egaré*, un incomprendido, que prefiere la postura de hombre vulgar ante sus infantiles paisanos, candorosos y unilaterales, que no se inquietan nunca sino ante un mal negocio mercantil. Después del catolicismo, es el calvinismo, el calvinismo de Ginebra, el más perfecto símbolo de la frivolidad al uso, pese a todas las austeridades aparentes.

Muchas veces me he preguntado, en Ginebra, leyendo y releyendo con fruición los *Fragments d'un journal intime*: ¿pero Amiel pudo vivir tanto tiempo entre aquella gente? La empachosa democracia calvinista uniforma las inteligencias de los ginebrinos. Todos piensan y sienten del mismo modo. Son tan correctos y tan meticulosos en su vida pública, como ligeros e irresponsables ante los altos problemas del espíritu. El Estado, no sé si creador o criatura de

la Iglesia reformada, impone la conducta externa y el sentimiento íntimo, y echa al mundo una casta de seres rígidos, inaguantables y automáticos, ante los cuales, naturalmente, no fue Amiel más que un buen payaso ingenioso, exquisito *causeur* de los salones –¡qué salones los de los relojeros ricos!– y de las tertulias de las señoras de los profesores

Marchesi protesta una y mil veces de este doloroso mariposeo intelectual del pobre Enrique Federico Amiel, y la protesta del publicista italiano parece una acusación de su raza fuerte en grandes individualidades, Leonardo, Miguel Ángel, Maquiavelo, etc., contra los suizos hábiles, astutos y cortados todos por el mismo triste rasero. Brota en sus páginas el fuego santo de Savonarola y la confianza del secretario florentino en los destinos de su república. En España, en Italia, Amiel hubiera sido un santo avasallador y afirmativo, que tendría, como Don Quijote, la conciencia de sus propios actos. En Ginebra no pasó de un profesor obscuro.

Marchesi estudia en su libro los diferentes aspectos de la personalidad de Amiel. Con gusto me detendría en el capítulo que se refiere a las ideas religiosas del pobre autor del *Diario Íntimo*, si ciertas ampliaciones y exégesis no estuvieran mejor en otros lugares de esta misma Revista.

Como he de tratar varias veces en estas páginas de asuntos religiosos, ya volveré sobre Amiel otro día.

Il canti di Giacomo Leopardi, con prefazione e note di *Michele Scherillo*. Ulrico Hoepli, editore. Milano, 1907. Precio: 1,50 liras.

El volumen que tengo a la vista está destinado a las escuelas y a las personas estudiosas. El mayor número de sus páginas está consagrado a un excelente trabajo biográfico y exegético del Sr. Scherillo sobre Leopardi. Los extranjeros, que harto hacemos con leer de cabo a rabo los libros de los grandes escritores italianos, sin que nos sobre el tiempo para decidirnos y tomar posiciones en las pintorescas querellas de los señores eruditos, debemos larga gratitud al señor Hoepli que sabe darnos en libros elegantes y baratos, dosimétricamente, para que no tengamos indigestiones, todo cuanto se ha dicho o escrito sobre escritores de tanta alteza mental como el triste poeta de Recanati. Desde que el Gobierno italiano encargó a los editores de Florencia, Sres. Monnier, la publicación oficial de los libros del conde Leopardi, ha llovido sobre los desocupados un montón de documentos acerca de la parentela, la educación y los amores del poeta del dolor. Y el Sr. Scherillo, un distinguidísimo crítico, sabe extractarlos, comentarlos con donaire y ofrecernos con discreción lo más saliente de tales documentos.

Queda absuelto de todas las acusaciones que han cargado sobre él el conde Monaldo, padre del poeta, uno de tantos condes como ha producido Italia, tan fecunda en ellos, ligero, tonto, grafómano y sin una peseta. En cambio, sobre la madre de Leopardi, la marquesa Adelaida Antici, quedan en pie, esperando el fallo definitivo y acusador, los más terribles cargos. Aquella buena señora, cargante y seca no dio jamás un beso al «povero Giacomino», sediento de ellos. Y los hermanos del poeta, y el mismo Monaldo, que lo adoraba, están conformes siempre en acusar a aquel castizo símbolo de la vieja aristocracia papal, aristocracia que aún vive e intriga.

¿Se comprenden ahora mejor los desgarradores lamentos de aquel poeta que, de niño, no conoció el calor de los besos maternos en su rostro?

La Lectura (Septiembre-1908)

Varios

Il crepuscolo dei filosofi, per *Giopanni Papini.* Milano, 1906. Precio, tres liras[295].

A medida que Italia ha ido desembarazándose de la tutela de Francia, en el orden científico y literario, sus relaciones con Alemania se han hecho cada vez más frecuentes y más cordiales. A los volúmenes amarillos, deliciosamente frívolos, de tres francos cincuenta, han ido sustituyendo en los escaparates de las librerías otros libros más precisos, más sencillamente elegantes y menos frívolos. Al francés amable, cortesano, superficial, pero de admirables condiciones didácticas por la claridad y la nitidez –*la naïveté*– de su lengua, ha ido sembrando el camino de obstáculos el odiado «tedesco», ese alemán cachazudo y reglamentista, de no gran talento

[295] En 1909 Sánchez Rojas traduciría esta obra al español.

pero de sobrada pachorra, que estudia una sola disciplina durante toda su vida, y que, después de cincuenta años de elucubraciones serias, formula, para rectificarla al día siguiente, una conclusión que no pasa nunca de ser «provisional».

Sin que yo me atreva a dilucidar aquí si semejante influencia germánica en Italia es, a la larga, inconveniente o beneficiosa, me limito, por hoy, a consignar que existe. También me atrevo a sospechar, de pasada, que se me antoja beneficiosa a la hora presente. Los estudiosos aprenden, por lo menos, alemán, y no es grano de anís eso de adiestrar las inteligencias en la gimnasia del aprendizaje de las lenguas difíciles y trabajosas. Para un latino –francés, español o italiano– apenas hay disciplina más fructífera que esta. Se concentra la atención, se tiene continuamente el oído alerta, se adquieren conocimientos concretos de las cosas y el valor preciso y exacto de cada término. La transparencia pasmosa de algunos de nuestros ingenios latinos –de Amiel, de Leopardi, del maestro Unamuno, por citar a los de casa– les viene del conocimiento profundo de lenguas ajenas a las suyas. Amiel es, a las veces, impreciso; se acusa del abuso de los sinónimos pero sabe describir, con una exactitud geométrica, los más complicados estados del ánimo. Giacomo Leopardi, antes de escribir *La ginestra*, *L'infinito, A se stesso*, consume sus agotadas fuerzas juveniles en su aburrida casona de Recanati, traduciendo clásicos griegos y latinos. Unamuno, finalmente, sabe decir lo que quiere y como quiere. Cada vocablo tiene, en su pluma desgarbada y poco mañosa, un significado exacto.

El italiano, que es extraordinariamente listo y despierto, necesita método, precisión, constancia. El italiano es impetuoso como un huracán y brillante como una mascarada bizarra. Individualmente –repetiré con Guillermo Ferrero en su *Europa giovane*– un italiano o un español valen más que un inglés, que un alemán o que un noruego, pero cinco ingleses valen bien 100, españoles. La proporción se desarrolla de este modo porque los latinos carecemos del sentido de la colectividad y de la asociación, fuerte en los pueblos nórdicos. El italiano, en una palabra, individualmente considerado, no tiene que envidiar las más singulares calidades mentales a ningún otro pueblo, pero necesita una orientación definida, y eso puede proporcionarlo Alemania. Y con tales armas de combate, tal vez algún día Italia reanude la rota tradición clásica e imponga su sentido de la justeza, de la elegancia y de la medida a los demás pueblos.

Tales consideraciones, descosidas y un poco ligeras e inocentes, las traigo adrede para explicaros la inquieta y revoltosa personalidad de Giovanni Papini, autor de *El crepúsculo de los filósofos,* libro que no me explico cómo no se ha traducido todavía al español, aquí donde abundan versiones de otros italianos de mentalidad mediocre o desconocida. Giovanni Papini –que es todo un muchacho por sus años y por la movilidad sorprendente de su espíritu –se hizo popular hará cosa de cuatro años, cuando redactó, en compañía de su gran amigo Prezzolini, aquel famoso *Leonardo,* tan querido de todos los espíritus libres y hondamente religiosos. Por entonces publicó este libro. Después ha publicado otros: *Il pilota cieco, Il tragico quotidiano, etc.* Su labor en revistas y periódicos de toda laya es también enorme.

De la popularidad creciente de Papini no debe sorprenderse ninguno que siga la marcha, en Italia, del movimiento intelectual. Es un hombre sólidamente culto, que posee cuatro o cinco idiomas, y que, a pesar de haber abrevado en fuentes transalpinas, tiene clara conciencia de la misión cultural de su terruño. Buena prueba de ello tienen los lectores de esta Revista en otro lugar de este mismo número.

Y Juan Papini posee, además, el encanto de un estilo nervioso, suelto y elegantísimo. Es tan personal en sus polémicas, pone tal cantidad de alma en todo lo que escribe el publicista florentino, que el lector se convierte, sin darse cuenta de ello, en su panegirista incondicional o en su enemigo más encarnizado. Consigue siempre Papini que no se le lea con indiferencia. Tiene tal empuje, tan recia virilidad, que excita los nervios del leyente más calmoso, porque sabe convertir las ideas abstractas en algo concreto y carnoso que chorrea sangre como un cadáver caliente o vomita pólvora como la boca de un cañón al descargarse.

Y esto es, lector, *Il crepuscolo dei filosofi;* una obra hondamente humana, donde hay angustias secretas y recónditos gritos del alma. Una ejecutoria injusta, violenta, hasta falsa muchas veces, contra los directores del pensamiento contemporáneo: Kant, Spencer, Comte, Schopenhauer, Nietzsche...

¿Que te dé mi parecer serio sobre el valor objetivo del libro, después de un estudio meditado? Y ¿para qué? Papini licencia de su espíritu la filosofía y dice cosas terribles de la avaricia de Kant, del espíritu cominero de Spencer, de la debilidad radical del pensamiento de Nietzsche. Y estos hombres han fabricado nuestras ideas. Y con las ideas el corazón sigue moviéndose en el vacío, ahora lo mismo que en los tiempos de Sócrates y de Platón.

Memorias de infancia y mocedad, por *Miguel* de *Unamuno.* Librería de Fernando Fe. Madrid, 1908[296].

El Sr. Unamuno ha publicado, en estas *Memorias,* las páginas más candorosas y espontáneas que han brotado de su pluma batallona y revuelta. Mecido en el mar de sus recuerdos de niñez, él mismo se ha sentido un chicuelo al escribirlas, y así chorrean ellas frescura bendita y aromas de bondad. Para los que no conocen del Sr. Unamuno más que su sombrero pavero, su chaleco cerrado, sus vestimentas de pastor protestante, su gesto violento y desmedido y sus arremetidas un si es no es cerriles y descorteses, este libro viene a despistarles del todo. Para los muchachos que hemos tenido la fortuna de conocerle, de hosco catedrático de Griego, primero, y de paternal Rector de estudiantes bullangueros y trabajadores más tarde, estas *Memorias de infancia* y *mocedad* vienen a ser una confirmación de nuestro afecto y de nuestro cariño al bueno de Don Miguel.

Al bueno de Don Miguel he escrito. Aquel muchachote travieso, que toca el alambre de la cola del oso en el Instituto de Vizcaya, que da patadas en las clases y se une con el *Naranjero* para quitar los santos de las cajas de cerillas a sus compañeros de la escuela, es el mismo que, meses o años después –el Sr. Unamuno tiene una noción borrosa de su época prehistórica–, medita, en la Basílica de Santiago de Bilbao, al son monótono del órgano, sueños de santidad y de pureza. Y el oficioso secretario de la Congregación de los Luises de su villa es el estudiante que, a los diez y seis años, aprende alemán en las cátedras estériles, y el que, veinticinco años más tarde, escribe aquello de

> Mira, Señor, que está rayando el alba
> y estoy cansado de luchar contigo,
> como Jacob luchaba.

Siempre, siempre el mismo espíritu acongojado con ansias de gloria y de inmortalidad, el alma que quiere ver, cara a cara, a su Dios, para sentir la verdad y morir ante su revelación.

Y en estas memorias jugosas, frescas, animadas, vividas, hay esbozado apenas, vislumbrado entre nieblas por un chico que lee a Zorrilla y a Trueba, el honrado bardo de Vizcaya, el eterno problema religioso...

Il tragico quotidiano, por *Giovanni Papini,* Francesco Limachi, editore. Firenze, MCMVI. Precio: 3 liras.

Hay en este libro inquietante y misterioso de Papini –cuyo nombre quiero que se haga familiar al público de LA LECTURA– un ensayo. *La oración del buzo,* que explica, mejor que largas disertaciones eruditas y sentimentales, el espíritu singular del joven escritor florentino.

Un muchachuelo, al cumplir sus diez y ocho años, oye a su padre que le dice:

– Dios, mi Señor, quiere que cada hombre trabaje sobre la tierra. No gusta de aquellos que contemplan en la llanura la obra de los sembradores y de los aradores. Elige una profesión que dé objeto y sentido a tu vida.

Y el muchachuelo responde:

– Mi elección está hecha: quiero ser buzo.

Desde aquel día, el muchachuelo pasa su vida bajo las aguas. Habita los mares, explora los Océanos, penetra en los abismos. En aquellos antros encuentra cascajos de galeras, monedas de oro, algas luminosas, monstruos de buche deforme, perlas, árboles fosforescentes. Hasta se topa, en sus excursiones submarinas, con el anillo veneciano de los Dux y con la copa de oro del Rey de Tulé.

Y el muchachuelo está satisfecho de su vida. Pero torna a la ciudad y deja su oficio solitario. Y no puede habituarse a la colmena fangosa. La ciudad se le antoja una extraña prisión rellena de sucios y estrechos corredores, donde miserables animales, cubiertos de los despojos de otros animales, circulan mirándose atrozmente y lascivamente. El mundo es –para nuestro ex buzo– un pozo habitado por cadáveres fétidos, y por la noche no quiere elevar su vista al cielo, temiendo que, allá arriba, las estrellas se queden sin luz.

Ahora bien: yo puedo aseguraros que conozco a este buzo y que hasta he visto, en sus dedos ensortijados, los anillos ducales que arrebató de las entrañas del Adriático y en su diestra la copa de oro del Rey de Tulé. El buzo se llama Juan Papini. Embutido en librotes viejos y en nuevas filosofías, escribe artículos, libros; funda revistas; hace del suyo un nombre popu-

[296] Esta reseña de las memorias de Unamuno la publicó también en *El Castellano* (22-01-1909)

lar y querido; desencadena también odios en torno de sí. Vagando por las severas calles de Florencia, sin temor a que nadie le rompa el sueño –como dice Guerra Junqueiro de las de Salamanca– se despierta a plena luz, cuando los gritos de los mercaderes son más chillones. Entonces comienza a vivir intensamente, dolorosamente. Se encuentra sin agarradero, descentrado, *égaré,* completamente solo. Y surge la protesta, y dispara de su boca un salivazo que restalla como fusta de mayoral.

Y este es *El trágico cotidiano;* un grito de angustia, un bofetón en el vacío, una blasfemia de un alma religiosa, un aullido de odio del que no sabe sino amar, todo, menos una obra *literaria* en el vil sentido que van dando a esta palabreja los escritores de España, Y cuenta que el libro está escrito primorosamente, y que Papini es hoy, en Italia, uno de los que saben y manejan mejor la lengua robusta y señoril.

Todos los ensayos que componen este libro –parientes, por su sentido, de los que publicó Miguel de Unamuno en *España Moderna*– me encogen, me sobresaltan. El mejor es el último que leo. Y que no me replique el lector pidiéndome serenidad en el juicio y justeza en el comento. Yo no soy –ni quiero serlo tampoco– un crítico profesional. Leo mis libros y apunto luego lo que me sugieren. No sé leer para escribir. Escribo cuando quiero, cuando de mi espíritu brota ya la sensación definida.

Tener en la mesa una ringlera de librotes, feos o bonitos, pícaros o graves, donairosos o cargados de memez, para ir luego contando a unos señores lo que se lee por obligación, de oficio, ¡qué cosa más terrible debe ser, Dios mío!

Digo, pues, tornando a mi cuento, que el libro de Papini enoja o entusiasma, sobrecoge o hace reír, todo, menos dejar indiferente al lector, que, quiéralo o no lo quiera, colabora con Papini en sus terribles confesiones de impotencia.

El libro lleva tres prefacios. El autor sostiene discretamente que un libro no se escribe jamás para un solo hombre, ni para una casta de hombres tampoco. Y habla a los poetas, a los filósofos y a los eruditos. El primer ensayo, *El hombre que no puede ser Emperador,* es una queja. El autor se resiente de *cerebralismo.* ¿Hay cosa más seria, en efecto, que los libros nos carguen de estupidez y de petulancia, y que no podamos luchar cara a cara con la vida, como los hombres comunes?

Algunos otros ensayos, *El demonio me dijo, Los consejos de Hamlet, El mendigo de almas, El que no pudo amar* (un comentario a la leyenda de D. Juan, que brindo a mi amigo Said Armesto), son reflejos de estados de conciencia.

Pero del libro no puede hablarse.

Se trata de algo tan nutrido y tan apretado, que no permite el extracto. Yo, al menos, no sé hacerlo. Pero si Dios me depara editor y tiempo, me dedicaré con gusto a la tarea de poner en lengua castellana este hermoso libro[297], que, seguramente vale mucho más que otros que deleitan al paladar de nuestros *soi-disants* intelectuales. Ya que traduzcamos, olvidemos esos libros sandios y sucios que exporta París para hacer el reclamo de sus muchachas y de los corsés de sus muchachas.

La suisse au XXe siecle. Étude économique et sociale, par *Pierre Clerget .* Armand Colin, éditeur. París, 1908. Precio: 3,50 francos.

A cualquiera cosa llaman los franceses, y singularmente monsieur Clerget, profesor de la Escuela Superior de Comercio de Lyon, *étude économique et sociale.* Yo, que había comprado el librejo para enterarme precisamente de los problemas sociales de actualidad planteados en la pintoresca República federal, he tenido que acudir a otras fuentes y a otros autores para orientarme. Me pasma, sin embargo, la habilidad de Mr. Clerget para llenar un discreto volumen de 264 páginas, con vagas, pocas e imprecisas noticias. Y muchas de ellas inexactas.

Una infantil y candorosa psicología política del pueblo suizo –tan candorosa y tan infantil como todas las psicologías fabricadas por los *dilettanti–;* un capítulo brevísimo sobre la cuestión de las religiones y de las tres lenguas de los cantones, sin aludir, ni aun siquiera de pasada a la actitud de Ginebra en frente de los católicos, ni al desvío actual de los calvinistas por el mismo Reformador; cuatro generalidades, que hasta pueden leerse en la edición francesa del Baedecker del año pasado, sobre la organización política y los impuestos; con una definición, *ad usum scholarum,* del referéndum y de la democracia directa; una estadística rectificable del desarrollo del comercio exterior, y, finalmente: unas nociones muy ligeras sobre el papel inter-

[297] Lo tradujo en este mismo año de 1909.

nacional de Suiza y de su neutralidad –asunto que puede estudiarse provechosamente en más de 20 libros, folletos y artículos de revista que con toda seguridad no desconoce el profesor lyonés[298]...–; todo eso, que es bien poco, constituye *La Suiza en el siglo XX* de Mr. Pierre Clerget.

Fioretti del glorioso messere santo Francesco e de suoi frati a cura, di *S. L. Passerini,* Seconda edizione riveduta. Sansoni, editore. Firenze, sin año. Precio: 4 liras.

He aquí una nueva edición hermosísima de las *Fioretti* del pobrecito de Asís, dedicada a la «Regale Maestá di Margherita di Savoia». Digna es, en efecto, la edición florentina de la graciosa Soberana.

Supongo, lector, que has leído las *Florecillas,* tal vez de niño, tal vez después, en algún colegio provinciano, de buenos clérigos, antes de tomar devotamente la comunión dominguera. A mí el libro italiano me ha sacado a flor de alma dulces recuerdos de niñez. Me veo en mi colegio de San Cayetano, de Ciudad Rodrigo, una riente mañana primaveral, arrodillado en la capilla de la casa, aspirando a santo, cruzando las manitas en cruz, pidiendo a Dios que concluyera para siempre con los libertinos y herejotes. Mis lecturas favoritas eran entonces el *Kempis,* las *Florecillas,* la *Vida de Santa Teresa,* la *Historia de San Juan de Sahagún* del P. Cámara, que me producía insomnios al contarme la aventura espeluznante de Doña María la Brava , y los incidentes de la pacificación de los bandos; y de los libros profanos leía *Sotileza,* las *Pequeñeces* del P. Coloma; el *Quijote,* expurgado de las aventuras de la venta y de los refranes procaces, y unos cuentos –que luego me han parecido sandios– de Adolfo Clavarana.

Ahora he gustado las *Florecillas* en la lengua en que fueron escritas: un italiano primitivo, dulce, fresco, con olor a tomillo.

La introducción crítica del Sr. Passerini, escrita en un italiano viejo y sabiamente candoroso y cuidado, es digna de ser leída, aunque, a las veces, el artificio retórico sea demasiado visible.

Brandelli. Serie I, II, III e IV, di *Olindo Guerrini.* Carlo Abitabile, editore. Napoli, 1928. Precio de los cuatro volúmenes: 2 liras.

Que Dios me conceda libros que me produzcan risa tan natural y tan franca; que Dios haga que se publiquen volúmenes, como estos del graciosísimo periodista boloñés Olindo Guerrini, que me hagan olvidar, por un momento siquiera, esas revistas y esos periódicos que me envían estos días de Italia relatando ese terrible cataclismo de Messina y de Catania. Después de leer a Guerrini, me estremezco oyendo ese

Morir si bella e pura

de *Aida,* que canta la pobre artista loca, enterrada entre los escombros de la catástrofe.

Olindo Guerrini es, en efecto, saladísimo. Estos cuatro volúmenes –artículos publicados en periódicos– lo atestiguan convenientemente. Hay algunos, como los titulados *Nieve* y *El primer paso,* que son todo un *amore,* como tan gráficamente dicen los italianos en casos tales. En *El primer paso* describe Guerrini la violencia y el vigor de sus años de mozo. Un día publica un artículo terrible en el periódico *Il amico del popolo* metiéndose con Dios, con la corte celestial, con Torquemada, con Polignac, hasta con Dionisio el tirano. Sale de la imprenta el periódico y Guerrini se admira de que nadie le salude ni le felicite. Sale de la ciudad desesperado. En un callejón estrecho y sucio encuentra un rebujón de papeles. Allí está su artículo y separa las manos y las narices con horror.

Nieve es también una narración lindísima. El pequeño de Guerrini le pide nieve el día de Navidad, y ese día amanece importunamente con un sol espléndido. Esto da pie al habilísimo periodista para contar un sinnúmero de gracias. Por allí no anda la sicalipsis. Sus gracias son de esas que hacen reír a los niños.

¡Benditos sean los libros que nos hacen reír sin malicia, en carcajadas frescas, sin que nos haga torcer la boca esa musa canallesca de la ironía! ¡Si estos libros nos hicieran olvidar para siempre a France, a Eça de Queiroz y a todos los flamantes refinados del día!

La Lectura (Enero-1909)

[298] Mr Hilty: *La neutralité de la Suisse.*– Milavanowith: *Les* traités *des garanties.*– *Le droit asile* (Pub. del *Journal de Genève), y* otras muchas.(Nota del autor)

Varios

La coltura italiana, per *Giovanni Papini e Giuseppe Prezzolini*. Francesco Lunachi, editore. Firenza, 1906. Lire 3.

Prezzolini, uno de los publicistas más conocidos de Italia, escribió, tres años ha, en compañía de Giovanni Papini, a quien ya conoce el lector de esta Revista, este libro de polémica, que ha sido saboreado y releído ahora por el autor de estas notas bibliográficas. *La Coltura Italiana* fue uno de los primeros volúmenes publicados por la famosa biblioteca del *Leonardo*.

Prezzolini es un hábil polemista, muy sagaz y muy fino, lleno de ironías y de paradojas bizarras, y a ratos de sofismas; un sí es no es zumbón, quebradizo de sutilezas, gracioso, violento, injusto como su compadre y lleno de vehemencias y de pasión. Cuando Prezzolini escribe un libro no se acuerda para nada de princesas liliales, de tocatas de violines, de finos labios tísicos y de otras monsergas de París, aquí traducidas por dos pesetas cincuenta céntimos en la casa editorial de Pueyo. Crea mi gran amigo Canedo que no arremeto contra su familia espiritual, sino contra la otra de hospicianos desconocidos y petulantes. Prezzolini escribe en vivo: pega a hombres, no a muñecos; idolatra fetiches de carne y hueso y le resulta tan fecunda la realidad, que no siente malditas las ganas de hacer escapatorias por los bosques de una fantasía atropellada e insatisfecha. ¿Qué ama? Pues ama a tal mujer, que vio a tal hora, en tal calle, con estas señas. ¿Qué odia? Pues odia a ese coplero de voz golada que sigue a D'Annunzio, no a sus aciertos, sino en sus ridiculeces; a ese erudito sin emoción cordial, sin fe en su labor destructora, que clasifica los tercetos del Dante como sus bichos y hierbas un canoso profesor de Zoología; a ese anarquista de cabellos… también zoológicos, que concluye su mocedad casando con una duquesa adinerada y fea y presentando su candidatura por un colegio *codino*[299] meridional; a esa dama líteratesca, separada del marido, que enjareta cien cuartillas y no sabe besar a los nenes; a ese ministro que canta la gloria de Sicilia y apaña treinta billetes de mil liras destinados al mobiliario de su departamento; a ese profesor displicente y adocenado, tan inepto para la investigación seria de una verdad o semiverdad científica como ducho en la intriga menuda y en el cabildeo para la subida del sueldo. Esos son los odios de Prezzolini, y esos también, lector, mis odios, si alguno tengo. Y fruto pasional de esos rencores a tales tipos –tan semejantes a los nuestros– *La Coltura Italiana*.

El libro está, tal vez, hecho de prisa, no es tan completo como otros, mucho más recomendables, de los mismos autores. Eso si: está henchido de pasión. Se sienten dos hombres en aquellas páginas. Y los hombres a secas son mil veces preferibles –para los ojos de un mozo inexperto como yo– a todos esos artífices en frío de las cadencias cortas y de las cadencias largas.

En el próximo número de LA LECTURA hablaremos de los libros *Il sarto spirituale, Il cattolicismo rosso, Il arte di persuadere*, del mismo Sr. Prezzolini. También escribiremos sobre la interesante novela de Ciro Alvi *San Francesco d'Assisi*.

La Lectura (Enero-1909)

Italianas

La Voce (número 1º, Florencia, 20 de Diciembre de 1908).

Con este título ha comenzado a publicarse en la bella capital de la Toscana una revista popular, dirigida por el famoso escritor Giuseppe Prezzolini.

Redactan la Voce –que parece ser una continuación del célebre *Leonardo*– Papini, Beltramelli, Borgese, Ferrando, Arturo Farinelli, Lombardo-Radice, Oriani y otros.

La nueva publicación es accesible a todas las fortunas: cuesta diez céntimos. El colega –al que saludamos cordialmente desde estas columnas– aumentará de tamaño a medida que el público italiano le vaya concediendo sus favores. De ellos, seguramente, están ciertos los redactores de *La Voce*.

[299] Neo (Nota del autor)

El primer número es verdaderamente notable por la calidad de sus artículos. En la imposibilidad de darlos todos a conocer, extractaremos dos que nos parecen los más salientes y curiosos.

Italia contesta, por Giovanni Papini.-

En estos últimos años –comienza el ingenioso autor de *Il pilota cieco*– no hemos tenido en Italia ninguna presentación nueva de forasteros ilustres. Federico Nietzsche sirve de relleno en la tercera plana de los rotativos; Vells ha ocupado modestamente el puesto de Julio Verne en las librerías privadas y circulantes de las clases medias intelectuales. Muchos leen con placer, pero sin visible entusiasmo, las traducciones italianas y francesas de Rudyard Kipling, y solamente algunos espíritus aristocráticos profetizan la gloria futura del biógrafo de *Jean Christophe.* Oscar Wilde, después de haber pasado por las manos enguantadas de nuestros estetas, está a punto de caer en las manazas sucias y llenas de tinta de los abogados y pretores.

En este intermedio la importación decae. Italia puede hablar.

¿Qué ha de decir Italia a toda esta buena pandilla? A ellos, nada; pero algo sabroso a sí misma, o, mejor, a alguno de sus hijos. Italia, en este momento, habla por mi boca, y dice de esta manera:

– De cincuenta años a esta parte –para no tomar la cosa demasiado atrás– he visto pasar por mi casa una veintena de grandes genios forasteros, que me fueron anunciados como la última palabra de la tierra o como la novísima revelación de la humanidad. Un día era Comte con su positivismo al hombro; otro, Spencer con su dichosa evolución en el bolsillo; un tercero, Shelley con su relativo *Keats;* o Heine con su apreciable oso Atta Troll, o Walt Whitman con su ruidosa *Manhatta* o con el yo = mundo, o Hegel con su unidad de los contrarios, o Zola con sus mandangas de planchadoras y de alcoholizados, o lbsen con sus noruegos filosóficamente adúlteros, o Maeterlink con sus misterios monosilábicos, o Stirner con sus gracias (el texto italiano dice *coglionerie)* rigorosamente lógicas, o Nietzsche con sus poéticas divagaciones de alemanote beodo de grecolatinidad, o Darwin con sus pacientes fantasías de genealogía animal, o Marx con su espiritual análisis de la humanidad, tan finamente satírico que se le toma con facilidad por obra científica; o tantos otros que no cito para no aburriros. A todos los he visto desfilar, uno por uno, y a todos los he recibido bien. He traducido sus libros; los he comentado; he llenado mis revistas con sus ideas y con sus retratos; he introducido en mi vieja y honrada lengua algunos de sus giros o palabras *(strugglefor life,* ley de bronce de los salarios, super-hombre, culto de los héroes, religión de la belleza, etc.)…

«A vosotros solamente, hijos míos, quiero deciros algo. Y os digo –excusadme una y mil veces– una cosa vieja, esto es, que os acordéis con más frecuencia de vuestros abuelos, y antes de preocuparos demasiado por una «revelación» que os venga del Norte o del Este, leed también –¡Dios os bendiga!– algún añejo libracho italiano.

Pocos años ha se habló mucho de filosofía positiva, triunfante en las plazuelas y en las universidades, como el *just out* del pensamiento. Si alguno de vosotros hubiera leído con calma, pongo por caso, todo Telesio o todo Galileo, hubiera respondido: ¿Son esas las novedades? Años ha que las conocemos. Muchas gracias por el recuerdo, pero dejadme en paz.

Examinemos otro caso: el llamado idealismo germánico (la guerra de los treinta años de la filosofía). Nada de particular han dicho Kant, Fichte, Schelling o Hegel. Estos han sido excelentes personajes, y las gentes que los han comprendido los reputan maravillosos. Hay quien quiere resucitarlos en Italia. Tal vez no sea esto un mal; pero ¿Lo sería el estudiar seriamente a Giordano Bruno o a Giambattista Vico, sin aventurarse a confundir al primero con cualquier abanderado de la masonería o al segundo con un tímido precursor de la sociología?

Pasemos a otra cuestión que ha levantado polvaredas en los últimos tiempos. El modernismo italiano es posterior al anglo-francés y se ha nutrido de éste. Sin molestar a ninguno de ellos creemos sinceramente que en Italia no ha nacido ningún Loisy ni ningún Tyrrell. Pero ¿a qué diablos han esperado nuestros modernistas la sacudida de esos forasteros? Casos de conciencia absoluta idénticos a los de los neocatólicos de hoy se encuentran en dos mentes peregrinas del siglo XVII, en Galileo y en Fra Paolo Sarpi. Ambos son católicos y ambos quieren permanecer en el seno de la iglesia, pero en el primero se formula la cuestión del contraste entre la verdad científica y los textos bíblicos, y en el otro la de la lucha entre la potestad civil y la eclesiástica. Ambos tratan de salvarse y de salvar la iglesia con hábiles razonamientos, y tales razonamientos se equivalen a los que hoy pretenden descubrir por vez primera nuestros curas avanzados y nuestros neófitos fervorosos. Por ventura ¿no fue Sarpi acusado por la Inquisición por haber

escrito que del *Génesis* no se deduce la Santísima Trinidad? ¿No se encuentra en Pomponazzi la doctrina, tan grata a los modernistas de hoy, de las distintas caras o lados de la verdad?

¿Queréis aún documentos más apolillados? Buscad los sermones de Franco Saccheti y encontraréis críticas sobre los abusos y costumbres eclesiásticas que escribirían, de buena gana, Rómulo Murrio Buonajuti.

También habéis adorado a Zola y gozáis en silencio a Mirbeau. No he de reñiros por eso; se trata de dos escritores un poco bestiales y fanfarrones que poseen una robusta grandiosidad. ¿Por qué un número tan reducido de lectores vuelven a leer aquellos trozos de prosa sanguínea, jugosa, veraz sin delirio y realista sin doctrinas, que se encuentran en los cuentos de Saccheti o en las cartas y comedias de Nicolás Maquiavelo? ¿Os deleitan acaso las narraciones de Maupassant? Infinitamente mas hermosas se encuentran en los libros de Antonfrancesco Grazzini, llamado *el Lasca;* si no las leéis, sois unos borricos.

Aseguro que todos vosotros conocéis ese maravilloso libro que se llama *Sartor Resartus.* Lo que no afirmo es que conozcáis aquel capítulo de Galileo acerca de la costumbre de llevar la toga. En ese capítulo está toda la filosofía de los trajes.»

El autor del artículo habla también de un caso de conciencia que se encuentra en el mismo Galileo idéntico al del Dr. Stockmann en *El enemigo del pueblo* de Ibsen. Y estudia por último los antecedentes que de la doctrina de Nietzsche se encuentra en la vieja bibliografía de su país.

Italia no habla más –concluye Papini–. Hablo yo mismo. Me parece bien que se lea a Comte, pero también a Galileo; al abate Loisy, mas sin olvidar a Sarpi: que se cite a Hegel, pero también a Giordano Bruno, y, finalmente: que se traduzca a Nietzsche, pero sin dejar de deleitarnos con Maquiavelo.

Todos exclaman: Así se hace. Pero no es verdad. Tenemos la mala costumbre de hacernos lenguas de nuestras glorias patrias, y, sin embargo, leemos de mejor gana y con más asiduidad los libros de los extranjeros. Deseo que Italia esté en contacto con la cultura europea, pero es también preciso que tenga conciencia de su propia cultura, que tanto ha contribuido al desarrollo de aquélla. Me contento con bien poco: no quiero nacionalistas, pero sí italianos.»

Bernardo Shaw, orador, por Jean Florence.

Apenas llegado a Londres del extranjero, en los primeros días de Octubre, Bernardo Shaw ha comenzado a perorar para difundir sus ideas entre la multitud. He tenido el gusto de oírle en dos ocasiones: la primera, en el *City Temple,* allí, donde el Rdo. Campbell predica un cristianismo netamente socialista y místico. Habló, por encargo de una Sociedad de Discusiones, de arte y de literatura. Al día siguiente, en el Essex Hall, expuso los primeros versículos del credo de los socialistas Fabianos.

Essex Hall es harto conocido: en él discutían, hace veinte años, el ateo Brandlangh, Mateo Arnold y tantos otros que hoy han desaparecido. Pero aquella noche Essex Hall era, o al menos lo parecía, un saloncillo de muñecas. Las sufragistas, invocando continuamente la generosidad masculina, habían ocupado las sillas. Nosotros –los infelices de nosotros– tuvimos que aguantar a pie firme. Shaw habló hora y media o dos horas. Tal vez alguno presuma que para escuchar un discurso tan largo se precise una buena dosis de paciencia o de entusiasmo.

Por el contrario, yo no he sentido fatiga alguna. Cuando habla Shaw se olvida uno del cuerpo y de las fatigas físicas. Alto, nervioso, delgado, Shaw parece una abstracción. Pero es una abstracción aristocrática y hasta se me antoja una comedia impersonal. No comprendo que las gentes se enojen con sus comedias y que existan exagerados que no quieran reconocerle ingenio escénico y facultades de autor cómico. Autor cómico, *comediógrafo,* lo es en grado superlativo. Lo es cuando escribe para el teatro, y se comprende; pero lo es, asimismo, en sus prefacios, en sus *tracts,* en sus críticas, y no es peregrino afirmar que lo sea en sus cartas particulares y en sus polémicas. No es que no conciba las ideas abstractas; es que las expone con apoyos y pretextos tan concretos que se convierten en personales. No existe escritor que use tantos nombres propios como Shaw. No sabe hablar de arte sin jugar una mala partida a Max-Nordau. Su estética está contenida en sus prefacios, donde Shaw, pensador, sirve de pedestal a Shaw, autor cómico. Así es que cuando habla, no lleva a la escena ideas puras, sino encarnadas y personificadas. Y cuando las personas no le bastan, echa mano de las naciones e insiste –una vez más– en las diferencias esenciales entre ingleses e irlandeses... ¿No es todo esto una comedia?

Y lo que es más: comedia bufa. Ignoro si el público italiano o el público francés soportarían semejante espectáculo. Tal vez el uno y el otro se sintiera burlado. Pero el *humour* inglés es

muy indulgente, y no se turba jamás por una cuestión de arte o de literatura. Cuando se trata de socialismo, ya es otra cosa. En el Essex Hall todos los oyentes eran más o menos socialistas; pero existían diferencias en las opiniones, y esto fue motivo de polémica. Entonces tuve ocasión de comprobar otra cualidad eminentemente escenográfica de Shaw con la prontitud, rapidez, y seguridad de sus contestaciones. Se trataba de una mujercita que deseaba que en el Estado socialista cada madre recibiese una cantidad determinada para los hijos, directamente, sin intromisión del padre que, de ordinario, gasta su jornal en la taberna. Shaw respondió con la más dulce de sus sonrisas:

– Pero ¿y si la madre se emborracha también?

La Lectura (Enero-1909)

Italianas

La Voce (1 Abril 1909).

El impresionismo y la pintura italiana; por Ardengo Soffici.

I ¿Qué es el impresionismo?

¿Qué es, o, mejor dicho, que fue el impresionismo? Muchas personas han contestado a esta pregunta, pero ninguna de un modo convincente y definitivo. Para los adversarios, para los profesores de bellas artes, para los pintores academizantes, para los tradicionalistas serios, prudentes y nulos, para todos los espíritus obtusos y oxidados, el impresionismo fue algo así como canallada estética realizada por unos cuantos mocosuelos desvergonzados y sin juicio, los cuales, incapaces de someterse a los rígidos cánones de la escuela, se dedicaron un día a cometer imprudencias, lanzando al fango al arte y a sus reglas. Para los estéticos ruskinianos, adoradores intransigentes del pasado, el impresionismo fue la negación del estilo, de la nobleza y de la belleza pura. Para Enrique Thovez fue un rebajamiento de la dignidad artística, cometido por muchachuelos infatuados, por pintorzuelos haraganes, con el exclusivo objeto de esconder, bajo una técnica absurda, su personal ineptitud. Según el saltimbanqui Pelledan, el impresionismo se reduce, sencillamente, de una estafa de los mercachifles de cuadros de rue Lafftte, con el santo objeto de desacreditar el arte francés y sacar los cuartos a los *snobs* y a los majaderos de todos los países.

Para los partidarios del impresionismo, este fue, naturalmente, un movimiento mucho más bello e importante. Ahora, que entre las definiciones que los impresionistas han lanzado al mercado de su escuela, no encuentro ninguna que sea verdaderamente definitiva. Menos falsas que las de sus contrarios, no dejan por eso de ser menos superficiales. Unos lo consideran como un producto de las ciencias físicas. Otros atribuyen su valor excesivo a las audacias de la técnica pictórica. Muy raros son aquellos que hayan extraído y aclarado su significación poética y espiritual. En los libros recientes de Camilo Mauclair[300] y de Víctor Pica[301] se esclarece bastante la cuestión. Sin embargo, no saben descubrir su verdadero origen, ni su carácter, y mucho menos las deficiencias. Tanto la fórmula de la «investigación de la mayor luminosidad posible y de la transparencia atmosférica y la expresión dinámica de la realidad presente» (Pica), como esa otra de Camilo Mauclair: «una revolución de la técnica pictórica, paralela a un esfuerzo de expresión de lo nuevo», no penetran la cuestión y menos la resuelven.

Julio Laforgue, poeta francés, vio mucho más allá. Nada de extraño tiene la cosa que los poetas, cuando lo son realmente, ven mucho más adentro que el resto de los mortales. Dejémosle hablar: «El diseño es un viejo y vivaz prejuicio, cuyo origen debe buscarse en las primeras experiencias de las sensaciones humanas.

Primitivamente, el ojo, no conociendo más que la luz blanca con sus sombras, se valió de las experiencias táctiles. Entonces, por medio de asociaciones habituales de ayuda mutua, y después, en virtud de herencia de modificaciones adquiridas entre la facultad de los órganos táctiles y la del órgano de la vista, el sentido de la forma pasó de los dedos a los ojos. Las formas circunscritas no dependían primariamente de la vista; pero los ojos, por sucesión y refinamiento, han derivado de ellas el sentido de los contornos netos; de aquí la pueril ilusión del traslado de la realidad por medio del dibujo y de la perspectiva.

[300] Cammille Mauclair: *L'impressionisme: son histoire, son esthétique, ses maîtres*. Paris, pág. 238 (Nota del autor)
[301] Vittorio Pica: *Gli impressionisti francesi*. Bergamo, 1908 (Nota del autor)

Fundamentalmente, la vista no debe conocer más que las vibraciones luminosas, como el nervio acústico no se impresiona más que por las vibraciones sonoras. El impresionista ve y reproduce la naturaleza tal cual es en vibraciones luminosas. Ni diseño, ni luz, ni modelado, ni perspectiva, ni claroscuro: todo esto es infantil; en la realidad las cosas se manifiestan en vibraciones luminosas, y así debe obtenerse sobre el lienzo: con las mismas vibraciones.

No se puede hablar con más precisión ni con más claridad. Y continúa Laforgue: La estética antigua ha añadido entre estas dos ilusiones, lo bello absoluto, objetivo; el hombre absoluto, subjetivo, lo justo. Hoy se tiene un sentido más exacto de la vida dentro y fuera de nosotros. Cada hombre es según su momento en el tiempo, según su ambiente de raza y de su condición social. Y su momento de evolución individual es un teclado en el que el mundo vibra de una manera o de otra. Mi teclado es continuamente distinto y no conozco otro alguno que sea absolutamente idéntico al mío. Todos los teclados son igualmente legítimos.

Y añade hablando de la evolución del «ojo impresionista»: El estado más favorable a la libertad de esta evolución es la supresión de las escuelas, de los jueces..., del parasitismo de los críticos de arte sin ojos; el *dilettantismo,* la anarquía, abierta a todas las influencias, que reina en el actual momento histórico entre los artistas franceses. *Laissez faire, laissez passer.* Sobre la humanidad la ley sigue su desarrollo reflejo.

He aquí, según mi modesta opinión, definida la significación del impresionismo. Se trata, evidentemente, de una escuela fundada, hablando fisiológicamente, en la evolución del sentido óptico. *(Continuará.)*

La Lectura (Enero-1909)

Italianas

Nuova Antologia inaugura su número del 1º de Enero con un artículo hermosísimo, dedicado al terremoto de Calabria y de Sicilia. Anónimo, acusa el estilo noble y elevado de su director, Maggiorino Ferraris, que solo escribe cuando estallan terremotos. «En estos momentos –se dice en ese artículo– nos conmueve y encoge la ola del dolor, por encima de todo otro pensamiento. Diríjase el llanto sincero y profundo de todo un pueblo allí donde cientos de millares de hermanos gimen en la desolación, en la miseria, en los más inauditos sufrimientos físicos y morales. Tengamos gratitud para la Marina de guerra de todos los pueblos que noblemente consagran su obra a la más alta idealidad humana. Y la mirada de todos los italianos, agradecida y confiada, se concentra en el joven y generoso Víctor Manuel, que, en el centro del dolor, con la augusta y valerosa Reina, sintetiza la desventura y la solidaridad política, económica y moral de la patria.»

Matilde Serao comienza la publicación de una novela. *E vviva la vita!,* de la que hablaré más en sazón. Papini escribe un artículo sobre Rodolfo Eucken –con retrato, naturalmente– diciendo que, al ser premiado el ilustre filósofo alemán por la fundación Nobel, los periodistas lo confundieron con Ernesto Haeckel. De poco se espanta nuestro ilustre amigo. Nuestros famosos *giornalieri* –lo escribo en italiano para que no lo entiendan los aludidos– lo hubieran confundido con el abuelo Hegel, y hubieran sido capaces de resucitarlo para regalarle el cheque sueco. Por lo demás, ya conocemos por aquí a Eucken. Tuvo el gusto de presentarnos a él, ocultando su gracia, Diego Ruiz en *La Genealogía de los símbolos.*

Crespi publica un ensayo sobre *La Poesía de Wordsworth* –que sentimos no poder extractar en este número– y Nemi nos habla, entre otros asuntos amenos y curiosos, de la nueva Universidad de Nápoles y del incremento que han tomado los libros en Italia durante el pasado año. Los editores napolitanos han dado libros de Oriani, Bracco, Tosti, Benedetto Croce, etc.; Zanichelli de Bolonia, un libro *Da un cartieggio inedito,* de Giosue Carducci, del que ya hemos hablado en estas páginas, y otro sobre *La lírica del "700"* del que hablaremos, etc., etc.

Finalmente, Nemi habla del medallón conmemorativo que se ha puesto en el Instituto de Bellas Artes de Bolonia en recuerdo del pintor Caracci, cuya casa, actualmente reinstaurada, es una joya de las más típicas de la arquitectura boloñesa de fines del siglo XV.

Minerva –lo mismo que *La Rivista Internazionale di Scienze Sociali é Discipline Auxiliarie*– hacen una notable revista de revistas, que verdaderamente puede complacer a los lectores cucharones y ocupados.

La Lettura de Milán –el *Por Esos Mundos* de Italia– publica un número flojillo. Esperamos que ahora, con los terremotos, nos servirá un número magnífico, lleno de lances bizarros y singulares. Hasta el mes que viene.

– La prensa refiere episodios tiernísimos de la encantadora Elena de Montenegro. Eugenio Checchi cuenta en el *Giornale d'Italia* rasgos que le ha referido un superviviente de Messina.

Los marineros de la embarcación que conducía a bordo a la hija del Príncipe Nicolás la llamaban, llorando, «nuestra Santa». Dos médicos querían transportar a los heridos; pero los heridos se negaban a partir, enloquecidos de terror. Y la Reina dijo a los médicos:

– No os apuréis, valientes; volved a bordo sin desaliento: llevaréis la triste mercancía.

Y animando Elena a los enfermos, consiguió que 200 heridos embarcasen.

El 31 de Diciembre último el Almirante inglés con su ayudante hizo la visita de cortesía al compañero italiano Sr. Viale. Sabiendo que la Reina estaba a bordo suplicó el Almirante inglés que fuese presentado a ella. El Almirante Viale condujo al inglés al pasadizo donde la Reina estaba rodeada de los heridos.

Elena vio a sus huéspedes, y sospechando de lo que se trataba, corrió a su encuentro.

El Almirante no reconoció, sin embargo, bajo aquellas trazas, a la Reina, y cuando Viale deshizo el equívoco, visiblemente aturdido, quiso besar la mano a su graciosa Majestad. Pero la Reina, escondiéndola, exclamó con dulzura y con sencillez infinitas:

– Perdonad, señor Almirante. Está manchada de sangre. Puede haber peligro de infección.

Y dicho esto, tornó a sus funciones de enfermera.

El Almirante inglés, que volvió a subir al puente, estaba llorando.

Al día siguiente, una mujer herida, que había perdido a su familia en la catástrofe, quería dejarse morir de hambre.

La Reina, enterada del caso, corrió al camastro de la infeliz, la besó y la llevó una taza de caldo:

– Tomad este caldo, os lo doy yo, querida. Hacedme el favor de beber.

El mismo día, por último, algunos marineros llevaban en triunfo a aquella niña, María, que había sido salvada por su papagayo, que no se hartaba de gritar. La pobrecita yacía oculta bajo los escombros y los marineros la habían desenterrado viva. La Reina corre, la coge entre sus brazos, haciendo de madre, y la llena de besos sonoros.

El 2 de Enero se supo por la caravana triste que Elena tenía que marchar la noche siguiente. La Reina, antes de partir, hizo su última visita a los heridos.

Los marinos quisieron contemplarla una vez más, y subieron todos al puente.

A pesar de que tales actos no están permitidos por la disciplina, el Comandante consintió que permanecieran en el puente para bendecir a Elena, que se alejaba...

Y estos buenos italianos, al referir tales rasgos tiernísimos de su Reina, gritan estentoreamente: «¡Vivan los Saboyas!», porque saben que eso vale tanto como gritar: ¡Viva Italia!

– No nos es posible detenernos más en otras revistas. No hay sitio. A continuación damos el titulo de aquellos artículos que conceptuamos más interesantes, con indicación de la revista en que han aparecido.

La Voce (Via dei robbia, 42. Florencia. Director, G. Prezzolini; número 2. 24 Diciembre 1908).

«Nuestra promesa», por Prezzolini.- «L'abate Houtín», por Alejandro Casti y Salvador Minocchi.- Papini, en Complimenti agli italiani, dice que los muchachos italianos conocen y aman mejor que se les ama y conoce en sus países respectivos a Willian James, Sorel, Miguel de Unamuno y Romani Rolland.

La Voce (3 Enero)

Un artículo violento sobre la catástrofe, donde se afirma que ha sido inútil, porque no adelantará el levantamiento moral del Mediodía.- «El proceso Cifariello», con lecciones que debe recoger nuestra prensa, por Cepperello.- «Al profesor Tarozzi», por un estudiante.

La Voce (7 Enero)

«El mediodía y la cultura italiana», por G. Amendole.- «Florencia intelectual», donde el autor, Prezzolini, afirma que los mozos florentinos no mueren de enfermedades mentales, sino de pulmonía al salir de los salones. Es un artículo delicado y finísimo.

La Voce (14 Enero)
«La Universidad de Mesina», por R. Murri.- El famoso sacerdote pide que se suprima y Prezzolini le replica que se funde otra en Bari.- «La crisis del clero», por Salvador Minocchi.- «La política de muchos jóvenes», por Anzilotti.

La Riforma Sociale
«Divagando», de Aquiles Loria.- «Estadística de la emigración», por G. B. Capelli.

La Civilitá Cattolica.
«El isoterismo pagano según la teosofía».- «El nacimiento de Cristo y la poesía».- Todos los artículos de esta revista carecen de firma.

Nuova Antologia del 15 de enero –que recibimos en los momentos de cerrar esta sección– publica un artículo de Giovanni Cenna a propósito de un viaje que ha hecho el distinguido escritor a Reggio y Messina para contar a sus lectores sus impresiones personales sobre la magnitud de la catástrofe. Por si la pluma del Sr. Cenna fuese demasiado cargada, el artículo contiene fotografías del autor que no le dejan exagerar. Describe su viaje menudamente. Nosotros hemos de extractar, por apremios de espacio, sus impresiones desde que llegó a Messina.

«En Messina –dice Cenna– habité la única casa intacta: la del doctor Cammareri. Es una casa baja, situada en el viale San Martino. El doctor Cammareri había construido su casa *ad hoc,* previniendo los terremotos naturales en terrenos volcánicos. Si los barrios de Messina se hubieran construido como la casa del doctor ¡Cuántas vidas nos hubiéramos ahorrado!

Abandono la casa del doctor y entro en la ciudad. El torrente Portalegni esta lleno de suciedad. Las calles han desaparecido. En el centro, las ruinas son más pesadas y lúgubres. Un joven, viéndome con el *kodak* en la mano, me ruega que retrate un cuadrado desmantelado de una cosa que fue segundo piso.

–¡Allí –me dice llorando–, dormía mi novia!

Cerca de ella, una pobre mujer esta hablando hace dos días con la sepultura de su marido. Una señorita observa a un grupo de soldados que desentierra un cadáver:

–¡Es mi mamá –grita–; mi mamá que vive aún!»

Desde Catania escribe también algunas líneas Giovanni Cenna.

«Movimiento, ruido de carruajes –escribe–, tañido de campanas, rostros transparentes e inteligentes, palabras ruidosas. Es la vida, finalmente. Es la vida exuberante que protege la vida encadenada, enferma.

La ciudad esta atestada de prófugos; se replegan a las puertas de Municipio. Catania no es más que un hospital y un asilo. La serena abnegación, el sacrificio despreocupado de este pueblo que da todo a los pobres, me consuela de los espectáculos de indiferencia, de egoísmo, que he tenido delante de mis ojos.»

Nuova Antologia publica la continuación de la novela de Matilde Sarao *¡Evviva la vita!*; una información de Argentareos sobre las relaciones entre el Estado y el Banco de Italia y otros originales curiosos.

La Lectura (Enero-1909)

A modo de prefacio[302]

Leo al amigo Gómez de la Serna, estos ensayos de Giovanni Papini, que voy traduciendo, en mis ratos de soledad, cuando me pesa la compañía conmigo mismo, para hilvanar con ellos un tomo: *Lo trágico cotidiano*. A Gómez de la Serna le sacuden el alma. Y como no le interesa la obra, sino el hombre que la produce, como aquí no hay literatura vil, sino pasión santa, encendida, formidable, me dice que le hable de Papini.

– «Soy pobre y melancólico» –me escribe Papini hace unos días–. «Fui poco por la Universidad, pero viví mucho en las bibliotecas obscuras y en los campos desiertos. ¡Cuánto he llorado,

[302] De la traducción española de *Il tragico quotidiano*, que tiene ya muy adelantada el Sr. Sánchez Rojas. (Nota de la Redacción)

Dios mío!» Y agrega luego en un arranque de soberbia infantil. «Si no me tuerzo, seré el primer escritor Italiano».

¿Quiere saber más Gómez de la Serna? Papini tiene veintisiete años, se casó hace dos años, ha escrito *La Coltura Italiana, Il trágico quotidiano, Il pilota cieco, Il crepuscolo dei filosofi*, infinidad de ensayos y de artículos. Vive en Florencia por lo general. Después en la montaña, en Reve S. Stefano, Provincia de Arezzo. «Allí he ido –escribe– para purificarme entre la nieve.» Y me ha rogado que le envíe un Don Quijote. «Conozco, amigo Rojas, Don Quijote mejor que muchos castellanos». No es difícil que escriba un libro sobre el Caballero de la Triste Figura, tan vituperado ahora por ese imbécil de Tartarín. Quiere una edición vieja con estampas antiguas. La que él posee está editada en español por una *imprimerie* parisina. Odia a los curas, a los profesores, a los literatos, a las *cocottes* y al vulgo. No resiste las caricias –á luis caricia– de la mamá Francia. Repito, querido Serna, que el escritor italiano, es todo un hombre.

Prometeo (01-03-1909)

Varios

Appendice alla «Iberia letteraria», Braui scelti dei principali prosatori e poeti spagnuoli, etc. Per il Professor Luigi Zuccaro. Tip. Jacquemod Figli, Alessandria, I909. Sin indicación de precio.

El ilustre profesor Zuccaro, compañero mío en la redacción de *Nuova Rassegna di Letterature Moderne*, de Florencia, ha tenido la atención de enviarme este folleto, el cual es un fragmento, en castellano, de *El Lazarillo del Tormes* de nuestro Hurtado de Mendoza, precedido de un prefacio del profesor, donde manifiesta que se decide a publicar este fragmento de la famosa novela picaresca (capítulo sobre la vanidad y pobreza, de la primera parte) atendiendo a las indicaciones de los hispanófilos italianos.

Sobre *El Lazarillo del Tormes* se han publicado algunos ensayos en Italia. *Il Corrierre della Sera*, de Milán, publicó al respecto un artículo de Silvio Spaventa Filippi, titulado *«Il vecchio eroe d'un libro vecchio, Lazarillo de Tormes»*, que no vale realmente cosa mayor. Tampoco los estudios del profesor Zuccaro valen, en rigor, la pena de ser leídos. Si yo me ocupo de su folleto es para que se sepa en España que los italianos comienzan a preocuparse de nuestras cosas. La competencia será el cortejo obligado de la buena fe. Hasta la fecha, al menos, fuera de los trabajos de investigación del hispanófilo Arturo Farinelli, yo no conozco de italianos más que dos magníficos estudios sobre nuestra literatura. Los dos los ha firmado G. Carducci, y tratan del teatro de Calderón de la Barca y de Don Quijote.

Le cento migliori liriche della lingua italiana, Scelte da *Luigi Ricci*. Gowans, Gray Ltd. London, 1907. Price: 6 d. net.

Apenas hay cosa más expuesta al fracaso que esa labor de recoger en una antología popular las «cien mejores poesías líricas de un idioma". Y la dificultad se hace insuperable cuando se trata del italiano, tan rico en manifestaciones líricas de toda laya. El Sr. Ricci ha cumplido con discreción su encargo. He notado que ha prescindido de los poetas vivos cuando se publicó esta antología. Hizo mal. D'Annunzio y Giosuè Carducci, por ejemplo, han ganado un hueco en las antologías clásicas.

Luígi Ricci ha procurado también que su colección fuera rica en autores. Ha sido parco y comedido en trasladar a su librito las composiciones de los grandes, Dante Alighieri, Petrarca, Ariosto, porque ha calculado que, abusando de ellas, el lector extranjero –a quien estas antologías de la casa inglesa se dirigen principalmente– formaba una idea muy fragmentaria de la lírica italiana en conjunto.

Ruy Blas. Dramma storico di Vittor Hugo. Traduzione poerica di Gino Fracassíni. Tlp. Eduardo Ducci. Firenze, 1909. Sin precio.

No es en Italia, precisamente, donde más puede aplicarse el consabido adagio de *traduttore, traditore*, muy al contrario: en Italia se esmera y se cuida la versión con el mismo cariño que las obras propias, a las que prestamos esos exquisitos cuidados de la paternidad. Las tra-

ducciones, que por acá encargamos a personas que empiezan por desconocer su idioma nativo, se encomiendan, en Italia, a publicistas de cultura y de gusto. Mi amigo Beccari, que traduce a los autores españoles, pone tanto cuidado en su versión, que recientemente ha merecido los mayores elogios de Unamuno. Beccari le tradujo, en elegantes versos libres, sus *Nubes de ocaso*, que vieron la luz en La Lectura. Beccari ha publicado su versión en *Poesía*, la asendereada revista de Marinetti.

Fracassini me ha enviado su traducción del conocido drama victorhuguesco. Conserva el metro del original francés. Al pasar de un idioma a otro pierde tal vez grandeza, pero pierde ampulosidad a buen seguro. La versión es fidelísima y elegante, en una palabra, y es digna de los mayores elogios.

San Francesco d'Assisi (romanzo), da *Ciro Alvi*. Seconda edizione. Flli Treves, editorí. Milano, 1909. Lire, 3.

Una de las cosas más admirables de Italia es su descentralización artística. Apenas se comprende en aquel país al hediondo profesional de las letras. Se publican libros en Milán, Turín, Venecia, Roma, Bolonia, Florencia, Nápoles, Perusa y Génova. Como la retribución por los trabajos literarios es próximamente la que se alcanza en España, los escritores son, además, abogados, profesores, médicos, etc. De la pluma, exclusivamente de la pluma, no sé que vivan en Italia más allá de media docena de literatos, entre los cuales pueden contarse, en primer lugar, a D'Annunzio, Fogazzaro y Matilde Serao.

Los Círculos de escritores apenas existen fuera de Roma y de Florencia. Y cada uno escribe, desde su rincón, lejos de las prensas, a muchas leguas del editor, compartiendo el cultivo de las letras con el de la profesión oficial. Ciro Alvi, autor de esta hermosa novela *San Francesco d' Assisi*, vive en Todi, una aldeuca de la Umbria, y desde allí dispara, de vez en cuando, sus novelas, que lee el público con avidez y que elogian discretamente los críticos oficialescos.

Y así lo primero que se observa en el libro de Ciro Alvi es que está hecho despacio, sin apremios de tiempo, sin concesiones al gusto de la época. Está escrito con mimo, a ratos perdidos, pero en ratos de emoción. Cuidadosamente escrito, teniendo delante las *Fioretti*, el Sr. Alvi ha curado principalmente de conseguir un estilo llano, sencillo sin grosería, primitivo sin artificios visibles, novela de reconstrucción donde no se note a primera vista que el candor es retórico y la bobería buscada.

En la novela del Sr. Alvi, rica en incidentes dramáticos, gana en complejidad espiritual la figura del pobrecito de Asís.

He sufrido un ligero desencanto. San Francisco en Italia, como Don Quijote entre nosotros, no es el protagonista de un libro, ni siquiera el símbolo de una época, es algo más: es una abstracción más gigantesca, más amplia, más humana, del candor, de la bondad sin recovecos ni pliegues, de la verdadera bondad primitiva, que no razona ni discurre, sino que brota naturalmente del corazón humano como el chorro de agua cristalina del manantial de un regato. Lo que gana en complejidad la figura del Santo pierde en interés, al menos para mí. Cuando leo las *Florecillas* –y las leo con frecuencia– no se me ocurre, por un momento, examinarlas con ojos de crítico y mucho menos contrastarlas con las ideas refinadas, irónicas, de una época descreída como la nuestra. Tal es el reparo que se me ocurre poner a la resurrección de la leyenda franciscana del novelista umbrio.

Por lo demás, es una maravillosa y encantadora novela la suya. Hay páginas descriptivas de la Umbria de un valor incomparable. Otras están caldeadas por la más intensa emoción, las que dedica, por ejemplo, a la ceguera de San Francisco, a quien sirve de enfermera Sor Clara; aquellas otras en que describe el éxtasis del Santo al componer *El cántico de las criaturas*.

No siempre escribe el artista, a veces escribe el escéptico. San Francisco parece entonces un maniático, un loco, un pobre diablo cómico hinchado de idealismo *pour rire*. Y este es el defecto de la novela. ¿No tendría más encanto para nosotros un libro escrito por un pobre de espíritu? Porque en el Santo de Asís no se ve nunca a un hombre agitado por la duda, por los problemas mentales, sino al hombre de la fe, al apóstol de la afirmación rotunda, que es el amor y que le hace amar al agua que es pura y cristalina, y al sol que nos calienta y a la luna que alumbra las noches de nuestros sueños.

La Lectura (Mayo-1909)

Varios

Nostre memorie. Raccomi tragici di Liguria, de *Marcus de Rubris*. Enrico Voghera, editore. Roma, (sin fecha). Precio: dos liras.

A su madre, Eugenia Vigua-Monti, dedica el joven escritor genovés este primoroso libro de cuentos de la tierruca.

No se sonrían los Eça de Queiroz de veinte primaveras que escriben, en estas tierras de pan llevar, cuentos eróticos y necios. Hay en este mozo ligur un sello de fuerte honradez artística, de pureza, de ilusión, de energía contenida y vibrante, que le hace agradable desde luego.

Ha recogido, en afortunada selección, los más hondos recuerdos, los episodios más salientes de su adolescencia, y con ellos ha hilvanado este librito. Seguramente, Rubris no se proponía otra cosa que escribir unas cuantas páginas elegantes y bellas: pero puso tal emoción en sus relatos, que, deseando contar ajenos sucedidos, ha narrado sencillamente, con esa sencillez que no es hermana de la elegancia sino la elegancia misma, su propia vida, sus cálidas y ardientes emociones de mozo, veladas con ese encaje sutil de la amargura, que va poniendo la vida, poco a poco, en nuestras más grandes ilusiones pretéritas.

Sin verdad no hay emoción; sin emoción no hay arte. Un cuento, una novela, una página de crítica, no se cincelan con palabras bonitas –con ese bagaje anodino de nuestros cronistas «brillantes»– ni con el cabal dominio de las teclas del oficio. Una cosa es el *métier* y otra muy distinta el arte. Santa Teresa escribe como piensa, con gracia, con desgaire, con emoción sostenida, con la misma naturalidad que corre el agua por un regatuelo; Valle Inclán, artífice cincelador de prosa, va pariendo con harta fatiga, cuidadosamente, entre angustias y sobresaltos, limando y tornando a limar. De Santa Teresa, de la monja andariega y simpática, no nos olvidamos nunca. De las *Sonatas,* sí, ya que, en achaques de estilo, ahí tenemos *Le vergini delle Rocce,* de D'Annunzio, y *Madame Bovary,* de Flaubert, que llegan, aquél, a la sonoridad cristalina; a la más estupenda precisión, a la más carnal plasticidad, este. Pues bien, Marcus de Rubris conoce la amenidad que saborea el gran público y la mecánica que analiza el profesional: la habilidad exterior que da clientela y la más íntima destreza que saben admirar el literato y el lector de gusto. Miel sobre hojuelas, en el artista italiano hay naturalidad, elegancia ingénita y conocimiento de los cánones estéticos. Por eso ha agotado rápidamente una copiosa edición de *Nostre Memorie* y se está traduciendo su libro al inglés, al francés, al alemán, al eslavo y al holandés.

Los héroes de sus cuentos son gente campesina y ruda, toscos gayanotes ligures, cortos de lengua, pero en obras largos, como decía de los bascos [sic] el autor de *La Araucana.* En el libro de Rubris se ve y se siente la Liguria. Tan plástico es su estilo, que así como de un libro de Zola escribió un crítico que *hedía,* de *Nostre Memorie* puede decirse que en sus páginas respiramos el perfume del heno encerado en los campos genoveses.

Marcus de Rubris es también poeta. Anuncia inmediatamente la publicación de su libro de versos *La Veglia.* Entonces tendré ocasión de volver sobre el autor, que ya me tiene ganado con las narraciones elegantes y breves de *Nostre Memorie.*

La pietra filosofale, Por *Ciro Alvi*. Torino. Socíeta Tipografica Editrice Nazionale. Precio, 3 liras.

De Ciro Alvi y de su primorosa novela *San Francesco d'Assisi,* he hablado ya en estas páginas de LA LECTURA –Junio de 1909–. Ratificación cumplida de aquellos elogios ha de ser esta breve nota bibliográfica. Feliz satisfacción la del lector despreocupado y sincero que ha tomado como yo, sobre sus hombros, la tarea de contar sus impresiones de lectura, sin pararse en convencionalismos. Hoy es día de alabanzas. Desgraciadamente no estará muy lejana la hora de tener que decir, entre ironías y circunloquios, que tal autor es desagradable y tal otro desmañado y vulgar.

Nadie más distinto del literato que, encerrado en su castillo de marfil, no acierta a ver el resto del mundo, que el Sr. Alvi, sabroso escritor umbrio. Lentamente, a temporadas, debe escribir sus páginas, gozándose y recreándose en ellas, atento únicamente a dar su sensación personalísima, sin curarse cosa mayor de las modas flamantes y de los ídolos del momento.

Siete cuentos forman el volumen *La Pietra Filosofale,* título de la primera narración. No es ocasión de contar menudamente el asunto de ellos, sino de dar una impresión total, sintética, de su estructura y de su espíritu. Y todos ellos –*Voglio la vendetta, Morte intempestiva* y, sobre todo el último, *I miei fantasmi,* de una finura exquisita– han dejado una huella de paz y de luz en mi ánimo. Dulces contrastes sentimentales, confidencias de amor, querellas de almas latinas

más adiestradas en el sentimiento que en la idea, de *La Pietra Filosofale* queda una impresión imborrable entre el montón de cosas que olvidamos antes de terminarlas.

El estilo, menos trabajado, más impersonal que el del famoso *San Francesco,* de tan natural, sencillo y aparentemente descuidado que es, nos sabe más a *causerie* de intimidad que a página escrita. Al rodar de los años creeremos que estas narraciones de Ciro Alvi las hemos oído o presenciado, o que de ellas hemos sido nosotros los mismos protagonistas. Es un amigo, no un escritor, el que en estas páginas se nos descubre y revela.

Un aplauso al Sr. Alvi, mi amigo, y que la novela *Gloria di Re*, que tal vez hayan editado ya los hermanos Treves, de Milán, venga a renovarme el placer que me ha causado el conocimiento de sus otros hermanos, *San Francesco d'Assisi* y *La Pietra Filosofale.*

Tierra salamanquina: Valdejimena, cuento novelesco de gentes y costumbres, por *Mariano Domínguez Berrueta.* Salamanca, 1908, Imprenta de Calatrava. Precio una peseta.

Hay en Salamanca hasta media docena, bien contada, de escritores, que leo con gusto y con interés crecientes. Unos cuantos, Maldonado, Barco, Romano, Maceira, Berrueta y Fernando Íscar, han escrito con amor de la tierra en que han nacido y donde viven. De esos escritores, no digo que *el mejor,* pero si uno de los más despiertos y sagaces, es el Sr. Berrueta, que describe, en esta novelita, la romería al santuario de la Virgen de Valdejimena, virgen castizamente charra, expresiva y morena; montaraza que vive en las soledades, entre paredes llenas de exvotos de colores chillones, que acreditan su virtud taumatúrgica y su clientela espiritual, abundante y fecunda.

Conozco los paisajes anchos y limpios que ha pintado Berrueta, y debo escribir que están recia y galanamente trazados. Es castellano de pura cepa el escritor regional; por algo se declaró, hace años, discípulo y continuador de Pereda, y no a humo de pajas también, el eximio santanderino escribió una preciosa carta al frente de dos cuentos del Sr. Domínguez Berrueta.

Yo quisiera que Berrueta, Maldonado, Íscar... siguieran cultivando su huerto con esmero y constancia. Esta tierra nuestra, infinita como su cielo, recia como sus encinares y mansa como el curso de sus ríos; estas llanuras inmensas; este mar de surcos inacabable; estos cantares de cadencia larga, de pensar robusto y de honda poesía,

> En el cantar conozco
> la que está virgen,
> tiene la voz delgada
> y el eco triste [303];

estas magníficas puestas de sol que dejan huella de sangre en la llanura... están pidiendo su nuevo cantor. Un nuevo cantor que, como el pobre José María Gabriel y Galán, sepa el lenguaje de las alondras mañaneras, bucee en el alma de estos labriegos cazurrotes y duchos en la ciencia del vivir y rime con el ritmo de las ondulaciones de la espiga y del paso perezoso y reflexivo de los bueyes labradores.

La Lectura (Enero-1910)

Varios

Autori contemporanei spagnuoli e ispano-americani. Azorín: Il político. Traduzione autorizzata di G. Beccari, Fírence MCMX, Libreria Editrice Ferrante Gonnellí. Precio: liras 1,50

Con gusto saludo en estas páginas de LA LECTURA, donde ya la había anunciado, la aparición de la Biblioteca de Autores españoles e hispano-americanos, que edita un benemérito editor fiorentino: el Sr. Gonnelli. No me atrevo a vaticinar el éxito de la Biblioteca, pero sí debo afirmar, en honor a la justicia, que Beccari ha traducido maravillosamente uno de los autores más originales, más pulcros, más limpios y de más conciencia de su lengua, de los que escriben en castellano. *Azorín, a* pesar de la sencillez estupenda de su estilo, tiene el inconveniente para el traductor de necesitar este un conocimiento acabado del léxico de la lengua de que traduce. Beccari ha sorteado todas las dificultades, sin rehuirlas, traduciendo fidelísimamente, con una escrupulosidad digna de los mayores elogios. Si todos los traductores extranjeros fueran de

[303] Cantar popular de la comarca de la *Armuña* (Salamanca) (Nota del autor).

la madera del Sr. Beccari, nuestra literatura estaría de enhorabuena. Yo, al menos, encuentro erratas insignificantes en la versión del hispanófilo toscano. Las poquísimas que existen son más bien materiales que de concepto y de incomprensión.

Y no diría una palabra más de la versión al italiano del volumen de *Azorín* si se tratase de un libro aislado, suelto. Pero la empresa es más vasta. Se trata, nada menos, que de traducir a todos o casi todos nuestros literatos contemporáneos más celebrados. Si el Sr. Gonnellí quiere sacar provecho de su sacrificio –y yo le deseo un *successo* que haga época– debe caminar por otros senderos y no conceder a la literatura americana más que aquella mínima participación a que, hoy por hoy, tiene derecho. Y no es ciertamente Blanco Fombona uno de esos autores que, a la hora presente, acreditan en un país extraño una literatura desconocida. ¿Por qué no traduce Beccari a Sarmiento o a Zorrilla San Martín –pongo por caso– fuertes, elegantes y sabrosos prosistas? ¿Por qué no se acuerda del joven novelista venezolano Díaz Rodríguez? Recuerde el amigo Beccari el fracaso de Treves en Milán editando unos cuentos anodinos de un americano de segunda o tercera fila. Yo me atrevo a indicarle, además de los americanos ya citados, a D. Enrique Larreta, que publicó en Madrid el año pasado una de las más hermosas novelas –*La Gloria de Don Ramiro*– que recuerdo haber leído y admirado en los últimos años.

Tampoco suscribo del todo el gusto del editor anunciando, entre los primeros tomos de la biblioteca, unas *Sensazioni Zingaresche,* de Isaac Muñoz. Ya el título me desagrada. ¿Se nos quiere presentar como somos realmente, o se va a verter al italiano –una vez más– la estúpida, falsa, despreciable España de pandereta de los franceses, nuestros estimables calumniadores? Isaac Muñoz; por otra parte, ¿puede codearse con *Azorín,* con Unamuno, con Salaverría y con otros autores que van a ser prontamente traducidos y admirados? Mi deber es exponer mi opinión con toda franqueza, ya que particular y familiarmente he trabajado por el éxito de esta Biblioteca y he señalado al traductor, mi amigo, los peligros que puede correr esta empresa si prescinde de las primeras figuras, atraído por una portada pintoresca que luego, es común la comprobación, carece de contenido.

Vida picaresca (Primera parte), Por *Eugenio Silvela*. Librería de Fernando Fe, Madrid, 1910. Precio: 2 pesetas.

Acabo de leer, de una sentada, este librito, no muy voluminoso ni nutrido, del Sr. Silvela *junior,* hijo de aquel ilustre don Luis, autor del *Derecho Penal,* de quien conservamos grato recuerdo los que nos hemos dedicado alguna vez a la lectura y estudio de las cuestiones penales. De Eugenio Silvela he oído hablar con elogio a los políticos de profesión y a los periodistas que aguzan su ingenio en torno a los pasillos y al Salón de Conferencias del Congreso. Tiene fama en este medio el Sr. Silvela de irónico y de cruel; se comentan en voz baja sus sangrientas y temerarias burlas, y se asegura, finalmente, por aquellos buenos señores, que D. Eugenio ha heredado la daga florentina de aquel redomado, elegante e impasible escéptico que se llamó D. Francisco Silvela.

La lectura de *Vida picaresca* no confirma, creo yo, tales juicios y aseveraciones. Lo digo así, de plano, porque se trata de un escritor, rudo en sus ataques, que ha de agradecer más al cronista el tributo de la verdad –de una verdad subjetiva y parcial, es claro– que el elogio insincero y la obligada y respetuosa hoja de parra con que solemos encubrir nuestras frialdades y desencantos de lectores.

Vida picaresca se me antoja un libro informe, inconexo, mal hilvanado y, además, maligno, sencillamente: maligno. No hiere en él Silvela con la daga florentina, sino con la vulgar navaja de Albacete. En sus asaltos de duelista no es el adversario seguro de sí mismo, que sabe parar los golpes y herir al contrario gallardamente, aprovechando, más que un descuido, un movimiento vulgar e impreciso; se trata, más bien, de un luchador obcecado, con poco dominio sobre sí mismo, que, al perder el terreno, sacude tajos y mandobles en la cabeza, en los hombros, en los pies del adversario, allí donde le deja su ira, allí donde le permite su ceguera.

Todo el libro es eso; un charco de bilis, que revuelve, marea y fastidia al lector que busca impresiones, atisbos, algo que no sea producto exclusivamente de un odio familiar y casero. La pasión, la sátira, la ironía sostenida y vibrante, cosas nobles y santas son cuando las emplea el escritor en censurar miserias sociales; cuando las amontona sobre un hombre, pierden todo su interés, y de ellas queda solamente una impresión de angustia y de pequeñez en el que mira el espectáculo desde fuera. Ya ve el Sr. Silvela, a quien no quiero mal ciertamente, que empleo sus mismas armas y que no sé morderme la lengua cuando doy con hombres de su franqueza desgarrona y de su cruda, crudísima, contextura espiritual.

No en broma, sino muy en serio, puede sostenerse el aserto central y único del libro del Sr. Silvela, prescindiendo de sus arremetidas personales: el aserto de que nuestros gobernantes proceden, a derechas, de Guzmán de Alfarache, Rinconete, y el Lazarillo del Tormes, de la riquísima fauna de nuestra hampa picaresca. Pero no son solamente los políticos los que deben reconocer su progenie en tan esclarecidos varones. ¿De dónde proceden, si no, los literatos? ¿De dónde los leguleyos? ¿De dónde los covachuelistas y empleados de toda laya? ¿Cuál es la base de sustentación, cual el arraigo, de nuestra clase media? ¿No estamos todos saturados, en este desdichado país, del concepto hospiciano, de beneficencia, del Estado? ¿Qué es nuestra organización administrativa, en su complicado, pesadote y prolijo mecanismo, más que mi pretexto para que el hampa siga viviendo? ¿Qué es el presupuesto –como ha dicho un político– más que la lista civil de la clase media? ¿Vivimos en la literatura, en la política, en la enseñanza, en el comercio, en la industria –en todas las manifestaciones de actividad social– de cosa distinta que de cubileteos, de saltos, de piruetas, genuina y netamente picarescos? No sea exclusivista el Sr. Silvela. Mientras no seamos nación; mientras no nos formemos del todo colectivamente; mientras no emprendamos la gran obra, no de regeneración, sino de construcción, de formación, de fábrica, de nacionalidad, aparecerán por todas partes vestigios de picardía y de vagabundaje.

Algo vamos haciendo, sin duda alguna. La política está cambiando, a su pesar. El Sr. Maura –Zulueta, mi buen amigo, lo ha visto claro y lo ha dicho en estas páginas– ha puesto en contacto la política con la opinión pública, destruyendo la muralla de la prensa de partido que antes las separaba y alejaba. La obra del partido conservador en su última etapa de gobierno –reconozcámoslo imparcialmente– ha sido de saneamiento e higiene.

El Sr. Lacierva, brazo del maurismo, ha luchado contra los usureros, contra los borrachos, contra los matones, contra el periodismo de interés y de perro chico... contra el hampa, precisamente. El llamamiento a las clases neutras, el ansia de renovación personal responden a esa acción terapéutica consciente. Hace mal, pues, el Sr. Silvela en amontonar dicterios sobre el Sr. Maura. Los que vivimos sustentando ideales quizás contrarios a los del político mallorquín creemos sinceramente en su buena fe y en su entusiasmo, y aplaudimos, sin regateos, la acción moralizadora, honradísima, de su última etapa ministerial. Recuerdo que el año pasado por ahora, cuando se infló aquella delicada cuestión de la escuadra, firmamos un mensaje de aplauso al Sr. Maura, en el Ateneo, varios jóvenes, doloridos de la actitud, ilógica y bullanguera, de las minorías liberales. En aquel mensaje no firmaba un solo muchacho conservador.

Otro fenómeno interesante de saneamiento se inicia ahora en la política con la muerte del viejo partido liberal. Se deshace este partido cuando la opinión de los liberales en España comienza a fundirse, concretándose. El partido liberal muere, más que por las diferencias personales de sus rabadanes, por el agotamiento y consunción de su programa, apolillado ya –y es larga la fecha– en 1868. Incorporadas las libertades públicas a nuestro patrimonio constitucional, habrá que renovar el programa con leyes de franca tendencia socialista.

De entre los escombros de ese partido saldrá otra cosa nueva y fecunda. Yante la formación del partido liberal futuro comenzará a deshacerse, a su vez, el conservador, ocupando, en la política, el sitio que hoy abandonan los muertos. Ya medida que se vaya modificando el sentido de nuestra política, irán desapareciendo los vestigios picarescos de nuestras actividades sociales.

El Sr. Silvela anuncia la segunda parte de su *Vida picaresca.* Desearé que, desmintiendo el agudo político el refrán popular que con las segundas partes reza, haga un libro más humano, más orgánico y más bondadoso, sobre todo más bondadoso que su hermano mayor, ducho en las marrullerías, picardihuelas que Silvela censura, contradiciéndose.

La Lectura (Enero-1910)

Italianas

Nuova Antologia (1º Marzo 1910)

Edmundo Rostand y «Chantecler», por M. Allou.

Edmundo Rostand nació en Marsella en 1863. Su primer libro de versos, titulado *Les Musardises,* valió al autor que le comparase un crítico, Agustín Filon, en las páginas de *Revue Bleue,* al propio Alfredo de Musset que publicaba, a sus veinte años, sus *Contes d' Espagne et d' Italie.*

Un gran actor de la Comedia francesa, M. Ferandy, intuyó, antes que nadie, con aquella pieza de Rostand *Pierrot qui pleure et Pierrot qui rit,* el porvenir del decantado padre de *Cyrano de Bergerac.*

Los *Pierrots* no fueron representados. Pero sí lo fueron los tres actos de *Les Romanesques,* que dos años mortales esperaron turno en la Comedia francesa. El 21 de Mayo de 1894, fecha del estreno de *Les Romanesques,* fue consagrado Rostand autor dramático por la crítica. Rostand mismo ha dicho que su vocación data de la noche de este estreno.

La Princesse Lontaine, La Samaritaine (de una poesía más intensa que todas sus demás producciones) *Cyrano,* sobre todo, traducido maravillosamente al italiano por el pobre Mario Giobbe, fueron parte a que Rostand saborease la gloria a los veintinueve años. Condecoraciones, medallas, honores de toda clase llovieron sobre Rostand.

Después de *L'Aiglon,* una seria enfermedad amenazó la vida del poeta. El doctor Grancher le aconsejó que se marchase de París a vivir al campo. El clima suave de Cambo, el país vasco, ha vuelto la salud al poeta que de vez en cuando nos envía geniales producciones. Sabráse que el autor de *Cyrano* trabajaba silenciosamente en trabajos de distinta índole y los diarios anunciaban, periódicamente, los nuevos proyectos del poeta. Por entonces se habló de un *Faust,* de una *Maison des Amants,* de un *Polichinelle* y hasta de un Romeo y de una Julieta. Nada ha vuelto a decirse después sobre tales cosas. En lo que real y positivamente trabajaba el autor era en *Chantecler,* y hablemos de esta su última obra poética. *Chantecler* tiene alguna escena definitiva, de un lirismo fascinador; es acaso más poética en algunos parajes que en los más celebrados y salientes de *Cyrano.* Hay que alabar en E. Rostand su tentativa de renovar la lírica, dándole un sentido nuevo. «Ce qui reste –escribe Albert du Bois en la *Derniere Dulcinée* ¡pobre Dulcinea!– c'est la beauté de cet élan et de ce geste»[304].

En cuanto a la idea de hacer hablar a los animales, había sido puesta en práctica en el Teatro por Aristófanes en los *Pájaros.* El año último, en España, se representó «un cierto *Caballer Lupo,* que obtuvo el aplauso del público, pero que probablemente debe su origen al anuncio –reclamo inaguantable diría el traductor español– durante ocho años de la nueva obra de Rostand» En general, los autores dramáticos o poetas que llevaron animales a la escena no se propusieron más que prestarles los pensamientos y las pasiones de la humanidad.

Si Aristófanes no hubiera sido más que un autor de obras sentimentales o de una vis cómica puramente anecdótica no habría escrito nunca *Los Pájaros.* Los mismos títulos de sus comedias –*Las Ranas, Las Avis*pas– no hacen otra cosa que velar las ridículas debilidades de sus conciudadanos y satirizar los vicios de los magistrados de su pueblo. Una careta de zorra o de lobo permite a un autor que dé libre curso a su vena satírica.

Nuestra Edad Media supo eso e hizo de ello un uso excelente. Rabelais no desdeñó la estrategia para sus personajes cuando Pantagruel y Panurgo llegan a la isla maravillosa de los gatos. Juan de la Fontaine fue sobre todo poeta satírico... El poeta de *Chantecler* ha querido ridiculizar los pseudo-artistas, los falsos héroes.

Rostand ha querido escribir un poema simbólico. Ha exaltado en versos graves y sonoros el orgullo del artista consciente de su fuerza. Aun cuando desaparezca la necesidad de creer, el poeta verdadero debe conservar su fe. *Chantecler* quiere ser un poema de valor y fe.

Luego el articulista estudia menudamente la técnica del poema. Pero sus afirmaciones principales quedan aquí fielmente extractadas y reseñadas.

La Lectura (Enero-1910)

Las "Moradas" de Santa Teresa[305]

El gran escritor y el gran amigo Francisco Acebal, director de *La Lectura*, acaba de publicar el primer tomo de una biblioteca de *Clásicos Castellanos*, llamada a tener una resonancia enorme en este país que cada día lee más y se entera más de las cosas. Es de un primor tan exquisito este primer tomo de las *Moradas*, está prendido con tan maravillosa limpieza tipográfica, que

[304] "Lo que permanece es la belleza de ese ímpetu y de ese gesto".
[305] Ediciones de "La Lectura", Madrid, 1910. XVI, 332 páginas. Precio: 3 pesetas. (Nota del autor)

el libro parece compuesto por un artífice florentino del Renacimiento, elegante en su simplicidad sobria y grata a los ojos, hechos ¡los pobres! a soportar viñetas modernistas, filigranas cursis de impresores mediocres y ortografías arbitrarias.

Pero el libro que los amigos de *La Lectura* dedican a la doctora carmelitana, es tan simple en su compostura, tan ingenuo, como el sabroso decir desafectado y risueño de la monja, que era, por sencilla, la misma elegancia personificada. La fachada del libro es la morada más cabal del espíritu que en sus páginas campea, espíritu desenvuelto, donairoso, humilde, y de tanta riqueza plástica como yo desearía ¡pobre de mí! para mis escritos.

Cada día me gustan más estos escritores, como la Santa, desprovistos de todo artificio retórico, ingenuos, infantiles, tan impetuosos y naturales como el curso del agua por un regato.

En un libro de una paralítica, dedicado a la Pasión de Cristo –el libro de Catalina Emmerich– he encontrado frases de una sugestión tan enorme que ya desearían para sí Flaubert, D'Annunzio, Eça de Queiroz y otros refinados e ironistas de la época. Y con Santa Teresa, acontece lo propio. Y con Juan de la Cruz, el bobito ingenuo, inflamado de amor por su Amado.

Y eso pasa también con Juan Ruiz, el arcipreste pícaro. Porque luego, en lo que llaman edad de oro, el arte se falsea, el conceptismo sustituye al candor y el razonar escolástico al discurso natural y humano. El más desaliñado y el más incorrecto de todos, es Cervantes; por eso es el más grande.

Dejando esta divagación, y tornando al libro, diré que tiene además un gran valor literario. Un erudito, el señor Navarro Tomás, con el original de Santa Teresa delante, ha corregido cuidadosamente las erratas –algunas de ellas gravísimas– que aparecen estampadas en otras ediciones anteriores de las *Moradas*.

Así, en la conocida edición del señor Lafuente –aquel insoportable escribidor de ñoñeces– hay mil inexactitudes, que apunta el señor Navarro Tomás –por valerse aquél de una copia manuscrita del siglo XVIII y no del original. Además de su escrupulosa fidelidad, la edición de *La Lectura* está anotada con gran cuidado, ya que el anotador ha tenido en cuenta, bien las obras de la Santa, bien los artículos eruditos, los estudios, etc., que a la Santa se han consagrado– el libro de la señora Cunninghame Graham, la bibliografía teresiana de Curzot, otro trabajo francés sobre los místicos, etc.

La Lectura continuará la labor comenzada, publicando libros de Tirso de Molina, Garcilaso, Quevedo, el Arcipreste de Hita, etc., etc. Y los que vengan serán dignos, por el gusto, primor y limpieza de la edición, de estas *Moradas* de la genial doctora castellana.

El Adelanto (22-03-1910)

Varios

Tierra argentina, Por José M. Salaverría. Madrid, Fernando Fe. 1910. Precio; 3 pesetas.

A propósito de Salaverría, que es, ante todo y sobre todo, un periodista profesional y un gran periodista, se me ocurre pensar si este asendereado oficio es de los que se dominan con el cultivo diario del público o de aquellos otros que se pierden cuanto más se manosean y ejercitan. Me explicaré. Llega un bravo mozo de Provincias a Madrid, con la cartera menos repleta de billetes que el cerebro de ideas nobles y de grandes proyectos. Este bravo mozo, que ha leído muchos libros en su pueblo y emborronado muchas cuartillas en el periodiquillo *La Luz,* órgano del elemento joven del casino, quiere vivir de su pluma. Trae a la Villa del oso y del madroño un espíritu bravío, grandes ansias de reforma interior, un afán enorme de deshacer el casillero estúpido de nuestros valores literarios, y comienza a colaborar en periódicos obscuros que le pagan mal o no le pagan nunca. En los grandes diarios apenas puede comunicarse con el público. Ese artículo disuena porque el criterio del director tiene que ajustarse a la inspiración de tal político; al cesto con él. Ese ensayo literario tiene el inconveniente de chocar con el gusto de Fulanito que hace las críticas de los libros; al cesto con él. Esa impresión sobre los acontecimientos políticos de actualidad es demasiado fuerte y es preciso velarla con un montón de tópicos que repugna al mozo bravo; al cesto con ella. Y el joven de provincias, al cambiar de ambiente, advierte con dolor que el periodismo, que era arte, espontaneidad, frescura en el periodiquito de su casino, se convierte ahora en algo ñoño, anodino, retórico, en este alcázar de las desilusiones que llamamos Madrid. Y en lugar de revelar su pensamiento,

comienza a taparlo. Como no puede acometer, araña; y de león salvaje le tornan en gatito casero. Cuando se somete, comienza a comer. Las amistades profesionales, los consejos del director, las exigencias de la caja, le consumen y aniquilan. Y el oficio hace de un Martínez Ruiz, irónico, fuerte, masculino, un añoñado *Azorín,* cronista de La Cierva y comparsa; de un ignorantón de tomo y lomo, discreto y avisado como todos los ignorantones, un factor precioso para la empresa y para el negocio.

Es axiomático para el que se ha asomado un poquitín a las intimidades de nuestra vida periodística, que el talento de los chicos del oficio está en razón inversa de la posición y del sueldo que tienen dentro del periódico. El director es un beocio a quien se le hace «gloria nacional» e «ilustre maestro», mientras los *reporters* le llaman camello a tambor batiente y refieren emocionantes escenas acerca de su incultura y, acaso, acaso, de su ortografía. Este camello es el que impone su gusto a los escritores que caen hacia el periodismo, tratando de hacer de este un arma de civilización y de arte.

Luego, en un periódico, confeccionado a la española, todos tienen que pensar del mismo modo.

Hay un criterio uniforme que ha de inspirar desde el artículo de fondo hasta los ecos de sociedad, y el escritor libre tiene que hacer más piruetas y contracciones que Ra-ku en sus famosas luchas. Coged una colección de periódicos y estudiad la vida literaria de un escritor que os agrade desde sus comienzos hasta el momento actual. Notad que apenas hace otra cosa sino otorgar concesiones y más concesiones al gran público. Insensiblemente, ha alterado su personalidad. Aquella su gran sinceridad del principio se ha trocado en una fraseología tibia y mareante. Rebelde, morirá con la bendición apostólica. Observador imparcial de esa farsa que se llama la vida política, hace gimnasia para cazar un acta o una dirección. Antes defendía un ideal; ahora un sueldo, mezquino, una posición hecha y una denominación en el escalafón cerrado de los bombeadores y bombeados. Va para ilustre y eximio.

Vuelvo a Salaverría para deducir de estas observaciones algo que en elogio suyo se traduce. Conozco a Salaverría desde que comenzó a colaborar en un gran diario, y cada día su personalidad, lejos de borrarse, se acentúa más y más. Sabe sostenerse en la altura y, desde allí, juzga serenamente las luchas enconadas del valle. Es un rebelde tan cortés, tan educado, tan poco peligroso en apariencia, que fingiendo timidez y modestia, hace una obra de cultura, que es obra de libertad, desde las columnas de un diario ranciamente conservador.

En *Tierra Argentina* ha reunido José María Salaverría sus impresiones sobre la República de la Plata. Muchas de esas impresiones rápidas, nerviosas, emotivas, bellísimas, vieron la luz primera en *ABC.* Como corolario de su viaje desprende Salaverría que el pecado nacional es el de abulia y que tenemos que vigorizar nuestra voluntad.

Y firme en esa postura, diserta acertadamente sobre la mezquindad de nuestros temas y la falsa aplicación de nuestros esfuerzos colectivos. Su libro es un canto a la voluntad, y estudiando el problema argentino, ha hecho más por España que los periodistas que toda su vida han estado encastillados en la torre de adobes de nuestra literatura y política al uso.

Un peligro señala Salaverría para la expansión española en Sud-América del que yo también me he ocupado incidentalmente en este sitio: el peligro italiano. Italia ha encauzado perfectamente su corriente emigratoria. Ha mandado a la Argentina la flor de su juventud y los descolocados universitarios que la sobran. Con la ductilidad del carácter untuoso, taimado y mansurrón de sus hijos, Italia influye más que nosotros con sus libros, con sus diarios, con sus compañías teatrales, en la dirección intelectual de la Argentina. La gran semejanza del idioma ha servido al italiano para comunicarse con los indígenas tan pronto como nosotros. Y su sentido de la economía, su dureza y constancia en la labor más ruda le ha llevado a hostilizar con ventajas al emigrante manual español.

Es muy cierta la observación de Salaverría cuando dice que el italiano se extiende por todas partes como una mancha de aceite.

El libro de Salaverría es de un observador y de un artista. Bellísimos son los capítulos que dedica al puerto de Buenos Aires, a las mujeres, al literato argentino. Es, finalmente, *Tierra argentina* un libro relleno de honradez y de alto sentido patriótico.

Mi religión y otros ensayos breves, por *Miguel de Unamuno*. Biblioteca Renacimiento. Madrid, 1910

Unamuno es uno de estos escritores tan absorbentes, tan terriblemente personales y tan acometedores, que el lector tiene que tomar partido en seguida por el autor o contra el autor.

No creo yo que haya escritor contemporáneo tan ensalzado y tan humillado al mismo tiempo como el ilustre rector de Salamanca. A este le parece un genio, a estotro un badulaque; quién le reputa por la personalidad más saliente de España y quién otro afirma que es un plagiario vergonzante sin relieve alguno, un docto catedrático más que está moviéndose eternamente en el vacío.

Y acaso los unos y los otros tienen razón, desde su punto de vista íntimo y personal. Unamuno no es un chirimbolo concreto, un ejemplar de Museo, al que se le clasifica en esta o en la otra especie por un erudito pachorroso y rebuscón. Unamuno marcha continuamente por su camino, sin volverse y sin escuchar los ladridos de los canes que le atajan el paso. Unamuno es un despertador de los anhelos de las almas ansiosas, y como su obra es de angustia, de sacudimiento interior, el oro de sus vehemencias fecundará el terreno virgen y será estéril en los terrenos baldíos y sin abonar. El rector de Salamanca, antes que un gran pensador, es –diré, valiéndome de su léxico– un *sentidor* enorme y sus libros no pueden juzgarse como un producto de la paciencia de su autor, sino como una manifestación personalísima del momento de su vida interior que los produce.

Mi Religión y *otros ensayos breves* –libro editado con gusto por la biblioteca *Renacimiento*– es una colección de trabajos, publicados, los menos, en *Los Lunes de El Imparcial* y los más en esos enormes periódicos de Buenos Aires.

No pueden juzgarse tales ensayos con un criterio meramente externo, literario. Unamuno, aunque escriba muy bien, con más seguridad que elegancia, no es un profesional de la literatura. Sus ensayos no son conceptos, sino gritos; no polémicas doctrinales, sino estados afectivos. Yo veo en cada libro del autor de *La Vida de Don Quijote* y *Sancho* el germen de sus libros posteriores, donde también se condensa, es claro, el espíritu de su obra futura. Es un caminante, un peregrino que tararea siempre nuevas canciones a las que no logra dar, porque no lo consienten, forma definitiva.

Yo quiero que mis lectores lean el nuevo libro de Unamuno. A cada cual le dará una sensación distinta, sensación de humanidad, de fuerza, de dolor. Unamuno sabe que el libro es un sacramento y él lo administra con unción a las almas removidas de donde surgirá la generación nueva. Nada de problemas colectivos; Unamuno trata de resolver el suyo, que es el tuyo también, el de la inmortalidad, el de la gloria, el de Dios, y como un ciego camina por los obscuros callejones: cayendo, rehaciéndose y prosiguiendo la eterna canción del desfallecimiento y de la duda.

La Lectura (Mayo-1910)
El Adelanto[306] (18-08-1910)

Varios

I fioretti di San Francesco e Il cantico del sole, con una introduzione di *Adolfo Padovan*. Hoepli, editare. Milano, I908. Precio de este elegante volumen, encuadernado en tela blanca, con un medallón del Santo: 2,50 liras.

En estas páginas –Enero de 1909– dediqué un elogio a la edición de las Fioretti hecha en Florencia por el Sr. Sansoni. No conocía entonces la que el benemérito editor milanés Sr. Hoepli ha tenido la atención de enviarme recientemente. La edición hoepliana quiere ser una edición popular. Por la baratura de su precio, por la limpieza tipográfica, por la ausencia completa de erratas, esta nueva edición de las Fioretti, que, con volúmenes del Dante, Fóscolo, Manzoni, Parini, Ariosto, Petrarca, Leopardi, Tasso y Silvio Pellico, forma la Biblioteca Clásica Hoepliana, es digna de las mayores alabanzas. Y no hablo del libro del apóstol de Asís, de las Fioretti, porque es conocido de todas las personas medianamente cultas.

La introducción del notable psicólogo Sr. Padovan merece unos breves comentarios. El Sr. Padovan ha dedicado sus labores al estudio del fenómeno del genio, tan parecido, como quería Lombroso, al de la locura. En San Francisco encuentra el Sr. Padovan un hombre genial, por su exaltación lírica continuada, por su enorme sinceridad, por su carácter firme y enérgico, porque en el Santo la palabra y la acción no son momentos desemejantes y contrarios, sino seguidos, continuos, de su energía y de su actividad.

[306] *El Adelanto* únicamente publicó la reseña correspondiente a *Tierra argentina*.

Y he pensado, leyendo estas páginas de un hombre agudísimo e imparcial, que hay una inteligencia que sube del corazón a la cabeza, que es producto de la bondad y del altruismo y que nada tiene que ver con la intuición rápida, con la comprensión completa de las cosas más abstrusas y complicadas. Y de este linaje de genios es tal vez el de San Francisco la muestra más excelente. Los buenos, los muy buenos, encuentran en el sentimiento lo que el más sabio y erudito no acierta a hallar en su cerebro: la rectitud y la pureza de intención. Y con la pureza y con la rectitud se conquistan pueblos, se da a las religiones un nuevo sentido y se predica, con palabras de unción y de fervor a las mismas avecillas del cielo.

El canto al sol de San Francisco y el discurso a los cabreros del manchego hidalgo ¿se conciben sin la ingenuidad de los dos héroes, sin su infantilismo, sin su pureza de intención?

Gloria di Re, Romanzo di *Ciro Alvi*. Fratelli Troves, editori. Milano, 1910, Precio del ejemplar: liras 3,50.

Hay algo de simbólico en esta bella novela del escritor umbrío Sr. Alvi; algo de fuertemente simbólico, de misterioso y de humano. Su coincidencia de publicación con la novela d'annunziana *Forse che si forse che no* –de la que hablaré con todo el reposo que la decadencia de un grandísimo escritor merece– la presta el valor de un reto, el calor de una afirmación rotunda y la osadía juvenil del que, fuera de todo cotarrillo, consciente o inconscientemente, se atreve a formular un programa de acción, de conquista, de raza, junto a las antífonas modernistas de los estetas. Yo veo en esta obra de arte, de un arte exquisito y elevado, una afirmación de personalidad del escritor Alvi contra otros escritores, una afirmación de pujanza del pueblo italiano, cuna de estos escritores tan originales, tan artistas, tan vehementes, contra las pretensiones de otros pueblos, dueños de los cañones, de los barcos de guerra y de los Zeppellin. Es *Gloria di Re* el gesto elegante, sobrio, pero potente, de desdén contra "los bárbaros del Norte", que, dueños de una filosofía, de una industria, de un ejército, odian en la raza latina el don interior de que ellos carecen: el ingenio. Y no es mía la frase. La dijo Enrique Heine en un libro que parece un latigazo: "Los alemanes odiamos a los pueblos latinos porque somos menos idealistas que ellos. Nos enoja en nuestros enemigos lo que hay de más íntimo y de más esencial en ellos: el pensamiento."

Pues *Gloria di Re* es todo eso: un sueño de un italiano imperialista; un estallido de indignación contra los pueblos fuertes, sin base de tradición y sin amor a lo bello; un canto al porvenir del pueblo italiano y, por extensión, a la noble raza latina, cansada de peleas y de laureles. Es –para emplear la frase exacta, italianísima– una novela *civile*.

¿El asunto? No me gusta contar menudamente nunca el argumento de los libros de imaginación, sino divagar, con toda la amenidad que me sea posible, en torno a ellos. *Gloria di Re* lo merece, ciertamente. Se trata de un rey de Vetruria –pueblo de la geografía del ensueño– de un Polidoro, fuerte, noble, guapo e inteligente rey, de la estirpe rolumnia, que ciñe la corona a los treinta y dos años. Su padre murió aplastado por un automóvil, víctima de una conspiración anarquista quizás. Polidoro, en sus primeros actos de gobierno, es absolutista, odia la plebe y las aspiraciones proletarias, sueña en renovar las viejas gestas de sus ancestrales. Más Polidoro es un rey constitucional, con un Gabinete de ministros responsables. Polidoro I, rey de Vetruria, por gracia de Dios y voluntad de la nación, lee, cuando se abre el Parlamento, uno de esos discursos anodinos, de retórica de talco, tan conocidos también fuera de Vetruria. Acordándose de la máxima de Maquiavelo de que un rey no debe ser temido solamente, sino temido y amado de sus súbditos, quiere iniciar una política personal; pero las mallas de acero de la Constitución le sujetan y aprisionan. Poco a poco, va cobrando un sincero desdén por los politicastros de Vetruria, abogadetes hinchados y fatuos, que hogaño son ministros y antaño republicanearon adulando las masas borreguiles. Torna el buen rey a sus ensueños imperialistas y quiere que su pueblo recobre el esplendor antiguo. Pero trunca sus ensueños una vulgar crisis ministerial. El Presidente del Consejo, demócrata, ex republicano, consiente al Ministro de la Guerra que amplíe innecesariamente el presupuesto militar, se produce una agitación en el país y el Ministerio cae. El Rey llama a Palacio a los hombres de ideales más amplios, más modernos, más entendidos en política extranjera; pero estos buenos señores, en cuanto se sientan a la real mesa, se convierten en mansos, aduladores cortesanos. Se firma entonces una alianza con Scaurvania, cuyo Emperador es un militarote rudo, tirano, que odia las consecuencias políticas de la Revolución y quiere para su pueblo, fuerte y bárbaro, ordenanzas de cuartel. Scaurvania es un cuartel. El Emperador visita a Polidoro en su Corte y Polidoro siente morir, ante el huésped aliado, sus viejas esperanzas de expansión imperialista.

Marcha el huésped –en Scaurvania se descubren luego asociaciones de anormales, a las que no son ajenos los altos dignatarios, ministros generales y el mismo Emperador– y Polidoro se dedica a asegurar la prosperidad de su pueblo. Inicia una política francamente radical, socialista. Pero los politicastros que en la oposición hablan de la inutilidad del Ejército, dicen luego, en el poder, que el Ejército es una de las bases en que descansan la propiedad, la patria y la familia. Polidoro, contrariado, aburrido, provoca agitaciones en el país con leyes atrevidas. Llama a los más rabiosamente revolucionarios al poder. Estos rabiosos revolucionarios son como los otros, peor aún que los otros, más impositivos, más brutales, más respetuosos con la Corona. Y Polidoro abdica. Se retira a un castillo, Dolcevita, donde quiere pasar toda su vida, lejos de los sinsabores del trono y de las amarguras de la política.

En Dolcevita, Polidoro, convaleciente aún de sus tremendas dolencias morales y de sus desengaños, se regenera por un amor, grande, único, amor de hadas y de príncipes, que le sale al paso, una tarde de sol, mientras surca en una barca las ondas apacibles y quietas del río Ascanio con dos cortesanos que le acompañan en su destierro. Se enamora de una bella extranjera, que pasa cantando por el río una melodía extraña y dulce.

¡*Oh, il suon di Lei*, que diría Leopardi! Del Polidoro rey surge el Polidoro hombre. Y comienzan para él los grandes sueños, las eternas ansias, la renovación espiritual, la vida plena, espléndida, en que gozan, cantan, sufren, lloran todas las cosas de acuerdo con nuestra alma. La extranjera, que ama la música, que tiene una mente cultivada, un corazón exquisito y una noción exacta, penetrante y aguda de lo bello, enamórase bien pronto, a su vez, del ex rey de Vetruria. Y se aíslan los dos en ese egoísmo sombrío y hermético de los enamorados. De Vetruria soplan malos vientos; el militarote de Scaurvania, que compromete a cada paso con imprudentes brindis el equilibrio internacional, quiere echar la zarpa al pueblo de Vetruria, pueblo de flores y de poetas. Y la hinca sus dientes groseros; por Vetruria relinchan los caballos scaurvianos, brillan al sol los arreos militares del maldito imperio. El Rey –hermano de Polidoro, a quien dejase el trono– muere en una batalla. Vetruria ha cesado de ser independiente y libre. En la nación, los patriotas se aprestan a la defensa. Polidoro, entre el deber y el amor, opta por el amor. Nisa lo retiene, sonriente, entre sus brazos de diosa. Pero una tarde, junto a Dolcevita, marchan unos mozos a la guerra, cantando un himno bélico que Polidoro compusiera en su mocedad. Y Polidoro, rápidamente, pasando del pensamiento a la acción, recuerda la angustia de su pueblo y quiere ser su salvador. El amor a Nisa, que antes le encerrara entre las paredes del castillo, le lleva ahora al renombre y a la gloria. Llega Polidoro a la Corte del que un día tiene, sonriente, entre sus brazos de diosa. Pero una tarde, junto por la independencia y por la libertad de Vetruria. Y vence.[307] Y derrota al Emperador de Scaurvania, y cuando su nombre comienza a ser bendecido por el pueblo, que ve en Polidoro al libertador y al héroe, una bala de cañón lo hiere traidoramente. Polidoro quiere volver a su Dolcevita, con Nisa, que ha ido al encuentro del héroe al campo de batalla. Los vetruscos, obedeciendo los planes de su antiguo Rey, derrotan y aprisionan a sus enemigos; y cuando la victoria más completa es un hecho en Vetruria, muere Polidoro en brazos de su Nisa, al llegar al castillo de sus amores.

He contado el relato novelesco del admirable libro del Sr. Alvi, a grandes rasgos, sin pararme en detalles y minucias. El lector comprenderá ahora perfectamente el alcance político y patriótico de *Gloria dí Re*. Las alusiones, no obstante de su discreción, no pueden ser ni más transparentes ni más claras. Es de presumir que los austriacos la emprendan ahora con Alvi, como la emprendió dos años ha el barón Van Klumekich con *La Nave* de Gabriel d'Annunzio.

Una ironía constante, mansa y apacible en la forma, pero perfectamente terrible en el fondo, campea en todas las páginas de esta novela. El novelista canta, con noble y austera voz, el porvenir de su patria, todavía despedazada por las garras de la prepotencia. Como buen latino y buen italiano, sueña todavía con la hora solemne de la vendetta; ¿Llegará?

Hasta como estudio psicológico de la política latina, conviene consultar esta linda novela. Las ideas en la política son lo de menos; lo demás es la contextura moral de los hombres que de ella hacen un oficio o una explotación. En Italia, como en España, como en Francia, se padece ahora una crisis de hombres. Lejos de gobernar el país la aristocracia inteligente y enérgica, asaltan el poder los codiciosos, los mediocres, los fracasados en la labor continua y regular. No sé qué sociólogo ha dicho que entre el hampa de los países latinos figuran en primera fila los

[307] Tres frases un tanto confusas. Es posible que haya erratas en ellas o que los copistas no entendieran bien el texto original.

políticos. En Italia, después de aquel escandaloso asunto de Nasi, el ex ministro siciliano, se va procurando más y más la selección. Entre nosotros sería injusto afirmar que no hemos adelantado mucho.

Sin salirnos de la pura obra de arte, y dando de mano a divagaciones más o menos ociosas, *Gloria di Re* marca un progreso evidente sobre las obras anteriores de Ciro Alvi, de las cuales me he ocupado en LA LECTURA. Hay páginas que pueden competir con las más elegantes y bellas de los más exquisitos prosistas italianos; la excursión por el río Ascanio, la entrevista de Nisa y Polidoro, la ceremonia del matrimonio civil de ambos, la descripción del campo de batalla. El estilo es suelto, elegante, natural y cuidado, sin un desmayo, sin un desentono plebeyo y de mal gusto, sin un lunar. Las 290 páginas que componen la novela han sido escritas con lentitud, durante varios meses.

El Sr. Alvi merece una felicitación entusiasta. Creo que es muy joven aún el autor de *Gloria di Re*. Si no se agosta en flor su ingenio, ni el incienso del renombre le marea, ni cae en las modas deleznables que pasan con más rapidez que los fieros manifiestos del buen Marinetti, Alvi dará días de gloria a la literatura de Italia. Afortunadamente tiene una fuerza enorme contra la disipación: la soledad. Lejos de vivir entre literatos –y la fauna literatesca es tan curiosa en Italia como en este país– Alvi mora continuamente en su ciudad natal, en la risueña Todi de la Umbría, entre colinas llenas de cipreses y de flores ...

La Lectura (Mayo-1910)

Italianas

Nuova Antologia (Roma 1º Aprile 1910).

El Asia central y sus luchas, por F. de Novelles, Diputado

«Entre las varias cuestiones político-económicas que preocupan a los estadistas, figuran la de Oriente o balkánica, propiamente dicha; la de África, y la del Extremo Oriente. La del Asia Central, que los ingleses llaman middle eastern question, es más modesta: interesa, en primer lugar, a Rusia e Inglaterra, y menos directamente a Francia y Alemania. Se trata de la Arabia, del Golfo Pérsico, de Persia, del Afganistán, del Tíbet y de la Indochina. No se ha dado gran importancia política a estas regiones ante los problemas de China y del Japón; no obstante, de algún tiempo a esta parte, los diplomáticos han vuelto los ojos a estas regiones centrales del continente asiático.

Las naciones interesadas luchan por la hegemonía política y comercial, por intereses territoriales y económicos. Rusia quiere prolongar sus dominios por el Golfo Pérsico y el Océano Índico, vestigio de la antigua tendencia de expansión rusa a extenderse por Europa. Inglaterra se opone a la expansión moscovita por entender que traerá como corolario la ruina de la India. Rusia, en sus posesiones asiáticas, cuenta con factores de gran importancia para su expansión: continuidad de territorio y homogeneidad de población. Utiliza dichos factores para su defensa, para sus miras y para su desarrollo económico. Inglaterra tiene una vasta extensión de territorio en la India, separado de la metrópoli, con un ejército escaso y con la amenaza constante del sentimiento autonomista en las razas indígenas. Y los ingleses consagran todas sus energías a defenderse y a asegurar la integridad del territorio y la hegemonía industrial.

Rusia e Inglaterra son rivales en el Asia Central; aquella cuenta con grandes territorios y con un ejército fuerte; esta, con mucho dinero y con buenos barcos de guerra. Los términos de la lucha son precisos y concretos; la finalidad de las dos naciones, contraria e inconciliable. El antagonismo permanente es político, territorial, comercial y económico. Cada nación se aprovecha oportunamente de las ventajas del momento. Cuando Inglaterra lucha en África con los boers, Rusia redobla la actividad diplomática en el Tíbet y en Persia. Cuando Rusia guerrea con el Japón, Inglaterra no se duerme y se esfuerza por alejar a sus enemigos de la India y del Golfo Pérsico.

Rusia tiende al Asia Central por necesidad y sus tentativas han logrado reformar, más de una vez, el mapa geográfico de aquella región. Su inferioridad depende, en gran parte, de la ausencia de vías abiertas y libres que la pongan en relación con el mundo. Rusia está cerrada por todas partes; Turkestán y Siberia no tienen otro valor para Rusia que el de comunicarles con la China y con la India. Quiso llegar al Mediterráneo por Constantinopla y fue rechazada –1856– con la guerra de Crimea y con la neutralidad del Mar Negro, y, por segunda vez, fracasó asimismo con el tratado de Berlín (1877-1878), después de la guerra de los Balkanes. Quiso

orientarse entonces hacia Asia; marchó a Amour, fundó Vladivostok e invadió el Turkestán, donde se cruzan todos los caminos más importantes de la China Central y de la India. Con Rusia, toda Europa quería utilizar estos caminos abiertos a la circulación de los productos de la cultura. Rusia continuó anexionándose Samarkanda, Kiva, Bokara, Meru –el granero del Asia Central y la llave de la India–. Además, monopolizó la construcción de los ferrocarriles en Persia y construyó la línea de Recht a Teherán, la cual, prolongándose hasta Meched y Herat, completa las dos grandes arterias transcaucásica y transcaspiana.

Inglaterra, a su vez, predomina en la India, donde se ha cuidado de fortificarse como requieren las circunstancias. La India ha llegado a ser el centro de la política inglesa; la Reina Victoria se coronó Emperatriz de las Indias. La India es fuente de riqueza para la metrópoli; los indios, míseros e ignorantes, se dejan explotar mansamente. El fatalismo de los indios no ha logrado sacudir el yugo extranjero, aunque sabe que su pueblo fue uno de los grandes centros intelectuales, económicos y morales del mundo. Soporta el extranjero, aunque no se aficiona a él; le deja el alma, no el cuerpo; y espera, tarde o pronto, el día del rescate. Los ingleses lo saben, día por día puntualizan los progresos del sentimiento nacional, y día por día quieren detenerlo, vigilando toda penetración extraña. Alemania se ha fijado recientemente en el Asia Menor, el Asia turca, Mesopotamia y el Golfo Pérsico, con el objeto de extender tranquilamente su comercio, segura de vencer en el mercado.

Inglaterra teme que detrás de la expansión comercial venga la política y ve en la actitud de Alemania una amenaza a sus intereses económicos en la India y a su gran línea marítima. Alemania desarrolla su programa económico del mismo modo que lo ha desarrollado, con fortuna, en África, en Australia y en el Extremo Oriente. Lo deja todo en manos de las empresas privadas, a las que protege y socorre, siguiendo paso a paso sus peripecias e interviniendo como Estado cuando ha logrado formar un fuerte núcleo nacional.

El programa alemán está dando excelentes resultados, porque Alemania es un pueblo educado para la política colonial, ya que posee los elementos necesarios a toda expansión –vasta cultura técnica, útiles perfeccionados de producción–. El progreso económico y las aspiraciones de grandeza política empujan a Alemania a la política mundial; así ha pasado esta nación joven y atrevida, en un período de veinte años, de la política aislada a la expansión colonizadora, y de la política limitada y estrecha, a la política mundial. Hoy tiene intereses en Asia, en África, en Australia; su diplomacia quiere ampliarlos y desarrollarlos. Su Welt Politic es un serio peligro para Inglaterra; su fuerza naval, para la flota inglesa y su comercio, para el comercio inglés. Ya dijo Pitt que la política inglesa es el comercio inglés, amenazado hoy por la industria germánica.

Francia, después de los diez años de recogimiento que siguieron a la triste jornada de Sedán, se lanzó en la vida política mundial dirigida por Julio Ferry, y en pocos años supo crearse colonias, desarrollar su comercio en todas las partes del mundo, hacerse una clientela para sus industrias y aumentar de este modo la riqueza nacional y la influencia política. Gambetta decía que es necesario extender el dominio colonial por todas partes, porque extender es el único medio de conservar. Con Cambodge, Indo-China, Tonkin, Annam y Laos, ha creado en Asia un vasto imperio colonial conocido con el nombre genérico de Indo-China, siendo los intereses económicos de Francia en estos países absolutamente directos, ya que exporta en gran cantidad arroz, café y tabaco, e indirectos, porque el comercio francés tiene la ventaja de poder realizar, sin obstáculos, una penetración pacífica en la China.

A continuación, el articulista detalla más particularmente lo que las regiones del Asia Central significan para cada una de las potencias colonizadoras, llegando seguidamente a las conclusiones de su trabajo.

Resumiendo –escribe el Diputado Novellis–: en las luchas que se desarrollan en el Asia Central, y aún podemos decir que en las de Arabia y del Golfo Pérsico, están encontrados los intereses de Turquía, Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia; en el *hinterland* de Indo-China luchan frente a frente Inglaterra y Francia; en Siam, la rivalidad es de Francia, Inglaterra y el Japón; mientras en Persia, Afganistán y Tíbet, la querella es exclusivamente entre Inglaterra y Rusia. Inglaterra, por lo tanto, se encuentra en oposición con todas las naciones europeas en todas las distintas regiones del Asia Central. La cuestión se reduce, en definitiva, al predominio inglés en estas regiones.

Para concluir con estas luchas, asegurar la independencia y la integridad de la China, asegurar el statu-quo y los intereses económicos de los contendientes en Asia, se han estipulado

cinco convenciones: anglo-japonesa, ruso-japonesa, franco-japonesa, franco-rusa y anglo-rusa. El acuerdo anglo-ruso de 1907, trató de establecer sobre bases duraderas el equilibrio del Asia y de concluir con la eterna rivalidad de las dos naciones firmantes; regula las delicadas cuestiones de las fronteras, que habían sido semillero de litigios y de gastos enormes para los dos países y legaliza el estado, de hecho, en las posesiones de los dos Estados.

Se dieron los primeros pasos para esta inteligencia entre las dos naciones, sobre las cuestiones del Asia Central, antes de la guerra ruso-japonesa; la diplomacia se ocupaba del asunto cuando estalló la guerra. Suspendiéronse las negociaciones; pero cuando, en 1905, firmó el tratado anglo-japonés, Lord Lansdowne escribió a Sir Charles Hardinge para hacerle saber que en aquel acuerdo no había ninguna hostilidad para los intereses rusos y le invitaba a recomenzar las negociaciones suspendidas. Estas, en efecto, se reanudaron durante los intervalos de la Conferencia de Algeciras por Sir Arthur Nicholson, Sir Donald Mackenzie Wallace y el Conde Cassini. Luego, oficialmente, por los gabinetes de Londres y Petersburgo, se firmó la convención de 1907, que regula las relaciones anglo-rusas en Persia, Afganistán, Tíbet y la India.

El acuerdo fue amplio. Se comprometieron las dos potencias a respetar la independencia e integridad territoriales de Persia, Inglaterra, a su vez, respetaba la integridad territorial y la independencia administrativa del Afganistán; Rusia reconoce que no debe tener injerencia alguna en los asuntos interiores del Afganistán, y que si se trata con su Gobierno será por mediación de Inglaterra. Respetan la soberanía de la China en el Tíbet. Por último, Rusia reconoce los intereses ingleses en el Golfo Pérsico.

No se crea, con todo, que se ha asegurado la paz en el Asia Central con este tratado. Se han iniciado las cuestiones de nacionalidad entre los indígenas: los intereses europeos son cada vez más absorbentes y tiránicos; el Japón, convertido en potencia de primer orden, interviene en los asuntos del Asia y trata de difundir en ella sus energías. Todas estas razones darán al traste con los pactos diplomáticos. Los sentimientos nacionales, los intereses económicos, no conocen límites y saltan por los tratados, imponiendo a los gobiernos y a las naciones. La historia nos ha dado continuos ejemplos de esta aseveración.

Sería un error desconocerlo. La diplomacia europea no puede considerar definitivas las convenciones estipuladas.»

Las elecciones parciales en la Argentina, por Noemi.

Nueva Antologia publicó en el número del 16 de Julio pasado un estudio sintético de la elevada obra jurídica, política y diplomática del Dr. Sáenz-Peña, el ilustre ministro argentino en Italia. En aquel artículo se hacían votos para que la proclamación presidencial del Sr. Sáenz-Peña reportase utilidades y beneficios sin cuento a la activa república sudamericana.

Aquel pronóstico va cumpliéndose en todas sus partes, y de ello nos alegramos. En los últimos meses, en los que la lucha política se ha llevado a cabo en la Argentina con una serenidad y una alteza de miras excepcionales, se han ido retirando los diversos candidatos a la suprema magistratura de la República ante la saliente personalidad del Doctor Sáenz-Peña. En las elecciones del 13 de marzo último, en una solemne afirmación nacional, resultaron elegidos, por unanimidad, todos los delegados amigos de la candidatura Sáenz-Peña, al cual, desde ahora puede considerársele como futuro Presidente de la República. Para la vicepresidencia se ha designado al actual ministro de Negocios Extranjeros, Dr. Plaza, que fue muchos años plenipotenciario en Londres y coadyuvó eficacísimamente a la cordialidad de relaciones entre las naciones latino-americanas[308] .

Sáenz-Peña será nombrado Presidente en el próximo mes de Junio; actualmente se encuentra en Italia, donde muy pronto se despedirá del Rey, abandonando el cargo diplomático.

La vida entera del Sr. Sáenz-Peña es un continuo apostolado por el triunfo del derecho y de la justicia. Su fórmula «América para la humanidad», encierra el más grande ideal a que pueda aspirar una mentalidad política.

[308] Subrayo adrede el título y llamo la atención de los lectores sobre la frecuencia con que en las revistas italianas se habla de los asuntos sudamericanos. En el fondo, lo que interesa al articulista es el aspecto italiano de la cuestión Sáenz-Peña. El aspecto italiano, porque el ilustre doctor, que ha vivido en Roma, se dice que favorecerá a los compatriotas de Noimi con preferencia a otros extranjeros. Da vergüenza que nosotros, con muchos más derechos que Italia, influyamos muchísimo menos que ella en los destinos de la Argentina. Mientras para Italia, su emigración, perfectamente encauzada, es una fuente considerable de riqueza, para nosotros es un problema enojoso y triste.- J. S. R. (Nota del autor)

Recordaremos que el Dr. Sáenz-Peña, preocupado por la elevación intelectual y artística de las generaciones nuevas, colaboró con entusiasmo en la genial idea del ministro de Chile en Italia; de fundar en Roma una Academia de Bellas Artes latinoamericanas. Este detalle prueba sus sentimientos, confirmados en mil diversas formas hacia la gran madre latina.

Contribuye a la alteza de miras del eminente estadista, su esposa Rosa González, cuya belleza, llena de una gracia dulce y profunda, es coronación de la más exquisita feminilidad. Conocedora de todos los problemas y de todos los deberes modernos, la señora de Sáenz-Peña prepara a su hija a la dignidad a que su situación futura ha de elevarla.

No es inútil consignar aquí esas minucias de la vida privada de un hombre público que hacen pensar, en una asociación de simpatías, en las virtudes familiares que nuestra Real Familia defiende, dando un gran ejemplo de prudencia y de piedad...

No puede quejarse ciertamente el Sr. Sáenz-Peña de la actitud que respecto a su candidatura adopte una de las mejores revistas de Europa, y con seguridad, la primera de Italia.

Baudelaire, la mujer, el amor, por Noemi.

La vida amorosa de Baudelaire puede dividirse en dos épocas. La primera, la que se refiere a su pasión por la extraña y perversa Jeanne Duval, «la Venus noire», la segunda, a su romántica aventura con Mad. Sabatier, mujer exquisita y superior.

Otras mujeres desfloraron la sensibilidad del poeta y el poeta ha grabado en sus poesías las efímeras aventuras de un día y las delirantes fantasías de una hora.

Sobre Jeanne Duval, no se ponen de acuerdo sus biógrafos: Bauville, hablando de ella, nos hace pensar en una extraña belleza criolla. «C'était une filie de couleur –escribre– d'une tres haute taille, qui portait bien sa tête ingenuo et superbe, couronnée d'une chevelure violemment crespeltée, et dont la démarche de reine, pleine d'une grâce farouche, avait quelque chose à la fois de divin et de bestial.[309]» Praroná, menos entusiasta, nos presenta una figura sin gracia, que le recuerda la imagen de una mulata «pas tres noire, pas tres belle; cheveux noirs peu crépus, poitrine assez plâte, de taille assez grande, marchant mal»[310]. Baudelaire canta a la misteriosa y exótica diosa:

… Avec ses vêtements ondoyants et nacrés,
Même quand elle marche on croirait qu'elle danse[311].

Baudelaire conoció a la Venus negra en 1842 en el teatro y, fuese bella o fea, se enamoró perdidamente desde que la vio. Se trata de un despertar sensual y la mujer, que lo sabe, trata de mantener su dominio.

Et t'aime d'autant plus, belle, que tu me fuis,
El que tu me parais, ornement des mes nuits,
Plus ironiquement accumuler les lieues
Qui séparent mes bras des inmensités bleues,[312]

canta el poeta a Jeenne Duval, que, sin espíritu ni bondad, no podía atraerlo más que con la refinada perversidad de sus caricias. Baudelaire piensa continuamente en su *torturante maitresse* y cuando se rompen sus relaciones con ella, no se cuida más que de procurar distracciones y bienestar a la desgraciada que, por vivir demasiado, se siente consumida y casi paralítica a los treinta y cuatro años; con objeto de procurarla una casa de salud, ante su inminente ceguera, vende objetos de valor y, luego, torna a vivir con ella. La intervención de un hermano de Jeanne, que trata de explotar a Baudelaire, le obliga a alejarse de su amada, pero, desde lejos, continúa colmando de bienestar a la pobre mujer. Jeanne no amó nunca a Baudelaire; ¡con cuánta razón escribe la madre del poeta a Charles Asselinau: «La Venus noire l'a torturé de toutes les

[309] "Era una hija de color de altísima estatura, que lucía bien su ingenua y soberbia cabeza, coronada con una cabellera violentamente rizada, y cuyo andar regio, lleno de feroz gracia, tenía algo de divino y brutal."

[310] "no muy negra, no muy hermosa; pelo negro, no muy encrespado, pecho bastante escaso, talla bastante grande, andar desgarbado"

[311] "...Con su ropa ondulada y nacarada, / Incluso cuando camina, parece que baila."

[312] "Y te amo cada vez más, bella, cuando me rehúyes, / Y cuando me pareces, adorno de mis noches, / Más irónicamente al añadir las leguas / Que separan mis brazos de las inmensidades azules."

manieres. Oh, si vous saviez! Et que d'argent elle l'a dévoré! Dans ses lettres, j'en ai une masse, je ne vois jamáis un mot d'amour!» Y añade, con impulso maternal: «Sí elle l'avait aimé, je lui pardonnerais, je l'aimerais, peut-être!»[313]

Se han preguntado los que estudian a Baudelaire, si la terrible amante fue verdaderamente fatal al poeta, El peor enemigo de Baudelaire fue él mismo. Su abulia, extraña e insidiosa, le alejaba del trabajo normal. Sus amoríos frecuentes le llevaban a mujeres físicamente anormales. Su temperamento le conducía a una mixtificación completa de sus sentimientos.

Idealista a ratos, es un realista, mejor, un materialista impenitente. Recordad su ley fundamental del amor: «En amour, gardez-vous de la lune et des étoiles, gardez-vous de la Venus de Milo, des lacs, des guitares, des échelles decorde et de tous les romans, du plus beau du monde, fût-il-écrit par Apollon luí-meme! Mais aimez bien, vigoureusement, crânément, orientalment, férocément, celle que vous aimez.[314]»

Esta concepción, por completo materialista del amor, es debida al desprecio que siente el poeta por la mujer; no cree, en el fondo, en una comunidad de espíritu entre el hombre y su compañera. Tan convencido está de la inferioridad mental de la mujer, y de su castiza y sencilla animalidad, que se extraña de que le toleren en la Iglesia: «Quelle conversation peuvent-elles avoir avec Dieu?» se pregunta y añade: «La femme ne sait pes séparer l'âme du corps. Elle est simpliste comme les animaux.[315]»

¡Y, sin embargo, este misógeno [sic] fue sentimental! Lo demostró con Mad. Sabatier.

Muy joven abandonó Baudelaire las ternuras maternales. Cuando murió el general Aupick, volvió Baudelaire al lado de su madre, que no había cesado de amar a su hijo. Tenía entonces treinta y nueve años y estaba ya cansado. Era cínico por deporte el gran poeta; más en el fondo, su infantilismo ansiaba ardientemente refugio, ternura, consuelo. Tal vez estos deseos le acercaron a Mad. Sabatier.

Y fue aquello una exaltación sincera, un movimiento espontáneo de todo su ser hacia un ideal encarnado en una mujer admirable. Habla entonces del amor en un tono, no muy distinto del de aquellos imbéciles de los que se había burlado el poeta. Y así, habla de idolatría, de eternidad y la imaginación lo exalta hasta el paroxismo amoroso: «Vous êtes pour moi –dice– non seulement la plus attrayante des femmes, mais encore la plus chere et la plus précieuse des superstitions.[316]» Y a si mismo se dice, despacio, muy despacio:

Que diras-tu, ce soir, pauvre âme solitaire,
Que diras-tu, mon coeur, coeur autrefois flétri,
A la très belle, a la très bonne, a la très chère,
Dont le regard divin t›a soudain refleuri?[317]

Ella es el Ángel, la Musa, la Diosa. Pero el día en que se entregue, segura de amar y de ser amada, fuerte en su seguridad, como sucede con todas las mujeres, serenamente, ese día llegará la catástrofe.

Bruscamente, el poeta cae entonces de las alturas, enfangado en su desilusión. Y aún cuando es tierna, apasionada y maravillosamente bella su amante, Baudelaire piensa en la distancia que separa la realidad del sueño. Creyendo que tiene en sus brazos lo eterno, se convence de que no tiene en ellos más que una mujer.

Su relación con Mad. Sabatier había sido muy antigua. Se habían conocido en un cenáculo, adonde concurrían Gautier, Revert, Flaubert, Louis Bouilhet, los Goncourt, Pérault, Maxime

[313] "La Venus negra lo torturó en todos los sentidos. ¡Oh, si supieras! ¡Y cuánto dinero le devoró! En sus cartas, tengo muchos datos de ello, ¡nunca veo una palabra de amor!" "Si ella lo hubiese amado, la perdonaría, ¡quizás la amaría!"

[314] "En el amor, cuidaos de la luna y de las estrellas, cuidaos de la Venus de Milo, de los lagos, de las guitarras, de las escaleras de cuerda y de todas las novelas, las más bellas del mundo, aunque sean escritas por el mismo Apolo. Pero amad bien, vigorosamente, con atrevimiento, orientalmente, ferozmente, al que ameis."

[315] "¿Qué conversación pueden tener con Dios?" [...] "La mujer no sabe separar el alma del cuerpo. Es simplista como los animales."

[316] "Eres para mí no sólo la mujer más atractiva, sino también la más querida y preciosa de las supersticiones."

[317] "¿Qué dirás esta tarde, pobre alma solitaria, / Qué dirás, corazón mío, corazón otra vez marchito, / A la hermosa, a bondadosa, a la muy querida, / cuya mirada divina repentinamente floreció en ti?"

du Camp, Dumas padre, Musset, etc. Mad. Sabatier era alta y proporcionada; tenía las manos finas y graciosas; los cabellos castaños; puras las líneas y la boca pequeñita: era una deliciosa criatura, llena de encantos. Gautier escribe que era superior a las demás mujeres «d'abord en ce qu'elle était míeux faite que la plupart d'entre elles, en suite parce que, contrairement aux habitudes des personnes de son sexe, elle n'exigeait point qu'on lui fit le cour, et permettait aux hommes de parler devant elle des choses les plus serieuses et les plus abstraites». Se la llamaba *la Presidenta* y Feydeau confirma que llevaba este nombre «avec tout l'esprit et toute la bonne grâce imaginables»[318].

Si diésemos crédito a Feydeau –no se querían bien Feydeau y Baudelaire– el autor de las *Fleurs du Mal* molestaba a los *habitués* de rue Frochot, con su «insupportable vanité, sa manie de *poser*, l'aplomb imperturbable avec lequel il débitait, sans en penser un mot, les sottises les moins divertissantes»[319].

No obstante de aquellas polémicas, provocadas generalmente por las paradojas de Baudelaire, en el salón de la Sabatier se pasaba deliciosamente el rato y cada cual era conocido con un apodo.

Así, Víctor Hugo era el *abuelo Hugo*; Sainte-Beuve, *el tio Beuve*; Gautier *Theo, el bello Theo*; a Flaubert se le conocía por el *Sire de Vaufrilard*; a Bouilhet –gordo y suntuoso– se le llamaba *Monseñor*, y a Feydeau, *el coronel de las metáforas*.»

El artículo del colaborador de *Nuova Antologia* me hace pensar que la génesis del amor en Baudelaire no es muy distinta de la pasión del último hortera pesimista. Sensualismo, romanticismo, retorno a la pasión brutal del principio, desengaño y asco definitivos. Casi, casi, D. Felipe Trigo puede servir de biógrafo de las fiebres del autor de *Fleurs du Mal*. Generosamente, le brindo la idea, para regocijo de los escolares que en estos días quedarán para Septiembre y de las modistillas desenvueltas y *psicólogas*.

La Lectura (Mayo-1910)

Italianas

Nuova Antologia. (1 Juglio 1910, Roma).

Libros de versos, por Ettore Romagnoli.

El ilustre critico diserta sobre el nuevo libro de versos de Giovanni Pascoli, *Nuovi Poemetti (*Bologna, Nicola Zanichelli, 1910). Voy a extractar las afirmaciones más interesantes que en el estudio de Romagnoli se contienen. «El nuevo libro de Pascoli –escribe– está compuesto en gran parte de un poema orgánico, continuación de la *Sementa,* y entre otros cantos, aparte de otras composiciones subalternas, figuran *La Fiorita, I Filugelli*, La *Mietitura. La Vendemmia.* Ante todo, he leído el primer poema: era lo que más me interesaba del reciente libro pascoliano. Ya la técnica de Pascoli interesa por si misma. Pero, francamente, estaba algo desilusionado con la lectura ¿Dónde esta Pascoli, el mago que me ha sumergido años y años en una atmosfera de sueño?

En estos nuevos cantos disminuye el paisaje, aumenta la acción. Se desarrolla en ellos los amores de Rosa y el cazador, que terminan felizmente en boda. Una nota triste circunda estos cuadros alegres. Muere el primer hijo y con este misterio doloroso se cierra el poema.

Acariciantes y largas son las escenas de amor. Pero ¿son felices? No lo se. O me engaño, o Pascoli no es ya tan anacreóntico como antaño. En la lírica pascoliana no es acaso la más vibrante la cuerda del amor.

No creo en los idilios campesinos. Quien ha pintado exactamente estos amores ha sido Emilio Zola, ha blando del cariño entre hermanos, no de la pasión entre amantes. Las dos hermanas que al final de *La Terre* se matan. Aparecen en las primeras escenas abrazándose

[318] "primero porque estaba mejor hecha que la mayoría de ellas, y luego porque, contrariamente a las costumbres de las personas de su sexo, no exigía que fuese cortejada y permitía a los hombres hablar con ella de las cosas más serias y abstractas." [...] "con todo el espíritu y toda la gracia imaginables"

[319] "vanidad insoportable, su manía por posar, el aplomo imperturbable con que soltaba, sin pensar una palabra, las estupideces menos divertidas".

silenciosamente. Estas pobres criaturas no saben hablar ni manifestar los sentimientos de su espíritu. Pero, aun dentro del convencionalismo puede encontrarse la nota justa. Ejemplo: *Hermán y Dorotea*. Los campesinos de Pascoli, cuando hablan, no me agradan. Juzgad:

O Rosa!
Rosa, avete le guance scolorate
avete pianto, Rosa. Per che cosa?
Voi fate troppo Autunno verno state.
Rosa, se non levate, voi stendete!
Rosa, se non tessete, voi filate![320]

Cuando se elevan no me convencen tampoco:

Non ho coraggio, o Rosa, ed ho bisogno
che tu m'incuori. Il cuore trema:senti?
E non m'attenta di parlar che in sogno
Tu sei l'anime mia, sei la mia vita.
Battere il cuore senza il tuo non osa
più. Respiriamo con le bocca unite!
Apriti al fine, o mi bocciol di rosa.[321]

No es un campesino el que habla, sino un personaje de Henry Bataille. Pero después de aquella discutible declaración amorosa, Pascoli describe, como él sólo puede hacerlo, el paisaje:

Allor s'apri la prima stella in cielo;
e dalla terra tacita e sorpresa
si levò un trillo come un lungo stelo.

Un'altra, un altro. Ad ogni estella accesa
un nuovo canto. Un canto senza posa
correva ardendo lungo la distesa
del cielo azzurro. E l'usignuolo o Rosa![322]

Le cittá del giglio, *Romanzo* di Dora Melegari.

Nuova Antologia está publicando esta deliciosa novela desde hace algunos números. Comencé a leerla desde el principio y quiero, antes de daros una impresión de conjunto, hablaros de lo que se ha publicado ya. La Sra. Melegari estudia la corte de Florencia, antes de formarse la unidad italiana, cuando el Palacio Viejo es el Parlamento sede del nuevo pueblo y Víctor Manuel II habita el Palacio Pitti. La Sra. Melegari, que no es ciertamente una muchacha ni lo presume, vivió con su padre la vida que ahora narra de desalientos, de dolores para la patria. Amigo el padre de la escritora de Mazzini, de Garibaldi y otros patriotas, Dora Melegari está escribiendo un libro que, a parte de su gran valor artístico, tiene también una gran importancia histórica.

El eje central de la novela son los amores de Bianca Acciaioli y Mario Settignano. La autora divaga constantemente sobre el problema político italiano de aquel entonces. En estas páginas, cuando termine *N.A.* la publicación de la novela, he de hablar extensamente de *La Cittá del giglio*, obra de una de las mujeres más insignes de Italia. Es un arte honrado, serio, sobrio, el de la señora Melegari, que hace honor a su patria y a la literatura italiana contemporánea.

La Lectura (Mayo-1910)

[320] "¡Oh Rosa! / Rosa, tienes las mejillas descoloridas, / Estas llorando, Rosa. ¿Por qué? / Trabajas demasiado, de otoño a verano. / Rosa, cuando no lavas, tiendes; / Rosa, cuando no tejes, hilas!" Giovanni Pascoli, *Nuovi Poemetti. La fiorita.* "La Lodola", II.

[321] "No tengo coraje, Rosa, y necesito / que tú me estimules. El corazón tiembla: ¿lo oyes? / Y no me importa decir que en sueños / Eres mi alma, eres mi vida. / El corazón a seguir latiendo no se atreve sin el tuyo / ¡Respiremos con la boca unida! / Abre al final, oh, mis capullos de rosa." Giovanni Pascoli, *Nuovi Poemetti. La fiorita.* "L'usignuolo", II.

[322] "Entonces se abrió la primera estrella en el cielo; / y de la tierra silenciosa y sorprendida / se elevó un trino como un largo tallo. / Otra, otro. Con cada estrella encendida / Una nueva canción. Una canción sin parar / corría ardiendo a través de la amplitud / del cielo azul. ¡Es el ruiseñor, oh Rosa!" Giovanni Pascoli, *Nuovi Poemetti. La fiorita.* "L'usignuolo", III.

Impresiones de un lector

"Clásicos castellanos".
Tirso de Molina, I.
"La Lectura" Madrid, 1910.
Precio: tres pesetas.

Después del libro de una monjita humilde, que escribe como habla, con llaneza, con sencillez, con discreción encantadoras, dos comedias de un fraile socarrón, pícaro, agudo en achaques de amor y de ingenio. Después de Santa Teresa de Jesús, monja carmelitana, fray Gabriel Téllez, religioso de la Merced.

Hay que insistir, una y mil veces, en la alta obra de cultura que la revista madrileña realiza con su colección de *Clásicos castellanos*. Por primera vez en España, se nos da el texto depurado, verdadero y preciso de nuestros grandes escritores. Las ediciones que conocíamos hasta ahora estaban calcadas, sobre manuscritos de copistas plagados de todo linaje de erratas e inexactitudes. Los profesionales de la erudición literaria, de la filología, de la crítica, que nos dan estos libros, han acudido al manuscrito original, lo han copiado con paciencia de benedictino y han ilustrado el texto con muy curiosas y atinadas observaciones. Y así, este libro de Tirso de Molina, hecho por don Américo Castro, no es solamente el único texto autorizado que sobre *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*, tenemos hasta hoy, sino que además el prefacio que le acompaña y que verá la luz en *La Lectura*, a partir de este mes de Julio, es el estudio más completo que se ha escrito sobre el alegre y poco asustadizo fraile mercenario [sic, mercedario].

He tornado a leer estos días *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*.

La figura de Tirso, es una de las más agradables y humanas de nuestro teatro antiguo. Rojas, es más conceptuoso y retorcido, y don Pedro Calderón de la Barca, se me antoja del todo insoportable. Las ideas del honor caballeresco que maneja el primero y las tesis teológicas y metafísicas que lleva el capellán de Felipe IV a las tablas, no me interesan ni pizca. Ni veo hombres que se amen ni que se odien, sino muñecos de cartón, de los que sale un hilo que retiene el dramaturgo entre los dedos para moverlos a su antojo. Las personas se convierten en ideas y el amor o el odio –que estalla en su feroz grandeza en los dramas de Shakespeare, por ejemplo– es, en estos dramaturgos castellanos, concepto metafísico, abstracto juego de universidad y no otra cosa. Calderón, por ejemplo, escribe un auto sacramental para probar la existencia de Dios. Carducci, ha escrito sobre el asunto uno de sus mejores ensayos, que yo traduje por cierto para *La España Moderna*. La Teología es una dama y la Filosofía también, acaso la característica. Vence aquella a esta y el desenlace, con las ideas contemporáneas, nos mueve completamente a risa. A Rojas le da por el honor estirado, de cartón piedra, que tanto gusto daba tres siglos ha. El bueno vence; el malo sale siempre aniquilado. ¿Pero es acaso esto verdad en la vida? ¿No os acordáis de la humorada del niño bueno y del niño malo de Mark Twain? ¿No vence el truhán al bondadoso y el pícaro al noble? En los mismos asuntos de amor, que tanto saboreaban así los seglares como los clérigos dramaturgos de épocas pasadas, ¿no gustan más las mujeres del libertino que del amador leal? De Werter se hubieran reído las mujeres, como se rió la duquesa de don Quijote; en cambio don Juan sigue haciendo estragos en femeninos corazones, hasta en los más cándidos y primitivos.

Volviendo a Tirso, diré que el buen fraile trasciende más a verdad y a lozanía de ingenio que sus contemporáneos. Me agracia más que su maestro Lope de Vega. Y tuvo, sobre todo, el acierto de desarrollar maravillosamente la levedad del amor español, *El burlador de Sevilla*, leyenda que aprovechó don José Zorrilla para su Don Juan Tenorio.

Después del libro de Víctor Said Armesto, no cabe dudar que la leyenda de don Juan es de honda y castiza raigambre española. Sea andaluza o gallega la patria del burlador, no nos importa. Tenorio es todo español que ama revolcándose en el fango de los lodazales. No saborea el éxito sobre la dama por el placer de saborearlo en la intimidad; necesita público para cantar sus glorías. Es tan vanidoso como lascivo el buen don Juan: su catolicismo ortodoxo está condensado en aquel "¡Tan largo me lo fiais!" del fraile mercenario [sic]. Amontona víctimas en el catálogo de sus vanidades, Isabel, Tisbea, Ana, Belisa, Aminta, como un gomoso de hogaño colecciona corbatas ¡Ante todo, la exhibición! El día de la muerte esta lejano e inseguro; las penas del infierno son fantasmas inconsistentes que no le quitan el sueño; la vida se liquida a

tiempo en el lecho de la muerte. Toda nuestra indiferencia religiosa esta simbolizada en don Juan. A la larga, con eso de que una mala vida no excluye una buena muerte, don Juan espera plácidamente que transcurran los días. No es un alma agitada por anhelos y por dudas. Es un saco de lascivia que no piensa más que en revolcarse.

Un extraordinario escritor Italiano, Giovanni Papini, ha intentado, con singular fortuna, la defensa de don Juan. Don Juan es una victima "de la incapacidad de amar". Quiere interesar su corazón por unos ojos negros de misterio, azules de ternura, verdes de fuego, y no interesa más que los sentidos. Y como no ama, es amado. Como sus discursos son ficción, encuentran eco en las almitas femeninas que se le entregan sin reserva, que el amor no las tiene de ningún linaje. Al declinar de la vida, don Juan casa con una pobre sirvienta, y echa al fuego de su estancia las perfumadas cartitas grises de su juventud Y ríe, ríe siempre, con risotadas sardónicas, el buen don Juan, por no saber que amor es sacrificio y amor silencio.

El burlador de Sevilla, de Tirso de Molina, me sugiere más observaciones que dejo de apuntar adrede por no alargar demasiado esta nota bibliográfica. En otro lugar estarán mejor. Nada he de decir del desenfado de Tirso, ni de su vis cómica, ni de su conocimiento del alma de la mujer.

Maravilla que un fraile, recluido en un convento, y que es además de una austeridad ejemplar, conozca tanto los combates del mundo y del amor.

Después de todo, del amor es el problema último y el radical problema. Y no perdona a nadie. El viejo Dante, sigue repitiendo, sonriente, con su voz de oro: *Amor, che á nullo amato amar perdona*.

El Adelanto (23-07-1910)

"La canción de la sombra"[323]

Lector: si eres un beocio incorregible, que lees tus libros y tus periódicos, para ayudar las digestiones, no leas este libro. Lectora: si te gustan los folletines de acciones extraordinarias donde hay amantes que rabian de celos, puñaladas, sangre, lascivia, no abras tampoco este libro. Si eres un perezoso, un indolente, que conviertes la lectura en algo pasivo y mecánico, para ti no es *La canción de la sombra*.

Pero si la lectura es para ti colaboración espiritual con el autor, si tú adivinas lo que él calla, si las canciones encuentran eco en tu espíritu, si descubres en el sendero ajeno la trayectoria de tu camino personal e íntimo, el libro de Juan Domínguez Berrueta se ha escrito para ti, para ti solo. En el dejo del cantar del cultísimo periodista amigo, encontrarás el eco de aquella canción tuya, que tu misma fantasía parió, para darla al aire, una tarde de sol, una mañana de lluvia, cuando en tu corazón germinaba un amor nuevo o una tristeza nueva... ¿Qué más da?

En este libro de Juan D. Berrueta hay un riquísimo venero de poesía entrevista, soñada, poesía de nubes, donde no se destacan claros los contornos; poesía de ambiente, donde las figuras, pálidas y borrosas, son accidente y no esencia. Relatos de niñez, medio olvidados; perfume de leyendas de cosas llenas de moho y de hierba; eco de canciones que la vida nos hizo truncar cuando con más entusiasmo las entonábamos; una visión fugaz de un rostro bello; esas cosas que se llaman la princesa Maud, Aquiles, Homero, el maestro don Gabriel, Harmándica, el marqués de Santillana, la princesa Mafalda "que finó por casar", sombras de sombras, ecos de ecos, componen la aldea del silencio de nuestro autor, y la aldea que él canta porque en ella vive y en ella arraiga el espíritu, algo sombrío y melancólico, del señor Berrueta.

Es curioso y consolador, que en estos tiempos de los Insúas, de los Trigos, de los Beldas, de toda esa calaña despreciable de autores, dignos de nuestro público grosero y soso, un provinciano venga a decirnos que la canción es primero que la comida y que la devoción está siempre delante de la devoción[324]. Hay un signo de pureza, de distinción aristocrática, de ingenuidad y de infantilismo en el libro de Berrrueta, que yo cordialmente celebro y aplaudo con toda mi

[323] «La canción de la sombra», por Juan Domínguez Berrueta. Imprenta de Calatrava. Salamanca, 1910.- Precio: dos pesetas. (N. del Autor)

[324] La repetición de "devoción" es sin duda una errata. La frase hecha dice que *es antes la obligación que la devoción*. Sánchez Rojas quiso sin duda contradecir el dicho asegurando que "la devoción está siempre delante de la obligación".

alma. Frente al profesionalismo, levanta su gusto independiente y su épica personal. Nos dice que el rumor de la calle es estridente y feo y nos invita a fabricarnos nuestro castillo interior, como la monja de Ávila, el señor Berrueta sabe que toda la fortaleza procede de la pureza de intención. Hay que ser mozos para ser poetas, no de esos mozos de cien años, malditos de la escritura, sino de esos otros que tienen el alma limpia de cardenillo y de escepticismo sistemático. "Somos menos crédulos que los muchachos –escribe C. Archdal Reíd– no porque sepamos más, sino porque pudimos aprender menos."

Y añade *Giau Falcó* este comentario, que quiero que rumie el señor Berrueta para que vea cómo el arte hermana a los corazones más apartados en ideales: "Es necesario, para la alegría del mundo, que el poeta conserve su *infantilidad*. Y conviene que descubra todos los días nuevamente el universo, que nos sorprenda siempre con aquellas preguntas infantiles e inquietadoras que los padres prudentes y las madres ignorantonas califican de sandias"

Por eso, porque *La canción de la sombra* es una canción de niño; por que el libro de Berrueta es bello y es profundo; porque su cantar recuerda otros cantares queridos, felicito sinceramente al señor Berrueta, dejando para otra ocasión mas sosegada y calmosa el estudio completo de su libro y las razones de mi devoción y simpatía por su labor. Y lo declaro hoy con alegría: en mis tiempos de periodismo activo, en mis apreciaciones pretéritas sobre cosas locales Berrueta vivía sobre un plano y el cronista sobre el plano opuesto. Y en él había más tolerancia, más sentido de lo bello y de lo recto, que en otros que vivían en nuestro plano, pero cuyo espíritu, hermético, no sabía de belleza ni de rectitud.

El Adelanto (03-08-1910)

Un libro de Bombita

Amigo lector: esta mañana me ha traído el correo dos libros del abate Loisy, sobre *El Evangelio y la Iglesia*, uno, sobre las *Intimidades taurinas y el arte de torear*, de Bombita, el otro. He apartado el libro del abate, grave y noble, para leerlo con reposo, y me he puesto a hojear los grabados del libro del guapo y sonriente toreador. "Emilio con Blanca y Gloria Laguna y varios admiradores de ambos sexos" reza un grabado. Y he mirado el grabado.

Veo, entre sombras, la raya larga y negra de la boca de Gloria, que apoya su diestra sobre el hombro izquierdo del torero. Su sombrero de cosaco –¿no lo llamáis así, lectoras?– tapa las orejas de la condesita de Requena.

Su hermana Blanca, maciza y apetitosa, a la derecha del diestro, envuelve en una mirada de desdén al fotógrafo. Hay otras figuras borrosas en el grabado. Emilio, Blanca y Gloria; he aquí tres figuras representativas.

Dos muchachas aristócratas llenas de majeza, que se retratan con un torero, y un torero cuya ciencia femenina estriba en la sonrisa, en la eterna sonrisa, que cautiva corazones, ablanda empresarios e inspira la Maritornes –no me atrevo a llamarla musa– del acreditado don Felipe... Trigo.

De Trigo es el prólogo del libro de Bombita. Hace mucho tiempo que no leía la prosa torpe, huera, vacía de sintaxis y de pudor, preñada de ignorancia del ilustre don Felipe.

Don Felipe afirma que el libro de Bombita "es un libro sociológico". "Me explicaré, queridos Unamunos –continúa diciendo el autor favorito de mi patrona–; vosotros no sabéis más que lo que os han dicho en veinte libros los veinte locos que van desde Nietzsche a Moeterlink [sic][325] y estáis hechos un lío completamente.

Yo –en cambio– hablo en nombre de la Vida".

¿En nombre de qué Vida –con V grande, señores cajistas– hablará el grande hombre? En el fondo –yo bien lo adivino– Trigo quiere insinuarnos que es un pillín de cuenta y que ha enamorado más mujeres que casó el tocayo, su tocayo don Felipe Jiménez. Pero semejante afirmación es demasiado gratuita.

Trigo es un hombre feísimo, de facciones simiescas y de conversación pesada, inaguantable de pies a coronilla. Luego es un hombre que no tolera que se le deje de admirar. A Ramón María Tenreiro y a mí –Tenreiro lo cuenta en *La Lectura* y lo repito yo ahora en El Adelanto– nos

[325] Se refiere a Maurice Maeterlinck (1942-1962) dramaturgo y ensayista belga.

dejó de enviar sus libros porque Tenreiro escribió que no le gustaba una novela y porque afirmé yo en una revista que Felipe reclutaba su público entre soldados, prostitutas, amas de cría y reprobados de la central. Felipe, en estas condiciones, no puede parangonarse con Bombita, pongo por caso. Sus obscenidades de alcantarilla, o son alquiladas a bajo precio o son puramente imaginativas. No puede hablar este hombre en nombre de la vida, sino en representación de la lujuria decadente y artificial.

Propongo, en nombre de la moral, menos en nombre del gusto y de la higiene, que si hay algún incauto que lea libros de este desdichado, forme con ellos rodillos higiénicos para uso de los retretes públicos.

Volviendo al libro de Bombita, diré que no lo ha escrito Bombita, sino Miguel A. Ródenas. El libro se deja leer de un tirón. En él nos dice el diestro, a través de la prosa madrileña de su amigo el literato, que es partidario de los Gobiernos de orden, que los Gobiernos da lo mismo que sean liberales que reaccionarios, y que sus autores favoritos son Julio Verne y Blasco Ibáñez.

¡A tus toros, Bombita, a tus toros!

El Adelanto (20-08-1910)

"Las Evas del paraíso"

Sucédenos a los que tenemos la "funesta" manía de leer, lo que a esos tenorios de pueblo viuditos alegres o solterones recalcitrantes a los que llama el vulgo, con expresión harto gráfica, caballos de buena boca. Así como éstos, en achaque de mujeres, no distinguen la seda de Lucerna de la bayeta de Antequera, así también nosotros, en materia de libros, lo mismo nos da el papel de Japón que el papel de estraza. Los tenorios pueblerinos ardientes y cálidos, saben que, en el fondo, y salvo accidentes subalternos, lo mismo se refocila Sancho con la ventera, que don Fernando con la aldeana Dorotea.

Los que leemos libros, exceptuando esos nobles autores que recrean y fecundan siempre nuestro espíritu; los que leemos por devoción unas veces y por obligación ¡ay! las más, sabemos que los autores nos sirven de pretexto para despacharnos a nuestro antojo, siéndonos indiferente que sean donairosos o memos, cómicos o trágicos, limpios o puercos.

Felipe Trigo, al que tengo cierta inquina que no he podido disimular nunca, es el autor de este libro que se llama *Las Evas del Paraíso.*

Y tengo que rectificar algunos puntos de mis apreciaciones sobre el desdichado autor extremeño. Con Trigo me ocurre a mí lo que le ha ocurrido al señor Unamuno con el bueno de Moratín. Hablaba de él por intuición, por olfato, por cierta instintiva repugnancia. Me parecía malo Trigo, y es peor. Me parecía puerco y es plebeyamente grosero. Me parecía un hediondo observador de las pasiones carnales, y es, sencillamente, un novelista de imaginación sucia y turbia. Me parecía que se documentaba –como decía Zola– y veo que habla completamente de memoria. Me parecía, por último, que sus heroínas eran históricas burguesitas, mujeres casadas, desgarronas y livianas, y me encuentro con que sus personajes son borrosas, nauseabundas figuras de lupanar.

Claro está que no he podido concluir la lectura de *Las Evas del Paraíso*. Escribe mal, pero muy mal, este hombre. No hay en él ninguno de esos refinamientos eróticos que yo le suponía gratuitamente. Sus cuadros están compuestos de manchones, por impresión, a retazos, parcialmente, con pincel indeciso y bastote. Eça de Queiroz, por ejemplo, que no se detiene en pelillos, envuelve las mayores groserías con un manto de ironía, de pulcritud aparente, de delicioso refinamiento, que tapa lo erótico para presentar lo artístico.

Felipe Trigo, no. Felipe Trigo, para dibujar con torpeza infantil escenas de lupanar, emplea también frases de lupanar, groserías burdas de jayanote, blasfemias roncas de prostitutas nocturnas, procacidades del peor gusto.

Harto se ve que sus heroínas están al alcance de todas las fortunas. Pero la lujuria rústica de este hombre retrae y espanta. ¡Dios mío, y qué inmensamente triste es la lujuria de este hombre!

Doy, pues, un aviso a los que se regodean con esta clase de libros, que debieran recorrerse por la Dirección de Sanidad interior. Felipe Trigo no es ni siquiera sicalíptico; es, a secas, sucio y grosero. No puede codearse con los productores de Eslava; a lo sumo, puede emparejar con

los que surten el coliseo del Noviciado o el teatro de la Latina. Pilar Cohén y Felipe Trigo; he aquí una pareja representativa de nuestra decadencia actual.

Es nuncio de futura catástrofe este resurgir de la porquería, esta preocupación de la juventud por todo lo carnal e innoble, esta ausencia de patriotismo, de ideales, de grandezas, de sueños, de locuras; esta ausencia de amor, en una palabra. Se cierran las rejas para que se abran los garitos. Los poetas han cedido el paso a los eróticos. Los cantares se truecan en blasfemias.

Se nos habla de una Vida –con V grande– que es eso precisamente: blasfemia, erotismo y garito. Por Dios, acordémonos de Sedán. París invade demasiado a Madrid y Madrid demasiado a España. ¿Vamos a convertirnos en los eunucos de Europa? ¿Queremos morir, podridos, en un ataque de parálisis?

Muchachos, ¿no se os ha aparecido nunca, al deleitaros en estas cosas de Trigo, la siniestra figura de aquel idiota de Osvaldo, paralítico, podrido, deforme, pidiendo el sol a su madre, en los retorcimientos de la agonía?

El Adelanto (23-08-1910)

"Despertar para morir"[326]

Muy vagamente sabía el articulista de Concha Espina de Serna. Recuerda, con la misma vaguedad e inconsistencia de un momento sin atención, que en una revista provinciana tropezó acaso con un retrato de la escritora. Supone que está casada por la partícula denunciadora que une su apellido con otro apellido.

Cree, igualmente, haber oído decir a una mujer rubia y bonita, que la señora Espina vive en Santander o en la montaña. Y sin más precedentes, que harto livianos son, he leído la novela *Despertar para morir*, que acaba de editar la biblioteca Renacimiento.

Y comencé la lectura del libro con un leve prejuicio de hostilidad. ¿Por qué se firma familiarmente Concha la escritora castellana? No acierto con la razón poderosa que la impulsa a esa lindeza, como no acierto tampoco a sospechar por qué la señora Ramos de la Vega –a quien también conozco vagamente– se firma Lola. Y creía que la pluma, en manos de la gentil escritora, era como palillos de encaje, o como punzón que horada lienzo blanco o como aguja experta que borda preciosísimos en un edredón, o como pincel colegial que traza marinas borrosas, con barcos de vela fantásticos y mares terriblemente verdes, para honrar fiestas caseras, en una tabla de madera. Si apunto estas sospechas malsanas, es para deducir luego mi admiración hacia doña Concha Espina. Siempre he pensado –que me perdone y no me tire de las orejas mi amiga *Colombine*– que para las mujeres, como para los jesuitas, la literatura se convierte en un inocente ejercicio de retórica. Ven el artificio externo unas y otros, pero se les escapa la emoción, el fuego, la vida, que hay en los adentros de toda obra verdaderamente bella. Es un deporte más que nos cala el alma. Emoción, lo que se llama emoción, no la he encontrado más que en Santa Teresa, en Catalina Emmerich y recientemente en una escritora italiana, Dora Melegari. Las demás escritoras me han entretenido, pero no me han conquistado sin reservas. Es una opinión personalísima, ya lo sé, pero yo cargo con la responsabilidad de sustentarla.

Nuestra literatura contemporánea es unilateral porque es predominante masculina. En las páginas de amor, pongo por caso, las mujeres que escriben se deleitan mucho más en las pinturas de las heroínas que de los héroes, de las hembras que de los varones; ejemplo *Insolación* de la Condesa de Pardo Bazán; ejemplo, *La citta del giglio* de Dora de Melegari; ejemplo, *¡Adiós, amor!*, de Matilde Serao.

La condesa de Pardo Bazán ve los problemas amorosos como puede verlos un hombre cualquiera. El que, a mi juicio, se ha asomado más al insondable misterio, el que ha estudiado o sentido mejor el alma femenina, ha sido Jacinto Benavente. La intuición es en él más grande que la visión directa. Acierta por presentimiento y no por reflexión. Hay que leer algunas de sus Cartas de mujeres, para convencerse de ello.

Y parece lo natural, sin embargo, que sean las mujeres las que descubran el velo. Para la hembra el amor es obsesión y para el hombre incidente. La hembra se prepara toda su vida

[326] Concha Espina. *Despertar para morir*. Madrid, Renacimiento, 1910 (N. del E.)

para el anhelado momento de las bodas y el hombre es muchas cosas además de marido. La mujer casa cuando puede y el hombre cuando quiere. La mujer –la mujer española, sobre todo– apenas conoce de veras –si le conoce– más que al hombre con quien ha entroncado o entroncará: su vida toda se reduce al amor del esposo y al cuidado de los hijos. El hombre, además de su hogar, tiene su casino, sus libros, sus periódicos sus negocios, su peña del café, su política. En una palabra, el amor es un momento en la vida del hombre y toda la vida en la mujer.

Despertar para morir, la linda novela de la señora Espina, es un libro de amor. Escrito con una elegante sencillez, la autora nos cuenta los amores de una bondadosa chiquilla montañesa, Maria Ensalmo, con un truhán de cuenta, Gracián Soberano, y las relaciones de una opulenta y ya añosa solterona, Eva, con un poeta provinciano, Diego, delicado y dulce.

Diego amó de niño a María, que oía sus versos tristes como las nieblas de la montaña, con embeleso, y Eva cazadora amaestrada de maridos, hubiera preferido el truhán al vate. Pero María es rica y Eva pobre, y los truhanes cargan con las dotes, y los poetas –bobitas criaturas– prefieren, como es natural, los palmitos. Y los dos matrimonios son desgraciados. María porque descubre en su Gracián un hombre vulgar, lujurioso y fatuo; Eva porque la poesía –don de los dioses– no da para los garbanzos de los hombres. María se resigna, despreciando olímpicamente a su marido; Eva piensa en el desquite porque es egoísta y vanidosa. María se refugia en el amor de su Lulú una muñeca parlera y reidora. Eva, ante su hijo enclenque y enfermizo, piensa que el niño se morirá, porque los versos de Diego no dan para la playa y para el balneario. Los niños de Eva y de María se adoran y juegan juntos. Los incidentes seguros y certeros del libro nos cuentan finalmente cómo Eva y Gracián llegan a amarse criminalmente. María y el poeta, por el contrario, se aman también, pero con amor que no es delicia de la carne, sino manantial de sacrificio. Muere el niño de Diego y el poeta marcha a América, divorciado moralmente de su mujer, y por el temor de que el amor de María caiga desde las estrellas del cielo a las complicidades de una alcoba.

Concluye la novela con esta mora española y femenina, que defiende briosamente y con unción el delicado temperamento de Concha Espina. El problema queda sin resolver, desde luego. Si el amor es la ley suprema de los hombres, hará mal en no deshacer en su camino las barreras que la hipocresía, el disimulo y la moral contemporánea le pongan por delante. Convertir el matrimonio –que es sacramento de amor– en una cadena que nos ate como osos vergonzantes y flácidos, es un disparate enorme que ha convertido el matrimonio en fuente de perversidades y de infamias. Nora, la de la *Casa de muñecas* de lbsen, es cien mil veces más moral y más valiente que la dulce mujercita montañesa. –*On ne badine pas avec l'amour*– escribía el poeta francés; no se juega con el amor, es verdad. ¿Pero, es que con razonamientos se resuelven los negocios del corazón? ¿Es que hay una lógica y una abogacía para el amor? Ruin y taimado será aquel a quien consuele una razón de un fracaso íntimo. Ante el fracaso, no cabe más que la resignación o la lucha. Y la lucha es la verdad suprema, cuando el hombre y la mujer declaran, de común acuerdo, que quieren rehacer su vida, despreciando un pasado que les ata.

El problema del divorcio, resuelto ya en casi todos los países, asoma como una solución tímida en las páginas de este libro. A su defensa salen hoy casi todos los literatos contemporáneos. Escándalo por escándalo, es preferible que se abra una brecha en la ley antes de que la pasión humana, atenazada y sombría, aprenda a burlarla de otro modo.

En resumen: Doña Concha Espina de Serna ha escrito un libro bello y delicado, que se lee con fruición y con interés continuos. Exquisita y elevada siempre, la gentil farsa de la escritora montañesa nos hace olvidar, por un momento, esos libros pecaminosos y groseros que envenenan, lentamente, el espíritu de nuestra juventud caduca, decadente o incapaz de tejer, con la expansión de la dicha o con el encogimiento del dolor, el poema de la vida.

El Adelanto (25-08-1910)

Italianas

Nuova Antologia (1º de Septiembre de 1910)

El derecho de iniciativa en el pueblo suizo, por Nicolás Feliciani.

Suiza es tal vez la nación de Europa que en el orden político nos ofrece las más atrevidas reformas, conservando, sin embargo, junto a ellas las instituciones más tradicionales.

La ley italiana, que consiente a los Municipios la municipalización de los servicios públicos, se funda precisamente en el *referéndum;* que es uno de los fundamentos del Poder legislativo en la República federal.

Ahora, en Suiza, se agita un grave problema y se trata de introducir una innovación, que preocupa a los pensadores; se trata de introducir la iniciativa del pueblo en la legislación federal (Gesetzesinitiative). Del problema, de sus fases y vicisitudes se ocupa con amplitud el Consejero federal Sr. Rossel en la *Revue Universelle.*

La Carta federal de 1874, en sus artículos 118 y siguientes, establece que 50.000 ciudadanos suizos pueden solicitar que la revisión total o parcial de la Constitución se someta a la votación del pueblo suizo y de sus contornos. Suiza, el país democrático por excelencia –recuérdese esto en Italia, ahora que se discute entre nosotros sobre la eficacia y la necesidad de una segunda Cámara– tiene como pilar de toda su obra legislativa el sufragio de dos organismos completamente distintos.

Así, para la reforma constitucional, se necesita la mayoría de los ciudadanos suizos y la mayoría de los cantones; para las leyes ordinarias, la aprobación del Consejo Nacional y del Consejo de los Estados, Federal. Esta es una prueba de la necesidad que tiene el Estado de la aprobación doble de dos órganos distintos, de distinto origen, para la eficacia de sus leyes.

Pero, dejando a un lado esta cuestión, de la que prescinde el Sr. Rossel, volvamos al tema. El 28 de Abril de 1904, el cantón de Zurich, usando el derecho de iniciativa que reconoce a los cantones el art. 93 de la Constitución, transmitía al Consejo Federal la proposición votada por el Consejo del Cantón, con objeto de introducir la iniciativa popular en materia de legislación federal; análoga decisión adoptaba el cantón de Soleure. No era nuevo el problema y había sido propuesto, con poca fortuna, en los debates que precedieron a la revisión constitucional de 1874.

El cantón de Zurich apoyaba su proposición en radicales consideraciones. «El pueblo no es soberano –decía– sino cuando haga prevalecer continuamente su voluntad, no solamente cuando la autoridad le consulte. Mientras que con el *referéndum* el pueblo se limita a rechazar, o, en el caso más favorable, a ratificar las decisiones de la autoridad con la iniciativa contribuye activa y directamente en la legislación... La concesión del derecho de iniciativa es una justa compensación a la extensión constante de las atribuciones federales que limitan cada día más el derecho de iniciativa de los electores cantonales.»

Entonces el Consejo Federal, con objeto de apoyar sobre sólidos razonamientos la relación que había de presentar sobre el problema, invitó, en mensaje del 6 de Mayo de 1906, a los Gobiernos de los cantones para que dieran su opinión sobre el caso. Muchos de ellos votaron con Zúrich, pero con reservas que salvaguardasen la autoridad de los órganos federales; otros cantones manifestaron la opinión de que la reforma no era necesaria; el Cantón de Vaad fue contrario a Zúrich.

El Consejo Federal, atendidas las consultas, propuso al Parlamento que adicionase un nuevo artículo en la Constitución (93 bis) que introducía el nuevo principio: «Pueden pedir la elaboración, la modificación o la supresión de una ley federal cincuenta mil ciudadanos suizos; esta petición puede asumir las formas de un esquema de proyecto de ley o de un verdadero proyecto de ley. En el primer caso, si la Asamblea lo aprueba, elaborará un proyecto de ley que sujetará al sufragio popular; si lo rechaza, preguntará al pueblo lo que debe hacer, en vista de la propuesta. En el segundo caso, si lo aprueba la Asamblea, la proposición se convertirá en ley, salvo la aprobación popular; si lo rechaza, la proposición, sin más trámites, se someterá al sufragio popular.»

Esta es la reforma en sus líneas generales. Después de vivas discusiones, fue enviada por el Consejo Nacional al Consejo Federal por 78 votos contra 66. No se había vuelto a presentar la cuestión tan categóricamente resuelta, cuando he aquí que recientemente el Sr. Heer, diputado del cantón de Glans en el Consejo de los Estados, la ha resucitado, interrogando al Presidente de la Confederación Sr. Deucher. El Presidente, declarándose personalmente convencido de la justicia del principio, ha asegurado que se tornará a examinar la reforma y que el Consejo Federal hará nuevos estudios a tal respecto.

El Sr. Rossel cree que el Consejo Nacional discutirá nuevamente la reforma, declarándose contrario a ella. En esa reforma, a pesar de las garantías que se dan en ella para asegurar la constitucionalidad de las futuras leyes de iniciativa popular, ve el autor una contradicción con la naturaleza federal de las instituciones del pueblo suizo y un fermento de peligro y de luchas. Ante todo, y prescindiendo de la necesidad de examinar si toda propuesta será o no constitu-

cional para no dañar el principio de la doble mayoría del pueblo y de los cantones, al que ya nos hemos referido, Rossel afirma que «los electores carecen del instinto de las cuestiones jurídicas, que son patrimonio de los políticos y de los legistas». No hay que confundir la necesidad del régimen democrático con el formalismo democrático, y si es verdad que las instituciones políticas deben dejar la mayor amplitud a la manifestación de las aspiraciones y de los deseos del pueblo, no se debe encadenarlas a la presión y a la excitación momentáneas de dominar hechos y cosas sobre las que debe imperar, como regulador supremo, la serena razón de los pensadores. Hacer las leyes es más difícil que aplicarlas; hacer las leyes es un arte que tiene sus operarios técnicos, competentes, y que tiene también sus *dilettanti.*»

El mismo número de la revista romana publica, entre otros originales curiosos, una traducción de la comedia *Cándida,* del dramaturgo inglés Bernardo Shaw; un estudio –documentado y nutrido– de E. Coen Cagli sobre *La obra de los italianos en Montenegro;* un artículo de Luis Falchi sobre *Roma en la poesía cristiana latina;* la habitual información de *Nemi* sobre los asuntos extranjeros del mes, Bernardo Shaw, Luisa de Prusia, la Expansión japonesa en la América latina, etcétera, etc…

La Lectura (Septiembre-1910)

Italianas

La Stampa (12 de Octubre)

España, pueblo de literatos, por Romolo Murri.

El famoso diputado radical Sr. Murri, a quien seguramente conocen los abonados de LA LECTURA, por sus famosas querellas con el Vaticano, hasta el punto de que siendo sacerdote fue excomulgado por Su Santidad Pío X, prohibiendo a los fieles toda clase de comunicación con él, ha estado en España este verano informándose sobre la cuestión religiosa.

El diario de Turín, *La Stampa,* publica las impresiones de Murri sobre nuestro país, y nos parece oportuno traducir íntegramente el artículo cuyo epígrafe va más arriba.

Dice así:

"España, pueblo de literatos. La frase no es mía, ni yo, huésped agradecido de esta nación que tiene tan hermosas cualidades y con la cual deben unirnos los más apretados lazos de solidaridad latina, me hubiera atrevido a lanzarla nunca. La frase es de Unamuno, creyente modernista, uno de los mejores pensadores y filósofos españoles, conocido también en Italia por los varios trabajos que de él publicaba la revista *Rinnovamento,* de Milán.

España, pueblo de literatos. Unamuno quería indicar evidentemente el desacuerdo, o mejor aún, el divorcio que existe en este país entre la literatura y la vida: vida pobre, fatigosa, desconfiada, *routiniére*; la literatura imaginativa, cálida de pasión, elocuente, irreal.

Ninguna corriente formidable de pensamiento ha sacudido al pueblo español durante los dos últimos siglos. La ciencia, sus métodos positivos y la exaltación casi rústica de los espíritus que de la ciencia se nutren, han tenido, apenas desarrollo en España. Si entráis en una librería, si hojeáis un catálogo, si os informáis de los métodos de estudio y de enseñanza, notaréis enseguida la escasa participación que ha tenido España en el progreso de los estudios en Europa, veréis cómo se aprovecha de las publicaciones científicas francesas y cómo traduce a sabios alemanes e italianos, no siempre escogidos con el criterio más escrupuloso.

La vida no da inspiraciones. Las agitaciones y revueltas políticas tan frecuentes durante el siglo último, han interesado, a lo más, a un número harto limitado de personas.

La nación, el pueblo verdadero, participó únicamente en la gloriosa lucha contra Napoleón, a principios del siglo XIX, e intervino para salvar, más que la independencia nacional, una monarquía y una tradición; de aquello surgió una monarquía clerical y conservadora, imprevisora y débil.

En tales condiciones sucedió, naturalmente, que la literatura se ejercitó en el vacío, sin recibir impulsos de la realidad. Indolente, se mece en el recuerdo de grandezas históricas y resucita motivos pretéritos; imaginativa, se aleja de la pobreza actual y se finge un mundo propio de creaciones fantásticas y de pasiones; débil, se mantiene alejada de la política, no suscita

energías nuevas ni aviva incendios. Solamente el cuento y el teatro popular florecen en España, reflejando uno y otro al pueblo soñoliento.

En tales condiciones también se ha adormecido la elocuencia política, Castelar no ha tenido sucesor. De Dalmacio Iglesias dicen los maliciosos que es un abogado que pierde todos los pleitos.

Pero hablemos de los católicos y de sus *aplechs.* Yo no he asistido a ninguno. En el Tibidabo, la magnífica altura desde la cual la mirada se extasía sobre la llanura de Barcelona, y la ciudad baja en declive hasta el mar con el inmenso anfiteatro de colinas y de montes en torno de ellas, me pareció encontrar el eco de piedra del gran *aplech* celebrado el 28 de Agosto en una enorme capilla en construcción, de estilo pesado y caprichoso, que tiene algo del *manuelino* que admiré en Belem, junto a Lisboa, y el *modern style,* del que la ciudad nueva, que se levanta sobre la colonia, presenta tan estupendos modelos.

Dicen que, por lo general, el público de tales manifestaciones está compuesto por mujeres, chiquillos y aldeanos. Las ciudades dan un escaso contingente a las filas clericales; las ciudades del Norte, Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Santander, en que la industria ha acumulado una burguesía procaz y un proletariado inquieto, son focos de la España Nueva, puestos, por un extraño capricho de la historia, en el seno de las provincias más clericales y sediciosas.

La vieja aristocracia terrateniente alimenta en el espíritu el sueño de una monarquía, limpia del pecado liberal y sostiene el partido jaimista, llamado así por el nombre del hijo de D. Carlos, actual candidato al trono. Aquí en estas provincias, la insensibilidad de las caducas costumbres políticas, de una hacienda dilapidadora y por ende brutalmente fiscal, crea el separatismo, que exige –si no precisamente la ruptura de la unidad nacional– un sistema de amplias autonomías locales; aquí en estas provincias, los clericales trabajan para que triunfen los conservadores en los distritos rurales, y de vez en cuando eligen a un representante directo. Se trata de un conservadurismo negro, que tiende a distinguirse del separatismo y del jaimismo, y que está formado por los integristas.

Pero la fuerza parlamentaria de estos tres grupos es muy escasa. La estadística de los partidos en el Congreso, después de las últimas elecciones, arroja la cifra siguiente: liberales, 229; conservadores, 106; republicanos, 40; carlistas, 9; integristas, 7; regionalistas, 7; independientes, 5; socialistas, 1, Pablo Iglesias, diputado a Cortes desde Mayo último.

En los pequeños grupos de extrema derecha que hemos mencionado, y que arrojan una cifra de 23 diputados entre el total de 404, se dividen los clericales militantes. Les distingue de los conservadores, capitaneados por Maura, el que aquellos quieren reivindicar la integridad del privilegio político del catolicismo, como acontecía en la vieja España, mientras que estos, los conservadores, no quieren dar oídos a las exigencias de los ultramontanos. Maura, el jefe del partido conservador, se dio cuenta, cuando fue poder, de la necesidad de refrenar el desarrollo de los conventos en España, y si no fuera por el pacto electoral que les ata, los conservadores se unirían a los demás partidos para rechazar todo intento de prepotencia clerical. Los demás saben, y no ocultan las diferencias hondas que les separan de los conservadores. Los oradores reaccionarios atacan con vehemencia al partido conservador, reo de haber cedido a los principios y exigencias de la revolución, mientras los integristas y carlistas se dicen partidarios de la tradición, fuerza esencialmente antirrevolucionaria, y, por ende, "patriótica".

– Una política sin Dios –me dice un vehemente carlista[327], con la vehemencia de una lógica que no acepta ni conoce límites– es una política del diablo. El tradicionalismo aceptaría una República que reconociese a Dios, y atacaría la monarquía, si sus gobiernos le persiguiesen.

El carlismo es un partido que no puede figurar en la derecha; unirse a esta valdría tanto como aumentar el ejercito enemigo.

– Entonces, ¿Dónde se encuentra usted? –hube de preguntarle.

– Ni en la derecha, ni en la izquierda, ni en el centro, *sino de frente.*

Y añadió, henchido de fervor:

– Los católicos de Italia y de Francia no saben cumplir con su deber. Estos han asistido al éxodo de los frailes y de las monjas cantando el *Magnificat.* Nosotros, en el mismo caso, no cantaremos, porque sabemos que hay que hacer otras muchas cosas que no son cantar.

Esto es, a su modo, una política, pero es también una "literatura". Una literatura *sui generis.* Los demás partidos están menos enfermos, pero están también enfermos. La política españo-

[327] ¿El Sr. Vázquez de Mella? (Nota del autor)

la oscila entre la frase, que simula, y el negocio, que se disimula. Faltan programas precisos, agrupaciones políticas fuertes, tendencias apoyadas por fuertes corrientes de opinión pública. La diferencia entre conservadores y liberales estriba, ante todo, en una cuestión de método; los primeros quieren gobiernos de gabinete, apoyados con decisión en las Cortes; los liberales quieren una tramoya más constitucional. Tanto el uno como el otro partido, cuando están en el Poder, fabrican sus mayorías con métodos electorales harto desenvueltos allí donde el cuerpo electoral no se deja respetar con eficacia; frecuentemente, para impedir la intervención del elector, a pretexto de sujetar querellas, discordias y tumultos, el gobierno designa y aprueba lo mismo sus candidatos que los candidatos de las oposiciones en la proporción debida. Me aseguran de que no es raro el caso de que las minorías, cuando son amigas del gobierno, les envíen el número de los sufragios y de los votantes en blanco; la cifra se fija luego por el cacique.

Mayorías así compuestas tienen que ser, forzosamente, exigentes y caprichosas; además dan lugar a la formación de grupos, grupillos y clientelas. Tres personajes sobresalen hoy en el partido liberal; el conde de Romanones, hombre riquísimo, Presidente del Congreso, por ahora apoya a Canalejas, pero de vez en cuando se habla de su sucesión, que lo llevaría al Poder de acuerdo con la derecha, o que serviría de solución a un gabinete Weyler, por ejemplo. En la izquierda está Moret, que fue jefe del Gobierno desde la caída de Maura, político bien quieto con las izquierdas, de tendencias radicales, antipático a los cortesanos y a la derecha, que, se dice, fueron los que provocaron su caída.

Canalejas está en el medio, y, por el momento, gobierna. Su pasado no inspira gran simpatía a las izquierdas. Comenzó siendo republicano o cosa así; recientemente se ha contado, con toda suerte de detalles, su participación en una especie de golpe de Estado preparado por Dª María Cristina, de acuerdo con el Vaticano, para salvar la monarquía, compartiendo el trono con D. Carlos. Ahora se nota que a la energía de sus declaraciones no corresponde la resolución en su conducta. Se espera la reapertura de las Cámaras para juzgar su obra. La opinión general es que no seguirá adelante la lucha contra el Vaticano, y que los conservadores, aliados con los cortesanos, influirán en la excelente voluntad del joven Rey.

Por propia cuenta, creo que Canalejas se da cuenta de la realidad actual, que no consiente audacias, y de la necesidad de estimular la conciencia nacional para crear una opinión pública. A lo primero contribuye obrando con prudencia; a lo segundo, hablando audazmente, con "literatura".

La fuerza numérica parlamentaria del partido republicano no está en proporción con su valor efectivo en el pueblo. Los republicanos, que también se llaman radicales, han ganado las poblaciones obreras y los escasos centros donde comienza a desarrollarse la industria. Los elementos más avanzados y resueltos, aquellos que sienten más vivo el estímulo hacia una radical transformación de la vida española, sienten predilección por la República; pero no son muchos, y no es de creer que ganen rápidamente terreno entre los pueblacos incultos y holgazanes.

Quizás por esta razón no es muy probable una política activa del partido radical con propósitos antidinásticos. Aunque muchos consideran necesario para el resurgimiento español romper violentamente con el pasado mediante una revolución constitucional, lo cierto es que prestan su concurso a los Gobiernos de la Monarquía para las reformas legislativas. Don Alfonso XIII, influido acaso por su esposa, no pone trabas a tales inteligencias y reformas; pero no se si tendrá la fortaleza de imponerlas a los que son más realistas que él.

El socialismo no cuenta, hoy por hoy, con muchos prosélitos. Aquí, como en Portugal, la cuestión constitucional está antes que los problemas sociales. También en España el socialismo se divide en opuestas tendencias, que pueden calificarse como parlamentarias y sindicalistas. Pero son programas y tendencias vagas. Bajo todos los aspectos, España debe ser considerada como un país en el que nacen muchas cosas nuevas, que son ahora células indeterminadas, nadando en un ambiente donde encuentran escasa nutrición. El problema más grave es el del ambiente –cultura, escuela–. De él hablaré pronto. Mejor: dejaré hablar al Ministro de Instrucción pública, Burell, con quien he conversado largamente sobre el particular."

Vedetta artistica (Florencia, 16 de Octubre de *1910).*

"El genio alegre", de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, por Flora

La curiosa revista teatral, que redactan en la hermosa capital de la Toscana los conocidos literatos Sres. Fracassini y Beccari, publica un artículo sobre la traducción italiana *L'Anima allegra* que han publicado los Sres. Fahé y Motta de *El genio alegre* de los autores sevillanos.

En el artículo, la colaboradora cuenta menudamente la trama de la fábula, y, comentando el donaire de nuestros dramaturgos, escribe:

"La comedia es sencilla; no se rodea ni de efectos dramáticos pasionales ni de conflictos de caracteres; tampoco predica en pro o en contra de estas o de las otras teorías y polémicas, más o menos profundas.

Anima allegra (El genio alegre) es una comedia sencilla; en la sencillez estriba su mayor acierto.

Carece de artificio, excesos engañosos en la acción; carece de originalidad en los caracteres; pero los autores saben infundir genialmente nueva vida a viejos modelos.

Todos los personajes tienen su relieve correspondiente. Los Quintero han tomado del natural ciertas expresiones características; algunas figuras convencionales tienen un relieve singular y embellecen y completan el cuadro.

El arte de los Quintero es genuinamente pictórico.

Hay en la comedia un refinado gusto teatral, un agudo espíritu de observación, medida, seguridad, y un diálogo ágil y suelto, verdaderamente admirable.

Llena de un hálito íntimo de poesía dulce y sencilla, nos recuerda a ratos los maestros venecianos.

Descuella, sobre todos, el acto segundo. El arte de los autores es en él exquisitamente sutil en los delicados rasgos psicológicos, en la vivacidad del colorido.

Esta fina comedia, juntamente con otras producciones teatrales de los mismos autores –producciones en parte acogidas favorablemente, en parte desconocidas para el público italiano–, tiene el valor de un arte sincero, espontáneo, vivo, cuyo acento y cuyo perfume son de aquellos que vencen y conquistan en seguida.

En la admirable fusión de su colaboración, los dos Quintero han llegado entre nosotros, desde el obscuro silencio de la lejanía, a la luz vivísima del éxito."

¿Ha llegado el momento de que concluya el teatro francés con su hegemonía?

¡Ya es hora!

Juan Fahé y Luis Motta han hecho una versión pura y elegante."

Extracto este juicio por la seriedad y, sobre todo, por la popularidad de la revista teatral florentina donde se consigna. Por mi parte, me limito a rogar a nuestros escritores que mediten sobre las frases que subrayo, y que responden a un estado de opinión, bastante generalizado entre los literatos italianos, gracias, sobre todo, a la campaña brillantísima del Sr. Beccari.

Hace ya tiempo que se piensa en llevar a la escena italiana las comedias de los Quintero, de Linares, del gran Benavente. Los pintores españoles son elogiadísimos por críticos tan competentes como Barbantini y otros. En las revistas religiosas y filosóficas se comentan los ensayos del maestro Unamuno. En Florencia ha comenzado a publicarse una *Biblioteca de autores españoles...*

¿Es hora de concluir con la hegemonía en Italia del teatro y, en general, de la literatura de París?

La Lectura (Septiembre-1910)

Italianas

Nueva Antología (16 de Noviembre).

Gladstone y el problema del poder temporal, por Andrés Galante.

En un libro reciente de D. C. Lathbury: *Correspondence on Church and Reliqion of W.* G. *Gladstone,* 2 vols., London, 1910 publícanse por primera vez numerosas cartas de Gladstone relativas a la Iglesia, a la Religión y a las más ardientes cuestiones confesionales de su época, que muestran, bajo nuevo prisma la evolución del pensamiento del gran estadista inglés en materias eclesiásticas.

Este libro de Lathbury –el cual había ya estudiado la figura de Gladstone bajo el aspecto religioso y eclesiástico– tiene una gran importancia histórica, porque toda la carrera política de Gladstone –como demostró magistralmente Luzzati en su espléndida conmemoración de Gladstone en el Instituto de Francia– estuvo dominada por el más intenso interés y por la más viva preocupación de los problemas teológicos y eclesiásticos.

En medio de graves ocupaciones políticas, Gladstone continuaba sus estudios eclesiásticos y publicaba artículos y libros de índole religiosa y teológica, cuyo elemento religioso y eclesiástico estuvo tan íntimamente unido a su carrera política, que hizo decir a muchos de sus contemporáneos ingleses que la verdadera vocación de Gladstone hubiera sido la de Obispo de la Iglesia anglicana.

Gladstone se mezcló en las cuestiones político-eclesiásticas de Italia, no ya solamente por la vivísima simpatía que sentía por los italianos, sino también atraído por la majestad del problema de la iglesia de Roma y de la posición de su jefe Supremo. Entre las cartas ahora publicadas hay algunas relativas a la cuestión romana y que nos revelan la actitud de Gladstone frente al poder temporal de los Pontífices.

Desde 1851 –fecha de su histórico viaje a Nápoles–, Gladstone había comprendido que el poder temporal de los Papas iba tocando inevitablemente a su fin. Escribiendo desde Nápoles (26 de Enero de 1831) a Manning –luego Cardenal católico, y que tan activa intervención había tenido en la crisis religiosa, conocida con el nombre del "movimiento de Oxford"–, decía: "En Italia he aprendido muchas cosas que antes no sabía. Una de ellas muy especialmente. El poder temporal del Pontífice, esa grande, antigua, magnífica construcción, ha muerto. El problema está cercano a su solución. El terreno está minado; se ha colocado ya la mecha. Solamente una fuerza extraña, transitoria por su naturaleza, detiene la mano de los que quieren llegar al término del problema, prendiendo fuego."

Vuelto a Inglaterra, Gladstone siguió ocupándose atentamente de las cuestiones eclesiásticas italianas.

En 1852 publicaba su traducción, en cuatro volúmenes, del libro de Farini sobre la Historia del Estado Pontificio desde 1813 a 1850; en 1855, por conducto del Embajador del Piamonte en Londres, Marqués Manuel d'Aseglio, obtuvo de Cavour los materiales para su artículo *Sardinia and Roma* sobre los conflictos entre el Piamonte y la Curia romana, artículo que se publicó en la *Quarterly Review* y que Cavour traducía en la *Opinione.*

Hondamente separado de la Iglesia Católica por sus principios anglicanos, como repetidamente afirmó en sus discursos y en sus escritos, Gladstone estaba íntimamente convencido, por otra parte, de la importancia espiritual, moral y política del Papado. Y es curioso que, después de haber salido del Ministerio Peel, por su aversión al proyecto de ley para la subvención del Colegio católico de Maynooth, en Irlanda, Gladstone se ofreció para aceptar la representación diplomática cerca del Gobierno Pontificio en el caso que el Gobierno inglés quisiera establecer una representación de este género en Roma. En 1851, la opinión pública inglesa estaba profundamente afectada por el establecimiento de nuevas circunscripciones católicas diocesanas en Inglaterra, ordenado por Pío IX; en el Parlamento inglés se presentaba un proyecto de ley sobre los títulos eclesiásticos, encaminado a combatir lo que en el lenguaje de la época se llamaba la *Papal Aggression.* Gladstone, en uno de sus más notables y vigorosos discursos, a pesar de acentuar su íntima convicción anglicana, combatió valientemente el proyecto en nombre de la libertad religiosa. La ley se aprobó, sin embargo, y únicamente se derogó veinte años más tarde, cuando Gladstone subió al Poder. Años después, en 1868. Gladstone iniciaba, en medio de gravísimas dificultades, y realizaba luego, la separación de la Iglesia anglicana y del Estado en Irlanda. Con esta medida, que le valió toda suerte de ataques, rectificaba principios de Gobierno teocrático que había defendido treinta años en su célebre libro *El Estado en sus relaciones con la Iglesia;* pero libertaba a los católicos irlandeses del yugo de los anglicanos. De este modo, el elemento católico intervino en algunas de las fases más culminantes de la vida política de Gladstone, que era tan profunda y sinceramente anglicano.

En una carta de Junio de 1862, dirigida a Bollinger, el célebre teólogo e historiador de la Iglesia, que había de tener después una intervención tan activa en la agitación alemana contra la proclamación de la infalibilidad pontificia, sancionada por el Concilio Vaticano, Gladstone precisa su actitud frente a la cuestión romana. Se refiere a las tendencias que predominan en los países protestantes, que deseaban, no mejoras ni reformas, sino la destrucción completa de la supremacía pontificia. Declara Gladstone que sus convicciones no son esas. "En lo que se relaciona con todas las Comunidades cristianas, con todas sin excepción –escribe–, deseo ardientemente que desarrollen sus tendencias buenas y neutralicen las malas. Especialmente

deseo esto para la Iglesia Católica. En todo caso, quiero consignar que deseo fervientemente la extinción del poder temporal, no por espíritu de controversia religiosa."

En 1864 discutía, en varias cartas, con Manning la cuestión de la actitud del Pontífice. Los dos eran del parecer que se asegurase al Papa la plena independencia espiritual; pero mientras Manning sostenía que para ello era absolutamente necesario el poder temporal, Gladstone sostenía, precisamente, el criterio opuesto. "Deseo profundamente –escribía– que el pueblo italiano sea fiel a las creencias cristianas; pero estoy firmemente convencido que el poder temporal, en las circunstancias actuales, obra en sentido contrario." Por otra parte, Gladstone, en una carta del 26 de Diciembre de 1864, se mostraba enemigo de la idea de terminar cuanto antes con la soberanía papal, y aplaudía la Convención de Septiembre, que daba ocasión de resolver pacíficamente el problema.

En Septiembre de 1866, en otra carta dirigida a Manning, reanuda la discusión. Mostrábase de acuerdo con este en algunos puntos. Así, por ejemplo, que el Gobierno italiano, como tal, no podía posesionarse de Roma, y que se debía atender, con las posibles garantías de orden internacional, a la independencia y al sustentamiento de la Corte Papal. Pero, apartándose del criterio de Manning, creía también que la Curia pontificia no podía imponer a la población de Roma un Gobierno que detestaba, lo que, según Gladstone, era contrario a los intereses de la Religión.

Buscaba la solución de uno de estos dos modos: o la autonomía local, o la delegación perpetua del poder civil sobre Roma al Rey de Italia, autorizada por el Pontífice. La última solución le parecía la mejor y la más satisfactoria bajo todos conceptos; para Gladstone el nudo de la cuestión estribaba en la Independencia del Pontífice, en el libre ejercicio del poder espiritual, libre de toda intervención civil. Es curioso que, en el curso de la polémica con Manning, Gladstone sostenía que no era incompatible con la libertad espiritual del Pontífice la facultad del magistrado civil para reprimir disposiciones curialescas hostiles a la paz pública. En este sentido, la Ley de Garantías, al sancionar el principio de la libertad absoluta de las manifestaciones pontificias, fue más allá que Gladstone en el concepto de la libertad espiritual de la Santa Sede. Aun en la peor hipótesis, en la de la ausencia de garantías de la independencia de la Sede Pontificia y de su situación financiera, Gladstone sostenía que el efecto general del cambio, debía consistir en dejar en más libertad al Pontífice de la que ahora goza, ya que es un *Príncipe* en el ordinario y corriente sentido de la palabra, y como tal Príncipe, sometido a determinados principios especiales. Concluía diciendo que estaba convencido de que un cambio del poder temporal conduciría al aumento o la disminución de "la gran influencia y poder espiritual de la Sede romana".

"Para mí –exclamaba Gladstone–, el día en que se realice este cambio benéfico y necesario por consentimiento mutuo, se realizará el versículo del Salmo: *La Gracia y la Verdad se han encontrado. Se han besado la Justicia y la Paz.* Sería la solemne reconciliación de las dos ramas de la Providencia y de la Gracia, de los dos sistemas de leyes afines, de los cuales uno gobierna la estructura de la sociedad y el otro se preocupa de la disciplina de las almas."

Conocido el pensamiento del gran estadista inglés, tiene cierto interés el relato de la audiencia que Pío IX concedió a Gladstone el 22 de Octubre de 1866, relato que se encuentra en las Memorias de Gladstone y que ahora publica Lathbury.

Luego que Gladstone besó la mano al Pontífice, haciendo una genuflexión, fue invitado por este para que se sentara. Gladstone, ateniéndose al ceremonial de la Corte inglesa, permaneció en pie. Pío IX lo observó.

– Si la Reina os ordenara sentar, os sentaríais –exclamó el Pontífice.

– Entonces, Santo Padre, no haré sino obedecerlo –replicó Gladstone, que hablaba maravillosamente el italiano–. *Roma locuta est.*

– *Causa finita est* –replicó el Papa.

A Gladstone le encantó la afabilidad y la sencillez del Pontífice.

Ambos tuvieron una conversación animada; pero apenas se desfloraron las cuestiones políticas, Pío IX habló de la etiqueta de la Corte piamontesa, hizo algunas observaciones sobre la superioridad de la habilidad política del piamontés –Cavour, Menabrea–, pero deploró la ausencia general de espíritu en los administradores italianos, incluyendo a Ricasoli.

Después hablaron del imperio colonial inglés, de su extensión, de las distintas maneras de administrar las colonias; y hablando de Irlanda, Pío IX condenó el "fenianismo", aludiendo a la actitud del Clero irlandés y a la cuestión de la Universidad Católica en Irlanda.

Volviendo a Italia, Pío IX expresó el deseo de promover una conciliación, recordando el consejo *il faut s'entendre,* que le habían dado los franceses. Por su cuenta, se declaraba propicio a tratar con un representante del Gobierno italiano. De los intentos y fracasos anteriores no echaba la culpa a Vegezzi, de quien se decía muy satisfecho. Fue esta la única alusión a la cuestión romana; Gladstone no pudo, a pesar de su deseo, prolongar la conversación sobre este tema.

Pío IX, en cambio, habló, en general, de la situación política de Italia. "En lo que se refiere a la unidad italiana –escribe Gladstone–, no hace objeciones en principio; hasta parece admitirla teóricamente y conceder que proporcione algunas ventajas."

Muy mucho se lamentó Pío IX de las tendencias antirreligiosas de la agitación política. Gladstone observó que el pueblo italiano era religioso. Elogiando el sistema parlamentario, expresó la esperanza de que el sentimiento religioso sería mantenido por los Gobiernos. Pío IX habló también de las distintas tendencias regionales, de la hacienda italiana, de las dificultades políticas de la unidad, insistiendo especialmente en la necesidad de que Italia se consolidara, como Inglaterra, como Francia y como España. El Pontífice alimentaba la esperanza de que a los males presentes sucediesen la tranquilidad, el respeto a la Religión, y de que se encontrase una fórmula, "tal vez una liga, tal vez una nación". Por último, Pío IX habló de Grecia, y Gladstone explicó al Pontífice las razones de la cesión de la isla de Corfú al reino helénico. La conversación concluyo cordialmente. El Pontífice habló de los escritos de Gladstone, se informó de su familia y expresó el deseo de darle su bendición apostólica.

En 1870, después de la conquista de Roma, el Ministerio Gladstone recibió indicaciones de muchas partes de Inglaterra para que interviniese en el problema italiano. Gladstone rehusó toda intervención en lo concerniente a la restauración del poder temporal, aceptando, sin embargo, la proposición de influir amistosamente para asegurar la libertad y la independencia del Pontífice. Esta actitud disgustó a los presbiterianos, que consideraban excesiva y superflua una acción diplomática en este sentido, y Gladstone formuló su actitud y la del Gobierno británico en estos términos: "En el mantenimiento del Pontífice y de su Corte, seis millones de ingleses tienen un interés real y una participación. Siendo la cuestión internacional, y no habiendo un *locus standi* sobre cuya base podía tratarse con el Gobierno italiano, nos incumbe, dentro de tales límites, tutelar sus intereses si es necesario."

Nuova Antología publica también un estudio de Alejandro Chiappelli sobre *La diagnosis moral de nuestro tiempo;* un artículo, con ilustraciones, de Emilio Calvi sobre *La Universidad de Roma en la historia de la Unidad;* una biografía de *José Manfredi, Presidente del Senado italiano,* por Antonio Martini; *Los nuevos horizontes de la Zoología experimental,* por Alejandro Canestrini; *El problema meridional,* de César Cagli; la habitual información de Nenis-Leila, E. C. Abba, Venecia en la literatura francesa contemporánea, Puvis de Chavannes, etc., etc.

La Lectura (Septiembre-1910)

Varios

Por tierras de Portugal y de España, por *Miguel de Unamuno*. Biblioteca Renacimiento.

Unamuno es un asiduo visitante de Portugal. Aprovecha casi todas sus vacaciones universitarias para visitar el país vecino, que para nosotros es tan desconocido como la Cochinchina, la Hungría o el Indostán. Ya he tenido ocasión de hablar a propósito del mutuo desconocimiento de España y Portugal en este sitio a propósito del libro de Murri *Dalla Monorchia alla Repubblica.*

Unamuno ha hilvanado este libro con los artículos que publica lejos de España, en esos enormes y farragosos periódicos de Buenos Aires. En ellos ha disertado sobre Literatura, política y psicología portuguesas el rector de Salamanca.

El gran Camilo Castello Blanco, Eugenio de Castro –el dulce poeta de *Constança Abilio*– Guerra Junqueiro, Antero de Quenthal, Juan de Deus, Eça de Queiroz, sirven de pretexto al Sr. Unamuno para indagar el espíritu triste, angustiado, desesperante, de este pueblo portugués, murrioso y callado, que ha sido víctima de toda suerte de explotaciones y desdenes de sus monarcas y politicastros.

Sobre la tumba del rey D. Carlos de Portugal escribe Unamuno un duro epitafio. "Está bien –escribe– que la Prensa de todas partes haya execrado el asesinato, así lo pide la moral que profesamos con mayor o menor sinceridad; pero como yo creo que por encima de todos los amores se debe poner el amor a la verdad, he de decir que los tiros al rey partían de las entrañas mismas del pueblo portugués. Y si la ejecución del Rey D. Carlos es execrable, lo es como la ejecución de todo reo. D. Carlos fue juzgado y condenado por su pueblo." Y más adelante añade: "El más grave pecado de D. Carlos, su pecado imperdonable, es que despreciaba a Portugal. Solía decir hablando de la patria en que reinaba: *Isto é una piolheira,* esto es una piojera. Y así como el Evangelio dice que los pecados contra el espíritu no tienen remisión ni en esta vida ni en la otra, así el desprecio de un soberano hacia su pueblo es pecado irremisible."

Los artículos sobre España son artículos de viajes a Trujillo, a Ávila, a Galicia; impresiones de viaje, amenas y bonitas, escritas con garbo y con donaire.

Por tierras de Portugal y de España se deja leer agradablemente de un tirón. El Sr. Unamuno, burla burlando, diserta gravemente aprovechando algún inciso, en divagación pintoresca y aguda.

En este libro, por último, se elogia debidamente una de las novelas mejor escritas y pensadas de estos tiempos, *La gloria de Don Ramiro,* del americano Sr. Larreta, que no encontró en la Prensa ese calor que se presta a otras publicaciones harto más efímeras y livianas.

Cómo cae un trono, por *A. Vivero y A. Villa*. Biblioteca Renacimiento.

Otro libro sobre Portugal, de distinta índole. Sus autores son dos periodistas, republicanos militantes, que fueron a Lisboa a informar al público de los sucesos de Octubre. Los Sres. Villa y Vivero cumplieron perfectamente su misión informadora. Ahora han reunido los artículos que por entonces escribían, componiendo este libro.

Cómo cae un trono peca, acaso, de cierto candor, pero es un conjunto de crónicas vibrantes y sinceras. El libro, al final lleva juicios de Guerra Junqueiro, del bondadoso Teófilo Braga, de nuestro D. Benito, favorables todos, naturalmente, al cambio de régimen en Portugal.

La Lectura (Enero-1911)

Varios

Per un dizionario bibliografico di scrittori tedeschi. A proposito di una compilazione recente, por *Arturo Farinelli*. Firenze. Tip. di Salvadore Landi, 1910.

Arturo Farinelli es un erudito incansable que ha trabajado con amor en asuntos o descuidados o desdeñados de la literatura de la hispana tierra. Recientemente, en un libro suyo, muy aprovechable para el estudio del romanticismo, *Il romanticismo in Germania,* (Ed. Lateras, Bari, 19II) nos ofrece un manantial abundantísimo de libros españoles para el estudio del romanticismo español del siglo XIX. Nada falta; desde los libros de Menéndez Pelayo a los apuntes que para la historia de la novela contemporánea compuso D. Andrés González-Blanco.

El libro que tengo a la vista es un ensayo para un diccionario bibliográfico de escritores alemanes. Los catálogos, si no han de ser cosas muertas, bicharracos de museo, cartones de librerías polvorientas, han de tener su alma, que ha de infundirles el compilador en la compostura, en el orden, en la gracia con que lo componga y ordene. El catálogo del Sr. Farinelli yo no puedo decir si es perfecto y completo, pero sí digo que fío mucho en la seriedad científica de su autor, en su buen gusto y en su mucho saber.

La lozana andaluza, por *G. Manzella Frontini*. In Catania, V. Muglia, editore, MCMX.

El Sr. Manzella Frontini es un hispanófilo que nos envía desde Catania un erudito estudio sobre *La Lozana Andaluza* de aquel buen clérigo, corredor y alegre, que se llamó D. Francisco Delicado.

No es esta la vez primera que aparecen libros de este linaje. En este sitio he tenido ocasión de hablar de un estudio de otro hispanófilo sobre *El Lazarillo del Tormes.*

El Sr. Frontini trata de demostrar que *La Lozana Andaluza* es un libro de pura raigambre italiana, que recuerda más los diálogos galantes de Aretino que las páginas del Arcipreste y del Bachiller Rojas de Montalbán. No cree el autor, con Benedetto Croce, que la desenfadada

novela sea un libro efímero, ni con Menéndez Pelayo, que se trate de un libro "de burdel, a la italiana". Pero el autor camina de conjetura en conjetura, de escaso valor.

Que estuvo Delicado en Italia es indudable; positivo que vivió en Roma y en Venecia; muy posible que visitara Bolonia –tan frecuentada entonces por ingenios españoles– Nápoles y Florencia. Posible es también que conociera en Venecia a Pietro Aretino. Pero ¿vamos a inducir por ello que el asunto de *La Lozana* fuera genuinamente italiano? No lo creo así.

En cambio, nadie puede negar al diligente hispanófilo que el viaje de Delicado a Italia le fue muy útil y beneficioso para sus tareas literarias. Recuérdese, por ejemplo, su descripción de Roma, "triunfo de grandes señores, paraíso de putanas, purgatorio de jóvenes, infierno de todos, fatiga de bestias, engaño de pobres, pejiguería de bellacos..." Recuérdese también la napolitana que describe Delicado, los modismos toscanos que emplea el novelista andaluz y lo oportuna y donosamente que los emplea.

El trabajo del Sr. Frontini, con todo, es muy estimable. Es un escarceo simpático que prueba su agilidad de espíritu y el amor que profesa a nuestras letras. Amor que crece de día en día en Italia, nunca me cansaré de repetirlo. Deber nuestro es encauzar esta corriente, favorecerla, espolearla y aprovecharnos de ella. Italia quiere sacudirse de la hegemonía francesa; comienza a sacudirse de ella y, aprovechando las modernas corrientes de investigación que ha aprendido en Alemania, vuelve los ojos, llenos de simpatía, a nuestros clásicos.

Un día Carducci, otro Farinelli, otro Croce, otro Shiff, otro Beccari, ahora el Sr. Manzella Frontini, son indicios de esta corriente que ha de producir tantos beneficios.

La Lectura (Enero-1911)

Varios

L'anima delle cose, di *Paolo Mantegazza*. S.T.E.N. Torino, 191O.- **Da la morte la vita**, poesía, *di Luigi Montí*, S.T.E.N. Torino, 1910.- **L'anima nuova,** di *Marcus de Rubris*. Eteglio, editore, Génova-Toríno-Milano.- **Faiseurs de joies et faiseurs de peines, Âmes dormantes, Chercheurs de sources**, *di Dora Melegari*. París, Fitchbacher, éditeur.- **L'italla moderna** (Storia degli ultimi 150 anni), di *Pietro Orsi*. Ulrico Hoepli, editare. Milano, 1910.

***L'anima delle c*ose**.- Muchos libros del senador Paolo Mantegazza, recientemente fallecido en Italia, han sido oportunamente traducidos a nuestra lengua. De ellos, no diré que el mejor, pero sí el más conocido entre nosotros, es la *Fisiología del amor*. Hay en ese libro frescura, ingenuidad, emoción. Es un libro insustituible para los adolescentes.

L'anima delle cose es un libro póstumo. Tiene los muy graves inconvenientes de tal linaje de publicaciones. Los escritores, como el sol, se levantan y declinan. Hay horas de esplendor, fuertes y luminosas, plenas, y horas de ocaso, o como dicen los italianos, de *tramonto.* Mantegazza estaba, desde algunos años; en el ocaso de sus facultades mentales: declinaba pacífica y melancólicamente. Entonces publicó artículos sobre el alma de los colores, de los sabores y de otras pequeñeces de esta guisa; utilizó los apuntes que conservaba de su muchachez de *bon vivant.* E hilvanándolos luego, con una trabazón bastante discutible, compuso este libro, que ni añade ni quita gloria a su simpático autor, nuestro amigo de hace seis, ocho años.

Da la morte la vita.- He aquí un libro de versos de un mozo sano y vigoroso, Luis Monti, de familia de patriotas y de guerreros. A sus ascendientes, que lucharon por Italia, dedica sus primeros versos este muchacho humbrio[328], a quien Gabriel D'Annunzio ha saludado como "vero poeta" y a quien llamó "valiente e inspirado" aquella dulce e inolvidable Victoria Aganoor Pompili, uno de los temperamentos más delicados e ingenuos que conozco. Monti encerraba el tesoro de sus versos en una revistilla provinciana, hasta que, generosamente, ha venido a sacarle de su ostracismo la S.T.E.N. de Turín. Y la lectura del libro confirma el halagüeño juicio de D'Annunzio. Es un poeta, influido bastante por Carducci, por Pascoli, pero que no ha de tardar mucho en encontrar su cuerda.

Algunas poesías, *La chiusa villa, Halatt! Halatta!* –que dedica a D'Annunzio– *Val di Pierle,* son muy bellas. Monti, con el estudio, con cierta contención que le dé más grandeza y sobrie-

[328] Así en el original. No se puede dilucidar si quiso decir realmente *humbrío (sombrío)*, o *umbro* de la región italiana de Umbria. El poeta Luigi María Monti nació en Bovisio (Italia) pueblo de dicha zona.

dad, con cierto dominio de sí mismo, ha de llegar a ser –estos ensayos ya nos lo anuncian– uno de los poetas más vigorosos de la nueva generación italiana.

L'Anima nova.- Otro libro de poesías. A su autor, el Sr. Rubris, ya le conocen los lectores de esta Revista. Es el poeta ingenuo, desbordante de pasión, melancólico y estudioso de otras veces. *Anima nova* es su primer libro de versos; de los posteriores ya hemos hablado en estas páginas con elogio.

Tiene este poeta en su espíritu, el marchamo, el sello de su raza fuerte y bravía. Es todo un ligur de los pies a la cabeza. Fatalista como su gente, hermético y triste como ella, sabe verter en sus trovas el alma de su raza. En *Anima nova* se vislumbra un poeta, poeta que ha dado posteriormente frutos sazonados de su exquisitez y de su gracia.

Faiseurs de joies et faiseurs de peines. Âmes dormantes. Chercheurs des sources.- Dora Melegari, la coleccionadora de las famosas *Lettres intimes de Joseph Mazzini a L. A. Melegari,* es una de las mujeres más singulares de Italia. Ha vivido casi siempre en París. Su italiano no es quizás muy correcto, pero escribe el francés con una seguridad pasmosa y con un gran desenfado. Buena prueba son estos tres libros editados por el librero francés Sr. Fitchbacher.

Alguna vez he *escrito* yo sobre el masculinismo de las letras: Realmente no conocemos más que el pensamiento de los hombres. Las mujeres, que debieran darnos una sensación distinta de la vida, quizás más aguda y sutil, siguen la huella de los modelos masculinos. En nuestra patria, esta aserción apenas si tiene más excepciones que Santa Teresa, grande entre las grandes, y doña Concepción Arenal, en libros tan inimitables como *El visitador del pobre* y *El visitador del preso.*

Dora Melegari es de esta raza de mujeres. El volumen *Faiseurs de joies y faiseurs de peines* es, sobre todo, de una delicadeza exquisita. Hay dos capítulos *Ce qui pensent les femmes des hommes* y *Ce qui pensent les hommes des femmes* de una enorme penetración psicológica y de una donosura encantadora. La Sra. Melegari, que es también una noveladora excelente –ya he hablado en estas páginas de *La cittá del Sig'lio*– es maestra en achaques de sencillez y delicadeza.

L'Italia Moderna.- No me sorprende el éxito maravilloso que ha alcanzado Pietro Orsi con la publicación de su linda monografía histórica. Se ha traducido al francés, al inglés y al alemán y es muy posible que una fuerte casa editorial de Barcelona se encargue de hacer una versión española. Yo no conozco un libro moderno en español sobre historia italiana.

Siglo y medio estudia el Sr. Orsi en el volumen, desde 1750 al año de gracia de 1910. Comienza con el reinado de Carlos Manuel III de Saboya y concluye hablándonos de la política de Giolitti, de las habilidades diplomáticas de Tittoni y del arte de Carducci, de D'Annunzio y de Fogazzaro. Es un libro ameno, exquisito y, sin embargo, de una gran rigidez científica. Las vicisitudes de la unidad italiana, desde 1849 hasta la fecha gloriosa del 20 de Septiembre de 1872, en que Roma se unió definitivamente a las suertes de la nueva Italia, dan ocasión al historiador para escribir páginas calurosas y vibrantes. El estudio que hace Orsi de la política de Cavour es perfectamente definitivo.

El autor enumera, al final de su libro, los materiales que ha empleado para escribir su monografía, en cuyo estudio entraría de muy buena gana, si a la sazón pudiera detenerme con menos rapidez en estas notas.

Dalla monarchia a la repubblica. Lettere portoghesi di *Romolo Murri,* Deputato al Parlamento. Fratellí Treves, editori, Milano, 1910. Precio: dos liras.

El diputado radical italiano Sr. Murrí[329], nombre que es familiar a los lectores de esta REVISTA, ha estado durante el verano último en España, estudiando el problema religioso y en Portugal en vísperas de la revolución. De lo que ha dicho y escrito sobre España ya nos ocuparemos más adelante; los Sres. Treves anuncian el libro *Lettere dalla Spagna* –Cartas desde España– libro que acaso se haya publicado a la hora presente, donde se consignan los juicios que le merece nuestro pueblo. Un artículo, que aparecerá en el futuro libro, ha sido ya traducido en la sec-

[329] Debo anunciar a los lectores que, de un momento a otro, se publicará en castellano el libro del Sr. Murri *La política clerical* y *la democracia,* editado por D. Francisco Beltrán y traducido de la segunda edición italiana por el autor de estas líneas. Es el libro donde expone Murri con más vigor y energía su pensamiento en torno a la política vaticanista. Gracias al Sr. Beltrán, comenzamos a conocer el pensamiento de los americanistas –Ireland– y de los modernistas –Loisy, Fogazzaro, Murrí–. (Nota del autor)

ción de revistas italianas. Se titulaba *España, pueblo de literatos,* y se hacían juicios, demasiado exactos para quien visita España de prisa y corriendo, sobre nuestras costumbres públicas.

A Portugal fue también Murri, durante el mes de Septiembre último, enviado por el diario *La Stampa,* de Turín. Y desde Lisboa escribió las cartas que componen este volumen. Honradamente nos enumera el autor las fuentes de que se ha valido para escribir su libro. Tratándose de un político y de un hombre de acción como Murri, es natural que, ante todo, le preocupe el problema político del vecino pueblo. Y se ha informado bien, perfectamente. Hay detalles, pormenores, o, mejor aún, matices, *nuances,* que se le han escapado. Nada más natural. Un temperamento político puede hacerse cargo, y de hecho se hace cargo, de un problema político, pero le falta, si no es indígena, si desconoce la lengua, el conocimiento perfecto del ambiente, del teatro de los acontecimientos donde aquel problema se plantea. Mas, así y todo, quiero consignar que Murri ha *visto* el problema de Portugal mucho mejor que nuestros periodistas, que no han visto nada. Únicamente Dionisio Perea, enviado de *El Mundo,* ha escrito páginas de enjundia. Los demás periodistas españoles han demostrado que conocen Portugal lo mismo que los periodistas portugueses España. Y es que ambos vecinos nos miramos con recelo, con desconfianza, hasta ¿por qué no decirlo? con poquísimo amor. Nuestros vicios y nuestras virtudes son comunes, y como no resalta el contraste, confundimos lastimosamente nuestra respectiva posición política. Tened en cuenta que lo que en plena Puerta del Sol se llama *portuguesadas,* en la plaza del Rocío se conoce con el nombre de *hespanholadas.* Y este es un dato. Por eso las informaciones que nuestros periodistas nos han dado tienen el mismo valor que las visiones perfectamente francesas, y, por ende, perfectamente falsas, que un escritor lusitano eminente, Joao Chagas, ha hecho circular en su tierra de la nuestra. En un libro suyo que tengo sobre mi mesa. *Homens e factos* (França Amado, editor, Coimbra, 1905), y en un artículo titulado *Hespanha,* escribe Chagas:

«Se me preguntassem, por exemplo, em que logar de Hespanha exactamente se dera a batalha de Ceriñola (!!!!), eu nao sabería muito provavelmente responder. Mas se alguem, estendendo un braço languido, me interrogasse assim:

Connaissez-vous à Barcelonne
Une andalouse au sein bruni
Belle come les soirs d'automne?
eu responderia sem pestanejar:
C'est ma mâitresse, ma lionne
La Marquesa de Amaëguí.
Tal a minha Hespanha»[330]

Y lo triste es que esta España de un hombre ilustre lusitano es como el Portugal de muchos españoles no menos ilustres que Chagas. Recuerdo que en un banquete que se dio a Eugenio de Castro, el dulce poeta de Coimbra, en Salamanca, se dijo por alguien que los dos pueblos eran como dos hermanos siameses. Viven juntos pero están vueltos de espalda. En las librerías de Lisboa –me contaba una amiga mía, muy inteligente y curiosa– no se venden más libros corrientemente que las novelas de Blasco Ibáñez, un novelista a la francesa; y en España únicamente han llegado al gran público los libros de Eça de Queiroz, que es, de entre todos los novelistas portugueses, el menos portugués, el más parisino. De él dice Chagas con el acierto del hombre inteligente que escribe de lo que conoce: «Eça e un genio eminentemente moderno, sem patria, ou com una patria que nao e a sua.» ¡Eça, evidentemente, es de París! De París «nascido an Povoa».

Torno al libro de Murri haciendo resaltar, con esta divagación, que su autor, sin prejuicios, sin espíritu sectario, ha hecho una labor útil de informador y de comentarista. El 7 de Septiembre llega el batallador diputado italiano a Lisboa. Encuentra tranquila la hermosa ciudad, pero advierte que esta tranquilidad está sólo en la superficie; en el hondón andan revueltas las aguas. «Tal vez –escribe– las calles de Lisboa presencien el tumulto y la guerra civil.» Y nos habla de la situación interna de la política portuguesa. La Monarquía se ha echado en brazos de

[330] *Homens et factos*, pág. 359. (Nota del autor)
"Si me preguntasen por ejemplo en qué lugar de España exactamente se dio la batalla de Ceriñola, no sabría responder muy seguramente. Mas si alguien, extendiendo un lánguido brazo me interrogase así: Conoce usted en Barcelona, / una andaluza de pecho moreno / bella como las tardes de otoño? respondería sin pestañear: Es mi maestra, mi leona / la Marquesa de Amaëgui. Así es mi España." (Los versos son de Alfred de Musset - *Poèmes en février*, "L'Andalouse")

los políticos de la izquierda; el Ministerio Teixeira de Souza intenta reformas radicales, pero las elecciones de Agosto le han colocado entre dos fuegos. El bloque conservador, compuesto de los progresistas de Luciano de Castro, de los residuos franquistas que preside Vasconcellos, de los clericales y de los regeneradores de Campos Enriques, han luchado a sangre y fuego contra el Gobierno. De otro lado, los republicanos han duplicado su representación parlamentaria. El Gobierno cuenta con una mayoría irrisoria, mayoría burlesca que hace que los republicanos, si saben atizar la enemistad –harto viva– del bloque conservador y del Gobierno, se conviertan en árbitros de los destinos de Portugal.

Murri reputa imposible, dificilísima, la reapertura del Parlamento en condiciones semejantes; «puede aproximarse una solución –añade– que sea una catástrofe».

Pocos días después Murri habla con el Ministro de Asuntos Extranjeros Sr. De Azevedo Castello Branco. Con Teixeira no puede hablar, porque el Presidente del Consejo no conoce... el francés. La conversación es poco interesante, en general, pero hay un momento en que Azevedo se olvida de su diplomacia. Alude a las tendencias anticlericales del Gabinete. «Nuestro problema (clerical) es el mismo, absolutamente el mismo que en España. Lo que quiere el señor Canalejas es la cosa más sencilla y justa de este mundo... Las Congregaciones religiosas devoran a España. Son demasiadas, demasiadas; varias riquísimas, mientras otras son harto pobres. *Pero Canalejas tiene* –añade el Ministro en tono de seguridad– el *apoyo completo del Rey. ¡Nosotros, por el contrario!...»* Y así remata el buen Ministro el escabroso tema: «El Rey es inteligente y simpático, pero tiene poco más de veinte años. No fue educado para el Trono y es muy tímido. Padece la influencia, *no quiero decir de la Reina madre,* pero sí de cortesanos que le quieren mal.» Aquella mañana, Manuel II, en el Palacio de Mafra, en aquel mismo Palacio donde su antepasado Juan VI rezara los salmos en coro con los frailes, se hacía inscribir como socio y como padrino perpetuo de la Cofradía del Sacramento.

El capítulo III, *Il tramonto di una monarchia,* es uno de los más interesantes del libro. «Me he preguntado –escribe Murri– por qué razones psicológicas e históricas estos dos pueblos ibéricos que no saben gobernarse y que se adormecen indolentemente en las rutinas y en las distracciones gratas a su imaginación ociosa, sienten la necesidad de personificar en la Monarquía su malestar, tratando de modificar el régimen constitucional en lugar de modificarse a sí mismos y a sus costumbres mentales."

A la pregunta que se plantea el autor, responde que en Portugal es naturalísima la protesta republicana, ya que se alimenta de las debilidades y de los errores de la Monarquía, del desgobierno de los políticos de los partidos que amasaban en el Poder sus fortunas personales. El partido republicano portugués ha formado en estos últimos veinte años «una clase política nueva que ve en la Monarquía el centro de la infección y desea un cambio constitucional». Bernardino Machado afirmaba que la brecha por la cual había de colarse la República en Portugal no era otra que la de la persuasión y la del sufragio.

No es blando Murri para con la Casa de Braganza. Recuerda las liviandades de Alfonso VI, al «Rey que abandonaba Portugal cuando la invasión francesa, volviendo a su Patria una vez que concluyó la epopeya napoleónica»; a María II, «alma de Luis XI en un cuerpo grueso de mujer»; a Luis I, marido de María Pía de Saboya, la hija de Víctor Manuel el *Grande.* Carlos I, el pobre monarca asesinado en Febrero de 1908, parécele al autor de «ingenio limitado, poco culto, indiferente a la gobernación del Estado, amigo de las diversiones, libertino». «Como a Leopoldo de Bélgica –añade Murri–; gustábale (a D. Carlos) París, que visitaba con alguna frecuencia. Ahora, su bolsa no estaba tan repleta como la de su real compañero» y acudió a los «adeantamentos» que se aproximan a 3.000 contos de reis –15 millones de francos–.

Interesantísima es la conversación que sostuvo Murri con Chagas, «l'enfant terrible» del republicanismo portugués, quince días antes de estallar el motín callejero que diera al traste con la Monarquía. Todo el mundo estaba en el secreto. Los republicanos estaban prontos. Se contaba con una victoria segura. Se había pensado ya en los pormenores más insignificantes. Hasta el Gobierno provisional estaba nombrado ya. Y no solamente el Gobierno provisional. Un portugués exhibía en Salamanca un nombramiento extendido por Braga. En los comercios de Oporto y de Lisboa se vendían medallas con los retratos de los futuros ministros. Es extraño que Teixeira de Souza no se enterara de nada. Únicamente permanecían inéditas las aventuras de Machado d'os Santos.

De lo que dijo Chagas al autor del libro que comento parece desprenderse que la revolución sorprendió a los mismos directores de ella. La muerte del Dr. Bombarda, alma de los revo-

lucionarios portugueses, precipitó los acontecimientos. Se quería, además, dar un golpe combinado; cándidamente creyó el bondadoso Teófilo Braga que sus correligionarios españoles secundarían prácticamente el movimiento, tratando de restaurar la república en nuestro país. Se equivocó, y aún hay quien afirma que esa esperanza fallida ha proporcionado un malísimo sabor de boca al Presidente del Gobierno provisional del vecino pueblo.

Al decir de Chagas, los revolucionarios tenían descontado el triunfo. «La crisis resolutiva de la revolución había de ser rápida y segura. La monarquía había dejado de existir de hecho en Portugal...» El ejército era, sin embargo, la incógnita para este revolucionario el día 17 de Agosto, es decir, dos semanas largas antes de estallar el motín. ¿Era sincero Joao Chagas? Indudablemente. La reserva de los altos oficiales –exceptuando algunos generales, cuyos nombres sabía todo el mundo– contrastaba con el entusiasmo de los sargentos. También los alumnos de la Escuela Militar eran republicanos convencidos y entusiastas. Un joven alumno refería este hecho significativo al Sr. Murri. «Somos trescientos alumnos en la Escuela; el Reglamento ordena que los alumnos comulguemos en Pascua Florida. Este año han rehusado la comunión 270 alumnos; no ha habido modo de persuadirlos, ni nadie ha tratado de obligarles. Únicamente 30 han cumplido la prescripción reglamentaria. Ya se comprenderá que estos 270 alumnos anticlericales son, al mismo tiempo, republicanos convencidos y entusiastas.»

Finalmente, Murri se ocupa con singular competencia de la situación del clero portugués, y de sus relaciones con el Vaticano. Portugal regula sus relaciones con el clero secular por medio de un concordato «que sanciona curiosas formas de jurisdicción y de confesionalismo». Se asignan 160 contos de reís –160.000 duros largos– para gastos de clero y culto, en las 14 diócesis portuguesas. Los ingresos de la *Bulla cruciatae* –tasas eclesiásticas para indultos, rescriptos, etc.– que en 1908 sumaron un total de 109 millones de reís –600.000 francos– están administrados por una comisión del Estado. Los registros parroquiales tienen efectos civiles. Los obispos son Senadores (Pares) por derecho propio. En cambio de estas ventajas que la monarquía portuguesa concedía a la Iglesia Romana, el Estado se reservaba algunos derechos: el derecho de nombrar los beneficiados a propuesta del Obispo; el gobierno didáctico de los seminarios, a tenor de la ley Costa Cabral de 1845: el derecho de examinar las disposiciones de la Santa Sede, en lo que concerniera a la Iglesia portuguesa; etc.

La corrupción del clero secular portugués es evidente; de ella se ha lamentado el Nuncio con harta razón. Roma no ha mirado jamás con simpatía a los clérigos portugueses. Además, el clero secular ha sido republicano y ha peleado contra los jesuitas, que eran los más fervientes partidarios de los Braganzas, y, en los últimos años, de Dª Amelia de Orleans. En las elecciones de Agosto lucharon como candidatos republicanos por el distrito de Viana do Castello dos sacerdotes, Casimiro Rodríguez de Sa y Manuel Petes Gil, párroco aquél y profesor de liceo el último. Las Juntas parroquiales son, en su mayor parte, republicanas.

Roma ha favorecido, en cambio, la expansión de las Ordenes religiosas. Los jesuitas fundaron para su reconocimiento legal la Asociación llamada Fe y Patria, que desarrolló luego su labor en los colegios de Campolide, de Guimarães, de Quelhas, de Oporto, de Braga, de Covilla. Dificultaba, en cambio, con toda suerte de trabas y de obstáculos el desarrollo del clero secular. La repugnancia de Pío X a nombrar Cardenal al Sr. Bello, Arzobispo de Lisboa, confirma el aserto. Según el Concordato, el Vaticano se obligaba a nombrar Cardenal al Patriarca de Lisboa en el primer Consistorio siguiente al nombramiento. Y en Roma no se ha celebrado Consistorio desde hace dos años precisamente para burlar el compromiso. Es que la Iglesia de Portugal tiende a convertirse en *nacional,* y precisamente en el Patriarca ve el Vaticano la cabeza visible de este movimiento.

El Sr. Murri concluye su libro haciendo algunas consideraciones sobre el carácter de la nueva República. Así, no cree que la revolución haya sido un pronunciamiento militar, y sospecha, mejor aún, afirma que ese movimiento ha sido preparado en calma por la burguesía. Los hechos posteriores no confirman la opinión del sereno publicista italiano. Todo el mundo sabe que los marinos sublevados son los dueños de Lisboa y que el Gobierno provisional está completamente entregado a ellos. A ellos y al pueblo inconsciente; acuérdese Murri de la prisión de Franco. No cree tampoco el escritor italiano que se trate de una revolución de literatos y hombres de ciencia. Es posible. Los literatos –Guerra Junqueiro, sobre todo– iniciaron el movimiento; pero este prendió rápidamente en el ánimo popular. No cree posible la intervención inglesa. En efecto: no parece que vayan las aguas por tal cauce. Murri cree que «por el momento puede concederse a la nueva República un amplio crédito», y con esas palabras concluye su labor.

Murri, en general, está perfectamente informado. Y ha compuesto un libro agradable, entretenido, curioso, donde revela una vez más la agudeza de su ingenio y la amplitud de su vasto sentido político.

Como he dicho más arriba, los editores Treves están preparando otro libro del insigne autor sobre España. De él hablaré en seguida. Y ojalá pueda ratificar la excelente impresión que me ha producido la lectura de otros libros del mismo celebrado autor.

La Lectura (Enero-1911)

Varios

Vita nova, di *Dante Alighieri*. Ilustrata dei quadri di D. G. Rossetti. Prima edizione prerrafaelistica, con due studi di Antonio Agresti, decorazioni e fregi del Prof. R. Carlucci, curata da Marcus de Rubris. S. T. E. N. Torino, 1911. Prezzo della edizione generale, 9 líre.

No es cosa de ponernos a ponderar a estas alturas el valor que tiene dentro del grandioso marco dantesco *Vita nova.* No puede ser ese nuestro propósito, ni a tanto llegarían, por desgracia, nuestro alcance ni nuestros recursos mentales. Más bien vamos a comentar ligeramente las ilustraciones puestas a *Vita nova* entre los años 1840 y 1850 por aquel maravilloso poeta y pintor de procedencia italiana que se llamó Dante Gabriel Rossetti, ilustraciones que ahora reproduce en una estupenda, elegantísima y primorosa edición la Societá Tipografice Editrice Nazionale de Turin.

Dante Gabriel Rossetti tradujo al inglés la *Divina Comedia* y *Vita Nova* del florentino; luego ilustró la obra dantesca de tan peregrino modo, que no concebimos la luminosa sonrisa de Beatriz, el encuentro del poeta con su amada junto al Ponte Vecchio, la "donna della finestra", sino a través del maravilloso pintor prerrafaelista, oro, luz, blancura. No cabe más sencillez en la técnica de Rossetti, ni mayor gracia, ni mayor donaire, ni más recio espíritu. Una mujer, pintada por Rossetti, será siempre la mujer italiana por excelencia, y, mejor todavía, la mujer soñada. Aquellos labios plegados para recibir besos; aquellos ojos serenos e inquietadores a la vez; aquellos cabellos ondulantes y abundosos de Beatriz no pueden evocar mejor los sonetos y las canciones de *Vita Nova.* Ahora, la Societá Tipografice Editríce Nazionale ha tenido la audacia de publicar una edición perfecta de *Vita Nova.* No cabe mayor riqueza ni mayor lujo. Las decoraciones y frisos del dibujante Sr. Caducci, los maravillosos estudios críticos del Sr. Agresti sobre el prerrafaelismo y la formación del espíritu de Rossetti, lejos del sol y de las flores, allá entre las brumas londinenses; el exquisito primor de Marcus de Rubris cuidando la edición peregrina, merecen toda clase de elogios. Italia, con este libro, ha demostrado que su adelanto tipográfico puede codearse con el de Inglaterra y Alemania, que tienen la noción del libro bello, útil y perfecto.

Distruzione, poema futurista, col processo e l'assoluzione di Mafarka il futurista, di *F. T. Marinetti.* Edizioni di Poesia. Milano, 1911.

– ¿Y qué es esto? –preguntará el lector– ¿Quién es ese Marinetti que tanto ruido produce en Milán con su futurismo, sus manifiestos, su proceso, sus banquetes, su escuela política y literaria y su revista internacional de *Poesía?*

Pues el futurismo es una cosa regocijada porque sus secuaces lo toman completamente en serio. Los futuristas son unos pintores, unos literatos, unos músicos que, presididos por Marinetti, quieren trocar los valores artísticos y políticos de la nueva Italia. El intento sería ciertamente saludable si los futuristas trabajaran seriamente en la pintura, en la literatura o en la música. Pero no es así. Cultivan la originalidad para caer en la más estupenda extravagancia. Cultivan el insulto para ocultar su debilidad mental. Cultivan la liviandad, y en su anhelo de no tropezar con Bocaccio o con Aretino, caen en la pornografía de los Trigo, de los Insúa, de los Belda.

Recientemente, Marinetti, un hombre muy rico que edita primorosamente sus libros, ha sido condenado a dos meses de prisión por la Corte de Justicia de Milán. La prensa francesa, muy devota de Marinetti, ha puesto el grito en el cielo. Pero Luzzatti ha emprendido una enérgica campaña de higiene moral contra la pornografía. Y Marinetti que en *Mafarka il futurista* ha hecho un poema de mal gusto, cochino, lujurioso, ha sido condenado y bien condenado.

¿Cuándo comenzará aquí una labor análoga con toda esa literatura decadente que está bestializando a nuestra juventud?

–¿Porque hablo aquí de *Mafarka il futurista* y del proceso?– Porque el Sr. Marinetti, que ama la *réclamme* de un modo loco, como su compatriota D'Annunzio, nos infecta continuamente a los que tenemos el humor de escribir sobre literatura italiana, de prospectos y de anuncios, apremiándonos para que escribamos nuestro parecer sobre el caso en las revistas de nuestra devoción. He leído, a saltos el poema pero he tropezado con lo que buscaba, porque todo aquello está inundado de una pornografía barata y plebeya.

Luego, he leído con atención el interrogatorio de Marinetti ante los jueces y el informe pericial del novelista Sr. Capuana, y mi opinión es clara. Apruebo la campaña del Sr. Presidente del Consejo de Ministros de Italia Sr. Luzzatti y lamento que Marinetti no haya sido condenado con más severidad. Medida que yo extendería por estas tierras madrileñas, quemando esos libracos de kiosko y de mancebías, mandando, en cuerda, a la Cárcel Modelo, a los productores, fabricantes, mixtificadores y propagandistas de la mercancía.

Ya ve el Sr. Marinetti que no me muerdo la lengua. Los pintores, poetas y músicos que le siguen están haciendo un daño enorme a Italia, con su *dilettantismo* anarquista de buen tono. Marinetti es muy rico. Vive en una atmósfera de adulación y de mentira que él mismo paga, creyendo que detrás de él hay una opinión. ¿Que las gentes le aplaudieron en las sesiones ante el Tribunal al concluir sus pintorescas divagaciones? ¿Que *Le Fígaro* y una buena parte de la Prensa francesa ha lamentado con los tonos más llorones del repertorio ese duelo entre la toga severa y la pluma inquieta? ¡Bueno! A mí me parece de perlas la condena y de discutible sinceridad la defensa de *Le Fígaro.*

Distruzione, el nuevo poema marinettiano, es un comentario cómico-lírico al programa futurista. ¿No recordáis el famoso manifiesto, lectores? «Prediquemos la literatura del insulto, de la agresividad, del puñetazo». «Propaguemos el odio a la mujer». «Libremos a Italia de esa gangrena de profesores, *cicerón,* arqueólogos y eruditos... » «Desviemos el curso de los ríos para que inunde los Museos y se pudran las telas gloriosas». «Sobre lo alto de las cumbres lancemos una vez más el reto a las estrellas». Esto, dicho en broma, para pasar el rato, sería tan pintoresco como aquel mitin socialista que nos describe López Silva. Dicho así, con énfasis, en literatura amanerada y pulidita, no se puede tomar en serio.

Como no se puede tomar tampoco el poema *Distruzione.* Todo aquello es febril, desatado, sibilítico, futurista. A mí me regocija acaso porque no acierto a descifrar los galimatías de estos buenos mozos de Milán, que van a morir de un ataque de *pose* el día menos pensado.

La Lectura (Enero-1911)

Fogazzaro y la prensa italiana.

Naturalmente, toda la Prensa italiana ha dedicado largo espacio a comentar la figura de Fogazzaro con motivo de su fallecimiento. LA LECTURA reproduce a continuación tales juicios, tomándolos de periódicos, de revistas, de publicaciones de muy distintas tendencias intelectuales, políticas, religiosas, etc.

Rafael Barbiera escribe en *L'Illustrazione Italiana: "*Se extinguió para siempre una luz pura. Quiero encerrar en estas páginas el homenaje universal consagrado a Fogazzaro, el audaz templario del pensamiento religioso y artístico. Nobilísima figura de espiritualista magnánimo, surgido en medio de la corriente del positivismo, cruzado de una isla de fe y de belleza ideales, guerrero incansable de sus principios de roca viva, burlador agudo de las humanas miserias; manzoniano en este respecto, más manzoniano que otros muchos si se exceptúa Nievo; estudioso intérprete del corazón de la mujer contemporánea, quedará en las letras de Italia como uno de los más devotos idólatras de la belleza, velada por el dolor y en el holocausto transfigurada. Antonio Fogazzaro murió después de haber reñido su última batalla. Con *Leila,* que Fogazzaro, adivinándolo llamaba su última novela, cerraba el torneo caballeresco de su vida de pensador y de artista. Combatió por Dios y por la dama como los antiguos caballeros de los tiempos pretéritos. ¿Acaso no fueron Dios y la dama los dos grandes resortes de su temperamento artístico? ¿No son estos los dos ideales de su noble vida?

Con los derechos del corazón que cree, que espera, no tenía humildad este cristiano, que era un creyente sincero, que elevaba la vista al cielo como tantos otros grandes espíritus que conoció la tierra: San Agustín, Pascal, Manzoni.

El arte en sus manos era como la espada flamígera del ángel. Se elevaba en las regiones de la fe con ardor; excitaba, gallardamente, a las fuertes alegrías de la elevación de los espíritus.

Acaso su querella con la Iglesia fue la herida más terrible de su corazón y acaso una de las causas determinantes que lo llevaron al sepulcro. Fogazzaro, que diariamente se arrodillaba ante el Crucificado, rogando por los sin ventura, sentía el deseo de ver a la Iglesia, a su Iglesia católica, repudiar un sistema que, ya en el tiempo de Galileo, le había conducido a la bancarrota, el de negar y perseguir la verdad científica. Mal trató el Vaticano a su hijo cariñoso. Más que como a una oveja descarriada, señalose a Fogazzaro como a una oveja pervertida, y fue menospreciado en los rincones de las sacristías, en las pláticas, de los clérigos, hiriéndole en el pecho con una condena. El dolor de Fogazzaro fue cruelísimo; pero con él no disminuyó la fe."

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

"La obra maestra de Fogazzaro es la novela *Piccolo mondo antico.* ¡Qué fidelidad de historiador, qué justeza de trazos hay en el dibujo de aquel ambiente, de aquellos caracteres! El escenario se refleja limpiamente en aquellas páginas, como en bruñido espejo. Se vive en aquel ambiente entre personas de distinta catadura, y tal impresión de realismo dan, que confundimos nuestros discursos con los de aquellos héroes. Sabido es que Fogazzaro tomó de modelo para *Píccolo mondo antico* la realidad: que parajes, tipos, sucesos de la cantera de la realidad surgieron, sabiendo todo lo cual aumenta el interés que se agranda hasta la última página. Magistral la técnica del novelista. La obra de arte es perfecta. Bastaría solamente este libro para colocar al autor entre los grandes maestros del realismo contemporáneo.

Piccolo mondo moderno, que siguió a la novela anterior, es una mediocre novela. Contiene, sin embargo, soberbias descripciones de montañas, como solamente puede hacerlas el poeta de *Valsolda,* el poeta que en el misterio hace vibrar profundamente el espíritu del lector. También en *El Santo,* obra de batalla, y en *Leila,* eco velado de *El Santo,* el poeta de la naturaleza nos hace soñar con él. Horacio, que Fogazzaro conocía en gran parte de memoria, es el poeta de las aguas plateadas y corrientes. Fogazzaro, en cambio, es el poeta de los manantiales que gimen y de los ríos que murmuran sordamente. En las aguas, Fogazzaro topa con los espíritus; ciertamente, oye, en sus corrientes, la voz amiga de las tristezas."

Renato Simoni escribe en el *Corriere della Sera,* de Milán, un larguísimo articulo intitulado *La obra y el espíritu de Antonio Fogazzaro.* Del ilustre crítico extractamos los siguientes juicios, de indudable exactitud y de una gran agudeza: "En *Malombra* se inicia el mundo amoroso de Fogazzaro. En Marina aparece ya el tipo de la mujer fogazzariana. Marina nos vaticina a Jeanne y en cierto modo a Leila. La mujer es, en la visión del artista, no solamente un misterio para los demás, sino un misterio para él mismo. Es un ser fuertemente instintivo, orgulloso, febril, apasionado, en el cual, la abnegación brota, no de una voluntad austera y consciente, sino de una especie de borrachera de la mortificación. Después de *Miranda,* la mujer en Fogazzaro deja de aparecer como un ser débil; aparece, más bien, como una recóndita y no domeñada fuerza de prepotencia. El hombre se somete a ella después de ásperas luchas.

La mujer, en Fogazzaro, tiene una religiosidad fácil, blanda, casi diría sensual; tiene el signo de estirpe en una gracia profunda de la persona y del espíritu. A las veces, obscura como la fatalidad, encerrará su espíritu dentro de sus palabras como las tanagras encubren en los velos la áurea flor de la elegancia.

Los hombres –hablo desde el punto de vista del amor– no tienen una representación tan hermosa en la obra de Fogazzaro, tal vez porque no representan el instinto, sino un principio moral. Ellos, a su pesar acaso, representan la concepción católica del amor. En el fondo tienen miedo de amar y ser amados; generalmente se les aparece el amor como en oposición con su deber y con su deseo de libertad en Dios. Sus pasiones tienen siempre el gusto amargo de cosa prohibida, contrastando con las leyes existentes. La mujer es para los hombres de Fogazzaro la enemiga adorada; necesitan amarla con dolor. Si el dolor no existe, si no surge de la vida, necesitan creárselo y castigarse con él a guisa de cilicio. En su espíritu falta casi siempre la gracia; peca de aridez y de sequedad. Y cuando el artista pinta estados particulares de la pasión –la dilatación

del espíritu, la fulguración de una palabra dentro de una vida, el tumulto de cosas confusas que poco a poco se van esclareciendo, hasta que una nota predominante canta en luz y en sonoridad– llega a maravillosas alturas.

Antonio Fogazzaro ha sido, seguramente, el más grande de los escritores de amor de nuestra raza y de nuestros tiempos. Sobre todo, sabe expresar el amor que calla, que se nutre de sí mismo; el amor que es el delirante secreto de nuestro espíritu. Esta suerte de amor la encontramos en todos los libros posteriores de Fogazzaro. La encontramos en *Daniel Cortis,* que se publica en seguida, después de *Malombra,* y donde está acaso el germen de *El Santo* y de *Lelia;* la encontramos en el *Misterio del poeta,* teñido del color de la muerte; en *Piccolo mondo moderno,* y antes, pero más incompletamente, en *Piccolo mondo antico.*

En *Piccolo mondo antico* no hay sólo conflicto de amor; lo hay también de ideas. Mas este conflicto se trueca también en amor. Franco y Luisa luchan por esa independencia moral que no se consiente en el amor. Tienden a triunfar el uno sobre el otro; les separa el martirio de no subyugarse mutuamente, de no saber renunciar ninguno de los dos a lo que Fogazzaro llama después el propio sentido interno. La lucha se resuelve en una dulce reconciliación como en *Leila.* Pasa la muerte. El dolor, que en los personajes de Fogazzaro es una especie de obsesión, se convierte en causa de solidaridad. Las lágrimas concluyen y cierran los disentimientos.

Pero el disentimiento, la contradicción, son fundamentales en la obra de Fogazzaro; renace en el hijo de aquel amor nuevo, vigilado por la pequeña muerta; renace en Pedro Maironi que llegará a convertirse en *El Santo.* Es más que nunca substancial: depende más que nunca de la constitución psicológica del hombre y de la mujer."

"Entre el *Misterio del poeta* y el *Piccolo mondo antico* –escribe el Sr. Simoni al estudiar un tema tan interesante como la "evolución y la fe" en Fogazzaro– un gran suceso turba la vida de éste. Sus estudios lo llevan a una concepción espiritualista de la evolución. Todo lo que se ha desarrollado desde las formas inferiores, pasando por evoluciones sucesivas, ha sido creado en potencia por Dios. "Como el añadir una cifra a una cantidad infinitesimal basta para transformar una tracción en la unidad, para determinar una acción química, generadora de substancias nuevas, así Dios creó de pronto el alma humana, intelectiva e inmortal, distinta esencialmente de las almas que la precedieron."

Vemos una interpretación moral y simbólica de esta poética visión de los orígenes de la vida en *Piccolo mondo moderno* y en *El Santo.* Pedro Maironi es un espíritu esencialmente distinto de todos los que le preceden en la obra fogazzariana. Este espíritu cierra el ciclo de la evolución, asciende de los hombres a Dios bajo la humilde vestidura del Santo. Esta concepción religiosa de la ciencia condujo a Fogazzaro al modernismo poco después. *El Santo,* nacido en este momento psicológico, fue condenado por el Vaticano. Fogazzaro escribió la nueva novela *Leila,* donde defiende *El Santo* con estas palabras: "Este hombre ha hablado mucho de religión, de fe, de obras. No como dogmatizante de cátedra, no como poeta, ha podido errar al hablar mucho, ha podido expresar proposiciones y conceptos que hayan merecido con razón la repulsa de la autoridad eclesiástica. No se propuso agitar cuestiones teológicas con su propaganda. Hizo un llamamiento de toda clase de creyentes al espíritu del Evangelio."

Estas palabras son, verdaderamente, el testamento religioso de Antonio Fogazzaro.

Leila constituyó su última alegría. Estaba en germen en su espíritu desde hacía bastante tiempo. La protagonista vivía de antiguo en su corazón. Hallamos huella de *Leila* en estos versos de Fogazzaro:

> Quando m'é il mondo piú a sdegno e m'é piú lantano Iddie
> quando di se piú dispera amaro il genio mio,
> m'affiso allor nell arcano tuo riso celeste, oh Morta![331]
> . . . . . .
> . . . . . .
> . . . . . .

Leila no es solamente un canto de amor, es también un canto de muerte. *Quando corpus morietur* es la voz severa que surge de aquellas páginas; *Quando corpus morietur* es el himno solemne que acompañó la última obra del artista. ¿Era tal vez la preparación lenta y severa para el paso postrero? Nadie puede adivinar los graves y suaves pensamientos que se mecían en

[331] "Cuando el mundo está más indignado conmigo y los dioses más lejos de mí / Cuando mi genio se desespera más amargo que él mismo, / Entonces me entrego a tu secreta risa celestial, oh Morta,"

aquel espíritu tan profundamente religioso. Ayer, por la mañana, en un momento de lucidez, comprendiendo que la muerte le acechaba, quiso besar a sus hijas. Después preguntó la hora al Doctor. ¿Cuál era el sentido de su pregunta? ¿Quería conocer el nombre mortal de la hora que le parecía inminente? ¿Quería escuchar la voz del tiempo antes de que el tiempo muriese para él? ¿Pasó, sobre él, el viento de un espíritu, la voz dulce, profunda, sobrehumana que susurra: "Tú para quien la vida es grave, tú sufres, ven a mí"?

¡Feliz Fogazzaro! Muere con la fe que sus padres le legaron, dejando a la historia patria obras maestras.

Antonio Fogazzaro, como la dama blanca del *villino* de las rosas realizada su benéfica visión, según la fe de los padres y el espíritu del Evangelio, recibe ahora la primera luz de su alba mística. Y me parece que en la pequeña estancia mortuoria, blanca como él, silenciosa como él, velan su sueño dos sombras, dos sombras de hijos, de la carne uno, del espíritu otro, muertos también. El primero es Mariano, el jovenzuelo muerto a los veinte años. Otra sombra es tenue, pequeña, veladísima, la desdeñosa Rubretta del *Piccolo mondo antico.*"

En el *Giornale d'Italia* escribe Domenico Oliva: "Fogazzaro derivaba de Manzoni y de Rosmini, de aquel *par amicorum* que sintetiza buena parte de nuestra fuerza creadora en el mundo del pensamiento y del arte. Ambos fueron sus maestros. Sin los *Promessi Sposi* no existirían los libros de Fogazzro. El humorismo de Manzoni, su inimitable resurrección de los poderosos y de los humildes, su incomparable amabilidad, su genial buen sentido, continúa en los libros del novelista que hoy lloramos. La visión de Fogazzaro es lúcida como la de Manzoni; idéntica es la fe que mueve a ambos. La férrea disciplina de Rosmini dejó un surco profundo en la mente de Fogazzaro. Acaso la obra de Rosmini sea la más vasta y libre que haya salido de mente cristiana después de la de San Agustín. No fue con todo Fogazzaro discípulo ni imitador de Rosmini; más bien puede llamársele innovador, aun en su audacia de querer afrontar los mayores problemas de nuestros tiempos. Fogazzaro fue un espíritu moderno. Cristiano y católico, defendió la teoría de la evolución, queriendo conciliar la Fe con la Ciencia, como ya había vaticinado Herbert Spencer. Pero quería explicar la evolución con otros procedimientos distintos a los del filósofo inglés. Spencer hablaba a un pueblo protestante y Fogazzaro a un pueblo católico. El autor italiano tuvo, por ende, que apoyarse en la autoridad dogmática; utilizó textos de San Agustín en apoyo de su tesis. Para Fogazzaro, el autor de las *Confesiones* y del libro *De Civitate Dei* era un precursor de Darwin, que había formulado, antes que este, el principio de la transformación de las especies. Fogazzaro citaba y contrastaba textos, perdía la serenidad, desarrollaba su filosofía poética, que conducía al idealismo transcendental con los postulados de la experiencia científica, de la observación positiva. Creyó en un positivismo que en sus manos se traducía en idealismo; creyó que el movimiento filosófico de la segunda mitad del siglo pasado podía ennoblecerse con un renacimiento espiritual y con el triunfo de la fe cristiana, depurada de prejuicios, de supersticiones y de la ciega obstinación intransigente, intacta en sus líneas maestras, enriquecida con las conquistas incesantes, en el campo de la Ciencia."

Eugenio Checchi, también en el G*iornale d'Italia,* cierra de este modo su juicio sobre Fogazazro: "No me corresponde a mí, seguramente, la honra de estudiar sintéticamente la obra de un escritor que tantos puntos de contacto tiene con Alejandro Manzoni, de quien supo imitar agudamente el humorismo encantador. Nadie fue más admirado y discutido que Antonio Fogazzaro durante los últimos veinte años. *Malombra, Daniele Cortis, Il misterio del Poeta* habían conquistado una fama envidiable a su autor cuando apareció el *Piccolo mondo antico.* Febrilmente leído, difundido con rapidez en copiosas ediciones, fue juzgado universalmente como una obra maestra. Fue como una voz de alerta que conmovió las mentes ocupadas en leer libros de entretenimiento donde no surgía el ideal por parte alguna. Las traducciones a diversas lenguas extranjeras hicieron popularísimo el nombre del autor, que fue colocado en primera fila al lado de los más ilustres novelistas contemporáneos."

L'Observatore Romano, diario oficioso del Vaticano, dedica muy pocas líneas a la muerte de Fogazzaro. Reproducimos íntegramente las líneas que dedica a la muerte del gran escritor el órgano de la Curia romana: "Cuando el corazón de los deudos y amigos se abría a la serena esperanza y la curación del grave mal parecía segura, la muerte ha truncado, con un golpe inesperado y terrible, la vida de Antonio Fogazzaro.

Mientras el misterio de la Gracia y de la Justicia Divina juzgan ahora el valor de Fogazzaro, nosotros inclinamos la frente ante la majestad de la muerte. Pensando en el muerto, recordamos su ingenio alto y peregrino que se manifestó en su abundante obra literaria. Siete volúmenes de novelas, tres de Cuentos, tres de pensamientos, componen la obra de Antonio Fogazzaro, sobre la cual se ha fallado contradictoriamente y que no está limpia de errores graves y condenados.

No es este el momento de un examen crítico de su labor. Dejemos que el escritor entre en la paz cristiana del sepulcro, y que alrededor de su nombre y de su obra se haga un silencio que permita la serenidad y la severidad tranquilas del juicio y de la crítica. Entre las lamentaciones de duelo y las lágrimas de los suyos, entre el dolor de los amigos y de los admiradores, había de disonar toda palabra que no fuera de sincero e incondicional elogio. Aunque nosotros no podamos escribirlo, saludamos reverentes la figura del escritor que desaparece de entre los vivos, y pedimos para él, con aquella fe que él invocó en el momento final, el descanso eterno en la luz del Señor.

El espíritu habrá repetido, seguramente, en la hora del tránsito, siguiendo la plegaria propiciatoria del sacerdote la palabra suave y confiada de abandono en el seno de Dios, escrita algún día en el verso:

Parla, Signore, che il tuo servo e qui.[332]"

Adolfo Albertazzi escribe en *Il Morzocco* de Florencia: "Acaso Fogazzaro se retrata a sí mismo en Conrado Silla, el protagonista de su primera novela. "Ingenio místico de tendencias, apto para ciertas impresiones fugaces; tenía ideas poco definidas, poco prácticas. Ardiente espiritualista, trataba de arañar en las cosas el origen y el fin; obedecía a conceptos filosóficos."

El concepto filosófico de Fogazzaro exhortaba al hombre a elevarse hacia la luz infinita con la ciencia y con la fe; pero entonces, cerca de sus cuarenta años, Fogazzaro escribía *Malomnbra,* donde, junto al fervor místico, se agitaban sombras y dudas mentales, producto del ambiente, cuando el materialismo invadía la ciencia. Fue el novelista del espíritu, entre Vega, el observador sobrio y preciso de la realidad humilde, y D'Annuncio, narrador lírico y artista de bellezas refinadas

Convirtió la novela, que en Italia se concebía como la concibió Manzoni, en poema moral. Para ello se valió del argumento supremo, del amor. Para Fogazzaro el amor nos transportaba desde la realidad a las regiones metafísicas. Era pasión que eleva, efecto y prueba donde gravitamos hacia la forma superior que el hombre lleva dentro de si y que se desenvolvía por sí sola.

En el amor de los héroes de Fogazzaro hay siempre resistencia a la sensualidad; la lucha entre el deber y la tentación de la culpa con la victoria de aquél sobre esta; la intención y la voluptuosidad del sacrificio. De esto derivan la simpatía y la antipatía con que el público acogía o rechazaba los libros del novelista muerto.

No puede atribuirse su popularidad, como han hecho algunos, a "la mezcla de religión y de sensualidad", grata a ciertas clases sociales. Tampoco pueden tacharse como falsos a sus personajes porque ofendan el sentido y la orientación corriente de la vida. En la realidad el sacrificarse por un ideal conmueve siempre a todos, aunque el ideal no case con nuestro temperamento."

G. S. Cargamo, también en *Il Marzocco,* escribe a propósito del *Pensamiento religioso* y *filosófico de Fogazzaro:* "El que estudia de buena fe el desarrollo de las ideas religiosas en Antonio Fogazzaro, aún queriendo ignorar la herencia moral y psíquica que legaran al poeta sus ascendientes, comprenderá muy pronto que Fogazzaro no penetró en el campo de los problemas de la religión por obedecer al capricho de su espíritu y a la corriente de los tiempos. Hay que reconocer en Fogazzaro el mérito de sondear y contemplar lo divino, manifestado por una necesidad interior de su espíritu, cuando la lucha religiosa no había asumido entre nosotros el carácter de popular, ni se había asilado en un gran número de conciencias laicas, ni se había arrastrado tan por los suelos como en estos tiempos de Pío X. Antonio Fogazzaro sintió en lo

[332] "Di, Señor, que tu siervo está aquí."

más hondo de su espíritu el problema de la ciencia y el problema de Dios, y a ellos dedicó su actividad, no tan sólo en sus novelas, sino en sus discursos y ensayos apologéticos. Fogazzaro creyó posible un acuerdo entre el *Origen de las Especies* de Darwin y el *Génesis,* entre la fe y la evolución. Dijo algunas veces que, en su espíritu de poeta, presentía ese acuerdo.

Las palabras de San Agustín sobre el *Génesis* parecieron a Fogazzaro las más confortantes para los que piensan que el triunfo del evolucionismo significa necesariamente el fracaso de una fe que se funda a secas en la narración bíblica de la creación del mundo. San Agustín es el primer evolucionista cristiano. San Agustín, como los evolucionistas, escribe Fogazzaro, no cree, pues, "en creaciones sucesivas de actos inmediatos y directos", y "admitiendo luego la derivación sucesiva de todos los organismos de una materia prima, admite sobre el origen de las especies una teoría fundada en la evolución natural".

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Fogazzaro no comprendió –continúa el articulista– que el darwinismo no podía casar con la Iglesia contemporánea. Cuando Darwin explicó el origen del alma humana, debió también explicar por qué razón el alma humana puede ser gobernada por una iglesia humana. Esta verdad tan natural no pareció nunca clara a Antonio Fogazzaro. El novelista probo y dulce que hemos perdido sufrió en su vida y en sus campañas religiosas la influencia del darwinismo. Fogazzaro fue modernista, aunque rechazase el nombre como indigno de él y de su religión.

¿Qué es el modernismo más que una concepción darwinista de la tradición bíblica y de la Iglesia católica? Fogazzaro fue modernista –moderno se llamó él siempre– por el solo hecho de haber abrazado el darwinismo que estaba para él de acuerdo con San Agustín y Santo Tomás.

No es el caso de recontar aquí las páginas de *El Santo* y las últimas peripecias religiosas del autor. Son bien conocidas y de ellas se habló a su tiempo.

Explicando las ideas de Selva, en su discurso famoso, dijo Fogazzaro que los hombres de su idealidad religiosa, de su fe católica, tenían el deber de someterse a la Iglesia católica, a la jurisdicción eclesiástica, a costa de todos los sacrificios.

Dejando aparte la defensa que de la Iglesia oficial y militante hacía Fogazzaro, según las indicaciones del Pontífice, admitía que cabía también una adhesión puramente formal, descartando el corazón, que debía elevarse a esferas más altas que la Iglesia misma.

De este modo Fogazzaro tenía una concepción puramente darwiniana del catolicismo jerárquico.

Si la cuestión religiosa fuera puramente sentimental, Antonio Fogazzaro nos habría dejado un sendero que nos llevase a Dios; como el juicio y la razón humana tiene que acompañar en tan grave problema al sentimiento, el novelista que murió ayer nos mostró las amarguras de un espíritu que no quiere separarse de su fe y que tampoco quiere amodorrarse en un letargo."

Pío Schinetei diserta en *Il Secolo* sobre *El ideal y la obra literaria de Antonio Fogazzaro.* No se diferencia mucho su juicio del que consigna más arriba Renato Simoni. Concluye así el crítico literario: "No tenía la culpa Fogazzaro de que el arte y la vida quisieran manifestarse de otro modo distinto al que querían los educadores católicos. No era culpa suya tampoco que del ateísmo surgiesen, a las veces, ráfagas de moralidad, destinadas a triunfar de los exclusivismos rígidos de las confesiones viejas. Al término de su jornada no tuvo por qué arrepentirse de su obra, más que de gloria, de amor. Si alguno de sus rasgos desagradó a los inquisidores romanos, no se puede negar a Fogazzaro el mérito de haber imbuido el ideal religioso en las sociedades laicas, de haber propagado una corriente radical: la afirmación del catolicismo mundano."

Nemi escribe en su habitual sección de *Nuova Antologia:* "Antonio Fogazzaro ha muerto en una pobre estancia de un hospital. Si tuvo tiempo de pensar en su destino, debió alegrarse de encontrarse lejos de los suyos y cerca de la humanidad doliente. Otro gran creyente, Tolstoi, fue también sorprendido por la muerte en una estación de ferrocarril.

Las nuevas generaciones sentirán cuán fuertemente palpitaba el alma de Italia en los libros de Fogazzaro. Este escritor que no sabía describir más que a sus seres queridos, que nos ha puesto ante los ojos los retratos de los suyos, que ha sabido pintar con exactitud encantadora los valles, el lago, la casa que él habitó, se ha ganado lectores en el mundo entero, porque a

través de las apariencias exteriores trató siempre de buscar lo que hay de profundo y eterno en la humanidad."

Y no se nos ocurre extractar otras opiniones. Las consignadas son, desde luego, las más interesantes. La Prensa francesa se ha limitado a recoger las opiniones de los escritores italianos. La española... la española ha acudido, como de costumbre, a los consabidos diccionarios biográficos, incurriendo hasta en erratas materiales imperdonables. Los periódicos nuestros afrancesaban el nombre de la ciudad donde nació y murió Fogazzaro, llamando Vicence a la clara, risueña y blanca Vicenza: la ciudad véneta que contempla el telón azul de los Alpes, entre palacios de mármol y jardinicos, a los pies de la flamante iglesia de la Madonna Dórica, allí donde libraran su combate sangriento los austriacos e italianos. Un monumento común canta la gloria de los vencidos y de los vencedores; la idea del monumento ¿fue de Fogazzaro?

¡Descanse en paz el novelista dulce, el evocador de la Valsolda, el hombre bueno, que atrincherado en posiciones nuevas, sufrió el embate de las viejas, muriendo de angustia después de un golpe certero!

La Lectura (Enero-1911)

Italianas

Nuova Antologia. (1º Diciembre 1910).

Las ideas de Tolstoi sobre la historia, por Guillermo Perrero.

En la obra capital de Tolstoi, *La Guerra y* la Paz se interrumpe de vez en cuando el largo y pesado relato novelesco para disertar sobre cosas de Historia. El lector, al final de la novela, penetra en el laberinto de una abstrusa discusión sobre las causas y las leyes de los acontecimientos históricos, sobre la libertad y el libre arbitrio. En cuyo laberinto, el escritor, después de habernos llevado por los campos de batalla, palacios de ricos señores y aventuras de amor; deja al lector; separándole de la luz, en las nieblas de la metafísica.

También Tolstoi ha hecho filosofía de la historia. Y en su filosofía de la historia abundan los pensamientos agudos y profundos, en los que debe meditar el historiador que esté nutrido de una vasta cultura filosófica y de un conocimiento adecuado de la vida y de los hombres. "La inteligencia humana –escribe Tolstoi– no es capaz de comprender el movimiento continuo de modo absoluto. No comprende las leyes de un movimiento sino cuando lo descompone en un cierto número de unidades. De donde procede la necesidad de descomponer arbitrariamente y de examinar por partículas lo que es indiscutible... Las matemáticas resuelven hoy problemas que en algún tiempo parecían insolubles, porque llevan a la esfera del movimiento la continuidad absoluta, que es la condición principal del movimiento y corrigen los errores a los que se acoge la mente humana, cuando, para su comodidad, descompone el movimiento en unidades, en lugar de estudiarlo en su continuidad."

"Así sucede también –continúa Tolstoi– con las leyes del movimiento histórico. El movimiento de la humanidad, efecto de un número incalculable de voluntades humanas, es continuo, pero el espíritu humano tiende a descomponerlo, como el movimiento físico, en unidades arbitrarias por la misma razón. Sólo tomando como sujeto de estudio la unidad infinitamente pequeña, podemos comprender la Historia."

La forma es obscura y podría ser tachada de inexacta por el matemático. El pensamiento, a primera vista, es obscuro y difícil. Así es, en efecto; pero luego esta verdad que parece tan difícil y profunda por el esfuerzo que se emplea para comprenderla y hacerla comprender, es de una ingenuidad absoluta. Un hombre tiene en la mano un martillo y con él trata de meter clavos en una pared; parece que el hombre es dueño del instrumento porque puede alzarlo y bajarlo como le dé la gana, arrojarlo lejos de él, servirse o no servirse del mismo… Pero el uso que el hombre hace del martillo depende de la estructura de este instrumento, porque si con un martillo puede clavar, no puede utilizarlo, en cambio, para esculpir madera, para tornearla, para hacer música. Si, pues, el hombre es dueño del instrumento, el instrumento es, a la vez, dueño del hombre que lo utiliza, ya que lo construye, si quiere servirse moralmente de él, a realizar ciertos movimientos, y únicamente ciertos movimientos.

Lo mismo sucede en los grandes acontecimientos humanos de que se ocupa la Historia. Ciertos hombres, en tal época, parecen utilizar los instrumentos del poder y hacer de ellos el uso que tienen por conveniente, de modo que muchos se imaginan que tales acontecimientos dependen de la voluntad de esos hombres. Pero los poderosos de la tierra son, a su vez, dominados de los instrumentos de que se sirven, porque no pueden manejarlos sino en ciertos casos y en circunstancias determinadas. Los hombres que forman las numerosas instituciones de un Estado, los que se agrupan en distintos partidos, tienen aspiraciones, pasiones, deseos de diferente laya y en continuo movimiento. Y no es posible comprender los hombres que gobiernan la política de un Estado en el pasado y sus oscilaciones, no es posible comprender los hombres que gobiernan la política del Estado moderno y sus oscilaciones, si no se observa en un movimiento incesante, estas aspiraciones, estos deseos "infinitamente pequeños" de que habla Tolstoi y de los que dependen la acción política de los Gobiernos y de los partidos. La mayoría de los errores que se cometen al juzgar los hombres los incidentes de la política de un Estado extranjero, nace precisamente de la ignorancia de estas menudencias, del descubrimiento de su vitalidad perenne, de no tener en cuenta el estado de espíritu eternamente cambiante de los grupos de personas de que aquella política se vale. Y así sucede que muchas personas cultas esperan que llegará un día en que el Zar sea demócrata; el Papa, liberal; el Rey de Prusia, pacifista; el Sultán, amigo del Cristianismo, y gentes que afirman con perfecta seriedad que, así como Francia ha hecho una inmensa revolución política, debe limitar sus aspiraciones a construir barricadas y decapitar soberanos.

Por eso insiste con razón Tolstoi en la segunda parte del Epílogo de su larga novela en la falacia de los juicios que damos sobre las causas de los acontecimientos históricos: También aquí sus razonamientos son obscuros y desordenados, pero no le es difícil al historiador familiarizarlo con la jerga de los filósofos, traducirlo a términos breves y sencillos. Cuando queremos indagar las causas de un fenómeno histórico; generalmente no hacemos otra cosa sino escoger entre los accidentes inmediatos del fenómeno aquellos que atraen más nuestra atención por una disposición personal, por un interés, por un estudio precedente o por otro afecto cualquiera. El que quiera hacerse la ilusión de que ha indagado la causa del fenómeno, no ha hecho más que repetir la pregunta en otra forma, ampliándola y alejándola del punto primitivo.

Por ejemplo: si preguntamos a un diplomático por la causa de la guerra de 1870, dirá que habrá que ir a buscarla en la política exterior de Bismark y de Napoleón III. Un estadista, más conocedor de los fenómenos internos nacionales que de la política internacional irá a buscar la causa de la guerra en los partidos y en los Gobiernos de Francia y de Alemania que empujaban a las naciones respectivas a romper la hostilidad. Otro, que vea mejor, dirá que la causa de la guerra estribaba en la política interna y externa de ambas naciones. La explicación bastará para el político, que desea conocer, sobre todo, los efectos inmediatos de toda acción del Estado.

Para el historiador que quiera profundizar verdaderamente la razón última del hecho, aquella explicación no es sino el primer paso de un camino infinito, en el cual los problemas se escalonan como las piedras que marcan las distancias y que se pierde en la eternidad. Porque de aquella explicación nace otro nuevo asunto, sin cuyo esclarecimiento nada se explica. ¿Por qué, desde 1865 a 1870, Francia y Alemania hicieron una política que había de conducir fatalmente a la guerra? Para responder a cuya pregunta es preciso remontarse a la revolución de 1848 y estudiar las consecuencias de aquella revolución, tanto en Francia como en Alemania. Y en seguida surge otra pregunta: ¿Por qué la revolución de 1848 que nació en Francia y en Alemania engendró aquel estado de cosas que produjo la política que había de llevar a una guerra? Y para explicar el origen y las consecuencias de la revolución de 1848 hay que acudir a la reacción de la Santa Alianza, de la Santa Alianza a la Revolución Francesa, y así hasta lo infinito.

Precisamente porque la Historia es un continuo movimiento, quien desee indagar a fondo las causas de cualquier acontecimiento histórico tiene que estudiar todos sus antecedentes, inmediatos y remotos.

La filosofía de la historia, tal como Tolstoi la entendía, se encierra en una manera del fatalismo. Parece extraño en un hombre que se derramó en misticismo cristiano. Él mismo se dio cuenta de la contradicción y trató de explicarla con una larga disertación sobre el libre albedrío y el determinismo al final de *La Paz y la Guerra,* que es uno de los más bellos fragmentos que se han escrito con vistas a la filosofía. Tolstoi dice que esencialmente –me parece un raciocinio excelente– los autores del libre albedrío y del determinismo continuarán discutiendo para la eternidad, porque se parecen a los que manejan el sable en un duelo a veinte pasos de distancia.

Ni los deterministas podrán precisar el fatalismo de los actos humanos, porque sus causas, así externas como internas, son inescrutables; ni los partidarios del libre albedrío podrán demostrar que los actos que parecen libres lo son de veras o nos parecen tales porque desconocemos sus motivos verdaderos.

Por varias razones las ideas de Tolstoi sobre la historia, sobre el método histórico, sobre la misión histórica merecen un estudio amplio y detenido. No puedo hacer esta labor ahora. Estas ideas, sazonadas y maduras en un gran espíritu solitario que había estudiado la Historia en la vida y en los hombres, alumbran sobre la vulgar incultura de las burocracias intelectuales que se están deshaciendo en el occidente de Europa, como las constelaciones celestes sobre la profunda obscuridad de la noche.

La Lectura (Enero-1911)

Italianas

Nuova Antologia (1º de Febrero de 1911)

María Magdalena de Maeterlink, por Remi.

Durante muchos años Maeterlink escribió dramas simbólicos de rara intensidad espiritual, como *Pelleas* y *Melisande,* puesto en música por Debussy. Luego, con *Monna Vanna,* volvió al drama histórico, dándole una gran nobleza de pasión y un exquisito perfume de poesía. En el *Pájaro azul,* que, según se dice, se estrenará este año en el teatro *Argentina* de Roma, después de haber obtenido un éxito sensacional en América y en Inglaterra, el poeta ha tornado a su simbolismo primitivo, pero haciéndolo más accesible al gran público.

Su drama último *María Magdalena* que inicia otra etapa de la evolución maeterlinkiana, es una especie de sinfonía sobre el tema de la pasión de Cristo.

Con gran habilidad, sin rebuscadas construcciones arqueológicas, el poeta nos lleva al ambiente judaico en que se desenvuelven los primeros acentos del Evangelio. No aparece allí Cristo; únicamente, al final del acto, su voz domina la escena. María Magdalena está con Lucio Vera, tribuno militar, y Anneo Siliano, viejo filósofo romano, en la terraza del jardín de este, en Betania. Cerca del jardín está la casa de Simón el leproso, curado por cierto Nazareno. Y la pecadora habla con sus amigos del extraño predicador, cuya influencia sobre los pobres y los débiles comienza a turbar la tranquilidad pública. Se oye un rumor, primero confuso, luego claro; los romanos saben que Cristo se encuentra en el jardín de Simón. Se grita

«¡Hossanna!» y se grita «¡Maestro!» Al rumor sucede un incomparable silencio, en el que parece que los pájaros y el mismo aire toman una parte muy activa, y en este silencio, que gravita sobre los mismos que están en la terraza, surge una voz maravillosa, mórbida y fuerte, preñada de ardor, luz y amor, distante y vecina al mismo tiempo a todo corazón y presente a todo espíritu. «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos!» Los romanos escuchan con emoción y con rencor al mismo tiempo, y María de Magdala sale fuera del jardín. La muchedumbre insulta a la pecadora, quiere apedrearla. Y entonces dice la voz: «¡Quien esté sin pecado tire la primera piedra!».

El momento culminante del drama es aquel, luego del arresto de Cristo, cuando Vero ruega a María que abandone la nueva fe y que se entregue a sus caricias; en compensación dejará en libertad a Jesús. El acto final, en que María lucha contra las imposiciones de Vero, es magnífico, y según los críticos, lo mejor que ha escrito hasta ahora el poeta belga.

Mientras Vero insiste, se oye la voz. Cristo es llevado a presencia de Pilatos. María permanece silenciosa hasta el final, en que el ciego de Jericó exclama: «¡Cayó!... ¡Ha caído...!» Vero insiste todavía: «¡Magdalena, os prometo...!» Pero, María, sin mirarlo, con voz llena de paz y de fe, rehúsa: «No.» Vero sale cuando la muchedumbre aúlla por las calles: «¡Crucificadlo! ¡Crucificadlo!» María permanece inmóvil, como en éxtasis, alumbrada por la luz de las antorchas, que se alejan.

Una anécdota de Goethe.

La casa de Goethe, en Karlsbad y otras memorias es un libro, aún no publicado del médico Hlawaczek, médico de aquel balneario, muerto en 1879. Del libro habla en *Literarische Echo* el profesor R. Ludwig. El doctor Hlawaczek publicó algunos opúsculos en 1877 donde afirmaba haber tratado a Goethe en Karlsbad, y rogaba a los lectores que conociesen alguna

anécdota de la estancia de Goethe en aquel balneario que se la refirieran para estamparla en una edición definitiva de sus escritos. Aceptó la invitación una señora de cierta edad, que contó una aventura acaecida en 1820. La señora era, en aquella fecha, una adorable muchacha de diez y seis años, tan hermosa, tan llena de vida, tan simpática, que llamó la atención del poeta. «¿Qué buscáis?», preguntó el poeta. «Busco patatas bajo tierra», respondió con naturalidad la muchacha. Maravillado Goethe, la preguntó el lugar preciso donde las habría. Luego se inclinó y recogió una piedra con su martillo de minerólogo. Se rompió la piedra, partiéndose en infinidad de piedrecillas. «¿Veis estas piedras lucientes que brillan como joyas y son tan modestas?», dijo Goethe a la muchacha. Aquellas piedras de Karlsbad –aludía a los bañistas– valen mucho menos y están llenas de soberbia. Después preguntó: «¿Y dónde más habrá patatas?» «¡Oh, sí! Venga conmigo y encontraremos muchas», respondió resueltamente la muchacha. Y fueron los dos a la cumbre de una colina en busca de ellas. Durante el camino el poeta habló con mucho brío y no fue avaro de galanterías. Luego el poeta, mientras la muchacha se dedicaba a arañar la tierra, escribió:

Kind willst du glücklich sein,
Halt'stets dich tugendharft und rein;
Vermeide lüsternes Begehren;
So bleibst du stets in Ehren,
Tugend, anmut, heiterkeit
Erhalte dir zu jeder zeit:
Die Unschuld ist der jugend Zier
Mein liebes kind! das merke dir!

(Muchacha, si quieres ser feliz, sé
siempre casta y virtuosa; arroja de
tu frente todo pensamiento impuro
y serás siempre honrada; que haya
en ti siempre virtud, dulzura, serenidad;
la inocencia es el ornamento
de la juventud, recuérdalo siempre,
querida muchacha.)

Giacomo Casanova.

Durante mucho tiempo, las Memorias del célebre aventurero han sido únicamente objeto de curiosidad malsana; hoy se han convertido, no ya sólo en un documento psicológico de las costumbres del siglo XVIII, sino en fuente de noticias para los historiadores, los que han comenzado a afirmar la autenticidad y la exactitud de muchas hazañas y relatos; recuérdese el estudio de Alejandro Ancona y luego, la labor de tantos y tantos eruditos franceses, ingleses, alemanes e italianos. Un francés, el doctor Guede, ha seguido la pista del aventurero galanteador a través de toda Europa, realizando una investigación notabilísima, de la que se esperan copiosos frutos. El poeta inglés Arturo Simons ha encontrado en Dux, lugar donde murió Casanova, muchas cartas y manuscritos; un italiano, Aldo Ravá, prepara una bibliografía nutrida sobre el particular. Mientras, con el título *Casanova et son temps,* E. Maynlal reúne en un volumen, editado por el *Mercure de France,* algunos estudios sobre Casanova, que ilustran algunos episodios y figuras de las Memorias; las relaciones de Casanova con su compañero en armas y fatigas el Marqués de Saint-Germain, la historia de un hurto, del que hay huellas en las memorias de otro aventurero contemporáneo, Lorenzo da Ponte; en fin, el relato de las tretas mágicas y cabalísticas de que se aprovechaba Casanova para engañar a los incautos. Un capítulo «Casanova en casa de Voltaire» es muy interesante, desde el punto de vista literario.

¿Casanova visitó realmente a Voltaire en Ferney, a media hora de Ginebra? Así lo cree Maynial. Voltaire estaba rodeado de una verdadera corte de aduladores.

Casanova fue huésped del filósofo, a quien trató siempre fríamente, en tono zumbón y satírico de aventurero italiano. Voltaire lo soportó porque deseaba charlar con él de literatura italiana y de algunos contemporáneos italianos con quienes estaba en relación, Algaroni, Albergati, Goldoni, al que profesaba Voltaire singular admiración. Voltaire Voltaire (François-Marie Arouet), que hablaba y escribía italiano, no conocía sino fragmentariamente a nuestros grandes poetas, y Casanova agotó el tema con gran donosura. También las entrevistas de ambos versaron sobre Venecia y el Gobierno veneciano.

La historia del siglo XVIII está por espigar todavía; en ella tienen gran importancia los aventureros y poetas italianos.

El último capítulo del libro *Casanova et son temps* habla del texto de las Memorias, que nunca fue publicado íntegramente.

La Lectura (Enero-1911)

Italianas

La critica, rivista di letteratura, storia e filosofia, diretta da B. Croce.

Sobre el éxito de Carducci en España, carta a B. Croce, por Eugenio Mele.

¿Queréis que os traduzca o al menos os resuma la última parte del escrito de D. Juan Luis Stelrich, que trata de la fortuna de Carducci en España?

El primero que habló de Carducci en España fue un poeta y diplomático, D. Manuel del Palacio –1876–. En su volumen, *Letra menuda, prosa* y *versos,* insertó tres imitaciones carduccianas: *Primaveras, En pleno otoño* y *Muertos que viven.* Bajo el título de *Primaveras* agrupó tres poesías de las *Rime nuove: Maggiolata,* vertida en romance, en 22 versos octosílabos asonantados; *Primavera classica,* traducida libremente en endecasílabos, agrupados en seis cuartetas, y el *Idillio di Maggio,* vertida tan desastrosamente en tres estrofas, que sería completamente extraña a la fuente, si la última estrofa no lo revelase claramente. No son más felices las imitaciones de *Autunno romántico* y *Anacreontica romántica,* que Palacio publicó en su volumen con los títulos de *En pleno otoño* y *Muertos que viven;* ni la del soneto *Ai poeti,* de *Juvenilia* que, con el epígrafe *A muchos poetas hueros,* publicó en el libro *Melodías íntimas, sonetos, canciones y coplas* (Madrid, 1814). ¿Queréis que os dé una idea de cómo imita Palacio? Carducci habla con los pequeños románticos, exhortándoles:

Sentite in confidenza: i lepri e i ghiri
Son lepri e ghiri, e non son mai leoni:
Né Byron si rimpasta co deliri
Né Shakespeare si rifa co farfalloni,
Né si fabbrica Schiller co sospiri
Né Cristi e sagrestie fanno il Manzoni.[333]

Releamos ahora el soneto de Palacio *A muchos poetas hueros:*

Oh sandios compañeros de fatigas
Que imitando propósitos y escuelas
Las arpas reducís a castañuelas
Suponiendo elefantes las hormigas
Basta ya de romances a unas ligas
Basta de mariposas y gacelas,
Y el que padezca de dolor de muelas
Frótese los carrillos con ortigas
Dejad el verde libre a los rumiantes,
Que no se cosen púrpuras con ruedos
Ni de paja de Italia hacen Dantes,
Ni todos los chistosos son Quevedos,
Ni debe un manco darla de Cervantes
Solo porque le falten cuatro dedos

El influjo de la poesía carducciana se revela frecuentemente en las composiciones del poeta español, que muchas veces se inspira en asuntos italianos y muchas veces también traduce de nuestros poetas: Filacaia, Aleardi, Zanella, Stechetti y otros de menos importancia. «Medio poeta» llamó Leopoldo Alas a Manuel del Palacio; el epíteto, ciertamente, es más agudo que justo, porque si no es un gran poeta, es, a lo menos, fácil, fluido y armonioso. No era, acaso, el

[333] "Siéntete confiado: las liebres y los lirones / Son liebres y lirones, y nunca leones. / Byron tampoco se confunde con el delirio, / Shakespeare tampoco se refiere a las mariposas, / Tampoco Schiller se hace con suspiros, / Ni Manzoni lo hace con Cristo ni sacristías. / Después de tantos sermones, / ¡Oh, bailonianos, oh, cristianos oh, judíos! / Y tú que crees en los dioses..." Giosuè Carducci, Juvenilia, LIBRO V, "Ai Poeti".

español más apto para interpretar a Carducci, ni supo topar en las *Rime nuove* con la verdadera fisonomía del poeta, mas tuvo la intuición de fijarse en Carducci, cuando nuestros ingenios nacionales no hacían maldito caso de él.

Después de Palacio, hemos de recordar al Coronel D. Cayetano de Alvear, que en la *Ilustración Nacional* de Madrid, de 10 de Marzo de 1887, publicó la traducción de *Panteísmo.* Un año después tradujo *Primavera classica (Primavera y amor),* inserta primero en un almanaque americano de 2 de Julio de 1887, y reproducida luego en la *Apología de poetas clásicos* (1889) del Sr. Estelrich. Se enorgullecería también este militar y poeta de haber sido el primer español que había dado a conocer en su tierra los *Postuma* de Stecchetti, que tuvieron gran aceptación y que fueron luego traducidos íntegramente por D. Francisco Jurado de la Parra. Las traducciones de Alvear son de 1887: en aquel año publica *Mendiga* en la *Ilustración de España; Escrito sobre una piedra,* en *La Ilustración Ibérica; Donna vorrei morir…* en la misma revista, coleccionadas más tarde en la *Antología* de Estelrich. En 1891 traduce *Carnaval,* inserta en *Los poetas líricos castellanos,* del propio Sr. Stelrich. Luego de los ensayos de traducción de Alvear, recordaremos que D. Vicente Colorado tradujo *Por el amor de Dios, en la Ilustración artístico-teatral* –10 Octubre de 1888–*;* D. Manuel del Palacio imitó *Nel sonno mio credei di rivederla: (Dormido soñé verla)* y tradujo *Eran folte le tenebre (Todo en calma y silencio), Io non voglio saper quel che ci sia (No lo quiero saber, no me lo cuentes),* insertas en la *Antología* de Stelrich; D. Antonio Arnao tradujo *Cuando seas vieja (Quando sarai vecchia* e *leggerai)* y *Quisiera morir (Donna, vorrei morir, ma confortato),* en *Antología* la primera, en *Poetas Líricos* la segunda; don Francisco Díaz Plaza insertó en su *Antología, La lira itálica,* Barcelona, 1897, *A sus plantas lloré, merced pedía; Cuando suena la lluvia* y *suena el viento; La noche era obscurísima; ¡Muero!.. Canta la alondra...*

Entre los primeros traductores de Carducci figura D. Francisco de Abarzuza. Tradujo *In una chiesa gotica (En una iglesia gótica),* tratando de aproximarse al metro original; construyó sus estrofas con tres endecasílabos, resultantes de la unión de versos pentasílabos, bien graves, bien esdrújulos, con otro de siete silabas no siempre esdrújulo. No sorteó alguna vez las dificultades que se le amontonaban; ni acertó a transplantar a España la estrofa asclepiadea como la había construido Carducci. Os reproduciré, por curiosidad, las tres estrofas últimas; en la última, el traductor atribuye, no al ara, sino a Lidia, el radiar como mármol pario entre lauros:

¡Adiós, semítico numen! Continuo
en tus misterios la muerte reina.
Inaccesible rey del espíritu
Que al sol cierras tus templos.
En tu cruz, mártir, al hombre clavas.
De tus tristezas llenas su atmósfera,
y el cielo esplende, los campos rien,
lanzan de amor relámpagos
tus ojos, Lidia. Quisiera, Lidia,
verte en un cándido coro de vírgenes,
ceñir danzando la ara apolínea
alzándose en la tarde,
radiar cual mármol pario entre lauros
verter anémonas tu mano, gloria
tus ojos fúlgidos, tu labio armónico
un himno de Bachilide.

La versión de Abarzuza fue también publicada en la *Antología de poetas líricos, de poetas italianos* –Palma de Mallorca, 1889– de Stelrich, «libro hecho adrede –dice Emilio Teza– para subordinar la gloria de España a la de Italia». En el volumen, junto a traducciones de poetas antiguos y modernos, dispuestas cronológicamente, encontramos nueve de Carducci. De *Rime nuove,* D. Bartolomé Sureda traduce *Viñeta; D.* José de Siles, *El buey;* don Francisco Baráibar, a quien debemos una buena traducción de las tragedias y poesías líricas de Manzoni, *Coloquio con los árboles;* Stelrich, *Panteísmo* y *Santa María de los Ángeles,* versiones inéditas todas, excepto *Primavera,* de Alvear, y *El buey,* que había sido publicada en el diario de Madrid *La Época.* De los *Juvenilia,* se dio en el volumen el soneto de Manuel del Palacio *A muchos poetas hueros;* de *Odas bárbaras,* la traducción *En una iglesia gótica,* del señor Abarzuza, y *Fantasía,* traducida dos veces por D. Juan Alcover, al castellano y al mallorquín. Consentidme que reproduzca la versión castellana; las estrofas están formadas por tres endecasílabos y un heptasílabo, sin rima, pero graves:

Hablas y de tu voz al aura pura
lenta cediendo, el alma se abandona,
boga en las ondas de tu voz mecida
hacia remotas playas.
Boga en un rayo de la tarde extinta
riente en las cerúleas soledades
entre el cielo y la mar, cándidas aves
pasan y verdes islas.
Sobre las cimas del ardiente ocaso
templos de mármol pario centellean,
y tiemblan los cipreses en la orilla
de mirto perfumada.
Su olor se mezcla en las saladas brisas
al monótono canto de los nautas,
y en puerto, a la vista, un barco amaina
las purpurinas velas.
Doncellas del acrópolis descienden
en larga fila con nevados peplos,
guirnaldas llevan en la mano lauros,
alzan el brazo y cantan.
Plantada el asta, en el nativo suelo
un hombre salta de brillantes armas,
¿Vuelve acaso a las vírgenes de Lesbia
Alceo victorioso?

En 1891, en el primer volumen de la Biblioteca Literaria de Palma de Mallorca, Stelrich recogió, bajo el título de *Poetas líricos italianos*, las versiones que había publicado antes en su *Antología*, retocándolas e imprimiendo por primera vez otras nuevas. De Carducci reimprimió *Primo vere* y *Llanto antiguo*. He aquí la primera traducción

Del brazo del invierno se desprende
y tiembla al aire duro desvestida
la primavera; el sol entre sus lágrimas
límpido brilla, oh Lálage.
En su cuna de nieve ya despiertan
las florecillas, atisbando el cielo,
y en sus ojos aún trémula se mira
sombra de sueño, oh Lálage.
Soñaron esas flores, en la noche
de invierno y bajo el manto de la nieve
en auroras rociadas, en espléndido
sol, en tu rostro, oh Lálage.
En el dormido espíritu ¿qué sueñan
mis pensamientos? A tu faz hermosa
¿por qué triste sonríe entre las lágrimas
la primavera, oh Lálage

En el intervalo entre la publicación de las dos Antología de Estelrich, aparece en América la traducción de una poesía de Carducci; en *Colombia Ilustrada* del 2 de Abril de 1889. D. Roberto Narváez traduce *Clasicismo y romanticismo*. En 1891, en *La España Moderna*, de Madrid, aparece la traducción del soneto *Il bove,* debida a un insigne poeta americano, D. Miguel Antonio Caro, que, un año después, también en *La España Moderna,* traduce el soneto *Virgilio*. De 1891 es también la versión de la oda *Roma*, de D. Jaime Martí Miquel, publicada en el *Heraldo de Madrid* el 11 de septiembre, y *Llanto antiguo*, que el traductor envío al Sr. Estelrich. He aquí un fragmento:

El árbol, en que apoyo
la extraviada mano,
el rojo y dulce grano
da de bermeja flor;
y en el callado huerto
préstale aroma el aura,
y Junio lo restaura
de luz y de calor.
Mas tú, de mi existencia

hollada y oprimida
tú, de mi inútil vida,
última obscura flor
yaz en la tierra helada,
yaz en la tierra negra,
el sol ya no te alegra,
no te despierta amor.

En Septiembre de 1896 dos poetas de Alicante, D. Jacinto Avitrano y D. Adalmiro Montero, prometían en las columnas de la *Revista Contemporánea* una traducción completa de las *Odas bárbaras*; pero desde Septiembre a Octubre no publicaron más que tres odas *En la Plaza de San Petronio, Fantasía* y *Ruit hora*. Y fue bien fracasado el intento, porque traducir como traducían los poetas alicantinos, en los metros. Sin respetar la forma métrica, no era ciertamente la manera más eficaz para propagar la gloria del poeta en España. En el mismo año *España Moderna* (1º Octubre 1896) publicó una traducción de D. Luis Marco de las agilísimas estrofas *Alla rima*, que publicó luego en sonetos y poesías varias. El Sr. Marco es un excelente traductor de Cellini. Al año siguiente el profesor D. Francisco Díaz Plaza, en su libro *Lira itálica*, publicó traducciones de Carducci, Stecchetti, D'Anunzio, Marradi, Rapisardi, Cavallotti, Fogazzaro, Giacosa, Graf, Aganoor, Condesa Lara, etc. He aquí como tradujo las dos primeras estrofas de *Miramare*:

¡Oh Miramar! Hacia tus blancas torres
ensombrecidas por lluvioso cielo,
vienen, con vuelo de siniestras aves,
noches obscuras.
¡Oh Miramar! Tu asiento de granito,
turbias del hondo piélago surgiendo con
grito ronco de almas irritadas
baten las olas

A fines de 1898 un joven mejicano, D. Enrique Fernández Granados, publicó un librito, *Exóticas*, donde recogió todas sus versiones. De Carducci tradujo seis poesías: *Primavera classica, Que regna amore, Il Bove, Possa la nave mia, Ruit hora, In una chiesa gótica*. La traducción de *Los dos besos* apareció en *Vida Nueva*. D. Francisco Jurado de la Parra dio, en castellano, algunas estrofas de *La chiesa di Polenta*.

En 1899 el poeta mallorquín don Miguel Costa Llobera publica sus *Líricas*. Es admirable su *Oda a Italia,* influenciada enormemente por Carducci; en *A Horaci* emplea Costa formas métricas carduccianas. ¡Cosa singular! Nada más distinto del espíritu pagano de Carducci que el espíritu católico del Sr. Costa; pero nadie ha influido más en *Horacianes* que el poeta de *Ode barbare*.

Cuando murió Carducci nada de particular escribió la prensa española, que se vale en estos apuros de las enciclopedias y de los Diccionarios biográficos. El único artículo que ese escribió entonces –Carducci murió en Febrero de 1907– fue del Sr. Díaz Plaza, al que precedía una versión de *Miramare* del Sr. Unamuno.

Después han traducido a Carducci: Jerónimo Zanné y D. Teodoro Llorente. Sánchez Rojas ha publicado dos ensayos, en prosa, de Carducci; *La vida es sueño*, de Calderón (*España Moderna*, Agosto, 1899), y *Don Quijote* (Idem, Octubre, 1899).

La Lectura (Enero-1911)

La República portuguesa

No sé qué eufemismos emplear para escribir de nuestros queridos vecinos. Para decir de algún modo que en la revolución de Octubre[334] hubo algo de tramoya, para decirlo en un ensayo largo de revista que he compuesto, he sudado como un bendito. Tiemblo las plumas venenosas de *O Mundo*, que no toleran la menor insinuación malévola.

Yo, que no admiro a Costa, ni a su comité, ni a sus ensueños de república colonial, me veo en un aprieto grave con la pluma en alto, las blancas cuartillas delante y en suspenso el ánimo.

[334] Se trata de la sublevación republicana de 5 de octubre de 1910, en que derrocó al rey Manuel II y proclamó la república.

Pero yo he leído un libro de un diputado italiano, del señor Murri, que se llama *Lettere dal Portogallo. Dalla Monarchia alla Repubblica*[335]. Y me da pena de no comentarlo por miedo a los epítetos venenosos de nuestros vecinos. Vaya, adelante, lectores. Y crea *O Mundo* que si continúa con su costumbre de denigrar sistemáticamente a los periodistas salmantinos con su diccionario de plazuela, aquí le desdeñaremos olímpicamente en justa reciprocidad.

Pues... Murri, el honorable Murri, el agudo y despejado publicista italiano, famoso en toda Europa por sus querellas con el Vaticano a propósito del modernismo, ha escrito una apología de la República naciente.

El libro es muy curioso, está lleno de datos nuevos que no supieron o no pudieron ver los periodistas españoles que fueron a Lisboa, cuenta cómo todo aquello del 3 de Octubre estaba lindamente preparado y en el secreto las gentes. Únicamente permanecían inéditas en Agosto las hazañas de Machado dos Santos, que requieren un nuevo Camoens que las cante. Total, que había tramoya. Y lo cuenta inocentemente Murri, en sus ansias de ver la casa de Braganza por el suelo, y al Vaticano con ella.

Joao Chagas, este buen Chagas que sabe de memoria aquellos versos de

ma lionne, ma maitresse
la marquise d' Amäegui

que se jacta de ignorar en qué lugar de España se diera la batalla de Ceñirola (!!!)[336], que circula por la Praça de don Pedro la estúpida leyenda de las cajas de pasas y de la omnisciencia de Ferrer, enteró bonitamente a Murri de la gloriosa *revoluçao*. Y Murri, al poner alas épicas a su ingenioso relato, ha descubierto la trampa que le tendieran sus informadores.

El Adelanto (17-01-1911)

A.M.D.G.

Con este título ha publicado la biblioteca «Renacimiento» una novela del joven escritor Sr. Pérez de Ayala. Seguramente, originará fuertes comentarios para todos los gustos el libro del escritor asturiano. El autor escribe limpiamente, con decoro, el castellano; es ágil y fresco; sus frases saben ser plásticas y vigorosas; su estilo es de una amenidad y de una soltura encantadora. Recuerda con precisión su infancia el Sr. Pérez de Ayala, y en el recuerdo deja su estela de emoción y de poesía.

El libro es una sátira de la pedagogía de los colegios de jesuitas. Yo no sé para qué ha de ser tan exclusivista el autor; su libro debiera ser una sátira de todas las pedagogías de todos los colegios. Quien esto escribe fue también colegial en su adolescencia; no fueron jesuitas sus maestros; pero sus recuerdos se parecen a los recuerdos del Sr. Pérez de Ayala como una gota de agua a otra gota de agua. Acaso, lo que le parece peculiar al sabroso literato asturiano de los hijos de San Ignacio es común a los pedagogos todos.

Si les falta el sentido educativo a los jesuitas, ¿dónde lo hallará el autor de *A.M.D.G.?* ¿En la acera de enfrente? ¿En los institutos del Estado? ¿En los colegios dirigidos por profesionales privados?

El Sr. Pérez de Ayala se ha propuesto darnos su sensación del ambiente de los colegios dirigidos por la Compañía. Está en su derecho el literato, y nadie puede censurarle sus preferencias. Pero alardea de ecuanimidad, de serenidad de espíritu, de objetivismo; ya en ese plano, podemos discutir afectuosamente.

Ante todo, arremete contra los jesuitas. Este sólo hecho le da un público de galería, ajeno por completo a los problemas pedagógicos, que va a buscar en el nuevo libro emociones malsanas. En este país tenemos la manía del masón, del polizonte, del jesuita. Ya habló Baroja del miedo fantástico del polizonte al anarquista, del anarquista al polizonte, del jesuita al masón y del masón al jesuita. El público ingenuamente anticlerical, que conoce al jesuita desde lejos, por Sebastián Mirbeau, por el libro atribuido al P. Mir, por los retazos de la prensa de la

[335] Murri, Romolo. *Dalla monarchia alla repubblica - Lettere portoghesi.* Milano, 1910.
[336] Se refiere a la batalla de Ceriñola o Cerignola (Italia) entre franceses y españoles en 1503 con victoria de estos últimos.

izquierda, busca en Pérez de Ayala la cantidad de fantasía de que ha menester para justificar su temblor y afilar sus armas. El Sr. Pérez de Ayala les da hombres de carne y hueso, y el buen público se desconcierta. Hay hombres simpáticos y hombres que no lo son, como en todas las comunidades humanas; hombres repletos de espíritu y hombres vulgares. Pero eso no puede ser un argumento contra la Compañía, que no es mejor ni peor que cualquiera otra asociación religiosa.

La disciplina militarista, rígida –la disciplina por la disciplina– no es exclusiva de las huestes de San Ignacio. Es común a la mayoría de los colegios. Los niños son números, como los soldados en un cuartel y los asilados en un establecimiento benéfico. La disciplina del colegio, como la social, se ajusta a un patrón: como el educador no se pone en contacto con un alumno, sino con los alumnos, se persigue la iniciativa privada, el destello, el comentario, el germen de la personalidad infantil. Hay que dar la talla. El bajo sube al límite trazado a fuerza de estirones; el alto tiene que encogerse para vivir al nivel. Los niños más amados de sus maestros son, no los más inteligentes, sino los más aplicados; no los más buenos, sino los más quietos. Lo importante es no desentonar.

¿Que todo esto es un mal? Naturalmente. Pero los jesuitas no son peores ni mejores educadores que los profesores de los Institutos –que por regla general no retienen ni el apellido de sus discípulos–, que los maestros privados, que los educadores laicos. Padecemos una crisis nacional por nuestro desinterés en este linaje de problemas pedagógicos. Se desdeña al niño, que se entrega al educador para que no moleste en casa. Y del crimen somos todos responsables. ¿Por qué lanzar la primera piedra, desviando el problema de su cauce natural?

Nuevo Mundo (02-02-1911)

Garcilaso

Acaban de entregarme en *La Lectura* el tercer tomo de *Clásicos castellanos*, consagrado a Garcilaso. Y he leído el prólogo del anotador, señor Navarro Tomás, que es acaso, y sin acaso, el mejor discípulo de don Ramón Menéndez Pidal. Separado del mundo literario, del trato de las gentes de letras, desconocido en las redacciones de los periódicos, ignorado en este mundo de los Pérez Zúñiga y de los Félix Méndez, el señor Navarro Tomás escribe el castellano con tal sobriedad, elegancia, desenvoltura y justeza, que mueven el ánimo a la maravilla y al asombro.

En seis u ocho páginas escribe el señor Navarro Tomás lo que yo he leído de más enjundia y substancia sobre el deleitoso poeta que trajo a la fuerza del habla castellana, la dulzura, el encanto, la flexibilidad armoniosa y divina del decir toscano. El espíritu del Petrarca pasó al castellano con las canciones y las églogas de Garcilaso, soldado, cortesano y poeta.

"La métrica italiana –escribe el anotador– apenas importada por Boscán, halló en Garcilaso un feliz defensor; si erró su gusto en la *rima al resso*, acertó en el terceto y en la octava rima..., dio del soneto y de la estancia lírica ejemplos acabados, y de su *dulce* lira, tanto supo pulir la perfección, que el mismo señor Luis no pudo aventajarlo".

No se puede decir nada mejor de la técnica del poeta y del alcance de su innovación.

Y Garcilaso se parece al Petrarca en cierta inquietud y descontentamiento de una no realizada aspiración. De la misma suerte que el Petrarca en una aldea cerca de Avignón se desquitaba con una moza aguerrida de los sinsabores que su Laura le causara, así también Garcilaso, que no fue muy feliz con su esposa doña Elena de Zúñiga, cantaba el donaire y la lozanía de doña Isabel Freyre bajo los nombres de Elisa y de Galatea.

Garcilaso amó también la vega de mi niñez. Dulcemente la canta en sus églogas.

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,
verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Nemoroso discurría por la vega plácida, pensando en la dama de sus gentiles pensares. Los álamos que bordean las orillas del sacro río oyeron, acaso, las confidencias del poeta que lloraban querellas de amor. Este libro primoroso me recuerda el paisaje de mi pueblo que ahora,

en invierno, es de una infinita tristeza. Chirrían perezosamente las ruedas de las tenerías y molinos; esquilean las campanillas de los aguadores. El puente romano, curvo, remendado a trechos, con piedras blancas en unos ojos y pizarras verduscas en otros, completan el fondo del paisaje casto, que cantara Garcilaso.

Y este libro limpio, primoroso, ligero, me trae, con los comentos substanciosos del señor Navarro Tomás, estas añoranzas que refrescan mi espíritu, perdido en la balumba cortesana...

El Adelanto (17-02-1911)

Angelina Alcaide de Zafra

La tontería de un gato se llama la novela que ha publicado esta muchacha de veinte años, sevillana, morena, de hermosos ojos árabes y rica, con 300 pesetas diarias de renta, si hemos de creerla. Angelina –ella cuenta todo cuanto yo diga, que no tengo el honor de conocerla– ha tenido varios novios. Se distrajo con unos, quiso a otros, se enamoró solamente de uno. Y aquel amor fue al monte, al monte porque Angelina sigue soltera, esperando acaso el mozo de espíritu que sepa convertir la fútil charla de la reja en amorosa comunión de dos almas que se conocen y se aman.

El libro de Angelina es muy bonito. Tiene frescura, donaire, gracia, ausencia de artificio, naturalidad, emoción. Perdón señorita, ¿es usted Isabel? Y él, ¿quién es, señorita? Debajo de aquel *humour* encantador con que usted describe los encantos de la bella, ¿no hay alguna lágrima oculta? En aquella ecuanimidad de espíritu, tan impropia de los veinte años, ¿no hay alguna decepción lamentable, señorita Alcaide de Zafra?

Me rindo devoto admirador del libro y del retrato de la gentil autora, morena y sevillana. Más devoto acaso del retrato que del libro. ¡Son tan feas las literatas, señorita! ¡Nos escamamos de tal modo cuando una linda muñeca, rubia o morena, diserta de pedagogía, de arte, de crítica o de zarandajas por el estilo!

Lo que admiro sobre todo es la ingenuidad picaruela de la novel escritora. Desdeña el mecanismo del oficio, su arquitectura actual, el modo de rellenar sus huecos y de pulir sus esquinas. Viene a las letras alardeando de frescura juvenil y de simpática independencia. El cronista desea, contemplando el retrato de la sevillana, que conserve la frescura de su pluma y, sobre todo, el fulgor de sus ojos negros.

El Adelanto (22-02-1911)

"María de Magdala"

Maeterlink, el extraño poeta belga, acaba de publicar un drama, María Magdalena, que ha de estrenarse muy pronto en Roma. Conocidísima es la evolución literaria del gran poeta. Escribe primero dramas simbólicos de rara intensidad espiritual; luego torna a las fuentes tradicionales del drama histórico; más tarde retorna el poeta a su simbolismo de *Pélleas et Mélisande*. *María Magdalena*, escribe un crítico, "es una especie de drama sinfónico sobre el tema de la pasión de Cristo."

El drama no es obra de un erudito que se propone recomponer, con toda suerte de reconstrucciones arqueológicas, la verdad histórica del ambiente. Unas cuantas notas sencillas, verdaderas, causan más emoción que la verdad fría del escenario evangélico.

Cristo no aparece en el primer acto; al final únicamente, su voz majestuosa y firme domina la escena. Habla de amores y devaneos la pecadora de Magdala con el tribuno militar Lucio Vero y con el filósofo romano Anueo Silano, en la terraza de un jardín, en Betania. Al lado está la casuca de Simón el leproso, curado por Jesús. La pecadora y sus amigos hablan, con rencor, del Nazareno que viene a turbarles su tranquilidad. La tranquilidad pública sufre turbaciones con las predicaciones de Cristo; su influencia sobre los pobres y los humildes desagrada a los servidores del Imperio. Pero se oye un rumor en la escena, confuso al principio, claro, magnífico, armonioso, después.

Jesús está en el jardín del leproso. Óyese "Hosanna", y óyese "Maestro". Luego, Jesús habla. Es voz la suya soberana del tiempo y del espacio, maravillosa, fuerte, preñada de amor y de luz. Acaricia y duele al mismo tiempo. Es suave y dura. Voz distante y cercana a nuestro espíritu,

resuena con amor. "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos". Los romanos oyen con admiración y con ira al mismo tiempo. Surge María de Magdala de la terraza. Encaminase al jardín de Simón donde está Cristo. La muchedumbre quiere insultarla, desgarrarla, apedrearla. E interviene Cristo. "Quien esté limpio de culpa, arroje la primera piedra."

Y comienza el interés del drama. Luego, en el acto segundo, Lucio Vero requiere de amores a la pecadora rubia. La suplica que deje la nueva fe y que se arroje en los brazos del tribuno, que serán dulces senderos de paz, cuando ciñan el cuerpo de María. El precio del amor de María de Magdala será la libertad de Jesús. María vacila, lucha. Su fe es superior a sus pasiones viejas, pero la libertad de Cristo, ¿no vale la de su corazón?

Insistiendo Vero, se oye la voz divina. Cristo es llevado ante Pilatos. El ciego de Jericó exclama: "¡Cayó..., ha caído!", Vero insiste tenazmente, con desesperación. María, dulce, serenamente, rehúsa con decisión, con brevedad. "¡No!". En las vías de Jerusalén, la plebe aúlla, pidiendo la muerte de Cristo. "¡Crucifícalo, crucifícalo!". María, en éxtasis, inmóvil, tiene el rostro iluminado por la luz de las antorchas que se alejan, y cae el telón.

La crítica extranjera se limita a narrar, en estos términos, un poco maeterlinkianos, el argumento de María *Magdala*. Las escenas entre María y Lucio Vero, el tribuno, dicen que es lo más hermoso que haya hecho el poeta de *El pájaro azul*. Yo no conozco todavía el drama.

Y no lo conoceré en algunos meses, que otros estudios más áridos e ingratos reclaman mi atención y roban todo mi tiempo. Para entonces he de insistir sobre el drama, que, a decir verdad, ya me cautiva y conmueve por el cálido relato que han hecho los críticos, de los cuales yo he tomado estas breves, fugaces impresiones.

El Adelanto (25-02-1911)

"Por tierras de Portugal y de España"[337]

Con este título ha publicado la Biblioteca "Renacimiento" un libro del señor Unamuno. Hora era de tener, en lengua castellana, un libro sobre Portugal. El que publicó Murri era flojito, endeble; de hombre que va a estudiar la tramoya política, impresionista. El que han publicado los señores Vivero y Villa *Cómo cae un trono*, de un candor republicano que da grima. *Por tierras de Portugal y de España*, colección de artículos escritos por nuestro rector, para la Prensa argentina, es un libro de amena lectura, útil, agradable, con el cual no han de molestarse los simples, que ven no se qué marañas en el estilo de Unamuno. Aquí demuestra el rector que sabe ser un gran periodista.

Y todo el libro es eso: impresiones, comentarios a lecturas muy rumiadas, relatos de excursiones por la tierra portuguesa y por la hispana tierra. "Eugenio de Castro", con el estudio del poema Constanza, muy bonito. Sedante, crítica, "La sombra de Teixeira de Pascoaes". Graciosísima la excursión a "Guarda" con los fragmentos del artículo de *O Combate*, firmado por José Fernandes Simoes Júnior, atacando al señor presidente de la Cámara municipal – monterilla en romance– de Sabugal. Duro, terrible, el "Epitafio" al pobre don Carlos de Braganza. "Su cuerpo –escribe Unamuno– era reflejo de su alma: lo físico en él revelaba lo moral. Era del tipo de Falstaff." Hay trazos psicológicos en "El pueblo suicida", y estudiando la personalidad de escritores como Castro, Quentel, Eca de Queira y Camilo Castello Branco [sic][338], verdaderamente hondos y sugestivos.

Y encantadores los viajes por España: Trujillo, Yuste, Ávila de los Caballeros. No me gustan tanto las páginas sobre Galicia y las Palmas. Muy justo y muy merecido el elogio al libro de Larrete, *La gloria de don Ramiro*, uno de los contados libros de enjundia que se han publicado en castellano en los últimos tiempos.

La impresión sobre "Barcelona" acaso sea acertada.

"Fachadas no faltan en Barcelona, y hasta podría decirse que es la ciudad de las fachadas", escribe don Miguel. En Barcelona, donde "cree uno a veces hallarse en un vastísimo arrabal de Tarascón... resuena con frecuencia el *fem du brut*, es decir, hagamos ruido".

[337] Existe otro artículo de Sánchez Rojas con este mismo título y sobre este mismo tema, aunque desarrollado de forma distinta, publicado en *Nuevo Mundo* (O.C. Tomo IV, página 379).

[338] Erratas por Quental, Eça de Queirós y Castello Branco, escritores portugueses.

¿Y no será ruido todo eso de la ciudad del catalanismo absorbente, del desdén a Castilla?

El libro se lee muy bien. Los que aman la claridad, los perezosos que no se han dado cata de que la lectura es comunión con el autor de lo que se lee, no podrán tachar a Unamuno de obscuro, de paradójico y de raro.

Por tierras de Portugal y de España, es un libro entretenido y ameno. Y las páginas de Portugal son algo más que esas necedades de que nos han inundado los periodistas que fueron a descubrir el vecino pueblo, bebiendo vermouth en el Martinho y admirando a Braga, la "adormidera." que dijo el pobre Nombela, de grato recuerdo.

El Adelanto (04-03-1911)

Varios

Flor di vita, di *Diego Garoglio*. Prose e poesie per fanciulli e giovinette. Firenze. Bemporad, 1910.

Había oído que el libro de Diego Garoglio *Flor di Vita*, era algo así como el rival de *Cuore*, el encantador libro de De Amicis que todos saboreamos en esas horas graves en que apunta la adolescencia y comienza a inquietarnos dulcemente el misterio de las cosas que empezamos a gustar. Y he buscado el libro de Garoglio.

En Italia, lo mismo que en Inglaterra, comienza a iniciarse una literatura infantil, copiosa y abundante, alejada de nuestras niñerías castizas de los cuentos de Calleja y de los libros pseudocientíficos que nos recomendaban, hace doce, hace catorce años, en los devotos colegios de segunda enseñanza. El libro de Garoglio reanuda la tradición de las historias militares y patrióticas de Edmundo De Amicis. Forman el libro poesías mimosas que aprenderán a recitar con su encantadora media lengua los niños italianos, y artículos de hogar, «El nido de las flores». «El santo de mamá», «Garibaldi» –¡no puede faltar Garibaldi en libro alguno!– «Abuelo y nieta», etc., etc.

A nosotros, los españoles, parece que no nos importa la infancia, que la desdeñamos, que no nos preocupamos de depositar en ella una gran reserva de energías morales para mañana. Continúan *Las Páginas de la Infancia, Juanito*, los cuentos de princesas que casan con pastores, en las escuelas públicas. Cuando Benavente, en esta Corte de los milagros, pensó en el teatro infantil, no encontró el calor de las clases aristocráticas que tan necesario le era para comenzar a subir la cuesta. Y siempre así. Y los niños necesitan luz, ambiente de bondad, ríos de poesía donde bañen sus almitas, tolerancia forastera que corte sus pequeños egoísmos, amor, en una palabra, que les haga colaborar, desde sus posiciones de inocencia, en la obra social.

Hablo del libro de Diego de Garoglio con gusto, con emoción, con entusiasmo, porque anhelo que, entre nosotros, surja un escritor-poeta que consagre su labor a los niños, formándoles y preparándoles para los embates venideros. Ciertamente es una tarea difícil, llena de escollos y de peligros que conviene sortear con habilidad y delicadeza, pero a las dificultades de la tarea corresponderá, sin duda, la excelsitud del premio.

Ruy Blas, di *Gino Fracassini*. Prima trad. Poet. italiana. 2ª edizione. Firenze, 1911.

Ya tuve el gusto de elogiar la limpísima traducción italiana del drama victorhuguesco del literato florentino G. Fracassini. Ahora ha publicado una segunda edición, tan mondada, acicalada, corregida y rehecha que parece otro libro distinto. Y eso ya no merece, ciertamente, toda mi devoción. Las traducciones como ensayo, como adiestramiento, como ejercicio provechoso y útil, están bien, muy bien. Comprendo que se haga esta labor de depuración cuando se traduce ¿qué sé yo? del japonés, del ruso, de una lengua poco conocida. Del francés, no. Siempre el original será el original y la versión, versión.

Sin hablar aquí de «la imposibilidad de las traducciones» en el sentido que lo hace Benedetto Croce, en la teoría de su maravillosa *Estética*, es indudable que en la insistencia de esta labor abrumadora no debe consumir sus brios un literato como Gino Fracassini.

Eterne leggi, romanzo di *Clarice Tartufari*. Casa editrice della Romagna. Roma, 1911.

Clarice Tartufari es una gentil novelista romana que sigue las huellas de seriedad, de amplitud mental, de sensibilidad vibrante, de algunas compatriotas suyas como Dora Melegari. Italia,

que soporta una nube de escritoras tan mediocres como Matilde Serao, como Grazia Deledda, como la insoportable Iolanda, tan amiga de elogiar a los principiantes que reconocen su magisterio, posee también, en justa compensación, otro bando de mujeres admirables por la lucidez de su ingenio, el donaire de su pluma y la graciosa elegancia que es patrimonio de la estirpe.

En este grupo, del que desertó con la muerte Victoria Agonoor Pompili, me atrevo a colocar a la Sra. Tartufari.

La cual, en esta novela, *Eterne leggi*, donde plantea, con alguna novedad en el procedimiento, el añejo pleito de la soberanía del amor sobre todos los cánones y cortapisas que han intentado ponerse al corazón, da una nueva prueba de su agilidad, frescura, emoción y gracia, que me gustaría confirmar, con mayor amplitud, a medida que la Sra. Tartufari vaya publicando las nuevas novelas que prepara y que leeré con diligencia y cuidado en sazón oportuna.

La Lectura (Mayo-1911)

Italianas

La Voce, Florencia, 20 de Abril de 1911.

El congreso de Bolonia, por G. Ferrando[339]

«Anticipar un juicio sumario del Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Bolonia, sería, más que ardua, vana y absurda empresa. Mucho mejor es que nos limitemos a escribir impresiones, procurando ser objetivos e imparciales separándonos idealmente del Congreso celebrado, como si hubiera ocurrido en época remota.

Así las ideas que aprobaron o censuraron los congresistas aparecerán, ante nosotros, con su valor preciso.

La impresión de conjunto del Congreso de Bolonia ha sido favorable. Sobre la utilidad práctica y directa de los Congresos todos alardeamos de escepticismo, y nadie cree ya en eso de que contribuyan a adelantar un paso en la vía de la ciencia o de la acción. Tampoco sirven para darnos una idea exacta del progreso científico, porque los sabios que en ellos toman parte representan solamente una exigua minoría que no puede sintetizar todas las corrientes del pensamiento. Además, en los Congresos son tan pocos los que piensan con relación a los que hablan, que los escasos pensamientos metidos en esas interminables discusiones y relaciones están envueltos en los torrentes impetuosos de la charlatanería, perdidos en un mar de palabras vacías e inútiles.

Sin embargo, no podemos afirmar que los Congresos sean completamente inútiles. Sirven para algo. Acaso para conocernos y apreciarnos mejor recíprocamente, lo que no es poco.

El Congreso de Bolonia, a pesar de muchas deserciones de grandes filósofos, ha hecho más, nos ha puesto en contacto directo con grandes pensadores que sólo conocíamos a través de sus obras y de los que teníamos una idea completamente alejada de la realidad. El Congreso nos ha manifestado con suficiente claridad la tendencia fundamental de la filosofía en los actuales momentos y el valor de muchas escuelas y de muchos sistemas. Entendámonos: el Congreso de Bolonia no ha sido para nosotros, o al menos para el que esto escribe, una revelación, pero ha confirmado la verdad de algunos hechos muy importantes, corroborando justificaciones en las que descansa nuestro concepto de la filosofía, no como puro racionalismo, sino como ciencia del espíritu, y, por ende, de la vida.

Verdaderamente, creo poder afirmar, sin peligro de rectificaciones que el Congreso de Bolonia estaba animado de la convicción de que las concepciones filosóficas no derivan de la inteligencia pura, sino de las internas necesidades del espíritu; que la filosofía, en otras palabras, debe sacudir los límites de la investigación intelectiva y caminar hacia la vida. Es para nosotros del mayor valor esta tendencia fundamental de la filosofía de ahora porque nos muestra de qué modo el pensamiento logra romper, en parte al menos, los viejos esquemas lógicos en que vivía encerrado, velando la realidad y reconociendo de tal guisa el íntimo lazo que une al hombre

[339] Elegimos este trabajo por la actualidad del tema y por el prestigio de su autor, al cual ha llegado también –felicitémonos de ello– un eco de la orientación filosófica de la nueva generación española. Como saben los lectores de esta Revista, España estuvo representada en el Congreso de Filosofía de Bolonia por D. Luis Simarro y D. José Ortega Gasset.- J. S. R. (Nota del autor)

con el mundo externo. No una visión fría y objetiva del universo, sino una fusión cada vez más completa del pensamiento con la vida, una absorción más profunda de nosotros en aquella unidad que se somete a las manifestaciones del pensamiento y del sentimiento. La filosofía no quiere renunciar a su pasado, a sus conquistas precedentes, a trocarse en mística e irracional; lo que quiere es ampliar sus confines y abrazar en sí misma toda la naturaleza. El pensamiento ya no se opone a la vida, como en las antiguas concepciones formalistas, sino que extrae de su naturaleza un movimiento múltiple, poderoso como la realidad misma, un movimiento que es el origen de toda vida y que constituye la aspiración incesante hacia la verdad, que ni se para ni se cristaliza, sino que vive y fluye como el espíritu que la crea. A muchos, a muchísimos tal vez, no parece esto una filosofía, una ciencia, sino un sueño y una visión fantástica. Yamedrentados ante el misterio, prefieren encerrarse en un sistema determinado, en que cada cosa esté en su sitio y cada problema tiene su solución.

No importa; nos felicitamos al declarar que el pensamiento en su lento pero constante progreso ha llegado a traspasar las fronteras intelectualistas y a circular libremente en la vida. Cuando en la penúltima sesión general del Congreso, Enrique Bergson, el tipo representativo por antonomasia de esta nueva y vasta concepción de la filosofía, con su maravillosa palabra de poesía y de belleza, puso de relieve todo el valor del pensamiento humano; hasta por el espíritu de los más dogmáticos, de los lógicos puros y de los neo-escolásticos pasó algo así como una ráfaga de vida. Los oyentes tomábamos por achaque de magia el encanto de toda su persona, vibrante de emoción y de ideas, cuando evocaba el drama de la filosofía, el drama del alma humana en la investigación de la verdad y de la belleza.

«La verdad de toda filosofía –decía Bergson– es sencilla, de una sencillez inexpresable; el filósofo intuye esta verdad y trata de expresarla. El sistema que constituye, las palabras y los conceptos de que se vale, atestiguan el esfuerzo titánico que realiza para manifestarla. No se consigue nunca del todo; pero este espíritu de verdad y de vida inunda toda su obra, que marca de este modo una nueva etapa en la actuación de la verdad.

Bergson fue, indudablemente, el expositor más genial y más completo en el Congreso boloñés de esta nueva y profunda tendencia del espíritu humano, que halló eco en muchos otros y bajo distintas formas.

Puede decirse que en el Congreso se atacaron combinadamente y desde distintos campos las posiciones racionalistas y escolásticas de la filosofía para afirmar su valor altamente humano. Así Boutroux, en un discurso admirable por su elegancia, claridad y profundidad de doctrina, afirmó que la diferencia entre la filosofía y la ciencia estriba en que mientras esta estudia la naturaleza objetivamente, sin establecer ninguna relación entre ella y el hombre, la filosofía la estudia en relación directa con la voluntad y las aspiraciones humanas.

Nelson, espíritu ágil y sutil, diestro en todos los acrobatismos de la lógica contemporánea, demostró la imposibilidad de una teoría del conocimiento, porque toda teoría tiene que basarse necesariamente en principios demostrables; de este modo abrió una brecha para el reconocimiento de un principio intuitivo como base de toda crítica del conocimiento.

Hasta Baraellotti y Enríquez, en sus discursos más literarios y científicos que filosóficos, hablaron, el uno, del *entusiasmo*, sin el cual no puede brotar un nuevo sistema filosófico; el otro, de los valores que se presuponen así en ciencia como en religión. Pero no basta; Longevin, un mozo ya célebre por sus estudios sobre radioactividad, en un discurso que pareció un poco fantástico a los mismos teósofos, que no faltaron en este Congreso, y que, como todo el mundo sabe, están en la mejor disposición de espíritu para creer cualquier cosa, atacó fieramente la concepción mecánica del Universo, sustituyéndola con la nueva teoría electro-magnética, de la que no creo que pueda determinarse ahora toda su importancia.

Así, desde distintos campos, por atajos diferentes, se afirmó el principio de que la filosofía no se hace solamente con el cerebro, sino con toda el alma, y que no consiste en puro intelectualismo sino en pensamiento viviente, en vida.

Otra impresión clara y precisa que me ha dado el reciente Congreso es la de que en estos últimos años se ha realizado una expansión de los centros de la actividad filosófica desde Alemania a los países latinos. Otros muchos han compartido esta opinión. Puede afirmarse sin exageración que hoy la filosofía alemana ha cristalizado, que se encuentra en un período de estancamiento, que ha perdido todo entusiasmo y que no está en contacto inmediato con el pensamiento de aquellos insignes filósofos que fueron la gloria más excelsa de la nación alemana durante el siglo último. Un vivo y sincero renacimiento, un amor entusiasta por los estudios filosóficos se observa, en cambio, en Francia, en Italia y *en la novísima generación española*;

renacimiento que ha dado sus frutos y que los promete todavía más sazonados. La misma Inglaterra, la patria del empirismo y de ese pragmatismo que ha pasado por el cielo de la filosofía como un meteoro luminoso sin dejar apenas huella de su vida, se acerca a nuestro espíritu latino y a las concepciones idealistas e intuicionistas de la vida que marcan una reacción saludable al mecanismo y al intelectualismo del siglo XIX.

Otra impresión simpática que nos ha ofrecido el Congreso de Bolonia ha sido la rápida desaparición de la llamada filosofía positivista. Los positivistas italianos que andan por ahí rezagados tomaron la excelente resolución de no asistir al Congreso; tampoco recuerdo haber visto ninguno de los extranjeros, señal evidente de que nada tenían que decir allí y que acaso temían, al intervenir en las discusiones, asistir al definitivo enterramiento de su pseudofilosofía, como sucedió a Schiller, que hizo el último esfuerzo sobrehumano para sostener su pragmatismo, y no tuvo siquiera la satisfacción de ser tomado en serio. Notable me ha parecido en cambio el resurgimiento de la filosofía neo-escolástica, que combate bien pertrechada de víveres, llena de ardor y de acometividad hasta el punto de que ha logrado interesar a muchos, admirados del ingenio innegable de sus sostenedores. Aunque parece un movimiento vital y fecundo, yo confieso sinceramente que me ha producido el efecto de que no tiene base sólida y de que está llamado a vivir una vida corta y estéril. La filosofía, en la hora de ahora, tornamos a repetir, tiende a salir del cerco en que ha vivido encarcelada durante tantos siglos para caminar hacia la vida; vano empeño se me antoja el de aquellos que quieren reducir la a las viejas formas del pensamiento aristotélico.

Tampoco podemos lamentarnos de la mala organización. Los italianos que tenemos la mala costumbre de hablar mal de todos, y de nuestras cosas en particular, hemos de reservar para mejor ocasión los alfilerazos de nuestro espíritu maligno.

Felicitémonos del excelente éxito del IV Congreso de Filosofía.

Verdad es que no todo ha andado derecho; la labor de las secciones pudiera haberse distribuido y arreglado mejor; pero estas menudencias no han influido para nada en el buen éxito, en total, del Congreso. Por todo lo cual tenemos que mostrar gratitud a la Presidencia, que, a pesar de la deplorable deserción de varios filósofos italianos y extranjeros, ha sabido, con tenacidad y con espíritu de sacrificio, organizar un óptimo Congreso, mejor, repito, que todos los anteriores, hasta el punto de poder sentirnos satisfechos y orgullosos como pensadores y como italianos.»

La Lectura (Mayo-1911)

"Por tierras de Portugal y de España"[340]

La fecunda "Biblioteca Renacimiento" que no se da punto de reposo en la difusión de toda suerte de libros, acaba de publicar el volumen *Por tierras de Portugal y de España* del ilustre pensador Sr. Unamuno. El Sr. Unamuno es un formidable viajero. Desde Salamanca, aprovechando vacaciones escolares, atraviesa la frontera vecina, se esconde en Braga, diserta con el dulce poeta Eugenio de Castro en su apacible retiro de Coímbra, marcha a Amarante con Teixeira de Pascoaes o pasa unos días en el campo leyendo a Camilo Castello Blanco a la sombra de una encina. Y así, tomando rápidas notas de viaje, rumiando lecturas cien veces saboreadas, observando atentamente, leyendo periódicos, hablando con los hombres salientes del país vecino, ha compuesto Miguel de Unamuno este libro sobre Portugal, libro de cuyas primicias ha gozado el público de Buenos Aires.

Crea el lector que se trata de un libro que, si no está documentado a la moda con estadísticas, da una impresión completa sobre el espíritu lusitano.

No es este volumen un libro político, como el que ha escrito en estos días también Romolo Murri, ni como el de los distinguidos periodistas republicanos, Sres. Villa y Vivero, *Cómo cae un trono*. Unamuno diserta sobre Eugenio de Castro, sobre Guerra Junqueiro, sobre Antero de Quental, de Teixeira de Pascoaes, de Camilo Castello Blanco, incidentalmente de Eça de Queiroz. Y da impresiones de poblachones muertos como Guarda, y de ciudades viejas como Braga,

[340] Publicado también, con el mismo título, aunque con distinto contenido, en *El Adelanto* (O.C. Tomo IV, página 375).

y apunta atisbos sugestivos de psicología nacional, como en el ensayo que llama «Un pueblo suicida». Únicamente, hay unas páginas duras, terribles, las consagradas al "Epitafio" del pobre D. Carlos de Braganza, que tengan relación directa con las andanzas actuales.

Para Unamuno no es un problema de escaramuzas políticas el de Portugal. Se trata de un pueblo resignado, suicida, triste, hondamente melancólico, que espera todavía su Don Sebastián. ¿Será el portugués un pueblo judaico? Este cambio de postura, ¿mitigará su dolor, le dará una orientación nueva, le alumbrará el sendero de sus destinos futuros? Aventurado es lanzar una respuesta. Un pueblo que necesita reanudar su tradición, crearse un sentido nacional, porque los aristócratas son cosmopolitas y los plebeyos provincianos, no ha de recibir lo que necesita de un simple cambio de postura.

En pueblos como Portugal y como España, donde no hay personal, se corre siempre el riesgo de tornar a caer en las manos de los malandrines y logreros de antes.

Unamuno, con este libro, ha popularizado nombres que son desconocidos en España para el gran público. Portugal tiene una literatura riquísima actual, para el español más desconocida que la húngara, la norteamericana o la japonesa. Entre nosotros, únicamente ha adquirido carta de naturaleza Eça de Queiroz. Nobre, Quental, Teixeira de Pascoaes, el mismo Guerra Junqueiro, Trinhidade Coelho, Joao de Deus, Joao de Cámara, etc., etc., son nombres nuevos.

La segunda parte del libro está dedicada a reseñar excursiones del Sr. Unamuno por España: Ávila, Trujillo, Galicia, Las Palmas, etcétera, son impresiones descriptivas de gran amenidad y de gran enjundia. En este artista asoma siempre el pensador con una paradoja, con un endiablado embolismo, con una observación justa y honda.

Y en estas páginas de España hay también una reparación: hablo del elogio a la novela del americano Sr. Larrete, autor de un libro tan de entraña castiza como *La gloria de Don Ramiro,* ¡Portugal, América, España! Todos somos hermanos y vivimos sin conocernos, vueltos de espaldas, con un gesto de desdén o de protección. Y no vale hacernos ilusiones.

Lo que en plena Puerta de Sol llamamos portuguesadas se llaman en el Rocío *hespanholadas.* Y una vez que yo me burlaba ante un portugués del sistema monetario de los reis, me replicó que nosotros hemos contado hasta no ha mucho por maravedíes.

Nuevo Mundo (08-06-1911)

Italianas

Nuova Antología (Roma).

La crisis turca, por Felice Santini.

Contiene este artículo datos de gran interés en los momentos actuales. Su autor conoce a fondo los problemas políticos del Imperio otomano y los expone con notable precisión. «A las crisis –dice– por que ha atravesado el Gobierno llamado neoconstitucional de Turquía desde su advenimiento al poder, y que se derivan de la falta de armonía en el Gabinete, del estado de la administración, de la situación financiera, hay que añadir las que proceden de los choques entre las distintas razas que constituyen el Imperio de las cuales ninguna se encuentra satisfecha y alguna ha apelado ya a las armas para demostrarlo. Nosotros que, aun estudiándolas intensamente, las contemplamos desde lejos, empezamos a pensar en que tal vez se acerca la posibilidad de una crisis final o, cuando menos, de una agonía del Imperio.» Enumera el señor Santini los conflictos producidos por el antagonismo de las razas, y se detiene muy principalmente en el examen de la situación creada a la población que no es islamita por las leyes militares de carácter exclusivamente musulmán. Estas leyes, lejos de excitar el sentimiento militar en los cristianos, han determinado en ellos una verdadera oposición al ejército, de tal manera que jamás podrán sentir amor a la patria ni esta despertar en ellos entusiasmo alguno, puesto que los turcos no los consideran como iguales y saben hacerles sentir la diferencia entre dominadores y dominados.

Las funciones del Estado se niegan hoy a los no musulmanes peor todavía que en la época de la tiranía. Hoy, por ejemplo, los funcionarios cristianos apenas llegan a la mitad de los que lo eran en tiempos de Abdul–Hamid. Los griegos han demostrado esta extraña situación en una Memoria oficial presentada al Gobierno. Nada importa que en el Gabinete actual haya dos cristianos ¿No los hubo también bajo el reinado de Abdul–Hamid? Es más: entonces los cristianos

no se hallaban al frente de los Departamentos menos importantes como el de Agricultura y el de Correos y Telégrafos, sino que dirigían Ministerios como el de Hacienda y el de Negocios Extranjeros.

Los Ministros de la Casa Imperial fueron siempre armenios, pero el actual Sultán ha excluido a todos los cristianos. No debe extrañar, por lo tanto, que los cristianos, ofendidos en sus sentimientos, perjudicados en sus intereses, postergados en sus carreras, se industrien en evadir el servicio militar, sobornando a los Consejos de reclutamiento, a los médicos inspectores y a los funcionarios del Registro civil o emigrando a países extranjeros, principalmente a Bulgaria y a Rusia. Al mismo tiempo, los turcos oponen todo género de dificultades al ingreso de los cristianos en los colegios militares para que no puedan llegar a oficiales, y en el ejército no han sido ascendido ni siquiera a cabos los cristianos que sirven en él.

Las crisis derivadas del antagonismo entre la raza turca y los que no lo son no son las únicas por que atraviesa Turquía. Noticias autorizadas anuncian la existencia de una crisis más grave todavía en el seno del mismo Gobierno. El partido de los Jóvenes turcos que se halla en el poder amenaza con fraccionarse. Aparte de las diferencias debidas a causas personales y a razones de interés particular, hay una de mayor importancia que se relaciona con la dirección de los asuntos públicos y con las normas de gobierno. La acción del Gobierno se desarrolla de una manera tan desfavorable, que una parte de los Jóvenes turcos, la mejor, la que está formada por patriotas sinceros, se ha rebelado contra el famoso Comité exigiendo reformas esenciales en la administración y al frente de este movimiento se hallan los promovedores de la revolución de 1908. Sin embargo, la amarga experiencia enseña que los turcos ceden rápidamente y no se proponen con sinceridad el progreso de su patria. Si desde la época de las primeras reformas del Sultán Mahmud hubiese recorrido Turquía el camino de la reforma, observando los compromisos contraídos, nada impediría que fuese hoy una de las potencias civilizadas de Europa, de lo cual se halla muy lejos aún.

La religión budista no ha impedido que el Japón entrase con las velas desplegadas en las glorias propias de las naciones más cultas, y no se debe al mahometismo el que Turquía siga excluida de este honor a que aspiró hace mucho tiempo y por el cual comenzó a trabajar mucho antes que el Japón. Turquía se ha negado siempre a proceder con la sinceridad y la buena fe que sirvieron de base a los maravillosos progresos del Japón. Hoy, lo mismo que ayer, Europa no cree en la sinceridad de Turquía.

Los sucesos de Trípoli.

La cuestión de Trípoli ha entrado en una fase grave y decisiva. Precedido de un gran movimiento de la opinión pública, el Gobierno italiano presentó el 25 un *ultimátum* a la Puerta anunciándole que había resuelto ocupar militarmente la Tripolitania y la Cirenaica. La Embajada en Constantinopla tenía orden de exigir una respuesta inmediata del Gobierno otomano en el plazo de veinticuatro horas. La respuesta de la Puerta, aun siendo cortés, fue en parte negativa y en parte dilatoria e Italia declaró la guerra a Turquía… Debemos dejar a la prensa la narración de los hechos que van ocurriendo. Nosotros no hemos de examinar más que la repercusión que acontecimientos de tanta importancia puedan tener en la política interior y exterior del país. Trípoli ha sido por espacio de muchos años la aspiración fatal, incontrastable de Italia. Después de la conquista de Túnez y de Egipto, después de lo ocurrido con Marruecos, sólo quedaba Trípoli en el Mediterráneo frente a nosotros. La preocupación de Italia ante la idea de que Trípoli cayese en poder de otra potencia europea era tan grande, que un hecho de esta naturaleza hubiera sido para nuestra patria un golpe fatal.

Por espacio de mucho tiempo defendieron hasta los hombres más notables de Italia la extraña e inconcebible ilusión de la llamada penetración pacifica en Tripolitania. Esto era lo más absurdo y lo más inconcebible que podía imaginarse. Con posterioridad, el advenimiento de los Jóvenes turcos y del régimen constitucional en Turquía pareció alterar el curso de los acontecimientos. Ningún país saludó con mayor simpatía que Italia el despertar de un pueblo amigo llamado, al parecer, a nuevos destinos de libertad y de progreso. Pero la ilusión duró poco. El Gobierno constitucional turco, débil instrumento en manos del Comité Unión y Progreso y del Ejército, no respondió a lo que de él se esperaba. Resultó profundamente incapaz de iniciar la obra de regeneración de un pueblo agotado por las tiranías, la corrupción y las supersticiones. Volvió a surgir el peligro de que algo nuevo cambiase en daño nuestro la situación de Trípoli, cosa que Italia no podía ni debía admitir de ningún modo por razones geográficas y políticas evidentes e indiscutibles. He aquí el origen y la causa de nuestro actual proceder.

¿Se ha elegido el momento oportuno?

Queremos creerlo y, de todos modos, no podemos sino dejar al tiempo que formule juicios. La guerra, desde el punto de vista de la civilización y de la humanidad, es siempre un hecho altamente doloroso, que es preciso aceptar como penoso deber impuesto por la patria, pero sin exaltaciones, ni infatuaciones. Nuestro deseo más vivo y más sincero es que la contienda se limite a Italia y a Turquía y a la cuestión de Trípoli y que, circunscrita de este modo, se resuelva rápidamente con la menor efusión posible de sangre, con las menores responsabilidades de política interior y exterior y con el logro rápido de las aspiraciones italianas.

Hay un hecho cierto. La expedición a Trípoli la deseaba el sentimiento nacional, y ha sido impuesta por este al Gobierno, sentimiento casi unánime en todas las clases sociales y en todos los partidos constitucionales, excepción hecha de los socialistas y de una parte de los republicanos. Los socialistas fueron los que, con increíble torpeza, quisieron dar la mejor prueba de ello con el fracaso de la huelga general el 27 de Septiembre. El sentimiento de la responsabilidad y del patriotismo se afirmó de tal manera de un extremo a otro de Italia y en todas las clases sociales, que jamás se dio ejemplo semejante. Casi en ninguna parte respondieron las masas populares y obreras a la invitación a la huelga hecha por la mayoría del partido socialista, por la Confederación general del trabajo y por las Cámaras del trabajo. Lejos de aumentar las fuerzas de los partidos extremos, Trípoli puso de manifiesto las diferencias que existen en el seno del partido socialista, la inexplicable inconsecuencia de algunos de sus hombres y la poca influencia que ejercen sobre el país. Esta sencilla observación de los hechos no podrá menos de reflejarse en la situación interior del país. La actual fase política se inició con una alianza que parecía a prueba de todo, entre el Ministerio Giolitti y los socialistas sobre la base del desgraciado monopolio de los seguros sobre la vida y del sufragio universal. El idilio queda deshecho de golpe; el Gobierno adopta una política imperialista y colonial, que es la negación del programa socialista, de suerte que, a la fuerza, el partido queda expulsado a la oposición. ¿Durará mucho este estado de cosas o se reanudará el idilio después de esta interrupción decorativa?

Muchos lo creen porque el partido socialista no ha demostrado tener en el país, y mucho menos en la Cámara, una consistencia y una dirección propias. Algunas veces ha hecho que se oponía al Estado burgués y capitalista, pero con más frecuencia todavía se ha pegado al Gobierno por muy burgués y capitalista que fuese, de modo que hoy se halla en una verdadera crisis moral. Esto explica el fracaso de la huelga y la débil resistencia que han podido oponer los socialistas a la tendencia colonial del Ministerio.

El banquete ofrecido en Turín el 7 de Octubre al Sr. Giolitti se efectuó en una situación política en un todo opuesta a la que existía el día en que se inició esta idea. Se esperaba o se temía que viniese a sancionar el pacto entre la democracia constitucional y la democracia social y, en vez de esto, suscribe el divorcio entre una y otra.

Pero hay un aspecto del problema que urge mucho más que el de la química parlamentaria. Hay en la nación no pocos que, aun siguiendo a la marina y al ejército en su nuevo campo de acción, temen que puedan surgir consecuencias poco de desear en la política interior y en las relaciones internacionales. Existe el peligro de que Italia, absorbida e infatuada con su nueva dirección, relegue a segundo término aquellos problemas mucho más graves de la política económica y social cuya solución es indispensable para el progreso de las clases populares y el porvenir de la patria. Los partidos constitucionales deben huir de este peligro. Trípoli no es, ni debe ser más que un incidente secundario de nuestra política interior, la cual debe orientarse principalmente hacia los grandes problemas sociales que constituyen la misión y el ideal de los Estados modernos. Si sucediese lo contrario, si Trípoli absorbiese aunque no fuera más que unos pocos años las energías morales y los recursos financieros de la nueva Italia, nos veríamos en la necesidad de formular acerca de los actuales acontecimientos un juicio muy distinto del que ahora expresamos. Su influencia en la vida italiana sería altamente perjudicial y Turquía, vencida militarmente, se vengaría, sin quererlo, moral y políticamente.

Por esta razón preferimos que el país considere la expedición a Trípoli como una necesidad penosa que urge satisfacer cuanto antes con el menor dispendio posible de vidas, de dinero y de energías. A este efecto conviene abstenerse de esas exaltaciones retóricas que tienen su razón de ser cuando es preciso ejercer presión sobre un gobierno, pero que en el caso presente no contribuirán a la seriedad ni al prestigio del país. Es absurdo exagerar los pequeños incidentes y hechos de armas que ni siquiera serian dignos de mención en una guerra propiamente dicha entre dos estados de fuerzas iguales. De esta manera no se forma el carácter de un pueblo ni se le educa. Pero todavía es más absurdo convertir a Trípoli en un Eldorado del cual

saldrán ríos de oro para nuestro país. Aun cuando las cualidades naturales de la región fuesen mejores que la realidad, basta recordar que en el campo económico se necesitan habilidades administrativas, energías morales y grandes recursos para desarrollar y explotar los dones de la naturaleza. Pensemos en lo que hemos podido hacer durante cincuenta años de gobierno unitario en varias partes del Mediodía o de Cerdeña para medir las dificultades y las lentitudes de la obra que nos incumbe en una región tres veces mayor que Italia, con un millón de habitantes en su mayoría salvajes o nómadas en un desierto inmenso, escaso de agua.

Quedemos, pues, en la realidad práctica de las cosas y reconozcamos que no ha sido avaricia lo que ha impulsado al Gobierno italiano, sino la presión de una alta necesidad política.

Esto quizá pueda contribuir a allanar la situación internacional que pudiera resultar menos fácil de lo que pinta la fantasía. Todos los Gabinetes de Europa han adoptado una actitud de corrección y de neutralidad indiscutibles, pero esto no impide que quizá quieran intervenir en la solución definitiva del asunto. Bien es cierto que después de lo hecho por Inglaterra en Chipre y en Egipto, por Francia en Túnez y en Marruecos, por Austria en Bosnia y Herzegovina es difícil encontrar un país que posea la fuerza moral bastante para impedir que el nuestro haga ahora lo que ellos hicieran antes. Italia escribe hoy una página de historia colonial y africana que no es ni mejor ni peor que la de los demás países. Por lo tanto es de desear que ellos observen con respecto a nosotros la misma actitud que nosotros con respecto a ellos.

Hay, además, un síntoma que no debe pasar inadvertido y es la actitud de los periódicos más importantes del extranjero,

La prensa extranjera puede dividirse en dos categorías: la oficiosa, que siente o refleja las inspiraciones de los distintos Gobiernos, y la independiente. El lenguaje de la primera es reservado cuando no benévolo; pero la segunda, salvo contadas excepciones, nos es completamente desfavorable y nos juzga hasta ahora con gran severidad. Esta es la verdad, que no vale ocultar entre los clamores de estos días. Si hubiera que considerar a la prensa como intérprete de la opinión pública europea sería preciso tener en cuenta que en su mayor parte no es desfavorable. Queremos creer que esto no es un indicio de la escasa simpatía de Italia en Europa, porque sería poco consolador; preferimos suponer que deseando todos sacar algo de Turquía aspiran a su amistad. Veamos, por ejemplo, el caso de Alemania. El Gobierno alemán, dícese que por inspiración del propio Emperador, nos ha demostrado una benevolencia que no puede menos de ser altamente apreciada en nuestro país. En cambio la actitud de los periódicos alemanes de mayor autoridad es tan severa que debería hacernos reflexionar algún tanto. Es, pues, necesario, que la prensa y la opinión pública de nuestro país adopten con respecto al extranjero una actitud digna y seria, cual corresponde a un pueblo que se respeta. ¿Qué pensará Europa de nosotros si seguimos glorificando como victorias italianas el apresamiento de un yate o la destrucción de un torpedero en fuga atacado por artillería más poderosa que la suya? Si queremos tener prestigio en el extranjero, seamos serios; como nación granaremos muchos.

Como italianos, como patriotas, todos tenemos el mismo deber: allanar a nuestro país las dificultades políticas y militares que pueden alzarse en su camino, dando a cada hecho el alcance que verdaderamente tiene. Italia entra en un período de responsabilidades y es preciso ser cautos. Hay, entre otras cosas, dos circunstancias que no nos explicamos: La primera, que la Embajada en Constantinopla haya estado sin proveer desde Julio hasta Septiembre, precisamente cuando convenía que estuviera al frente de ella un hombre de valer. En segundo lugar hubiéramos preferido que antes de presentar el *ultimátum* el gobierno hubiera reunido el Parlamento para pedirle los fondos necesarios. Bien es cierto que el Rey, según la Constitución, es quien declara la guerra, pero, con arreglo al derecho constitucional, el Parlamento es quien otorga los recursos. La mayoría del Parlamento los hubiera concedido a la vez que otorgado la confianza necesaria, y la manifestación patriótica hubiera influido favorablemente sobre la opinión pública europea, atenuando aquellas corrientes que antes lamentábamos.

La cuestión de Trípoli ha entrado en su fase definitiva. Hagamos votos por que se resuelva brevemente y con facilidad. Una vez que Trípoli pertenezca a Italia, procuremos volver rápidamente a la vida normal para reanudar nuestra obra incompleta aún, de reconstrucción nacional.

La Lectura (Septiembre-1911)

"María"

Acabo de leer una linda novela italiana. Su autor, Mario Brinetti, me es completamente desconocido. Pero la lectura de su libro me ha entretenido y preocupado unas cuantas horas. Dos muchachos, Juanito y María, se quieren y se casan. Él va de pretor a un pueblucho napolitano; María comienza a abandonar su tocado tan lamentablemente, que el marido sufre una impresión desagradable primero y un mortal hastío después. Surgen los primeros disgustos y comienza la separación de cuerpos cuando ya se ha consumado la separación de ambos espíritus.

Esta es, descarnada y en síntesis, la trama de la novela. Prescindo de otros mil incidentes porque no quiero ocuparme sino de ese aspecto de la cuestión. Brinetti defiende una dosis razonable de coquetería en las relacionas matrimoniales. Apunta la idea de que la mujer propia comienza a gustarnos cuando gustan de ella los demás y clama por un matrimonio que sea continuación del noviazgo con todas sus mentiras, sorpresas, arrumacos y veleidades. La palabra es algo fuerte: el novelista italiano defiende, para decirlo de una vez, que la mujer tenga algo de amante si quiere conservar eternamente el amor de su compañero.

La tesis es muy italiana desde luego. Miles de disgustos matrimoniales apenas reconocen otra causa inicial. La mujer, durante el noviazgo, hace gimnasia de disimulo, y después, cuando ha logrado su presa, se nos presenta en toda su divina estupidez. Se amodorra y se abandona. Cuelga los trapos en el ropero, como María la mujer del pretor. Pierde el ingenio de la reja y aquellas naderías que fueron un tiempo agradables comienzan a mostrar sus asomos de lamentable vulgaridad.

Acaso el desenlace de la novela es un poco fuerte. Juanito, desesperado de María, del abandono de María, se levanta la tapa de los sesos. El pobre es un temperamento sensible. Por aquí procuramos de solteros, borrar la senda de incurable hastío que nos legaron las novias de semejante temple espiritual con otros placeres más positivos y sustanciosos, y de casados seguimos la tradición de la soltería.

El Adelanto[341] (27-09-1911)

"Don Quijote"[342]

De dos libros quiero hablar en estos Comentarios. Hoy diré cuatro palabras de la edición del *Quijote*, hecha por don Francisco Rodríguez Marín, y publicada en la biblioteca Clásicos Castellanos de *La Lectura*. Mañana, de la *Vida del Buscón don Pablos*, anotada por Américo Castro, de la misma biblioteca.

Ya he dicho en este mismo sitio, al ocuparme de otros libros de tan excelente biblioteca –*Santa Teresa, Tirso, Garcilaso*– que es una empresa altamente patriótica la que realiza *La Lectura*. Casi todos nuestros libros clásicos corren por ahí mal impresos, llenos de erratas y de equivocaciones de bulto. El mismo *Don Quijote*, que debiera ser para los españoles un libro sagrado, es podado, recortado y tullido allí donde place a los editores.

El *Quijote* que leen los niños en las escuelas, editado por el señor Calleja, está torpemente fragmentado, que ni para esto tienen pericia y habilidad los consejeros de tales editores. Pues bien: *La Lectura* nos da el texto depurado por manos tan hábiles como las de Américo Castro, Navarro Tomás, Rodríguez Marín, Menéndez Pidal y otros.

Sobre el *Quijote* se han escrito millares de libros, ¿quién no lo sabe? Cervantes, como Shakespeare, como el Dante, es uno de los contados genios de la humanidad y por descontado el único de nuestra patria. Acaso no ha sido el mejor escritor, acaso no ha sido –y esa torpeza corre por los manuales universitarios– nuestro mejor estilista, pero fue el más hombre, el que supo ahondar más dentro del alma española y del alma humana. *Don Quijote* vivirá mientras viva el hombre, acompañado del donaire plebeyo del buen Sancho.

[341] Con el mismo título publicaría otro artículo en *El Adelanto* (08-03-1913) si bien con distinto contenido (O.C. Tomo IV, página 106).

[342] Existe otro artículo de Sánchez Rojas, con este mismo título y distinto contenido, también publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo IV, página 19).

El escudero es complemento del caballero que, sin él, no existiría. Los dos juntos forman nuestro patrimonio moral. Dulcinea es nuestro ideal y Teresa Panza nuestra compañera. El alma pide desfacer entuertos y el cuerpo demanda bolsas repletas y gobiernos de ínsulas. No somos Quijotes a secas, ni a secas Sanchos. De los dos nos toca algo, porque al fin y a la postre, hemos de convenir en que no son posibles altos cuidados sin el gobierno de las tripas. Sancho no es grosero, porque al fin cree en su señor, ni don Quijote está loco, porque en las horas de las grandes amarguras, cuando los encontronazos con la realidad quiebran su espíritu, hace caso de los consejos de Sancho el bueno, de Sancho el discreto. Y como los diálogos de amo y criado son nuestros propios diálogos interiores, el *Quijote* será siempre una proyección del alma humana –del alma española– en la realidad y en la vida.

¿Y qué se ha hecho en España con el *Quijote*?

Los eruditos que caen sobre un libro como los aguiluchos sobre la carne muerta, convirtieron en manía bibliofílica lo que debiera ser análisis, excelso y elevado, no de la letra que mata, sino del espíritu que vivifica. La belleza no resiste el análisis; el rostro más hermoso de mujer es feo si se le examina al microscopio. Cayeron los gramáticos sobre Cervantes, ¡pobre Cervantes! y Clemancín [sic, por Clemencín] se encargó de enmendarle la plana. Luego, Navarro Ledesma –hablo de lo más reciente– escribió un libro, falso y frío. Unamuno inició la corriente *quijotista* y escribió las páginas más bellas que hasta ahora han salido de su pluma.

De todo esto tenía que prescindir *La Lectura*. Es una biblioteca de vulgarización. Su propósito era dar una edición depurada del libro del *Quijote*. Complemento de este propósito era el de aclarar los pasajes obscuros del texto. El señor Rodríguez Marín consigue este propósito.

Hasta ahora se ha publicado el primer tomo de los cuatro que han de componer el libro. Una vez que se publique la obra para poder escribir una impresión de conjunto, tornaré al tema, no para fallar como crítico, sino para opinar modestamente como curioso leyente. Compra, lector, el libro. En mí recomendación no toma parte, yo te lo aseguro, el cariño que siento hacia los editores de la revista, donde yo he librado mis primeras armas.

El Adelanto (01-11-1911)

"La vida del Buscón"

Del señor de la Torre de Juan Abad, don Francisco de Quevedo y Villegas, corren mil leyendas disparatadas y absurdas. Se le considera un genio alegre, divertido, travieso, optimista. Se le atribuyen mil anécdotas ocurrentes y graciosas. Como a Espronceda, el suave cantor de Teresa se le atribuye una estúpida poesía macabra. Quevedo es el héroe favorito de las escenas más puercas y estrafalarias.

Y Quevedo es un satírico, o lo que es igual, un burlón. Y los burlones son siempre tristes y pesimistas. Como les duele el bien ajeno, su burla suele dar la medida de su impotencia y de su ineptitud. Impotente es, si bien se mira, D. Francisco de Quevedo y Villegas para producir. Vive ladrando, como los perros, a las gentes que pasan. Sus obras filosóficas son indigestas, largas y retorcidas. No he podido concluir nunca su *Historia de Marco Bruto* y su *Vida de Santo Tomás de Villanueva*. Uno de los libros que se salvan es esta *Historia del Buscón don Pablos*. Y se salva por la fuerte impresión de realidad que deja en el ánimo del lector y por el estilo lapidario, preciso, castellanísimo, en que está escrito. El realismo de la obra deja atrás todas las porquerías pseudo científicas y pedantes de Zola y de los suyos, y hay escenas, como la de los mendigos en la Corte, las andanzas de los escolares en Alcalá, y la de los hampones en Sevilla, que por su cálido plasticismo y su vigor, no pueden olvidarse nunca.

Pero es un libro triste, profundamente triste, como el burlón autor que lo engendrara. No hay emoción, ternura, intimidad en estas páginas. La enumeración de las tretas de los pícaros, es más triste que un entierro en día de lluvia. Todos los héroes del libro, son repulsivos; el protagonista, el dómine Cabra, las pupileras, los escolares, los corchetes, los corregidores…, hasta las monjicas de Toledo, que hacen caso al hampón. Es una mueca triste, como es siempre la mueca de Quevedo, como era entonces España, aparentemente gloriosa pero llena de macas y de pupas incurables por dentro.

La edición de *La Lectura* se ajusta a la primera que se publicó en Zaragoza el año 1626, por el editor Roberto Duport. El censor del arzobispado de Zaragoza, Esteban de Peralta, juzgaba

que por la propiedad de las cosas, por la elegancia de las palabras, por la enseñanza de las costumbres, sin ofensa alguna de la religión, debía imprimirse el libro con toda suerte de licencias. ¿No es verdad que aquella censura –sin entrar ahora para nada en la inviolabilidad de los fueros del arte– era la medida de la abyección de nuestro flamante siglo XVII, tan cantado por los que le conocen solo de nombre?

Tierra Soriana (18-11-1911)
El Adelanto (7-11-1911)

El Rey Lear

El verdadero arte de traducir –escribe Benavente, con estas o parecidas palabras en el prólogo de su estupenda traducción de la comedia shakesperiana–, consiste en emplear en el idioma traducido, las frases, los giros, las palabras, hasta las incorrecciones que emplearía el autor, si hablase en el idioma del que le traduce. Naturalmente, el prologuista tenía que tropezar con un escollo; el traductor soñado de esta suerte no puede ser más que el autor mismo.

Pero Benavente es hijo espiritual de Shakespeare. Tradujo y arregló el *Cuento de amor*. Conoce a la perfección el inglés.

Como el dramaturgo viejo, el nuestro no es sólo literato. Ha vivido también.

En el fondo de su obra palpita un poso perenne de amargura. Como Shakespeare, Benavente no sólo compone comedias: las recita y las representa. De Shakespeare ha heredado Benavente la lozanía de ingenio, la comprensión de todas las cosas, la sátira, la delicadeza. Benavente fabrica también hombres y mujeres de carne y hueso, no monigotes deleznables de cartón.

La traducción que hoy nos ofrece *La Lectura* es verdaderamente primorosa. Es de oro de ley el castellano, hermano gemelo de aquel prólogo de *Los intereses creados*. Se saborea con deleite el manjar delicado de aquella prosa, que parece hecha al descuido, y que tan cuidada y cincelada está. Benavente, como Valera, tiene el gusto de la lengua literaria, escrita, y de la lengua hablada. No sabe a cosa artificial como la de Ricardo León, por ejemplo.

Hay pocas buenas traducciones de Shakespeare en España. De traducir se ha encargado siempre gentecilla de poco más o menos, que no conocen ni la lengua que traducen, ni la en que traducen. Los autores más excelsos aparecen deformados. De estos días es una traducción de Leopardi, hecha por *Colombine*, que nuestra farándula periodística ha calificado de admirable. ¡Pobre Leopardi! Nadie ha protestado de la osadía de esta señora, que se atrevió a traducir *Dafnis y Cloe*, después de la versión definitiva de Valera.

El Rey Lear es el primer tomo del teatro completo de Shakespeare, que ha de traducir, todo él, Jacinto Benavente. Y hay nombres y empresas que no necesitan recomendaciones.

El Adelanto (05-01-1912)

Leopardi

El dulce poeta de Recanati, el cantor de Silvia, de la luna, de la tristeza, de la amargura, de los amores rotos, acaba de ser profanado. Se ha publicado un libro sobre su vida[343]; se ha traducido, con ligereza, fragmentariamente, cortando aquí, inventado acullá, su obra. Y el pecado lo ha cometido una mujer.

Y yo no he podido resistir mi triste indignación. Leopardi es uno de mis mejores amigos. Cuando sufro, uno mis tristezas a las suyas y en sus libros hallo consuelo. Cuando estoy alegre, su "infinita vanitá del tutto" me torna a mi terrible desasosiego. Cuando medito en los sueños de juventud que se me fueron, mis ansiosas vigilias de adolescente, cuando trazaba, como él, en el silencio de la noche "la beldad que en los ojos de ella relumbraba", pienso con angustia que es miserable todo presente y que la vida es cadena de presentes.

[343] Carmen de Burgos, *Colombine*. *Giacomo Leopardi*, su vida y sus obras. 2 vols. Valencia, Sempere, 1911. Ya se refirió a ella en el artículo "El Rey Lear" del día anterior.

Y la tristeza al desdoblarse, al contemplarla fuera de mí, se torna en dulce y santa alegría. En la alegría del deber y en la alegría del sacrificio que saben dar sentido a la vida.

A Leopardi le duele siempre su joroba de pobre chicuelo contrahecho y deforme. Le duele, con la joroba, la pobreza de sus padres, los condes secaneteses [¿recaneteses?], de menguada bolsa y blasones pingües. Le duelen su falta de juventud, sus ojos casi ciegos, su mano temblona. Sabe que la mocedad es un santo tesoro cerrado para él. Adivina que las mujeres no pueden adorarle, sino burlarse de él. Y se abraza a la madre Poesía. Ya que no puede dejar hijos de carne, quiere dejarlos de espíritu. Ya que sus sueños quiebren [¿quiebran?], quiere que rebroten en las almas que encuentren la suya en el sendero. Y es tan excelso su arte, tan noble su palabra, tan recto y armonioso su pensar, su queja tan dulce, tan dulce, que sabe convertir su tristeza en malestar cósmico. Que lo hay cuando no se es amado. El amor –dijo Dante en el último canto del Paraíso– mueve el amor y las demás estrellas.

Y a este dulce poeta, de quien dijo su hermana Paulina que había volado al cielo, aunque las gentes decían que fue un hereje, se le mutila, se le deforma, se le interpreta mal, se le desconoce en una biografía española que acaba de publicarse.

Las mujeres siguen siendo ingratas y desaprensivas con el pobre poeta, aun después de muerto. Él no hubiera protestado. Hubiera querido llorar con sus ojos, casi ciegos, y los hubiera encontrado secos como llanura sedienta, tendida al sol, de esta Castilla parda.

El Adelanto (06-01-1912)

Libros clásicos

La biblioteca "Clásicos Castellanos" que edita *La Lectura* de Madrid ha publicado recientemente *El Buscón* de Quevedo, los dos primeros tomos de *Don Quijote* comentado por el Sr. Rodríguez Marín y el primer tomo de las obras de Shakespeare, traducidas por Jacinto Benavente. Digamos algo sobre cada uno de estos libros.

El *Buscón* ha sido anotado por D. Américo Castro. Aunque parece mentira, la colección de Rivadeneyra no nos dio perfectamente depurado los textos clásicos. Los literatos no son precisamente profesionales en achaques de lengua. Hasta nuestros mejores autores, Cervantes, Santa Teresa, Fr. Luis de León, han llegado a nuestra época o deformados como la Santa –véase la edición del Sr. Lafuente– o incompletos como el mismo Fr. Luis cuyo tesoro poético no nos es íntegramente conocido. *La Lectura* ha echado sobre sus hombros la patriótica tarea de darnos, o textos perfectos, o allí donde no es posible, los mejores textos.

Del Sr. Rodríguez Marín, comentador del *Quijote*, había derecho a esperar más. Dos tomos publicados, y aunque no es lícito al cronista hablar de la obra de un escritor más que en conjunto, los dos primeros tomos parecen indicar que el docto erudito sevillano se entretiene demasiado en menudencias anecdóticas. Ni aun su interpretación de "duelos y quebrantos" parece tampoco la más exacta. Además, considera peculiares de Andalucía giros y frases que circulan por toda España. Y sobre todo, el Sr. Rodríguez Marín no hace más que referirse a la edición definitiva que prepara de *Don Quijote*, inconveniente gravísimo en un comentador de una obra clásica.

A pesar de la apología de D. Francisco Rodríguez Marín, confieso que la erudición se me antoja desdeñable cuando no va unida al arte y cuando circula –como diría Croce– por los patios, escaleras y antecámaras del alcázar de los genios. Nadie censura al Sr. Menéndez Pelayo su erudición enorme, porque D. Marcelino es, ante todo y sobre todo, un soberano artista. Nadie se acuerda, en cambio de Clemencin –que rebrota actualmente ora en periodistas profesionales, ora en filólogos discutibles que presumen de hablistas– porque confundía la corteza con la raíz del árbol, el camino gramatical con el lunar de ingenio. Sigo con mi "clásico" en interpretación quijotesca: el libro del Sr. Unamuno. Claro es que no era comentario ideológico el del Sr. Rodríguez Marín, pero tampoco tengo para mí que su labor se limitaba a la eterna referencia, a su edición definitiva, ni a la busca y captura de dichos y frases que no son del exclusivo usufructo de los eruditos.

¿Y quién puede traducir mejor entre nosotros a Shakespeare más que su hijo espiritual el Sr. D. Jacinto Benavente? Tiene harto cuidado de no soltar, a tontas y a locas, autores y más autores, libros y más libros, revistas y mas revistas, cosa disculpable en los que el general dramaturgo

llamaría señoritos de pueblo de la literatura. El que sepa, sin embargo leerle, verá que es un terrible lector y que al hombre no le pasa desapercibido ningún matiz, por ligero que sea, de la cultura contemporánea. Quiero decir que el hombre de ingenio tiene además que ser hombre culto y que Benavente, que tiene el buen gusto de no empedrar sus sabrosas pláticas con los chinarros de los autores que lee de momento, puesto a traducir, traduce muy bien, volcando al castellano, no ya el pensamiento sino hasta el espíritu del dramaturgo inglés con este lindo *El rey Lear*.

Yo he saboreado ya dos veces la magnífica versión castellana y este libro será, no uno de tantos que se leen para no volverse a tocar nunca, sino uno de esos pocos y raros libros que se buscan todos los años en la holganza de unas vacaciones, para saborear con deleite el zumo de gracia y de exquisitez que desprenden de su fruto.

Mundo Gráfico (24-01-1912)

Libros nuevos

El Sr. D. Rafael Urbano ha publicado un libro de ironía mansa, apacible: El M*anual del perfecto enfermo*, que ha prologado el Sr. Francos Rodríguez y que ha editado don Francisco Beltrán. El autor ha reunido varias conferencias que dio en el Ateneo, tejiendo con ellas el presente volumen, que está lleno de gracia, que está lleno de donaire. Nuestra compleja civilización ha concluido con los sanos de cuerpo y de espíritu, y el libro del Sr. Urbano, como el Kempis, debiera formar parte de una biblioteca manuable y de bolsillo. La ironía del autor, rozando sutilmente las cosas, las depura y ennoblece.

Don Ciro Bayo ha publicado una suerte de guía sentimental, por tierras de España, titulada, *Lazarillo español*, que recuerda aquellos viejos libros de la picaresca, rellenos de plasticidad y de intención, que todos recordamos con deleite. El espíritu del Sr. Bayo es de raigambre castiza. Discretamente lo apunta *Azorín* en las líneas que sirven de prólogo al libro. Ciro Bayo ha leído mucho y ha vivido más, a diferencia de los escritores de hogaño, que conocen la vida a través de los libros, y donde no suele palpitar una nota vital, honda, interesante.

Antonio Palomero, el sutil escritor, con toda su tremenda ironía, con todo su aparente escepticismo, es un pobre romántico que todo lo encuentra bien, que lucha por el placer de luchar, que cree, en el fondo, que toda victoria vale lo mismo que un fracaso. Este su libro humilde, *El libro de los elogios*, así lo prueba y patentiza. La mueca de amargura esconde su gesto de piedad, como *Gedeón* esconde, en las entrañas, ni más ni menos que al Mr. Pecuchet, de Gustavo Flaubert. Hay una página que me llama extraordinariamente la atención en el libro; la que Palomero consagra a *Castilla*, de donde es oriundo. Es rica de emoción y de finura aquella página. Como lo es la que dedica a *Los inéditos*, esos pobres forzados de la gloria que no advierten que los papeles se elevan como los globos y que basta un orificio pequeñito, una brizna de aire que se cuele dentro, para que el globo descienda sin la majestad primitiva, quemándose vergonzosamente como un polvorín o una vieja fábrica de salazón.

Colombine ha traducido, fragmentariamente y a saltos, al dulce poeta de Recanati, Giacomo Leopardi. Toda la obra del poeta –7 tomos de los *Pensieri*, 3 del *Espistolario*, uno de las *Poesie*, 2 de prosas y diálogos– caben holgadamente en dos volúmenes del editor valenciano Sr. Sempere. El primero de tales volúmenes es una biografía forjada en la fragua sentimental de la autora, que no es del todo cabal, ni completa. Por Italia circula la biografía de Michele Scherillo, que puede dar luz sobre el asunto. Leopardi no fue un romántico, sino un clásico. Lo que en él parece indómito, es reflexivo y meditado. Antes que todo, fue Leopardi un estudioso conocedor de griegos y latinos, y el estudio de Leopardi, hecho de veras y en silencio, requiere muy variadas lecturas, que exigen muchos años de estudio y de meditación.

El Sr. García Boiza ha escrito un libro sobre aquel taimado y complejo D. Diego de Torres y Villarroel, que sirvió de espanta-pájaros y de engarita-bobos, en Salamanca, al concluir aquel siglo XVIII, tan fecundo en memadas y simplezas de todo linaje. Señor de la paradoja, brujo endiablado, prosista de ley, amigo de embaucar, resucitador de ignorancias y quiromancias a que acostumbró a Salamanca el marqués de Villena, fue el elegante y desconcertador maestro de la Escuela salmantina. García Boiza ha hecho un estudio estimable con unos datos nuevos que ha recogido en París, y luego en su tierra, husmeando los libros del bueno de D. Diego. De proseguir en su labor, apenas comenzada, el Sr. García Boiza, que es muy joven, podrá prestar servicios excelentes a los estudios históricos de nuestra literatura patria.

Mundo Gráfico (07-02-1912)

Navegar y vivir

Coincide con la botadura del *España* en Ferrol la publicación del libro de Gabriel D'Annunzio *Le cansoni di gesta D'Oltromere*, en Italia. Publicó la primera edición el poeta y la secuestró el Gobierno italiano; ahora se advierten puntos suspensivos en las tachaduras oficiales. Hablemos del libro de D'Annunzio.

Para el poeta no es necesario vivir. En cambio, como prescriben las viejas ordenanzas marítimas de las repúblicas de Venecia y Pisa, es necesario navegar. Y canta este su pensamiento patriótico en versos de mármol. "Es necesario navegar, amigos. El mar Adriático es un lago de Italia. Vamos a su conquista, amigos, vamos a su conquista."

Y todos exaltan el libro del poeta. Canta una fe, breza una esperanza en los adentros de sus espíritus, y todos, socialistas y conservadores, hablan de la nueva fe. Y en las huestes de soldados se alista D'Anunnzio, se alista Marinetti, se alistan todos los chiflados. La guerra de Tripolitania –ha escrito Marinetti– es la primera fase del movimiento futurista.

¿Y nosotros, amigos? Bendito sea el *España*. Que nos despierte ecos guerreros, aventuras, hambre de conquista, sed de amores. Recordemos que un barco llevó a las Américas nuestra lengua; recordemos que en nuestros barcos sorprendió el sol de Lepanto la fe de nuestra soldadesca; recordemos esto, amigos.

La prudencia es mala compañera de los pueblos. Necesitamos vivir. Y, sobre todo, necesitamos navegar como quiere el poeta de *La nave* y el poeta de la *Figlia di Jorio*.

El Adelanto (09-02-1912)

Revista bibliográfica

Giacomo Leopardi: su vida y sus obras, por Carmen de Burgos; 2 volúmenes; Valencia, Sempere, editor, 1912.- Shakespeare, I; El Rey Lear (ediciones de La Lectura), traducción de Jacinto Benavente.- Don Diego de Torres Villarroel, por A. García Boiza; Salamanca, 1911.

Solamente a saltos y fragmentariamente ha sido traducido en España el dulce poeta de Recanati, Giacomo Leopardi. Muy conocido el poeta de todos los espíritus cultos, que, por el hecho de serlo, deben de leer tan de corrido en italiano como en su propia lengua, algún editor español, el Sr. Rodríguez Serra, si no nos engañamos, fue el primero que comenzó a publicar los *Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura*, encargando la traducción de los 7 volúmenes, que no llegó a rematarse, a la pluma española del Sr. D. Ciro Bayo. Algunos diálogos del poeta también han visto la luz en algunas Revistas y publicaciones españolas e hispanoamericanas. El Sr. Díez Canedo y otros distinguidos poetas han vertido al castellano algunas de las poesías más celebradas del autor. *A se stesso, L'infinito, La Sera del di festa, La Ginestra.* La señora de Burgos y Seguí ha publicado ahora dos volúmenes sobre el poeta; el primero dedicado a la biografía de Leopardi, consagrando el segundo a la versión de los fragmentos que ha conceptuado más interesantes de las obras en prosa y en verso del poeta italiano.

Si el éxito correspondiera siempre al esfuerzo, yo no tendría más que elogios para la culta escritora conocida en la república de las letras bajo el seudónimo de *Colombine*. Pero falta originalidad, cohesión, en el libro. La autora no conoce, con la perfección que exigen estudios

de tal linaje, el ambiente literario de Italia en la época en que se formó Leopardi, y después, cuando brotaron sus críticos a la superficie. Tampoco tiene nada de extraño que desconozca tales elementos la prensa que, con rara unanimidad, ha elogiado el libro del que escribo.

Con el libro de la señora de Burgos ha ocurrido en nuestro mundo literario lo que le acaeció a un amigo mío, años ha, en cierto pueblo castellano. Mi amigo había abandonado aquel pueblo para comenzar su carrera en Madrid; pero en Madrid conoció a una muchacha, con la que entabló relaciones amorosas, y con la que, andando el tiempo, se casó. Tornó al pueblo mi amigo, su novia era de aquél oriunda, y, a la vuelta, sus compañeros tenían empeño en presentarle una belleza indígena. Y se la presentaron. Y la belleza en cuestión resultó ser su novia, con el consiguiente asombro de los presentadores.

Los descubrimientos de *Colombine* en torno a Leopardi, hace tiempo que cataban descubiertos, sin fatiga, por todos los conocedores del poeta. Hasta con ellos estaban familiarizados, desde que leyeron la mejor de todas las biografías sobre Leopardi, la de Michele Scherillo, que parece, a lo que salta a la vista, desconocer la autora. No había más que dos procedimientos combinados para componer la biografía; uno, estudiar el *Epistolario* del poeta, publicado por los editores señores Monnier, de Florencia, en la edición oficial que imprimieron a expensas del Gobierno italiano; otro, estudiar en Recanati, en Bolonia, en Pisa, en Florencia, en Nápoles, los pasos y aventuras del trágico cantor de *Silvia*. Con el primer elemento, no había bastante, porque eso valía tanto como corregir al autor; el segundo, sin el primero, daba lugar a toda clase de tropiezos y vacilaciones. Además, la vida del poeta era harto sencilla. Vivía reconcentrado en sí mismo, y de vida interior fueron sus principales peripecias. Un punto a estudiar todavía hoy es la formación de su cultura, de su tesoro espiritual. Leopardi, que no creía en la teoría hoy en boga del genio silvestre, y de que el estudio mata la inspiración, fue desde los campos de la erudición y de la reflexión ásperos, a los de la poesía. Para desentrañar su obra poética, hay que hojear antes a los poetas griegos y latinos y a los poetas nacionales –Dante, Ariosto, Tasso, Petrarca–. He aquí una labor sólida, de las que no se improvisan, y la que debió intentar, en primer término, la distinguida autora de la biografía de Giacomo Leopardi.

La autora, por el contrario, ha emprendido la senda romántica y psicologiquera, oreando un Leopardi para uso de los españoles, llorón, afeminado, hastiado de la vida por contratiempos amorosos, espíritu romántico, potro indómito con necesidad de freno, que espera un alma cándida de mujer que le comprenda y mitigue sus duelos y quebrantos. Nada más lejos de la verdad histórica que ese Leopardi, sin embargo. Cierto es que al pobre Giacomo le pesa la joroba, que la casona de Recanati pesa en su espíritu como losa de plomo, que en sus imprecaciones al destino entra el fracaso de su mísera vida de solitario, pero nada más. Hubiera sido Leopardi amado, cortejado por las mujeres, y sus lamentos no hubieran cambiado de tono.

L'infinita vanita del tutto,
… Il bruto poter
che ascosso, a común danno impera,
Amaro e noia la vita, altro mai nulla,[344]

y gritos de dolor semejantes, de duda especulativa, de malestar cósmico son. Tal es, precisamente, el valor del poeta. Objetiva el dolor, lo echa fuera, sabe quitarle el elemento puramente personal, para convertirle en un grito de dolor humano, universal. Y no me detengo en otros pormenores, porque no quiero rebasar el espacio que a las notas bibliográficas suele concederse a estas revistas de libros.

El volumen segundo de la obra de la Sra. de Burgos, también adolece, a mi juicio de muchos y muy graves defectos. No se puede podar a la buena de Dios, a salga lo que saliere, sin estudio y reflexión bastantes, la obra del poeta. Los siete tomos de *Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura*, caben holgadamente, con las poesías y los diálogos filosóficos, en un volumen de proporciones corrientes. La traductora corta, poda y monda allí donde tiene por conveniente. Acaso –y en esto, como en todas las cosas, entra naturalmente el gusto personalísimo y las apreciaciones de índole subjetiva– la autora prescinde de los fragmentos más bellos, más interesantes o más intensos. Las Poesías están traducidas por varios poetas españoles e hispanoamericanos. Algunas, como las del Sr. Diez Canedo, son muy hermosas.

---

[344] Véase nota en «Del pesimismo de Leopardi», *Nuestro Tiempo,* 01-05-1911 (O.C. Tomo IV, página 93).

También Shakespeare toma carta de naturaleza entre nosotros, en la linda colección de clásicos que edita *La Lectura*. Dos palabras sobre tal colección, antes de hablar de la hermosa traducción de Jacinto Benavente.

No está descubierto todavía nuestro tesoro clásico. Los autores de primera fila –Cervantes, Quevedo, Santa Teresa– carecen de textos auténticos. Los correctores, los arregladores hicieron de las suyas y erratas leves, que pudieron muy bien ser corregidas al principio, se hicieron crónicas de edición en edición. Para no hablar de memoria, aquí tengo delante de mis ojos, la edición de las obras de Santa Teresa, que me son familiares, de D. Vicente de Lafuente. Santa Teresa escribió como hablaba la gente de su época. Sus incorrecciones, que tan gratamente suenan en los oídos del que tenga sentido de su lengua, del castellano, parecieron pecados a los eruditos. A pesar de la queja de Fray Luis de León, de que la Santa no necesitaba correctores, porque «en la alteza de las cosas de que trata, y en la seguridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo...» dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale, escribe flaqueza por flaqueda, que es como decía la Santa, aunque por anque, etc. Y así en todos los textos. *La Lectura*, volviendo la vista a nuestro siglo de oro de la literatura, ha querido darnos el texto original, allí donde esto sea posible, y donde no lo sea, el texto más acertado, con un comentario breve y sencillo de cada autor y de su significación dentro del marco de la época. Van publicados varios volúmenes: Santa Teresa –*Las moradas*–, Quevedo –*El Buscón*–, Tirso –*El convidado de piedra y El Burlador*–, Cervantes –tres tomos de *Don Quijote*– Garcilaso –*Poesías*–.

Y al mismo tiempo, quiere dar a conocer los clásicos extranjeros. Ha publicado ya *El Rey Lear*, de Guillermo Shakespeare, encargando de la versión al insigne dramaturgo Jacinto Benavente, tan conocedor del teatro inglés y naturalmente de Shakespeare. Muchas veces, el escollo de una versión estriba, no en conocer bien el idioma del que se traduce, sino en conocer mal el idioma al que se traduce. Nuestros traductores suelen conocer bien el francés, el italiano, el alemán; lo que desconocen... es el castellano. No advierten que nuestra lengua es apta para expresar las emociones psíquicas más complejas, y traducen mal. Benavente, que conoce a la perfección su propio idioma, que ha leído y releído mil veces, en sus propias fuentes, a Shakespeare, ha hecho una traducción digna de los dos. Anuncia *La Tempestad* y la versión del teatro completo del dramaturgo inglés, y tornaremos a ocuparnos en conjunto de su labor.

D. Antonio García Boiza, ha escrito una linda biografía del famoso profesor de la Universidad de Salamanca, D. Diego de Torres Villarroel, que paseó su buen humor por la dorada ciudad del Tormes, allá en las postrimerías del siglo XVIII, cuando los árcades infestaban de memadas y ramplonerías el sereno cielo de las letras castellanas. Castizamente salmantino fue D. Diego de Torres. Era, por un lado, continuador de aquellos nigrománticos y quirománticos que creó la fantasía del Marqués de Villena, con todo aquello de las cuevas de San Cebrián, y precursor, por otro, de los ingenios de hogaño, profeta, valga la frase, de Unamuno. Amó la paradoja y la bizarría, sin dejar de amar las mujeres, el bueno de D. Diego. Sabia lenguas y ciencias naturales. Fue un humorista. Gozó de la popularidad de su rincón. Y los estudiantes le llevaban a sus pueblos, en vacaciones, las alforjas cargadas de los donaires del gran *Piscator*.

El Sr. García Boiza, ha reunido unos datos muy interesantes en torno a Torres Villarroel, y es cosa de alentarle en su camino para que no desmaye y para que nos dé algún día –es muy joven – un libro de enjundia sobre el extraño señor, autor de libros paradójicos, regocijados y amenos.

Nuestro Tiempo (Marzo-1912)

Libros y folletos

La vida de Torres Villarroel.- La introducción de Federico de Onís.- Los reaccionarios de antaño y hogaño.- No metamos el remo.

Don Diego de Torres y Villarroel, profesor de prima de Matemáticas en la universidad de Salamanca, era un zumbón, peregrino, desahogado y castizo ingenio.

Si viviera hoy en Salamanca, si paseara bajo los soportales de la Plaza y tomara café en Novelty con Rubio y con Unamuno, sería un terrible, un inquieto, un mordaz murmurador.

Habría revelado en los papeles los nombres de los que andan por esas traseras de la Catedral, quebrantando la honestidad de las doncellas, hubiera hablado en el banquete de Isidro, sería compañero nuestro en LA CIUDAD, escribiría en *El Adelanto* de astrología y de santoral y cultos.

Muerto hace siglo y medio, hizo por la vida lo que pudo: divertirse todo lo posible con el Claustro, con los Mariano Amador y los Federico Brusi[345] de antaño –*nihil novum sub sole*[346]– torear en las capeas de Doñinos y de Santa Marta, poner los puntos a las jamonas sabrosas de buen ver, escribir en prosa robusta y pintoresca sus andanzas de pícaro y de hampón corriente y moliente a todo ruedo.

Tenía don Diego unos labios desdeñosos y plegados, como Voltaire. Anduvo de la ceca a la meca de brujo, de curandero, de profeta, toreando, huyendo de las garras de la justicia, aburrido de la monotonía del hogar. Estudió poco y a salga lo que saliere. Aborrecía los médicos y los letrados. Le dio el naipe por la astrología, ciencia de conocido abolengo en Salamanca desde los dichosos tiempos del marqués de Villena y de la cueva de San Cebrián.

Hasta es de buen tono sospechar dándolas de erudito que fue don Diego el que suministro a su colega don Juan de Dios los peregrinos datos que sobre la nigromancia salmantina le pidió el padre Feijóo.

Don Diego fue catedrático de la Universidad en aquel siglo XVIII, en que la Universidad estaba mucho peor que ahora, en que está bastante mal. Antaño, como hogaño, era profesor cualquier astrólogo, hasta por oposición flamante.

Don Diego contaba con la devoción de los escolares, y ellos le dieron el triunfo, sonadísimo como ningún otro en el espacio comprendido entre la puerta de Aníbal y la Puerta de Zamora.

La historia cabal de sus andanzas, agradables y graciosas, está comprendida en esta *Vida de Torres Villarroel*, que lleva una introducción muy atinada, como suya, de Federico de Onís, que ha sabido matizar las notas que ilustran el texto de agradable erudición, interesante para todos y especialmente para los salmantinos.

Como documento de aplicación contemporánea, no tiene rival esta risueña *Vida del doctor Torres*. Es una requisitoria en regla contra los reaccionarios que asoman la cabeza, en nuestra ciudad, desde esos periódicos de Dios, cantando la vida miserable que pasó para nuestra Escuela.

Las oposiciones se hacían con ganzúa. En los colegios vivía gente soez y holgazana; en ellos se entraba por los empeños de la amistad y del favor

El rey Carlos III, que no podía pensar en español porque no lo era, extranjerizó las instituciones académicas de la ciudad, estropeándolas. Profesor había, cítalo con su nombre y apellidos el doctor Torres, que era muy fresco, don Pedro Samaniego, que parece arrancado de un cuadro de la época.

«Los que conocían al maestro –dice Torres– y conocían al discípulo podrán discurrir lo que el me pudo enseñar, y yo aprender. Acuérdome que nos leía a mí y a otros dos colegiales por un libro castellano, y este se le perdió una mañana viniendo a escuelas; puso buenos carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo volviese. El papel no apareció, con que nos quedamos sin arte y sin maestro, gastando la hora de la cátedra en conversaciones, chanzas y novedades inútiles y aun disparatadas» (*Vida, página 53, 2-12*).

Federico de Onís, que cae del lado de los chicos formales para su ventura, dejando aparte, acaso con exceso, lo que hay de frescura; de gracia, de arte, de espontaneidad, en el libro del alegre doctor salmantino, nos dice que publica esta *Vida*, no porque se trate de una obra maestra, sino porque se encuentra ante un libro representativo, y porque su autor, Torres, parece que se da cuenta de que el problema de España es un problema de cultura.

Históricamente, cree el señor Onís que Torres se encuentra en Quevedo, cuyas huellas se perciben demasiado en nuestro escritor. A mí, sin embargo, me gusta más el discípulo que el maestro. A Quevedo le encuentro seco, inhumano; no se emociona jamás; es despiadado y ve la vida sin amor.

Torres es ya un hombre. Ha llorado mucho y ha reído mucho. Conocedor de las simplezas humanas, tiene para ellas una sonrisa, mucho más simpática que el eterno látigo de Quevedo. Y no es don Diego tan conceptuoso y tan estirado, como el señor de la Torre de Juan Abad.

[345] Catedráticos ambos de Salamanca e integristas católicos.
[346] "Nada nuevo bajo el sol".

Recordad, por ejemplo, lo que dice de esas mascaradas universitarias que ahora quieren resucitar para conmemorar la batalla de Arapiles. «Tomé el grado –escribe– el jueves de ceniza del año 1732, en el que no hubo especialidad que sea digna de referirse; solo que el martes antes, que lo fue de carnestolendas, salió a celebrarlo con anticipación festiva el barrio de los olleros, imitando con una mojiganga en borricos el paseo que por las calles públicas acostumbra a hacer la Universidad con los que gradúa de doctores. Iban representando las facultades sobrevestidos con variedad de trapajos y colores; llevaban las trompetas y tamborilillos los bedeles, reyes de armas y maestros de ceremonias y concluyeron la festividad y la tarde con la corrida de toros con que se rematan los serios y costosos grados de aquella escuela. Díjose entonces que yo iba también entre los de la mojiganga, disfrazado con mascarilla y con una ridícula borla y muceta azul, pero dejémoslo en duda, que el descubrimiento de esta picardigüela no ha de hacer desmedrada la historia». (10 20, 126 y 1-8, 127).

No hagamos, pues, parodias para que se rían en nuestras barbas los Villarroeles de agora. Y leamos este libro. Él nos enseña muchas cosas. La primera, a no desdeñar nuestra época, que es mejor que todas las pasadas. Cierto es que don Pedro de Samaniego ha dejado descendencia en Salamanca, pero los don Pedros son una excepción; por eso nos reímos de ellos a mandíbula batiente.

Y dejemos en paz a la Escuela, que era un vivero de reaccionarios, de afrancesados indecentes; años después de Torres, cuando estalló el movimiento patrio de la Independencia, Sánchez Barbero, asqueado del servilismo adulador de aquellos doctorcillos, sus colegas, marchó a conspirar a Madrid, porque en la gloriosa Escuela dominaba el sistema del soplo.

Perdonadme que haya tomado de pretexto el libro de Torres para decir cosas que quería dejar consignadas.

La Ciudad (06-04-1912)

Italianas

Nuova Antologia. 15 de Junio de 1912.

Pensiones obreras, por M. Ferraris.

El ilustre Director de esta Revista, parlamentario y sociólogo distinguidísimo, publica un interesante artículo, que a continuación extractamos:

«Recientes discusiones parlamentarias han dado actualidad al tema de los seguros obreros y de las pensiones a la vejez.

Las pensiones obreras son una de las más hermosas y simpáticas empresas que preocupan hoy a los pueblos civilizados. Se discute sobre ellas en las Asociaciones, Congresos y periódicos de todo el mundo. Surge luego, de vez en cuando, alguna ley más o menos importante, más o menos seria, que señala el tránsito de la agitación a la actuación práctica. Todo dependerá de los millones que se presupuesten. La solución social quiere decir siempre dinero, que hace, no solamente la guerra, sino la paz de los pueblos.

Italia no debe separarse de esta orientación.

El problema de las pensiones obreras está sobre el tapete. A sus antiguos defensores Cabrini, Casalicci, Chiesa, Cottafair, Luzzattl, Rava, se suman hoy otros nuevos combatientes: Crespi, Gallenga, Rubini, Salandra...

No es cosa de discutir ahora sobre la utilidad de las pensiones obreras. Pero es pertinente que hablemos de su posibilidad.

Hay dos grandes tipos de pensiones obreras: el seguro (Alemania) y la pensión gratuita del Estado al obrero (Inglaterra).

En el seguro obligatorio en Alemania y Francia, libre en Bélgica e Italia, el obrero se suscribe en una Caja, y luego de una serie sucesiva de desembolsos, tiene derecho a una pensión para la vejez. Es el sistema clásico, ortodoxo, de la previsión social.

Sin una acción perseverante del Estado, el seguro voluntario ofrece malos resultados. Según el balance de nuestra excelente Caja Nacional de Previsión, dirigida por el Marqués Ferrero de Cambiano, el obrero que entrega 10 pesetas anuales en forma de mutualidad, obtiene:

- a los sesenta años –después de treinta y cinco– una pensión anual de 88,36 liras, es decir, de 24 céntimos al día;
- a los sesenta y cinco, 158,38, o sea 43 céntimos diarios.

Esto no conduce a parte alguna.

El seguro obligatorio alemán ya es otra cosa. Hay 15 millones de asegurados, con un capital, en marcos, de 893.684.800.

En Inglaterra la pensión tiene carácter gratuito. El Estado entrega a todo ciudadano que haya cumplido setenta años, que no tenga fortuna ni mala nota, una pensión máxima semanal de 6 francos con 25 céntimos. En francos, hoy suponen tales pensiones 323 millones de francos al año. En 1911 había 907.000 pensiones, que recibían 5 chelines semanales; otros, menos, todo lo cual suponía al Estado 300 millones de francos.

Lloyd George anunciaba que, con su reforma tributaria, el Estado ganaría 625 millones al año, y, después de atender a todos los casos de previsión social, calculaba que habían de sobrarle 165 millones.

Clasificando las pensiones obreras, obtenemos:

1º La previsión libre, más o menos amparada por el Estado (Italia y Suiza), del todo ineficaz.

2º El seguro obligatorio, al que concurren el patrón, el Estado y el obrero, con impuestos fijos (Alemania y Francia).

3º Los pequeños subsidios del Estado (Bélgica y Francia).

4º La pensión universal gratuita del Estado, al llegar una edad determinada (Inglaterra).

¿Qué sistema es preferible? ¿El inglés? ¿El alemán?

Este es lógico y orgánico. La pensión de la vejez es la conquista y el premio al ahorro, a la tenacidad, al orden. El inglés parte del sentimiento de humanidad y filantropía. Responde a la política social de aliviar los dolores y de reforzar la paz entre las distintas clases.

Mis simpatías están con el sistema inglés.

Pero ¿en Italia?

En Italia el sistema inglés no daría resultados por no contar, hoy por hoy, el Estado con medios para ello. Mejor que aceptar cualquiera de estos dos sistemas, convendría combinarlos discretamente en nuestro país.

El sistema inglés tiene una superioridad innegable: la de obrar rápidamente. En cuanto la ley fija una cantidad, lo demás está hecho en seguida.

Idealmente es muy bonito decir al obrero: «Imita a la hormiga; ahorra toda tu vida, cuida de tu vejez.» Pero la acción de este sistema es lenta, muy lenta, e incompleta. Deja fuera todos los que no se han procurado una pensión. Por eso precisamente está mejor el sistema inglés; no deja fuera a ninguno de los que han cumplido cierta edad y reúnen ciertas condiciones morales.

Mi ideal sería que, por el momento, en cierto número de años, según la posibilidad económica, el Estado acordase un subsidio a la vejez de 60 liras anuales (cinco al mes), comenzando por los más viejos, hasta llegar a los sesenta y cinco años. Al mismo tiempo podría organizarse un seguro obligatorio de tal género, que todo asalariado, obrero o aldeano, pudiese alcanzar un subsidio mínimo de 60 liras. De este modo pudiera llegarse pronto al subsidio mínimo combinado de 10 liras al mes.

Pero ¿qué son 60 liras al año? –dirá el que dispone de ellas a la semana o diariamente–. Pues son el alivio de mil pequeñas necesidades, frecuentes en el campo. Que se pregunte en Bélgica, donde los obreros pobres tienen 65 liras al año; en Alemania llega a 140 liras; entre nosotros, a 49,17.

Vamos ahora al aspecto económico.

En Italia hay 900.000 individuos entre sesenta y cinco y setenta años, y cerca de 1.200.000 de más de setenta; en total, dos millones de viejos, contando los inválidos, que costarían 120 millones de liras al Estado anualmente.

¿Es una fuerte carga al presupuesto esta cifra? Sin duda; pero puede soportarla. Puede irse cargando el presupuesto durante diez años: 12 el primero, 24 el segundo, 36 el tercero, etc., subvencionando a 200.000 cada año, prefiriendo los más viejos, y así, paulatinamente, puede irse resolviendo el conflicto.»

La Lectura (Mayo-1912)

"Lecturas españolas"

La crítica profesional acoge la publicación de este libro de *Azorín* con un gesto ambiguo, con un abrazo escamón o con una mueca terrible de petulancia que, en nombre de la ciencia y de Europa, como fiel embajador extraordinario, se cree en el caso de exteriorizar Ramiro de Maeztu. Ha cambiado el mundo de las letras de algún tiempo a esta parte. Los culturales forman legión. Se bendice, se excomulga, se define, se afirma, se niega, doctoralmente, dogmáticamente. Kant es Dios, y Pepe Ortega y Gasset es su profeta. Se habla contra la voluntad, contra el entusiasmo. Nosotros, como pueblo, estamos perdidos, porque creemos en el héroe cultísimo, en la voluntad, porque nos dejamos llevar más de lo que fuera menester de lo personal, de lo subjetivo, de las tendencias personalísimas y antisociales de nuestra propia naturaleza. Los que preferimos por las tardes el Parque del Oeste a la cátedra de Pepe Ortega, somos unos pobres diablos. La inteligencia nos salvará, la modestia, la abnegación, la ciencia. Somos africanos disolventes.

No tenemos poesía, literatura, filosofía, nada. No hemos inventado la máquina de coser, la pianola, el fonógrafo, ni siquiera las bigoteras. Hemos pasado por el curso de los tiempos soñando. El misticismo es una plaga de nuestra psicología. El histerismo de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, nos tiene atenazado el espíritu. Realmente, nada se ha hecho en España hasta que regresó Pepe Ortega de Alemania. La historia de España comienza ahora. La prensa no tiene más que un nombre glorioso: el de Ramiro de Maeztu, desde que se hizo culturista, que antes de ese bautismo, el mismo interesado afirma que se dejaba llevar de los impulsos inconscientes de la raza.

Azorín –dicen los culturales– se desdobla. Tiene dos personalidades. Acaso tres desde la publicación de *Lecturas*. Antes de Maura, en Maura y después de Maura. Antes de Maura, europea, cultural, objetiva, kantiana. En Maura, española, mística, verbalista, subjetiva. Después de Maura, ahora mismo, en el mes y año del Señor que corren, mixta. Comienza *Azorín* a preocuparse del problema de cultura, pero el verbalismo ha dejado fuertes raíces en su espíritu. Quiere tornar a los campos de la inteligencia, pero ha convivido el hombre varios años en el pecaminoso salón de conferencias. En una palabra, *Azorín* es un pobrecito convaleciente, y ellos, los culturales, le tienden amorosamente los brazos, pero sin acercarse a él demasiado, por miedo al contagio. El amor debe imponerse a palos. Curar a nuestros hijos no quiere decir que nos contagiemos nosotros.

Traducido al romance, despojando el lenguaje cultural, de sus neblinas y de sus vacilaciones gramaticales, esto que yo digo y no otra cosa quieren decir los elogios embozados que consagran ellos a este nuevo y primoroso libro de *Azorín*. Primoroso libro de un artista que ha hecho de[l] estilo instrumento ciego de su emoción, que sabe decir las cosas que quiere y como quiere, que nos da sensaciones nuevas, desconocidas, en una lengua clara, limpia, densa, desprovista de artificios y de habilidades.

Azorín es artista y *Azorín* es pensador. Artista, evocando los jardines viejos de nuestras catedrales, de nuestras vetustas casas apolilladas, esos faroles rotos de los jardines municipales, esos interiores lúgubres, obscuros, desmantelados, donde las solteronas sueñan la llegada de un príncipe y las viejas exclaman: "¡Ay, señor!". El poder de evocación de *Azorín* es realmente portentoso. Y tiene otro aspecto el libro, inactual, permanente. Sin pretenderlo, con toda modestia, este libro es un índice de la preocupación nacional en los grandes escritores de todos los siglos:

Luis Vives, Baltasar Gracián, Cadalso, Larra, Mor de Fuentes, Galdós, Joaquín Costa. Todos ellos achacan nuestro estancamiento a la pereza, a la rutina, a la falta de curiosidad intelectual. *Azorín* apunta tímidamente su parecer; el despego al arte, a nuestra historia pretérita, el desconocimiento de nuestra psicología.

Mas el problema de un pueblo no es exclusivamente un problema mental. Del libro de *Azorín* no puede desprenderse semejante consecuencia. Hay problemas concretos y nuestra política se ahoga en un mar de generalidades, de abstracciones, de huecas y sonoras frases: eso no quiere decir que no hagamos política, sino que cambiemos de política haciéndola concreta, legislando para nuestro pueblo, para cada momento, para cada necesidad urgente y apremiante.

La creación de voluntad, el sacar fuerzas de la flaqueza del ánimo, el caminar a prisa, son cosas que se rozan con el entendimiento, sí, pero que caen, sobre todo, en la zona de la voluntad.

La inteligencia no dirige toda la vida; sobre todo, no es un manantial de consuelos. Nuestro misticismo queda siempre en pie, aunque pese a los señores culturales. Siempre tenemos un problema nuestro, personal, puramente subjetivo, que no ha de resolvernos la ciencia. Pensamos una cosa y queremos otra. Aunque se demostrara que después de la muerte no hay nada, nuestro corazón no lo creería. Somos así.

Azorín, preocupado seriamente por la suerte y por el porvenir de España, no acude a fórmulas ni a temperamentos de otros países.

Bebe en la fuente de nuestra propia historia, parte del carácter nacional, fija los caracteres de lo que él llama genio castellano.

Y procede bien. Nuestra mentalidad no puede ser la mentalidad alemana, porque los alemanes ven las cosas en abstracto o no las ven, y nosotros las vemos en concreto o no las vemos. Aplicar a nuestro pueblo fórmulas que se hicieron para otras razas, en otras circunstancias, con otros factores históricos, sería un tremendo dislate. *Azorín* sabe que la salvación está en la cultura, pero en nuestra cultura. No es un libro pesimista el suyo. Se vislumbra, a lo lejos, el vivo resplandor de la esperanza.

Y sobre todo es un libro bello, lector. En *Lecturas españolas* está el primer escrito contemporáneo. Un crítico sagaz, finísimo, completo, cuando juzga a Galdós. Un observador agudo, que se apodera de las cosas y de las relaciones de las cosas, es decir, de su esencia. El excelso evocador de esos pueblos muertos, tendidos en la llanura, con ese fondo de silencio roto por las campanas que tañen y por los corros de niños que juegan y cantan en las plazas solitarias a la caída de la tarde.

El Adelanto (17-05-1912)

"La ruta de Don Quijote"

A las cinco de la tarde doy una vuelta por los pasillos del Congreso. Movimiento inusitado en los pasillos. Gasset, solitario, se tira nerviosamente del bigotillo; Burell, solemne, habla con su voz gruesa de imperativos éticos; don Juan de la Cierva, rodeado de un grupo de conservadores, conversa en voz baja, despacito. A la entrada del salón de conferencias, me encuentro con *Azorín*. Charlamos. Los dos buscamos el arrimo sedante de un rincón.

– Hola, ankkantiano, anticultural –me dice el escritor maravilloso–. ¿Qué hay por aquí?

– Permítame que le devuelva la pregunta. No sé; vengo de la calle; no me importa esto.

Un ujier, respetuoso, interrumpe:

– Señor *Azorín*, una comisión quiere saludarle.

Azorín considera un hecho insólito, extraordinario, que le busque una comisión y que una comisión quiera saludarle. Esperemos. La comisión la forman dos salmantinos: Federico de Onís y Luis Bello, el donoso y sutil cronista que naciera en Alba de Tormes. Los cuatro charlamos como buenos colegas. Hablamos de la muerte de don Marcelino[347]. Luego, de la provisión de la jefatura de la Biblioteca nacional. Suenan varios nombres: Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Cotarelo, García Gómez, Onís y Bello se despiden; marchan a la Casa del Pueblo. *Azorín* y yo salimos también, pero en dirección opuesta; el ambiente de la Cámara está –¿y cómo no?– irrespirable.

Azorín es hombre de pocas palabras. Sonríe, deja caer una advertencia, torna a sonreír, calla. Observa con atención, vuelve a observar, en su cara de luna llena se dibuja una sonrisa.

– ¿Se va usted pronto fuera? –me pregunta.

– Sí.

– ¿A Salamanca?

– No, a Cataluña.

Hablamos de Cataluña parcamente. Aquel pobre Maragall ¡qué buenazo era! Barcelona, con sus anchas y limpias calles, con sus parques, con sus jardines, es una hermosa ciudad. El paisaje limpio, purísimo, con la enorme ciudad abajo, con la ancha faja del Mediterráneo que azulea a lo lejos, visto desde la cumbre del Tibidabo, impresiona la sensibilidad artística de *Azorín*. Él marchó allá, de periodista, cuando estallaban las malas pasiones del separatismo; cuando las

[347] Marcelino Menéndez Pelayo, fallecido el 19 de mayo de 1912.

ideas regionalistas se expresaban en tonos de violencia y de acritud; cuando el doctor Robert inventaba un cráneo nuevo para los catalanes; cuando Alberto Rusiñol y Domenech, infantiles en el fondo, decían cosas terribles que sonaban duras al oído de los cucos en el Parlamento. Aquella fiebre pasó ya. Hoy nos entendemos todos, nos estrechamos todos la mano, vitoreamos a Millet en Madrid y vitorean a Arbós en Barcelona. Llegamos a casa de *Azorín*:

– Suba usted –me dice.

– Gracias, no puedo. Me esperan en el Suizo.

– Suba usted, hombre –repite el autor de *Los pueblos*–. Ya no se acuerda de *La ruta de don Quijote* que le prometí.

Subo por el libro. El despacho de *Azorín* es limpio; unas persianas le retienen en deliciosa penumbra. La mesa de trabajo, ancha no tiene esos papeles, esos periódicos, esos librotes, esos remeros de cuartillas, absurdamente amontonados, de los despachos de los escritores. Unas buenas fotografías del Greco, de Velázquez, cuelgan de los muros; *Azorín* tiene algo de sibarita. Con una pluma gruesa, lentamente, escribe la dedicatoria. Y sonríe:

– Tome usted.

Abro, al azar, el libro. Es una hermosa edición ilustrada con tipos, con paisajes de Ruidera, de Argamasilla, de Puerto Lápiche[348], de Esquivias. ¿No recuerdas, lector, el peregrino libro que se reedita ahora? ¿No recuerdas aquella impresión *La novia de Cervantes*, de la que se habló tanto antaño como hogaño de una oreja del Gallito? ¿No te acuerdas más de los académicos de Argamasilla? ¿Y de Xantipa? ¿Y de doña Isabel? ¿Y de los hidalgos que pelean a punta de ejecutorias? ¿Y de las mujeres tristes que suspiran, y de las mozallonas contentas que esperan, de la señora del médico, de la señora del alcalde? ¿No has vuelto a abrir más las evocaciones manchegas de este sutil, de este elegante, de este maravilloso escritor contemporáneo?

De América han rogado a *Azorín* que reimprima el libro; nuestro querido amigo lo ha reimpreso.

Treinta o cuarenta fotografías estupendas, hermosísimas, evocadoras, ilustran el texto. Allí verás al ingenioso hidalgo, al buen Sancho, a su mujer, a Sanchica, la casa de los Carrascos, la de los Quijanos, el corral de la señora Dulcinea, la cueva de Montesinos. Los siglos son piadosos y van conservando, sin desfigurarlos, los tipos y los paisajes. La sobrina de don Quijote que, después de la muerte de su tío, debió casarse con el Bachiller Carrasco, sigue espumando el caldo del puchero y haciendo la novena de las ánimas.

El canónigo de Sigüenza continúa iluminando el mundo con sus silogismos, con sus sorites, con sus dilemas de dos filos. Las mozas de la venta, la Tolosa y la Molinera aún se burlan de los andantes caballeros. El ventero, socarrón y pacífico, lee ahora las crónicas de Dicenta en *El Liberal*, da dinero prestado y se solaza con las mozas, después de sus ayunos en los Percheles de Málaga, en el Azoguejo de Segovia y en las Ventillas de Toledo. Don Quijote prosigue con sus noches de claro en claro y con sus días de turbio en turbio. Y Dulcinea, la eterna Dulcinea de nuestros sueños, la creación más humana del anhelo amoroso, cribando el grano en el corral de su casa labradora, permanece eternamente sin darse cata de los suspiros, de las angustias, de las trovas que los caballeros lanzan en silencio, prendados de su fermosura y gentileza.

El Adelanto (29-05-1912)

"Castilla"

"Se ha pretendido en este libro aprisionar una particular del espíritu de Castilla" –nos dice *Azorín* en su primoroso libro–. Y añade: "Una preocupación por el poder del tiempo compone el fondo espiritual de estos cuadros. La sensación de la corriente perdurable –e inexorable– de las cosas, cree el autor haberla experimentado al escribir algunas de las presentes páginas".

Lo cree con modestia *Azorín*, pero lo asegura con fruición el leyente, así que he leído –y vuelto a leer– las páginas aladas, sutiles, sorprendentes, evocadoras de *Castilla*. Se diría que cada día escribe mejor *Azorín* sino [sic] escribiera siempre mejor, sino [sic] fuera por antonomasia el más pulcro y exquisito de todos los estilistas castellanos. Su léxico es cada vez mas rico; sus giros más abundantes y felices cada día; su encanto, más indefinible, vago y misterioso.

[348] Antigua denominación de Puerto Lápice, municipio de Ciudad Real.

Asistimos –y esto es lo más interesante– a su renovación espiritual. No vuelca sus frases con ironías, no le seducen las bagatelas y frivolidades; junto a la preocupación del tiempo, hay otra en este libro: la del futuro espiritual de su pueblo. Aprovechando los hilillos tenues que yacen enredados en la secular madeja de nuestra modorra, quiere asomarnos *Azorín* a los escasos ventanales por donde han visto la marcha fatal, inexorable, de las cosas y de los hombres, a través del tiempo, los ingenios despiertos de la raza. Ayer nos hablaba de Cadalso, de Larra, de Mor de Fuentes. Hoy nos cuenta lo que Mesonero Romanos y Lafuente dijeron de los ferrocarriles y de la transformación que habían de traer uniendo, fundiendo los pueblos en ideales comunes. Y nos muestra los libros viejos donde vibran las preocupaciones de hogaño, no de otra suerte que su estilo denso, apretado, sobrio, aprendido en los viejos modelos, es el contenido de las palpitaciones, de las angustias, de las inquietudes, de las perplejidades del complicado espíritu contemporáneo.

Azorín vuelve al inagotable manantial de la tradición española, para valorarla y justipreciarla exactamente, con la tabla de valoraciones actual, moderna, corriente. Quevedo, visto por un contemporáneo, es menos interesante y complejo que visto por un mozo consciente del día. Para el contemporáneo, es el término de una cadena que concluye en sus obras. Visto hoy, reunimos mayor cantidad de comparaciones para aquilatar el juicio, y lejos de ser el término de una cadena es el principio de otras cosas sucesivas, que nos explicamos mejor, cuya clave encontramos en el temperamento del señor de la Torre de Juan Abad, que es a la vez consecuencia de otras causas, que no destacaríamos demasiado claramente si las viéramos cercanas como ese supuesto contemporáneo. El tiempo que todo lo esclarece y transforma, que es el tamiz de todas las cosas, el anteojo que exactamente se ajusta a nuestra vista, clasifica y ordena lo que más enmarañado y confuso parecía.

Castilla es un libro de evocaciones. Nada más eterno que el paisaje, el paisaje que es el espíritu de una raza, el escenario de sus vaivenes, lo único que permanece inmutable, inconmovible, perenne; *Azorín*, pinta una vez más el paisaje. Y nada más eterno que el dolor, que es padre del progreso, de la cultura, achaque de la humanidad que trata de evitarlo y cada vez se abraza a él con mayor intensidad; *Azorín*, evocando palabras de Garcilaso, de Virgilio, eternas palabras que hallan siempre eco en el corazón del hombre, las revive nuevamente en el tañido de una flauta que llora en el silencio de la noche, en la angustia de un mozo enamorado que es víctima de engaños mujeriles, en el dolor de una familia que se deshace, perdiendo su quietud, para encararse temblorosamente con la incertidumbre de los días venideros.

Estas páginas que primitivamente fueron impresiones periodísticas del *ABC*, de *La Vanguardia*, entran en el libro por derecho propio, destinadas a vivir en él larga vida, para eterno esplendor de nuestras letras. *Azorín* se afina, se sutiliza, se reconcentra más y más. Bajo la máscara de su serenidad clásica, esconde un temperamento rico de emociones.

He aquí: *Castilla* es un libro de emociones. Emociones de un hombre culto, sensible, complejo, que conoce todo el pasado de su raza, que sabe evocarlo maravillosamente, no para yacer en él con delectación morbosa, sino para preguntarse angustiosamente por su futuro, para determinar, si es posible, para presentir, a dónde van estas ondas del tiempo que pasan, que vuelven, que tornan a pasar y tornan a volver. Nubes blancas, redondas, que contemplamos sobre el cielo azul, en la lejanía. ¿Dónde vais? ¿Qué es vuestra vida sino imagen de vuestro espejo?; ¿Qué somos ante vosotras? El problema de España ¿es objetivo de cultura, de acción fecunda y silenciosa en el tiempo o de anhelo individual, místico, adentrado en nuestro propio yo, de exaltaciones y depresiones místicas? *Azorín* nos advierte cautamente que para él, el problema es de cultura, de curiosidad, de buceo en el pasado de las cosas y de confianza en lo porvenir.

El Adelanto (13-11-1912)

Italianas

Nuova Antologia. (1 de Febrero de 1913).

Sobre el beso en el arte.

Cuenta Nemi con su gracejo de costumbre –diserta el Dr. Kopke– afirmando que su razón psicológica es la sugestión del amor. Viejo, distinto, inagotable como el amor, el beso acompaña siempre a la persona amada desde la cuna a la tumba.

En todos los tiempos, el beso ha sido siempre uno de los temas favoritos por los artistas y por los poetas, pero el artista –añade el mismo Kopke– debe ser más cauto en sus representaciones que el poeta. Como dice Schiller, lo que se le permite a un poeta no se le consiente a un pintor, porque el primero nos pone las cosas ante la imaginación y el segundo ante los sentidos.

Kopke cita varios lienzos donde se pinta el beso, entre ellos una Madonna de Rafael en Munich, que besa al niño. Muchos artistas –Ludwig, Richter, Hans, Thoma, Carrière– han pintado niños que se *besan entre sí*, de una manera nueva y original.

Entre tales cuadros merece citarse uno del Ticiano, en el Museo del Prado de Madrid. En la colección de Moreau, en París, hay un cuadro titulado *Intimidad,* en el cual la madre da a besar el nene a una hermanita que está arrodillada delante de él.

En muchas *Adoraciones* encontramos el beso; hay una, por ejemplo, de Murillo, en Berlín, en la cual, San Antonio, está besando al Niño Jesús. En otra pintura de Botticelli, en Florencia, la Virgen da a besar el Niño a los Reyes Magos; otras representaciones del beso pueden estudiarse en algunas *Pietás.* En un cuadro que puede verse en Múnich, de Botticelli, vese cómo María se abandona inconscientemente entre los brazos de San Juan, mientras María Magdalena acaricia la cabeza coronada del Salvador y le besa en la frente.

Otra variación que no debe de olvidarse es el beso de amor entre hombre y mujer. Kopke cita dos ejemplos célebres: el encuentro de Jacob y Raquel, de Palma el Viejo, en Dresde; la maravillosa escultura de Rodin *El beso,* en el Museo de Luxemburgo de París.

El articulista no estudia muy detalladamente, sino a grandes rasgos, las representaciones del beso en la historia artística. Podemos añadir a estos ejemplos los de *Amor* y *Psiquis,* del Museo capitolino, y el no menos célebre grupo de Canova. El beso es un tema favorito, muy desarrollado, en las pinturas y esculturas contemporáneas.

A continuación se ocupa Nemi de la moral en la calle. Tema es este que apasiona en Francia. Los escaparates de las tiendas están repletos de objetos pornográficos; los kioskos, también; en algunos rincones de Montmartre, so pretexto de arte, se hacen las exhibiciones más escandalosas. «Es la primera vez –escribe Paul Flat– que un Gobierno republicano, lógico con la línea de conducta que se ha trazado, la de gobernar, hace frente a una de las mayores fuerzas de Francia: la pornografía. Me alegro en nombre de la moral primero, del arte después y de la nación que tan interesada debe estar en esta lucha.»

Hasta que la moral no tenga un valor propio y una sana eficacia en la vida práctica, no se podrá respetarla ni hacerla respetar en público. «Recuerdo un incidente –escribe también Flat– de que fui testigo. Estaba en un coche público con todos los puestos ocupados. En el interior estaba sentado un hombre de cincuenta años, y junto a él la hija, que podía tener catorce o quince. En frente de este caballero había un viajero que sacó una estampa pornográfica. Rogóle el padre que la retirase, y el viajero no hizo caso. El padre, de un bastonazo rompió la estampa, sin protestas del que la exhibía, que, dicho sea en descargo suyo, permaneció impasible". Evidentemente, el buen padre protegía la inocencia de la chica. Nadie protestó; pero nadie tuvo la ocurrencia de romper la estampa, como la tuvo el padre, interesado en ahorrar tal espectáculo.

Sería cosa de hacer siempre lo mismo en otras partes. Para las personas serias tales cosas son inofensivas –hasta cierto punto, al fin y al cabo, nada más que hasta cierto punto–; pero para los jóvenes de ambos sexos son un verdadero envenenamiento moral. Basta que recordemos los años de nuestra adolescencia para darnos cuenta del peligro que ciertas imágenes, no ya eróticas, sino sensuales, han tenido en la formación del espíritu de un joven.

La moral es una cosa y el arte otra; pero ambas de cierta eficacia en nuestra vida, que en lugar de caminar aparte, deben ir amigablemente unidas. Puede conseguirse esta amistad combatiendo lo inmoral y purificando la sociedad.

No seamos demasiado pedantes. El artista no es el filósofo que vive y piensa en un mundo aparte; brota su inspiración de la vida que le rodea, y no es otra cosa su obra que el espejo de esta vida; si la sociedad es inmoral, no tiene toda la culpa de su pintura y debe excusársele en parte. Pero entre el artista que hace su profesión de la pornografía y el que, por decirlo así, la padece, hay una gran diferencia. El uno ve siempre un negocio; el otro tiende a hacer una obra bella. Como tal obra bella contiene elementos que velan y atenúan su inmoralidad. Así –añade Flat–: «Yo no hubiera tenido para *Madame Bovary* el rigor de los señores magistrados que la condenaron por inmoral; antes bien, por la gravedad del tono y de la obra y por aquella dolorosa conclusión, que no es, en suma, más que la lógica de las cosas, la hubiera reputado obra moral, con las consideraciones más lisonjeras para el que escribió *Madame Bovary.* Yo no hubiera

condenado tampoco *Les fleures du mal.* A pesar de la vivacidad excesiva de ciertas escenas, que estoy muy lejos de negar, hay en este libro algo así como un sabor de amargura, de desolación, que es un antídoto contra las mismas escenas del libro. Claro está que yo no hubiera puesto *Les fleures du mal* en manos de los jóvenes, pero, repito que no las habría condenado.

Lo que debemos combatir con todas nuestras fuerzas es la obscenidad, la sensualidad fría, consciente, que pide el animal que llevamos dentro, cuyas torpes imágenes, que todos los años se multiplican, de modo tan considerable que parece ignorado por los gobernantes que, a pesar de todo, se preocupan del bien público, han contribuido del todo a este rebajamiento moral que tiene su síntoma más grave en el continuo desarrollo de la criminalidad juvenil.»

La Lectura (Enero-1913)

El porvenir de España

Miguel de Unamuno, el hoy ilustre rector de la Universidad de Salamanca, y Ángel Ganivet, el famoso granadino muerto trágica y misteriosamente en tierras lejanas, fueron amigos en Madrid, cuando los dos opositores a las cátedras vacantes de Griego en las Universidades de Salamanca y Granada. Tenía entonces Unamuno veintisiete años, y veintiséis, aun no cumplidos, Ganivet. Cuando Ganivet publicó el *Idearium*, los dos compañeros tornaron a comunicarse, escribiéndose. Esta correspondencia la publica ahora la Biblioteca Renacimiento con el título que encabeza este artículo. Pocos libritos más pequeños, y, al mismo tiempo, de más substancia y de más enjundia.

Ambos amigos, naturalmente, no coinciden en sus puntos de vista.

En Unamuno asoma ya esa personalidad robusta y fuerte, escandalosa diríamos, que lejos de plegarse a las cosas, aparece virgen de toda influencia y de todo objetivismo.

Ganivet es un árabe perezoso, inteligente, artista, que ve todos los lados de las cosas y no se determina a la acción. En esta correspondencia de un vasco agresivo y de un meridional lleno de pasión, se habla del problema de España, y no parecen aquellas cartas escritas hace tantos años, si no [sic] en el de gracia que vivimos de 1913. Ganivet presiente, por ejemplo, el problema de África; el querido maestro Miguel de Unamuno adivina que después de la catástrofe colonial, se planteará el problema regionalista, agresivamente primero, amorosamente después, cuando el castellano venga a las Ramblas a conocer el espíritu catalán, y con el espíritu la lengua; cuando el catalán, libre de prejuicios, penetre en el espíritu castellano y vaya a Salamanca, a la Flecha, a oír el cantar no aprendido de las aves y a escuchar el manso ruido del Tormes, amigo de la paz y del reposo.

Harto se advierte leyendo esta correspondencia, que muy de veras recomiendo a los que tengan el buen humor de leerme y de seguirme en estos escarceos, que el problema de España es un problema de cultura, lo que no excluye, claro es, que sea de índole económica y religiosa, como quiere Unamuno. Se trata, sobre todo, de conocer nuestra misión colectiva, de tener conciencia de ella, de hurgar, con el corazón, el cerebro de las gentes.

A pesar de los pesares, sin embargo de que el sentimiento del patriotismo sea un sentimiento de dolor, como afirmó en su discurso de apertura de la Universidad de Oviedo mi fraternal amigo Federico de Onís, la juventud trabaja y sabe más que antes, la gente sale de España y se orienta fuera de ella, pero mirando a ella; hay un ambiente más intenso de trabajo y de cultura, a partir de la época en que Unamuno y Ganivet se correspondieron. Los dos tendrían que rectificar hoy bastante sus pesimismos.

El Adelanto (24-01-1913)

Un poeta ciego

Hay en esta Salamanca del Renacimiento, de las piedras doradas, de Unamuno y de Doña María de Monroy, un poeta ciego, al que todos queremos y admiramos profundamente. Hijo de un famoso político salmantino, Cándido Rodríguez Pinilla –que tal es el nombre del poeta– es el amigo inseparable del señor Unamuno. El Rector de Salamanca le sirve de guía y de lazarillo todas las tardes y a todas horas. Juntos charlan, juntos leen y juntos discuten, y sería

curioso establecer cuál de las dos influencias recíprocas espirituales ha sido más fecunda y de más honda huella.

Cándido Rodríguez Pinilla, que ha sido uno de los mejores y más conscientes traductores de Juan Maragall, acaba de publicar un tomo de versos. Titúlase su libro *El poema de la tierra*. El poeta salmantino, cuyo primer libro de escarceos juveniles fue prologado por Don Ramón de Campoamor, exhibe ahora, al frente de su nuevo volumen, un prefacio de su inseparable amigo el Sr. Unamuno. Páginas más cordiales y afectivas que las de este prefacio no las ha escrito jamás el Rector ilustre. No es la suya una obra crítica. Es una declaración pública, un reconocimiento solemne, una deuda hidalgamente pagada, de lo mucho que debe el espíritu del Sr. Unamuno al espíritu efusivo y luminoso, infantil, del poeta cieguecito. Y como los versos se recomiendan por sí solos, y la emoción se apodera del leyente, y su curiosidad pregunta intrigada la razón de que un silencio denso envuelva siempre toda obra fecunda y sabiamente trazada, advierte uno, al fin de cuentas, cómo el afecto y la admiración son la suprema crítica de los poetas que son verdaderamente poetas, como a Cándido Rodríguez Pinilla le sucede.

Pinilla, que perdió de mozalbete la vista material, vive en pleno festival de luz, allá, en los repliegues más recónditos y sagrados de su corazón. No protesta; exhala, a lo sumo, una queja suave, acaso por el placer de lanzarla al viento, y son los dolores ajenos, nunca los propios, los que le hacen vibrar indignado y violento. Hay una poesía, *Al marchar, El adiós del caminante*, que nos muestra ampliamente el aspecto ciudadano, social –*civile*, diría un italiano– de la musa del poeta salmantino. La patria es, para el poeta, no el pasado, sino el porvenir de la raza. Más que abuela de nuestros padres, es madre de nuestros hijos. No es algo abstracto, formado por el peso muerto de la tradición pretérita, sino manantial vivo de placeres y de dolores futuros. El emigrante se queja de la dureza, de la sequedad de España. Y comenta Pinilla:

Que aunque hijos al mundo das,
mientras que no los ampares
madre fiel nunca serás;
eres madre porque pares,
nada más.

Y más abajo, este bellísimo final, eco lejano de aquel otro *"Adeu, Espanya!"*, del vate catalán:

No esperes más dicha cierta
en tu alargada agonía,
que la de verte cubierta de oprobio,
viviendo muerta como hoy día
Ni abrigues la idea extraña
de que irá alguien de ti en pos,
que tu esperanza te engaña;
adiós para siempre, España, ¡adiós!

El campo, este campo mudo y serio de Castilla, este mar inacabable de mieses, estos surcos quebrados, estos pleamares de encinas solemnes, estas veladas y muertas lontananzas, son para Rodríguez Pinilla, como lo fueron para Gabriel y Galán, una fuente perenne e inagotable de emociones y de temas poéticos. La contemplación pura de la Naturaleza, es, en el querido poeta, más que visión directa de que desgraciadamente carece, recuerdo de niñez, depósito sagrado de añoranzas que la memoria hace retoñar todos los días: Las nubes se espesan; se obscurece el cielo y del sol se oculta la radiante esfera como tras las mallas de un tupido velo. Cae mansa la lluvia que ha tiempo se espera, y es como un bautismo purificador; cumplióse el misterio de la sementera: ¡gloria al sembrador!

Todo es viril, humano, religioso en este poeta. «¡Y no es el sentimiento de él –como afirma Unamuno en el prólogo–; no es el sentimiento de él, que aquí verás, lector, florecer en versos, un sentimiento blandengue y todo él de reposo y de resignación, no!» Nada de eso es, en efecto. Pero sus versos, lejos de deprimir el ánimo, como los de Leopardi, son entusiastas y cantan con solemne y castellana entonación la solidaridad del sentir humano. Y es culto el poeta, de cultura refinada, hecha a fuerza de lecturas y de diarias meditaciones silenciosas, al revés de lo que afirma Unamuno que también sucedía con Gabriel y Galán. «El sentimiento del campo tiene, afortunadamente para Galán y para su obra, mucho de culto, de cultural, de literario». Yo he sostenido siempre la tesis opuesta, y los razonamientos de Unamuno me la refuerzan. Galán, aunque conociese los clásicos españoles, Fr. Luis, Mira de Mescua, Cetina, no era lo que hoy llamamos un profesional de la lectura. Y así, donde la originalidad de Rodríguez Pinilla brota

de un refinamiento espiritual, propio o sugerido, la de Galán brota de una pura intuición. Dos aspectos de la originalidad, pero dos aspectos distintos, ciertamente, que abrillantan, en cada caso, el mérito peculiar de ambos poetas.

¿Por qué Cándido Rodríguez Pinilla, poeta legítimo y de buena ley, no ha alcanzado en España la admiración a que tiene derecho? «No ha podido codear y chillar y declamar sus versos empinándose sobre las puntas de los pies –responde el Rector–». Es cierto. Y ahora que se inicia en nuestro país una grata descentralización literaria, ahora que podemos declarar impunemente que Madrid no es la mansión obligada de los genios, debemos contribuir a elogiar libros, que como este de *El poema de la tierra*, son producto del ingenio, de la emoción, de la ternura y del refinamiento espirituales de un altísimo poeta que vive en Salamanca, sin que sus cantos salgan voluntariamente del recinto de las nobles piedras, doradas y besadas por el sol todos los días.

La Actualidad (11-04-1914)

"Constanza"[349]

«O infante dom Pedro, filho primogénito erdeyro de el Rey dom Alfonso de Portugal foy casado com a infanta doña Constança Manoel» dice, con esta admirable brevedad, el cronista de don Alfonso IV, Rey de Pina. «Ea dita infanta –añade– sendo moça e de muitas boades e virtudes falecio loguo…» Murió siendo moza y buena; nada más. Pero doña Constanza, la linda esposa triste y desdeñada, figura en la leyenda lusitana, sino [sic] con tanto realce como su rival en el amor de don Pedro, doña Inés de Castro, con esa luz discreta y velada, que al dejar imprecisos y vagos los contornos, les presta encanto y misterio. Y con ese tema, el más exquisito poeta de Portugal, el sutilísimo Eugenio de Castro, ha compuesto su mejor poema *Constança*[350], que hoy traduce en admirables versos castellanos, un joven de gran espíritu y valer, don Francisco Maldonado.

¿Don Eugenio de Castro? –dirá el lector–. Vivimos al lado de Portugal y no sabemos nada del país vecino. Como hermanos siameses vivimos vueltos de espaldas. Para entrar en Madrid desde Lisboa, Eça de Queiroz, tuvo que dar la vuelta desde París y venir impuesto por la moda francesa de hace diez años. Hizo falta un proceso ruidoso en Oporto por injurias contra don Carlos de Braganza para que los españoles nos diésemos cata de que nuestros vecinos tenían un admirable, un estupendo poeta civil: Abilio Guerra Junqueiro. Muy pocos son los escritores españoles que han saboreado, en su lengua que es casi la nuestra, los sonetos desoladores del pobre Arturo de Quental.

De Portugal llega al gran público español lo que bulle, lo que flota, la corriente del río, no el eterno paisaje blanco de los álamos donde se espejan las aguas y el lecho subterráneo del manantial. Sabemos de Bernardino Machado, de Alfonso Costa, de Magallaes Lima, de Homen Cristo, de todos estos pintorescos residuos del positivismo comtiano que aún viven en Portugal y que han hecho una revolución naturalmente comtiana. La cultura castiza de Portugal –la *vernacular* como ellos dicen– la forman, sin embargo, estos dulces poetas que apenas salen del recinto de su provincia, y que como Eugenio de Castro, a las claras orillas del Mondego, llora en sus tristezas las del dulce y gimiente Portugal.

Es ya muy larga la vida literaria del gran poeta coimbricense Eugenio de Castro, que aquí ha moldeado, en silencio, espíritus de tan exquisitos poetas como Paco Villaespesa, Enrique Díez Canedo y Miguel de Unamuno. *Belkiss, Tiresias, Salomé, A fonte de Satyro, O annel de Policrates, O Rey Galaor*, figuran entre las producciones más conocidas del aristocrático vate. Los temas de tales poemas son exóticos; en escenarios lejanos y misteriosos –sueños de nietos de navegantes– discurren princesas y reyes de ensueño. Solamente en *Constança*, Eugenio de Castro, que anduvo de la ceca a la meca por las cortes europeas representando diplomáticamente la majestad fidelísima de don Carlos de Braganza, evoca la historia lusitana con ese soplo

[349] Con este mismo título, aunque distinto contenido, Sánchez Rojas publicó, al menos, otros dos artículos publicados en *La Basílica Teresiana* y en *La Libertad* , ambos compilados en su libro "Las Mujeres de Cervantes" (O.C. Tomo VI, página 86).

[350] *Constanza*. Traducción de Francisco Maldonado y prólogo de Miguel de Unamuno. Madrid, 1913.

trágico, con esa vaga indecisión, con esa suave lumbrareda, con ese dejo de queja resignada, que caracteriza las expansiones a través de los tiempos, del alma portuguesa, desde Camoens:

No gesto de cobica e na rudeza
d'huma austera, apagada e vil tristeza[351],

hasta la hora de ahora.

¿Y que es este poema? La infanta doña Constanza se ha casado, enamorada, con don Pedro, hijo del Rey don Alfonso. Débil y quebradiza es ella; tiene oro en los cabellos y su mirada es dulce y triste. Don Pedro, cazador, guerrero, de manos encallecidas y de gesto fiero, ama a su mujer, cuya belleza se va marchitando al darle hijos y más hijos. Don Pedro, veleidoso, inconstante, se ha enamorado calladamente de una linda morena, doña Inés de Castro, que tiene una salud maravillosa y que es la imagen más admirable de la fuerza moza. Doña Constanza sufre en silencio el desamor de Pedro. Le quiere tanto, que justifica su desvío y quisiera ser tan linda como Inés, no por ella, sino por el amor del esposo.

Entre sueños pronuncia don Pedro el nombre de Inés; despierta; su esposa, que le ha oído, se finge dormida. En dulces deliquios místicos pasa sus horas sutilizando, afinando, sublimando el dolor, la esposa ultrajada. En el jardín real frente a Coímbra, que reluce por las tardes como si fuera de plata espejándose en el Mondego, Inés habla con la dueña. Todo lo perdona. Acepta la corona de espinas que le envía el Señor. Y quisiera morirse –ella no es más que una sombra– para que Inés y Pedro pudieran amarse libremente, sin pecado.

Y se muere Constanza. Está sola en la alcoba nupcial. Quisiera huir, marcharse lejos a un monasterio solitario, para que Pedro e Inés, creyéndola adúltera, no sintieran en su espíritu el torcedor de la culpa. Se prepara para marchar… Pero cerca oye el llanto del mimoso infante, su hijo. ¡Ah, no, no! ¡La linda criatura jamás tendrá vergüenza de su madre! Apurará el cáliz hasta las heces, cerca del peligro.

Constanza va a morir. Pedro, loco de emoción, blanco como la nieve, solloza a la cabecera y le da un violento, un prolongado, un doloroso beso de redención. Y la infanta moribunda, sintiendo que aquel beso tiene el amor del primero, parece renacer; pero no quiere llevarlo a la tumba y se lo devuelve a Inés. Y Constanza muere.

El señor Maldonado ha hecho una traducción muy hermosa. En los cantos donde conserva el metro original –el I y el VII– no solamente no se pierden, sino que resaltan a cada paso las bellezas del poema. Y puesto que ya ha demostrado que sabe, al traducir, volver a crear una obra de arte, debe seguir al pie de la letra el consejo de su prologuista el señor Unamuno. «Espero que… renunciará en adelante a traducir de tal lengua gemela de la nuestra, pues queda demostrado que sabe hacerlo a maravillas, y ejercitará su virtuosidad de versificador y de estilista en poesías de su propio numen. Hago voto por ello y porque el público español las conozca y guste pronto».

El Adelanto (16-07-1914)
La Vanguardia (05-04-1914)

José María de Pereda

Una linda damisela de 14 años, señora de todos mis respetos, ha comenzado a leer ahora las novelas del hidalgo santanderino don José María de Pereda, «¿Me gustará? ¿No me gustará?» –me dice con un mohín gracioso–... Y con un cuchillo de hueso, corto las páginas de *Peñas arriba* y surgen ante mi espíritu las gratas imágenes que tanto me placieron en la adolescencia de Lituca y de Neluco –el mediquillo sutil– y continúo la tarea abriendo los pliegos de la altiva callealtera, y de Andresuco el mocosuelo, y del Pae Apolinar, y de las reuniones cabildeñas, y de aquel mundo pescador de Santander de hace cincuenta años.

Sí. Te gustará mucho Pereda, lectorcita de 14 primaveras. Ahora puedes leerlo, a tu sabor, en el campo. Nada más plácido, nada más suave. Pereda escribe para las niñas como tú y para los que, ya hombres, continúan con la niñez en el espíritu. ¿Problemas? Ninguno. Narraciones lentas, un poco fatigosas tal vez, dichas en un noble y denso castellano. Paisajes bravíos de la montaña costera. Heno húmedo y recién segado. Recios hidalgos como encinares. Casucas

[351] "No gosto da *cobiça e na rudeza* / Duma austera, apagada e vil tristeza." (En el lucro no más, y en la aspereza / De apagada, y sombría, y vil tristeza.) *Os Luisiadas* (Canto X, Est. 144).

solariegas, llenas de moho, con el escudo encima de la portalada. Reinosa, Santander, Peñas Arriba, con la niebla que vemos ahí –al pasar el tren– debajo de esos picachos montunos, con esos montañeses sentenciosos y lentos, con esas mujerucas de pañolón a la cabeza. Y el indiano tonto, y el curita humilde, y el patriarca grave, y el hidalgo chupadete que habla del honor con entonación extraña. Y mar, mar, mucho mar, revuelto, pardo, rizado, amigo de galernas, y aldeucas metidas entre la nieve, y un sol pálido que sale de tarde en tarde, a dorar el valle...

¿Qué preferirás tú, niña mía? *¿El Buey suelto...?* ¡Te digo que no! Que un solterón lo pase bien o lo pase mal, a ti, a tu risotada de cristal, se te da una higa. *¿Don Gonzalo?* Tal vez. Verás a Don Román, terciando en los debates aldeanos, sentado en el escaño de su cocina, y a su hija Magdalena que ya mocea pensando en el novio, y a Don Gonzalo acaramelado, soltando palabras finas ante las onzas de una mocita morena. Política. ¿A ti qué te importa la política? Te dará su emoción –que pasará limpia a tu espíritu de niña– el episodio de los hijos ingratos de Coteruco.

¿*Sotileza,* entonces? ¡Ay, sí! Hay un cura con los pantalones remendados, el P. Apolinar, y unos vagos que se chapuzan en el mar, y un Muergo que tiene una cara horrible, y un Andresillo que ama la compaña de la libre golfería, y, sobre todo, la limpia callealtera, Sotileza, la figura que con mayor amor trazó el pincel detallista, realísimo, del hidalgo de la montaña, Y no ocurre nada u ocurre bien poca cosa. Pero tú te saturas de brea, y sabes lo que es una vecindad chismosa, y un hogar feliz, y la altivez femenina. Leerás, ya de mujer, muchas veces *Sotileza.*

¿Qué es muy larga *Peñas arriba,* dices? ¿Qué no he concluido de cortar sus páginas, que...? No creas, bobita, no creas. Es muy raro que un señorito abandone la corte para sepultarse en una aldea; pero en la aldea ¡ocurren unas cosas!

Se caza el oso, se discute con el cura, se come fuerte, se charla con Facía; ¡hasta se enamora uno! De todo pasa en la aldea. Y tienes momentos de emoción; cuando entra el osezno en la cueva, cuando se da el viático al viejo achacoso mientras llueve rabiosamente en la calle; cuando el cura asciende a la montaña y canta, en su latín de breviario, al Dios de las alturas.

Te gustará Pereda. Mucho. Es transparente, cristalino, como tu risotada. Tiene de pluma un pincel. No escribe: pinta. No disfraza la realidad, no diluye las tintas, no hace de las figuras un plano *ideal* que las deforme. Tan admirable es la retina de este gran señor montañés, que sin darte cata de ello, las páginas suyas se transformarán en cuadros ante tus ojos. Verás rugiendo el mar en La Magdalena, y el charco de sangre en la Escuela de Coténico, y la Gloriosa en la plaza del lugar con Regüelta, y los ojos echando lumbre de Don Lope, y a la divina callealtera con el brazo carnoso hacia atrás, hacia el cuello, arreglándose la cuidada cabecita, y a Muergo chapuzándose, y al seminarista haciendo aspavientos a la Puchera y las escenas montañesas llenas de color, y la catástrofe del «Machichaco» ante un pueblo que aúlla de pena. No, no olvidarás estas novelas de Pereda tan fácilmente.

Frescos, ingenuos son estos libros. Son el retorno a la sencillez, la vuelta del hijo pródigo a la casa de los padres. Luce el diálogo con lozanía; el rincón de la montaña, evocado con mano diestra, palpita aquí para siempre. Y los hidalgos, que amaban y rezaban, y vivían en sus pueblos de gloriosos patriarcas, yacen también aquí en su última postura. Que el tren, y el auto, y las elecciones, y el turismo, han hollado ya el escenario de estos libros. Ya se pone, nena, balconaje en los Alpes para contemplar las irisaciones rosadas del Monte Blanco.

«¿Cómo era Pereda?» A tu edad le vi en la calle de San Francisco, saliendo de una guantería, en Santander. Alto, seco, espigado, era Don José María. Canosa tenía la cabeza y con un sombrero flexible la tapaba. Lucía en la sotabarba una perilla. La mirada era turbia y limpiaba unos lentes cuidadosamente...

Vi después –hace ya muchos años– el Sardinero. Rugía el mar y cantaba una canción bronca. Hubo galerna aquella tarde... Y no sé más de Don José María, ni recuerdo más de Santander y del Sardinero…

La Vanguardia (17-07-1914)

Las mejores catedrales de Europa

Un distinguido escritor montañés que reside en Barcelona, don Delfín Fernández y González, acaba de publicar, bellamente editada, una obra con el título que encabeza estas líneas. Dos volúmenes, profusamente ilustrados, están consagrados al estudio y descripción de las más

lindas catedrales europeas; en el primero se analizan las catedrales españolas y francesas; al análisis y a la pintura de las catedrales belgas, alemanas e inglesas, están consagradas las páginas del tomo segundo, que concluye con un estudio del magnífico templo de Santa Sofía de Constantinopla.

El autor nos cuenta, en un breve y expresivo epílogo, las andanzas que sirvieron de gestación a su obra. Fracasó en viaje que tenía proyectado por Europa; cuado pacientemente iba reuniendo y seleccionando los materiales que habían de formar el andamiaje y nervio de sus estudios, tuvo que hacer fuerzas de flaquezas y convertir las cañas de su obstinación en lanzas y puntales de su empresa. Comenzó sus correrías y devaneos por las nobles ciudades españolas. Visitó la vieja Tarragona saboreando el tono rojo de sus piedras.

Contempló las agujas de la catedral de Burgos desde las interminables ringleras de árboles que circundan la ciudad y bordean las anémicas orillas del Arlanzón, el río de las viejas gestas. Visitó Salamanca y saboreó el eco lejano de las querellas estudiantiles en el patio de Escuelas y los sepulcros de los capitanes y guerreros leoneses en los claustros de la Catedral Vieja. Llegó a Santiago, y desde el paseo de la Herradura, en una tarde de lluvia acaso, contempló el conjunto elegante y ornamental de su Basílica, meta de los peregrinos y caminantes de toda la cristiandad. En León oyó el órgano de San Isidoro y confundió las columnas de su Catedral misteriosa con las espirales de incienso y vio cómo toda aquella elegante fábrica de piedra se esfumaba y perdía su relieve ante la luz de sus ventanales como si quisiera separarse de la tierra y ascender al cielo. Con estas impresiones en su espíritu, el señor Fernández y González acudió a un editor. Sabido es que la mayoría de los editores menean tristemente la cabeza ante las demandas más razonadas y prudentes; el autor de *Las mejores catedrales de Europa* no insistió, y después de peregrinar por las iglesias francesas y belgas, de visitar los templos peregrinos y sutiles de las ciudades italianas, de devanear por los patios y galerías de los hoscos condados ingleses, de asomarse a las tierras luminosas de Estambul, editó por su propia cuenta, y con todo lujo y discreción la obra que nos sugiere esta breve glosa.

No se limita el autor a la descripción de las catedrales y basílicas europeas. Brevemente describe las ciudades que visita, tratando de dibujar, en trazos seguros y vigorosos, los rasgos mas salientes de su historia pretérita y de su ambiente actual. Estas descripciones ilustradas están con bellas estampas y grabados. Hablando de Florencia, por ejemplo, el autor nos cuenta con deleite las calidades de su esplendor civil, las vicisitudes de sus querellas intestinas y la majestad de sus lentos atardeceres desde la colina de San Ninato. Estudia, en Roma, los despojos y restos del Imperio, los monumentos de la civilización pontificia y el sello actual de la gloriosa ciudad muerta. Y al devanear por las finas y estrechas callejuelas de la imperial Toledo, penetra con unción en las viejas iglesiucas, se detiene en la Puerta del Sol y oye los lamentos del Tajo, en el hondo cauce de sus peñas.

El título de la obra se presta, desde luego, a toda suerte de preferencias personales. ¿Cuáles son las mejores catedrales de España, por ejemplo? Entra por mucho en la respuesta el gusto de cada uno, su orientación estética, el ambiente de las poblaciones donde son gustados y admirados esos templos.

La gracia y espiritualidad de la catedral de León, de la *pulchra Leonina,* sorprende y desconcierta como una paradoja en un pueblo triste, pesado y austero. No encaja en el ambiente de la ciudad; parece un gran señor en torno a una procesión de mendigos. En Ávila, por el contrario, las piedras de su linda Basílica románica conciertan con la tristeza de sus murallas, con la desnuda sencillez de sus monasterios, con el hechizo de su valle de Ambles. El señor Fernández y González no ha hecho que figuren en su colección catedrales tan típicas como las de Plasencia, Zamora, Astorga y Ciudad Rodrigo en España; se ha olvidado de catedrales, también románicas, muy lucidas y curiosas, del Mediodía de Francia; no figuran tampoco en su obra basílicas tan evocadoras, tan sugestivas, como las de Modena, Ferrara y Ravenna en Italia.

Pero estas observaciones, personales y subjetivas no restan valor intrínseco a las curiosas monografías que forman el libro del joven escritor santanderino. Plácemes merece por haberlo editado con tanta hermosura y nosotros le felicitamos cordialmente por su quijotil empresa, acreedora a las mayores alabanzas y recompensas.

La Vanguardia (29-12-1914)

De mística y otras cosas

Con gusto reproducimos a continuación, tomándolo del importante diario LA VANGUARDIA, de Barcelona, el siguiente articulo de nuestro compañero y amigo señor Sánchez Rojas, enalteciendo el último libro publicado por el ilustre catedrático y publicista don Juan Domínguez Berrueta, que lleva por título, SANTA TERESA DE JESÚS Y SAN JUAN DE LA CRUZ.
Dice así el artículo:

«El sutilísimo catedrático y publicista don Juan Domínguez Berrueta, acaba de publicar en un librito editado por el librero madrileño señor Beltrán, dos sabrosas conferencias leídas en el Ateneo de Salamanca el año pasado con motivo del tercer centenario de la beatificación de Santa Teresa de Jesús. Son estas conferencias dos agudos bocetos psicológicos sobre la Reformadora del Carmelo y su hermano en religión San Juan de la Cruz. Con gusto queremos divagar en torno a ellas con el liviano reposo que los artículos periodísticos exigen y requieren.

Los santos son, para el conferenciante, harto accesibles a la visión simpática de los cuarteles. Santa Teresa se nos ofrece ella misma, a través de su vida, como un dechado de naturalidad y llaneza. Sus páginas rebosan sinceridad, alegría, humorismo y gracia grave y castellana. «La alegría –escribe Berrueta– ha parecido a la Iglesia tan relacionada con la santidad, que Benedicto XIV hizo de su presencia constante una de las condiciones de la beatificación». Teresa de Jesús se burla continuamente de los tristes y parados. Durmiendo y comiendo cuenta la santa avilesa que despachó sus arrobamientos cierta persona, a quien las penitencias y austeridades aflojaron su sensibilidad. Las beatas de Villanueva de Jara, leyendo breviarios en latín, que no entendían, se prestan a los donaires de la carmelita. «Esto no lo rezaban donde de fuera las oyesen. Dios tomaría su intención y trabajo –escribe Teresa– que pocas verdades debían decir».

El espíritu de alegría y de verdad constantes de Teresa de Cepeda, explica, según el señor Domínguez Berrueta, la popularidad que dio a las altas y escondidas disquisiciones místicas.

El pueblo ha llegado hasta el corazón de esta mujer que si se elevaba a las regiones de la mística explicaba ingenuamente su «ascensión» en un lenguaje llano y plástico, de hondo sabor castizo y popular. El pueblo adivina en Teresa de Cepeda su pensamiento por su palabra, sus castillos interiores, por los palomares místicos que va fundando en sus viajes y peregrinaciones y la calidad de sus éxtasis por el espíritu de atención y de caridad con que se adueña del alma de su prójimo. Agudamente advierte el señor Domínguez Berrueta que la naturalidad es otro de los encantos que ha adivinado el pueblo en Santa Teresa. Ni dejos de artificio, ni visos de pedantería, ni ribetes de afectación, hay jamás en su estilo ni en su persona. Huye de citas y de latines; no se cura sino de dar vigor a su pensamiento, se burla de retóricas y de circunloquios que obscurecen las razones claras y derecheras, y sazona sus decires y escritos con una gracia prudente que es prenda constante de su hechizo literario.

Nadie menos abstrusa y fatigosa que Teresa de Jesús. El señor Domínguez Berrueta se encarga de mostrarlo preciosamente por medio de oportunas citas autobiográficas. Prefiere la agudeza de la Santa una ignorancia humilde y maciza a la semiciencia y mediocridad de los entendimientos. La fe no es para ella cosa tan solo de la mente sino voluntario esfuerzo del ánimo.

La emoción es vía más corta para entrever el cielo que las sutilezas frías del raciocinio. «En la perfección de la vida –escribe San Pedro de Alcántara a Santa Teresa– no se ha de tratar sino con los que la viven». Los que solamente la razonan, por muy doctos que sean, quédanse siempre a medio camino. Les falta la humildad, que no es cobardía, sino entereza del espíritu.

El misticismo teresiano es hijo de humildad, como lo es de pobreza el de San Francisco de Asís para el señor Domínguez Berrueta. Donosamente explica esta diferencia el conferenciante. En la Italia de la Edad Media la riqueza es el valor social por excelencia, y en la España de los Felipes es el rango de casta y la calidad de los linajes las preeminencias que más apetecen nuestros hidalgos de gotera.

Así se rompe con el siglo español renunciando a la vanidad y con el italiano despreciando las riquezas. Y la renuncia origina la paz del corazón. Y Santa Teresa, por ser precisamente tan humana y tan mujer, asegura su trono en la mística y es leída y comprendida de todos.

San Juan de la Cruz, el frailecico de Fontiveros, es el tema de la segunda conferencia del profesor castellano. Si el señor Berrueta tuviera que elegir entre Juan de Yepes y Descartes, no vacilaría jamás, y como Unamuno elegiría al místico.

Eso de que sin Descartes no veríamos el pardo sayal del santo carmelita, como quiere Ortega y Gasset, se le antoja un tanto aventurado al doctísimo conferenciante. Más bien cree el

señor Berrueta que del pardo sayal brotan luces que iluminan el célebre principio cartesiano. Quien sabe vislumbrar cosas tan maravillosas en la noche obscura del alma, puede instruir el pensamiento como razón de la existencia. El mismo Descartes habla como un teólogo del amor de Dios. Las dos figuras se completan, pero no se rechazan. No necesita luces ajenas el espíritu de San Juan de la Cruz para andar en las tinieblas sin tropiezo, y con anhelos de hondas inquietudes religiosas muestra su principio Descartes a la meditación de los humanos. Con trazos vigorosos describe el señor Berrueta la fisonomía intelectual de San Juan de la Cruz. «Yo me permito creer –escribe– que la música y la poesía y la prosa, son la expresión adecuada de una metafísica imposible de mejor exposición en el lenguaje convencional de las escuelas y los sistemas de filosofías».

No hay poesía de más blanca claridad y de más tenue imprecisión que la del santo; su prosa es ágil, nerviosa, pulida, atormentada, sutilísima; de la música del santo nada se ha dicho, según Berrueta, porque su vida y obra son una sola canción espiritual. Los cantos le arroban y le enhechizan. En cierta ocasión declaraba que la música con que le recreaban los oídos le impedía oír otra música interior que escuchaba en el silencio. Tal vez estaba tejiendo en el telar suave de su espíritu las estrofas de la soledad sonora. El mundo tiene para San Juan una *ciencia de voz*. Y esa *ciencia de voz* no es otra cosa que «una música subidísima que forma el concierto de las voces de todas las cosas creadas».

La filosofía del santo es, pues, el aprendizaje de esa ciencia de voz que tiene el mundo. «Saber escuchar esa *música* –oigamos una vez más al señor Berrueta– es aprender la *ciencia escondida*. Reducir toda esa *alta filosofía* a oír una música, es la obra de un artista y de un genio. Eso es San Juan de la Cruz.»

No nos permite un estudio más detenido de estas dos conferencias el espacio de que disponemos: tan sugestivas son estas, que las observaciones que se nos ocurren ocuparían muchas páginas. Es don Juan Domínguez Berrueta uno de los más agudos ingenios de Castilla, modesto y laborioso, de cuando en cuando nos sorprende con estudios como *La alegría de pensar* y *La canción de la sombra*, llenos de sutilezas, de escondidas maravillas y de un caudal ideológico fluyente y abundoso. Deber nuestro es hablar en Cataluña de este escritor, para que escuchen su ritmo interior espíritus gemelos que, desde las orillas del Mediterráneo, tienen el oído atento a ciertos cantos de la meseta, que los sapos de la charca cortesana no dejan oír todas las voces...»

El Adelanto (04-05-1915)
La Vanguardia (27-04-1915)

Lo cómico en "Don Quijote"

Un editor madrileño acaba de circular por toda España carteles anunciadores de una edición que prepara de Don Quijote, con motivo del próximo tercer centenario de la muerte de Cervantes; a mi retiro ha llegado uno de esos anuncios. En él nos advierte el editor que la obra irá ilustrada con dibujos cómicos de los personajes de la inmortal novela, y que publicará, al mismo tiempo, un almanaque cervantino con todos los chascarrillos que van sembrados en el texto de las andanzas del ingenioso hidalgo.

Advierto, además, viendo de cerca la formación de estas juntas locales que ha tenido la humorada de crear el señor conde de Esteban Collantes en las cabezas de partido para festejar el próximo centenario, que el sentido de las gentes de cultura media sobre el Quijote es el mismo que el del editor madrileño de los chascarrilos. Para estas gentes, la novela de Cervantes es, ante todo y sobre todo, un poema burlesco en prosa, una sátira continua de los caballeros y una apoteosis cabal y consciente de cuantos yangüeses, mesoneros, bachilleres, duques, galeotes y mozas del partido se solazan y recrean por esos mundos.

La sensibilidad media, la finura de percepción, que no es al fin y al cabo otra cosa que inteligencia, piedad del cerebro, como la bondad es la inteligencia del corazón, han cambiado muy poco desde los albores del siglo XVII, en que Miguel de Cervantes compusiera su libro. Los de espíritu cultivado y sutil cuentan muy poco, y ya sabemos que una golondrina no hace verano. Lo general, corriente y moliente, es ahora en las conversaciones del vulgo ilustrado, como antes en las pláticas y diálogos de los pajes en las antecámaras, considerar el Quijote como libro de burla, de pasatiempo y de fracaso.

El mismo Unamuno ha escrito en sus famosos *Comentarios* que Cervantes se permite sus pullas y malicias alguna vez, a propósito de los fracasos de Alonso el Bueno, y reciente está la tinta en que ha mojado su pluma otro espíritu tan selecto como José María Salaverría para decirnos que Don Quijote es un bellísimo, es un inmenso libro de amargura y de fracaso, y que antes de conmemorar a Cervantes, que simboliza la raza con sus desmayos y flaquezas, debemos levantar monumentos al Cid, a Isabel la Católica, a Colón y a otras figuras que representan el valor y empuje de nuestro pueblo.

Lo que hay de canto al ideal, al entusiasmo, a la acción fecunda y bienhechora, no aciertan a verlo muchos en el *Quijote*. Lo que comienza siendo ironía se va trocando poco a poco en piedad, en dulzura, en aprobación. Cervantes comienza dominando su asunto fríamente, intercalando episodios y episodios en la primera parte de su libro; después, en la postrera salida de Don Quijote, el asunto se adueña, por el contrario, de Cervantes, y la inmensa, la profunda humanidad de las dos figuras centrales detiene las malicias del autor, trocándolas en imperceptibles, en tenues, en inefables muestras de simpatía y de adhesión.

Don Quijote y Sancho andan por los campos de Montiel y por las quebradas sierras, en la primera parte, recibiendo pedradas de yangüeses y de pastores, rechiflas y chancetas de mozas del partido, insolencias de huéspedes, cuadrilleros y canónigos, sin que Cervantes se digne exteriorizar por sus momentos el dolor que le causan los molimientos y golpes del buen hidalgo y las hambres y miedos de su insuperable edecán.

Pero luego las cañas se tornan en lanzas. Las malicias de Avellaneda han llegado muy adentro del corazón de Cervantes. Miguel se defiende amparando a los hijos de su fantasía, que son ya dos cuerpos con su alma, a medida que Don Quijote va recobrando su aplomo y el buen Sancho precipitándose en las simas de su locura. Nuestro admirado y querido señor Santos Oliver ha escrito recientemente, en un discurso que se leyó en una velada cervantina de Salamanca, que la noche del Toboso tiene sus concomitancias y analogías con la noche serena del fraile agustino, y a partir de aquella noche, Alonso comienza a discurrir en Don Quijote.

En la aventura con el caballero de los Espejos, Cervantes se regocija casi visiblemente de la derrota del bachiller; ante las jaulas de los leones, Cervantes –que sabe mucho en achaque de tristezas y desventuras– confirma que el esfuerzo vale tanto y más que el resultado; hablando del canónigo que acompaña a los Duques a su mesa sabe indignarse con él a propósito de los insultos que dirige al hidalgo manchego; en los diálogos de Panza con la taimada Duquesa nos encarece con la socarronería del escudero el cariño que le ata a su señor y dueño, libre, en último término, de codicias de ínsulas y de estados.

Y hasta la muerte de Don Quijote, Cervantes no torna a desamparar jamás a nuestros amigos. Y cuando entierran al hidalgo en el patio de la iglesia de su lugar, advertimos que Sancho ha heredado el espíritu de su señor aquí en la tierra y que si Cervantes hubiera podido, de no haber muerto en seguida, contarnos las primeras andanzas del caballero Don Sancho, su obra hubiera sido plácida, serena y confortadora.

El aspecto cómico del Quijote yace soterrado en una densa capa de melancolía y muy de arrieros rijosos y brutales tiene que ser el espíritu de las gentes que sepan sacarle a flor de tierra, tapando otras tonalidades, otros matices, otros claro obscuros que sirven de entonación constante a la novela de Cervantes.

Más que un índice de confesión de culpas, es Don Quijote el grito angustiado de un pueblo ciego que busca anhelosamente la senda de su ventura. No se reconoce el fracaso, porque se pondera el empuje inicial del esfuerzo. Del esfuerzo que es la exculpación y la tranquilidad del ánimo.

Poema de burlas –si así lo queréis– pero de burlas que nada pueden contra la fortaleza del brazo de don Quijote. Poema de burlas, pero no glorificación de burladores. De ocurrencias que nos mueven el llanto y de chascarrillos que ante la gravedad y la solemnidad de los acontecimientos en que se dicen, no saben provocar nuestras risotadas. Biblia de la melancolía, del esfuerzo estéril, de la fantasía desatada, del amor imaginario, pero, por contraposición llamamiento al aplomo, al esfuerzo encauzado, a la fantasía que se nutre de sabia de realidad y al amor humano, fecundo y confortador.

Los lectores del editor madrileño que prepara su almanaque cervantino para el año que viene, con dibujos cómicos de los personajes de la obra, y con los chascarrillos y ocurrencias que hemos apuntado de añadidura, no leerán probablemente estos renglones. Se reclutan tales lectores entre los individuos que forman las juntas manchegas, castellanas y leonesas del próximo centenario cervantesco. Y se reirán en voz alta y desencajada, no tanto de las ringleras

interminables de los refranes del buen Sancho, como de las palizas que recibió don Alonso por no haberse estado quietecito en casa, administrando su hacienda y redondeando su raquítico patrimonio de hidalgo de gotera, no mayor de cuatro cepas y dos yugadas de labranza.

El Adelanto (21-05-1915)
La Vanguardia (12-05-1915)

Cartas a un viejo garibaldino

Por C. K. Chesterton. Londres, Harrison and Sons, 1915.

Yo no conozco folleto más interesante alrededor de la guerra que el que me sugiere esta breve impresión. Está escrito con coraje, con honda elocuencia, altísimo sentido moral. Frente a la broza que cae sobre nosotros –y que no es uno de los males menores de la contienda– procedente de la Embajada alemana en Madrid, descansa el ánimo leyendo estas alentadoras, estas tonificantes cartas de C. K. Chesterton "a un viejo garibaldino".

Quiero limitarme a una labor meramente expositiva. La glosa requiere mayor espacio que tal vez intente más adelante. El caso de la intervención italiana está estudiado muy agudamente en estas breves páginas. "No tiene usted por qué temer –escribe el autor a su corresponsal– que yo trate de enredarle a usted y a sus conciudadanos en asuntos sobre los cuales los italianos sólo deben decidir. Usted conoce mucho mejor que yo los peligros de ambos rumbos. Es enteramente cierto que Italia no necesita demostrar su valor. "Al quedarse fuera, ha arriesgado todo lo que podía arriesgar entrando". Las proclamaciones y la Prensa de Alemania prueban que los alemanes han llegado a una exaltación de la sensibilidad que apenas puede distinguirse de la locura. Admitamos la pesadilla de una victoria prusiana; en ese caso se vengarían de cosas más remotas que la Triple Alianza. Existía entre ellos y Bélgica una promesa de paz, pero no existía ninguna entre ellos e Inglaterra. Rompieron la promesa con Bélgica e inventaron la promesa con Inglaterra, que llaman Tratado del Teutonismo. Nadie oyó nunca hablar de él en este país, pero parece ser bien conocido en los centros académicos de Alemania. Parece que es algo relacionado con el color del pelo de uno".

Chesterton propone aportar al problema europeo el conocimiento del estado de la opinión inglesa. El Reino Unido no tiene ahora más que una aspiración común; jamás ha merecido con más justicia este nombre que en los momentos actuales. Han cesado –según el autor del folleto– todas las dudas y subdivisiones en la Gran Bretaña y han cesado precisamente "por una llamarada de fe –o, si usted quiere– de sospecha. "No es que hayan acabado los conflictos internos en Inglaterra, no es que haya sido tarea fácil el hecho de la reconciliación entre rojos y azules. Es que renunciar al amor de uno por el país de uno es algo muy grande. Pero en renunciar al odio de uno por el país de uno, puede también haber algo de orgullo y algo de purificación".

El escándalo de Bélgica, el soborno para traicionar a Francia, no son conjeturas. Son hechos. Hechos que revelan, no la barbarie pura, sino una civilización de segunda clase y de papel de estraza. Contra el desarrollo de esa civilización están alerta todos los ingleses sin excepción cualesquiera que sean sus ideas en otros respectos.

"La ciencia, mezclada con la organización –dice el profesor Ostwald, de la Universidad de Leipzig– nos hace terribles para nuestros adversarios y hará que la Europa futura sea alemana". Contra eso se revuelve el Sr. C. K. Chesterton. No quiere, repugna a su corazón y a su cerebro de inglés que sea alemana la Europa futura.

"Roma –escribe con honda perspicacia psicológica– aún en sus momentos más débiles, ha sido siempre un río que vaga y se ensancha y que riega muchos campos. Berlín, en sus momentos mejores, no será sino un torbellino que busca su propio centro y se deshincha. Haría más estrecho el resto de Europa, como ya ha hecho más estrecho el resto de Alemania. Existe un espíritu de egoísmo enfermo que hace al país que todas las cosas giren en el cerebro como sobre la punta de un alfiler. Es un espíritu que lo expresan con más frecuencia las jerigonzas que los idiomas de los hombres. Los ingleses le llaman "fad" (chifladura). No sé cómo le llaman los italianos. Los prusianos le llaman "filosofía".

Ante Miguel Ángel, por ejemplo, un latino piensa algo digno del terrible paganismo y del cristianismo no menos terrible del maestro. Un alemán se lo apropia para hacerlo alemán. No comprende que, fuera de Germania, haya algo superior a él. El espíritu prusiano es algo engreído, pertinaz, de cerebro estrecho. Quiere poder felicitarse por Miguel Ángel, más nunca

felicitar al mundo. Es el espíritu de esos que se quedan calvos, buscando la huella de una genealogía o que quiebran pleiteando por una finca remota. El prusiano tiene la inconsistencia del parvenus

Hasta aquí la primera carta

En la segunda, Mr. Chesterton supone que ningún latino puede dudar de la relativa inferioridad de la cultura alemana. Un periódico prusiano afirmó "que aunque era muy triste la mutilación de Malinas y de Reims, era un consuelo pensar que surgirán obras todavía más nobles en cualquiera otra parte por donde había pasado en triunfo la cultura alemana". Nada más expresivo que esta afirmación. Los alemanes –según Chesterton– son bastante blasfemos para arruinar tales cosas y bastante más blasfemos para reemplazarlas. En París, no hubieran deshecho a bayonetazos la Venus de Milo, sino que por orden del Káiser, hubieran sido capaces de haberle añadido los brazos en la actitud de una mujer haciendo la colada.

La fuerza material alemana es evidente; está organizada para la agresión. No levantará monumentos de arte; se conformará con levantar en Alsacia postes negros y blancos. En cambio, su debilidad diplomática es evidente; han fracasado en las cancillerías. Supongo –escribe irónicamente el autor de este folleto– que puede llamarse fracaso diplomático a entrar en la lucha con dos enemigos adicionales (Inglaterra, Bélgica y un aliado menos, Italia)", Aliado que, a estas horas, contando con los dictados de su conciencia, se ha tornado en enemigo.

La tosquedad psicológica prusiana es también evidente. A Bélgica han mandado espías para averiguar sus defensas, no espías para estudiar el alma de los belgas. Nadie dude tampoco del fracaso en la polémica de los súbditos de Guillermo II. Así dicen "que nosotros (los ingleses) somos una potencia insaciable, sin escrúpulos, piratesca, y este es el espíritu salvaje que nos arrastró a la loca decisión de respetar un Tratado que habíamos firmado. No pueden hallar otra traición que la de mantener nuestro tratado; a esto le llamo yo fracaso en la polémica".

Hasta en las campañas de persuasión popular han andado torpes los alemanes. Estos han podido provocar zalagardas entre los bóers, los irlandeses y hasta los americanos contra Inglaterra. No han sabido hacerlo. No pueden hacerlo, por lo demás. Su petulancia de "parvenus" no lo consiente. Los alemanes "ni una vez han simpatizado con el sentimiento de un suizo por Suiza, con el sentimiento de un noruego por Noruega, con el sentimiento de un toscano por Toscana. Hasta cuando las naciones son neutrales, apenas puede sufrir Prusia que sean patrióticas. Hasta cuando están cortejando a todo el mundo, no pueden elogiar sino a sí mismos".

Con la obediencia brutal pocas cosas puede hacer Prusia. Los germanos "darán órdenes, pues no tienen otra cosa que dar". Los italianos deben pesar la probabilidad de que los fracasos en las artes de la paz les arrastren a las artes de la guerra. No pudieron embaucar diplomáticamente a Italia. Fueron tan antipolíticos que ocultaron la ruptura de su sociedad con los italianos "sin ocultar siquiera el ocultamiento". Intrigando en Austria, tuvieron que reconocer los agravios de Italia, en el preciso momento en que demandaban su ayuda. "Los ingleses –añade con su ruda franqueza Chesterton– son más estúpidos y menos sensibles que ustedes (los italianos); pero los mismos ingleses vieron que la diplomacia del canciller alemán era, no insinuante, sino insultante; juro que yo mismo sería mejor diplomático".

Los latinos serán vencidos en lógica por los profesores de Berlín; no hay miedo alguno. No pueden censurar a Italia; sus censuras se encontrarán con la clarísima respuesta italiana de que Italia no rompió la Triple Alianza, ni siquiera por la causa de la paz; la rompieron Alemania y Austria para declarar la guerra; además, Italia no fue consultada sobre el ultimátum servio... "En el tablero de la discusión" eso "es mate en una jugada". ¡Y tan mate, Sr. Chesterton, y tan mate! ¡Los italianos se han comido la reina de primera intención! ¡Que se lo pregunten al Príncipe Bernardo von Bülow, el de la "Alemania Imperial"!

Pero hemos prometido no comentar, sino exponer. Exponer solamente. Los alemanes no podrán hacer un llamamiento al sentimiento popular de Italia. Les falta el sentido del matiz. Son groseros. Han salido con el registro de que Italia está perdida si no va del brazo con ellos. Es decir, salieron con ese registro, antes de la ruptura de hostilidades entre Italia y Austria, que fue cuando se escribió este folleto. Después, injurias, insultos; después, haciendo el cartel de D'Annunzio; después, los elogios a Giolitti; elogios que excitaron el sentimiento popular en Italia. Los alemanes reducen el patriotismo ajeno a las fórmulas de su propio patriotismo. No comprenden –convendrá conmigo el Sr. Chesterton– más que lo suyo.

Por todo eso, Chesterton quiere que Europa derrote a Alemania, para que Alemania no convierta a Europa en esclava suya.

La característica de las razas puras –dice Chesterton en su tercera y última carta– es la de estar dotadas de fidelidad. Así, el negro; así el perro; así el alemán. El teutón carece de reacciones, porque ni se ríe de sí mismo, ni se da una patada a sí mismo. No se arrepiente; no se arrepiente tampoco del arrepentimiento. Al leer sus libros, no los halla mejores ni peores de lo que imaginaba. No siente deseos irracionales de libertinaje. No tiene "temperamento". No se dobla, saltando atrás, como el acero: se para en seco como la madera.

Los españoles, ingleses, franceses e italianos somos de otra manera. La mala suerte nos vigoriza y la buena nos asusta. Lo que para nosotros son fuegos fatuos, es luz meridiana para el alemán. "Sobre todo –dice textualmente Chesterton– los prusianos no se sienten avergonzados, como a mí me pasa, cuando los extranjeros alaban su país por razones equivocadas". El prusiano –el «parvenus»– no quiere más que elogios. Tiene tan buena digestión, que no le enferma el veneno de la alabanza. Esta ausencia de duda y de temor es característica de los prusianos.

Además, Prusia no entiende las revoluciones. "Las revoluciones que generalmente son reacciones". Es que creen que las poblaciones "civiles" fracasan siempre. Dicen prescindir de Grecia y de Roma, siendo una mala copia de estos pueblos. Pero una mala copia. Un profesor alemán hablaba con desdén de Brasil, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, porque viven en perpetuo holgorio, en motín perenne. ¿Han hecho otra cosa Roma, Florencia, París, Atenas?

Con la religión el alemán hace lo que con el arte; inventa su religión. Como el Káiser inventa su Dios "¿Cómo inventa uno una revelación? –grita el alma del católico que hay en Chesterton–. ¿Cómo crea uno un Creador? ¿No significa claramente el Evangelio que es una buena nueva? ¿Y no significa claramente la buena nueva que debe venir desde fuera de uno mismo? De otro modo, yo podía sentirme feliz en este momento, con inventar una enorme victoria en Flandes. "Y supongo (ahora caigo en ello) que es eso lo que hacen los alemanes".

Elocuentemente concluye su vigoroso folleto Chesterton. "Yo soy ese inglés –dice– que ha torturado a Irlanda, que ha sido torturado por el Sur de África, que siente sus equivocaciones, que se siente abrumado por sus pecados. Y le dice a usted, Señor Intachable, con una verdad tan honda como su propia culpa y tan inmortal como su propio recuerdo, que usted no pasará por aquí".

¿Y no vale más leer esto que los discursos del Sr. Mella, que las crónicas del Sr. Cadenas, que esa broza sobre Gibraltar y sus aledaños? Yo creo que sí.

Nuestro Tiempo (Septiembre 1915)

La obra de Cervantes

Terminamos ahora estos escarceos, estas glosas en torno a la obra de Miguel de Cervantes; ya tendremos ocasión de volver sobre el tema con mayor reposo. Nuestro objeto no ha sido otro, como habrá visto el lector, que mostrar nuestra discrepancia con la opinión del señor Unamuno, consignada en las páginas de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, a propósito de la desigualdad de la obra literaria de Cervantes. «No cabe duda –reproduzcamos ahora todo el párrafo–, sino que *en El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* que compuso Miguel de Cervantes Saavedra se mostró este muy por encima de lo que podríamos esperar de él juzgándole por sus otras obras; se sobrepujó con mucho a sí mismo. Por lo cual es de creer que el historiador arábigo Cide Hamete Benengeli no es un puro recurso literario, sino que encubre una profunda verdad, cual es la de que esa historia se la dictó a Cervantes otro que llevaba dentro de sí y al que ni antes ni después de haberla escrito, trató una vez más; un espíritu que en las profundidades de su alma habitaba. Y esta inmensa lejanía que hay de la historia de nuestro Caballero a todas las demás obras que Cervantes escribió, este potentísimo y espléndido milagro es la razón principal –si para ellos hicieran, que no hacen falta razones, miserables siempre– para creer nosotros y confesar que la historia fue real y, verdadera, y que el mismo Don Quijote, envolviéndose en Cide Hamete Benengeli, se la dictó a Cervantes. Y aún

llego a sospechar que mientras he estado explicando y comentando esta vida me han visitado secretamente Don Quijote y Sancho, y aún sin yo saberlo, me han desplegado y descubierto las entretelas de sus corazones.»

El párrafo, como verá el lector, no tiene desperdicio, aunque su valor estriba precisamente en la fragancia de su lirismo, ya que no es la verdad objetiva que de él dimana. El milagro patente en este caso es el del genio de Cervantes, que envolviéndole bajo el ropaje arábigo del fingido Cide Hamete, infunde vida eterna al espíritu y a la figura de Don Quijote. Don Quijote y Sancho, al visitar al señor Unamuno, lo hicieron –yo lo sé de buena tinta– por el encargo expreso de Miguel de Cervantes, para encenderle el corazón de anhelos inextinguibles, y de tal modo quedó turbado el profesor salmantino con la visita de los dos personajes, que se olvidó del emisario, maltratándole y denostándole por excesivo amor quizás. Cervantes creó a Don Quijote, y si paradójicamente quiere afirmar el señor Unamuno, que fue Don Quijote el que inspiró a Cervantes, eso solo quiere decir en puridad que la figura era tan bella, tan grande y tan absorbente, que el asunto era tan divinamente peregrino, que tales asunto y figura impusieron a Cervantes las normas de su creación. Cosa que, por lo demás, sucede con todos los autores grandes y con todos los bellos libros que en el mundo han sido. Ha dicho no sé quién que el que comienza una obra es discípulo del que la acaba y este fenómeno estético, que de buena gana explicaríamos si tuviéramos el suficiente espacio, puede ensayarse con toda holgura en la primera parte del Quijote –tanteo, concesiones al gusto de la época, episodios y más episodios, el autor en lucha con su asunto– y en la segunda parte –cambio completo de luz, identificación de Cervantes con su figura, compenetración absoluta con el tema, amor, fecundo y peregrino para decirlo de una vez–.

La obra de Cervantes es el primer paso en firme para estudiar la realidad española. Desde los primeros y primitivos monumentos de nuestra literatura –el Arcipreste de Hita, el poema del Mío Cid, la Celestina– no nos tropezamos enteramente con gentes de carne y hueso hasta llegar a Cervantes. En el Poema del mío Cid, son los balbuceos del lenguaje lo que nos impresiona y la pintura del ambiente tiene la ingenua tosquedad de los dibujos infantiles. El buen Arcipreste, gráfico, objetivo, sagacísimo comienza a ponernos en relación con una realidad independiente de nuestras sensaciones. Fernando de Rojas, Rodrigo de Cota o quien quiera que sea el autor de la Celestina –obra fogosa y juvenil– nos da una sensación libresca en los diálogos y muy directa al pintarnos los trotes y retrotes de la buena vieja que vive en su casita, allá cerca de la puerta del río, junto a las tenerías. *El Lazarillo del Tormes* nos da una impresión seca, descarnada, violenta, de nuestros pícaros y pobretones. Pero la emoción no se cuela en nuestras letras, hasta que llega Cervantes y pone a tono su espíritu con las gentes, con las cosas, con los paisajes que le rodean.

Había una realidad que no había sido jamás interpretada. El fatalismo, el pesimismo judío, se adueñan de los amores de Calixto y Melibea; las gestas del Cid tienen el encanto de lo primitivo y de lo sentido con ingeniosidad; las trovas del Arcipreste, amigo de las buenas mozas y del vinillo parlero, carecen del desinterés estético del que tira a sabiendas piedras de arroba al frágil tejadillo de los clérigos talaveranos; las andanzas de Lázaro el de Tejares son un perfecto manual del arte de la picardía; solamente Cervantes sabe arrancar lágrimas del embelesado leyente y suscitar en su espíritu inefables y tenues impresiones.

Y la obra de Cervantes es paralela en los albores del siglo XVII a la que dos siglos después –en el XIX– realizan en nuestras letras Larra y Pérez Galdós. Se hablará mal del Quijote por los literatos y escritores de profesión, se dirá de Cervantes que es un ingenio lego y poco erudito, pero todas las obras posteriores están ya influenciadas por la visión cervantesca de la realidad, por la proyección de su espíritu sobre el espíritu de sus contemporáneos. Como dos siglos después son hijos de Larra y de Galdós todos los que escriben y todos los que se esfuerzan por formular el problema nacional. Las quejas las da Larra; el bloque vivo de observación comienza a esculpirlo Galdós; se conoce la materia sobre que ha de trabajarse, se otea la inquietud y el desasosiego en Larra. Y el movimiento de él parte y en él primeramente se formula.

La obra de Cervantes no acaba ni concluye en el Quijote; ya hemos procurado mostrar anteriormente, con ejemplos gráficos, que las Novelas ejemplares se forjaron en la misma fragua de donde salió la acerada y férrea figura del manchego hidalgo. Claro está que *La Galatea* –no acabada– por ejemplo, no es más que un ensayo literario de novela pastoril, de égloga en prosa, que carece en cierto sentido de interés humano, que sus incidentes y pasajes no nos emocionan cosa mayor; pero, sin embargo, Cervantes está también presente en esta fábula, que se salva, después de todo, no por lo que tiene de concesión al gusto, de observación de

cánones y pragmáticas, sino por lo que hay en ella de independencia, de verdad y de estética independientemente y eterna. Sobre *La Galatea*; sobre *Persiles y Segismunda* –donde tantas agudísimas sensaciones de puro arte nos ha descubierto recientemente *Azorín*–; sobre las comedias y entremeses de Cervantes volverá otro día para acabar de consignar humildemente mi parecer de que en la obra completa de nuestro autor campea la más profunda unidad y el gusto más exquisito y depurado.

Si el señor Unamuno fuera un erudito de esos que andan a caza de los endecasílabos inconscientes que yacen enterrados en la prosa descuidada –sea–, pero por descuidada precisamente, más ágil, viva, maravillosa y espontánea de Cervantes; si el señor Unamuno, digo, fuera uno de estos ratoncitos rumiadores que no permiten otras interpretaciones que la suya y que dan más trascendencia al escrutinio de la librería que a la aventura menos importante de Don Quijote, no nos hubiéramos curado muy mucho de discrepar y disentir de sus opiniones. Pero ha, sido el señor Unamuno precisamente –con *Azorín*, con Heine, con Carducci– el que despertó en nuestro espíritu, desde nuestros años juveniles en la dorada Salamanca, el exaltado amor al Caballero de la Triste Figura, el desdén por los bachilleres, por los yangüeses, por los draques y por los rapabarbas de todo linaje. Justo es, por ende, que a través del quijotismo unamunesco, declaremos nosotros nuestros ardores cervantistas. Nuestro cervantismo no es de Clemencín; nuestro cervantismo, es, pura, lisa y llanamente quijotesco. ¿Por qué hemos de dar, señor Unamuno, en la manía de creer y confesar que Cervantes fue muy inferior a su obra?

¿No somos todos hijos de nuestras obras? ¿No son ellas las que descubren la calidad o bajeza de nuestro linaje?

Don Quijote es mayor de edad y vive fuera de la mente del padre que lo creara. Sus andanzas se han separado del libro peregrino, han sido glosadas en todos los tonos, pero nuestras emociones contemporáneas en torno a la figura, anhelos y desventuras del caballero, arrancan del genio que lo engendró. Cervantes creó a Dulcinea porque la quiso con el alma entera. Cervantes sacó de la aldea manchega a Don Alonso Quijano el Bueno, porque Cervantes fue también un andante caballero, retador de desventuras, eterno soñador de quimeras y rendido enamorado de la gloria. La opinión del señor Unamuno sí que se quiebra de puro maliciosa y sutil, opinión de catedrático, pensada adrede, no acaso contra Cervantes precisamente sino contra la turbamulta de sus colegas, que en su adoración muda por los genios consagrados, les declaran intangibles.

Unamuno cuando dispara apunta a dos blancos a la vez. Y en este su libro peregrino, *La vida de Don Quijote y Sancho*, que es la más sutil, perspicaz y lírica glosa que nosotros conocemos en torno a la obra magna de Cervantes, el inquieto pensador salmantino –más salmantino ya que vascongado– se dejó llevar con tal brío de su desdén a los cervantófilos que el pobre Cervantes tuvo que pagar los vidrios rotos.

No nos extrañamos; los caballeros vizcaínos cuando pelean –véase el capítulo IX de la primera parte del «Quijote»– montan en cólera y no reparan en golpe más o menos. Pero frente al parecer del señor Unamuno, ahí están las obras. Cervantes es padre natural de Don Quijote, y en su creación amorosa –amor de madurez y de serenidad– prestó el padre todas sus perfecciones y hechizos al hijo mayor, con plena conciencia de lo que hacía. Y a sabiendas –no es cosa de insistir en ello– de que le entregaba lo más delicado, inefable e íntimo de su altísima personalidad.

La Vanguardia (01-09-1915)

La causa del catolicismo

"En desagravio"

El antiguo secretario y hombre de confianza del que fue pretendiente al Trono de España, don Carlos de Borbón, don Francisco de Melgar, acaba da publicar un folleto interesantísimo, editado por los señores Blond y Gray, de París. Titúlase el folleto *En desagravio*. El señor de Melgar opónese a la corriente germanófila que ha hecho tantos estragos entre los tradicionalistas españoles. La causa del catolicismo es para el señor de Melgar la causa de Cristo, el triunfo del catolicismo, la reivindicación de las ideas tradicionalistas. Pelean los católicos en el frente francés con todo coraje y denuedo. Al anochecer, en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, de París, las mujeres que han perdido sus hijos, sus esposos, sus novios, sus padres,

en la guerra lloran lágrimas de resignación ante la bendita imagen. Los sacerdotes dicen misa al amanecer en las trincheras; los soldados han establecido la Adoración Nocturna en Montmartre; las plegarias más fervorosas brotan del corazón francés en estos momentos de peligro; Francia torna a abrazarse con la vieja fe. Este pueblo ligero, caprichoso, inconsecuente, amigo de los placeres, es un gran pueblo. Lejos de amilanarse ante el peligro, ha sabido rehacerse por artes taumatúrgicas y es vano empeño y achaque de ignorancia presentarnos al gran pueblo francés como una partida de botarates y de cocotes.

Admirable es la defensa que nos hace el jaimista señor Melgar de las virtudes francesas. Se diría que Francia tiene alma de mujer; como a mujer la queremos los que nos hemos acercado alguna vez a su espíritu elegante, claro, noble y enseñador. Es mimosa, pero es constante; alardea de ahílica, pero es voluntariosa y tenaz; como Pierrot, se llena de polvos el rostro para ocultar mejor sus lágrimas. Francia es el pueblo que se repone más prestamente de todas sus calamidades; como los zorros, no deja huellas de sus desmayos.

El señor Melgar se duele de la actitud que han tornado sus correligionarios españoles frente a la gran guerra. La prensa jaimista no se entera de lo que pasa por el mundo. Son los curas, los curas y no los jacobinos, los beatos y no los incrédulos, los que están vertiendo su sangre generosa en el altar de la Patria. La reacción que se está operando en el gran pueblo es la crisis que se apodera de los individuos cuando, en los momentos de mayor abatimiento, encuentran consuelo en los destinos providenciales. Todo espíritu noble es un espíritu profundamente religioso, que no vacila en cortar las amarras que le atan a su pasado tempestuoso. La Francia de 1915 torna a ser la Francia de Juana de Arco y de los Reyes Cristianísimos.

De patraña, finalmente, califica el señor Melgar la supuesta inteligencia entre don Jaime y Guillermo II. Jamás se han visto ambos personajes.

Cuando murió en Várese –Milán– don Carlos de Borbón, el actual pretendiente a la corona española participó el fallecimiento a todas las Cortes europeas. Todos los Soberanos contestaron a don Jaime asociándose a su dolor. Todos, menos el Emperador de Alemania, que no quiso recibir la carta. Él no admitía correspondencia con gentes que no conocía. El Emperador Francisco José tiene a don Jaime encerrado en su castillo de Frosdorff. He aquí, pues, las relaciones amistosas y cordiales que unen al jefe de un partido germanófilo con las testas coronadas de los imperios centrales.

"Bélgica heroica y mártir"

La revista francesa *L'art et les Artistes* ha consagrado un número especial a la tragedia belga. Estupendas ilustraciones de Brangwyn, Baertsoen, Cassel, Villaerts y, sobre todo, del paisajista walon Gilsoul, ilustran esta notable publicación. El texto también está redactado por escritores belgas. Los nombres del pedagogo Nothomb, del dramaturgo Maeterlinck, del profesor Wilmotte, de Delannoy –el notable catedrático de Lovaina– lloran las desdichas del pueblo sacrificado. Con gusto –accediendo a un ruego de los editores– nos ocupamos de estos trabajos. La parte gráfica de esta publicación nos dice más que todas las descripciones literarias. Barrios enteros de Lieja, de Visé, de Dinant, de Termunde, aparecen destruidos. La máquina fotográfica ha sorprendido el incendio de los mercados de Iprés, de la Catedral de Malinas, de la Universidad de Lovaina y de la linda iglesia de Turnes.

L'Art et les Artistes considera la destrucción de Bélgica como una consecuencia directa de las predicaciones militaristas alemanas, cerrando sus comentarios con manifestaciones verbales y escritas de Guillermo II, del Duque de Brunswick, del general Doehm, de von Bissing y de cuantos militares alemanes invadieron el suelo belga al iniciarse las hostilidades durante los primeros días de Agosto del año pasado.

El Adelanto (28-12-1915)

Un libro sobre Cervantes

Pablo Savi López –de abolengo español seguramente– es uno de los más distinguidos dramaturgos italianos. Y es también un sabroso ensayista. Espíritu curioso, explora con avidez todas las regiones del espíritu. Recientemente ha publicado un libro admirable sobre nuestro Miguel de Cervantes, y cuando preparábamos unas notas en torno al libro llega a nuestras manos una buena versión española, escrita por D. Antonio G. Solalinde, versión que forma parte

de la Biblioteca Calleja, llamada, por las trazas, a dejar una huella excelente en la bibliografía española contemporánea.

No es el Sr. Savi López uno de estos eruditos caseros que entierran con la letra el espíritu, con la frase la emoción interior y con la rebusca y ordenación de papelotes la menudencia anecdótica y subalterna de los grandes hombres. Savi López es, derechamente, el reverso de la medalla de un Sr. Rodríguez Marín, pongo por erudito. Sus ensayos cervantinos hay que ponerlos al lado de los de Enrique Heine, Miguel de Unamuno, Turgueneff o Josué Carducci. Poeta, esto es, creador ante todo y sobre todo, Pablo Savi López estudia en Cervantes el venero inagotable de sus emociones y sugestiones, buscando antes el interés humano que el valor literario de su obra. Y los seis ensayos que componen el libro –Introducción, Cervantes árcade, Don Quijote, Las novelas ejemplares, El autor dramático, La última novela–, giran en derredor del influjo de Italia sobre el espíritu proteico y peregrino de Miguel de Cervantes, quedando, a nuestro modo de ver las cosas, bien fijado este influjo y maravillosamente estudiadas las cuestiones que se rozan con este tema, tan olvidado por los cuervos que devoraron con avidez la carnaza podrida de la erudición en el último centenario cervantino.

Desde mediados del siglo XV, «La vieja España, árida y austera –escribe el autor italiano de Cervantes– languidecía bajo el beso sensual de Italia... Aquel beso ahogó durante muchos decenios la poesía española y habría apagado también el genio dramático, si no hubiera llegado a tiempo Lope de Vega a deshacer aquella fascinación con el ímpetu de un Dios rebelde». Pero Cervantes no marchó a Italia a la husma de las trovas petrarquescas ni de las comedias clasicistas. Soldado y aventurero, el autor de *Don Quijote* visitó Milán, Venecia, Nápoles, «ciudad la mejor de Europa y aun de todo el mundo»; Lucca, Florencia, donde coloca la acción de *El curioso impertinente* –la casa de Camila está «en la plaza de San Juan, frente a la iglesia mayor»–; Bolonia, cuyos pórticos quedan grabados para siempre en *La señora Cornelia* y, probablemente, Sicilia. Y Roma también fue asiento de Cervantes: todo el mundo sabe que allí residió como doméstico del Cardenal Acquaviva.

La vida libre, elegante, fácil, repleta de «doctas lascivias y de amores elegantes» de las ciudades italianas, comenzaba a entenebrecerse –asegura Savi López– con las sombras de la reacción iniciada en el Concilio de Trento. El Concilio, al tratar de refrenar las rebeldías del arte y las libertades del pensamiento civil, desnacionalizó la vida italiana durante los siglos XVI y XVII. Y así, el Orlando furioso, palpitante de amor y de vida en las rimas del Ariosto, se reblandece primero en un Ariosto sabio y se trueca después en un héroe santurrón y momificado. Así, el *Decamerón* se arregla *ad usum* de la juventud pazguata y honesta. Así, finalmente. *El Príncipe* del secretario florentino se diluye en el código de los *bienpensantes,* por obra y gracia del jesuita Juan Botero.

Cervantes se encuentra, por ende, con la Italia del Renacimiento, sí, pero con una Italia «sumida en un supremo resplandor purpúreo, en las glorias del Tintoretto y del Veronés, mientras con débiles acentos empiezan a elevarse de los extensos jardines las notas pastorales de Aminta». Un español tan español como Cervantes había de encontrar en Italia las huellas de su propio país. Y «buen creyente –afirma Savi López– halló en la reacción católica un acomodo para su fe; hombre de no muy amplia doctrina y de espíritu movedizo, dio con una fácil literatura que desde dos siglos antes nutría a los escritores de su país». Y el italianismo de Miguel de Cervantes aparece en su obra, bien como recuerdo de su mocedad aventurera, bien como eco de las voces escuchadas ante aquellos parajes donde se derrumbaron las primeras esperanzas del poeta soldado. En sustancia, pues, el influjo de Italia sobre Cervantes «tiene siempre un mínimo interés al lado de lo que el pensamiento y el arte del gran escritor extrajeron de los profundos manantiales de su raza».

Y es curioso observar esta paradoja. Mientras nuestros eruditos castizos y caseros emborronan cuartillas y cuartillas para demostrarnos si aquella décima la copió Cervantes del italiano, si *La Tía Fingida* procede directamente de algún alegre ingenio florentino, si *El curioso impertinente* deriva de esta o de la otra narración veneciana, Savi López, un escritor italiano, que no puede ni debe pararse en menudencias que para nada afectan al espíritu general de la obra total cervantina, sostiene que mientras Italia sufría los primeros ataques de la reacción contra el Renacimiento, el espíritu español gozaba, por el contrario, «de una magnífica expansión y de una maravillosa profundidad».

Y el realismo amargo y acre de la novela picaresca, la exaltación sostenida e iluminada de la mística, la plasticidad del teatro español donde ya se esbozan almas humanas y donde ya apunta en germen el gran drama romántico del siglo XVII, «estaban demasiado lejos de las

elegancias formales del espíritu italiano del siglo XVI». Cervantes, como todos los caracteres recios y personales, fijó, a través de Italia, su propio españolismo, y desde lejos, ausente de las bubas y lacerías vallisoletanas, de las doctas querellas de los patios salmanticenses, de los alegres cortijos sevillanos, comparó nuestra austeridad con el amor a la vida que reinaba en Italia, y de esta comparación surgió su sentido universal y humano de las cosas.

Cervantes, como Saavedra Fajardo más tarde, al salir y vivir fuera del patrio suelo, sintió más intensamente que si hubiera vivido siempre al lado de la casa natal, lo que en él había de profundamente español, y encarnado su espíritu real en el ficticio de D. Quijote, nos dio la impresión del contraste entre su temperamento y el ambiente de la época. Si dispusiera de espacio a mis anchas, contrastaría con algún detenimiento otras afirmaciones contenidas en el libro *Cervantes,* de Pablo Savi López. El pensamiento central del libro queda, sin embargo, dicho en esta breve nota. Además, el volumen del sagaz ensayista italiano es más rico en contenido emocional que en rebuscos eruditos. Y las emociones, las sugestiones que puede despertar en los espíritus curiosos y ávidos, no pueden reducirse a una simple exposición bibliográfica.

España (12-07-1917)

Varios

Un año en el otro mundo, por *Julio Camba*. Biblioteca Nueva, Lista, 66. Madrid, 1917.

Julio Camba ha reunido en este libro sus deliciosas crónicas, escritas el año pasado desde Nueva York para el periódico *ABC*. Releyéndolas ahora juntas, formando un volumen, descubren una trabazón crítica que no se percibía en la lectura rápida sobre el periódico.

Elecciones, preparativos de guerra, rascacielos, pisos giratorios, barberías diabólicas, casas de cuarenta pisos, bares, restorantes, Caruso, Wilson, Wodrow, Roosevelt, los tipos y escenas neoyorquinos, discurren kaleidoscópicamente por las páginas de este libro. Es Julio Camba un humorista corriente y moliente a todo ruedo; con cara cómica dice cosas serias y con un ropaje serio se burla donosamente de todo lo burlable. Pero en el fondo del libro palpita un gran entusiasmo por Norteamérica, que no sabe disimular a ratos el autor.

Un estilo suelto, llano, espontáneo, fluidísimo corre por las páginas de *Un año en el otro mundo*. No se advierte el menor esfuerzo para lograr la expresión más oportuna. Julio Camba vence siempre como estilista y como irónico.

¡Este galleguito!...

La Lectura (Septiembre-1917)

Literatura salmantina

Guía sentimental de Salamanca, por *Juan D. Berrueta*. Portada de Unamuno. Salamanca, 1917.

Unamuno ha grabado la portada de este libro. "Lo que se ve desde mi balcón" reza la leyenda del dibujo del querido maestro.

El libro de Domínguez Berrueta es de una delicadeza y de una distinción peregrinas. El alma de las piedras de la ciudad dorada se revela a través de las páginas de este libro. Para nosotros, los salmanticenses, esta *Guía sentimental* tiene un verdadero encanto. Recuerdos de mocedad, cosas pretéritas enterradas en el mar del olvido, personas y piedras que fueron, son el cañamazo que ha empleado el autor para urdir, con hilillos de oro, este librito. Berrueta escribe en un lenguaje claro, sobrio, sencillo. La emoción y la poesía corren a raudales por las páginas de esta guía. Es un libro que nos encariña con el autor, libro que se trueca, lentamente, en un objeto familiar y querido.

La Lectura (Septiembre-1917)

Italianas

Nuova Antologia.

Ventajas económicas que deben recabar los aliados, por Luis Luzzatti, ex ministro.–

Suiza, para obtener el carbón y otros productos esencialísimos a su industria, ha hecho un empréstito de 20 millones mensuales a Alemania. Así, Alemania da a Suiza el pan de la industria y Suiza presta dinero a los alemanes en un momento en que verdaderamente lo necesitan. Algo semejante está ocurriendo ahora con Holanda. Los neutrales no quieren a los alemanes; pero les temen. No tienen la costumbre de tratar delicadamente a los Gobiernos; cuando les prestan algunas ventajas, es que los necesitan.

El señor Luzzatti pregunta "por qué los aliados no proponen a Suiza las mismas ventajas que Alemania. Los aliados le dan el alimento principal, la harina, sin la cual, todas las demás ayudas, aun las industriales, tendrían un valor escasísimo. Se dice que Suiza resiste o que los aliados no insisten demasiado. La bondad de los aliados, que representa el principio de nuestra civilización, parece que anima a los adversarios, pero que no conmueve demasiado a los amigos fríos. Si nosotros tratásemos a los prisioneros austriacos y húngaros como los Gobiernos de Austria y de Hungría tratan a los nuestros, por interés de ellos mismos debieran ser menos crueles. Pero saben, y esa es una de nuestras superioridades, una de nuestras grandezas efectivas, que no nos es lícito hacer lo que ellos hacen por el freno de la conciencia pura, que no queremos debilitar ni prostituir. ¿Por qué los suizos, cuyas dificultades conocemos, aunque algunas veces hayamos visto también su espíritu de parcialidad a favor de los Imperios Centrales, no han de conceder a los aliados los beneficios que han concedido a los alemanes?

Pero, sin hablar del curso de nuestros cambios en Suiza, que ahora oscilan, con graves pérdidas, en el 64, ¿a santo de qué, cien unidades de papel moneda suizo han de valer en París 126 francos, y algo más de 113 en Londres? Si los suizos son los *privilegiados de esta guerra en lo que respecta a los cambios,* y se atreven a pedir en condiciones demasiado onerosas para nosotros y beneficiosas para ellos productos de los que andamos bien escasos, no ha de parecerles una proposición desmedida que nosotros pidamos compensación en un empréstito equivalente de papel suizo. Es necesario que los aliados insistan; la equidad y la razón están de parte suya. ¿Por qué vamos, pues, a prescindir de estas dos razones tratándose de un pueblo que nos debe a nosotros su florecimiento? ¿Perderemos la paciencia? También los Santos la pierden alguna vez."

Como se ve, es bastante expresivo el lenguaje del señor Luzzatti, que goza de gran fama de economista, no solamente en Italia, sino en toda Europa. Su competencia financiera le ha llevado varías veces al Ministerio de Hacienda de su país y alguna a la Presidencia del Consejo de Ministros.

"Hablemos –continúa en su artículo el señor Luzzatti–, hablemos de otra dificultad que requiere el acuerdo de los aliados. La plata ha sobrepujado la antigua paridad clásica del oro; la proporción era de uno en oro a quince y medio en plata, aun en los orígenes de la Unión monetaria. El rodal blanco tuvo un alza que hizo reducir a 835 milésimas los desperdicios de la plata. Comenzó la baja vertiginosamente, y en Londres, en el mercado mundial, los 42 peniques y medio que valía la onza, se redujeron casi a la mitad. Ahora que anda todo revuelto, los hombres, las cosas, los precios de las cosas, el metal plata, con beneficio de los Estados Unidos, de Méjico, de Canadá (con 172 millones de onzas han producido los Estados Unidos 72.774.000; Méjico, 35 millones; 25 millones y 25,5 Canadá), ha logrado llegar en el mercado a sobrepujar 48 unidades a la onza."

Todos los Estados, comenzando por los orientales, donde la plata circula más, temen la tendencia de los especuladores a desmetalizar la plata para venderla en buenas condiciones, y se aprestan a luchar con ellos.

En la India, el Gobierno inglés, después de adoptar medidas suaves, ha prohibido la importación y la exportación de la plata en barras y en moneda. Sin embargo, cree el señor Luzzatti, con su fina idiosincrasia italiana, de milanés que conoce bien el mundo de los negocios, que la tentación no se hará tan fácilmente, por culpa del fruto prohibido, que ocasionó la caída de la humanidad con el pecado original, que los humanos llevan siempre dentro de su espíritu.

Tan formidable problema interesa también a Italia. El Tesoro del Estado piensa dar a la circulación billetes pequeños. Esta circulación fue proyectada por De Rudini y llevada a cabo

por Carcano. Tales billetes tienden a evitar la desmonetización de la plata. Tales provisiones parecen oportunas; pero Luzzatti se atreve a pensar que también la *tentación* puede cundir en Italia, y que los especuladores trabajen para que puedan vender a buen precio la plata, haciendo desaparecer la moneda de este metal. Los italianos, para restablecer la circulación menuda, han de tener que volver a comprar el metal plata a un precio más elevado, porque no hay que creer que vuelva el retorno a la equidad de los precios antiguos después de la guerra. Con China, Japón, la India y los Estados Unidos debe entenderse Italia para sustraer el tesoro de los Estados a una pérdida segura, la circulación menuda a desastres seguros. Suele hablarse del frente único en las cosas económicas y financieras, y no podrá expresarse jamás una idea más justa, más lógica y más salvadora para la suerte futura de los Estados que pelean unidos. El precio del dinero puede dar ocasión a la útil experiencia del frente único, como lo ofrecería el curso de los cambios, pues los aliados parecen inclinarse a las soluciones que nosotros proponíamos hace dos años. Convendría muy mucho un convenio oficial de todos los Gobiernos aliados para el estudio y examen de todos los problemas relacionados con la moneda, sus depreciaciones, su mercado, etc. Luzzatti cree, finalmente, que no debe retrasarse ese momento, que es oportunismo a la hora de ahora.

Colección de clásicos italianos por Nemi.

"Entre las modernas colecciones de libros que en nuestra Patria contribuyen a propagar la cultura nacional, figuran en primer lugar las colecciones de libros clásicos. La del editor Laterza, de Bari, es notabilísima; notable para los estudiosos y para las Academias, la editada por los florentinos señores *Monnier;* muy importante y de seguro porvenir, la que acaban de iniciar los propietarios de la Sociedad Tipográfica Editorial de Turín. Realmente, la colección de clásicos comenzada en Turín no es nueva; hace años nació en Cittá di Castello, con la Casa editorial de Lapi, bajo la inteligentísima dirección del profesor Pedro Tommasini Mattiucci. Ahora, en manos de la Editorial Torinesa, esa colección no modifica substancialmente su programa inicial, aunque esté caracterizada por el conjunto y la índole de las obras que publica. Mientras Tommasini se preocupaba del público culto, la Sociedad Tipográfica tiende a buscar su mercado en las familias. Los volúmenes que ha publicado, elegantísimos y de impresión clara y vistosa, son joyas de pensamiento y de belleza y ornamento intelectual de las personas cultas y de toda casa italiana de espíritu y de costumbres.

Hemos hablado más arriba de la colección de *Escritores italianos* de *Laterza.* El volumen 83 está formado por los *Cantos* de Giacomo Leopardi. Publica la edición el profesor Alejandro Donati. Es una maravilla. A los *Cantos* sigue el capítulo los *Nuevos creyentes,* que escribió el poeta en los últimos meses de su vida, capítulo que no figura en la edición napolitana, ya por consejos del amigo del poeta Ranieri, que se cuidó de ella, ya también porque se considerase inoportuna tal interpolación."

Suscribimos enteramente el juicio que merece esta colección a Nemi, el distinguido colaborador de *Nuova Antologia.* Ese volumen 83 contiene también las *Dedicatorias, Prefacios* y *Anotaciones* del mismo Leopardi, puestas en las distintas ediciones de sus obras. Y con esa edición tan completa se hace inútil el cotejo con todas las demás.

Otra edición de los *Cantos,* digna de anotarse, es la hecha en la Casa editorial de Sandron (Palermo) por Francisco Moroncini, que hace tiempo viene publicando muy notables trabajos de investigación en torno al gran poeta. Los 30 cantos de que se compone están debidamente ilustrados con los oportunos pasajes del *Epistolario, Pensamientos, Acotaciones, Escritos varios,* etc., etc., además de las anotaciones de Moroncini.

Y ya que de Leopardi hablamos, nos permitirá Nemi que recomendemos la edición de *Clásicos italianos,* de Ulrico Hoepli, de Milán. El prólogo, del profesor Miguel de Scherillo, extraído del mismo *Epistolario,* es ya clásico entre los devotos del divino poeta recanetés. No hay que decir que nosotros figuramos en ese bando y que muy pronto daremos en estas queridas páginas de LA LECTURA –hoy que reanudamos, al cabo de algún tiempo, nuestra interrumpida comunicación con sus lectores– pruebas de nuestra admiración ferviente al cantor de *Lo Infinito* y de *La Noche del día festivo.*

La Lectura (Septiembre-1917)

Italianas

Nuova Antologia (1 de noviembre).

El pensamiento y la acción del general Cadorna al principio de la guerra, por *Probo*.-"Cuando, en julio de 1914, el general Cadorna fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército italiano, ordenó que la concentración de gran parte de las tropas, en la guerra contra el Austria, fuesen, dejando atrás el Piave, a la busca del enemigo, en Friuli. De este modo tan sencillo, se ganaron cuarenta kilómetros y se defendieron las llanuras de Friuli. Y no sólo esto. Con tan sencillo movimiento de estrategia, el Ejército, así concentrado, tenía a la vista las ásperas colinas de Colobrat, de Colio y del Carso, fuertes guardianes del Austria, llenos de enemigos y de defensas. De esta suerte podían nuestras tropas llamar al timbre. Mediadas así las distancias, las vanguardias italianas, durante el primer día de guerra, encontraron a los austriacos en la zona del disputado confín. Ordenes breves y resolución tremenda, ya que se confiaba el general en un ejército unido, pronto a la ofensiva, armado con toda suerte de armas y sin preparación técnica alguna. No había estallado todavía la guerra sin cuartel; tradiciones, experiencias, estudios, costumbres habían creado en los italianos la convicción de un Austria gigantesca pronta a hincar sus dientes sobre una pequeña Italia inofensiva, Sin embargo, nuestros abuelos, que manejaban una espada más corta que la del enemigo, decían: "Alarga el brazo, y bastará." Del apotegma clásico se acordó en mala hora el general Cadorna.

Y así, comenzó a perder tiempo en la concepción de las operaciones. Estalló el conflicto. Los italianos (lo mismo que los demás pueblos en lucha) hacían una movilización de sus fuerzas metódica, cerrada, dura y lenta, lenta sobre todo, acaso perfecta en guerras normales y para un ejército que, a renglón seguido de la declaración de guerra, sale de su territorio para combatir rápidamente; insuficiente, sin duda, para guerras de esta laya y para una nación que se levanta en armas. Apenas declarada la neutralidad, nos trazamos el camino a seguir: la neutralidad no era la inmovilidad, sino el principio del movimiento. Además, los preparativos militares no podían ser vastos, ni claros, ni paralelos. El enemigo, encerrado en su guarida, no lo hubiera tolerado. A la primera sospecha, el adversario hubiera atravesado las fronteras.

De las dos necesidades de no revelar lo que se hacía y de hacerlo a todo riesgo brotó la nueva actuación del pensamiento ofensivo del general Cadorna. Modificada la movilización existente, el general pudo concentrar, rápida y silenciosamente, antes de la declaración de guerra, buena parte del ejército, formado de tal suerte que, estando aún libre de los servicios regularmente establecidos, estuviera también en sazón de atravesar la frontera a la noche siguiente de la declaración de guerra. Quiso, por ende, sorprender al enemigo y conquistar a la chita callando las posiciones del otro lado de la frontera, que aseguraban aquella defensa del territorio nacional, que la mala geografía fronteriza nos había negado siempre. Una carta del general a los jefes de la movilización y de la Intendencia, de 20 de abril de 1915, dice claramente su pensamiento en torno del particular: "Conviene, como he declarado expresamente en mis órdenes del 1º de abril de 1915..., aprovecharse de las primeras fuerzas útiles para prevenir al enemigo... precisamente en aquellos puntos de mayor importancia para la continuación de las operaciones de la ofensiva..."

El general Cadorna consiguió lo que se proponía.

Ante los enemigos, que tenían bien montado su servicio de espionaje, el general Cadorna supo proceder cautelosamente. Con las clases del Ejército permanente, a las que se añadieron otras, se completaron los regimientos y se formaron los de la milicia móvil. Desde octubre de 1914, las primeras tropas comenzaron a asomarse a la frontera, tomando las posiciones de combate que se asignaron desde un principio. En el invierno se hizo general la aproximación a la frontera; después de las tropas alpinas salieron los regimientos, las brigadas, las divisiones. Detrás de la infantería fueron los cañones, para lo cual hubo que solucionar gravísimos problemas de transporte. A la zaga de la artillería, en fin, las municiones y las vituallas. En los valles surgieron impedimentos para estorbar y dificultar el paso de los nuestros. Poco a poco vencieron de la crisis la fuerza y la juventud de Italia, sin que el tráfico sufriera interrupciones, sin que la vida nacional se suspendiera y sin que nadie, finalmente, se diera cata de cuanto ocurría.

En marzo de 1915, mientras el país discutía la paz o la guerra, la frontera estaba firmemente defendida y el ejército en armas consciente de lo que tenía que hacer.

De este modo el general Cadorna perdía tiempo en la actuación de su plan de guerra.

En tales condiciones, y estando todavía en Roma el general Cadorna, la mañana del 22 de mayo de 1915 dispuso el Ministerio de la Guerra la orden de movilización general. Y el mismo día se decretó: "S. M. el Rey ha dispuesto la movilización general del Ejército y de la Marina y la requisa de cuadrúpedos y vehículos. Primer día de movilización, el 23 del mes actual."

La tarde del mismo día –a las seis– el general Cadorna enviaba desde el Palacio del Alto Mando del Cuerpo de Estado Mayor a los Comandantes de las cuatro Armas y de la zona de Carnia el telegrama que ordenaba la ruptura de las hostilidades; "Descifre personalmente. V. E. está autorizado para iniciar las hostilidades a partir de las doce de la noche del día 26. Obre con arreglo a las instrucciones número I…"

En la noche del 22 llegaron las órdenes a los comandantes de las cuatro Armas.

La mañana del 23 de mayo el Embajador de Italia en Viena presentaba la declaración de guerra al Gobierno austriaco.

La misma mañana, como palomas que retornan al palomar, llegaban al Palacio del Alto Mando las respuestas de los jefes de las cuatro Armas: las órdenes del jefe se habían cumplido.

Desde la orden de movilización a la de operaciones transcurrieron seis horas. Desde las órdenes de operaciones a las de aseguramiento de la ejecución, doce. En diez y ocho horas, pues, el Ejército italiano se lanzó a la guerra.

Y en la noche del 23 al 24 de mayo en toda la frontera, desde el Stelvio al mar, las tropas italianas divisaron a las austriacas.

Aquella noche, tachonada de estrellas, se conquistaron los fortines de Montozzo y de Tonale, en el valle Vermiglia, que estaban en poder del enemigo; Ponte Caffaro, en Giudicaria; el monte Cano y las pendientes del Altísimo, que dominan el lago de Garda; el Pasubio, el Baffelan, las columnas del valle del Adigio. Se ocuparon los pasos del Cadore mediante un ataque a la bayoneta... En fin, la Marina, siempre gloriosa, lograba que sus cazatorpederos se apoderasen de los destacamentos enemigos que estaban reparándose en el puerto de Buso.

¡Maravilloso principio de la guerra, nuncio feliz de la ventura de Italia! Un huracán de entusiasmo se apoderó de nuestros soldados. Las tropas austriacas de los montes, aduaneros y francotiradores, habían sido hechos prisioneros en la cama, ignorantes de la declaración de guerra; en la fresca mañana, llena de gritos y olvidada por el sol, se despertaban prisioneros, no sabían por qué.

Sobre el Corada y sobre el Colobrat, macizos gigantescos de la orilla derecha del Carso, soldados austriacos trataban de huir; desde la cima les enfilaban los nuestros sobre seguro. En el Friuli se desbandaron las últimas patrullas; aquí y allá se notaba el polvo que levantaba, al retirarse, la caballería. Era la sorpresa en toda su plenitud.

Así fue, en efecto. Los austriacos pudieron sostener que habían abandonado la llanura del Isonzo para poder defenderla desde el Carso; mas no pudieron demostrar que hubieran abandonado voluntariamente montes como el Altísimo y el Pasubio y colinas como Colobrat, Corada y Planina, desde las que podían agredir gallardamente. No son los austriacos enemigos que dejan a un lado, no ya las posiciones inútiles, sino las necesarias, ya que se han defendido obstinada y hasta valientemente en posiciones tan insignificantes como las del Podgora, para que vayamos a comulgar ahora con ruedas de molino. Pero fueron destrozados por una estupenda maniobra del general Cadorna, que les echó encima todo el ejército antes de que pudieran comprender lo que les caía encima. Este ejército descompuso en pocos días toda la ofensiva austriaca, como esos ciclones que lo arrasan todo y que arrancan los árboles de cuajo.

En el Pasubio, conquistado el 24 de mayo de 1915, se detuvo, en 1916, la ofensiva del adversario sobre el Trentino. De las colinas Corada y Planina, conquistadas el 24 de mayo de 1915, arrancaron nuestras victorias ofensivas del monte Ascco y de la Bainsizza.

Con tales conquistas en las primeras horas de guerra, perdía el tiempo el general Cadorna.

La enorme presión no pudo continuar, es cierto, durante muchos días, trocándose en un avance desenfrenado que llevase las tropas al corazón de la Monarquía austriaca. Por el poderoso impulso del general Cadorna, la ofensiva se contuvo y extendió hasta que el enemigo opuso sus magnificas preparaciones defensivas y sistemáticas y la tremenda aspereza del teatro de las operaciones. En contra se revolvían la escasez de los medios de ataque y, principalmente, de la artillería pesada. Y entonces se contuvo el avance. Sólo entonces, ya que no perdimos, no ya un día, sino una hora o un minuto. Rompimos entonces el cerco de hierro de los austriacos. En las noches, ocultadoras de heroísmos, millares de héroes abrían los surcos de la divina victoria.

¡Benditos sean! Para responder al fuego adversario, para reforzar nuestros asaltos, teníamos –acordémonos de nuestra pobreza pesada– 130 cañones de grueso y mediano calibre en 700 kilómetros de frente; ayer, en la batalla de Bainsizza, para 70 kilómetros, habíamos apostado algunos millares. Cuando alguno de aquellos cañones disparaba, el silencio y la desesperación seguían al estampido. Tales fueron las causas trágicas, que no podía remediar poder alguno humano, de la lentitud de las operaciones después de los gloriosos primeros días, no la tardanza de concepción ni la incertidumbre en las órdenes del general Cadorna.

El cual, si los austriacos hubieran sabido ver en aquellos mismos días, ante la imposibilidad de perseguir sus objetivos técnicos, empleaba el tiempo en realizar una obra que ha fructificado y madurado ya. Esta obra de pensamiento era tan urgente como la batalla. El general Cadorna, de hecho, mientras ordenaba a una parte del Ejército que se echase sin tregua ni descanso sobre el enemigo, procuraba que toda la nación se trocase en ejército. Contra todos los obstáculos ha luchado Cadorna para conseguir su objeto. Durante los primeros meses la inmovilidad aparente pudo parecer gravosa para Italia e inútil para el enemigo. Pero los efectos materiales de esta actividad, suscitada por el contacto real de los hechos, son hoy tres millones y medio de hombres y seis mil cañones; uno de los mejores Ejércitos del mundo, capaz de coger prisioneros a 30.000 adversarios, dejando 120.000 fuera de combate. Los efectos morales están conseguidos al advertir el plano de igualdad con que nos tratan nuestros aliados.

Nuestros enemigos no han querido reconocer jamás que el general Cadorna es un hombre que no sabe perder el tiempo. ¡No importa! Ahí está el Ejército italiano, obra suya. No puede despreciarle el adversario, porque brota de las entrañas íntimas del pueblo: Italia puede vanagloriarse, ciertamente, del general Cadorna."

La Lectura (Septiembre-1917)

De la guerra

I monumenti italiani e la guerra, per Ugo Ojetti. (A cura del Uff. Spez. del R. Ministero della Marina.) Alfierie Lacroix, editori. Milano, 1917.

El Ministerio de Marina de Italia, desde que comenzó la guerra, está imprimiendo publicaciones interesantísimas. Acaso, la más excelente de todas sea la de este libro, del eminente crítico de arte señor Ojetti. Estudia en un largo ensayo preliminar los esfuerzos que han realizado los arquitectos italianos para defender los monumentos de arte de las bombas austriacas.

Lo que cuenta el señor Ojetti de la defensa de los monumentos de Venecia es muy curioso. Día por día han ido rectificando y dando solidez a las defensas de sus edificios los venecianos. Se ha tapiado la basílica de San Marcos; los caballos de la famosa cuádriga han abandonado su *loggia;* con sacos de arena y cilindros de cemento armado se han recubierto las estatuas: los cuadros han abandonado temporalmente los muros de los Museos.

El señor Ojetti nos da cuenta prolijamente de la labor realizada en este respecto en la Dirección general de Bellas Artes. Y su ensayo va ilustrado con 140 estupendas reproducciones fotográficas de los edificios resguardados del peligro de los aeroplanos en el Véneto, en la Emilia y en Toscana.

El volumen es una maravilla de lujo y de buen gusto, que habla muy alto del exquisito primor con que se trabaja en los talleres de los editores milaneses señores Alfieri y Lacroix.

Luigi Cadorna, per *Nino Salvaneschi,* Vol. in 8.0 Copertina di G. Amisani. Alfieri e Lacroix, editori. Milano, 1918.

Los mismos editores están publicando semblanzas de los principales personajes que figuran en la guerra. El primer cuaderno de la serie está consagrado al ex generalísimo Luis Cadorna, actualmente representante de Italia en la Conferencia interaliada.

¡Curioso sino el de los Cadornas! El padre de Luis, Rafael, dirigió la campaña del 70 contra los austriacos; su hijo, cuarenta y cinco años más tarde, había de continuar la misión paternal. Y el abuelo, un liberalote avanzado, Diputado en las Cortes del Piamonte, fue uno de los defensores de la famosa fórmula "la Iglesia libre en el Estado libre".

Bellas estampas ilustran esta publicación. Cadorna, hombre rudo en apariencia, es cariñosísimo con sus subordinados y celoso de su bienestar. Es un temperamento alegre, de hombre

que no ha estado enfermo jamás. Posee una rica cultura clásica y conoce varias lenguas antiguas y modernas. Su figura gana popularidad en Italia a medida que avanzan los meses.

Del repliegue nadie culpó a Cadorna. Al contrario. Se trataba de deficiencias de organización, explicables en último término; porque, tanto austriacos como italianos, saben muy bien que el pleito de sus fronteras no ha de resolverse en el Carso ni en el Tagliamento. Además, sobre el frente italiano, unos kilómetros mayor que el francoinglés, cargaron literalmente todas las movilizaciones que nada tenían que hacer en Rusia, con las reservas frescas de Austria, Bulgaria y Turquía.

Nino Salvaneschi demuestra que las características del espíritu de Cadorna son la firmeza y la lentitud. Y hombre que va despacio –dice el adagio de los italianos–, es hombre que va lejos. Además, es inconmovible, y carece, a lo que cuentan, de nervios en su economía.

La Lectura (Enero-1918)

Literatura castellana

Poemas, por *A. Torre-Ruiz*. Librería de la Viuda de Montero. Valladolid, 1917.

Entre la hornada de poetas jóvenes, verdaderamente poetas y verdaderamente jóvenes, merece citarse el nombre de don Andrés Torre-Ruiz, decano de la Facultad de Letras de la Universidad vallisoletana. El señor Decano, que no ha mucho tiempo pasó el umbral de los treinta años, acaba de publicar estos interesantísimos *Poemas* en un pequeño volumen, donde ha recogido su obra poética más selecta, desperdigada en periódicos y revistas de Valladolid. Nosotros, al menos, recordamos haber leído el poema *Shopenhahuer* en *Éxodo,* y varios de los poemas de *Las malas bestias* en la *Revista Castellana,* que dirige el muy docto y erudito escritor castellano don Narciso Alonso Cortés.

Un libro exquisito, de emoción, de sobriedad, de supremo buen gusto, es este de los *Poemas.* Tal vez puedan señalarse algunas huellas, de poetas franceses sobre todo, en estas lindas composiciones del señor Torre-Ruiz. Pero es un alma, el alma del poeta, la que se descubre principalmente a través de estas páginas. Este muchacho ecuánime, bueno, justo, que piensa en su vejez, y que sueña:

> Al caer de la tarde, cuando tiene el cielo
> una serena transparencia y flota
> sobre todas las cosas como un velo,
> una melancolía dulce y remota,
> los rapazuelos del hogar cercano
> vendrán a mi jardín tímidamente,
> cogidos de la mano.

Este poeta, digo, se rebela a las veces contra su quieto vivir provinciano y añora el mar:

> ¡Poeta, vuélvete al mar! Entra de un salto
> en la barca ligera del ensueño;
> hunde en el agua azul –plata y cobalto–
> los remos de marfil; huye risueño,
>
> y al aire el pensamiento, que flamea
> como una vela sobre el mar tendida,
> deja que el viento misterioso sea
> guía, cantor e impulso de tu vida,

y aconseja a sus amigos que se desposen con la quimera;

> Haced, amigos, que nunca falte
> la roja flecha de una ilusión
> en vuestro cielo de azul esmalte.
> Que a vuestro día nunca le falte
> mi recio ensueño temblador,

y que gocen de las delicias de la ascensión ideal:

¡Volad, amigos, la altura es bella!
Tal vez la hipótesis roce al pasar
en vuestra frente, dejando en ella
un pensamiento, como una estrella,
en que palpite la verdad.

El libro del señor Torre acaba con el poema de *Las malas bestias: El Cuervo, El Burro blanco, El Murciélago,* etc. Restalla la indignación del poeta en estas composiciones. Mansamente, con más rebeldía cordial que apóstrofes verbalistas, nos va diciendo Torre-Ruiz su desdén por los pobres globos hinchados que se elevan gravemente sobre las gentes en estas sociedades sin contenido espiritual alguno. Como un sable es de autoritaria la arrogancia de los camellos. Desfilan por el desierto histórico con su joroba refranesca y con su abdomen panzudo, durmiendo y rumiando. La vida es prosa y es la losa de los sueños. La madre de la ciencia es la experiencia. Su lema es orden y sumisión. Más vale lo bueno conocido que lo malo por conocer. Toda novedad es peligrosa. Hasta en sus vicios son mezquinos los camellos:

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Los murciélagos tejen en espiral las ironías en torno a los ideales. Son la frivolidad, que trata de distraer a los corazones que sangran; los pensares torcidos y sinuosos de la envidia, la alusión artera que se esconde bajo el elogio insincero, la impotencia.

Luego del poema de *Las malas bestias,* el poeta nos ofrece toda su alma en la composición con que remata el libro, *Odio, perdón, piedad.* El poeta quiere herir y maldecir; no puede:

¡No engendres el dolor!
Si alzas la mano, sea
para ayudar y bendecir.¡Hay en el mundo
tantas llagas abiertas,
tanta resignación, tanta amargura,
que corre soterraña!

Y tiende sus alas de luz sobre los tormentos del espíritu:

Que tu piedad, luz suave
de plenilunio, unja la tierra,
y sobre todo lo que sufre,
y sobre todo lo que alienta,
y sobre todo lo que existe...,
¡caiga como una ofrenda!

He aquí el alma de Torre-Ruiz. Rebelde por dentro; profesor de Lógica en lo social. Hombre amargado por los silogismos: porque sabe que a veces no se piensa con las ideas, sino con los nervios, con el corazón y con la sangre que rebulle...

La Lectura (Enero 1918)

Varios

Literatura salmantina, por Fernando Íscar Peyra. Imprenta de F. Núñez. Salamanca, 1917.

En este curioso folleto del notable escritor salmantino señor Iscar Peyra, que va dejando sus quehaceres literarios por las monsergas de la política al uso, recomendando charros y aprobando expedientes en los pasillos de la Diputación provincial, hay noticias muy curiosas de la nueva literatura salmantina, que ha nacido al cobijo espiritual del señor Unamuno, el cual se ha dado maña para remover todos los espíritus de la tranquila ciudad del Tormes. Las novelas regionales de Luis Maldonado, los hermosos estudios en torno a la ciudad de Juan Domínguez Berrueta, los poetas, los críticos, están muy bien estudiados en este lindo y nutrido folleto del señor Íscar. ¡Lástima que a veces, con su carácter bondadoso, se deje llevar de las inclinaciones de la amistad, estudiando, entre los escritores salmantinos de la nueva hornada, a literatos que nada tienen que ver con aquella tierra, como el señor Valero Martín!

Este folleto, que contiene la conferencia que leyó su autor en el Ateneo de Valladolid hace ya algunos meses, contiene páginas tan interesantes como las consagradas al querido poeta Cándido R. Pinilla y tan exactas como las dedicadas a Unamuno, que fue el que llevó las gallinas de las inquietudes espirituales a la dorada ciudad del Tormes, y, finalmente, tan llenas de camaradería, y de afecto como las en que habla de nosotros, sus amigos y compañeros de toda la vida.

La Lectura (Enero-1918)

Italianas

Pagine d'Arte (enero de 1918).

Giovanni Cenna, por G. U. Arata.

No es posible escribir el nombre de este dulce y maravilloso poeta sin experimentar un dolor profundo y una sensación de amargo desconsuelo. El triste anuncio de su muerte ha llegado a nuestros oídos como un eco lúgubre, como el ruido del desplome de un edificio que lleva, al caerse, tras de sí, cosas e ideas, valores y esperanzas.

Su desaparición es de las que dejan un claro en el país.

No nos dejamos llevar de un amargo pesimismo al escribir estas palabras, ni nos atrevemos a afirmar tampoco que no deje Cenna en Italia continuadores de su labor contra esa plaga que se llama el analfabetismo, de la que nos fue redimiendo lenta, pero sistemáticamente; lo que hacemos es expresar con palabras henchidas de dolor el magnánimo espíritu del muerto, que, con un esfuerzo continuo, agudo y tenaz, demostraba un temple de alma superior para luchar con el ambiente. Y así como su ejemplo nos confortaba, su muerte nos deja recelosos y confusos.

Antepuso siempre a sus intereses personales los intereses supremos de la Patria.

Cuando la gloria literaria comenzó a levantarle sobre el nivel común, asegurándole un porvenir risueño, figurando como redactor jefe de *Nuova Antologia,* continuó tan modesto como siempre, viviendo solo, como los hongos, y huyendo de toda exhibición y farándula. Ni la amistad con los personajes que prodigan los favores, ni el renombre que le rodeaba, influyeron sobre su espíritu independiente y autónomo, ni tampoco sobre su sólida conciencia de artista. Ni siquiera abusó de la revista que le había honrado con el puesto de mayor confianza, porque escribió rara vez en ella. Así, puede afirmarse que fue extraño a ciertas orientaciones políticas y artísticas de *Nuova Antoloqia.* Examinaba sin discutir, aceptaba sin grandes restricciones, publicaba sin quejarse demasiado. Dotado de cierta prudencia filosófica y de una dulce tolerancia, tenía pronta la sonrisa para todos, hasta para los seudointelectuales que se acercaban a él con los títulos de su influencia política. Y era una pena, porque los tales forman la colaboración parasitaria de la ilustre revista.

Nacido en 1870, de humildes trabajadores, en una aldea del Alto Canavés, estudió de jovenzuelo Literatura con Arturo Graf, que fue el primero en apreciar el valor de su discípulo cuando en 1897 publicó un tomo de versos con el dulce título de *Madre.*

A este libro, henchido del suave recuerdo de la madre muerta entre las paredes frías de un hospital, siguieron los volúmenes *Sor Umbría* y la novela *Gli Ammonistori,* obra la última inspirada en sentimientos elevadamente humanitarios, historia de almas sencillas, envueltas en el misterio de su vida, hecha de esperanzas y desengaños, de dolores y renunciación.

Su última creación poética fue *Homo,* poema de piedad y de humanidad, de bondad y de fe, de tristeza dulce y de resignada desesperanza.

En todo este mundo que espera y que sufre sin abatirse, está el alma coherente e inquieta del vate.

En estas *Pagine d'Arte* tenemos el deber de recordar, no al Giovanni Cenna artista, sino al hombre, porque fue el caballero de una milicia humanitaria sin soldados, el apóstol que abandonó el arte, que le había dado tranquilidad y gloria, para ofrecer su propio espíritu a la humanidad doliente, encarnando en él a todas aquellas criaturas humildes, sencillas y sonrientes, que son los principales héroes de su poesía y de su literatura.

Y el mérito de nuestro poeta estriba, no en haber ideado la lucha contra el analfabetismo, sino en haberla practicado con resultados tangibles, consciente como era de que no puede

formarse un gran pueblo ni un gran Estado sin dar previamente al pueblo la cultura necesaria para poder descubrir sus propios valores ideales.

Viviendo en Roma, trabajó principalmente entre los campesinos del agro romano.

Por él se construyeron hermosas escuelas, llenas de aire y de sol, y por él se revelaron frutos nuevos que germinaron al contacto con la luz de la civilidad.

La escuela era para Cenna un templo. A todos se nos pegaba su ardor de propagandista.

Personificaba lo que llamaríamos el sentido heroico de la caridad.

¡Ojalá su ejemplo deje huella duradera!

La Lectura (Enero-1918)

Italianas

Nuova Antología.

El momento de resistir, por Víctor.

La hora es grave y solemne; grave y solemne para la Patria y para la Múltiple Inteligencia.

El enemigo ha invadido el sagrado suelo de Italia, que, desde hace más de dos años, se mantenía incólume e intacto por el valor del ejército, el espíritu de resistencia y la concordia del país. El adversario, echando literalmente todo su frente de Rusia sobre nosotros, con el debido acompañamiento de turcos y búlgaros, ha querido arrasar nuestras defensas exteriores e interiores con un doble objetivo político y militar.

Desde el mar hasta los Alpes se está reorganizando la resistencia de las armas italianas; esperamos ansiosamente el momento en que se establezca una sólida línea de defensa que detenga, de una vez para siempre, la irrupción enemiga. Acuden a nuestro frente valerosos soldados de Francia y de Inglaterra, los vencedores del Marne, de Verdún y de Flandes, que pelean al lado de los mejores soldados del Isonzo y de los Alpes. Las cariñosísimas manifestaciones hechas a las tropas aliadas en las ciudades de Turín y de Milán, manifestaciones que interpretaban íntegramente el sentimiento italiano, han afirmado la absoluta fraternidad de armas y de ideales entre los pueblos aliados. Reciban ambas ciudades el aplauso de la nación entera por su noble actitud.

Sin embargo, el corazón italiano sufre cruelmente ante el hecho de la invasión. Siente particularmente el dolor de las zonas invadidas y de las poblaciones prófugas. Para ellas todo el calor de nuestro espíritu y todo el socorro de nuestra solidaridad. Cada ciudadano, cada ciudadana, tienen un deber de hermano y de hermana que cumplen y que cumplirán. Nada debe abatirnos ni acobardarnos. También Francia tuvo, al principio de la guerra, sus magníficos territorios invadidos y pisoteados por la huella del invasor; también Francia tuvo vastos y riquísimos territorios dominados por el enemigo. Y, sin embargo, el alma de la gloriosa nación no ha perdido por eso su ritmo; ha continuado y continuará sosteniendo admirablemente los deberes de la resistencia civil y los acatamientos de los ejércitos victoriosos.

Lo mismo que sucederá con nosotros. El enemigo creía que en su avance se tropezaría con una Italia que inmediatamente disolvería sus lazos nacionales. Nos han hecho la guerra con armas bárbaras, y, sobre todo, con infundios, bulos, calumnias y mentiras. Los telegramas de Pola, de Nauen, de Koenisvusterhausen, han hecho víctimas sin cuento en Italia. Había dentro de nosotros un vasto *complot* germanófilo, que ha fracasado sencillamente. El pueblo se ha unido para siempre, dando de lado a accidentales querellas intestinas. La Cámara de los Diputados, después del manifiesto que éstos dirigieron al país, mostraron su perfecta unanimidad de pareceres en una sesión histórica. Los jefes de todos los grupos y fracciones políticas predicaron la guerra a ultranza. El mismo Giolitti, tachado siempre de vacilante, se ha sumado a la corriente general del sentimiento colectivo. El alma italiana vibra como nunca.

Resistiremos, avanzaremos, ganaremos y reconquistaremos el terreno perdido.

Austria, o, mejor todavía, Alemania, se ha equivocado de medio a medio. El país sigue las inspiraciones del diputado Orlando al que se han sumado, con idénticas manifestaciones, Boselli, Giolitti, Salandra y Luzzatti. Zurati y Treves, en nombre del grupo socialista, han dicho también que todos los italianos tienen la obligación sagrada de defender la patria y la libertad.

Dos clases de consideraciones se imponen a la atención de Italia y de los aliados:

1.ª Medidas de carácter interno.

2.ª Medidas de carácter internacional.

En el orden interno, el deber urgente y absoluto del Gobierno es adoptar las medidas necesarias para reforzar nuestra resistencia militar y civil.

Podemos resumirlas de este modo:

1.ª Contacto permanente entre el Gobierno y el Parlamento, hasta con reuniones mixtas de ambas Cámaras y con una Comisión única parlamentaria en las dos. A estas Comisiones parlamentarias únicas y mixtas debe Francia, como recordaba el diputado Tittoni, con su admirable sentido de estadista, su salvación. En este sentido se van manifestando clarísimamente nuestros principales grupos políticos.

2.ª Continuos contactos entre el Gobierno, el Ejército y el Alto Mando.

3.ª Coordinación de las operaciones militares con la evolución de la guerra moderna y reconocimiento de la necesidad imprescindible y absoluta de aplicar a toda acción militar el principio del mejor empleo del material y de la mayor economía de hombres.

4.ª Organización del servicio de provisiones.

5.ª Política de guerra con vida austera en la ciudad y en el campo.

6.ª Preparación activa y enérgica de la reconstrucción económica del país.

¿Pudiera ser este Víctor el señor Luzzatti? Creemos que sí.

La Lectura (01-01-1918)

Libros extranjeros

IL MARTIRIO DEI MONUMENTI, Ugo Ojetti. Con 9 incisioni fuori testo-Milano, Fratelli Treves, L. 2,50.

Requisitoria contra los alemanes destructores de ciudades italianas y acto de fe y de confianza en el genio latino. El volumen está ilustrado con vistas de los monumentos destruidos en Ypres, Nieuport, Reims, Arras, Soissons, Ravenna, Venecia.

VILLA VENOSA (LA) IN ALBANO LAZIALE, Bergamo. Instituto Arti Grafiche, 1918. Un vol. in 4º, pp. 301. L. 100.

Ignazio Bonoompagni, Principe di Venosa. Historia de la jardinería en Roma y origen de la Villa Venosa: La Villa. Ojeada general. Árboles y arbustos. El prado. La estufa. Las colecciones. El cultivo de las flores. Sostenimiento de la Villa. Catálogo sistemático de las plantas cultivadas en la Villa Venosa.

Por el anterior índice de materias vése que trata principalmente esta obra, publicada por la Principessa Teresa Boncompagni-Ludovisi, de los admirables jardines formados por el Príncipe de Venosa en su villa.

CALCUL DES SYSTEMES ÉLASTIQUES DE LA CONSTRUCTION, par Ernest Flamard (171 fig. VI-200 p., in 8º). París. Gauthier-Villars, fr. 12.

STABILITE DES CONSTRUCTIONS USUELLES.– *Calcus algébriques et graphiques des efforts dans l'ossature principále, Fermes rigides. Fermes remi-rigides*, por Rousselet Louis et Lepetit Aimé. París, Dunod et Pinat, 1918, In. 16, 421 fig., VI-296 p. in 4º, frs. 20.

VILLES-JARDINS DE DEMAIN.– Seconde edition de *Demain. Une Voie pacifique vers une réforme réelle*, por Ed. Howard. Traduit de l'anglais par L. E. Creplel. (In, 12, 167 pags. con 5 ilustraciones).

PROGRAMME D'UN COURS DE CONSTRUCTIONS CIVILES, par Jules Pillet. (Gr. in 8º, 16 p.)

G. B. Piranesi (1720-1778), par Henri Focillon (32 pl. XXIV-324 p. in 4º), (París).

Essai de catalogue raisonné de l'oeuvre de Piranesi, par Henri Focillon (75 p. in 8º), París.

Histoire du chateau de Versailles.– *Versailles an XVIU^e riècles*, par Pierre de Nolhac (in 4º). París.

Sienne, par André Peraté (14 eaux fortes et 60 dessins, in 8º). París.

L'Eglise de Vezelay; Saint-Pére sous Vezelay, par Alphonse Germain. París.

La ricostruzione di Messina e l'opera dell'Unione Edilizia Messinese, relazione del R. Commisario Comm. Aw. Cesare Cagli.

Pour rebatir nos maisons detruites.– *Abris provisoires. Reconstructions definitives*, par le lieutenant-colonel G. Espitallier.

Le guide de la construction.– Batiments. Travaux publics et industries qui s'y ratachen. París.

I monumenti italiani é la guerra, per *Ugo Ojetti*. (A cura del Uff. Spez. del R. Ministero della Marina) Alfieri é Lacroix, editori. Milano, 1917.

El Ministerio de Marina, de Italia, desde que comenzó la guerra, está imprimiendo publicaciones interesantísimas. Acaso la más excelente de todas sea la de este libro, del eminente crítico de arte Sr. Ojetti. Estudia en un largo ensayo preliminar los esfuerzos que han realizado los arquitectos italianos para defender los monumentos de arte de las bombas austríacas.

Lo que cuenta el Sr. Ojetti de la defensa de los monumentos es muy curioso. Día por día han ido rectificando y dando solidez a las defensas de sus edificios los venecianos. Se ha tapiado la basílica de San Marcos; los caballos de la famosa cuadriga han abandonado su *loggia*; con sacos de arena y cilindros de cemento armado se han recubierto las estatuas; los cuadros han abandonado temporalmente los muros de los Museos.

El Sr. Ojetti nos da cuenta prolijamente de la labor realizada en este respecto en la Dirección general de Bellas Artes. Y su ensayo va ilustrado con 140 estupendas reproducciones fotográficas de los edificios resguardados del peligro de los aeroplanos en el Véneto, en la Emilia y en Toscana.

El volumen, de lujo y de buen gusto, habla muy alto del exquisito primor con que se trabaja en los talleres de los editores Sres. Alfieri y Lacroix.

Arquitectura (Julio-1918)

Leyendo a Casanova

Estoy releyendo con atención creciente las estupendas y nutridas "Memorias" de aquel aventurero veneciano que se llamó Santiago Casanova, y que paseó, como él decía, la ausencia de sus prejuicios por las cortes europeas de fines del siglo XVIII con el nombre del caballero de Seingalt. En estos días de espiones y de policías al servicio de pueblos extranjeros y de políticos dormidos, y de reyes frívolos y deportistas, y de Gabinetes cortesanos, y de Cortes amarradas al más vil y vergonzoso de los silencios, la evocación del recuerdo de las aventuras de Casanova

por los ducados de Parma, por los Estados Pontificios y por la Corte austriaca es de una dolorosa y viva actualidad. Porque nuestra España vive hoy como vivían antaño aquellas ciudades italianas y aquellos dominios del Papa y de los Habsburgos. Con la diferencia a favor de aquellos pueblos de que un cardenal Lambertini, un Benedicto XIV, podía sostener perfectamente la comparación con un La Chiesa, con un Benedicto XV, con la ventaja a favor de aquellos pueblos de que los Borbones de Nápoles y de París eran un poco más liberales y auténticos que los actuales y de que los Habsburgos de antaño no eran tan ñoños, tan fanáticos, tan cuerdamente intolerantes e incomprensivos como los que hace cuatro años desencadenaron la guerra, tratando de borrar la soberanía de los serbios en el concierto de sus asuntos interiores.

La España actual, con todas sus vilezas y vergonzosos silencios, parece una imagen de aquellos pueblos autocráticos y teocráticos. La misma ausencia del pueblo de los asuntos públicos; la misma policía encanallada, grosera y tosca; iguales ministros cortesanos, pendientes del gesto del Rey y de los caprichos de los favoritos o de las favoritas; el mismo concepto del pueblo como coto de caza para que el soberano luzca sus aficiones venatorias. Hasta el señor Dato, con sus ricitos frontales y su espinazo pronto a doblarse en una vuelta de rigodón, está allí retratado en cualquier abate frívolo de los que van a solicitar un favor del Papa a los jardines del Vaticano, en cualquier Mr. La Ville amigo de Luis XV, en cualquier "cavaliere servente"[352] de Nápoles o de Parma, en cualquiera "inspector de castidad" de los que destina María Teresa en Viena a la caza de las muchachas solteras, sin perjuicio, es claro, de los naturales usufructos. Estos hombres políticos de España, y estos cortesanos, y estos polizontes, y estos espías de hogaño, están allí, vivos y palpitantes. Algunas semejanzas son tan notorias que no puedo resistir al deseo vivísimo de contrastarlas. Uno de los más favorecidos es el señor conde de Romanones. Con su risita helada de conejo, sus narices ganchudas y su voz estridente y agria, es el ministro Bernis, embajador de Francia en la República Veneciana, amigo de monjas fáciles y de gentes de rompe y rasga, que a la hora de la caída, se convierte en un señor cardenal, lector de Aretino, rezando al lado del Papa en la Capilla Sixtina y dedicando a la banca las horas que no le roba el breviario. Cambó es aquel judío turinés, padre de la bellísima Lía que trajo de cabeza a Casanova, que a cambio de dejar enamorar a la hija exige al prometido que le compre sus mejores caballos, para transigir, al fin y al cabo, en una cantidad discreta, sin perjuicio de levantar la voz. Don Antonio Maura, con su voz tonante de Júpiter malhumorado, es un cardenal de reserva, un chambelán de puro lujo, al que se le avista en todas las ceremonias con un manto de púrpura para que luzca los últimos tropos fabricados en la Academia de la busca. En cuanto a Sánchez Guerra, su fisonomía se repite en los jefes de cocina, en los domésticos del Parc-aux-Ceris, en los secretarios subalternos del Santo Oficio y en los bajos curiales de la cámara "santíssima".

Y allí está también nuestra aristocracia germanófila, esa que pinta Monte-Cristo en sus regocijantes, y, a su pesar, interesantísimas crónicas de sociedad, deleitándose en la lectura de los Grilos y Cavestanys de entonces, espiando el paso de los monarcas para saludarles, perfumándose en la calle para evitar los codazos con la plebe, saturándose de sandez y de vicio, en relación de inconfesable servidumbre con los hebreos y con los favoritos. Y este clero mazorral nuestro está allí también, con su incontinencia pasional pronta al estallido, orgulloso de su ignorancia campesina y de la impunidad de la sotana. Y están los militares, los "bravos" de Manzoni, haciendo ruido con las espuelas y llevando la diestra a la espada, y contentándose, al fin y al cabo, con la merced. Y están los Brabos Portillos, procurando partidas de placer a los residentes extranjeros, llevando la cuarta en los bancos de Faraón, tirando las monedas a los mendigos y soportando las horas de desgracia sin un gesto de grandeza. Está, finalmente, en estos abates y en esas mozas y en esos esbirros y en esos académicos, toda nuestra España de hogaño, desgarrada, silenciosa, pobre, escéptica, cruel como un niño y artista como un viejo, sin la noción más remota de dignidad.

Leyendo estos libros de Casanova, comparando la abyección política de aquellos Estados con la corriente y moliente de nuestra España de hoy, resalta cada vez más la evidencia de aquella sutilísima y aguda observación de Macías de Picavea de que los Austrias –Carlos V y Felipe II– escamotearon el carácter español, que murió en el siglo XVI, para convertirnos en un remedo grotesco del Imperio austriaco. Y lo que se llama elemento castizo es la infiltración de aquella odiosa extranjería. Extranjería que no es privativa de las altas esferas, como parece indicar Una-

[352] Caballero que en el siglo XVIII acompañaba a una noble casada en eventos sociales, fiestas, recepciones, teatros; además de asistirla en tareas personales como compras, correspondencia, visitas,

muno en uno de sus últimos y mejores artículos, publicados aquí, en La Publicidad, sino que es hoy connatural con todo el espíritu de la meseta y del interior, por lo menos. Y así, el habsburguismo, con todos sus derivados –la pereza, la intolerancia, el ocio, la incomprensión, la rutina, el anhelo imperialista de atar bajo una misma cuerda los pueblos más desemejantes– es un anhelo tan nacional como dinástico. Ese españolismo austriaco, imperialista, que nos legó el trágico siglo XVI, explica derechamente nuestra germanofilia –incomprensión, abulia, insensibilidad–. Aquí el amo, por ruin que sea, encuentra al instante su ayuda de cámara. Soñamos todavía con un Imperio, que dé riendas al ansia de aventuras de un pueblo embrutecido y con una tiranía que nos libre de la disciplina de un Estado democrático. La tragedia nuestra de hoy es que somos, a pesar de unos pocos, espiritualmente, una colonia alemana, o lo que es peor todavía, austriaca. Y lo somos por una fatalidad histórica de la que no nos libraremos en mucho tiempo. El oso de la austeridad ciudadana baila, y el gitano recoge las monedas de la danza, en medio de una muchedumbre que aplaude entusiasmada para no pensar, para no meditar en su aislamiento, para alejarse, como siempre, de los grandes acontecimientos históricos que dan quebraderos de cabeza. (¡No! ¡No nos hablen ustedes de la guerra! Vivimos muy bien con los consejeros secretos, con los esbirros, con los bancos de Faraón y con las revistas taurófilas de Armando Guerra. Y ¡hagan juego señores! ¡No va más! ¡Lo hemos suprimido en provincias! ¡Aquí, en las playas cortesanas es otra cosa! "¡Rien ne va plus!" Decía usted... ¡No, no me hable usted de la guerra! ¡Hoy se dan encarnados! ¡Allá va la Reina, muy mona, con los infantitos!)

La Publicidad (22-07-1918)

Correspondencia de Nietzsche

Estoy leyendo una correspondencia que publicó *La Gaceta de Fráncfort*, un año antes de la guerra, donde el profesor Karl Strecker, de Berlín, comenta ciertas cartas cruzadas entre Federico Nietzsche y Strindberg, los años de 1888 y 1889, poco antes de volverse loco el genial autor de *Así hablaba Zaratrusta*... Muy curiosas las cartas del dulce poeta alemán. Como Heine, como Marx, como Shopenhauer [sic], el antiguo soldado prusiano protesta de la patria que le ha tocado en el reparto. El escritor que exaltaba la salud porque estaba enfermo y el imperialismo brutal porque se sentía débil, reconoce implícitamente que todas sus teorías sobre la fuerza bruta no tienen más valor que el de un grito personal de angustia. Tesis que, como es sabido, sirve al escritor florentino Juan Capini para explicar la génesis y la evolución del pensamiento nietzschiano, en su libro *Il crepuscolo dei filosofi*.

En la primera de estas cartas, Nietzsche dice a su amigo Strindberg que considera indispensable que todas sus obras sean traducidas al francés. Una carta de Hipólito Taine incluye el poeta alemán a su amigo, el danés, para que le busque un traductor excelente. El orgullo del filósofo ya no reconoce límites. «Siendo como soy –escribe– el espíritu más independiente y quizá más poderoso de cuantos hoy viven, y estando condenado a ejecutar una gran obra, no puedo detenerme ante las absurdas fronteras que ha trazado entre los pueblos una maldita política dinástica de nacionalidades»; le seduce la comprensión, la gracia, la elegancia, la ecuanimidad, la fina inteligencia del espíritu francés. Nada de lo que acaece en el pensamiento francés le es extraño a Nietzsche. «Me dicen –añade– que en el fondo escribo francés, aun cuando he conseguido, quizá, con el idioma alemán, especialmente en mi *Zaratrusta*, algo que ningún alemán ha conseguido aún».

Es más; Nietzsche se reconoce poco alemán. Acaso explica el poeta su aislamiento dentro del ambiente alemán, porque su padre, de origen eslavo, procede de nobles de Polonia, y porque su abuela materna vivió en Weimar en tiempos de Goethe. Su obra no repercute en Alemania; nadie la explica ni comenta. Sus libros, que tienen lectores en Viena, en Petersburgo, y en Estocolmo, y en Nueva York, no promueven glosas en Berlín, ni en Leipzig, ni en Múnich. Esta exaltación de su germanofobia crece a medida que va siendo mayor su confianza con Strindberg. Así, en otra carta fechada en Italia, desde Turín (Vía Carlo Alberto, 6, 27 noviembre 1888), dice ya con toda claridad: «¡Ah! ¡Qué bien me ha ilustrado usted con respecto a Suecia! Le envidio a usted. *No sabe usted apreciar su felicidad, es decir, la de no ser alemán. No hay más cultura que la francesa; ella es la razón misma, y, por lo tanto, verdadera*».

Desde esta fecha, y en este curioso epistolario nietzschiano, no hay ocasión que deje de aprovechar el filósofo para hostigar a sus connacionales. Habla Nietzsche de su libro *Ecce*

homo, cuyas pruebas está corrigiendo: «Como en él se dicen cosas nuevas –añade– y entre otras se habla a la manera de un monarca, es seguro que sobrepujaremos a la misma Nana en el número de ediciones. Por otra parte, ese libro es antialemán hasta la médula; el partido de la cultura francesa recibe un buen refuerzo; a todos los filósofos alemanes, en conjunto, les llamo *monederos falsos conscientes*. Para librarme de las brutalidades alemanas (confiscaciones), enviaré los primeros ejemplares al príncipe de Bismark y al joven Kaiser, con una declaración de guerra por escrito; a eso no podrán contestar los militares con medidas policíacas... Queda por resolver –añade– lo de la traducción inglesa ¿Sabría usted de algún traductor en Inglaterra? Un libro antialemán en Inglaterra...»

Con lo apuntado hay bastante para contestar a esos germanófilos que en estos días jalean la personalidad de Nietzsche como una de las más alemanas e imperialistas por excelencia. Si bien se estudian sus libros, si penetramos hasta la médula, o hasta la destrucción, como él dice, sus aforismos, sus versos, sus paradojas truncadas, veremos en ellos la triste y dolorosa defensa de su debilidad personal. En Nietzsche, el poeta lírico, el hombre, se sobrepone inmediatamente al filósofo. Por su ascendencia, por sus gustos personales, por su enorme cultura clásica, este hombre que en el fondo escribe «en francés» –como el confiesa para honor suyo– es un amargado, lleno de abulia y comido por ella, que lanza himnos a la fuerza, buscando en el mundo de los sueños las compensaciones que no acierta a darle la realidad.

Esta correspondencia de Nietzsche nos revela buena parte del pensamiento oculto del pobre escritor. El pobre Anticristo, el nuncio del superhombre sobre la tierra, el admirador del salvaje y del criminal, el que exalta los instintos sobre las convenciones artificiosas de la civilización, el que canta al guerrero, y al pirata, y al forajido, y al ladrón... ¡bah! no nos asusta. Es un pobre diablo que manda sus libros al príncipe de Bismark para que no se los confisquen. Es, sobre todo, un pobre hombre que se conformaría con la triste cualidad negativa de no ser alemán.

Iberia (27-07-1918)

Dos libros castellanos

Con el título de *El arte románico zamorano (Monumentos primitivos)* acaba de publicar una linda monografía, en Valladolid, el profesor de aquella Facultad de Historia D. Francisco Antón. Pocos escritores conocemos nosotros que escriban el castellano con la elegancia, con la sobriedad y con la sencillez de este modesto y talentudo escritor. Estudia en este ensayo tres templos románicos de Zamora: San Claudio de Olivares, Santiago el Viejo y Santo Tomé, que se levantan a la orilla del Duero, en los arrabales o extramuros de la altiva ciudad leonesa. Junto a la Peña Tajada, de que habla el Romancero, a la vera del puente romano, desquebrajado y grietoso; en el barrio de los Olivares, poblado de humildes horneros y alfareros, levantase la vieja fábrica del tempo de San Claudio. El de Santiago el Viejo, también a la orilla del pardo Duero y no lejos del arroyo de Valorio, es fama que sirvió para que en él recibiera las armas el Cid, y hasta se añade que en la misma iglesia –llamada también de los caballeros– le calzó la espuela la infanta Doña Urraca. El de Santo Tomé, enclavado en la vieja puebla del Valle, que tuvo fuero propio, igualmente junto al río, fue tan importante asimismo que doña Urraca le regala el lugar de Venialgo –perteneciente hoy al marquesado de Montealegre y Velázquez–, que tiene abad propio, con jurisdicción sobre la iglesia de Santa Maria de Matela, y que a él se traslada accidentalmente la catedral, según un privilegio rodado de D. Alfonso el Emperador en el año de 1135.

El Sr. Antón, zamorano que ya ha descrito en otras bellísimas monografías el coro de la catedral y templo de la Magdalena de su Zamora, analiza concienzudamente la traza de estos viejos templos. De San Claudio, con los canecillos de su tejaroz, con su ábside de herradura, con el cañón del presbiterio apoyado en arcos fajones de medio punto, con las águilas pasmadas de pico corvo que llenan los costados del capital, con el bellísimo hastial o portalón de la parte Norte, compuesto de cuatro estupendas arquivoltas. Y el de Santiago el Viejo, hundido varias veces y restaurado otras tantas, con su ábside de tambor de zócalo saliente, su decoración interior tan interesente, con la puerta sencillísima y el arco que voltea sobre las jambas. Y el de Santo Tomé, en fin, con sus dos capiteles del arco del Evangelio, los primorosos arcos de ingreso en las capillas, su bellísimo exterior y los restos de su ábside. Y de sus análisis, estudios, comparaciones

y reparos se atreve a formular categóricamente el señor Antón que las tres iglesias zamoranas están construidas a principios o mediados del Siglo XII.

Esta monografía de un arqueólogo reparón y erudito es, ante todo y sobre todo, la obra de un poeta que, describiendo las viejas y venerables piedras, recuerda al mismo tiempo, sin darse cuenta de ello tal vez, su niñez, cobijada en los toscos y altivos muros de Zamora. Óyense debajo de su prosa, sobria, clara, didáctica y sin afeites, la música asonantada del romancero

Orillas del Duero arriba…

y el canto de quietud del río lamiendo y azotando las iglesias que describe.

Este libro de Paco Antón, tan castellano, tan formalote, tan espiritual, tan honradamente didáctico, es de los que contribuyen calladamente en Castilla a formar la conciencia de una región y los jalones de su historia. Y Zamora, que es, acaso, la ciudad del Oeste más interesante de España, bien merece estos delicados presentes de sus hijos amadores.

Don Juan Domínguez Berrueta ha publicado, también recientemente, una *Guía sentimental de Salamanca*, con una portada de Unamuno: "Lo que se ve de mi balcón". Y lo que se ve desde el balcón de D. Miguel es la admirable torre de Monterrey, un michino que pasea majestuosamente sobre las cornisas, el cimborrio de la Clerecía, los aleros altos del Seminario y un curita –un tantejo desigual– que camina por la calle de la Compañía. El curita… ¡No! Dios me libre de comentar el gracioso y expresivo dibujo; que don Miguel, que tolera bromas con su pluma, no las consiente con su lápiz.

El libro de Domínguez Berrueta es de una delicadeza y de una distinción peregrinas. El alma de las piedras de la ciudad de oro se revela a través de las paginas de este libro, confidencial y discreto. No ha querido escribirlo el autor para "los que viven al día, gastando la vida que no ganan; para los despiertos que viven el momento presente y nada más, que son los turistas sin patria interior, los forasteros de sí mismo", sino para los que saben hallar en el instante la eternidad, y en el estruendo de hogaño, el rumor de las cosas ya pasadas. Y así, en la Catedral Vieja revive Berrueta la figura de aquella linda princesa Doña Mafalda, que finó por casar; y en la Escuela, la voz grave y sonora de Fray Luis; y en la casa de los Ovalles, el sayal y el palitroque de Santa Teresa; y en el barrio universitario, el estruendo de la escolaresca; y en la plaza del Corrillo, las peleas de los bandos que destrozan la ciudad; y doña María la Brava, con sus furias de leona; y Torres y Villarroel, con sus calendarios, astrologías y ungüentos maravillosos…

Para nosotros, los salmantinos, la *Guía* de Berrueta es un libro encantador, escrito en un lenguaje claro, noble y sencillo. La emoción, contenida, pudorosa, corre a raudales por las páginas de esta guía: Es un libro que nos encariña con el autor, libro que se trueca, por su intimidad, en un objeto familiar y querido.

El Sol (29-07-1918)

El partido republicano

Con este título acaba de publicar un substancioso libro, primero de una serie que quiere dedicar "Biblioteca Nueva" a la historia de los partidos políticos españoles, nuestro amigo y compañero Álvaro de Albornoz. Merece ciertamente su labor unos comentarios detenidos y juiciosos. El autor de "El partido republicano" se produce en su libro, no como un político militante, sino como un historiador sereno y como un glosador ecuánime de la crisis porque actualmente atraviesa este partido, crisis, por otra parte, común a todas las agrupaciones políticas españolas.

Si esta crisis es por contagio o por anemia consuntiva, es lo que trataremos de dilucidar aquí, consagrando a la cuestión dos artículos, ya que en uno solo no cabrían las observaciones que se nos ocurren en torno al libro del señor Albornoz.

Haciendo historia del partido, afirma este que ya a finales del siglo XVIII había republicanos en España. Los revolucionarios franceses y las sociedades masónicas trajeron la semilla republicana a nuestro suelo. Como republicanos pueden considerarse al abate Marchena y al famoso Guzmán, el amigo de Marat, cuya figura ha estudiado, con tan clara precisión el señor Santos Oliver. De 1796 data la primera conspiración republicana española; los encartados no

fueron a la horca gracias a la intervención del embajador francés. La logia España es el primer foco republicano del país. Alcalá Galiano, que atribuye a la sugestión francesa los primeros brotes de nuestro republicanismo, asegura que en las logias intervienen "Jóvenes y señores de la nobleza". Para Morayta[353], en cambio, la idea republicana nace en 1808. Hay ya hojitas volanderas y periódicos republicanos en aquella fecha como "El Robespierrre Español". En 1820 el partido toma el remoquete de exaltado. Las sociedades secretas, carbonarias y francmasónicas aceptan los postulados del jacobinismo francés. Se habla ya de la República y de la "repartición de bienes". Al triunfar la revolución liberal de esta fecha, una circular dirigida a las Cortes hace observar que "el aspecto de las provincias levantadas inspiraba serios temores de que alzara la cabeza la hidra del federalismo" lo que demuestra que ya empiezan a practicarse los primeros ensayos antimonárquicos.

En 1821 los liberales están ya divididos en dos ramas: los moderados o urdidores –monárquicos– y los exaltados, restauradores o republicanos. Violento el republicanismo, parece incompatible con toda idea gubernamental. La popularidad de Fernando VII el Deseado –el Deseado y el Abyecto, por antonomasia– resta ambiente en la opinión a las aspiraciones liberales que se reclutan entre la aristocracia y la clase media. El golpe de Bessieres en Barcelona coincide con otro conato de sublevación republicana en 1822. Y ya al año siguiente, la idea toma estado parlamentario, que diríamos hoy, pues hay hasta 63 diputados que votan por la destitución del Rey y el nombramiento de una Regencia.

Desde esta época, puede ya decirse que nace oficialmente el partido republicano en España. Y desde entonces comienzan a fraccionarse: hay republicanos a secas y republicanos comuneros. Entre los últimos, además de Flórez Estrada, Milans del Bosch, Escalante y Orense –el Orense marqués de Albaida de las Constituyentes– figuran eclesiásticos como el padre Nebot y el canónigo Minichini comenzando con ellos la tradición de ese clero liberal y revolucionario que se pierde en España con la Restauración. La doctrina de la soberanía nacional se formula ya valientemente. El turbulento y pintoresco conde de las Navas "del linaje –advierte Albornoz– de próceres levantiscos al que fue tan fecunda nuestra vieja casta", el conde de las Navas sostiene ya en el Parlamento "que los pueblos tienen el derecho de hacerse gobernar o mandar por quien quieran y en las condiciones que quieran". En 1835, durante el ministerio del conde de Toreno, el conde de las Navas levanta partidas en la Mancha, y en Andújar se instala una Junta Central republicana, que trata de potencia a potencia con Cristina, la reina gobernadora. Dos años después, en el 37, hablan ya de democracia Villergas el zamorano, Espronceda el poeta, Calvo de Rosas y otro grupo de notables, dirigidos por el verbo y hasta el brazo del conde de las Navas. En el 38 comienzan los fusilamientos. En el 40, el partido republicano lanza su programa pidiendo, entre otras cosas la abolición de las quintas y de las matrículas de mar y el reparto de los jornaleros de las tierras del Estado.

Pero la rectificación del 40 acaba en una dictadura y el partido republicano español no vuelve a dar señales de vida, hasta que la sacudida de 1848 se deja sentir en nuestro pueblo como en todos los demás de Europa. El infante don Enrique se hace republicano y lanza su famoso manifiesto. Las conspiraciones comienzan a sucederse sin interrupción. En el año 51, Orense y Figueras hablan ya de democracia, Pi y Margall, Salmerón y Martos comienzan a popularizarse en el 54. Y en este año votan contra la monarquía hereditaria de doña Isabel II en el Congreso, hasta 22 diputados.

En el 58 el partido, dejando su andadura casera, proclama la cariñosa fraternidad de la República con todo gobierno revolucionario y en ella se infiltra por primera vez el virus de progresismo. Sin embargo, ya el partido republicano cuenta con un contenido económico tan respetable, que muchos de sus postulados, como la creación de Bancos Agrícolas, la abolición del privilegio de las instituciones de crédito y la entrega a los trabajadores, mediante renta, de todos los terrenos baldíos, así del común como del patrimonio de la Corona, puedan ser hoy mismo de la más viva actualidad. El 59 y el 61 son fecundos en sublevaciones. En el 64 se organiza, al fin, el partido como fuerza revolucionaria, pero no por virtud de la propaganda popular, sino, porque se incorporan a él las ambiciones y las esperanzas de los caudillos. Las represiones de Narváez se encargan de hacer lo restante. La noche de San Daniel lleva a los escolares dentro de las filas republicanas. Tres años después, la revolucionceja, y en tres años, no más, como

[353] Miguel Morayta y Sagrario (1834 - 1917). Catedrático de historia, periodista y político republicano español, considerado como una de las más insignes personalidades masónicas de la historia de España.

gráficamente expone en uno de los capítulos más interesantes de su libro el señor Albornoz, se pasa del puente de Alcolea a la Basílica de Atocha.

No menos de sesenta páginas dedica Albornoz al estudio de la República española. Nada más elocuente que esta breve reseña. En la República, en la proclamación de la República, en la revolución de septiembre, el cambio se efectúa sin republicanos, en contra de los pocos que hay en el país, y en provecho de los progresistas y de los unionistas. Prim es un soldadote con la más absoluta carencia de virtudes ciudadanas, y Sagasta, un pícaro del progresismo ducho en toda suerte de estratagemas y zancadillas, son los hombres del primer Gabinete. Los republicanos, desilusionados, comienzan a batallar. El 22 de febrero del 69 se convocan las Constituyentes. Se hace una Constitución antidemocrática, bajo el supuesto de una monarquía. Según Sánchez Ruano, a los inspiradores del engendro constitucional se les puede levantar un monumento con esta leyenda: "A los eminentes reconstructores de doctrinarismo en la España de 1869, la reacción agradecida". Castelar sospecha que son imbéciles sus redactores, porque la monarquía no puede aliarse con la democracia. Contra la monarquía votan 71 diputados, que son los republicanos puros de aquella Asamblea constituyente. Los federales se mueven en Cataluña, en Andalucía y en las Castillas. El 1 de octubre se reanudan las Cortes, se suspenden las garantías y la minoría republicana se retira del Congreso. Prim se adueña del campo y hace imposible la vida a los factores de la revolución que ha nacido muerta. Don Amadeo quiere disolver las Cortes a espaldas de la Constitución. Muere asesinado Prim en diciembre. Se inaugura el reinado de don Amadeo con toda suerte de turbulencias, disturbios y motines. Y se pasa de la Monarquía a la República por sorpresa.

Por sorpresa. Sin unidad de doctrinas. Sin hombres, sin ambiente republicano. De la Internacional, Salmerón, Castelar y Pi no incorporan otra cosa a su programa que los anchos "derechos individuales" y la licitud de propaganda en toda suerte de ideas. El viejo concepto romano de la propiedad permanece intangible. Se rinde culto al caudillismo. Y después de los ensayos que todos conocemos, viene la Restauración y el viejo partido republicano se fosiliza.

Ya veremos cómo y ya veremos por qué[354].

La Publicidad (22-08-1918)

La crisis del republicanismo

Al encontrarse con el golpe de Sagunto don Emilio Castelar, se le ocurre pensar que el socialismo es una utopía y la república federal un sueño de locos. Y predice a todos el respeto a la ley. "Al primer Gobierno legal que haya dentro de la República –escribe Castelar a un amigo– le sirvo, por conservador que sea; a los Gobiernos originados en la violencia, aunque fueran muy avanzadas, no les serviría nunca. Esta línea de conducta la he trazado para combatir el mayor mal que adolece nuestra patria: el pronunciamiento, el desorden, la tendencia a la revolución..."

Y Castelar acude a los comicios en las primeras Cortes de la Restauración. Y al discutirse el proyecto de Constitución, se declara francamente gubernamental. Así nace el posibilismo. Los manejos revolucionarios de Ruíz Zorrilla son reprobados, lógicamente, por el gran orador, que reniega de aventuras y de pronunciamientos. Afirma Albornoz que todavía cree Castelar posible una restauración de la República. El toque está para el tribuno en dar al país la sensación de que se traerá una república conservadora. Por eso insiste en su táctica gubernamental, sin darse cata de que va a empezar el eterno equívoco de los republicanos, que culmina con el reformismo de hogaño. Y Sagasta engaña a Castelar obligándole antes a licenciar sus huestes. Y quedan en frente del gran tribuno, los progresistas de Zorrilla y los federales de Pi. Y el partido, ya dividido, se atomiza y se pierde en luchas intestinas, hasta llegar a la hora actual.

[354] Este artículo de Sánchez Rojas tendría continuidad en otro publicado en este mismo medio –*La Publicidad*– el 12 de septiembre de 1918 bajo el epígrafe «La crisis del republicanismo», que insertamos a contiuación.

Una renovación se impone en el partido para no morir, según Albornoz. El último capítulo del libro que comentamos, "El partido republicano", está consagrado a este problema. "El partido republicano –escribe Albornoz– cumplió una importante misión histórica y no podía sostenerse, sin gran injusticia, que no ha contribuido al progreso político de España. Antes de la Revolución, cuando interrumpida la tradición civil representada por los hombres del 12, el espíritu liberal parecía haberse refugiado en el caudillismo militar, fueron las propagandas de la escuela democrática las que llevaron a las luchas por la libertad las reivindicaciones de la ciudadanía". Así fue, en efecto. Como son también exactas y juiciosas las restantes observaciones de Albornoz en lo tocante a este punto. Pero como ese partido cumplió ya su misión histórica, ha de variar, no ya solo de doctrina, sino de procedimientos, para vivir. En el partido republicano pesa la tradición histórica; en él se sigue rindiendo culto al caudillismo con sus cuarteladas y novatadas militares; no se cree, dentro de él, en la posibilidad de ningún cambio. Sus jefes, santones y santillos, han andado siempre a la greña por un quítame allá esas pajas. Cuando Salmerón quiso liberalizar y hasta republicanizar el movimiento catalanista, tuvo enfrente de su honda labor política las masas del partido con sus comités, casinillos y retablos de Maese Pedro. El lerrouxismo no ha sido, en puridad, otra cosa que un partido barcelonés, organizado para la administración municipal. El republicanismo histórico es una supervivencia de gentes que viven todavía en el año 1868, que hace un año jalean la sedición de las Juntas y que actualmente se entusiasman con el gesto progresista del ex coronel Márquez. La pandilla sorianista representa hogaño la abyección, la chulería y otra porción de cosas repugnantes. Los amigos de Melquiades Álvarez cabalgan en un balancín peligroso, sin advertir, como apunta muy bien Albornoz, que son más que accidentales y transitorias las diferencias que separan el régimen monárquico del republicano. Solamente, los viejos federales de Pi hacen un culto de la austeridad y gozan de la más honda estimación política. El republicanismo, atomizado, deshecho, tiene, sí, que renovarse para vivir.

¿Cómo? La guerra actual debiera ser la piedra de toque del ensayo. Un partido civil orientado a la europea, con un programa económico completo, con francas orientaciones socialistas, con un espíritu sincero de arrepentimiento y de hidalguía, un partido que inicie su mudanza con una labor seria de educación popular, primero, para culminar, después, en una labor revolucionaria. Nuestras leyes democráticas no se cumplen. Nadie se ha cuidado de dignificar el sufragio, el jurado, la Prensa, los instrumentos liberales de que gozamos hoy. Nadie se ha cuidado tampoco de dar al País una noción clara y concreta de nuestros deberes internacionales. La alianza con el socialismo, por último, no parece muy cordial y nuestros republicanos dan la sensación de unos buenos burguesitos apacibles, que viven tan a sus anchas en los seráficos comités como los peces en el mar y como las aves en el espacio.

Estos cuatro años de guerra nos han bastado y sobrado a todos para certificar la impotencia del partido republicano, la esterilidad de sus campañas, la indecisión de sus caudillos y la apatía de sus masas por salir del viejo paso de andadura. Actualmente, ese partido está expirando la triste culpa de haber esperado del Ejército la liberación democrática. En estos días vuelve a reincidir en el pecado.

Partido civil, sí, pero no a la española, para no confundirlo con el progresismo de hace cincuenta años, y con el comunerismo[355] de hace un siglo, sino más bien partido "civile", a la italiana, buscando las soluciones democráticas y federales en la misma tradición nacional.

Ahora bien: para esta labor se requieren gentes nuevas y capacitadas. La crisis republicana es, como la de los demás partidos, una crisis de hombres. Leyendo con atención el libro de nuestro amigo Albornoz, se advierte el mismo recelo. Y hasta la sospecha de que los republicanos tienen que cobijarse en el socialismo, liquidando, de una vez, todos sus errores de haber hecho estéril el siglo XIX para todas las conquistas del liberalismo y de la civilidad.

La Publicidad (12-09-1918)

[355] Referido al movimiento revolucionario de la Comuna de París (1871).

El problema de la mujer

Acabo de leer, traducido al italiano, el libro de Lucy Re-Bartlett, "Il Regno che viene" (Librería de "La Voce", Firenze, 1917) que se ha agotado rápidamente en Inglaterra con el título de "The connig orden"[356]. Vislumbrando, oteando un nuevo orden de cosas, el libro de Re-Bartlett subvierte y trastrueca los principios más generalmente adoptados sobre la posición social de la mujer. A la autora inglesa la preocupa mucho verter la semilla de sus ideas en Italia. "Italia –escribe– es el país de los extremos y si es verdad que la mala planta del escepticismo se halla más extendida en Italia que en los pueblos jóvenes, también es cierto que hay en ella un respeto por la lógica, un interés por el pensamiento abstracto, una leal presteza para admitir toda tesis dialécticamente probada, que se convierte bien pronto en poderoso instrumento para todo aquel que quiera unir el idealismo a la razón. Hay en Italia, además, ciertas gentes que tienen un fino sentido espiritual, que poseen aquella "visión clarísima", patrimonio de la raza latina, que les permite ciertos vuelos y ascensiones espirituales, que, llevados luego a la vida práctica, les hace de hecho superiores a las gentes de otros países que se llamen a sí mismos eminentemente espirituales. Aludo en estos países a mi Inglaterra".

Por mucho que halaguen estas palabras de Lucia Re-Bartlett a los italianos, es lo cierto que no son del todo exactas y que Italia ha tenido necesidad de Caporetto[357] para lanzarse desde los egoísmos de la "nostra guerra" al apostolado de la democracia universal civil. Como ha escrito don Miguel de Unamuno recientemente: "al revés de Caporetto se ha seguido una restauración del más genuino y más noble espíritu italiano, del espíritu mazziniano, universal y generoso, vencido ya del todo el maquiavelismo mefistofélico de reimportación germánica". Italia, al hacer depender su destino del de la democracia civil europea, ha vuelto a encontrarse a sí misma y de su seno han brotado espíritus fervorosos, capaces de todas suertes de sacrificios, por el apostolado de un ideal. Los italianos, en una palabra, al fundirse con los demás pueblos occidentales, han formado esa masa clarividente y aguda a la que ofrece sus observaciones gentilmente la sutil escritora inglesa. Y el problema de la mujer italiana es simplemente el de la mujer europea. "El reino futuro", "el orden en que el altruismo vencerá al egoísmo, la pureza a la impureza, en que el amor verdadero, la abnegación y la indulgencia vencerán a las bajas pasiones, y en que los hombres y las mujeres, bajo una misma ley de justicia, contribuirán de común acuerdo al común provecho de la raza", es un reino sin fronteras naturales y sin fórmulas nacionalistas, porque su advenimiento coincidirá necesariamente con la muerte de la concepción imperialista, que ya comienza a lanzar los primeros estertores y sacudimientos de agonía.

¿Y cómo plantea el problema Lucía Re-Bartlett? Ante todo, el porvenir de la mujer tiene su natural asiento en un campo puramente espiritual para la escritora inglesa. Colaboradora del hombre debe ser primeramente su inspiradora y su alegría: Para obtener una verdadera postura de igualdad y de dignidad frente al hombre, ha de atrincherarse en las condiciones naturales que la proporciona pródigamente la naturaleza. "Cuando la mujer se olvida de sí misma –escribe– perdiendo el sentido de las naturales limitaciones de su propia condición en un ideal que no tolera obstáculos, es precisamente cuando acierta a ser más mujer que nunca, ya que entonces se eleva sobre debilidades de su naturaleza corporal y se trueca en una fuerza puramente espiritual. Tal es su destino". Acudiendo a los ejemplos heroicos, nos recuerda la autora que, de este modo, Juana de Arco pudo guiar un ejército, Catalina de Siena convencer a un papa y Beatriz Portinari inspirar el más alto de los poemas de la humanidad. Las mujeres, por ende, han de contribuir a las conquistas espirituales con su acción especifica de sacrificio y de pureza.

Este movimiento ideal feminista que defiende la autora de "Il Regno che viene", más que a la igualdad de los dos sexos, que tanta desconfianza y horror produce a los latinos, tiende a la supremacía espiritual de la mujer sobre el hombre. Sin un rigorismo absoluto en los cánones morales, sin una intransigencia espiritual, tenaz, y ruda, el papel de la mujer, así conquiste todas las ventajas económicas habidas y por haber, será puramente pasivo, y, en realidad, nulo. Su fuerza única y exclusiva será la pureza. "La pureza –añade– que es la fuente de toda inspiración,

[356] Así en el original por "The coming order"

[357] Batalla sostenida por Italia y el Imperio Austro-Húngaro, en los meses de octubre y noviembre de 1917, en las proximidades de Kobarid (Eslovenia).

no sabe distinguir entre lo poco y lo mucho. Sólo la muchacha que inconscientemente, primero, y con perfecta conciencia, después, haya servido el ideal de su pureza, puede desarrollar la fuerza que, de mujer, la haga capaz de tornar una parte activa en la solución de los grandes problemas del presente". Ahora bien: la pureza, en el vocabulario de la autora, es una fuerza espiritual que quiere la redención del mundo del predominio de la sensualidad, que combate por la libertad y por la paz del espíritu y que llama mal a todo obstáculo que se oponga a estos fines. De modo, que las relaciones de la mujer con el hombre deben tender a libertar a este de sus malos instintos. Toda mujer inteligente hará crecer en el hombre la posesión de su espíritu y de sus fuerzas innatas más elevadas. Para el cumplimiento de esta misión "la mujer debe tener presente que las facultades del conocimiento y del dominio de sí misma es el mayor beneficio que puede hacer al hombre que ama".

La concepción materialista de la mujer, que hace de esta un mero y simple instrumento de placer, debe rechazarse ante aquella otra que la convierte, no ya sólo en compañera e inspiradora del hombre, sino en la mediadora entre este y las fuerzas naturales y divinas del mundo. Quien inspira, guía, pero quien sirve de instrumento de placer carnal es meramente un esclavo. La mujer tiene que modificar sus conceptos actuales para ser libre y la sociedad, asimismo, tiene que transformar sus juicios de hoy sobre la mujer para ponerse en condiciones de aspirar a esta libertad, condición esencial de progreso.

La señora Re-Bartlett no discute en este libro tan puro, tan espiritual, tan inglés, tan sabrosa y hondamente femenino, los problemas actuales del sufragio, del divorcio, del trabajo, de la maternidad. No quiere confundir adrede la zona de los principios con la de las aplicaciones prácticas. Y no es que los desdeñe. Es que tales problemas, medios para llegar a un fin; nada tienen que ver con su punto de vista de remoción y de apostolado. Los mismos capítulos, tan agudos, que dedica al matrimonio, no son exposiciones sobre un régimen práctico a establecer, sino sugestiones sobre un sistema futuro de relación conyugal entre seres completamente libres y conscientes.

"Debemos reconocer plenamente –sugiere, a guisa de conclusiones, Lucía Re-Bartlett– la necesidad fundamental de sernos fieles a nosotros mismos. Todos saben, por ejemplo, que, satisfechas las normas generales del arte, todo pintor, músico o poeta, debe seguir libremente las huellas de su propia inspiración. Pero en el campo moral –no de menos importancia que el artístico– una vez realizados los principios fundamentales éticos, las almas puras deben caminar también libremente, si en este campo quieren vislumbrar también lo que se llama luz, genio, progreso. El arte por excelencia es la propia vida humana. ¿Cómo llegar a esto? Pues sencillamente aplicando a la vida la misma inspiración y la misma fidelidad que consagramos al arte, en otra esfera. Cada cual debe medirse por su propio rasero; la moral es la ley individual de cada uno".

La Publicidad (27-09-1918)

Los pueblos de Ramón

Nuestro querido amigo Ramón Gómez de la Serna ha descrito en su último libro, *Muestrario,* (Biblioteca Nueva, Lista 66, Madrid) algunos pueblecitos… ¿de Castilla, de Extremadura, de la Mancha? Ha descrito Ramón el lugar de Mozanquedo, que "no tiene de extraordinario más que un aldabón de hierro forjado"; la villa de Cillán, donde "los vecinos, que es algo así como decir los muertos, viven de la labranza como caballos que viven del pienso"; el pueblo de Valderío, que es un pueblo "que no se ve desde sus calles, que no se ve deambulando por él"; Aldea del Señor, que es un término donde hay una cubana, y el Sotillo, y Ontanara, y Tordesino, y Cabañones, y Cantimplorín, y otros pueblecillos más, que son ruinas, reliquias, despojos del pasado, tumbados al sol en un llano donde se masca el polvo de la muerte.

Estos pueblecitos, reales o fantásticos, evocados por este sorprendente y desconcertante Ramón Gómez de la Serna, están apenas indicados, dibujados en estas páginas. "No hay que hacerlos demasiado" –escribe–. Con un candil en el fondo de un portal, con el saliente de un tejaroz sobre la línea urbana, con la cabeza mansa de un pobre buey tumbado entre el heno debajo de una tenada, con un carro muy azul, muy verde o muy rojo, que no se engancha nunca; con el gesto inteligente de un balcón o con el guiño extraño de una ventana, con cualquiera de estos detalles, evoca nuestro amigo estos pueblecillos trágicos.

Todos ellos están unidos por un nexo común: la tierra que los nutre es roja como la sangre; la luz que les alumbra es cruda, agria, chillona; sus habitantes están muertos, y, además de muertos, enterrados, sin que ellos se den cata de su sepelio y de su muerte. Ante el aldabón de Mozanquedo nos dan ganas irreprimibles de despertar a los mozanquedeños; ante las ruinas de Cillán sentimos la nostalgia de quemar con una tea las fanegas de grano rubio depositadas en las paneras; ante la cúpula de la iglesia de Ontanara, que se alza detrás de las lomas, como un casco prusiano, nos aguijonea la esperanza de detenernos ante la sombra de unos árboles y de refrescar nuestros ardores en un río; ante el Cristo feo de Tordesinos, "que tiene toda la tristeza de estar en este pueblo", vemos rezar a otros Cristos vivientes, melancólicos, que han tomado su cruz como una liberación y que tiemblan ante la alegría… Esta Castilla de Gómez de la Serna tiene la sequedad del páramo, la negrura del infierno y la pesada inmovilidad del granito. Montón de escorias estos pueblos, con tejares sórdidos, alamedas medrosas, regatos sucios, terrones pardos y conciencias turbias, son el camposanto de una raza que fue, alumbrado solamente, de tarde en tarde, por los fuegos fatuos de su carne podrida y de su espíritu trocado ya en gusanera y en carcoma.

Y así son estos pueblos como Ontanara, como Tordesinos, como Cabañones, y como Cantimplorín. Nadie sueña en estos pueblos. Las hectáreas de la tierra les impide ver la infinita extensión del cielo y el parpadeo de las estrellas en lo alto. La oración no es jamás la exaltación de una esperanza, sino la tregua que finge el miedoso ante la hecatombe que se avecina. El canto lánguido, lento, es el miedo a la soledad y a la meditación. Los Cristos que veneran estos pueblos son de terror y nunca de piedad.

Estos pueblos, por muy juntos que aparezcan, están siempre aislados y a cal y canto cerrados en sí mismos. No tienen vida de relación, no la necesitan. Nada pasa y todo queda en ellos. Más que pueblos, son cabilas; de hogaño no tienen más que el nombre, y todos los enojos y molestias de posadas y mesones. Por los pliegues del corazón de sus hijos no ha pasado jamás el aleteo de una emoción, amigo Gómez de la Serna; ni por las celdillas de su cerebro la sombra de una duda. Son violentos, rápidos, dogmáticos, estos cadáveres. Y carecen absolutamente del sentido del matiz.

Esta Castilla agria, chillona, sin árboles, sin agua, sin ideas, tumbada en la llanura rascándose su podre todavía, está ya momificada de cuatro siglos. A pesar de todos los aldabonazos, no está dispuesta a despertar. Con sus montes talados, sin sus bienes comunales, reacia a la emoción y al sacrificio, vive dentro de nuestro siglo como los esquimales o los pieles rojas. No oye, no ve, no entiende: necesita todo su tiempo para el reposo. Las almas están como los campos; en barbecho. La carne de sus hijos parece tierra de sus predios, y la tierra de sus predios –la tierra que les nutre– se alimenta de sangre y de sudor. Y esta sequedad se les cuela alma adentro, y allá adentro ahínca sus raíces, extiende su tronco y fructifica. Los castellanos de estos pueblos no saben reír; apenas se dibuja en ellos una mueca de ironía, mueca de impotencia, de cobardía, de senilidad, de envidia, de hambre, de lujuria, que les hace repulsivos y tenebrosos.

Amigo Ramón: Tengo que rectificarle. Ni en Ontanara, ni en Tordesino, ni en Cabañones, ni en Cantimplorín, quedan ya locos. Ya no quedan locos en esta Castilla sin árboles, sin aguas, sin ideas y sin emociones. En aquel pueblecito achaparrado, de adobes, impasible, que le hizo a usted "más cetrina y enconada la emoción del paisaje", en aquel pueblecito terroso, escueto, neutro, cargante, duro, bárbaro, que usted llama Valle, los locos que usted creyó oír chillar en el silencio de la noche, en el fondo de la casona de la plaza, en la alcoba limpia y llena de sombras de doña Teodosia, en el palacio de los padres de D. Severiano, era sencillamente tontos de capirote. Pero tontos puros, simples tontos, tontos sin adobo ni mezcla, lo que se llama tontos de remate. Tontos que, a lo sumo trataban de fingir que estaban locos y que, en una visita de cumplido, pueden parecerlo a simple vista.

No hay, sin embargo, materia enloquecible en estos pueblos. Cargaron con toda la locura castellana Alonso Quijano el Bueno, Teresa la de Ávila, Juan el de Fontiveros, Acuña el Obispo, los comuneros. Los tontos que se quedan son, sí, furiosos, y a ratos crueles, y siempre infantiles y hasta maniáticos. Pero ¿locos? ¡No blasfeme usted, querido Ramón!...

No; ya no quedan locos en esta Castilla que usted dibuja, con trazos sorprendentes y desconcertantes, en su *Muestrario*. Tontos, los colonos, que, dueños de la fuerza, repudren su impotencia en el aislamiento; tontos, estos letradillos sin letras –abogados, médicos, curiales, diputadetes de la provincia–, embrutecidos con la timba, con el chisme, con el papel de oficio y

con los planes estratégicos de rebotica; tontos, estos riquillos e hidalguetes que consumen en el tedio su juventud y que matan su sueldo con el plomo de la codicia. Y tonta de remate, mema, mansamente despótica y falsa como una mula, la dueña de estos lugares. Antoñita Quijano, que, espumando la olla y meneando los palillos de randa, piensa en lo que pudo heredar de no haber hecho su tío Don Quijote tantas locuras, y tiene a los tontos de su marido y de sus hijos atados, cosidos y recosidos a sus faldas, para que no den en la "funesta" manía de pensar, de enternecerse y de salir a correr aventuras con estos calores o… con estos fríos.

El Sol (08-10-1918)

Don Corta Rincones

Acabo de releer con interés creciente el maravilloso libro que consagra el gran Benedetto Croce a la influencia española en la vida de su país, con el título de "La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza" (Bari, Gius. Laterza e Sigli, 1917). Todos los aspectos de nuestro influjo en Italia están estudiados y señalados en este hermoso libro. Los ensayos consagrados a los españoles en las cortes de Alfonso de Aragón y de Fernando en Nápoles, a la sociedad galante de los primeros años del siglo XVI, a la lengua y literatura españolas a mediados de este mismo siglo y a la decadencia hispano-italiana son verdaderamente notables. Uno de ellos, el que trata del espíritu militar y de la religiosidad española, resume y condensa acaso, mejor que todos, la opinión que forma Europa, y particularmente Italia, de la España militar y guerrera de los Austrias y del Santo Oficio, de las hazañas flamencas y de los discreteos calderonianos. Benedetto Croce refleja en ese capítulo –no hay que decir con cuanta exactitud y con qué copiosa condición–, la opinión de la conciencia italiana en torno a la Castilla de los gestos heroicos y de las orientaciones imperialistas, desde Carlos el Alemán hasta Carlos el Hechizado.

Los libros de caballería constituyen la lectura favorita de los soldados españoles que se asientan en las ciudades italianas. Las hazañas de don Fernando el Católico, de los caballeros de la orden de Calatrava, de Garcilaso de la Vega, mueven el ánimo de un caudillo, don Jerónimo de Urrea, para realizar gestos maravillosos. Y compone un diálogo en italiano sobre el verdadero honor militar "donde se definan todas las cuestiones que pueden surgir entre dos hombres". Bajo el ropaje idílico y erótico de este libro palpita, para Croce, el viejo corazón guerrero de Castilla.

Los italianos no conciben a los españoles sino bajo los arreos y trazas militares. Y comparan las virtudes guerreras de los distintos pueblos que les visitan. Así, los franceses son furiosos, y tardos y graves los castellanos. Guicciardini[358] alaba su infantería, al paso que para Maquiavelo los jinetes son escasos y no muy valientes. Combaten y luchan como los africanos. Los franceses son insolentes y los españoles orgullosísimos. El adagio popular asevera que no hay capitán más valiente que Juan de Urbina ni mejor alférez que Santillana. Y, lentamente, en el teatro, en la sátira popular, se dibuja el tipo del "capitán español" del tiempo de los Austrias, tal como nos lo ha legado Manzoni en "I promesi sposi".

El capitán clásico en Italia es un militarista bravucón y osado, grosero, busca ruidos y acecha criadas, lujurioso, embustero y amigo de enredos y de trapisondas. Tiene mucho de pícaro y no poco de rufián. Aretino, Castiglione y Vechhi describen ya en sus obras estos tipos, con nombres tan expresivos como los de Capitán Fracaso, Fieramosos, Cocodrilo, Matamoros, Corta rincones, Raja broqueles, Sangre y Fuego, etc. "Si el cielo se cae –dice un capitán castellano a los suyos– lo habemos de tener con los brazos". "Si el mundo tuviese asas –confirma otro– lo alzaría". No hay hiel ni veneno en estas representaciones populares. El pueblo ríe bonachonamente oyendo en las comedias el ruido de las espuelas de nuestros capitanes y sus apotegmas sobre el honor y la valentía. De su cristianismo, de su religiosidad, se burla también Italia a mandíbula batiente. El saqueo de Roma ordenado por Carlos V arroja sobre nuestro pueblo la sospecha de incredulidad y de poca fe. Los judíos de origen español, los "marranos" que dice el vulgo, contribuyen a esta opinión popular. El gramático Miranda, en sus "Observazioni della lingua castigliana", afirma que "loco, judío y marrano" son tres palabras que deben formar parte de toda imprecación que se dirija a los castellanos. En el "Orlando furioso", (I.26)

[358] Francesco Guicciardini (1483 – 1540). Filósofo, historiador y político italiano nacido en Florencia, conocido, sobre todo, por su Historia de Italia.

Ah, mancator di fe, marrano!

grita la sombra de Argalia contra Ferraci, el caballero español. Y, finalmente, en la comedia "Los engañados", (Atto V, 4) Pascuala la criada responde a uno de nuestros bravos: "¿Queréis que yo sea una marrana como vos?"

Los Papas miran siempre con recelo la religiosidad de nuestros militares. Paulo IV, imitando en eso a Julio II, "no habla nunca de S. M. ni de la nación española, si no es para motejarla de herética, cismática y maldita de Dios". El "pecadillo" de España se hace popular también entre los italianos, hasta el punto de que la palabra se italianiza, "pecadiglio". "Pecadillo –cuenta Caro en el "Commento di sor Agresto"–, se llama irónicamente (la supuesta herejía castellana sobre el misterio de la Trinidad, heredada de los judíos); pecadillo de España, recordando la anécdota de un español que al confesarse de todos sus pecados, retornó al confesor para decirle que se había olvidado de un pecadillo, el de no creer en Dios".

Es curioso este capítulo de Croce porque demuestra el juicio que merecen los españoles fuera de su país en el momento de la mayor locura castellana –sueños de conquista, anexiones, guerras–, que registra nuestra historia. "En aquel momento preciso, Europa nos vuelve la espalda con recelo. "Dineros de España" llaman los extranjeros a los dineros que no llegan nunca y que no se pagan jamás. A través de los penachos y de las plumas y de los arneses y de las espadas de Toledo, las gentes descubren el hambre de los estómagos. Vuestra grandeza se derrumba con estrepito a los primeros embates de la malicia. España en aquellos días –no de otra suerte que Alemania en los actuales– ofrece al mundo el espectáculo poco grato de un armatoste de cartón, que los indígenas suponían de acero y de bronce. Y los Dorias, los Santa Cruz, los Álvarez de Toledo, los Austrias, son vistos desde lejos, unos pobres Fiera moscas, Cocodrilos, Mata moros, Raja broqueles y Corta rincones.

La Publicidad (29-11-1918)

Divagaciones sobre un nuevo libro de Julio Senador

La ciudad castellana

Con este título acaba de publicar un libro en la "Editorial Minerva" (S.A.), el notario de Frómista, don Julio Senador Gómez. El notario de Frómista es un nuevo profeta que llora sobre las ruinas de su Castilla. El enfermo se muere sin remedio; entre propietarios chirles, señoritos germanófilos, Tolosas, Molineras, Bachilleres Carrascos, Calderones, Albas, Villanuevas, diputadetes provinciales, marqueses analfabetos y administradores malvados han matado a Castilla; hoy son ya de agonía sus estertores y hasta sus mejorías aparentes, rápidas e inopinadas.

Julio Senador es el médico de cabecera de su Castilla. Y sonríe para no llorar. Pero su pesimismo es trágico, sombrío; no cree ya en nada ni en sus propias soluciones; apenas trata de otra cosa que de endulzar y mitigar las horas postreras del doliente. "La ciudad castellana" es la elegía prematura sobre la muerte que ya se ha apoderado de este pueblo.

¡Libro de poeta este del notario de Frómista, canto de cisne el suyo, desolado y negro como el "A se stesso" del poeta Leopardi! "Propietarios", lindes, rentas, señoritos... "Propietarios" que viven del pacto de retro, del veinte para arriba con hipoteca, del contingente provincial que agarrota a los Concejos, del reparto de Consumos que se burla de los pobres; lindes defendidas a tiros por la guardia civil, lindes que hacen emigrar a los hombres y que vigilan la impunidad de los conejos y de los toritos; rentas injustas que saltan sobre los pedriscos y sobre los accidentes, que no respetan la enfermedad, que se cobran inexorablemente con ayuda del curial y del picapleitos; señoritos grotescos dedicados a la caza de hembras ricas y zafias, mozalbetes impertinentes, achulados, analfabetos, crisálidas de caciques y de bandidos futuros, "señoritos". Y sobre estos temas canta su "Dies irae"[359] el solitario del pueblecito de Frómista, el pueblecito que tiene quinientos braceros pobres...

Los "propietarios"

El "propietario", este homúnculo de sainete que admira a Sánchez Guerra y que manda un telegrama a Dato felicitándole por la neutralidad, es un ser trágico y perverso, un "bruto poter

[359] Dies Irae, (Día de Ira). Poema latino del siglo XIII, atribuido Tomás de Celano.

che, ascoso, a comun danno impera"[360] en la prosa ruda y limpia de Julio Senador. El "propietario" de Castilla tiene el corazón de corcho, la cabeza de cemento armado y las entrañas de pizarra.

No siente, no piensa, no ha dejado vibrar jamás la más tenue emoción en su espíritu. No conjuga más que un solo verbo: el verbo "reventar". Ahora siente miedo el "propietario"; el bolchevique le hace dar vueltas y más vueltas en la cama estas noches de Marzo; noticias que llegan de Extremadura y de Andalucía van agrietando la pizarra, el cemento y el corcho. Y cada día nutre su venganza en silencio y cada día la realiza en la covachuela del juzgado o en la covachuela de la Diputación.

El "propietario", durante cinco años, ha doblado el valor de sus granos mientras el pueblo que por él trabaja y para él vive se moría literalmente de hambre. Con el valor de sus granos, ha doblado sus ínfulas el "propietario". En Extremadura arrienda y subarrienda sus predios al colono, soportando este toda la lepra del intermediario hasta caer rendido de cansancio y de dolor. En Castilla arrambló los "posios"[361] de los Concejos, aprovechó para él sólo y por una miseria los prados comunales, llevó a presidio al adversario, hizo emigrar a familias enteras el "propietario". Y un día se levantó ganadero y los toros y las merinas y las cabras trocaron en pastizales unas tierras duras, pobres y cansadas de parir.

Las lindes

La linde es el enemigo del labriego; he aquí la tesis favorita de Julio Senador. Todo se acota en Castilla, todo; lo grande y lo chico; lo mísero y lo feraz; el prado, la tierra, la alameda, el huerto, el monte, el otero, el regato, el llano y la cumbre. Se acota el latifundio que tiene 60.000 fanegas de tierra bajo una sola linde; se acota el pastizal al servicio de unos cuantos bellacos despojando al pueblo entero de la renta equitativa de una dehesa de vega; se acota el minifundio: la contrata de dos metros, el prado del tamaño de un pañuelo, la alameda de cabida de un dedal, todas son lindes, acotamiento, límites, fronteras, en la ancha Castilla. Y ante las lindes, los hombres se resignan y se marchan.

La linde nos va despojando de lo nuestro, nos vigila los pasos, nos mata las iniciativas, nos crea el dolor dentro del alma, nos acucia, nos desasosiega y a los pobres de espíritu les hace blasfemar. La sombra de la linde, la tapia, el canto, el alambre de pinchos, el mojón, proyectan nuestra vida espiritual hacia la mezquindad, la estrechez, la angostura, la cominería, el recelo y la cobardía. Llevamos la linde en el corazón, en el cerebro y en la conducta. Cuando soñamos, oímos también el cuerno de los porqueros que van a dormir a la venta, que reputamos y tuvimos por castillo.

Las rentas.

En Cespedosa todos los vecinos llevaban en colonia una finca; el administrador, harto de tantas y tan pequeñas sumas, cortó por lo sano. Vino el desahucio. Un solo rentero. Aquel rentero murió a manos del pueblo. Otro rentero. Nueva muerte. El juzgado se cansó de empapelar al lucero del alba...

¡Las rentas! El amo hasta es bueno, hasta es justo, hasta sabe que el colono no tiene que comer. Pero el administrador –¡oh, el hediondo administrador de Castilla!– y el abogado todo lo enredan, todo lo confunden y lo echan a barato todo. Suben y suben las rentas. Estos fetichistas del "orden" establecido –¡llaman orden a esto!– del código civil, de la formalidad procesal menuda y de los contratos de arrendamiento, son los "vampiros" de que habla Senador entre gritos de angustia.

¡Las rentas! Hubo un pedrisco este verano en la Armuña. No quedó un solo chocho de grano qué llevar a la panera. Yo vi los trigales aplastados y los hombres rojos de ira para no llorar… La renta no perdonó. Ahora condenan a un colono. El juez sentencia que se atiene al código, pero que es injusto el código. Y todos piensan, en la hora de cernerse la tormenta, que el buen juez no puede ser justo ante unas leyes que le imponen ""propietarios", administradores y leguleyos.

[360] "...bruto poder que, oculto, reina para el daño común". Estrofa del poema "A se stesso" ("A sí mismo") de Leopardi.

[361] Pósitos. Antigua institución de carácter municipal dedicada a hacer acopio de cereales –principalmente trigo– y prestarlos en condiciones módicas a los labradores y vecinos durante los meses de escasez.

Los señoritos

Los señoritos de Castilla o no leen o hacen algo peor: leer a Trigo[362], leer el "Blanco y Negro", saborear la prosa de don Torcuato y de "Las siete noches de Juanita". Hindenburg, Trigo y el Código les han estallado dentro del caletre. Y todos viven con reblandecimiento medular

[…C E N S U R A D O…]

La Publicidad (15-03-1919)

Cartas de Gabriel y Galán

Recientemente, un devoto discípulo de José María Gabriel y Galán, don Mariano de Santiago Cividanes, ha publicado un "Epistolario" del poeta (Librería Fernando Fé, Madrid, 1918). Con fruición he leído y vuelto a leer algunas de estas páginas íntimas y familiares del cantor de "El Ama" y de "El Cristu Benditu". Al margen de ellas quiero poner yo mismo, gran amigo del pobre José María, algunos comentos y glosas a la linda edición del "Epistolario" que acaba de publicarse.

Ante todo, D. Mariano de Santiago Cividanes, colector y seleccionador de las cartas del poeta salmantino, ha logrado su empeño a medias, poniendo en la tarea mayor cantidad de buena fe que de fortuna.

De un error psicológico, bastante frecuente y generalizado, ha partido el colector para dar cima a su empeño. La carta es el documento literario más sutil, personalísimo y exquisito del hombre; de esta suerte, es también el más difícil y comprometido. En toda carta hay, aunque no nos demos cata de ello, una colaboración entre la persona que la escribe y aquella otra a quien se dirige, un reflejo del espíritu del destinatario sobre el autor, un encogimiento, un hechizamiento, o para ser más exacto, una depresión en el ánimo del que la escribe, si al escribirla se dirige a una persona de ingenio inferior o de calidades subalternas; una exaltación, una efusión, unas simpatías muy gratas, si, por el contrario, la persona a quien se escribe goza de grandes y merecidos prestigios mentales.

De modo que, adelantando y buceando uno por estos vericuetos, puede afirmarse –nada prueban en contra las cartas de la señorita de Lespinasse a su amigo Pepe Pignatelli y las de Teresa de Jesús a sus confesores, deudos y monjitas– que en una carta se da pocas veces libre, limpio y confidencial el espíritu del autor. En las epístolas puramente amorosas, el hombre tiende, en cambio, a decirnos lo que quiere ser, al mostrarnos lo que se figura ser para la amada. El abandono, el descuido de ellas nos ponen al descubierto inmediatamente los secretos de su estilo y de su personalidad. Y son, en el hombre, acaso las únicas cartas que pueden leerse.

El destinatario frecuente de ellas, el colector, es entonces un pobre mozo que ve toda la vida por un agujerito del Seminario de Ávila; otro de los destinatarios, D. José González Castro, médico de Béjar, es un "dilettante"[363] de la pluma que, aburrido en la soledad de su aldea, escribe a troche y moche sobre todo lo que se le pone por delante, sin curarse nunca de aquilatar, ponderar y razonar sus juicios. De este modo Galán, emparedado entre un seminarista y entre un médico que hace literatura, se nos muestra encogido, prudente y receloso. A las veces, zumba su donaire de charrito despierto por debajo de la solemnidad del consejo o de la efusión del elogio; pero rara vez se nos da el poeta con toda la libertad y gracia, y donaire, y naturalidad, y ausencia de trabas de su espíritu agudo e independiente.

Estas cartas de Galán, algunas de ellas hermosísimas, como la dirigida al alcalde de Piedrahíta, D. José de la Fuente, con motivo de la muerte del padre de éste, tienen seguramente, un gran interés para los destinatarios en calidad de pruebas efusivas del afecto personal del poeta; pero no son de aquellas que añadan o quiten gloria a su autor, que expliquen o dejen de explicar algunos de los aspectos menos conocidos en la técnica y en la labor del bardo salamanquino.

Todo lo que merece conservarse del epistolario no formaría, seguramente, un pequeño volumen de 20 a 30 páginas. Yo sospecho, de paso, que el epistolario de Galán que existe no es

[362] Obviamente se refiere al novelista Felipe Trigo, al que Rojas no tenía ninguna simpatía.
[363] Aficionado

el que ha formado el Sr. D. Santiago Cividanes, aunque su propósito sea excelente y merezca toda clase de alabanzas.

Con Gabriel y Galán –ya lo dije en un ensayo sobre el poeta que publicó hace años "Nuestro Tiempo" (agosto de 1913), y torno a repetirlo aquí– han sido poco piadosos los editores. Este gran poeta, naturalísimo, suelto, donairoso, que canta ante la Naturaleza con la misma gracia que un jilguero madrugón al despertar el día, acierta plenamente en unos cuantos temas y decae visiblemente en otros, cuando se propone una finalidad docente, completamente extraña a su canto. Bastan los grandes aciertos de Galán para hacerle glorioso y eterno; sobran del todo sus desmayos en sus obras. De igual suerte, en este epistolario hay cartas cuya publicación es abiertamente atrevida. El propósito de "formar un tomo" sin verdadero contenido, nos parece lamentable a los que sabemos que Galán era muy otro del que aquí se muestra, aunque aquí no pueda mostrarse de otro modo…

El Sol (01-04-1919)

Cadena de agravios

Nuestro amigo el ingeniero industrial D. Luis Carretero ha publicado recientemente un nutrido volumen de 446 páginas en 4º con el título de "La cuestión regional de Castilla la Vieja. El regionalismo castellano"[364]. Se trata de un estudio hecho a requerimientos de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País. El libro lleva un prólogo de D. Salvador Aragón, presidente que ha sido de la Diputación provincial de Logroño, y un epílogo del diputado a Cortes por Santander Sr. Ruano de la Sota. Defiende en este ensayo el señor Carretero su tesis favorita: hay una confusión lamentable entre León y Castilla. El regionalismo castellano viejo debe sustentar determinadas actitudes frente a la región leonesa. Todo intento de asociación forzosa, de confusión de individualidades, de formación de un solo cuerpo castellano leonés, es políticamente detestable, e histórica y geográficamente, inadmisible. La mayor de las desgracias que puedan sobrevenir a Castilla la Vieja será su confusión con León, origen actual de su destrucción como personalidad histórica y geográfica. La alianza de Castilla la Vieja con Aragón es más urgente y necesaria que la que establezca con las cinco provincias leonesas –Zamora, Salamanca, León, Palencia, Valladolid– que debe ser, sobre todo, platónica, sentimental y muy poco comprometida.

Para llegar a estas conclusiones, don Luis Carretero estudia a) el territorio de Castilla la Vieja, b) su morfología –relieves, montañas, depresiones, vertientes, climas, etc–, c) el pueblo –costumbres, raza, instituciones, cultura–, d) el patrimonio –minerales, pastizales, aguas, montes, agricultura–, e) vicisitudes históricas, necesidades y aspiraciones presentes para sentar unas cuantas conclusiones. Pero el autor estudia todas estas cosas en la región de Castilla la Vieja, "despojada de todo extraño atributo", es decir, sin elementos comparativos ni referencias de ninguna clase a las vicisitudes históricas, morfológicas, territorio, pueblos, necesidades presentes y aspiraciones futuras del reino de León. El autor, desde luego, dando por probada y archidemostrada su aseveración de la incompatibilidad y diferencia radicales de León y Castilla la Vieja, llega a distintas conclusiones en los ordenes municipal, regional y comarcano, sobre las que volveremos otro día con todo detenimiento, proponiendo como aspiración inmediata la constitución de la Mancomunidad de Castilla la Vieja por las Diputaciones provinciales de Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia y Ávila. Nuestro amigo olvida que las Diputaciones, como el bazo, la forma poética y la ortografía, están llamadas a desaparecer. El Sr. Carretero no se cura de pensar tampoco que las provincias son meras nomenclaturas geográficas sin contenido espiritual alguno. El distinguido ingeniero segoviano, finalmente, no quiere recordar que esos centros politicoadministrativos no sirven más que para farsas grotescas y para nutrir de Comisiones a Madrid.

El Sr. Carretero, estudiando un poco "a parti pris"[365] las vicisitudes históricas de su Castilla la Vieja, quiere olvidar que el movimiento de los comuneros no fue castellano solamente, sino

[364] "Luis Carretero". Título, prólogo y epílogo citados. Segovia. Antonio San Martín. 1918. Precio, cinco pesetas. (Nota del autor)

[365] *parti pris:* Opinión sesgada, parcial.

también leonés, que las dos universidades leonesas dan actualmente el tono espiritual a Castilla la Vieja, que León y Aragón son los dos pulmones de las seis provincias que quiere erigir en condado independiente nuestro amigo, que toda su tesis es, lisa y llanamente, una lucha descomunal contra molinos de viento. Los leoneses, al llamarse y decirse castellanos, lejos de agraviar a Castilla, le dan un sentido y un alcance espirituales que anticipadamente han comprendido y definido todas las regiones españolas. Para los leoneses, Castilla es algo más que una vieja división histórica que se rectificaba a cada paso ante las necesidades de la reconquista; para los leoneses –como para buena parte de astures, gallegos, riojanos y extremeños– Castilla es todo lo que forma el corazón de España: la meseta occidental, el espíritu de tierra adentro, inconfundible con el litoral, aunque una faja de este, la santanderina, bañe el suelo castellano.

El Sr. Carretero no da su brazo a torcer, sin embargo; como los caciques son leoneses, la hegemonía leonesa le parece intolerable; como Gamazo anduvo en aquellas sutilezas y filigranas del arancel, León tiene la culpa de haber inventado la dulce leyenda de la riqueza triguera; como Burgos y Ávila, por ejemplo, no tienen exactamente el mismo problema agrícola de Valladolid y Salamanca, Valladolid, victima la pobre de sus farsantes, y Salamanca, acogotada por sus terratenientes y ganaderos de reses, son reos conscientes de no se cuantos ataques contra la personalidad de Castilla la Vieja… Y por este orden, el Sr. Carretero arremete contra un iluminado, contra las cinco provincias que más han contribuido a querer, a respetar y a definir los intereses castellanos.

Ya convenceremos de ello al señor Carretero; tranquilamente, hemos de contrastar sus puntos de vista; hoy por hoy debemos prescindir de una cuestión de nombres y estudiar si los intereses de esas once provincias, y hasta el de las cinco de Castilla la Nueva o del reino de Toledo, son encontrados y opuestos, como cree el Sr. Carretero, o perfectamente compatibles y semejantes, como nosotros creemos y proclamamos.

El Sol (28-04-1919)

Más sobre Jorge Manrique

Nuevas noticias del poeta.

Don José Nieto, abogado y propietario de Tariego (Palencia), un viejecito que hoy descansa en Valladolid, escribió, hace ya dos años, un libro muy curioso sobre Jorge Manrique[366]. Acabamos de leerlo; es el estudio más completo y amoroso que conocemos sobre el poeta palentino; por su honradez, por su sobriedad, por la emoción con que está escrito, puede codearse, sencillamente, con nuestras mejores monografías literarias. El ejemplar que tengo a la vista reza: "'Estudio biográfico de Jorge Manrique e influencia de sus obras en la literatura española", y lleva la fecha de Madrid, 1902; no se ha puesto a la venta, y un querido amigo ha tenido la bondad de prestármelo.

El Sr. Nieto no se atreve a afirmar, como se dice corrientemente, que Jorge naciera en Paredes de Nava, año de 1440. Nada se sabe sobre tal nacimiento. Puede conjeturarse, nada más conjeturarse, que nuestro Jorge naciera en Ocaña o en Toledo. De todos modos, sus ascendientes son de origen palentino. Amusco, Osorno, Paredes, Amayuelas, Becerril, forman el patrimonio de la familia paterna. La madre de Jorge, primera esposa de don Rodrigo, la palentina doña Mencía de Figueroa, lleva en dote al matrimonio los lugares de Vega de Doña Olimpa, de Albalá y de Santillán, lugares de esta provincia, ayer de la merindad y hoy del partido de Saldaña.

El Sr. Nieto, con gran copia de razones, afirma que nuestro poeta, desde muy mozo, se aficiona rendidamente de los encantos y de las gracias de doña Guiomar de Meneses. Apenas habla con ella Jorge, cuando le dispara una encendida y fogosa declaración de amor y acatamiento:

¡Que gran aleve ficieron
mis ojos y mi traición!
¡Por una vista que os vieron,

[366] *Estudio biográfico de Jorge Manrique*, Madrid: Imprenta La Ultima Moda, 1902.

venderos mi corazón!
Pues traición tan conocida,
ya les complacía hacer;
vendieran mi triste vida
y hubiera en ello placer.
Mas el mal que acometieron,
¡ay!, no tiene excusación.
¡Por una vista que os vieron!
vendieron mi corazón!

Guiomar es una mujer completa, de las de toma y daca, de las de tira y afloja, palentina; sabe que Jorge no puede vivir sin ella, y Guiomar abusa –femeninamente– de la situación. El poeta de las futuras coplas, el señor de Belmontejo, el comendador de Montizón y de Segura de la Sierra, el trece de la Orden de Santiago y capitán de hombres de armas de la católica alteza de doña Isabel –no se llama majestad a los monarcas hasta que no aparece Carlos "el Flamenco", el hijo del "Hermoso" y de "la Loca", en el escenario de nuestra Castilla, robando concejos, levantando rollos y ahorcando comuneros–, Jorge Manrique, decimos, es un pobre doctrino en achaques de amor y de caballería. Doña Guiomar le encela, coquetea con él, se burla donosamente, ora de sus encogimientos, ora de sus osadías –que todo hay en la viña de nuestro poeta–, y Jorge prorrumpe en inocentes enfados, de esta guisa:

Quien no estuviere en presencia
no tenga fe ni confianza,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.
Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente,
que cuan presto fuere ausente
tan presto será olvidado.
Y pierda toda esperanza
quien no estuviere en presencia,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

Después de la conquista de doña Guiomar, el atribulado ausente emprende, con gran éxito, la conquista de Olmedo al lado del arzobispo Carrillo; don Alfonso le concede las tercias de Villafruela, otros lugares de tierras de Campos, siete lanzas de la Corona y unos maravedises de oro para acostamiento de ellas. Jorge hereda la encomienda de Montizón a la muerte de Garcilaso de la Vega, cuñado de su padre, el maestre D. Rodrigo. –Jorge pelea después al lado de su primo Álvaro de Zúñiga, hijo del duque de Arévalo, para que este recobre el priorato de D. Juan, que le arrebatan los Valenzuelas con el favor de Enrique IV.– Con su lema caballeresco, del que ya hemos hablado, "ni miento ni me arrepiento", se luce Manrique en los torneos de Ávila con motivo de la proclamación de D. Alfonso; presencia estas fiestas la dulce y recelosilla Doña Guiomar.

Doña Isabel de Castilla debe grandes favores y servicios a nuestro Jorge; con gran minuciosidad los relata el erudito y paciente escritor palentino D. José Nieto. Los más ardientes y poderosos partidarios de la candidatura del rey de Portugal a la Corona de Castilla –el arzobispo Carrillo, el marqués de Villena, que de estudiante enamoradizo en los patios de Salamanca ha pasado a terrible conspirador– son aplastados y vencidos varias veces por el capitán Manrique.

La fama del hijo eclipsa la del padre; Rodrigo es padre de Jorge para la Corte y no al revés. El maestrazgo o maestranza de Santiago no lo hubiera logrado el conde de Paredes "sin los prestigios y autoridad de su hijo".

Cuando aspiran a la maestranza dos magnates de la autoridad moral de don Rodrigo Manrique y de D. Alonso de Cárdenas, comendador mayor de León, Isabel propone a nuestro Jorge de árbitro para dirimir la contienda. De este modo adquiere la jurisdicción de gran maestro el noble palentino. El hijo dicta la sentencia a favor del padre y el Capítulo de la Orden la acoge tan por aclamación, que "recompensa al árbitro con un trecenazgo"

Luego pelea nuestro poeta en Alcaraz, en Calatrava, en Ciudad Real. En 1477 desafía, por agravios personales, a D. Diego Fernández de Córdoba, mariscal de Castilla, penetrando en Jaén al frente de sus parciales. A las puertas del castillo de Garcimuñoz halla su muerte Jorge, a los treinta y siete o treinta y ocho años de edad. El palentino Ruiz de Alarcón pelea al lado de

Jorge cuando este cae mortalmente herido. Enfurecido Alarcón, ahorca, en holocausto de la muerte del amado compañero, a seis de los prisioneros hechos al marqués aquel día. A la vista del sacrificio, los contrarios cobran su represalia, matando a otros seis amigos de Jorge. Uno de los condenados era un pobre escudero de Villanueva de Jara, casado y con hijos; un hermano de éste, soltero y mozo, pide ser sacrificado en su lugar. Acceden las tropas del marqués; el casado se niega hasta última hora; el hermano más joven, pensando en la viuda desamparada y en los huérfanos, logra, al fin, del escudero que acceda a vivir por los que quedan. "Los testigos de aquella lucha por la muerte –escribe el Sr. Nieto– escucharon impasibles aquel diálogo sublime y aceptaron la víctima voluntaria del amor fraternal."

El Sol (10-10-1919)

Una visión española de Florencia

Mi querido amigo el notable publicista florentino Gilberto Beccari, ha tenido la gentileza de enviarme un curioso libro editado por el editor de Lanciano, señor Carabba, que he leído de un tirón y con vivo placer. Llámase este libro *Impressioni italiane di Scrittori Spagnnoli* (18-60-1910). Preceden al libro unas cuantas notas biocríticas del Sr. Beccari y el texto está compuesto de páginas de Alarcón, Castelar, Blasco Ibáñez, Baroja, Unamuno y Carmen de Burgos, *Colombine,* sobre viajes a la nación del Dante, de Leopardi y de Miguel Ángel.

La mayoría de estos trabajos es conocida de nuestro público: unas notas sobre el Palacio Ducal de Don Pedro Antonio de Alarcón; páginas de Castelar sobre Mazzini, el cementerio de Pisa y la luz del paisaje en Sorrento; un artículo de Pío Baroja, *Discusión con un francés en la Capilla Sixtina,* rico de paradojas, naderías y *boutades;* el capítulo *La ciudad del canto,* que puede leerse en el libro *En el país del arte,* del señor Blasco Ibáñez, libro deplorable hecho con retazos del Baedecker, uno de los más flojitos del siempre flojo colorista valenciano... Pero en este libro hay una página inédita de D. Miguel de Unamuno, publicada en italiano por primera vez con el título *La mié visione di Firenze –Mi visión de Florencia–* que, para mi gusto, es una de las evocaciones más delicadas y poéticas del flamante señor Vicerrector de la Universidad autónoma de Salamanca.

Esta impresión del Sr. Unamuno está hecha sobre notas de un *Diario íntimo* que escribió su autor el año 1889, a los veinticinco años, cuando pasó por su espíritu «la visión espléndida y real de Italia». Afirma el Sr. Unamuno que no estaba bien preparado para sacar fruto de su trabajo, y que, acaso, su falta de preparación dio mayor frescura a las páginas de su *Diario.*

«Vi –nos dice el niño grande, tímido y vascote que hay siempre en D. Miguel– vi Italia con ojos de enamorado y creo que son los ojos más a propósito para verla bien». Llevaba dentro del corazón la imagen de su Beatriz el querido maestro. «Y corrí –añade– desde Florencia a Roma con el ansia de encontrar, en la lista de correos, una carta de *ella,* pues la había dicho que me escribiera a la Ciudad Eterna».

Pero, desde Roma, con la carta en el bolsillo, tornó el joven señor Unamuno, el Unamuno de los veinticinco años, a la bella capital de la Toscana. Pisa las orillas del Arno por segunda vez el 5 de julio de 1889, un año antes de casarse. Visita Roma, Nápoles, Milán, pero es en Florencia donde el futuro pensador forja su mejor imagen de Italia. En Toscana reina y concierta perfectamente el estado del paisaje con el de su corazón. Viendo nacer el sol entre las blancas brumas de Pisa, se acordaba de Guernica, el nido de su quietud. Entre los montes azules y los verdes viñedos que encinchan a Florencia, le parece estar en su patria. «¡Ciudad silenciosa –escribe– que tiene aroma de aldea; nido de quietud que huele a Renacimiento!» Y el calor de Florencia le recuerda el de Bilbao, su villa natal, y entre aquel sol, aquellas colinas, aquellos bronces, aquella luz y aquel murmullo del Arno siente «en el corazón una calma de hogar eterno.» Y en la *loggia* de Orcagna, ante la cimera del Palacio de la señoría, sobre los arcos del Puente Viejo, «cuyo río lleva todavía los suspiros del Alighieri», el hosco pensador de hogaño, hosco como un cizo, añora, en aquella sazón, estudia la historia florentina, bajo la luz de unos dulces y mimosos ojos azules. «¡Sueños de los veinticinco años! –exclama D. Miguel– ¡Sueños de los veinticinco años!», que vistos a la luz dorada y actual de los cincuenta, son la justificación, la consagración de toda una vida, dedicada a las nobles inquietudes y rebuscas del espíritu!»

En el *Perseo* de Cellini, en el *Cosme I* de Juan de Bologna, encuentra el Sr. Unamuno más cálida impresión que en los mármoles del Vaticano. Los Cristos de Donatello «exhalan un

lamento eterno e infinito... el dolor eternizado». El Cristo de Bandinello le recuerda los de España. El Duomo, la Catedral Florentina, le gusta más que San Pedro, y más cristiana que Roma se le antoja Florencia. Los primitivos le inundan de emoción. Ante las ingenuas Tablas de Fra Angélico, el iluminado de Fiésole, apunta Unamuno en su *Diario:* «Pintó Fra Angélico con las tintas del crepúsculo mañanero, con los rojos suaves de las nubes teñidas de sol moribundo, con el azul purísimo del cielo y la suavidad infinita de la mañana.» «La Anunciación de Fra Angélico escribí entonces –agrega Unamuno– es la que no ha existido nunca. Y hoy escribiría: la única que ha existido».

Aquella linda doncella –*ecce ancilla Domini*– que recibe, con los ojos recogidos, las palabras del Ángel, habla de tal modo al corazón y al arte, ingenuos y primitivos también, de don Miguel «que sentí el deseo de deponer en sus pies, en un beso, toda la dulzura de mis recuerdos de niñez. Todo aquello que Roma no supo remover, los posos de mi fe de muchacho, me lo removió Florencia. En aquella ciudad volví a sentirme verdaderamente cristiano.» Y Lippi, Ghirlandaio, Fra Angélico, le libertaron de las cadenas del positivismo spenceriano en que vivía prisionero su espíritu juvenil.

«Cuando vuelvo los ojos al pasado –dice Unamuno, concluyendo su impresión de Florencia, vista a la luz de los veinticinco años– se levanta en mi espíritu la visión espléndida de Florencia, con los colores suavísimos del Beato Angélico. Florencia es para mí una ciudad nupcial y cristiana: mi amor terreno y mi amor celestial se fundieron a su contacto. ¡Dios la bendiga!»

Y como mis ojos de veintidós años también la vieron así, como sobre la explanada de San Niniato a la puesta del sol andaba yo también sediento de Beatrices y de cantos,

caminando l'altrier por un camino,

me es grato resucitar y repatriar esta bellísima impresión, desterrándola por unas horas de un libro que no ha sido escrito para los españoles.

España (04-04-1922)

Los libros españoles en Italia

Varias casas editoriales han comenzado a publicar libros españoles en Italia. No es de ayer la curiosidad italiana por nuestros hombres y por nuestras cosas. Hace doce o catorce años, que la revista más prestigiosa entonces en Italia, *Leonardo*, dirigida por Papini y por Prezzolini en Florencia, consagraba un largo y sugestivo estudio a D. Miguel de Unamuno. No es tampoco reciente el libro de Salvi López sobre Cervantes. Ni los estudios de Croce, Shiff, Beccari, Papini, Puccini y Farinelli, acerca de nuestros autores clásicos y modernos.

Entre todos estos libros descuella el de Croce estudiando la influencia de la cultura italiana en España. Yo consagré varios trabajos a este libro en 1919, desde las páginas de *El Sol* y de *La Publicidad* de Barcelona. Pero los que aquí actúan de críticos y de lectores oficiales no debieron enterarse de tal publicación porque permanecieron silenciosos en torno a uno de los mejores libros que se han publicado sobre nuestro país. La influencia de las lecturas italianas en el autor de *La Celestina*, en los poetas y troveros de la corte de Don Juan II, en Hurtado de Mendoza y en Cervantes, está en el libro de Benedetto Croce perfectamente estudiada y fijada para siempre. Croce estudia también en ese libro la psicología de los bravos y de los militares españoles en Italia. Y describe una corrida de toros, celebrada en Roma durante la hegemonía de los Borgias. Y estudia la vida de las cortesanas españolas en Roma, y las relaciones de la Corona de Aragón, y aborda, en general, temas interesantísimos que, entre nosotros, apenas si se sospechan.

Los dos volúmenes que ha consagrado Arturo Farinelli a glosar *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, el estudio de Giovanni Papini sobre Miguel de Unamuno, los de V. Picca sobre el teatro español contemporáneo, los ensayos de Carducci sobre el Romancero y D. Pedro Calderón, son poco menos que desconocidos ante los escritores españoles. Como ocurre con la labor de difusión que de nuestras letras actuales están llevando a cabo, en varias casas editoriales, Mario Puccini y el infatigable hispanófilo Gilberto Beccari.

No preside, sin embargo, el mejor gusto en la selección de tales libros. Muy bien que se divulguen los escritos de Don Miguel –todos sus libros están traducidos–, de Amado Nervo, de Blanco-Fombona, de *Azorín* y de otros escritores vigorosos y de positivo valor. Pero al lado de

eso, se traducen las cosas Antonio de Hoyos Vinent, de Isaac Muñoz, y de autores de los cuales puede prescindirse, sin grave riesgo para la cultura hispana. Ya desde los tiempos (1908-1910) de la publicación de la revista *Rassegna italiana delle letterature moderne*, que se publicaba en sendos volúmenes en Florencia, se advertía, que, por ausencia y pereza de los escritores de primera línea, se apoderaban de sus páginas los de segunda y tercera y hasta cuarta clase. Y hoy se corre el riesgo por idénticas razones de que suceda lo mismo. Para el autor español existen París y Buenos Aires y Londres, pero nunca Florencia, Roma, ni Milán, que son sedes intelectuales dignas del estudio y de la estimación de los cenáculos literarios de nuestro país.

Verdad es que nosotros les pagamos en la misma moneda, por culpa, casi siempre, de los editores que no se enteran de nada. Por ahí se traduce y se jalea, por ejemplo, a un Guido de Verona, notoriamente inferior, como novelista, a Ciro Alvi, el autor de *Gloria de Rey* y de *San Francisco de Asís*, que todavía continúa inédito entre nosotros. De Croce, se conoce la *Estética*, pero no sus libros en torno a España que aquí tendrían un éxito formidable. De la *Storia di Cristo*, libro que más ha dado que hablar en Italia en estos dos años últimos, de Giovanni Papini, no existe aún una versión castellana; con la agravante de que de los dos libros que hay de este sugestivo ensayista florentino se han agotado dos copiosas ediciones. Los ensayos críticos de Josué Carducci tampoco se conocen entre nosotros. Y se da, además, la vergüenza de que la única lengua culta a la que no se ha traducido todavía la formidable *Historia de la literatura italiana* de De Sanctis, es precisamente la lengua española. Lo mismo ocurre por otra parte, con los *Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura*, de Giovani Leopardi, que se han incorporado inmediatamente al patrimonio intelectual de todos los pueblos y de todas las razas.

Como hemos de decirle todo, hemos de confesar, sin que nos duelan prendas, que los autores italianos han tenido mala fortuna entre nosotros por la desaprensión e incultura de los traductores que aquí les han tocado en suerte. Las versiones de D'Annunzio, casi todas ellas, son sencillamente mediocres y abominables. *Colombine*, por su parte, ha escrito un libro sobre Leopardi, donde no se sabe qué admirar más: si la osadía de la autora penetrando en un tema que no está en consonancia con su modestia intelectual, o su desconocimiento verdaderamente enciclopédico, de la lengua toscana. Ciro Bayo suspendió, a poco de haberla iniciado, con el editor Sr. Rodríguez Serra, su traducción de los *Pensamientos* de Leopardi. Más fortuna han tenido, entre otros, los Juristas Beccaria, Filanghièri, Vico, Garofalo, Sighele Niceforo[367], Ferri y Lombroso, que han encontrado, por regla general, la debida interpretación, gracias a la probidad de Dorado Montero, de Pérez Oliva (Isidro)[368], de Constancio Bernaldo de Quirós, de Cuello Calón y de otros penalistas nuestros.

Están muy bien las cartas italianas del Sr. Zuani en esta Revista; pero yo me atrevo a suplicar a nuestro compañero que lo que hace entre nosotros con los libros italianos, haga en las revistas italianas con los libros y con los autores actuales de nuestra España. Buena falta nos está haciendo esa labor y el Sr. Zuani puede realizarla maravillosamente. Italia no está en España bien representada con sus libros; tampoco nosotros nos consideramos bien representados en Italia. Los editores de aquí y de allá se fían, por lo visto, del primer recién llegado.

España (20-05-1922)

Una digresión sin importancia

Es ya clásico el capítulo XIX del tratado "Il Principe", escrito como sabe el lector, por el secretario de la señoría de Florencia, Nicolás Maquiavelo. Conságrase ese capítulo a las conjuraciones y conspiraciones de toda laya. Conságrase también, y de paso, a las excelencias que debe tener el príncipe y a los defectos de que debe precaverse en su actuación política. Así Maquiavelo le aconseja que debe ser muy firme en la resolución de sus asuntos privados procurando que todos sus fallos sean irrevocables. Ha de procurar igualmente el príncipe, que el orden interior permanezca inalterable. Y ya es sabido que el orden interior de un Estado sólo perturba por las conspiraciones.

[367] Creemos que se refiere a los juristas Alfredo *Nicéforo y Scipio Sighele*.
[368] Así en el original. Se refiere a Isidro Pérez Oliva, salmantino, y traductor de *Los nuevos horizontes del Derecho y del Procedimiento Penal* de Enrico Ferri en 1887.

Pero raras veces se lleva a cogüelmo la conspiración. Un conspirador solo, nada puede; muchos conspiradores, juntos, no saben todos mantener a la vez el secreto. En la lucha que se entabla, los conspiradores conjurados llevan todas las de perder. "De parte del conjurado –advierte Maquiavelo–, están el miedo y el recelo y el temor al castigo; de parte del príncipe, la ley, los resortes del Gobierno, sus amigos y los funcionarios que le amparan". El conspirador que denuncia está, por otra parte, libre del peso de la ley. Su declaración le produce grandes bienes. Y con una sola palabra desbarata el plan más discreto y mejor estudiado.

Maquiavelo, en realidad, afirma y sostiene que las conspiraciones no son de temer cuando el príncipe es popular, pero si no lo es, entonces todas las cosas y los súbditos, son temibles. El príncipe, además, ha de curarse en salud en los momentos difíciles "dejando a cargo de otros la imposición de obligaciones, sanciones y castigos", reservándose él, personalmente, "la concesión de gracias y mercedes".

A todos ha de halagar, pues, el príncipe; al noble, porque es noble, y al pueblo, porque es pueblo. Ahí está la historia de Roma; en Roma, los príncipes, no habían de curarse tan sólo de la nobleza y del pueblo, sino de tener contentos a los soldados. Tener contentos a los soldados y al pueblo a la vez, era cosa harto difícil, porque los pueblos aman la tranquilidad y el ánimo del soldado se inclina a la turbulencia. Los emperadores que no dieron satisfacción a ambos elementos, perecieron con su trono. Claro está que el príncipe ha de procurar que le odien los menos, y en todo caso los peor armados, o los completamente inermes, y nada mejor para eso, que rodearse de los soldados más bravos y más ruidosos.

El pueblo suele aguantar más que la milicia. Así se prescinde del pueblo por lo común. A lo sumo, debe calmársele un momento si se irrita; pero si no sabe irritarse, lo más cómodo es gobernar de espaldas a él, como si no existiera. Muchos ejemplos históricos, antiguos y recientes, pueden atestiguar la excelencia de este consejo. El pueblo, en el fondo, suspira por su pasada esclavitud y nunca es más feliz que cuando pierde su autonomía. Gubernamental por temperamento, odia todo linaje de desafinaciones y siente una aversión sincera por el escándalo.

El pueblo es siempre –y ya concluyo– el apaga-fuegos de toda conspiración, de toda conjuración, de toda renovación en las esencias o en los procedimientos del arte de gobernar. Casi siempre se constituye en guardia pretoriana de su príncipe. Nunca se encuentra mejor que cuando se halla sometido y la servidumbre es el estado natural del pueblo. Delega con gusto sus prerrogativas, todas sus prerrogativas para no usarlas, y las dictaduras todas se justifican por la insensibilidad moral de las masas que les dan grato albergue en su corazón y en su inteligencia.

Clásico es ya el capítulo XIX de "Il Principe" de Nicolás Maquiavelo. Los pueblos son siempre niños y como menores de edad. A las veces, parece que cometen una hombrada y no; es que, en realidad, comenten una niñería; rompen un juguete porque les cansa ya, y si reclaman otro, es para romperle también en un rato de aburrimiento o de malhumor. Lo que les gusta es el regaño, el palo de papá, la palmeta del pedagogo, y por la palmeta y por el palo y por el regaño suspira el pueblo continuamente.

El Pueblo Gallego (19-03-1924)

El bearnés y el manchego

Mi querido amigo y casi jefe, el señor conde de Romanones, ha tenido la gentileza, que le he agradecido mucho, de enviarme su limpia y sagaz traducción española del libro de Luis Barthou «El político». Es un libro de muy grata lectura el del político francés, traducido a la lengua de Castilla por el señor ex presidente del Consejo de ministros. Se lee de un tirón; así es de ameno y de interesante. En el prólogo, advierte el traductor que en las horas que ahora le dejan libres el vagar y la ausencia, de quehaceres, se propone defender «la política, los políticos y el régimen parlamentario» y que a él, a Romanones, no le sorprenden jamás los acontecimientos políticos con las manos cruzadas, sino «laborando». ¡Dichoso, ejemplar estímulo para las generaciones presentes y hasta venideras!

Los tiempos que corren son, en efecto, terribles para los políticos profesionales; un furioso vendaval les salpica el rostro y un viento de fronda les llena de polvo la indumentaria. Pero con un buen paraguas, con un excelente impermeable –pasado, además, de matute, por la frontera–, o en todo caso con un guardapolvo, en mediano uso, sabe el conde que nos salva-

mos de los vendavales y de los vientos. Él, bien acondicionado en su hotelito de la Castellana, con su sonrisa simpática de madrileño despierto y callejero, en la amena compañía del general Luque[369], de Joaquinito Salvatella[370], de Isidro Pérez Oliva[371], y de Cristóbal de Castro, haciendo que lee, haciendo que estudia y haciendo que murmura, pasa felizmente Romanones las mañanas, para dedicarse por la tarde, en, compañía de su amado Manolo Brocas, a la caza mayor o menor, poco importa, con tal que haya cobro abundante y suculento de muchas piezas.

Como el respeto a los jefes va perdiéndose ahora entre las huestes desmoralizadas que no saben ser nunca, como los reformistas de Oviedo, profesionales de la espera, yo me atrevo a apuntar en estas líneas una sospecha irreverente, aún a trueque de que mi casi jefe me excomulgue, que no me excomulgará, porque, me quiere mucho y buenas pruebas –no metálicas ¿eh?– me ha dado de su cariño. Mi sospecha consiste en suponer, por un momento, para las conveniencias de la polémica, que el libro es original de don Álvaro de Figueroa y de Torres, conde de Romanones, y que está puesto en buena prosa castellana por el señor Barthou. ¡No se ría usted, querido conde, y espere a que explique, del todo mi pensamiento! El abuso de los apólogos y sentencias me escama muy mucho, y aquellas líneas de La Rochefoucauld[372], de quien sean, que vienen a decir en resumen que «lo contrario de lo que se dice de las cosas suele ser, no todas veces, la verdadera verdad de las mismas», tengo para mí que es una apología encubierta del romanonismo, y, acaso, acaso, del verdadero autor del libro. El mismo Romanones, por ejemplo, es el hombre de las leyendas. Ni es tan bueno como dicen, ni tan malo y diabólico como aseguran en Guadalajara y en Sigüenza. Su travesura es de buena ley y eso de su codicia y de sus negocios sórdidos –hablo ahora en serio–, es una verdadera majadería que aquí explotaron cuatro periodistas hambrientos que estaban al servicio del príncipe de Ratibor[373], durante los días de gran guerra. El conde que yo conozco es un buen casero que no abusa jamás de los inquilinos. Como ministro de Estado pude darme cuenta de que Romanones se hacía rápidamente cargo de las cosas. De jefe de partido ofrece demasiado tal vez, pero el coro de idiotas que en tercer término le rodeaba, estaba atado a él solamente por los estímulos de la codicia. Creo que hasta Emilio Junoy[374], ahora en plena crisis de desengaños amorosos, es, también, de mi opinión.

Discrepo en algunos puntos del parecer de mi casi jefe y amigo, el traductor de este excelente, sagacísimo y elegante libro de Luis Barthou. No creo que Francia, por ejemplo, pueda parangonarse políticamente a España. Por mucho que le duela a Romanones, hay que decirle noblemente que en España la ausencia de política, de políticos y de régimen parlamentario nos ha traído al estado actuad. Así, el Directorio sólo ha combatido sombras, trasgos, fantasmas, brujas de escoba y súcubos, no abyectos, sino tontos. La tontería aliada con la ignorancia, que no la abyección, ha sido el pecado mortal de los políticos españoles.

¿Se enfadará conmigo el señor conde de Romanones? No hemos tenido partidos, sino tertulias, a veces familiares, a veces caseras. El acta ha sido en muchos casos el regalo de boda o una dote anticipada. El Parlamento no ha pasado de ser un casino de tercera clase, donde se murmuraba en los pasillos y se ponía sordina al pensamiento en el Salón de Sesiones.

Claro está que los partidos volverán. Pero, si no dejan de ser clientelas, si no se convierten en grupos ideales, si los políticos siguen desdeñando a los pensadores, habrá que matarlos de nuevo. Un político cree, por ejemplo, que en el mundo no hay nada más allá del escaño del Parlamento, y hay más: un pensamiento, una vida, una estrategia, ideales de lucha. Yo, por ejemplo, hace cinco años, preferí seguir siendo un escritor pobre, pero independiente, a un diputado a Cortes con dietas. Y cuando mis amigos, asombrados, me tachaban de tonto, les repliqué que preferí hacer diputados a serlo yo personalmente. Y, en efecto, en derredor de mi

[369] Agustín de Luque y Coca (1850 – 1935). Militar y político español, director general de la Guardia Civil en dos ocasiones y ministro de la Guerra en cuatro.

[370] Joaquín Salvatella Gisbert (1881 – 1932). Abogado y político español, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes durante el reinado de Alfonso XIII.

[371] Isidro Pérez Oliva (1864 – 1929). Abogado y político salmantino adscrito al partido liberal. Amigo personal del conde de Romanones, fue senador y diputado a Cortes por la provincia de Salamanca en diversas legislaturas.

[372] François de La Rochefoucauld (1613 – 1680). Aristócrata, escritor y filósofo francés, conocido, principalmente, por sus Máximas.

[373] Max von Ratibor und Corvey (1856 –1924). Embajador alemán y representante del emperador Guillermo en España.

[374] Emilio Junoy y Gelabert (1857 – 1931). Periodista español, redactor y director de *La Publicidad*, donde firmó muchos de sus artículos bajo el seudónimo de *Negret de la Rambla*.

pluma se hicieron aquel año las elecciones en una provincia castellana. Y conseguí con cinco cuartillas, leídas en un mitin inolvidable, y con veinte discursos dichos en pleno campo y al aire, logré lo que no lograron nunca ni el dinero ni el temor: derrocar para siempre el cacicazgo intolerable de un marqués analfabeto, convertido en aristócrata porque un abuelo suyo vendió a buen precio mulas para el ejército de la reina doña Isabel, durante las dos guerras carlistas. Cambó y Santiago Alba pueden dar fe de este episodio y sé muy bien que no pueden dejarme por embustero.

La Noche (31-07-1924)
El Pueblo[375] (21-10-1924)

El venturoso

Para una lectora cualquiera

«Il venturiere acusa ventura»[376] –el último libro de Gabriel D'Annunzio, hoy flamante príncipe de Montenivosso– prueba bien a las claras que no hay ventura completa para los venturosos, ni dicha que valga la pena de vivirse para los que llamamos felices un poco precipitadamente. No bastan para el amor los brazos y las caricias de Eleonora Duse , ni para la opulencia los millones de las amigas rusas, ni para la gloria cruzar el Adriático en los submarinos y volar sobre los cielos italianos hasta las orillas del Danubio azul.

El «venturiere», es decir, el venturoso –no el aventurero, como escribe «Andrenio»[377]– el venturoso, no se dé por satisfecho. Su vida, vida del Renacimiento, vida de amor, vida de gloria, vida da arte, no consigue llenarle enteramente.

De todos los amores ruidosos, acaso le falló el primero; de todas las gentes de gloria, no acertó a hendir, en los cielos, los valles donde moran las vírgenes y suenan los angelitos sus flautas de oro; henchido de renombre y de popularidad, no ha gustado nunca, en cuarenta años, el sabroso placer de mantenerse oculto y de pasar inadvertido ante la mirada de las muchedumbres.

El «venturiere» es, pues, una metáfora. No cabe más perfecto venturoso que el idiota perfecto. Un hombre limitado mentalmente puede ser feliz, pero no puede serlo nunca el que tiene fantasía, porque se sabe que el campo no puede tener puertas. Amar a una mujer, es renunciar al amor de las demás mujeres; cultivar una disciplina, es condenarse a la ignorancia en las otras disciplinas; lograr la popularidad, es reconocer que hubo otros hombres que la ganaron con más profusión y más legítimamente que nosotros. Y nada satisface, porque solo puede satisfacer el corazón del «venturiere» lo infinito, y lo infinito se vislumbra, pero no se define ni se masca.

¡El «venturoso»! Ni Cristo puede ser feliz. Para salvar a los demás, tiene que presenciar el llanto de su madre, y su desgarramiento, y su sacrificio, y su augusta soledad, felicidad y ventura quieren decir quimera y quieren decir imposible. Se ha inventado esa palabra sin poder apurar el contenido, y los inocentes que se imaginan familiarizados con la ventura, no saben que la poseen en precario, no de otra suerte que los niños se imaginan retener los rayos del sol entre sus manecitas, cuando juegan en sus cunas las mañanas soleadas.

«II venturiere senza ventura», me ha traído a mí, pobre hombre, eterno candidato a venturoso, el aroma y el perfume de mis años mozos. Ese aroma y ese perfume es la única ventura que los dioses me permiten gustar. Yo no cambiaría todas mis esperanzas por mis recuerdos, ni el futuro, preñado de realidades, por el pasado, henchido de sueños.

Tenemos que ser enteramente idiotas o perfectamente locos para creernos venturosos, y no quede más ventura posible para ti, mujer, o para mí, hombre, que tejer nuestra vida con los hi-

[375] En *El Pueblo* se tituló «El político», y en él omitió, suponemos que por razones de espacio, la disertación que realiza Sánchez Rojas en el último párrafo confesando su preferencia de seguir siendo un escritor pobre, pero independiente, a un diputado a Cortes con dietas y describiendo su participación en la última campaña electoral.

[376] En realidad, D'Annunzio publicó en 1924, como dice después, *Il venturiero senza ventura e altri studii del vivere inimitabile*.

[377] El periodista Eduardo Gómez Baquero, entre otras cosas crítico literario en varias revistas madrileñas.

los sutiles de esa niebla que se llama sueño, como ya sospechaba Hamlet, el melancólico y sabio príncipe de Dinamarca. Pero nuestros muertos, las calaveras de Jorik que nos salen al paso, no nos dejan muchas veces echarnos en los brazos de esa loca de la casa que llamamos fantasía.

El Adelanto (17-10-1924)

El cántico espiritual

He aquí una preciosa edición de "El cántico espiritual", de San Juan de la Cruz, tal vez la perfecta y la definitiva, que acaba de aparecer al público, en la biblioteca de "Clásicos Castellanos" de "La Lectura". La edición, anotada y comentada por el catedrático señor Martínez Burgos, es una lección consciente y afortunada del manuscrito que conservan las Madres Carmelitas de Jaén. En las "Obras Completas" del santo, editadas por el padre Gerardo y costeadas por la munificencia de la condesa de Bornos cuyo testamento dio no poco que hablar a las gentes, se advierten errores de bulto, que desaparecen enteramente en esta reciente y primorosa edición de "La Lectura".

¿Para qué hablaros de la tarea abrumadora que se ha impuesto el anotador? No son estas impresiones para bibliógrafos, ni para eruditos. El santito iluminado se sorprendería no poco, si advirtiese el cuidado extremo que merecen una coma suya, una mayúscula de su letra grande, pulcra, primorosa. El santo cantaba porque sí, por impulso espontáneo de su corazón enamorado, como cantan los pájaros cuando rompe la luz del alba. Sus oteros, sus lomas, sus montes, sus valles, sus cañadas celestiales, por donde discurren amorosas pastoras y enamorados pastorcitos, son parte de un lenguaje purísimo, limpio de ripios y con el ritmo y la expresión que tendría el amoroso sentir en todos los hombres, si todos los hombres fueran ingenuos e infantiles como el poeta de Fontiveros.

Con honda emoción releemos, una vez más, estas páginas inmortales, las más sutiles y encendidas que se hayan escrito nunca en castellano. Las palabras son lenguas de fuego que ascienden a lo alto, en espiral; las metáforas no son metáforas en Juan, sino decir corriente y personalismo, narración natural, medio descriptivo, gráfico y elemental, lenguaje de amor, donde la emoción se sobrepone al discurso, borrándole y diluyéndole en polvillo de luz y en lumbre de estrellas.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cojeré [sic] las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras[378].

¡Ay! Si los italianos tienen "Vita nova", nosotros, los españoles, poseemos este "Cántico espiritual", canción maravillosa de amor y de ternura, de candor y de ingenuidad, donde la Esposa del Cantor puede parangonarse con la hija de Portinari, donde las silvas lucen resplandor junto al de los sonetos:

Allí me mostrarías
que mi alma pretendía,
y luego me darías,
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día...[379]

Ojeo la edición en el tren, pasando Medina donde Juan de la Cruz sirvió de enfermero en el Hospital, hacia tierras de Arévalo, donde nació el santito, del amor del toledano Yepes con la hermosísima Catalina Álvarez, villana de Fontiveros. En la fuerza del día, el sol refulge junto a las parvas y los trojes. Vislumbro, con la imaginación, el pueblo de Fontiveros y una maravillosa

[378] San Juan de la Cruz. *Canciones entre el alma y el Esposo,* estr. 3.
[379] Canción XXXVIII

noche del Carmen, noche de julio, que pasé en él, después de horas terribles de propaganda política en Castilla. Las lomas, los oteros, las cañadas, los valles, están allí, en el pueblecito de las fuentes que manan de noche y a escondidas. Y Juan oyó el rumor de los pinos en su niñez, y la canción que dice la tierra de Castilla en agosto, canción de fecundidad, de presentimiento y de promesa. ¡Castilla, madre!

En el tren ojeo esta primorosa edición, camino de Madrid, donde de nuevo me llevan mis afanes, después de una cortísima ausencia de horas. Pasada la alta planicie de Arévalo, oteo los cantos grandes, redondos, formidables, con que se anuncia el Adaja, en Ávila de los Caballeros. La figura de Teresa, alta, morena, con un gracioso lunar en la sotabarba, con los ojos grandes, negros, expresivos y habladores, aparece ante mi corazón. La veo con Juan por los caminos de Castilla.

Una noche, cerca de Madrigal, Juan de la Cruz, rendido de cansancio, queda dormido. Teresa le coge, amorosa, en sus rodillas. Un frailote tosco y primitivo reprende a la madre por su desenvoltura. Teresa, encendida por la cólera, le replica graciosa y humildemente:

– Padre mío, ¿dónde cree vuesa merced que pueda dormir mejor un niño que sobre el regazo de su madre?

En aquel momento, Juan oía "el canto del soto y su donaire" en la serenidad de la noche, sobre el regazo tibio de Teresa.

El Noroeste (20-11-1924)
El Adelanto[380] (20-11-1924)
El Pueblo (14-11-1924)
El Pueblo Gallego (12-11-1924)
El Luchador (08-11-1924)

Nimiaturas[381]

– ¿Dónde vive usted? –me pregunta, a la puerta del Congreso, mi simpático amigo el conde de Castelo, un aristócrata gallego, con el que me place conversar de política y de arte, de cuando en cuando.

– ¡En..., siempre a sus órdenes, querido conde!

– Es que el duque de Alba, sabiendo que usted es amigo mío, me ha preguntado por su dirección, para mandarle «Nimiaturas».

El buen Castelo me da un alegrón. Dos o tres veces, mirando las novedades en los escaparates de las librerías, he estado a punto de comprar este magnífico ejemplar de las nimiaturas, forrado en riquísima piel de Rusia, que atesora el duque en su palacio. Pero el precio del ejemplar, cien pesetas, me ha obligado a ser prudente y cauteloso. Con cien pesetas tengo para un montón de libros nuevos de lectura imprescindible y urgente. Así, Castelo, me da un alegrón, y le encargo que cuanto antes comunique al duque mi dirección, con el testimonio de mi afecto y de mis simpatías personales.

Hace tiempo que los tiene harto ganados, en buena lid, el señor don Jacobo Fitz James Stuart Portocarrero Álvarez de Toledo y Falcó, duque de Alba de Tormes y de Beervick, de Liria, de Arjona, etcétera, etcétera, hasta treinta y tantos títulos más. Hombre muy de su tiempo y de su época, el duque vive dentro de las corrientes del mundo. Cuando la guerra, se declara ferviente aliadófilo, y en Bélgica hace olvidar a los flamencos y a los walones que es nieto de aquel Gran Duque que hiciera ahorcar a los rebeldes. Gracias al duque, los aliadófilos españoles recibieron toda clase de zalemas y de cortesías, en París. Y de cuando en cuando, este viajero infatigable, que necesita del sol de Egipto durante el invierno y del aire serrano de Saint-Moritz durante el estío, nos sorprende con la publicación de libros magníficos, de temas atañaderos al

[380] En *El Adelanto* su título fue «Sobre San Juan de la Cruz»

[381] Sin duda se refiere al libro de Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó Alba (duque de), Joaquín Esquerra del Bayo, *Catálogo de las miniaturas y pequeños retratos pertenecientes al Excmo. Sr. duque de Berwick y de Alba*. Imprenta de los Sucesores de Rivadeneyra (s.a.), 1924.

El error propio o del copista es obvio: *Nimiaturas* por *Miniaturas*. En la portada figura MINIATURAS en un cuerpo mayor que el resto del título, razón por la que se refiera a él con este título.

patrimonio artístico de su casa, cuyas ediciones dirige él personalmente, y que honran, verdaderamente, a las artes gráficas y suntuarias españolas.

Este hombre serio, exquisito, correcto como un verdadero «gentleman», dueño de los más bellos palacios y castillos de nuestro país, sencillo y llano, ha heredado de su madre, doña Rosario Falcó, el gusto por las artes y por las letras. Una estampa, un cuadro, un libro, le preocupan más que una ejecutoria rancia o que un censo agazapado en una finca remota. Su lindo palacio de la calle de la Princesa, oreado por el jardín mejor cuidado y más bonito que tiene Madrid, es un riquísimo museo y una fiesta de luz para el espíritu y para los ojos. Y el duque deja llanas y accesibles las llaves de su tesoro para todos los que quieran solazarse en él.

El Adelanto (23-01-1925)

Ayer

Acaba de reeditarse en Bari (Italia) el notable libro, de Benedetto Croce, "Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza"[382]. El libro de Croce, de tan viva y palpitante actualidad en estos momentos, expone el reflejo de nuestra hegemonía política y militar en Italia antes de los Reyes Católicos y a lo largo de la dinastía de los Austrias. Carlos I de España y V de Alemania, que se hace coronar emperador en la Basílica de San Petronio de Bolonia, no suscita ninguna oposición seria de parte de los italianos. Los poetas le cantan, los políticos le adoptan de modelo y las mujeres le regalan y le miman en las fiestas populares de Nápoles. De Felipe II dice un historiador de la época, S. Guazzo, que "conserva dignamente su grandeza real". De su hijo escribe otro cronista contemporáneo que "es el mejor monarca del mundo, y que desciende de la familia del gran Julio César, primer Emperador Romano". La superstición popular asegura que los Austrias poseen un gran crucifijo prodigioso y otros talismanes con toda suerte de venturas. De España no llega a Italia más que la apariencia y la superficialidad de su esplendor. Los militares lo llenan todo con el estruendo de sus armas. Italia no se da entonces cata de que España, su dominadora, es tan pobre y está tan atrasada como ella. Tan atrasada en el aspecto político, que en el de la cultura, desde Boscán a Garcilaso, vivimos nosotros de lo que llamaría Croce "las *pastorellería* y *freschería* del ingenio de nosotros, sus vecinos".

Italia –observa con su perspicacia de siempre el genial filósofo napolitano– no fue oprimida por España, porque España "era ya un país en decadencia". "Si tenía del Estado moderno la unidad monárquica y las instituciones militares –añade–, era, por otra parte, demasiado medieval y feudal en su constitución política, careciendo, sobre todo, de aquella preparación y de aquellas virtudes industriales y comerciales, indispensables a la conservación del poder en los tiempos modernos". Tal ausencia de calidades hacen inofensiva, a la larga, la influencia española en el espíritu italiano. La Iglesia que Italia "aveva nel suo cuore"[383], en el centro, y en el corazón y en la entraña de su territorio, se encontró, en lo hondo de estas andanzas de dominación, hegemonía y conquista, con una alianza reaccionaria de la Europa del Sur contra la Europa del Norte, y fue ella, la Iglesia, la que dio acaso un sentido de regresión a la aventura militar española fuera de su propio suelo.

El cuadro trazado por nuestro Ricardo Macías Picavea en "El problema nacional" de una Castilla exhausta. de unos comuneros rebeldes pero sin cohesión, unidad y orientación algunas, en la organización de su plan defensivo contra el César; de unos rollos teñidos en sangre a la entrada de los pueblos y de las villas; de unas industrias rotas; de un comercio abandonado y de una agricultura rudimentaria y primitiva, lo completa maravillosamente Croce en estas páginas con nuestros soldados camorristas que roban capas a los aldeanos; con nuestros gobernadores ineptos, fastuosos y amigos del expedienteo; con nuestros literatos hinchados y vacíos; con nuestros místicos ardientes y "tal vez heréticos"; con nuestros guapos, y secretarios de prelados, y corchetes hambrientos. España, y sobre todo Castilla, secan sus lacras y liendres al sol de Roma, de Nápoles y de Milán. Y los italianos, más listos y cultos que nosotros pero sin ideales

[382] José Sánchez Rojas traduciría al español esta obra: Croce, Benedetto. *España en la vida italiana durante el Renacimiento. Madrid: Mundo* Latino, 1925.

[383] "tenía en su corazón", en italiano.

nacionales entonces, apenas salidos de su municipalismo rabioso, individualista y agresivo, no aciertan a ver más que la figura cesárea, el sueño de su viejo imperialismo, enterrado ya en la noche de la Edad Media, la muralla natural contra los turcos y hasta las virtudes caballerescas, eco de nuestras coplas, romances y cancioneros que sacuden el corazón de una raza que sabe darse cuenta de la belleza de un gesto y de la grandeza de toda acción.

El espíritu español a que alude Croce en la última mitad de su libro, desde que Fernando de Aragón se apoya en Nápoles para extender los dominios de su corona por aquella península, es siempre el espíritu castellano, pero el espíritu castellano de la decadencia que se manifiesta en los siglos XVI y XVII.

Esa España que ama Croce porque cree, a pesar de todo, en su fuerza y en su empuje, es la de la idea monárquica, "aunque el sentimiento monárquico era devoción al señor". "Esa España no iniciaba una evolución –agrega–, sino que la remataba y concluía". Italia no advierte, hasta ya muy entrado el siglo XVII, que está tambaleándose "la tanto tiempo combatida y desde hoy vacilante máquina de la Monarquía española". Un jurista, Fulvio Testi, advierte al duque de Módena, a raíz de la rebelión portuguesa, que los días de los Austrias están contados, "De que el poder del Rey Católico es vasto, inmenso, infinito –escribe Testi–. Pero todos los reinos y todas las dominaciones tienen sus períodos. Mayores fueron las monarquías de los medas, de los persas y macedonios, y se deshicieron. Más grande fue la República de Roma, y murió. Más vasto el Imperio de César, y cayó, sin embargo".

Y a Testi no le engañan ya las apariencias. Italia, la sierva Italia, mira ya, cara a cara a sus dominadores. El cronista modenés, desde su retiro de Castelnuovo, cuenta al duque de Módena sus temores y vaticinios. Mirando hacia Occidente, con guerras en Portugal y en Cataluña, parece descubrir las vacilaciones de aquel pobre Felipe IV, amante de la Calderona, que cuenta a Sor María de Ágreda que para luchar con Cataluña no tiene orientación alguna, ni cuenta con más apoyo que el de la Providencia. Mirando a España, Testi ve a Castilla, "que está precisamente en el centro y que es desgraciadísima", sin el mar que la arrulle, entre rastrojos y barbechos amarillos. *Castiglia che vi resta appunto nel mezzo e infelicissima...*"[384] y todas las demás provincias están, no solamente exhaustas, sino desoladas".

La Voz de Guipúzcoa (12-02-1925)
El Luchador (11-02-1925)
El Pueblo (13-02-1925)
Heraldo de Madrid (11-06-1924)

Anatole France y las mujeres

Con algunos meses de retraso, ha tomado carta de naturaleza entre nosotros el ya famoso libro de Juan Jacobo Brousson "Anatole France en zapatillas", ágil y decorosamente vertido al castellano, por Margarita Nelken. Del volumen de Brousson, secretario y confidente del glorioso autor de "Thaís", van ya agotados en Francia muy cerca de cien mil ejemplares, y en Madrid comienza ahora mismo a preocupar en nuestros cotarrillos y cenáculos literarios. Nada más natural que este interés porque France ha intervenido más de lo que se cree en la formación de muchos de nuestros escritores indígenas.

Anatole France es en zapatillas, visto por Brousson, el mismo temperamento que de frac, con el botón rojo de la Legión de Honor o con las palmas académicas de los cuarenta Inmortales, colegas suyos. Es un niño malicioso, socarrón y desaprensivo, que pasa por la vida sonriendo desdeñosamente para que no le vean llorar. Su inteligencia refinada no le permite caminar en línea recta, sino por curvas y entre zigzags. Un galo como France, tolerante, sensual y cicatero, no ve en la vida más que problemas de inteligencia, cosa que equivale, en definitiva, a no verla del todo y a limitar tremendamente sus horizontes infinitos. Pudoroso, no se cuida más que de ocultar, entre burlas y donaires, su emoción personal ante las cosas, pero el lector

[384] Fulvio Testi, informe al Duque de Módena, 3 Febrero 1641. Documento citado por B. CROCE, La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza , Bari, 1917. Págs. 251 y 252.

ve pronto el juego y compadece, de todas veras, la insondable tristeza que hay en el espíritu, infantil por un lado y judaico por otro, del gran escritor.

Muy curiosas sus relaciones con las mujeres. Su vieja sirvienta, Josefina, le zarandea siempre como a un juguete. El señor es, para la buena mujer, un hombre imposible, que no se cuida de llevar camisola planchada a los banquetes de etiqueta y a quien hay que obligar a la fuerza a mudar de calzoncillos delante de los extraños. France se queja siempre de la vieja, pero al fin, se somete a ella como ante un deber penoso. En cambio, las relaciones de France con su mujer, con Madame, quedan un poco borrosas y oscuras, en el montón de anécdotas que, nos refiere su secretario y confidente.

A lo que parece, Madame no es para France sino el amor casero y el afecto callado y familiar, el buen parecer, la conveniencia y el lazo amable que le ata a él, rebelde, incorregible, a los gratos deberes sociales que rodean en Francia la vida de un escritor popular. Madame es para Anatole France el calendario, el carnet de notas y el libro de direcciones.

Si no la ama del todo, tampoco del todo la desdeña. Transige como puede y la oculta sus innumerables correrías de colegial, no porque la tema, sino porque quiere ahorrarse la respuesta a su pregunta de si será amado profundamente por ella.

Las mujeres que no son Josefina, ni Madame, las clasifica todas ellas France, en un grupo aparte. Le interesan los devaneos, los placeres del momento, las aventuras sabrosas y fáciles, –sobre todo, fáciles– pero no cree en ellas. Las cartas de mujeres se le antojan siempre desprovistas de interés: "Una mujer os escribe –dice a su secretario–, o para pediros dinero, o para pediros un favor, o, en todo caso, para armaros un escándalo..." Pero cuando son jóvenes y son bonitas, se coloca siempre a la defensiva, procurando hollar un camino que ha de abandonar al día siguiente. ¿Desengañado, amargado, o solamente sensual y pícaro? *Chi lo sa*? Porque, en medio de estas aventuras, un día deja ante Brousson, al descubierto toda la amargura de su alma. "Me creen feliz, hijo mío, –le dice– y no lo he sido un sólo día, una sola hora".

Napoleón Bonaparte saca de quicio a nuestro héroe por su poca fortuna con las dos mujeres, Josefina y María Luisa, que le tocaron en suerte. Para France, sólo los brutos hacen gemir el mundo porque no han sabido hacer gemir el tálamo. La expresión que es mucho más expresiva en los labios del gran escritor francés, a mí me suena, en el fondo, a condenación de su propia obra y muestra del terrible fracaso sentimental que se vislumbra, pero que no acaba de asomar, en las confidencias, verdaderamente copiosas e interesantes, de Juan Jacobo Brousson.

El temperamento de France se nos revela, en suma, como el de todos los humoristas, sus hermanos en dolor y en inteligencia. Ríen ante el público demasiado, porque lloran también demasiado en la soledad de su alcoba, y darían toda su gloria de escritores por convertirse en aquel hombre normal a quien pedía Papini argumento para una narración, replicándole el pobre hombre que nada le pasaría nunca, porque a los veinticinco años se había casado, a los cincuenta llegaría su hijo a la mayor edad y a los setenta se retiraría de su empleo ganando los tres quintos del sueldo máximo que el Estado había de asignarle en la primera subida de escalas.

La Voz de Guipúzcoa (08-03-1925)
El Luchador (07-03-1925)
El Noroeste (08-03-1925)
El Pueblo (10-03-1925)
El Pueblo Gallego (11-03-1925)

Pequeñas confidencias

La traductora francesa de mí «Tratado de la perfecta novia», señorita Grénier d'Ernemont, ha tenido la gentileza de enviarme las pruebas de su versión. Tan exacta, tan justa y tan linda me ha parecido, que yo me he limitado, con la devolución de las capillas[385], a expresarle las más rendidas y cordiales gracias, por el honor que me ha hecho, vertiendo al francés desde la Villa Amélie, de los Bajos Pirineos, en plena Vasconia francesa, un libro mío, hecho nerviosamente

[385] Pliego que se entrega suelto durante la impresión de una obra para su corrección, galerada.

y de una tirada, ante el gentil requerimiento de una preciosa amiga, hoy señora casada y desde hace días madre de un floreciente y robustísimo bebé. La señorita Grénier d'Ernemont, a la que no tengo el honor de conocer personalmente, consulta conmigo algunas pequeñas dudas de su trabajo. Así no traduce literalmente a su lengua la palabra «rameras», «porque se le ha escapado a usted –me dice textualmente– «un peu gros mot» una palabra un poco gruesa». Y dos veces traduce también adrede la palabra amor por la palabra «amitié», amistad y seis o siete la palabra novia por la palabra amiga. Me he limitado a aprobar, y a sonreír, y a explicarme, y a justificar, y a encontrar perfectamente femeninos los escrúpulos de la delicada traductora que habita en una villa de los Bajos Pirineos.

¿Que a santo de qué cuento estas cosas, un poco infantiles, a los lectores? ¡Vaya usted a saber! Acaso la única satisfacción que nos da la pluma es esta, tan pequeñita, de vernos traducidos a lenguas extrañas. Y nuestros libros, al ausentarse, nos producen una sensación mixta de placer y de dolor. De placer, porque advertimos qué pueden valerse ellos solos por el mundo y de pena, porque nos abandonan, adoptando con otra lengua otro espíritu que no es precisamente el que nosotros les infundimos, Y así, este «Traité de la jeune femme parfaite» es y no es, al mismo tiempo, el que yo escribí. Me parece un hijo muy cambiado, que al tomar ahora carta de naturaleza en la dulce Francia, para ser leído por las chicas un poco ingenuas de Paris y de la provincia, no se acuerda ya de que vio al nacer el sol de España, y de que fue hecho para ser acariciado por manos españolas, y para servir de guía a los sueños de las que a todas horas esperan su príncipe ideal.

A la señorita Grénier d'Ernemont se la pueden decir estas cosas, y yo acabo de decírselas en el mejor francés de mi cosecha. Pero la digo también que el francés es más discreto y menos duro que el español, que acentúa mejor los contrastes y las penumbras; que es más dulcemente melancólico y más sobrio, claro y sencillo que nuestra lengua castellana, solemne y aparatosa siempre. En francés, mejor que en castellano, se puede sutilizar más el pensamiento, y, sobre todo –¡supremo encanto para el que escribe!– se puede matizar más la sensación. Una lengua en la que Julia de Lespinasse puede contar, como ella nos las cuenta, las vicisitudes de su pasión por el Conde de Mora, es por naturaleza, la lengua para hablar y escribir a las mujeres. No hay que decirlo todo; basta, apenas con la insinuación, y con medias palabras consiguen los franceses lo que apenas logramos los españoles a fuerza de cautela y de simulación.

Por eso, esta traducción francesa de mi «Tratado de la perfecta novia» me place más que mi propia obra original. Gana en sencillez y en naturalidad, gracias al talento, a la gracia, y –¿cómo lo diría yo? al exquisito pudor de una provincianita francesa que se ha dado cuenta de que traducir no es tanto cambiar unas palabras del español por sus equivalentes del francés, como trasladar a una obra el espíritu de un pueblo a cuyos lectores se destina la obra que se traduce. Y yo he pasado un rato casi feliz con la lectura de las pruebas de la señorita Grénier d'Ernemont, porque acabo de advertir que a nuestros libros les queremos con la misma ternura que a los niños y a las mujeres, siempre que los escribamos con emoción tranquila y serena, para que por ellos resbalen nuestros recuerdos y asomen tímidamente los luceros de nuestras esperanzas mejores, que son siempre las más remotas.

El Adelanto (24-08-1925)

La reina gobernadora

El señor marqués de Villa Urrutia, antiguo embajador de España en el Quirinal, es un hombre finamente socarrón, andariego, curioso y muy dado al estudio y al conocimiento de aquellas mujeres que han dejado alguna huella en la historia de los pueblos. Su libro sobre Lucrecia Borgia, la linda y discutida duquesa de Ferrara, es primoroso, ponderado y tolerante. Su estudio sobre las mujeres de Fernando VII, es agudo, ameno, malicioso y entretenidísimo. Ahora completa sus escarceos con un maravilloso volumen sobre María Cristina, «La reina gobernadora», cuarta mujer, como sabe el lector, del odioso monarca que llenó de cieno la época de su reinado.

María Cristina, como su suegra, María Luisa, mujer de Carlos IV, es una de esas hembras de rompe y rasga, intransigentes, fanáticas, odiosas, que se han escapado con su mantilla, su peineta y sus tacones altos de una estampa de Goya, ora enseñando la suculenta pantorrilla a

un currutaco lascivo, ora rezando en un devocionario una de esas jaculatorias que luego ha de imponer a la decadente nobleza española el Padre Claret o la monja de Guadalajara.

En María Luisa, la amigota de Manolo Godoy, presentíamos a la nuera casándose en secreto con el estanquero de Tarancón, y a doña Isabel II jugando al marro con su trono en el puerto de Arrebatacapas de nuestras castizas camarillas.

Villa Urrutia nos enseña en toda su crudeza la figura moral de esta taimada napolitana que, para hacer digno «pendant» con su marido, nos hace sospechar más de una vez si también en su ascendencia hay abuelos «lazzaroni» y danzadoras de tarantelas las noches de luna, junto al Chorrillo.

¡Es curioso! De las cuatro mujeres de Fernandito, sólo esta, María Cristina, se españoliza y toma carta de naturaleza entre nosotros y adopta inmediatamente un gesto apropiado a las circunstancias. En seguida se pone a tono con la gentuza que la rodea. No parece nacida en Nápoles, sino en la calle del Olivar, entre chisperos y manolas, y se diría más familiarizada con la mojigatería castiza que con la lujuria de su pueblo y de su raza.

Ladina a la italiana es plebeya a la española, y aunque se rodea siempre de cautelas y de ficciones que no engañan a un olfato tan fino como el del marqués, harto hecho a las marrullerías diplomáticas, se la ve venir a pesar de todo, como a las jamonas que se pasan de listas. Con Fernandito debió entenderse a las mil maravillas, esta mujer, porque no era de distinta condición moral que Pepa la Malagueña, que los Garcías y los Gómez que se sublevaban o que acataban la constitución y que los Chamorros que sabían llenar de oro las arcas siempre poco lucidas de la Real Casa. Tal para cual, los dos Reyes eran de la misma baja extracción moral y nada tenían que echarse en cara en achaque de enredos y de intrigas.

La amiga primero y la mujer después del estanquero de Tarancón, sopapea a todas horas con mayor talento que su marido a los Istúriz, Calatravas, Bardaxis y demás pobres hombres que han dejado tan florida sucesión en los políticos españoles, hoy mucho más dignos, sin embargo, que hace un siglo, pero casi tan bobos como entonces. Tan absolutista y despótica como Fernando, María Cristina, es mucho más compleja que él. Engaña a todos y se burla de todos cuando se lo propone. Nápoles no es Madrid, precisamente, y su figura de mujer arrepentida toma aquí los caracteres de una mansa beatona, que juega con los clérigos de aldea y con los obispos cacicones.

El marqués de Villa Urrutia que ha vivido mucho y a lo que parece con la mejor fortuna, se me antoja que cuenta una vieja historia familiar que él mismo ha presenciado y que ha tenido que soportar a regañadientes cuando nos relata estas cosas pretéritas de reyes bellacos, reinas licenciosas, clérigos ambiciosos y politicastros para andar por casa. Es el viejo marqués un «caseur» ameno y delicioso cuando pone el oído atento a las murmuraciones de la historia, que no perdona nunca el más pequeño chisme. Y tan listo, que siempre la caza al vuelo. Esta España de principios de siglo XIX explica suficientemente todos nuestros desalientos y todos nuestros escepticismos. Cuanto más nos alejamos de esa época en el tiempo, más volvemos a ella con el espíritu.

Istúriz puede muy bien adoctrinar en Astorga a nuestro bondadoso García Prieto. Rosita la pastelera sigue surtiendo de merengues nuestra acreditada repostería política nacional. El alma de Zea [sic] Bermúdez, el tenderillo malagueño, preside nuestras combinaciones financieras. Y María Cristina, en fin, con sus ojos de gata y sus brazos rollizos y carnosos aparece, de vez en cuando, por las calles más anchas de nuestra historia contemporánea del brazo del estanquero, puesta en jarras y prefiriendo interjecciones que dan un tufillo indiscutible a escoba, a cocina y a fogón. ¡Dios nos coja confesados!

El Adelanto (30-08-1925)

El libro amigo

Tengo para unos cuantos libros, muy pocos –«Vita Nova», «San Francisco», «Mis prisiones», «Don Quijote»–, la misma cariñosa efusión que me gusta emplear con los niños y con los viejecitos desengañados que han vuelto, a fuerza de tristezas, a la segunda infancia. Al cabo de quince años, he vuelto a ver uno de estos libros, que tantas veces leí y releí en mi reposada y tranquila adolescencia. ¡Pobre librito! Está un poco usado y borroso ya. Al acariciarlo de nuevo,

después de tan larga ausencia, he repasado notas mías que yo solo entiendo y que eran una humilde y atenta glosa de mis primeras impresiones ante el comercio de las gentes. Una inicial, una seña cabalística, unas rayas trazadas caprichosamente al parecer, han vuelto a ser interpretadas con toda la inocencia con que fueron escritas. Y...

Y he tornado a revivir el escenario de aquellas lecturas. Alba: el puente, unos frailecitos de paseo por la ermita de la Guía, los pinos reflejándose en el Tormes. Y más lejos, unas cuestas, las de Galiana, y atrás, limitando el dulce horizonte de la vega, la raya, azul y zarca, de la Sierra de Béjar. Y una tarde de sol y de Enero en que las cosas tenían una trasparencia de cristal. Y la fisonomía inteligente y abierta de un amigo, ya muerto, que me refería sus primeras ilusiones de mozo. El librito, muy pequeño, está lleno de emoción, de ideas y de cordialidad. Es un libro bueno: Y yo leía, y el amigo comentaba las lecturas concertándolas con las esperanzas de su propio espíritu. Y las campanitas de San Pedro, que glosaban, también a su manera, con un tañido, tranquilo y familiar, nuestras naderías y emociones... ¿Te acuerdas, corazón?

El librito ha aparecido ahora, al cabo de dos años, cuando ya lo leemos, sin enojo, pero sin emoción también. Estuvo algún tiempo en poder de Dorado Montero, a quien placían los libros sosegados e íntimos. Después recorrió una larga peregrinación: un compañero, el compañero que lo presta a la novia, la novia que lo deja a una amiga, la amiga que no sabe a quién se lo ha dejado, la estada larga en una tienda de libros usados, su reaparición flamante, al cabo del tiempo...

¡Libro amigo! Todo el día has sido mi obsesión y mi tormento. Tus páginas están amarillentas y un poco ásperas ya, por la acción del tiempo. Todos hemos cambiado ya un poco, menos tú. Y la inquietud que pusiste en nuestra vida se ha ido limando poco a poco.

Ya no rebotas en nuestro espíritu endurecido, ni logras tampoco despertar las sensaciones primitivas, sino el recuerdo y la añoranza de ellas.

Este libro amigo, «Elogios», de Juan Maragall, ya no me pertenece y me da un poco la sensación de la casa en que hemos nacido, vendida hoy a gente extraña, que no nos reconoce. Pero en aquellas iniciales, en aquellas señas cabalísticas, en aquellas rayas trazadas caprichosamente al parecer, queda lo mejor de nosotros mismos. El ejemplo de lo que quisimos y pudimos ser, de lo que no somos y de lo que no seremos nunca.

El Adelanto (23-09-1925)

Leyendas y poesías

Un librito simpático, claro, elegante, risueño; un librito para niños y para escuelas primarias. Por ellos no pasea su viejo candor nuestra amiga Caperucita, ni su melancolía Juanito el Taciturno, ni sus acciones meritorias los niños buenos, ni tampoco sus barrabasadas los díscolos e impenitentes.

José Andrés Manso, el autor de este librito que tengo entre las manos, quiere aprisionar el paso de «Castiella la gentil», por los romances, los versos y las prosas de nuestros escritores clásicos.

Y no olvida Manso, con aguda perspicacia, que el primero de nuestros poetas es el pueblo. Por eso el «Romancero» ocupa en este libro el puesto de honor que le corresponde.

Y las viejas asonancias de los Infantes de Lara, del Conde Fernán González, del mío Cid, suenan en este lugar a guitarras y a bordones.

Y al lado de los romances, como hijos de ellos, dos de las más bellas leyendas de Zorrilla –*Margarita la tornera,* y *A buen juez, mejor testigo*– uno de los sabrosos apólogos del infante don Juan Manuel, y alguna de las cántigas del rey sabio.

Se recorren las páginas del bello librito de Manso como quien recorre los lugares más apartados y selectos de una maravilla arquitectónica. En él presenta Manso a los niños lo permanente y recio de nuestra personalidad en el mundo: la lengua. Sencillamente comenta en su prólogo los móviles que le han guiado al escribir. «Una nación –escribe con honda precisión– es un idioma. Y mientras este se conserva en la memoria de los hombres, la nación goza de vida plena ante la Historia. Borrar esta supone hacer desaparecer el pueblo, puesto que, espiritualmente

considerada una sociedad, no es otra cosa que conjunto de tradiciones orales y escritas que la dan un semblante, modelan su aspecto, condiciones, sus aspiraciones y determina sus fines.»

Así concebido el libro, no puede caer en manos más delicadas que en las de los niños. Su hogar es el de la escuela y en la escuela ha de ser gustado con deleite. En medio de las lecturas añoñadas y falsamente morales que han sido hasta hoy el breviario de las tareas escolares, las leyendas y poesías que componen este volumen han de familiarizar al niño con los encantos de nuestro idioma, o lo que es lo mismo, con los caracteres permanentes de nuestro espíritu.

El niño podrá no recordar, de adolescente, la letra del cantar que le arrulló en su primer contacto inteligente con las cosas, pero recordará su música y no habrá olvidado jamás el ritornello. Y en sus recuerdos de niñez, allá en el punto más luminoso y lejano de ellos, danzarán junto a los juramentos falsos del capitán Martínez a Inés de Vargas, las recias palabras de los condes y vasallos a sus reyes, el candor de la pobre novicia Margarita y los apólogos de aquel viejo príncipe que, encerrado en su castillo de Peñafiel, sabía sonreírse con desdén de las bribonadas de los hombres y de las palabras falaces y livianas de las mujeres, en las que creyó de mozo y no dejó de creer enteramente de viejo.

El Adelanto (22-10-1925)

Cristóbal de Castillejo

Nuestro amigo Eloy Bullón, marqués, conde, catedrático, académico, exdiputado, exdirector general y cuantas cosas más puede uno ser en España, prolonga decididamente su apartamiento de la política. Y ocupa sus ocios, ora en un discreto coqueteo con las musas, ora enfrascado en sus aficiones críticas y eruditas, como en sus buenos tiempos del Ateneo, cuando mezclábamos, de muchachos, un juicio sobre Krause[386] con una disertación acerca de las fuerzas conservadoras de la Sierra.

De vez en cuando me sorprende con el sazonado fruto de su labor el querido amigo. El año pasado, por ejemplo, desde Florencia, me enviaba un soneto, donde cantaba el paso de Beatriz por el Puente Viejo y sabía oír en los murmullos del Arno los suspiros y las quejas de amor del Gibelino. Y hace unos días –muy pocos días– me sorprende con un sagaz y penetrante estudio sobre el poeta mirobrigense, Cristóbal de Castillejo[387], de quien sabe Eloy Bullón que es uno de mis poetas favoritos.

Cristóbal Castillejo, que nace en Ciudad Rodrigo, concluye su larga y accidentada vida, muy cerca de los noventa y seis años en el Monasterio de Cartujos de San Martín de Valdeiglesias. Nace nuestro poeta en 1494 y muere en 1590 o 1591. De muchacho –leemos en las biografías literarias– sirve como paje a las órdenes del infante don Fernando, hermano de Carlos I de España y V de Alemania, y visita con ambos los pueblos andaluces, Sevilla, Córdoba, Jaén, Granada, Écija, Guadix, Santa Fe, a los diez y ocho años. Más tarde, a los veintiséis, recorre Extremadura. A los treinta y siete, siempre atolondrado y galante el delicioso poeta salmantino, sigue como secretario al infante cuando éste es ungido rey de Bohemia y de Hungría. Conoce entonces Nápoles y su golfo, Bolonia y sus pórticos, Venecia y sus canales, Trieste y su puerto, Milán y sus hosterías, Viena y sus mujeres rubias, Budapest y su vida alegre y licenciosa. A los cincuenta y uno, hay erudito –Moratín– que afirma que nuestro Castillejo está detenido en las cárceles de Viena. ¿Alguna aventura galante con su estocadita correspondiente al adversario, deudas vergonzosas, algún tropezón al salir de cualquier laberinto? Nada se sabe. Lo que se sabe de positivo es que años después ingresa como cartujo en el monasterio donde muere, cerca de Toledo, casi centenario.

Sobre este hombre tan... hombre y tan poeta, diserta nuestro amigo Eloy. Para Bullón, Castillejo está influido por el Renacimiento italiano, tesis muy combatida, y que a mí también, como

[386] Karl Christian Friedrich Krause (1781 – 1832). Autor y filósofo alemán, de gran repercusión en España y concretamente en la Salamanca de generaciones anteriores.

[387] Se refiere a «Cristóbal de Castillejo y la influencia renacentista en la poesía castellana», *Revista de Segunda Enseñanza*, 3 (1925), pp. 496-501.

a Bullón, se me antoja fuera de toda duda. Pues aunque Castillejo se burla de Garcilaso y de Boscán, lo positivo es que los dos grandes poetas innovadores influyen sobre él poderosamente.

Verdad es que Castillejo prefiere las viejas trovas de Castilla al sonoro endecasílabo que nos llega de Italia, aunque alguna vez lo emplea. Pero Bullón aduce, con gran agudeza, en apoyo de su tesis, que todo gran poeta, por el hecho de serlo, está influido siempre por todas las corrientes de la época, aunque luego reaccione contra ellas. Otra razón muy atendible aduce Bullón, demostrando el profundo conocimiento que tiene nuestro paisano de los clásicos latinos, verdaderos padres del Renacimiento. Y los viajes del poeta por Italia, por Bohemia, por Hungría, le ponen en contacto con los nuevos tiempos.

Pero sea de ello lo que quiera, el gratísimo estudio de Bullón –sirvan estas líneas de acuse de recibo– me da pretexto para volver a leer los versos amorosos del hombre que tanto cortejó a las mujeres de su época. Sus versos tienen el aroma de los viejos vinos de solera. Saben y huelen a néctar. Pícaro, burlón, sentimental, buen hombre, «romántico» para decirlo con una palabra contemporánea, Cristóbal de Castillejo, el fraile cartujo de la vejez, sabe dar de mozo las sensaciones más gratas de frescura y lozanía. Se diría que tiene el espíritu adobado con el tomillo y el cantueso de la campiña, dulce y mimosa, de Ciudad Rodrigo.

Oíd cómo se queja, qué gentilmente se queja de los desdenes de una dama:

A nadie miráis, señora,
que, si no le falta el seso,
no quede luego a la hora
de vuestros amores preso;
que os hizo Dios soberano,
tan hermosa y escogida,
que es partido muy más sano,
la muerte de vuestra mano
que de otra mano la vida.
Y con tal conocimiento
desde que yo triste os vi
sin placer vivo contento,
pues que con vos la perdí.
tengo por buena andanza
el dolor que se me ordena,
que, aunque me falte esperanza,
harto es bienaventuranza
ser vos causa de mi pena.

¿Conocéis rimas más «modernas», más exquisitas, más actuales? Son delicadas, aladas y graciosas, dignas de un hombre que ha pasado por el Renacimiento y por Italia y que ha aprendido a sonreír. Con el manto del pudor anda por ellos, arropado, el amor fervoroso a la mujer. Y cuando discretea a cuenta de las pasiones de su mismo corazón, Castillejo nos lo descubre sencillo y dolorido.

Vuestras obras me decían
A vuestro sí no dar fe;
Dísela, pensando que
Los ángeles no mentían.
Si pequé porque os creí,
Harto caro me costó,
Pues ya, desdichado yo,
Me va peor con el sí,
Que me iba con el no.

La gracia de Castillejo fluye de su pluma como el agua de un manantial. No es amanerado nunca. Dice las cosas con precisión. Como quiere decirlas. Oíd –para concluir– esta rima, que parece un madrigal exquisito de nuestros días:

Mi alma os quiere y adora,
mas su pasión y fatiga
le dan causa que os maldiga,
y amándoos como a señora,
os tenga como a enemiga.

Y luego, advirtiendo que las razones nada tienen que ver con el amor, concluye:

Amo y quiero,
aborrezco y desespero
todo junto, y por qué,
preguntado, no lo sé,
mas siento que es así, y muero.

El Adelanto (10-11-1925)

Las andanzas de Pepe Zorrilla

Nuestro querido amigo y compañero don Narciso Alonso Cortés, ha empezado a publicar en la preciosa colección de «Clásicos castellanos», que edita «La Lectura» (Clemente de Velasco y compañía, Paseo de Recoletos, 25, Madrid), las «Poesías» completas del gran poeta castellano don José Zorrilla. El primer volumen de estas «Poesías» que acaba de aparecer inserta al frente un breve, substancioso y nutrido ensayo biográfico crítico de nuestro estudioso e infatigable Narciso. La biografía que publica es nueva, detalladísima, completa, y no hay que decir que veraz y confirmada en todos sus detalles. Los amores, andanzas, sueños y apuros del cantor de Margarita la Tornera están vigorosamente destacados en este prólogo del cronista de Valladolid.

El padre de Zorrilla –nos cuenta Alonso Cortés– «relator de chancillería, era hombre chapado a la antigua, intemperante absolutista y poco amigo de versos y fantasías». Pero su mujer, doña Nicomedes del Moral, según datos que nosotros recogimos a parientes suyos en una excursión que hicimos hace varios años a Torquemada, era una señora de gran imaginación y de ardiente y viva sensibilidad.

El padre de Zorrilla anda siempre con su ajuar, su costilla y sus retoños de la ceca a la meca. Zorrilla conoce de niño Burgos, Sevilla, Madrid.

En 1832 el padre vuelve a su rincón solariego. Y Zorrilla comienza en Toledo y en Valladolid la carrera de abogado, que le aburre y no termina. En la Universidad vallisoletana forma la peña «romántica» con Pedro de Madrazo, hermano de Federico, con el santanderino Manuel de Assas, con Miguel de los Santos Álvarez –tal vez el primer humorista de la época–. Las Pandectas y el Digesto se arrinconan por las bellas poesías, por las páginas exaltadas de los poetas franceses, por las descripciones románticas de Walter Scott.

A los veintidós años, casa Pepe Zorrilla con doña Matilde O'Reilly, jamona, entrada en años y cargante, que no sabe hacerle feliz. Muerta al poco tiempo, Zorrilla marcha a Francia. Vuelve a los cuatro años en 1849 a estrenar «Traidor, inconfeso y mártir», que tiene un éxito delirante. De retorno a París, se embarca para Méjico, se esconde unos meses en Cuba atraído por el amor de una gran señora mejicana, y protegido por el emperador Maximiliano, viene a España a arreglar la testamentaría de su esposa. El fusilamiento de su amigo el emperador trastorna, por completo los planes de Pepe Zorrilla. De Madrid se traslada a Barcelona y allí vuelve a casarse en segundas nupcias con doña Juana Pacheco, una santa mujer que comprarte en silencio los apuros y tragedias económicas del gran bohemio. En 1871, don Juan Valera y don Cristino Martos, que le protegen, le consiguen una pensión por Italia: por Roma, Bolonia, Milán y Florencia, pasea sus quimeras el buen soñador. Cinco años vive Zorrilla en la patria del Dante. En el 76, vuelve a Barcelona y a Valladolid, asentándose definitivamente en la corte en 1888. Un año más tarde las Cortes le conceden una pensión. Y en 1873 muere el poeta de «Orientales».

Hasta aquí la biografía –que yo recojo a grandes rasgos– de Pepe Zorrilla. Y no sé por qué se aviva a mi memoria un recuerdo personal. La condesa de Pardo Bazán hablaba con desdén de las andanzas y de los amores de Zorrilla; le acusaba de ingrato, de voluble; en los pasillos del Ateneo, doña Emilia se despachaba a su gusto contra el gran poeta. Un día se enteró de estas cominerías don José Echegaray:

–¡No la hagáis caso, pollos! –nos dijo arrellenado en su butaca de la cacharrería.– Trata de cobrarse del remoquete de «la inevitable Emilia» que dijo Zorrilla. Esa señora tiene siempre una memoria excelente de todo lo pasado.

El Adelanto (15-01-1926)

Breve glosa a Tomás de Kempis

Para Pepe Antón

«Abre el Kempis –será una experiencia vulgar– y por donde quiera que lo abras, hallarás la sentencia que te conviene como anillo al dedo en el momento en que lo abres». Hagamos la experiencia, ya que es tan fácil. Abrimos por el capítulo XLVIII que trata, como sabe el lector «del día de la eternidad y de las angustias de esta vida». Leamos el primer versillo:

«¡Oh, morada llena de ventura de la soberana ciudad!

¡Oh, día clarísimo de la eternidad, al que la noche no puede obscurecer, porque en él luce la suma verdad; día alegre, día claro, día seguro y día sin mudanza!

¡Oh, si ya amaneciese este día y se acabasen todas estas cosas temporales,..!»

¿Para qué seguir leyendo más, amigo mío? Estas cosas temporales, la mentira, la cobardía, la tibieza, las telarañas en el corazón y en el cerebro, las encrucijadas, las pequeñeces, las miserias de toda laya, se acabarán algún día. Cuando asome en tu espíritu el día clarísimo de la eternidad, «día alegre, día claro, día seguro y día sin mudanza», se acabarán estas cosas temporales que te han hecho esclavo de ti mismo y de los demás. Si te desposas con la fe, y con la esperanza, si tienes confianza en ti mismo, si eres superior a las contrariedades que te abaten, si te resignas a todo porque nada mereces tú, ese día amanecerá enseguida para ti, amigo mío.

Abandona lo temporal para abrazarte en cada minuto con lo eterno. Confórtate con la desgracia; tiembla ante la ventura temporal y transitoria que solo sirve para perturbar la pureza de tu espíritu. Busca en ti mismo la suma verdad, que es también la belleza suprema y tu propia justificación ante las cosas que te rodean. Y aquel día entrarás «en la morada llena de venturas de la soberana ciudad».

¡En ella entrarás algún día, amigo mío! Yo te daré la mano –fraternalmente– en primera antesala llena de luz. Acabo de entrar en ella, cuando los demás me creen abatido y contrariado... ¡Arriba corazón!

El Noroeste (21-03-1926)
El Adelanto (17-03-1926)

Las crisis del constitucionalismo y del señor Goicoechea

Hemos leído rápidamente y de un tirón –que nos esperan amorosamente otras lecturas más urgentes y más indispensables– el libro de don Antonio Goicoechea, «La crisis del constitucionalismo moderno» (prólogo de A. Bonilla San Martín, Editorial Voluntad, Alcalá, 28, Madrid, MCMXXV; precio, cinco pesetas). El Sr. Goicoechea es un protegido de los dioses. Es joven, guapo, estudioso; ha sido ya ministro de la Gobernación; tengo para mí que es senador vitalicio y edita, en papel satinado, sus «Obras completas». Esta crisis, que revela bien a las claras la crisis de su propio espíritu, es el segundo volumen de ellas.

Ya nos advierte Bonilla que… «Goicoechea, enemigo de la omnipotencia parlamentaria» –no sabemos si a raíz de sus dos famosas derrotas, en virtud de las cuales hubo que habilitarle escaño en la Cámara de los abuelos–, «piensa en el recurso por inconstitucionalidad de las leyes». Asimismo Goicoechea, «advierte haber hecho las elecciones más escandalosamente cínicas que se registran en el «viejo» régimen, las del 1 de junio de 1919, que provocaron su salida del ministerio de la Gobernación a mediados de julio del mismo año –«propugna»– nada menos que el recurso por abuso de poder». Evidentemente mis sospechas se han confirmado del todo. El Sr. Goicoechea es decididamente un matrícula de honor. Hojeo aquí y acullá. «Enseña la ciencia –escribe– que es ley del desarrollo de la vida de selección»: ¿Hay nada tan contrario en el orden social a ese principio como la igualdad? (página 36). No ha sido en ninguna obra de ningún escritor de la escuela conservadora donde Goicoechea aprendió que Francia, al ejecutar a Luis Capeto, se ejecutó a sí misma. Eso lo he leído –nos dice muy formalmente en la página siguiente– en «La reforma intelectual y moral», de Ernesto Renán. A pesar de los ratos que le han llevado las elecciones, también ha leído el Sr. Goicoechea a Hipólito Taine de cabo a rabo, y naturalmente, «Los orígenes de la Francia contemporánea», que son una partida de tomos, como sabe el lector. De Taine ha extraído el Sr. Goicoechea enseñanzas parecidas a las que le ha suministrado su trato familiar y casero con el dulce Renán. En ese libro leyó D. An-

tonio, «ex ministro, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas» como reza la anteportada de «la crisis», que la revolución francesa fue nada menos que «un triunfo de la bestialidad sobre la inteligencia».

Hablando de la representación proporcional nos asegura el profesor auxiliar de la Universidad madrileña que para él, para Goicoechea, «el valor capital más alto que aportan, combinados y refundidos, la representación proporcional y la representación de los intereses, es reemplazar el Gobierno de muchedumbres por el Gobierno de minorías escogidas, sustituyendo la doble representación individual por una doble representación corporativa» (página 97). Lenguaje que ya conocemos, como conocemos también a las minorías escogidas y selectas jugando al tennis [sic], haciendo el amor a Cierva y encogiendo los hombros ante el error de Tresjuncos[388]. Estamos en el secreto.

«La crisis» del Sr. Goicoechea es un mosaico de conferencias y de artículos. Es, en efecto, un libro más hablado que pensado y meditado. Está hecho a punto de citas y entre platos de elocuencia. «Representa –leemos en el discurso sobre «Los síntomas y las causas en la crisis del régimen constitucional»– representa inusitado atrevimiento mi intervención en un debate que han colocado a tan envidiable altura mi maestro, el Sr. Posada, primero, y mi compañero y amigo de siempre, el Sr. Alcalá Zamora, después. Pero no he sabido resistir a la tentación de hacer en alta voz las reflexiones que me han sugerido ambos discursos, escuchados por mí con la atención prodigiosa que ellos «merecían» (Página 17).

Y estas reflexiones se reducen en puridad a una sola: que la dictadura no está mal, siempre que la ejerzan, no los militares, sino las minorías selectas y escogidas, la flor y nata universitaria; es decir, los matrículas de honor. Por encima de los sistemas y «monsergas» –susurra Bonilla– de gabinete, estará siempre la «salus populi», que unas veces reclamará la dictadura y otras, sin rumbo definido, trastornará la paz histórica para llamar la atención sobre la urgencia de ciertos remedios, sin los cuales dejaría de existir (página 13). Como el prologuista piensa, naturalmente, el autor. Y como ya conocemos lo que ellos llaman «salus populi» y lo que ellos denominan paz histórica, y como nos sabemos también de uso esos «ciertos remedios» cuya urgencia preconizan, actuando ellos, ciertamente de cirujanos, nos atrevemos a afirmar que no es el constitucionalismo moderno el que está en crisis, sino el cerebro y el corazón de sus propugnadores desde hace tiempo. Cosa que ya sabíamos, en lo que respecta al Sr. Goicoechea, desde el 1 de mayo de 1919, va a hacer ahora –pronto– exactamente siete años.

El Liberal (12-04-1926)

El impulso adquirido

Cuándo todavía no se ha apagado del todo el eco de las últimas protestas que levantó en todo el mundo fascista italiano y, lo concedo de buen grado, en todo el mundo fascista europeo, el atentado contra la persona y la obra de S. E. Benito Mussolini, Presidente del Consejo de Ministros y salvador de las buenas tradiciones de la Italia contemporánea campesina y rústica, solazo el espíritu con la lectura de la bellísima semblanza que acaba de dedicar el escritor fascista Emilio Settimelli a su gran amigo el «duce». Adrede, busco, entre mis lecturas favoritas sobre el fascismo, páginas que no puedan tacharse de adversas o de poco respetuosas con el antiguo maestro de primeras letras de Imola y de Bolonia. Referencias a esta semblanza puede hallarlas el lector en un libro que es una franca apología de la obra mussoliniana (Vicente Clavel.- «El fascismo» –Editorial Cervantes– Barcelona, 1926. Páginas 65-68.) «Mussolini –escribe Settimelli, hoy «deputato al Parlamento» de la mayoría, claro está– es un espíritu fuerte que sabe burlarse de buen grado, del histrionismo, y de la retórica, y de la vanidad.» Nos lo asegura Settimelli que tanto le conoce.

Y añade después, sin reparar cosa mayor en la contradicción, que un espíritu agudo pueda encontrar en sus afirmaciones: «Italiano neto, daba placer verle en los días del armisticio con

[388] Sentencia por la que dos aldeanos inocentes, después de numerosas torturas y abusos policiales, fueron condenados a prisión como autores de un supuesto asesinato, que más tarde –doce años después– se demostraría inexistente, cometido entre las localidades conquenses de Tresjuncos y Osa de la Vega. Este caso se ha convertido en un paradigma de negligencia judicial y policial y sería recreado en 1980 por la película dirigida por Pilar Miró *El crimen de Cuenca*.

un gran revólver sobre la mesa, dando órdenes a los valientes, o entrar en la Redacción –del «Popolo d'Italia»– que estaba pertrechada como si fuera una plaza fuerte.» No diréis que aquí aparece el histrión, el retórico, ni el vanidoso. «Hay en él –en Mussolini– agrega su panegirista, correligionario y compadre, un «lado pintoresco» que le da atractivo. Es un italiano que ha comprendido a los italianos maravillosamente.»

Eso es, en efecto, nada más que eso y nada menos que eso, Mussolini: un italiano inteligentísimo que ha comprendido maravillosamente a sus compatriotas. Toda su fibra está en su gesto. Todo el fascismo está en el saludo. Toda la ideología en el traje de las escuadras. Toda la emoción del partido, en los himnos. Es muy justo lo que agrega después Settimelli: «Mussolini habla como si conversara con gigantes. No se altera, aunque parece alterado. Él es uno; el otro, mil, diez mil. Y se entiende con este otro porque él, el «duce», tiene la facultad de tratar como un interlocutor a toda una masa de hombres. Es un orador agresivo. Se presenta al público como enemigo del público que le escucha. Le afrenta. Le ilumina. Le llega al corazón. Le domeña. Y la multitud que prefiere el «amo» al adulador, queda prisionera en sus garras.»

Así, después del atentado, Mussolini tuvo dos gestos. Uno, cuando dijo que si el asesino era el extranjero, iría contra el extranjero. Otro, que si él hubiera muerto, sus amigos hubieran sabido vengarle. Lo que ocurre es que el primer reto no tenía valor, por que el extranjero, como Italia, está paralítico y tiene que pensar en otras cosas que en quitarse del medio del escenario político al dictador. Pero para la muchedumbre era un nuevo discurso d'annunziano. El «duce» no se comprometía afirmando lo que afirmó, pero se vitoreaba en Roma aquello mismo que hacía sonreír de buena gana en París y en Londres. Y con un nuevo gesto domaba a las multitudes. Y la segunda afirmación era una consecuencia de la primera. El que rueda dos escaleras, suele rodar cinco, o siete, o nueve, escalones más.

Mussolini, S. E. Benito Mussolini, el ex combatiente director de «Avanti», el perseguido por delitos comunes en varias etapas de su prehistoria de «duce» y de genio mayor del Risorgimiento, sigue ahora, y seguirá mañana, fatalmente, la trayectoria que le ha impuesto el impulso dramático adquirido. En Nápoles grita este hombre el 24 de octubre de 1922: «Nosotros hemos creado ya nuestro mito. El mito es una fe, una poesía. No es necesario que sea una realidad. Es una realidad por el hecho de ser un aguijón, una esperanza, una fe, un aliento. Nuestro mito es Italia». Y días antes proclamaba en Milán, el 5 de octubre, en otro gran mitin fascista: «Haremos una política de severidad y de reacción. Estas palabras no nos dan miedo. Dirán acaso los órganos representativos de la democracia que nosotros somos reaccionarios. No nos ofenderemos por eso del todo. Porque lo que nos separa de la democracia es la mentalidad y el espíritu.»

No creo que puedan decirse las cosas con mayor claridad.

Y agrega luego el «duce»: «Es que los italianos y en general los occidentales, quieren pinchar con las agujas de su lógica y de su crítica las grotescas vejigas del socialismo internacional.» Y concluye este hombre que no tiene nada de torpe: «La lucha está entre Occidente y Oriente: el Oriente hambriento, caótico y resignado, y nosotros, pueblo occidental, que no nos dejamos llevar demasiado del vuelo de la metafísica.»

No. No se dejan llevar demasiado, ni demasiado poco, del vuelo de la metafísica ni el «duce» ni sus escuadras belicosas y arrogantes. «¿El extranjero? Iremos contra el extranjero.» Todo eso es flato antimetafísico, con perdón de Su Excelencia, el Onorevole Emilio Settimelli, cantor, panegirista y comparsa del italiano que habla mucho del «Impero» porque sabe que no se compromete, ya que el «Impero» de la Roma antigua no volverá más, ni aún con siete millones de campesinos guardándole las espaldas.

El Noroeste (07-05-1926)
El Luchador (06-05-1926)

El libro de los tres millones

Nada menos que tres millones de francos vale en el mercado de bibliófilos y aficionados a los libros viejos este curioso y limpio ejemplar de la primera edición de las obras dramáticas de Shakespeare, impresa en Londres *(Printed by Isaac Jaggard, and Ed. Blomst)* en 1623, hace la friolera de trescientos tres años. El curioso ejemplar acaba de exponerse en París a la admiración de los estudiosos y devotos del genial dramaturgo inglés. La Oficina Central de Librería y

de Bibliofilia, establecida en la clásica calle de los Santos Padres –rue de Saints Pères–, calle de tiendas de libros y de antigüedades, es el museo de esta riquísima joya. Con ocasión de la publicación del libro de la señora condesa de Chabrún, sobre Guillermo Shakespeare, ha aparecido este precioso ejemplar de la edición príncipe en el escaparate de una librería. Pertenece, como pertenecen todas estas joyas, a un bibliófilo americano, a míster Dreakson, que lo legó a su muerte a su única hija, la señora de Lehr, asegurándolo previamente en la bonita suma de tres millones de francos.

No es la primera vez que estos lindos libros alcanzan cifras tan fabulosas en el mercado. Hoy una edición príncipe del *Quijote*, como la que se guarda en la Biblioteca de la Diputación Provincial de Barcelona –Institu d'Estudis Catalans–, vale toda una fortuna. Las bibliotecas y archivos de nuestras catedrales –de León, de Oviedo, de Huesca, de la Colegiata de San Isidoro– conservan ejemplares de Biblias y de Fueros que harían millonarios a sus poseedores si pudieran venderlos. La Biblioteca de la Universidad de Salamanca conserva el manuscrito del *Libro de Job*, del fraile agustino; la de El Escorial, curiosos autógrafos de Santa Teresa. Con ocasión de exponer al público parisién el precioso ejemplar de las obras teatrales de Shakespeare, debiera hacerse oficialmente por el Ministerio de Instrucción Pública un catálogo minucioso y detalladísimo de todas nuestras joyas bibliográficas para evitar algún día que desaparezcan ante codicias inconfesables. Porque suele ser lo general –y este no es precisamente el caso del ejemplar expuesto en París por la señora Lehr– que de vez en cuando nos sorprendan los periódicos con noticias de haberse vendido preciosos incunables que fueron arrancados entre sombras al riquísimo tesoro espiritual de nuestra España.

La Esfera (03-07-1926)

Un liberal castellano

Dos hijos del ilustre repúblico salmantino Rodríguez Pinilla, Cándido e Hipólito, acaban de publicar con el título de "Un hombre de antaño" una preciosa edición numerada, biografiando y ensalzando las cualidades de su buen padre, que representó a Salamanca en las Cortes del 51, en las Constituyentes y en las de don Amadeo de Saboya. "Son estas páginas –escriben–, más que una obra de amor y un recuerdo, una obra de enseñanza, un ejemplo. Si queréis enseñar heroísmo, mostrad al héroe; si queréis formar caracteres, hablad de los que fueron y revelad las proezas que realizaron. Plutarco ha sido, después de su muerte, el padre de muchos grandes hombres; en sus "Vidas paralelas" está el origen de no pocas heroicidades. Con este convencimiento hemos hecho nuestra labor."

Una labor amorosa, filial, donde se destacan las andanzas de aquel buen don Tomás, que con Julián Sánchez Ruano, el doctor Riesco y otros ilustres hombres, fue el verbo del liberalismo salmantino. Madera de Quijote tenía, en efecto, aquel hombre que abandona, de mozalbete, las aulas donde aprende Derecho para alistarse voluntariamente en los Cuerpos francos del ejército isabelino que luchaba contra los carlistas. Apenas acaba su carrera, se opone a la incursión del carlista Calvente en Vitigudino, parapetándose en la torre de la parroquia, en unión de cuatro liberales, muchachos y decididos como él, y de los cuatro carabineros que hay de servicio en el pueblo. Los defensores de la torre atacan denodadamente a los carlistas, recibiendo a tiempo el auxilio de las tropas del Gobierno. Después, ya de catedrático en el Instituto de Salamanca, comienza su vida política, con su cohorte inevitable de encarcelamientos, destierros, deportaciones y persecuciones de toda laya.

Organiza primero en Salamanca el pronunciamiento que estalla días antes de la famosa sublevación madrileña del cuartel de San Gil, teniendo que emigrar a Portugal, refugiándose en Freixo de Espada, donde fue acogido por el doctor Guerra, próximo pariente del poeta Guerra Junqueiro, que era a la sazón un mozalbete de dieciséis años. Vuelve a Salamanca, le prenden, y la revolución de Alcolea le sorprende encarcelado en Valladolid. De allí escapa, emborrachando previamente a su centinela, apareciendo, pocos días después, en Peñaranda de Bracamonte. El primero de octubre del 68, dos días más tarde del destronamiento de doña Isabel, reaparece, triunfador, en Salamanca, siendo elegido, por aclamación, presidente de la Junta Revolucionaria. Ni un solo momento abandona, sin embargo, sus tareas docentes. Y ocupa altos puestos en la Administración del Estado y, no obstante, muere pobre.

Hasta aquí la vida externa, pública y política del ex diputado salmantino don Tomás Rodríguez Pinilla. Pero su vida interior es mucho más curiosa. Traduce incesantemente, escribe libros y folletos, colabora en los periódicos y revistas de la época.

La Voz de Guipúzcoa (15-01-1927)
El Pueblo Gallego (16-01-1927)
El Pueblo (19-01-1927)

Valera y Rubén Darío

La Editorial *Rubén Darío* acaba de publicar el tomo XVI de las *Obras completas* del gran poeta nicaragüense. Componen ese volumen los versos y prosas –tan conocidos– de *Azul…* El encanto y la novedad de este volumen estriban precisamente en el prefacio que la encabeza de D. Juan Valera. Don Juan Valera vio claro, desde el primer momento, en la fuerte y honda y formidable personalidad del gran Rubén. Sus profecías –dígase lo que se quiera– siguen hoy siendo la última palabra de la crítica, lo mismo que en el caso de Benavente, y en el de Unamuno, y en el de Blasco Ibáñez, y en el de tantos otros.

Don Juan escribe a Rubén, desde Madrid, el día 22 de Octubre de 1888 –hace exactamente cuarenta años–: «Todo libro que llega desde América a mis manos –escribe el autor de *Pepita Jiménez*– excita mi interés y despierta mi curiosidad; pero ninguno, hasta hoy, la ha despertado tan viva como el de usted, no bien comencé a leerlo.» Sin embargo, ese título de *Azul…* desconcierta un poquito a nuestro D. Juan. La frase victorhuguesca *l'art c'est l'azur*[389] le parece a D. Juan tan huera como vacía, ... «en resolución –confiesa a Darío– yo sospeché que era usted un Víctor Huguito, y estuve más de una semana sin leer el libro de usted». Sin embargo, así que Valera comienza a leer, forma del gran poeta «muy diferente concepto». La originalidad extraña de Rubén Darío le desconcierta, cautiva y enamora. Hay un espíritu cosmopolita en él. «Si el libro –agrega– impreso en Valparaíso este año de 1888 no estuviese escrito en muy buen castellano, lo mismo podría ser de autor francés, que de un italiano, que de un turco, o que de un griego». Sin embargo… como la lengua es el espíritu del escritor, y Rubén Darío, a pesar de sus aportaciones francesas, la escribe tan maravillosamente, Rubén Darío es un escritor racialmente castellano. Lo de menos es que Rubén se haya apoderado de la gracia francesa sin haber aparecido todavía por aquella fecha en París; lo de menos es que Valera exagere la extrañeza que le causa el hecho de que como el caso de Rubén no se haya dado nunca en ningún español de la metrópoli. «Todos tenemos –escribe Valera– un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a tres tirones. En el famoso abate Marchena, con haber residido tanto tiempo en Francia, se ve el español; en Cienfuegos es postizo el sentimentalismo empalagoso a lo Rousseau, y el español está por bajo. Burgos y Reinoso son afrancesados y no son franceses». Pero Rubén mismo, aunque D. Juan vacile, en la concesión es españolísimo. «¿Cómo sin el influjo –pregunta– del medio ambiente ha podido usted asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que organiza y aúna estos elementos, convirtiéndolos en substancia propia?».

Milagros del idioma, respondemos, al cabo de los cuarenta años, a Valera; milagros del idioma, que nos hace pensar y sentir en español, a pesar nuestro y sin que nosotros mismos nos demos cuenta exactamente de cómo pensamos y sentimos. Rubén Darío, a pesar de Hugo y de Lamartine, y de Musset, y de Baudelaire, y de Leconte de Lisle, y de Bourget, y de Sully-Prudhomme, y de Zola, y de Barhey d'Aurevilly, ha pasado antes por las páginas aladas de nuestro romancero y por nuestros poetas clásicos de España, que son los suyos, los de Nicaragua. Sus versos más atrevidos, más rotundos, más nuevos, han nacido seguramente al calor de otros versos raciales. Ante toda la obra de Darío, advertimos hoy –cosa que Valera, ante la sola lectura del libro *Azul…* no pudo imaginar siquiera en 1888– que la mocedad del poeta vive solidamente trabajada por la lectura de los clásicos de Rivadeneyra. Góngora, Lope, Garcilaso de la Vega, son antiguos amigos favoritos del poeta

Así vemos que Valera casi casi está dispuesto a soltar la prenda del profundo españolismo de Rubén Darío, cuando afirma, al fin de un montón de sutilezas, que «el pensamiento en todas

[389] "El arte es el azul".

las partes pasa con la forma desde la mente del artista a la substancia o materia del arte, pero en el arte de la palabra, además del pensamiento que posee el arte en la forma, la substancia o materia del artista es pensamiento también, y pensamiento del artista.» Después de los estudios estéticos de Benedetto Croce, Valera hubiera afinado su pensamiento, afirmando que en el arte no hay fondo ni forma, pues ambos preconceptos, puramente retóricos y pragmáticos, son caras de una misma cosa y aspectos de una misma unidad. Y la lengua es así, a la vez, vestidura y entraña del propio pensamiento.

Valera, en suma, ante el libro *Azul…*, que hoy aparece nuevamente editado, descubre por primera vez a Rubén. Menudamente –a lo largo de esta sabrosa carta– nos va contando el asunto de los cuentos y de los versos que componen este volumen. Y no solamente está lleno de indulgencia para lo que él llama el «galicismo mental» de Rubén, sino que lo aplaude por su perfección y donaire. Y presiente en él una originalidad y una individualidad de escritor que ha de dar magníficos frutos a las letras. Cuarenta años después hubiera ratificado con júbilo su juicio primero y a flor de las primeras impresiones de lectura.

Nuevo Mundo (25-01-1929)

El proceso de Mata-Hari

Un travieso y frívolo novelista italiano que ha tomado carta de naturaleza entre nuestro gran público, Guido da Verona, acaba de publicar tres novelas, hechas con los materiales del famoso proceso por espionaje seguido a Margarita Gertrudis Zelle, bellísima bailarina india, conocida en todos los tablados europeos con el nombre de Mata-Hari. La belleza de Mata-Hari fue proverbial en Europa. Madrid tuvo ocasión de presenciar y celebrar varias veces las danzas sagradas de la bayadera. Hasta parece que aquí mismo, en el Hotel Ritz, se inició la desventura de la magnífica hembra, cuyo cadáver había de ser pasto de los cuervos en los terribles fosos de Vincennes. Su detención, en París dio no poco que hablar, porque se atribuyó a manejos y delaciones de Enrique Gómez Carrillo. Lo que está fuera de toda duda es que Mata-Hari, en Madrid, al lado del jefe del espionaje alemán en España durante la guerra, Von Kalle, traicionó a las tropas francesas en Bélgica, y recibió socorros de las potencias centrales a través de banqueros judíos de Ámsterdam. Y que las peligrosas confidencias, que tuvieron por epílogo la derrota del Paso de las Damas, fueron también elaboradas en Berna y en Madrid, en los «halls» de nuestros grandes hoteles, al lado de gentes de turbia procedencia, que dieron al traste con el gabinete presidido por el señor conde de Romanones y que pusieron en graves aprietos, no conocidos del público, nuestra tranquilidad interior y hasta nuestra decantada neutralidad.

Nada menos que tres volúmenes necesita Guido da Verona para contarnos, con todos sus pelos y señales, las vicisitudes de la vida de esta mujer singular, cuya verdadera nacionalidad no se ha puesto en claro todavía. «El hombre que fue dos», «La danza delante de la guillotina» –como escribe, con evidente descuido del léxico, el inexperto traductor de esta trilogía– y «Mata-Hari». El autor, amigo personal de Mussolini y muy conocido en los altos centros fascistas italianos, ha sabido aprovecharse maravillosamente de las fuentes de información secreta italiana que ha tenido enteramente a su disposición. Con ser muy interesante lo que cuenta siempre Guido da Verona, es mucho más lo que calla o lo que sugiere. Los manejos de alto estilo de Almereyda y de Bolo Pachá, o los más modestos y caseritos de los amigos de Mavy o las de nuestro Bravo Portillo[390], por ejemplo, están más que explicados en estas páginas. El autor los adereza como memorias íntimas del jefe del contraespionaje francés, adscrito a los servicios del célebre «deuxiéme bureau» y nos lleva de París a Roma, de Berlín a Niza, de Berna a Madrid, cuyos bajos fondos conoce y describe con soltura y desembarazo. Los amores de Mata-Hari sirven de enlace y de sutura a estos episodios, bastante menos deslavazados de lo que el autor, burla burlando, quiere hacernos sospechar. Y así, una noche vemos en un teatrillo equívoco de los suburbios de París a Mata-Hari jaleada y aplaudida por todos los rastacueros de la gran metrópoli, para verla comparecer al día siguiente ante un juez instructor, con motivo del problemático robo de unas alhajas, y en seguida en Berlín comiendo en un restaurante de

[390] Manuel Brabo Portillo (1876 – 1919). Sanguinario policía, espía y "revienta huelgas" que actuó, con total impunidad, en Barcelona durante los años de la I Guerra Mundial. En 1919 fue abatido por un grupo de acción anarquista.

la Avenida de los Tilos con el prefecto de Policía el día de la declaración de guerra, y meses después, en Madrid, al lado de Gómez Carrillo, cuando ya está virtualmente condenada a ser pasada por las armas en su retorno definitivo a París.

El proceso que forma toda la trama del tercer volumen, está muy bien estudiado y comprendido en esta trilogía. Sin embargo, el verdadero espíritu de esta mujer se nos escapa siempre. ¿Por qué traiciona a Francia, esta mujer, a Francia, que se ha rendido unánimemente a sus pies para adorar su belleza? ¿Qué tiene en común esta Margarita Gertrudis Zelle con estos viajantes alemanes de bigote de mijo y de cuello de celuloide, con estos cascos de hierro, violentos y obtusos, que han de ganar casi todas las batallas para perder la guerra a la postre? Mata-Hari será siempre un enigma para nosotros, los latinos. Su alma vive siempre ausente de las luchas de Europa y para ella el espionaje es un juego más, como la danza o el flirt. Un día enamora a unos pobres muchachos, aviadores franceses, y los denuncia inmediatamente al enemigo para que mueran en su primer vuelo sobre las trincheras. Solamente hay un episodio enternecedor en la vida de la bailarina: estando al servicio de la Cruz Roja francesa, se aficiona a un oficial, que ha quedado ciego de la metralla germánica, y está a punto, por amor a él, de abandonar su arriesgada profesión y de hurtarse para siempre a las solicitudes del nefasto Von Kalle, y, a lo que parece, del mismo Kronprintz, que más de una vez la corteja y la lleva consigo.

El proceso de todos modos, es, tal vez, el más interesante de cuantos descubre y pone en claro el contraespionaje francés. La bailarina se defiende con un tesón, con una gracia y con una inteligencia que son un alarde de prodigio y de energía. Más de una vez, el austero y sencillo capitán Bouchardin, presidente del Consejo de Guerra vacila y teme que un fallo irreparable sea la más irreparable y bárbara de las injusticias. Sin embargo, el «dossier» no puede estar más claro; la policía, día por día, implacablemente, sañudamente, ha ido anotando todos los ires y venires de la bayadera; el ejército francés ha perdido, por las delaciones de esta mujer al ejército y a la policía de Berlín, cuarenta o cincuenta mil muchachos; el agente francés en Bélgica ha sido también fusilado; encargada Mata-Hari, a última hora, de una misión del «deuxiéme bureau» que ha creído en su arrepentimiento postrero, se escapa a Madrid y vive en el Hotel Ritz, pared por medio de Von Kalle y está al habla, tal vez, con los esbirros germánicos de Barcelona protegidos por Bravo Portillo. Y el Consejo de Guerra, unánimemente, la condena a muerte.

El día de la ejecución –15 de octubre de 1917– Mata-Hari duerme tranquilamente, en su celda de la prisión de San Lázaro, cuando los soldados van por ella para conducirla a los fosos, de Vincennes. Pide un peine para arreglarse su estupenda cabellera de ébano y escribe tres cartas a sus mejores amigos. Uno de ellos, Pedro de Martissac, desaparece al día siguiente del escenario parisino para solicitar una celda de cartujo en el monasterio de Miraflores, de Burgos, donde seguramente continúa. Bromea con sus jueces Mata-Hari; rechaza el pañuelo rojo que la entregan para taparse la cara en el momento de la ejecución; asegura que ella ha venido a Europa para enseñar a las mujeres a bailar y a los hombres a morir; se despide de las hermanas de la Caridad que la acompañan y procura que el fango de la mañana lluviosa no deslustre el brillo de sus zapatos de mujer de placer. Y muere sonriente, vuelta la cara, al pelotón que la fusila, increpando de poco galantes a sus verdugos...

¿Va esta maravillosa mujer a la muerte por su afán irresistible de jugar, a todas horas, con la propia vida? ¿No hay en esta india, que bailó de niña sus danzas en los templos sagrados ante el dios tres veces varonil, un profundo desprecio por las convenciones de esta Europa que no entiende?

–Esto no es nada –dice la bailarina a Sor María, la monja de la prisión de San Lázaro, un minuto antes de morir–. Esto no es nada. Parto para un largo viaje... y nada más.

El Noroeste (17-03-1929)
El Pueblo Gallego (17-03-1929)
El Mañana (16-03-1929)
El Luchador (16-03-1929)

"Alma de España"

Cuando no se ha apagado del todo el espectáculo provocado por nuestros beocios, filisteos reaccionarios de todo linaje en torno al libro de Keiserling "Europa: análisis espectral de un continente", maravillosamente traducido al castellano por José Pérez Bances, un escritor

americano, gran amigo de España, el ya veterano Havelock Ellis, presenta a nuestro público español su colección de ensayos que con el título de "El alma de España" acaban de editar los señores Araluce, de Barcelona, en un magnífico volumen. En distintas épocas, o cuando menos en momentos espirituales diversos, parece haber escrito míster Ellis sus ensayos sobre nuestro país, que a lo que veo conoce maravillosamente y de punta a punta. La sugestión de los libros de Juan Valera sobre nuestro autor es notoria y patente a cada paso. Ellis conoce también los escritos de Unamuno y de Macías Picavea a raíz del desastre colonial, y para informarse de ciertos ambientes sociales el generoso y simpático escritor ha leído también con fruto los estudios de Rafael Salillas sobre el hampa y los que iniciara al principio del siglo sobre la mala vida de Madrid, en colaboración con el señor Llanas Aguinaliedo, nuestro Constancio Bernaldo de Quirós.

Con estas lecturas, las de nuestros novelistas y poetas contemporáneos, un Kodak, ojos en la cara, ideas en la cabeza y simpatía en el corazón por la vieja España, míster Ellis ha sido durante algunos años un tipo popular en nuestras grandes ciudades. Por las Ramblas paseaba su blanca cabellera venerable y su barba imponente los días de las revueltas sindicalistas y en Sevilla se le veía, en la iglesia de la Caridad, extasiado ante los terribles lienzos de Valdés Leal. Pero Ellis dejó muchas veces las líneas férreas por los caminos de herradura y las blanduras del *sleeping* por los espantosos traqueteos de nuestros carromatos y camionetas. Conoce a la vez las grandes ciudades y los pueblos pequeños; en una palabra, conoce España. Y su libro, siempre delicioso y concreto siempre, está mejor cuando nos cuenta o describe sus impresiones personales, y decae, en cambio, cuando Ellis juzga a través de las impresiones de otros escritores y viajeros, no tan conocedores –ça va sans dire– de nuestros medios sociales. Es curiosa, sin embargo, la observación en torno a Víctor Hugo cuando afirma Havelock Ellis que le predispuso al romanticismo su amor por España. A Teófilo Gautier también le trata con respeto nuestro amigo. Y cuando acude, en cambio, a fuentes de información inglesas, se advierte que él sabe mucho más y que sólo por prurito de erudición meticulosa se hace cargo de algunas opiniones.

También es curioso advertir que algunos juicios parecen desprendidos de su cachaza sajona porque son los mismos que formaría un castizo. A Sevilla dedica, por ejemplo, dos ensayos míster Ellis, "Sevilla en primavera" y "La catedral de Sevilla", y hablando de las sevillanas, por ejemplo, dice gachonamente que sólo ellas y las diosas saben caminar. Y otra vez, de pasada, dice graciosamente que ni siquiera las caravanas de los turistas alemanes y yanquees logran amagar, a su paso por las calles, la gracia y el ritmo de la ciudad del Guadalquivir. Pero sus ojos van más allá y calan más hondo y desgarran la superficie para arañar diestramente en la entraña. No ve lo pintoresco en Sevilla, ni siquiera en España, este agudo en insaciable viajero que se llama Havelock Ellis. España para él es un pueblo de energías insospechadas, dormidas, pero no muertas, que pueden despertar un día menos pensado y con el más leve pretexto. Los tiempos del Maine están ya muy lejos y él, yanquee, sabe muy bien que su imperialismo material lucha con el espiritual de una lengua gloriosa que hablan veinte pueblos amuchachados y atrevidos. El espectáculo de Barcelona y de Bilbao conmueve y emociona a nuestro viajero. En España se trabaja y se sueña a la vez. Las luchas políticas que presencia en las dos urbes le hacen meditar y creer en los destinos futuros del pueblo español. Y si descansa a continuación para evocar las maravillas del cante jondo, que él mismo ha oído en Sevilla y en Málaga, y acusa, seguramente sin razón, a la jota aragonesa de demasiado ruda y, sobre todo, de monótona en demasía, penetra a través de la danza en otras virtudes raciales de nuestro carácter, y toma a los temas serios con nuevo empuje.

La mujer española le subyuga porque le parece buena, sana y hogareña. Cree en la raza al tropezar con las caras de manzana entre nuestras campesinas, a las que ha visto jugar a los bolos en el pueblecillo de la provincia de Palencia. Eso de que el español sea físicamente inferior al europeo le parece al bueno de míster Ellis el mejor de los embustes. Al contrario: el español le parece una raza aparte, vivificada por la sangre africana, austero, sobrio y capaz de los mayores encumbramientos y de las caídas más rápidas e incomprensibles. De su caballerosidad tampoco duda Mr. Ellis, y dice que ha visto mendigos en Castilla con trazas de hidalgos y que saben pedir limosna con el más gracioso de los empaques. Curiosa observación que, en efecto, nosotros hemos hecho también en nuestras frecuentes correrías por esos pueblos.

Este libro estudia los temas más diversos dentro, naturalmente, de una perfecta unidad y unidos por un pensamiento común de curiosidad simpática y atenta y de agudo y minucioso análisis, más atractivo para nosotros cuando extrae su savia del natural y no de observaciones ajenas y forasteras que él conoce. A Velázquez y Murillo dedica, por ejemplo, míster Ellis dos

ensayos llenos de vigor y de gracia. Segovia, prototipo para él de las ciudades castellanas, le sirve de cañamazo para urdir sus atinadas observaciones sobre la meseta y sobre el románico, que es, en efecto, la expresión arquitectónica natural de la meseta. A don Juan Valera, que a cada paso cita nuestro autor, considerándole, un poco ligeramente, quizás, como el español más representativo de su época, consagra también unas páginas sagaces. En Sevilla ve nuestro autor como el eco de Europa en España y una tradición ininterrumpida que nació en la gran metrópoli cuando fue, en el siglo XVI, paso natural para las Indias. "Santa María del Mar" se llama el capítulo donde habla de Barcelona, ciudad que le parece superior a las demás ciudades actuales de nuestros escritores, afirmando su fe en el porvenir.

Libro curioso que coincide en algunos extremos con el del conde Keiserling, me ha parecido un deber fijar la atención de los lectores sobre su aparición reciente en castellano. Y felicito a la Casa editorial que acaba de publicarlo en una edición sólida y elegante a la vez.

La Voz de Guipúzcoa (24-05-1929)
El Noroeste[391] (05-09-1929)
El Luchador (03-06-1929)
La Mañana (13-06-1929)

A los doce años

Julio Álvarez del Vayo, el inteligente y sagaz periodista, representante del gran diario *La Nación* entre nosotros, ha publicado, a continuación de aquellos libros *La nueva Rusia y La senda roja,* que enteraron al gran público español de lo que pasa en las repúblicas soviéticas, un curioso volumen, aparecido recientemente, *Rusia a los doce años,* que me sugiere este breve comentario. Ensayos relacionados con la cuestión agraria, el problema industrial y la defensa del territorio y de las nuevas instituciones políticas, forman la primera parte de este libro, que se deja leer de un tirón por el interés y la amenidad con que está escrito. Álvarez del Vayo, siempre ecuánime y sereno, lejos de juzgar sin apelación como un dómine a la vieja usanza, narra y refiere graciosamente lo que ha visto y oído. La última parte del volumen está consagrada al nuevo arte ruso –*cine*, teatro y literatura en general–, y a mí, lector incansable de libros sobre la vieja y vasta posesión de los Zares, me ha enseñado muchas cosas que no sabía, y me ha sugerido puntos de vista que me han iluminado, de pronto, sobre problemas estéticos que se me antojaban harto oscuros y complicados.

Álvarez del Vayo presenta preciosos *films* sobre las distintas facetas del nuevo arte ruso. Aquí tenemos, por ejemplo, a Eisentein[392], el famoso autor y *régisseur* de esos grandiosos cinedramas que se llaman *Octubre, Potemkin, La línea general,* y que han conmovido a la vieja Europa. Eisentein, hombre musculoso y fuerte, gallardamente varonil, de mirada sagaz e inteligentísima, vive en una ancha pieza en Moscú, que le sirve de taller, y de dormitorio, y de despacho y de cuarto de baño. Los estantes están repletos de libros. Eisentein conoce el Extremo Oriente, y ha aprendido el japonés sin moverse de Moscú. No gusta de los artistas profesionales, aunque admire a Chaplin y a Gloria Swanson. Prefiere los libros que ve por la calle, y los contrata cuando le agradan. El *cine,* en Rusia, es un formidable arte de propaganda, sin la menor finalidad económica. Y para su película *Octubre* encontró a un obrero de un formidable parecido con Lenin. Y las escenas de *La línea general* ha sabido filmarlas con campesinas auténticas en las aldeas. Y para sus cuadros de *Potemkin,* que ya se ha permitido proyectar ante la pantalla en casi toda Europa, Eisentein ha utilizado chinos y terribles cosacos, cazados a lazo en la vía pública.

El teatro de arte está renovando también sus mejores laureles. Olga Knipper es una de las actrices más celebradas, y Moskirn, Meyerhold y Vasili Schuski, los actores favoritos. Escritores del tipo de Chejov, Leonidas Leonov, Babel y otros que comienzan a ser conocidos en España, abandonan el cuento y la novela por la escena. Hay un arte post-revolucionario, y el teatro, lo mismo que el *cine*, está influido, naturalmente, por las conmociones rusas. A lo que parece, la señora Olga Knipper Chejova es una trágica tan enorme como la pobre Eleonora Duse , de dulce y continua renovación. En el teatro colaboran artistas de toda laya, aunque tiene un carácter

[391] En *El Noroeste*, *El Luchador* y *La mañana* el título fue "El Alma de España"..
[392] Así en el original por Eisenstein. Se refiere a Serguei Eisenstein.

exclusivamente educativo. Hay una estética soviética cuyos postulados no vamos a estudiar ni a dilucidar aquí.

Álvarez del Vayo, finalmente, nos habla de los escritores nuevos, de los libros recientes, y hasta de las vanguardias rusas, que nada tienen que ver –*ça va sans dire*– con las huestes de señoritos ociosos, pedantes e ineptos para una labor articulada que en otros países se atribuyen ese nombre, y que miran por encima del hombro a los que no pertenecen a su cotarrillo y tertuliejo de comadres chismosas y acatarradas. Vladimiro Lidín, Sergio Semionov –soldado rojo durante los tres años de guerra civil–; Ivanov, que desde cajista de imprenta, clown de circo y luchador grecorromano, describe la Rusia asiática, que ha recorrido palmo a palmo; Larisa Reissner, tan atractiva y fascinadora; Katairev..., han llevado a las letras oleadas de vida intensa, ideales de juventud forjados en la lucha de cada día. Sostskenko es el humorista ruso. Álvarez del Vayo nos informa y nos guía con seguridad de cicerone que sabe por dónde se anda. Su libro entera y agrada. Lo mismo que su compañero de viaje, el notario D. Diego Hidalgo, que hace pocos meses disertó brillantemente en su Colegio sobre la institución notarial de los Soviets, Julio Álvarez del Vayo pertenece a la casta de esos hombres que saben ver sin anteojeras y escribir después limpiamente lo que han visto junto a las torres misteriosas del Kremlin, donde ondea perennemente la bandera roja, como una amenaza y como un peligro.

Nuevo Mundo (07-06-1929)

Un amigo de España: Havelock Ellis.

Al mismo tiempo que el conde Keyserling[393] publica en castellano su famoso libro *Europa: Análisis espectral de un continente*, un insigne escritor norteamericano, Havelock Ellis, edita en lengua española su magnífica colección de ensayos, *El alma de España*, (Editorial Araluce, Barcelona, 1929). En esta nota informativa, que por su brevedad no es susceptible nunca de otros desenvolvimientos críticos, diré tan sólo que el título de estos ensayos es harto sugerente y atractivo. Recordaré, entre otros, *La danza, La mujer española, Velázquez, Segovia, Sevilla en primavera, La catedral de Sevilla, Valera, Santa María del Mar…*

Un gran cariño siente este viejecito de cabellera enmarañada y de amplísima barba blanca como la nieve por las cosas, las gentes y las costumbres españolas que ha estudiado con amor. Más de una vez le vimos cruzar nosotros por las Ramblas barcelonesas durante aquellas jornadas críticas de las revueltas sindicalistas. Más de una vez me han dicho los sevillanos que se perdía por las calles laberínticas del barrio de Santa Cruz mister Ellis, o vagaba bajo las bóvedas de la Catedral, o recorría los graciosos templos –San Lorenzo, San Gil, San Juan de la Palma–, contemplando embelesado la imaginería local. Y en otros pueblos menos frecuentados por el turismo –Palencia, Zamora, Medina del Campo– la figura de este viajero cucharón y sagaz es igualmente popular y querida.

El libro de Ellis está lleno de cordialidad para nuestro pueblo; pero harto se advierte que sus emociones, antes de asentarse en el corazón, le han paseado por la cabeza. Es sereno y reflexivo mister Ellis. Algunos apuntes suyos se dirían escritos por un español. "Solamente las diosas y las andaluzas saben caminar", dice en alguna parte. Y divagando en Sevilla, dice graciosísimamente que las caravanas de los turistas extranjeros tratan de amagar en vano la gracia y el ritmo de la ciudad. Su estudio sobre la catedral sevillana y su comparación con la de Colonia es realmente atractivo y profundo. Estupendas sus notas críticas en torno a la figura sin par de nuestro Diego de Velázquez. Y muy bellas sus reflexiones sobre el baile español.

La mayoría de estos ensayos tengo para mí que están escritos en los primeros años del siglo, aunque algunos de ellos, como el consagrado a *Santa María del Mar* y a la gran metrópoli catalana, parezcan más recientes. El autor se refiere continuamente a glosas y trazos de D. Juan Valera, que, para mister Ellis, es el mejor escritor español contemporáneo, lo que puede sostenerse, y el más representativo, lo que está ya más fuera de lugar. Parece conocer muy bien a Unamuno, Macías Picavea y otros escritores del 98. En cambio, de los pintores, cita un encomio

[393] Hermann Alexander Graf Keyserling (1880 –1946). Filósofo ruso autor, entre otras, de la obra *Diario de viaje de un filósofo*.

a Zuloaga y parece olvidar otras reputaciones muy puestas en razón. Anglada Camarasa, Julio Romero de Torres, Mezquita… Pero, en general, está muy documentado, y conoce, mucho mejor que cualquier currinche de la literatura al uso, nuestros valores actuales y vivos. Y como ha paseado también por nuestras ciudades muchas veces, y hasta se ha perdido por los caminitos de herradura y por las calzadas provinciales que nos ponen en relación con los pueblos muertos, y tiene ojos en la cara, y le pasean las ideas por la cabeza y las emociones por el corazón, su libro *El alma de España* es una aportación riquísima a los estudios psicológicos sobre nuestro país, tan de moda hoy en el mundo entero. Añadamos, de paso, que el autor conoce muy bien nuestra gran literatura picaresca –no lo dice a las claras, pero parece insinuar que la vocación literaria, que no da provecho ni gloria, es, entre nosotros, una profesión parasitaria– y los estudios sobre el *Hampa*, de Rafael Salillas, y los libros de Constancio Bernaldo de Quirós.

Lamento de veras no disponer de más espacio para informar al lector menudamente sobre otros aspectos y consideraciones de este libro tan bello y tan pulcra y elegantemente editado. Yo pienso releerlo muchas veces en mis horas de vagar. Encuentro en mister Ellis un hombre inteligente y bueno, y se me ocurre pensar que la lectura de este libro tiene el raro valor del hallazgo de un amigo.

Mundo Gráfico (12-06-1929)

«En busca del gran Kan»

Se advierte en esta gran novela póstuma de Vicente Blasco Ibáñez, como se advertía también en los últimos libros de su maestro, Emilio Zola, una gran preocupación por las gestas épicas y un vigor insuperable para manejar las grandes masas. Blasco pasa de sus cuadritos de costumbres valencianas, a la composición de los grandes cuadros de historia. Ya en *El papa del mar*, no sabemos, en efecto, si el héroe es el tozudo aragonés Pedro de Luna, o todo el pueblo valenciano con sus cabildos díscolos y sus concejos independientes y bravíos. En *A los pies de Venus*, igualmente, César Borgia es una figura más dentro del gran marco de la Roma decadente y papal de las postrimerías del siglo XVI. En esta epopeya que tenía trazada, pensada y aun escrita el maestro en su deleitoso retiro de Villa Fontana; en este primer volumen que aparece ahora con el título de *En busca del gran Kan*, no es tampoco el melancólico y huraño navegante genovés el protagonista, sino todo el pueblo de marinos, mercaderes, frailes, mareantes, soldados, próceres y dueñas, a quienes Colón contaminó su fiebre de descubrir nuevas tierras ultramarinas. Más que novela, este libro es una magnífica epopeya novelesca, muy oportuna en estos momentos de confusiones aviesas e interesadas, en que quiere quitarse a España el prestigio que nadie puede poner en duda: el de su amor a la austeridad y el de su complacencia en el sacrificio colectivo.

En realidad, Blasco Ibáñez traza el andamiaje de su ficción literaria con materiales históricos muy recios, muy nuevos y muy documentados. Se adivinan en el novelista lecturas de documentos y de papeles que ha sabido aprovechar muy bien. Más de una vez se ha detenido en el estudio del *Diario* del navegante. Unos libros de Humboldt, de Pereira, de Marius André y de César Lellis no son tampoco ajenos a las meditaciones del autor. Blasco está en el secreto, como, en general, suelen estarlo hoy todos los historiadores americanos; es España, y no Colón, la que descubre las Américas. Se advierte su sonora y magnífica carcajada levantina ante las mentiras del padre Las Casas y ante la apología, ferozmente arbitraria, de aquel pobre Roselly de Lorgues que tan flaco servicio hiciera a Colón con sus boutades.

El libro de Blasco, libro de historia ante todo y sobre todo, de historia más que de imaginación, marca el momento de la evolución del escritor hacia temas eternos o, lo que es igual, siempre actuales. La página de la expulsión de los judíos está llena de color y de plasticidad. Su Colón, el Colón de Blasco, ni es el clásico pobretón que mendiga limosnas y se deja apedrear por la plebe en Córdoba, ni el pobre hombre envidiado por los togados salmantinos, ni tampoco el aventurero vulgar que hoy se conoce, embustero, ignorante y roído de envidia hacia los navegantes y marinos españoles, a los que a todas horas quiere cubrir de ignominia. A Blasco

le atrae Colón como sujeto de novela, y no se atreve a pronunciar su fallo. Se adivina, sin embargo, cuando cerramos el libro. Cosa y los Pinzones le agradan, naturalmente, mucho más. Pero, ¿es desdeñable este hombre que intriga, cabildea, logra su título de almirante, no sabe manejar la brújula, apalea dinero, comercia con esclavos y, al final, muere pobre y obscurecido en Valladolid?

Ai posteri l'ardua sentenza[394], que dicen en la tierra de Colón. España ya comienza a dictarla; a Italia, en cambio, le conviene este confusionismo de «latinidad americana» que, por expresar demasiado, no expresa nada ciertamente.

Mundo Gráfico (17-07-1929)
El Pueblo (13-07-1929)

Las codornices del Conde

En el tomo II de las "Notas de una vida", sagaz y amenísimo libro del señor Conde de Romanones que acabamos de leer de un tirón –modo elegante que encontramos más a la mano para decir que lo hemos leído con deleite hasta entre líneas– dedica su autor un capítulo a la pasión tan grande que siente por la caza, que, con la política, es su deporte favorito. La caza de la codorniz a muestra de perro seduce de un modo especial a nuestro querido y avisado conde, presidente nuestro que fue en el Ateneo de la calle del Prado. Nuestro Presidente –para nosotros él será siempre Presidente y no Pepito Soto Reguera, por ejemplo– ha cazado mucho la codorniz, singularmente en Sigüenza y en términos vecinos. El placer que le proporciona es grande. "¡Si será este grande –exclama– que, en el rigor del verano, a pleno sol, con más de cuarenta grados de temperatura, ¡me pasaba las horas cazando tras el perro en los rastrojos y en las caceras!" En Sigüenza, todos recuerdan a don Álvaro, sonriente y sudoroso, con un Setter irlandés de rizosas y policromadas lanas, o con un Pointer de casta, o con un Pachón navarro, rastrojera adelante, persiguiendo codornices y esquivando pelmazos, que no olvidaban, ni a las horas de sol, las demandas importunas.

El Conde, que no sabe el número de los diputados que ha hecho, recuerda perfectamente el número de codornices que ha cobrado. 35.541 ha cobrado desde 1903 a 1925 el señor Conde de Romanones. Ha tenido años gloriosos, en 1907 –2.694 codornices cobradas– y años chapuceros –el 24– 87 codornices nada más. Recordamos que en 1907, cuando nosotros estudiábamos el doctorado e íbamos al hotel del Conde con el llorado y entrañable amigo Isidro Pérez Oliva, espejo de caballeros y de romanonistas, a recomendar amigos melancólicos de Alba de Tormes que ahora están siempre al lado de los que mandan, recordamos que en 1907 Romanones vivía en plena luna de miel con Doña Política, coquetísima señora, más loca que una cabra y más ingrata que un amigo a quien hacemos dos favores seguidos. La luna de miel con Doña Política, que entonces le otorgaba sus primeros favores, le daba seguridad en el pulso y acierto en la puntería. Yo creo que por modestia no pone en la estadística todas las codornices que cobró entonces el Conde. En 1924 en cambio –"sic transit gloria mundi"[395]– el señor padre del Marqués de Villabrágima, otra de las mejores escopetas del reino, estaba a punto de ser multado por la Dictadura y no creo que, real y verdaderamente, cobrase entonces 87 codornices, ni siquiera la mitad. Cuando Doña Política u otra mujer cualquiera nos halaga, apuntamos y hasta disparamos bien. El Conde, que es hombre modesto y de los que no presumen, lo sabe perfectamente. Pero en 1907 cobró, repito, más de 2.694 codornices. A bastante más asciende el número de las que cobró al Marqués de Alhucemas en el Parlamento. A muchas de estas monterías asistí yo desde la tribuna de la Prensa, pidiendo al conde caramelos cuando presidía muy mudo, aquella reunión de sesudos hombres. En 1924, que ya no presidía nada don Álvaro, ni siquiera nuestro querido Ateneo, al que él ha regalado una casa y acciones por valor de 250.000 pesetas, en 1924, se me antoja, en cambio, repito, exageradísimo el número de 87 codornices. Yo creo que no pasó de una y media. Algunas se le iban heridas de gravedad, pero se le iban al conde. Cuando le sacan a uno cien mil duros del bolsillo; tengo para mí cartera,

[394] "A la posteridad la dura sentencia". Da por supuesto el origen de Colón en Italia. Alessandro Manzoni , "Il 5 maggio".
[395] "Así pasa la gloria del mundo". Locución latina utilizada para señalar lo efímero de los triunfos.

donde no caben esas cifras, que no está uno ni para apuntar en el cuaderno de notas. Debe rectificar don Álvaro estas cifras para no llamar a engaño a las generaciones futuras.

El conde es un buen cazador porque es un buen político, del mismo modo que ha sido un excelente presidente de nuestro querido y abandonado Ateneo. Yo no soy, querido don Álvaro, como las ratas que abandonan el barco cuando hace agua. Me olvido de los amigos cuando están en candelero, y llevan casaca, y reparten favores. Usted habla de las gentes que iban por los fondos secretos de Gobernación; mi nombre de ateneísta no ha figurado ni entonces ni después en aquellas listas, aunque hayan querido incluirme en ellas, por puro pasatiempo, graciosos de inteligencia mediocre y de sensibilidad abotargada. No le pregunté a usted nunca por las piezas cobradas. No creo que le haya visto más de una vez en el Ministerio de Estado con Nicolás Oliva, para pedirle unos bancos que hacían falta en las escuelas de Alba. A Cambó no le vi jamás en Fomento, ni a Santiago Alba en Hacienda... Pero ahora que, en el ostracismo, con Soto Reguera de sucesor de usted en el Ateneo, con sus amigos desbandados en busca de cazadores de mejor fortuna publica usted un libro precioso, yo solazo con su lectura, lo recomiendo al público que me lee y muestro al amigo la dedicatoria, cordialísima, de usted que para mí tiene más valor que un papelito lleno de mugre, pagable al portador, uno de esos papelitos qua usted tiraba a los pies de los que entonces le adulaban y hoy le combaten. Para fortuna suya, no se ha extinguido la codorniz en Sigüenza. Esperemos, esperamos siempre, con fe, el futuro San Marcos, que traiga el desquite.

El Adelanto (30-08-1929)

El conde de Bolonia

Si por el segundo volumen de «Notas de una vida» nos enteramos de la oficial y pública del señor presidente del Consejo de ministros conde de Romanones, grande de España, director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y ex presidente del Ateneo de Madrid, por el primero –que también hemos releído en esta dulce y quieta y pacífica Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado, como escribía Cervantes–, por el primer volumen conocemos al joven aristócrata madrileño Álvaro de Figueroa y Torres, doctor en Derecho, estudioso ateneísta, segundogénito de los señores marqueses de Villamejor, becario del Real Colegio de San Clemente de España en Bolonia y novio, al fin, de la muy respetable y bondadosa y caritativa dama –espejo de esposas y de madres– que se llamó de soltera Casilda Alonso Martínez, y que hoy comparte con el conde las alegrías y amarguras del hogar común. Muy bonitas estas páginas de los años de mocedad del conde. Las que consagra a su estancia en Bolonia,

«città delle belle donne»,

ciudad de las mujeres guapas, que reza la canción estudiantil boloñesa que nosotros hemos cantado a los veintidós años vía Zamboni abajo las noches luneras, las páginas consagradas a Bolonia tienen para mi gusto un encanto inefable. Todos los compañeros de estudios del conde han sido después amigos míos. Con Isidro Pérez Oliva me unió hasta su muerte un cariño filial; de su primo Nicolás, romanonista en los años de hartura y de otras banderías políticas en los de las vacas flacas, tiene uno que andar un poco apartado, porque cada nueva herencia le aísla más y más en sus complicados menesteres de administración; con don Juan Pérez Caballero tuvimos durante nuestra estancia en Italia las más cordiales y estrechas relaciones cuando él era embajador de España en el Quirinal; al Sr. Madrid Moreno le hemos conocido de catedrático en la Central; D. Manuel Multedo era ministro de Serbia cuando nosotros le conocimos: viajaba con un baúl que tenía cincuenta kilos de versos inéditos... Era Multedo –y lo seguirá siendo todavía– un «causeur»[396] admirable y un amigo leal. De don Pedro Dorado Montero, condiscípulo del conde y maestro nuestro, ¿qué podemos decir nosotros que sea digno de su memoria? Le quisimos y nos quiso mucho; nos enseñó a pensar. ¡Bendita sea la memoria de Dorado, señor conde! ¡Usted sabe qué corazón tan hermoso, qué ética tan inmaculada, qué

[396] Conversador, en francés.

liberalismo tan humano, qué cabeza tan sólida tenía el querido catedrático de Derecho penal de Salamanca!

Pues estas páginas, donde andan las sombras de dos muertos queridos: Dorado Montero y Pérez Oliva –traductor, en los años mozos, de Ferri– me han hecho recordar muchas cosas. He recordado a la condesa Salina. Y a D. Carlos de Borbón, el pretendiente, con un ojo tapado, almorzando en el hotel de Italia. Y a María Cavazza, amiga de Isidro, y de D. Pedro; y de usted, y «maminna», madrecita mía, cuando casada con el buen Adelfo vivía en su precioso palacio de la vía Galliera. Y a la condesa Pepoli, nieta de los Tiranos de Bolonia, idiotizada y boba de dolor –ella, la nieta de la amada de Leopardi– ante el acabamiento trágico de todos sus hijos. Y a nuestras lindas amiguitas las condesitas Concetta Giacobazzi y María Antonietta Golfarelli. Bolonia es toda nuestra juventud. Es la amistad plácida con las bellas mujeres y la lectura confortadora de los libros eternos. Es el «fumoir» del colegio, los bailes del marqués Mavezzi Campeggi, los tés de María Cavazza Ferretti, las lecciones de Pascoli –Carducci moría al llegar yo a Bolonia–, las excursiones nocturnas con las modistillas, con las «sartine», a San Miguel del Bosque, en las dulces noches de primavera. Las luciérnagas, cucuyos o gusanillos de luz iluminaban la falda del monte: ellas –morenas o rubias– nos hacían olvidar esa sequedad afectiva, ese convencionalismo estúpido español que pone muro de piedra entre mujer y hombre, ¡Juventud, divino tesoro!... Las hijas de las madres que ustedes –colegiales del 85 al 90– conocieron frescas como rosas, fueron nuestras amigas boloñesas. Y hoy, señor conde, leyendo su libro, tornan a mis ojos las queridas figuras lejanas de nuestras compañeras de mocedad.

El conde dedica un recuerdo conmovedor al Josué Carducci, profesor de Literatura en la Universidad, el gran poeta civil de aquella civil Italia, que ha deshecho para una temporada Mussolini. Nosotros conocimos a Panzacchi, a Bacchi della Lega y a otros amigos de Carducci en la librería de Zanichelli. Nos habla Romanones de su afición por el derecho político, o, como él dice afinando la puntería, y como dicen en las escuelas de Italia, de «derecho constitucional». Y defiende su tesis doctoral de los ataques que le dirigieron los mal enterados. Yo, que conozco esa tesis, que la he leído y celebrado, doy toda la razón al conde, aunque me parece mal que se subleve ante la calumnia plebeya. ¿Para qué defendernos de los que no nos conocen? ¿No hay un suave, un regalado placer ante el ataque injusto que trata de descomponernos? ¿Y no es la mejor réplica el no descomponerse nunca ante el bellaco y el mal nacido, que está esperando que subamos a la cucaña para pedirnos el aliguí[397]?

Un recuerdo personal –querido expresidente del Ateneo–. Marzo o abril de 1908. Casa de María Cavazza Ferretti, la sobrina de Pío IX, hoy esposa de nuestro amigo el diplomático Sr. García Comyn. Estamos en su casa este, Riera y Gallo, el conde Pession Golfarelli, no recuerdo quién más y yo. Usted es de nuevo ministro.

– Romanones –digo yo, leyendo «Il Corriere della Sera»– es ministro.

– Ma...–interrumpe María.

– Pero, sí; ministro, señora.

Y María comenta:

– ¡Oh, «piacere»!... ¿E Isidro?

– Isidro es diputado.

– ¡Excelente chico Isidro! Pelaba la pava conmigo; me daba serenatas a la ventana: se vestía con capa española.

– ¿Y Cierva?

María, displicente:

– No le conocí apenas. Álvaro vino en su vacante. Era muy travieso y muy gracioso Álvaro Figueroa, el ministro español vuestro.

El Heraldo de Madrid (16- 09-1929)
El Adelanto[398] (04-09-1929)

[397] Juego de carnaval en que un personaje (Higuí, Alhiguí) llevaba atado, al cabo de un cordel, un higo seco que los niños habían de coger mientras lo arrastraba gritando "¡Al higuí!".

[398] *El Adelanto* titula el artículo «El conde en Bolonia», más apropiado que el de *Heraldo de Madrid*, ya que el Conde por antonomasia era entonces el de Romanones.

Libros para niños

Para buscar en la Fiesta del Libro, algo que ofrecer a una niña de todo mi cariño y devoción, niña cuyo nombre está en flagrante y abierta contradicción con su carácter díscolo y guerrero, he tenido que recorrer todos los tenderetes y puestos de volúmenes. Hay muchos libros para hombres, algunos para mujeres, muy pocos para niños: Ofrecer a un niño o a una niña algo que sea honesto y no sea ñoño, bello y no bonito, azul y no lila enteramente, es arco de iglesia y empresa de titanes. Me llamó la atención un "Quijote" para niños, pero al abrirlo, lo retiré con espanto, porque su compilador, el señor Vila, no suprimía solamente páginas, como era natural, sino que alteraba el texto de las que dejaba para recreo infantil. Vacilé entre los cuentos de Gricum y los de Hanffmann[399] y al fin me quedé con las "Historias de Shakespeare". Es un librito honradamente hecho, con los argumentos bien contados de las mejores comedias del genial dramaturgo inglés. Ocho argumentos componen el librito: los de "El mercader de Venecia", "La fierecilla domada", "La tempestad", "Como gusten", "El sueño de una noche de verano", "Cuento de invierno", "Comedia de los errores" y "Las alegres comadres". La selección, como veis no puede ser más excelente. Y es preciso que por los niños de doce a catorce años pase alguna vez el aleteo del genio, o lo que es igual, la emoción de lo infinito.

No hay apenas libros para niños en España, lo que acusa nuestro nivel moral e intelectual, al mismo tiempo. En Italia, en Francia, en Inglaterra, son incontables y maravillosas las Bibliotecas infantiles. Aquí –con la excepción de la colección "Araluce", tan bella –no se sale de Juanito el taciturno, del niño vago que roba peras y del niño aplicado que es tonto de capirote. Cuando un pedagogo es el autor del texto, hay que echarse a morir. Yo conozco un libro donde un papá adoctrina al niño cuando le saca de paseo. ¡Pobre niño! Dan ganas de decirle al papá que no sea pedante, de suplicar al niño que vaya a correr con sus iguales. La infancia, con pedagogía no es, ciertamente, infancia. Lo mejor que aún sigue leyéndose en la escuela es el libro "Corazón", de Amicis. Pero se le habla al niño de una Lombardía, de una Toscana, de una Rumania, de una Emilia lejanas, y no de Castilla, de Aragón, de Cataluña, de Galicia, de Asturias. A nadie se le ha ocurrido hacer un libro de esa clase para niños españoles con asuntos de España. Y de los cuentos no hablemos. Los editores de "Lectura" han comenzado a remediar el mal. Con libros como "El conde Lucano[r]" y "Las florecillas" del Santo de Asís. Pero hay que trabajar mucho en este sentido.

¡Y qué estupendo campo se le ofrece al escritor! ¡Qué joyas pueden hacerse con el Romancero! ¡Qué interesante es contar a los pequeños, con sencillez y con emoción la niñez de Teresita de Jesús! De las comedias de Lope y de Tirso, caben bellísimas refundiciones. El Cid, Isabel la Católica, el Gran Capitán, el Marqués de Santa Cruz, los místicos y los guerreros, los navegantes, y los aventureros, ¡que de horizontes infinitos pueden abrir al corazón de la niñez! Y esta misión del bien compatible con el decoro del estilo y con la fidelidad del dato. Lo interesante es que los niños aprendan bien las cosas al primer golpe. Si no, ya les sabrán siempre mal. Las primeras nociones no se rectifican nunca. Así como ciertos sujetos hogaño encumbrados no disimulan nunca lo rústico y miserable de su cuna, así ciertos escritores no saben desprenderse de las papillas con que les nutrieron en la escuela sus primeros dómines. Están condenados para siempre a la cursilería y a la estulticia mentales.

Para encontrar ese libro de Shakespeare he tenido que visitar ocho o diez puestos distintos de libros. En París o en Milán, no hubiera sabido donde elegir desde el primero. Un libro puesto en manos de un niño o de una niña es algo más que un juguete: es un arma. Un arma que defiende su pureza, si es bueno; es un arma que le encanalla, si es malo. Y hay libros para niños de este o del otro temperamento. Ni aun los buenos son buenos para todos. Hablo aquí de la bondad, naturalmente, en un estricto sentido estético. Yo me imagino la alegría de mi amiguita releyendo "El mercader de Venecia" y me la imagino mujer dentro de una docena de años. Entonces lee, tal vez, la obra total de Guillermo Shakespeare. Y en su lectura, revive, gracias a este librito de tela azul pálida, emociones enterradas de niñez y que aparecen entonces con toda su inefable vaguedad, sin contornos precisos.

El Adelanto (10-10-1929)

[399] Como es obvio, Grimm y Hoffmann

El libro de Cambó

Acabo de leer de un tirón el libro del señor Cambó, "Las dictaduras". Me sugiere tantas observaciones, tantos puntos nuevos de vista, tal afán de polémica, que he de consagrarle varios artículos, en días consecutivos. "En política –escribe el sagacísimo hombre público– los matices son más interesantes que en pintura..." Estas palabras, renacentistas –¡qué lejos estamos de los pueblerismos de Cierva el aldeano, o de las bromas de Romanones en [sic, por el] socarrón, o de las abstracciones de Albornoz el ilustre jacobino, o de las impertinencias simplistas de Marcelino, el demagogo pasado por la Escuela Normal!– pudieran ser muy bien el lema de "Las dictaduras", libro reciente, con la tinta todavía fresca, y ya clásico. Cambó, que puede leer a Maquiavelo en italiano, y a Tito Livio en latín, que ha pasado por el Derecho Romano y por el Derecho Político de los pueblos actuales, es un hombre ponderado y frío, pero, al mismo tiempo, lírico y emocional. Las gentes cuelgan una leyenda a los hombres públicos y ya no se curan de analizarlos más. Dato era la vaselina y por blandengue pasaba aquel hombre duro y sin corazón, cuerpo flexible y de anguila, cuyo espíritu era un sorselete [sic, por corselete] de acero. Canalejas pasaba por un hombre campechano y era un seudo-demócrata que se hacía servir en bandejas de plata y vivía comido por todos los convencionalismos sociales de las clases falsamente distinguidas. Besteiro ha pasado por un demagogo y es un buen profesor de Lógica, ordenado y razonador. A Cambó se le ha llamado judío por nuestros graneros metidos a politicastros y en Castilla se le supone un tipo shakesperiana [shakesperiano], un mercader de la Señoría, amasando barrotes de oro y de platino en los sótanos de su casa, avaro y codicioso, como un minero más de los que florecen en el llano. No saben los tales que para Cambó el dinero es un medio, pero no un fin, y que pocos hombres, acaso ninguno, en la España de nuestros días, lo gasta más generosa y abundantemente, proporcionándose toda suerte de placeres espirituales. Don Antonio Maura, finalmente, era otro caso de leyenda. Las gentes creían que no reía jamás y que era retuso al comercio de la amistad y de la emoción humanas. Nada más injusto que este juicio necio sobre el político mallorquín. Soportó estoicamente los errores ajenos, haciendo que las gentes los creyeran propios, y aguantó la campaña pro Ferrer, cuando él fue el único ministro que votó en Consejo contra su ejecución capital. Yo he tenido varias veces ocasión de asomarme al espíritu de Cambó y le conozco. No aguanta la imbecilidad en el prójimo y eso le hace esquivado y violento alguna vez. Pero, entre gente avisada, es llano, y tolerante, y bueno, y sencillo don Francisco. Es un excelente "noy", muy de Cataluña y muy de Barcelona. Trabajador formidable, madruguero, diligente, está en todas las cosas. Cuando otros empiezan su labor cotidiana, don Francisco ya la tiene rematada y concluida. Dirige Consejos de Administración, es el alma de la "Chade"[400], inspira Bancos, diarios, partidos, editoriales, libros, corrientes de opinión. Compra cuadros, regala palacios, subvenciona estudios, es el paño de lágrimas de muchos perseguidos, viaja sin descanso, charla con gentes de diversos estados y condición. Siempre está de vuelta ante las cosas y ante los hombres. Es un anti-Cierva. Don Francisco es un estadista escapado del Consejo de los Diez... Coged un libro de la Biblioteca riquísima de don Francisco y le veréis abierto y apostillado por él; charlad con él un momento y advertiréis, después del buceo preliminar, que os ha ganado vuestra confianza y vuestro afecto; es un hombre que anda a la caza de hombres...

A mí, castellano, ante todo y sobre todo, y sobre todo y ante todo salmantino, me conmueve como a otros castellanos, amigos de él –Juanito Díaz Caneja, Fernando Íscar Peyra, Julio Senador y no quiero hablar ya adrede de Óscar Pérez Solís– la emoción que pone en una palabra: "Catalunya". Es la misma que nosotros debemos poner al decir Castilla, Salamanca, Palencia o Valladolid. Cataluña es para él una cosa viva, como para nosotros lo es Castilla. Es un poco nuestra novia, y la soñamos madre de nuestros proyectos, de nuestro futuro. En las horas de dolor para Cataluña, nosotros estuvimos al lado de Cataluña. Ahora, lo estamos también. Nos pegó don Francisco la emoción para siempre. Y nuestras semejanzas son precisamente nuestras diferencias. La letra es distinta, pero la música es igual. ¿Regionalistas, nacionalistas? Ellos, catalanes; nosotros, castellanos... Garcilaso de Toledo, bebe en Boscán; Fray Luis conoce a Ausias March; el Mediterráneo trae el ritmo de la civilización a la llanura... Santa María del Mar es para don Francisco lo que para nosotros es San Esteban, o San Miguel, de Palencia; o la Señora de la Antigua, de Valladolid. Cuando Cambó dice Barcelona, sueña con Venecia, con Pisa, con

[400] Acrónimo de Compañía Hispano Americana de Electricidad.

Génova, con Amberes; cuando, nosotros decimos Salamanca, pensamos en esta Florencia de Castilla, tan sugerente y tan adorada... Quería hablar hoy del libro y he hablado solamente del autor. Mañana será.

Gaseta Comarcal (16-10-1929)
La Veu de Catalunya (15-10-1929)
El Adelanto (11-10-1929)

¿Incógnitas?

Alguien ha encontrado un semillero de incógnitas y de enigmas en la lectura del libro "Las Dictaduras", en la futura actitud del señor Cambó ante los acontecimientos políticos que se desarrollan en nuestro país. Eso se llama gastar la pólvora en salvas y también disparar antes de fijar la mira en el blanco. Un espíritu simplista, aldeano, no puede conducirse de otra suerte ante los problemas de política, que son, ante todo, problemas de inteligencia, y si me apuran un poquitín, de espíritu. ¿Qué va a hacer Fulano ante lo desconocido? He aquí una pregunta demagógica que un hombre cultivado de nuestros días no puede formularse nunca. Lo primero que se requiere para sortear un problema es conocer los elementos de ese problema. Y el pleito de la dictadura española no se ha resuelto todavía.

Este verano el señor Cambó dio su parecer. Puede reducirse a muy pocas palabras. "Ante el proyecto de Constitución –venía a decir–, ni una enmienda, ni una coma. Si la dictadura quiere el proyecto será ley. Y se les creará derechos a los que podemos acogernos transitoriamente. Lo mejor es que la dictadura evolucione hacia su final; nada de oponerla resistencias que puedan provocar reacciones pasivas que originen una dilatación de tiempo en el usufructo del Poder. Acordémonos del caso Mussolini. El fascismo subsiste tal vez hoy por la ceguera de las oposiciones parlamentarias en presentarle batalla, que habían de perder a raíz del asesinato de Matteotti[401]." Tales fueron, en síntesis, las declaraciones de Cambó que yo vi publicadas en "La Veu de Catalunya", órgano oficial del catalanismo. Todavía recuerdo la polvareda que levantaron estas precisas, concretas declaraciones. "¡Cambó va a la Asamblea!", leía yo en grandes titulares. Y él declaraba, por el contrario, que no iría jamás. Ahora, ante este libro, el simplismo demagógico de algunos que solo saben nutrirse de la anécdota, y hasta vivir y aprovecharse de ella, fingiendo austeridades que son doblemente cínicas, por ser estudiadas; el mismo afán de amontonar incógnitas, enigmas, para alarmar al ingenuo lector.

Claro está que el estudio de "Las Dictaduras", del señor Cambó, no es, ni puede ser, rigurosamente objetivo. Revela, a secas, lo que tiene que revelar; una serenidad apasionada, o, alterando los términos a la usanza unamunesca, una pasión serena. El señor Cambó es un hombre de carne y hueso; es ciudadano de España, vecino de Barcelona; ha sido ministro y líder de un grupo parlamentario; es hombre que se dedica a quehaceres financieros, tan ligados a los políticos, y las cosas públicas se rozan con su ambiente y facilitan o dificultan sus movimientos. Por eso en este libro, junto al estudio de un tema político debe verse el anuncio de una actitud. Al señor Cambó le preocupa, naturalmente, lo que venga después, y se prepara a saltar ese momento, preñado de dificultades para todo hombre sereno y consciente. Honestamente nos dice que él es incompatible con todas las dictaduras, "hasta con las buenas", y señala su simple carácter de espectador pasivo ante la de su país. Que además juzga parcamente. Pocas alusiones a la dictadura española en este libro, tal vez porque ha sido pensado en ella y para ella preferentemente. Los mismos menesteres lógicos llevan al señor Cambó a una serie de concesiones… precisamente para poder discutir y para permitirse señalar posiciones mañana. "¿La dictadura es un bien? ¿Es un mal? ¡Es un hecho!" Es un hecho, escribe. Es un hecho al que hay que atenerse. Es un hecho que tiene sus causas y que, forzosamente, tendrá sus derivaciones y consecuencias. ¿Es cosa de hacer tabla rasa de todo? ¿Y para qué? ¿Qué culpa tiene, por ejemplo, la dictadura de la escisión republicana a la hora actual?

Siete años no pueden borrarse así como así en la vida política –rudimentaria– de un pueblo como el nuestro. Lo que advierte Cambó es que la hora de ahora es de precaución, de cautela y

[401] Líder socialista italiano secuestrado y asesinado por militantes fascistas.

de silencio, ya que todo habrá que rehacerlo mañana. Más que de gestos, el día de mañana será de labor abnegada y silenciosa. Hay que lograr gentes nuevas para problemas nuevos.

Yo creo sinceramente que esta es la misión de Cambó, o al menos tal es mi exégesis de lector y meditador de su libro. Prefiero, en la hora de ahora, señalar las concomitancias a marcar las diferencias. No puede ni debe hacerse, en puridad, otra cosa, si hemos de formar un frente único todos los que no somos temporalmente amigos del régimen de dictaduras. Venir ahora con distingos importunos es restar eficacia a los esfuerzos colectivos de la oposición. El libro "Las Dictaduras" –y ya termino por hoy– refleja indudablemente el sentir de los espíritus españoles que no pueden vivir con las restricciones y limitaciones que implica la dictadura para su existencia y actuación. Nadie hable de incógnitas ahora; que eso es distraer al compañero de lucha y dar armas al adversario. Lo urgente es mejorar el régimen de normalidad y dotarle de las condiciones necesarias de permanencia y de eficacia.

Heraldo de Madrid (26-10-1929)

El caso de Menéndez Valdés

No es extraño que la "Editorial España", cuyo pandero está en las diestras manos de los señores Araquistaín y Álvarez del Vayo, mis queridos amigos y compañeros, haya tenido que reimprimir, en una copiosa nueva edición, el libro "Siete meses condenado a muerte", del ingenioso asturiano don Manuel Menéndez Valdés[402]. Estas preciosas y atormentadas memorias de un inocente condenado a muerte por un consejo de guerra francés durante la gran guerra, respiran un hondo aliento de sinceridad y de emoción. Con la guerra, con los primeros terribles días de la guerra, perdieron en Francia la cabeza desde Clemenceau[403] y Poincaré[404], al polizonte más subalterno y arbitrario. La guerra, en todos los tiempos, puede definirse como el estado permanente de suspensión y de negación del derecho, y de su derivado, la justicia. Se juzga siempre arbitrariamente, aunque se juzgue de buena fe. Los dedos se le antojan huéspedes al juzgador, y no es solamente en España donde se fabrican, con apariencias de solidez, buenos castillos de naipes. El relato de Menéndez Valdés gana en seguida al lector por su sobriedad, por su justeza, por su misma ecuanimidad, y no me extraña que las memorias del pobre ex presidiario de La Guayana, hayan ganado en seguida el favor del público popular.

El libro me recuerda muchas veces, no sé por qué, el clásico "I mici prigioni"[405], del milanés Silvio Pellico. Quitad los sótanos del Palacio Ducal de Venecia, poned los "cachots", los calabozos irrespirables, lóbregos y nauseabundos de la cárcel de La Santé con sus diez y siete galerías, y el mismo drama se presenta ante vuestra vista: la lucha del hombre contra la injusticia. Los procedimientos judiciales han cambiado de forma, pero no de fondo. Mientras se considere que todo acusado por simple indicio es culpable a derechas, el juez no es el hombre que representa la ley –la norma– sino el lobo hambriento que tiene necesidad de tajada. En los momentos de guerra, la sensibilidad jurídica se pierde por completo. El pánico fabrica los más lindos artificios para disfrazarse y para seguir imperando como razón suprema ante las muchedumbres. No creo que el caso del señor Menéndez Valdés sea fundamentalmente distinto de otros muchos en que se llegó al fusilamiento de la víctima en los trágicos fosos de Vincennes. En algunos procesos más calificados y ruidosos –el de la bellísima bailarina Mata Hari, por ejemplo– se ve patente y notoria alguna vez la responsabilidad del encartado, aunque cada indicio cierto vaya envuelto en mil conjeturas problemáticas y caprichosas. Del hecho de que una mujer galante fuese a la vez amiga de un general alemán y de unos aviadores franceses, no se desprende la consecuencia inevitable de que fuera traidora a la causa de Francia, sino de que era alegre y sensible de cascos y de que la amistad no repara en nacionalidades ni en banderías. En cambio, la acusación sobre el Paso de las Damas, que costó ríos de sangre a la República, ya

[402] Menéndez Valdés, Manuel (1890 – ????). Ingeniero industrial y aviador asturiano. Acusado de espionaje durante la Primera Guerra Mundial, fue encarcelado, torturado, condenado a muerte y deportado a la Guyana francesa de donde logró evadirse.

[403] Georges Benjamín Clemenceau (1841 – 1929). Médico, periodista y político que ocupó el cargo de primer ministro y jefe de gobierno de la Tercera República Francesa.

[404] Raymond Poincaré (1860 – 1934). Presidente de la República Francesa durante la Primera Guerra Mundial

[405] Así en el original. El título real es "Le mie prigioni"

es bastante más concreta. El caso de Sedano, el secretario de Rubén Darío, también está lleno de ligerezas. Y el de Menéndez Valdés todavía sangra: tal es la trascendencia y la magnitud del error judicial.

No vamos a achacar, sin embargo, a Francia la responsabilidad de lo ocurrido, aunque Araquistain solicite de Barbusse[406] la revisión del proceso, por el honor mismo de Francia y por el amor que sentimos hacia ella los que la defendimos en los días de la hecatombe con nuestra pluma modesta, pero insobornable. En Alemania, en Inglaterra, en Italia, hubiera sido posible el mismo error. Lo que requiere, sin embargo, una transformación inmediata y urgente, es el sistema penitenciario francés. El presidio abierto de la Guayana, al lado de la colonia holandesa y de Venezuela, es un ultraje a la Humanidad. Aquello no es escuela de corrección, sino cementerio y carnicería de hombres. La pluma del señor Menéndez Valdés, describiendo aquellos infiernos, adquiere a veces vuelos épicos, dantescos. Se les despacha hacia la muerte con el más leve pretexto o sin pretexto alguno. Sabedores los presidiarios de que no valen razones se tornan en seguida fieras y como fieras viven. El episodio de la evasión, con el asesinato del guardián; el relato de la travesía; la noche trágica de las muertes en la cuadra, cuando nuestro compatriota es avisado por el español Pastor a que se prepare a presenciar algo terrible, son páginas que nos perseguirán toda la vida como una pesadilla macabra.

No es extraño, repetimos, que el trágico relato del señor Menéndez Valdés comience a apasionar al público. Tal vez porque el autor no es un escritor profesional, consigue apoderarse enteramente del ánimo del lector. No sabe de trucos, ni de artificios literarios. Escribe con sencillez lo que vale tanto como escribir con emoción. La emoción no es secreto de profesionales, sino patrimonio único y exclusivo de los espíritus sinceros. Y cuando estos espíritus han sido atormentados por la injusticia de los hombres, saben remontarse a las cumbres de la grandeza épica y sumergirse en los abismos de la pura emoción lírica.

El Adelanto (02-11-1929)

La Universidad

La verdad es que no puedo vivir muchos días sin soñar un poco en Salamanca. En Salamanca y su Escuela. Había perdido el famoso libro de A.F.G. Bell sobre "Luis de León" y rogué a su Editor, mi querido amigo Araluce, de Barcelona que me lo remitiera de nuevo. Llegó en el correo de ayer. Necesitaba tornar a ver las estampas de la fontana pura, de la cumbre airosa, de la ciudad desde más allá del puente metálico. Necesitaba tornar a leer las páginas sobre la Escuela. ¿Por qué? ¡Vaya usted, lector, a preguntar a un enamorado, por qué nos habla de la misma mujer a todas horas! El caso es que, al no encontrar ahora, entre los libros que siempre tengo al alcance de la mano, el libro de Bell, sentía la misma sensación de angustia del novio que ha dejado en casa el retrato de la prometida. Y ahora, ya con él entre las manos, me cobro bien a placer de las ausencias pasadas.

El primer grabado es un dibujo inglés, siluetado, recortado, de las Catedrales reflejándose en el río. ¡Bonita lámina, de veras! Yo he visto, lo mismo que el siluetista, mi ciudad. Cuatro o cinco sombras, grandes, negras –San Esteban, las Catedrales, el campanil de la Escuela, los paredones de la Merced– y unas luces temblando en la superficie tersa de las aguas. Salamanca, desde el río, adopta la misma coquetería de una mujer ante la lente de un fotógrafo. La ciudad se pone a ciertas horas en postura "para retratarse". Lo accesorio y lo subalterno desaparece para destacar sus líneas fundamentales y perennes. Salamanca deja al descubierto todo lo que es armonía, todo lo que es proporción y todo lo que es quietud, y tapa cuidadosamente lo que de feo han abierto en ella la brecha de los tiempos. Las nuevas casucas recientes, no existen. Deja visible lo que ha dorado el sol y oculta la novedad ridícula y tediosa. Salamanca forma entonces un conjunto encantador, y sorprendida a la hora en que la ha visto el dibujante, al anochecer, nos hace pensar que si el sol la besa, la luna sabe acariciarla con la misma dulzura.

Y con la estampa de la Universidad delante de los ojos, torno a releer el célebre capítulo sobre la Escuela en el siglo XVI. Cuando Fray Luis llega a Salamanca y toma su hábito de Agustino, a los catorce años, la casa de las Conchas, con los lises de los Maldonados labrados a

[406] Henri Barbusse (1873 – 1935). Escritor, periodista y militante comunista francés.

cincel, con las airosas columnas de los ajimeces, con la gracia inefable de sus rejas saludando a María, acaba de levantarse. Berruguete labra la portada de Sancti-Spiritus. El prócer Alonso de Fonseca deja huella de su travesura y de su elegancia en las Ursulinas. Se rematan las cornisas de Monterrey. San Esteban, y la Catedral Nueva, y el Colegio del Arzobispo, están desmontando los andamios que tapan sus bellezas peregrinas. San Benito, la Casa de las Muertes, la de los Garci-grandes, empiezan a planearse. Está naciendo entonces la Salamanca plateresca que tanto amamos. Las casas que se construyen son de muros recios y descansan sobre hermosos pórticos, a la italiana. La ciudad es pequeña y tiene trece puertas. Sus calles estrechas, llevan nombres sonoros y evocadores: calle del Ave María, del Rosario, del Almendro, de la Alegría, de Abrazamozas, de Azafranal, del Abrojal, de Bermejeros, de Olleros, de Nogal, de la Viña, de Pero Cojo, de la Sierpe, de Val florido. Aunque Teresa de Jesús encuentra "muy pobre el lugar", según nos cuenta en sus "Fundaciones", González de Ávila loa la fertilidad de su terreno. La Universidad está abierta mañana y tarde. De diez a doce mil estudiantes pueblan sus aulas a diario. Casi todas las casas de la ciudad son mesones y posadas. Teresa tiene que refugiarse en una posada de estas para abrir su primitiva fundación en la casa de los Ovalles; cuando el Arzobispo Valdés funda el colegio de San Pelayo o de los Verdes, desaloja de pupilos escolarescos varias casas.

La ciudad está llena de muchachos españoles y extranjeros. El Maestrescuela suele ser un respetable maestro y el Rector un avispado estudiante. Los estudiantes ricos van a la Escuela entre un lucido cortejo de servidores. Casacas negras, manteo ancho y birrete llevan los escolares pudientes, pero los pobres –muchos de ellos criados de los ricos– llevan camisas de color, botas zamoranas y capas cortas. Del primero de Octubre al primero de Marzo, las casas estudiantiles se cierran a las siete. Los pupileros tienen la obligación de proveer a sus pupilos de unas velas que alumbren tres horas a lo menos. El estatuto determina que el escolar ha de comer al día una libra de carnero… "y que les den ante y pos y el vino que les suelen dar". Los extremeños se ayudan de los embutidos de su casa y los ricos mandan a pedir empanadas a la afamada pastelería del Desafiadero. Los colegiales viven mejor. Toman pescado, y leche, y huevos. La leña arde alegremente en la sala de estudios. Tienen cocineros y pajes y se relacionan con las casas nobles y ricas de la ciudad. Asisten a sus tertulias y enamoran a las chicas. A las veces, una preferencia, una coquetería, originan un duelo nocturno, una muerte quizás; los esbirros no saben nunca nada, los familiares del Santo Oficio callan y el Rector hace la vista gorda.

En este medio, con estos muchachos, con el arte plateresco que renueva el decoro y la belleza de la ciudad, penetra el Renacimiento y el Humanismo en la Escuela. Los maestros son Fray Luis, y Medina, y Grajal, y Martínez –el hijo del boticario de Cantalapiedra– y Salinas el músico, y el excéntrico Francisco Sánchez el Brocense. Los estudiantes se van llamando Miguel de Cervantes, Juan de Yepes, Medinilla, Gabriel Téllez, Arias Montano, Chacón… La ciudad se ha hermoseado para el relicario de la ciencia que no desdeña la trova, y el ingenio que se apoya, como supremo argumento, en la sonrisa. Cuando la ciudad ha sabido hacerse digno marco de la Escuela, la Escuela, naturalmente, florece, y naturalmente, da sus primeros frutos gustosos y sazonados.

El Adelanto (21-11-1929)

Un libro de Ludwig Pfandl

Continúa la publicación de libros curiosísimos, llenos de interés y de sugerencias, en torno a los temas eternos y a los valores perennes de la vieja España. En poco más de dos años, que yo recuerde, se han traducido al castellano los libros de Bell sobre "Fray Luis de León", los de Marius André "La aventura verídica de Cristóbal Colón" y "El fin del imperio español en América", el de Havelock Ellis "El alma de España", el de René Schwob "Profundidades de España", el de Charles F. Lummis "Los exploradores españoles del siglo XVI" y otros igualmente interesantes y profundos. El que ahora se publica de Ludwig Pfandl[407], ilustrado con preciosas estampas españolas de los siglos XVI y XVII, es un ensayo de introducción a lo que el eruditísimo y paciente

[407] *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII: introducción al estudio del Siglo de Oro*. Barcelona: Edit. Araluce, 1929.

investigador alemán llama edad de oro, y que para él comprende los siglos XVI y XVII, donde ya se inicia y no puede contenerse la decadencia nacional. Comienza, naturalmente, el estudio con las semblanzas de los monarcas de la casa de Austria, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II. En el reinado de Felipe II ve Pfandl una identificación del espíritu del rey con el de su pueblo; gráficamente puede simbolizarse en las piedras de El Escorial, que representa el espíritu de Felipe y el de España en el siglo XVI. Pero el momento es harto fugaz, porque Felipe III delega todo su poder en los privados Lerma y Uceda y Felipe IV es el espíritu superficial y ciego, que delega también toda su potestad en el Conde Duque, echándose las manos a la cabeza cuando le sorprenden las sublevaciones de Portugal y de Cataluña, y Francia introduce la manzana de la discordia en nuestra Corte para ir apoderándose poco a poco y cautamente, de sus hilos más finos y delicados.

Pero este estudio sobre los monarcas de la casa de Austria, con el lamentable acabamiento de Carlos II el Hechizado, no es sino un pórtico que utiliza el diligente Pfandl para acometer a continuación, un ensayo vivaz sobre la vida interna de la sociedad española durante esos siglos. El análisis de los Consejos, del Real y Supremo de Castilla, del Supremo y Real de Aragón, del de Italia, del de Flandes, del de Indias, del de Estado, del Real de Hacienda, de la Cámara de Castilla, del Supremo de la Guerra, del Real de las Órdenes Militares y del Consejo Supremo de la Santa Inquisición, nos muestra al descubierto todo el andamiaje político y administrativo de la gobernación pueril de los Austrias. Desciende luego el autor a la administración de justicia y al régimen municipal y el caos es espantoso y más difícil de retener todavía. Se advierte bien a las claras que todo ello sigue viviendo gracias al impulso acumulado en los tiempos de Felipe II y que la nación se desarticula sin remedio.

Recordamos, sin querer, aquel famoso informe que comenta Croce en su libro "Spagna nella vita italiana della Rinescenza", suscrito por Fulvio Testi, embajador del Duque de Módena, cuando advierte que la manzana está podrida y que nada tiene de común la lozanía exterior con la podredumbre interna. El escritor bávaro, que está enteradísimo y que documenta todos sus asertos con una maciza y densa información a la alemana, describe a continuación todo el arte procesal del Tribunal del Santo Oficio. Después del libro de Aubrey F. G. Bell sobre Fray Luis y el proceso del famoso agustino de Salamanca, se advierten con facilidad que el procedimiento de enjuiciar, aparte del secreto de las acusaciones y del encarcelamiento preventivo del encartado, no es ni mejor ni peor que todos los sistemas procesales que en el mundo han sido, y que, a las veces, daban garantías de eficaz defensa al encartado, que no han sabido conservar, en toda su amplitud, los códigos modernos, sobre todo en el periodo preliminar o instructorio del proceso. Tal vez volvamos alguna vez sobre ese punto para determinar lo que había de bueno y de malo en este sistema procesal del Santo Oficio, y lo que hay de leyenda y lo que de verdad hay en los procesos más ruidosos y conocidos.

Todo esto sirve a Pfandl para preparar su capítulo sobre la sociedad española, el más interesante y el de mayor consideración de este hermoso libro. La adhesión del clero a la monarquía, por ejemplo, está explicada de una manera harto penetrante y sagaz. Todos los beneficios y sinecuras de la Iglesia española estaban realmente en manos del monarca. Este era el único pensador de gracias desde que el derecho de provisión de todos los oficios eclesiásticos pasó a la corona de Castilla por el conocido privilegio de Adriano VI a Carlos V. Es verdad que Roma se reservaba el derecho de confirmación, pero este derecho, hasta en los tiempos que corremos donde han llegado muchos residuos del pasado estado de cosas, es meramente platónico y no se ejercita jamás de hecho. La consecuencia, en los tiempos de los Austrias era que el brazo eclesiástico tenía que ser profundamente realista para subsistir. La nobleza, en cambio, apenas si logró predicamento considerable hasta el reinado de Felipe IV, con el traslado de toda la nobleza a la corte de Madrid. La empleomanía, la terrible y compleja e intrincada empleomanía de los Austrias, prueba una clase intermedia entre la nobleza y la burguesía, y cuando surge el privado y se hace epidémico a lo largo de la dominación de los dos últimos Felipes y del pobre Carlos II, el parásito crece hasta cegar todas las fuentes naturales del país y taparlas y ocultarlas enteramente.

El Pueblo permanece, en cambio, antaño como hogaño, alejado de la cosa pública. Pfandl lo conoce en todos sus aspectos y en todos sus matices. Resulta realmente incomprensible la afirmación del prologuista asegurando que el erudito historiador alemán no ha estado jamás en España. La sensación que nos da en este largo y profundo capítulo de la sociedad española es la de un hombre que ha pasado toda su vida en España. Está muy bien el juicio de mi amigo

Artigas, director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, cuando escribe hablando de Pfandl: "Más que la erudición con ser vasta y escogida; más que sus reproducciones de manuscritos y rarezas de los fondos de la Biblioteca de Munich, nos atrae y cautiva este escritor por su arte de exponer y, sobre todo, por su comprensión para penetrar en el espíritu histórico de las letras y de la cultura española tan profundamente que más que libros de un hispanista, parecen libros de un español traducidos al alemán."

Así es, en efecto. El aspecto de las ciudades con sus calles y sus casas; la descripción vivaz de las grandes urbes –Madrid, Toledo, Sevilla–, el estudio de las procesiones, de los autos de fe, de las pompas fúnebres, de las corridas de toros, justas y torneos, de las apuestas, de los bárbaros espectáculos de las carnestolendas –que tanto recuerdan las bacanales romanas–; de las entradas solemnes de los monarcas en las ciudades, de las fiestas universitarias, de los corrales, de los juegos, de los deportes, de la equitación, de la esgrima, de la caza, del lujo y del vestido, todos estos temas, tan varios y tan complejos, están estudiados con un alarde de erudición que espanta. Se nos dice que Ludwig Pfandl ha preparado durante treinta años este estudio. Así nos explicamos muchas cosas. Es realmente una pena que cuando queremos buscar un estudio de conjunto sobre la sociedad de los tiempos pretéritos, tengamos que prescindir de la bibliografía española para ir a abrevar con toda diligencia en las fuentes forasteras.

Lo que no sabíamos es que el contacto solo de los libros puede dar visiones personales y acertadas de las cosas. El infatigable investigador de Munich nos hace pensar que el estudio suple muchas cosas y que el valor de la cultura es, ciertamente, incontestable.

La Voz de Guipúzcoa (19-12-1929)
El Noroeste (21-12-1929)
El Luchador (19-12-1929)

El cardenal Cisneros

En la bonita colección *La novela de los grandes hombres*, que está publicando en Madrid el editor Sr. Aguilar, acaba de publicarse un lindo volumen consagrado a la vida del cardenal D. Francisco Jiménez de Cisneros. Firma el libro el benemérito catedrático de Salamanca D. Juan Domínguez Berrueta, que ha comentado ya la vida y la obra de nuestros místicos y publicado dos libros de sugestivo encanto: la guía sentimental de su urbe académica y el ensayo titulado *La ciudad del silencio*. Escribe un castellano muy cuidado el Sr. Domínguez Berrueta, y es hombre de recia y fuerte erudición, de lecturas copiosas y bien digeridas y de penetrante y honda sensibilidad. Con estos antecedentes no puede maravillarse el lector de que haya leído con deleite este libro sobre nuestro ilustre Cardenal franciscano.

El Cardenal está «fijado» para siempre en esta semblanza, animada y viva de las postrimerías del siglo XV y de los albores del XVI. Cardenal a los setenta y un años –nace en Torrelaguna el año 1436 y es creado Cardenal en Roma en 1507–, gana a Orán dos años más tarde, y sufre sin vacilaciones y con serenidad el peso del Gobierno del país. Aún tiene tiempo, dos años antes de morir, en 1515, de imprimir la Biblia Políglota. El señor Domínguez Berrueta, en los cuatro capítulos que dedica a estudiar el ambiente de la época del Cardenal, para mi gusto los más substanciosos y gratos del libro –los Reyes Católicos, El oro de las Indias, La Epopeya hispana y las coplas de Jorge Manrique–, dibuja con una época un carácter. Cisneros es, en efecto, un hombre excepcional. Es lástima que en el espacio reducido que nosotros podemos dedicar a estos escarceos en Mundo Gráfico, no tengamos nunca el espacio preciso para justificar nuestras afirmaciones, teniendo que limitarnos a impresiones puramente informativas. Oigamos solamente el juicio que Cisneros mereció a Leibnitz: «Si los grandes hombres se pudieran comprar –escribe el filósofo alemán–, España no habría pagado cara la dicha de tener tal ministro, aun cuando hubiera sacrificado uno de sus reinos.»

Disertando Berrueta en este bello libro de las dos grandes figuras históricas, el Gran Capitán y Cisneros, recuerda la frase del gran historiador portugués Oliveira Martins, de que son el «Gobierno y la espada». «Jiménez y el Gran Capitán –añade el sutilísimo escritor lusitano– son, como los caballeros portugueses de África, las últimas figuras de la Edad Media peninsular.» En las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, quiere ver D. Juan Domínguez Berrueta como un trasunto de la vida del Gran Capitán, y al narrar la muerte del Cardenal, acaecida en Roa, advertimos que hace falta un poeta que cante, en coplas de pie quebrado también, la

grandeza y la ecuanimidad de esta figura, típicamente castellana. «Luego que murió el Cardenal en Roa –escribe el licenciado Porreño–, muchas gentes de la dicha villa y de los pueblos circunvecinos, movidos de la fama de su santidad, acudieron a besarle los pies...» Todos los hombres de pluma loan las grandes cualidades del difunto, menudamente los enumera el biógrafo salmantino del Cardenal. Gozó fama de santo fray Francisco en vida; hasta se habla de milagros suyos en el Castañar y en Villalumbrales. Estamos muy lejos de un diplomático a la usanza de un Cardenal como el francés Richelieu. La diplomacia de Cisneros era la sencillez, la ecuanimidad, la pureza, la hombría de bien, en una palabra. El secretario florentino no hubiera captado el aroma de esta figura ni la entereza de este carácter.

Mundo Gráfico (01-01-1930)

Santa Teresa y otros ensayos

Américo Castro.– Madrid, 1929.– Un tomo en 8. de 275 páginas.

"Ni clínica, ni empíreo –escribe el profesor Castro[408] como primeras afirmaciones de su ensayo de 63 páginas sobre la reformadora del Carmelo–. Teresa de Ávila suele ser llevada de uno a otro recinto, siempre envuelta en aureolas mágicas. La histeria –el freudismo– hace de sobrenatural para quienes no confían mucho en el otro mundo. Que Jesús u otros fueran los demiurgos de la obra teresiana, tal vez no sea indiferente desde ciertos puntos de vista; en lo que atañe a la consideración histórica y literaria de los escritos de la Santa, el resultado es igual. Posesa de divinidad y de neurosis, nuestra mística carece aún de claro y sereno emplazamiento entre los valores que integran la historia de la civilización hispánica." Como advertirá el lector, pasando por la construcción gramatical, obscura y deficiente, del profesor Castro, en estas palabras está contenido el índice de las afirmaciones de su ensayo. Y por él nos enteramos de que Teresa es llevada de la clínica al empíreo y del empíreo a la clínica. De que el histerismo actúa de fenómeno sobrenatural para los que no creen demasiado en un mundo sobrenatural. De que para el estudio de la vida y de los escritos de Teresa es igual que los inspire la divinidad o la lujuria. Finalmente, para el profesor Castro, la Santa de Ávila, poseída de la divinidad o de la neurosis, no está todavía bien emplazada, como valor místico, entre los valores que integran la civilización de nuestro pueblo.

Todo el trabajo del profesor Castro es una pobre glosa de estas afirmaciones dignas de un mal estudiante de medicina o de un profesor de tangos argentinos que dedica sus horas de ocio a la literatura. No se para en obstáculo alguno para escribir lo que le viene a los puntos de la pluma el catedrático de la Universidad Central. Habla de la raíz terrena del impulso místico y de que su despliegue inefable ocurre precisamente en todo ser que observa una actitud noble y "segura". Confesamos que no entendemos del todo este adjetivo tan desdichadamente colocado en este lugar. A renglón seguido afirma que lo místico le pone en contacto con las almas anhelosas y que la literatura mística aparece en España, completamente a destiempo, durante el siglo XVI. Y en su ensayo se propone estudiar la mística como hecho humano, es decir, como fenómeno clínico, prescindiendo de su contenido espiritual, cosa difícil, sobre todo en Teresa, en la que la idea, la vida y la obra es un todo orgánico, con perfecta unidad, que no está al alcance más que del devoto y del enamorado. Para penetrar en el espíritu de Teresa hay que estar poseído de aquello que llamó el Dante *inteletto d'amore*, que es una suerte de razonamiento, que comienza a trabarse y a concretarse en la adhesión cordial y que llega a fórmulas de comprensión perfecta precisamente porque no la pretende. Aprisionar el corazón de Teresa en una fórmula es algo tan absurdo como pretender conservar el agua en un cestillo. Lo que puede hacer es dejarse llevar del arrobamiento y soñar en la obra de la mujer caldeada en busca del anhelo común humano. No de otra suerte procedió Valera estudiando la figura de la Santa en su discurso de entrada en la Academia. No de otra suerte se conduce, recientemente, Gabriela Cunninghame Graham[409] en su ensayo sobre la vida y la obra teresiana.

Para Castro, despistado, sin duda, al encontrarse, no con un manualete, sino con una mujer de carne y hueso, los principales lectores de Teresa son, o las gentes devotas, o los eruditos, o

[408] Américo Castro Quesada (1885 – 1972). Filólogo, cervantista e historiador cultural español. El artículo se refiere a la publicación *Santa Teresa y otros ensayos*, Editorial Historia Nueva, Madrid, septiembre de 1929.

[409] Autora de la biografía en dos volúmenes, *Santa Teresa: su vida y tiempos* (1894).

los buscadores de anormalidades nerviosas. Semejante afirmación no puede hacerse en serio por un hombre responsable de lo que escribe. La tesis de la anormalidad nerviosa de Santa Teresa ya no la sostienen en serio más que los novelistas franceses de quinta categoría. El episodio de la enfermedad nerviosa de Teresa de Becedas nada dice frente a una vida llena de equilibrio y de ponderación. Hay un buen sentido castellano, una aguda visión de realidad, en toda la vida de la Santa de Ávila. Refrena sus sueños la Santa con los mil incidentes enojosos de sus fundaciones, y se libera de sus ajetreos de fundadora levantando palomares místicos en los pueblos de Castilla y Andalucía, escribiendo en sus libros las intimidades con su Esposo Jesús. Hoy está fuera de toda duda que Santa Teresa es un bruñido espejo de sensatez, de equilibrio, de ponderación y de salud físicas y mentales. Toda su obra la pregona de continuo. Priora en Ávila, antes de la Reforma de la Descaldez [sic][410], hace frente a la relajación monástica con expedientes tan graciosos y tan humanos como aquel en que cuelga las llaves priorales de la imagen de la Virgen que preside el coro, sometiéndose a sus deliberaciones. En Salamanca, ante los sustos de Sor María del Sacramento, que no la deja dormir, la pide donosamente que calle, porque si llega el terrible trance de la muerte se proveerá y hará lo que deba. En Palencia se enfada un poco con el acartonamiento de sus hermanas de regla, compone para ellas coplas y villancicos, las hace amigas de la alegría y del holgorio y resuenan los panderos y las zambombas alegremente en la noche que se celebra el Nacimiento del Salvador. En Alba, refrena el ímpetu de Teresa de Layz y se vale de sus amistades con la duquesa para llevar a buen término la fundación, preñada de obstáculos y de dificultades. Y no hablemos de Toledo. Ni de Pastrana, donde tiene que habérselas con el orgullo de la Princesa de Éboli. Y menos, de Sevilla, donde apenas si come cada tres días una pequeña porción de pescado frito. En estas fundaciones Teresa no pierde la cabeza jamás. Ha de entenderse con propietarios, con albañiles, con artífices y con proveedores. Ninguno la engaña. Está siempre en todas las cosas, con la cabeza firme, como digo, y con el corazón limpio. Recorre España de cabo a cabo, a pie, en un asnillo o en el famoso carro conventual donde guarda y observa las horas canónicas, y aún le sobra tiempo para escribir su *Vida*, *Las Moradas*, *Camino de Perfección*, los *Avisos a las monjas*. Nada más lejos de las manifestaciones histéricas que la vida de esta mujer singular.

Aun enfrentándose solamente con los libros, como el Sr. Castro se enfrenta, no cabe otra cosa sino rendirse a la evidencia de este perfecto equilibrio de cuerpo y de alma. Pero la figura de Teresa, para que sea completa, hay que buscarla y recogerla en la tradición oral. En boca de los campesinos de Castilla corren todavía hogaño multitud de anécdotas que la dibujan y pintan de cuerpo entero. Yo he recorrido casi todos los parajes teresianos. Salvo Pastrana, Caravaca y Beas, conozco todas las fundaciones españolas de Teresa. La circunstancia misma de haber yo nacido y vivido en la villa donde Teresa murió, en Alba de Tormes, me permitiría rehacer, casi en toda su integridad, la graciosa epopeya teresiana. No sabe uno qué admirar más: si su actividad exterior, pródiga en incidentes de toda laya, o su vida de recogimiento, donde, gota a gota, va destilando todo el licor de su alma enamorada. No son, por ende, los buscadores de anormalidades nerviosas los que hoy buscan los escritos de Teresa de Jesús.

Y los eruditos, los eruditos a secas –y nada hay que decir de los eruditos a la violeta–, no suelen abrevar tampoco en las fuentes teresianas, porque, francamente, no la entienden. El estilo de la madre es claro y natural. Escribe con la misma naturalidad con que corre el agua por los regatos. Dice las cosas derechamente, como quiere decirlas. Escribe como hablan las gentes del pueblo de su época. Su estilo está plagado de modismos y de localismos. Estoy seguro que un gañán de Arévalo, de Piedrahíta o de Alba penetra mejor en la intención teresiana que un profesional de las letras de hogaño. Es incorrecta la Santa porque es natural. No busca la expresión más resobada, sino la más sencilla. Así escribe apenas sin tachaduras y sin enmiendas. Fr. Luis de León, que penetró, como pocos, en los hechizos del estilo y de la lengua de la monja, se pasma a cada momento de las dotes de escritora que hay en Teresa. Pues todo eso hay que convenir en que, si no se relaciona con la clínica, se relaciona con el empíreo. Milagros vivos y patentes son los hechizos de su prosa y la emoción de su verso. Hay que creer a pies juntillas en que Teresa de Jesús mueve la pluma, encendida en llama de amor vivo, mientras la ciencia humana no explique, con más claridad que D. Américo Castro, estos prodigios.

Para Castro, el misticismo rechaza siempre todo análisis racional de los fenómenos que se presentan a su alcance. La afirmación del catedrático viene después de unas frases de Teresa en

[410] Por *Descalcez*

que esta renuncia a explicar el texto del *Cantar de los Cantares*: "Mejores son tus pechos." Al llegar a este pasaje, Teresa escribe textualmente: "Os encomiendo mucho –dice a sus monjitas– que cuando leyéredes algún libro y oyéredes sermón y pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo: no es para mujeres ni para hombres muchas cosas." Castro toma al pie de la letra el pudor de Teresa, que sabe perfectamente lo que comenta y sabe muy bien cómo comentarlo, pero tiene en cuenta el nivel moral de sus hermanas, y se abstiene. Cualquiera sabe que los manuscritos de la Santa, a pesar de la protesta de fray Luis de León, no han llegado a nosotros como fueron escritos. Fueron podados y mutilados sus pensamientos por manos inexpertas y torpes. Pero cuando ella misma se contiene, como en este pasaje que emplea D. Américo Castro para negar toda potencia de análisis al temperamento crítico, que de pecar de algo peca precisamente de hereje y de heterodoxo, es que se contiene adrede, no por ella, sino por su público habitual de novicias poco avisadas y simples.

En resumen: el ensayo de Américo Castro se me antoja urdido y escrito muy a la ligera. Podría hacer esta nota interminable, rebatiendo, una por una, sus afirmaciones; pero las principales quedan ya apuntadas y señaladas. A este estudio sobre Santa Teresa, que tiene una extensión de sesenta y tres páginas, siguen otros, titulados: *Algo de la Edad Media*, *El pobre de la Flamenca*, *El Príncipe Don Juan*, *Recordando a Erasmo*, *El problema histórico de la Celestina*. Se trata de apuntes breves de nuestra historia literaria que vieron la luz en diarios sudamericanos. Más completos, pueden añadir nuevos lauros a la historia literaria del autor, que ha dormitado lamentablemente escribiendo estas páginas falsas y huecas sobre la vida de Teresa de Jesús.

Erudición Ibero-Ultramarina[411] (Enero 1930)
El Adelanto (29-03-1930)

La perfecta casada

Para María Luisa Mirat

Esta doña María Varela de Ossorio, honesta y limpia dama salmantina, a la que dedica su bellísimo tratado el maestro León, vive en Salamanca y acaba de casarse en la ciudad. Frente al convento de San Agustín tiene su hermoso caserón la dama. El sol de los Austrias decora la fachada; unas bellas ventanas del Renacimiento miran al barrio de San Vicente; sobre los muros del patio se destaca la torre de la Catedral Nueva, que está rematándose en estos años postreros del siglo XVI. Fray Luis parece muy amigo de esta dama, que habita en la casa de los Maldonado Abarca. Acaso, a la salida de su cátedra de Escritura, departe el fraile con doña María, cuando torna de la Universidad al Convento; acaso la recién casada ha manifestado su simpatía por el Maestro en las luchas que éste sostiene con el Claustro, cominero y ridículo; acaso, el buen caballero Ossorio ha sido discípulo del poeta. No sabemos nada de nada. Solamente sabemos que el vulgo llama a esta preciosa casa de doña María, casa de Fray Luis, sin advertir que el monje habitaba en su Convento, y que esta casa, que debía ser una reliquia sagrada en el patrimonio artístico de nuestro pueblo, merece restaurarse y conservarse con singular predilección.

A doña María Varela de Ossorio –decimos– dedica el fraile su bellísimo tratado. Yo me imagino a esta señora –joven, muy joven– alta, morena, donairosa, pulcra y sencilla, como buena salmantina. Su hermosura no es tal vez de esas afectadas y pomposas que deslumbran al momento, sino de las que ganan a todas horas con el análisis, con el trato y con la familiaridad. Las bellezas que cría el Tormes, son reposadas y serenas. Amorenadas como la tierra mollar, son limpias como su cielo, sagaces como sus doctores, y llanas y afables como sus hidalgos. El fraile, seguro de la inteligencia y de la penetración de doña María, habla a esta con palabras nobles y elevadas. "Y dado que el buen juicio de vuestra merced –escribe el maestro– y la inclinación a toda virtud de que Dios la dotó… todavía el entrañable amor que la tengo y el deseo de su bien que arde en mí, me despiertan para que la provea de algún aviso, y para que la busque y encienda alguna luz que sin engaño ni error alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos de él".

[411] Firmado como José Sánchez Rojas *Doctor en Derecho*

Los avisos del Maestro no pueden ser más discretos ni atinados. La luz que resplandece en este libro es vivísima y alumbra en todas las dudas, y en todas las vacilaciones orienta y decide a la mujer. La profesión que más ama Fray Luis en la casada, es la de labradora; parece que doña María lo es; parece que doña María vive de sus haciendas, y del oro rubio de sus paneras, y del trabajo de sus yuntas. ¿Dónde están las posesiones de doña María, y de su marido, el caballero Ossorio? ¿En la Armuña, en el Abadengo; en las siete Villas, en las lomas de Aldealengua, junto a la granja de los Agustinos? Nuevo silencio de la erudición que aprisiona con pinzas el dato menudo y no sabe reconstruir jamás el ambiente de una época: "Yo trujera ahora a vuestra merced –advierte fray Luis, dirigiéndose a doña María– por toda su casa, y en cada uno de los rincones della le dijera lo que hay de provecho, mas vuestra merced lo sabe bien y lo hace mejor."

¡Qué labradora más discreta no será doña María para merecer este elogio, sobrio y magnífico, del Agustino¡ Pero "si no quiere acordarse, de sí" –sigue advirtiendo el fraile– "ponga los ojos en una mujer que rodea su casa, y que de lo que en ella parece perdido, hace dinero, y compra lana y lino, y junta con sus criadas lo adereza y labra, volteando el huso en la mano y contando consejas". De esta guisa, bajo el tibio techo del hogar "se teje la tela, y se labra el paño, y se acaban las ricas labores, y cuando menos pensamos, llenas las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto, y comienza a desplegar sus riquezas, y sale de allí el abrigo para los criados, y el vestido para los hijos, y las galas suyas, y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas, y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos, y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo." El fraile glosa, por primera vez, en castellano, los consejos de las Escrituras, y la gracia de su estilo, y la sutileza de su entendimiento, se funden en este libro sin par en la prosa castellana. Madrugue la casada; sea como navío de mercader, que de lejos trae su pan, reparta las raciones a los gañanes y las tareas a las mozas, "y no pierda jamás, por un vicioso dormir, lo más deleitoso de la vida, que es la mañana."

Sea madruguera la casada; no tenga por honra el ocio; no sea festera, callejera, ni ventanera; sea hermosa por la vía del aseo, sin curarse de la pintura de los ojos y de la untura de los cabellos. Esté ya compuesta y adobada con la aurora; desperécese con el sol, si quiere deleitarse los sentidos, tener ágil el cuerpo y fuerte y robusto el entendimiento. Sí, ¡desperécese con el sol! ¡Estas mañanas tibias y primaverales de Salamanca! Las piedras se tiñen de rosa; del campo llega un olor a hierba mojada que enhechiza los sentidos; el aire menea los chopos del río. ¡Por Dios: no sea ociosa la señora! Plante viñas con el fruto de sus palmas. Sea su lengua ley de piedad y de misericordia. No coma el pan de balde. Piense que el buen donaire es engaño y cosa fugaz la hermosura. Nutra de su leche a los hijos que pare. Granjee. Tome el huso en sus manos. No apague jamás –pero jamás– de noche la candela.

¡Libro peregrino el del fraile violento y batallador! El nombre de doña María Varela de Ossorio brilla en su fachada como una antorcha. Es el homenaje delicado, consciente, varonil, del poeta que tanto sabe del mundo y de las gentes, a la señora salmantina, y por extensión, a la señora castellana. El espejo lo ha tenido delante de sus ojos Fray Luis; de niño, en Belmonte; de adolescente, en Madrid, y en Toledo; de estudiante y de maestro, en esta Salamanca que tan poco le comprende y que ha premiado siempre –antaño y hogaño– con el destierro, con la mentira, a los amadores y devotos que más la ensalzan sin dejar de encomendar luego a los Castros y Cigüelos de toda laya el tinglado de dos centenarios, para que luzcan las sayas académicas y hasta los arreos caseros.

Digo que el espejo de la señora castellana lo tiene delante de sus ojos, a todas horas, fray Luis; es, tal vez, su propia madre, la mujer del abogado Lope, que ha de marchar de Belmonte y deshacer su casa, por la suspicacia de que su marido sea judaizante; es la madre del Padre Gudiel, su gran amigo, prisionero por amor a él en las cárceles del Santo Oficio y muerto y enterrado en ellas; es la gentil labradora de estos pueblos de la socampana salmantina, cuya loa comienza el Maestro y concluye en nuestros días; llorando la muerte de su madre, Gabriel y Galán; es la artesana, la simpática artesana, la castiza artesana de la ciudad ¡doctora que "toma el huso en sus manos", y tiene tiempo todavía para labrar la plata; es la esposa del profesor, del oidor, del letrado, del consejero, del físico, que alienta al marido en su trabajo, cuida de las galas de sus retoños y vive en un ambiente de paz discreto y confiado.

Me place imaginar a doña María Varela de Ossorio, en plena madurez, releyendo, con emoción serena, el precioso libro que la regalase hace años Luis de León, el fraile que muriera en Madrigal de las Altas Torres; en estos primeros albores del siglo XVII, su nombre se pronuncia

con respeto y veneración en las aulas; por ellas discurre, tal vez, persiguiendo a las Estrellas y a las Esperancicas, un muchacho de Alcalá que se llama Miguel de Cervantes. Los versos de Luis de León corren en boca de los colegiales y de sus amadas; los vítores rojos cantan los ardores de la mocedad en los muros de los estudios; a la Flecha van los poetas a oír el murmullo del agua en la fontana, junto a la cuesta que hay en el huerto, a la derecha. Doña María, que advierte, con verdadero sobresalto, como su hija anda en fiestas de amores con un escolar aventajado, guarda para ella el libro peregrino encerrado en el cofre de las joyas, al lado del manto y de las arras de la abuela, que llevó al altar y que también llevará su hija.

El Adelanto (02-01-1930)

26 Cuentos infantiles, por Antonio Robles[412]

A las mariposas, y a los querubines, y a las estrellas, y a los aviones, y a todo lo que vuele alto y vuele bien, dedica esta preciosa colección de cuentos nuestro querido compañero Antoniorrobles [sic], tan conocido de los pequeños lectores de CRÓNICA. Pensando en los niños de España, tan olvidados por los editores, sin otras excepciones que las de Araluce y Calleja, divulgador el primero de las grandes obras, de las gestas de los grandes hombres, y coleccionador el segundo de las pequeñas narraciones hogareñas que se han transmitido de generación en generación: pensando en los niños de España, no hay modo de rastrear por los suelos ni de hundirse en la ciénaga. Antoniorrobles, que conoce su público infantil, consigue deleitarle con estas veintiséis narraciones, cuyos títulos van enumerados por índice alfabético, y que los grandes, como los pequeños, leemos gratamente de un tirón.

El espíritu de nuestro querido Robles es, ante todo, claro y sencillo. Como su espíritu es su estilo, que tiene la transparencia del agua de regato y la diafanidad de un ciclo sin nubes. Como el estilo y la persona, es el argumento de estas narraciones. Contarlo menudamente y en detalle a nuestros amiguitos, vale tanto como anticiparles emociones que deben saborear por sí mismos en sus horas inacabables de ocio. Pero nosotros escribimos principalmente estas notas para que los papás se provean en casa de su librero de estos lindos volúmenes bellamente ilustrados por *Tono*, y podemos anticiparles que los cuentos de Antoniorrobles están tan lejos de los cuentos pedagógicos de antaño como de las narraciones puramente ultraístas y extrahumanas de los tiempos que corren. El autor, más que a la inteligencia de los niños, se dirige a su sensibilidad, para sorprenderla primero y deleitarla después con el panorama imprevisto de la gracia y de la cordialidad. No agota ni apura los temas, supremo acierto que no hace del todo interesantes a los niños, en la hora de ahora, libros tan honradamente compuestos como *Testa y Cuore*, de Edmundo de Amicis, sino que trata de sugerirlos, variando de ritmo a cada momento, como hacen Grimm, Hoffmann y los grandes cuentistas de la niñez. Ni razonables sus cuentos, ni tampoco tratados de ética acartonada y seria. Mucho menos, entiéndase bien, irracionales o inmorales. Lo que seguramente piensa Robles, y con Robles nosotros, es que el imperio de lo maravilloso sugiere mucho más a los niños que el imperio de lo razonable, y que no es preciso hablar de ética a estos pequeños seres, porque sus postulados se forman sucesivamente en el instante mismo en que traspasamos los linderos de la adolescencia para entrar de lleno en los de la mocedad, con su cohorte obligada de los primeros desengaños, que son precisamente los más dolorosos. La infancia, por sí mismo, no es moral ni inmoral, y si es un delito de lesa humanidad encharcar la sensibilidad infantil con relatos éticamente turbios, es igualmente necedad de grueso calibre amurallarla de preocupaciones conceptuosamente éticas. Basta que las narraciones sean limpias y graciosamente honestas, para apoderarse de su sensibilidad, llevándola por derroteros plácidos y alegres.

Robles emplea, a las veces, una puntuación que para los hombres suele ser arbitraria, pero que para los niños se me antoja corriente y natural. Hay vocablos, en efecto, que deben tener siempre letra mayúscula en el léxico de la niñez. Estrella, y Madre, y Cielo, y Mariposa, y Niño, deben escribirse siempre que se escriba para ellos. Una calidad que entra por la vista es grata después en el corazón, y las sensaciones prístinas se transforman después, a lo largo de la vida, en conceptos inmutables, que son de la misma dureza que el diamante. Acaso nuestra mocedad y nuestra madurez no son, en síntesis, otra cosa que la consecuencia natural de las

[412] Artículo firmado con el acrónimo J.S.R.

impresiones fuertes que arraigaron en nuestra niñez. Antoniorrobles lo adivina y compone, de acuerdo con estas impresiones soterradas en su espíritu, narraciones que los hombres leemos con interés y que los niños repasarán una y mil veces, a buen seguro con deleite.

Los cuentos ya he dicho que son veintiséis, los mismos de las letras de nuestro alfabeto. Para mí gusto, descuellan los titulados *La cigüeña y el silencio* y *Mariposas que son flores*, del tomo primero; los llamados *Carnaval del colegio* y *Un pobre y otro más pobre*, incluidos en el segundo, y los que forman parte del último volumen: *Pirulo en el trono*, *El príncipe se rasca* y *El farol de Pestañitas*. El lápiz de *Tono* comenta siempre el texto graciosa y ligeramente. Los que saborean, con harta frecuencia, en CRÓNICA los cuentos de nuestro compañero, deben leer este libro para conocer otras facetas, interesantes y alegres, del ingenio de nuestro amigo.

Crónica (19-01-1930)

"España vista otra vez"

Martín S. Noel, el insigne arquitecto argentino, no se ha conformado con trazar el pabellón –tan peninsular y tan ultramarino– de su país en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, ni con representar dignamente a su raza en nuestros certámenes. Ha hecho más Martín S. Noel: ha escrito un libro: *España vista otra vez*, para mi gusto el mejor de cuantos se han publicado recientemente, interpretando nuestro sentido racial plasmado en nuestros monumentos arquitectónicos y en nuestro paisaje. De mí sé decir con toda verdad que he podido leerle deleitosamente de un tirón, y que no acierto a explicarme cómo esa Comisión que señala oficialmente qué libro es el mejor del mes no le ha incluido en el catálogo de sus predilectos y de sus favoritos.

¡Precioso libro, en verdad, el del arquitecto de Buenos Aires! El autor nos va contando menudamente sus primeras impresiones en Galicia y en la perla de Galicia: Santiago. Graciosa impresión la de la Basílica. Su traza es la misma de la de la ciudad, y más de una vez había yo pensado que la urbe se había construido expresamente para que sirviera de mirador a su maravilla. Muy agudas las interpretaciones de San Martín, de San Payo, de la Plaza de los Literarios, de la Quintana. En seguida el autor nos lleva a Ávila. La ciudad "preséntase como esos sugestivos grabados de los libros raros que describen batallas célebres, dibujando las artimañas y ajetreo de los sitiados y de los asaltantes con toda suerte de minucias. De tal manera, que en este caso comprendemos la enjundia y la fiereza de los varones que habitaron esta ciudad, hecha en materia divina". En Segovia glosa Noel la plaza románica de San Martín. "Ávila –apunta– es silenciosa, homogénea, románica; Segovia, sonora, pintoresca, goticista". El paisaje que rodea Madrid, viniendo "por la línea del Norte", antójasele digna antesala del Museo del Prado. En Madrid, atrévese a sospechar que "España representa, dentro de Europa un valor original de civilización". Camino de Sevilla, por la carretera de Extremadura. Singulares atisbos. Guadalupe y Zurbarán, primero; Trujillo, después. Trujillo es un negro berrocal, sin árboles ni aguas. Los bastiones que ciñen la ciudad extremeña son espinas de una corona que aprietan en su círculo el arabesco que forman iglesias y palacios. En estos berrocales, solitario, se comprende a Pizarro de niño dedicado al pastoreo, siendo luego el aventurero que sabe casar en su vida las dos calidades más características de su espíritu: el valor y la astucia.

En seguida, Sevilla. Noel se da cuenta de que Sevilla es, tal vez, la única Metrópoli lograda de nuestra Península. Comprende la razón de los compases o patinillos hechos tal vez para contemplar las fachadas correspondientes en una atmósfera de éxtasis. Sorprende y no se atreve a analizar –así es ella de inefable– la gracia de la ciudad, gracia más teológica que artística. Y Huelva, *portus terre*, y Palos de Moguer, en la visión cinematográfica del libro.

Pero sus visiones españolas continúan allá, en tierras ultramarinas. Con su visión plástica de la Península y con algo más que su visión, con su concepto claro y definido de nuestra significación racial, el distinguido arquitecto bonaerense sigue anotando sus sensaciones. Está ahora en Lima. ¿Qué es Lima sino una Sevilla colonial? El barroco andaluz le sugiere, igualmente, comentarios desde Oviedo al Sur de nuestro pueblo. Si Castilla comienza, en efecto, en Cangas de Onís, puede decirse que remata en Andalucía, y sobre todo en Sevilla, que es el paso natural y obligado para las Indias en el siglo XVI. Tres monumentos: la Capilla Real de Granada, el monasterio de la Rábita, la Casa Lonja de Sevilla, le sirven para un tríptico conceptivo de la obra cultural española en el tránsito de su base colonial. Atinadísimas sus observaciones en torno al

andalucismo sudamericano y muy bella y justa, por ejemplo, su visión de Salamanca. El libro acaba con un estudio del superrealismo español. Cuenca y Ronda son, para el arquitecto, las fuentes más puras del expresionismo. Y el superrealismo, o si queréis, el post expresionismo de España, no es, en suma, más que el maridaje de un verismo prudente y de una intención centenaria que se transmite incólume de unos siglos a otros.

Lamentamos muy de veras que no podamos detenernos más en el examen de este libro, publicado por la Editorial *España*, y que da carta de naturaleza entre nuestros ingenios a Martín S. Noel. Leyéndole, advertimos que sabe atraerle lo permanente y lo eterno del solar hispano. Su libro es una confesión y un hallazgo. Libro que consultaremos mil veces con amor y que llevaremos en nuestra maleta cuando queramos sorprender matices nuevos del tema español por esos pueblos perdidos en la llanura y tendidos al sol, descansando de sus andanzas pretéritas.

Crónica (26-01-1930)
El Adelanto (22-01-1930)

Los amores de Jovellanos

Un estudioso catedrático salmantino, don Eloy Díaz-Jiménez y Moheda, distinguido colaborador de Prensa Gráfica, ha publicado recientemente un precioso opúsculo: *Jovellanos en León.* «Jovellanos, lector», «Jovellanos y el arte», «Jovellanos y la Majestuosa», son los ensayos que componen e integran este admirable estudio sobre D. Melchor Gaspar.

«La Majestuosa», como la llama el gran escritor liberal asturiano, es hija de los marqueses de Villadangos; lleva el nombre de Ramona, y constantemente asoma su animada figura en las nutridas páginas del «Diario íntimo». Mujer talentosa, inteligentísima, discreta, perspicaz, Ramona Villadangos se trueca poco a poco en la dulce obsesión, en la manía constante y grata del gran polígrafo asturiano. La conoce en el mes de Junio de 1795, en casa de sus padres, y cuatro años justos después, en el mes de junio de 1799, se enamora perdidamente de ella. Ramona es fea; pero una de esas feas encantadoras que tanto gustaban a aquel gran amador de mujeres que se llamó D. Ramón de Campoamor y Campossorio, feas cuyo hechizo reside en la gracia de la plática, en la expresión del rostro y en la naturalidad y llaneza de las maneras. A su tertulia, en León, acudía todas las tardes D. Melchor Gaspar de Jovellanos.

Nada más curioso que la pintura de estas tertulias en León –o en Zamora, o en Salamanca– a fines del siglo XVIII, y que tan vigorosamente describe el prisionero del castillo de Bellver en estas páginas íntimas. En ellas se jugaba al *poule* y a la lotería casera; los boleros –bailados y tocados– se concertaban al son de la guitarra española, y brotaban los idilios en los chicos cuando los viejos se enfrascaban en disquisiciones sobre Voltaire, la Enciclopedia y Madama Guillotina y otros artefactos molestos que habían brotado como el cardo del corazón de París y de la Francia. Después de la danza, los refrescos. Nada más complicado que un refresco en una tertulia leonesa –o zamorana, o salmantina– al extinguirse el siglo XVIII. En Salamanca los daba el corregidor Pelilla, hidalgo montañés, amigo de Jovellanos, en su casa de la calle de Bermejeros; en Zamora, los Villapecellines, de los que procede el amigo Manolo Espinosa, actual vizconde de Garcigrande y conde de la Cabaña de Silva; en León, estos marqueses de Villadangos, padres de Ramona. El refresco, en León, consistía en chocolate, bizcochos, mantecadas de Astorga, manteca de Villamanín, azucarillos, dulce casero de cabello de ángel, de guinda, y enormes y complicados sorbetes de fresa durante el estío; en Zamora, las mantecadas eran substituidas por los rebojos, y en Salamanca por los bizcochos borrachos y por aquellos pequeños merengues cuyo secreto de confección se llevó a la tumba, cuando nosotros éramos escolares, la bondadosa «señá Romana». En el invierno se suprimían –¡cosas de los físicos y galenos de la época!– los deliciosos sorbetes con que finalizaba la merienda. Nidales de aburrimiento y de hastío para los muchachos, y ocasión de sutileza y de ingenio para los maduros, eran las tales reuniones en las tres ciudades leonesas, además de cátedra de conversación sosegada y de escuela de galanteo respetuoso y ceremonioso con las bellas. Don Gaspar las frecuentaba, y era mimado, festejado y buscado en ellas. En Salamanca, el severo y docto Pelilla, ascendiente de una discretísima dama salmantina que vive entre nosotros y ostenta el mismo apellido, conspiraba y decía mil lindezas de Carlos IV y la traviesa María Luisa y el aprovechado Godoy. En Zamora, los Espinosas y Villapecellines preparaban novenas y triduos a la Virgen del Tránsito para que se despejasen los temporales tormentosos de la Francia. En León, los Villadangos,

emparentados con las Villafrancas y, por afinidad, con la duquesita de Alba, María Cayetana, barbiana y jaranera, recibían a Jovellanos, conspiraban honradamente contra la monarquía absoluta, recibían a los abates franceses –lindos y perfumados–, circulaban libros de Juan Jacobo Diderot y Voltaire, contaban anécdotas irreverentes de Postdam y de Ferney, y escuchaban, al cobijo de la maravillosa catedral gótica, el eco de la Europa naciente, que discutía los privilegios y los monopolios para deshacerlos de un papirotazo.

Jovellanos, que todo lo apunta en su «Diario», nos habla de estos amigos suyos de León. Por allí andan los clérigos Pusarde y James; los sobrinos del obispo de Astorga, hermanos Vigil y Tena, parientes también de Godoy; el intendente don Juan de Lerena; los monjes de Carracedo, fray Roberto de Palencia y fray Federico Gutiérrez... Pero en Ramona Villadangos insiste Jovellanos a cada paso: «A la tertulia en casa de Diguja –escribe–; larga conversación con la Ramona; me confirmo en la idea que siempre tuve de su buen talento y buenos principios; poco satisfecha de la conducta de sus parientes, sobre todo de P. M. T.; sentida de los chismes e incidentes que alejaran a T. M. Y.; se dice conforme con su suerte, poco inclinada al establecimiento; no hay remedio; es preciso abrazarle; alabo su desinterés, y me duele mucho que no halle una suerte digna de su mérito.» Pero no creamos mucho en la absoluta renunciación del noble varón asturiano, que ha pasado siete años preso, entre libros y meditaciones amargas, en el castillo del Bellver, junto a Palma de Mallorca. Jovellanos y la Ramona charlan animadamente a cada paso. Se juega al amor, sin que ninguno de los dos adversarios se dé cuenta que ha empeñado el corazón en la partida. El 24 de Diciembre, horas antes de la cena familiar y navideña, escarola con granadas, repollo, besugo al horno, pavo, turrones y confituras, víspera de la salida de Jovellanos para Asturias, estalla rudamente la tempestad en el corazón entero –e infantil– del gran escritor liberal.

Se despiden el cincuentón y la mujer de veintiocho años. Don Melchor Gaspar, hecho un doctrino, diciendo incongruencias; acobardada y torpe Ramona, que ama y agradece los sentimientos, presentes, regalos y delicadezas inefables de varón tan sabio y cariñoso. Juegan a las cartas al final de la tertulia; son pareja y pierden.

«– Pues yo siento también que usted se vaya, y no sé por qué –insinúa Ramona

– Y para mí es más sensible que nunca esta partida –glosa Jovellanos.»

Y el liberal acompasado, madrugador estudioso, hombre de excelentes costumbres, no puede aquella noche conciliar el sueño. Da vueltas y más vueltas en la cama aquella noche de Navidad de 1799, pensando en «la Majestuosa» el bueno de Jovellanos. En el «Diario», estas líneas; «No he visto fea que más me interese; se ve luego porque está picada con Tadea, y tuvo buen cuidado de decir que la visita era para mí.» Pero antes de esta confesión, explícita, siembra de otras, Jovellanos escribo varias en su «Diario». La del 17 de Noviembre es todo un poema. Oigamos con emoción el secreto sentir del liberal. "Conversación interesante con "la Majestuosa": allí, Colasín Ponte, que la enamora; creo que se casarán, y él será feliz con tal mujer. *¡Qué lágrimas me cuesta esto, amigos!*"

Lágrimas de sangre cuestan a Jovellanos los encantos y donaires de la hermosa fea de León, Ramona Villadango. Cuando vuelve a Oviedo, D. Melchor no se atreve a inquirir qué ha sido de su novia, y, conocido recurso de su corazón, se refugia en su prosopopeya oficial para fingir que ha olvidado lo que no se olvida nunca. Viaja con su ayuda de cámara, su cocinero y su lacayo. Limitase a decir, cuando torna a León, que ha sido muy agasajado por el señor obispo, y que ha presenciado las manifestaciones jubilosas de la ciudad por haber sido nombrado intendente su sobrino D. Juan de Lorenzana. Nada más. Habla de luminarias y de juegos, y de cabalgatas con parejas vestidas a la borgoñona, y de gentes de justicia, y de músicos, y de pelotones de tropa que intervienen en las fiestas y justas que celebran el nombramiento del señor intendente.

Y hasta habla de un baile, y de la sala donde se bailó, donde había una enorme araña de bronce colgada del techo. Pero allí falta Ramona. Entendámonos; el nombre, no la huella. La cita Jovellanos siempre y allí donde no quiere citarla. Hay siempre una mujer en la vida de estos hombres solterones, huraños, egoístas al parecer, jaleados por el aplauso público, pero íntimamente fracasados para ellos mismos, que están en el secreto de su cobardía; hay siempre una mujer, cuyo perfume se advierte bien distintamente hasta en las páginas apartadas de toda confidencia. La lectura del precioso y eruditísimo folleto de mi amigo el señor Díaz-Jiménez y Moheda, y la meditación reposada del nutridísimo «Diario» de Jovellanos, uno de los políticos verdaderamente liberales que ha tenido España, me sugiere estas impresiones. Y al acabar la lectura, contemplo el famoso cuadro de Goya. Jovellanos está sentado y triste; con la diestra sostiene media faz; con la izquierda arruga indolentemente un papelito. Está en el despacho.

Libros y mapas sobre la mesa. El recuerdo de Ramona Villadangos, y tal vez el de este Colasín Ponte que la enamora, tengo para mi que preocupa por el momento a D. Melchor Gaspar mucho más que las reformas agrarias, o que la vileza de Dª María Luisa, o que los estúpidos chanchullos del duque de Alcudia y Príncipe de la Paz, Manolito Godoy, favorito de la reina.

La Esfera[413] (01-02-1930)
La Voz de Guipúzcoa (27-07-1929)
El Adelanto (18-09-1929)
El Luchador (29-07-1929)
El Pueblo Gallego (27-07-1929)
El Mañana (27-07-1929)

"Superrealismo"

Superrealismo: prenovela de *Azorín*. Libro claro, amable, impresión nítida; páginas, muchas páginas con las cabezas de los capítulos en blanco. Prenovela. Las primeras ideas confusas, vagas, incoercibles, que se apoderan del ánimo del escritor cuando surge el propósito de escribir un nuevo libro. Prenovelas: preconceptos o, mejor todavía, larvas de imágenes. Estamos muy cerca, ante el flamante superrealismo de *Azorín*, de cosas que nos son muy familiares: las novelas de Miguel de Unamuno, los primeros cuentos meridionales de Luigi Pirandello. ¿Por qué una mano, una blanca mano, larga, nacarada, femenina, ondulante, cariciosa, nos sugiere la figura de una amable mujer que hemos visto –hace muchos años, muchos– en un hotel cosmopolita de Lucerna, en la playa veneciana del Lido, o al descender de un soberbio Lincoln, perfumada, fresca, a la puerta de una joyería de un bulevar parisino? Punto de arranque de la prenovela. Momento difícil para *Azorín*. Momento fácil para un narrador de raza. Digámoslo en seguida: España no tiene hogaño novelistas, si acaso, prenovelistas.

No tiene hogaño novelistas España. Queda el superviviente de una generación que se marchó: Palacio Valdés; quedaba en Cataluña un ancianito ochentón que ya no escribe: Narciso Oller. Pío Baroja es un folletinista. Ensayistas, Valle, *Azorín*, Pérez de Ayala, Miró, Ricardo León. El arte de trabar un relato, de construir una narración orgánica, atractiva, interesante, que suspenda el ánimo del lector y sepa deleitarle por unas horas, no existe ya en España. Galdós, Pereda, Alarcón, la condesa de Pardo Bazán, se llevaron el secreto a la tumba. *Gloria, La Hermana San suplicio. El escándalo, Sotileza, Morriña, Los Pazos de Ulloa*, son las últimas novelas escritas en nuestra lengua. Hoy vivimos más de prisa. El artículo, el "metro", la tertulia, el libro reciente, el estreno, la exposición, la amiga; no tenemos tiempo para nada. Las manecillas del reloj corren con más apresuramiento que hace treinta años. Queremos de las cosas una observación precisa, una visión rápida. Buscamos el trazo que nos sugiera toda una fisonomía. Nos place el ensayo. Estamos casi siempre de vuelta ante la inocencia o la picardía humanas. Escribimos acaso mejor que nuestros abuelos; pero, como ha dicho irónicamente Santiago Rusiñol, escribimos muchas veces sin tener nada que decir.

Prenovela. Superrealismo. Libro amable, impresión nítida, oraciones breves, síntesis francesa. *Azorín*. El lapicerito de oro. El hastío que se apodera de una mujer ante una mesa de juego. La habitación blanca, encalada, sencilla, donde medita un pensador. Pequeñas cosas. Miniaturas. ¡Nada! ¿Por qué vamos a dotar de un andamiaje filosófico a estas frágiles construcciones que ha de llevarse el viento?

Mundo Gráfico (19-02-1930)
El Adelanto (18-01-1930)

[413] El artículo de *La Esfera* es una ampliación, con algunas modificaciones y correcciones, respecto a los publicados anteriormente que son prácticamente iguales.

Sobre la Dictadura

– ¿Qué lee usted compadre?

– Estoy comenzando a leer y a saborear este bello libro del conde de la Mortera, titulado "Bosquejo histórico de la Dictadura". El señor Maura y Gamazo[414] ha sido testigo presencial de muchas cosas. Su parentesco con uno de los personajes políticos más interesantes y más austeros de nuestra época le ha puesto en condiciones de ver pasar los acontecimientos más desconocidos de nuestra historia íntima a su vera, de captarlos y de enjuiciarlos con gran talento y con muy aguda sutileza. Yo no sé cómo serán los últimos capítulos de este libro; pero los primeros, le digo a usted que son muy interesantes. Ese verano de 1923 –Julio, Agosto y Septiembre– fue muy fecundo en cosas que no transcendieron ni salieron a la superficie. El documento del señor Maura, que el mismo conde de la Mortera llevó en el mes de Agosto al Palacio de la Magdalena, arroja torrentes de luz en rincones que se nos antojaban tenebrosos. Lo cierto es que si no ocurre la famosa agarrada del señor Sánchez Guerra y del general Aguilera en el Senado, la Dictadura se adelanta unos cuantos meses. La Dictadura. Lo cierto es que Maura juzgaba que el peor de los expedientes, sería que la ejerciera el Rey. Lo cierto es que el pleito de las responsabilidades no fue la causa única del cambio...

– ¡Siga, siga usted...!

– Lo cierto es que muchos políticos estaban al cabo de la calle. Recuerde usted que Romanones anunció el fin catastrófico de aquellas Cortes efímeras y que con mi acta de diputado, creo que el señor Marqués de Viesca, anunció en el Congreso los manejos que traía en Barcelona el entonces capitán general de Cataluña, señor Primo de Rivera. La semblanza del dictador en el libro de Maura se me antoja admirable. El sobrino del primer marqués de Estella ascendió de alférez a teniente general en menos de veinte años. Injustamente lenta se le antojó muchas veces al agraciado esta linda carrera. Desde sus primeros puestos de responsabilidad, sintió el delirio de las grandezas el exdictador, que ahora se deja la barba. Fue destituido del Gobierno militar de Cádiz por cantar el abandonismo de Marruecos, y siendo capitán general de Madrid, tornó a las andadas en el Senado, siendo senador conservador con Sánchez Guerra, logrando también la destitución. En las Cortes del 23, quiso ser senador con Santiago Alba, por Cádiz, y un compromiso anterior con el señor Semprín, evitó que se realizaran sus deseos.

– Pero, ¿es posible?

– En el libro de Maura y Gamazo, tiene usted la comprobación de estas solicitudes con el gabinete que presidía el marqués de Alhucemas. Pero, sigamos con la semblanza. Él fue caudillo, por casualidad. Su gestión en la Capitanía general de Cataluña no fue desacertada, y con la burguesía catalana, preparó, sin grandes secretos, el golpe de Estado, a base de satisfacer las aspiraciones de los regionalistas. Naturalmente, estos fueron burlados, y, poco a poco, la sed inextricable de los negocios públicos, puso a Primo de Rivera en frente de los que se habían conjurado con él. Poco a poco, va rectificando el dictador sus opiniones y, en Diciembre, dice lo contrario de lo que sostiene al apoderarse del Poder. Los trozos psicológicos del retrato del soldado jerezano, están perfectamente trazados en este libro. Yo estoy en ellos. Pero he de leer este primer volumen que ha tenido la gentileza de regalarme su, autor y que comprende las andanzas de la Dictadura hasta 1926. El segundo será, naturalmente, la historia interna de estos cuatro años últimos.

– ¿Me lo dejará usted cuando lo lea?

– ¡Naturalmente! Estos libros políticos deben circular de mano en mano. De todos modos, falta la historia cómica de este período. Hay que hacerla inmediatamente. La Dictadura ha dejado entre nosotros no una estela de angustia, sino de risa. Lo que hace imposible, a Dios gracias, su rebrote.

El Adelanto (27-02-1930)

[414] Se trata de Gabriel Maura y Gamazo, conde de la Montera, hijo del famoso político Antonio Maura y Constancia Gamazo, hermano del no menos famoso político Germán Gamazo.

España vista por un argentino

El viaje de Santiago de Compostela y La Coruña hasta Sevilla, pasando por Madrid, y deteniéndose con amorosa delectación en viejas ciudades del fuste de Avila, Segovia y Toledo, es el tema del precioso libro *España vista otra vez* que ha publicado en La Editorial España el notable arquitecto argentino don Martín S. Noel. La profesión y hasta la naturaleza del conocido publicista le sugiere curiosísimas observaciones en torno a nuestra estampa clásica y a nuestra fisonomía permanente que deben recogerse en las páginas de una revista como MERCURIO cuyo radio normal de difusión comprende desde luego las jóvenes repúblicas sudamericanas que tienen con la metrópoli el patrimonio común de la lengua, y con el de la lengua, el del espíritu.

Un sudamericano, y principalmente un argentino, ha aprendido a ver, por muy poco afinado que tenga el sentido de la vista, a través de las trazas de la arquitectura colonial de su país, las huellas más permanentes que dejó la piedra en nuestra península. Y al toparse directamente con los modelos viejos, tengo para mí que las sensaciones dejan de serlo para transformarse en ideas, y las ideas, claras y precisas, comienzan a destacar un panorama arquitectónico, que es el escenario preciso de las gestas que no se comprendían antes de ponerse en contacto con el ambiente que las determinara y las produjera con los caracteres indelebles que mantienen en la historia.

Santiago de Compostela, con la maravillosa fábrica de la Basílica del Apóstol, es, para Noel, una perfecta supervivencia del espíritu medieval. Y también, la huella que la Edad Media dejó en nuestra raza. Y hasta si se quiere, la meta de un camino que imponían a las gentes los imperativos hermanados de la fe y de la sabiduría. El camino de Santiago no es solamente ruta de peregrinos de esclavina, concha y calabaza, sino de bardos y juglares que van a buscar a la inmensa Galicia sus manantiales de inspiración para perderse después en las cámaras y estancias de los pazos y castros pueblerinos, y hasta de los doctores que han de refugiarse en el occidente español, antes de que Barcelona se comunique con Italia y Grecia para traernos el endecasílabo, y el humanismo, y el arte de los glosadores. El rey Alfonso, el de las Partidas, habla en sus cantigas el mismo idioma del enamorado Macías y no debemos olvidar que la escuela de Palencia, trasladada después a Salamanca, cae bajo la jurisdicción santiaguesa. Uno de los espíritus más enamorados y conocedores de Italia es el salmantino Alonso I de Fonseca, y cuando se estudie con desinterés nuestra arquitectura, advertiremos que el oeste forma una región perfectamente autónoma.

El arquitecto ve además otras cosas. Ve que Santiago es el marco del cuadro y que la urbe está completamente construida para contemplar su Catedral. El mismo plano externo de ella concierta a maravilla con el plano exterior de la urbe. Santiago es un santuario, que ha de tener, naturalmente, momentos de escuela y momentos de famoso [sic]. Y Martín S. Noel, que dice muchas cosas, sugiere otras tantas, en cuanto sus ojos contemplan el aspecto lloviznoso y gris de la ciudad del Apóstol y se internan bajo los porches de las calles del Villar y del Perguntoiro[415].

En Ávila y en Segovia tampoco permanece ocioso el sutil ingenio del arquitecto argentino. Las dos ciudades de Castilla le sirven para fijar sus mayores, y sin embargo, inobservados contrastes para los viajeros peninsulares. Ávila es guerrera y mística a la vez, y si es cuna de santos, lo es igualmente de caballeros. No se podría determinar a buen seguro si las murallas abulenses son las puertas naturales de un templo o si su catedral es como una derivación y secuela de los fosos y contrafosos de su muralla. Todo lector de Santa Teresa puede determinar, con ejemplos concretos, hasta qué punto utiliza la Santa los elementos decorativos de su ciudad para describir las estancias y gradaciones de sus castillos y moradas interiores. En Segovia intervienen ya elementos más heterogéneos y dispares, y lejos de concentrarse en el silencio, se desparrama numerosamente en el barullo de sus mercaderes y aventureros. La Plaza del Azoguejo, llena de color, es el símbolo de la ciudad segoviana. Si vibra en otras partes como en la preciosa plazoleta de San Martín, que tan lindas consideraciones sugiere a Martin S. Noel, hay que convenir que su vibración está solamente limitada a la oposición de los pecheros segovianos contra el César Imperial, y que, en el Azoguejo, en cambio, es permanente su ritmo y perceptible su rumor en todas las épocas.

[415] Así el original por *Preguntoiro*.

Las consideraciones sobre Toledo se apartan menos de la generalidad de los libros de viajes, acaso porque Toledo es una síntesis completa de la civilización castellana y sirve siempre de punto de referencia lo mismo en el momento de sus crepúsculos que en el de su exaltación más luminosa.

Sevilla, para cuya Exposición ha trazado Noel el bello pabellón argentino, le sirve de enlace entre la metrópoli y la colonia. El estilo andaluz explica todas las modas arquitectónicas coloniales. Sevilla, que, durante los siglos XVI y XVII fue el paso obligado de España para las Indias, llevó al otro lado del mar, en climas análogos, el sentido de su sencillez, de su simetría y de su elegancia naturales. Hasta psicológicamente ve el autor argentino una expansión andalucista en el modo de ser de los americanos. Símbolo también para Noel, Madrid. Le parece sencillamente una antesala del Museo del Prado. El Museo del Prado es la conciencia de Madrid como ciudad, y si aparentemente no quedan más huellas que las de los Austrias en los palacetes de cruz y chimenea, y de los Borbones en el Alcázar y en Aranjuez, es indudable que, escarbando bien en sus raíces, parece y es un crisol donde se funden todas las razas, y con las razas, todas las preocupaciones peninsulares.

Pocas aportaciones más ricas al estudio de la fisonomía española que este precioso libro de Martín S. Noel. Acaso el poco [¿poso?] mejor sedimentado que han dejado las dos exposiciones de Sevilla y de Barcelona haya sido, hasta la fecha, estas elucubraciones del insigne arquitecto de Buenos Aires. Por eso acogemos con alborozo su aparición en Mercurio y le dedicamos estos comentarios cordialísimos y entusiastas

Mercurio (13-03-1930)

"Cómo se forma un pueblo"

Rodolfo Llopis, el distinguido catedrático de la Normal de Cuenca, publica un libro más sobre Rusia, concretamente, sobre la pedagogía soviética de Rusia. Muy interesante, muy nutrido de datos y sugestiones de toda laya, yo le encuentro sencillo y natural. Y he podido leerlo de un tirón.

La misma vacilación que asalta el espíritu del lector asalta también el del leyente. A medida que conocemos más informaciones parciales sobre Rusia, conocemos peor el espíritu de Rusia. Es que aquello –nos dirá Llopis– no es Europa ni es Asia; es Eurasia. Es que aquello –leímos antaño en un libro de Fedor Dostoievski– tira más a Oriente que a Occidente. Los discursos de Leningrado pueden tener influencia de Siberia para allá; pero de Alemania hacia el Sena, hacia el Tíber y –ni que decir tiene– hacia el Manzanares, se disuelven en un caos de todos los demonios.

Interesan las notas del viajero. Su salida de España. Su estancia en Hendaya, unas horas con Unamuno, que, a la vista de la frontera española, le habla de la astronomía popular que en tierras de Salamanca le enseñaron los pastores, sus amigos. Y el paso por París y por Berlín, y el tránsito de Polonia, y los primeros días de Moscú. Enseguida la visita a las escuelas. Las *creches* con los niños de teta, y después los Jardines de la Infancia, y más tarde la Escuela Única del Trabajo y, finalmente, la Escuela Superior o Universidad. Un pueblo que se va haciendo para un Estado nuevo y unos niños que van sirviendo de pilares para un pueblo. Protoplasmas, células sociales, que dan origen al comité, y el comité que forma luego su tejido federal. Complicación burocrática como en un pueblo de Occidente, y espíritu, siempre espíritu, que es precisamente lo que en Occidente falta. Al niño no le suelta el soviet desde que nace para infiltrarle la savia comunista así que ve la luz. Es la rusa una Revolución pedagógica –bien lo observa Rodolfo Llopis–, y no se olvida un momento de su misión. El niño que ha venido al mundo después de la Revolución tiene un santoral con Marx y con Lenin, y una religión: la del comunismo. Estos chicos, así que abandonen la teta o el biberón, ya piden al Soviet local que destierre al Pope. Todo incongruente para nosotros; pero lógico para ellos. Europa no siente a Asia. Y Rusia es el punto de unión de ambas zonas: Eurasia.

Interesante el libro de Rodolfo Llopis. No entro en detalles: el lector es muy dueño de saborearlos a su placer. Lo que sé es que al acabar la lectura de un libro *Cómo se forma un pueblo*, digo sencillamente que no entiendo a Rusia. Pero no me río. ¿No serán, en efecto, tópicos

occidentales la libertad, el derecho, la civilización? *Ai posteri, l'ardua sentenza*[416]; dentro de cincuenta años ya sabrán los que vivan hasta qué punto se orienta y hasta qué punto Occidente se desmorona.

Mundo Gráfico (19-03-1930)
El Adelanto (24-01-1930)

Otro libro de Cambó

– ¿Que lee usted, amigo?
– Un nuevo libro de Cambó.
– ¿En catalán?
– ¡Es claro! En catalán. "Per la concordia" se titula. Antes de publicarse en este lindo volumen que usted ve, circuló por Barcelona en copias mecanografiadas y la gente lo llamaba "El silenci de Catalunya", que es el título del primer capítulo. Como hemos de hablar muchas veces de este hombre y de su tierra catalana, hoy le diré a usted brevemente qué es este libro y con qué finalidad ha sido escrito.
– El título ya es todo un programa.
– Eso iba a decirle a usted, y el programa más expresivo. Se trata, en efecto, de un libro de concordia, esto es, de inteligencia y de cordialidad mutuas. Vea usted el índice: de siete capítulos está formado. Trata el primero del silencio catalán, de la mordaza opresora que puso la Dictadura a los sentimientos de este pueblo. Está escrito hace tres años. Pero conserva, sin embargo, la vibración íntima que desplazó su autor al escribirlo. No crea usted, a pesar de haberse publicado a los ocho días de celebrarse en Barcelona las fiestas de cordialidad Catalano-castellana, que es un libro de circunstancias. Se me antoja una continuación del espíritu y de la obra de Prat de la Riva. En el capítulo segundo reivindica Cambó la realidad catalana. "El día que se acabe el régimen actual –traduzco fielmente– sea dentro de un año, sea dentro de un cuarto de siglo, la acción política catalanista, el esfuerzo de los catalanes para que se reconozca el hecho diferencial, será más extenso y más intenso que nunca, porque valdrá tanto como la expresión de una conciencia más fuerte del hecho diferencial catalán." En seguida se ocupa Cambó de la realidad española durante la Dictadura en relación con Cataluña. La política asimilista y su continua ineficacia histórica en la península, es el tema del capítulo IV. Se le antoja peligrosa e inútil la decisión de prescindir del hecho diferencial catalán. Esa política es para el "leader" del catalanismo la sanción definitiva de la ineficacia. Y en política –agrega el estadista– la eficacia inmediata o lejana, es cosa esencial. Una política indefectiblemente ineficaz, no es una política, es un absurdo. "Rechaza el autor la solución separatista por razones de las que hablaremos otro día, para entrar de lleno en el problema de la concordia entre Castilla y Cataluña. Aconseja Cambó a los catalanes que escuchen amorosamente las palabras inteligentes que lleguen desde fuera de Cataluña; aconseja Cambó a los castellanos que miren sin prejuicios a Cataluña, invitándoles a conocerla y estimarla. Basta con un mínimum de comprensión para que esa inteligencia sea sólida. Con que reconozcan el hecho diferencial de la lengua y con que tengan el espíritu dispuesto los castellanos a admitir que los catalanes tienen derecho a un mínimum de autonomía, puede entablarse, el diálogo del que puede surgir la solución del problema de Cataluña.
– Temas interesantes
– ¡Sí, señor! Volveremos a ellos cuando usted quiera. Advierta usted cómo al liquidarse la Dictadura las gentes han adoptado un lenguaje de mesura y de corrección verdaderamente consolador. ¡Qué sorpresas proporcionan al escritor estos estados de fuerza! El bozal es siempre inútil cuando la lengua tiene algo que decir.

El Adelanto (10-04-1930)
La Veu de Catalunya (15-04-1930)

[416] Frase y verso de la Oda "El 5 de mayo" de Alejandro Mazonni a la muerte de Napoleón. Decía de las hazañas de este: *Fu vera gloria? Ai posteri, l'ardua sentenza* ("¿Fue de verdad gloria? Júzguenlo los que vengan.")

Una bella antología

José Montero Alonso[417], "Monterito", como le llamamos sus amigos y compañeros, acaba de publicar una "Antología de poetas y prosistas españoles", trabajo que, como sabe el lector, obtuvo el premio nacional de Literatura de 1928. Editada por "Renacimiento" esta Antología, destinada a los niños de las Escuelas Públicas, el autor se ha dado cuenta que "es imposible encerrar en trescientas cuartillas –esta era la extensión señalada– al panorama histórico de la literatura española". Así ha ampliado su labor, que va desde el Poema del Cid a los versos de Eduardo Marquina. A cada autor consagra su nota correspondiente, que muchas veces es una mera impresión personal. Y el trabajo está logrado, y bien logrado, en general, y las mismas erratas materiales que contiene –he advertido dos, al llamar Ontiveros al lugar de nacimiento de San Juan de la Cruz y al fijar el fallecimiento de Fray Luis en Salamanca en 1591[418]– no empeñan para nada la brillantez del conjunto. Algunas otras efemérides son discutibles, pero no seguras –no puede afirmarse que Jorge Manrique viera la luz en Paredes de Nava– y algunas inclusiones en la Antología, por ejemplo, la de dos poesías y un escrito de Juan Maragall, se prestan a consideraciones que nos llevarían muy lejos. La literatura catalana puede y debe ser estudiada entre las literaturas peninsulares, siempre que conserve su autonomía idiomática. Y, en este caso, "La vaca ciega" y "Nubes de Navidad", han debido aparecer en lengua catalana.

El trabajo del señor Montero es meritísimo. Muy justo el galardón que ostenta. Las breves, rápidas semblanzas de los autores, "distantes –así lo ha querido el autor– de la biografía árida y escueta", se leen con provecho y con deleite. En general; me parecen bien elegidos los ejemplos literarios de las distintas épocas. Así, los romances viejos. Así, también, los fragmentos de Luis de Góngora, Baltasar de Alcázar, Santa Teresa, Larra, duque de Rivas, Campoamor, Bécquer, Rosalía, etc.

La antología arranca desde la formación de nuestro romance y comprende autores vivos, Palacio Valdés, Unamuno, Rueda, Benavente, "Azorín", Pío Baroja, Valle Inclán, Juan R. Jiménez, los dos Machado y Marquina. Es la Antología que se echaba de menos en las escuelas públicas y que ha sabido componer Montero Alonso con buen gusto, sin exclusivismos ni sectarismos. Ha hecho, realmente, una labor, provechosa que merece ser divulgada y conocida.

El Adelanto (12-04-1930)

Los libros[419]

Las dos novelas de Pío Baroja
Los pilotos de altura y *La estrella del capitán Chimista*. Caro Raggio, editor. Madrid, 1930

Marineros vascos navegando por todos los mares del mundo; historias de piratas y de negreros; amenidad; interés despreocupación por el estilo y un gran cuidado del detalle y del dato concretos. Una ejecución en la Plaza de San Francisco, de Sevilla, frente al Ayuntamiento, a mediados del siglo pasado, como pórtico. Después, las sabrosas narraciones marineras. Si el segundo volumen se llama *La estrella del capitán Chimista*, el primero puede llamarse *La mala estrella del capitán Ignacio Embil*. Vascos arlotes, desgarrados del solar nativo; primeros y arriscados años de pilotaje. La Habana a mediados del siglo XIX. Después Yucatán, y el río Tabasco en el seno mejicano, y Chárleston, y Puerto Rico. Las aventuras negreras desde Sierra Leona a la orilla del río Congo. El reyezuelo, con una corona de barbas de elefante en la cabeza. Disertaciones sobre la trata de color y la hipocresía de los ingleses. Ferocidades registradas minuciosamente. «Algunos negreros –escribe Baroja– eran verdaderamente satánicos; muchos llevaban a bordo perros antropófagos, que se alimentaban de carne y bebían sangre humana. Estos animales feroces, conocidos por los colonos de América con el nombre de perros devoradores, eran empleados en las colonias para la caza de los cimarrones.» También los brasileños

[417] José Montero Alonso (Santander, 1904 – Madrid, 2000). Escritor y periodista español ganador, en dos ocasiones, del Premio Nacional de Literatura (1928 y 1944), del Premio Nacional de Periodismo (1949) y el Premio Nacional de Teatro.
[418] Efectivamente nació en Belmonte (Cuenca) en 1527, y murió en Madrigal de las Altas Torres (Ávila) en 1591.
[419] Artículo firmado como Jorge de Alba.

empleaban otro sistema bastante bárbaro: «Tenían a todos los negros con un par de grillos en los pies, lo mismo en la bodega que en la cubierta o en el entrepuente, y pasaban por entre las piernas de los esclavos una cadena delgada, a la cual ponían un sistema de poleas. A la menor alteración o bulla, tiraban de la cadena, la ponían tensa a cierta altura y quedaban los negros cabeza abajo.»

Deliciosa la pintura de estas excursiones erizadas de peligros. Tierras de mandingos. Algunos son antropófagos y se arrodillan ante los rayos del sol que les calienta. El reyezuelo era harto ridículo. Fiestas religiosas de los negros carabalis. Estos adoran el tiburón. Ante los tiburones sacrifican víctimas, a las que ponen una túnica azul y les cubren el rostro con un velo blanco para el sacrificio. Islas de Cabo Verde. Aldeas del Gran Popo. Islas Brava y de Santo Tomé, criaderos de negros. El reyezuelo, Mchavi el Mago, un negro repugnante con casaca azul, pantalones blancos y tricornio. Nuevas presas de barcos piratas por los ingleses. Jamaica, Costa Rica, Santo Domingo. El Cabo de Hornos. Descripción de La Habana en aquellos seráficos tiempos de mediados de la centuria pasada.

Después de los piratas, los comerciantes. Gente fundamentalmente análoga. Embil se casa con una criolla ignorante y estúpida; se dedica al comercio del azúcar y muy pronto se aburre de vegetar. Vuelta de nuevo a las aventuras por todos los mares del mundo con su amigo Chimista. Preciosa descripción de un ataque a la casa de un monstruo, llamado el médico Nakra, que vive cerca de Manzanillo, en Cuba. Correrías por el Pacífico. Panamá, Valparaíso, Tahiti, Río Janeiro, que era hace setenta años una ciudad grande, muy sucia y abandonada. «Muchas veces vi –añade el narrador– por las calles de Río Janeiro a los negros con una careta o máscara de alambre, como los perros con sus bozales. Las máscaras que gastaban estos negros tenían por detrás un candado. Aquellas caretas se las ponían a los negros borrachos para que no bebieran el aguardiente, que ellos llamaban cachasa.»

Viajes por el Extremo Oriente. Cabo de Buena Esperanza. Canal de Mozambique. Islas de Sumatra, de Java y de Borneo. Filipinas. Los frailes. Una empleomanía rapaz y unos militares indolentes que vivían de hacer la vista gorda. El mar de la China, Macao, los barrios de Cantón, Hong-Kong. Manila, con su apacible vida provinciana, sus tertulias caseras y familiares, y su típica inmoralidad colonial. En definitiva –y para decirlo de una vez–, estas dos novelas de Pío Baroja, que se leen de un tirón, con curiosidad sostenida y atenta, son como el relato de la epopeya de los marinos vascos de todos los tiempos.

Otros libros

José Montero Alonso: *Antología de poetas y prosistas españoles*.- Renacimiento. Madrid, 1930[420]

Esta bella antología de Montero Alonso obtuvo el premio nacional de literatura de 1928. Realmente, es digna de ese galardón por la exactitud y calidad de sus semblanzas, por el acierto con que están elegidos los temas y por el aire de modernidad y de belleza que se desprende del conjunto de la obra. Que no puede ser más amplia ni abarcar con más extensión el panorama histórico de nuestra literatura. Desde las gestas del cantar del mío Cid, que «en buen hora nasció», abarca hasta el momento actual del siglo XX, y Valle Inclán, Baroja, Unamuno, los Machado, Marquina, etc., tienen su puesto en esta primorosa selección de Montero Alonso, consagrada, por exigencias del concurso, a las escuelas de primeras letras.

El señor Montero incluye también a los poetas de las distintas hablas peninsulares, como Rosalía de Castro y Juan Maragall, en esta Antología. Pero las dos composiciones del poeta catalán. *La vaca ciega* y *Nubes de Navidad*, las da traducidas en castellano. ¿Por qué no las ha incluido el colector en su lengua catalana?

Nuestro querido compañero el señor Montero Alonso, merece por su notable trabajo toda clase de parabienes y alabanzas. Su antología es acaso la más cabal y ecuánime seleccionada en estos años últimos. Las breves semblanzas de los autores son, en general, justas y acertadas, y rehuyendo la cita enfadosa y la digresión técnica, contienen las últimas noticias literarias y están escritas con la emoción y seguridad que requieren estos escritos didácticos.

---

[420] Sánchez Rojas ya habría reseñado esta publicación unos días antes en El Adelanto, concretamente el 12 de abril de 1930, en un artículo titulado «Una bella antología».

J. Cánovas Cervantes: *Pugna entre dos poderes. Soberanía Nacional y Monarquía Absoluta.*- Biblioteca Laboremus,

Los libros políticos están, en estos momentos, de moda, como es natural Araquistain, Goicoechea, Romanones, Cambó, Albornoz, han disertado recientemente sobre temas que han apasionado al público. Cánovas Cervantes estudia el tema de la soberanía nacional y de la monarquía absoluta, tratándolo históricamente con todas las incidencias y escaramuzas de ambos principios, incompatibles y enemigos por naturaleza, a lo largo de nuestro siglo XIX.

«El régimen constitucional –escribe el autor en el prólogo del libro– fue siempre una constante lucha entre el Poder Real y el pueblo.» Pero en los demás países se buscó una fórmula sólida de armisticio, y nosotros no hemos sabido encontrarla todavía. Al final del libro el autor copia íntegramente todas las Constituciones que nos han regido, desde la del 12 –pasando por el Estatuto Real del 34, la del 37, la del 69– hasta la del 76, que parece que torna a recobrar su vigencia entre nosotros.

Crónica (20-04-1930)

En la visión de España de Teófilo Gautier[421] la catedral de Sevilla, magnífica, señorial, constituye su atractivo supremo, y para ella son sus elogios máximos.

España, 1840... Diligencias, galeras, calesas, posta real... Teófilo Gautier y su amigo Eugenio Piot viajan por Andalucía. En pleno verano llegan a Sevilla, deteniéndose en Carmona y en Alcalá de los Panaderos. Chumberas y piteras desde Carmona; paisaje más quebrado, menos árido, menos monótono que desde Córdoba. Alcalá, en el fondo de un vallecito; un ribazo; las ruinas de un castillo árabe en el altozano. Nuestros amigos no han abandonado el traje que han llevado a Málaga desde Granada para ver torear a Montes. Teófilo lleva sombrero puntiagudo, chaquetilla bordada, chaleco de terciopelo, faja de seda roja, polainas abiertas a la altura de las pantorrillas. Piot viste de terciopelo verde y se toca con unas rodilleras de campesino cordobés. En el horizonte, la Giralda. Horas después, la puerta de Carmona. El arco encuadra un fondo de luz polvorienta; galeras, carros, asnillos, mulas, bueyes, entre nubes de polvo. El acueducto, con sus arcos rotos, a la izquierda de la calzada. Las casitas blancas de Sevilla en el crepúsculo.

Gautier no ve más que estucos y mujeres en su primera impresión de la gran ciudad. A él, hombre del Norte, le molesta la cal, «Las casas –escribe– se enjalbegan tres o cuatro veces al año, lo cual les da cierto aire de cuidadas y de limpias: pero oculta a la investigación todos los restos de molduras árabes y góticas que las adornaron antes.» ¡Buena cosa le importan las tales molduras a nuestro escritor! En la calle ve dos matices únicos: el índigo, el añil del cielo y el blanco cegador de los muros. Sobre esos matices juegan las sombras azuladas, como si los edificios estuvieran iluminados por los agentes exteriores. El pavimento de guijarros de las calles le asusta, y en la arquitectura de la ciudad no ve nada de notable. Sus ojos son para las peinetas y para las mantillas. No ve más que dientes blanquísimos, colmillos femeninos puntiagudos –como los de los perros de Terranova–, zapatos de raso, piernas robustas y torneadas, piececitos leves y brevísimos. «Poseen las sevillanas –agrega Gautier– lo que los españoles llaman la sal. Esto es muy difícil de explicar en Francia. Mezcla de abandono y viveza. Respuestas atrevidas. Modales infantiles. Gracia picante, una salsa, como dicen los pintores, que puede encontrarse fuera de la belleza, y que muchas veces se prefiere a esta. Así, en España se dice a una mujer: «¡Qué salada es usted!», y es la flor más expresiva.»

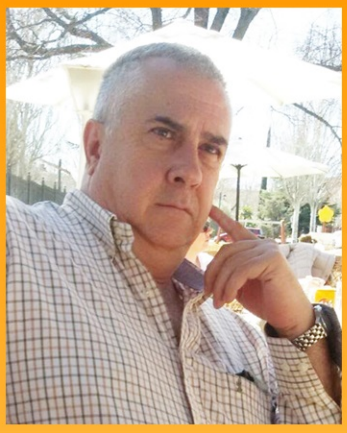
Después de las mujeres, lo único que atrae a Gautier, de Sevilla, es su Catedral. Para su gusto, es digna de figurar al lado de las de Burgos y Toledo, de la misma mezquita de Córdoba. Todo es enormemente prodigioso en esta bella Basílica. Nuestra Señora de París puede perfectamente pasearse con la cabeza erguida por la nave central, que es de una altura aterradora. Los pilares son gruesos como torres. Las cuatro naves laterales pueden servir de estuche a

[421] Théophile Gautier. "*Voyage en Espagne"* (1845). Eugene Piot, coleccionista de arte, le acompañó en 1840 en su viaje por España.

muchas iglesias, con campanario y todo. El presbiterio, con sus escaleras, es por sí sólo un edificio inmenso. El cirio pascual se le antoja un mástil de barco de guerra. El candelabro de bronce que sostiene el cirio puede ser una columna de la plaza de Vendóme. El órgano se diría un basamento de basalto, en la caverna de Fingale; los tubos se tomarían como cañones de sitio alineados para una gran batalla. Cuenta Gautier los vidrios de colores tomados de cartones de Miguel Ángel, de Durero, de Rafael; son exactamente ochenta y tres. Las figulinas, hojarascas, flechas, hornacinas del coro gótico, le aturden y maravillan. Aquel obscuro tallador, Nufro Sánchez, cuyo nombre campea en uno de los lienzos del lado del Evangelio, autor de tantos prodigios, se le antoja a nuestro francés uno de los artistas más grandes de la tierra. Ante su obra se pregunta el gran escritor francés si el mundo actual ha perdido ya todo su encanto cuando no sabe competir con las obras maestras que nos han legado las generaciones pasadas.

Sevilla, toda Sevilla, es para Gautier la Catedral. No sabe decirnos nada de las demás iglesias. Nada le han dicho, al pasar, la graciosa torre de Santa Catalina, ni la fachada de Sanctórum Omnium, ni el alminar de San Marcos –hermano menor de la Giralda–, ni el patio de San Francisco, ni los medallones de la portada de Santa Paula. Apenas unos renglones para el Hospital de la Caridad, fundado por don Juan –él llama don Juan a don Miguel de Mañara–. Y, sin embargo, la impresión viajera de este escritor perdura, a través de noventa años, limpia y clara en nuestro espíritu. Porque toda Sevilla, en efecto, es la Catedral para un extranjero. Ella presta a la ciudad su carácter cosmopolita, europeo y mercantil. Ella explica el peso de la tradición, la permanencia de los siglos en Sevilla, su hechizo eterno e indeleble. Aquella grúa de hierro que vio Gautier al lado del Patio de los Naranjos es todo un símbolo de la gran metrópoli. Nada hay definitivo en el mundo. Esa grúa, que indica que las obras no han concluido por completo y que el día menos pensado puede continuar el ajetreo de los canteros, es posible que ya no consientan el chirrido de la rueda enmohecida por los siglos. Pero el arte más que el esfuerzo, plasma la sonrisa. Y la sonrisa de Sevilla está plasmada ya.

Nuevo Mundo (31-10-1931)



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).



JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.